

David Hume

**HISTORIA DE
INGLATERRA**

**Desde la invasión de Julio César
hasta el fin del reinado de Jacobo II**

Tomo I

CLÁSICOS DE HISTORIA 318

DAVID HUME

HISTORIA DE INGLATERRA

**DESDE LA INVASIÓN DE JULIO CÉSAR
HASTA EL FIN DEL REINADO DE JACOBO II**

(1754-1761)

**TOMO I.
DE LOS ORÍGENES
AL REINADO DE EDUARDO II**

Traducción de Eugenio Ochoa

Barcelona 1842

<https://books.google.com.ar/books?id=2riMlBkqAqEC&hl=es>

ÍNDICE

I. De los orígenes a la constitución de la Heptarquía

Los bretones.....	9
Los romanos.....	11
Los bretones.....	14
Los sajones.....	15
La Heptarquía.....	20
Reino de Kent.....	21
Reino de Northumberland.....	26
Reino de Estanglia.....	29
Reino de Mercia.....	29
El reino de Essex.....	32
Reino de Sussex.....	32
Reino de Wessex.....	32

II. De Egberto a Eduardo Mártir

Egberto—827.....	39
Etelwolf—838.....	40
Etelbaldo y Etelberto—859.....	42
Eteredo—866.....	43
Alfredo—871.....	43
Eduardo el Antiguo—901.....	54
Atelstan—925.....	55
Edmundo—941.....	57
Edredo—946.....	58
Edwy—955.....	61
Edgar.....	63
Eduardo el Mártir—975.....	67

III. De Etelredo a Harold

Etelredo—978.....	69
Establecimiento de los normandos.....	71
Edmundo Costilla-de-Hierro—1016.....	76
Canuto el Grande—1017.....	77
Harold Pie-de-liebre—1035.....	79
Hardicanuto—1039.....	80
Eduardo el Confesor—1041.....	81
Harold—1066.....	90

Apéndice I. Gobierno y costumbres de los anglosajones

Primer gobierno de los sajones.....	98
Sucesión de los reyes.....	98
El Wittenagemot.....	99
Aristocracia.....	101
Diferentes órdenes del estado.....	103
Tribunales.....	105
Leyes criminales.....	106
Reglas de pruebas.....	110
Fuerzas militares.....	111
Hacienda.....	112
Valor de las monedas.....	112
Costumbres.....	114

IV. Guillermo el Conquistador.—1066

Consecuencias de la batalla de Hastings.....	115
Sumisión de los ingleses.....	116
Establecimiento del gobierno.....	117
Vuelta del rey a Normandía.....	119
Descontento de los ingleses.....	119
Sus revueltas.....	120
Rigor de la administración normanda.....	122
Nuevas revueltas.....	123
Nuevos rigores del gobierno.....	125
Introducción de la ley feudal.....	126
Innovación en el gobierno eclesiástico.....	127
Rebelión de los barones normandos.....	130
Disputa relativa a las investiduras.....	133
Rebelión del príncipe Roberto.....	135
Domesday-Book.....	137
El Nuevo Bosque.....	138
Guerra con Francia y muerte de Guillermo el Conquistador.....	138
Su carácter.....	139

V. Guillermo el Rojo—1087

Advenimiento de Guillermo II, llamado el Rojo, a la corona.....	142
Conspiración contra este príncipe.....	142
Invasión en Normandía.....	144
Las cruzadas.....	146
Adquisición de Normandía.....	149
Desavenencias con el primado Anselmo.....	150
Muerte.....	152
Carácter de Guillermo el Rojo.....	152

VI. Enrique I—1100

Las cruzadas.....	154
Advenimiento de Enrique a la corona.....	155
Casamiento de este príncipe.....	158
El duque Roberto hace una invasión en Inglaterra.....	158
Acomodamiento con él.....	159
Ataque de la Normandía.....	160
Conquista de esta provincia.....	161
Continuación de las desavenencias con el primado Anselmo.....	161
Compromiso firmado con él.....	165
Guerras extranjeras.....	166
Muerte del príncipe Guillermo.....	167
Segundo casamiento del rey.....	168
Su muerte.....	171
Su carácter.....	171

VII. Esteban—1135

Advenimiento de Esteban a la corona.....	173
Guerra con Escocia.....	176
Reuelta en favor de Matilde.....	177
Esteban es cogido prisionero.....	178
Matilde coronada.....	179
Esteban sacado de su prisión y luego restablecido en el trono.....	180
Continuación de las guerras civiles.....	180
Transacción entre Esteban y el príncipe Enrique; y muerte del rey.....	182

VIII. Enrique II—1135

Estado de Europa.....	184
Estado de Francia.....	184
Primeros actos del gobierno de Enrique.....	186
Altercados entre la potestad civil y eclesiástica.....	189
Tomás Becket, arzobispo de Canterbury.....	190
Reyerta entre el rey y el prelado.....	192
Constituciones de Clarendon.....	194
Destierro de Becket.....	198
Acomodamiento con Becket.....	203
Vuelta de Becket.....	203
Su asesinato.....	205
Pesadumbre y sumisión del rey.....	206

IX. Enrique II (continuación)

Estado de Irlanda.....	210
Conquista de esta isla.....	212
Reconciliación del rey con la corte de Roma.....	213

Rebelión del joven Enrique, y de sus hermanos.....	215
Guerras e insurrecciones.....	217
Guerra con Escocia.....	218
Penitencia de Enrique por el asesinato de Becket.....	218
Guillermo, rey de Escocia, derrotado y hecho prisionero.....	219
Reconciliación de Enrique con sus hijos.....	220
Equidad de la administración del rey.....	221
Muerte del príncipe Enrique.....	223
Cruzadas.....	225
Rebelión del príncipe Ricardo.....	226
Muerte y carácter de Enrique.....	227
Varios sucesos de su reinado.....	228

X. Ricardo I—1189

Preparativos del rey para la cruzada.....	232
Embárcase el rey para la Tierra Santa.....	235
Transacciones en Sicilia.....	235
Llegada del rey a Palestina.....	237
Estado de Palestina.....	238
Desórdenes en Inglaterra.....	238
Heroicidades del rey en Palestina.....	239
Su regreso de Palestina y su cautividad en Alemania.....	241
Guerra con Francia.....	242
Libertad del rey.....	243
Vuelta a Inglaterra.....	244
Guerra con Francia.....	245
Muerte.....	246
Carácter del rey.....	247
Varios sucesos de su reinado.....	247

XI. Juan—1199

Advenimiento de Juan al trono.....	250
Su casamiento.....	252
Guerra con Francia.....	252
Asesinato de Arturo, duque de Bretaña.....	253
El rey es expulsado de todas las provincias de Francia.....	254
Sus desavenencias con la corte de Roma.....	258
El cardenal Langton nombrado arzobispo de Canterbury.....	259
Entredicho del reino.....	261
Excomuni3n del rey.....	262
Sumisi3n al Papa.....	264
Descontento de los barones.....	267
Su rebeli3n.....	270
Magna Carta.....	271

Renovación de las guerras civiles.....	275
El príncipe Luis llamado a Inglaterra.....	276
Muerte del rey.....	276
Carácter del rey.....	277

Apéndice II. Gobierno feudal y costumbres de los anglo-normandos

Origen de la ley feudal.....	279
Sus progresos.....	280
Gobierno feudal de Inglaterra.....	282
El Parlamento feudal.....	285
Los Comunes.....	286
Poder judicial.....	288
Rentas de la corona.....	290
Comercio.....	295
La Iglesia.....	296
Leyes civiles.....	297
Costumbres.....	297

XII. Enrique III—1216

Establecimiento del Gobierno.....	299
Pacificación general.....	302
La muerte del Protector ocasiona conmociones.....	303
Destitución de Huberto de Burgh.....	306
El obispo de Winchester es nombrado ministro.....	306
Parcialidad del rey por los extranjeros.....	308
Quejas de la nobleza.....	308
Quejas del clero.....	310
El conde de Cornualles es elegido rey de Romanos.....	313
Descontento de los barones.....	313
Simón de Montfort, Conde de Leicester.....	315
Provisiones de Oxford.....	317
Usurpación de los barones.....	318
El príncipe Eduardo.....	321
Guerras civiles de los barones.....	322
Se elige por árbitro al rey de Francia.....	324
Renuévanse las guerras civiles.....	325
Batalla de Lewes.....	326
Estamento de los Comunes.....	329
Batalla de Evesham y muerte de Leicester.....	331
Establecimiento del Gobierno.....	332
Muerte del rey.....	334
Carácter del rey.....	334
Varios sucesos de su reinado.....	335

XIII. Eduardo I—1272

Administración civil del rey.....	341
Conquista del país de Gales.....	343
Asuntos de Escocia.....	346
Competidores a la corona de Escocia.....	347
Remisión a Eduardo.....	347
Homenaje de Escocia.....	348
Decisión de Eduardo en favor de Beliol.....	352
Guerra con Francia.....	352
Digresión relativa a la Constitución del Parlamento.....	355
Guerra con Escocia.....	362
Sumisión de Escocia.....	363
Guerra con Francia.....	364
Disensiones con el clero.....	364
Medidas arbitrarias.....	366
Paz con Francia.....	370
Rebelión de Escocia.....	370
Batalla de Falkirk.....	373
Sumisión de Escocia, nuevo levantamiento de este reino, y nueva sumisión.....	374
Roberto Bruce.....	376
Tercera rebelión de Escocia y muerte del rey.....	378
Su carácter.....	379
Varios sucesos de su reinado.....	380

XIV. Eduardo II—1307

Debilidad del rey.....	383
Honores prodigados a Pedro Gavaston.....	383
Descontento de los barones.....	384
Asesinato de Gavaston.....	386
Guerra con Escocia.....	387
Batalla de Bannockburn.....	389
Hugo el Despenser.....	390
Revueltas intestinas.....	391
Suplicio del Conde de Lancaster.....	392
Conspiración contra el rey.....	394
Insurrecciones.....	395
El rey es destronado.....	397
El rey encarcelado y muerto.....	397
Su carácter.....	398
Varios sucesos de su reinado.....	399

I.

De los orígenes a la constitución de la Heptarquía

Los bretones

La natural curiosidad que estimula a todas las naciones civilizadas a inquirir las proezas, reveses y aventuras de sus antepasados, hace sentir generalmente que la historia de las edades remotas esté siempre tan envuelta en tinieblas, dudas y contradicciones. Suelen algunos ingenios desocupados complacerse en llevar sus investigaciones mas allá de la época a que alcanzan los monumentos literarios que se conservan, sin considerar que la historia de los pasados sucesos se pierde o se desfigura desde el momento en que queda únicamente confiada a la memoria y a la tradición oral, y que los hechos de las naciones bárbaras, aun cuando fuesen conocidos siempre, serían de poco o ningún interés para hombres nacidos en una edad más culta. Las convulsiones de un estado civilizado componen por lo común la parte más curiosa e instructiva de su historia, pero las súbitas, violentas y no preparadas revoluciones, propias de los pueblos sumidos en la barbarie, son tan hijas del capricho y rematan con tanta frecuencia en sangrientos honores, que con razón nos desagradan por su monótona uniformidad, y es más bien una fortuna que una desgracia para las letras que queden sepultadas en silencio y olvido. Los únicos medios seguros por donde pueden las naciones satisfacer su curiosidad en investigaciones relativas a su remoto origen, es considerar el lenguaje, usos y costumbres de sus antecesores, y compararlos con los de las naciones vecinas: las fábulas a que generalmente se recurre para suplir la falta de documentos positivos, deben desecharse enteramente, o si puede admitirse alguna excepción a esta regla general, sólo ha de ser en favor de las antiguas ficciones griegas, tan célebres y tan bellas, que siempre serán objeto de la atención y estudio del entendimiento humano. Dejando, pues, a un lado todas las tradiciones o, por mejor decir, todas las consejas relativas a la primitiva historia de Bretaña, consideraremos únicamente la situación de sus moradores cual se presentó a los ojos de los Romanos en la época de su invasión en aquel territorio: pasaremos rápidamente sobre los sucesos que acompañaron a la conquista hecha por aquel imperio, como pertenecientes más bien a la historia Romana que a la Bretona, atravesaremos de corrida por el oscuro y poco interesante período de los anales sajones, y reservaremos una relación más extensa y detenida para aquellos tiempos en que la verdad es juntamente bastante conocida y completa para prometer al lector entretenimiento e instrucción.

Todos los antiguos escritores están de acuerdo en representar a los primeros moradores de la Bretaña como una tribu de Galos o Celtas, que pasaron del vecino continente a poblar aquella isla: uno fue su lenguaje, unos sus usos, su gobierno, su religión, variados solamente por aquellas pequeñas diferencias que el tiempo o la comunicación con los pueblos limítrofes debían introducir necesariamente. Los habitantes de la Galia especialmente en aquellas partes que están contiguas a Italia, adquirieron, merced a su comercio con sus vecinos del mediodía, alguna cultura en las artes que muy poco a poco fueron difundiendo hacia el norte, alcanzando sólo unas escasas luces a aquella isla. Los mareantes y mercaderes Griegos y Romanos (pues apenas había otros viajeros en aquella edad) llevaron a su país las más tremendas nuevas de la ferocidad de aquel pueblo, que exageraban, según costumbre, para excitar la admiración de sus paisanos. Sin embargo, ya antes de los tiempos de César, la parte sudeste de la Bretaña había dado los primeros y más necesarios pasos hacia la civilización; y los bretones, bastante adelantados en la labranza y la agricultura, habían aumentado singularmente su población¹. Los demás habitantes de la isla no eran todavía más que pastores: vestíanse de pieles de animales, habitaban en chozas que construían en las selvas y

1 César, lib. IV.

pantanos de que estaba cubierto su suelo, abandonaban fácilmente sus viviendas cuando los movía la esperanza del saqueo o el temor del enemigo; la necesidad de hallar mejores pastos para sus ganados bastaba para hacerlos emigrar, y como desconocían todos los regalos de la vida, sus necesidades y sus posesiones eran igualmente escasas y reducidas.

Los Bretones estaban divididos en varias pequeñas naciones o tribus, y como eran un pueblo guerrero sin más propiedad que sus armas y sus chozas, fue imposible luego que gustaron de la libertad, que sus príncipes o caudillos (*chieftains*) estableciesen sobre ellos una autoridad despótica. Su gobierno, aunque monárquico², era libre como los de todas las naciones célticas, y aun parece que la plebe gozaba entre ellos³ de más libertad que entre las naciones galas⁴ de que descendían. Cada estado estaba dividido en facciones intestinas⁵ y agitado por envidias y animosidades contra sus vecinos, y mientras todavía eran desconocidas entre ellos las artes de la paz, la guerra era la principal ocupación y formaba el principal objeto de la ambición del pueblo.

La religión de los bretones era una de las partes más considerables de su gobierno, pues los Druidas que eran sus sacerdotes, poseían entre ellos grande autoridad. Además de su oficio de administrar los altares y dirigir los deberes religiosos, presidían la educación de la juventud, estaban exentos de ir a la guerra y pagar contribuciones, poseían jurisdicción civil y criminal, decidían todas las controversias entre los estados lo mismo que entre las personas privadas, y todo el que osaba resistir a someterse a sus decretos incurría en los más severos castigos: pronunciábase contra él una especie de sentencia de excomuniación, prohibíasele el acceso a los sacrificios y a todo culto público, no se le permitía ningún comercio con sus conciudadanos, ni aun en las cosas comunes de la vida; evitábase universalmente su compañía como profana y peligrosa, negábasele la protección de la ley⁶, y aun la misma muerte era preferible a la miseria y la infamia a que estaba expuesto. De esta suerte las riendas del gobierno, muy flojas naturalmente entre aquel rudo y turbulento pueblo, se veían felizmente corroboradas por los terrores de su superstición.

Jamás hubo linaje de superstición más terrible que la de los Druidas: además de las severas penas que podían imponer en este mundo, inculcaban la doctrina de la eterna transmigración de las almas, y de este modo extendían su autoridad tanto como los temores de sus pusilánimes devotos. Practicaban sus ritos en oscuras selvas u otros recónditos asilos⁷ y a fin de envolver en más misterio a su religión, comunicaban sólo sus doctrinas a los iniciados y prohibían absolutamente que se escribiesen, para que nunca pudiesen pasar por la prueba del examen del profano vulgo. Hacían sacrificios de sangre humana, muchas veces ofrecían a sus divinidades los despojos de la guerra, y castigaban con los más crueles tormentos a todo el que osaba sustraer alguna parte de las ofrendas consagradas: depositaban aquellos tesoros en los bosques y en las selvas, sin más guardia que el terror que inspiraba su religión⁸; y este imperio obtenido por tanto tiempo sobre la codicia de los hombres, debe mirarse como un prodigio más grande que el arte de excitarlos a los más violentos y extraordinarios esfuerzos. Ningún culto idólatra obtuvo nunca tanto ascendiente sobre los hombres, como el de los antiguos Galos y Bretones; y los Romanos, después de su conquista, considerando como cosa imposible someter a aquellas naciones a las leyes y a las instituciones de sus señores mientras conservasen su culto, tuvieron al fin que abolirle con estatutos penales, violencia que nunca, en ninguna otra circunstancia, cometieron con los vencidos aquellos tolerantes conquistadores⁹.

2 Diod. Sic. lib. IV. Mela, lib. III cap. 6. Estrabón, lib. IV.

3 Dion Cassio, lib. LXXV.

4 César, lib. VI.

5 Tácito, Agr.

6 César, lib. VI. Estrabón, lib. IV.

7 Plinio, lib. XII, cap. 1.

8 César, lib. VI.

9 Suetonio, in vita Claudii.

Los romanos

Largo tiempo hacía que vivían los bretones en este estado grosero, pero independiente, cuando César, sometida ya toda la Galia con sus victorias, volvió por primera vez los ojos a su isla. No le sedujeron ni sus riquezas ni su fama, pero ambicioso de llevar las armas romanas a un mundo nuevo, entonces apenas conocido, aprovechó un breve intervalo de sus guerras en las Galias, e invadió la Bretaña. Noticiosos de su intento, temieron los naturales una lucha desigual, y procuraron aplacarle con sumisiones que, sin embargo, no dilataron la ejecución de sus designios. Después de alguna resistencia, arribó, a lo que se cree, a Deal (55 años antes de J. C.), y habiendo obtenido algunos triunfos sobre los bretones, y obligándolos a dar rehenes en prenda de su futura obediencia, se vio precisado por sus cuidados y por la proximidad del invierno, a llevar sus fuerzas a la Galia. Recobrados del terror que les habían inspirado sus armas, no quisieron los bretones cumplir lo estipulado, y el altivo conquistador resolvió castigar, el verano siguiente, aquella violación de sus tratados. Desembarcó de nuevo con mayores fuerzas, y aunque halló una resistencia más regular en los bretones, unidos bajo el mando de Cassivelauno, uno de sus reyezuelos, los derrotó en todas las acciones: penetró en el país, pasó el Támesis al frente del enemigo, tomó e incendió la capital de Cassivelauno, estableció a su aliado Mandubracio en la soberanía de los Trinobantas, y habiendo obligado a los habitantes a hacerle nuevas sumisiones, volvióse segunda vez con su ejército a la Galia, y dejó reconocida en aquella isla la autoridad, más bien nominal que real, de los Romanos.

Las guerras civiles que siguieron y abrieron la senda al establecimiento de la monarquía de Roma, libertaron a los bretones del yugo que les estaba preparado. Augusto, sucesor de César, contento con la victoria obtenida sobre la libertad de sus compatriotas, fue menos ambicioso de adquirir nombradía con guerras extranjeras, y antes bien temiendo que la misma ilimitada extensión de dominio que había derribado a la república, derribase también al imperio, recomendó a sus sucesores que jamás ensanchasen el territorio de los Romanos. Tiberio, cuidadoso de la fama que podrían adquirir sus generales, sacó de este consejo de Augusto un pretexto para su inacción¹⁰. Los extravagantes arranques de Calígula en que amenazó a la Bretaña con una invasión, sólo sirvieron para ponerlos en ridículo a él y al imperio; y cerca de un siglo llevaban ya los bretones de disfrutar en sosiego de su libertad, cuando los Romanos, bajo el reinado de Claudio empezaron a pensar seriamente en reducirlos a su dominio. Sin alegar más legítimas causas de hostilidad que las empleadas por los europeos modernos para subyugar a los Africanos y a los Americanos, enviaron contra ellos un ejército (año de Cristo, 43) bajo el mando de Plautio, hábil general, que ganó algunas batallas y logró introducir grandes divisiones entre los habitantes. El mismo Claudio, pareciéndole que ya estaba la obra bastante adelantada para su recibimiento, hizo un viaje a Bretaña, y recibió la sumisión de varios estados Bretones, los Cautios, Atrebatas, Regnos, Trinobantas, que poblaban la región sudeste de la isla, y a quienes sus posesiones y vida más culta que la de sus vecinos impulsaban a comprar las dulzuras de la paz a costa de su libertad. Los demás Bretones, bajo el mando de Caractaco, siguieron oponiendo una obstinada resistencia; y los Romanos hicieron pocos progresos contra ellos, hasta que Ostorio Scapula fue enviado a tomar el mando de sus ejércitos. Este general (año de Cristo, 50) adelantó las conquistas de los Romanos sobre los bretones, penetró hasta el país de los Silures, nación belicosa que habitaba las orillas del Severna, derrotó a Caractaco en una gran batalla, le hizo prisionero, y le envió a Roma, donde su magnánimo proceder le granjeó un tratamiento mejor que el que solían reservar aquellos conquistadores a los príncipes cautivos¹¹.

A pesar de estas desgracias, no estaban todavía sometidos los bretones, y su isla pasaba a los ojos de los ambiciosos Romanos por un palenque donde todavía podía adquirirse gloria militar. Bajo el reinado de Nerón (año de Cristo, 59), Suetonio Paulino fue investido con el mando, y se preparaba a hacer insigne su nombre con sus victorias sobre aquellos bárbaros. Sabiendo que la isla

10 Tácito, Agr.

11 Tácito, An. Lib. XII.

de Mona, hoy Anglesey, era el principal asilo de los Druidas, resolvió atacarla y apoderarse de un sitio que era el centro de su superstición y su refugio en todos sus desastres. Procuraron los bretones oponerse al desembarco de los Romanos en la isla sagrada con la fuerza de las armas y los prestigios del fanatismo. Las mujeres y los sacerdotes estaban mezclados con los soldados en la playa, y corriendo de una parte a otra con hachas encendidas en las manos, y con los pelos desgreñados, sembraron mayor espanto entre los atónitos Romanos con sus alaridos, sus gritos y sus imprecaciones que el que hubiera podido inspirarles un peligro real nacido de armadas fuerzas; pero Suetonio, exhortando a sus tropas a despreciar las amenazas de una superstición que despreciaban, los impelió al ataque. Cubrióse el campo de Bretones; ardieron los Druidas en las mismas hogueras que aquellos sacerdotes habían encendido para sus enemigos cautivos; destruyeron todas las cuevas consagradas y los altares, y habiendo triunfado de esta suerte de la religión de los bretones, esperó que no le sería difícil someterlos en breve al dominio romano; pero salió fallida esta esperanza. Los Bretones se aprovecharon de su ausencia, volvieron todos a empuñar las armas bajo las órdenes de Boadicea, reina de los Icenos, a quien los tribunos romanos habían tratado del modo más injurioso, y atacaron con buena suerte varias plazas donde sus insolentes vencedores habían formado establecimientos. Suetonio se dio prisa a ir a proteger a Londres, que era ya una floreciente colonia romana; pero llegado que hubo a aquel punto, conoció que sería más acertado para la seguridad general abandonar esta ciudad al furor del enemigo: Londres fue reducida a cenizas, y todos los moradores que quedaron en sus murallas fueron pasados a cuchillo, lo mismo los Romanos que los extranjeros, en número de setenta mil almas: parecía que haciendo tan sangrienta la guerra, querían los bretones destruir toda esperanza de paz y de concordia. Vengóse Suetonio de tantas crueldades con una batalla campal y decisiva, en la que es fama que perecieron ochenta mil Bretones; Boadicea prefirió terminar su vida con un veneno a la desgracia de caer en manos de un vencedor irritado¹². Inmediatamente después de esta victoria, Nerón retiró a Suetonio el gobierno, considerando que había tolerado y ejercido demasiados actos de barbarie para poder ya reducir y contener a aquellos isleños, tan enfurecidos como escamados. Al cabo de poco tiempo, Vespasiano envió a Cerealis a gobernar la Bretaña, donde el nuevo gobernador acrecentó con su rara osadía el terror que inspiraban las armas romanas. Heredó juntamente Julio Frontino la autoridad y la reputación de Cerealis; pero el general que acabó por establecer definitivamente el dominio de los Romanos en aquella isla, fue Julio Agrícola, que la gobernó con mucha gloria y prudencia durante los reinados de Vespasiano, Tito y Domiciano.

Aquel gran capitán formó un plan regular para subyugar la Bretaña y para hacer útil a los vencedores esta adquisición, llevó sus armas vencedoras por la parte del norte, derrotó a los bretones en todos los encuentros, penetró en las selvas y en las montañas más inaccesibles de la Caledonia, púsolo todo bajo la obediencia del Imperio en las partes meridionales de la isla, arrojó de ellas como a un rebaño de fieras a sus indómitos pobladores que preferían la muerte y la guerra al yugo de un conquistador. Agrícola además los derrotó en una batalla decisiva en que peleaban bajo el mando de su caudillo Galgaco, y en seguida estableció una cadena de guarniciones entre los estrechos de Clyde y de Forth, cortando toda comunicación entre las partes más ásperas y estériles de la isla y las provincias romanas, y poniendo a estas últimas a cubierto de las incursiones de los bárbaros naturales del país¹³.

Durante estos trabajos militares, no desatendió Agrícola las artes de la paz; introdujo las leyes y la cultura entre los bretones, enseñóles a desear y a proporcionarse todas las comodidades de la vida, los familiarizó con la lengua y las costumbres romanas, instruyólos en las ciencias y en las letras, y empleó en fin todos los medios posibles para hacerles fáciles y llevaderas las cadenas que de él habían recibido¹⁴. Convencidos ya por la experiencia aquellos pueblos de la imposibilidad en que estaban de resistir a los Romanos, se doblegaron a su dominio, fueron poco a poco

12 Tácito, An. lib. XIV.

13 Tácito, Agr.

14 Idem.

incorporándose con sus señores y formaron en cierto modo una parte de aquel vasto imperio.

Esta fue la última conquista duradera que hicieron los Romanos, ya una vez sometidos los bretones, cesó la inquietud que estos les ocasionaban: solo la Caledonia, defendida por sus áridas montañas y por el desprecio con que miraban los Romanos a sus habitantes, envió algunas veces fieras partidas a talar las partes más cultivadas de la isla. Para asegurar mejor las fronteras del imperio, Adriano, que visitó la Bretaña, construyó una muralla entre el río Tine y el estrecho de Solway; Lolio Urbico en tiempo de Antonino Pío, levantó otra en el sitio donde Agrícola había establecido antes sus guarniciones. Severo, que hizo una expedición a Bretaña, y que llevó sus armas hasta los confines de las partes septentrionales de aquella isla, añadió nuevas fortificaciones a la muralla de Adriano, y durante toda la época de los emperadores, fue tan completa la tranquilidad en Bretaña, que apenas hacen mención de lo que pasó en ella algunos historiadores: las únicas novedades que ocurrieron fueron algunas sediciones o rebeliones de las legiones romanas que guarnecían la colonia, y algunas usurpaciones de la dignidad imperial por los gobernadores romanos. Los naturales del país, desarmados, abatidos y sumisos, habían perdido todo deseo y aun toda idea de su primitiva independencia.

Pero ya había llegado la hora en que aquella inmensa fábrica del romano imperio que había llevado juntamente a una porción tan dilatada del mundo la esclavitud, la opresión, la paz y la civilización, iba a desplomarse y a disolverse para siempre. La Italia y el centro del imperio, sumergidos hacía mucho tiempo en una cobarde molición, habían perdido enteramente todo espíritu belicoso, y tan dispuestas estaban aquellas regiones, pobladas a la sazón de una raza de hombres enervados, a recibir un yugo extranjero, como la tiranía de sus propios gobernantes, llegando la degeneración a tal punto que los emperadores se vieron precisados a reclutar sus legiones en las provincias rayanas, donde el genio de la guerra, aunque amortiguado, no estaba todavía enteramente extinguido. Aquellas tropas mercenarias, sacudiendo el freno de las leyes y de las instituciones civiles, establecieron un gobierno militar tan peligroso para el soberano como para el pueblo, desorden que introdujo al servicio de los Romanos a los Bárbaros que habitaban las más remotas fronteras. Luego que aquellas animosas naciones unieron la disciplina a su natural denuedo, no se dejaron ya contener por la impotente política de sus emperadores acostumbrados a emplear a unas en destruir a otras. Alentados por sus propias fuerzas, y atraídos por la perspectiva de un rico botín, los bárbaros de la parte septentrional embistieron a la vez, bajo el reinado de Arcadio y Honorio, todas las fronteras del imperio romano, y después de haber saciado su codicia con el saqueo, empezaron a desear establecimientos en las provincias taladas: los bárbaros más apartados que ocupaban las habitaciones abandonadas por estos, extendieron sus posesiones, avanzaron, y, por decirlo así, estrujaron con su apiñada mole el estado romano abrumado ya bajo la carga que soportaba. En vez de armar al pueblo para su defensa, llamaron los emperadores a todas las legiones dispersas en varios puntos, que eran las únicas fuerzas en que tenían confianza, y reunieron todos los ejércitos disponibles para cubrir la capital y el centro del imperio. La necesidad de la conservación interior venció a la ambición de conquistas exteriores, y el antiguo empeño de honra de no estrechar jamás los límites del imperio romano se abandonó al verlo tan cerca de su ruina.

Guarecía a la Bretaña su situación geográfica de las incursiones de los Bárbaros, y los Romanos, dando poca importancia a aquella remota provincia, sacaron de ella las legiones que la defendían para emplearlas en proteger la Italia y la Galia; pero si el mar ponía a la isla de los bretones a cubierto de las embestidas de los bárbaros, aquella isla tenía en sus propias fronteras enemigos que se aprovecharon del momento en que se hallaba indefensa. Los Pictos y los escoceses, que poblaban las partes septentrionales más allá de la muralla de Antonino, hicieron correrías por las tierras de sus afeminados y pacíficos vecinos, y además de los momentáneos destrozos con que afligían a la Bretaña, amenazábanla con subyugarla enteramente, o, lo que todavía temía ella más, con saquearla y talarla. Es opinión común que los Pictos descendían de una tribu o colonia de Bretones que, arrojada por Agrícola hacia el norte, se había mezclado en él con los antiguos moradores: los escoceses eran igualmente de origen Celta, se habían establecido

primeramente en Irlanda, luego habían emigrado a las costas situadas al noroeste de esta isla, y desde su nuevo como desde su antiguo territorio, se atrevían hacía mucho tiempo a infestar con frecuentes correrías la provincia romana. Noticiosos estos dos pueblos de que sus vecinos más ricos que ellos estaban entregados a sus propias fuerzas, derribaron las fortificaciones que los emperadores o sus generales habían hecho construir, y, aunque enemigos naturalmente no muy temibles, hallaron a los bretones tan poco aguerridos, que no experimentaron resistencia alguna. La Bretaña, acostumbrada a recurrir a los emperadores para defenderse como para gobernarse, pidió auxilios a Roma, que le envió una legión, la cual superior a los Pictos y a los escoceses, los rechazó y desbarató en cuantas acciones pudo alcanzarlos, y una vez que los hubo arrojado al término de sus antiguos linderos, se volvió triunfante a defender las provincias meridionales del imperio¹⁵. La retirada de aquella legión fue la señal de una nueva invasión del enemigo, y habiéndose dirigido de nuevo los bretones a Roma, obtuvieron el envío de una nueva legión, que los libertó como la primera, pero reducidos ya al último trance en su propio suelo, y cansados de aquellas lejanas expediciones, anunciaron los Romanos a los bretones que no volviesen a contar más con su apoyo; exhortáronlos a armarse para su defensa, y les hicieron conocer que, pues que recobraban su antigua independencia, debían conservarla con su valor¹⁶. En prueba de afecto, los Romanos antes de abandonar la isla ayudaron a sus habitantes a reedificar la muralla de Severo, que era toda de piedra, obra para la cual no tenían entonces los bretones jornaleros bastante hábiles¹⁷, y luego que hubieron hecho este postrer servicio a la Bretaña, abandonáronla a sí misma los Romanos, y le dijeron un último adiós por los años 448, después de haber sido, por espacio de cuatro siglos señores de la mayor parte de aquella isla.

Los bretones

Miraron los cobardes Bretones su nueva libertad como un don funesto, y no estaban en manera alguna dispuestos a seguir el sensato consejo que les habían dado los Romanos de armarse para su propia defensa. Tan incapaces de arrostrar los peligros de la guerra, como de encargarse de los cuidados del gobierno civil, no supieron ni tomar ni ejecutar ninguna medida contra las invasiones de los bárbaros. Graciano y Constantino, romanos ambos, que poco antes habían usurpado la púrpura en Bretaña y llevándose al continente la flor de la juventud de esta provincia, perecieron en la infructuosa tentativa que hicieron para apoderarse del trono imperial, con lo que la desventurada isla se halló privada de los que mejor podían socorrerla en el apurado trance a que se hallaba reducida. Los Pictos y los escoceses, sabiendo que los Romanos la habían abandonado, la consideraron como una presa de que estaban seguros, y atacaron con fuerzas superiores la muralla que se acababa de restablecer por el lado del norte. Los Bretones, vencidos ya por su propia pavora y considerando como una defensa harto débil para ellos sus murallas, abandonaron indignamente su puesto, y dejaron el país enteramente abierto a los enemigos: estos bárbaros llevaron por doquiera en pos de sí la desolación y la muerte, sin que ablandasen su natural ferocidad el lastimoso estado y la conducta sumisa de los habitantes¹⁸. Por tercera vez los desventurados Bretones recurrieron a Roma, que les declaró su resolución de no volver a mezclarse en sus asuntos. Æcio el patricio, con su valor y su magnanimidad, sostenía el vacilante imperio: volvió por un momento algún vigor al genio de los Romanos tan degenerados, y restableció hasta cierto punto la antigua disciplina.

Entregáronle los embajadores de Bretaña una carta de sus compatriotas cuyo título era: *Gemidos de los bretones*: el contenido de aquella carta estaba en armonía con este exordio: «Por una parte», decían, «los bárbaros nos impelen hacia el mar, y por otra el mar nos impele hacia las

15 Gildas, Beda, lib. I. cap. 12. Pablo Diacon.

16 Beda, lib. I, cap. 12.

17 Idem.

18 Gildas, Beda, lib. I. An. Beverl. pág. 45.

espadas de los bárbaros, de modo que no nos queda más que la horrible alternativa de morir a hierro o ahogados»;¹⁹ pero Æcio, acosado por las armas de Atila, el más terrible enemigo que embistió jamás el imperio, no tenía tiempo que perder en escuchar las quejas de unos infelices aliados, que no podían invocar en su favor más que la generosidad de aquel honrado general²⁰. Los Bretones, reducidos a la desesperación por esta repulsa, abandonaron sus habitaciones y la labranza de sus tierras, para buscar un asilo en las selvas y en las montañas, adonde fueron a perseguirlos el enemigo y el hambre, que también empezó a hacer sentir a los bárbaros sus horrores, de que ellos mismos habían sido la causa, talando los campos. Cansados además por los bretones dispersos, que no habían osado resistirles en cuerpo, pero que les hostigaban sin cesar, tomaron el partido de retirarse a su país con los despojos que pudieron llevarse²¹.

Aprovecharon los bretones aquel intervalo de sosiego para volver a sus acostumbradas ocupaciones: la primavera que llegó en seguida floreció sus industriosos trabajos, les hizo olvidar las miserias pasadas, y les volvió la abundancia de todas las cosas necesarias para la vida, que es todo lo que puede suponerse existiría en un pueblo grosero que sin el auxilio de los Romanos no tenía bastante habilidad en el arte de la albañilería para construir una muralla de piedra para su defensa, sin embargo, los historiadores monásticos²² que refieren estos sucesos lamentan el lujo de los bretones en aquellos tiempos, y atribuyen a este vicio todas las calamidades que sobrevinieron, en vez de achacarlas a su imprudencia y su cobardía.

Enteramente ocupados en gozar de las actuales comodidades de aquel momento de paz, no tomaron ninguna precaución contra la vuelta de sus enemigos que estimulados por sus propios triunfos y por la conducta pusilánime de los isleños, los amenazaron en breve con una nueva invasión. No sabemos puntualmente cual era la especie de gobierno civil que los Romanos dejaron en Bretaña cuando abandonaron la isla, pero parece probable que los grandes se arrogaban, cada cual en su distrito, una especie de autoridad soberana, aunque precaria, y que vivían en cierto modo independientes unos de otros²³. A esta falta de unión entre ellos se unieron las disputas teológicas: habiéndose multiplicado considerablemente los discípulos de Pelagio, natural de Bretaña, el clero entró en cuidado en vista de su crecido número, y se dedicó con más ardor a destruirlos que a rechazar al enemigo público²⁴. Desgarrados por las divisiones intestinas, y amenazados de una invasión extranjera, los bretones no escucharon más que sus temores del momento, y siguiendo el consejo de Vortigern, príncipe de Dumnonio que, a pesar de todos los vicios que se le conocían, tenía la principal autoridad sobre ellos²⁵, enviaron una diputación a Germania para solicitar de los sajones que pasasen a protegerlos y a auxiliarlos.

Los sajones

Entre todas las naciones bárbaras conocidas en los tiempos antiguos o modernos, los Germanos parecen haber sido los pueblos más notables por sus costumbres y sus instituciones políticas, amén de que siempre han llevado al más alto punto el valor y el apego a la libertad: únicas virtudes que pueden buscarse entre hombres feroces todavía que desconocen las leyes de la justicia y de la humanidad. Aun el mismo gobierno monárquico establecido en algunos puntos de la Germania, por que no lo fue universalmente, no tenía más que una autoridad muy limitada. Aunque generalmente se elegía el soberano en la familia real, estaba obligado a consultar y seguir el voto de la nación en cuantas medidas tenía que tomar; y cuando se trataba de algún caso arduo o importante,

19 Gildas, Beda, lib. I. cap. 13. W. Malmes. lib. I. cap. 1. An. Beverl. pág. 45.

20 Crón. Saj., pág. 11, edic. 1692.

21 An. Beverl. pág. 45.

22 Gildas, Beda, lib. I. cap. 14.

23 Gildas, Usber, Ant. Brit. Pág. 248, 347.

24 Gildas, Beda, lib. I. cap. 17. Constant. in vita Germ.

25 Gildas, W. Malmes, pág. 8.

todos los guerreros se reunían armados, y los hombres que tenían más crédito en el estado empleaban la vía de la persuasión para obtener sus sufragios. Aquellos guerreros manifestaban su aprobación golpeando con la espada sus escudos, o su desaprobación con sordos murmullos, pues mal se podía calcular la pluralidad de votos en medio de una muchedumbre siempre arrebatada en todas direcciones como un rápido torrente, y las medidas así tomadas de común acuerdo se ejecutaban con alegría y se llevaban adelante con vigor. Aun en tiempo de guerra, los Germanos obedecían menos a la autoridad de su príncipe que a la fuerza de su ejemplo, pero, en tiempo de paz, toda unión civil quedaba en gran parte disuelta, y los jefes interiores administraban la justicia de un modo enteramente independiente, cada cual en su particular distrito. Elegíanse aquellos jefes por el voto del pueblo en las grandes asambleas o consejos nacionales, y aunque en ellas la nobleza de la sangre se tomaba en cuenta, las prendas personales, y sobre todo el valor, daban a los competidores aquella honrosa pero arriesgada distinción. Los guerreros de cada tribu se consagraban al servicio de su caudillo con el mayor afecto y la más incontrastable constancia: formaban su séquito en tiempo de paz, peleaban por él en tiempo de guerra y le ayudaban con sus consejos para la administración de la justicia. Un mismo deseo de gloria animaba a todos, pero si la emulación los hacía rivales en las lides, jamás alteraba la inviolable fidelidad que habían ofrecido a su caudillo o que una vez se habían jurado unos a otros. Morir por el honor de su hueste era para ellos el colmo de la gloria, al paso que el sobrevivir a la derrota o a la muerte del caudillo era el sello de la infamia. Llevaban a la guerra a sus mujeres e hijos, a quienes animaban con su propia belicosa índole. Estimulados por cuanto puede ejercer algún imperio sobre el corazón humano, eran invencibles en todas las ocasiones en que no tenían que pelear contra los otros Germanos sus vecinos y sus iguales en valor, costumbres e instituciones, o contra los Romanos, superiores en número, en armas y en disciplina²⁶.

Los caudillos y los demás guerreros se sustentaban y proveían de todo lo necesario con el trabajo de sus esclavos y de los demás miembros del estado que no entraban en el orden militar y que le debían su propia seguridad. Aquellas contribuciones, levantadas a favor de los guerreros, no les suministraban más que el mero sustento, de modo que la gloria y la consideración eran el único premio de sus peligros y de sus fatigas. Todas las artes inventadas para embellecer la vida eran desconocidas entre los Germanos, que hasta desatendían la labranza, y lejos de procurar perfeccionarla, mostraban temer las mejoras y los adelantos de esta especie. Los caudillos hacían anualmente una nueva distribución de tierras entre los habitantes de cada aldea, para impedir que adquiriesen el espíritu de propiedad, y diesen a los progresos de la agricultura la atención que querían dirigir únicamente a las expediciones militares, principal ocupación de los Germanos²⁷.

Habían pasado generalmente los sajones algún tiempo por una de las más valerosas tribus de aquellos pueblos belicosos, y eran el terror de todas las naciones vecinas²⁸. Habíanse derramado de las partes septentrionales de la Germania y del Quersoneso Címbrico, y habían tomado posesión de todas las costas del mar desde la embocadura del Rin hasta Jutlandia, desde donde molestaron por largo tiempo con sus piraterías al oriente y al mediodía de la Bretaña, y al norte las Galias²⁹. Para reprimir sus incursiones, los Romanos habían instituido un oficial bajo el título de conde de las Costas sajonas, y como el arte de la navegación no puede florecer sino en una nación civilizada, los Romanos rechazaron siempre más fácilmente a los sajones que a la mayor parte de los otros bárbaros que los atacaron. La disolución del poder romano convidaba a los sajones a renovar sus correrías por el imperio desmoronado, y como la diputación de la Bretaña les llegó en estas circunstancias, fueles particularmente grata y fácilmente los determinó a intentar una empresa a que estaban ellos de suyo bastante inclinados³⁰.

Hengisto y Horsa, dos hermanos que gozaban del mas alto crédito entre los sajones, eran

26 César, lib. VI.— Tácito, de Mor. Germ.

27 César, lib. VI.— Tácito, de Mor. Germ.

28 Am. Marcel. lib. XXVIII. Orosio.

29 Am. Marcel. lib. XXVII, cap. 7, lib. XXVIII, cap. 7.

30 W. Malmes 1 pág. 8.

igualmente célebres por el lustre de su nacimiento y de sus obras: créaseles, como a la mayor parte de los príncipes sajones, descendientes de Woden, a quien aquella nación adoraba como a un Dios y que pasaba por ser el bisabuelo³¹ de ambos, origen que aumentaba singularmente el respeto que se les profesaba. No intentaremos buscar otro origen más remoto a aquellos príncipes y a aquel pueblo, pues fácil es conocer cuan infructuoso trabajo sería investigar en aquellos siglos de barbarie la historia de una nación, cuando se ve que sus primeros caudillos, de que apenas hace mención algún historiador digno de crédito, pasaban por biznietos de una divinidad fabulosa o de un hombre divinizado por la ignorancia. En vano la sagacidad de los anticuarios, guiada por imaginarias analogías de nombres o por tradiciones inciertas, intentarla sondear la profunda oscuridad que cubre los primeros anales de aquellas naciones.

Sabiendo Hengisto y Horsa que las demás provincias de la Germania estaban habitadas por un pueblo belicoso y pobre, y que las ricas provincias de las Galias habían sido ya conquistadas o taladas por otros Germanos, persuadieron a sus compatriotas a que emprendiesen la única expedición en que podrían señalar su valor y enriquecerse. Embarcaron sus tropas en tres naves por los años 449 o 450³², y llevaron mil seiscientos hombres a la isla de Tanet, desde donde marcharon rápidamente en auxilio de los bretones contra sus enemigos septentrionales. Los escoceses y los Pictos no pudieron resistir al valor de aquellos auxiliares, y los bretones muy contentos de haber recurrido a ellos, se lisonjearon con la esperanza de gozar en lo sucesivo de una seguridad constante bajo la protección de un pueblo tan valiente.

Pero Hengisto y Horsa, juzgando por la fácil victoria que acababan de alcanzar sobre los Pictos y los escoceses que les sería muy hacedero subyugar a los bretones mismos, que no habían sabido resistir a tan flacos invasores, resolvieron conquistar y pelear para engrandecerse y no para defender a sus tímidos aliados. Enviaron noticias a Sajonia de la riqueza y de la fertilidad de la Bretaña; representaron que su conquista sería segura, si se quería intentarla; que los bretones, desacostumbrados hacía muchos años del oficio de las armas, separados del imperio romano, del que por largo tiempo habían sido súbditos, no tenían ninguna unión entre sí, y eran tan incapaces de aficionarse a su nueva libertad como de amar su patria³³; los vicios y la cobardía de Vortigern, cabeza de aquel pueblo, fortalecían más y más la esperanza de subyugarlo, y seducidos los sajones por tan halagüeña perspectiva, enviaron a Hengisto y a Horsa un refuerzo de cinco mil hombres que les llegaron a Bretaña en diez y siete naves. Los Bretones empezaron a temer a sus nuevos aliados, cuyo número veían aumentar por días, pero no discurrieron otro remedio al mal más que una docilidad sin límites con unos huéspedes a quienes temían irritar, pero este expediente fue inútil: los sajones hallaron un mal pretexto de rompimiento en el pago de los subsidios y el suministro de las provisiones³⁴, se quitaron al instante la mascarilla, y uniéndose con los Pictos y los escoceses, ejercieron abiertamente hostilidades contra los desdichados a quienes habían ido a proteger.

Reducidos a aquella extremidad, e indignados de la perfidia de aquellos auxiliares, no les quedó a los bretones más recurso que tomar las armas: depusieron a Vortigern, cuyas liviandades le habían hecho odiosísimo y a cuyos malos consejos se imputaban todos los males presentes, y eligieron en su lugar a su hijo Vortimer, hecho lo cual dieron varias batallas al enemigo. Aunque los cronistas bretones y sajones se disputan recíprocamente el honor de aquellas acciones, y atribuyen cada cual la victoria a sus compatriotas, los progresos que hicieron los sajones prueban que generalmente la victoria era suya; mas con todo, en una batalla dada en Eaglesford, hoy Ailsford, Horsa, uno de los generales sajones, fue muerto, y el mando del ejército combinado pasó todo entero a manos de Hengisto. Este activo caudillo, continuamente reforzado con tropas de refresco que le enviaban de Germania, taló la Bretaña hasta sus más remotos confines, y queriendo sobre todo difundir el terror de sus armas, no perdonó edad, sexo ni condición por donde quiera que pasaron sus fuerzas victoriosas. Los edificios públicos y privados de los bretones fueron reducidos a

31 Beda, lib. I. cap. 15. Crón. saj. pág. 13.—Nennio, cap. 28.

32 Crón. saj. pág. 12.—W. Malmes, pág. 11.—Huntington, lib. I, pág. 309.—Ethelwert. Brompton, pág. 728.

33 Crónic. saj. pág. 12. An. Beverl. pág. 49.

34 Beda, lib. I. cap. 15.—Nennio, cap. 35.—Gildas, § 23.

pavesas, y sus sacerdotes fueron sacrificados en sus mismos altares; no fueron los obispos y la nobleza mejor tratados que la plebe; perseguidas y acosadas en las selvas y en las montañas adonde habían huido, poblaciones enteras caían bajo la espada de un vencedor desapiadado; algunos infelices salvaron su vida aceptando cadenas: otros, abandonando el suelo natal, pasaron a buscar un asilo en la provincia de Armórica, donde fueron recibidos con tanta humanidad por un pueblo que hablaba la misma lengua que ellos, y tenía las mismas costumbres, que se establecieron en aquel país y le dieron el nombre de Bretaña³⁵.

Los historiadores bretones atribuyen el fácil acceso que se abrieron los sajones en Bretaña al amor en que se inflamó Vortigern por Rovená, hija de Hengisto, y quieren que el príncipe sajón, tan hábil político como gran guerrero, supiese aprovecharse de aquel amor para fascinar los ojos del imprudente monarca³⁶. Los mismos autores añaden que Vortimer murió, y que restablecido Vortigern en el trono, aceptó de Hengisto un festín en Stonehenge, en el cual trescientas personas de la nobleza bretona fueron indignamente acuchilladas, y el mismo rey quedó prisionero³⁷; pero es regular que estas anécdotas sean pura invención de los escritores galeses para paliar la flaca resistencia que opusieron al principio sus compatriotas, y para explicar los rápidos progresos y horribles destrozos de los sajones³⁸.

Después de la muerte de Vortimer, Ambrosio, nacido en Bretaña, pero de origen romano, fue investido de la soberana autoridad, y reinó sobre sus compatriotas, haciendo, no sin buen éxito, los últimos esfuerzos para animarlos a reunirse contra los sajones. Enconaron estas nuevas disensiones la animosidad entre ambas naciones al paso que despertaron la belicosa índole de los antiguos Bretones que parecía sepultada hacia tantos años en tan funesto letargo; pero a pesar de todos los arranques de su renaciente brío, Hengisto conservó todas las posesiones que había adquirido en Bretaña, y a fin de dividir las fuerzas y la atención del enemigo, hizo venir una nueva tribu de Sajones bajo el mando de su hermano Octa, y de Ebissa, hijo de aquel, y la estableció en el Northumberland, mientras el permanecía en las partes meridionales de la isla, donde echó los cimientos del reino de Kent, que comprendía el condado de este nombre, Middlesex, Essex, y una porción de Surrey, y cuya capital estableció en Canterbury, donde reinó sobre cuarenta años. Hengisto murió hacia el año 488, dejando sus recién adquiridos estados a la posteridad.

Excitada por los triunfos de Hengisto la codicia de los demás moradores de las regiones septentrionales de la Germania, mancomunáronse muchas veces bajo diferentes caudillos, y se precipitaron sobre la isla de Bretaña para invadirla. Componíanse en gran parte sus ejércitos de Sajones, Anglos y Jutos³⁹, tres tribus que indiferentemente se llamaban Sajones y Anglos, y que, hablando la misma lengua y regidos por las mismas leyes, propendían naturalmente por estos motivos y por su interés común a reunirse contra los antiguos pobladores. Defendieron algún tiempo los bretones aunque con fuerzas desiguales, pero por días fue flaqueando su resistencia, y no tuvieron un momento de tregua hasta que fueron arrojados a la provincia de Cornualles y al país de Gales, cuyo apartamiento e inaccesibles montes pudieron ponerlos a cubierto de las incursiones enemigas.

El primer estado sajón que se formó en Bretaña después del de Kent, fue el reino de la Sajonia meridional. Ælla, caudillo sajón, llegó en 477⁴⁰ al frente de un ejército de Germanos, desembarcó en las costas situadas al mediodía y se dispuso a apoderarse de todo el territorio circunvecino; pero los bretones, armados entonces, defendieron vigorosamente sus posesiones, y no fueron expulsados de ellas sino después de muchas batallas ganadas por sus valerosos adversarios. La más memorable

35 Beda, lib. I. cap. 15.—Usher, pág. 226.—Gildas, § 24.

36 Nenio, Galfr, lib. VI, cap. 12.

37 Nenio, Galfr, cap. 47.

38 De Skillingfleet, Orig. Brit. pág. 324, 325.

39 Beda, lib. I. cap. 15. Ethelwerd, pág. 833. Crón. saj. pág. 12. An. Beverl. pág. 78. Los habitantes de Kent y de la isla de Wight eran Jutos; Essex, Middlesex, Surrey, Sussex y todos los condados al sur de Cornualles estaban poblados de Sajones. Mercia y otras partes del reino estaban habitadas por Anglos.

40 Crón. saj. Pág. 14. An. Beverl. pág. 81.

acción de que dan noticia los historiadores es la de Meacredes.Born⁴¹, en que los sajones, aunque vencedores a lo que parece en último resultado, experimentaron una pérdida bastante considerable para retardar los progresos de su conquista; pero Ælla reforzado por nuevas tropas que le enviaron de Germania, abrió de nuevo la campaña, y puso sitio a Andred-Ceaster, plaza que defendieron con extraordinaria bizarría la guarnición y los habitantes⁴². Irritados los sajones con tantos afanes y peligros, redoblaron sus esfuerzos, tomaron la plaza por asalto, y pasaron a cuchillo sin distinción a todos los que encontraron en ella, triunfo decisivo que aseguró las conquistas de Ælla, quien tomó el título de rey, y extendió su dominio sobre la provincia de Sussex y una gran parte de la de Surrey, pero detúvole en sus progresos por la parte del este, el reino de Kent, y, por el oeste otra colonia de Sajones, dueños ya de aquellas comarcas.

La situación del país en que se establecieron aquellos Sajones los había hecho dar el nombre de Sajones occidentales: en él habían desembarcado en el año 495, bajo el mando de Cerdico y de Kenrico⁴³, su hijo. Los Bretones, amaestrados por su experiencia, estaban sobre la defensiva y tan bien preparados a recibir al enemigo, que dieron una batalla a Cerdico el día mismo de su desembarque, y aunque vencidos en ella, imputaron largo tiempo todavía su libertad: jamás ninguna otra colonia de Sajones había hallado una resistencia tan vigorosa, ni empleado tanto valor y perseverancia en llevar adelante sus conquistas. Cerdico se vio obligado a pedir socorros a sus paisanos de los reinos de Kent y de Sussex, igualmente que de la Germania, con lo que se le agregó un ejército de refresco, bajo el mando de Porta, y de sus dos hijos Bleda y Megla⁴⁴. Reforzado con aquellos auxilios, dio en 508 una sangrienta batalla a los bretones mandados por Nazam-Leod, su caudillo, que obtuvo la victoria al principio de la acción y puso en derrota el ala del ejército que mandaba Cerdico en persona; pero Kenrico, que llevaba en la otra ala lo mejor de la refriega, acudió en ayuda de su padre y restableció el roto equilibrio entre ambas huestes quedando en fin la victoria por los sajones⁴⁵. Nazam-Leod pereció con cinco mil hombres de su ejército, pero dejó a los bretones más enflaquecidos que desalentados con su muerte, y así prosiguió la guerra aunque casi siempre favorable a los sajones, a quienes el uso de espadas cortas y su modo de pelear de cerca daban gran ventaja sobre los isleños, cuyas armas arrojadas no eran temibles sino a cierta distancia. Pronto Cerdico, con su actividad, ayudó a la fortuna que le favorecía, y para dilatar sus conquistas, sitió a Mount-Badon, por otro nombre Banesdowne, junto a Bath, adonde se habían retirado los más tenaces de los bretones meridionales. Reducidos a aquella extremidad, imploraron el auxilio de Arturo, príncipe de los Silures, quien, con su heroico valor sostenía el vacilante destino de su patria⁴⁶: éste es aquel mismo Arturo, tan celebrado en los cantos de Taliesino y de los demás bardos bretones, en los que tantas fábulas mezcladas a la narración de sus hazañas han dado ocasión para dudar de su existencia, pero aunque los poetas desfiguran la historia con sus ficciones y alteran singularmente la verdad donde quiera que, como en Bretaña, son los únicos historiadores, siempre en sus más estupendas exageraciones hay un fondo de verdad. Es seguro, por ejemplo, que los bretones hicieron levantar el sitio de Badon en 520, y que los sajones fueron completamente vencidos en una batalla campal⁴⁷, desastre que detuvo los progresos de Cerdico, pero que no bastó a hacerle perder lo que había conquistado. Él y su hijo Kenrico, que le sucedió, fundaron el reino de los sajones occidentales o de Wessex, compuesto de los condados de Hants, Dorset, Wilts, Berks y de la isla de Wight, y dejaron sus posesiones a su descendencia. Cerdico murió en 534 y Kenrico en 560.

Mientras que de esta suerte se establecían los sajones en el mediodía, con no menos actividad dirigían sus compatriotas sobre otros puntos sus empresas. En el año 527, una numerosa colonia de

41 Crón. saj. A. D. 485. Flor Wigorn.

42 Hen. Hunting. lib. II.

43 W. Mahnes, lib. I. cap. 1. pág. 12. Crón. saj. pág. 15.

44 Crón. saj. pág. 17.

45 Hunting. lib. II. Elhelwerd, lib. I. Crón. saj. pág. 17.

46 Hunting. lib. II.

47 Gildas, Crón. Saj. H Hunting. lib II.

aventureros capitaneada por varios caudillos, arribó a la costa oriental de la Bretaña, y después de muchos combates, sobre los cuales no nos ha conservado la historia ningún pormenor, fundó en aquella isla tres nuevos reinos: Uffa tomó el título de rey de los ingleses orientales o Estanglos, en 575; Crida, el de rey de Mercía en 585⁴⁸; y Erkenwin, el de rey de la Sajonia oriental, o de Essex por la misma época, pero no se sabe puntualmente el año. Este último reino fue una desmembración del de Kent, y comprendía a Essex, Middlesex y parte de Hertfordshire. El de los ingleses orientales o de Estanglia se formaba de los condados de Cambridge, Suffolk y Norfolk, y el de Mercia se extendía sobre todas las provincias centrales, desde las orillas del Severna hasta las fronteras de aquellos otros dos reinos.

Inmediatamente después del desembarco de Hengisto, los sajones fueron a establecerse en el Northumberland, pero encontraron una resistencia tan obstinada, llegaron con tanta lentitud a subyugar a los naturales, su dominio era tan poco seguro, que por espacio de largo tiempo ninguno de sus príncipes osó arrogarse el título de rey, hasta que al fin, en 547⁴⁹, Ida, príncipe Sajón de gran valor⁵⁰, que pretendía como los demás príncipes de aquella nación, descender de Woden, trajo un considerable refuerzo de la Germania, y puso a los Nortumbros en estado de llevar adelante y de consolidar sus conquistas en Bretaña. Sometió enteramente el condado llamado hoy Northumberland, el obispado de Durham, algunas de las provincias de Escocia situadas al Sudeste, y ciñó entonces la corona y tomó el título de rey de Bernicia. Hacia la misma época, Ælla, otro príncipe Sajón, conquistador del Lancashire y de la mayor parte del Yorkshire, fue reconocido rey de Deiri⁵¹: ambas coronas se reunieron en las sienes de Ethilfrido, nieto de Ida, que casó con Acca, hija de Ælla, expulsó a Edwin, hermano de esta princesa, y se formó uno de los más poderosos reinos que tenían los sajones, y que tomó el nombre de Northumberland. La extensión que tenían las posesiones de Ethilfrido en el país llamado actualmente Escocia es punto incierto pero no se puede dudar que todo el terreno llano y especialmente las costas orientales de aquella nación estaban en gran parte pobladas de Germanos, aunque las expediciones hechas por los varios aventureros Sajones no se hallan todas puntualmente consignadas en la historia. La lengua puramente sajona que se habla en estas provincias es una prueba más terminante de aquel hecho que cuanto oponen a él los imperfectos, o más bien fabulosos anales de los historiadores escoceses.

La Heptarquía

De esta suerte se estableció en Bretaña la heptarquía o los siete reinos Sajones, al cabo de siglo y medio de revueltas y de combates. Toda la parte meridional de la isla, excepto el país de Gales y Cornualles, cambió enteramente de pobladores, de lenguaje, de costumbres y de instituciones políticas. Los Bretones habían hecho tales progresos en las artes y tanto se habían civilizado sus costumbres bajo el dominio de los Romanos, que se habían edificado veintiocho ciudades considerables sin contar gran número de aldeas y de caseríos⁵²; pero los feroces conquistadores que los subyugaron después, los sepultaron nuevamente bajo todos conceptos en su antigua barbarie. Los pocos naturales del país que escaparon a la muerte o al destierro, quedaron reducidos a la más vil esclavitud, siendo de notar que aunque los otros pueblos del norte, los Francos, los Godos, los Vándalos, los Borgoñones, semejantes a un furioso torrente, habían inundado las provincias meridionales del imperio, ninguno de ellos las había talado con tanto furor, ni tratado a los antiguos pobladores con tanta barbarie. Como los sajones invadieron la Bretaña en diferentes ocasiones y en cuerpos separados, los bretones, poco belicosos al principio, se fueron haciendo cada vez más aguerridos, y las hostilidades prolongadas por aquella misma defensa,

48 Mat. West Huntington, lib II.

49 Crón. saj. pág. 19.

50 W. Malmes, pág. 19.

51 An. Beverl. pág. 78.

52 Gildas. Beda, lib. I.

fueron más destructoras para ambos bandos, y sobre todo para el vencido. Los primeros Germanos que emprendieron embestir la Bretaña, en vez de acabar solos su conquista, tuvieron que sacar auxilios de su país, y que repartir con todos los aventureros de buena voluntad que se les agregaron los despojos y las posesiones de los antiguos habitantes; por lo tanto, el único medio que hubo de proveer al establecimiento y a la subsistencia de aquellos nuevos colonos fue exterminar a los bretones, de donde resulta que se hallan en la historia pocas conquistas tan ruinosas como la que hicieron los sajones, y pocas revoluciones tan violentas como la que efectuaron.

Mientras fue preciso disputar el terreno a los bretones palmo a palmo con la punta de la espada, los diferentes príncipes Sajones obraron de acuerdo y coligados por el interés, pero cuando los isleños quedaron totalmente encerrados en las áridas provincias de Gales y Cornualles, y no molestaron ya a sus vencedores, introdújose la discordia entre los príncipes de la heptarquía. Aunque a lo que parece, siempre uno de ellos obtuvo o se arrogó un notable ascendiente sobre todos los demás, su autoridad, si es que puede considerarse como regular y legal, era sumamente limitada, y cada estado se regía por sí y ante sí como si hubiera estado enteramente separado y hubiera sido en un todo independiente de los demás. Inevitables eran por consiguiente la guerra, las revoluciones y el desorden entre aquellos pueblos turbulentos y guerreros; y por confusos y embrollados que aparezcan aquellos sucesos entre las tinieblas de la antigüedad, preciso es que fijemos en ellos nuestra atención, aun que no estará demás advertir que amén de la dificultad de formar un solo cuadro de la historia de siete reinos distintos, todavía queda en pie un gran motivo de desaliento para el escritor en la incertidumbre y la seguridad de los hechos que nos han sido transmitidos. Los frailes, únicos analistas que había entonces, vivían separados de los negocios públicos, y miraban el gobierno civil y todas sus operaciones como muy inferiores al gobierno eclesiástico. No sólo participaban de la ignorancia y de la barbarie entonces universales, mas reunían también a la más ciega credulidad la afición a los prodigios y la parcialidad propias de aquellos tiempos incultos y de vivas preocupaciones. La historia de aquellos siglos está recargada de nombres y vacía de hechos, o bien estos hechos se nos han transmitido tan despojados de sus causas y de sus circunstancias, que el más profundo y elocuente escritor debe renunciar a la esperanza de hacerlos instructivos o agradables para sus lectores. No han bastado a conseguirlo el vasto saber y la rica imaginación del mismo Milton; y este grande hombre no titubea en decir que las confusas transacciones y las batallas de la heptarquía sajona⁵³ no son más dignas de una relación circunstanciada que las peleas de los milanos y de los cuervos. Sin embargo, para enlazar entre sí hasta cierto punto aquellos acontecimientos, daremos una sucinta noticia de la sucesión de los reyes y de las más importantes revoluciones de cada reino en particular, empezando por el de Kent, que fue el primero que se fundó.

Reino de Kent

Sucedió Esco a su padre Hengisto en el Reino de Kent, pero parece que no poseyó las altas dotes militares de aquel conquistador, que fue el primero que abrió la entrada de la Bretaña a los ejércitos sajones. Todos los sajones, a quienes animaba el deseo de adquirir gloria o establecimientos fueron a alistarse bajo las banderas de Ælla, rey de Sussex, que guerreaba contra los bretones con la más próspera fortuna, y echaba los cimientos de un nuevo reino. Esco se contentó con poseer en paz el de Kent, que dejó en 512 a su hijo Octa, en los tiempos en que los sajones orientales establecían su monarquía, y desmembraban de la suya las provincias de Essex y de Middlesex. Le muerte de Octa, después de un reinado de veintidós años, colocó en el trono a su hijo Hermenrico en 534. Nada memorable hizo este príncipe en los treinta y dos años que duró su reinado, sino únicamente asociar a su hijo Ethelberlo al gobierno, para asegurar la corona a su familia, y evitar las revoluciones siempre frecuentes en una monarquía bárbara y turbulenta.

53 Milton in Kennet, pág. 50.

Ethelberlo realzó la gloria de su linaje que yacía eclipsada hacia muchas generaciones. Como si la inacción de sus predecesores y la situación del país, a cubierto de todas las hostilidades de los bretones, hubiesen enervado mucho la belicosa índole de los sajones del reino de Kent, no fueron felices las primeras tentativas que hizo Ethelberto para ensanchar sus dominios e ilustrar su nombre⁵⁴; dos batallas perdió contra Ceaulin, rey de Wessex, y se vio obligado a ceder a aquel ambicioso monarca la superioridad en la heptarquía. No conservó Ceaulin ninguna moderación después de su victoria, y subyugando el reino de Sussex, excitó la desconfianza de todos los demás príncipes que se coligaron contra él. Ethelberto, al frente del ejército combinado, le dio una nueva batalla y obtuvo un triunfo completo y decisivo⁵⁵: Ceaulin murió poco tiempo después, y Ethelberto sucedió al ascendiente que había tomado aquel príncipe sobre la heptarquía, lo mismo que a sus ambiciosos proyectos; a todos los otros príncipes, excepto al rey de Northumberland, los redujo bajo su entera dependencia, y se apoderó del reino de Mercia, el más vasto de los reinos sajones; pero temeroso de que se formase contra él una liga semejante a la que a él le había puesto en estado de derribar a Ceaulin, tuvo la prudencia de restituir el trono de Mercia a Webba, heredero legítimo e hijo de Crida, fundador de aquella monarquía, si bien guiado siempre por la ambición más que por la justicia, hizo esta restitución con condiciones tan duras, que Webba no fue, por decirlo así, más que el humilde tributario de su artificioso bienhechor.

El suceso más feliz y memorable que señaló el reinado del grande Ethelberto fue la introducción de la religión cristiana entre los sajones-Ingleses. La especie de superstición adoptada por los Germanos en general, y sobre todo la de los sajones, era de las más groseras y absurdas: como la fundaban simplemente sobre la tradición y sobre fábulas religiosamente transmitidas por sus antepasados, y no estaba ni apoyada en instituciones políticas, ni reducida a sistema, como la de los Druidas, parece que había hecho poca impresión en los ánimos, y que fácilmente cedió su imperio a la nueva doctrina. Woden, de quien los sajones creían descendientes a todos sus príncipes, era considerado entre ellos como el dios de la guerra, y por una consecuencia natural, había llegado a ser su deidad suprema y el primer objeto de su culto. Persuadíanse que si llegaban a agrardarle con su valor, pues de las demás virtudes hacían mucho menos caso, serían admitidos después de su muerte en su palacio, donde, muellemente tendidos en blandos lechos, se hartarían de una cerveza deliciosa que les servirían en los cráneos de los enemigos a quienes hubieran muerto en los combates. Animados por esta idea de la gloria, que halagaba juntamente la venganza y la destemplanza, las dos pasiones dominantes de los bárbaros, despreciaban los peligros de la guerra y enconaban con sus preocupaciones religiosas su natural ferocidad contra los vencidos. De sus demás dogmas tenemos escasa noticia; sólo sabemos que los sajones eran politeístas, que tributaban culto al sol y a la luna, que adoraban al dios del trueno, bajo el nombre de Tor, que tenían imágenes en sus templos, que ofrecían sacrificios, que creían en los encantamientos y en los sortilegios; en fin, que admitían en general una especie de sistema religioso que miraban como sagrado, pero que, semejante a las demás supersticiones, lleva el sello de la más absoluta extravagancia a los ojos de los que no están familiarizados con ellas desde la cuna.

El estado de guerra en que vivían siempre los sajones con los bretones, debía naturalmente apartarlos de recibir el cristianismo, que les llegaba enseñado por tan implacables enemigos: acaso también los bretones, como se lo echan en cara Gildas y Beda, no estaban dispuestos a enseñar la doctrina de la salvación eterna a tan desapiadados vencedores; pero un pueblo culto, aunque subyugado por las armas, conserva siempre una superioridad sensible sobre naciones ignorantes y bárbaras. Todos los demás pueblos del norte, que habían invadido la Europa, se habían dejado ya persuadir a abrazar la fe cristiana que habían hallado establecida en el imperio, y era imposible que los Sajonas, informados de esta mudanza, no profesasen una especie de veneración a una doctrina dominante entre sus compatriotas. A pesar de su ignorancia, habían debido observar que los adelantos de la inteligencia humana se habían difundido mucho más en las provincias del mediodía

54 Crón. saj. pág. 21.

55 H. Hunting., lib. II.

que entre ellos, de modo que era muy natural que cediesen a aquella superioridad de luces, no menos que al celo de las conversiones que ya entonces distinguía a los habitantes de los estados cristianos.

Pero acaso hubieran podido ser ineficaces por mucho tiempo todavía estas causas, si un suceso favorable no hubiera preparado la introducción del cristianismo en el reino de Kent. En vida de su padre, Ethelberto se había casado con Berta, hija única de Cariberto, rey de París⁵⁶, uno de los descendientes de Clodoveo, conquistador de las Galias; pero antes de ajustar aquella alianza, había tenido que estipular que la princesa gozaría del libre ejercicio de su religión, concesión que no fue difícil obtener de los sajones idólatras⁵⁷. Berta llevó consigo a Canterbury un obispo francés; celosa de la propagación de su fe, practicó con mucha asiduidad sus ejercicios devotos, procuró con una conducta irreprochable acreditar la santidad de su religión, y empleó toda su destreza y la dulzura de su carácter para convencer de ella a su marido. La familiar bondad con que vivía aquella princesa en medio de su corte, y su dominio sobre Ethelberto, habían preparado tan cumplidamente el camino a la predicación del Evangelio, que Gregorio el Grande, que era a la sazón pontífice romano, esperó salir con bien del proyecto que ya había formado antes de su exaltación al solio, de convertir a los sajones Ingleses.

Siendo todavía simple prelado, Gregorio había tenido ocasión de observar en el mercado público de Roma algunos jóvenes Sajones comprados a sus propios padres en Bretaña por algunos traficantes de aquella ciudad, que a su vez los ponían en venta: sorprendido en vista de las admirables proporciones de sus cuerpos y de aquella flor de juventud que brillaba en sus semblantes, Gregorio se informó de qué país eran aquellos hombres tan hermosos, y habiéndole respondido que eran Anglos: «Mejor fuera llamarlos Angeles», exclamó jugando con el equívoco; «gran lástima es que el príncipe de las tinieblas se lleve tan bizarra presa, y que una corteza tan magnífica cubra un alma vacía de la gracia y de la justicia.» Prosiguiendo Gregorio sus preguntas acerca de la provincia a que pertenecían, supo que eran los Deiri, una de las divisiones del Northumberland: «Deiri, repuso, muy bien; están llamados a la misericordia de Dios, para que los liberte *De Su Ira, De ira*», añadió aludiendo a esta expresión latina. «¿Y cómo se llama el rey de ese país?—Ælla o Alla», le dijeron.—«Aleluya» exclamó; «será preciso que tratemos de hacer entonar las alabanzas del Señor en ese reino.» Pasmado de todas aquellas alusiones, que tan felices le parecían, resolvió emprender en persona una misión a Bretaña, obtuvo para ello licencia del Papa, y se preparó para aquel peligroso viaje; pero Gregorio era tan querido de Roma, que de ningún modo quisieron los Romanos que se expusiese a tantos riesgos, y como se opusieron con empeño a su partida, tuvo que renunciar a su piadoso intento⁵⁸.

Todavía no estaba entibiado el ardor de las controversias entre los paganos y los cristianos, pero ningún Pontífice antes de Gregorio había llevado a tan alto punto como éste el celo contra el culto de los falsos dioses, celo que llevó hasta el exceso de declarar la guerra a todos los preciosos monumentos de los antiguos y aun a sus escritos. Ambicioso de ilustrar su pontificado con la conversión de los sajones establecidos en Bretaña, eligió un fraile de Roma llamado Agustín, a quien envió a aquella misión con cuarenta compañeros a predicar el Evangelio en aquella isla. Aterrados aquellos misioneros de los peligros que correrían proponiendo una nueva doctrina a un pueblo tan feroz, del que todo les era desconocido, hasta la lengua, se detuvieron algún tiempo en Francia y comisionaron a Agustín para ir a representar al papa los riesgos y las dificultades de aquella empresa, y suplicarle que los dispensase de llevarla a cabo; pero Gregorio los exhortó por el contrario a proseguirla, les aconsejó que tomasen intérpretes entre los Francos que hablaban la misma lengua que los sajones⁵⁹, y les recomendó a la protección de la reina Brunehaut, que había usurpado entonces el poder soberano en Francia. Aquella princesa, aunque manchada con todos los crímenes de que son capaces la perfidia y la crueldad, tenía, o afectaba tener, un ardiente celo por la

56 Gregorio de Tours, lib. IX, cap. 26. H. Hunting. lib. II.

57 Beda, lib. I, cap. 25. Brompton, pág. 729.

58 Beda, lib. II, cap. 1. Spel. conc. pág. 91.

59 Beda, lib. I, cap. 23.

propagación de la fe cristiana; y el mismo Gregorio confesó que el buen éxito de aquella misión se debió en gran parte al auxilio de Brunehaut⁶⁰.

Agustín, llegado que hubo al reino de Kenl, en 597⁶¹, halló los peligros que había previsto muy inferiores en realidad a lo que él temía. Ethelberto, dispuesto ya en favor del cristianismo, señaló a Agustín para su residencia la isla de Tanet, y le permitió poco tiempo después entrar en conferencia con él; pero temiendo aquel ignorante príncipe que unos sacerdotes que venían desde tan lejos a anunciar una religión desconocida, le echasen algún sortilegio, tomó la precaución de darles audiencia en campo raso y al aire libre, donde imaginaba que se evaporaría más fácilmente la fuerza de su magia⁶²; entonces fue cuando Agustín, por el órgano de los intérpretes, instruyó a Ethelberto de los dogmas de la fe cristiana, y prometió a aquel príncipe la felicidad eterna y un reino sin límites en el cielo si consentía en recibir aquella saludable doctrina⁶³. «Vuestras promesas y vuestras palabras son magníficas», respondió Ethelberto, «pero como son nuevas y dudosas, no puedo fiarme de ellas totalmente, y abandonar los principios que tan largo tiempo han conservado mis antepasados. Sin embargo, sed bienvenidos, y vivid aquí en paz, y una vez que habéis emprendido un viaje tan largo únicamente, a lo que creo, por nuestro bien, haré que se os dé todo lo necesario, y os permito que enseñéis vuestra doctrina a mis súbditos⁶⁴.»

Alentado por tan favorable acogimiento, echó Agustín el resto de su celo, y predicó el Evangelio a los sajones de Kent, cuya atención se captó con la austeridad de costumbres, vida penitente, abstinencias y abnegación de que dio constante ejemplo. Luego que los admiró con su modo de vivir, tan contrario a lo que entre ellos se practicaba, fácil le fue hacerles creer en los milagros que se dice que efectuó para convertirlos⁶⁵. Tantos motivos de favor, unidos al que declaradamente dispensaba la Corte a los misioneros, determinaron a un gran número de Kenteses a recibir el bautismo, y el mismo rey lo pidió, y si su conversión acrecentó el número de los prosélitos entre sus vasallos, tampoco adoptó ningún otro medio para hacerles abrazar la nueva doctrina. Creyó Agustín que en los principios de su misión convenía tomar las apariencias de una extremada mansedumbre, y dijo a Ethelberto que el servicio de Cristo debía ser voluntario y que no se debía emplear ninguna violencia para difundir una religión tan santa⁶⁶.

La noticia de aquellas conquistas espirituales causó la mayor alegría a los Romanos que se enorgullecían tanto entonces de aquellos pacíficos trofeos, como antiguamente sus antecesores de sus sangrientos triunfos y de las más brillantes victorias. Gregorio escribió a Ethelberto una carta en que, después de anunciarle que se acercaba el fin del mundo, le exhortaba a señalar su celo por la conversión de sus vasallos, a emplear el rigor contra el culto de los ídolos, y a construir el edificio de su salvación sobre las amonestaciones, las amenazas, los halagos y los castigos⁶⁷, método más propio de la época y más conforme a las máximas ordinarias de los papas que la tolerancia de Agustín. Decidió también el pontífice varios puntos de disciplina relativos al gobierno de la nueva iglesia de Kent, sobre los cuales le había consultado el misionero. Amén de varias dudas que no es necesario recordar aquí, Agustín preguntaba: *Si debía ser lícito el matrimonio entre primos hermanos*, a lo que respondió el papa que la ley romana había concedido antiguamente esta libertad, pero que habiendo demostrado la experiencia que no podía salir ninguna especie de posteridad de esta clase de matrimonios, los prohibía. *Si una mujer embarazada podía ser legítimamente bautizada*, y Gregorio creyó que no había inconveniente en ello. *¿A cuánto tiempo después de su nacimiento puede un niño recibir el bautismo?*, y el santo padre mandó que lo recibiese desde el momento mismo de nacer, si lo exigía el caso. *¿Cuánto tiempo estaba obligado un marido a vivir*

60 Greg. epist. lib IX. Epist. 56. Spel. Conc. pág. 82.

61 Higden, Polychron. lib. V. Crón. saj. pág. 23.

62 Beda, lib. I, cap. 25. H. Hunting. lib. III. Brompton, pág. 789. Partrer, Antig. Brit. Eccl. pág. 61.

63 Beda, lib. I, cap. 25. Crón. W. Torn. pág. 1759.

64 Beda, lib. I, cap. 25. H. Hunting. lib. III. Brompton, pág. 729.

65 Beda, lib. I, cap. 26.

66 Beda, H. Hunting. lib. III.

67 Beda, lib. I, cap. 32. Brompton, pág. 332. Spel. conc. pág. 86.

separado de su mujer después del parto? y se decidió que hasta que acabase ésta de criar a su hijo, deber a que exhorta Gregorio a todas las mujeres. *¿Cuánto tiempo debía dejar transcurrir un hombre, después de haber tenido cópula carnal con su mujer, para entrar en la iglesia o recibir los sacramentos?* y se decidió que a menos de que se hubiese llegado a su mujer sin deseo y puramente en el interés de la propagación de su especie, no estaba exento de pecado; pero que en todos los casos era menester que se purificase por medio de la oración y de la absolución antes de entrar en la iglesia y de comulgar, y que no debía ni aun después de estas precauciones presentarse inmediatamente a la santa mesa⁶⁸; todavía había otras preguntas y decisiones aun más indecentes y ridículas⁶⁹, y en sustancia, parece que si las relaciones entre los modos de ser tienen alguna influencia, Gregorio y su misionero eran más a propósito de lo que lo hubieran sido hombres de más delicado ingenio para cautivar a los ignorantes y groseros sajones.

Para facilitar todavía más la introducción del cristianismo, mandó Gregorio a Agustín que quitase los ídolos de los altares en que estaban colocados, pero que no destruyese estos, «pues más fácilmente, decía el santo padre, se atraerá al pueblo al culto de los cristianos, cuando lo vea celebrar en los mismos sitios que está acostumbrado a mirar como sagrados.» Quiso además sacar partido de la costumbre que tenían los paganos de ofrecer sacrificios y de comer de las ofrendas con sus sacerdotes, a cuyo fin recomendó al misionero que instase a los sajones a matar sus vacas y sus carneros junto a la iglesia los días de festividades cristianas, y a entregarse entonces a aquellos placeres de la mesa a que estaban acostumbrados⁷⁰. Estas políticas complacencias manifiestan que, a pesar de su ignorancia y de sus preocupaciones, Gregorio tenía algunas nociones del arte de gobernar a los hombres. Agustín fue consagrado arzobispo de Canterbury, recibió del papa la primacía sobre todas las iglesias de Bretaña, y el palio, insignia de aquella dignidad⁷¹. Prevínole también Gregorio que no se jactase demasiado del don de los milagros⁷², y como Agustín, envanecido por el buen éxito de su misión, mostraba creerse con derecho para extender su autoridad sobre los obispos de las Galias, el papa le informó de que estaban enteramente fuera de su jurisdicción⁷³.

El casamiento de Ethelberto con Berta, y mas aun su conversión a la fe cristiana, establecieron entre sus súbditos, los franceses, los italianos y otras naciones del continente, una correspondencia que tendía a sacarlos de la ignorancia en que hasta entonces habían estado sepultadas las tribus sajonas⁷⁴. Aquel monarca redactó también⁷⁵, con el consentimiento de los estados de su reino, un cuerpo de leyes, las primeras leyes escritas que promulgaron los conquistadores oriundos del norte. Su reinado fue bajo todos conceptos glorioso para él y útil para su pueblo: gobernó el reino de Kent por espacio de cincuenta años, murió en 616, y dejó su trono a su hijo Eadbaldo.

Dominado este príncipe por una ciega pasión a su madrastra, abandonó por algún tiempo la fe cristiana, que no permitía aquellos casamientos incestuosos, y todo su pueblo volvió inmediatamente con él a la idolatría: Laurencio, el sucesor de Agustín, halló de todo punto abandonado el culto cristiano, y se preparaba a volver a Francia para substraerse a la mortificación de predicar el Evangelio sin fruto a los infieles. Melito y Justo, que habían sido consagrados obispos de Londres y de Rochester, ya habían salido del reino⁷⁶, cuando Laurencio, antes de abandonar del todo su dignidad, hizo un esfuerzo para captarse el ánimo del rey. Presentóse a este príncipe, y quitándose sus vestidos le mostró su cuerpo todo sangriento y acardenalado. Admirado Eadbaldo de

68 Beda, lib. I, cap. 27. Spel. conc. pág. 97, 99 etc.

69 Agustín preguntó: *Si mulier menstrua consuetudine tenetur, an ecclesiam intrate ei licet, aut sacrae communionis sacramenta percipere?* Gregorio respondió: *Sanctae communionis mysterium in eisdem diebus percipere non debet prohiberi. Si autem ex veneratione magna percipere non praesumitur, laudanda est.*

70 Beda, lib. I, cap. 30. Spel. conc. pág. 89. Greg. Epist. lib. II, epist. 71.

71 Crón. Saj. pág. 23, 42.

72 H. Hunting. lib. III. Spel, conc. pág. 83. Beda, lib. I. Greg. Epist. lib. II, epist. 60.

73 Beda lib. I, cap. 27.

74 W. Malmes, pág. 10.

75 Wilkins, Ley. Saj. pág. 13.

76 Beda, lib. II, cap. 5.

que hubiese habido quien se atreviera a tratar con tanta inhumanidad a un hombre de su categoría, oyó de boca de Laurencio que aquel castigo era el efecto de la cólera de San Pedro, príncipe de los apóstoles, que se le había aparecido en una visión, y reprendiéndole severamente la intención de desertar su misión, había impreso sobre su cuerpo aquellas visibles señales de su enojo⁷⁷. Ya sobrecogiese a Eadbaldó aquel milagro, ya le dominase algún otro motivo, lo cierto es que se divorció con su madrastra y volvió al gremio del cristianismo⁷⁸, al que todo su pueblo volvió con él. Eadbaldó no alcanzó a la fama y a la autoridad de su padre, y murió en 640, después de un reinado de veinticinco años, dejando dos hijos Erminfrido y Ercomberto.

Ercomberto, aunque hijo segundo, habido en Erna, princesa de Francia, halló medio de subir al trono. Beda le celebra por dos memorables hazañas: por haber establecido el ayuno de la cuaresma en su reino, y por haber extirpado enteramente la idolatría, que no obstante la preeminencia del cristianismo había sido tolerada por los dos monarcas precedentes. Reinó veinticuatro años y dejó la corona a Egberto, su hijo, que reinó nueve años. Este príncipe es célebre por su protección a las letras, pero infama su nombre el crimen de haber dado muerte a sus dos primos hermanos hijos de Erminfrido, su tío. Los escritores eclesiásticos le encomian por haber hecho donación a su hermana Domnona de algunas tierras en la isla de Tanet, donde fundó un monasterio.

La sangrienta precaución de Egberto, no pudo fijar la corona en la cabeza de su hijo Edrico. Lotario, hermano del difunto príncipe, tomó posesión del reino, y con objeto de asegurar el poder en su familia, se asoció a su hijo Ricardo para la administración del gobierno. Edrico, el heredero despojado, recurrió a Edilwach, rey de Sussex, para que le ayudara a recobrar sus derechos, y con el apoyo de aquel príncipe, dio una batalla a su tío, que fue derrotado y muerto en la acción: Ricardo huyó a Germania, y murió en fin en Luca, ciudad de Toscana. Guillermo de Malmesbury atribuye la adversa fortuna de Lotario a dos crímenes: uno, haber sido cómplice del asesinato de sus dos primos; otro, haber despreciado las reliquias⁷⁹.

Once años reinó Lotario, y dos solamente su sucesor Edrico. Muerto este último en 686, Widredo, su hermano, se apoderó de la corona; pero como tantas revoluciones y usurpaciones acababan de dividir la sucesión, formáronse entre la nobleza bandos y parcialidades, y al cabo instó esta última a Cedwalla, rey de Wessex y a su hermano Mollo, a entrar a mano armada en el reino. Taláronle en efecto estos príncipes, pero la muerte de Mollo, ocurrida en una refriega⁸⁰, dio a aquella monarquía un momento de respiro, de que se aprovechó Widredo para restablecer los negocios, y después de un reinado de treinta y dos años⁸¹, dejó la corona a su posteridad. Eadberto, Ethelberto y Alrico, sus descendientes, subieron sucesivamente al trono. Después de la muerte de este último en 794, hallóse extinguida la casa real de Kent y todos los cabezas de bandería que pudieron esperar hacerse reyes, sumergieron al estado en el más espantoso desorden⁸². Egberto, que se apoderó el primero de la suprema potestad, no reinó más que dos años; Cutredo, hermano del rey de Mercia, reinó seis; y Baldredo, vástago ilegítimo del tronco real, diez y ocho. Después de un reinado borrascoso y precario, fue en fin expulsado, en 823 por Egberto, rey de Wessex, quien logró disolver la heptarquía y reunir bajo su dominio aquellos diferentes reinos.

Reino de Northumberland

Adelfrido, rey de Bernicia, habiéndose casado con Acca, hija de Ælla, rey de Deiri, y expulsado a Edwin, niño todavía, hermano de aquella princesa, formó una monarquía de todas las

77 Beda, cap. 6. Crón. Saj. pág. 26. Higden . lib. V.

78 Brompton, pág. 739.

79 W. Malmes, pág. 11.

80 Higden, lib. V.

81 Crón. saj. pág. 52.

82 W. Malmes, lib. I, cap. 1, pág. 11.

provincias simadas al norte del Humber, y tomó grande ascendiente sobre la heptarquía, derramando también el terror de las armas sajonas por todos los pueblos vecinos, y ensanchando por todas partes los límites de sus estados con sus victorias sobre los Pictos, los escoceses y aun los galeses. Mientras sitiaba a Chester, los bretones marcharon con todas sus fuerzas para trabar batalla con él, seguidos de un escuadrón de mil doscientos cincuenta frailes del monasterio de Bangor, que se pararon a corta distancia del campo de batalla para animar a los combatientes con su presencia y sus exhortaciones. Adelfrido, habiendo preguntado el objeto de aquella desusada aparición, supo que aquellos sacerdotes iban allí a implorar a Dios contra él: — «Pues entonces, dijo, tan enemigos nuestros son como los que se preparan a pelear contra nosotros»⁸³, y al punto envió un destacamento que cayó sobre ellos y les causó tal estrago, que apenas escaparon con vida unos cincuenta⁸⁴. Consternados con aquel desastre, los bretones fueron enteramente derrotados: Chester se rindió, y Adelfrido, llevando adelante su victoria, se apoderó de Bangor y demolió el monasterio no dejando en el piedra sobre piedra. Era tan vasto aquel edificio que de una puerta a otra había la distancia de una milla, y contenía 2.100 frailes, de quienes se dice que se sustentaban en él con el producto de su trabajo⁸⁵.

No obstante los triunfos que obtenía Adelfrido en la guerra, vivía con inquietud a causa del joven Edwin, a quien había desposeído injustamente de la corona de Deiri. Este príncipe, ya en edad proveya, andaba errante de provincia en provincia, siempre expuesto a los atentados del usurpador de su trono, hasta que halló en fin un asilo en la corte de Redwaldo, rey de los Estanglos, donde su valor, su afabilidad y amable condición le granjearon el general afecto. Solicitaba de Redwaldo con empeño el rey de Northumberland que le entregase o hiciese morir a aquel huésped; prometíale ricos presentes si tenía aquella complacencia y le amenazaba con la guerra en el caso contrario. Después de haber desechado varios mensajes de esta naturaleza . empezó a ceder su generosidad a consideraciones de interés, y así detuvo al último embajador, mientras tomaba una resolución en caso de tanta importancia. Edwin, noticioso de la perplejidad de su amigo, decidió sin embargo correr el azar de quedarse en Estanglia, considerando que si le faltaba la protección de aquella corte, mas le valía morir que prolongar una vida tan expuesta a las persecuciones de su poderoso rival. Esta confianza en el honor y en la amistad de Redwaldo, unida a las demás nobles prendas que lo recomendaban, movió a la reina a abrazar sus intereses, y en efecto, ésta representó a su esposo la infamia de entregar a una muerte segura a su augusto huésped, que había ido a buscar entre ellos protección y amparo contra sus crueles e injustos enemigos⁸⁶. Redwaldo, abrazando más generosas resoluciones, creyó oportuno prevenir las hostilidades del usurpador, y atacarle antes de que supiese su resolución y hubiese hecho sus preparativos de guerra, a cuyo fin entró desde luego en campaña, pasó con su ejército al reino de Northumberland y dio una batalla a Adelfrido, en que este monarca fue vencido y muerto, después de haberse vengado de aquella súbita irrupción con la muerte de Regner, hijo de Redwaldo⁸⁷: los hijos de Alfrido, Eanfrido, Oswald y Oswy, niños todavía, fueron llevados a Escocia, y Edwin tomó posesión de la corona de Northumberland.

Edwin fue el más grande príncipe de la heptarquía en aquella época, y se distinguió tanto por su influjo sobre los otros reinos que la componían⁸⁸ como por el estricto cumplimiento de la justicia en sus dominios. Apartó a sus súbditos de la licenciosa vida a que estaban acostumbrados, y se decía comúnmente que durante su reinado una mujer o un niño podían caminar por donde quiera con un bolsillo de oro en la mano sin peligro de ser robados con violencia o ardid. La historia nos ha transmitido una insigne prueba del afecto que le profesaban sus servidores. Cuichelme, rey de Wessex, era su enemigo, pero conociéndose inhábil para sostener una guerra franca contra tan bizarro y poderoso príncipe, determinó usar de traición contra él, y empleó para tan criminal intento

83 Bromton, pág. 779.

84 Trivet, apud Spel. conc. pág. III.

85 Beda, lib. II, cap. 2.

86 W. Malmes, lib. I, cap. 3. H. Hunting. lib. III.

87 Beda, lib. II. cap. 12. Brompton. pág. 781.

88 Crón. Saj., pág. 27.

a un tal Eumer. El asesino, habiendo obtenido una audiencia so pretexto de dar al rey un mensaje de Cuichelme, desenvainó su cuchillo y se precipitó sobre Edwin; Lilla, un oficial de su ejército, viendo el peligro de su señor, y no teniendo otros medios de defensa, se interpuso entre el rey y el puñal de Eumer, que llevaba tanta violencia, que, después de atravesar a Lilla, todavía fue a herir a Edwin; pero antes de que pudiese el asesino renovar su atentado, ya le habían acuchillado los guardias del rey.

Los Estanglos conspiraron contra Redwaldo, su rey, y habiéndole dado muerte, ofrecieron su corona a Edwin, de cuyo valor y capacidad habían hecho experiencia mientras residió entre ellos; pero Edwin, por consideraciones de gratitud a la memoria de su bienhechor, los obligó a someterse a Earpwold, hijo de Redwaldo, y aquel príncipe conservó su autoridad, aunque muy limitada, bajo la protección del monarca northumberlandés⁸⁹.

Edwin, después de haber subido al trono, casó con Etelburga, hija de Etelberto, rey de Kent. Esta princesa, emulando la gloria de su madre Berta que había sido el instrumento elegido por la Providencia para convertir a su esposo y a su pueblo al cristianismo, llamó a su lado a Paulino, sabio obispo⁹⁰, y además de estipular una completa tolerancia para el ejercicio de su religión, que fácilmente obtuvo, empleo todo su influjo para persuadir al rey que la abrazase también. Edwin, como prudente príncipe, titubeó en hacerlo, pero prometió que examinaría las bases de la nueva doctrina, y declaró que si le parecía satisfactoria, la adoptaría sin demora⁹¹. Tuvo por lo tanto varias conferencias con Paulino, discutió los argumentos en pro y en contra con sus más sabios consejeros, se retrajo con frecuencia de todo trato de gentes para resolver a solas aquella importante cuestión, y después de una larga y seria meditación se decidió a favor de la religión cristiana⁹²; pronto el pueblo siguió su ejemplo, movido a ello no sólo por el influjo y autoridad del rey, sino también por otro ejemplo todavía mas insigne. Coifi, el gran sacerdote, habiéndose convertido después de una conferencia pública con Paulino, puso el sello a la convicción del pueblo, abjurando y rompiendo los ídolos que tanto tiempo había adorado, y que derribó con sus propias manos para expiar su pasada idolatría⁹³.

Murió aquel ilustre príncipe, con su hijo Osfrido, en una gran batalla contra Penda rey de Mercia, y Caedvalla, rey de los bretones⁹⁴. Este suceso, que ocurrió cuando tenía Edwin cuarenta y ocho años de edad y llevaba diez y siete reinado⁹⁵, dividió la monarquía de Northumberland que aquel príncipe había unido bajo un solo cetro. Eanfrido, hijo de Adelfrigo, volvió con sus hermanos Oswald y Oswy, de Escocia, y tomó posesión de Bernicia, herencia de su padre. Osrico, primo hermano de Edwin, se estableció en Deiri, patrimonio de su familia, pero al que tenían más legítimo derecho los hijos de Edwin. Eanfrido, el mayor de aquellos príncipes, fue a entregarse a Penda, que le hizo degollar traidoramente; el menor de los hermanos, Vusefzoea, con Inffi, hijo de Osfrido, y nielo de Edwin, buscaron protección en el reino de Kent, pero no habiéndola hallado, se retiraron a Francia, a la corte del rey Dagoberlo, donde murieron⁹⁶.

Osrico, rey de Deiri, y Eanfrido de Bernicia, volvieron a abrazar el paganismo, y probablemente arrastraron detrás de sí a todo el pueblo, pues que Paulino, primer arzobispo de York, y que era el que los había convertido, juzgó acertado retirarse con Etelburga, la reina viuda, al reino de Kent. Aquellos dos reyes northumbrios perecieron poco después; el primero en una batalla contra Caedwalla, el Bretón, y el segundo por traición de este príncipe. Oswaldo, hermano de Eanfrido, de la raza de Bernicia, unió de nuevo el reino de Northumberland en el año 634, y restableció la religión cristiana en sus dominios: ganó una sangrienta y muy reñida batalla contra

89 W. Malmes, lib. I, cap. 5.

90 Hunting. lib. III.

91 Beda, lib. II. cap. 9.

92 Beda, lib. II. Cap. 9. W. Malmes, lib. I, cap. 5.

93 Beda, lib. II. cap. 13. Brompton, Higden, lib. V.

94 Mar-West, pág. 114. Crón. Saj., pág. 29

95 W. Malmes, lib. I, cap. 3.

96 Beda, lib. II, cap. 20.

Caedwalla, último y vigoroso esfuerzo que hicieron los bretones contra los sajones. Los monjes historiadores celebran mucho las virtudes y santidad de Oswaldo, aseguran que sus reliquias han hecho milagros, y citan particularmente la cura de un caballo enfermo que se acercó a su sepultura⁹⁷.

Murió este príncipe en una batalla contra Penda, rey de Mercia, y sucedióle su hermano Oswy, que se estableció en el gobierno de todo el reino northumbrio, dando muerte a Oswin, hijo de Ostrico, el último rey de la raza de los Deiri. Sucedióle su hijo Egfrido, que murió en una batalla contra los pictos, sin dejar sucesión, porque Adeltrida, su esposa, rehusó violar sus votos de castidad. Alfredo, hermano natural de Egfrido, tomó posesión del reino, que gobernó por espacio de diez y nueve años, y que dejó a su hijo Osredo, niño de ocho años. Este príncipe, después de un reinado de once años, fue asesinado por Kenredo, pariente suyo, que después de haber ceñido la corona solo un año pereció con igual muerte que Osredo. Ostrico, y después de él Celwulfo, hijo de Kenredo, fueron elevados sucesivamente al trono, que el último abandonó en el año 738, en favor de Eadberto, su primo hermano, quien imitando a su predecesor, abdicó la corona, y se retiró a un monasterio. Oswulf, hijo de Eadberto, fue muerto en una sedición, un año después de su exaltación al trono, y Mollo, que no era de la familia real, ciñó la corona. Murió éste por traición de Ailredo, príncipe de la sangre, y Ailredo, elevado al trono, no tardó en ser arrojado de él por sus mismos súbditos. Etelredo, su sucesor, hijo de Mollo, tuvo la misma suerte. Celwold, el inmediato rey, hermano de Ailredo, fue desposeído y muerto por el pueblo, y ocupó su puesto Osredo, su sobrino, que después de un breve reinado de un año le dejó libre a Etelberto, otro hijo de Mollo, cuya muerte fue igualmente trágica que la de casi todos sus predecesores. Después de la muerte de Etelberto, una universal anarquía prevaleció en Northumberland, y habiendo perdido el pueblo, con tan funestas revoluciones, todo apego a su gobierno y a sus príncipes, quedó perfectamente preparado a recibir el yugo extranjero que acabó en fin por imponerle Egberto, rey de Wessex.

Reino de Estanglia

Nada memorable contiene la historia de este reino, excepto la conversión al cristianismo de Earpwold, el cuarto rey y tataranieta de Uffa, fundador de la monarquía. La autoridad de Edwin, rey de Northumberland, de quien aquel príncipe dependía en un todo, le movió a dar este paso, pero pronto después su esposa, que era idólatra, le hizo volver a su antigua religión, y no pudo resistir a halagos que han seducido a los hombres más sensatos. Después de su muerte, que fue violenta, como la de casi todos los príncipes sajones que no acabaron sus días retirados en los monasterios, Sigeberto, su sucesor, y su cuñado, que se había criado en Francia, restableció el cristianismo e introdujo la afición a las letras entre los Estanglos. Algunos aseguran que fundó la universidad de Cambridge, o más bien algunas escuelas en aquel pueblo. Es casi imposible, y de todo punto inútil, extenderse más en la historia particular de los Estanglos. ¿Qué instrucción o entretenimiento puede resultar para el lector de oír una larga lista de nombres bárbaros, Egrico, Annas, Etelberto, Etelwaldo, Aldulfo, Elfwold, Beorne, Etelredo, Etelberto, asesinados, expulsados o despojados sucesivamente por otros, y que ocuparon oscuramente el trono de aquel reino? Etelberto, el último de aquellos príncipes, fue asesinado a traición por Olla, rey de Mercia, en el año 792, y sus estados quedaron en lo sucesivo unidos a los de Olla, como vamos ahora a referir.

Reino de Mercia

La Mercia, el más vasto, sino el más poderoso reino de la Heptarquía, comprendía todas las provincias centrales de Inglaterra: y como sus fronteras se extendían hasta las de los otros seis

⁹⁷ Beda, lib. III, cap. 9.

reinos, no menos que hasta las del país de Gales, recibió su nombre de esta circunstancia⁹⁸. Wibba, hijo de Crida fundador de aquella monarquía, fue colocado en el trono por Etelberto, rey de Kent, pero quedó tan ligado bajo la dependencia de su bienhechor, que sólo ejerció un poder muy limitado. Después de su muerte, el rey de Kent dispuso de la Corona de Mercia en favor de Ceorl, pariente de Wibba, que de esta suerte se vio preferido a Penda, hijo del último monarca, y cuyo turbulento carácter pareció peligroso. Llegó Penda a la edad de cincuenta años antes de subir al trono, sin que sosegase la cordura su revoltoso y temerario espíritu, siempre pronto a hacerle tomar las armas, ni templasen su impetuosa condición el tiempo, la reflexión o la experiencia. Cuando reinó, vivió constantemente en guerra con todos los estados vecinos, y con su injusticia y su violencia, se hizo tan odioso a sus vasallos como a los extranjeros. Sigeberto, Egrico y Annas, tres reyes de los Estanglos, perecieron batallando contra él, lo mismo que Edwin y Oswaldo, los dos más poderosos príncipes que reinaron en el Northumberland; en fin Oswy, hermano de Oswaldo, habiéndole derrotado y muerto en una batalla campal, libertó al mundo de aquel tirano. Penda, su hijo, obtuvo la corona de Mercia, en 655, y reinó bajo la protección de Oswy, con cuya hija se había casado. Esta princesa criada en la fe cristiana, empleó con fruto todo su indujo para atraer a su esposo y a sus vasallos a su religión, de modo que el sexo hermoso tuvo el mérito de introducir el cristianismo en casi todos los reinos más considerables de la Heptarquía sajona. Penda tuvo una muerte violenta⁹⁹.

Su hijo Wolfhere le sucedió en el trono, y después de haber reducido bajo su dependencia los reinos de Wessex y de Estanglia, dejó la corona a su hermano Etelredo, que, aunque amigo de la paz, probó que no carecía de disposiciones para la guerra. Además de una gloriosa expedición al reino de Kent, rechazó a Egfrido, rey de Northumberland, que había invadido sus estados, y dio muerte en una batalla a Elfivin, hermano de aquel príncipe; pero deseoso de ajustar treguas con Egfrido, le pagó una suma de dinero, como compensación por la pérdida de su hermano. Después de un próspero reinado de treinta años, abdicó la corona en favor de Kendredo, hijo de Wolfhere, y se retiró al monasterio de Bardney¹⁰⁰. Kendredo traspasó el don de la corona a Ceolredo, hijo de Etelredo, y haciendo una peregrinación a Roma, paso allí su vida en la penitencia y la devoción. A Ceolredo sucedió Etelbaldo, sobrino segundo de Penda, por Alwy, su hermano, y habiendo muerto aquel príncipe en una sedición, ocupó el trono Offa, pariente también de Penda, aunque un grado mas lejano, por Eawa, otro hermano suyo.

Este príncipe (Offa) que ciñó la corona en 755¹⁰¹, tenía algunas grandes prendas, y fue muy feliz en sus expediciones guerreras contra Lotario, rey de Kent, y Kenwulfo, rey de Wessex. Derrotó al primero en una sangrienta batalla en Otford, sobre el río Darent, y redujo a su reino al estado de dependencia: ganó una señalada victoria sobre el segundo en Bensington, en Oxfordshire, conquistó esta provincia, como también la de Gloucester, y las agregó a sus demás paciones; pero manchó estos triunfos con el asesinato de Etelberto, rey de Estanglia, y la usurpación de este reino. Aquel joven príncipe a quien los historiadores conceden un raro mérito, había solicitado la mano de Elfrida, hija de Offa, y fue convidado a pasar con todo su séquito a Hereford para celebrar sus bodas. En medio del júbilo y de los regocijos, Offa dio orden de que le prendiesen secretamente y le hizo degollar, y aunque Elfrida, que detestaba la traición de su padre, tuvo tiempo para prevenir a los magnates estanglos que habían seguido a Etelberto, con lo que pudieron huir a su país, no por eso dejó Offa de subyugar aquel reino luego que hubo acabado con la familia real¹⁰². El pérfido príncipe, deseoso de rehabilitar su carácter en la opinión pública, y tal vez de acallar los remordimientos de su conciencia, hizo humildemente la corte al clero, y practicó todas las devotas austeridades monásticas tan estimadas en aquel siglo de ignorancia y superstición. Dio el diezmo de

98 *Merck*, voz sajona, significa límite, mojón, de donde se deriva Mercia.

99 Hugo Cándido dice (pág. 4) que fue asesinado por la reina, a cuya persuasión había abrazado el cristianismo, pero este hecho sólo se encuentra en el citado historiador.

100 *Beda*, lib. 5.

101 *Crón. Saj.*, pág. 59.

102 *Brompton*, pág. 750, 752.

sus bienes a la Iglesia¹⁰³; hizo ricas donaciones a la catedral de Hereford, y fue en peregrinación a Roma, donde su poder y sus riquezas no podían menos de valerle la absolución del papa. Para hacerse más propicio todavía el ánimo del soberano pontífice, prometió pagarle todos los años una suma destinada al sostén de un colegio inglés en Roma¹⁰⁴, y a fin de sacar aquella suma de sus vasallos, levantó una contribución de un penique sobre cada casa alquilada a razón de treinta peniques al año. Este impuesto, extendido después a toda Inglaterra, se denominó comúnmente los peniques de S. Pedro¹⁰⁵, y aunque concedido originalmente como un mero donativo, fue luego exigido por el papa como un tributo. No contento todavía con esta hipocresía, fingió Offa estar en comercio con el cielo, y haber sabido por la vía de las revelaciones que las reliquias de San Albano mártir, yacían en Verulamio, donde dotó ricamente un monasterio¹⁰⁶. Malmesbury, uno de los mejores historiadores antiguos de Inglaterra, en vista de todos estos piadosos actos, confiesa que no se atreve a decidir qué sobresale más en la conducta de Offa, sus crímenes o sus buenas obras¹⁰⁷. Este príncipe murió en 794, después de un reinado de treinta y nueve años¹⁰⁸.

Aquel príncipe se había hecho tan poderoso en la Heptarquía, que el emperador Carlomagno solicitó su alianza y su amistad, circunstancia que honraba tanto más a Offa, cuanto entonces los príncipes cuyos estados no eran limítrofes tenían poco trato y comunicación entre sí. Como aquel emperador era gran favorecedor de las letras y de los sabios en un siglo en que estos eran muy raros, Offa, a instancia suya, le envió su vasallo Alcuino, clérigo muy célebre por su sabiduría, que recibió insignes honras de Carlomagno, y aun llegó a ser su preceptor en las ciencias. El principal motivo que había hecho desear al emperador que Alcuino pasase a Francia era la necesidad de oponer sus luces a la herejía de Félix, Obispo de Urgel, en Cataluña, quien sostenía que Jesucristo, considerado en su naturaleza humana, debía llamarse hijo adoptivo más bien que hijo natural de Dios¹⁰⁹. Esta herejía fue condenada en el concilio de Francfort, celebrado en 794, y compuesto de 300 obispos. Tales eran las cuestiones que se agitaban en aquella edad y que empleaban la atención no sólo de los monjes eruditos sino también de los más ilustrados y grandes príncipes¹¹⁰.

Egfrith sucedió a su padre Offa, pero sólo le sobrevivió cinco meses¹¹¹, y dejó la corona a Kenulfo, descendiente de la familia real. Este príncipe guerreó contra el reino de Kent, y habiendo hecho prisionero a Egberto, su rey, le cortó las manos y le sacó los ojos, dejando a Culredo, su hermano, en posesión de la corona de aquel estado. Kenulfo murió en una insurrección de los Estanglos, cuya corona había usurpado su predecesor, Offa. Dejó un hijo, Kenelm, menor de edad, que fue asesinado el mismo año por su hermana Kendrade, que abrigaba el ambicioso proyecto de alzarse con el gobierno¹¹², pero atajó sus planes Ceolulfo, su tío, quien dos años después fue destronado por Beornulfo. El reinado de este usurpador, que no era de la familia real, fue corto y desgraciado: derrotáronle los sajones occidentales, y murió a manos de sus propios vasallos, los Estanglos¹¹³. Ludican, su sucesor, tuvo la misma desastrosa suerte¹¹⁴, y Wiglef, que subió a aquel inestable trono, y halló el estado en completa anarquía, no pudo resistir a la fortuna de Egberto, que unió todos los reinos sajones en una gran monarquía.

103 Spel. Conc. pág. 308. Brompton, pág. 776.

104 Spel. Conc. pág. 230, 510, 312.

105 Higden, lib. V.

106 Ingulf. Pág. 5. W. Malmes, lib. I, cap. 4.

107 W. Malmes, lib. I, cap. 4.

108 Crón. Saj., pág. 65.

109 Dupin. Geul. 8, cap. 4.

110 Offa; para fortificar su territorio por la parte del país de Gales, hizo construir una fortificación o un foso de cien millas de longitud, desde Basingwerke; en el Flintshire, hasta el mar del sur, cerca de Bristol: véase la descripción del país de Gales, por Speed.

111 Ingulf. pág. 6.

112 Ingulf. pág. 7. Bromton, pág. 776.

113 Ingulf. pág. 7.

114 Alur. Beverl. pág. 87.

El reino de Essex

Este reino figura muy poco en la Heptarquía, y su historia es muy imperfecta. Sleda sucedió a su padre Erkinwin, fundador de la monarquía, y le siguió su hijo Seberto, que siendo sobrino de Etelberto, rey de Kent, abrazó la religión cristiana a instigación de aquel príncipe¹¹⁵: sus hijos y conjuntos sucesores Sexted y Seward volvieron a caer en la idolatría, y fueron muertos poco después en una batalla contra los sajones occidentales. Para pintar el rústico modo de vivir de aquella edad, Beda nos dice¹¹⁶ que aquellos dos reyes manifestaron gran deseo de comer el pan blanco distribuido por Melito, el Obispo, en la comunión¹¹⁷, pero que habiéndoselo negado, a menos de que consintiesen en recibir el bautismo, le expulsaron de sus dominios. Los nombres de los otros príncipes que reinaron sucesivamente en Essex son Sigeberto el Chico, Sigeberto el Bueno, que restableció el cristianismo, Swithelmo, Sigheri y Offa. Este último príncipe, habiendo hecho un voto de castidad, no obstante su casamiento con Keneswitha, princesa merciana, hija de Penda, fue en peregrinación a Roma, y se encerró por toda su vida en un claustro. Selredo, su sucesor, reinó treinta y ocho años, y fue el último vástago de la familia real, cuya extinción puso al reino en gran confusión y lo redujo a la dependencia del de Mercia.¹¹⁸ Switherdo fue el primero que adquirió la corona por concesión de los príncipes mercianos, y su muerte la traspasó a las sienes de Sigerico, que acabó su vida en una peregrinación a Roma. Su sucesor, Sigeredo, incapaz de defender su reino, se sometió a las armas victoriosas de Egberto.

Reino de Sussex

La historia de este reino, el más reducido de la Heptarquía, es todavía más imperfecta que la del de Essex. Ælfa, el fundador de la monarquía, dejó la corona a su hijo Cissa, notable principalmente por su largo reinado de setenta y seis años, durante el cual los sajones del sur cayeron casi en total dependencia del reino de Wessex; y escasamente conocemos los nombres de los príncipes que poseyeron su soberanía titular. Adelwalch, el último de ellos, fue vencido y muerto en una batalla contra Caedwalla, rey de Wessex, dejando dos hijos de tierna edad que cayeron en manos del conquistador y fueron sacrificados por él. El abad de Retford hizo todo lo posible por libertarlos de la muerte, pero sólo pudo obtener que se suspendiese ésta hasta que recibiesen el bautismo. Berethum y Audhurn, dos nobles ilustres, resistieron algún tiempo a las armas de los sajones occidentales; pero su oposición no sirvió más que para prolongar las miserias de su patria, y la subdivisión de aquel reino fue el primer paso que dieron los sajones occidentales, para apoderarse de la única monarquía de Inglaterra¹¹⁹.

Reino de Wessex

El reino de Wessex, que acabó por incorporarse todos los otros estados sajones, halló gran resistencia para su primitivo establecimiento, pues los bretones, que ya estaban avezados al ejercicio de las armas, no cedieron fácilmente sus posesiones a aquellos invasores. Cerdico, el fundador de la monarquía, y su hijo Kenrico, dieron varias batallas, con diversa fortuna, a los naturales del país, y el espíritu marcial, común a todos los sajones, se elevó con aquellas hostilidades a su más alto punto de energía en aquella tribu. Ceaulin, hijo y sucesor de Rendrico,

115 Crón. Saj., pág. 24.

116 Lib. II, cap. 5.

117 H. Hunting, lib. III. Bromptom, pág. 738, 743. Beda.

118 W. Malmes, lib. I, cap. 6.

119 Bromptom, pág. 800.

que empezó a reinar en 560 fue todavía más ambicioso y emprendedor que su padre y abuelo, y a fuerza de continuas guerras contra los bretones, añadió una gran parte de los condados de Devon y Somerset a sus otros estados. Alentado por sus triunfos, invadió los demás dominios sajones circunvecinos, y haciéndose terrible a todos provocó una confederación general contra él. Aquella alianza triunfó bajo el mando de Etelberto, rey de Kent; y Ceaulin, que había perdido el afecto de sus súbditos con sus violencias, y que con sus desastres se hizo despreciable, fue arrojado del trono¹²⁰, y murió prescrito y miserable. Kuichelmo y Kuthiwin, sus hijos, gobernaron juntamente el reino hasta que la expulsión del último en 591, y la muerte del primero en 593, abrieron la senda del trono a Cealrico, a quien sucedió en el mismo año 593 Ceobaldo, por cuya muerte, ocurrida en 611, Kynegils heredó la corona. Este príncipe abrazó el cristianismo¹²¹ a persuasión de Oswaldo, rey de Northumberland, que se había casado con la hija de aquel, y que había obtenido un grande ascendiente en la Heptarquía.

Kenwaleh reinó inmediatamente después de Kynegils, y habiendo muerto en 672, fue tan disputada la sucesión que Sexburga, su viuda, mujer de elevado espíritu¹²², tomó posesión del gobierno hasta su muerte, que sobrevino dos años después. Entonces Escwin adquirió pacíficamente la corona, y después de un breve reinado de dos años, sucedióle Keutwin, que reinó nueve años. Ceodwalla, su sucesor, subió al trono no sin oposición, pero se mostró gran príncipe con arreglo a las ideas de aquel tiempo, es decir, que fue emprendedor, belicoso y feliz en la guerra. Subyugó enteramente el reino de Sussex, y lo agregó a sus estados, hizo correrías en el Kent; pero Widredo, su rey, le opuso una vigorosa resistencia, y mató a Mollo, hermano de Ceodwalla, en una escaramuza. Ceodwalla, en fin, harto de guerras y de sangrientos laureles, se dio enteramente a la devoción, hizo muchas donaciones a la Iglesia, y emprendió una peregrinación a Roma, donde recibió el bautismo y murió en 689. Ina su sucesor, heredó las virtudes militares de Ceodwalla, y añadió a ellas otras más preciosas todavía, la justicia, el saber y la prudencia. Guerreó contra los bretones en Somerset, y habiendo subyugado finalmente esta provincia, trató a los vencidos con una humanidad desconocida todavía entre los conquistadores sajones: permitió a los propietarios conservar la posesión de sus tierras, fomentó los casamientos y las alianzas entre ellos y sus antiguos vasallos, y les concedió el privilegio de ser gobernados por las mismas leyes. Aumentó y uniformó aquellas leyes, y aunque turbado por algunas insurrecciones intestinas, su largo reinado de treinta y siete años puede considerarse como uno de los más gloriosos y prósperos de la Heptarquía. Hizo en su ancianidad una peregrinación a Roma, y después de su regreso, se encerró en un monasterio, donde murió.

Aunque los reyes de Wessex habían sido siempre príncipes de la sangre, descendientes de Cerdico, fundador de la monarquía, no siempre se había observado regularmente el orden de sucesión: muchas veces un heredero lejano había hallado medio de excluir al inmediato, y de este modo Ina, no habiendo tenido hijos, dejó la corona por su testamento a Adelardo, su pariente lejano, hermano de su esposa Etelburga, a quien amaba mucho; pero esta disposición halló algunas dificultades. Oswaldo, príncipe más estrechamente aliado a la corona, tomó las armas contra Adelardo, pero habiendo sido vencido y muerto poco después, Adelardo reinó sin nueva oposición, y en el año 741, le sucedió su primo Cudredo. El reinado de este príncipe fue notable por una gran victoria que obtuvo, merced a Edelhuno, su general, sobre Etelbaldo, rey de Mercia. Su muerte abrió la senda del trono a Sigeberto, su pariente, que gobernó tan mal, que su pueblo se insurreccionó, y le arrojó del trono, coronando a Cenulfo en su lugar. El príncipe proscrito halló un refugio al lado del duque Cumbran, gobernador de Hampshire, el cual añadió a lo mucho que ya había hecho por él saludables consejos sobre su futura conducta, acompañados de juiciosas observaciones sobre sus pasados errores pero llevólas tan a mal el ingrato príncipe, que conspiró contra la vida de su protector y le asesinó traidoramente. Después de esta infame acción, viose

120 Crón. Saj. pág. 22.

121 Higden, lib. V, Crón. Saj. pág. 15. Ahvr. Beverl. pág. 94.

122 Beda, lib. IV, cap. 12. Crón. Saj. pág. 41.

abandonado y aborrecido por todos, y tuvo que esconderse en las selvas, donde al fin le descubrió un criado de Cumbran, quien al punto tomó venganza en él del asesinato de su amo¹²³.

Cenulfo, que obtuvo la corona después de la expulsión de Sigeberto, fue feliz en varias expediciones contra los bretones de Cornualles, pero al cabo perdió parte de su reputación por su constante desgracia en sus guerras contra Offa, rey de Mercia¹²⁴. Kinehardo, hermano del rey depuesto, le dio también algunas inquietudes, y aunque arrojado del reino, quedóse en las fronteras, aguardando una ocasión de atacar a su rival. Tenía el rey amores con cierta dama que vivía en Merton, en Surrey, y habiendo ido secretamente a verla una noche, hallóse de repente rodeado por Kynehardo y sus satélites, y después de una vigorosa resistencia, pereció con todo su séquito. La nobleza y el pueblo de las cercanías, sublevándose al día siguiente, indignados de tan vil traición, tomaron venganza en Kynebard de la muerte de su rey, y pasaron a cuchillo a cuantos habían participado de aquel crimen. Este suceso ocurrió en 784.

Apoderóse luego Bitrico del gobierno, aunque no estaba emparentado con la familia real más que en un grado muy lejano, pero no gozó sin desasosiego del poder que había usurpado. Eoppa, sobrino del rey Ina, e hijo de Ingildo, muerto antes que este príncipe, fue padre de Eta, y abuelo de Alchmond, padre de Egberto¹²⁵; este joven príncipe, adornado de las más brillantes prendas, inspiraba graves cuidados a Bitrico, así por sus justos derechos al trono, como por que era el ídolo del pueblo, y persuadido de los peligros que corría, se retiró secretamente a Francia¹²⁶, donde recibió la más favorable acogida de Carlomagno. Viviendo en la corte y militando en los ejércitos de este monarca, el más hábil y generoso que hubo en Europa durante muchos siglos, adquirió aquel mérito superior que más adelante ilustró tanto su reinado. Familiarizado con las costumbres de los franceses, que eran célebres, según observa Malmesbury¹²⁷, entre todas las naciones occidentales, por su valor y su urbanidad, aprendió a suavizar la dureza y la barbarie del carácter sajón, de modo que los infortunios de su juventud fueron el origen de su gloria y de su prosperidad.

No tardó mucho Egberto en hallar ocasión de desplegar sus altas disposiciones naturales y adquiridas. Bitrico, rey de Wessex, estaba casado con Eadburga, hija natural de Offa, rey de Mercia, mujer igualmente aborrecida por su crueldad y por sus liviandades, pero que sin embargo había adquirido gran dominio sobre su marido a punto de impulsarle a sacrificar a los más principales magnates del reino por sanar sus propios furros: cuando le faltaba este medio de satisfacer sus venganzas, no titubeaba en encargarse ella misma de atentar contra sus vidas. Había preparado una copa de veneno que destinaba a un joven, privado del rey, y que, por este solo título, se había atraído el odio de aquella furia: desgraciadamente el rey bebió en la copa fatal al mismo tiempo que su favorito, y expiró en el acto¹²⁸. Este trágico suceso, unido a sus otros crímenes, hizo tan odiosa a Eadburga, que tuvo que huir a Francia, de donde inmediatamente llamó a Egberto la nobleza para ocupar el trono de sus antecesores¹²⁹, y al que ascendió en el último año del octavo siglo.

En todos los reinos de la Heptarquía se desconocía o no se observaba un orden regular de sucesión, de donde resultaba que un príncipe reinante estaba continuamente agitado de fatales desconfianzas contra todos los príncipes de la sangre real, y los miraba siempre como rivales cuya muerte podía sola asegurar su poderío y su tranquilidad. Esta causa, igualmente que el entusiasmo dominante en favor de la vida monástica, y de los méritos del voto de castidad, aun en el estado de matrimonio, habían extinguido enteramente la familia real en todos aquellos reinos, excepto en el de Wessex. Las envidias, los celos y las conspiraciones, concentrados primeramente entre los príncipes de la sangre, se habían difundido entre la nobleza de los diferentes estados sajones. Egberto era el único vástago de aquellos primeros conquistadores que habían subyugado la Bretaña

123 Higdon, lib. V, W. Malmes, lib. I. cap. 2.

124 W. Malmes, lib. I. cap. 2.

125 Crón. Saj. Pág. 16.

126 Hunting, lib. IV.

127 Lib. II, cap. 11.

128 Higden, lib. V. Mal. West. pág. 152. Asser in vita Alfredi, p. 3. ex. edit Camdeni.

129 Crón. Saj. A. D. 800. Brompton, pág. 801.

y fundado su autoridad sobre un origen sagrado, suponiéndose descendientes de Woden, la suprema divinidad de sus abuelos; pero este príncipe, aunque favorecido por tan felices circunstancias para subyugar a los sajones, sus vecinos, los dejó tranquilos algún tiempo, y prefirió dirigir sus armas contra los bretones de Cornualles, a quienes derrotó en varias acciones¹³⁰: una invasión de Bernulfo, rey de Mercia, obligó a Egberto a volver a sus estados e interrumpió su conquista.

Antes de que subiera Egberto al trono, los mercianos estaban a punto de establecer su autoridad soberana sobre toda la Heptarquía: ya habían subyugado a los estanglos, y dado reyes tributarios a los reinos de Kent y de Essex: el Northumberland estaba sumergido en los horrores de la anarquía: no quedaba ningún estado libre o independiente más que el de Wessex, y aun éste era muy inferior en extensión al de Mercia, y no podía sostenerse sino por las grandes prendas de su soberano. Egberto al frente de un ejército, marchó contra los enemigos, los encontró en Ellandum, en el Wiltshire, les dio una batalla, alcanzó una gran victoria e hizo en ellos tal carnicería, que dio el golpe mortal al poder de los mercianos. Mientras que, aprovechándose de su victoria, entraba en persona en el territorio de los vencidos por la parte de Oxfordshire, y amenazaba el centro de sus posesiones, envió un ejército bajo el mando de su hijo primogénito¹³¹ Etelwolf al reino de Kent, de donde expulsó a Baldredo, el rey tributario, y se apoderó de aquel país. Con igual facilidad conquistó el reino de Essex. Los estanglos, indignados del yugo merciano que les habían impuesto la violencia y la traición, y cuya tiranía experimentaban sin duda, tomaron, las armas y se pusieron bajo la protección de Egberto¹³². El rey de Mercia Bernulfo, marchó contra ellos, y fue vencido y muerto: dos años después, Ludican, su sucesor, tuvo la misma suerte. Aquellas rebeliones y las calamidades de los tiempos facilitaron las empresas de Egberto, que penetró en el corazón del reino de Mercia y subyugó fácilmente unos pueblos desunidos y desalentados; y a fin de excitarlos a someterse con menos repugnancia, consintió que Wiglef, uno de sus compatriotas, conservase el título de rey, cuya autoridad se reservó para sí¹³³. La anarquía que a la sazón trabajaba el Northumberland le pareció un momento propicio a Egberto para llevar todavía mas allá los triunfos de sus armas victoriosas. Los Northumbrios, incapaces de resistirle, deseosos además de tener por fin una forma fija de gobierno, enviaron diputados a aquel conquistador apenas se presentó, para entregarse a él y prestarle juramento de fidelidad como a su soberano. Lo mismo que a los mercianos y a los estanglos; Egberto les concedió permiso para elegirse un rey entre ellos que le pagase tributo y viviese bajo su dependencia.

Así fue como todos los reinos de la Heptarquía se reunieron y acabaron por no formar más que una vasta monarquía, sobre cuatrocientos años después de la primera irrupción de los sajones en Bretaña: las felices victorias y la juiciosa política de Egberto consiguieron en fin lo que tantos otros príncipes¹³⁴ habían intentado en vano tan frecuentemente. Los reinos de Kent, de Northumberland y de Mercia, que sucesivamente habían aspirado al dominio general, fueron entonces incorporados en su imperio, y los otros reinos subordinados parecían próximos a aceptar gustosos la misma suerte. Sus posesiones tenían con corta diferencia la misma extensión que lo que se llama hoy propiamente la Inglaterra: de esta suerte alcanzaron los anglosajones la gloria de establecer una monarquía civilizada, pacífica en su interior y a cubierto de toda invasión extranjera. Este grande acontecimiento sucedió en el año 827.¹³⁵

Aunque hacía mucho tiempo que los sajones estaban establecidos en la isla de Bretaña, no parecía que habían hecho progresos mucho más considerables que los Germanos, sus antepasados, en las artes, la urbanidad, las ciencias, la humanidad, la justicia y la sumisión a las leyes: aun la misma religión cristiana, que entre otros beneficios les había proporcionado el de abrir comunicación entre aquellos pueblos y los estados más cultos de Europa, poco había hecho hasta

130 Crón. Saj., pág. 69.

131 Etelwerd, lib. III, cap. 2.

132 Idem. lib. 3, cap. 5.

133 Ingulfo, pág. 7, 8, 10.

134 Crón. Saj., pág. 71.

135 Crón. Saj., pág. 71.

entonces para sacarlos de su ignorancia y suavizar sus costumbres. Su religión no era propiamente mas que un tejido de superstición y de credulidad tan funesto al libre desarrollo de la inteligencia humana como a la moral: la veneración a los santos y a sus reliquias había casi substituido en un todo al culto del Ser supremo: las prácticas monacales parecían más meritorias que las virtudes activas. Desatendíase el conocimiento de las causas naturales en favor de los milagros, que eran el pasto universal; las liberalidades en beneficio de la Iglesia expiaban todas las malas acciones contra la sociedad; se acallaban los remordimientos que la crueldad, el homicidio, la traición, las tramas sanguinarias, y los más atroces crímenes podían dejar en pos de sí en las almas, no reformando una vida culpable, sino con actos exteriores de penitencia, con serviles acatamientos a los frailes y con una baja y rastrera devoción¹³⁶. Tan excesivo era el respeto al clero, que donde quiera que se hallaba a un hombre con vestido eclesiástico, aunque fuese en mitad de un camino, el pueblo se agolpaba en rededor de él, se prosternaba a sus pies y recibía como otros tantos oráculos cada palabra que se dignaba pronunciar¹³⁷; aun las mismas virtudes militares, tan inherentes, por decirlo así, a todas las tribus sajonas, empezaban a flaquear: la nobleza prefería la seguridad y el ocio del claustro al estruendo de la guerra y a los aplausos de la fama; los grandes señores no se gloriaban ya más que de los monasterios que habían fundado¹³⁸ ¿Qué mas? La corona misma estaba tan empobrecida con los continuos dones que hacía a la Iglesia, y en los que tenían la flaqueza de consentir los estados del reino, que ya no podía recompensar el valor y los servicios militares, ni sostener el peso de las cargas del gobierno¹³⁹.

Otro inconveniente, resultado necesario de aquella religión adulterada¹⁴⁰, era la supersticiosa adhesión a Roma que prescribía ya la sujeción de los reinos a aquella jurisdicción extranjera. Hasta entonces los bretones no se habían impuesto ninguna subordinación al pontífice romano, y su gobierno eclesiástico había estado siempre regido por sus sínodos y sus concilios nacionales¹⁴¹; pero como los sajones aprendieron su religión de boca de algunos frailes romanos, el más profundo respeto a la santa sede fue uno de los preceptos que les inculcaron y el que consideraban como el primero de todos: las peregrinaciones a Roma se recomendaron a títulos de actos piadosos gratos a Dios. No sólo los grandes señores y las mujeres de calidad emprendían aquel fastidioso viaje¹⁴², sino hasta los reyes abdicaban su corona e iban a buscar un pasaporte para el cielo a los pies del soberano pontífice. Nuevas reliquias, despachadas continuamente de aquel inagotable laboratorio de supersticiones, y acreditadas por los milagros inventados en los conventos, subyugaban los pasmados ánimos de la muchedumbre: en fin, los príncipes se aseguraban los elogios de los frailes, únicos historiadores que había entonces, en proporción, no de sus virtudes civiles o militares, sino de su afición a su orden y de su humilde sumisión a Roma.

Alentado el santo padre por la ciega obediencia a que el pueblo parecía dispuesto, iba ganando terreno por días en sus usurpaciones sobre la libertad de las iglesias inglesas. Wilfrido, obispo de Lindisforne, el único prelado que había en el Northumberland, acabó de subyugarlos en el

136 Estos abusos eran comunes a todas las iglesias de Europa; pero en Italia, en España y en la Galia los sacerdotes los compensaban ampliamente con los beneficios que hacían a la sociedad. Durante algunos siglos, aquellos sacerdotes fueron casi todos romanos, o por mejor decir, antiguos naturales del país: conservaron la lengua y las leyes romanas, y algunas reliquias de su primera civilización; pero los sacerdotes de la Heptarquía después de los misioneros enviados a ella primeramente, fueron todos sajones, y casi tan ignorantes y bárbaros como los legos, por lo que contribuyeron muy poco a los progresos de la sociedad en las artes y en las ciencias.

137 Beda, lib. III, cap. 26.

138 Id. lib. V, cap. 23. Beda Epist. ad Egbert.

139 Beda, Epist. ad Egbert.

140 Toda esta conclusión del capítulo 1.º debe leerse con suma desconfianza. Más inoportuno que difícil sería refutar por la milésima vez las erradas opiniones que con tanta violencia emite el Autor contra el catolicismo en este pasaje y en otros muchos de su obra: pero por lo mismo que su injusticia es tan patente no hemos querido ni alterar el texto ni comentarle, limitándonos a prevenir al lector que examine con atención esta diatriba, y seguramente su simple buen juicio bastará para hacerle separar el grano de la cizaña aquí lo mismo que en todo el transcurso de esta historia. (*Nota del Traductor.*)

141 Apend. a Beda, número 10. edic. 1722. Spel. Conc., pág. 108, 109.

142 Beda, lib. IV, cap. 7.

siglo octavo, apelando a Roma de la decisión de un sínodo inglés que había reducido la extensión de su diócesis con la erección de algunos nuevos obispados¹⁴³. El papa Agaton se apresuró a favorecer el ejemplo de una apelación a la santa sede, y Wilfrido, aunque era el prelado más mundano y orgulloso de su tiempo¹⁴⁴, gozaba de tal reputación de santidad a los ojos del pueblo, que al fin ganó su causa. El gran medio de que se servía Wilfrido para aterrar los ánimos era acreditar que san Pedro, a quien estaba confiada la custodia de las llaves del cielo, rehusaría seguramente dejar entrar en él a cualquiera que faltase al respeto debido a su sucesor: esta invención, hábilmente proporcionada a las inteligencias vulgares, ejerció el mayor dominio durante muchos siglos, y aun hoy no es del todo impotente en los países católicos.

Si a lo menos aquella abyecta superstición hubiera producido la paz y la tranquilidad general, este buen resultado hubiera compensado los males que acarreaaba aquella: pero además de la habitual ansia de poder y riquezas en los hombres, provocó frívolas controversias en la teología, tanto más fatales cuanto no se acababan, como las demás, cediendo al derecho de posesión. Las disputas que se encendieron en Bretaña fueron completamente ridículas, y dignas en un todo de aquellos tiempo de ignorancia y de barbarie. Subsistían aun en todas las iglesias algunas dificultades bastante intrincadas para determinar cual debía ser el domingo de Pascua, lo que exigía un cálculo complicado del curso del sol y de la luna: los misioneros que consiguieron la conversión de los escoceses y de los bretones seguían un calendario diferente del que se observaba en Roma cuando Agustín convirtió a los sajones, y aun no era esto todo; los sacerdotes solían generalmente tonsurarse la cabeza, pero la forma que daban los primeros a aquella tonsura difería de la adoptada por los otros; los bretones y los escoceses defendían su uso por su antigüedad; los romanos y los sajones, sus discípulos, se apoyaban en la universalidad del suyo. Era preciso sin embargo que hubiese una regla común que fijase el día del año y el cuarto de la luna, para celebrar la Pascua: también convenían todos en que los sacerdotes no podían sin la mayor impiedad dispensarse de la tonsura, pero los romanos y los sajones llamaban cismáticos a sus antagonistas porque celebraban la Pascua el día del plenilunio de marzo, si caía en domingo en vez de aguardar al domingo siguiente, y porque se tonsuraban de una oreja a otra, en vez de trazar aquella tonsura en forma circular sobre la coronilla. Aseguraban, para hacerlos más odiosos, que aquel modo de celebrar la Pascua la hacía coincidir de siete en siete años con la de los judíos¹⁴⁵; y en fin, para consagrar la forma de su propia tonsura, la representaban como el símbolo de la corona de espinas que ciñó nuestro Salvador en la pasión, al paso que la tonsura de los bretones y de los escoceses era invención de Simón Mago que no había tomado en cuenta aquella piadosa representación¹⁴⁶. Tanta acrimonia suscitaron en los primeros tiempos estas discusiones entre los sacerdotes bretones y romanos, que en vez de trabajar de consuno en la conversión de los sajones idólatras, se excluían recíprocamente de toda comunión, y se miraban unos a otros casi como paganos¹⁴⁷. Las disputas sobre este punto duraron más de un siglo, y acabaron, no porque reconociesen las partes su insensatez, sino porque el ritual romano triunfó del de los escoceses y bretones¹⁴⁸. Wilfrido, Obispo de Lindisforne, se hizo un gran mérito con la corte de Roma y con los sajones meridionales de haber extirpado el decimocuarto cisma (así se denominaba aquella desavenencia) del reino de Northumberland, en el que le introdujo primeramente la cercanía de los escoceses¹⁴⁹.

Teodoro, arzobispo de Canterbury, congregó en 680, en Hatfield, un sínodo compuesto de todos los obispos de Bretaña¹⁵⁰, donde se aceptó y ratificó el decreto del concilio de Letrán, convocado por Martino I contra la herejía de los monotelitas: el concilio y el sínodo decidieron, en

143 Véase el Apend, a Beda, núm. 19. Higden, lib. V.

144 Eddio, Vita Vilfr. § 24. 60.

145 Beda, lib. II, cap. 19.

146 Id. Lib. V, cap. 21. Eddio § 24.

147 Id. Lib. II, cap. 2, 4, 20. Eddio § 12.

148 Id. Lib. V, cap. 16, 22.

149 Beda, lib. III, cap. 25. Eddio § 12.

150 Spel. Conc. tom. 1.º pág. 168.

contradicción con aquellos herejes, que aunque la naturaleza divina y la naturaleza humana en Jesucristo no formaban más que una sola persona, tenían cada una sus inclinaciones, su voluntad, sus actos, sus sentimientos distintos, y que la unidad de la persona no envolvía la unidad de la conciencia interna (*consciousness*)¹⁵¹. No parece en verdad muy fácil de comprender esta opinión, pero es imposible imaginar con qué calor, con qué violencia, se quiso entonces establecerla, si no se ha leído la historia eclesiástica de aquella época. El decreto del concilio de Letrán llama a los monotelitas impíos, execrables, malvados, monotelitas abominables y aun diabólicos, y los anatematiza *in eternum*.¹⁵²

Los sajones admitieron el uso de las imágenes desde el primer momento en que recibieron el cristianismo, y acaso sin algunos de aquellos ornatos exteriores, aquella religión no hubiera hecho tan rápidos progresos entre aquellos idólatras; pero no tributaban ningún linaje de culto a sus imágenes ni les dirigían ninguna oración. Este abuso no se introdujo entre los cristianos hasta que recibió la sanción del segundo concilio de Nicea.

151 Id. pág. 171.

152 Id. pág. 172, 174.

II. De Egberto a Eduardo Mártir

Egberto—827

Bajo el cetro de Egberto, la reunión de los reinos de la Heptarquía en un solo estado, aunque producto de una conquista tan reciente, parecía vigorosamente cimentada con la renuncia de los moradores de las diferentes provincias a todo deseo de rebelarse contra aquel conquistador, y a restablecer la independencia de sus primitivos gobiernos. Su lengua, sus costumbres, sus leyes, sus instituciones civiles y religiosas, eran en todas partes las mismas con corta diferencia. Como la raza de los reyes de aquellos estados subyugados estaba totalmente extinguida, los pueblos transfirieron gustosos su juramento de fidelidad a un príncipe tan digno de reinar sobre ellos por el lustre de sus victorias, la energía de su administración y la acrisolada nobleza de su sangre, aun prescindiendo de que una misma forma de gobierno para todos les abría la halagüeña perspectiva de un largo sosiego. Era muy verosímil que en lo sucesivo serían un objeto de terror para sus vecinos más bien que el blanco de sus insultos y de sus incursiones; pero pronto destruyó esta lisonjera esperanza la llegada de los daneses, quienes por espacio de muchos siglos tuvieron a los anglo-sajones en continuas zozobras, ejercieron contra ellos las más crueles violencias y acabaron por reducirlos a la más dura servidumbre.

A pesar de su blanda y generosa índole, un excesivo e indiscreto celo había impulsado al emperador Carlomagno a perseguir en la Germania, que había subyugado, a los sajones idólatras que la poblaban. No sólo había talado muchas veces sus tierras a sangre y fuego, sino también, después de vencerlos, los había diezmado para castigar sus rebeliones, y los había obligado con sus rigurosos edictos a abrazar, al menos en apariencia, la religión cristiana. Esta doctrina, que fácilmente había echado raíces entre los sajones de la Bretaña, introducida por la persuasión y la destreza, exasperó a los germanos cuando se la impuso violentamente Carlomagno, y los más ilustres y valerosos de aquellos paganos huyeron hacia el norte, a Jutlandia, para substraerse a las persecuciones del emperador. Como los pueblos de aquella región tenían con poca diferencia las mismas costumbres que los germanos, los recibieron sin dificultad, y pronto consintieron en ayudarlos en sus expediciones, que podían juntamente vengarlos de sus altivos vencedores, y hacer subsistir un gran número de habitantes desproporcionado con los escasos recursos del infecundo suelo de aquellos climas septentrionales¹⁵³. Invadieron las provincias de Francia que la posteridad de Carlomagno, degenerada y desunida, dejaba expuestas al enemigo; y bajo el nombre general de normandos (hombres del norte) que se les dio a causa de la situación de su país, llegaron a ser el terror de todas las provincias marítimas y aun de las del interior del reino, pasando su audacia hasta el punto de intentar invadir la Inglaterra en una de sus frecuentes correrías. Capaces, con una súbita invasión, de alcanzar grandes ventajas sobre un pueblo a quien no defendía ninguna fuerza naval, que había perdido su disciplina militar, y cuya nueva religión era odiosa a los daneses como a los antiguos sajones, ninguna distinción hicieron entre los reinos ingleses y franceses en las hostilidades que cometieron contra ellos. La primera incursión de los normandos en la isla de Bretaña acaeció en 787¹⁵⁴, reinando Bitriico sobre el Wessex; algunos desembarcaron en aquel reino para informarse del estado del país, y cuando el magistrado local les preguntó el motivo de su venida, y los emplazó a comparecer presencia del rey para darle cuenta de él, aquellos piratas le asesinaron, volvieron a

153 Ipod. Neustria, pág. 414.

154 Crón. Saj. pág. 64.

sus naves y tomaron el rumbo hacia sus tierras. En el año 794¹⁵⁵, entraron en el Northumberland y saquearon un monasterio; pero habiendo quebrantado sus naves una tempestad, y muerto su caudillo en una escaramuza, la expedición entera fue batida y pasada a cuchillo por los habitantes. Cinco años después de haber establecido Egberto su dominio sobre la Inglaterra, arribaron los daneses a la isla de Shepey, la talaron y dieron luego la vela impunemente¹⁵⁶. Menos felices fueron en la expedición que intentaron al año siguiente, cuando desembarcando de treinta y cinco naves que habían armado, fueron atacados por Egberto en Charmouth, en el Dorsetshire. Sangrienta fue la lid; pero a pesar del gran número de los suyos que perdieron, conservaron el puesto que habían tomado, y se retiraron a sus naves en buen orden¹⁵⁷. Instruidos por la experiencia de que debían esperarse a una vigorosa resistencia de parte de aquel valeroso príncipe, ajustaron alianza con los bretones de Cornualles, y desembarcando en aquella provincia dos años después, hicieron con sus confederados una incursión en el condado de Devon; pero Egberto les salió al encuentro en Hengesdown, les dio una gran batalla y los derrotó completamente¹⁵⁸. Mientras en este estado de agitación se hallaba la Inglaterra subsistiendo más bien con diarios expedientes que con un plan regular de administración; Egberto, que era el único hombre capaz de remediar aquellas nuevas calamidades, murió desgraciadamente y dejó el gobierno a su hijo Etelwolf.

Etelwolf—838

No tenía este príncipe ni el valor ni la habilidad de su padre, y era más propio para gobernar un convento que un reino¹⁵⁹. Empezó su reinado por desmembrar de sus estados los nuevos países conquistados de Essex, Kent y de Sussex, para dárselos a su hijo mayor Atelstan, pero no parece que aquella división ocasionase ningún inconveniente, porque el continuo terror de las invasiones danesas impedía toda disensión interior. Una escuadra de aquellos piratas, compuesta de treinta y tres velas, apareció en Southampton, pero la rechazó, con pérdida del enemigo, Wolfhere, gobernador del país vecino¹⁶⁰. En el mismo año, Etelhelm, gobernador del Dorsetshire, ayudado por los habitantes, ahuyentó otra expedición desembarcada en Portsmouth, pero no lo consiguió sino después de un furioso combate en que perdió la vida¹⁶¹. Al año siguiente, los daneses hicieron muchas correrías en Inglaterra: la Estanglia, Lindesey y Kent fueron el teatro de repelidas acciones, y aunque rechazados algunas veces, siempre llenaron su objeto principal, que era saquear el país y llevarse su botín, evitando siempre aventurar una gran batalla que de nada hubiera servido a sus miras. Sus buques eran pequeños, y fácilmente podían subir las bahías y los ríos, de donde los sacaban a tierra; luego formaban atrincheramientos a su rededor, establecían en ellos una parte de su gente para guardarlos, se dispersaban por todo el país, arrebatában cuanto podían, hombres, ganados y objetos de valor, volvíanse a sus naves y desaparecían en un momento. Si las fuerzas militares de la provincia que atacaban estaban reunidas, pues no daban tiempo para que llegasen las que guarnecían puntos distantes, o bien podían rechazarlas y continuar sus estragos sin tropiezo, o huían a sus buques, daban la vela e iban a sorprender alguna otra costa desprevenida; de esta suerte tenían en continuo susto a toda Inglaterra, y los moradores de una provincia no se atrevían a llevar socorro a los de otra, temerosos de que, durante su ausencia, sus familias y sus haciendas estuviesen expuestas al furor de aquellos bárbaros¹⁶², cuya ferocidad no respetaba cosa alguna. Los sacerdotes y los frailes a quienes generalmente habían respetado todas las facciones durante las guerras civiles

155 Id. pág. 66. Alvr. Beverl. pág. 108.

156 Crón. Saj. pág. 72.

157 Crón. Saj. Etelward, lib. III, cap 2.

158 Crón. Saj. pág. 72.

159 W. Malmes, lib. II, cap. 2.

160 Crón. Saj. pág. 73. Etelward. lib. III, cap. 3.

161 Crón. Saj. pág. 73. H. Hunting, lib. V.

162 Alar. Beverl. pág. 108.

de la Heptarquía, fueron las principales víctimas en quienes ejercieron su rabia los daneses idólatras. En todas las estaciones era igual el peligro, y nadie podía creerse en seguridad un momento por la actual ausencia del enemigo.

Aquellas incursiones habían llegado casi a ser anuales. Los daneses, alentados por sus triunfos contra la Francia y la Inglaterra (pues sobre ambos reinos pesaba igualmente aquella calamidad) atacaron al último en tan gran número (851) que parecían amenazarle con una total servidumbre; pero los ingleses, mas belicosos que los bretones a quienes, pocos siglos antes, habían tratado con igual furia, se pusieron en defensa tan vigorosamente como lo exigía el peligro. Ceorle, gobernador de Devonshire, dio una batalla a un cuerpo de daneses en Wiganburgh¹⁶³, le derrotó e hizo en él un horrible destrozo; el rey Atelstan atacó a otros daneses junto a las costas de Sandwich, les echó a pique nueve naves y dispersó las demás¹⁶⁴, mientras que un ejército de aquellos bárbaros se aventuraba por primera vez a sentar sus cuarteles de invierno en Inglaterra. Nuevas tropas danesas llegaron en trescientas cincuenta naves a reforzarlos por primavera: salieron de la isla de Tanet, donde tenían sus reales, e incendiaron las ciudades de Londres y de Canterbury; pusieron en fuga a Bitrico, que gobernaba entonces la Mercia bajo el título de rey, penetraron hasta el corazón de Surrey, y devastaron todas las plazas que hallaron en su camino. Etelwolf, en vista de tan inminente peligro, marchó contra ellos al frente de los west-sajones, llevó consigo a Etelbaldo, su hijo segundo, les dio una batalla en Okely, y alcanzó una sangrienta victoria, pero este triunfo no proporcionó más que un momento de sosiego a los ingleses. Los daneses conservaban su establecimiento en la isla de Tanet, adonde fueron a atacarlos Ealhero y Huda, gobernadores de Kent y de Surrey; pero aunque arrollados al principio de la acción, recobraron luego mucha superioridad, rechazaron a los agresores, dieron muerte a los dos gobernadores, y se trasladaron en seguida a la isla de Shepey (853), donde establecieron sus cuarteles de invierno para ensanchar el campo abierto a sus correrías y a sus estragos.

La precaria situación de Inglaterra no le impidió a Etelwolf hacer una peregrinación a Roma, adonde llevó al cuarto y más querido de sus hijos, Alfredo, de edad entonces de seis años¹⁶⁵: allí pasó un año en ejercicios de devoción, sin olvidar el más esencial de todos; es decir, el capítulo de las larguezas con la Iglesia de Roma. Además de los regalos que hizo a los más ilustres eclesiásticos, fijó a perpetuidad un donativo anual a la santa sede, de trescientos mancusos¹⁶⁶, un tercio de los cuales estaba destinado para la provisión de las lámparas de San Pedro, otro para la de las de San Pablo, y el tercero para el papa mismo¹⁶⁷. Al volver a sus estados Etelwolf casó con Judit, hija de Carlos el Calvo, pero cuando llegó a Inglaterra, halló en ella revueltas a que no se aguardaba.

Habiendo muerto su hijo mayor Atelstan, Etelbaldo, el segundo, que se había apoderado de las riendas del gobierno, formó, de acuerdo con una parte de los grandes del reino, el proyecto de excluir a su padre de un trono de que parecía hacerle poco digno su carácter débil y supersticioso. Dividióse el pueblo en bandos entre los dos príncipes, y poco falló para que los horrores de una guerra civil fuesen a unirse a las demás calamidades que desolaban a los ingleses; pero Etelwolf tuvo la flaqueza de ceder a casi todas las pretensiones de su hijo: abandonóle una parte de sus estados, y no conservando para sí más que la que estaba situada al oriente, y que se consideraba entonces como la menos importante y la más expuesta¹⁶⁸, dio a Etelbaldo la soberanía de las provincias occidentales. Etelwolf convocó inmediatamente después los estados de todo el reino, e hizo con la misma facilidad una donación muy importante y perpetua a la Iglesia.

En aquellos tiempos de ignorancia los eclesiásticos hacían rápidos progresos en la adquisición

163 Hunt. lib. V. Etelward. lib. III, cap. 3. Simeon Dunelm, pág. 120.

164 Crón. Saj. pág. 74. Asser. pág. 2.

165 Asser. pág. 2. Crón. Saj. pág. 76. Hunt. lib. V.

166 Un *mancus* venía a valer la octava parte de la actual media corona (una corona vale sobre 10 reales vellón). Véase en el Glosario de Spelman, la voz *Mancus*.

167 W. Malmes, lib. II, cap. 2.

168 Asser, pág. 3. W. Malmes, lib. II, cap. 2. Mat. West. pág. 1-8.

de poder y grandeza, e inculcando las más absurdas e interesadas doctrinas, aunque a veces hallaban obstáculos largos y difíciles de vencer en los intereses contrarios de los legos, nunca los encontraban en su razón y en la tendencia de sus voluntades. Poco satisfecho aun con los donativos de tierras que le habían hecho los príncipes sajones y los grandes, y con los ofrendas diarias de la devoción del pueblo, el clero había puesto sus codiciosas miras en un producto considerable cuya propiedad reclamaba en virtud de un sagrado e incontestable derecho. Los eclesiásticos, aunque poco versados en el estudio de las santas escrituras, habían descubierto en ellas sin embargo que, bajo la ley de los judíos, los sacerdotes disfrutaban de la décima parte de todas las producciones de la tierra, y olvidando entonces que ellos mismos enseñaban que la parte moral de la ley de Moisés era la única obligatoria para los cristianos, sostuvieron que aquel don era una propiedad perpetua conferida por el cielo a los ministros de los altares. Por espacio de algunos siglos las homilias y los sermones tendieron únicamente a establecer este aserto, en términos que hubiera podido imaginarse, con arreglo a aquellos discursos, que todos los deberes del cristianismo se cifraban en el pago puntual del diezmo al clero¹⁶⁹. Estimulados por el buen éxito de tales máximas, aventuráronse los eclesiásticos a hallar pruebas de su verdad en el levítico, y extendieron la ley hasta exigir el diezmo de toda industria, de todo objeto de comercio, del jornal de los trabajadores y de la paga de los soldados¹⁷⁰; y aun hubo canonistas que llegaron hasta el punto de sostener que el clero tenía derecho al diezmo del producto que podían sacar las rameras del ejercicio de su infame profesión¹⁷¹. Aunque hacía ya cerca de doscientos años¹⁷² que Honorio, arzobispo de Canterbury, había instituido algunas parroquias en Inglaterra, el clero no había nunca logrado imponerles esta contribución; pero los eclesiásticos aprovecharon para hacer una adquisición tan importante la favorable coyuntura que les ofrecía el reinado de un príncipe débil y supersticioso, y la circunstancia de hallarse el pueblo desalentado por las incursiones de los daneses y temiendo siempre nuevos ataques, bajo la impresión profunda de aquel sentimiento de pavora que suele rebozarse con las apariencias de la devoción¹⁷³. El establecimiento del diezmo pareció un acto tan meritorio a los ingleses, que, seguros de un auxilio sobrenatural, desatendieron los ordinarios medios de proveer a su seguridad, y consintieron que, aun en el apuradísimo trance a que se veían entonces reducidos, las rentas de la Iglesia estuviesen exentas de todas las cargas que el gobierno tenía que imponer para la defensa nacional¹⁷⁴.

Etelbaldo y Etelberto—859

Dos años después de haber hecho este don a la Iglesia, murió Etelwolf, repartiendo el reino por su testamento entre sus dos hijos mayores, Etelbaldo y Etelberto: dio al primero la parte occidental, y la oriental al segundo. Etelbaldo, príncipe relajado en sus costumbres, casó con Judit su madrastra, con cuyo incestuoso casamiento irritó al pueblo; pero al fin vencido por las reconvenções de Swithum, obispo de Winchester, consintió en divorciarse. Breve fue su reinado, y Etelberto su hermano, en cuyas manos fue a reunirse la autoridad (860) antes dividida, reinó cinco años de un modo más digno de su estirpe y de su alta clase, aunque siempre los daneses siguieron infestando el reino. Estos, después de saquear a Winchester, fueron batidos delante de esta plaza: otro cuerpo de aquellos piratas que había asentado sus cuarteles en la isla de Tanel, engañando a los ingleses bajo la fe de un tratado, hizo de repente una irrupción en el país de Kent, y ejerció en él terribles destrozos.

169 Padre Paolo, *sopra beneficii ecclesiastici*, pág. 51, 52. Edic. Colon. 1675.

170 Spel. Conc. tom. I. pág. 268.

171 Padre Paolo, pág. 132.

172 Parker, pág. 72.

173 Ingulf, pág. 862. Selden. Hitt. of Fithes, cap. 8.

174 Asser, pág. 2. Crón. Saj. pág. 76. W. Malmes, lib. II, cap. 2. Etelward. lib. III, cap. 3. Mat. West. pág. 158. Ingulf. pág. 17. Alur. Beverl. pág. 95.

Eteredo—866

Sucedió a Etelberlo su hermano Eteredo, y a pesar del valor con que este príncipe defendió sus estados, continuamente le tuvieron en zozobra las correrías de los daneses. Alfredo, el último de sus hermanos, le ayudó en todas sus empresas, y sacrificó generosamente al pro comunal el resentimiento que hubiera podido tener de hallarse excluido por Eteredo del considerable patrimonio que le había dejado su padre.

El primer desembarco de los daneses, bajo el reinado de Eteredo, se verificó en el país de los Estanglos, quienes, más atentos a sus intereses actuales que a la seguridad común, trataron en particular con el enemigo, y le dieron caballos que le pusieron en estado de hacer una irrupción por tierra en el Northumberland: tomó la ciudad de York, y la defendió luego contra Osbricht y Ælla, dos príncipes norhtumbros que perecieron en el asalto¹⁷⁵. Animados por sus triunfos y por la superioridad que habían adquirido en el arte de la guerra, aventuráronse los daneses a alejarse de las costas, bajo el mando de Hinguar y Hubba, sus caudillos: penetraron en la Mercia, y establecieron sus cuarteles de invierno en Nottingham, desde donde amenazaron subyugar todo el reino. Los mercianos, en aquel apurado trance, imploraron el auxilio de Eteredo que, acompañado de su hermano Alfredo, llevó un formidable ejército a Nottingham; y obligó a los daneses a abandonar aquel puesto y a retirarse al Northumberland en 870; pero no permitiéndoles quedarse allí mucho tiempo su inquieta condición y sed de pillaje, precipitáronse de improviso sobre la Estanglia, vencieron e hicieron prisionero a Edmundo, rey de aquel país, le degollaron con fría ferocidad, y ejercieron luego las más inauditas crueldades sobre el pueblo, y especialmente sobre los monasterios, dando ocasión a los estanglos para arrepentirse amargamente de haber auxiliado al enemigo común, sólo por obtener de él un momento de tregua al que sucedían tantos horrores.

Tomaron luego posición los daneses en Reading (871), desde donde infestaron las provincias vecinas. Los mercianos, tentados de substraerse a la obediencia de Eteredo, rehusaron unirse a él para arrojarlos; y aquel príncipe, acompañado de Alfredo, se vio reducido a salir a campaña contra el enemigo con sólo los west-sajones, sus vasallos hereditarios. Derrotados en una acción, encerráronse los daneses en sus murallas, pero pronto hicieron una vigorosa salida, pusieron en fuga a los sajones occidentales y los obligaron a levantar el sitio. Inmediatamente después, hubo una batalla en Aston, en la provincia de Berkshire, en la que, al principio, estuvieron los ingleses muy a pique de una derrota general, por haberse adelantado Alfredo imprudentemente con una división de su ejército, y dado tiempo al enemigo para cogerle las espaldas ocupando una posición ventajosísima. Eteredo, que a la sazón estaba oyendo misa, no quiso acudir en auxilio de su hermano hasta que aquella acabó de celebrarse¹⁷⁶, mas como luego batió a los sajones, los sacerdotes tuvieron muy buen cuidado de atribuir aquella victoria, y no el peligro que había corrido Alfredo, a la piedad del monarca. No acabó la guerra con la batalla de Aston; poco tiempo después se dio otra en Basin, en la que los daneses fueron mas felices, y habiéndoseles reunido nuevas tropas de su país, se hicieron cada día más terribles a los ingleses. En medio de aquellas revueltas, Eteredo murió de una herida que recibió en una acción contra los daneses, y dejó el legado de sus apuros y de sus desgracias, más que de su grandeza, a su hermano Alfredo, de edad entonces de veinte y dos años.

Alfredo—871

Desde su más tierna juventud presagió este príncipe las brillantes prendas y el gran talento que, en los tiempos más arduos, libertaron a su patria de una ruina total. Etelwolf, su padre, un año después de haber vuelto de Roma con él, le envió de nuevo a aquella corte, con un numeroso

¹⁷⁵ Crón. Saj., pág.79.

¹⁷⁶ Asser, pág. 7. W. Malmes, lib. II, cap. 3. Simeon Dunelm, pág. 155. Anglia Sacra, tomo I. pág. 205.

séquito; y habiendo corrido voces de la muerte de aquel monarca, el papa León III ungió rey a Alfredo¹⁷⁷, ya quisiese sólo el santo padre pronosticar la futura grandeza del joven príncipe, ya fuese que aspirase, desde entonces, al derecho de conferir las coronas. Alfredo, de vuelta en su patria, cautivó cada día más la ternura de su padre, pero tanto tiempo le dejaron prolongar los juegos de la infancia, a expensas de su instrucción, que a la edad de doce años todavía ignoraba los primeros rudimentos de las letras. Lo primero que despertó su ingenio fue la lectura que oyó de los poemas sajones, que eran la delicia de la reina; aquel género de literatura, susceptible de grandes progresos, aun entre pueblos bárbaros, desarrolló los nobles y elevados sentimientos que había recibido de la naturaleza¹⁷⁸. Estimulado por la reina y llevado de su propia inclinación, pronto aprendió a leer aquellas obras, y pasando al estudio del latín, halló en esta lengua amores que elevaron todavía más su heroico carácter, y dirigieron sus generosas miras. Exclusivamente entregado a aquellas agradables ocupaciones, su advenimiento al trono fue para él más bien un motivo de pena que una ocasión de regocijo¹⁷⁹; pero destinado a la corona con preferencia a los hijos de su hermano, en virtud del testamento de su padre, título de grande autoridad entre los anglosajones¹⁸⁰, llamado por el voto unánime de la nación tanto como por la crítica situación de los negocios públicos, arrancóse al dulce comercio de las bellas letras para consagrarse a la defensa de su pueblo. Terminadas apenas las exequias funerales de su padre, tuvo que entrar en campaña para hacer cara a los daneses que se habían apoderado de Wilton, y ejercían sus habituales estragos en todas las cercanías. Marchó contra ellos con las pocas tropas que pudo reunir a la ligera, dio una batalla y llevó al principio lo mejor de la acción; pero como quisiese pasar adelante en su victoria, el enemigo, aprovechándose hábilmente de su superioridad numérica, le arrebató el honor de la jornada. Fue sin embargo tan considerable la pérdida de los daneses, que temerosos estos de que le llegase a Alfredo un refuerzo de tropas, trataron con él bajo la sola condición de poder efectuar su retirada en seguridad, y prometieron abandonar el reino. Condujéronlos por lo tanto a Londres, donde se les permitió tomar sus cuarteles de invierno; pero respetando poco la fe de lo pactado, pronto volvieron a empezar las hostilidades contra todas las provincias limítrofes. Burreto, rey de Mercia, en cuyos estados estaba situada la ciudad de Londres, se ajustó con ellos, y obtuvo por dinero que se retirasen a Lindesey, en Lincolnshire, provincia que ya habían talado; mas como ésta no les ofrecía ya medios de ejercer su furor y su codicia, hicieron de nuevo irrupción sobre la Mercia, en un cantón que esperaban hallar indefenso, se establecieron en Repton, en Derbyshire, y entraron todo el país a sangre y fuego. Burreto desesperando de triunfar de un enemigo a quien ninguna fuerza podía debelar y a quien no sujetaba ningún tratado, abandonó su reino, huyó a Roma y se retiró a un claustro¹⁸¹. Este príncipe era cuñado de Alfredo, y fue el último que tuvo el título de rey de Mercia.

Los west-sajones eran entonces la única potencia que quedaba en Inglaterra, pero, a pesar del valor y de la habilidad de Alfredo, eran incapaces de resistir a los esfuerzos de aquella muchedumbre de bárbaros, que por todas partes los embestían. Una nueva nube de daneses, bajo las órdenes de tres príncipes, Guthrun, Oscital y Amund, fue a unirse por aquel año (875) a las tropas que estaban en Repton, y pronto la necesidad de proveer a su subsistencia obligó a aquel ejército a dividirse: una parte de él, al mando de Haldeno, su *chieftain*¹⁸² (caudillo de tribu), marchó hacia el Northumberland, donde fijó sus cuarteles; la otra se dirigió sobre Cambridge, de donde salió al verano siguiente, y se apoderó de Wereham, en el condado de Dorset, centro y núcleo de las posesiones de Alfredo.

Tan viva y obstinadamente hostigó este príncipe a los daneses, que los redujo a tratar con él y a estipular que evacuarían sus estados. Harto convencido por una funesta experiencia, de su acostumbrada perfidia para fiarse de sus promesas, les hizo jurar sobre las santas reliquias que

177 Asser, pág. 2. W. Malmes. lib. II, cap. 2. Ingulf. pág. 869. Simeón Dunelm., pág. 120, 139.

178 Asser, pág. 5. Mat. West. pág. 167.

179 Asser, pág. 7.

180 Asser, pág. 22. Simeón Dunelm, pág. 131.

181 Asser, pág. 8. Crón. Saj. pág. 82. Etelward, lib. IV, cap. 4.

182 Crón. Saj. pág. 83.

observarían el tratado¹⁸³ que acababan de ajustar; no porque esperase de ellos alguna veneración a las cosas sagradas, sino porque supuso que, si violaban semejante juramento, su impiedad les atraería infaliblemente castigo del cielo. Poco sensibles los bárbaros a este temor, y sin buscar siquiera un pretexto, cayeron de improviso sobre el ejército de Alfredo, le derrotaron completamente, marcharon hacia el oeste y se apoderaron de Exeter. Reunió este monarca nuevas fuerzas y, echando el resto de su valor y su actividad, les dio ocho batallas en un año¹⁸⁴ y los redujo a los mayores apuros; con todo escuchó proposiciones de paz de su parte, y consintió en que se estableciesen en algunas partes de Inglaterra¹⁸⁵, con tal de que no abriesen la entrada del reino a otros devastadores; pero mientras aquel príncipe aguardaba la ejecución de un tratado que parecía que estaban interesados en observar, supo que acababa de desembarcar otro cuerpo de los suyos, que todas sus tropas diseminadas se habían reunido, que habían sorprendido a Chippenham, ciudad entonces considerable, y que continuaban sus habituales estragos en todos los países circunvecinos.

Este último suceso abatió de todo punto el aliento de los sajones, y los redujo a la desesperación. Viendo que después de todas las calamidades, de todas las pérdidas, de todas las fatigas que habían sufrido, después de tantos combates como habían sostenido para defenderse; una nueva bandada de bárbaros, tan sedientos de botín como de sangre, acababa de aportar en su territorio, se creyeron abandonados por el cielo y consagrados a los furores de aquellos enjambres de bandoleros que el inagotable norte vomitaba sin cesar contra ellos. Algunos de aquellos desventurados habitantes se retiraron al país de Gales, o huyeron allende los mares; otros se sometieron a los conquistadores, esperando desarmar su ferocidad con una obediencia servil¹⁸⁶. Tan consternados estaban los sajones, tan ocupados cada cual en su propia conservación, que todos entonces cerraron el oído a las exhortaciones de Alfredo, que los animaba a hacer un último esfuerzo bajo sus órdenes para salvar su rey, su patria y su libertad: hasta tuvo aquel príncipe que despojarse de las insignias reales, que despedir a sus servidores y buscar un asilo bajo los más humildes disfraces para substraerse a la persecución y a la rabia de sus enemigos. Escondióse vestido de villano, y vivió así algún tiempo en la choza de un vaquero que había guardado algunos de sus ganados¹⁸⁷. Todos los historiadores han referido un incidente de la residencia de Alfredo en la choza de aquel rústico, y la tradición popular ha conservado esta anécdota que nada tiene de memorable más que el interés que le dan e inspiran siempre la grandeza y la virtud reducidas a tamaños reveses de la fortuna. La mujer de aquel pastor que no conocía la calidad de su huésped, viéndole un día ocupado junto al fogón en arreglar su arco y sus flechas, le encargó que cuidase de unas tortas que estaban cocándose a la lumbre, mientras ella atendía a algún otro quehacer doméstico. Alfredo, embebecido en muy distintos pensamientos, descuidó el encargo que se le había confiado, y cuando la buena mujer se halló a la vuelta con sus tonas quemadas, echó al rey una dura reprimenda, diciéndole que siempre estaba dispuesto a comer, aunque tenía tan malas disposiciones para cocinar¹⁸⁸.

Luego que Alfredo observó que se iban entibiando las pesquisas de sus enemigos, reunió algunos de sus parciales, y se retiró al centro de un pantano formado por las aguas estancadas de los ríos Thone y Parret en el Somersetshire, donde halló sobre dos fanegas de tierra firme, sobre la cual constituyó una habitación que fortificó, pero que todavía le ponía en mayor seguridad por los caminos desconocidos e impracticables que conducían a ella y por las selvas y los lavajos que por todas partes la rodeaban. Aquella plaza, a que dio el nombre de Æthelingay o la isla de los Nobles¹⁸⁹, se llama en el día Athelney; desde ella hizo frecuentes e inesperadas salidas contra los daneses, quienes muchas veces probaron la fuerza de su brazo sin saber de dónde les venía el

183 Asser. pág. 8.

184 Asser. Crón. Saj. pág. 82. dice nueve batallas.

185 Asser, pág. 9. Alur. Deverl. pág. 104.

186 Crón. Saj. pág. 84. Alur. Beverl. pág. 105.

187 Asser, pág. 9.

188 Asser, pág. 9. Mat. West. 170.

189 Crón. Saj. pág. 85. W. Malmes; lib. II, cap. 4. Etelward. lib. II, cap. 1. Ingulf. pág. 26.

estrago, y así subsistió algún tiempo aquel príncipe con su reducida tropa, del producto de sus rapiñas saboreando al paso el placer de la venganza. Estos ligeros triunfos abrieron a la esperanza aquellos leales corazones, y poco a poco fueron persuadiéndose de que, a pesar de los presentes infortunios, victorias más importantes podrían en fin recompensar su valor.

Un año hacía que Alfredo estaba escondido, pero no ocioso, cuando llegó a sus oídos y le decidió a salir a campaña la nueva de un próspero suceso. Hubba, general de los daneses, después de haber asolado todo el país de Gales, había dado a la vela enderezando el rumbo al Devonshire con veintitrés naves, había saltado en tierra y estaba sitiando el castillo de Kiuwith, situado junto a la embocadura del riachuelo Tau, adonde se habían retirado Oddune conde de Devonshire, y todo su séquito. Viéndose aquel magnate a punto de carecer de provisiones, y sobre todo de agua, resolvió substraerse con alguna valerosa tentativa, a la necesidad de rendirse a sus desapiadados enemigos: a este fin, hizo una vigorosa salida sobre ellos antes de amanecer, los sorprendió, hizo en ellos gran destrozo, los fue persiguiendo, mató a Hubba, y les cogió el famoso *Reafen*, estandarte encantado en el que tenían suma confianza¹⁹⁰. Representaba aquel estandarte la figura de un cuervo; habíanle encantado las tres hermanas de Hinguar y de Hubba, y con sus diferentes movimientos, pronosticaba en opinión de los daneses el buen o mal resultado de sus empresas¹⁹¹.

Apenas vio Alfredo aquella chispa de un valor renaciente entre sus súbditos. abandonó su retiro, pero antes de reunir a aquellos bajo las armas y de excitarlos a alguna expedición que, si no salía bien, podía ser funestísima en aquellas graves circunstancias, resolvió observar por sí mismo la situación del enemigo, y juzgar de lo que se podía arriesgar sin vana temeridad. Con este intento, introdujose cautelosamente en el campamento de los daneses, disfrazado de tocador de arpa, y así le recorrió todo sin excitar sospechas: tanto los divirtió con su música y sus chistes, que le trataron perfectamente y le llevaron a la tienda de Gutrun, su príncipe, donde pasó algunos días¹⁹²; observó la indolente seguridad de los daneses, el desprecio que hacían de los ingleses, las pocas precauciones que tomaban cuando forrajeaban o salían a talar las cercanías y la destemplanza con que consumían lo que robaban. Alentado por estas favorables apariencias, envió Alfredo en secreto hombres de su confianza a sus principales vasallos, les designó un punto de reunión en Brixton, a la vera del bosque de Selwood¹⁹³, y les mandó que acudiesen allí con toda su gente bien armada. Los ingleses, que habían esperado poner un término a sus calamidades doblegándose a la más humillante sumisión, tenían entonces por más insoportables que sus afanes y sus peligros pasados la insolencia y la codicia del vencedor: así fue que acudieron con entusiasmo, el día señalado, a alistarse bajo las banderas de su soberano. Apenas le divisaron, prorrumpieron en gritos de júbilo y de amor¹⁹⁴: no podían hartar sus ojos del placer de ver a aquel querido monarca, a quien por mucho tiempo habían creído muerto, y cuya voz y cuyas miradas encendidas con la esperanza del triunfo, los llamaban a la libertad y a la venganza.

Al frente de aquella decidida hueste marchó inmediatamente a Eddington, donde estaban acampados los daneses, aprovechóse del conocimiento que tenía de los sitios, y dirigió su ataque sobre los cuarteles menos defendidos de los enemigos. Sorprendidos los daneses de ver un ejército de aquellos mismos ingleses a quienes consideraban de todo punto subyugados, más asombrados todavía al saber que Alfredo estaba a su frente, sólo opusieron una flaca resistencia, y a pesar de su superioridad numérica, apelaron a la fuga y se dejaron destrozar: los escasos restos de aquel ejército vencido y el príncipe que le mandaba fueron a refugiarse en una plaza fortificada, donde los sitió Alfredo, y reducidos en breve al último trance de la miseria y del hambre, recurrieron a la clemencia del vencedor y se rindieron a discreción. No menos generoso que bizarro, otorgóles el rey la vida, y aun formó el plan de convertirlos, de encarnizados enemigos que eran, en súbditos y aliados fieles: propúsose poblar de nuevo los reinos de Estanglia y Northumberland, devastados por

190 Asser, pág. 10. Crón. Saj. pág. 84. Abbas Rieval, pág. 395. Alur. Beverl. pág. 105.

191 Asser, pág. 10.

192 W. Malmes, lib II. cap. 4.

193 Crón. Saj. pág. 85.

194 Asser, pág. 10. Crón. Saj. pág. 85. Simeón Dunelm, pág. 128. Alur. Beverl., pág. 105. Abbas Rieval pág. 354.

las frecuentes correrías de los daneses, estableciendo en ellos a Gutrun y a los suyos. Esperó que aquellos nuevos colonos se dedicarían en fin a la agricultura y a la industria, cuando, por el temor a a sus armas y a la miseria del país, no pudiesen ya vivir del merodeo, y aun también que le servirían de baluarte contra las irrupciones de sus compatriotas; pero antes de estipular condiciones tan blandas, Alfredo exigió de los vencidos que, en prenda de sumisión y de su conformidad a vivir en buena inteligencia con los ingleses, abrazasen el cristianismo¹⁹⁵. Gutrun y su ejército no tenían repugnancia a esta proposición; aceptáronla, pues, y sin instrucciones, sin controversias, sin conferencias, recibieron todos el bautismo. El rey tuvo a Gutrun en la pila, le puso el nombre de Atelstan y le prohió¹⁹⁶.

El éxito de este expediente pareció corresponder a las esperanzas de Alfredo: casi todos los daneses se establecieron pacíficamente en sus nuevas posesiones (880). Algunos cuerpos menos numerosos de la misma nación, esparcidos por la Mercia, fueron distribuidos entre las cinco ciudades de Derby, Leicester, Stamford, Lincoln, y Nottingham, de donde recibieron el nombre de Fif o Five Burghers (habitantes de cinco pueblos); los más díscolos pasaron a Francia, adonde fueron a buscar fortuna bajo el mando de Hastings¹⁹⁷: los demás se estuvieron quietos, salvo una ligera tentativa que otros daneses aventuraron subiendo el Támesis para desembarcar en Fulham, de donde al punto se volvieron a sus naves cuando hallaron el país en estado de defensa, con lo que por algunos años quedó libre Alfredo de los estragos de aquellos bárbaros¹⁹⁸.

Empleó aquel intervalo de sosiego en poner orden en el estado, profundamente resentido de tantas sacudidas: estableció instituciones civiles y militares, introdujo entre sus vasallos el respeto a la justicia y la afición a la industria, y atendió a ponerlos a cubierto de que se repitiesen las calamidades que habían sufrido. Con más razón que a su abuelo Egberto debe mirársele como al único monarca que reinaba sobre todos los ingleses (nombre que usaban generalmente entonces los sajones) porque la Mercia estaba incorporada a su corona, y Etelberto, su cuñado, no gobernaba en ella más que bajo el título de conde. Aunque todavía por algún tiempo los daneses que poblaban la Estanglia y el Northumberland estuvieron gobernados inmediatamente por sus propios príncipes, todos reconocían el dominio de Alfredo y obedecían a su autoridad superior. Como la igualdad entre los súbditos es la gran fuente de la concordia, dio las mismas leyes a los daneses y a los ingleses, y los puso enteramente bajo el mismo pie en la administración de la justicia civil y criminal. La multa impuesta por el asesinato de un danés era igual a la del asesinato de un inglés, y éste era sobre todo el símbolo de la igualdad en aquellos tiempos.

Después de haber reedificado las ciudades arruinadas, y particularmente Londres¹⁹⁹ destruida por los daneses bajo el reinado de Etelwof, formó el rey una milicia regular para la defensa del reino: cuidó de que todos sus vasallos estuviesen armados, formó un encabezamiento general, les asignó varios cargos en el estado que cada cual debía ejercer por turno, distribuyó una porción de entre ellos en los castillos y fortalezas que construyó en sitios adecuados al intento²⁰⁰, destinó otra porción a estar pronta a entrar en campaña al menor peligro, y a reunirse en puntos indicados de antemano, dejando para el cultivo de la tierra un número de brazos suficiente que luego hacía pasar al servicio militar²⁰¹. Todo el reino estaba organizado como una gran guarnición, y no bien asomaban por algún punto los daneses, cuando ya acudían a él bastantes fuerzas para rechazarlos sin desguarnecer de hombres y de armas otros lugares²⁰².

Pero persuadido Alfredo de que el mejor medio de resistir a un enemigo que hacía sus

195 Crón. Saj. pág. 85.

196 Asser. pág. 10. Crón. Saj. pág. 90.

197 W. Malmes, lib, II, cap. 4. Ingulf. pág. 26.

198 Asser, pág. 11.

199 Crón. Saj. pág. 88. Mat. West. pág. 171. Simeon Dunelm, pág. 131. Brompton, pág. 812. Alur. Beverl. ex edit. Hearne, pág. 106.

200 Asser . pág. 18. Ingulf pág. 27.

201 Crón. Saj. pág. 92 y 93.

202 Spelman; vida de Alfredo, pág. 147. edic. 1709.

incursiones por mar, era ponerse en fuerzas contra él en este elemento, se formó una marina²⁰³, defensa natural de la isla y que hasta entonces sin embargo había desatendido el inglés. Aumentó el número y perfeccionó la construcción de las naves de su reino, avezó a sus vasallos al arte de la navegación y a la táctica naval, y distribuyó sus buques de guerra en diferentes fondeaderos alrededor de la isla; de modo que pudiesen seguramente encontrar a las naves danesas antes o después del desembarco de sus tropas, y perseguirlas en todas sus correrías; y aunque siempre les era posible a los daneses aportar de súbito en las costas, generalmente asoladas por sus frecuentes saqueos, a lo menos las escuadras inglesas les cortaban la retirada, y no les bastaba entonces a los piratas abandonar su botín, sino que pagaban su audacia y sus desafueros con su total exterminio.

De esta suerte logró Alfredo rechazar varias irrupciones de aquellos piratas y conservar su reino en paz y seguridad por espacio de algunos años. Protegía las costas una escuadra de ciento veinte navíos de guerra, bien abastecidos de máquinas bélicas y de hábiles marineros frisonos e ingleses, (porque aquel príncipe suplía lo que les fallaba a sus vasallos tomando a su servicio extranjeros), con lo cual conservaba una superioridad constante sobre aquellos puñados de bandoleros que por tamo tiempo habían infestado la Inglaterra²⁰⁴; pero al fin en 893, Hastings, el famoso caudillo danés, después de haber talado todas las provincias de Francia a lo largo del litoral del mar y de los ríos Loira y Sena, tuvo que abandonar este país más bien por efecto de la asolación que en él había derramado que por la defensa de sus moradores. Apareció a la altura de la costa de Kent con una armada de trescientas treinta velas, y habiendo desembarcado casi toda su gente en el Rother, se apoderó del castillo de Apuldore: mandando luego en persona una escuadra de ochenta naves, entró en el Támesis, y fortificando a Milton, en el país de Kent, derramó sus tropas por toda esta provincia y la entró a sangre y fuego. Alfredo, a la primera noticia de aquel desembarco, acudió a defender su pueblo al frente de una hueste de soldados escogidos que siempre conservaba junto a su persona²⁰⁵, reunió los milicianos de todo el reino, y entró en campaña con fuerzas superiores a las del enemigo. Todas las partidas sueltas danesas que la necesidad o el merodeo habían alejado de su campamento general fueron cortadas por el inglés²⁰⁶, y en vez de allegar botín, el ejército de los piratas se halló encerrado en sus trincheras, y precisado a subsistir con lo que había sacado de Francia. Cansados de aquella posición, que no podía menos a la larga de serles funesta, los daneses, dueños de Apuldore, levantaron el campo repentinamente, con intención de enderezar hacia el Támesis y pasar al país de Essex, pero no burlaron la vigilancia de Alfredo, que les atacó en Farnham, los derrotó²⁰⁷, les cogió todos sus caballos y sus bagajes, y acosó a los fugitivos hasta sus naves que los llevaron, subiendo el Colne, a Mersey, en el Essex, donde se acantonaron. Hastings, al mismo tiempo, y de acuerdo con ellos sin duda, hizo un movimiento semejante, abandonó a Milton, y se apoderó de Bamflete, junto a la isla de Canvey, en el mismo condado²⁰⁸, donde muy pronto alzó las necesarias fortificaciones para defenderse contra el poder de Alfredo.

Desgraciadamente para los ingleses, Gutrun, príncipe de los daneses estanglos, había muerto igualmente que Guthredo, gobernador de los northumbros. Estas dos colonias, naturalmente revoltosas, no contenidas ya por la autoridad de sus jefes, y alentadas a la vista de un cuerpo tan numeroso de sus compatriotas, se rebelaron, sacudieron el yugo de Alfredo, y volviendo a sus inveterados hábitos de guerra y latrocinio²⁰⁹, se embarcaron en doscientas cuarenta naves, y se presentaron delante de Exeter, al occidente de Inglaterra. No perdió un momento Alfredo para hacer frente a aquel nuevo enemigo; dejó algunas tropas en Londres, para recibir a Hastings y a los demás daneses, marchó inmediatamente hacia el oeste²¹⁰ contra los rebeldes, cayó sobre ellos antes de que

203 Asser, pág. 9. Mat. West, pág. 179.

204 Asser, pág. 11. Crón. Saj., pág. 86 y 87. Mat. West, pág. 176.

205 Asser, pág. 19.

206 Crón. Saj., pág. 92.

207 Crón. Saj., pág. 93. Flor. Wigorn., pág. 595.

208 Crón. Saj., pág. 93.

209 Crón. Saj., pág. 92.

210 Crón. Saj., pág. 93.

se hubiesen puesto en defensa y los persiguió hasta sus naves causándoles un horrible destrozo. Dieron la vela en seguida con rumbo a Sussex, y empezaron a saquear las cercanías de Chichester; pero el buen orden que en todas partes había establecido Alfredo bastó allí, sin su presencia, para la seguridad de la plaza: en ella hallaron los rebeldes una vigorosa resistencia, muchos de ellos perdieron la vida, y algunas de sus naves quedaron apresadas²¹¹. Este segundo revés les obligó a darse a la alta mar, sin aliento para nuevas empresas.

Entre tanto los daneses que atacaban al Essex, habiéndose unido al cuerpo que mandaba Hastings, penetraron hasta el corazón del país, y le despojaron de cuanto pudieron llevarse o destruir, pero pronto tuvieron ocasión para arrepentirse de su temeridad. El ejército inglés que dejó Alfredo en Londres, ayudado por un cuerpo de ciudadanos, atacó las trincheras del enemigo en Bamflete, derrotó a la guarnición, pasó a cuchillo una gran parte de ella, y se llevó cautivos a la mujer y a los dos hijos de Hastings²¹². Alfredo trató generosamente a sus prisioneros, y aun se los entregó a Hastings²¹³ a condición de que saldría del reino.

Pero aunque tan honrosamente se libertó el rey de aquel peligroso enemigo, todavía no había sometido o expulsado al resto de los daneses. Estos pueblos, naturalmente piratas, estaban siempre dispuestos a seguir al primer caudillo feliz que les daba la esperanza de conducirlos al saqueo; pero cuando una vez habían intentado una expedición, aunque se les malograra, no era tan fácil resolverlos a abandonarla y a volverse a sus hogares corridos y sin botín. Después de la retirada de Hastings, la mayor parte de aquellos daneses se reunieron, tomaron y fortificaron a Shobury, en la embocadura del Támesis, dejaron guarnecido aquel punto, y costeano el río, fueron a Boddington, en el Gloucester. Allí, reforzados por algunos galeses que se les agregaron, alzaron atrincheramientos y se prepararon a la defensa: el rey los sitió, los bloqueó muy de cerca con sus tropas²¹⁴. Como teniéndolos encerrados de aquella suerte, debía contar con su derrota segura, resolvió no confiar nada a la ventura, y tomarlos por hambre más bien que por un sitio regular, y con efecto, reducidos a tal trance que muchos de ellos murieron de necesidad, después de haberse comido sus caballos, no quedándoles ya más recurso que el de la desesperación²¹⁵, hicieron una furiosa salida contra el inglés, y aunque en ella perecieron casi los más, sin embargo todavía se salvaron algunos²¹⁶. Anduvieron estos errantes algún tiempo por Inglaterra, siempre perseguidos por la vigilancia de Alfredo; atacaron con fortuna a Leicester, se defendieron en Hartfod, y huyeron a Quatford, donde fueron en fin batidos y subyugados; los pocos que quedaron libres se dispersaron espontáneamente entre los demás daneses de Northumberland y de Estanglia²¹⁷ o se embarcaron para ir a ejercer la piratería bajo el mando del northumbro Sigeferto. Noticioso aquel atrevido mareante de las disposiciones navales de Alfredo, había hecho construir unos buques de nueva forma, más altos, más largos y más ligeros que los de los ingleses, pero no tardó el rey en recobrar hábilmente su ventaja haciendo al punto construir otros superiores a los de los northumbros, y habiéndose dado a la vela contra aquellos aventureros mientras estaban talando las provincias occidentales, les cogió veinte embarcaciones, y después de haber hecho juzgar a los prisioneros en Winchester, mandólos ahorcar como piratas y enemigos de todo el linaje humano.

Esta severidad desplegada a tiempo y las prudentes y oportunas órdenes circuladas a todas las autoridades del litoral y del interior del reino para poner este en estado de defensa, restablecieron en él una profunda tranquilidad y le aseguraron para lo sucesivo. Los daneses estanglos y northumbros hicieron las más humildes sumisiones a Alfredo, apenas se presentó en sus fronteras; y el rey tomó el partido de gobernarlos por sí mismo, sin darles como antes un virrey de su propia nación²¹⁸ y

211 Crón, Saj. pág. 96. Flor Wigorn. pág. 596.

212 Crón. Saj. pág. 94. Mat. West. pág. 178.

213 Mat. West. pág. 179.

214 Crón. Saj. pág. 94.

215 Crón. Saj., pág. 94. Mat. West, pág. 179. Flor. Wigorn., pág. 596.

216 Crón. Saj., pág. 95.

217 Crón. Saj., pág. 97.

218 Flor. Wigorn., pág. 598.

como también los galeses reconocieron su autoridad, veíase aquel príncipe en la brillante posición de haber conseguido, con su prudencia, su justicia y su valor, establecer su imperio sobre todas las partes meridionales de la isla, desde el canal hasta las fronteras de Escocia, cuando murió en la fuerza de su edad y en el pleno ejercicio de sus facultades (901) después de un glorioso reinado de veintinueve años y medio²¹⁹, y habiendo alcanzado y merecido el renombre de Grande y el título de fundador de la monarquía inglesa.

El eminente mérito que hizo brillar este príncipe en su vida pública y privada puede ponerse con ventaja en paralelo con el de todos los monarcas y ciudadanos famosos cuya memoria han inmortalizado los fastos del mundo: y en efecto no parece sino que este príncipe es la realización de aquella obra maestra de la fantasía que, bajo el nombre de un justo, se han complacido en pintar los filósofos, más bien por el placer de crear una hermosa ficción que con la esperanza de que llegase nunca a realizarse. Todas las virtudes de Alfredo estaban tan felizmente templadas unas por otras, estaban tan perfectamente combinadas, eran tan activas, que recíprocamente se contenían en los justos límites que cada cual debía prescribirse. Supo conciliar el más intrépido aliento con la más fría moderación, la más constante perseverancia con la más hábil flexibilidad, la más severa justicia con la más cordial blandura, la más firme entereza en el mando con una rara afabilidad²²⁰, los más extensos conocimientos, el más ilustrado amor a las ciencias; con las más brillantes disposiciones para la guerra; en términos que casi igualmente cautivarían nuestra admiración sus virtudes civiles y militares, si las primeras, más raras en los príncipes, y seguramente más útiles, no reclamaban con preferencia nuestros elogios. Parecía que la naturaleza, deseando que se anunciase ventajosamente con el brillo exterior, le había colmado además de todas las dotes personales, pues era robusto y forzado, alto de cuerpo, de noble y majestuoso porte, hermoso de rostro, agraciado y afectuoso en la expresión de su fisonomía²²¹: sólo la fortuna le fue adversa colocándole en un siglo bárbaro, en el que estuvo privado de historiadores dignos de transmitir su nombre a la posteridad. De desear sería que los suyos hubiesen hecho su retrato con colores menos fuertes y pinceladas menos vagas para que pudiésemos a lo menos descubrir algunas manchas, algunas sombras de que, como hombre, es imposible que estuviese enteramente exento.

Pero no daríamos más que una imperfecta idea del mérito de Alfredo si limitásemos nuestra narración a referir sus proezas militares, y no recordásemos más circunstanciadamente sus instituciones relativas a la justicia, y las pruebas de su celo para el fomento de las ciencias y las artes.

Después de haber vencido, establecido o arrojado a los daneses, halló Alfredo el reino en una situación lastimosísima, asolado por las correrías de aquellos bárbaros y sumergido en todos los desórdenes que podían perpetuar su miseria. Aunque ya no existían los grandes ejércitos de los daneses, los campos estaban infestados de partidas desbandadas y sueltas que, acostumbradas a vivir del saqueo, incapaces de trabajar, y feroces por naturaleza, cometían todo linaje de violencias más por el placer de hacer daño que porque les obligasen a ello sus necesidades. Los ingleses mismos, reducidos a la más profunda indigencia por continuos robos, habían roto el freno del gobierno: los saqueados de hoy se unían mañana por desesperación a la misma cuadrilla de bandoleros que los había arruinado para despojar y arruinar a sus propios conciudadanos. Tales eran los males que tenían que sanar la vigilancia y la actividad de Alfredo.

Para hacer estricta y regular la ejecución de la justicia, Alfredo dividió toda la Inglaterra en condados o provincias; aquellas provincias se subdividían en *hundreds* o cantones, y estos en *tithings* o decenas de familias. Todo amo de casa respondía de la conducta de su familia, de sus esclavos y aun de sus huéspedes si residían más de tres días en su domicilio. Incorporábanse a la par diez amos de casas contiguas, que, bajo el nombre de *tithings*, *decenarios* o *fribourgs*, es decir, fiadores, formaban una comunidad y respondían recíprocamente de su conducta: un hombre

219 Asser, pág. 21. Crón. Saj. pág. 99.

220 Asser, pág. 13.

221 Asser, pág. 15.

llamado *tithingman*, *head-bourg*, o *borsholder*, es decir, cabeza de una comunidad, los presidía. Todo individuo que no se hacía encabezar en algún *tithing* era castigado como un proscrito, y nadie podía mudar de habitación sin haber obtenido un certificado del cabeza de la comunidad a que correspondía.

Cuando en algún *tithing* o comunidad se acusaba a alguno de un crimen, se intimaba al cabeza de aquellos decenarios que saliese su fiador, y si se negaba a responder de él y de su justificación, el acusado era encarcelado hasta que se fallase su causa. Si huía antes o después de haber dado fiador, el *borsholder* y los decenarios estaban sujetos a un examen, y expuestos a las penas dictadas por la ley. Concedíanseles treinta y un días para presentar el reo fugado, y si pasaba este plazo sin que se le descubriese, el dicho cabeza y dos individuos de su comunidad o decenarios estaban obligados a comparecer en justicia con tres individuos principales de tres comunidades vecinas, formando un total de doce personas, para asegurar que no eran cómplices ni del crimen ni de la fuga del delincuente. Si el decenario no podía hallar el número prescrito para atestiguar su inocencia y la de su comunidad, esta *tithing* era condenada a pagar una multa al rey proporcionada a la gravedad de la ofensa²²². Por medio de esta institución de policía, cada cual tenía por su propio interés que vigilar atentamente la conducta de sus vecinos, y servía en cierto modo de fiador de la conducta de los que formaban su comunidad, por lo que aquellos decenarios recibieron también el nombre de *frank pledges*, es decir, responsables.

Una distribución tan regular del pueblo y tantas trabas para retener a cada cual en su domicilio, pueden no ser necesarias cuando los súbditos están acostumbrados a la obediencia y a la justicia, y aun pudieran considerarse tales reglamentos como contrarios a la libertad y al comercio en un estado culto, pero eran muy convenientes para reducir a pueblos revoltosos e indómitos bajo el saludable yugo de las leyes y del gobierno: Alfredo además cuidó de templar aquellos rigores con otras instituciones favorables a la libertad de los ciudadanos. Nada era más popular y liberal que su plan para la administración de la justicia: el *borsholder* o cabeza convocaba la asamblea de toda su comunidad para decidir las más leves desavenencias ocurridas entre algunos de los individuos de aquella reducida corporación: en los negocios de mayor entidad, en caso de apelación de la *tithing* o de contestaciones entre los individuos de aquellas varias comunidades, trasladábase la causa ante el cantón, que se componía de diez *tithings* o de cien familias de personas libres, y se reunía regularmente una vez cada cuatro semanas para fallar los pleitos²²³. Las formalidades que observaban aquellos cantones merecen referirse aquí por ser el origen de los juicios por jurados, institución admirable en sí misma, y la mejor que ha discurrido jamás el ingenio del hombre para conservar ilesas las libertades nacionales y la administración de la justicia. Doce *free-holders*, es decir, terratenientes y libres, eran elegidos y prestaban juramento con el *hundreder*, es decir el magistrado que presidía aquella división, de administrar una justicia imparcial²²⁴, y procedían en seguida al examen de la causa sometida a su jurisdicción. Además de aquellas asambleas de cantón, que se reunían mensualmente, había otra todos los años destinada a hacer una inspección más general de la policía del distrito, para ver las causas criminales, remediar los abusos, las prevaricaciones de los magistrados, y para obligar a cada particular a declarar la comunidad de que era individuo. Allí el pueblo, a ejemplo de sus antepasados, los antiguos germanos, se reunía armado, por lo que un cantón se llamaba a veces *wapentake*; y este tribunal se unía juntamente para conservar la disciplina militar, y la distribución de la justicia civil²²⁵.

El tribunal inmediatamente superior al de los cantones era el del condado o la asamblea de la provincia, que se reunía dos veces al año, una después de San Miguel, otra después de Pascua, y le formaban todos los terratenientes de la provincia que tenían voto igual en la decisión de las causas: presidíanle el obispo y el *alderman*. El objeto directo de aquel tribunal era recibir las apelaciones de

222 Leges Edw. cap. 20 apud Wilkimf, pág. 202.

223 Leges Edw. Cap. 2.

224 Foedur Alfred. Golthum. apud Wilkins, cap. 3. pág. 47. Leges Ethelstani. cap. 2. apud Wilkins, pág. 58. Leges Ethels. § 4. Wilkins. pág. 117.

225 Spelman, in voce Wapentake.

los cantones y de las comunidades, y ajustar las desavenencias entre los individuos de los diferentes cantones. Antiguamente el *alderman* estaba investido de la autoridad militar y civil; pero Alfredo conociendo que esta conjunción de poderes hacía peligrosa e independiente a su nobleza, nombró un *sheriff* (alcalde) en cada provincia para ayudar al *alderman* en sus atribuciones judiciales²²⁶: el cargo especial de aquel *sheriff* era defender los derechos de la corona en las provincias, y recaudar las multas impuestas que no componían entonces la menor parte de las remas públicas.

En caso de falta de justicia, había un medio de apelar de todos los tribunales al mismo rey, en su consejo. Como el pueblo, persuadido de las luces y de la equidad de Alfredo, ponía en él toda su confianza, muchas veces se hallaba este príncipe abrumado de las apelaciones de todas las provincias de Inglaterra, y aunque era infatigable en despachar las causas²²⁷, conoció en fin que este ramo de su administración le absorbía todo su tiempo, y resolvió remediar este inconveniente corrigiendo la ignorancia y la corrupción de los magistrados inferiores que le ocasionaban²²⁸. Estimuló con este fin a la nobleza de su reino a instruirse en las letras y las leyes²²⁹, eligió los condes y los *sheriffs* entre los hombres más afamados por su probidad y su saber, castigó severamente toda malversación en los oficios²³⁰, destituyó a todos los condes que no le parecieron capaces de ejercer sus funciones²³¹, y solamente permitió a algunos de los más antiguos servir por diputado, mientras su muerte abría la senda a más dignos sucesores.

Para guiar todavía con más seguridad las luces y la equidad de los magistrados, formó Alfredo un código de leyes, perdido en el día, pero que por mucho tiempo ha servido de base a la jurisprudencia inglesa, y que generalmente se considera como la fuente de lo que llamamos el derecho común, y fijó asambleas regulares de los estados de Inglaterra dos veces al año en Londres²³², ciudad que reparó, que hermoseó y de que hizo la capital del reino. La semejanza de aquellas instituciones con los fueros de los antiguos germanos, con los usos de los otros conquistadores septentrionales, y con las leyes sajonas durante la Heptarquía, nos impide considerar a Alfredo como al único autor de aquel plan de gobierno, y aun nos mueve a creer que, como hombre sesudo, se contentó con reformar, extender y seguir las instituciones que hallara anteriormente establecidas; pero en totalidad, su legislación produjo tan excelentes frutos, que todo tomó inmediatamente nuevo aspecto en Inglaterra; reprimiéronse los robos y los crímenes de toda especie, o con el castigo o con la reforma de los culpados²³³. Con tanta exactitud se practicaba la policía pública que es fama que Alfredo suspendió, por gala y alarde de su seguridad, manijas de oro a la vera de los caminos, y que nadie osó tocar a ellas²³⁴; pero en medio de los actos de severidad que conservaban este excelente orden, Alfredo respetó siempre, como cosa sagrada, la libertad de su pueblo, y el testamento de este príncipe es un monumento precioso de su modo de pensar sobre este artículo. En él dice en términos expresos que sería justo que los ingleses pudiesen siempre ser tan libres como sus pensamientos²³⁵.

Como la sana moral y la cultura del ingenio son casi inseparables en todos los tiempos, sino lo son en todos los individuos, puede decirse que el empeño de Alfredo en excitar a sus súbditos a estudiar las ciencias, fue uno de los ramos más útiles de su legislación, en cuanto tendió a reformar las antiguas costumbres disolutas y bárbaras de los ingleses; pero la elección del expresado medio de lograrlo era menos un efecto de las miras políticas del rey que de su natural afición a las letras. Cuando subió al trono, los desórdenes del gobierno y los estragos de los daneses habían sumergido a los ingleses en la más grosera ignorancia: los monasterios estaban destruidos, los monjes andaban

226 Ingulf. pág. 870.

227 Asser pág. 20.

228 Asser pág. 18, 21. Flor. Wigorn pág. 594. Abbas Rieval. pág. 355.

229 Flor. Wigorn. pág. 594. Brompton, pág. 814.

230 Le miroir de Justice (El espejo de justicia), cap. 2.

231 Asser pág. 20.

232 Le Miroir de Justice.

233 Ingulf. pág. 27.

234 W. Malmes, lib. II. cap. 4.

235 Asser, pág. 24.

dispersos o eran sacrificados a un furor insensato, sus bibliotecas estaban reducidas a pavesas, y por consiguiente habían desaparecido totalmente los únicos asilos que tenía entonces la erudición. El mismo Alfredo se queja de que cuando su advenimiento al trono, no halló al medio día del Támesis una sola persona capaz de interpretar el misal latino, y muy pocas en las partes septentrionales que alcanzasen aquel grado de saber; pero aquel gran príncipe atrajo a su reino a los hombres más sabios de Europa, estableció en todas partes escuelas para la instrucción de su pueblo, fundó, o a lo menos hizo reparar, la universidad de Oxford, le otorgó varios privilegios, rentas e inmunidades y mandó en virtud de una ley formal, que todo el que poseía de dos *hydes*²³⁶ de tierra para arriba inclusive, enviase a sus hijos al aula. No dio empleos en la iglesia y en el estado más que a los que habían adquirido algunos conocimientos, y merced a todas estas sabias medidas, tuvo la satisfacción, antes de morir, de ver notablemente mejorada la faz de las cosas. Él mismo se da el parabién, en una de sus obras que todavía subsiste, de los progresos que ya habían hecho las ciencias en Inglaterra bajo su protección.

Pero el medio más eficaz que empleó Alfredo para inspirar la afición al estudio fue su propio ejemplo y la constante aplicación con que se dedicó a él, a pesar de la multitud y de la urgencia de los negocios que le abrumaban. Generalmente dividía el día en tres porciones iguales, una para su sueño y la reparación de sus fuerzas con los alimentos y el ejercicio, la otra para el trabajo del gobierno, y la tercera para el estudio y la devoción. Para medir puntualmente sus horas servíase de velas, todas de un mismo volumen, que encendía unas después de otras en un farol²³⁷, expediente digno de aquel siglo grosero en que se desconocían enteramente el arte de los cuadrantes y el mecanismo de los relojes: así fue como, mediante una distribución regular de su tiempo, y a pesar de las frecuentes enfermedades que padeció²³⁸ aquel héroe, que dio en persona cincuenta y seis batallas en mar y tierra²³⁹, pudo todavía adquirir más conocimientos y aun componer más obras que los hombres mas estudiosos y dueños de su tiempo en siglos más felices.

Convencido de que en todos tiempos, y especialmente en .los siglos de ignorancia y barbarie, los pueblos no son capaces de una instrucción especulativa, Alfredo procuró inculcar sus ideas morales a favor de los apólogos, de las alegorías, de las máximas, y de los cuentos en verso, en que las presentó rebozadas, y a este fin no sólo difundió entre sus súbditos las antiguas obras de esta especie que halló escritas en lengua sajona²⁴⁰, mas ejercitó también su vena en el mismo género²⁴¹, y tradujo del griego las hermosas fábulas de Esopo: dio también versiones sajonas de los dos historiadores Beda y Orosio, y de los consuelos de la filosofía por Boecio²⁴². En una palabra, Alfredo no creyó desmerecer de la dignidad de un soberano, de un legislador, de un guerrero y de un político guiando el mismo a sus vasallos en la carrera de las bellas letras.

Ni desatendió tampoco aquel príncipe el fomento de las artes vulgares y mecánicas que están enlazadas más sensible, si no más estrechamente, a los intereses de la sociedad. De todas partes atrajo a los extranjeros industriosos para poblar sus provincias assoladas por los estragos de los daneses²⁴³: introdujo y fomentó las fábricas de toda especie, y todo el que inventó o perfeccionó algún arte ingenioso no quedó sin recompensa bajo su reinado²⁴⁴. Excitó a sus vasallos más activos a dedicarse a la navegación para extender el comercio a los países apartados y para adquirir riquezas, despertando la industria de sus compatriotas. Constantemente reservaba la séptima parte

236 Un hyde contenía la tierra suficiente para emplear un arado. Véase H. Hunt. lib. VI. in A. D. 1008. Anal. Waverl in A. D. 1083. Gervasio de Tilbury dice que comúnmente contenía sobre 100 estadales. Como estas medidas han variado tanto, es imposible determinar con puntualidad la extensión del hyde, pero es regular que correspondiese a nuestra aranzada. (N. del T.)

237 Asser, pág. 20. W. Malmes, lib. II. cap. 4. Ingulf. pág. 870.

238 Asser, páginas 4, 12, 13, 17.

239 W. Malmes, lib. IV. cap. 1.

240 Asser, pág. 13.

241 Spelman, pág. 124. Abbas Rieval, pág. 355.

242 W. Malmes. lib. II. Cap. 1. Brompton pág. 814.

243 Asser, pág. 15. Flor. Wigorn. pág. 588.

244 Asser, pág. 20.

de sus rentas para pago de cierto número de jornaleros, a quienes en todos tiempos empleó en reedificar las ciudades, los palacios y los monasterios arruinados²⁴⁵: hasta los más cómodos regalos de la vida le proporcionaron el Mediterráneo y las Indias²⁴⁶, y así aprendieron sus vasallos, viendo aquellos frutos de las artes pacíficas, a respetar el virtuoso amor a la justicia y al trabajo, único que puede producirlos. En fin, en vida y en muerte, Alfredo fue considerado, por propios y extraños, como el príncipe más grande después de Carlomagno que de mucho tiempo atrás había aparecido en Europa, y como uno de los hombres mejores y más justos con que se honró jamás la historia de ninguna nación.

Tuvo Alfredo en su esposa Etelswitha, hija de un conde merciano, tres hijos y tres hijas. Edmundo, el primogénito, murió en vida de su padre, sin dejar posteridad; Etelwardo, el tercero, animado de la misma afición a las letras que había tenido Alfredo en su juventud, se consagró al sosiego de la vida privada; y Eduardo, el segundo de aquellos príncipes, sucedió al trono. Llamósele Eduardo el Antiguo por ser el primer rey de Inglaterra de este nombre.

Eduardo el Antiguo—901

Igual a su padre en disposiciones guerreras, pero inferior a él en punto a erudición²⁴⁷, hallóse este príncipe desde el momento en que subió al trono, entregado a la vida turbulenta reservada a los reyes y aun a todos los hombres en tiempos en que, poco contenidos por las leyes o la justicia, poco ocupados por los trabajos de la industria, eran continuo pábulo a su inquietud, guerras, rebeliones, tumultos, saqueos y devastaciones. Etelwaldo, primo hermano de Eduardo, e hijo de Etelberto, hermano mayor de Alfredo, pretendió tener más derecho que él a la corona²⁴⁸, armó a sus parciales, tomó posesión de Winbourne, y pareció resuelto a defenderse en aquel punto y a defender sus pretensiones²⁴⁹, hasta el último trance; pero cuando el rey al frente de un numeroso ejército, se acercó ala ciudad, Etelwaldo, seguro de ser arrollado por fuerzas tan superiores, huyó. Retiróse primeramente a Normandía, de donde pasó al Northumberland esperando que los northumbros, recientemente subyugados por Alfredo y cansados ya de la paz, aprovecharían, a la nueva de la muerte de aquel gran príncipe, la primera ocasión y el menor pretexto para rebelarse; y en efecto no desmintió el resultado sus esperanzas: los Northumbros se declararon a su favor²⁵⁰. Enlazados ya con esto sus intereses y los de las colonias danesas, hizo Etelwaldo una incursión al otro lado del mar, y formando un cuerpo de aquellos piratas, reanimó la sed de pillaje que animaba a todos los que estaban acostumbrados a vivir de rapiñas²⁵¹. Los daneses estanglos se agregaron a su partido; los *Five-Burghers* que habitaban el corazón de la Mercia, empezaron a revolverse, y de nuevo se vieron los ingleses amenazados con aquellas calamidades de que acababan apenas de libertarlos el valor y la política de Alfredo. Mandados por Etelwaldo, cayeron los rebeldes sobre las provincias de Gloucester, Oxford y Wilts, y después de haberlas entrado a sangre y fuego, se retiraron con su botín, para evitar el encuentro del rey, que los perseguía al frente de su ejército; pero Eduardo, resuelto a no perder el fruto de sus preparativos, llevó sus fuerzas a Estanglia, y usando de represalias, trató a los estanglos con la misma inhumanidad con que éstos habían tratado a sus provincias. Harto de venganzas y cargado de un rico botín, dio el rey sus órdenes para la retirada, pero la autoridad de aquellos antiguos príncipes, muy reducida en tiempo de paz, no era mucho mas respetada en tiempo de guerra, y así, a pesar de sus reiteradas intimaciones, los pueblos de Kent, sedientos de pillaje, osaron quedarse a sus espaldas y asentaron sus cuarteles en el Bury,

245 Asser pág. 20. W. Malmes, lib. II, cap. 4.

246 W. Malmes, lib. II, cap. 4.

247 W. Malmes, lib. II, cap. 5. Hoveden, pág. 421.

248 Crón. Saj. pág. 99 y 100.

249 Crón. Saj. pág. 100. H. Hunting, lib. V. pág. 352.

250 Crón. Saj. pág. 100. H. Hunting, lib. V. pág. 352.

251 Crón. Saj. pág. 100. Crón. Abb. S. Petri de Burgo, pág. 24.

desobediencia que acabó por convertirse en gran beneficio del príncipe. Los daneses atacaron a aquellas tropas del país de Kent, y hallaron en ellas una resistencia tan vigorosa que compraron la ventaja de ganar el campo de batalla con la pérdida de sus mas bizarros capitanes, y sobre todo con la de Etelwaldo, que murió en la refriega²⁵². Libre el rey de un competidor tan peligroso, ajustó la paz con los Estanglos bajo muy favorables condiciones²⁵³.

Para restablecer el sosiego en Inglaterra tan completamente como era posible entonces, sólo faltaba ya someter a los Northumbros que, ayudados por los daneses dispersos en la Mercia, infestaban continuamente el corazón del reino. Eduardo, a fin de dividir las fuerzas de sus enemigos, armó una escuadra para atacarlos por mar, con la esperanza además de que cuando sus naves cruzasen delante de sus costas, no se alejarían a lo menos y cuidarían ante todo de su propia defensa, pero los northumbros preferían el pillaje a la conservación de sus posesiones. Persuadidos de que las principales fuerzas de la Inglaterra estaban embarcadas en aquella escuadra, creyeron la ocasión oportuna y entraron con todas sus tropas en las tierras de Eduardo; éste, que los aguardaba, los atacó cuando volvían a Tetenhall, en el condado de Stafford, los derrotó, se apoderó de cuanto habían robado y los fue persiguiendo hasta su propio país.

Todo lo restante del reinado de Eduardo fue una continua serie de victorias sobre los northumbros, los estanglos, los *five burghers*, los daneses extranjeros, que desde la Normandía y la Bretaña intentaron una invasión en Inglaterra, siendo tan cuidadoso de poner su reino en estado de defensa como valiente en atacar a sus enemigos. Fortificó las ciudades de Chester, Eddesbury, Warwick, Cheirbury, Buckingham, Towcester, Maldon, Huntingdon y Colchester: ganó dos señaladas victorias en Temsford y Maldon²⁵⁴; venció a Thurketill, famoso caudillo danés, y le obligó a ir con sus secuaces a buscar aventuras y botín en Francia. Subyugó a los Estanglos, y los redujo a prestarle juramento de fidelidad. Expulsó a los dos rivales Reginaldo y Sidroc, príncipes del Northumberland, y adquirió el dominio momentáneo de aquella provincia; varias colonias de bretones se sometieron a él, y aun los mismos escoceses que, durante el reinado de Egberto y bajo las banderas de Kenneth, su rey, habían aumentado su poder, subyugando totalmente a los pictos, tuvieron que dar a Eduardo señales de sumisión²⁵⁵. Había ayudado a este príncipe con su prudencia y su actividad en todas sus expediciones guerreras su hermana Eteifleda, viuda de Etelberto, conde de Mercia, y que, después de la muerte de su marido había conservado el gobierno de la provincia. Aquella princesa, habiendo sufrido mucho de resultas de un parto difícil, había rehusado después a su esposo exponerse a los mismos riesgos, no porque la dominase ninguna superstición, cosa tan común en aquellos tiempos, sino porque todo quehacer doméstico le parecía indigno de su varonil y ambicioso espíritu²⁵⁶; y como murió antes que el rey su hermano, este se encargó, en lo restante de su reinado, de gobernar inmediatamente la Mercia, confiada hasta entonces a la autoridad de un gobernador²⁵⁷. La crónica sajona pone la muerte de Eduardo en el año 925²⁵⁸. Sucedióle su hijo natural Atelstan.

Atelstan—925

La irregularidad que mancillaba el nacimiento de este príncipe no era entonces una razón suficiente para excluirle del trono. Capaz de reinar por su mérito y por su edad, fue preferido a los hijos legítimos de Eduardo, demasiado jóvenes todavía para gobernar un reino tan expuesto a las invasiones exteriores y a las facciones y revueltas intestinas; sin embargo esta elección descontentó

252 Crón. Saj. pág. 101. Brompton. pág. 832.

253 Crón. Saj. pág. 102. Brompton, pág. 832. Mat. West, pág. 181.

254 Crón. Saj. pág. 108. Flor. Wigorn. pág. 601.

255 Crón. Saj. pág. 110. Hoveden. pág. 421.

256 W. Malmer, lib. II, cap. 5. mat. West. pág. 182, Ingulfo pág. 28. Higden, pág. 261.

257 Crón. Saj. pág. 110. Brompton. pág. 831.

258 Id. pág. 110.

a algunos, y Alfredo, uno de los más poderosos señores de Inglaterra, osó conspirar contra Atelstan: varios historiadores refieren este suceso con circunstancias maravillosas, que el lector es dueño de atribuir o a la impostura de los frailes que las inventaron, o a sus artificios que hallaron medio de realizarlas. Alfredo, dicen, preso por sospechas bastante vehementes, pero sin ninguna prueba cierta de su crimen, negó constantemente la conspiración que se le imputaba, y aun ofreció para justificarse, afirmar su inocencia delante del papa, cuya persona pasaba entonces por de tan superior santidad que no se creía que pudiera substraerse a la venganza inmediata del cielo el que osara jurar en falso en su presencia. Aceptó el rey la prueba, y Alfredo fue llevado a Roma. Ora conociese este su inocencia, ora menospreciase la superstición común hasta el punto de arrostrarla, lo cierto es que hizo el juramento que se le pedía a los pies del papa Juan, que ocupaba a la sazón el solio pontificio, y no bien hubo articulado las fatales palabras, cuando cayó en horribles convulsiones, de cuyas resultas murió tres días después. El rey, como si esta catástrofe hubiese demostrado el crimen, confiscó todos los bienes de Alfredo en beneficio del monasterio de Malmesbury²⁵⁹, seguro de que, después de semejante prodigio, nadie dudaría de la justicia de aquella sentencia.

No bien hubo consolidado Atelstan su dominio sobre sus súbditos ingleses, cuando puso todo su conato en asegurar el gobierno precaviéndose contra las rebeliones de los daneses que tanto habían dado en que entender a sus predecesores. Pasó con un ejército al Northumberland, y viendo que este país llevaba con impaciencia el yugo inglés, creyó deber dar el título de rey a Sithrico, señor danés, y apegarle a sus intereses casándole con su hermana Editha; pero esta expedición política tuvo funestos resultados. Sithrico murió un año después, y sus dos hijos Anlaf y Godfrido, habidos en un primer matrimonio, se prevalecieron de la elevación de su padre para atribuirse derechos a la soberanía del Northumberland, de la que se apoderaron sin aguardar el consentimiento de Atelstan. Pronto los arrojó a entrambos de la provincia este monarca; Anlaf se retiró a Irlanda y Godfrido a Escocia, donde reinaba a la sazón Constantino, que le protegió algún tiempo, hasta que amenazado y solicitado sucesivamente por Atelstan, prometió entregarle el infeliz refugiado, si bien detestando en el fondo de su corazón semejante villanía, hizo avisar a Godfrido que huyese²⁶⁰. Después de haber subsistido algunos años siendo pirata, murió el fugitivo y con esto acabaron las inquietudes que daba al rey, quien para vengarse de la conducta de Constantino, entró en Escocia a, mano armada, taló aquel reino sin obstáculo²⁶¹, y redujo a los escoceses a tan lastimosa situación que su soberano tuvo, para conservar la corona, que someterse a las más humildes sumisiones. Los historiadores ingleses aseguran²⁶² que Constantino rindió homenaje de su reino a Atelstan, añaden, que como excitaran a este monarca victorioso sus cortesanos a aprovechar tan buena ocasión de subyugar enteramente la Escocia, él les respondió que era más glorioso dar que conquistar reinos²⁶³, pero aquellos anales, ya tan inciertos y tan imperfectos en si mismos, pierden todo crédito cuando se ve han podido tener parte en ellos las preocupaciones y los odios nacionales. Los historiadores escoceses que, sin ahondar más la cuestión, niegan absolutamente este hecho, parecen más dignos de confianza.

Ora no debiese Constantino el conservar su corona más que a la moderación de Atelstan, que no quiso aprovecharse de todas su ventajas sobre él, ora lo debiese a la política de este monarca que prefirió la humillación de un enemigo a la conquista de un pueblo descontento y revoltoso, lo cierto es que halló más motivos de resentimiento que de gratitud en la conducta que había observado con él el príncipe inglés. Coligóse con Anlaf que había reunido un considerable número de piratas daneses que infestaban los mares de Irlanda, y con algunos príncipes galeses, celosos del incremento de poder que iba adquiriendo Atelstan, y todos aquellos confederados, al frente de un formidable ejército, hicieron de consuno una irrupción en Inglaterra. Atelstan reunió también sus fuerzas, encontró a los enemigos junto a Burnsbury, en el Northumberland, y los arrolló en una gran

259 W. Malmer, lib. II, cap. 6. Spel. Conc., pág. 407.

260 W. Malmer, lib. II, cap. 6.

261 Crón. Saj. pág. 3. Hoveden, p. 422, H. Hunting. lib. V. p. 354.

262 Hoveden, pág. 422.

263 W. Malmer, lib. II, cap. 6. Anglia Sacra, tomo I, pág. 212.

batalla campal. Atribúyese principalmente esta insigne victoria al valor de Turketul, canciller de Inglaterra, porque en aquellos siglos turbulentos nadie estaba bastante ocupado en ningún destino, fuese el que fuese, del gobierno civil, para renunciar enteramente al ejercicio de las armas²⁶⁴.

Los historiadores refieren una circunstancia bastante digna de observación en lo que pasó durante aquella guerra. Al acercarse el ejército inglés, Anlaf creyó que no podía exponerse demasiado para asegurarse un próspero suceso, a cuyo fin recurrió al ardid empleado ya por el grande Alfredo contra los daneses, introduciéndose a ejemplo suyo, en el campamento enemigo, vestido de juglar, estratagema que al principio le salió bien: tanto divertía a los soldados que se habían reunido en derredor de él, que le llevaron a la tienda del rey, y después de haberle hecho tañer mientras que el príncipe y sus cortesanos estaban a la mesa, le despidieron con una recompensa considerable. Tuvo él la prudencia de no rehusarla, aunque no permitiéndole su orgullo quedarse con aquel dinero, ocurriósele enterrarle antes de volverse, creyendo que nadie le veía, pero un soldado de Atelstan, que había servido antes bajo las banderas de Anlaf, sorprendido a primera vista de la semejanza del supuesto juglar con aquel príncipe, concibió algunas sospechas, y resuelto a espiar todos sus pasos, vio enterrar lo que acababa de recibir, y se confirmó en la opinión de que aquel hombre era en realidad Anlaf disfrazado. Fue corriendo el soldado a llevar la noticia de su descubrimiento a Atelstan, quien le reprendió porque no le había prevenido a tiempo para que pudiese apoderarse de la persona de su enemigo; pero el soldado respondió que en otro tiempo había prestado juramento de fidelidad a Anlaf, que jamás se hubiera perdonado el vender a su primer señor, y que después de semejante perfidia el mismo Atelstan hubiera tenido razón para desconfiar de él. Atelstan en efecto elogió los nobles principios del soldado, y reflexionó en seguida lo que debía hacer para precaverse de lo que temía con fundamento. Su primer cuidado fue llevar a otra parte su tienda de campaña; un obispo que llegó aquella misma noche con un refuerzo de tropas, porque no eran entonces los eclesiásticos menos guerreros que los magistrados, ocupó con toda su gente el puesto que resultó vacante por este movimiento, y pronto probó el resultado cuan acertada era la precaución del rey. Apenas cayó la noche, Anlaf se precipitó sobre el campamento de los ingleses, y abriéndose paso hasta el sitio donde había dejado la tienda de Atelstan, acuchilló al obispo sin darle tiempo para ponerse en defensa²⁶⁵.

Varios príncipes daneses y galeses perecieron en la derrota de Burnsbury²⁶⁶. Constantino y Anlaf escaparon a duras penas, dejando la mayor parte de su ejército en el campo de batalla, y Atelstan disfrutó una profunda tranquilidad en sus estados, después de aquel feliz suceso. Este príncipe pasa por uno de los más hábiles y activos que reinaron en aquellos remotos tiempos. Hizo una ley notable, y tan propia para el fomento del comercio que se necesitaba tener entonces un ingenio superior para imaginarla: aquella ley establecía que todo traficante que hubiese emprendido a su costa tres largos viajes por mar sería elevado a la categoría de *thane*, es decir noble. Atelstan murió en Gloucester en 941²⁶⁷, después de un reinado de diez y seis años, y le sucedió su hermano legítimo Edmundo.

Edmundo—941

Los inquietos Northumbros, siempre en acecho de ocasiones para rebelarse, turbaron mucho los principios del reinado de Edmundo; pero el rey penetró de repente en las tierras de aquellos al frente de su ejército, y tanto aterró a los rebeldes, que hubieron de recurrir a las más humildes sumisiones²⁶⁸ para aplacarle. Con la mira de darle la más segura prenda de su obediencia, ofrecieron

264 El oficio de canciller entre los anglosajones se parecía más al de un secretario de estado que el de nuestro actual canciller. Véase a Spelmen en la voz *Cancellarius*.

265 Malmes, lib. II, cap. 6. Higden, pág. 263.

266 Brompton, pág. 839. Ingulf, pág. 29.

267 Crón. Saj. pág. 114.

268 W. Malmer, lib. II, cap. 7. Brompton, pág. 857.

abrazar el cristianismo, religión que muchas veces habían profesado los anglo-daneses cuando se hallaban reducidos al último apuro por sus vencedores, que por esta razón consideraban como el símbolo de su servidumbre, y que abjuraban apenas podían hacerlo sin peligro. Edmundo, fiándose poco de la sinceridad de aquella conversión forzada, creyó deber precaverse contra los *five-burghers*, que habitaban las cinco ciudades de Mercia, donde antiguamente se les había permitido establecerse, y por lo tanto tomó el partido de trasladarlos a otras partes, porque siempre se aprovechaban de las menores revueltas para introducir en el corazón del reino a los daneses rebeldes o extranjeros. Desposeyó también a los bretones del principado de Cumberland, que confirió a Malcolm, rey de Escocia, a condición de que le rendiría pleito homenaje y protegería las costas del norte contra las futuras incursiones de los daneses.

Edmundo era muy joven cuando ciñó la corona, pero su reinado fue corto y violenta su muerte. Un día en que estaba celebrando una fiesta en el condado de Gloucester, vio a un tal Leof, ladrón conocido a quien había desterrado del reino, y que había tenido la desvergüenza de entrar en el sitio donde él comía, y de sentarse a una de las mesas servidas para las personas de la corte. Indignado de tanta osadía, Edmundo le mandó salir, y como el miserable rehusase obedecerle, el rey, arrastrado por su genio naturalmente fogoso, y exasperado por tamaño insulto, se precipitó inconsideradamente sobre él y le asió de los pelos. Leof, fuera de sí, desenvainó un cuchillo e hirió con él a Edmundo que murió en el acto. Sucedió esta catástrofe el año 946, y en el sexto del reinado de aquel príncipe. Dejó varios hijos varones, pero en tan temprana edad, que por ser incapaces de gobernar el reino, su hermano Edredo fue proclamado su sucesor.

Edredo—946

Agitaron el reinado de Edredo, como los de sus predecesores, las revueltas y las incursiones de los daneses-northumbros, que aunque frecuentemente reprimidos, jamás eran enteramente fieles ni estaban de todo punto sumisos a la corona de Inglaterra. El advenimiento de un rey les pareció un momento favorable para sacudir su yugo, pero Edredo, al frente de un ejército, los hizo volver a la sumisión, entró sus tierras a sangre y fuego, para castigar su rebelión, les obligó a reiterar su juramento de fidelidad, y se retiró inmediatamente después con sus tropas. La obediencia de los daneses no fue mas duradera que su terror; animados del deseo de vengarse del gran destrozo que les había ocasionado Edredo, reducidos por la necesidad a vivir del pillaje, subleváronse de nuevo y de nuevo fueron subyugados. Amaestrado entonces por su experiencia, tomó el rey más seguras precauciones para contenerlos en lo sucesivo; puso guarnición inglesa en las ciudades mas considerables, y les dio un gobernador inglés, encargado de vigilar sus menores movimientos y de reprimirlos al primer asomo de fermentación: también obligó a Malcolm, rey de Escocia, a renovarle su pleito homenaje por las posesiones que tenía en Inglaterra.

No carecía Edredo de ingenio y afición a la guerra y a la vida activa, pero esclavizado bajo el yugo de la más grosera superstición, entregaba ciegamente su conciencia a la dirección de Dunstan, llamado comúnmente San Dunstan, abad de Glastonbury. Este hombre, a quien había elevado a los más altos empleos, ocultaba bajo la capa de la santidad la más desmedida e insolente ambición, y se aprovechó de la confianza sin límites con que le honraba el rey para introducir en Inglaterra nuevas órdenes religiosas que trastornaron el estado de los negocios eclesiásticos y fomentaron los más grandes disturbios en la época de su establecimiento.

Desde la introducción del cristianismo entre los sajones había habido monasterios en Inglaterra, fundaciones que se habían multiplicado extraordinariamente con los donativos de los príncipes y de los grandes que, bajo el nombre de obras pías, no tenían su origen más que en la ignorancia y el terror. Víctimas de los remordimientos, inevitable consecuencia del crimen a que con tanta frecuencia se veían arrastrados, la mayor parte de aquellos magníficos fundadores no conocían otro medio de aplacar a Dios, más que el de derramar a manos llenas sus liberalidades

sobre los eclesiásticos. Hasta entonces los frailes eran una especie de sacerdotes seculares, vivían en los conventos casi como los canónigos viven en los cabildos, y lejos de estar separados de la sociedad, se mezclaban con ella, procuraban hacerse útiles, se ocupaban en la educación de la juventud²⁶⁹, disponían a su arbitrio de sus horas de solaz y de sus varios conocimientos, no estaban sujetos a las reglas rígidas de una orden, no pronunciaban voto de obediencia implícita a sus superiores²⁷⁰, y sin dejar su comunidad, podían siempre elegir entre el matrimonio y el celibato²⁷¹; pero una devoción mal entendida había producido en Italia una nueva especie de monjes, llamados benedictinos, que, exagerando los principios edificantes de la mortificación, se separaban totalmente del mundo renunciaban a toda libertad y se hacían un mérito de observar la más inviolable castidad. Estas máximas y estas prácticas, inventadas primitivamente por un celo indiscreto, fueron luego elogiadas y protegidas por la política de la curia romana²⁷². El soberano pontífice que de día en día iba afianzando la soberanía universal que se había arrogado sobre los eclesiásticos, conoció que el celibato era lo único que podía, rompiendo sus vínculos con la potestad civil, privándolos de todo otro objeto de ambición, moverlos a trabajar con incesante ardor en el engrandecimiento de su orden. No se le ocultaba que mientras fuese permitido a los frailes casarse y tener hijos, no se les podía sujetar a ninguna regla estricta ni hacerles servilmente sumisos a sus superiores, como debían serlo para ejecutar pronto y con celo las órdenes emanadas de Roma. Empezóse pues a recomendar el celibato como el deber indispensable de los sacerdotes, y el papa tomó sobre sí el empeño de hacer renunciar a todo el clero de las iglesias occidentales al privilegio del matrimonio. Sin duda este sistema político estaba hábilmente concebido; pero era muy difícil que se lograra, porque tenía que contrarrestar y vencer la inclinación más vehemente de la naturaleza humana: además, las relaciones con el sexo femenino que, en general impulsan a la devoción, eran, en aquella circunstancia, muy contrarias al proyecto del santo padre. No es pues extraño que aquel sublime refinamiento de política encontrase los mayores obstáculos, antes bien los intereses de la jerarquía se hallaban tan singularmente encontrados con las inclinaciones de los sacerdotes, que a pesar de los continuos esfuerzos de la curia romana, es muy natural que se necesitasen cerca de tres siglos para establecer aquella atrevida reforma.

Como los obispos y los párrocos vivían en particular en el seno de sus familias y estaban más relacionados con la sociedad que los enclaustrados, se tenía poca confianza en que se prestasen a esta mudanza, y los motivos alegados para hacerles renunciar al matrimonio eran mucho menos plausibles; pero el soberano pontífice echó primeramente los ojos sobre los frailes, como sobre la base de su autoridad, y resolvió prescribirles reglas austeras de obediencia, proporcionarles una reputación de santidad con las apariencias de las más rígidas mortificaciones, y romper todos los lazos que habían conservado y que eran contrarios a su plan. So pretexto de reformar abusos, resultado en cierto modo inevitable de la antigüedad de los establecimientos, ya había, pues, introducido las severas reglas de la vida monástica en todos los países meridionales de Europa, y se preparaba a hacer una tentativa semejante en Inglaterra, cuando la flaca y supersticiosa índole de Edredo y la impetuosa condición de Dunstan le ofrecieron una buena ocasión que él supo aprovechar muy hábilmente.

269 Osberne, in Anglia Sacra, Tomo II, pág. 92.

270 Osberne, in Anglia Sacra, Tomo II, pág. 91.

271 Véanse las notas de Warton a su Anglia Sacra, Tomo II, pág. 91. Gervase, pág. 1645, Crón. Wint. MS. apud Spel. conc. pág. 434.

272 Se necesita en verdad toda la obcecación del espíritu de partido, cuando no una insigne mala fe, para hablar con tal menosprecio de una orden respetabilísima, y que es cabalmente aquella cuya utilidad inmediata pueden menos desconocer los hombres ilustrados de todas las comuniones. ¿Quién hay tan ignorante que no sepa los inmensos servicios que esa orden ha hecho a la civilización, salvando de una ruina segura, en la barbarie de los tiempos medios, tantas grandes obras literarias de la sabia antigüedad? ¿Quién no sabe que este objeto utilísimo fue uno de los móviles de su institución? ¿Quién no tiene noticia de las excelentes publicaciones antiguas y modernas de muchas comunidades de aquella orden tan célebre, tan benemérita, tan admirable bajo todos conceptos? Increíble parece que un hombre como Hume, tanpreciado de filósofo, se dejase llevar de tan groseras preocupaciones. (N. del T.)

Dunstan había nacido de nobles padres, en el occidente de Inglaterra, y se crió en poder de su tío Aldhelmo, arzobispo de Canterbury a la sazón: abrazó la carrera eclesiástica, y adquirió alguna reputación en la corte de Edmundo, aunque a este príncipe le habían prevenido contra él, pintándosele como un hombre muy disoluto y licencioso en sus costumbres²⁷³. Naturalmente ambicioso, Dunstan, viendo comprometida su suerte por efecto de aquellas prevenciones, resolvió reparar sus imprudencias precipitándose en los excesos de la devoción. Retiróse enteramente del mundo, se construyó una celda tan reducida que no cabía en ella de pie, ni podía estirar sus miembros cuando estaba acostado, y allí se dedicó perpetuamente a la oración o al trabajo manual²⁷⁴. Es verosímil que en aquella absoluta soledad se iría poco a poco trastornando su cerebro, lo que produjo las quimeras que aquel anacoreta y sus estúpidos devotos tomaron por visiones sobrenaturales, y le hicieron pasar por un santo en opinión del vulgo. Imagínese un día que el diablo, de quien aseguraba que recibía frecuentes visitas, estaba más pesado de lo común en sus tentaciones, por lo que impaciente Dunstan de tanta importunidad, cogió con unas tenazas incandescentes al espíritu maligno por las narices, y así le tuvo agarrado hasta que le hizo aturdir todas las cercanías con sus alaridos, proeza insigne que se acreditó realmente entre el pueblo, y que nos ha transmitido un autor a quien puede considerarse relativamente a su siglo, como un escritor no poco elegante²⁷⁵. Esta fábula granjeó a Dunstan una reputación que no le hubiera dado aun en los siglos más ilustrados la más sólida devoción y menos todavía las más sublimes virtudes.

Sostenido por la reputación que había adquirido en su retiro, volvió a presentarse en la corte, y tomó tanto ascendiente sobre Edredo, que este príncipe le confió no solo la dirección de su conciencia, sino también la de los más importantes negocios del gobierno. Colocóle el rey a la cabeza de la hacienda²⁷⁶; y poderoso en la corte y acreditado entre la plebe, no hubo cosa que no pudiese intentar con probabilidades de buen éxito. Reconociendo que su elevación era la obra de la opinión que se tenía de la austeridad de sus costumbres, declaróse celoso partidario de las reglas rígidas, y después de haberlas introducido en los conventos de Glastonbury y de Abingdon, dedicóse a generalizar esta reforma en el reino.

Muy preparados estaban ya a ella los ánimos: algunos de los primeros predicadores del cristianismo entre los sajones habían llevado hasta la extravagancia los elogios de una castidad inviolable; los placeres del amor se habían representado como incompatibles con la perfección cristiana, y se miraba la privación de todo comercio con las mujeres como una penitencia tan meritoria, que no había crímenes que no expiase. Resultaba de estas máximas la consecuencia natural de que a lo menos los que oficiaban en el altar debían presentarse en él puros en este punto y cuando la doctrina de la transustanciación, que empezaba entonces²⁷⁷ a acreditarse, se adoptó totalmente, el respeto a la presencia real de Jesucristo en la eucaristía dio nueva fuerza a esta opinión. Los frailes sabían hasta que punto podían serles útiles y proporcionarles consideración personal estas opiniones populares, y así afectaban la vida y las costumbres más austeras, se excitaban mutuamente a las más exageradas prácticas de devoción, reclamaban amargamente contra los vicios y la supuesta licencia de la época, y sobre todo hablaban con virulencia de la vida disoluta del clero secular, su rival; cada ejemplo particular de libertinaje que podían hallar en este cuerpo se citaba como prueba de una corrupción general, y cuando les fallaban temas de acusaciones infamantes contra los eclesiásticos, sus casamientos eran un minero de invectivas contra ellos, a tal punto que no se hacían escrúpulo de dar a sus mujeres el dictado de concubinas o nombres más injuriosos todavía. Por otra parte, el clero secular numeroso, rico, y en posesión de las dignidades eclesiásticas, se defendía vigorosamente y usaba de represalias contra sus adversarios: los ánimos estaban continuamente en agitación, y las diferencias más esenciales en el artículo de la religión, o por mejor decir las más frívolas, rara vez han excitado disturbios más violentos que los que

273 Osberne, pág. 95. Mat. West, pág. 187.

274 Osberne, pág. 96.

275 Osberne, pág. 97.

276 Id. pág. 102. Wallingford, pág. 541.

277 Spel. Conc. Tomo I. pág. 452.

estallaron entonces. Las diferencias más frívolas hemos dicho, y no sin intención porque es cosa digna de notarse que cuanto más imperceptibles son los puntos sobre que giran las controversias teológicas, más tesón y acrimonia inspiran a los teólogos.

Interrumpió en cierto modo los progresos de las instituciones monásticas, ya considerables, la muerte de Edredo su gran partidario. Este príncipe reinó nueve años²⁷⁸, y dejó varios hijos, pero en tan tierna edad, que su sobrino Edwy, hijo de Edmundo, fue quien le sucedió.

Edwy—955

No tenía Edwy arriba de diez y seis o diez y siete años cuando ciñó la corona. Era hermoso de rostro, y según testimonios auténticos, las virtudes de su alma daban ya las mayores esperanzas²⁷⁹. Hubiera sido el ídolo de su pueblo si desgraciadamente desde el principio de su reinado no se hubiera desavenido con los frailes, cuya rabia no pudieron mitigar ni las gracias de su persona ni sus prendas morales, y que han perseguido su memoria con el implacable encono con que le persiguieron a él durante su reinado, tan breve como infeliz. Una princesa de la sangre real, joven y hermosa llamada Elgiva, cautivó el tierno corazón de Edwy, quien en aquella impetuosa edad en que la fuerza de las pasiones no conoce freno, osó casarse con ella atropellando el parecer contrario de sus más graves consejeros, las reconvenciones de los prelados de su reino²⁸⁰, y el grado de parentesco prohibido por los cánones que mediaba entre ambos jóvenes²⁸¹. Como la austeridad que afectaban los frailes los hizo ser muy vehementes en sus quejas contra el rey en aquella ocasión, éste les guardó un vivo resentimiento, y por lo tanto, pareció determinado a no favorecer su proyecto de expulsar a los sacerdotes regulares de todos los conventos, y de apoderarse de aquellas ricas fundaciones. Declaróse, pues, la guerra entre el rey y los frailes; pero pronto tuvo el primero ocasión para arrepentirse de haber provocado a tan peligrosos enemigos. El día de su coronación, estaba reunida la nobleza del reino en un gran festín, en el que se entregaba a aquella estrepitosa algazara que el ejemplo de los antiguos germanos había introducido entre los ingleses²⁸². Edwy, atraído por más dulces placeres, se esquivó de en medio de su corte y pasó a la habitación de la reina, donde la presencia de la madre de ésta era poco obstáculo a los raptos de su pasión; pero Dunstan, sospechando el motivo de la retirada del rey, y haciendo que le siguiese Odo, arzobispo de Canterbury, sobre cuyo ánimo había adquirido un dominio absoluto, forzó la entrada de aquella habitación, llenó a Edwy de amargas reconvenciones, no escaseó sin duda insultantes dictados a la reina, arrancó a su esposo de sus brazos, y con la más atrevida violencia le hizo volver al salón donde continuaban los grandes en sus bulliciosos regocijos²⁸³. Edwy, a pesar de sus pocos años y de lo que debía temer de las preocupaciones del pueblo, buscó y aprovechó animosamente la ocasión de vengarse del insulto público que había recibido: pidió cuentas a Dunstan de su administración de la hacienda bajo el reinado de Edredo²⁸⁴, y cuando aquel ministro rehusó presentarlas, asegurando que el dinero se había gastado por orden del difunto rey, Edwy le acusó de malversación de los caudales públicos en su empleo y le desterró del reino; pero no permaneció en la inacción durante su ausencia la pandilla del proscrito; ni un punto cesó de pregonar en los oídos del pueblo los más desmedidos encomios de la santidad de Dunstan, de declamar contra la impiedad del rey y de la reina, y después de haber exacerbado los ánimos por estos medios, se alentó a más graves atentados contra la autoridad real. El arzobispo Odo envió un puñado de gente armada al palacio, de donde arrancaron a la reina, y después de haberle quemado el rostro con un hierro ardiendo para destruir

278 Crón. Saj. pág. 115.

279 H. Hunting, lib. V. pág. 356.

280 W. Malmes, lib. II, cap. 7.

281 W. Malmes, lib. II, cap. 7.

282 Wallingford, pág. 542.

283 W. Malmes, lib. II. cap. 7. Osberne, pág. 85 y 105. Mal. West pág. 195 y 196.

284 Wallingford, pág. 562. Alur. Beverl. pág. 112.

aquella fatal hermosura que había seducido a Edwy, la enviaron ignominiosamente a arrastrar en Irlanda un destierro perpetuo²⁸⁵. Harto convencido Edwy de que la resistencia le sería inútil, consintió en su divorcio, que pronunció Odo²⁸⁶; pero no era éste todavía el último golpe que reservaba una rencorosa facción a la desgraciada Elgiva. Esta amable princesa, curada de sus heridas, no conservaba siquiera las cicatrices con que habían querido desfigurarla para toda su vida, y ya volvía a Inglaterra a reunirse con el rey, a quien todavía consideraba como su legítimo esposo, cuando una partida apostada en su camino por el primado la robó, y como sólo su muerte podía dejar en seguridad a Odo y a los frailes, y no podía saciarse su venganza sino con una muerte atroz, hicieron desjarretar a aquella desgraciada, que espiró pocos días después en Gloucester entre los más agudos tormentos²⁸⁷.

Obcecados los ingleses por una furiosa superstición, en vez de indignarse en vista de tan insigne inhumanidad, creyeron que las desgracias de Edwy y de su esposa eran el justo castigo de la desenfrenada pasión que les había hecho arrostrar las leyes eclesiásticas, y se rebelaron contra su soberano; y proclamando a Edgar, el más joven de los hermanos del rey, de edad de trece años, pusieronle desde luego en posesión de la Estanglia, y rechazaron a Edwy a sus provincias meridionales. Para que no pudiese dudarse a cuya instigación se había fomentado aquella rebelión, Dunstan volvió a Inglaterra a dirigir a Edgar y a su partido, e instalado primeramente en la silla episcopal de Worcester, y luego en la de Londres²⁸⁸, últimamente, después de la muerte de Odo y de la expulsión violenta de Brithelmo, su sucesor, subió a la de Canterbury²⁸⁹, que ocupó mucho tiempo. Los frailes nos han transmitido la memoria de Odo como la de un hombre muy piadoso: Dunstan, más feliz, fue canonizado, mientras que el desgraciado Edwy fue excomulgado²⁹⁰ y perseguido con encarnizamiento. Su muerte, que sobrevino poco tiempo después, libertó a sus enemigos de las inquietudes que les causaba, y dejó a Edgar pacífico poseedor del reino.²⁹¹

285 Osberne, pág. 84.

286 Hoveden, pág. 425.

287 Osberne, pág. 84. Gervase, pág. 1645, 1646.

288 Crón. Saj. pág. 117. Flor. Wigorn, pág. 605. Wallingford, pág. 544.

289 Hoveden, pág. 425. Osberne, pág. 109.

290 Brompton, pág. 863.

291 Hállase en los historiadores antiguos una apariencia de contradicción en algunas circunstancias de la historia de Edwy y de Elgiva. Todos concuerdan en que este príncipe se enamoró perdidamente de una prima carnal suya, con quien se casó a pesar del parentesco en grado prohibido por los cánones: también concuerdan en que fue arrancado por fuerza de los brazos de su esposa, el día de su coronación, y que dicha esposa fue tratada en seguida como queda referido. La única diferencia está en que Osberne y algunos otros la llaman la concubina y no la mujer de Edwy, en vez de que Malmesbury le da este último título; pero esta diferencia es fácil de conciliar, porque si Edwy se casó con Elgiva a pesar de la oposición de la Iglesia, es seguro que los frailes no la habrán reconocido por esposa suya, considerándola sólo como concubina, de modo que podemos mirar esta relación del hecho como exacta en suma o a lo menos como la más probable. Si Edwy no hubiera tenido en Elgiva más que una querida, claro está que hubiera sido fácil conciliarlo con la iglesia e impedir al clero que pasase a tamaños rigores; pero el matrimonio de aquel príncipe, irregular según los cánones, era un insulto a la autoridad eclesiástica que ninguna pena bastaba a expiar. El doctor Lingard, en el capítulo V. de su *Historia de Inglaterra*, pinta con muy distintos colores el carácter de Edwy, y no le faltan autoridades en que apoyar su juicio. También Hume, como ha visto el lector, funda el suyo en varios textos antiguos. ¿Quién tiene razón? Animados ambos autores, Hume por su declarada aversión al clero, Lingard por su empeño de desmentir a su predecesor y restablecer el buen crédito de los eclesiásticos, con harta frecuencia calumniados por aquel, acaso uno y otro exageraron mucho, y probablemente no sería Edwy ni tan interesante como nos le presenta Hume, ni tan odioso como le hace Lingard. Oigamos cómo se explica este: «Mientras que Edwy, con estos actos de tiranía, (el destierro de su abuela Edgiva, la supresión de algunos privilegios de las iglesias etc. etc.) perdía el afecto de sus vasallos, hacía despreciables por la inmoralidad de su vida privada. Encenagado en los más vergonzosos placeres, ningún caso hacía de la decencia pública; los términos en que nuestros antiguos escritores concuerdan en describir y reprobar su conducta son tales que no podemos ponerlos a la vista de los lectores» [Regiam obscoenis operibus dignitatem deshonestabat. (Esdm. 192.) Libidine ardens, sine intermissione actuabat ad coitum. (Osberne 104.) Expugnator alienae pudicitiae, suae negligens vaga fructus libidine. (Senatus in vit. S. Oswaldi, M. S. en la Biblioteca de Durham.)] Confieso que después de haber leído y cotejado con suma atención los textos de Hume y de Lingard, el del primero me parece en suma el más digno de crédito: desde luego, y esta circunstancia es muy de

Edgar.

Este príncipe elevado al trono en tan temprana edad, desplegó en breve una capacidad rara para el manejo de los negocios, y su reinado es uno de los más prósperos que ofrece la historia antigua de Inglaterra. Lejos de mostrar aversión a la guerra, tomó las más acertadas disposiciones contra las invasiones que podían amenazarle, y con su vigor y su previsión, se puso en estado, sin exponerse al menor insulto, de seguir su inclinación hacia la paz y de trabajar en extender y perfeccionar la policía de su reino. Levantó un cuerpo de tropas disciplinadas que acuarteló en el norte, para contener a los Northumbros siempre díscolos, y repeler las incursiones de los escoceses: construyó y sostuvo una marina poderosa²⁹², y a fin de poder ejercitar a los marineros, y de hacer siempre alarde delante de sus enemigos de un formidable armamento, tuvo constantemente tres escuadras en las costas, y de cuando en cuando las hacía dar la vuelta a sus estados²⁹³. No se atrevieron los daneses extranjeros a acercarse a un país que parecía tan bien defendido; los daneses de lo interior vieron que insurreccionarse sería perderse, y los soberanos vecinos, el rey de Escocia y los príncipes de Gales, de la isla de Man, de los Orkneys, y aun de Irlanda²⁹⁴, tuvieron que someterse a un monarca tan temible. Su superioridad llegó a ser tal que hubiera podido excitar una liga general contra él, si su poder no hubiera sido bastante sólido para quitar a sus enemigos toda esperanza de destruirle. Cuéntase de aquel rey que hallándose en Chester, y queriendo ir por agua a la abadía de San Juan Bautista, obligó a ocho reyes sus tributarios a remar para conducir su barco por el río Dee²⁹⁵. Los historiadores ingleses dicen que entre ellos estaba Kenneth III, rey de Escocia; pero los historiadores escoceses niegan el hecho y sostienen que si su soberano se reconoció vasallo de Edgar, le rindió homenaje, no de su corona, sino de las posesiones que tenía en Inglaterra.

Pero el principal medio de que se valió Edgar para sostener su autoridad y conservar la paz pública, fue procurar con empeño captarse la voluntad de Dunstan y de los frailes que le habían colocado en el trono, con tanto más motivo, cuanto sus pretensiones a una alta santidad y a una gran pureza de costumbres les habían granjeado sumo ascendiente sobre el pueblo. Favoreció el rey su plan para desposeer a los canónigos seculares de todos sus monasterios²⁹⁶, no dio empleos ni dignidades más que a los partidarios de las órdenes religiosas, permitió a Dunstan resignar la silla de Worcester en manos de Oswaldo, su criatura²⁹⁷, y de colocar a otro de sus privados, Ethelwold, en la de Winchester²⁹⁸, y les consultó en la administración de los asuntos eclesiásticos, y aun en la mayor parte de los negocios civiles; y aunque la natural entereza de este príncipe le impedía dejarse

notar, se observa que Lingard pasa sobre el capítulo de Edwy muy de corrida, y como quien se halla en un terreno del que desea salir, al paso que Hume firme con el apoyo de numerosas autoridades y con la perfecta ilación lógica de las causas y de los efectos que refiere, todo lo explica de un modo muy satisfactorio. Pero lo mas esencial que hay que considerar en esta circunstancia es que si la critica que hace Hume del abad Dunstan es, como puede recelarse, algo acerba, no hay duda sin embargo de que en el fondo es justa, y ciertamente para todo lector imparcial la enemistad de aquel artificioso prelado con el joven Edwy es mas bien un indicio de la inocencia que de la sinrazón de éste. Lingard, tan celoso en rehabilitar a los personajes históricos mal tratados por los filósofos abandona en cierto modo el de Dunstan, como si no hallara posibilidad de defenderle: sólo le consagra unas cuantas líneas en su voluminosa historia, y eso para decir que «los historiadores modernos se han ocupado en él más que debieran.» Por lo que hace a la relación del desastrado fin de Etelgiva, y a la parte que tuvo en él el clero irritado, los dos historiadores están de acuerdo. (*Nota del Traductor*).

292 Higden, pág. 265.

293 Varios historiadores ingleses hacen ascender las naves de Edgar al extravagante número de 3.000 a 3.600. Véase Hoveden, pág. 426; Flor. Wigorn. pág. 607; Abbas Rieval pág. 360; y Brompton, pág. 869, dice que Edgar tenía 4.000 naves. ¿Cómo conciliar estas autoridades con la verosimilitud y el estado de la marina en tiempo de Alfredo? W. Thorne reduce el número de aquellas naves a 300, lo que es más probable. La escuadra de Etelredo, hijo de Edgar, no debía llegar a 1.000 naves, y sin embargo, la Crónica Sajona, pág. 137, dice que era la más considerable que hubo jamás en Inglaterra.

294 Spel. Conc. pág. 432.

295 W. Malmes, lib. II. cap. 8. Hoveden, pág. 406. H. Hunting, lib. V. pág. 356.

296 Crón. Saj. páginas 117 y 118. W. Malmes, lib. II. cap. 8. Hoveden, páginas 425, 426. Osberne, pág. 112.

297 W. Malmes, lib. II. cap. 8. Hoveden, pág. 425.

298 Gervase, pág. 1646. Brompton, pág. 864. Flor. Wigorn, pág. 606. Crón. Abb. S. Petri de Burgo, páginas 27 y 28.

dominar por aquellos prelados, tantas ventajas resultaban para ambas partes de aquella buena armonía, que siempre obraron de acuerdo, y unieron sus desvelos para conservar la paz y la tranquilidad interior.

Para consumir la grande obra de colocar en todos los conventos la nueva orden monástica, convocó Edgar un concilio general de los prelados y de los cabezas de órdenes religiosas del reino. En él declamó verbalmente contra la vida disoluta de los sacerdotes seculares, contra la forma irregular de su tonsura, que verosímelmente no se parecía ya a la corona de espinas; contra su negligencia en llenar las funciones de su ministerio, contra su mezcla con los mundanos, jugando, cazando, bailando, cantando como ellos, asociándose a todos sus impuros placeres, contra su comercio público con barraganas, nombre bajo el cual se supone que designaba el rey a sus esposas, y luego, encarándose con el primado Dunstan, le dirigió esta arenga, como si el difunto rey Edredo, indignado de ver desde los cielos tantos desórdenes hubiese hablado por su boca: «Con arreglo a vuestros consejos, oh Dunstan, dijo Edgar en nombre de su padre, he fundado monasterios, edificado iglesias y consagrado mis tesoros a sostener la religión y las casas religiosas. Vos habéis sido mi consejero, me habéis ayudado en todas estas obras pías; vos dirigís mi conciencia, en todo os he obedecido. Cuando recurríais a mí ¿qué mercedes os he negado? Han faltado jamás mis auxilios a los desvalidos? ¿No he mirado como una obligación proteger y enriquecer al clero y a los conventos? ¿No escuchaba vuestras instrucciones cuando me decíais que esas limosnas eran más gratas a mi Criador que todas las otras buenas obras? ¿Y no he establecido un fondo perpetuo para el sostén de la religión? ¿No hace ahora inútiles todos nuestros piadosos esfuerzos la vida disoluta de los sacerdotes? No es esto decir que yo os achaque a vos la culpa de ello, Dunstan; vos habéis exhortado, razonado, enseñado, predicado, pero es preciso que unáis vuestra autoridad espiritual a la potestad civil, y que arrojéis del templo a esos malvados y a esos usurpadores.»²⁹⁹ Fácil es discurrir que esta arenga produjo el deseado efecto, y que, cuando el rey y los prelados cooperaban de esta suerte a la misma obra con las preocupaciones populares, los monjes no debían ver diferirse por mucho tiempo el triunfo de sus proyectos, y con electo establecieron su nueva disciplina en casi todos los conventos.

No estará demás observar que las declamaciones contra el clero secular se enuncian aquí, como en todos los historiadores, en términos generales, pero es difícil que las quejas contra las costumbres relajadas de aquella corporación, contenida comúnmente por la sola decencia de su carácter, prescindiendo de otros motivos más poderosos todavía, estuviesen en general tan bien fundadas como se pretendía hacer creer al vulgo: mas verosímil es que los frailes, atentos a granjearse la voluntad de éste, afectando una vida muy austera, pintasen con los más negros colores las inocentes libertades que se permitía el clero, y se allanasen de esta suerte los medios de acrecentar su poder y su influjo; pero Edgar, como hábil político, se declaró por el partido dominante. Verdad es que los frailes debiéndole el logro de sus pretensiones, se hallaban empeñados en sostener la autoridad real durante el reinado de su protector, pero aquellas pretensiones favorecidas llegaron a ser, andando los tiempos, muy peligrosas a sus sucesores y al estado. Edgar favoreció la política de la corte de Roma otorgando a algunos monasterios una exención de la jurisdicción episcopal; permitió a las abadías, aun a las de fundación real, usurpar el derecho de elegirse sus abades, y no puso en duda la autenticidad de los diplomas falsificados y alegados como antiguos, de los que resultaba que los primeros reyes les habían concedido muchos privilegios e inmunidades³⁰⁰.

Tantos favores de parte de Edgar le han granjeado los más pomposos elogios de los frailes, quienes no sólo nos le representan como un príncipe muy activo y como un gran político, alabanzas que en efecto no carecen de fundamento, sino como un hombre virtuosísimo y digno de ser canonizado, a pesar de que toda su conducta, disoluta en grado eminente, y que violó las leyes divinas y humanas, revela juntamente su hipocresía, cuando declamaba contra la licencia del clero

299 Abbas Rieval, páginas 360 y 361. Spel. Conc, páginas 476, 478.

300 Crón. Saj., pág. 116. W. Malmes, lib. II. cap. 8. Seldeni Spicileg., ad Eadm., páginas 149, 157.

secular, y la interesada intención con que hacen sus partidarios semejante elogio de su piedad. Aquellos mismos frailes que, según Ingulfo, historiador muy antiguo, no conocían ninguna otra virtud moral o cristiana más que la obediencia y la castidad, preconizaban los vicios contrarios a ellas de Edgar y eran sus más celosos partidarios. De las escasas noticias que nos ha conservado la historia sobre sus amores, podemos por conjetura deducir lo que no dice aquella.

Edgar forzó la clausura de un convento, robó a Edita religiosa en aquella casa, y empleó la violencia para satisfacer en ella su brutal deseo³⁰¹; Dunstan le reprendió una acción tan sacrílega, y le obligó, para reconciliarle con la iglesia, no a romper con su amada, sino a sacrificar el placer de engalanarse con un ornato inútil³⁰², es decir, a privarse por siete años de ponerse su corona, castigo hartamente inferior al que había sufrido el desgraciado Edwy cuando, por un casamiento que, en rigor, no merecía el nombre de irregular³⁰³, se le despojó de su reino, se trató a su esposa con la más atroz barbarie, se le llenó de calumnias, y se transmitió su nombre a la posteridad con los más odiosos colores. ¡Tal es el dominio que pueden tomar sobre los hombres la perfidia y la hipocresía!

Edgar tuvo otra querida llamada Elflada, con quien al principio se relacionó por una casualidad muy singular. Pasando un día por Andover, hospedóse en casa de un caballero, cuya hija era un prodigio de mérito y de hermosura. Inflamado a la primera mirada, resolvió el príncipe satisfacer su pasión naciente, mas como no tenía tiempo para emplear con la doncella los usados medios de requebrarla y servirla, dirigióse desde luego a su madre, declaróle la violencia de su pasión y solicitó el permiso de pasar aquella noche con su hija. Era aquella madre una mujer honrada, incapaz de deshonorar a su hija y de afrentar su casa con tan baja complacencia; pero conociendo la impetuosa condición del rey, discurrió que sería más fácil y seguro engañarle que contradecirle, aparentó pues prestarse a sus intenciones, pero mandó a una doncella de su casa, bastante linda, que se metiese en la cama del rey cuando todos se recogiesen a descansar. A la mañana siguiente antes de rayar el alba, la doncella, con arreglo a las instrucciones de su ama, quiso retirarse, pero Edgar, poco reservado naturalmente en sus placeres, y más inflamado aun que la víspera, no quiso consentirlo y la persuadió o la obligó a quedarse con él. Elflada, tranquilizada por su persuasión de que era bonita, y por el amor que parecía haber inspirado al rey, no opondría probablemente mucha resistencia, y la luz del día descubrió el engaño; pero Edgar había quedado tan contento de aquella noche, que perdonó el trueque a la madre, y le confirmó dando de buena fe su corazón a la fácil Elflada, que siguió siendo su querida públicamente, y ejerció sobre él mucho dominio hasta la época de su casamiento con Elfrida³⁰⁴.

Más singulares y criminales fueron todavía las circunstancias de este casamiento. Elfrida era hija y heredera de Olgar, conde de Devonshire, y aunque se había criado en esta provincia sin presentarse nunca en la corte, en toda Inglaterra era célebre su hermosura. Edgar, que nunca era indiferente a esta clase de reputaciones, sintió subir de punto su habitual curiosidad con los continuos elogios de Elfrida que llegaban a sus oídos, y considerando que era de ilustre sangre, resolvió asegurarse su posesión bajo condiciones honrosas, si era en efecto tan hermosa como decía la fama. Comunicó su intento al conde Atelwold, su privado; pero antes de dar ningún paso cerca de los padres de aquella noble doncella, el rey tomó la precaución de mandar a su confidente que fuese a visitarlos con cualquier pretexto, y que volviese a hacerle un retrato fiel de su hermosura. Cuando Atelwold fue presentado a Elfrida, vio que la fama se había quedado corta en su elogio, se enamoró de ella perdidamente, y resolvió sacrificar a su nueva pasión los intereses y la confianza de su rey; por lo tanto volvióse a decir a Edgar que las riquezas y alta cuna de Elfrida eran lo único que había podido exagerar de aquella suerte las gracias de su persona, y que su hermosura era tan vulgar que a nadie llamaría la atención en una doncella de inferior calidad. Después de haber disuadido al rey de

301 W. Malmes, lib. II. cap. 8. Osberne, pág. 3. Diceyo, pág. 457. Higden páginas 265-267-268. Spel. Conc. pág. 481.

302 Osberne, pág. 111.

303 Esto no es exacto. El autor ha dicho que Edwy atropello en su casamiento un grado de parentesco prohibido por los Cánones, y ciertamente no cabe mayor irregularidad, aunque esto no legitime en manera alguna las sangrientas represalias que tomó el clero. (Nota del Trad.)

304 W. Malmes. lib. II cap. 8. Higden, pág. 268.

su intento con esta impostura, dejó Alelwold pasar algún tiempo, y aprovechó un día la coyuntura de sacar la conversación de Elfrida, confesando que si el lustre de un gran nombro y de un gran caudal no habían podido alucinarle, como a los demás, acerca de sus verdaderas gracias, había reflexionado no obstante que para él sería un partido ventajoso, pues al fin y al cabo, su dote y el honor de su alianza compensaban bastante su falta de hermosura; y en fin, que si el rey lo llevaba a bien, se propondría por yerno al conde de Devonshire, no dudando que obtendría su consentimiento igualmente que el de su hija. Edgar, contento en extremo de hallar un medio de ensalzar a su privado, no sólo le permitió negociar aquella boda, mas le estimuló a ella, y le favoreció recomendándole con empeño a la familia de Elfrida, con lo que en efecto Atelwold vio coronados sus deseos, pero temeroso siempre de que se descubriese su artificio, hizo cuanto pudo por retener a su esposa lejos de la corte y substraerla a los ojos del rey.

La violenta pasión que había arrebatado a Atelwold desde que vio a Elfrida le cerró los ojos sobre las peligrosas resultas que necesariamente debía tener su conducta, y sobre el partido que sacaría de ella la turba, siempre numerosa, de los enemigos de un privado. Pronto supo Edgar la verdad, pero antes de vengarse de la traición de Atelwold, quiso cerciorarse por sí mismo de si merecía o no disculpa su crimen, y a este fin le anunció que iría a visitarle a su castillo, donde esperaba hacer conocimiento con la condesa su esposa. Desesperado Atelwold de no poder rehusar aquel favor, pidió solamente al rey el permiso de precederle algunas horas a fin de dar las órdenes y de tomar las disposiciones necesarias para el recibimiento de tan ilustre huésped. Partió en efecto el primero, descubrió todo el misterio a Elfrida, y la conjuró por el honor y la vida de su marido que se presentase con bastante desaliño para disimular en lo posible aquella fatal hermosura por cuya posesión había vendido a su amigo y a su soberano. Elfrida lo prometió así, aunque muy distante de pensar en cumplir su palabra, pues hubo de llevar muy a mal interiormente una pasión que la había costado una corona; y conociendo el poder de su hermosura, no perdió toda esperanza de recobrar la grandeza de que la habían privado los artificios de su marido. Presentóse, pues, al rey magníficamente prendida, y encendió en el pecho de Edgar un vehemente amor hacia ella y un furioso deseo de venganza contra Atelwold; pero disimulando aquel estas dos pasiones, convidó a su antiguo privado a una cacería en los bosques, y matándole con sus propias manos, casóse poco tiempo después públicamente con Elfrida³⁰⁵.

No terminaremos la historia de este reinado sin referir dos circunstancias notables de que han hecho mención todos los historiadores. La reputación de Edgar atrajo a su corte un gran número de extranjeros, a quienes este príncipe, con su buena acogida y sus beneficios, obligó a fijarse en Inglaterra³⁰⁶ a donde se dice que llevaron todos los vicios de sus respectivos países, con lo que contribuyeron a corromper las sencillas costumbres de los naturales³⁰⁷; pero como esta sencillez de costumbres tan decantada, y con tan poca razón muchas veces no los preservaba de la perfidia y de la crueldad, que son los más grandes vicios y los más comunes en los pueblos incivilizados, acaso deben contarse entre los sucesos felices las relaciones que contrajeron con aquellos extranjeros, pues no podían menos de extender los conocimientos y las miras de los ingleses, y curarlos de las miserables preocupaciones, y aspereza de condición que suelen caracterizar a los isleños.

Otro suceso notable de aquel reinado fue la destrucción total de los lobos en Inglaterra, debida a la hábil policía de Edgar. Empezó este por dar una infatigable caza a aquellas voraces alimañas, y cuando conoció que se retiraban a los montes y a las selvas del país de Gales, convirtió el tributo de dinero impuesto a los príncipes galeses por Atelstan su predecesor³⁰⁸, en un feudo anual de trescientas cabezas de lobos, con lo cual inspiró tal ardor para destruirlos que pronto no volvió a verse uno solo en toda la isla.

Murió Edgar después de un reinado de diez y seis años, y a los treinta y tres de su edad.

305 W. Malmes, lib. II. cap. 8. Hoveden, pág. 426. Brompton, páginas 865, 866. Flor. Wigorn, pág. 666. Higden, pág. 268.

306 Crón. Saj., pág 116. H. Hunting, lib. V. pág. 556. Brompton . pág. 865.

307 W. Malmes, lib. II, cap. 8.

308 W. Malmes, lib. II. cap. 6. Brompton, pág. 858.

Sucedióle su hijo Eduardo, habido en su primer matrimonio con la hija del conde Ordmer.

Eduardo el Mártir—975.

No sin oposición y muchas dificultades subió al trono este príncipe, que sólo contaba quince años de edad cuando murió su padre. Elfrida, su madrastra, tenía un hijo de edad de siete años, llamado Etelredo, a quien intentó elevar al trono, alegando que el primer casamiento de Edgar ofrecía incontestables nulidades; y como había alcanzado mucho crédito en tiempo del difunto rey, había hallado medio de adquirirse partidarios que sostuvieron todas sus pretensiones: pero los derechos de Eduardo se apoyaban en varias circunstancias favorables para él. Primeramente, el testamento del rey su padre le llamaba al trono³⁰⁹; luego, y sobre todo, ya se acercaba a su mayor edad, y pronto podía tomar las riendas del gobierno. La principal nobleza, temiendo el imperioso carácter de Elfrida, receló que la elección de su hijo acrecentase la autoridad de esta princesa, aun dado que no pusiese en sus manos la regencia, que era lo mas probable, y como además Dunstan, a quien su reputación de santidad había granjeado un crédito absoluto sobre el ánimo del pueblo, se declaraba por Eduardo, sobre quien ya había adquirido sumo ascendiente³¹⁰, y estaba resuelto a ejecutar el testamento de Edgar en su favor, apresuróse aquel prelado para desbaratar las pretensiones contrarias, a consagrar y coronar al joven príncipe en Kingston, con lo que todo el reino se sometió a él sin más resistencia³¹¹.

Muy esencial era para Dunstan y para los frailes poner en el trono a un rey que fuese favorable a su causa, pues el clero secular conservaba todavía en Inglaterra numerosos partidarios, que deseaban que permaneciese en posesión de los convenios y de la autoridad eclesiástica. A la primera noticia de la muerte de Edgar, Alferé duque de Mercia, había expulsado a las nuevas órdenes monásticas de todos los conventos que había en su jurisdicción³¹²; pero Elfwin, duque de Estanglia, y Brithnot, duque de los sajones orientales o est-sajones, los protegían en sus territorios y se interesaban con empeño en hacer cumplir las leyes promulgadas en su favor. Para discutir estas desavenencias, convocaron varios sínodos que, según la usanza de aquellos tiempos, se componían en parte de nobles legos, y en parte de eclesiásticos, y en ellos perdió su causa el clero secular, no obstante, a lo que parece, los secretos deseos, sino la oposición decidida, de todos los grandes de la nación³¹³. Sin duda los frailes tuvieron mas destreza para forjar milagros en que apoyar sus razones, o acaso, habiendo tenido la fortuna de adquirir, con sus supuestas austeridades, una gran reputación de santidad, sus milagros hallaban más fácil crédito entre el vulgo.

Conociendo Dunstan en uno de aquellos sínodos que la pluralidad de los votos estaba contra él, se puso en pie y dijo descaradamente que en aquel mismo instante acababa de tener una revelación, y que el cielo fallaba en favor de los religiosos, prodigio que sobrecogió a la asamblea en términos que al punto cesó de deliberar, a lo que también contribuiría probablemente su miedo al populacho. En otro sínodo resonó de pronto una voz que salía de un crucifijo, y declaró que el establecimiento de los frailes estaba fundado en la voluntad del cielo, y que nadie podía sin impiedad oponerse a él³¹⁴; pero todavía fue más terrible el milagro que se efectuó en el tercero, pues de repente se hundió el piso de la sala en que estaba reunida la asamblea, y muchos individuos de ella resultaron heridos o muertos. Obsérvese que Dunstan había impedido al rey asistir al sínodo aquel día, y que la viga sobre que estribaba su propio sitio fue la única que no se rompió³¹⁵; pero

309 Hoveden. pág. 427. Eadmer, pág. 3.

310 Eadmer, ex edit. Seldeni. pág. 3.

311 W. Malmes, lib. II cap. 9. Hoveden, pág. 427. Osberne, pág. 113.

312 Crón. Saj., pág. 123. W. Malmes, lib. II. cap. 9. Hoveden, pág. 427. Brompton, pág. 870. Flor. Wigorn. pág. 607.

313 W. Malmes, lib. II. cap. 9.

314 W. Malmes, lib. II. cap. 9. Osberne, pág. 211. Gervase, pág. 1647. Brompton, pág. 870. Higden, pág. 269.

315 Crón. Saj. pág. 124. W. Malmes, lib. II. cap. 9. Hoveden, pág. 427. H. Hunting, lib. V. pág. 357. Gervase, pág. 1647. Brompton, pág. 870.

estas circunstancias, en vez de sugerir la idea de alguna superchería, se consideraron como la prueba mas insigne de la inmediata intervención de la Providencia en favor de aquellos favoritos del cielo.

No vivió Eduardo más que cuatro años después de su advenimiento a la corona, durante los cuales no ocurrió cosa alguna interesante para la historia; solo la muerte de aquel príncipe fue memorable y trágica³¹⁶. Conservaba Eduardo en su edad viril todo el candor de la niñez, y como sus intenciones eran siempre rectas y puras, no hallaba nunca en sí ningún motivo para desconfiar de los demás. A pesar de los obstáculos que había opuesto su madrastra Elfrida a sus derechos a la corona, y aunque, como queda dicho, había formado la reina viuda un partido en favor de su hijo, Eduardo tuvo siempre con ella gran consideración, y aun continuó dando a su hermano pruebas del más tierno cariño. Estando un día el rey cazando en la provincia de Dorsetshire, la casualidad le llevó junto a Corfe-Castle, donde residía Elfrida, con cuya ocasión fue a visitarla sin que le acompañase nadie de su comitiva, con lo que proporcionó a aquella princesa una ocasión que buscaba hacia mucho tiempo. Luego que el rey se despidió de ella y montó a caballo, pidió de beber, y mientras tenía la copa en los labios, acercóse a él un criado de la reina y le dio una cuchillada a traición. El rey, sintiéndose herido, metió espuelas a su caballo, mas, pronto con la pérdida de la sangre se desmayó, y dando consigo en tierra se le enredaron las piernas en los estribos, y en esta situación fue arrastrado hasta que espiró. Hallóse su cuerpo por el rastro de su sangre, y los criados de su casa le enterraron sin ceremonia en Wareham.

La juventud, la inocencia y el trágico fin de aquel monarca inspiraron al pueblo un interés tan vivo, que no tardó en acreditarse la opinión de que se hacían milagros en su sepultura; por lo que se le dio el dictado de Mártir, aunque no hubo para aquel asesinato ninguna causa de religión. Elfrida erigió muchos monasterios e hizo varias obras de penitencia para expiar su crimen, pero aquellos testimonios de hipocresía o de remordimiento jamás pudieron captarle el público aprecio, a pesar de lo fácil que era en aquel siglo de ignorancia alucinar al vulgo con actos de aparente contrición.

316 Crón. Saj. pág. 124.

III. De Etelredo a Harold

Etelredo—978.

A dos causas parecía debido el sosiego, de que por tanto tiempo habían dejado disfrutar los daneses a la Inglaterra, una los establecimientos que aquella nación de piratas se había proporcionado en el norte de Francia, donde empleaba las familias que sobraban en su país en poblar y defender aquellas nuevas posesiones, y otra, la energía y belicosa índole de una larga serie de príncipes ingleses, que pusieron al reino en estado de defensa por mar y por tierra, y previnieron o rechazaron todas las agresiones extranjeras; pero un nuevo enjambre de aquellos bárbaros, hijos de las regiones septentrionales, perdida ya la esperanza de subsistir en Normandía, pareció amenazar a Inglaterra. Previó ésta, con fundamento, que aquellos daneses extranjeros intentarían visitar una isla adonde debía llamarlos la memoria de sus antiguos triunfos, y donde sin duda contaban con el auxilio de sus compatriotas establecidos hacía mucho tiempo en aquel reino, pero poco unidos con los naturales del país y mal corregidos de sus primitivos hábitos de guerra y pillaje. Como el monarca reinante era menor de edad, y como tampoco después mostró bastante valor y capacidad para gobernar a sus propios vasallos, y menos todavía para rechazar a un enemigo formidable, sus pueblos tenían motivo para temer de tan peligrosa crisis las más terribles calamidades.

Antes de atreverse a invadir a mano armada la Inglaterra, hicieron en sus costas los daneses una rápida correría, para tatear el terreno: aportaron en siete naves a la playa de Southampton en 981, talaron la provincia y se retiraron impunemente, cargados de botín; seis años después hicieron una tentativa semejante por la parte del oeste, y con igual fortuna. Cuando vieron que el estado de las cosas era tan diferente de lo que habían creído, estimularon a sus compatriotas a reunir fuerzas más considerables, alentándolos con la esperanza de mayores triunfos. Desembarcaron en 991 en el país de Essex, bajo el mando de dos caudillos, y habiendo derrotado y muerto en Maldon a Brithnot, duque de aquella provincia, que, con un puñado de gente se había arrojado a atacarlos, talaron todas las provincias vecinas. Etelredo, a quien los historiadores dan el dictado de *Indolente* (Unready) en vez de excitar a los suyos a defender valerosamente su honra y haciendas, cedió a los consejos de Siricio, obispo de Canterbury, apoyados en los de la mayor parte de una nobleza degenerada, y negociando la retirada del enemigo, obtuvo mediante una suma de diez mil libras esterlinas, que saliese del reino. Este vergonzoso expediente tuvo el resultado que era de esperar; al año siguiente aparecieron de nuevo los daneses por las costas orientales, con la esperanza de subyugar a un pueblo que, en vez de recurrir a las armas, verdadero medio de ahuyentar al enemigo, se defendía con dinero, que era cabalmente lo que más debía atraerle; pero como durante aquel intervalo de tiempo hubiesen reconocido los ingleses su imprudencia, reunieron un gran consejo, y determinaron armar en Londres una escuadra capaz de presentar la batalla al enemigo³¹⁷. Inutilizó, empero, tan acertadas disposiciones, la traición de Alfrico, duque de Mercia, de quien hablan con horror los anales de aquel siglo, tanto deshonoraron su nombre sus repetidas perfidias y las calamidades que acarrearón a su desventurada patria. Había sucedido aquel prócer en 983 a su padre Alfero, en 983 a aquel importante gobierno, del que fue despojado dos años después y justamente desterrado del reino, bastando apenas todos sus manejos y todo el poder que se había adquirido, excesivo en verdad para un vasallo, a hacerle volver a su patria y a su empleo. Esta experiencia del crédito y de la mala voluntad de sus enemigos le hizo conocer que no debía contar para su seguridad, ni con sus

317 Crón. Saj., pág. 120.

servicios ni con el efecto de sus conciudadanos, sino con la lealtad y la sumisión de sus propios vasallos y con las calamidades públicas que, a cada nueva revuelta, harían necesario su auxilio; y firme en esta idea, tomó el partido de oponerse a cuanto pudiera consolidar la autoridad real, o hacer dependiente y precaria su propia situación. Como los ingleses habían formado el plan de envolver y destruir la escuadra danesa en el abra, previno en secreto a los piratas del riesgo que les amenazaba, y cuando con esta nueva dieron la vela, Alfrico, con la división naval que mandaba, desertó en la noche anterior al día en que debía darse la batalla, y desbarató de esta suerte todos los proyectos de sus compatriotas³¹⁸. Indignado Etelredo de tan gran perfidia, aseguróse de la persona de Alfgar, hijo de Alfrico, y le hizo sacar los ojos³¹⁹; pero era tal el ascendiente del duque que, a pesar de su traición y del furor que debía inspirarle la venganza que de ella había tomado el rey, tuvo éste que confiarle de nuevo el gobierno de Mercia. Esta conducta de la corte, tan cruel, tan débil y tan imprudente bajo todos conceptos, merecía y juntamente pronosticaba los terribles males que iban a desolar el estado.

Bien penetrados los pueblos del norte de que la Inglaterra estaba entonces sin defensa, hicieron una formidable incursión en 993 al mando de Sweyn, rey de Dinamarca, y de Olave, rey de Noruega: subieron el río Humber y entraron en el país a sangre y fuego. Saquearon a Gindesy y destruyeron totalmente a Banbury: todos los Northumbros, aunque daneses de origen la mayor parte, se vieron precisados a unirse a los vencedores o a sufrir los efectos de su tremenda saña. Reunió el rey un numeroso ejército para rechazar al enemigo, y hubo una acción general; pero los ingleses quedaron abandonados en medio de la batalla por sus tres capitanes Frena, Frithegisto y Godwin, oriundos los tres de Dinamarca, que, ya por cobardía, ya por traición, dieron a las tropas de su mando el ejemplo de una vergonzosa fuga.

Alentados por este triunfo y mas aun por el desprecio que les inspiraban tan flacos enemigos, osaron los piratas embestir el centro del reino. Entraron en el Támesis con noventa y cuatro naves, sitiaron a Londres y amenazaron a esta ciudad con una entera destrucción; pero alentados los vecinos en vista de tan inminente peligro y estrechamente unidos entre sí por el interés común, hicieron una resistencia más vigorosa de lo que, atendida la cobardía de la nobleza, debían esperar los daneses: en fin, después de haber sufrido mucho, tuvieron los sitiadores que renunciar a su empresa, pero en venganza talaron el país de Essex, de Sussex y de Hampshire donde se proveyeron de caballos que los pusieron en estado de penetrar en las provincias más centrales y de llevar a ellas el luto y la desolación. En este terrible trance, recurrieron Etelredo y la nobleza al primer expediente de que ya se había servido este príncipe, y enviando embajadores a los dos reyes del norte para prometerles víveres y un tributo, a condición de que suspenderían todas sus hostilidades, y evacuarían inmediatamente el reino, Sweyn y Olave consintieron en ello y sentaron pacíficamente sus reales en Southampton, donde se les pagó la suma de diez y seis mil libras esterlinas. Olave hizo a mayor abundamiento un viaje a Andover, donde residía Etelredo, y donde recibió la confirmación de mano de los obispos ingleses, así como varios ricos presentes del rey: allí fue donde prometió de nunca más volver como enemigo al reino de Inglaterra, y con efecto cumplió puntualmente su palabra. La iglesia romana honra su memoria bajo el nombre de San Olavo, y a pesar de la prevención bastante general contra la santidad de la mayor parte de los que fueron canonizados en aquellos tiempos de ignorancia, parece que aquel príncipe fue realmente hombre de mérito y virtud. Sweyn, menos escrupuloso que Olave, tuvo no obstante que retirarse con sus tropas, cuando se alejó su confederado.

Poco tiempo suspendió este convenio las miserias de los ingleses. Poco después (997) volvieron a asomar por el Severna los piratas daneses; después de haber talado el principado de Gales, el país de Cornualles y el de Devonshire, singlaron con rumbo a las costas meridionales, entraron en el Tamar y completaron la desolación de aquellas dos provincias: luego volvieron al canal de Bristol, y penetrando en el país por el Abon, se derramaron por las cercanías que asolaron

318 Crón. Saj. pág. 127. W. Malmes, pág. 62. Higden, pág. 270.

319 Crón. Saj. pág. 128. W. Malmes, pág. 62.

basta el Dorsetshire. Pronto mudaron el teatro de la guerra (998), y después de haber talado la isla de Wight, entraron en el Támesis, en el Medway y sitiaron a Rochester, donde derrotaron en batalla campal a los habitantes del país de Kent. Después de esta victoria, toda la provincia de Kent fue entrada a sangre y fuego con inaudito rigor, y toda ella no fue en breve más que una escena de escándalo y matanza. Tantas calamidades obligaron en fin a los ingleses a ocuparse en la defensa común por tierra y por mar, pero la debilidad del rey, las divisiones de los grandes, la perfidia de unos, la cobardía de otros, la falla de concierto entre todos ellos, hicieron infructuosas sus operaciones: sus escuadras y sus ejércitos o iban demasiado tarde a atacar al enemigo, o eran rechazados con ignominia, e igualmente arruinaban a los pueblos la resistencia y la sumisión. Incapaces en su degeneración, de prudencia y unanimidad en el consejo, de valor y de habilidad en la guerra, recurrieron los ingleses, al vergonzoso recurso cuya insuficiencia habían experimentado ya, y ofrecieron a los daneses comprar la paz; pero aquellos devastadores, alentados por la pusilanimidad de sus adversarios, les imponían continuamente condiciones cada vez más duras, y al fin elevaron su demanda hasta la suma de veinticuatro mil libras esterlinas, que los ingleses fueron bastante viles e imprudentes para darles³²⁰. Todavía les proporcionó la retirada de los daneses un reposo momentáneo, del que se dieron prisa a disfrutar, como si hubiera debido ser inalterable, sin hacer ningún preparativo para resistir más vigorosamente a la primera invasión que pudiera sobrevenir.

Amén de la suma que habían recibido, los daneses tenían otro motivo para abandonar la Inglaterra, a pesar de estar tan desangrada y enflaquecida, pues los llamaban a Normandía sus compatriotas, a quienes las armas de Roberto, rey de Francia, acosaban vivamente en aquella provincia, y que a duras penas lograban conservar el establecimiento que se habían formado en ella, tan útil para ellos y tan glorioso para su patria. Es verosímil también que Etelredo, observando la estrecha unión que subsistía entre todos los daneses, aunque habitasen países diferentes y viviesen bajo distintos gobiernos, deseó contratar alianza con aquellos temibles pueblos; por lo tanto, hallándose viudo a la sazón, pidió y obtuvo la mano de Erna, hermana de Rcardo II, duque de Normandía, que aquel mismo año (1001) fue llevada a Inglaterra donde se celebraron sus bodas con el rey³²¹.

Establecimiento de los normandos

Hacia fines del siglo nono y principios del décimo, el norte, no agotado todavía por aquella muchedumbre de familias, o más bien de naciones salidas sucesivamente de su seno, arrojó de sí una nueva nube, no ya de conquistadores, como antes, sino de piratas y devastadores que infestaban los países ocupados en otro tiempo por sus belicosos hijos. Entonces vivía Rollo, caudillo o *chieftain* de Dinamarca, cuyo valor y habilidad atrajeron en breve la atención de sus compatriotas, y que desde su juventud provocó los recelos del rey de Dinamarca, que le atacó en su estrecho pero independiente principado. Cansado de no conseguir apoderarse de él con la fuerza³²², recurrió en fin a la traición, y engañando a Rollo con una mentida paz, y cayendo de repente sobre él, cuando se creía más seguro, asesinó al hermano de aquel joven príncipe, igualmente que a sus más bizarros oficiales, y redujo a Rollo a buscar un refugio en Escandinavia: muchos antiguos vasallos de Rollo, unos por amor a su persona, otros cansados de la opresión del monarca danés fueron a reunirse con su señor en su retiro, se alistaron bajo sus estandartes, y le ofrecieron seguirle en todas sus empresas. En vez de intentar recobrar sus estados, que los daneses le hubieran disputado vigorosamente, Rollo proyectó una expedición mas fácil e importante, resolviendo a ejemplo de sus compatriotas, hacer fortuna saqueando las más ricas costas meridionales de Europa. Reunió un

320 Hoveden, pág. 429. Crón. Mailr. pág. 153.

321 H. Hunt., pág. 359. Higden, pág. 271.

322 Dudo, ex edit. Duchesne, pág. 70, 71. Gul Gemeticensis, lib. II., cap. 2, 3.

cuerpo de tropas, compuesto como los de todos aquellos aventureros, de noruegos, suecos, frisones, daneses y otros voluntarios de diferentes naciones, todos acostumbrados a una vida errante y sedientos de guerra y de pillaje. La fama de Rollo le atrajo aventureros de todas partes: una visión que supuso haber tenido en sueños y que, según su modo de interpretarla, le pronosticaba los mayores triunfos, fue un nuevo y poderoso incentivo de unirse a él para aquellos hombres ignorantes y supersticiosos³²³.

La primera tentativa de Rollo fue sobre Inglaterra, hacia fines del reinado de Alfredo, cuando este gran monarca, después de haber establecido a Gutrun y a su gente en Estanglia, y a algunos otros de aquellos piratas en el Northumberland, pacificó a su desolada patria y estableció entre los ingleses las mejores instituciones así militares como civiles. Considerando el prudente danés que había poco que esperar de semejante pueblo gobernado por tal príncipe, pronto enderezó sus miras hacia Francia, que le pareció no tan bien defendida contra sus empresas³²⁴, y cuyas provincias marítimas, así como lo interior, asoló durante los reinados del usurpador Eudo y del débil Carlos el Simple. La Francia, incapaz de resistir a un caudillo que unía al valor de sus compatriotas toda la política de las naciones más cultas, tuvo que recurrir al expediente empleado por Alfredo, es decir, que ofrecer un establecimiento a aquellos guerreros en alguna de las provincias despobladas por sus armas³²⁵.

La razón porque durante tantos años se habían conducido los daneses de un modo tan diferente del de los godos, vándalos, francos, borgoñones y lombardos, era la gran diferencia que había entre su método de hacer la guerra y el de aquellas diversas naciones, diferencia que su posición particular les obligaba a conservar necesariamente. Los otros pueblos, viviendo en el corazón del continente, hacían incursiones por tierra en el imperio romano, y cuando traspasaban sus fronteras, tenían que llevar consigo sus mujeres e hijos, a quienes no podían esperar volver a ver en breve, y que de otro modo no hubieran podido participar del pillaje, circunstancia que los obligaba a formarse habitaciones en las provincias que habían recorrido, y derramándose luego por toda la comarca, tenían interés en proteger las posesiones y la industria del pueblo que acababan de subyugar. Los daneses y los noruegos, por el contrario, por efecto de su situación marítima, y no pudiendo subsistir más que de la pesca en su inculto suelo, se habían dedicado a la navegación y, en sus excursiones militares, seguían el método empleado contra el imperio romano por los antiguos sajones; aportaban en pequeños cuerpos de ejército en sus naves, o más bien sus barcos, y después de haber talado las costas, volvíanse cargados de botín al seno de sus familias, de las que no se hubieran podido hacer acompañar cómodamente en sus aventuradas expediciones; pero cuando aumentaron sus armamentos, cuando hicieron correrías en el centro de las provincias y fueron bastante fuertes para vivir con seguridad aun en medio de los enemigos, embarcaron a sus mujeres y a sus hijos, y poco solícitos en volverse a su estéril patria, aprovecharon gustosos la ocasión de establecerse en los climas cálidos y fértiles campos del mediodía.

Tal era la posición de Rollo y de los suyos, cuando les propuso Carlos abandonarles una parte de la provincia antiguamente llamada Neustria, y de comprar la paz con ellos bajo esta rigurosa condición. Cuando todos los artículos del tratado quedaron ajustados, una sola circunstancia ofendió al altivo danés, que fue el exigírsele que rindiese pleito homenaje de aquella provincia a Carlos, en la humilde postura que imponía a los vasallos la ley feudal. Mucho tiempo resistió Rollo someterse a lo que consideraba como una bajeza, pero no queriendo perder una adquisición de aquella importancia por una mera ceremonia, sacrificó su orgullo a su interés y se reconoció en todas las formas vasallo del monarca francés³²⁶. Carlos dio en casamiento a Rollo a su hija Gisla, y para captársele más, le hizo donación de un territorio considerable, amén de lo que tenía que cederle en virtud del tratado, y como algunos señores de la corte de Francia dijese al conquistador danés que en reconocimiento de un presente tan magnífico era menester que se echase a los pies del rey para

323 Dudo, pág. 71. Gul Gemet. in epist. ad Gul Conq.

324 Gul Gemet. lib. II. cap. 6.

325 Dudo, pág. 82.

326 Ipod Neustria, pág. 417.

darle gracias, Rollo respondió, que primero rehusaría el presente, y no costó poco persuadirle que hiciese a uno de sus oficiales dar las gracias al rey en su nombre. El danés encargado de esta comisión, indignado de semejante orden y lleno de menosprecio hacia un príncipe tan poco guerrero, cogió el pie de Carlos como con intención de llegarle a sus labios para besarle, y tiró al suelo al monarca en presencia de todos sus cortesanos. Harto convencida la nación francesa de su debilidad actual, creyó deber disimular el resentimiento de aquel insulto³²⁷.

Viéndose ya en el otoño de su vida, cansado de guerras y de exterminio, dedicóse únicamente Rollo a formar con maduro consejo su establecimiento en el país que acababa de adquirir, y que luego recibió el nombre de Normandía. Dividióle entre sus capitanes y gente, siguiendo para aquel repartimiento los usos de la ley feudal, generalmente adoptados entonces en los países meridionales de Europa, y que convenían a las circunstancias particulares de aquellos tiempos. Trató Rollo a los franceses sometidos a su gobierno con tanta blandura como equidad, estableció las leyes y el buen orden en sus estados, y después de una vida pasada entre el estruendo, los estragos y los horrores de la guerra, murió tranquilamente, en una edad bastante avanzada, y dejó sus posesiones a su posteridad³²⁸.

Guillermo I, que le sucedió, gobernó el ducado veinticinco años: durante su administración, los normandos se mezclaron enteramente con los franceses, aprendieron su lengua, imitaron sus usos e hicieron tan rápidos progresos en la civilización que cuando murió Guillermo, su hijo Ricardo, aunque menor de edad³²⁹, le sucedió en el trono, prueba evidente de que los normandos empezaban a civilizarse, de que su gobierno estaba entonces consolidado con sus leyes y sus instituciones civiles, y de que su estabilidad no dependía enteramente de la habilidad del soberano. Después de un reinado de cincuenta y cuatro años, sucedió a Ricardo su hijo, que se llamó como él, y ciñó la corona en 996³³⁰, ochenta y cinco años después del primer establecimiento de los normandos en Francia: este duque de Normandía fue el que dio su hermana Erna en matrimonio a Etelredo, rey de Inglaterra, y formó desde entonces alianza con un país que su posteridad estaba destinada a conquistar en breve.

Los daneses estaban establecidos en Inglaterra mucho antes de estarlo en Francia, pero aunque la semejanza de su lengua con la de los sajones debía moverlos a estrechar sus relaciones con los naturales del país, habían hallado hasta entonces tan poca urbanidad en las costumbres inglesas, que nada habían perdido de su antigua ferocidad y solamente se gloriaban de su carácter nacional, es decir, del valor militar, contribuyendo a fomentar esta vanidad las antiguas y recientes proezas de sus compatriotas. Los príncipes ingleses, sobre todo Atelstan y Edgar, persuadidos de la superioridad de las tropas danesas, sostenían constantemente cuerpos de ellas que estaban acuartelados en los campos y molestaban a las poblaciones rurales, habiendo llegado a tal grado el lujo de aquellos mercenarios, que, según cuentan los antiguos historiadores ingleses³³¹, todos los días se pintaban el cabello, se bañaban una vez por semana y mudaban con frecuencia de vestidos, con cuyos afeminados aliños, unidos a su valor guerrero, es fama que se hicieron tan gratos al sexo hermoso que sedujeron a las mujeres y a las hijas de los ingleses, y deshonoraron a muchas familias; pero lo que todavía les enajenó más la voluntad de los moradores fue que en vez de defenderlos de las invasiones, siempre estaban prontos a unirse a los daneses extranjeros y a coadyuvar a las violencias y al pillaje de los bandoleros de su nación. Había subido de punto el odio encendido entre ingleses y daneses por estas repetidas ofensas, cuando Etelredo, siguiendo una política bastante familiar a los príncipes débiles, tomó la bárbara resolución de hacer sacrificar a cuantos daneses se hallaban en sus dominios³³² (1002), a cuyo fin dio órdenes secretas para que en todas partes se

327 Gul. Gemet, lib. II. cap 17.

328 Gul. Gemet. lib. II. Cap. 19, 21.

329 Order Vitalia, pág. 459. Gul. Gemet. lib. IV. cap. 1.

330 Order, Vitalis, pág. 459.

331 Wallingford, pág. 547.

332 Casi todos los historiadores antiguos hablan de esta matanza de los daneses, como si hubiera sido universal, y ni uno solo se hubiera escapado en toda Inglaterra; pero como eran casi los únicos moradores de los reinos de

ejecutase esta sangrienta medida el mismo día, y a este intento se eligió el de San Brice que caía en Domingo (13 de noviembre) día en que los daneses acostumbraban bañarse. Inútil es repetir los horribles pormenores de semejante carnicería, que nos han transmitido las crónicas: la rabia del populacho, exacerbada por las perfidias de los daneses, autorizada por la corte, e inflamada por el ejemplo, no distinguió al inocente del culpado, no perdonó al sexo ni a la edad y no pudo saciarse sino con los tormentos y la muerte de aquellas desventuradas víctimas: la misma Gunilda, hermana del rey de Dinamarca, que estaba casada con el conde Paling y era cristiana, fue presa por el consejo de Edrico, conde de Wilts, y condenada a muerte por Etelredo, después de haber visto degollar a su esposo y a sus hijos. La desgraciada princesa, en la agonía de la desesperación, predijo que su sangre, derramada con tanta crueldad, sería vengada con la total y cercana ruina de la nación inglesa.

Jamás se cumplió mejor profecía alguna, ni fue más funesta a sus autores una política bárbara. Sweyn y sus daneses que no aguardaban mas que un pretexto para invadir a Inglaterra, se presentaron a la altura de las costas occidentales, en 1003, y amenazaron tomar una completa vengaba de la matanza de sus compatriotas. Empezaron por apoderarse de Exeter, favorecidos por la negligencia o la traición del conde Hugo, señor normando, que por recomendación de la reina Erna había sido nombrado gobernador de aquella plaza, y ya estaban talando los vecinos campos, cuando los ingleses, previendo lo que tenían que temer de un enemigo feroz y ultrajado, tomaron las armas con más prontitud y en mayor número de lo que solían y se mostraron resueltos a oponer una vigorosa resistencia; pero inutilizó todos estos preparativos la perfidia del duque Alfrico a quien se había confiado el mando de las tropas, y que, fingiéndose enfermo, rehusó conducir el ejército contra los daneses, hasta que en fin, desanimado por el indigno comportamiento de su general, se dispersó aquel: poco después murió Alfrico, y Edrico, yerno del rey, y que tenía mucho crédito sobre el ánimo de este príncipe, pero más traidor todavía que Alfrico, le sucedió en el gobierno de la Mercia y en el mando del ejército inglés. Un hambre horrible, producida en parte por el abandono de la agricultura, y en parte por el rigor de la estación, acabó de poner el colmo a la miseria de los habitantes: el país, asolado por los daneses, agotado por las infructuosas expediciones de sus propias tropas, quedó reducido al estado más lastimoso, y por último en 1007 a la ignominia de comprar una paz momentánea pagando al enemigo la suma de 30.000 libras esterlinas.

Empleó el inglés aquel intervalo de respiro en hacer preparativos contra la vuelta de los daneses que con razón preveía no deber estar distante. Promulgóse una ley que obligaba a todos los propietarios de ocho *hydes* de tierra a equipar para el servicio un jinete completamente armado, y a todos los propietarios de trescientos diez *hydes* a armar un buque para la defensa de las costas. Cuando se reunió aquella armada, que constaba de cerca de ochocientas naves³³³, frustraron todas las esperanzas que se habían fundado en la utilidad de aquella disposición las facciones, odios y parcialidades de la nobleza. Edrico había excitado a su hermano Brightrico a acusar de traidor a Wolfnorth, gobernador de Sussex, y padre del famoso Godwin. Wolfnorth, convencido de la mala voluntad y del crédito de su acusador, no halló otro medio de atender a su seguridad que pasarse a la banda de los daneses con veinte naves. Persiguióle Brightrico con una escuadra de ochenta velas, pero la dispersó una tempestad que la encalló en la rosta, donde la embistió Wolfnorth, incendiando, echando a pique y destruyendo cuanto había escapado del rigor de la tempestad. La nulidad del rey era poco capaz de reparar aquel desastre; la perfidia de Edrico desbarataba todos los planes de

Northumberland y de Estanglia, y eran muy numerosos en la Mercia, esta catástrofe es de todo punto imposible; pues hubieran opuesto una gran resistencia, hubiera habido guerras, y nada de esto sucedió. La versión que damos, tomada de Willingford, aunque aislada, es la única que debe admitirse por veraz. Se dice que el nombre de Lurdane, es decir lord o señor danés, que se da a un vagamundo que vive a expensas de otro, se deriva de la conducta que habían observado los daneses a quienes se dio muerte; pero los príncipes ingleses habían ejercido el mando durante muchas generaciones, y no tenían sobre las armas más que un cuerpo de tropas de aquella nación; es pues, verosímil que sólo aquel cuerpo de tropas danesas fuese sacrificado.

333 Había en Inglaterra 243.600 *hydes*; por consiguiente las naves armadas debían ser 785. La caballería debía constar de 30.450 hombres.

defensa que podían formarse, y la escuadra inglesa sin concierto, desalentada y dispersa, tuvo al fin que volverse a sus diferentes puertos.

Casi imposible y cansado además, sería referir menudamente todas las calamidades que llovieron en lo sucesivo sobre los ingleses. La historia de aquellos desastrosos tiempos no presenta a nuestros ojos más que pueblos humeantes y saqueados, la asolación de los campos, las correrías de los daneses en todas las partes del reino, y su cruel actividad en entrar a sangre y fuego todos los rincones del territorio inglés que habían escapado de su primera furia. La misma narración interrumpida y cortada de los antiguos historiadores es una viva imagen de la naturaleza de aquella guerra: invasiones tan súbitas que hubieran puesto en peligro aun al estado mejor regido, y en el que todos los ramos de la administración se hubieran ayudado mutuamente para defenderle, fueron funestísimas para un reino donde reinaban solas la consternación, la desconfianza recíproca vía discordia. Los gobernadores de una provincia se negaban a acudir en auxilio de otra, y temblaban a su vez cuando tenían en fin que empuñar las armas para defender sus propios gobiernos. Congregábanse, es cierto, consejos generales, pero no se tomaba en ellos ninguna resolución, o no se ejecutaba ninguna de las que se tomaban: el único expediente para cuyo empleo todos los ingleses se hallaron unánimes fue el recurso, tan imprudente como vergonzoso, de comprar de nuevo la paz dando a los daneses la suma de 48.000 libras esterlinas.

Ni siquiera proporcionó a los ingleses este deshonesto tratado el intervalo de sosiego que de él se prometían. Hollando todos sus empeños, los daneses, en 1011, continuaron sus hostilidades, levantaron una nueva contribución de 8.000 libras esterlinas sobre el solo condado de Kent, degollaron al arzobispo de Canterbury, que se había negado a autorizar aquella exacción, y no dejaron más arbitrio a la nobleza inglesa que someterse al monarca danés, prestarle juramento de fidelidad, y darle rehenes en prenda de su obediencia. Etelredo igualmente aterrado de la insolencia del enemigo y de la traición de sus propios vasallos, huyó a Normandía (1013), adonde ya había enviado a la reina Ema y a sus dos hijos Alfredo y Eduardo. Ricardo recibió a sus infelices huéspedes con una generosidad que honra su memoria.

Seis semanas a lo más hacía que se hallaba Etelredo en Normandía (1014), cuando supo que Sweyn había muerto en Gainsborough, antes de haber tenido tiempo para consolidar su dominio en sus nuevos estados. Aprovecharon aquel suceso los prelados y la nobleza de Inglaterra para enviar una diputación a Normandía, convidando a Etelredo a volver a su reino, y manifestándole el deseo de someterse a las leyes de su legítimo soberano, como también la esperanza de que amestrado por la experiencia, evitaría en lo sucesivo los errores cuyas consecuencias habían sido tan terribles para él y para sus vasallos; pero no fue luego mejor la conducta de Etelredo, y después que volvió a tomar las riendas del gobierno, mostró la misma incapacidad, la misma indolencia, la misma cobardía y la misma credulidad que tantas veces le habían expuesto a los insultos de sus enemigos. Edrico, su yerno, a pesar de sus reiteradas traiciones, conservó todavía bastante crédito en la corte para hacer sospechosos al rey dos de los más grandes señores de la Mercia, Sigefert y Morcar, a quienes atrajo a su castillo, donde los hizo asesinar, infamia de que Etelredo pareció partícipe, confiscando sus bienes y encerrando en un convento a la viuda de Sigefert. Unía esta señora un mérito no común a una rara hermosura, y durante una visita que le hizo en su retiro el príncipe Edmundo, hijo primogénito del rey, enamoróse de ella tan perdidamente que la sacó del convento y poco después se casó con ella sin el consentimiento de su padre.

No hallaron los ingleses en Canuto, hijo y sucesor de Sweyn, un enemigo menos terrible que el príncipe cuya muerte acababa de volverles la libertad: taló la costa oriental con implacable furor, y desembarco en Sandwich a todos los ingleses que tenía en rehenes, después de haberles cortado las manos y las narices. Preciso por sus intereses a pasar a Dinamarca, pronto volvió a continuar sus correrías y saqueos por las costas del mediodía, y aun entró las provincias de Dorset, de Wilts y de Sommerset, donde estaba reunido un ejército contra él al mando del príncipe Edmundo y del duque Edrico, quien todavía perseveraba en sus culpables amaños, tanto que después de haber intentado vanamente apoderarse de la persona del príncipe, halló medio de dispersar el ejército, y se

pasó entonces abiertamente al partido de Canuto con cuarenta naves, en 1015.

No obstante este desgraciado suceso, no se desalentó Edmundo, y levantando nuevas fuerzas en Inglaterra, se puso en estado de dar una batalla al enemigo. Había tenido el rey tan frecuentes pruebas de la deslealtad de sus vasallos, que no se atrevía ya a depositar en ellos la menor confianza, y así se quedó en Londres, pretextando una enfermedad, pero realmente por temor de que intentasen comprar la paz entregándole al enemigo. Pidieron las tropas por aclamación que su soberano fuese a ponerse a su frente para marchar contra el danés, y fue tanto lo que las desanimó su negativa, que todos aquellos grandes preparativos fueron perdidos para la defensa del reino. Edmundo, privado de todo medio regular de hacer subsistir a sus soldados, se vio reducido a imitar los estragos ejercidos por los daneses: después de haber hecho algunas expediciones infructuosas al norte, que estaba enteramente sometido a Canuto, retiróse a Londres, determinado a lo menos a defender allí hasta el último trance las flacas reliquias de la libertad inglesa. Halló aquella ciudad toda conturbada con la muerte del rey, que acababa de espirar en 1016, después de un reinado de treinta y cinco años, tan vergonzoso como fatal. Dejó dos hijos de su primer matrimonio, Edmundo, que le sucedió, y Edwy, a quien Canuto quitó la vida años después: sus dos hijos del segundo matrimonio, Alfredo y Eduardo, fueron enviados por la reina Erna a Normandía, inmediatamente después de la muerte de Etelredo.

Edmundo Costilla-de-Hierro—1016

Este príncipe, apellidado a causa de su intrepidez, Costilla-de-Hierro, hubiera tenido bastante talento y valor para impedir que cayera su patria en el lamentable estado a que se veía reducida, pero carecía del necesario para sacarla de aquel abismo de miserias. Entre todos los infortunios que abrumaban a los ingleses, la enemistad y la perfidia que reinaban entre la nobleza y los prelados, no eran en verdad los menos peligrosos; y como Edmundo creyese que el mejor medio de cortar los progresos de aquellos funestos males era abrir la campaña cuanto antes, y ocupar su ejército contra el enemigo común, después de haber llevado lo mejor de una refriega en Gillingham, hizo sus preparativos para aventurar en una acción general la suerte de la corona, y en seguida presentó la batalla a los enemigos, mandados por Canuto y Edrico, en Scoerston, en el condado de Gloucester. Declaróse por él la fortuna al principio de la jornada; pero Edrico, habiendo cortado la cabeza a un tal Osmer, que se parecía a Edmundo, la clavó en la punta de una pica, la paseó en triunfo por las filas, y gritó a los ingleses que ya era tiempo para ellos de apelar a la fuga viendo la cabeza cortada de su soberano. Advirtió Edmundo la consternación que se difundía entre sus tropas, y aunque se quitó el yelmo para desengañarlos y pasó rápida revista a todo su ejército, lo único que pudieron producir su valor y su actividad fue dejar indecisa la victoria. Tomó entonces Edrico un camino más seguro para perder a aquel príncipe, que fue el de pasarse al ejército inglés, como arrepentido. Sabía Edmundo que aquel traidor era poderoso y gozaba de alto crédito en Inglaterra; no conocía probablemente a ningún otro grande del reino en quien pudiese tener más confianza, y se vio en la precisión, a pesar de las multiplicadas perfidias de Edrico, de darle un mando importante en su ejército. Poco después, hubo una segunda batalla en Assigton, en el condado de Essex: Edrico echó a huir desde el principio de la acción, y ocasionó la derrota total de los ingleses, y la mortandad de una gran parte de la nobleza. Todavía sin embargo halló recursos el infatigable Edmundo: reunió otro ejército en Gloucester, y aun se hallaba en situación de sostener la campaña y de disputar el terreno, cuando las noblezas inglesa y danesa, igualmente cansadas de aquellos disturbios, obligaron a sus reyes a hacer las paces y a repartir el reino entre sí mediante un tratado. Canuto se reservó la parte situada al norte, es decir, la Mercia, la Estanglia y el Northumberland, que ya había tenido en su poder; a Edmundo se le dejó la parte meridional, pero no sobrevivió más que cosa de un mes a esta transacción. Asesinaronle dos gentiles-hombres de su cámara, cómplices de Edrico, que de esta suerte allanó al danés Canuto la senda del trono de Inglaterra.

Canuto el Grande—1017

Los ingleses, incapaces de defender su patria y de conservar su independencia bajo el mando de un príncipe tan activo y valiente como Edmundo, no podían esperarse, después de su muerte, más que a sufrir el yugo de Canuto, que valiente y activo también, tenía la ventaja de hallarse al frente de un ejército formidable, y de que le favoreciese la circunstancia de ser menores de edad Edwin y Eduardo, los dos hijos del rey difunto; empero aquel conquistador, generalmente poco escrupuloso, afectó rebozar su usurpación con pretextos plausibles. Antes de apoderarse de la herencia de aquellos dos príncipes, convocó Canuto una asamblea general de los estados de Inglaterra, para disponer de la sucesión abierta, y habiendo sobornado a algunos próceres para que atestiguaran que se había convenido verbalmente en el tratado de Gloucester que, en caso de que muriese Edmundo, Canuto le sucedería en el trono, o sería tutor de sus hijos, pues en este punto están discordes los historiadores, aquel testimonio, sostenido con el temible poder del conquistador danés, determinó a los estados a poner a este inmediatamente en posesión de la corona. Inquieto mientras viviesen los jóvenes príncipes a quienes se la arrebató, pero convencido de que se haría odioso si los mandaba matar en Inglaterra, se los envió al rey de Suecia, su aliado, rogándole que le libertase de sus temores con su muerte apenas llegasen a sus estados. Demasiado humano el monarca sueco para prestarse a esta iniquidad, pero no queriendo desavenirse con Canuto, protegiendo a los dos príncipes proscritos, envióselos a Salomón, rey de Hungría, para que los criase en su corte. Edwin, el mayor de ellos, casó años después con la hermana de Salomón, y murió sin dejar posteridad. Eduardo, su hermano, obtuvo la mano de Agueda, hija del emperador Enrique II, y cuñada del rey de Suecia, siendo los frutos de aquella unión Edgar Aiheling, Margarita que luego fue reina de Escocia, y Cristina, que se retiró a una casa religiosa.

Aunque con su exaltación al trono de Inglaterra Canuto había llegado al colmo de su ambición, tuvo en los primeros tiempos que hacer, para mantenerse en él, grandes sacrificios, es decir, que distribuir a los principales de la nobleza gobiernos y empleos de la mayor importancia. Creó a Thurkill conde o duque de Estanglia, porque estos dos títulos venían a ser sinónimos entonces: a Irico dio el Northumberland, y a Edrico la Mercia; de modo que no se reservó más que la administración del Wessex, pero luego aprovechó la primera ocasión favorable que se presentó para despojar a Thurkill y a Irico de sus gobiernos, y los desterró del reino: también dio muerte a varios magnates ingleses cuya lealtad le era sospechosa y a quienes aborrecía por traidores con su legítimo soberano. El mismo Edrico, el traidor por excelencia, habiendo tenido la osadía de echar en cara a Canuto los servicios que le había hecho, fue condenado a muerte, ajusticiado, y su cadáver fue arrojado al Támesis, digna recompensa de sus multiplicados actos de perfidia y rebelión.

Viose también precisado Canuto, al principio de su reinado, a abrumar al pueblo de impuestos, para recompensar a los daneses que habían adherido a su causa, a cuyo fin echó de una vez una contribución de 72.000 libras esterlinas, amén de otra de 11.000 que recaudó en Londres solo. Sin duda entraba por algo en su severidad con este pueblo el motivo político de castigarle de su afecto a Edmundo, y de haber resistido a las armas de los daneses en dos obstinados sitios³³⁴; pero aquellos rigores se imputaron a la necesidad. Como prudente príncipe, Canuto conoció que el pueblo inglés, privado entonces de todos sus jefes temibles, se doblegaría sin dificultad bajo su yugo, si le hacían llevadero la justicia y la igualdad de su administración: licenció, y envió a Dinamarca todas las tropas de que pudo deshacerse sin inconveniente, de las que le habían seguido a la conquista; reunió una asamblea general de los estados del reino, en el que restableció las prácticas sajonas; no hizo ninguna diferencia entre los daneses y los ingleses para la distribución de la justicia, y puso su conato por medio de una exacta ejecución de las leyes, en proteger las vidas y las haciendas de todos sus pueblos. Poco a poco los daneses fueron mezclándose con sus nuevos vasallos, y todos se consideraron felices de poder respirar en paz, después de haber sufrido unos y

334 W. Malmes, pág. 72. En uno de aquellos sitios. Canuto torció la corriente del Támesis y llevó sus naves por este medio más allá del puente de Londres.

otros tantas calamidades disputándose el poder.

Nada era mejor, en opinión de Canuto, para la seguridad de su gobierno, después de la muerte de los hijos de Edmundo, que la residencia de aquellos en un país tan remoto como la Hungría, y ya no le quedaba ninguna inquietud más que con respecto a Alfredo y a Eduardo, a quienes amparaba y protegía su tío Ricardo, duque de Normandía, quien había preparado un grande armamento para intentar restablecer a los príncipes ingleses en el trono de sus antepasados. A pesar de que una tempestad dispersó su escuadra, Canuto conoció cuan funesta podía serle una enemistad con un pueblo tan belicoso como los normandos, y deseoso de captarse la amistad del duque, pidióle la mano de su hermana Erna, prometiendo que, si nacían hijos de aquel enlace, aseguraría en sus sienes la corona de Inglaterra. Aceptó Ricardo la proposición, y envió a Erna a aquel reino, donde se celebraron las bodas inmediatamente después de su llegada³³⁵; y aunque no les pareció bien a los ingleses que diese su mano al enemigo mortal de su primer marido, vieron con placer en la corte una reina a quien ya estaban acostumbrados y que los conocía, de modo que no solo se aseguró Canuto con aquel casamiento la alianza de la Normandía, mas también el afecto y confianza de su propio pueblo³³⁶. No sobrevivió mucho tiempo el duque a aquella unión, pasando su ducado a su hijo primogénito, del mismo nombre que él: murió este un año después que su padre, y le sucedió su hermano Roberto, hábil y valeroso príncipe.

Luego que Canuto hubo consolidado lo bastante su autoridad en Inglaterra para no temer nuevas revoluciones, hizo un viaje a Dinamarca con intención de rechazar los ataques del rey de Suecia. El conde Godwin, al frente de un considerable cuerpo de ingleses, siguió a su señor, y halló en aquella circunstancia ocasión de señalar su celo y su rapacidad, de modo que previno al rey en favor de la nación inglesa, se granjeó personalmente la amistad de aquel príncipe y empezó a echar los primeros cimientos de la inmensa grandeza de su casa. Hallábase apostado junto al campamento de los suecos, y habiendo observado un momento favorable para atacarlos, cayó sobre ellos de noche, los echó de sus trincheras, los puso en desorden, llevó adelante su embestida y alcanzó una victoria completa. A la mañana siguiente, Canuto, al ver el campamento de los ingleses donde no quedaba un soldado, tuvo por seguro que aquellas tropas, poco leales, habían pasado a la banda del enemigo, pero quedó agradablemente desengañado cuando supo que estaban empeñadas en persecución de los suecos vencidos, quedando tan satisfecho de aquel triunfo y del modo como se había conducido la acción, que dio su hija a Godwin en matrimonio, tuvo siempre en él la más entera confianza y le colmó de las más lisonjeras distinciones.

En otro viaje que Canuto hizo a Dinamarca en 1028, atacó el reino de Noruega, despojó de él al justo pero poco guerrero Olao, y conservó su posesión hasta la muerte de este príncipe. Elevado entonces por su valor y sus conquistas al más alto grado de poderío a que podía aspirar, sin guerras ni negocios que le ocupasen, conoció la vanidad de todas las grandezas humanas y cuan distantes están de poder satisfacer el alma: igualmente cansado, por decirlo así, de la gloria y de la agitación de su vida, empezó a pensar en aquella existencia futura hacia la cual se convierte naturalmente la atención del hombre, saciado de prosperidades o vencido por los reveses. Desgraciadamente el espíritu dominante del siglo dio una falsa dirección a la piedad de aquel príncipe, y en vez de expiar y remediar los actos de violencia de que tenía que acusarse, se entregó totalmente a aquellas prácticas exteriores de devoción que los frailes acreditaban como las más meritorias. Edificó iglesias, fundó monasterios, enriqueció a los eclesiásticos, asignó rentas a varias capillas en Assington y otros lugares, y mandó recitar preces en ellos por el descanso del alma de los que habían muerto peleando contra él, y aun emprendió una peregrinación a Roma, donde residió bastante tiempo. Obtuvo del Papa algunos privilegios para las escuelas inglesas establecidas en aquella capital, y rogó a todos los príncipes por cuyos estados pasó que renunciasen a los enormes impuestos y peajes que solían exigir a los peregrinos ingleses. Con estos actos de piedad, no menos que con su administración equitativa y verdaderamente sabia, granjeóse en gran parte los corazones

335 Crón. Saj. pág 151. W. Malmes, pág. 73.

336 W. Malmes, pág. 73. Higden, pág. 275.

de sus súbditos.

Canuto, el más grande y poderoso príncipe de su tiempo, rey de Dinamarca, de Noruega y de Inglaterra no podía dejar de obtener el tributo de adulación que pagan los cortesanos aun a los príncipes mas débiles y medianos. Ponderaba un día uno de aquellos aduladores la grandeza de este monarca, y en el ardor de su entusiasmo exclamó que nada le era imposible; es fama que Canuto, al oír esta atrevida hipérbole, se hizo llevar a la orilla del mar a la hora de la subida de la marea, y que cuando iban creciendo las olas, les mandó que se retirasen y obedeciesen a la voz del señor del Océano. Hizo luego como que aguardaba un rato aquella señal de su sumisión, y como las olas continuasen avanzando hacia él y aun empezasen a mojarle los pies, volvióse a sus cortesanos y les hizo observar que todas las criaturas del universo son débiles y dependientes, y que el supremo poderío reside en un solo Ser, que tiene en su mano a todos los elementos, que puede decir al Océano *de ahí no pasarás*, y que con un simple movimiento de cabeza sepulta en el polvo los más soberbios monumentos del orgullo y de la ambición de los hombres.

La única cosa memorable que hizo Canuto después de su regreso de Roma fue una expedición contra Malcolm, rey de Escocia. Bajo el reinado de Etelredo se había echado un impuesto de un chelín por *hyde* sobre todas las tierras de Inglaterra, y se llamaba aquel impuesto comúnmente *danegelt*. porque su producto se empleaba en proporcionarse a peso de oro la paz con los daneses, o a hacer preparativos para rechazar sus invasiones. Quiso aquel rey que las tierras de Cumberland, que eran de escoceses, pagasen la misma contribución; pero Malcolm, príncipe belicoso, respondió que como sus propias fuerzas le bastaban siempre para rechazar a los daneses, no quería ni comprar la paz de sus enemigos ni pagar a otros para resistirles. Ofendido Etelredo de esta respuesta, que era una reconvención indirecta de su conducta, entró a mano armada en el Cumberland, pero en vano taló los campos de esta provincia, pues no fue por ello Malcolm mas dócil ni más complaciente. Canuto, a poco de su advenimiento al trono, intimó al rey de Escocia que se reconociese vasallo de la corona de Inglaterra por su señorío sobre el Cumberland; Malcolm se negó a este acto de sumisión, so pretexto de que no se le debía más que a los príncipes que heredaban la corona de aquel reino por derecho de la sangre, y como Canuto no llevase a bien este insulto, pronto echó de ver el rey de Escocia que no estaba ya el cetro en las débiles manos del irresoluto Etelredo. Apenas se presentó Canuto en las fronteras al frente de un ejército formidable, Malcolm convino en que Duncan, su nieto y su heredero, a quien puso en posesión del Cumberland, daría homenaje al rey, y que los soberanos de Escocia se reconocerían siempre vasallos de la Inglaterra por aquella provincia³³⁷.

Después de esta expedición pasó Canuto cuatro años en paz, y murió en Shaftesbury³³⁸ dejando tres hijos, Sweyn, Harold y Hardicanuto. Sweyn, a quien tuvo de su primer casamiento con Alfwen, hija del conde de Hampshire, fue coronado rey de Noruega; Hardicanuto, hijo de Erna, recibió en herencia la Dinamarca, y Harold, habido también en Alfwen, fue rey de Inglaterra.

Harold Pie-de-liebre—1035

En el tratado hecho con Ricardo, duque de Normandía, Canuto estipuló que los hijos de Erna sucederían a la corona de Inglaterra, pero este príncipe se creyó libre de su empeño con la muerte de Ricardo, o temió que fuese peligroso dejar un reino recién conquistado y mal seguro en manos de un príncipe tan mozo como Hardicanuto, por lo cual, en su testamento nombró por su sucesor a Harold. No sólo tenía este príncipe la ventaja de hallarse en el país, mas también le favorecían todos los daneses, y estaba además en posesión de los tesoros de su padre, que podían serle muy útiles, si llegaba el caso de tener que emplear la fuerza o el ardid para consolidarse en el trono; por otra parte, Hardicanuto contaba a su favor los sufragios de los ingleses que, porque había nacido en medio de

337 W. Malmes, pág. 74.

338 Crón. Saj. pág. 154. W. Malmes, pág. 76.

ellos, le miraban como a un compatriota; los artículos del tratado hecho con el duque de Normandía le favorecían también, y sobre todo, había abrazado su causa el conde Godwin, el señor más poderoso del reino, particularmente en la provincia de Wessex, la principal residencia de los antiguos ingleses. Anunciaba, pues, la faz de las cosas una guerra civil, cuando la nobleza adicta a los dos competidores empleó su mediación para conciliarlos, y se convino en que Harold tendría por suyas la ciudad de Londres y todas las provincias simadas al norte del Támesis, y que Hardicanuto poseería la parte meridional. Erna fijó su residencia en Winchester, y se encargó de la administración de los estados de su hijo hasta que pudiese éste pasar a gobernarlos por sí mismo.

Murió en esto el duque Roberto de Normandía, durante una peregrinación que hizo a la Tierra Santa. Sucedióle su hijo menor de edad, y hallándose entonces los dos príncipes ingleses, Alfredo y Eduardo, sin apoyo en la corte del nuevo soberano, aprovecharon con júbilo la ocasión de ir acompañados de un numeroso séquito, a ver a la reina Erna, su madre, que se hallaba al parecer en una situación tan próspera en Winchester, pero de repente se anubló aquella risueña perspectiva. El conde Godwin estaba del todo sobornado por los artificios de Harold, que le había hecho esperar que se casaría con su hija, y mientras todavía estaba secreto este tratado, ambos tiranos fraguaron traidoramente la ruina de los dos príncipes ingleses. Harold convidó a Alfredo, con las más tiernas demostraciones de cariño, a ir a Londres, pero apenas llegó a Guilford, los vasallos de Godwin se precipitaron de improviso sobre los hombres de su comitiva, mataron sobre seiscientos de ellos del modo más cruel, le hicieron prisionero, le sacaron los ojos, y lo llevaron al monasterio de Ely, donde murió poco después³³⁹. Noticiosos Eduardo y Erna de la suerte de aquel desgraciado príncipe, presagio de la que a ellos les aguardaba, huyeron, el primero a Normandía, y la reina a Flandes; entonces, Harold, logrado el objeto de su sanguinaria política, se apoderó sin resistencia de los estados de su hermano.

Tal fue la única cosa memorable que hizo aquel príncipe durante un reinado de cuatro años: este rasgo de su odioso carácter y su rara velocidad en la carrera, que le valió el dictado de *Pie-de-liebre*, son las únicas circunstancias que conocemos de él. Murió el día 14 de abril de 1039, poco estimado de sus vasallos, y dejando la sucesión abierta a su hermano Hardicanuto.

Hardicanuto—1039

Hardicanuto o Canuto el Atrevido, o más bien el Robusto, pues principalmente se le conoce por sus extraordinarias fuerzas físicas, no había abandonado sus derechos hereditarios, aunque su larga residencia en Dinamarca le había privado de su parte en la división del reino, y ya desde antes de la muerte de Harold, estaba resuelto a recobrar con las armas lo que había perdido o por su propia indolencia o por la fatalidad de las cosas. Acababa de armar una escuadra de sesenta velas, so pretexto de ir a Flandes a visitar a la reina viuda, y se preparaba a hacer una incursión en Inglaterra cuando supo la muerte de su hermano, noticia que le determinó a pasar sin demora a Londres, donde fue recibido en triunfo y aclamado rey sin oposición.

El primer uso que hizo Hardicanuto de su autoridad, dio a los ingleses un triste presagio de su conducta futura. Profundamente irritado contra Harold por haber disfrutado de la parte que hubiera debido tocarle en la sucesión de Canuto, y por haber hecho asesinar a su hermano Alfredo, devorado por el impotente deseo de vengarse de un muerto, hizo desenterrar y arrojar al Támesis el cadáver de Harold, que unos pescadores se encontraron y enterraron en Londres; súpolo el rey y de nuevo le hizo desenterrar y tirar al río, pero de nuevo también le cogieron unos pescadores. y entonces se le enterró con el mayor sigilo. Godwin, servil e insolente cortesano, consintió en ser el instrumento de su señor en esta acción desnaturalizada y brutal.

339 H. Hunt. pág. 365. Ipod. Neustria, pág. 434. Hoveden. pág. 438. Crón. Mailr. pág. 156. Higden, pág. 277. Crón. S. Petri de Burgo, pág. 39. Simeón Dunelin, pág. 179. Abbas Rieval, pág. 366-374. Brompton, pág. 935. Gul Gemet lib. VII. cap. 11.

No ignoraba aquel magnate que se le sospechaba generalmente de haber sido cómplice de la muerte de Alfredo, y que este crimen le hacia odioso al rey, y acaso creyó que afectando aquella especie de encono contra Harold, se disculparía de haber sido su consejero y su confidente; pero Eduardo, convidado por Hardicanuto, su hermano por parte de madre, a pasar a la corte de Inglaterra, se declaró, inmediatamente después de su llegada, acusador de Godwin, y pidió justicia del asesinato de Alfredo. Intentó el acusado aplacar al rey, dándole una magnífica galera con popa dorada, y montada por ochenta remeros, cada uno de los cuales llevaba en el brazo derecho una manija de oro de seis onzas de peso, y estaba vestido y armado del modo más suntuoso; y con efecto, deslumbrado Hardicanuto por tan soberbia dádiva, pronto olvidó el asesinato de su hermano y sobre la mera afirmación de Godwin, le declaró inocente de aquel crimen.

Aunque antes de su advenimiento al trono, deseaban los ingleses ver senado en él a Hardicanuto, pronto su mala conducta le enajenó el amor de sus vasallos; pero lo que más los irritó contra él fue el haber renovado la contribución del *danegelt* y obligado a la nación a pagar una suma considerable para el sostén de la escuadra que había llevado a aquel príncipe de Dinamarca a Londres. En todas partes dieron los descontentos rienda suelta a sus murmullos; en Worcester se sublevó el populacho y asesinó a dos de los recaudadores. Furioso el rey en vista de tanta resistencia, juró destruir aquella ciudad, y mandó por lo tanto a tres grandes del reino, Godwin, duque de Wessex, Siward, duque de Northumberland, y Leofrico, duque de Mercia, que ejecutasen sus amenazas con todo rigor, quienes tuvieron que prender fuego a la ciudad proscrita y entregarla al pillaje de los soldados, pero salvaron la vida a los habitantes, a quienes confinaron en una isleta del Severna, llamada Bevery, hasta que su intercesión pudo aplacar el enojo del rey.

Poco duró aquel violento gobierno. Después de un reinado de dos años, Hardicanuto murió en las bodas de un prócer danés que había querido honrar con su presencia. Su habitual destemplanza era tan conocida que, a pesar de la robusta constitución de aquel monarca, no causó a sus vasallos más sorpresa que dolor su repentina muerte.

Eduardo el Confesor—1041

La muerte de Hardicanuto ofrecía a los ingleses la más favorable conyuntura para recobrar su libertad y sacudir el yugo danés, bajo el cual gemían hacía tantos años. Sweyn, rey de Noruega, hijo primogénito de Canuto, estaba ausente, y como los dos últimos reyes no habían dejado sucesión, no se presentaba ningún pretendiente de su linaje a la corona a quien pudiesen apoyar los daneses. Por fortuna el príncipe Eduardo se hallaba en la corte cuando murió su hermano, y aunque los descendientes de Edmundo Costilla-de-Hierro eran los verdaderos herederos de la casa sajona, su residencia en un país tan distante como la Hungría era para un pueblo como el inglés, poco acostumbrado a respetar el orden de sucesión en la elección de sus reyes, suficiente motivo para excluirlos del trono. Toda dilación, empero, podía ser peligrosa, y era esencial aprovechar el momento en que los daneses, consternados, inquietos por su propia seguridad, sin jefes y sin tiempo para ponerse de acuerdo, no se atreverían seguramente a contrarrestar el grito unánime de la nación.

Pero esta singular reunión de circunstancias, tan favorable a Eduardo, podía malograrse si Godwin se empeñaba en ello. El crédito, las alianzas, la habilidad de aquel magnate le habían valido en todos tiempos una influencia considerable en los negocios públicos, y aquella influencia debía ser mayor en momentos de crisis, siempre inseparables de una revolución, y en que la hora oportuna de levantar el grito, aprovechada o desatendida, es tan decisiva. Todas estas consideraciones tenían a los ánimos indecisos acerca de la conducta que seguiría Godwin, y sobre este punto iguales eran los temores y las esperanzas; por una parte, donde cabalmente tenía aquel magnate más crédito y autoridad era en el Wessex, provincia casi enteramente poblada de ingleses, por lo que era de presumir que coadyuvaría al deseo de este pueblo restableciendo en el trono la casa sajona y humillando al danés, cuya opresión era tan inminente para él personalmente como para los ingleses;

por otra, todavía duraba un odio declarado entre Eduardo y Edwin, con motivo del asesinato de Alfredo, de que el príncipe había acusado a aquel públicamente, ofensa tan grave que no parecía que pudiese, a pesar de todos los servicios siguientes admitir un perdón sincero; pero sus amigos comunes interpusieron su mediación, les hicieron presente la necesidad de reconciliarse, y los obligaron a prescindir de toda desconfianza y rencor para volver de consuno la libertad a su patria: Godwin exigió solamente, en prenda de la sinceridad del rey, que prometiese casarse con su hija Editha. Luego que con este enlace se desvanecieron sus temores, convocó el consejo general de la nación en Gillingham, y tomó todas las medidas necesarias para asegurar a Eduardo la sucesión a la corona. Los ingleses se declaraban unánimemente y con entusiasmo en su favor, y los daneses por el contrario estaban divididos y desalentados; después de algunas ligeras oposiciones que se suscitaron en la asamblea, y a que apenas se dio oídos, Eduardo fue coronado rey con las más vivas demostraciones de amor y respeto.

Manifestóse el triunfo del partido inglés, en el momento de primer hervor, con algunos insultos y violencias contra los daneses, mas pronto el nuevo rey se captó el afecto de estos con la blandura de su condición, y poco a poco desaparecieron todas las distinciones entre ambos pueblos. Mezcláronse estos en la mayor parte de las provincias; hablaban casi la misma lengua; sus costumbres y leyes eran las mismas; las disensiones intestinas en que ardía la Dinamarca imposibilitaban a esta potencia de hacer tentativa ninguna que pudiese despertar el odio nacional, y como poco después los normandos redujeron bajo el mismo yugo a los daneses y a los ingleses, la historia no vuelve a hacer mención de ninguna desavenencia entre ellos. Tanta impresión hizo, sin embargo, en el inglés su presente emancipación del cetro extranjero, que se instituyó una fiesta anual para celebrar aquel gran suceso, y todavía en tiempo de Spelman se celebraba aquella institución en algunas provincias³⁴⁰.

No bastó a entibiar el amor del pueblo, que había colocado a Eduardo en el trono, el primer acto de su administración, que fue retirar en beneficio propio todos los donativos que habían hecho sus sucesores inmediatos, empresa cuyas consecuencias son generalmente muy peligrosas. La notoria pobreza de la corona convenció a la nación de que aquel acto de violencia era absolutamente necesario; además, como la pérdida recaía principalmente sobre los daneses, que habían obtenido importantes concesiones de los monarcas precedentes, sus compatriotas, en recompensa de haberlos ayudado a subyugar el reino, los ingleses vieron con alegría a sus tiranos reducidos a su primera miseria. La severidad de Eduardo con su propia madre, aunque rigurosa a los ojos de algunos, tampoco fue generalmente desaprobada: hasta entonces había vivido en relaciones bastantes frías con aquella princesa, a quien acusaba, con razón, de haberlos desatendido, a él y a su hermano, en su adversidad³⁴¹, conociendo además que las altas prendas de Canuto, y su buen proceder con la reina, la habían hecho olvidar del todo lo que debía a la memoria de Etelredo, por lo que evidentemente había siempre dado la preferencia a sus hijos habidos en segundas nupcias y en particular a su querido Hardicanuto. Las mismas razones habían sin duda hecho impopular a aquella princesa en Inglaterra, y aunque sus beneficios a los frailes los habían apegado a sus intereses, la masa de la nación vio con placer a Eduardo despojarla de los inmensos tesoros que había allegado, como también que la confinara en un monasterio, en Winchester, por lo restante de su vida; pero aquí pararon sus rigores con ella. La fábula de su complicidad en el asesinato de su hijo Alfredo, de que se cuenta que la acusó Eduardo; la de su trata criminal con el obispo de Winchester, y en fin la prueba de andar descalza sobre nueve rejas de arado incandescentes, que se dice que hizo sin quemarse, para su justificación, son invenciones de los frailes historiadores que difundió y acreditó la necia afición de la posteridad a todo lo maravilloso³⁴².

Los ingleses se habían lisonjeado con la esperanza de que el advenimiento de Eduardo al trono los libertaría para siempre del yugo extranjero, pero pronto vieron que todavía no debían

340 Spel. Glossary, in verbo Hocday.

341 Anglia Sacra, vol. I, pág. 237.

342 Higden p. 277.

considerarse a cubierto de esta desgracia. El rey, criado en Normandía, había formado íntimas relaciones con algunos normandos, al paso que había contraído la afición y el hábito de sus costumbres³⁴³, con lo que en breve la corte de Inglaterra se vio llena de aquellos extranjeros: el favor de Eduardo, y su superioridad real sobre los ingleses de entonces en punto a ilustración y cultura, los hicieron notables y pusieron al uso, su lengua, sus hábitos y sus leyes. El estudio de la lengua francesa se hizo general en Inglaterra: los cortesanos afectaban imitar las usanzas de aquella nación, en sus trajes, arreos y diversiones; los mismos abogados no hablaban ni escribían más que en francés³⁴⁴, y sobre todo la iglesia experimentó el influjo de aquellos extranjeros. Ulf, y Guillermo, normandos ambos, antiguos capellanes de Eduardo, fueron nombrados para los obispados de Dorchester y de Londres; Roberto, normando también, ocupó la silla de Canterbury³⁴⁵, y conservó siempre la más alta privanza con su señor, privanza de que en efecto le hacía digno su mérito. Si la prudencia del rey y la necesidad de conservar su autoridad le hacían dar casi todos los empleos civiles y militares a ingleses, desquitábase de esta sujeción dando a los normandos todas las dignidades eclesiásticas, y como los últimos poseían su confianza, tenían secretamente la mayor parte en los negocios públicos y excitaban las envidias de los ingleses, sobre todo la del conde Godwin³⁴⁶.

No sólo era éste poderoso magnate duque o conde de Wessex, mas reunía a su gobierno las provincias de Kent y de Sussex. Su hijo primogénito, Sweyn, gozaba de la misma autoridad en las provincias de Oxford, Berks, Gloucester y Hereford; su hijo segundo, Harold, era duque de Estanglia y Gobernador de Essex; inmensas riquezas e ilustres alianzas sostenían el exorbitante poder de aquella casa, y el talento y la ambición de Godwin contribuían a hacer más peligroso todavía aquel poder. Difícil le hubiera sido a príncipe de genio más grande y firme que el de Eduardo, conservar en su posición, la dignidad de la corona; Godwin, arrebatado por un carácter imperioso, olvidaba con frecuencia el respeto debido a su soberano, cuya animosidad contra un vasallo tan altanero se fundaba en consideraciones personales no menos que políticas, y sobre recientes y antiguas injurias. En cumplimiento de su empeño, el rey se había casado con Editha, hija de Godwin³⁴⁷, pero aquella alianza entre ellos era un nuevo origen de enemistades, pues Eduardo extendió a la hija el odio que profesaba al padre, y a pesar de su hermosura y de su buen carácter, jamás pudo aquella princesa captarse la confianza y el cariño de su marido; hasta se dice que, durante toda su vida, se abstuvo con ella de los privilegios del matrimonio. La absurda admiración que se tenía entonces a la castidad valió a la de Eduardo enfáticos elogios de los frailes que escribían la historia; y no contribuyó poco esta particularidad de su conducta a granjearle los títulos de Santo y de Confesor³⁴⁸.

El pretexto mas popular en que pudo fundar Godwin su resentimiento contra el rey fue la influencia de los normandos en los negocios públicos, y sus quejas sobre este punto encendieron un odio declarado entre él y los favoritos de Eduardo. Pronto su mutua animosidad pasó a más que a simples declamaciones; habiendo ido Eustaquio, conde de Boulogne, a visitar al rey, pasó por Duvres (Dover) a su vuelta; un hombre de su comitiva fue al alojamiento que se le había señalado, y como no quisieran recibirle en él, intentó penetrar por fuerza, y en la pelea hirió al amo de la casa. Vengáronse de aquella violencia los habitantes con la muerte del extranjero; el conde y sus gentes tomaron las armas y mataron al vecino herido; tomó cuerpo el tumulto, y viniendo a las manos ambos bandos, murieron por cada parte cerca de veinte personas, y Eustaquio, incapaz de resistir a tantos enemigos, se vio precisado a huir para libentar su vida del furor del populacho; pero torciendo camino, fue a pedir a Eduardo justicia del insulto que había recibido. Entró el rey con calor en su querrela, y se mostró indignado de que un extranjero de tanta distinción, a quien había convidado a

343 Ingulf pág. 62.

344 Id.

345 Crón. Saj. pág. 161.

346 W. Malmes, pág. 80.

347 Crón. Saj. pág. 157.

348 W. Malmes. pág. 80. Higden, pág. 277. Abbas Rieval pág. 366, 367. Anglia Sacra, tomo I. pág. 241.

ir a su corte, se hubiese visto expuesto, sin ninguna causa legítima, a lo que creía, a la insolencia y a la animosidad de su pueblo, por lo tanto dio orden a Godwin de trasladarse inmediatamente a Duvres, plaza comprendida en la extensión de su gobierno, y de castigar a los habitantes de aquella ciudad; pero Godwin, más atento a exacerbar que a reprimir la animosidad popular contra los normandos, se negó a obedecer, y achacó toda la culpa de la refriega al conde de Boulogne y a su comitiva³⁴⁹. Eduardo, herido tan en lo vivo, conoció la necesidad de ejercer la autoridad real y amenazó a Godwin, si persistía en su desobediencia, con hacerle experimentar los más terribles efectos de su cólera.

Viendo el conde que era inevitable un rompimiento, y muy contento de entrar en una demanda en la que estaba seguro de que le sostendrían sus compatriotas, hizo preparativos para defenderse, o más bien para atacar a Eduardo, a cuyo fin reunió secretamente un numeroso ejército, so pretexto de remediar algunos desórdenes en la frontera del país de Gales, y se acercó a Gloucester³⁵⁰, donde residía el rey sin tropas para la seguridad de su persona y sin desconfianza alguna. Recurrió entonces aquel príncipe a Siwardo, duque de Northumberland, y a Leofrico, duque de Mercia, dos poderosos señores, a quienes la envidia a la elevación de Godwin, no menos que su obligación, impulsaba a defender a su soberano en aquel crítico momento. Acudieron, pues prontamente a su lado con todos los vasallos suyos que pudieron reunir a la ligera; pero hallando mayor todavía el peligro de lo que habían previsto, mandaron pasar revista a todas sus fuerzas militares que podían hallarse en sus gobiernos y llevarlas sin demora en auxilio de la autoridad real. Eduardo entretanto procuró ganar tiempo entablando negociaciones de paz: Godwin persuadido de que le tenía en su poder, y queriendo salvar las apariencias, cayó en la red, de modo que por no conocer que ya se había adelantado demasiado para volverse atrás, perdió la ocasión oportuna de hacerse dueño del gobierno.

Aunque los ingleses no tenían una alta opinión del talento y de la entereza del rey, apreciaban en él su humanidad, su justicia, su devoción y la sangre de sus antiguos señores naturales, de quienes descendía; así fue que de todas partes acudieron en gran número a libertarle del peligro que le amenazaba. Como su ejército era entonces formidable, resolvióse a salir a campaña, y marchando a Londres, convocó el gran consejo de la nación para juzgar la rebelión de Godwin y de sus hijos. Aseguraron estos al principio que aguardarían su sentencia con intrepidez, pero habiendo intentado en vano determinar a sus parciales a perseverar en su rebelión, ofrecieron comparecer en Londres, con tal que se les diesen rehenes en prenda de su seguridad, y como esta proposición no fuese admitida, tuvieron que licenciar el resto de sus tropas y apelar a la fuga. Balduino, conde de Flandes, recibió en sus estados a Godwin y a sus tres hijos, Gurth, Sweyn y Tosti, el último de los cuales estaba casado con la hija de aquel príncipe; Harold y Leofwin, otros dos hijos de Godwin, se refugiaron en Irlanda, y los bienes de todos ellos fueron confiscados: sus gobiernos se dieron a otros; la reina Editha fue encerrada en un monasterio, en Warewel, y el esplendor de aquella casa, antes tan poderosa, pareció entonces amenazado de una total ruina.

Godwin, empero, la había edificado sobre una base harto sólida y bien apuntalada con útiles alianzas, tanto fuera como dentro del reino, para que no ocasionase su desgracia nuevos disturbios, y para no hacer nuevos esfuerzos a fin de obtener su restablecimiento. Permitióle el conde de Flandes en 1052, comprar y alquilar naves de sus puertos, que Godwin armó con su gente y con voluntarios de varias naciones, y dando la vela, intentó hacer una embestida en Sandwich. Noticioso el rey de aquellos preparativos, equipó una escuadra considerable y superior con mucho a la del enemigo, pero antes de que le diera alcance, el conde se retiró a los puertos de Flandes³⁵¹. Tranquilizada con su fuga la corte de Inglaterra, y desprovista de vigor en los consejos, dejó desertar a sus marineros, a punto de que en breve su escuadra quedó en la imposibilidad de emprender cosa alguna³⁵², mientras que Godwin, que contaba con ello, conservaba la suya en pie de

349 Crón. Saj. pág. 163. W. Malmes, pág. 81. Higden. pág. 279.

350 Crón. Saj. pág. 165. W. Malmes, pág. 81.

351 Simeon Dunelm, pág. 186.

352 Crón. Saj. pág. 166.

guerra. Dio de nuevo la vela con rumbo a la isla de Wight, donde se le agregó Harold, con una escuadra que había reunido en Irlanda, y entonces Godwin, dueño del mar, entró todos los puertos de la costa meridional, se apoderó de cuantas naves halló en ellos³⁵³ e intimó a los partidarios que tenía en aquellas provincias, sometidas en otro tiempo a su gobierno, la orden de sublevarse en su favor para que pudiera hacerse justicia a sí, a su familia y a su patria de la tiranía de los extranjeros. Reforzado con la muchedumbre de los que de todas partes acudieron a engrosar sus filas, entro en el Támesis, se presentó delante de Londres y puso a la ciudad en gran desorden y consternación. Solo el rey parecía resuelto a hacer cara al rebelde, pero los grandes, muchos de los cuales favorecían las pretensiones de Godwin, instaron a Eduardo a aceptar sus proposiciones de paz: la fingida sumisión del Conde, que negaba toda intención de emplear la fuerza contra su soberano, y que no pedía más que justificarse en pleno tribunal, allanó los medios de hacerse escuchar y recibir más fácilmente. Convínose, pues, en que daría rehenes en prenda de su buen comportamiento en lo sucesivo, y que el primado y todos los extranjeros saldrían del reino. Evitóse con este tratado la guerra civil, pero menoscabó mucho, o por mejor decir, aniquiló la autoridad real. Eduardo, harto convencido de que ya no era bastante poderoso para guardar con seguridad en Inglaterra los rehenes de Godwin, se los envió al joven duque de Normandía, su pariente.

La repentina muerte de Godwin, ocurrida poco después, hallándose a la mesa con el rey, le impidió llevar más adelante la excesiva autoridad que había usurpado, y reducir a Eduardo a una dependencia todavía más dura³⁵⁴. El gobierno de Wessex, Sussex, Kent y Essex, como también el cargo de mayordomo mayor de la casa del rey, cargo a que estaban anexas grandes prerrogativas, pasaron a su hijo Harold, tan ambicioso como él, pero más mañoso, más sagaz y en suma más virtuoso: su modesta y cuerda conducta le granjeó el afecto de Eduardo, o a lo menos entibió el odio que por mucho tiempo había abrigado el rey contra su familia³⁵⁵; y adquiriéndose Harold cada día nuevos partidarios con su desprendimiento y su afabilidad, llegó en silencio, pero, por lo mismo, de un modo más peligroso, a aumentar su crédito en el estado. El rey, que no tenía bastante energía para oponerse directamente a los progresos de aquel hábil cortesano, no discurrió otro medio para cortarlos sino el más arriesgado de todos, cual fue el de oponer un rival a Harold, que eligió en la casa de Leofrico, duque de Mercia, cuyo hijo Algar tenía el gobierno de la Estanglia, que Harold había regido antes de su desgracia. Esta política de contrapesar un partido con otro produce siempre facciones y aun bandos civiles entre grandes señores tan poderosos en un país; además, exigía una mano más firme que la de Eduardo para conservar el equilibrio. Pronto el crédito y los manejos de Harold despojaron a Algar de su gobierno, pero la protección de Grilfitho, príncipe de Gales, que estaba casado con su hija, unida al apoyo de su padre Leofrico, le hizo recobrar el gobierno de Estanglia, y obligó a Harold a reconciliarse con él. No duró mucho sin embargo aquella paz: Harold, aprovechándose de la muerte de Leofrico, ocurrida poco después, desposeyó de nuevo a Algar del mando y le obligó a salir del reino. Hizo el fugitivo una irrupción en la Estanglia, al frente de un ejército de noruegos, y taló el país; pero su muerte, poco posterior a aquella expedición, libertó a Harold de tan temible rival. Verdad es que Eduardo, hijo primogénito de Algar, sucedió a éste en el ducado de Mercia; la balanza que el rey había querido mantener fielmente entre aquellas dos poderosas casas se inclinó mucho del lado de Harold, dejando a éste sin competidor ninguno que temer.

Todavía ensanchó más el campo de su ambición la muerte de Siwardo, duque de Northumberland, en 1055, quien entre otros muchos gloriosos timbres de su vida, había ganado suma gloria en Inglaterra dirigiendo la única guerra extranjera que hubo bajo el reinado de Eduardo.

353 Crón. Saj. pág. 166.

354 El ingenioso autor del artículo «Godwin» en la *Biografía Británica*, ha procurado rehabilitar la memoria de aquel magnate, suponiendo que todos los anales ingleses fueron falsificados por los historiadores normandos después de la conquista; pero esta suposición es muy infundada, porque en efecto, casi todos estos historiadores han dado un bello y noble carácter a su hijo Harold a quien los normandos estaban mucho más interesados en pintar con negros colores.

355 Brompton, pág. 948.

Duncan, rey de Escocia, príncipe de suave condición, no tenía el vigor que hubiera sido necesario para gobernar un pueblo tan turbulento y dividido por las parcialidades y odios de los grandes: Macbeth, hombre poderoso en el estado y emparentado de cerca con el rey, poco contento con haber humillado la autoridad real, tuvo aun la criminal osadía de dar muerte a su soberano, de echar de Inglaterra a Malcolm Kenmore, hijo y heredero de aquel, y de usurpar la corona. Siwardo, cuya hija estaba casada con Duncan, protegió, por orden de Eduardo, a los tristes restos de la familia real de Escocia, donde penetró al frente de un ejército, derrotó y mató a Macbeth en batalla campal, y restableció a Malcolm en el trono de sus mayores³⁵⁶. Este servicio, unido a sus primeras relaciones de parentesco con la familia real de Escocia, aumentó su crédito en el norte, pero como perdió a Osborne, su hijo primogénito, en la acción contra Macbeth, la gloria que ganó en ella le costó más adelante la grandeza de su casa, pues a su muerte, Waltheof, su hijo segundo, le pareció al rey demasiado mozo para que se le confiase el gobierno de Northumberland, y el afortunado Harold lo obtuvo para su hermano Tosli.

Dos particularidades se cuentan de la vida de Siwardo que prueban hasta qué punto era honrado y de carácter verdaderamente marcial. Cuando le anunciaron la muerte de su hijo Osborne, estuvo inconsolable hasta que supo que la herida que había recibido estaba en el pecho y que se había comportado con suma bizarría en la acción. Cuando conoció que se acercaba su hora postrera, mandó a sus criados que le vistiesen con su armadura, hecho lo cual, se estuvo sentado en su cama, con la espada en la mano, declarando que aguardarla a la muerte con paciencia en aquella postura, la única digna de un guerrero.

Rendido por los afanes del gobierno y por sus achaques, conoció Eduardo que se acercaba el fin de su vida, y como no tenía hijos, creyó conveniente pensar en arreglar la sucesión de la corona, a cuyo fin envió a Hungría a llamar a Eduardo, hijo de su hermano mayor, y el único heredero de la casa sajona. Pasó en efecto a Inglaterra aquel príncipe, cuyos derechos hereditarios eran incontestables, con sus hijos Edgar, por sobrenombre Atheling, Margarita y Cristina, pero su muerte, que sobrevino poco después, puso al rey en nuevas confusiones, previendo que, como Harold, a quien su desmedida ambición y gran poderío habían sugerido el proyecto de subir al trono apenas quedase vacante, Edgar, mozo y sin experiencia, no podría resistir a un competidor tan osado y tan querido del pueblo. El odio que por tanto tiempo había abrigado el rey contra Godwin no le predisponía en verdad a coronar al hijo de aquel rebelde, y causábale, además, suma repugnancia acrecentar la grandeza de una familia que se había elevado, sobre las ruinas de la autoridad real, y que tanto había contribuido, con el asesinato del príncipe Alfredo, su hermano, a debilitar la casa Sajona. En medio de este conflicto, puso Eduardo secretamente sus miras en Guillermo, duque de Normandía, su pariente, como en el único hombre cuyo valimiento, reputación y habilidad podían sostener las disposiciones que él tuviese por conveniente tomar, con exclusión de Harold y de su casa³⁵⁷.

Aquel famoso príncipe, hijo natural de Roberto, duque de Normandía, y de Harlotta, hija de un curtidor de Falaise³⁵⁸, llegó, siendo aun muy mozo, a un grado de elevación de que parecía apartarle para siempre su bastardo nacimiento. Aun no tenía nueve años, cuando su padre resolvió emprender una peregrinación a Jerusalén, acto de devoción al uso, que había reemplazado recientemente las peregrinaciones a Roma, y que, como ocasionaban más fatigas y peligros que el de Italia, y conducía a la fuente primera del cristianismo, parecía también más santo y meritorio. Antes de su partida, reunió el duque Roberto los estados de su ducado, y les notificó su intento, pidiéndoles que prestasen juramento de fidelidad a Guillermo, su hijo natural, a quien en caso de muerte durante su peregrinación, y no teniendo hijos legítimos, quería asegurar la sucesión a la corona³⁵⁹. Era aquel príncipe harto prudente para no prever que la índole naturalmente turbulenta de la nobleza normanda, las pretensiones de las otras ramas de la familia ducal, y el poder del monarca

356 W. Malmes, pág. 79. Hoveden, pág.445. Crón. Mailr. pág. 158. Buchaman, pág. 115. Edic. 1715.

357 Ingulf, pág. 68.

358 Brompton, pág. 910.

359 W. Malmes, pág. 95.

francés suscitarían graves inconvenientes a aquella peregrinación y a la elección de semejante sucesor, pero su celo atropello por todas estas consideraciones³⁶⁰, y aun tal vez, cuanto mas conocía su importancia, tanto más se complacía en sacrificarlas, a lo que miraba como un deber de religión.

Murió Roberto con efecto en su peregrinación, como había temido, y durante la menor edad de su hijo hubo las revueltas y los disturbios inevitables en una posición como la suya, llegando el mal a punto que los grandes, libres del freno de la autoridad soberana, animados unos contra otros de todo el furor de las facciones y de los odios personales, hicieron de la Normandía un horrible teatro de mortandad y de desolación³⁶¹. Roger, conde de Toni, y Alain, conde de Bretaña pretendieron tener derechos a aquel ducado; Enrique I, rey de Francia, juzgó también oportuna aquella ocasión para cercenar el poderío de un vasallo cuyo establecimiento había sido en su origen obra de la fuerza, y que por mucho tiempo había sido temible a su soberano³⁶². Mucho afán le costó a la regencia establecida por Roberto sostener el gobierno contra aquellos diferentes y poderosos embates, y cuando el joven príncipe llegó a su mayor edad, hallóse reducido a un estado lastimoso; pero el superior talento que desplegó en breve para la guerra y para el consejo, alentó a sus parciales y llenó de terror a sus contrarios. Hizo cara personalmente por todas partes a las rebeliones de sus súbditos y a las invasiones extranjeras, de que le hicieron triunfar igualmente su prudencia y su denuedo: obligó al rey de Francia a darle la paz bajo condiciones muy razonables, separó a todos sus competidores a la soberanía y redujo a su deber a todos los barones normandos y les obligó a suspender los efectos de sus mutuos rencores. La natural severidad de su condición se desplegó en su modo riguroso de administrar la justicia, y luego que experimentó los saludables efectos de aquel plan de gobierno, sin el cual, en aquellos tiempos, eran de todo punto impotentes las mejores leyes, adoptó por máxima favorita que una conduela inflexible es el principal deber de un soberano.

La paz que Guillermo restableció en sus estados le dejó bastante holgura para ir a visitar al rey de Inglaterra durante los tiempos del destierro de Godwin; la acogida que recibió fue proporcionada a la gran reputación que se había adquirido, al grado de parentesco que le unía con Eduardo y a los favores que este monarca debía a la familia ducal de Normandía³⁶³. Después de la vuelta de Godwin y de la expulsión de los normandos, favoritos del rey, Roberto, arzobispo de Canterbury, antes de salir del reino, había sugerido a Eduardo la idea de adoptar a Guillermo por su sucesor, proyecto favorecido por la aversión del rey a Godwin, por su afición a los normandos y su aprecio a la persona del duque. Recibió, pues, aquel prelado el encargo de prevenirle de las intenciones que tenía el rey en su favor, y fue el primero que abrió a la imaginación de aquel príncipe aquel vasto campo de ambición³⁶⁴; pero Eduardo, irresoluto y flojo en sus designios, creyendo que los ingleses se adherirían más fácilmente al restablecimiento de la rama sajona que estaba en Hungría, había, entretanto, invitado a los hijos de su hermano a pasar a Inglaterra, para ser reconocidos por él herederos de su trono. La muerte de su sobrino, la inexperiencia y las disposiciones poco brillantes del joven Edgar, le hicieron en breve volver a su primer pensamiento favorable al duque de Normandía; pero su pusilanimidad natural le hizo no solo diferir la ejecución de este intento, mas también recatarle de todos sus ministros.

Mientras de esta suerte se ocupaba en su proyecto misteriosamente, Harold empezaba a obrar más a las claras, echaba el resto de sus afanes por asegurarse el favor del pueblo, consolidaba su crédito, y se abría la senda del trono que pronto iba a desocupar un anciano agobiado por sus achaques; pero todavía quedaba un obstáculo que le importaba mucho remover ante todas cosas. Cuando el conde Godwin fue restablecido en sus bienes, empleos y dignidades, dio rehenes en prendas de su buen comportamiento en lo sucesivo, y entre otros, uno de sus hijos y uno de sus nietos que Eduardo hacía guardar en Normandía. Aunque Harold ignoraba que el duque era su competidor al trono, veía con inquietud a dos parientes suyos tan cercanos prisioneros en una corte

360 Ipod. Neustria, pág. 452.

361 W. Malmes, pág. 95. Gul. Gemet, lib. 7. cap. 1.

362 W. Malmes, pág. 97.

363 Hoveden, pág. 442. Ingulf. pág. 63. Crón. Mailr. pág. 157. Higden, pág. 279.

364 Ingulf. pág. 68. Order Vitalis, pág. 492.

extranjera, temiendo que Guillermo los retuviese, en favor de Edgar, como un freno a la ambición de los que aspirasen a la corona. Hizo, pues, Harold valer a los ojos de Eduardo su sincera sumisión e incontestable fidelidad; representóle la poca necesidad que había, después de tan larga y constante prueba, de retener aun rehenes exigidos en los primeros momentos de la pacificación de las disensiones civiles; y al fin, sostenidas estas sollicitaciones con el gran crédito de aquel magnate en Inglaterra, arrancaron el consentimiento del rey para que se pusiese en libertad al hijo y al nieto de Godwin. Apenas obtuvo Harold esta merced, embarcóse para Normandía, donde Guy, conde de Ponthieu, noticioso de su naufragio y de su calidad, le retuvo prisionero y pidió una suma exorbitante por su rescate. Harold halló medio de enterar al duque de Normandía de su mal trance, añadiendo que cuando estaba en camino para pasar a su corte, encargado de una comisión del rey de Inglaterra, la codicia del conde de Ponthieu le imponía el más duro tratamiento.

Mucha importancia dio Guillermo a aquel suceso, y supuso que, si una vez podía ganar a Harold con promesas o con amenazas, ningún tropiezo encontraría en la senda del trono de Inglaterra, ni tendría ya Eduardo dificultad en dar cumplimiento a sus intenciones favorables para él. Envió por lo tanto un embajador a Guy para pedirle la libertad del prisionero, y no atreviéndose aquel príncipe a chocar con el poderoso duque, entregó a Harold en manos del enviado normando, que le llevó a Rouen, donde le recibió Guillermo con las mayores muestras de consideración y amistad. Después de habersele mostrado muy dispuesto a devolverle los rehenes, buscó la ocasión de confiarle el gran secreto de sus miras, sobre la corona de Inglaterra, y del testamento que Eduardo se proponía hacer en su favor: pidió a Harold que le ayudase en aquel negocio, le reiteró las protestas de la más viva gratitud si quería prestarse a ello, y le insinuó que una casa cuya grandeza era difícil de sostener teniendo por enemigo al rey, podía esperarlo todo de un nuevo soberano que le debiese el trono. Asombrado quedó Harold de la declaración del duque; pero conoció que jamás recobraría su libertad, y que menos aun obtendría la de su hermano y su sobrino, si negaba su cooperación a Guillermo, y por lo tanto, aparentó entrar en sus miras, desistió de toda pretensión personal al trono, y prometió fomentar con el celo más sincero las disposiciones de Eduardo, y apoyar todos los pasos del duque de Normandía. Para más asegurarse la lealtad de Harold, no solo le ofreció Guillermo su hija en matrimonio, mas exigió de él que sellase sus promesas con un juramento y para que este fuera más imponente, usó de un artificio digno de la ignorancia y de la superstición de aquel siglo, cual fue hacer esconder secretamente debajo del altar las reliquias de algunos mártires, y luego que Harold pronunció su juramento, Guillermo le enseñó aquellas reliquias, y le instó a ser fiel a un empeño ratificado por tan tremenda sanción³⁶⁵. Sobrecogido quedó al principio el magnate inglés, pero disimulando su turbación, reiteró todas sus promesas y se volvió a su país después de haber dado al duque y recibido de él las mayores pruebas de confianza y concordia.

Luego que Harold se vio libre, la ambición, hábil casuista, justificó a sus ojos el intento de violar un juramento arrancado por el temor, y cuya ejecución acarrearía tal vez la sumisión de su patria a una potencia extranjera. Prosiguió, pues, captándose por todos los medios posibles el amor del pueblo, aumentando el número de sus partidarios, familiarizando a los ingleses con la idea de verle suceder a la corona, atizando su animosidad contra los normandos y haciendo afectado alarde de su crédito y de su poder, siguió disuadiendo al pusilánime Eduardo de realizar sus intenciones en favor de Guillermo. En este estado se hallaban las cosas, cuando proporcionó a Harold su buena estrella dos incidentes que le granjearon el aplauso unánime y acrecentaron la reputación de virtud y habilidad que se había adquirido.

Aunque menos formidables enemigos que los daneses, los galeses estaban, hacía mucho tiempo, acostumbrados a infestar las fronteras occidentales, de donde, después de haber talado el llano, retirábanse comúnmente a sus montañas, a cubierto de todo alcance, y a la primera ocasión favorable volvían a emprender sus correrías. Griffitho, que los gobernaba entonces, se había señalado en aquellas incursiones, y su nombre era tan terrible para los ingleses, que nada más grato

365 Wace, pág. 459, 460. M. S. penes cart, pág. 354. W. Malmes, pág. 93.

al pueblo y glorioso para sí podía hacer Harold que debelar a tan peligroso enemigo, por lo cual formó el plan de una expedición contra los galeses, preparó alguna infantería ligera para perseguirlos en sus refugios, alguna caballería para barrer el llano, y una escuadra para atacar sus costas marítimas. Empleó al mismo tiempo todas estas fuerzas contra ellos, aprovechóse vigorosamente de sus menores ventajas, no dejó a aquellos pueblos un momento de respiro, y los redujo en fin a tal trance que, para evitar su total exterminio, sacrificaron a su príncipe, le degollaron, enviaron su cabeza a Harold, y se sometieron a dos señores galeses que nombró Eduardo para que los gobernara. No hizo menos honor a Harold el otro incidente.

Tosti, su hermano mayor, había sido creado duque de Northumberland, pero arrebatado por su violenta y tiránica condición, trató a los northumbros con tanta crueldad que se sublevaron contra él y le arrojaron de su gobierno. Morcar y Edwin, dos hermanos muy poderosos en el condado, y nietos del famoso duque Leolrico, entraron en aquella rebelión, y habiendo sido elegido duque Morcar, marchó con un ejército contra Harold, a quien el rey había mandado reducir y castigar a los northumbros. Antes de empezar la batalla, Morcar, conociendo la generosidad del caudillo inglés, intentó justificar su conducta; hízole presente la de Tosti como tan indigna de su calidad, que ni aun un hermano podía tolerarla sin echarse encima una parte del odio que con razón excitaba aquella; añadió que los northumbros, acostumbrados a una administración legal, y considerándola como uno de sus derechos naturales, deseaban someterse al rey, pero pedían un gobernador que tomase en cuenta sus privilegios, que habían aprendido de sus antepasados a preferir la muerte a la servidumbre, y que habían empuñado las armas resueltos a morir antes que soportar de nuevo los horrores que por tanto tiempo habían sufrido, y en fin que esperaban que Harold, después de haberlo pensado bien, no protegería en otro una conducta bárbara tan contraria a la que él mismo había usado en su propio gobierno. Apoyó Morcar esta firme representación con tanta copia de iniquidades bien probadas, que Harold tuvo a punto de honra abandonar los intereses de su hermano; fue a noticiar a Eduardo lo que pasaba, y le persuadió que-perdonase a los northumbrios y confirmase la elección de Morcar para el cargo de gobernador; casóse además Harold con la hermana de aquel prócer³⁶⁶ y proporcionó con su influjo el gobierno de Mercia a Edwin. Tosti, furioso de su caída, abandonó el reino y se refugió en Flandes, al lado de su suegro el conde Balduino.

Casándose con la hermana de Morcar, rompía Harold todo miramiento con el duque de Normandía, y le probaba suficientemente que ya no debía contar con el juramento que le había arrancado, pero el magnate inglés se hallaba ya en situación de no necesitar andarse con más disimulos. La conducta que acababa de observar con los northumbros era un modelo de moderación que le aseguraba el amor de sus conciudadanos, y viendo que casi toda la Inglaterra estaba en sus intereses, pues él poseía el gobierno de Wessex, Morcar el de Northumberland, y Edwin el de Mercia aspiró sin rebozo a la corona, y sostuvo que, pues que de común acuerdo era preciso destronar al imbécil Edgar, el único heredero de la sangre real, nadie era tan capaz de regir el estado como hombre de una casa ilustre y poderosa, de edad madura, y amaestrado por una larga experiencia, de un valor a toda prueba, de una habilidad reconocida, y que, nacido en el reino, sabría preservarle de la tiranía de los extranjeros. Abrumado bajo el peso de los años y de los achaques, no pudo Eduardo luchar contra tan arduas circunstancias; pero aunque inveterados rencores le impedían favorecer las miras de Harold, no dio más que débiles e irresolutos pasos para asegurar la sucesión al duque de Normandía³⁶⁷. Mientras titubeaba el rey en medio de estas

366 Order Vitalis. pág. 492.

367 La historia entera de las transacciones entre Eduardo, Harold y el duque de Normandía varía tanto en las relaciones de los escritores antiguos, que pocos puntos hay más oscuros en la historia de Inglaterra: yo he seguido la relación que me parece más lógica y probable. No lo es que Eduardo hiciese nunca un testamento a favor del duque, y menos aun que los estados del reino ratificasen este acto como quieren algunos autores, pues todos hubieran tenido noticia de aquel testamento, y el conquistador le hubiera presentado como un derecho plausible y real; pero el tono ambiguo con que parece que siempre habló Guillermo de aquel título, prueba que no podía alegar más que las conocidas intenciones del rey a su favor, intenciones que a él le convenía llamar su testamento.

indecisiones., sorprendióle la enfermedad que dio término a su vida en 5 de enero de 1066, a los sesenta y cinco de su edad y veinticinco de su reinado.

Este príncipe, a quien los frailes han dado el título de santo y de confesor, fue el último de la línea sajona que reinó en Inglaterra: su reinado fue próspero y pacífico, pero debióse menos aquella prosperidad al talento del rey que a las circunstancias de la época. Los daneses, ocupados en otras partes, no hicieron en Inglaterra ninguna de aquellas incursiones que tanto habían dado en qué entender a todos sus predecesores, y tan fatales habían sido para algunos de ellos. La flojedad de su carácter dejó a Godwin y a su hijo Harold empuñar las riendas del gobierno, y aquellos dos hábiles y poderosos políticos conservaron la paz y la tranquilidad intestinas mientras estuvieron al frente del gobierno. Lo más digno de elogio que hay en el gobierno de Eduardo es la particular atención que dio a la administración de la justicia, para cuyo efecto compiló un código que sacó de las leyes de Etelberto, Ina y Alfredo. Esta compilación, que se ha perdido (pues las leyes que pasan por de Eduardo, le son posteriores)³⁶⁸, fue por mucho tiempo estimadísima entre los ingleses.

Eduardo el Confesor fue el primero que se atribuyó el don de curar, tocándolos, los lamparones o el mal del rey, superstición que fácilmente cundió a favor de la opinión que tenía el pueblo de la santidad de aquel monarca. Miraron luego sus sucesores como parte de su grandeza y poderío atribuirse la misma milagrosa propiedad, y hasta nuestros tiempos ha durado esa confianza en el vulgo. La casa actualmente reinante ha renunciado por último a tan extravagante pretensión.

Harold—1066

Tan hábilmente había tomado Harold sus medidas antes de la muerte del rey, que inmediatamente (enero 1066) ascendió al trono vacante, y su advenimiento ocasionó tan pocas revueltas como si hubiera sucedido a Eduardo en virtud del más incontestable derecho hereditario. Los ciudadanos de Londres eran sus más celosos partidarios; los obispos y el clero habían abrazado su causa, y toda la alta nobleza unida a él con vínculos de alianza o amistad, apoyó su elevación: apenas se tomaron en cuenta los derechos de Edgar Ateling, y menos aun, las pretensiones del duque de Normandía. Reunió Harold sus parciales, y recibió de sus manos la corona, sin curarse de someter la cuestión a la libre deliberación de los estados generales³⁶⁹; y si a algunos dejó descontentos aquella elección, tuvieron que ocultar sus sentimientos, y el nuevo soberano tomó el silencio general por un consentimiento tácito, fundando también sus derechos sobre los supuestos sufragios del pueblo que parecían unánimes. Al día siguiente, pues, de la muerte de Eduardo fue coronado y ungido por Aldredo, arzobispo de York, y toda la nación se mostró contenta de su advenimiento al trono.

Hay en electo una carta de Guillermo, conservada por el Dr. Hickeys, tomo 1.º, en la que se llama a sí mismo *rex haereditarius*, lo que significaba heredero en virtud de testamento; pero un príncipe tan poderoso y triunfante puede alegar cuantas pretensiones quiera. Para refutarlas, basta observar que hay una gran diversidad de pareceres en los historiadores sobre un punto en que todos deberían estar acordes, si fuera real.

Algunos historiadores, y en particular Malmesbury y Mateo de Westminster dicen que Harold no tenía ninguna intención de pasar a Normandía, pero que paseándose en barco por la costa por vía de recreo, una tempestad le arrojó a las tierras de Guy, conde de Ponthieu; pero además de que esta anécdota es de suyo inverosímil, y de que la contradicen casi todos los autores antiguos, la refuta un monumento muy curioso y muy auténtico descubierto recientemente. Es este una tapicería conservada en el palacio ducal de Rouen, que se supone haber sido hecha por orden de Matilde, esposa del duque: a lo menos es muy antigua, y representa a Harold, como despidiéndose del rey Eduardo, para ir a cumplir alguna comisión y embarcándose en un buque con un numeroso séquito. El designio de libertar a su hermano y a su sobrino, retenidos en rehenes, es el motivo más probable que puede darse a aquella partida, y que le dan en efecto Eadmer, Hoveden, Brompton y Simeon Durham. Hállase una descripción mas extensa de aquella tapicería en la historia de la academia de literatura, tomo IX, pág. 535.

368 Spel. in verbo *Belliva*.

369 Gul. Pict. pág. 196. Ipod. Neustria. pág. 436. Order vitalis, pág. 492. Mal. West. pág. 221. W. Malmes, pág. 93. H. Hunting, pág. 210. Algunos historiadores dicen que Harold fue elegido regularmente por los estados, otros que la voluntad de Eduardo le elevó al trono.

El primer cuidado que tuvo el nuevo rey le vino de fuera y de su mismo hermano Tosti que voluntariamente se había desterrado a Flandes. Exasperado en vista del triunfo de la ambición de Harold, a la que se creía sacrificado, dio rienda suelta en la corte de Halduino a sus quejas sobre la injusticia que se había cometido con él, coligó a su venganza los intereses de aquella casa, y procuró ajustar amaños con la nobleza descontenta de Inglaterra: envió emisarios a Noruega para excitar a los piratas de aquel reino a tomar las armas; ofreció a sus esperanzas el ventajoso partido que podían sacar de la inestable situación de las cosas en los primeros momentos de la usurpación del nuevo rey, y para hacer más formidable aquella confederación, trasladóse a Normandía, a la corte de Guillermo, persuadido de que éste, que estaba casado con Matilde, hija de Balduino, vengaría gustoso su propia injuria, al par que la de Tosti, favoreciendo con sus consejos y sus fuerzas el proyecto de invadir la Inglaterra³⁷⁰.

Grande fue la indignación del duque de Normandía, cuando recibió la nueva de la exaltación de Harold al trono, pero para colorear sus pretensiones al mismo, limitóse por el pronto a enviar a Inglaterra embajadores encargados de echarle en cara su falsía, y de intimarle que renunciase inmediatamente a la corona. Respondió Harold a los embajadores normandos que el juramento de cuya violación se le acusaba le había sido dictado por un temor muy fundado, y no podía, por lo tanto, considerarse como obligatorio; que ni el rey difunto, ni los estados de Inglaterra, únicos que podían disponer de la corona, le habían autorizado a ofrecérsela al duque de Normandía; que si un particular hubiera osado dar aquel paso, o aun siquiera jurar voluntariamente apoyar las pretensiones del duque, aquel juramento sería ilícito, y todo el que le hubiera hecho estaría obligado a aprovechar la primera ocasión de retractarle; que él había obtenido la corona en virtud del voto unánime de la nación; que se haría indigno de tamaño favor si no defendía con la mayor entereza las libertades nacionales cuya conservación le estaba confiada; que si el duque recurría a la vía de las armas para abrirse el camino al trono, experimentaría lo que puede una nación bien unida, conducida por un príncipe penetrado de los deberes que le imponía su dignidad, y resuelto a no abandonar las riendas del gobierno sino con la vida³⁷¹.

Contaba Guillermo con esta respuesta, y antes de recibirla, estaba determinado a hacer una tentativa en Inglaterra. Estimulado por su bizarría, su resentimiento y su ambición, y sin consultar otros móviles, arrojó las dificultades que debía encontrar atacando un reino tan grande con fuerzas tan inferiores, y no vio en aquella empresa más que lo que podía favorecerlo. Consideró que desde el reinado de Canuto, la Inglaterra había disfrutado casi siempre de un profundo sosiego por espacio de cerca de cincuenta años, y que se necesitaría que pasase tiempo antes de que unos soldados enervados por una paz tan larga llegasen a disciplinarse, y adquiriesen alguna experiencia sus generales. Sabía que aquel reino no tenía ciudades fortificadas, capaces de prolongar la guerra, y que tendría que aventurar todos sus recursos en una acción decisiva contra un enemigo aguerrido, que dueño una vez del campo, podría luego penetrar donde quisiese. Vio que a pesar de las pruebas que había dado Harold de su vigor y denuedo, bastaba una accidental y violenta sacudida para derribarle de un trono recién usurpado a fuerza de amaños, del que había excluido a una antigua familia en posesión de ocuparle, y que ya titubeaba bajo sus plantas por su propia inestabilidad; lisonjeóse en fin de que la misma temeridad con que atravesaba los mares, abandonaba su propio suelo, y no se reservaba ninguna esperanza de retirada, haría una viva impresión en el ánimo de los ingleses, y poniendo a sus soldados en la necesidad de vencer o morir, los alentaría a sostener la reputación de las armas normandas.

Por largos años, en efecto, se habían distinguido los normandos por su valor entre todas las naciones europeas, y su gloria estaba entonces en su apogeo. No sólo se habían adquirido con las armas un territorio considerable en Francia, y le habían defendido contra las continuas empresas de los monarcas franceses; no sólo habían hecho muchos progresos bajo su actual soberano, sino que acababan además de acrecentar el lustre de su antigua fama con las más peligrosas valentías y los

370 Order. Vitalis, pág. 492.

371 W. Malmes, pág. 99. Higden, pág. 283. Mat. West. pág. 222. De Gest. Angl. in certo auctore, pág. 331.

más admirables triunfos en el otro confín de Europa. Un puñado de aventureros normandos había tomado un ascendiente tal sobre los italianos y los griegos, y aun sobre los germanos y los sarracenos, que habían llegado a expulsar a aquellos extranjeros, proporcionarse un vasto establecimiento y a echar los cimientos del opulento reino de Nápoles y de Sicilia³⁷². Aquellas expediciones hechas por vasallos de Guillermo, y muchos de los cuales habían sido desterrados de su país por facciosos o rebeldes, estimularon a aquel altivo príncipe a llevar adelante sus atrevidos planes: después de tales ejemplos de denuedo y fortuna, se hubiera avergonzado de renunciar a la conquista de un país vecino, donde podían sostenerle todas las fuerzas de su principado.

La situación en que se hallaba entonces Europa daba también a Guillermo la esperanza de que, además de sus valientes normandos, podía emplear contra Inglaterra la flor de los guerreros que andaban dispersos por los otros estados. La Francia, la Germania y los Países Bajos se hallaban divididos y subdivididos en muchos pequeños principados o baronías, por los progresos de las instituciones feudales, y como los varios señores tenían en sus estados jurisdicción civil y juntamente derecho de paz y guerra, obraban, bajo muchos conceptos, como soberanos independientes, y conservaban sus propiedades y sus fueros menos con la autoridad de las leyes que con la fuerza y el valor. Toda Europa estaba animada de un espíritu singularmente guerrero: casi todos los señores, arrogantes con su poco de soberanía, tenían en mucho figurar en las empresas arriesgadas, y las buscaban con ansia. Desde niños estaban acostumbrados a oír hablar de victorias y de hazañas; una noble emulación inflamaba sus almas, y los impelía a buscar en persona aquellas maravillosas aventuras que tanto oían ensalzar y que tanto exageraba la credulidad del siglo. Unidos, además, aunque con poco estrechos lazos, a un señor soberano y al gran cuerpo de la comunidad a que pertenecían, cada cual deseaba dilatar su fama mas allá de los linderos de su propio territorio, y así en todas las asambleas formadas para deliberar sobre los negocios civiles o las expediciones militares, o sólo para las diversiones y la representación, todos tenían a empeño de honra eclipsarse recíprocamente con el renombre de sus proezas. De aquí nació el espíritu de la caballería, de aquí la impaciencia con que llevaban la paz y el sosiego, de aquí en fin su anhelo de alistarse para llevar a cabo las más temerarias empresas, por poco interesados que estuviesen en su buen o mal resultado.

Mucho tiempo hacía que su poderío, su valor y su habilidad habían granjeado a Guillermo la preeminencia sobre todos aquellos señores o barones, a punto que no había ninguno animado del deseo de señalarse por su destreza en los ejercicios bélicos o por su bizarría en los combates, que no fuese a buscar en la corte o en los ejércitos del duque de Normandía alguna fama. Tratábalos este príncipe con toda la hospitalidad y la cortesía de aquellos tiempos, y además de que todos le eran amigos, contemplaban con ansiosos ojos la gloria y las riquezas de que les prometía una abundante cosecha si le ayudaban en su expedición contra Inglaterra. Cuanto más atrevida era la empresa, más convenía a su índole caballeresca. Ya habían cundido por todas partes voces de aquella proyectada invasión: una muchedumbre de valientes fueron a ofrecer sus servicios a Guillermo, llevando consigo sus naves y sus gentes³⁷³, y menos difícil le fue al duque completar sus tropas que elegir los auxiliares más veteranos o rehusar las ofertas de la multitud de los que solicitaban el honor de militar bajo el mando de un caudillo tan célebre.

Amén de estas ventajas que debía a su valor y buen comportamiento, tenía que agradecer a la fortuna que le favoreciese removiendo muchos obstáculos con que era natural que contase en una empresa en que todos sus vecinos se hallaban tan esencialmente interesados.

Conan, conde de Bretaña, enemigo mortal de Guillermo, con intención de dañarle en sus planes, aprovechó aquella coyuntura para reclamar el ducado de Normandía, al que se decía con derechos, y pidió que en el caso de que Guillermo subyugase la Inglaterra, le pasase a él la posesión del ducado³⁷⁴, pero Conan murió inmediatamente después de haber hecho esta negociación, y Hoel

372 Gul. Gemet., lib. VII, cap. 30.

373 Gul. Piet. pág. 198.

374 Gul. Gemet. lib. VII. cap. 33.

su sucesor, en vez de adoptar la malignidad, o más bien la prudencia de Conan, favoreció en un todo las miras de Guillermo, y envió a su hijo mayor Alan Fergant a servir bajo su mando con cinco mil bretones. Los condes de Anjou y de Flandes, estimularon a sus vasallos a alistarse para aquella expedición, y aun la misma corte de Francia, que hubiera debido temer el engrandecimiento de un vasallo tan peligroso, cerró los ojos en aquella ocasión sobre sus verdaderos intereses, o los atendió muy flojamente. Felipe I, el monarca entonces reinante en Francia, era menor de edad, y cuando Guillermo comunicó su proyecto al consejo de aquel príncipe, pidió socorro, y ofreció, en caso de triunfo, rendir homenaje de la corona de Inglaterra a la Francia, recibió, en verdad, orden para abandonar aquella empresa, pero el conde de Flandes su suegro, que estaba a la cabeza de la regencia, favoreció secretamente sus alistamientos y excitó a la nobleza a unirse a su ejército.

No sólo dio abiertamente el emperador Enrique IV licencia a todos sus vasallos para alistarse en aquella expedición, que fijaba la atención de toda Europa, mas prometió proteger el ducado de Normandía durante la ausencia del soberano, con lo que le puso en estado de echar mano de todas sus fuerzas para invadir la Inglaterra³⁷⁵; pero el más importante aliado que le proporcionaron sus negociaciones fue el papa, que ejercía sumo dominio sobre los antiguos barones, tan devotos como valientes. Después de un insensible acrecentamiento de poder durante muchos siglos de tinieblas y de ignorancia, empezaba entonces sin rebozo el pontífice romano a levantar su altiva frente sobre todos los potentados de Europa, a arrogarse el título de mediador y aun de árbitro en las desavenencias de los más grandes monarcas, a interponer su autoridad en los negocios civiles, y a dictar sus voluntades a sus humildes discípulos, como leyes soberanas. Bastábale a Alejandro II, sentado entonces en la silla pontificia, que Guillermo recurriese solo a su tribunal y le hiciese juez de su querrela con Harold, para ponerle en sus intereses, pero todavía había otras ventajas que Alejandro preveía deber resultar de la conquista de Inglaterra por las armas normandas. Aquel reino, aunque convertido antiguamente por los misioneros romanos, y aunque había dado en realidad algunos pasos hacia una especie de sumisión a Roma, conservaba siempre mucha independencia en su administración eclesiástica, y como formaba por sí un pequeño mundo, separado de lo restante de Europa, habíase hasta entonces conservado inaccesible a las exorbitantes pretensiones en que cimentaban los papas su grandeza; y como Alejandro esperó que si los barones franceses y normandos lograban subyugar la Inglaterra, introducirían en ella mayor respeto a la santa sede y más conformidad entre las iglesias inglesas y las de lo restante de Europa, declaróse a favor de Guillermo, trató a Harold de perjuro y de usurpador, fulminó una excomunión contra él y sus parciales, y para alentar todavía más al duque de Normandía, le envió una bandera bendita y una sortija que contenía un cabello de San Pedro³⁷⁶. De esta suerte se cubrió con el sagrado manto de la religión la parte que tenían en aquella invasión la ambición y la violencia.

La mayor dificultad que tuvo que vencer Guillermo para lograr hacer sus preparativos, se la suscitaron sus propios vasallos de Normandía. Estaban los estados de este ducado reunidos en Listebona, y habiéndoles pedido subsidios para la proyectada empresa, que tanta gloria y provecho prometía a su país, casi todos los individuos manifestaron tanta repugnancia a dar sumas más crecidas que las que generalmente se daban entonces, como a arriesgar el mal ejemplo de ir a servir lejos de su patria. Persuadido el duque de que sería inútil y contrario a su política instar al cuerpo de los estados sobre este punto, conferenció separadamente con los particulares más acaudalados de la provincia, y empezando por aquellos de cuya lealtad estaba más seguro, a todos los movió poco a poco a adelantarle el dinero que necesitaba. El conde de Longueville, el de Mortagne, Odo, obispo de Bayeux, y especialmente Guillermo Fitz-Osborne, conde de Breteuil, y condestable de Normandía, le ayudaron con ahínco en sus negociaciones. Cuando uno se comprometió a contribuir, prometió persuadir a los demás a que hiciesen otro tanto, y al cabo, los mismos estados, estipulando que no podrían tomarse como antecedente aquellas contribuciones, prometieron asistir a su príncipe

375 Gul. Pict. pág. 198.

376 Baker, pág. 22. edic. 1684.

en su expedición con cuanto de ellos dependiese³⁷⁷.

Hallóse entonces Guillermo con una armada de tres mil naves entre grandes y pequeñas³⁷⁸, y un ejército de sesenta mil hombres, elegidos entre aquella multitud de valientes que de todas partes habían acudido a solicitarle para que aceptase sus servicios. La disciplina de los soldados, la hermosura y vigor de los caballos, el lujo de las armaduras, y sobre todo la pompa de los grandes señores alistados bajo sus estandartes, hacían de su poderosa hueste el espectáculo más soberbio y marcial que imaginarse puede: entre sus mas célebres guerreros figuraban Eustaquio, conde de Boulogne, Aimeri de Thouars, Hugo de Estaples, Guillermo de Evreux, Godofredo de Rotrou, Roger de Beaumont, Guillermo de Warena, Roger de Mongomeri, Hugo de Grandmesnil, Carlos Martel y Godofredo Giffard³⁷⁹. Guillermo prometió a aquellos valerosos capitanes los despojos de la Inglaterra, por recompensa de su bizarría, y les dijo, señalándoles la opuesta orilla que aquel era el campo donde debían erigir trofeos a sus nombres y fijar su establecimiento.

Mientras se hacían estos formidables preparativos, el duque de Normandía atento a aumentar el número de los enemigos de Harold, reanimó en el pecho de Tosti el inveterado rencor, y le excitó a unirse con Harold Halfagar, rey de Noruega, para infestar las costas de Inglaterra. Tosti, reunido que hubo sesenta buques en los puertos de Flandes, se dio a la vela, y después de haber talado las costas del este y del mediodía, navegó con rumbo al Northumberland, donde se le reunió Halfagar, al frente de una armada de trescientas naves. Entraron las escuadras combinadas en el Humber, y desembarcaron sus soldados, y ya empezaban a extender por todas partes sus hostilidades, cuando Morcar, conde de Northumberland, y Edwin, conde de Mercia, cuñados del rey, habiendo reunido algunas tropas a la ligera, se aventuraron a dar una batalla, y fueron enteramente derrotados y puestos en vergonzosa fuga.

Harold, noticioso de este desastre, acudió a proteger a sus vasallos, y desplegó el mayor ardor en mostrarse digno de la corona que había recibido; y aunque no conocía a punto fijo toda la extensión del peligro que le amenazaba, ningún medio había desatendido para apartarle, captándose el amor de su pueblo. Su administración era tan equitativa y tan prudente, que los ingleses no veían ningún motivo para arrepentirse de haberle elegido por su soberano. De todos puntos fueron a alistarse bajo sus banderas, y apenas hubo alcanzado al enemigo en Stanford, se halló en estado de presentarle la batalla (setiembre 25) que fue muy sangrienta, y tuvo por resultado la completa victoria de Harold, la total derrota de los noruegos, y la muerte de Tosti y de Halfagar: hasta su escuadra cayó en poder del vencedor, que tuvo la generosidad de poner en libertad a Olave, hijo de Halfagar, y de permitirle volverse con veinte naves; pero empezaba apenas Harold a celebrar con regocijos su victoria, cuando recibió la nueva de que el duque de Normandía había desembarcado con un numeroso ejército en las costas meridionales de Inglaterra.

A principios del verano se habían reunido la escuadra y el ejército de Guillermo en la embocadura del riachuelo Dive, y todas las tropas se habían embarcado con prontitud; pero los vientos contrarios los detuvieron en aquel puerto, impidiendo toda especie de desorden la autoridad del duque, la excelente disciplina de los marineros y soldados, y el vivo desvelo que se tenía para que no careciesen de cosa alguna. Cuando fue favorable el viento, dieron la vela y costearon hasta San Valory, donde perdieron varios buques; y como de nuevo soplaron vientos contrarios, el ejército creyó que el cielo se declaraba contra él y que estaba destinado a perecer, a pesar de la bendición del papa. Aquellos guerreros, tan intrépidos en presencia de los peligros reales, fácilmente se dejaban abatir por el temor de peligros imaginarios; algunos empezaban a amotinarse, y aun los hubo que ya abandonaban sus banderas, cuando el duque, a fin de reanimar su decaída esperanza, mandó pasear en procesión las reliquias de San Valory³⁸⁰, y hacer rogativas para obtener del cielo un tiempo bonancible. Cambiaron los vientos de repente, y como esta mudanza ocurrió la víspera de San Miguel, patrón de la Normandía, las tropas y los marineros creyeron reconocer el brazo del

377 Camden, Introd. ad Britan. Pág. 212.

378 Gul. Gemet. lib. VII, cap. 34.

379 Order. vitalis, pág. 591.

380 Higden, pág. 285. Order. vitalis, pág. 500. Mat. París, edic. París, año 1644, pág. 2.

Omnipotente en aquella reunión de circunstancias, y se dieron al mar con el mayor alborozo. Ningún obstáculo interrumpió su travesía; una formidable escuadra que Harold había reunido, y que cruzaba el mar todo el verano a la altura de la isla de Wight, acababa de volverse a sus puertos, por haberse extendido la falsa noticia de que Guillermo, desanimado por los temporales y otros accidentes, había suspendido sus aprestos. Con esto, el armamento de Normandía avanzando en perfecto orden, llegó sin ninguna pérdida importante a Pevensey en Sussex, donde desembarcó el ejército tranquilamente. En el momento en que el duque ponía el pie en la playa, se resbaló y cayó al suelo, pero es fama que tuvo bastante presencia de ánimo para interpretar el agüero a su favor, diciendo que tomaba posesión del país, oído lo cual fue al punto un soldado a una choza vecina, y, arrancando de ella un puñado de paja, se la presentó a su general, como para ponerle en posesión del reino. Tan grandes eran la alegría y la confianza de Guillermo y de todo su ejército, que ni aun bastó a turbarlas la nueva de la gran victoria que había alcanzado Harold sobre los noruegos, antes bien parecía por el contrario, que por lo mismo aguardaban los normandos con más impaciencia la llegada del enemigo.

Aquella victoria de Harold, aunque tan completa y honrosa, era esencialmente perjudicial a sus intereses, y, debe considerarse como la causa inmediata de su ruina, pues sobre haber perdido en ella sus mejores capitanes y sus más valientes soldados, había disgustado al resto de sus tropas, negándoles los despojos obtenidos sobre los noruegos. Esta conducta era poco conforme al natural desprendimiento de su condición, pero el deseo de evitar al pueblo los gastos de la guerra en que se empeñaba el duque de Normandía ocasionó verosímelmente aquella economía malentendida. Apresuróse, con rápidas marchas, a alcanzar inmediatamente al invasor, pero aunque en Londres y en otras plazas reforzaron su ejército tropas de refresco, hallóse al llegar, tan débil como cuando salió a campaña, a tantos soldados viejos habían hecho desertar las fatigas y secretos resentimientos. Gurth, su hermano, varón prudente no menos que valeroso, empezó entonces a temer por el resultado de la expedición, y aun hizo presente al rey que sería más acertado dar largas a la guerra que aventurar una acción tan decisiva, rogándole que a lo menos no arriesgase su persona. Hízole conocer que la desesperada situación del duque de Normandía, exigía de este príncipe una resolución precipitada, y que confiase su fortuna al azar de una batalla; pero que el rey de Inglaterra, en su propio suelo, querido de sus vasallos, provisto de todos los mantenimientos necesarios, seguro de que nunca le fallarían, tenía un medio más infalible y menos peligroso de asegurarse la victoria; que las tropas normandas, embriagadas por una parte con las más brillantes esperanzas, y viéndose por otra sin ningún recurso en caso de una derrota, pelearían con el arrojo de la desesperación; que componiéndose de la flor de los guerreros del continente, debían considerarse como temibles para los ingleses; que si se dejaba amortiguar, falto de acción, aquel primer fuego, aquel primer ímpetu que hacía invencibles a los normandos, si se les hostigaba con ligeras escaramuzas, si llegaban a carecer de provisiones, si los cansaban el mal tiempo y los malos caminos durante el invierno que se acercaba, necesariamente llegarían a ser tarde o temprano fácil presa para sus enemigos sin efusión de sangre; que si se difería una acción general, los ingleses, sensibles al inminente peligro a que verían expuestas, por parte de aquellos rapaces invasores, sus haciendas y libertades, acudirían de todos puntos en auxilio de su monarca, y harían invencible su ejército; que a lo menos si conceptuaba necesario dar una batalla, no debía exponer en ella su persona, sino antes bien, reservar en caso de desastre, algún recurso a la libertad y a la independencia del reino; que habiendo tenido la desgracia de jurar, y nada menos que sobre las santas reliquias, apoyar las pretensiones del duque de Normandía, mejor era dar el mando del ejército a alguno que, no estando sujeto por la fe de un juramento tan augusto, inspirase al soldado mas confianza en el feliz resultado del combate.

Harold fue sordo a todas estas juiciosas representaciones, y no menos ufano con sus prosperidades pasadas que aguijado por su natural denuedo, resolvió dar en persona la batalla, a cuyo efecto se acercó a los normandos que habían llevado su ejército y su escuadra a Hastings, donde tenían sus reales. Tan seguro se creía de la victoria que envió diputados al duque para

ofrecerle una suma de dinero si quería salir del reino sin derramamiento de sangre; pero su oferta fue desechada con desdén, y no queriendo Guillermo quedarse atrás en punto a baladronadas, envió al rey algunos frailes para intimarle que le cediese la corona o le rindiese homenaje, o sometiese su debate al arbitramiento del papa, o lo decidiese con él cuerpo a cuerpo en singular pelea. Harold respondió que pronto iba a ser árbitro de todas sus desavenencias el Dios de las batallas³⁸¹.

Preparáronse entonces ingleses y normandos a aquella importante decisión, pero muy distante estaba de ser igual el aspecto de los dos campamentos la víspera de la lid: los ingleses pasaron la noche en bacanales, juegos y todo linaje de desórdenes, mientras los normandos hacían devotamente oración y cumplían en silencio sus deberes religiosos³⁸². A la madrugada (Oct. 14), reunió el duque a los más principales jefes de su ejército y les dirigió una arenga adecuada a la ocasión; hízoles presente que ya se acercaba el momento que tanto deseaban él y ellos hacía largo tiempo; que la suerte de la guerra estribaba entonces en sus espadas, y se decidiría en una sola acción; que jamás tropas algunas habían tenido mayores motivos para desplegar su valor, ya considerasen la recompensa de su victoria, ya su inevitable exterminio en caso de ser vencidos; que si sus valerosos y aguerridos escuadrones lograban una vez romper aquellas bisoñas huestes que tan temerariamente osaban avanzar contra ellos, harían en un momento la conquista de un reino, y tendrían derecho a todas sus riquezas, como recompensa de su próspero valor; que por el contrario, si desmentían su acostumbrado denuedo, se hallarían encerrados entre un enemigo furioso, y el mar que opondría una barrera a su retirada, y que una muerte ignominiosa sería el castigo seguro de su imprudente cobardía; que levantando un ejército tan numeroso y bizarro, había empleado todos los medios humanos de conquistar una nación; que el general enemigo le daba ocasión, con su criminal comportamiento, a esperar el favor del cielo, arbitro del resultado de las guerras y de las batallas; que un usurpador, un perjuro, anatematizado por el soberano pontífice, y a quien su propia conciencia echaba en cara su deslealtad, quedaría aterrado a su vista y se anunciaría a sí propio la suerte a que le hacían tan acreedor sus multiplicados crímenes³⁸³. Formó en seguida Guillermo su ejército en tres líneas: la primera, al mando de Montgomeri, se componía de arqueros y de infantería ligera; la segunda, mandada por Martel, constaba de sus más valientes batallones, pesadamente armados y dispuestos en apiñadas filas; su caballería, a cuya cabeza se puso él en persona, formaba la tercera línea, y estaba colocada de modo que no sólo guardaba las espaldas a toda su infantería, mas flanqueaba también ambas alas del ejército³⁸⁴. Mandó por fin dar la señal de la lid, y todo el ejército, moviéndose a la vez y cantando el himno guerrero de Roldán, famoso par de Carlomagno³⁸⁵, avanzó en buen orden, y con el mayor júbilo contra el enemigo.

Habíase posesionado Harold de un terreno ventajoso, y como había levantado además algunas trincheras para asegurar sus costados, resolvió estarse sobre la defensiva, y evitar todo encuentro de caballería, arma en que evidentemente era inferior. Las tropas de Kent formaban la vanguardia, puesto de honor que siempre habían reclamado como perteneciéndoles de derecho: las milicias de Ponder custodiaron el estandarte, y el rey, acompañado de sus dos valientes hermanos, Gurth y Leofwin, apeóse de su caballo, se puso al frente de su infantería, y anunció que estaba determinado a vencer o morir en la pelea. Impetuosa y terrible fue la primera embestida de los normandos, y con no menos intrepidez la sostuvieron los ingleses: después de un reñido combate, en el que por largo tiempo quedó indecisa la victoria, los primeros, molestados por las asperezas del terreno y acosados por el enemigo, empezaron a replegarse con algún desorden, y ya iba penetrando la confusión en sus filas, cuando Guillermo, viéndose a dos dedos de su ruina, acudió en auxilio de los suyos con un poderoso escuadrón de gente escogida. Su presencia restableció en un punto el roto equilibrio; los ingleses tuvieron a su vez que retirarse con pérdida, y el duque, haciendo avanzar su segunda línea, renovó el ataque con tropas de refresco y con mayor ímpetu que antes; pero adviniendo que los

381 Higden, pág. 286.

382 W. Malmes, pág. 201. De Gest. Ang. pág. 332.

383 H. Hunting, pág. 368. Brompton, pág. 959. Gul. Pict. pág. 201.

384 Gul. Pict. pág. 201. Order. vitalis, pág. 501.

385 W. Malmes, pág. 101. Higden, pág. 286. Mat. West. pág. 223. Glosa de du Cange, in verbo Cantilena Rolandi.

ingleses, sostenidos por la ventaja del terreno y animados por el ejemplo de su príncipe, seguían oponiendo la más vigorosa resistencia, probó una estratagema de muy delicada ejecución, pero que parecía bastante conveniente en una situación tan crítica como la suya, en la que era perdido si no alcanzaba una victoria decisiva. Mandó a sus soldados que se fuesen retirando poco a poco, para sacar así al enemigo de sus posiciones, ardid que tuvo todo el buen resultado a que él se esperaba: las tropas inglesas, inexpertas, acaloradas por la acción y creyéndose seguras del triunfo, persiguieron precipitadamente a los normandos en el llano; y entonces Guillermo dio orden a su infantería de hacer cara al enemigo, mientras su caballería los atacaba al mismo tiempo por ambos costados. Peones y caballos se aprovecharon del terror y de la sorpresa que derramaron sobre el ejército inglés en aquel crítico momento decisivo. Rechazaron los normandos a los ingleses, e hicieron en ellos una horrible carnicería, pero lograron no obstante volverse a su montaña, donde habiéndolos reunido hábilmente el intrépido Harold, halláronse todavía en estado, a pesar de lo que habían perdido, de conservar su posición y continuar el combate.

Segunda vez y con el mismo buen resultado puso en práctica el duque igual estratagema, pero aun después de aquella doble ventaja, todavía vio un grueso cuerpo de ingleses que se había conservado en buen orden, y parecía determinado a disputar la victoria hasta el último trance. Mandó Guillermo a su infantería pesadamente armada que embistiese a aquel cuerpo, mientras que sus arqueros colocados detrás, disparaban un diluvio de dardos sobre los enemigos expuestos a sus tiros por su elevada posición, y que tenían además que defenderse de las espadas y lanzas de los agresores. Al fin esta hábil disposición dio al duque la victoria; Harold fue muerto de un flechazo, peleando valerosamente al frente de los suyos; la misma suerte cupo a sus dos hermanos, y los ingleses, consternados por la muerte de aquellos príncipes, se desbandaron por todas partes, y fueron perseguidos por los vencedores, que hicieron en ellos fiera matanza. Osaron no obstante algunos de los fugitivos volverse de pronto y hacer cara al enemigo en una hondonada, donde se vengaron algún tanto de la carnicería y la vergüenza de la jornada; pero pronto la llegada del duque les obligó a buscar su propia seguridad en la fuga, y las tinieblas de la noche acabaron de ponerlos a cubierto del alcance de los normandos.

De esta suerte Guillermo, duque de Normandía, alcanzó la memorable y decisiva victoria de Hastings, después de una batalla que duró desde el alba hasta el anochecer, y que parecía digna por los prodigios de valor que hicieron ambos caudillos y ambos ejércitos, de decidir el destino de un poderoso reino. A Guillermo le mataron tres caballos que él montaba, y perdió más de quince mil hombres; pero todavía fue más considerable la pérdida por parte de los vencidos, amén de la muerte del rey y de sus dos hermanos. Llevaron a Guillermo el cuerpo de Harold, y él se le envió generosamente a la madre de este príncipe, sin rescate. Antes de dejar el campo de batalla, el ejército normando dio solemnes acciones de gracias al cielo por la victoria que había obtenido; y el duque, después de haber dejado descansar a sus tropas, se preparó a llevar tan adelante como posible fuera sus triunfos contra los ingleses divididos, consternados e indefensos.

Apéndice I. Gobierno y costumbres de los anglosajones

Primer gobierno de los sajones

El gobierno de los Germanos, como el de todos los pueblos del norte que se establecieron sobre las ruinas de Roma fue siempre extremadamente libre, tanto que en la sumisión que mostraban a sus príncipes aquellas soberbias naciones, menos parle tenía la autoridad que la persuasión. El despotismo militar que se había introducido en el imperio romano, y que antes de la irrupción de aquellos conquistadores, había aplanado los ánimos y destruido todo germen de saber y de virtud, era incapaz de resistir a los vigorosos esfuerzos de un pueblo libre, y con efecto, estos formaron para Europa una época nueva: desde aquel momento recobró toda su antigua energía, y sacudió el vergonzoso yugo del poder arbitrario, bajo el cual estaba gimiendo hacia tantos años. Las constituciones libres, adoptadas entonces, cualesquiera alteraciones que más adelante introdujesen en ellas las usurpaciones sucesivas de los soberanos, conservan todavía unos fueros de independencia y de administración legal, que distinguen a las naciones europeas, y si esta parte del globo posee sentimientos de libertad, honor, equidad y bizarría, debióseles principalmente a aquellos generosos bárbaros, que, por decirlo así, los sembraron en su seno.

Como los sajones que subyugaron la Bretaña disfrutaban de suma libertad en su patria, guardaron con perseverancia este inapreciable tesoro en su nuevo establecimiento, y llevaron a él la misma independiente índole que habían heredado de sus mayores. Los *chieftains* o caudillos (pues este nombre les cuadra mejor que el de reyes o príncipes) que los mandaban en aquellas expediciones militares, no tenían sobre ellos más que una autoridad muy limitada; y como los sajones exterminaron más bien que subyugaron a los antiguos pobladores, al trasladarse a su nuevo territorio, conservaron en él todas sus instituciones civiles y militares sin ninguna alteración. No se habló en la isla conquistada más que la lengua sajona y hasta los nombres de los lugares que suelen conservarse tales cuales eran aun cuando la lengua cambia enteramente, mudaron casi todos bajo el dominio de los nuevos conquistadores, quienes establecieron sin mezcla las costumbres y prácticas sajonas, y la pintura de una altiva o indomable libertad que nos ha trazado el vigoroso pincel de Tácito, pudiera realizarse copiando a aquellos fundadores del gobierno inglés.

Lejos de estar investido de un poder arbitrario, el rey no era considerado más que como el primero entre los ciudadanos; su autoridad residía más bien en su mérito personal que en su corona, y hasta su persona se elevaba tan poco sobre el nivel de los demás habitantes, que su cabeza estaba puesta a talla, y su asesino incurría en una multa legal, multa que, aunque proporcionada a su condición y más crecida que para la muerte de un vasallo, bastante probaba la subordinación del jefe de la comunidad.

Sucesión de los reyes

Fácil es conocer que un pueblo independiente, tan poco sujeto por el freno de las leyes, y tan ignorante, no sería muy exacto en seguir regularmente el derecho hereditario en la elección de los soberanos. Aunque la familia real era sumamente respetada y tenía una superioridad reconocida, o no había regla alguna establecida, o si las había, nunca se observaban constantemente cuando se trataba de llenar el trono vacante, en cuyos casos se consultaban las circunstancias del momento más bien que ningún principio fijo. No queremos, sin embargo, suponer que la corona se

considerase como enteramente electiva, ni que hubiese un plan regular, trazado por la constitución del estado, para que los votos del pueblo nombrasen el sucesor del príncipe difunto siempre que se abría la sucesión. Si un rey dejaba un hijo en edad y en estado de reinar, este hijo ascendía al trono; si era menor de edad, su tío o el primer príncipe de la sangre ceñía la corona y la trasmitía a sus descendientes; tomando de antemano prudentes medidas con los principales señores de la nación, fácil le era a un soberano nombrar su sucesor. Todas estas mudanzas, y hasta la administración ordinaria del gobierno, exigían el concurso expreso, o a lo menos el consentimiento tácito del pueblo, pero la posesión actual, de cualquier modo que se obtuviese, era a sus ojos un derecho incontestable a que desde luego se adhería, y una vez pronunciada la exclusión, por injusta que pudiese ser, ya no dejaba subsistir en favor del príncipe excluido más que un débil e impotente recuerdo. Todas las monarquías bárbaras presentan tantos ejemplos de este modo de conducirse, y son tan frecuentes en la historia de los anglosajones, que no podemos, sin inconsecuencia, tener otra noción de su gobierno.

La idea de una sucesión hereditaria es tan natural en los hombres, es tan sencillo aplicarla aun a la autoridad soberana; el uso admitido de transmitir las posesiones particulares conduce tan inmediata y fácilmente a transmitir el poder, que parece que debe introducirla en toda sociedad que no la ha excluido positivamente en virtud de la perfección de una constitución republicana: pero como hay una diferencia considerable entre un gobierno y posesiones particulares; como no todos son igualmente aptos para ejercer el uno y gozar de las otras, un pueblo que no está penetrado de las ventajas generales que trae una regla constante, no da importancia a sujetarse al orden de sucesión para la elección de sus señores, y suele abandonar al heredero legítimo cuando no tiene éste la edad y las cualidades necesarias para el mando; así es que aquellas monarquías no son, propiamente hablando, ni electivas ni hereditarias. y aunque puedan seguirse las intenciones de un príncipe cuando ha designado su sucesor, no se puede decir por eso que está enteramente el trono a disposición del testador. A veces un soberano puede ser elegido por los votos de los estados, pero con más frecuencia acontece que los estados reconocen al que hallan establecido. Unos cuantos magnates dan el ejemplo; el pueblo, intimidado y ganado obedece; y con tal que el príncipe reinante sea de la familia real, pronto es reconocido por monarca legítimo.

El Wittenagemot

Es cosa generalmente admitida que nuestros conocimientos sobre la historia y las antigüedades sajonas son demasiado imperfectos para ponernos en estado de determinar con certeza todas las prerrogativas de la corona, y todos los privilegios del pueblo, y para presentar un plan exacto de aquel gobierno: también es verosímil que las constituciones eran diferentes en los varios estados de la Heptarquía, y que variaron considerablemente en el transcurso de los seis siglos que pasaron desde la primera invasión de los sajones hasta la conquista del reino por los normandos³⁸⁶; pero la mayor parte de aquellos cambios y de aquellas diferencias, igualmente que sus causas y sus efectos, nos son desconocidos; solamente parece constante que en todo tiempo y en todos aquellos reinos, hubo un consejo nacional llamado *Wittenagemot* o asamblea de los sabios (que esto significa esta palabra), cuyo consentimiento era necesario para promulgar las leyes y ratificar los principales actos públicos de la administración. Los preámbulos de todas las leyes de Etelberto, Ina, Alfredo, Eduardo el Antiguo, Atelstan, Edmundo, Edgar, Etelredo y Eduardo el Confesor, y aun los de las leyes de Canuto, y eso que este príncipe fue una especie de conquistador, hacen indudable este

386 Tenemos noticia de una mudanza, no insubstancial en la constitución sajona. Los anales sajones, pág. 49, nos dicen que en los primeros tiempos era prerrogativa del rey nombrar los duques, condes, *aldermen* y *sheriffe* de los condados. Asser, escritor contemporáneo, nos dice que Alfredo depuso a todos los *aldermen* ignorantes y los substituyó por hombres de más capacidad; pero las leyes de Eduardo el Confesor. §. 35, dicen en términos expresos que los *heretohgs* o duques, y los *sheriffe* eran elegidos por los *freeholders* en el *Folkmote*, juzgado del condado que se reunía una vez al año, donde todos los terratenientes libres prestaban juramento de fidelidad al rey.

hecho, y dan la prueba de que el gobierno era en todas ocasiones legal y limitado; pero los autores antiguos nos dejan ignorar cuáles eran los individuos que formaban aquel *Wittenagemot*, se sabe que los abades y los obispos³⁸⁷ componían una parte esencial de él; es evidente también, por el tenor de aquellas antiguas leyes, que el *Wittenagemot* hacía estatutos para regir el gobierno eclesiástico lo mismo que el civil, y que aquellos peligrosos principios en virtud de los cuales la Iglesia está enteramente separada del estado, eran todavía desconocidos entre los anglosajones³⁸⁸. Parece también que los *aldermen*, o gobernadores de las provincias que, desde la época de los daneses solían llamarse condes³⁸⁹, eran admitidos en aquel consejo, y daban su consentimiento a los estatutos públicos; pero además de los prelados y de los *aldermen*, todavía se hace mención de los *wittes* o sabios, como de un brazo distinto en el *Wittenagemot*, y ni las leyes ni la historia de aquel período nos dicen exactamente quiénes eran aquellos sabios o discretos. Difícil sería verosímilmente de resolver esta cuestión, aun cuando se discutiese con imparcialidad, pero como los partidos modernos han querido tener una opinión diferente sobre esta materia, la discusión se ha llevado, como suele decirse, a punta de lanza, y los argumentos empleados por ambas partes son por lo mismo más capciosos e ilusorios. Nuestra pandilla monárquica sostiene que aquellos *wittes* o *sapientes* eran los jueces o los hombres doctos en las leyes, al paso que el partido popular quiere que representasen las villas y aldeas, y formasen lo que llamamos hoy los comunes.

Las expresiones empleadas por todos los historiadores antiguos, hablando del *Wittenagemot*, parece que contradicen esta última suposición, pues casi siempre llaman a sus individuos, *príncipes*, *satrapae*, *optimates*, *magnates*, *próceres*, denominaciones que envuelven una idea aristocrática, y como que excluyen los comunes. Más hay: las villas eran tan pequeñas y tan pobres, a causa del poco comercio que había entonces en el país, sus habitantes vivían en tal dependencia de los grandes³⁹⁰, que no es nada verosímil que se admitiese a sus procuradores en el consejo nacional. Es muy sabido que los comunes no tuvieron parte alguna en los gobiernos que establecieron los francos, los borgoñones y los otros pueblos septentrionales, de donde podemos deducir que los sajones que tardaron más en civilizarse que aquellas otras colonias, jamás tuvieron la idea de conceder un privilegio tan extraordinario al comercio y la industria. Entre todos aquellos conquistadores, la profesión militar era la única honrosa: los guerreros subsistían de sus posesiones raíces; su influencia sobre sus vasallos, sus clientes, sus colonos y sus esclavos los hacía considerables, y se necesitarían muy graves pruebas para convencernos de que admitían a la participación con ellos del poder legislativo a hombres de clase tan inferior como los que formaban el estado llano. Verdad es que Tácito asegura que entre los antiguos germanos se necesitaba el consentimiento de todos los individuos de la comunidad en toda deliberación importante, pero no dice que todos tuviesen representantes: esa antigua práctica, de que habla el historiador romano, no puede haber tenido efecto más que en las tribus pequeñas, donde todos los ciudadanos podían sin inconveniente ser convocados a la asamblea general en los casos extraordinarios; pero cuando los principados fueron más vastos, cuando la diferencia entre las propiedades hubo formado

387 A veces se admitía a las abadesas, a lo menos firmaban muchas veces las cartas o donadíos del rey. Spel Gloss. in verbo *Parliamentum*.

388 Wiskins, passim.

389 Parece por las antiguas traducciones de los anales y leyes sajonas, y por la versión de Beda hecha por el rey Alfredo, como por lo que dicen todos los antiguos historiadores, que *comes* en latín, *alderman* en sajón, y *earl* en dano-sajón, son voces absolutamente sinónimas. Sólo hay una cláusula en una ley del rey Atelstan (véase Spel. conc. pág. 406) que ha inducido a error a algunos anticuarios y les ha hecho imaginar que un *earl* era superior a un *alderman*. El *weregild*, es decir, la multa impuesta por el asesinato de un *earl*, se fija en ella en 15.000 trismas como el de un arzobispo, al paso que el de un obispo o un *alderman* no ascendía más que a 8.000. Para resolver esta dificultad, es preciso recurrir a la conjetura de Selden (véanse su *Fitles of honor*, cap. V, pág. 603, 604), de que el dictado de *earl* en tiempo de Atelstan empezaba a usarse en Inglaterra, y no se daba entonces más que al *athelang*, es decir, al príncipe de la sangre, heredero de la corona. Confirma esta observación una ley de Canuto, § 55, en que se ponen en la misma categoría un *atheling* y un arzobispo. En otra ley del mismo Atelstan, el *weregild* del príncipe o *atheling* se fija en 15.000 trismas. Véase Wilkins, pág. 71. El príncipe es pues el mismo que se llama *earl* en la primera ley.

390 Bradi, *Treatise of English Boroughs*, páginas 3, 5, etc.

distinciones más importantes que las que resultan de la fuerza y del valor personal, debemos presumir que las asambleas nacionales se compusieron de menos individuos, y solamente de los ciudadanos principales.

Pero, aunque tengamos que excluir al estado llano o los comunes del *Wittenagemot* sajón, no es posible dejar de suponer que todavía había en aquellas asambleas otros miembros a más de los preladados, los abades, los *aldermen*, y los jueces o individuos del consejo privado, porque, como a todos estos, excepto a algunos eclesiásticos³⁹¹, los nombraba antiguamente el rey, si no hubiera habido otra autoridad legislativa, su poder hubiera sido despótico en cierto modo, lo que es contrario a lo que refieren todos los historiadores y a la práctica de todas las naciones septentrionales; podemos, pues, dar por cierto que los más ricos hacendados eran de derecho, y sin ninguna elección, individuos de la asamblea nacional. Es de creer que la propiedad de cuarenta *hydes* o aranzadas daba el honroso privilegio de entrar en el *Wittenagemot*, y parece, además, por lo que dice un antiguo autor³⁹², que una persona de la más alta cuna, y aun emparentada con la corona, no se consideraba como príncipe (término de que se sirven los antiguos historiadores cuando hablan del *Wittenagemot*) a menos de que no poseyese aquella extensión de tierras. No se deduce de que tantos fuesen admitidos a él, que aquel consejo público debiese ser confuso y tumultuoso, porque verosímilmente las tierras estaban repartidas en Inglaterra entre pocas manos durante la época de los sajones, a lo menos durante la última parte de aquel período, y como el servir en aquel consejo no era distinción codiciada, no había que temer que llegase a ser demasiado numeroso para despachar los negocios de corto interés que en él se discutían.

Aristocracia

Cualquiera que sea la hipótesis en que nos fijemos acerca de los individuos que constituían el *Wittenagemot*, en el cual juntamente con el rey residía el poder legislativo, es cierto que el gobierno anglosajón propendía absolutamente a la aristocracia antes de la conquista de los normandos. La autoridad real era muy limitada, y si el pueblo entraba en aquel consejo, tenía en él poco o ningún peso y consideración. Debemos conjeturar, por lo que nos dejan entender los antiguos historiadores, cuan inmensas eran entonces las riquezas y la potestad de algunos grandes, y es natural que después de la disolución de la heptarquía, y cuando el rey vivió apartado de sus provincias, aquellos ricos hacendados, que residían entonces en sus heredades, acrecentaban su autoridad sobre sus vasallos, sobre sus dependientes y sobre todos los habitantes de la comarca: de aquí aquel excesivo poderío de Harold, Godwin, Leofrico, Siwardo, Morcar, Edwin, Edrico y Alfrico que los puso en estado de resistir al del mismo soberano, y de hacerse absolutamente necesarios al gobierno. Los dos últimos, aunque odiosos al pueblo por haberse unido a los enemigos extranjeros, no por eso dejaron de conservar su crédito y su influencia sobre los negocios públicos, de donde podemos inferir que uno y otro fundaban su poder, no sobre el afecto popular, sino sobre la extensión de sus tierras y los derechos de su casa. Un Atelstan hubo, bajo el reinado del monarca de este nombre, a quien los historiadores llaman *alderman* de toda Inglaterra, y que era considerado como semi-rey, a pesar de que su soberano era un hábil y valeroso príncipe³⁹³. Vemos en los historiadores que en los últimos tiempos de los sajones, y sólo en aquellos últimos tiempos, los grandes empleos pasaban de padre a hijo, y eran, en cierto modo, hereditarios en las familias³⁹⁴.

391 Hay alguna razón para creer que los obispos eran a veces elegidos por el *Wittenagemot* y confirmados por el rey. Eddio. cap. 2. Los abades en los monasterios de fundación real fueron antiguamente nombrados por el rey, aunque Edgar concedió a los frailes la elección reservándose solo la ratificación. Este derecho se violó con frecuencia en lo sucesivo, y los abades lo mismo que los obispos, fueron pronto elegidos por la corte, según leemos en Ingulfo, autor contemporáneo de la conquista de los normandos.

392 Hist. Eliensis, lib. II. cap. 40.

393 Hist. Rames, § 3. pág. 387.

394 Roger Hoveden, dando la razón porqué Guillermo el Conquistador hizo a Cospatrick conde de Northumberland,

Mucho contribuyeron también las circunstancias que acompañaron a las invasiones de los daneses, a aumentar el poder de la nobleza principal. Como aquellos piratas hacían en todos los puntos incursiones imprevistas, cada provincia tenía que resistirles con sus propias fuerzas, bajo el mando de sus nobles y de sus magistrados; así, por la misma razón que hace que una guerra general, sostenida por los esfuerzos reunidos de un estado entero, acrecienta comúnmente el poderío de la corona, aquellas guerras particulares y aquellas incursiones redundaban en pro de los *aldermen* y de la nobleza.

En un pueblo turbulento, militar, tan enemigo del comercio y de las artes, tan poco acostumbrado a los trabajos de la industria, la justicia generalmente se administraba muy mal, y parece que la violencia y la opresión reinaban sin impedimento alguno. El excesivo poder de la aristocracia agravaba aquellos desórdenes, que por su parte contribuían a aumentar aquel. Los ciudadanos no osando contar con la protección de las leyes, se veían reducidos a consagrarse al servicio de algún *chiefthain* cuyas órdenes seguían, aun cuando les mandasen trastornar el gobierno y molestar a sus paisanos; en recompensa, aquellos patronos los protegían de los insultos o las injusticias de los extranjeros. Así sabemos, por los extractos del *Domesday* que nos ha dado el doctor Brady, que hasta los mismos habitantes de las ciudades se ponían casi todos bajo la clientela de algún señor, cuyo patrocinio compraban mediante un tributo anual, y a quien tenían que considerar como a su soberano, más que al rey, y aun más que a la legislatura³⁹⁵. Un cliente, aunque hombre libre, se consideraba como tan perteneciente a su patrono, que la ley condenaba a su asesino a pagar una multa a este último, para indemnizarle de la pérdida que se juzgaba que había experimentado. del mismo modo que se hubiera pagado la muerte de un esclavo a su amo³⁹⁶. Las personas de mayor calidad, pero no bastante poderosas todavía para sostenerse con sus propias fuerzas, formaban entre sí una confederación formal, y componían una especie de comunidad separada, que solía ser formidable para cualquiera que intentase atacarla.

El doctor Hicckes nos ha conservado un pacto o contrato sajón de esta naturaleza muy curioso, que llama un *sodalitium*, y que contiene muchas particularidades características de las costumbres y usanzas de aquellos tiempos³⁹⁷: todos los socios se califican en él de hidalgos o gentiles hombres de Cambridgeshire, y se dice que todos han jurado sobre las santas reliquias de observar puntualmente su confederación y de guardarse una fidelidad recíproca; prometen enterrar en el lugar que se designe a cualquiera de sus asociados que llegue a morir, contribuir a los gastos de sus exequias y seguir su duelo, condenando a todo el que faltase a este último deber a pagar una medida de miel, oblíganse a volar mutuamente en auxilio de cualquiera de ellos que estuviese expuesto a algún riesgo, y aun a dar parte de él al *sheriff*, y si este magistrado se descuidase en proteger a la persona en peligro, a condenarle a una multa de una libra; si el presidente de la sociedad se hallase en falta en esta circunstancia, se impone a sí mismo una multa semejante, a menos de tener la legítima excusa de una enfermedad o de órdenes que ejecutar en servicio de su superior. Cuando uno de los confederados moría de mano airada, exigían del matador la suma de ocho libras, y si la negaba, demandaban en justicia el pago a costas comunes. Si uno de ellos, siendo pobre, daba muerte a alguno, la sociedad contribuía, en la proporción acordada, para pagar la multa a que salía condenado, es decir, un marco si la multa era de 700 chelines, menos si el muerto era un villano, y solamente la mitad si era un galés; pero cuando uno de los asociados cometía un homicidio voluntario y sin provocación, era preciso que él mismo pagase su multa. En el caso de que un individuo de aquella confederación matase a otro injustamente, no sólo pagaba la multa ordinaria a

dice: «Nam ex materno sanguine altinebat ad eum honor illius comitatus: erat enim ex matre Alghitha filia Uthredi comitis.» Véase también Simeón Dunelm, p. 205. Vemos en estos ejemplos la misma tendencia a hacer hereditarios los cargos que más antiguamente se manifestó en el continente y ya había producido en él todos sus efectos.

395 Brady, *Traetise of borough*, páginas 3, 5, etc. Lo mismo sucedía con respecto a los hombres libres del campo. Véase el Pref. a su hist, pág. 8, 10, etc.

396 Leg. Edw. Conf. § 8, apud. Ingulf.

397 Dissert. Epist. pág. 21.

los parientes del muerto, mas también otra de ocho libras a la sociedad, o quedaba privado de sus fueros; entonces, todos los que la componían se obligaban, so pena de una multa de una libra, a no beber ni comer nunca con el culpado, excepto en presencia del rey, del obispo o del *alderman*. Todavía hay en aquel contrato de asociación otros reglamentos conducentes para proteger a los contratantes, igualmente que a sus criados, contra toda violencia, o para vengarlos de las que se cometieran contra ellos, y en fin, para impedir entre ellos toda expresión injuriosa. La multa que pagaban en este último caso era una medida de miel.

Es indudable que una confederación de esta naturaleza debía ser un fecundo origen de amistad y unión en una época en que perpetuamente se tenían que temer desafueros de los enemigos, de los malhechores, de los ambiciosos, y en que no se esperaba la seguridad personal más que del propio desnudo y de la asistencia de amigos y patronos. Como los odios eran más violentos, también las amistades eran más íntimas, ya las formasen los lazos de la sangre, ya una elección libre: el más pequeño grado de afinidad se tomaba en cuenta; los menores servicios inspiraban una gratitud inalterable; la venganza de las injurias se llevaba con todo rigor, no menos por pique de honra que como el mejor medio de precaverse de nuevas injurias para lo sucesivo. Como la unión civil era floja, suplíanla numerosas confederaciones particulares, las cuales proporcionaban a los individuos la seguridad que no bastaban a garantizarles su inocencia y la protección de las leyes.

En suma, a pesar de la aparente libertad o más bien licencia de los anglosajones, la masa del pueblo era realmente mucho menos libre que bajo los gobiernos donde es más severa la ejecución de las leyes, y donde los súbditos están más estrictamente subordinados al magistrado civil. Aquel estado era un efecto del exceso mismo de aquella libertad. Todos los hombres quieren, a cualquier costa, vivir a cubierto de los insultos y de las violencias, y donde quiera que no pueden esperar protección de las leyes y del magistrado, procuran granjearse la de algunos grandes a fuerza de deferencia, o se coligan en especies de confederaciones particulares que obran bajo la dirección de un jefe poderoso: y así es como toda anarquía llega a ser la causa inmediata de la tiranía, si no sobre el estado entero, a lo menos sobre la mayor parte de los vasallos.

Las leyes sajonas daban seguridad a todos los individuos del *Wittenagemot*, para la ida como para la vuelta, «excepto el caso, en que fueran notoriamente rapaces y ladrones.»

Diferentes órdenes del estado

Los sajones-germanos, como los demás pueblos de aquel continente, estaban divididos en tres clases, los nobles, los libres y los esclavos³⁹⁸, y llevaron consigo estas distinciones a Bretaña.

Los nobles se llamaban *thanes*, y eran de dos especies, los *thanes* del rey y los *thanes* de segundo orden: a lo que parece estos dependían de los otros, y habían recibido de ellos tierras, cuyo rédito les pagaban, y por las cuales estaban obligados a obedecer las órdenes de sus señores en tiempo de paz y de guerra³⁹⁹. No conocemos más títulos para ser elevado a la categoría de *thane*, que un nacimiento ilustre, y la posesión de tierras; el primero de estos títulos fue siempre muy considerado entre todas las naciones germanas, aun en sus tiempos de mayor barbarie. Como la nobleza sajona, por tener poco crédito, podía difícilmente recargar sus bienes con muchas deudas, y como el pueblo carecía del comercio y la industria necesarios para allegar grandes riquezas, estas dos clases de personas, aunque no estaban separadas por leyes positivas, pudieron por largo tiempo permanecer distintas entre sí, y las casas principales se sostuvieron durante muchos siglos en la opulencia y el esplendor; entonces, además, no había clases medias que pudiesen irse mezclando poco a poco con las superiores y obtener insensiblemente honores y distinciones. Si, por alguna ocurrencia extraordinaria, una persona de una clase oscura se enriquecía, esta circunstancia tan singular la hacía notable, le acarreaba la envidia y la indignación de los nobles, y ni siquiera podía

398 Nithard, Hist., lib. IV.

399 Spel. Feud., and Tenures, pág. 40.

conservar lo que había adquirido, y defenderse de la opresión, si no había solicitado amos y pagado caramente el apoyo de algún *chieftain*.

Hay en las leyes sajonas dos estatutos que parece como que tienden a confundir estas diversas clases, el de *Atelstan*, en virtud del cual un comerciante que había hecho a sus expensas tres largos viajes por mar tenía derecho a la calidad de *thane*⁴⁰⁰, y el del mismo príncipe que otorgaba la misma merced al labrador o al *ceorle*⁴⁰¹, es decir, al artesano que había logrado comprar cinco *hydes* de tierras, y tenía una capilla, una cocina, una sala y una campana, pero los ejemplos de labradores o mercaderes sacados así de su clase eran raros, pues, nunca pudo la ley triunfar de las preocupaciones reinantes: la distinción entre la nobleza y la plebe subsistió completa, y un *thane* de nacimiento miró siempre con el mayor desprecio a un *thane* legal o facticio. Aunque nuestras conjeturas sobre este punto no están apoyadas en los testimonios de los antiguos historiadores, están tan bien fundadas sobre la naturaleza misma de las cosas, que debemos adoptarlas como consecuencias necesarias e infalibles del establo del reino en aquellos remotos tiempos.

Cuando los normandos conquistaron la Inglaterra, parece según el *Domesday*, que las ciudades no eran más considerables de lo que son hoy día las aldeas⁴⁰²; la misma York, aunque siempre fue la segunda, o por lo menos la tercera ciudad de Inglaterra⁴⁰³, y la capital de una gran provincia que nunca estuvo enteramente unida a las demás, sólo contenía entonces mil cuatrocientas diez y ocho familias⁴⁰⁴. Malmesbury nos dice⁴⁰⁵ que lo que más distinguía a la nobleza sajona de la francesa o normanda, es que ésta gastaba mucho en construir soberbios castillos, al paso que la otra empleaba sus inmensos bienes en casas feas, en francachelas y en hospedar a toda casta de gentes: de aquí podemos inferir que las artes en general estaban mucho menos adelantadas en Inglaterra que en Francia. Los grandes señores sustentaban un crecido número de criados holgazanes y de dependientes externos asalariados (*retainers*); y como aquellos grandes señores eran bastante poderosos, aun en Francia, para coartar la libre ejecución de las leyes, podemos juzgar del grado de autoridad que tenía la aristocracia en Inglaterra. Cuando el conde Godwin sitió en Londres a Eduardo el Confesor, reunió a todos sus criados, vasallos y *retainers*, y obligó a su soberano a someterse a las condiciones que quiso imponerle.

La última sección de la clase de los hombres libres era lo que los anglosajones llamaban los *ceorles*, es decir, artesanos: en los sitios en que eran industriosos, los empleaban principalmente en las labores del campo, de donde los nombres de *ceorle* y de *husbandman*, es decir, labrador, llegaron en cierto modo a ser sinónimos. Cultivaban las haciendas de los nobles o *thanes*, y les pagaban su rédito. Parece que los señores podían a su arbitrio tomar o dejar a aquellos cultivadores, pues casi nunca se hace mención de arrendamientos entre los anglosajones, y el orgullo de los grandes y la ignorancia general en el arte de escribir debían hacer que fuesen muy raros aquellos contratos, y retener a los cultivadores en una especie de condición dependiente. Los réditos de las haciendas se pagaban entonces principalmente en frutos⁴⁰⁶.

Pero la clase más numerosa de todas, y con mucho, parece que era la de los esclavos o villanos, que formaban parte de lo que sus señores poseían en propiedad, y por consiguiente eran incapaces de adquirir por sí y para sí ninguna propiedad. El doctor Brady nos asegura, citando el libro del *Domesday*⁴⁰⁷, que en todas las provincias de Inglaterra, ocupaban la mayor parte de las

400 Wilkins, pág. 71.

401 Selden, *Titles of honor*, pág. 515. Wilkins, pág. 70.

402 Winchester, como fue la capital de la monarquía west-sajona, era antiguamente una ciudad considerable, Gul. Piet. pág. 210.

403 Norwich contenía 738 casas. Exeter, 315, Ipswich, 538, véase Brady, *Treatise of Boroughs*, pág. 3, 6, etc. Estas son las ciudades más considerables que menciona, remitiéndose al *Domesday-Book*.

404 Brady, *Treatise of Boroughs*, pág. 10. Esta ciudad estaba dividida en seis barrios, además del palacio arzobispal, y cinco de aquellos barrios contenían el número de familias arriba expresado, lo que, contando cinco personas por familia, hace sobre 7.000 almas. El sexto barrio estaba completamente arruinado.

405 Pág. 162. Véase también de Gest. Angl. pág. 333.

406 Leges Inae, § 70. Estas leyes fijan las rentas por un hyde; pero es difícil reducirlas a medidas modernas.

407 Prefacio general a su historia, pág. 7, 9, etc.

tierras, y que los *husbandmen* o labradores, y más aun los *socmen* o colonos, especies de terratenientes a quienes no se podía despedir cuando se quería, eran muy raros en comparación de aquellos, pero no sucedía lo mismo en tiempo de los germanos, en cuanto podemos inferir de lo que refiere Tácito. Las perpetuas guerras de la Heptarquía, y las rapiñas de los daneses parece que fueron la causa de aquella gran diferencia con los anglosajones. Los prisioneros que se hacían en las batallas o que se cautivaban en las frecuentes invasiones, quedaban entonces reducidos a la condición de esclavos, y en virtud del derecho de la guerra⁴⁰⁸, estaban enteramente a la disposición de sus señores. Las grandes propiedades de los nobles, sobre todo si a ellas va unida una administración irregular de la justicia, favorecen naturalmente el poder de la aristocracia, pero todavía se consigue más este resultado si el uso de tener siervos del terruño está establecido y es muy común. No sólo entonces la nobleza posee el influjo que dan siempre las riquezas, mas también la autoridad que le dan las leyes sobre sus esclavos y sus villanos: entonces le es difícil y casi imposible a un particular conservarse totalmente libre e independiente.

Había entre los anglosajones dos especies de esclavos, el esclavo *household*, es decir doméstico, al modo de los antiguos, y el *predial* o rústico, al modo de los germanos⁴⁰⁹: estos últimos eran semejantes a los siervos que todavía se ven en Polonia, en Dinamarca y en algunos puntos de Alemania. El poder de un amo sobre sus esclavos no era limitado entre los anglosajones como entre sus antecesores. Si un hombre, castigando a su esclavo, le rompía un diente o le sacaba un ojo, el esclavo recobraba su libertad⁴¹⁰; si lo mataba en el acto, o moría a las veinticuatro horas de resultas de los golpes recibidos, el amo pagaba una multa al rey, pero si la muerte era lenta, el homicidio quedaba impune⁴¹¹. Vender su libertad o la de sus hijos fue siempre cosa usada entre los germanos,⁴¹² y los anglosajones conservaban este uso⁴¹³.

En aquel pueblo, los grandes y los abades tenían jurisdicción en su territorio y podían castigar sin apelación a todos los ladrones y malhechores que cogían dentro de sus límites⁴¹⁴. Esta institución debió producir efectos contrarios a los que se esperaban de ella, pues aseguraba un asilo a los malvados más bien que un castigo en las tierras de los señores poco sinceramente dispuestos a reprimir los crímenes y las violencias.

Tribunales

Aunque parece a primera vista que el gobierno anglosajón era en general aristocrático, conservaba no obstante considerables restos de la antigua democracia, insuficientes, en verdad, para proteger a la última clase del pueblo sin el patrocinio de algún gran señor, pero que podían servir de cimiento a la seguridad de la *gentry* o nobleza interior, y aun darle cierto grado de consideración. La administración particular de la justicia por los juzgados decenarios (*decennary*), cantones (*hundred*) y condados, estaba bien discurrida para defender la libertad general y poner un freno al poder de los nobles. Todos los *free-holders* o colonos libres acudían dos veces al año a los tribunales del condado o *shiremotes*, donde recibían las apelaciones de los juzgados inferiores, decidían todas las causas eclesiásticas o civiles, y el obispo, juntamente con el *alderman* o el conde los presidía⁴¹⁵. Despachábanse allí los negocios de un modo muy expeditivo, sin largos alegatos, sin formalidades, sin demoras, y a pluralidad de votos, sin que el obispo y el conde tuviesen más autoridad que la de

408 Leges Edg. § 14, Apud. Spel. conc. tomo I. pág. 471.

409 Spel. Gloss. in verbo servas.

410 Leges Ælf. § 20.

411 Leges Ælf. § 17.

412 Tac. de Mor. Germ.

413 Leges Inae, § 11. Leges Ælf. § 12.

414 Higden lib. I. cap. 50. Leg. Edu. Conf. § 26. Spel. conc. tomo I. pág. 415. Gloss in verbo. Haligemot y Infangenthefe.

415 Leges Edg. § 5. Wilkins, pág. 78. Leges Canut. § 17. Wilkins, pág. 156.

conservar el orden entre los colonos libres y dar su dictamen⁴¹⁶. Cuando durante tres sesiones el juzgado del *hundred* y luego el del condado no hacía justicia a una demanda, se apelaba al tribunal del rey⁴¹⁷, pero esto sólo se hacía en los casos muy importantes. El *alderman* de la provincia tenía el tercio de las multas impuestas por aquellos juzgados⁴¹⁸, y como la mayor parte de las penas que se imponían entonces eran pecuniarias, aquel derecho formaba una porción considerable de los emolumentos de su empleo. Los otros dos tercios, que le correspondían al rey, no eran tampoco la menor parte de las rentas públicas. Todo colono libre que faltaba tres veces a aquellas asambleas era condenado a pagar una multa⁴¹⁹.

Como, a causa de la ignorancia de aquellos siglos, las escrituras eran muy raras, en el *county court* o juzgado de los *hundred* era donde se ajustaban las más importantes transacciones a fin de conservar memoria de ellas y evitar futuros litigios: allí se publicaban los testamentos, se emancipaba a los esclavos, y se hacían las compras y ventas; a veces, para mayor seguridad, se insertaban estos autos en las hojas blancas de la Biblia parroquial, que de esta suerte se convertía en una especie de libro de asientos demasiado sagrado para que nadie osase falsificarle, y aun era uso bastante común añadir al fin de aquellos autos una imprecación contra todo el que cometiese semejante atentado⁴²⁰.

En un pueblo que vive de un modo tan sencillo como los anglosajones, el poder jurídico es siempre más importante que el legislativo, y así vemos que en Inglaterra no había contribuciones impuestas por los estados o había muy pocas, que el número de los reglamentos era muy limitado, y que la nación estaba regida, menos por leyes que por usanzas, cuya interpretación se extendía hasta el infinito, de modo que aun cuando fuese punto admitido que el *Wittenagemot* estaba compuesto enteramente de la principal nobleza, las *countri-court*i, donde entraban todos los colonos libres y que regían todos los negocios ordinarios de la vida, formaban una base muy sólida de gobierno, y oponían un dique no despreciable a la influencia de la aristocracia, pero todavía hay otro poder superior a los poderes jurídico y legislativo, que es el de la fuerza y la violencia, poder del que es difícil obtener satisfacción en los tribunales de justicia. En todos los gobiernos de una vasta extensión, donde es débil la acción de las leyes, este poder cae naturalmente en manos de la principal nobleza, y para determinar con puntualidad hasta donde puede llegar, no deben consultarse tanto los estatutos públicos como algunos hechos históricos sueltos, los usos particulares, y a veces las luces solas de la razón y el examen de la naturaleza de las cosas. Por mucho tiempo concedió la ley a los montañeses de Escocia todos los privilegios de los súbditos bretones, pero el pueblo tardó mucho en llegar realmente a disfrutarlos.

Los historiadores y los que se ocupan en escudriñar la antigüedad, no están acordes sobre el grado de autoridad que podían tener todos los miembros del gobierno anglosajón. La suma obscuridad del argumento, aun dado que nunca hubiera entrado en la discusión el espíritu de partido, hubiera bastado para producir esas divergencias de opinión; pero el grande ascendiente de los señores sobre sus esclavos y sus vasallos, la clientela de los vecinos acomodados, la falta de una condición intermedia en la sociedad, la extensión de la monarquía, la flaca ejecución de las leyes, los disturbios y continuos desórdenes del estado, todo indica que el gobierno anglosajón acabó por ser sumamente aristocrático: los sucesos ocurridos durante la época que precedió inmediatamente a la conquista confirman esta conjetura.

Leyes criminales

Las penas que imponían los tribunales anglosajones a los criminales, y el modo de administrar

416 Hicckes, Dissert. Epist. páginas 2, 8.

417 Leges Edg. § 2. Wilkins, pág. 77. Leges Canut. § 18. Apud Wilkins, pág. 136.

418 Leges Edn. Conf. § 31.

419 Leges Æthelst. § 20.

420 Hicckes, Dissert. Epist.

las pruebas en todas las causas, son bastante singulares, y no se parecen en nada a lo que actualmente se practica entre las naciones civilizadas.

Es preciso ante todas cosas tener bien entendido que los germanos distaban todavía muy poco del estado de naturaleza: las confederaciones sociales entre ellos eran más bien militares que civiles: su principal cuidado era atender a los medios de ataque y de defensa contra los enemigos públicos, y no a los de precaverse de la malicia de sus compatriotas; sus posesiones eran tan iguales y reducidas, que corrían poco riesgo de perderlas, y el natural valor de aquel pueblo hacía que cada uno contaba consigo mismo, y con sus amigos para su seguridad y para su venganza. Esta falta de unión política estrechaba aun más los vínculos de las confederaciones particulares; un insulto hecho a cualquiera era considerado por todos sus parientes y allegados como una injuria común, y no menos por el pundonor que por el sentimiento de un interés general, estaban empeñados a vengar su muerte o cualquier violencia que hubiese sufrido; entonces usaban de represalias contra el agresor, y si su propio *clan* o tribu le protegía, como era común y natural, cundía la enemistad de uno en otro pariente o amigo, y la nación se hallaba agitada con revueltas sin fin.

Los frisonos, una de las tribus germanas, no salieron nunca de aquel estado de sociedad grosera y salvaje, y siempre conservaron sin límites ni obstáculos, el derecho de represalias en las desavenencias particulares⁴²¹; pero las demás naciones de la Germania, en los tiempos de Tácito, habían dado algunos pasos más hacia el establecimiento de la unión civil y política. Aunque siempre era un empeño de honra indispensable para cada tribu vengar la muerte o la injuria de uno de sus individuos, el magistrado había sin embargo adquirido el derecho de interponer su autoridad en las querellas y apaciguar las desavenencias, obligando a la persona herida o insultada, o a los deudos del muerto, a aceptar una dádiva del agresor y de su familia⁴²², como una compensación por la injuria⁴²³ recibida, y a abandonar todo otro medio de venganza; pero para que el apaciguamiento mismo no llegase a ser un origen de nuevos piques, aquella dádiva era fija y determinada con arreglo a la calidad de la persona muerta u ofendida: generalmente consistía en cabezas de ganado, principal propiedad de aquellos pueblos rústicos y groseros. Un presente de esta especie satisfacía la venganza de la familia ofendida, en cuanto era una pérdida para el agresor, contentaba su orgullo, en cuanto mostraba una especie de sumisión, y disminuía la pesadumbre que podía tener por la muerte o el ultraje de uno de sus miembros aumentando su riqueza. Así se volvía la paz general a la sociedad, a lo menos por un momento⁴²⁴.

Pero luego que los germanos estuvieron establecidos algún tiempo en las provincias del imperio romano, hicieron progresos en un género de vida más civilizada, y su código criminal fue perfeccionándose poco a poco. El magistrado, cuyo oficio era conservar la paz pública y reprimir las rencillas particulares, se miró como personalmente ofendido por toda ofensa hecha a un habitante de su distrito: además de la indemnización concedida a la persona perjudicada, o a su familia, creyóse con derecho para exigir una multa en su beneficio, llamada el *fridwit*, como una expiación del desorden causado, y como remuneración del trabajo que se había tomado para ajustar la desavenencia. Una vez concebida esta idea, que es tan natural, el soberano y el pueblo se apresuraron a adoptarla; las numerosas multas que se echaban aumentaban las rentas del rey, y el pueblo era bastante sensato para conocer que su soberano sería más vigilante en interponer su mediación cuando le reportase un provecho tan inmediato, y que las ofensas llegarían a ser más raras cuando fuera preciso reparar primero el perjuicio causado a la persona ofendida, y soportar luego aquel recargo de castigo⁴²⁵.

421 Leges Fris. tit. 2. Apud Liudembrog. Pág. 49l.

422 Leges Æthelb. § 23. Leges Ælf. § 27.

423 Los sajones la llamaban Maegbota.

424 Tac. de Mor. Germ. Este autor dice que el precio de aquel acomodamiento estaba fijado, lo que debía ser obra de la ley, y de la interposición de los magistrados.

425 Además de pagar dinero a los deudos del muerto y al rey, el asesino tenía que abonar al señor del esclavo o vasallo una suma como compensación de la pérdida que le ocasionaba: esta suma se llamaba el Manbote. Véase el Spel. Gloss. in verbo Fredum, Manbot.

Este breve resumen contiene la historia de la jurisprudencia criminal de las naciones del norte por espacio de algunos siglos. Puede juzgarse del estado de la Inglaterra bajo este concepto, durante la época de los anglosajones, por la colección de las antiguas leyes que han publicado Lambard y Willkins. El principal objeto de aquellas leyes no era prevenir o suprimir enteramente las contiendas privadas, cosa que los legisladores sabían que era imposible, sino solamente regirlas y moderarlas; así por ejemplo las leyes de Alfredo obligan a todo el que sabe que su enemigo o su agresor, después de haberle ultrajado, está determinado a quedarse en su casa y en sus *propias tierras*⁴²⁶, a no pelear contra él hasta después de haber intimado que le dé la debida indemnización, si el ofendido es bastante fuerte para sitiar al ofensor en su casa, la ley le permite bloquearla por espacio de siete días sin atacar a la persona de su enemigo, y si el ofensor consiente durante este tiempo en rendirse, su adversario puede retenerle prisionero treinta días, pero está obligado a entregarle en seguida sano y salvo a su familia y a contentarse con la indemnización. Las mismas leyes disponen que si el culpado huye a un templo, no debe violarse este santuario; que cuando un agresor no tiene bastantes fuerzas para sitiar a su enemigo en su casa, debe pedir socorro al *alderman*, y si éste se lo niega, debe dirigirse al mismo rey, porque no le es lícito sitiar aquella casa sino después de haberle negado su asistencia aquel magistrado supremo; que si alguno encuentra a su enemigo, no sabiendo que está resuelto a permanecer en sus propias tierras, debe, antes de atacarle, intimarle que se le rinda prisionero y le entregue sus armas; que, en este caso, puede tenerle preso treinta días, pero que, si el acusado se niega a entregar sus armas, puede pelear contra él legítimamente; en fin que un esclavo puede batirse por la causa de su amo, y un padre por la de su hijo, contra quien quiera que sea, excepto contra su amo⁴²⁷.

Una ley del rey Ina prohibía tomarse venganza por sí mismo de ninguna injuria, antes de haber pedido reparación de ella sin haberla podido obtener⁴²⁸.

En el preámbulo de sus leyes, el rey Edmundo habla de las calamidades universales que ocasionaba la multiplicidad de las rencillas y refriegas entre las familias, y establece diferentes medios para remediar el mal. Si un hombre mata a otro, manda que pueda, con la ayuda de sus parientes, expiar su crimen, pagando en el término de un año la multa fijada; pero que, si el matador se ve abandonado por sus parientes, se le condene a sostener solo su contienda contra la familia del muerto. Aquel príncipe dispensa a los parientes del culpado de abrazar la querrela, bajo la sola condición de que no tendrán ningún trato y comunicación con él; de que no le suministrarán mantenimientos, ni otras cosas necesarias a la vida; pero si alguno de ellos, después de aquel rompimiento abierto, le recibe en su casa, o le da alguna asistencia, tienen que pagar una multa al rey y cargar necesariamente con una parte de la responsabilidad del homicidio. Si los parientes del muerto ejercen su venganza sobre algún otro que no sea su mismo homicida, cuando le ha abandonado su familia, todos sus bienes quedan confiscados y se los declara enemigos del rey y de todos sus amigos⁴²⁹; hay también un artículo que decide que las multas por homicidio nunca serán perdonadas por el rey⁴³⁰, y que no se dará muerte nunca a un criminal refugiado en una iglesia o en alguna de las ciudades realengas⁴³¹. Edmundo declara que su casa nunca será un asilo para los homicidas, hasta que hayan satisfecho a la Iglesia con su penitencia, y a los parientes del muerto con una indemnización⁴³²: en seguida prescribe el modo de transigir en negocios de esa clase⁴³³.

Estas tentativas de Edmundo para coartar y disminuir los odios y banderías hereditarias en las familias, contrariaron la antigua índole de los bárbaros del norte, y tendieron a hacer más regular la administración de la justicia. En virtud de la ley sálica, todo hombre podía, mediante una

426 La adición de estas últimas palabras en bastardilla, parece necesaria por lo que sigue luego en la misma ley.

427 Leges Ælf. § 28, Wilkins, p. 43.

428 Leges Inae. § 9.

429 Leges Edm. § 1, Wilkins, p. 73.

430 Leges Edm. § 3.

431 Leges Edm. § 2.

432 Leges Edm. § 4.

433 Id. § 7.

declaración pública, dispensarse de entrar en las querellas de su familia, pero entonces la ley le excluía de aquella familia a la que ya dejaba de pertenecer, y le despojaba de todo derecho de sucesión, para castigar su cobardía⁴³⁴.

El precio o talla de la cabeza del rey, o su *weregild*, como se llamaba aquella multa, estaba fijado por la ley en 30.000 *trismas*, cerca de 1.300 libras esterlinas de la moneda actual; el de la del príncipe, en 15.000; el de la de un obispo o *alderman*, en 8.000, el de la de un sheriff, en 4.000; el de la de un *thane* o un eclesiástico, en 2.000; el de la de un *ceorle*, en 266. Las leyes de los ingleses determinaban todas estas tallas. En virtud de la ley mercia, la de la cabeza de un *ceorle* era de 200 chelines; y la de un *thane*, seis veces mayor, y la de un rey, seis veces mayor que esta última⁴³⁵. Por la ley de Kent, la muerte de un arzobispo se evaluaba en más alto precio que la de un rey⁴³⁶, tanto se respetaba entonces a los eclesiásticos. Es de advertir que si una persona no podía pagar la multa, quedaba enteramente fuera de la protección de las leyes, y los deudos del muerto eran dueños de vengarle como mejor les parecía.

Algunos anticuarios⁴³⁷ han creído que aquellas compensaciones solo eran válidas, tratándose de un homicidio involuntario o accidental, y no en caso de muerte premeditada, pero no se descubre rastro alguno de esta distinción en las leyes, y la contradice además la constante práctica de todas las demás naciones bárbaras⁴³⁸, la de los antiguos germanos⁴³⁹, y particularmente aquel curioso monumento de la antigüedad sajona que nos ha conservado Hickes y de que anteriormente hemos hecho mención. Hay en efecto una ley de Alfredo que pone al homicidio voluntario en la categoría de los crímenes capitales⁴⁴⁰), pero parece que esto no fue más que una tentativa de aquel gran legislador para establecer una policía mejor en el reino, y que aquella no se llevó a ejecución. En virtud de las leyes de aquel mismo príncipe, una conspiración contra la vida del rey se expiaba pagando una multa⁴⁴¹.

También fijaban las leyes sajonas el precio de toda especie de heridas, una herida de una pulgada de longitud debajo del pelo costaba un chelin al que la hacía; otra del mismo tamaño en la cara se tasaba en dos; la pérdida de una oreja en treinta, y así sucesivamente⁴⁴². Parece que aquellas leyes no tuvieron ninguna cuenta con la calidad de la persona en las multas que imponían. Las leyes de Etelberto obligaban a todo hombre culpable de adulterio con la mujer de su vecino a pagar una multa al marido ultrajado y a comprarle otra mujer⁴⁴³.

Estas instituciones no son peculiares de los antiguos germanos, y parecen ser el progreso necesario de la jurisprudencia criminal en todos los pueblos libres donde la voluntad del soberano no tiene un poder despótico; así, por ejemplo, las hallamos establecidas entre los antiguos griegos del tiempo de la guerra de Troya. En el discurso de Néstor a Aquiles se habla de compensación de muerte, en el libro nono de la *Iliada*, y se las llama ἄποινα (*apoina*). Los irlandeses, que nunca tuvieron relaciones con los pueblos de la Germania, adoptaron el mismo uso y lo conservaron mucho tiempo: el precio de la cabeza de un hombre se llamaba entre ellos su *eric*, como asegura sir Juan David. Los judíos, a lo que parece, adoptaron la misma práctica⁴⁴⁴.

El robo y la sisa eran muy frecuentes entre los anglosajones, y a fin de oponer algún dique a estos delitos, habíase prohibido a toda persona vender o comprar cosa alguna por más del valor de veinte peniques fuera de los mercados públicos⁴⁴⁵; toda venta, cualquiera que fuese debía efectuarse

434 Tit. 63.

435 Wilkins pág. 71, 72.

436 Leges Ethel. apud Wilkins, pág. 110.

437 Tyrrel, Introducción, tomo I pág. 126. Carte, tomo I. pág. 366.

438 Lindembrogius. passim.

439 Tac. de Mor. Germ.

440 Leges Ælf. § 12. Wilkins, pág. 29. Es probable que por homicidio voluntario entiende Alfredo muerte a traición.

441 Leges Ælf. § 4. Wilkins, pág. 35.

442 Leges Ælf. § 40. Véase también Leges Ethelb. § 34, etc.

443 Leges Ethelb. § 32.

444 Exod. XXI. 23, 30.

445 Leges Ætelst. § 12.

en presencia de testigos⁴⁴⁶. Las bandas de salteadores turbaban mucho el sosiego del país, y la ley decidió que una cuadrilla de aquellos bandidos, desde siete hasta treinta y cinco, se llamaría *turma*, o tropel, y toda reunión más numerosa, ejército⁴⁴⁷. Las penas dictadas contra aquellos malhechores eran diferentes, pero ninguna capital⁴⁴⁸. Si un hombre podía descubrir que sus cabezas de ganado robadas habían entrado en las tierras de otro, éste estaba obligado a probar su salida por las huellas de las pezuñas o a pagar su valor⁴⁴⁹.

El crimen de rebelión a cualquiera demasía que se llevase, nunca se castigaba de muerte, y con una suma de dinero se obtenía su perdón⁴⁵⁰. Los legisladores previendo que sería imposible atajar todos los desórdenes, impusieron solamente una multa más crecida a toda persona que los cometiese en sitio donde se hallasen el rey, un *alderman* o un obispo. También parece que una taberna de cerveza era un lugar privilegiado, y que las quimeras que se suscitaban allí, eran castigadas con más severidad que en otros sitios.⁴⁵¹

Reglas de pruebas

Si las penas pronunciadas contra los crímenes entre los anglosajones parecen singulares, no lo eran menos las pruebas, y también resultaban naturalmente de la situación de aquellos pueblos. Cualquiera que sea la idea que nos formemos de la franqueza y del candor de las naciones groseras y bárbaras, es cierto que hay entre ellas mucha más falsía y aun perjurio que en los pueblos civilizados. La virtud, que no es otra cosa más que la razón desarrollada y cultivada, jamás florece hasta cierto punto ni está fundada en sólidos principios de honor, sino donde es general la buena educación, y donde se les enseñan a los hombres las perniciosas consecuencias del vicio, de la perfidia y de la inmoralidad: aun el mismo imperio de la superstición, aunque más poderoso sobre los pueblos poco ilustrados, no suple sino muy escasamente la falta de luces y buena crianza. Nuestros antecesores europeos que a cada instante empleaban el juramento sobre las cruces y las reliquias más sagradas, respetaban sus empeños menos de lo que los respeta su posteridad, que, desengañada por la experiencia, ha renunciado a aquellas inútiles fianzas. Aumentaba además aquella general propensión al perjurio la falta de discernimiento, demasiado común en los jueces, que, no acertando a discutir un negocio embrollado, contaban y no pesaban las deposiciones de los testigos⁴⁵²: de aquí nació la ridícula práctica de obligar a los acusados a presentar *compurgadores*, quienes confesaban que nada sabían del hecho, y sin embargo atestiguaban bajo juramento que creían que la persona por quien salían fiadores decía la verdad: casos hubo en que aquellos *compurgadores* llegaron al número de trescientos⁴⁵³. El uso de los combates singulares estaba establecido también entre casi todas las naciones del continente, para remediar el efecto de los falsos testimonios⁴⁵⁴, y aunque el clero alzando la voz contra aquel linaje de pruebas, las hizo abandonar muchas veces, continuamente renacía de la experiencia de la poca fe que se podía tener en las deposiciones de los testigos⁴⁵⁵, de modo que la prueba del duelo llegó en fin a ser una especie de jurisprudencia, y la ley determinó los casos en que un hombre podía desafiar a su adversario, a

446 Leges Ætelst. § 10, 12 y otras leyes.

447 Leges Inae, § 12.

448 Leges Inae, § 37.

449 Leges Ætelst. § 2. Wilkins, pág. 63.

450 Leges Ætelst. apud Wilkins, pág. 110.

451 Leges Hloth et Eadm. § 12, 13. Leges Æthelr. apud Wilkins, pág. 117.

452 A veces las leyes fijaban reglas generales muy cómodas para juzgar del crédito que debía darse a los testigos. El juramento de un hombre, cuya vida se evaluaba en 120 chelines equivalía al de seis ceorles, cuyas vidas no se contaban cada cual más que a razón de 20 chelines. Véase Wilkins, pág. 72.

453 Pref. Nicol. ad Wilkins, pág. 11.

454 Leges Burgund. cap. 45. Leges Longob. lib. II, tit. 55, cap. 34.

455 Leges Longob. lib. II, lit. 55, cap. 28. apud Lindenb. pág. 661.

los testigos o aun al mismo juez⁴⁵⁶. Aunque estas prácticas eran absurdas, todavía lo eran menos que las otras pruebas usadas antiguamente entre aquellas naciones bárbaras y que aun conservaban los anglosajones.

Cuando la discusión de un hecho era demasiado difícil para aquellos jueces ignorantes, recurrían a lo que llamaban el juicio de Dios, es decir a la casualidad, y tenían diferentes modos de consultar este oráculo. Uno de ellos era la decisión de la cruz, que se hacía de este modo: cuando una persona era acusada de un crimen, empezaba por protestar de su inocencia con un juramento apoyado por once compurgadores; luego cogía dos pedazos de madera, en uno de los cuales estaba señalada la figura de una cruz, los envolvía ambos separadamente en lana y los ponía sobre el altar o sobre algunas reliquias famosas: después de algunas solemnes oraciones, un sacerdote, o, en su lugar, un niño, cogía uno de aquellos pedazos de madera, y si sacaba el que tenía la figura de la cruz se declaraba inocente al acusado, y culpado en el caso contrario⁴⁵⁷. Una práctica igual, obra de la superstición, fue abolida en Francia por la superstición misma: Luis el Bondadoso (*le Debonnaire*), proscribió esta prueba, no porque era insegura, sino porque decía, profanaba un signo sagrado, mezclándole a las disputas y a las desavenencias vulgares de los hombres⁴⁵⁸.

El *ordeal* (ordalía) era otra especie de prueba judicial usada entre los anglosajones, y se practicaba ya con agua hirviendo, ya con un hierro incandescente; el primer método estaba reservado para la plebe y el segundo para la nobleza. Empezábase por consagrar con muchas preces, misas, ayunos y exorcismos⁴⁵⁹, el agua o el hierro; luego el acusado metía la mano en el agua hirviendo hasta cierta profundidad, para sacar una piedra que se había echado en ella, o bien llevaba el hierro incandescente hasta cierta distancia⁴⁶⁰, hecho lo cual le vendaban la mano, y sellaban la venda con una estampilla; si al cabo de tres días, cuando le examinaban la mano, no se veía señal alguna de quemadura, se le declaraba inocente; si sucedía lo contrario quedaba convicto del crimen que se le imputaba⁴⁶¹. La prueba del agua fría era diferente: tiraban al acusado al agua consagrada; si sobrenadaba, quedaba justificado, y si se iba a fondo, se le miraba como culpado⁴⁶². Difícil es concebir como con una de estas pruebas podía una persona substraerse a su condena, y como un criminal podía ser convencido por la otra; pero todavía había otro método admirablemente bien discurrido para salvar a los culpados que tenían bastante confianza para probarle, que se reducía a consagrar una torta llamada *corsned*, y si el acusado podía tragarla y digerirla, su inocencia quedaba reconocida⁴⁶³.

Fuerzas militares

Si la ley feudal existió entre los anglosajones, lo que es dudoso, no se extendía seguramente sobre todas las tierras, y no llevaba consigo los deberes de homenaje, servicio, reconocimiento⁴⁶⁴, tutela, matrimonio y otras cargas inseparables de ella en los reinos del continente. Como los sajones expulsaron o destruyeron casi enteramente a los antiguos bretones, establecieron en aquella isla bajo el mismo pie que sus antecesores en Germania, pues ningún motivo tenían para adoptar las instituciones feudales⁴⁶⁵, imaginadas sólo para sostener en cierto modo sobre las armas un ejército

456 Véase Desfontaines y Beaumanoir.

457 Leges Frison. tit. 14, apud Lindenb. pág. 496.

458 Ducange, in verbo crux.

459 Spel. In verbo. Ordeal. Parker, pág. 155. Lindenb. pág. 1299.

460 Leges Inae, § 77.

461 A veces el acusado tenía que andar descalzo sobre el hierro incandescente.

462 Spel in verbo. Ordeatium.

463 Spel in verbo. Corsned. Parker, pág. 156. text. Ruffens, pág. 33.

464 A la muerte de un alderman, o de un thane de primera o de segunda clase se le daban al rey sus mejores armas, y esto se llamaba su heriot; pero este derecho no era de la naturaleza de un reconocimiento. Véase Spel. of Tenures, pág. 2. El valor de aquel heriot estaba fijado por las leyes de Canuto, § 69.

465 Bracton de Acq. Rer. Dom. lib. II. cap. 16.

siempre pronto a reprimir los movimientos de rebelión de un pueblo conquistado. El trabajo y el gasto necesarios para defender el estado se imponían igualmente en Inglaterra sobre todos los hacendados, y era de uso equipar y suministrar un soldado por cada cinco *hydes* de tierra. La *trinoda necessitas*, es decir, la obligación del servicio militar, la de componer los caminos, construir y conservar los puentes, era inseparable de todas las posesiones rurales, aun de las que estaban en poder de la Iglesia y de los monasterios, a menos de que los eximiese de aquellas cargas una carta particular⁴⁶⁶. Los *ceorles* o labradores estaban provistos de armas y obligados a servir por turno⁴⁶⁷. Contábanse en el reino doscientos cuarenta y tres mil seiscientos *hydes* de tierra⁴⁶⁸; por consecuencia las fuerzas militares ascendían generalmente a cuarenta y ocho mil setecientos veinte hombres y en las ocasiones extraordinarias ponían en campaña muchos más. El rey y los nobles tenían algunos colonos militares que se llamaban *sithoun-men*⁴⁶⁹, y había tierras anejas al cargo de *alderman* y a algunos otros, pero no eran probablemente de gran extensión, y aquellas dignidades no las poseían más que durante el tiempo que lo tenía a bien su señor, como al principio de la ley feudal en los demás países de Europa.

Hacienda

Las rentas del rey consistían principalmente, a lo que parece, en sus dominios, que eran muy dilatados, y en las tallas o contribuciones que levantaba, probablemente a discreción, sobre las villas y los puertos de mar situados en su patrimonio. No podía enajenar tierra alguna de la corona, ni aun para usos piadosos sin el consentimiento de los estados⁴⁷⁰. El *danegelt* era un impuesto de un chelín echado por los estados⁴⁷¹ sobre cada *hyde* de tierra, ya para pagar las contribuciones que exigían los daneses, ya para poner al reino en estado de defensa contra aquellos invasores⁴⁷².

Valor de las monedas

La libra sajona, igualmente que la misma moneda acuñada algunos siglos después de la conquista, tenía sobre tres veces el peso de nuestra libra actual. Valía cuarenta y ocho chelines, y el chelín cinco peniques⁴⁷³; por consiguiente, un chelín sajón valía una quinta parte más que nuestro penique actual⁴⁷⁴. Puede hacerse una especie de cálculo, aunque poco seguro, comparando el valor de las monedas de aquella época al de los géneros: en virtud de la ley de Atelstan, una oveja se evaluaba en un chelín, lo que corresponde a quince peniques de nuestra moneda, y su vellón en dos quintos del valor del animal entero⁴⁷⁵, lo que es muy superior a la evaluación actual, consistiendo esta diferencia probablemente en que los sajones, lo mismo que los antiguos, no usaban más vestidos que los que se hacían con tejidos de lana: la seda y el algodón les eran absolutamente desconocidos y hacían muy poco uso del lienzo. El precio de un buey era seis veces el de una oveja; y el de una vaca cuatro⁴⁷⁶. Si suponemos que por la falta de agricultura los ganados debían ser entonces muy inferiores a los que se crían actualmente en Inglaterra, podemos calcular que el dinero

466 Spel. conc. tomo I. pág. 256.

467 Leges Inae, § 51.

468 Spel. of Feuda and Tenures, pág. 17

469 Spel. conc. tomo I. pág. 195.

470 Spel. conc. tomo I. pág. 340.

471 Crón. Saj. pág. 128.

472 Leges Ed. Conf. § 12.

473 Leges Ælf. § 40.

474 Crón. de Fleetwood. Pretiosum. pág; 27, 28, etc.

475 Leges Inae, § 69.

476 Wilkins, pág. 66.

tenía entonces un valor diez veces más alto que tiene ahora. Un caballo se estimaba en treinta y seis chelines, poco más o menos, de nuestra moneda, o treinta chelines sajones⁴⁷⁷, y una yegua un tercio menos. Un hombre se evaluaba en tres libras⁴⁷⁸; se daban ocho chelines, con los pastos para una vaca, en verano⁴⁷⁹, y para un buey en invierno, por la manutención de un niño el primer año. Guillermo de Malmesbury, mira como un precio exorbitante los quince marcos o treinta libras, poco más o menos, de nuestra moneda de ahora, que Guillermo el Rojo, pagó por un caballo⁴⁸⁰. Entre los años 900 y 1000, Ednoth compró un *hyde* de tierra por cerca de ciento diez y ocho chelines de la moneda actual⁴⁸¹, que parece en efecto que era el valor ordinario, como vemos por otros autores⁴⁸². Hacia el año 966⁴⁸³ se vendía un buen caballo por doce chelines. En tiempo de Eitelredo, el valor de un buey era de siete a ocho chelines, y el de una vaca, de seis⁴⁸⁴. Gerras de Tilbury dice que, bajo el reinado de Enrique I, el pan para cien hombres por un día se tasaba en tres chelines, es decir, en un chelín de entonces, pues se cree que poco después de la conquista, la libra esterlina se dividió en veinte chelines: una oveja se evaluaba un chelín, y así las demás cosas proporcionalmente. En tiempo de Atelslan, un morueco se estimaba por valor de un chelín o cuatro peniques sajones⁴⁸⁵. Los terratenientes de Shireburne tenían obligación de pagar, a su arbitrio, seis peniques o cuatro gallinas⁴⁸⁶. Hacia el año 1232, el abad de San Albans, yendo a hacer un viaje, alquiló siete excelentes caballos, y ajustó, si se moría alguno en el camino, pagar por él al dueño treinta chelines de nuestra moneda⁴⁸⁷. Debe observarse que, en todos los tiempos antiguos, siendo el cultivo de granos, especialmente del trigo, una especie de manufactura, este género se estimaba siempre a un precio más elevado, proporcionalmente al de los ganados, que el que tiene en nuestros días⁴⁸⁸. La *Crónica sajona* nos dice que,⁴⁸⁹ bajo el reinado de Eduardo el Confesor, hubo la más horrible hambre de que jamás se tuvo noticia: un cuarto de trigo ascendió hasta el precio de sesenta peniques o quince chelines de nuestra moneda actual, es decir que era tan caro como si costase ahora siete libras y diez chelines esterlinos, precio que excede con mucho a la carestía que se experimentó a fines del reinado de Isabel, en que se pagaba cuatro libras por un cuarto de trigo; el metálico, en esta última época, estaba casi en el mismo pie que ahora. Aquellas hambres tan terribles prueban seguramente una mala agricultura.

Resumiendo, tres cosas hay que considerar siempre que se trata de una suma de dinero en los tiempos antiguos: primera, el cambio de denominación, de donde ha resultado que una libra se ha reducido al tercio de su antiguo peso en plata; segunda, la mudanza ocurrida en el valor por la mayor cantidad de metálico, que ha reducido aquel mismo peso de plata a un valor diez veces menor, comparado con los géneros, y que, por consiguiente, ha reducido la libra esterlina a la trigésima parte de su antiguo valor; tercera, la falta de población y de industria, común entonces a todos los reinos de Europa. Esta última circunstancia era causa además de que la trigésima parte de la suma fuese más difícil de recaudar, de donde resultaba que una suma cualquiera tenía entonces treinta veces más peso e influencia en el interior y en el exterior que en nuestros tiempos, así como una suma de cien mil libras por ejemplo es ahora mas difícil de recaudar en un estado pequeño, como la Baviera, y puede producir mayores efectos en aquel pequeño estado que en Inglaterra. No es fácil calcular esta diferencia, pero admitiendo que en el día la Inglaterra tiene seis veces más

477 Wilkins, pág. 126.

478 Id.

479 Leges Inae, § 38.

480 P. 121

481 Hist. Rames, pág. 415.

482 Hist. Eliens. pág. 478.

483 Id. pág. 471.

484 Wilkins, pág. 226.

485 Id. pág. 56.

486 Monast. Anglic. tomo II, pág. 528.

487 Mat. París.

488 Fletwood, pág. 83, 94, 96. 98.

489 P. 157.

industria y tres veces más población que en tiempo de la conquista y durante algunos reinados siguientes, sacaremos por resultado de esta suposición y de todas las circunstancias combinadas entre sí, que cada suma de que hablan los historiadores debe multiplicarse ahora por diez veces el valor de una suma de igual denominación.

En tiempo de los sajones se dividían igualmente las tierras entre todos los hijos varones del padre difunto, según la práctica de *Gabelkind*; también se usaban entonces las vinculaciones⁴⁹⁰. Aquellas tierras eran de dos especies: las *bookland* o tierras poseídas en virtud de títulos o cartas, y que pasaban como plena propiedad a los descendientes del poseedor; y los *folkland*, o tierras arrendadas por los *ceorles* y la plebe, a quienes se podía despedir cuando se quería, y que no eran sus colonos sino mientras así les acomodaba a los señores.

La primera tentativa que se hizo en Inglaterra para separar la jurisdicción eclesiástica de la civil fue la ley de Edgar que mandaba que todas las discusiones del clero se sometiesen al obispo⁴⁹¹. Las penitencias eran entonces muy severas, pero como se podían redimir por dinero o hacerlas cumplir por sustitutos, eran poco difíciles y muy llevaderas para los ricos⁴⁹².

Costumbres

Por lo que hace a las costumbres de los anglosajones, todo lo que de ellas sabemos es que el pueblo era, en general, grosero, tosco, sin ningún conocimiento literario, inhábil en las artes mecánicas, indócil a las leyes y al gobierno, cuyo yugo no estaba acostumbrado a sobrellevar; en fin dado a la destemplanza, a los vicios y al desorden: su mejor prenda era el valor militar, no regido por disciplina alguna. La lealtad de los anglosajones a sus príncipes o a cualquiera que se fiaba de ellos, se halla probada en la historia de sus últimos tiempos, y su falta de humanidad en toda su historia: aun los mismos historiadores normandos, a pesar del atraso de las artes en su propio país, no hablan de los anglosajones más que como de una nación bárbara, cuando cuentan la invasión en ella del duque de Normandía⁴⁹³. Aquella conquista puso al pueblo en estado de ir recibiendo de fuera lentamente las primeras nociones de las ciencias, y de suavizar poco a poco sus feroces y corrompidas costumbres.

490 Leges Ælf. § 37. apud Wilkins, pág. 43.

491 Wilkins, pág. 83.

492 Wilkins, pág. 96, 97, Spel, Conc. pág. 473.

493 Gul. Piet., pág. 202.

IV. Guillermo el Conquistador.—1066

Consecuencias de la batalla de Hastings

Difícil es dar una idea clara de la consternación de los ingleses cuando recibieron la noticia de la desastrosa jornada de Hastings, de la muerte de su rey, de la matanza de su principal nobleza y sus mejores tropas, y de la derrota y dispersión de las restantes. Pero, por considerable que fuese la pérdida que habían experimentado en aquella fatal batalla, todavía podía repararla una gran nación, cuyo pueblo estaba armado, y que tenía tantos señores principales en las provincias, que hubieran podido reunir sus vasallos, obligar al duque de Normandía a dividir sus fuerzas y tal vez acabar con él, obligándole a continuos y diarios encuentros parciales. Así fue como el reino había resistido en otros tiempos las invasiones de los romanos, sajones y daneses, que sólo le subyugaron palmo a palmo y con esfuerzos continuos. Los mismos obstáculos amenazaban a Guillermo en su temeraria empresa, pero era demasiado viciosa la constitución del gobierno anglosajón, y ésta era la que más dificultaba la defensa de la libertad inglesa en una circunstancia tan crítica. El pueblo había ido perdiendo poco a poco su energía y espíritu nacional con su larga y reciente sumisión a los daneses. Como Canuto, en el transcurso de su administración, había ido mitigando los rigores del derecho de conquista y gobernado con equidad a los ingleses con arreglo a sus propias leyes, miraban ya con menos terror que antes la vergüenza de someterse a un yugo extranjero, y preferían admitirle en paz a la empresa de resistirle a costa de sangrientas guerras. Con la costumbre de obedecer a príncipes daneses, y sobre todo con su reciente elección de Harold, o, si se quiere, con haber consentido en su usurpación, se había entibiado notablemente su amor a la antigua familia real: hacía ya, además, mucho tiempo que miraban a Edgar Atheling, único heredero de la línea sajona, como incapaz de gobernarlos aun en tiempos sosegados, cuanto más, y en una época en que hubiera sido preciso reparar las enormes pérdidas que acababan de experimentar, resistiendo a las armas victoriosas del duque de Normandía.

Sin embargo, por no fallar enteramente a lo que se debían a sí propios en tan apurado trance, hicieron los ingleses algunos esfuerzos para reunir los desparramados elementos de su gobierno y oponerlos al enemigo común. Pusieron al frente del gobierno los dos poderosos condes Edwin y Morcar, que se habían refugiado en Londres con los restos del roto ejército, y concertándose con Stigand, arzobispo de Canterbury, hombre de gran crédito y riquezas, proclamaron por rey a Edgar y pusieron al pueblo en estado de defensa, animándole a que resistiese a los normandos⁴⁹⁴; pero la impresión de terror que había dejado la última derrota, y la intermediación de los invasores aumentaba el desorden inseparable de las grandes revoluciones, y las providencias que se tomaban eran precipitadas, inciertas, inestables y desconcertadas por el temor y por las facciones, de suerte que se combinaban mal y se ejecutaban peor.

Inmediatamente después de su victoria, púsose Guillermo en movimiento para no dejar tiempo a sus enemigos de recobrar de su consternación, ni de deliberar maduramente sobre su situación, resuelto a continuar su empresa, que sólo podía llevar a cabo a fuerza de rigor y celeridad. Su primera expedición fue contra Romney, a cuyos habitantes castigó con severidad por haber tratado cruelmente a unos marineros y soldados normandos arrojados a aquella costa, ya por algún temporal, ya por su escaso conocimiento del rumbo que debían seguir⁴⁹⁵. Preveía este príncipe que no le faltarían obstáculos y dificultades antes de terminar la conquista de Inglaterra, y así pensó ante

494 Gul. Piet. pág. 205. Order Vitalis, pág. 502. Hoveden, pág. 419. Knighton, pág. 2343.

495 Gul. Piet. pág. 204.

todas cosas en apoderarse de Duvres para tener una plaza adonde retirarse en caso de algún revés, y un desembarcadero seguro para los socorros que podría mandar venir si los consideraba necesarios para la prosecución de sus triunfos.

Era tal el terror que había esparcido su gran victoria de Hastings, que la guarnición de Duvres, aunque numerosa y bien provista de toda clase de mantenimientos, capituló inmediatamente. Precipitáronse en la plaza los normandos para tomar posesión de ella, y al principio pegaron fuego a algunas casas; pero Guillermo que deseaba captarse el afecto de los habitantes aparentando lenidad y justicia, indemnizó a los propietarios del perjuicio que habían sufrido con el incendio⁴⁹⁶.

Sumisión de los ingleses

Ocho días tuvo que descansar en Duvres el ejército normando, imposibilitado de salir a campaña por encontrarse la mayor parte de los soldados acometidos de disentería, mas luego que se restablecieron púsose el duque en marcha acelerada sobre Londres. Según se iba acercando a la capital aumentaban el desorden y confusión que reinaban en las deliberaciones de los ingleses, y en particular los eclesiásticos, cuyo influjo era extraordinario en el pueblo, se declararon en su favor, como que la mayor parte de los obispos y el alto clero eran franceses o normandos, y así no dejaron de alegar como razón decisiva la bula del papa que autorizaba la empresa de Guillermo, sosteniendo abiertamente que era de toda obligación la obediencia general al conquistador. Con la fama del mucho saber de aquellos prelados que tanta superioridad les dio sobre los ignorantes sajones durante el reinado de Eduardo el Confesor, se recibieron sus opiniones como artículo de fe; y como eran tan limitadas las prendas personales del joven príncipe Edgar, no era posible contrarrestar las impresiones que hacían en el ánimo del pueblo las sugerencias del clero. Renovóse la consternación causada por la gran derrota de Hastings con motivo de haber sido arrollado un cuerpo de tropas de Londres por sólo quinientos caballos normandos⁴⁹⁷, y aumentó el desaliento la noticia de la pronta sumisión de todos los habitantes de Kent; con lo cual y con haberse incendiado casi a su vista uno de los arrabales de la ciudad situado al mediodía⁴⁹⁸, temieron que iba a experimentar la misma suerte el pueblo entero, y ninguno pensó ya en otra cosa más que en su propia seguridad. Hasta los mismos condes Edwin y Morcar, desesperando de poder resistir eficazmente, se retiraron a sus provincias occidentales con todas sus gentes, y el pueblo se preparó unánimemente a entregarse al vencedor. Luego que Guillermo pasó el Támesis en Wallingford y llegó a Berkhamstead, el primado Stigand se presentó a hacer su sumisión, y antes que el príncipe estuviese a la vista de la ciudad vinieron a su campo los principales de la nobleza y hasta el mismo Edgar Atheling, nuevamente elegido rey, asegurándole que estaban prontos a reconocerle y prestarle obediencia⁴⁹⁹. Pidiéronle que aceptase la corona, que miraban entonces como vacante, y le declararon que habiendo vivido siempre bajo la autoridad real, deseaban seguir en esto el ejemplo de sus antepasados, y no conocían a ninguno que fuese más digno que él de empuñar las riendas del gobierno.⁵⁰⁰

Aunque no era otro el objeto de la gran empresa de Guillermo, hizo como que quería deliberar sobre el asunto, y deseoso de conservar a los principios las exterioridades de una administración legal, se proponía obtener un consentimiento más expreso y formal de su propio ejército y de la nación inglesa⁵⁰¹; pero Aimar de Aquitania, hombre no menos respetado por su valor en los combates que por su prudencia en el consejo, le hizo ver el peligro que podía resultar de la menor dilación en una coyuntura tan delicada; y Guillermo sin dar lugar a nuevas e importunas reflexiones,

496 Gul. Piet. Id.

497 Gul. Pict. pág. 205. Se cree que los habitantes del país de Kent capitularon la conservación de sus privilegios. Véase a Tomás Spott, apud Wilkins, Gloss in verbo Boctand.

498 Hoveden, pág. 449.

499 Hoveden, pág. 450, y Flor Wigorn, pág. 634.

500 Gul. Pict. pág. 205. Orden Vitalis, pág. 503.

501 Gul. Pict. pág. 205.

aceptó la corona que se le ofrecía. Inmediatamente se envió orden para preparar la ceremonia de su coronación; pero recelando haberse fiado con demasiada ligereza de los habitantes de Londres, que eran muchos y valientes, mandó durante aquel intervalo construir fortalezas para tenerlos en el debido respeto y poner en seguridad su persona y gobierno⁵⁰².

No estaba Stingard muy en la privanza de Guillermo, quien no podía perdonarle su elevación a la silla de Canterbury habiendo hecho expeler a Roberto el normando, ni el haber adquirido crédito y autoridad sobre los ingleses⁵⁰³ hasta el punto de hacerse temible al nuevo monarca. Pretendió éste pues, que no habiendo obtenido el primado de un modo regular el palio del papa Benedicto IX, que también era usurpador, no podía de ningún modo consagrarle⁵⁰⁴, y así confirió aquel honor a Alfredo, arzobispo de York. Designóse la abadía de Westminster para tan augusta ceremonia, y los principales señores ingleses y normandos fueron acompañando al duque en aquella ocasión. (Dic. 26) Pronunció Alfredo un corto discurso en que preguntó a los primeros, si aceptaban a Guillermo por rey, y la misma pregunta dirigió a los segundos el obispo de Cotanza⁵⁰⁵, y habiendo respondido unos y otros con aclamaciones, Alfredo hizo que el duque pronunciase el juramento ordinario en las coronaciones, por el cual se obligaba a proteger la iglesia, administrar recta justicia, y reprimir toda clase de violencias, después de lo cual le consagró y le puso la corona en la cabeza⁵⁰⁶. Unánime fue la alegría de los espectadores, pero hasta en aquella solemne ocasión no pudieron disimularse los síntomas de los celos y el odio que reinaban entre las dos naciones, y que lamo incremento tomaron durante el reinado de aque] príncipe. Los soldados normandos que estaban apostados de guardia fuera de la iglesia, oyendo los gritos que resonaban en lo interior, creyeron que los ingleses habían ejercido algún acto de violencia contra su duque, y sin más ni más emprendieron contra el populacho y pegaron fuego a las casas inmediatas; de suerte que asustados los nobles que rodeaban al príncipe, salieron atropelladamente envueltos con los normandos para ponerse a cubierto del peligro que creyeron los amenazaba a todos y costó no poco trabajo al mismo Guillermo apaciguar el tumulto⁵⁰⁷.

Establecimiento del gobierno

Dueño ya del trono en virtud de una soñada renuncia del anterior rey Eduardo, y de aquella irregular elección del pueblo, mas en la realidad por derecho de conquista, pasó de Londres a Berking en la provincia de Essex (1067), donde recibió el homenaje de toda la nobleza que no había podido asistir a la coronación. Fueron en efecto a prestarle juramento Edrico, llamado el Montero (*Forester*), sobrino de aquel otro Edrico que se hizo tan famoso por sus multiplicadas perfidias bajo los reinados de Etelredo y de Edmundo, Earlo Coxo, célebre por su mucho valor, Edwin y el mismo Morcar, conde de Mercia y de Northumberland, igualmente que todos los demás grandes de Inglaterra. Recibiólos Guillermo con mucha cordialidad y los confirmó en sus bienes y honores⁵⁰⁸, en términos que todo auguraba paz y tranquilidad, sin ocuparse el rey en otra cosa que en recompensar a los extranjeros que le habían ayudado a subir al trono y en satisfacer a los nuevos súbditos que con tanta prontitud se habían sometido a su dominio.

Encontróse Guillermo en posesión de los tesoros de Harold que no dejaban de ser considerables, y habiendo recibido ricos presentes de todos los señores poderosos de Inglaterra, que

502 Gul. Pict. Id.

503 Eadmer. pág. 6.

504 Gul. Pict. pág. 206. Ingulf. pág. 69. Malmes. pág. 102. Hoveden, pág. 450. Math. West. pág. 245. Flor. Vigorn, pág. 645. M. París, pág. 5. Anglia sacra, tom. I, pág. 148. Alur. Beverl. pág. 127.

505 Order. Vital, pág. 503.

506 Malmesbury, pág. 271, dice que prometió también gobernar a los normandos y a los ingleses por unas mismas leyes; y no es inverosímil esta adición al juramento, atendidas las circunstancias de los tiempos.

507 Gul. Pict. pág. 206. Order Vital, pág. 505.

508 Gul. Pict. pág. 208. Order Vital, pág. 506.

deseaban complacer al nuevo soberano, distribuyó cuantiosas sumas a sus tropas| con cuyas liberalidades les dio esperanzas de conseguir más adelante establecimientos más sólidos según se habían propuesto al emprender la expedición⁵⁰⁹. Mostróse muy agradecido a los eclesiásticos de dentro y fuera del reino que tanto habían contribuido a su elevación, e hizo en su favor todo lo que podía serles agradable: envió al papa el estandarte de Harold, acompañado de regalos magníficos, y no hubo monasterio ni iglesia de Francia en que se hubiesen hecho plegarias por el buen éxito de su empresa, que no recibiese alguna muestra de su bondad⁵¹⁰. Los frailes ingleses le hallaron muy propicio en favor de sus órdenes, y edificó un nuevo convento cerca de Hastings con el título de *Battle-Abbey* (la Abadía de la Batalla), en el cual bajo pretexto de fundar sufragios por su alma y por la de Harold, dejó un monumento perpetuo de su victoria⁵¹¹.

Estableció este príncipe en Inglaterra aquella recta administración de justicia que tantos elogios le había merecido en la Normandía, y baste decir que aun en medio de una revolución tan violenta, todos los desórdenes y vejaciones fueron severamente castigados⁵¹². Su mismo ejército estaba sujeto a la más rigurosa disciplina, y a pesar de la insolencia común entre los soldados después de la victoria, se tuvo el cuidado posible de no excitar los recelos de los vencidos⁵¹³. Procuró el rey cimentar la unión de los normandos y de los ingleses por medio de casamientos y alianzas recíprocas, mirando con mucho agrado y afabilidad a todos los nuevos súbditos que se acercaban a su persona, de suerte que ni siquiera mostró la menor desconfianza respecto de Edgar Atheling, heredero de la antigua familia real, antes por el contrario, le confirmó en los honores de conde de Oxford que le había concedido Harold, y afectó tratarle con la ternura debida a un sobrino de Eduardo el Confesor, su bienhechor y amigo⁵¹⁴. Aunque confiscó los bienes de Harold, y de los que habían peleado en la batalla de Hastings en favor del príncipe a quien calificaba de usurpador, se mostró bien dispuesto a contentarse con excusas plausibles en favor de todo el que quiso disculparse de haber sido contrario a sus pretensiones.⁵¹⁵ Extendió su gracia a muchos de los que habían hecho armas contra él, y confirmó las libertades y fueros de que gozaban Londres y otras ciudades de Inglaterra, queriendo ponerlo todo sobre el mismo pie que antes, por manera que su administración se asemejaba más a la de un monarca legítimo que a la de un conquistador⁵¹⁶, con lo que principiaron los ingleses a persuadirse que no se había alterado la forma de su gobierno, sino únicamente el orden de sucesión a la corona, cosa muy poco importante para ellos. A fin de reconciliar todavía más aquellos nuevos súbditos con su autoridad, recorrió Guillermo muchas provincias de Inglaterra, y además del esplendor de su corte y la majestad de su persona que no dejaba de imponer al pueblo ya deslumbrado con su nombradía guerrera, su sola apariencia de clemencia y justicia le cautivaron la aprobación de los hombres prudentes que tenían la vista fija en sus primeros pasos⁵¹⁷.

Pero en medio de aquellas, demostraciones de confianza y amistad con que Guillermo lisonjeaba a los ingleses, tenía muy buen cuidado de no confiar el poder real y efectivo sino en manos de los normandos, y de mantenerse siempre en posesión de la fuerza, a la cual no se disimulaba a sí mismo que debía su advenimiento al trono. Desarmó a la ciudad de Londres y otras plazas que le parecieron más pobladas y belicosas⁵¹⁸; construyó fortalezas y ciudadelas en aquella capital, igualmente que en Winchester, Hereford y demás ciudades mejor situadas para dominar el reino; puso a los soldados normandos de cuartel en todas ellas, y no dejó en parte alguna fuerzas

509 Gul. Pict. pág. 206.

510 Gul. Pict. Id.

511 Gul. Gemet. pág. 288. Crónica Saj. 169. Math. West. pág. 226. M. París pág. 9. Diceto pág. 482. Este convento fue declarado por Guillermo exento de toda jurisdicción episcopal. Monast. Ingl. tomo I, pág. 311 y 312.

512 Gul. Pict. pág. 208. Order Vital, pág. 506.

513 Gul. Pict. pág. 207. Order Vital, pág. 505 y 506.

514 Gul. Pict. pág. 208.

515 Gul. Pict. pág. 207. Order Vital, pág. 506.

516 Brompton, pág. 262.

517 Gul. Pict. pág. 208.

518 Baber, pág. 2.

capaces de resistirle ni dañarle⁵¹⁹; dotó, con los bienes confiscados a los ingleses, a sus mejores capitanes, y designó fondos para la paga de sus soldados⁵²⁰. Así, mientras que su administración civil le daba toda la apariencia de un magistrado legal, sus instituciones militares eran las de un verdadero tirano, o que se proponía serlo cuando se le antojase.

Vuelta del rey a Normandía

De tal suerte había, sin embargo, tranquilizado el ánimo de los ingleses con esta mezcla de vigor y de blandura, que creyó poder irse con seguridad a visitar su país natal y gozar de su triunfo y de los parabienes de sus antiguos súbditos. Confió la administración de su reino en manos de su hermano uterino Odo, obispo de Bayeux y de Guillermo Fitz Osberne⁵²¹, pero a fin de que su regencia no experimentase disturbios y alborotos, se llevó consigo a los principales señores de Inglaterra (marzo 1067), para que sirviesen al mismo tiempo de ornato y magnificencia en su corte, y de garantía de la fidelidad de la nación⁵²². Entre ellos eligió a Edgar Atheling, al primado Stigand, a los condes Edwin y Morcar, a Walteof, hijo del famoso y valiente conde Siward, y a otras muchas personas considerables por su riqueza, por el lustre de sus familias o por sus dignidades civiles o eclesiásticas⁵²³. Rodulfo, tío del rey de Francia y otros muchos príncipes y señores poderosos que habían contribuido a la empresa de Guillermo y deseaban participar de la alegría de su triunfo, fueron a visitarle a la Abadía de Fescamp, donde permaneció algún tiempo. Los cortesanos ingleses que querían agradar a su nuevo soberano procuraron a porfía sobresalir en la pompa de sus arreos y comitiva, ostentando tal magnificencia y riqueza que quedaron admirados los extranjeros. El historiador normando Guillermo de Poitiers, que se hallaba presente⁵²⁴, habla con admiración de las excelentes formas y exquisito trabajo de sus vajillas de plata, y de sus soberbios bordados, en cuyo arte sobresalían entonces los ingleses, explicándose en tales términos, que da una idea sorprendente de la opulencia y delicado gusto de aquel pueblo⁵²⁵. Pero a pesar de la alegría exterior y del aire de regocijo que se notaba en aquella corte, y a pesar también del agrado con que Guillermo recibía a sus nuevos cortesanos, le fue imposible contener del todo la arrogancia de los normandos, y la nobleza inglesa se divirtió muy poco en aquellos festejos, donde se consideraba como llevada en triunfo por su orgulloso vencedor.

Descontento de los ingleses

Durante la ausencia del soberano, tomaron muy mal aspecto los negocios de Inglaterra, y se multiplicaron en todas partes los descontentos y las quejas: formáronse conspiraciones secretas contra el gobierno, y ya se había llegado a hostilidades abiertas en muchos puntos, de modo que todo parecía anunciar una revolución tan rápida como la que había colocado a Guillermo en el trono. El mismo historiador arriba citado, panegirista declarado de su señor, echa la culpa de aquellos alborotos al carácter inquieto de los ingleses y alaba desmesuradamente la justicia y

519 Gul. Pict. pág. 208. Order Vital, pág. 506. Math. West pág. 225. M. París pág. 4.

520 Gul. Pict. pág. 208.

521 Flor. Wigorn. pág. 635. Simeón Dunelm. pág. 197. Alur. Beverl. pág. 121.

522 Order Vital, pág. 506.

523 Gul. Pict. pág. 200. Order Vital, pág. 506. Hoveden, pág. 450. Flor. Wigorn, pág. 635. Cronic. Abb. Sti. Petri de Borgo, pág. 46. Knighton, pág. 2353.

524 Páginas 211 y 212.

525 Como este historiador pondera sobre todo sus vajillas de plata, es de presumir que no era un juez muy entendido de la magnificencia de los ingleses, porque la plata entonces estaba diez veces más alta que hoy y era veinte veces más rara, y por consecuencia debía ser muy poco común esta clase de lujo.

suavidad de la administración de Odo y de Fitz-Osberne⁵²⁶: pero los demás historiadores imputan la causa con más verosimilitud a los normandos, que despreciaban a un pueblo tan fácilmente sometido al yugo, cuyas riquezas envidiaban tanto más cuanto más severo era el freno que se había puesto a sus rapiñas, y deseaban excitarle a la rebelión para proporcionar nuevas confiscaciones en provecho suyo, y saciar su avaricia, realizando las grandiosas esperanzas que los habían animado para la empresa⁵²⁷.

Es evidente que la principal causa de aquella alteración en las disposiciones de los ingleses debió proceder de la ausencia de Guillermo, cuya presencia era lo único que podía contener las vejaciones de sus capitanes y evitar el amotinamiento del pueblo. En efecto, es cosa muy extraña la resolución de este príncipe de irse, al cabo de tres meses de haber subyugarlo a una nación populosa, guerrera y turbulenta, a visitar su patria donde reinaba la mayor tranquilidad y no tenía vecino alguno que le amenazase dejando por tanto tiempo sus nuevos súbditos a merced de un ejército insolente y licencioso. Si no estuviésemos convencidos de la cordura de Guillermo y de la prudencia que había mostrado en todas las demás ocasiones, no podríamos menos de acusarle en ésta de haberse dejado llevar de un vano prurito de ostentación, y de la comezón de lucir su pompa y magnificencia entre sus antiguos cortesanos. Pero es más natural creer que algún motivo político hubo de influir en un paso tan extraordinario, como por ejemplo, la consideración de que en medio de la utilidad que le resultaba de ganar el afecto del pueblo aparentando una administración legal, no le era posible satisfacer la codicia de sus capitanes ni afianzar su autoridad mal segura sin llevar más adelante los derechos de la conquista y sin hacerse dueño de las posesiones de los ingleses. Esto fue lo que verosímilmente le sugirió la idea de ausentarse, buscando algún pretexto para la violencia, mucho más cuando nada podía temer en punto a revueltas intestinas, teniendo en su poder y dentro de Normandía a la principal nobleza inglesa, y un ejército formidable y victorioso dentro de Inglaterra, a donde podía él trasladarse al primer aviso. Sin embargo, como ningún historiador le atribuye semejantes miras, parece una temeridad suponer tales intenciones tiránicas sin otro fundamento que una mera conjetura.

Sus revueltas

Pero fuese la vanidad o la política lo que determinó al rey al viaje de Normandía, es evidente que este paso fue la causa inmediata de todas las calamidades que afligieron a los ingleses durante aquel reinado y los siguientes.

Él fue quien dio lugar a las enemistades que se suscitaron entre ellos y los normandos, enemistades que no pudieron apaciguarse sino después de muchos años en que poco a poco las dos naciones llegaron a formar un mismo pueblo. Los habitantes de Kent, que a los principios se habían sometido al vencedor, fueron los primeros que intentaron sacudir el yugo, y poniéndose de inteligencia con Eustaquio, conde de Boulogne, que también estaba quejoso de los normandos, atacaron aunque sin fruto, la guarnición de Duvres⁵²⁸. Edrico el *Montero*, cuyas tierras estaban situadas a las orillas del Severna, irritado de las tropelías y robos que cometían algunos capitanes normandos, se coligó con Blethyn y Rowallan, príncipes galeses, y procuró con su ayuda rechazar la fuerza con la fuerza⁵²⁹; mas aunque las hostilidades comenzadas no fuesen ciertamente de mucha consideración, era general el descontento de los ingleses, quienes conocieron aunque tarde su debilidad, y principiaron a resentirse de los ultrajes e insultos a que se ve reducida una nación que se constituye en semejante estado de dependencia. Formóse secretamente una conspiración general en todo el reino, que debía estallar en un mismo día, sacrificando a todos los normandos, a la

526 Página 252.

527 Order Vital, pág. 507.

528 Gul. Gemet pág. 289. Order. Vital, pág. 508. Anglia sacra, tomo I, pág. 115.

529 Hoveden, pág. 450. Math. West. pág. 226. Simeón Dunelm, pág. 197.

manera que en otro tiempo se había hecho con los daneses⁵³⁰, y era tan universal y nacional el encono, que habiéndole propuesto al conde Coxo sus vasallos que se pusiese a su frente, y respondiendo este que quería permanecer fiel a Guillermo, le mataron como traidor a su patria⁵³¹.

Noticioso el rey de estos peligrosos movimientos, aceleró su vuelta a Inglaterra (diciembre 6), y tanto su presencia como las rigurosas medidas que tomó, desconcertaron todos los proyectos de los conjurados. Los que se hallaban más comprometidos se denunciaron a sí mismos procurando ponerse en salvo, huyendo o escondiéndose, y al paso que la confiscación de sus bienes multiplicaba los descontentos, proporcionaba a Guillermo medios de satisfacer la ambición de sus capitanes normandos y avivar sus esperanzas de mayores riquezas que podrían adquirir a costa de nuevas proscipciones⁵³². Entonces principió el rey a mirar a todos sus súbditos ingleses como enemigos implacables, y desde aquel momento concibió o se afirmó en la resolución de apoderarse de cuanto poseían reduciéndolos a la más abyecta esclavitud. Por más que la violencia y severidad de su carácter le hiciesen incapaz del menor escrúpulo en la ejecución de su tiránico intento, todavía empleó el artificio para disimularle y conservar las exterioridades de la justicia al mismo tiempo que oprimía a su pueblo. Mandó que todos los ingleses despojados violentamente por los normandos durante su ausencia, fuesen reintegrados en sus bienes⁵³³; pero al mismo tiempo restableció el impuesto del *danegelt*, que había sido abolido por Eduardo el Confesor, y que era universalmente odiado del pueblo⁵³⁴.

Como la vigilancia de Guillermo era un freno continuo para los descontentos, todas las sublevaciones que estallaron eran efecto más bien de la irritación del bajo pueblo que de conspiraciones combinadas y capaces de infundir la esperanza de sacudir el yugo normando. Los habitantes de Exeter instigados por Githa, madre de Harold, rehusaron admitir una guarnición normanda, y habiéndose sublevado fueron reforzados por los vecinos habitantes de Devonshire y Cornualles⁵³⁵; pero Guillermo se dio prisa a ir a castigar aquella rebelión, y los hombres más prudentes y considerados del país, conociendo que las fuerzas no eran iguales, aconsejaron al pueblo que se sometiese y ofreciese rehenes como fianza de su obediencia; mas un motín repentino inutilizó este acomodamiento, y Guillermo se presentó delante de las murallas de la ciudad y mandó sacar los ojos a los rehenes, como primera señal de la severidad que debían aguardar los rebeldes si persistían en su obstinación⁵³⁶.

Aterrorizadas los habitantes se rindieron a discreción, se echaron a los pies del rey e imploraron su clemencia. No puede negarse que este príncipe cuando no se dejaba arrebatar por la pasión o conducir por la política, era naturalmente generoso, y así se determinó a perdonar a los amotinados, y mandó poner guardias en todas las puertas para estorbar el pillaje y la insolencia del soldado⁵³⁷. Githa se escapó a Flandes y los habitantes de Cornualles imitaron el ejemplo de los de Exeter, y fueron tratados del mismo modo. El rey mandó edificar una ciudadela en aquella ciudad, cuyo mando confió a Balduino, hijo del conde Gilberto⁵³⁸, y se volvió Winchester dispersando su ejército en cuarteles de invierno. Allí fue a reunírsele su esposa Matilde, que todavía no había visitado la Inglaterra, y la hizo coronar reina por el arzobispo Alfredo. Poco tiempo después le nació el cuarto hijo, a quien se puso por nombre Enrique⁵³⁹, siendo los otros tres Roberto, Ricardo y Guillermo, que residían en Normandía.

A pesar de la prosperidad de que gozaba el rey tanto en su vida pública como en la privada,

530 Gul. Gemet. pág. 289.

531 Gul. Pict. pág. 212. Order Vital, pág. 509.

532 H. Hunting pág. 369. Math. West. pág. 225.

533 Crónic. Saj. pág. 173. Este hecho prueba demostrativamente que los normandos habían cometido grandes vejaciones durante su ausencia y que ellas eran la verdadera causa de la rebelión de los ingleses.

534 Hoveden, pág. 450. Simeón Dunelm, pág. 197. Alur. Beverl. pág. 127.

535 Order Vital, pág. 510.

536 Order Vital, pág. 510.

537 Order Vital, pág. 510.

538 Hoveden, pág. 450. Simeón Dunelm, pág. 197. Alur. Beverl. pág. 127.

539 Order Vital, pág. 510.

siempre estaba temeroso de los descontentos ingleses que se iban agriando todos los días a punto de llegar a ser inefable el odio entre ellos y los normandos. No podían los naturales aguantar más el imperio de aquellos dueños orgullosos esparcidos por todo el reino, y cuando en cualquiera parte encontraban los ingleses algunos normandos aislados o en corto número, caían sobre ellos y saciaban su venganza asesinandolos secretamente⁵⁴⁰; pero una rebelión que se formó hacia el norte llamó la atención general sobre aquellas provincias y anunció consecuencias importantes. Antes de tomar las armas Edwin y Morcar, al frente de los rebeldes, aseguraron auxilios de su sobrino Blethin, príncipe del Norte-Gales, de Malcolm, rey de Escocia, y de Sweyn, rey de Dinamarca. Prescindiendo de las justas quejas de la nación, determináronse aquellos dos condes a la rebelión por resentimiento de las injurias personales que se les habían hecho; porque Guillermo con la idea de unirlos más y más a sus intereses cuando su advenimiento a la corona, había prometido a Edwin su hija por esposa, pero bien fuese porque nunca pensó seriamente en concedérsela o que varió su primer plan de administración, cambiándola de suave en áspera, consideró inútil ganar a ninguna familia cuando estaba oprimiendo a todo el reino, y así cuando Edwin le recordó su palabra, no obtuvo otra respuesta más que una negativa sin rodeos⁵⁴¹. Este desaire, unido a tantos otros motivos de queja, decidió a los dos hermanos a unirse con sus compatriotas irritados, y hacer un esfuerzo para recobrar su antigua libertad. Bien conocía Guillermo la importancia de la prontitud en apagar el fuego de una rebelión conducida por jefes tan poderosos y tan conformes con los deseos del pueblo, y así, como siempre tenía pronto su ejército, se adelantó a marchas dobles hacia el norte, y dio orden al mismo tiempo de fortificar el castillo de Warwick, donde puso de gobernador a Enrique de Beaumont, y el de Nottingham, cuya defensa encomendó a Guillermo Peverell, que era otro capitán normando⁵⁴². Llegó el rey a York antes que los rebeldes se hallasen en estado de defensa ni hubiesen recibido los refuerzos extranjeros que aguardaban, excepto un pequeño cuerpo de galeses⁵⁴³, y sorprendidos los dos condes, no encontraron otro medio de salvación que acudir a la clemencia del vencedor. El mismo ejemplo imitó otro señor poderoso de aquellas provincias llamado Archil, entregando a su hijo por prenda de su fidelidad⁵⁴⁴. De esta suerte abandonado el pueblo por sus caudillos, ni siquiera intentó la resistencia; pero no fue parecido el trato que se dio a estos conjurados al que se había dado a los primeros, porque a aquellos se les conservaron todos sus bienes en cumplimiento de la palabra dada, mas a estos se les confiscaron todos con el mayor rigor. Dispuso Guillermo de todas estas confiscaciones en favor de los normandos que habían ido con él a buscar fortuna, y esparcidos estos aventureros por todo el país con el poder militar a su disposición tenían a Edwin y a Morcar en el mayor aprieto, y al paso que el rey hacía alarde de perdonar a los dos hermanos, teníanlos privados de todo apoyo, y prontos a sucumbir cuando lo tuviese por conveniente. Ajustada la paz con Malcolm, que prestó homenaje por el ducado de Cumberland, acabó de privar de toda esperanza de socorros exteriores a Edwin y a Morcar⁵⁴⁵.

Rigor de la administración normanda

Entonces conocieron los ingleses que estaba resuelta su destrucción total, y que en lugar de un soberano a quien habían pensado ganar a fuerza de sumisión, se habían dado a sí mismos un tirano y un conquistador. Bastante inicuas habían parecido las primeras confiscaciones decretadas contra los partidarios de Harold por haberse extendido a gentes que nunca habían prestado juramento de fidelidad al duque de Normandía, ni tenían noticia de sus pretensiones, y sólo combatían por sostener un gobierno establecido en su patria por propia elección; pero al fin aquellos rigores por

540 Order Vital, pág. 510. Hoveden, pág. 450. Flor. Vigorn. pág. 635. Math. West. pág. 226.

541 Order Vital, pág. 511.

542 Id. id.

543 Id. id.

544 Id. id.

545 Id. id.

más opuestos que fuesen a las leyes sajonas, tenían alguna excusa en las necesidades urgentes del soberano, y las personas que no habían sido envueltas en el número de los desgraciados, se lisonjaban de gozar en adelante en paz de sus bienes y dignidades; pero al ver que se continuaba persiguiendo a otras muchas familias, se convencieron de que el rey no quería fiarse más que en el auxilio y el afecto de los extranjeros, y así no veían otra perspectiva sino nuevas proscipciones y violencias, como por consecuencia inevitable de aquel plan de severa administración. Obsérvese que ningún inglés merecía la confianza del príncipe ni había obtenido ningún mando de plaza que pudiese dar autoridad, mientras que los extranjeros, a quienes apenas hubiera podido contener la más rigurosa disciplina, eran aplaudidos y estimulados en cuantos actos de insolencia y tiranía ejercían contra los habitantes. La pronta sumisión de todo el reino desde la primera invasión de los normandos, inspiró a estos sumo desprecio a una nación tan fácilmente subyugada, y las pruebas de resentimiento que manifestó, después la hicieron un objeto de odio; de modo que no le quedaba ya medio alguno de hacerse estimar o querer de su soberano. Cansados ya muchos ingleses de una situación tan dura, tomaron el partido de refugiarse en suelo extranjero, resueltos a vivir lejos de su oprimida patria o sólo a volver a ella cuando las circunstancias les permitiesen acudir al socorro de sus conciudadanos⁵⁴⁶. Hasta el mismo Edgar Atheling, desconfiando de las insidiosas bondades de Guillermo, se dejó persuadir por Cospatrik, señor poderoso en el Northumberland, para pasar a Escocia, llevándose consigo a sus dos hermanas Margarita y Cristina. Malcolm los recibió con amistad, y poco tiempo después se casó con Margarita⁵⁴⁷, que era la mayor de las dos princesas⁵⁴⁸, y en parte para fortalecer su reino adhiriéndose tantos extranjeros, en parte por emplearlos en derribar la grandeza naciente de Guillermo, acogió con mucho agasajo a todos los ingleses emigrados⁵⁴⁹. Muchos se establecieron en sus estados y dieron principio a las grandes casas que tanto se distinguieron en aquella nación andando los tiempos.

Mientras que los ingleses gemían bajo un yugo tan opresor, no eran mejor tratados muchos extranjeros que se hallaban en Inglaterra, porque rodeados por todas partes de enemigos furiosos que no perdían ocasión de hacerles daño y les amenazaban de continuo con la venganza pública, empezaron a suspirar por el reposo y seguridad que disfrutaban en su patria. Hugo de Grantmesnil y Humfrey de Teliol, aunque colocados en empleos importantes del ejército, solicitaron dejar el servicio, y como muchos otros imitasen su ejemplo, se indignó tanto el rey, que los castigó con la confiscación de sus bienes⁵⁵⁰; pero la bondad de aquel príncipe con los extranjeros que le habían seguido no dejó de atraerle un gran número a su servicio; por manera que la de los ingleses vencidos sólo sirvió para tener más atentos a Guillermo y a sus valientes capitanes a apagar las primeras centellas de las rebeldías domésticas, y para rechazar las agresiones exteriores.

Nuevas revueltas

No tardaron mucho tiempo aquellos guerreros en encontrar ocasión de señalar su valor. Godwin, Edmundo y Magno, tres hijos de Harold, se habían retirado a Irlanda (1069) inmediatamente después de la rota de Hastings, y habiéndolos recibido con bondad Dermot y los otros príncipes, proyectaron una invasión en Inglaterra⁵⁵¹, y se lisonjearon de que todos los ingleses refugiados en Dinamarca, en Escocia y en el principado de Gales, auxiliados con las fuerzas de estos diferentes países, principiarian a un tiempo las hostilidades, y excitaron la indignación de sus compatriotas contra sus imperiosos vencedores. Desembarcaron los tres príncipes en el Devonshire, pero encontraron allí a Brian, hijo del conde de Bretaña, preparado a recibirlos al frente de algunas

546 Order Vital, pág. 508. Math. West. pág. 225. M. París pág. 4. Simeón Dunelm, pág. 197.

547 Véase la Tabla cronológica.

548 Crónic. Mail. pág. 160. M. Hunting, pág. 369. Hoveden, pág. 450 y 452.

549 Will. Malm pág. 103. Math. West. pág. 225, M, París, pág. 4.

550 Order Vital, pág. 512.

551 Gul. Gem. pág. 290. Order Vital, pág. 513. Ipod. Neust. pág. 437.

tropas extranjeras, y habiéndolos derrotarlo en muchos encuentros y obligádoslos a retirarse de nuevo a sus buques, tuvieron que volverse a Irlanda después de haber perdido mucha gente⁵⁵². Entonces los esfuerzos de los normandos se tornaron hacia el norte donde los negocios tomaban peor aspecto, como que los impacientes northumbros habían atacado a Roberto de Comyn, nombrado gobernador de Durham, y habiéndole sorprendido por efecto de su negligencia, le dieron muerte en aquella ciudad con 700 hombres que tenía⁵⁵³. Este ejemplo acaloró los ánimos de los habitantes de York, quienes tomaron las armas, sacrificaron a su gobernador Roberto Fitz-Richard y sitiaron en su castillo a Guillermo Mallet en quien había recaído el mando⁵⁵⁴. Poco tiempo después apostaron tropas danesas en trescientas naves, a las órdenes de Osbern, hermano de Sweyn, rey de Dinamarca, y en compañía de Harold y Canuto, hijos de aquel monarca⁵⁵⁵. Edgar Atheling salió de Escocia y se presentó con Cospatrik, Waltheof, Siward, Bearno, Merleswain, Adelin y otros jefes⁵⁵⁶, los cuales, tanto por las promesas y seguridades que daban de la pronta llegada de los escoceses como por el crédito que personalmente tenían en aquellas comarcas, persuadieron a los belicosos y descontentos northumbros a reunirse con los demás rebeldes. Para atender con más facilidad a la defensa de la ciudadela de York, mandó Mallet pegar fuego a algunas casas adyacentes⁵⁵⁷; pero esta misma prevención fue la cansa inmediata de su pérdida, porque se propagaron las llamas por las calles inmediatas y redujeron a cenizas toda la ciudad. Desesperados los habitantes y favorecidos de los daneses, se aprovecharon de la confusión para atacar el castillo, que tomaron por asalto y pasaron a cuchillo la guarnición en número de tres mil hombres⁵⁵⁸.

Este triunfo fue la señal del levantamiento de otras muchas comarcas de Inglaterra, y dio ocasión al pueblo para desplegar su odio contra los normandos. Hereward, poderoso magnate de la Estanglia y célebre por su denuedo, reunió sus parciales, y se situó en la isla de Ely, desde donde hizo varias incursiones por todas las campiñas inmediatas⁵⁵⁹. También tomaron las armas los ingleses en las provincias de Sommerset y de Dorset, donde atacaron a Montacute, señor normando que era gobernador de ellos, mientras que los habitantes de Devon y de Cornualles embestían a Exeter, que con el recuerdo de la clemencia de Guillermo, se mantuvo siempre fiel a aquel príncipe⁵⁶⁰. Edrico el Montero se unió con los galeses, puso sitio a Shrewsbury e hizo frente al conde de Briant y a Fitz-Osbern, que mandaban en aquellos cuarteles⁵⁶¹. Últimamente por todas partes los ingleses, corridos de su primera sumisión, parecían determinados a intentar los mayores esfuerzos para sacudir el yugo y expulsar a sus opresores.

Guillermo, firme y sereno en medio de tantas dificultades, reunió sus tropas y animándolas con la perspectiva de nuevas confiscaciones, marchó contra los revoltosos del Norte a quienes miraba como más formidables, y cuya derrota traería consigo el desaliento de los demás. Uniendo siempre la política con la fuerza, procuró, antes de acercarse, debilitar a sus enemigos, apartando a los daneses de sus intereses, corrompiendo a Osberne con ricas dádivas, y permitiéndole que saquease las costas, le instó a que se retirase a Dinamarca sin empeñarse más en las hostilidades⁵⁶². Desesperanzado Cospatrik de lograr sus pretensiones, también desistió de ellas y se sometió al rey, pagándole una crecida suma en expiación de su culpa, y volvió no sólo a entrar en gracia, mas obtuvo también el condado de Northumberland. Waltheof, que había defendido largo tiempo y con valor a York, se dejó también reducir por aquellas exterioridades de clemencia, y como Guillermo

552 Gul. Gem. pág. 290. Order Vital, pág. 513. Anglia Sacra, tomo I, pág. 246.

553 Order Vital, pág. 513. Crón. Mailr. pág. 160. Hoveden, pág. 450. M. París, pág. 5. Simeon Dunelm, pág. 198.

554 Order Vital, pág. 512.

555 Este nombre de Sweyn es el mismo que el otro más conocido de Suenon.

556 Crón. Saj. pág. 174. Order Vital, pág. 513. Hoveden, pág. 650. M. París, pág. 5. Simeon Dunelm, pág. 198.

557 Order Vital, pág. 513. Hoveden, pág. 451.

558 Brompton, pág. 966.

559 Order Vitalis, pág. 513. Hoveden, pág. 451. Flor. Wigorn. Pág. 659

560 Order Vital, pág. 514.

561 Id. id.

562 Hoveden, pág. 661. Flor. Wigorn, pág. 636. Crón. Abat. S. Petri de Burgo, pág. 47.

respetaba la prenda del valor hasta en sus enemigos, le hizo muy buen recibimiento⁵⁶³. El mismo Edrico, apretado de la necesidad, pidió perdón al vencedor, quien se lo concedió, y aun le dio después muestras de confianza y afecto⁵⁶⁴. Había Malcolm llegado demasiado tarde para apoyar a los confederados, y así tuvo que retirarse, de modo que todos los rebeldes de las demás comarcas de Inglaterra, excepto Hereward, se dispersaron y dejaron a los normandos dueños absolutos del reino. Edgar Atheling pudo escapar de la persecución de sus enemigos refugiándose de nuevo en Escocia⁵⁶⁵.

Nuevos rigores del gobierno

Pero todas las muestras de clemencia que había afectado Guillermo con los jefes principales de los amotinados no eran efecto más que de sus artificios o de la estimación particular que hacía de algunos de ellos, porque su corazón estaba realmente endurecido contra el pueblo de quien no tuvo ninguna compasión, antes bien adoptó sin escrúpulo cualquier medio, por severo y violento que fuese, para afianzar su tiránica administración. Convencido del carácter inquieto de los northumbros, resolvió ponerlos para siempre en la incapacidad de sublevarse jamás, y envió orden para que se talase del todo una fértil comarca de sesenta millas de extensión que poseían entre el Humber y el Tees⁵⁶⁶. Todas las casas fueron reducidas a cenizas por los implacables normandos, arrebatando antes los ganados y todos los instrumentos de agricultura. Viéronse precisados los infelices moradores de aquel país a ir a buscar su subsistencia en las comarcas meridionales de Escocia, o si algunos anduvieron errantes por Inglaterra, por la repugnancia que cuesta abandonar su antigua morada, perecieron miserablemente de frío y de hambre en los montes. Se calcula que este solo rasgo de bárbara política costó la vida a cien mil personas: herida incurable que hizo Guillermo al poder de la nación por sólo remediar un mal pasajero.

Enteramente enseñoreado el rey de un pueblo que le había dado pruebas tan claras de su rabia y odio impotentes, resolvió echar el resto contra los naturales y reducirlos a tal situación que no pudiesen en adelante darle la menor inquietud. Como en aquellas revueltas y conspiraciones de la mayor parte de las provincias del reino se hallaban más o menos envueltos casi todos los grandes señores y propietarios, el rey les hizo sufrir todo el rigor de las confiscaciones y proscripciones que imponían las leyes. Verdad es que no derramó la sangre de los culpables, pero confiscó sus tierras o las agregó a sus dominios, o dispuso de ellas con profusión en favor de los normandos y otros extranjeros⁵⁶⁷. Mientras que aquel príncipe declaraba de este modo su intención de abatir o más bien de aniquilar totalmente la nación inglesa⁵⁶⁸, fácil es de discurrir que apenas se observarían las formalidades legales en el ejercicio de aquellas violencias⁵⁶⁹, y que se admitiría la menor sospecha como prueba irrecusable contra un pueblo destinado a la persecución. Bastaba que un inglés fuese

563 Malm. pág. 104. H. Hunthig. pág. 360.

564 Hoveden, pág. 455 y 54. Flor. Wigorn. pág. 650 y 57. Simeon Dunelm, pág. 203.

565 Hoveden, pág. 452.

566 Crón. Saj. pág. 174. Ingulf. pág. 19. Malm. p. 10. Hoveden, pág. 451.

567 Malm. pág. 104.

568 H. Hunting. pág. 370.

569 Existe un documento en la caja de Sharneborne por el cual parece probarse que esta casa, de origen sajón, fue reinstalada en sus bienes después de haber probado su inocencia, como también las demás casas sajonas que se hallaban en el mismo caso. Aunque este documento pudiera inducir a error a otros anticuarios más diestros que Spelman (véase su Glosario en la palabra *Drenget*) y que Dugdale (véase *Baron*, tom I, pág. 118), está probado por el Dr. Brady (véase *Amwerto Petyt* pág. 11 y 12) que es un título apócrifo y mirado como tal por Tirrel, a pesar de ser éste un defensor acérrimo de las opiniones de su partido (véase su historia, tom. 1, introducción pág. 51 y 73). Ingulf. pág. 70 nos dice que aunque estaba ausente Hereward durante la conquista, fue despojado de sus bienes y no los pudo recuperar jamás. Guillermo saqueó hasta los monasterios, Flor. Wigorn pág. 636. Crónic. Abat. S. Petri de Burgo, pág. 482. M. París, pág. 5. Simeón Dunelm. pág. 200. Diceto, pág. 482. Brompton, pág. 967. Dice Ingulf que Ivo de Taillebois despojó el monasterio de Croyland de una gran parte de sus tierras sin darle la menor indemnización.

hombre de nacimiento, de caudal o de crédito para declararle criminal, y la política del rey, de acuerdo con la avaricia de los extranjeros que le habían seguido para buscar fortuna en Inglaterra, produjo una revolución casi total en las propiedades de tierras del reino. Las familias más antiguas o ilustres se vieron reducidas a mendigar, y la nobleza misma se vio tratada con ignominia en todas partes, sufriendo la mortificación de ver sus palacios y casas de campo ocupadas por los normandos de la más baja y obscura extracción⁵⁷⁰, e imposibilitada de seguir ninguna de las carreras que conducían a la opulencia y los honores⁵⁷¹.

Introducción de la ley feudal

Como naturalmente la autoridad es compañera de la propiedad, no encontraban seguridad los extranjeros sino en la revolución de los caudales, por lo cual Guillermo tuvo gran cuidado en las nuevas instituciones que estableció de concentrar para siempre en sus manos la autoridad militar a que debía la gloria de haber subyugado el reino. Aquel príncipe introdujo en Inglaterra la ley feudal que ya estaba vigente en Francia y en Normandía, y que en aquellos tiempos era el fundamento así de la estabilidad como de los desórdenes de la mayor parte de los gobiernos monárquicos de Europa. Dividió todas las tierras de Inglaterra, excepto el patrimonio de la corona y algunas otras posesiones, aunque pocas, en baronías, que confirió a los principales de los suyos con la obligación de prestarle servicios militares y cierto tributo en dinero. Aquellos grandes barones que dependían inmediatamente de la corona, enajenaron una gran parte de sus tierras a otros extranjeros a quienes se denominó caballeros o vasallos; y estos se comprometieron con su señor a prestarle en tiempo de guerra y de paz ciertos servicios y una obediencia semejante a la que este mismo debía a su soberano. Había en todo el reino setecientos principales terratenientes o vasallos de la corona y sesenta mil doscientos quince *knights-fees*⁵⁷², es decir, caballeros terratenientes o vasallos de los grandes barones. Como ningún inglés era admitido en la clase de los primeros, se tuvo por muy feliz aquel que pudo serlo en la segunda, donde, bajo la protección de algún señor normando, cada propietario antiguo se cargaba en su nombre y en el de su posteridad con una obligación muy gravosa para conservar unas tierras que había recibido libres de sus antepasados⁵⁷³. Los pocos ingleses que de este modo entraron en las carreras militares o civiles, estuvieron sujetos al yugo extranjero con una subordinación tan rigurosa, que desde entonces pareció haberse afianzado el dominio normando sobre una base inalterable y en situación de poder hacer frente a todos sus enemigos.

Para enlazar todavía más las diferentes partes del gobierno y ligarlas a un solo sistema, que al mismo tiempo sirviese para la seguridad del reino contra invasiones extrañas, y al mantenimiento de la seguridad interior, redujo Guillermo las rentas eclesiásticas bajo el mismo pie de la ley feudal. Por más que a los principios manifestase mucho celo y sumisión a la Iglesia cuando hizo su primera invasión y en los primeros pasos de su reinado, no dejó de imponerle la misma carga, y el clero la miró como una esclavitud insoportable e indecorosa para él. Los obispos y los abades se vieron obligados a prestar al rey durante la guerra, y a la primera requisición, un cierto número de *knights* o vasallos militares proporcionado a la extensión del territorio de cada obispado o abadía, y en caso de falta eran condenados a la misma pena que los legos⁵⁷⁴. En vano se opusieron el papa y los eclesiásticos a esta sujeción que calificaban de tiranía, porque estaba tan bien apoyada la autoridad

570 Order Vital, pág. 521. Math. West. pág. 225.

571 El reglamento que obligaba a todos los habitantes a apagar el fuego y la luz a una hora determinada y al son de campana es representado por Polidoro Virgilio lib. II. como una señal de la servidumbre de los ingleses. Pero no era mas que una ordenanza de policía que ya había establecido antes Guillermo en la Normandía. Véase a Dumoulin, hist. de Normandía, pág. 160. La misma ley se observaba en Escocia. L. I. Burgor, pág. 86.

572 Order Vital, pág. 523. Secretum Abatis apud Seldem. pág. 573.

573 Math. West. pág. 225. M. París, pág. 4. Brompton, lib. I. cap. 11. núm. 1.

574 Mat. París, pág. 5. Anglia sacra, tomo I. pág. 248.

del rey en el ejército, que todo lo debía a su bondad, que a pesar del imperio de la superstición en aquel siglo, todavía tuvo que ceder a la voluntad suprema del monarca.

Sin embargo, como el cuerpo general del clero estaba compuesto de ingleses, debió recelar el rey los efectos de su resentimiento, y así tomó la precaución de despojarlos de todas las dignidades considerables puniendo en su lugar a extranjeros. Ya había sido tan notable la parcialidad de Eduardo el Confesor en favor de los normandos que, apoyados en su mayor instrucción, habían ido a ocupar las principales sillas de Inglaterra, de modo que en tiempo de la conquista apenas había seis o siete prelados que hubiesen nacido en el reino; pero uno de estos era Stigand, arzobispo de Canterbury, hombre que por su conocimiento de los negocios, la firmeza de su carácter, el lustre de su cuna y de sus alianzas, riqueza y dignidad, gozaba de mucho crédito y daba mucho cuidado al rey⁵⁷⁵. Aunque este príncipe desairó sensiblemente al prelado cuando subió al trono haciendo que le consagrara el arzobispo de York, no dejó luego de colmarle de honores y agasajos, evitando todas las ocasiones de exasperarle hasta encontrar la que él deseaba de perderle enteramente⁵⁷⁶. Una vez apagado el fuego de las últimas revueltas y lograda la total esclavitud de los ingleses, esperaba Guillermo que por atrevida que pareciese aquella acción, quedaría justificada con el éxito y se confundiría entre tantas otras revoluciones que no menos interesaban la libertad y prosperidad de todo el reino; sin embargo, a pesar de todas aquellas ventajas, no creía el rey poder violar sin riesgo las consideraciones que acostumbraba tener con el primado, a no ser que sirviese de pretexto la nueva superstición que él procuraba introducir en Inglaterra.

Innovación en el gobierno eclesiástico

La doctrina que exaltaba al papa sobre todas las potestades de la tierra se había ido propagando desde la ciudad y corte de Roma, donde tenía su origen, hasta los estados meridionales de Europa, donde durante aquel siglo dominaba mucho más que entre los del Norte. Verosíblemente esperaba el pontífice Alejandro, que tanto había favorecido a Guillermo en la conquista de Inglaterra, que los franceses y normandos introducirían en esta nación el mismo respeto de que estaban poseídos en su propio país hacia su sagrado carácter, y contaba con que aquellos conquistadores aniquilarían la independencia espiritual no menos que la libertad civil de los sajones. Éstos pueblos habían dirigido hasta entonces su gobierno eclesiástico reconociendo, es verdad, la supremacía de la silla de Roma, pero sin tener mucha idea de sus derechos al dominio y autoridad sobre todas las demás iglesias. Así, pues, que el príncipe normando estuvo sólidamente afirmado en el trono, le envió el papa a Ermenfredo, obispo de Sion, en calidad de legado suyo en Inglaterra, y este prelado fue el primero que con tal calidad apareció en las islas británicas. Aunque Guillermo estuviese dispuesto por sus propios principios a dar esta muestra de sumisión a la corte de Roma, resolvió, según el uso común, sacar partido de aquel suceso en favor de sus designios políticos y degradar a los prelados ingleses que le eran sospechosos. Consintió el legado en hacerse instrumento de su tiranía, y sin duda creyó que cuanto más violento fuese su poder, mejor se confirmaría la autoridad de la corte de quien era comisionado. Convocó pues un concilio de prelados y abades en Winchester, y asistido de dos cardenales, Pedro y Juan, citó a su presencia a Stigand, arzobispo de Canterbury para que fuese a dar cuenta de su conducta⁵⁷⁷, y se le acusó de tres crímenes, a saber: haber conservado a un tiempo la silla de Worcester y la de Canterbury; haber oficiado con el palio de su predecesor Roberto, y haber recibido el suyo de Benedicto IX, que fue luego depuesto por simonía y usurpación de la santa sede⁵⁷⁸. No eran estos cargos más que un pretexto para perder a Stigand, pues el primero era un abuso muy común en Inglaterra, y no llevaba

575 Parker, pág. 161.

576 Idem. pág. 164. Knighton. Pág. 2344.

577 Flor. Vigorn. pág. 636.

578 Hoveden, pág. 458. Diceto, 482. Knighton . pág. 2345. Anglia Sacra, tomo I. pág. 5 y 6. Ipod. Neust. pág. 448.

consigo otra pena que la de renunciar una de las dos sillas, el segundo era un punto de mero ceremonial y el tercero una necesidad, pues que Benedicto era entonces el único papa que oficiaba; fuera de que jamás fueron anulados los actos de aquel pontífice, y todos los prelados de la Iglesia, sobre todo los de los países lejanos, no podían menos de dirigirse a él. A pesar de eso se resolvió la ruina de Stigand por sólo aquellas faltas y se consumó con el mayor rigor. El legado le degradó de su dignidad, el rey le confiscó sus bienes y le encerró en una prisión, donde pasó el resto de sus días en medio de todos los horrores de la miseria. Con igual severidad se trató a los demás prelados ingleses; Agelrico, obispo de Sehsey y Ágelmar, obispo de Elniham, fueron igualmente depuestos por el legado, y encarcelados por orden del rey⁵⁷⁹; muchos abades de los más principales experimentaron igual suerte⁵⁸⁰. Egelwin, obispo de Durham, abandonó el reino⁵⁸¹; Wulstan, obispo de Worcester, varón de inofensivo carácter, fue el único prelado inglés que tuvo la fortuna de escapar de aquella proscripción general y de continuar en la posesión de su obispado⁵⁸². Aldredo, arzobispo de York que había coronado a Guillermo, había muerto hacía poco de sentimiento, y legado su maldición a aquel príncipe, fundada en que había violado el juramento que había hecho en su consagración, y en la tiranía espantosa con que trataba a sus súbditos⁵⁸³.

Era máxima constante en aquel reinado, y aun en otros que se la siguieron, que toda persona nacida en Inglaterra no debía jamás aspirar a ninguna dignidad eclesiástica, civil o militar⁵⁸⁴. Después de la deposición de Stigand, nombró el rey en su lugar a Lanfranc, fraile milanés, célebre por su saber y su piedad⁵⁸⁵. Este prelado defendió muy escrupulosamente las prerrogativas de su silla, y después de un largo pleito seguido ante el papa, obligó a Tomás, monje normando que había sido elevado al arzobispado de York, a reconocer la primacía del de Canterbury⁵⁸⁶. Cuando la ambición tiene habilidad para disfrazarse con las apariencias del deber y de la equidad, es la más inflexible e incurable de todas las pasiones humanas; y así fue como logró ser tan infatigable el celo de Lanfranc⁵⁸⁷ por extender la autoridad de la santa sede, a la que debía el acrecentamiento de la suya propia, y el resultado coronó sus deseos. De día en día fue adquiriendo nuevas fuerzas en Inglaterra el imperio de Roma, tan favorecido por la opinión de los conquistadores de aquel reino como por los antiguos establecimientos monásticos que había introducido Edredo y confirmado Edgar, de modo que no tardó en llegar al mismo grado en que se hallaba en Francia y en Italia⁵⁸⁸. Más adelante las excedió en mucho, y el mismo apartamiento del país que había retardado sus progresos, contribuyó después a acelerarlos, por lo mismo que fueron más tardíos en Inglaterra los adelantamientos y la buena educación que en los países meridionales, y fue menos disputado el excesivo celo por la santa sede.

Muy peligroso llegó a ser este espíritu de superstición a algunos de los sucesores de Guillermo y sumamente incómodo para todos ellos; pero la autoridad arbitraria que se había arrogado este príncipe sobre los ingleses y la extensión de su poder sobre los extranjeros, le pusieron a cubierto, durante su reinado, de sufrir los inconvenientes que resultaron después. Contuvo al clero en una sujeción tan completa como a los demás súbditos legos, y no permitió a

579 Hoveden, pág. 455. Math., West. pág. 226. Flor. Wigorn, pág. 636.

580 Malm. de Gest. Pont. pág. 154.

581 Ingulf. pág. 70 y 71.

582 Order Vital, pág. 119. Hoved, pág. 453. Flor. Wigorn. pág. 636.

583 Crón. Saj. pág. 375 y 376. Ingulf. pág. 92. M. París, pág. 6. Diceto, pág. 484.

584 Spelm. in Fleta, cap. 6.

585 Diceto, pág. 452.

586 Hoveden, pág. 452. Math. West. pág. 226. M. París, pág. 5. Anglia Sacra tom. I. pág. 249.

587 Refiere Brompton que también fue depuesto Wulstan por el concilio, pero que habiendo rehusado entregar el báculo y el anillo a otra persona que a aquella de quien los había recibido, se fue al sepulcro de Eduardo y metió el báculo tan profundamente en la piedra que él solo fue capaz de arrancarle; de cuyas resultas le permitió Guillermo conservar su obispado. Véanse también los anales de Burton, pág. 264. Este ejemplo puede servir de modelo de lo que son los milagros de los frailes.

588 Math. West. pág. 228. Escribió Lanfranc en defensa de la presencia real contra Berengario, y en aquellos tiempos de ignorancia y superstición fue muy aplaudida su obra.

ninguno de ellos, cualquiera que fuese su carácter, resistir a su voluntad suprema: a todos les prohibió que reconociesen por soberano pontífice a ninguno que antes no lo hubiese sido por él mismo, y exigió que todos los cánones eclesiásticos de los concilios fuesen primeramente examinados por él y no tuviesen fuerza y vigor sino después de esta ratificación. Hasta las bulas y breves de Roma no podían ser presentados sin que antes hubiesen obtenido el pase de su autoridad; ni sus ministros y barones por culpables y criminales que fuesen, estaban sujetos a las censuras espirituales, sin que el hubiera dado su consentimiento para la excomunión⁵⁸⁹. Estos reglamentos eran dignos de un soberano que sabía reunir la autoridad eclesiástica con la civil, a pesar de que otros principios introducidos por este príncipe tendían directamente a separarlas.

Pero los ingleses tenían la cruel mortificación de que toda la autoridad que su rey había sabido adquirir y aumentar, sólo se empleaba en oprimirlos, y de que el plan de su servidumbre, acompañada de todas las indignidades e insultos posibles⁵⁹⁰, había sido formado por su príncipe con deliberado acuerdo, y continuado con escarnio por sus criaturas⁵⁹¹. Había formado Guillermo el difícil proyecto de acabar enteramente con la lengua inglesa, y para conseguirlo mandó que en todas las escuelas del reino se enseñase la francesa, práctica que continuó por la fuerza del hábito hasta después del reinado de Eduardo III, y que nunca se ha abandonado del todo en Inglaterra. En los tribunales superiores se litigaba en francés⁵⁹², y muchas veces se extendían en la misma lengua las sentencias y las leyes⁵⁹³. No se usaba otra en la corte y en toda la sociedad culta, y los ingleses mismos avergonzados de su propia patria, afectaban estar muy corrientes en aquel idioma extranjero. De este empeño de Guillermo y de la comunicación frecuente con los demás estados que por largo tiempo han estado anexos a la corona de Inglaterra, resultó esa mezcla de francés que se nota hoy en la lengua inglesa y que compone su mayor y mejor parte: pero en medio de tantos esfuerzos por humillar a la nación, conmovido el rey de las súplicas de muchos prelados y de los ardientes deseos del pueblo, volvió a poner en vigor algunas de las leyes de Eduardo⁵⁹⁴, las cuales eran sin duda poco ventajosas a la libertad general, pero con todo eso fueron recibidas con gran satisfacción por cuanto recordaban algo el antiguo gobierno, y daban indicios de cierta complacencia a que no estaban acostumbrados de parte de aquel imperioso conquistador⁵⁹⁵.

Había llegado a ser ya (1071) sumamente desagradable la situación de los dos condes Morcar y Edwin, pues aunque habían permanecido fieles durante la rebelión general de sus compatriotas, no por eso habían conseguido la confianza del rey; mas antes se veían expuestos a la malignidad de los cortesanos, celosos de su opulencia y grandeza, y que no los distinguían de los demás ingleses en el desprecio con que los trataban. Persuadidos aquellos dos señores de que habían perdido enteramente su crédito y no tenían que esperar en mucho tiempo estar en seguridad, se determinaron, aunque tarde, a correr los mismos riesgos, que sus conciudadanos⁵⁹⁶. Mientras que Edwin se retiró a sus posesiones del norte con intento de fomentar allí una rebelión, Morcar se refugió a la isla de Ely con el valiente Hereward, quien apoyado en la situación inaccesible de aquel terreno continuaba defendiéndose contra los normandos⁵⁹⁷; pero esta tentativa sólo sirvió para acelerar la ruina de los

589 Eadmer, pág. 6.

590 Order Vital pág. 525. B. Hunting. pág. 570.

591 Ingulf. pág. 71.

592 Eduardo III, cap. 15. Selden Spieilleg. ad Eadmer, pág. 189.

593 Ingulf. pág. 91 y 98. Crón. Rethom. A. D. 1066.

594 Ingulf. pág. 88. Brompton, pág. 982. Kinghton pág. 2355. Hoved. pág. 600.

595 Los anticuarios disputan mucho acerca de estas leyes tan deseadas de los ingleses durante siglo y medio, y dudan que fuesen obra de Eduardo el Confesor. La ignorancia en que estamos sobre este punto es uno de los mayores defectos de la historia antigua de Inglaterra. Esa colección de leyes hechas por Wilkins y que pasan con el nombre de Eduardo, no es más que una compilación de leyes posteriores a este príncipe de las cuales las que cita Ingulf son ciertas, pero tan imperfectas y tan poco favorables al pueblo, que no alcanzamos el interés que pudiese resultar de restablecerlas para pedir las con tanta vehemencia. Es verosímil que los ingleses pedirían el derecho común que se seguía en tiempo de Eduardo, y que según podemos conjeturar, era más indulgente con la libertad nacional que las instituciones normandas. Sus principales artículos están insertos en la Carta magna.

596 Simeon Dunelm. pág. 205. Brompton, pág. 969. Kinghton pág. 2347.

597 Hoveden, pág. 454. Alur. Beverl. pág. 132.

pocos ingleses que hasta entonces habían podido conservar su calidad y riquezas en las turbulencias anteriores. Guillermo empleó cuantos medios estuvieron en su mano para someter la isla de Ely, embistiéndola con barcos chatos, y habiendo mandado construir una calzada de dos millas de largo en los pantanos que la rodeaban, obligó a los rebeldes a rendirse a discreción⁵⁹⁸: sólo Hereward pudo abrirse paso con la espada por entre sus enemigos, y continuó las hostilidades por mar contra los normandos, hasta que Guillermo, prendado de su bizarría, le perdonó y restituyó sus bienes. El conde Morcar y Egelwin, obispo de Durham, que se habían reunido a los descontentos, fueron encerrados en una prisión, donde el último murió poco después⁵⁹⁹. Por lo que hace a Edwin, habiendo intentado fugarse a Escocia, le vendieron algunos de los suyos, y fue sacrificado por una partida de normandos con gran sentimiento de los ingleses y aun del mismo Guillermo que honró con sus lágrimas la memoria de aquel amable y valiente joven⁶⁰⁰. Entretanto el rey de Escocia con intento de aprovecharse de aquellos movimientos en Inglaterra, había caído sobre las provincias del norte de aquel reino, pero se retiró al acercarse el rey, y luego cuando Guillermo penetró a su vez en Escocia, no tuvo a poca dicha Malcolm poder ajustar la paz, pagando el homenaje acostumbrado⁶⁰¹. Para colmo de la felicidad del monarca inglés, Edgar Atheling, causado de llevar una vida errante y fugitiva sin esperanza alguna, se presentó a hacer su sumisión, y Guillermo le recibió con bondad señalándole una renta considerable, y le permitió que viviese tranquilo en su patria⁶⁰²; pero estos actos de generosidad con los principales jefes de la facción, se mancharon, como de costumbre, por un rigor excesivo contra los descontentos de orden inferior, pues mandó cortar las manos y sacar los ojos a la mayor parte de los prisioneros que había cogido en la isla, y en tan miserable estado los dispersó como para que sirviesen de muestra de su severidad⁶⁰³.

Había caído bajo el dominio de Guillermo (1073) la provincia de Maine en Francia, en virtud del testamento de su último conde Hebert, algunos años antes que hubiese conquistado a Inglaterra; pero los habitantes poco satisfechos de aquel nuevo gobierno, y excitados por Foulco conde de Anjou, que tenía algunos derechos a aquella sucesión, se sublevaron y echaron a los magistrados nombrados por el rey Mas éste, habiéndose afirmado bien en Inglaterra, tuvo tiempo para ir a castigar aquel desacato a su autoridad, pero no queriendo sacar del reino las tropas normandas que mantenía en él, levantó un ejército considerable casi todo compuesto de ingleses⁶⁰⁴, a los cuales reunió algunos cuerpos levantados en Normandía, y entró en la provincia sublevada. Los ingleses se empeñaron en distinguirse en aquella ocasión y en recobrar la reputación de valor que les había caracterizado por tanto tiempo, aunque desmentida en cierto modo y obscurecida con su pronta sumisión al yugo extranjero. Tal vez esperaban también que su celo y actividad recuperarían la confianza de su soberano, así como sus antepasados habían reconquistado la de Canuto, y que lograrían desarraigar las preocupaciones poco favorables que existían contra su nación: lo cierto es que favorecidas las operaciones de Guillermo por tan valientes tropas, redujeron muy en breve a su deber a los habitantes de Maine, y el conde de Anjou tuvo que renunciar a sus pretensiones.

Rebelión de los barones normandos

Mientras que Guillermo redondeaba sus negocios de fuera (1074), aquellos mismos extranjeros que todo lo debían a su bondad, y eran las únicos objetos de su benevolencia y consideraciones, estaban fomentando los más violentos alborotos en Inglaterra. Los barones normandos, que se habían empeñado con él cuando intentó su famosa conquista, tenían

598 Crón. Saj. pág. 181. Hoveden, pág. 454. Math. West, pág. 227.

599 Flor. Wigorn. pág. 637. Simeon Dunelm pág. 203.

600 Order Vital, pág. 521. Crón. Albal. Sti. Petri de Burgo, pág. 48.

601 Crón. Mail. pág. 160. Hoveden, pág. 454. Math. West. Pág. 227.

602 Crón. Mail. pág. 103. Hoveden, pág. 452. Flor Wigorn. Pág. 638.

603 Hoveden, pág. 424. Simeon Dunelm. pág. 203.

604 Crón. Saj. pág. 182.

naturalmente inclinación a la independencia, y por más que hubiesen obedecido en el campo de batalla a las órdenes de su general, hubieran mirado con desdén las más ricas adquisiciones si llevaban consigo la condición de someterse, en cuanto al gobierno civil, a la voluntad arbitraria de uno solo; pero el carácter impetuoso de Guillermo, frecuentemente excitado a mostrarse despótico con los ingleses por la fuerza misma de las cosas, se atrevió a serlo también con los normandos, sin guardar consideración ni aun a aquel pueblo libre y victorioso, en términos de no poderlo sufrir. Propagóse el descontento entre aquellos altivos barones, y aun cundió hasta el mismo Roger, conde de Herefort, hijo y heredero de Fitz-Osberne, y el más querido de los favoritos del rey. Este magnate que proyectaba casar a su hermana con Ralph de Guader, conde de Norfolk, creyó que era de su deber informar de ello a su soberano y pedirle su consentimiento; pero Guillermo se opuso al casamiento, lo que no estorbó que Roger pasase adelante en él y reuniese a sus amigos y los de Guader para solemnizar la fiesta⁶⁰⁵; pero picados los dos condes de la negativa que habían sufrido y recelosos de que su desobediencia hubiese desagradado a la corte, se prepararon a publicar los motivos de su rebelión en el mismo festín de boda, y en medio de los vapores del vino y la alegría declamaron sin rodeos contra la administración despótica de Guillermo, contra la tiranía que ejercía con los ingleses a quienes en aquel momento afectaban compadecer, contra su conducta imperiosa con los barones de más alta estirpe, y contra su aparente intención de sujetar a vencedores y vencidos bajo la misma vergonzosa servidumbre⁶⁰⁶. Entre otros cargos y quejas, no se omitió la de verse sometidos a un bastardo⁶⁰⁷, insistiendo sobre la expectativa segura de una rebelión apoyada por los daneses y por los ingleses descontentos. Animados de iguales sentimientos todos los convidados e inflamados con el fuego de los placeres de la mesa, se comprometieron solemnemente a sacudir el yugo de la autoridad real⁶⁰⁸; y el mismo conde de Waltheof, que estaba presente, aprobó inconsideradamente la conspiración y prometió tomar parte en ella⁶⁰⁹.

Este señor, único entre los ingleses que todavía conservaba algún crédito y autoridad, gozaba del favor de Guillermo desde la capitulación de York y hasta se había casado con Judit, sobrina de aquel conquistador, y obtenido los condados de Huntington y de Northampton⁶¹⁰. Habiéndose refugiado a Escocia Cospatrik, conde de Northumberland, nuevamente desgraciado de la corte de Inglaterra, había merecido de Malcolm el condado de Dumbar, y fue nombrado Waltheof para el gobierno importante que el fugitivo había perdido en su patria; de suerte que parecía gozar más y más del favor de su soberano⁶¹¹; pero es verosímil que la tiranía ejercida con los ingleses ahogaba en el alma recta y generosa de aquel celoso patriota toda la satisfacción que podía proporcionarle su calidad y favor. Apenas se le abrió la perspectiva de la libertad de sus conciudadanos, cuando fijó en ella la vista, sobre todo en un momento en que los humos del vino y el impetuoso ardor de los demás conjurados no le permitían reflexionar sobre las consecuencias de aquel extravagante proyecto; pero apenas se despejó su cabeza, previó que la conspiración de aquellos barones descontentos no trastornaría la autoridad bien fundada de Guillermo, o que en caso de que prevaleciera, lejos de mejorar la situación de los ingleses, llegada a ser más insoportable bajo la autoridad de una multitud de tiranos extranjeros ambiciosos y turbulentos, cuya unión o discordia no podían menos de ser igualmente gravosas al pueblo. Atormentado por estas reflexiones, abrió su corazón a su esposa Judit, cuya fidelidad no le era en modo alguno sospechosa; pero por desgracia ésta estaba enamorada de otro, y se aprovechó de aquella ocasión para perder a su fácil y crédulo esposo. Hizo dar cuenta al rey de la conspiración, dando un colorido más negro a todas sus

605 Will. Males, pág. 104. Flor Wigorn. pág. 638. Diceto. pág. 486.

606 Order Vital, pág. 554. M. París, pág. 7.

607 Recataba tan poco Guillermo su nacimiento, que afectó tomar el título de bastardo en alguna de sus cartas y decretos. Véase a Spelmen, Glosa de la palabra *Bastardus*.

608 Malm. pág. 104. H. Hunting. pág. 369.

609 Crón. Abb. Sti. Petri de Borgo. pág. 49. Diceto, pág. 436.

610 Order Vital, pág. 522.

611 Simeón Dunelm, pág. 205.

circunstancias con el fin de hacerle más implacable⁶¹², y como el conde andaba siempre turbado con el papel de que se había encargado, se le comunicó en confesión a Lanfranc, en cuyo juicio y probidad tenía la mayor confianza. Aquel prelado le aconsejó que no debía guardar ninguna fidelidad a los barones rebeldes que habían sorprendido su consentimiento para comprometerle en una acción criminal, y que su primera obligación era para su soberano, bienhechor suyo y de sus hijos, insistiendo en que si no aprovechaba el único medio de expiar su falta revelándosela a su señor, sería tal la temeridad de los conjurados que se vería precisado a buscar otra persona que tuviese el mérito del descubrimiento. Persuadido Waltheof de la solidez de aquellas razones, partió para Normandía⁶¹³ donde se hallaba Guillermo, pero aunque este príncipe le hizo muy buena acogida y le dio gracias por su fidelidad, ya había dejado en él muy mala impresión el primer aviso de Judit, lo cual quitó todo el mérito a su arrepentimiento.

Apenas supieron los conjurados el viaje del conde, al instante infirieron que su designio estaba descubierto y corrieron a las armas antes que su plan estuviese del todo maduro, y por de contado antes que llegaran los daneses sobre los cuales fundaban su principal esperanza. Walter de Lacy, barón muy poderoso en aquellas provincias, ayudado por el obispo de Worcester y el abad de Esverham, levantó algunas tropas, con las cuales rechazó al conde de Hereford, impidiéndole que pasase el Saverna y que penetrase en el corazón del reino⁶¹⁴. El conde de Norfolk fue derrotado en Fagadun, cerca de Cambridge, por el regente Odo sostenido por Ricardo de Bienfaite y Guillermo de Warene, ambos administradores del reino⁶¹⁵. Se les cortó el pie derecho a los prisioneros hechos en aquella acción en castigo de su rebeldía, y Norfolk, se huyó a Noruega y de allí a Dinamarca, donde supo por la escuadra danesa que después de haber hecho una tentativa infructuosa contra las costas de Inglaterra, había tenido que volverse, y que todos los confederados andaban dispersos y otros habían muerto o sido cogidos prisioneros⁶¹⁶. Desesperado Ralph se retiró a Bretaña, donde poseía algunos bienes de consideración y gozaba de muchos privilegios⁶¹⁷.

El rey, que se dio prisa a volver a Inglaterra para apagar la insurrección, y se encontró a su llegada con que no tenía otra cosa que hacer sino dictar el castigo de los culpables, lo cual ejecutó con sobrada severidad. Muchos de ellos fueron ahorcados, a otros se les sacaron los ojos, a otros se les cortaron las manos⁶¹⁸; pero según su máxima ordinaria trató con más moderación a los jefes⁶¹⁹, y así el conde de Hereford no sufrió otra pena que la confiscación de sus bienes y estar en una prisión todo el tiempo que le plugo al rey quien se mostró inclinado a alzarle esta última pena, y lo hubiera hecho sin una nueva insolencia de Roger que le precisó a perpetuar su encarcelamiento⁶²⁰. Waltheof como inglés, no fue tratado con la misma humanidad aunque era siempre menos culpable que sus cómplices por haber reparado su crimen con un pronto arrepentimiento (1075), pues Guillermo instigado por su sobrina y sus rapaces cortesanos que no le dejaban en paz anhelando su rica sucesión, le mandó juzgar, condenar y ejecutar de muerte (abril, 29)⁶²¹. Mucho lloraron su pérdida los ingleses, que miraban a aquel señor como el último recurso de su nación, y llegaron a persuadirse que sus tristes restos habían hecho milagros en prueba de su inocencia y santidad⁶²². Poco tiempo después la infame Judit cayó en desgracia, y se vio abandonada de todo el mundo, pasando el resto de su vida en el oprobio, los remordimientos y la indigencia⁶²³.

612 Order Vital, pág. 556.

613 Malm. pág. 105. Hoveden, pág. 436. Flor Wigorn. pág. 638.

614 Hoveden, pág. 456. Flor Wigorn. pág. 632.

615 Order Vital. pág. 536. Hoveden, pág. 436.

616 Crón. Saj. pág. 185. M. París, pág. 7.

617 Se cree que muchos de los normandos fugitivos se retiraron a Escocia donde los protegió Malcolm así como los ingleses descontentos. De ellos descienden muchas casas normandas y francesas, que aun duran.

618 Order Vital, pág. 535.

619 Crón. Saj. pág. 185. H. Hunting. pág. 469.

620 Order Vital, pág. 535. Malm. pág. 105.

621 Order Vital, pág. 536. Hoveden, pág. 45.

622 Order Vital, pág. 543. Malm. pág. 104.

623 Order Vital, pág. 543. Malm. pág. 104

Nada faltaba ciertamente a la completa satisfacción de Guillermo sino el castigo de Ralph de Guader, y así volvió prontamente a Normandía con intento de saciar en él su venganza; pero a pesar de la notoria desigualdad de la lucha entre este señor y el rey de Inglaterra, fue tan bien defendido por el conde de Bretaña y el rey de Francia, que después de haberle sitiado algún tiempo en su ciudad de Dol, tuvo Guillermo que renunciar a su empresa y hacer la paz con aquellos príncipes poderosos, en la cual fue comprendido Ralph⁶²⁴. La Inglaterra permaneció tranquila durante la ausencia del rey y no ocurrió cosa notable si se exceptúan dos sínodos eclesiásticos que fueron convocados el uno en Londres y el otro en Winchester; en el primero de los cuales se decidió la residencia de las sillas episcopales, y fueron trasladadas algunas de ellas desde las miserables aldeas donde estaban, al pueblo más considerable de la diócesis⁶²⁵, pero en el segundo se agitó un negocio más importante.

Disputa relativa a las investiduras

No hay cosa mas admirable que la destreza y perseverancia de los papas en atesorar, digámoslo así, su poder y pretensiones durante los siglos de ignorancia, por que cada soberano pontífice empleaba todas las supercherías posibles para acreditar prácticas piadosas, apoderándose con infatigable celo de todo cuanto pudiese tornar en ventaja de su sucesor, por más que él mismo no llegase acojer el fruto de sus afanes. Este inmenso fondo de autoridad espiritual y civil acumulado tan a duras penas, se hallaba entonces (1076) en manos de Hildebrando, llamado Gregorio VII, el pontífice más emprendedor y menos intimidado por el decoro y la moderación que ocupó jamás la silla romana. No contento con haber sacudido el yugo de los emperadores, que hasta entonces habían estado en posesión de nombrar papas en todas las vacantes de la santa Sede, o por lo menos de ratificar su elección, se atrevió a intentar además separar enteramente el poder espiritual del civil, y arrebatar a todos los legos el derecho que se habían atribuido de nombrar para los obispados, abadías y dignidades espirituales⁶²⁶. Los soberanos que habían ejercido por largo tiempo este derecho, y que le habían adquirido no por usurpación sobre la iglesia sino sobre el pueblo de quien todo dependía originalmente⁶²⁷, se opusieron a aquella pretensión de la corte de Roma, y Enrique IV, emperador entonces, defendió aquella prerrogativa de su corona con todo el vigor y firmeza que exigía su importancia. Los pocos oficios civiles o militares que las instituciones feudales permitían conceder a los soberanos, hacían que fuese mirada la prerrogativa de conferir el anillo pastoral y el báculo como uno de los más apreciables privilegios de su corona, sobre todo en aquellos siglos de tinieblas, en que la ignorancia general proporcionaba a las dignidades eclesiásticas una gran extensión de propiedades y autoridad que no les correspondían por sí mismas. La superstición, hija de la ignorancia, prodigaba al clero un prestigio casi sagrado, y como los eclesiásticos pasaban entonces por ser los hombres más instruidos, llegaba a ser necesaria su intervención en los negocios civiles, de lo cual se seguía una utilidad real que aumentaba la santidad de su carácter.

Cuando ya las usurpaciones de la iglesia llegaron al punto de madurez necesaria para que se atreviesen a intentar reservarse para sí el derecho de investidura, despojando de él a la autoridad temporal, toda la Europa y en particular la Italia y la Alemania se agitaron con las más violentas convulsiones, y tanto que desde aquel momento se declararon el papa y el emperador una guerra implacable. Tuvo Gregorio el atrevimiento de fulminar sus rayos espirituales contra Enrique y sus parciales, y declararle legítimamente depuesto y libres sus súbditos del juramento de fidelidad que le debían: mas el linaje humano, en vez de indignarse de tan temerario atentado de la jurisdicción

624 Crón. Saj. pág. 183. Crón. Mail. pág. 160. H. Hunting pág. 569.

625 Ingulf. pág. 93. Brompton pág. 975.

626 La Abb. Conc. tom. X. pág. 371 y 372. Conc. 2

627 Fra Paolo sopra Benef. Eccles. pag. 30.

espiritual contra la autoridad civil, tuvo la estupidez de apoyar sus más exageradas pretensiones. Todos los ministros, criados y vasallos del emperador que tenían algún motivo de descontento, encubrieron su venganza con el pretexto de obedecer a la religión y abandonaron a su Señor: hasta su misma madre, rompiendo todos los vínculos de la naturaleza, se dejó seducir hasta el punto de autorizar la insolencia de los enemigos de su hijo, dándoles el ejemplo. Los demás soberanos, sin reflexionar en las perniciosas consecuencias que debían deducirse de aquellas usurpaciones de la santa Sede, se valieron de ella para favorecer sus actuales designios. Por otra parte el espíritu de controversia que tanto había cundido por todas las ciudades de Italia, engendró las dos facciones de Güelfos y Gibelinos, que fueron las más inveteradas y tenaces de cuantas ha producido la mezcla de la ambición y la superstición. Además de los innumerables asesinatos, alborotos y violencias que ocasionaron, se cuentan por lo menos sesenta batallas bajo el reinado de Enrique IV y dieciocho bajo el de su sucesor Enrique V, en que triunfaron definitivamente las pretensiones del papa⁶²⁸.

Excitado mas bien que abatido el osado carácter de Gregorio con la obstinada resistencia del emperador, extendió sus usurpaciones por toda la Europa porque conocía bien la índole humana y sabía que asombrarla equivale a someterla, y que cede a las más extraordinarias pretensiones en el primer momento de su sorpresa: por eso se resolvió a no poner límite alguno a la monarquía espiritual o por mejor decir temporal que se proponía formar, y así pronunció sentencia de excomuniación contra Nicéforo, emperador de Oriente, y contra Roberto Guiscar, aquel aventurero normando que había adquirido el reino de Nápoles. Depuso a Boleslao, rey de Polonia, y privó a aquel estado del título de reino, llegando hasta querer tratar a Felipe rey de Francia, ni más ni menos que al emperador⁶²⁹. Aspiró al total dominio de España y la repartió entre los guerreros que quisieran conquistar aquel reino de los sarracenos, con condición de rendir homenaje a la santa Sede⁶³⁰. Hasta los mismos obispos, con cuyo auxilio contaba Gregorio, conocieron que su plan era reducirlos a ellos también a la más dura esclavitud, atribuyéndose la potestad legislativa y judicial de la iglesia, concentrando en sus manos toda la autoridad⁶³¹.

En medio de sus brillantes triunfos, tampoco estaba Guillermo el Conquistador, el príncipe más poderoso, activo e intrépido de Europa a cubierto de los ataques de aquel papa tan emprendedor, antes bien llegó a escribirle Gregorio intimándole que cumpliera su promesa prestando homenaje a la santa sede de la corona de Inglaterra, y enviándole el tributo que todos los reyes sus predecesores tenían costumbre de pagar al vicario de Jesucristo. Aludía el papa con este tributo al dinero de S. Pedro que la piadosa caridad de los príncipes sajones había concedido en otro tiempo, pero que la corte de Roma interpretaba, según su costumbre de sacar partido de todo, como un signo de vasallaje de aquel reino. Respondióle Guillermo que se le daría el dinero como hasta entonces, pero que jamás había prometido rendir homenaje de su corona a la santa sede, no habiendo cosa más distante de su intención que imponer igual servidumbre a sus estados⁶³². Luego para manifestar más su independencia a Gregorio, rehusó el rey a los obispos ingleses, a pesar de las frecuentes quejas del santo padre, el permiso para asistir al concilio general que había reunido aquel pontífice con el fin de castigar a sus enemigos.

Por más firmeza que mostrase el rey en sostener su dignidad real, no dejaba de estar imbuido en la superstición general de aquel siglo, y no desentrañaba bien el objeto ambicioso de aquellas instituciones, sin acabar de conocer que Gregorio, al introducir las y favorecerlas, ocultaba designios políticos bajo la capa de religión, como que el tal pontífice al mismo tiempo que perturbaba toda la Europa con sus violencias e imposturas, afectaba el mayor celo por la pureza de las costumbres, a punto de mirar los castos placeres del amor conyugal como incompatibles con la santidad del sacerdocio.

En consecuencia de su opinión sobre este punto, prohibió el matrimonio a los clérigos,

628 Fra Paolo sopra Benef. Eccles. pág. 115.

629 Epist. Gregorii VII, epist. 32 y 35, tomo II, epist. 5.

630 Epist. Greg. VII, libro I, epist. 7.

631 Gregor. Epist. lib. II, epist. 55.

632 Seldem ad Eadmer. p. 4. Spicileg.

excomulgó a todos los eclesiásticos que no repudiasen sus mujeres, calificó de pecado de fornicación aquel comercio ilegítimo, y declaró culpable a todo lego que asistiese a los oficios celebrados por aquellos profanos ministros de los altares⁶³³. Esta nueva disciplina era un objeto importante para los políticos de la corte de Roma, y les costó mucho mayor trabajo establecerla que cuantos absurdos especulativos hubiesen intentado introducir. Muchos fueron los sínodos convocados en diferentes partes de Europa antes que el clero consintiese en aquella reforma, y hasta se observó que los clérigos jóvenes fueron los que primero obedecieron al decreto del papa, al paso que los de más edad manifestaron una fuerte resistencia, cosa que admiró mucho al público que se chanceaba sobre ello a pesar de la ciega superstición del siglo. Guillermo permitió al legado del papa que juntase durante su ausencia un sínodo en Winchester para arreglar el celibato del clero; pero la iglesia de Inglaterra no fue tan dócil como se había pensado, y así el sínodo se contentó con estatuir que en adelante los obispos no ordenasen sacerdotes ni diáconos sin exigir de ellos la promesa de permanecer célibes; pero no se obligó a ninguno a que se separase de su mujer, sino a los de las iglesias colegiatas o catedrales.

Rebelión del príncipe Roberto

Pasó el rey algunos años en Normandía, pero no se debe atribuir esto a sólo su predilección por aquel ducado, sino a que era necesaria su presencia para pacificar las turbulencias que se habían suscitado en el propio seno de su familia, y agitaban su posesión favorita. Su hijo mayor Roberto, apellidado *Gambarón o Piernas cortas*, por que en efecto así las tenía, parecía haber heredado todo el valor de su casa y de su nación; pero carecía de aquella política diestra y de aquel profundo disimulo de que tanto partido había sacado su padre y que influyó en sus adelantos tanto como su denuedo y su experiencia militar. Ansioso de gloria e impaciente de la menor contradicción, tan claro para amigo como para enemigo, no podía aquel príncipe sujetarse a la menor circunspección cautelosa, ni aun respecto de su imperioso padre, sino que aspiraba abiertamente a aquella independencia que su propio carácter y algunas circunstancias de su situación le impulsaban a desear⁶³⁴. Cuando Guillermo admitió las sumisiones de la provincia del Maine, prometió a sus habitantes que los gobernaría su hijo Roberto, y aun a ruego de la corte de Francia, le había declarado sucesor suyo en el ducado de Normandía, aun antes de emprender la expedición que entonces proyectaba contra Inglaterra, y le hizo prestar juramento de fidelidad por los barones de aquel estado como a su futuro soberano. Con tales artificios había procurado Guillermo adormecer los celos de sus vecinos, dando a entender que pensaba separar algún día sus estados conquistados de los dominios que poseía en el continente: pero cuando Roberto le pidió el cumplimiento de sus promesas, sólo le respondió con una negativa seca, apoyándose en el dicho vulgar de que *nadie debía desnudarse antes de la hora de meterse en la cama*⁶³⁵. No disimuló Roberto su enojo, y aun se sospechó que había excitado al rey de Francia y al conde de Bretaña a que protegiesen la ciudad de Dol contra su padre, a quien en efecto obligaron a levantar el sitio. Fuese agriando más y más esta desunión, agregándose a ella las sospechas que concibió Roberto contra sus dos hermanos Guillermo y Enrique (porque el tercero, llamado Ricardo, había sido muerto por un ciervo en la caza), quienes a fuerza de sumisiones y complacencias se habían apoderado del ánimo de su padre. En tal situación por ambas partes la más ligera ocasión bastaba para producir un rompimiento abierto entre ellas, y este rompimiento se verificó en efecto.

Vivían los tres príncipes con el rey en el palacio del Águila, en Normandía, y un día que se estaban divirtiendo juntos familiarmente después de varias chanzas, se les antojó a los dos más jóvenes echar algunas gotas de agua sobre el mayor que iba atravesando el patio al salir de su

633 Hoved. p. 455 y 479. Flor Wigorn. p. 638. Spel. Conc. p. 13. A. D. 1076.

634 Order Vital, pág. 545. Hoveden, pág. 457. Flor. Wigorn. pág. 639.

635 Crón. de Mail. pág. 160.

habitación⁶³⁶. Probablemente no hubiera hecho éste el menor caso de aquella broma, si no hubiera venido a envenenarla el cortesano Alberico de Grantmesnil, hijo de Hugo de Grantmesnil a quien Guillermo había despojado en otro tiempo de todo su caudal por haberle abandonado aquel barón en el momento mas crítico de sus negocios en Inglaterra. Aprovechó pues el rencoroso joven de aquella ocasión para vengarse desuniendo más y más a la familia real, y así dijo a Roberto que la supuesta chanza de sus hermanos era un verdadero insulto público, de que debía por su honor pedir satisfacción. El impetuoso Roberto, que ya estaba prevenido contra ellos, se dejó persuadir y echando mano a la espada subió por la escalera con intención de castigar a sus hermanos⁶³⁷. Alborotóse todo el palacio, y el rey mismo salió de su habitación al oír aquel estrépito que le costó trabajo apaciguar; mas no pudo calmar el resentimiento de su primogénito, el cual se quejaba de la parcialidad de su padre, y poco satisfecho de la reparación que se le había dado, salió de la corte aquella misma noche y se fue a Rouen con designio de apoderarse de la ciudadela de aquella plaza⁶³⁸; la vigilancia y precauciones de Roger de Ibery, gobernador a la sazón, desconcertaron su plan, y Huberto se refugió cerca de Hugo de Neufchatel, barón normando muy poderoso, que le dio asilo en sus catillos, donde aquel príncipe declaró abiertamente la guerra al rey su padre⁶³⁹. La simpatía de costumbres unida al carácter afable de Roberto le ganaron toda la juventud noble de Normandía, del Maine y del Anjou, que tomó partido por él, y hasta se sospechó que Matilde, cuyo hijo predilecto era, le favoreció ocultamente en su rebelión, enviándole dinero en secreto y dando protección a sus partidarios.

Por espacio de muchos años estuvieron agitadas las provincias hereditarias de Guillermo igualmente que su familia por causa de esta guerra (1079), viéndose al fin obligado Guillermo a recurrir a la Inglaterra, donde el gobierno militar que había fundado él mismo le daba más autoridad que el antiguo gobierno feudal le permitía ejercer en Normandía. Levantó un ejército de ingleses, cuyo mando dio a sus antiguos capitanes, los cuales echaron de su retiro a Roberto y sus parciales, y restablecieron la autoridad soberana en todas aquellas provincias: el joven príncipe se vio precisado a retirarse al castillo de Gervey, en el Beauvais, donde el rey de Francia, que había favorecido con secretos todos aquellos alborotos, le aseguró un asilo. Allí fue vigorosamente sitiado por su padre, contra el cual, sostenido por una fuerte guarnición, hizo una valerosa defensa. Hubo repetidos encuentros al pie de los mismos muros, que más bien se asemejaban a acciones de caballería que no a combates entre dos ejércitos; pero hubo uno muy notable por sus circunstancias y por el suceso que ocasionó. Hallábase el mismo Roberto combatiendo mano a mano contra el rey sin conocerle, por estar del todo cubierto con la armadura, y ambos pelearon con igual denuedo hasta que el joven hirió a su padre en el brazo y le arrojó del caballo, lo cual le obligó a pedir socorro, y sólo entonces le reconoció por la voz. Horrorizado del crimen que había cometido y del mucho mayor que se había expuesto a cometer, se puso de rodillas delante de su padre implorando misericordia y abandonándose a lo que quisiera disponer de su suerte⁶⁴⁰; mas estaba Guillermo tan inflamado de cólera, que lejos de responder a aquella muestra de arrepentimiento, le echó su maldición y salió del campo en el caballo del príncipe, en el que su hijo le ayudó a montar⁶⁴¹. Levantó el rey el sitio y marchó con su ejército a Normandía, donde la mediación de la reina y otros amigos comunes consumaron una reconciliación que ya había preparado Roberto con su conducta generosa en la batalla y con su arrepentimiento de las pasadas culpas. Guillermo parecía estar tan sinceramente apaciguado, que le llevó consigo a Inglaterra y le confió el mando de un ejército destinado a rechazar la invasión de Malcolm, rey de Escocia, y vengarse con represalias entrando en su país. Roberto desempeñó perfectamente el objeto de su campaña y forzó al enemigo a pedir la paz. Casi en el mismo tiempo los de Gales, que no podían resistir al poder de Guillermo, se vieron precisados

636 Order Vital, pág. 545.

637 Id. Id.

638 Id. Id.

639 Order Vital, pág. 545. Hoveden, pág. 457. Simeon Dunelm, pág. 210.

640 Malm. pág. 106. H. Hunting. pág. 369. Hoveden, pág. 475.

641 H. Hunting. pág. 369. M. París, pág. 7.

a darle cuantas satisfacciones quiso exigir⁶⁴², y así quedó del todo restablecida la tranquilidad en toda la isla.

Domesday-Book

Aquella situación de calma en los negocios dio lugar a Guillermo para principiar y terminar una empresa que prueba el vasto ingenio de aquel monarca y honra su memoria, cual fue hacer la estadística de todas las tierras del reino (1081), su extensión en cada distrito, el número de sus propietarios, el de sus rentas, y el de su valor en venta, la cantidad de las praderas, pastos, bosques y tierras de labor que contuviesen; y en algunas provincias, el número de colonos, obreros y esclavos que existían. Para este efecto nombró comisarios que entraron en todos los pormenores y los copiaron en los registros según la relación de los jurados, y en cerca de seis años que duró la operación, dieron al rey un estado puntual de todas las propiedades territoriales de su reino⁶⁴³. Este monumento llamado *Dome's-day-Book*, el resto de antigüedad más precioso que posee nación alguna, existe en la Tesorería (Exchequer), y aunque todavía no se han publicado más que unos pocos extractos de él, nos sirve para dilucidar muchos puntos del antiguo estado en que se hallaba la Inglaterra. Alfredo el Grande había mandado hacer un apeo de su reino según estaba en su tiempo, y se conservaba en Winchester, siendo muy probable que éste fuese el modelo que Guillermo siguió para el suyo.⁶⁴⁴

Era aquel monarca naturalmente económico, a pesar de que ningún príncipe ha tenido más fama de liberal con sus oficiales y con los criados de su casa, por que si los recompensó con profusión, fue por haberse hecho dueño y propietario universal de la Inglaterra, y porque disponía de todo un reino para repartirlo entre sus criaturas. Reservó una renta considerable para la corona, y en la distribución general que hizo de tierras entre los que le habían seguido, se reservó la propiedad a lo menos de 1322 feudos en diferentes provincias⁶⁴⁵, que le pagaban su renta en trigo, o dinero o rebaños u otros productos agrícolas. Cacula un historiador antiguo que su renta anual, sin contar el derecho sobre las herencias, las multas, el censo feudal y otros provechos adventicios de mucha importancia, no bajaba de 400.000 libras esterlinas⁶⁴⁶, suma que parece de todo punto increíble si se considera bien el verdadero valor que representa. Ya hemos observado que en aquellos tiempos una libra contenía triple peso que hoy en día, y que un peso igual de plata, según el cálculo más probable, bastaría para comprar sobre diez veces más cosas necesarias a la vida aunque no en igual proporción de objetos trabajados con esmero. La renta de Guillermo equivaldría, pues, por lo menos, a nueve o diez millones del día; y como aquel príncipe no pagaba ni armada ni ejército permanente, pues aquella era solo accidental y éste estaba a cargo de sus vasallos militares, es de inferir que jamás hubo príncipe ni emperador en ningún país y tiempo que se pudiera comparar en riquezas a aquel conquistador. Esta reflexión nos conduce a sospechar que pueda haber error en el cálculo del historiador; aunque por otra parte, considerando la avaricia que siempre se ha atribuido a Guillermo⁶⁴⁷, y que se apoderó con la punta de la espada de todas las tierras de su reino, de que se reservó una gran parte, nada aventuraremos en asegurar que ningún rey de Inglaterra ha podido jamás sostener una corte tan espléndida como la suya, dar tantas funciones y hacer tantas liberalidades a sus criados y favoritos⁶⁴⁸.

642 Crón. Saj. pág. 148. Math. West. pág. 227.

643 Crón. Saj. pág. 190. Ingulf, pág. 79. Crón. T. Wikes. pág. 25. Los condados más septentrionales no estaban comprendidos en aquella reseña, sin duda a causa de su escasa población y falta de cultivo.

644 Ingulf. pág. 8.

645 Reflexiones de West sobre el modo de crear los Pares, pág. 24.

646 Order Vital, pág. 523 dice que 1060 libras esterlinas y algo más cada día.

647 Crón. Saj. pág. 188 y 191. Malm. pág. 112. 11. Hunting. pág. 370.

648 Fortescue de Dom. reg. et Politis. cap. 3.

El Nuevo Bosque

16. La diversión que más recreaba a Guillermo, así como a todos los normandos y sajones antiguos, era la de la caza; pero él procuró proporcionársela no tanto a su costa como a la de sus desgraciados súbditos, cuyos intereses miraba con la mayor indiferencia. No contento con los inmensos bosques que poseían los antiguos reyes de Inglaterra, resolvió plantar uno nuevo cerca de Winchester, que era el lugar de su residencia, y para ello asoló cerca de 30 millas del país de Hampshire, echó a los habitantes de sus casas, se apoderó de sus bienes, demolió hasta las iglesias y monasterios sin conceder indemnización alguna a los propietarios tan inicualemente desposeídos⁶⁴⁹. Publicó nuevas leyes en aquel mismo tiempo prohibiendo a todos sus súbditos que cazasen en ninguno de aquellos montes, bajo penas tan severas que no tenían ejemplo para semejantes contravenciones. Una de ellas consistía en sacar los ojos al que matase un ciervo, un jabalí o una liebre⁶⁵⁰, y eso en un tiempo en que la muerte de un hombre no era castigada más que con una multa moderada y con el pago de perjuicios a la familia del muerto.

Todo lo que pasó en lo restante de este reinado puede considerarse más bien como negocios domésticos que sólo concernían al príncipe, que como acontecimientos nacionales. Odo, obispo de Bayeux, hermano uterino del rey que le había creado conde de Kent, confiándole una gran parte de la autoridad real⁶⁵¹, se había enriquecido escandalosamente, y bien pronto principió, con arreglo al ordinario progreso de las ambiciones humanas, a no mirar su adelantamiento prodigioso sino como un primer paso hacia el colmo de la grandeza adonde se proponía llegar. Formó el quimérico proyecto de comprar, por decirlo así, la santa sede, pues aunque Gregorio no fuese todavía muy viejo, Odo tenía mucha confianza en las predicciones de un astrólogo que había anunciado la cercana muerte del pontífice, y creía posible conseguir la tiara a fuerza de amaños y de dinero⁶⁵². Resolvió pues trasladar todas sus riquezas a Italia, y persuadió a muchos barones, entre ellos a Hugo, conde de Chester, a emprender el mismo viaje con la esperanza de que luego que ascendiese al solio pontificio pudiera proporcionarles establecimientos considerables en aquel país⁶⁵³. Por más que se hubiese ocultado al rey toda esta trama, por fin la descubrió y dio orden de prender a Odo (1082); mas como sus oficiales escrupulizasen atropellar las inmunidades de que entonces gozaban los eclesiásticos, viose precisado Guillermo a ir en persona a prenderle. Quiso este prelado insistir en que, como tal, no debía someterse a ninguna potestad temporal, pero le respondió el rey que no le prendía como a obispo de Bayeux sino como a conde de Kent⁶⁵⁴, y le hizo llevar a Normandía, donde permaneció preso a pesar de los ruegos y amenazas de Gregorio, hasta fin de aquel reinado⁶⁵⁵.

Guerra con Francia y muerte de Guillermo el Conquistador

17. Otro suceso doméstico interesó mucho al rey que fue la muerte de la reina Matilde su esposa (1083), a quien siempre había amado con ternura. Tres años después pasó a Normandía, donde le acompañó Edgar Atheling, y consiguió el permiso de ir en peregrinación a la Tierra santa⁶⁵⁶; pero le retuvo en el continente la mala inteligencia que en 1087 se suscitó entre él y el rey de Francia, con ocasión de algunas incursiones hechas en Normandía por varios barones franceses

649 Malm. pág. 5. H. Hunting. pág. 371. Anglia sacra, tom. I. pág. 258.

650 Crón. Saj. pág. 191. H. Hunting. pág. 371.

651 Order Vital, pág. 522. Fragment. de Gull. conc. pág. 29.

652 Order Vital, pág. 646. Fragm. de Gull. conc. pág. 39.

653 Order Vital, pág. 646. Fragm. de Gull. conc. pág. 29.

654 Crón. Abat. Sti. Petri de Burgo, pág. 51. Wil. Malm. pág. 120.

655 Ord. Vital, pág. 647. H. Hunting. pág. 370.

656 Will. Malm. pág. 103.

establecidos en la frontera⁶⁵⁷. Muy difícil era en general a los soberanos de aquel tiempo contener la índole inquieta de la nobleza de sus estados; pero Guillermo sospechó que aquellos barones no se habrían atrevido a provocar su cólera sin estar seguros de la protección de Felipe. También contribuyó a irritarle un dicho agudo que le refirieron haber salido de los labios de aquel príncipe, burlándose de él, y fue que habiendo engruesado extraordinariamente y padeciendo cierta incomodidad que le obligó a guardar cama durante algunos días, luego que lo supo Felipe dijo chanceándose que le admiraba mucho que su hermano el de Inglaterra estuviese tanto tiempo de parto. Picado Guillermo de aquel chiste, le envió a decir que luego que se levantase, iría a ofrecer tantos cirios a Nuestra Señora⁶⁵⁸, que no le agradarían mucho al rey de Francia, aludiendo a la ceremonia que practican ordinariamente las paridas cuando por primera vez salen a misa⁶⁵⁹. En efecto, inmediatamente después de su restablecimiento, llevó un ejército a la Isla de Francia, que entró a sangre y fuego, y habiendo tomado la ciudad de Nantes la redujo a pavesas⁶⁶⁰; pero atajó los triunfos de aquel gran príncipe un accidente que le costó la vida: y fue que habiendo arrancado a correr de repente su caballo, le dio una sacudida tan violenta que se rozó el vientre con el arzón de la silla⁶⁶¹, y como no gozaba de buena salud y estaba en edad avanzada, temió las consecuencias de aquella contusión, y mandó que le llevasen en litera al monasterio de S. Gervasio. Fuese agravando su enfermedad, y sintiendo la cercanía de la muerte, empezó a conocer la vanidad de las humanas grandezas, punzándole los remordimientos con el recuerdo vengador de las crueldades y horribles injusticias que había cometido en Inglaterra⁶⁶². Procuró redimir sus crímenes a fuerza de legados piadosos a las iglesias y monasterios, dando orden de poner en libertad a Morcar, Siward, Bearne y otros ingleses que tenía presos⁶⁶³, y hasta consintió, no sin repugnancia, en que luego que exhalase su postrer suspiro, se soltase a su hermano Odo contra quien estaba sumamente irritado. Dejó la Normandía y el Maine a su hijo mayor Roberto, y escribió a Lanfranc diciéndole que deseaba que su hijo Guillermo fuese coronado rey de Inglaterra⁶⁶⁴, no dando a Enrique más que los bienes de su madre Matilde; pero le predijo que sobrepujaría un día a sus hermanos en riquezas y autoridad⁶⁶⁵, y espiró el 9 de setiembre, a los sesenta y tres años de edad, veintiuno de reinado en Inglaterra y cincuenta y cuatro en Normandía.

Su carácter

Pocos príncipes ha habido tan favorecidos por la fortuna como este monarca, ni con tantos derechos como él a la grandeza y prosperidad que obtuvo por la superioridad de su alma y por el valor que desplegó en toda su conducta. Era de ánimo osado y emprendedor, pero guiado siempre por la prudencia, y aunque fuese excesiva su ambición y poco subordinada a las leyes de la justicia, ni mucho menos a las de la humanidad, cuidó siempre de sujetarla a las de la razón y la política. Nacido en un siglo en que los ánimos eran casi intratables y estaban poco habituados a la obediencia, tuvo arte para dirigirlos como convenía a sus proyectos, y parte por efecto de su carácter vehemente, parte por su profundo disimulo, supo proporcionarse una autoridad sin límites. Aunque no ciertamente incapaz de generosidad, era muy poco dado a la compasión, y gustaba de ostentar tanta severidad como clemencia. Eran austeras las máximas de su administración, y hubieran podido ser útiles en un gobierno ya sentado, si solo se hubiesen aplicado al mantenimiento

657 Ord. Vital, pág. 654 y 655.

658 Notre Dame, es decir a la catedral de París, que así se llama por estar consagrada a la Virgen.

659 Malm. pág. 112. Math. West. Pág. 230.

660 Order Vital, pág. 655. Crón. Mail. pág. 161.

661 Malm. pág. 112. París, pág. 10. Kinghton. pág. 2353.

662 Fragm. de Gal. conc. pág. 29, 30 y 31.

663 Crón. Mail. pág. 161. Hoveden, pág. 160.

664 Gal Gemet. pág. 292. Order Vital, pág. 160.

665 Order Vital, pág. 659.

del orden⁶⁶⁶; pero no estaban bien calculadas para mitigar los rigores que, aun bajo la más prudente administración, son siempre una consecuencia necesaria de la conquista. La de Inglaterra es la última de esta especie que se ha realizado perfectamente en Europa, en el transcurso de setecientos años, atreviéndose la vasta capacidad de Guillermo a atropellar los límites que las instituciones feudales, obra maestra por entonces de la política de los príncipes, habían fijado en los diferentes estados de la cristiandad. Por más odioso que se hubiese hecho a sus súbditos ingleses, transmitió su poder a sus descendientes que todavía ocupan hoy el trono, y no hay mejor prueba de la solidez de los fundamentos con que lo estableció, mientras que al parecer no escuchaba otra voz que la de la pasión y la violencia.

Quieren algunos escritores defraudar a este príncipe del título de conquistador en el sentido que comúnmente se da a esta palabra, y bajo pretexto de que en algunos libros antiguos significa «hacer una adquisición de territorio de cualquier manera que sea», contestan a Guillermo el derecho de conquista sobre la corona de Inglaterra. Es inútil entrar ahora en semejante discusión, que por su naturaleza había de degenerar en una disputa de palabras, bastándonos decir que la primera invasión del duque de Normandía en la isla fue como enemigo, y que su gobierno fue enteramente militar; que en la forma misma de sus leyes distinguió a los normandos de los ingleses con no poca ventaja de los primeros⁶⁶⁷; que reinó como señor absoluto sobre los naturales del país, mirando con desdén su afecto y sus intereses, y que si hubo algunos momentos en que afectó las apariencias de un magistrado legal, fueron ciertamente muy cortos y sólo como un sacrificio pasajero que se creyó obligado a hacer de sus inclinaciones a su política, como la mayor parte de los conquistadores. Hay poquísimos ejemplos en la historia de esas revoluciones conocidas con el nombre de conquistas, que hayan sido tan violentas y mejor caracterizadas por el cambio repentino en el poder y en la propiedad que la conquista de Inglaterra hecha por Guillermo. Los romanos que extendieron su dominio por Europa no atacaron, por decirlo así, los derechos de los particulares, antes bien aquellos cultos conquistadores, que reconocían en su propio país el centro del imperio, vieron que les tenía mejor cuenta dejar gozar a los habitantes de las provincias domadas sus propias leyes y posesiones. Los bárbaros que conquistaron el imperio romano, como acostumbrados a una vida grosera, aunque se establecieron en los países conquistados, tenían lo suficiente con una pequeña porción de territorio para subvenir a todas sus necesidades, y no les ocurrió apoderarse de más extensas posesiones que no hubieran sabido ni cultivar ni emplear; pero los normandos y los demás extranjeros que acompañaron a Guillermo, luego que fijaron su dominio en el país subyugado, estaban bastante civilizados para conocer las ventajas de una vasta propiedad. Cuando sujetaron enteramente a los naturales del país exageraron los derechos de la conquista, que son tan extensos a los ojos de la ambición y de la avaricia como estrechos a los de la razón, hasta sus últimos excesos. Exceptuando la primera conquista de la Inglaterra por los sajones mismos, a quienes circunstancias particulares excitaron a exterminar la nación, sería difícil señalar en la historia una revolución más destructora y seguida de una esclavitud más completa de los antiguos habitantes: hasta se echa de ver una especie de insultante mofa unida con la opresión,⁶⁶⁸ porque bajaron aquellos pueblos a tal grado de envilecimiento, ignominia y pobreza que llegó a ser un denuesto y un baldón el nombre de inglés. Pasáronse muchas generaciones antes de que familia alguna de origen sajón llegase a obtener algunos honores, ni siquiera los de barones del reino⁶⁶⁹ Estos hechos están tan claramente probados en la historia de Inglaterra, que ninguno se hubiera atrevido a ponerlos en duda sin las acaloradas disputas del espíritu de facción que no retrocede en presencia de los mayores absurdos, pero es evidente que los derechos y privilegios actuales del pueblo, formado de la mezcla de sajones

666 Math. West. pág. 230. Anglia sacra, tom. I, pág. 256.

667 Hoveden, pág. 600.

668 H. Hunting. pág. 370. Brompton, pág. 980.

669 Aun bajo el reinado de Esteban, se dirigió el conde de Abemarle, antes de la batalla del Estandarte, a los capitanes de su ejército en estos términos: *Proceres Angliae clarissimi, et genere Normanii* etc. Brompton, pág. 1026. Véase también a Abbas Rieval, pág. 359, todos los barones y guerreros de Inglaterra se daban a sí mismos el nombre de normandos.

y normandos, no tienen nada que ver con lo que pasó hace setecientos años; y así, como todos los autores antiguos que vivían en las inmediaciones de aquellos tiempos, y conocían mejor que nadie el estado del país⁶⁷⁰ hablan unánimemente de la dominación normanda, como establecida por derecho de conquista, ningún hombre sensato recusará su testimonio por temor de las consecuencias imaginarias que pudieran resultar de él.

Tuvo Guillermo, además de los tres hijos que le sobrevivieron, cinco hijas a saber, Cecilia, que primero fue religiosa en el monasterio de Fescamp y luego abadesa de la Santa Trinidad de Caen, donde murió en 1127; 2. Constanza, casada con Alan Fergent, conde de Bretaña, que murió sin hijos; 3. Alix, desposada con Harold; 4. Adelaida, que casó con Esteban conde de Blois, de quien tuvo cuatro hijos, Guillermo, Teobaldo, Enrique y Esteban, el mayor de los cuales figuró poco en el mundo porque era imbécil; y 5. Águeda que murió virgen, aunque estuvo desposada con el rey de Galicia, pues murió cuando iba a reunirse con él.

670 Ingulf. pág. 70. H.Hunting. pág. 370 y 372. Gul. Neub. pág. 357. Alur Beverl. pág. 124. De Gestis Angl. pág. 335. M. París, pág. 4. Simeón Dnnelm pág. 206. Brompton, pág. 962, 930 y 1161. Gerv. Till. lib. I. cap. 16. Textus Roffensis apud Seld Spiceleg. ad Eadm. pág. 997. Hist. Eliensis, pág. 516. Son notables las palabras de este último historiador, que es muy antiguo, y merecen ser copiadas. «Rex itaque factus Willielmus, quid in principes Anglorum qui tantae eladi superesse potuerunt, fecerit, dicere, cum nihil prossit, omitto. Quid enim prodesset sine unum in toto regno de illis dicerem pristina potestate uti permissum, sed omnes aut in gravem paupertatis aerumnam detrussos aut exheredatos, patria pulsos aut effosis oculis, vel coeteris amputatis membris, oprobrium, hominum factos, aut certe misserrime afflictos, vita privatos! Simili modo utilitate carere existimo dicere quid in minorem populum, non solum ab eo sed a suis actum sit. cum id dictu sciamus difficile et ob inmanem erudelitalem fortassis incredibile.»

V. Guillermo el Rojo—1087

Advenimiento de Guillermo II, llamado el Rojo, a la corona

Apenas Guillermo, llamado Rufo o el Rojo, a causa del color de su pelo, hubo remitido la carta de recomendación que su padre había escrito al primado Lanfranc, cuando se dio prisa para tomar sus medidas y asegurarse la corona de Inglaterra. Persuadido de que una empresa tan fuera de las formas regulares y tan poco preparada, en que se trataba de despojar a su hermano Roberto del derecho de primogenitura, no podía menos de experimentar muchos obstáculos, sólo fundó la esperanza de su logro en la rapidez de sus diligencias. Salió de S. Gervasio cuando todavía Guillermo estaba exhalando los últimos suspiros, y llegó a Inglaterra antes que se supiese la noticia de la muerte del monarca⁶⁷¹; supuso órdenes del rey para apoderarse, como lo hizo, de las fortalezas de Duvres, de Pevensey y de Hastings que eran muy importantes por su situación, y se apoderó del tesoro de su padre en Winchester que ascendía a 60 mil libras esterlinas, con las cuales se lisonjeó de aumentar y animar a sus partidarios⁶⁷². El primado cuya dignidad y reputación eran grandes en el reino, había sido maestro de Guillermo, y además le había conferido la orden de caballería⁶⁷³, por lo cual era sumamente adicto a este príncipe, y teniendo por justas sus pretensiones, declaró que obedecería la última voluntad del difunto rey su bienhechor y su amigo. En consecuencia reunió a los obispos y algunos principales de la nobleza con quienes procedió a la ceremonia de la coronación del nuevo soberano⁶⁷⁴, y previno con aquella actividad todos los peligros de los manejos y oposiciones. Entretanto Roberto, que ya había sido reconocido sucesor de su padre en la Normandía, tomó pacíficamente posesión de aquel ducado.

Conspiración contra este príncipe

Por más que aquella partición apareciese hecha sin violencia ni dificultad, quedaban en Inglaterra muchas causas de descontento que parecían amenazar una revolución próxima en el reino. Los barones normandos, a un mismo tiempo propietarios de inmensas tierras en Inglaterra y en su propio país, llevaron muy a mal que se hubiese separado la Normandía de aquel reino, y previeron que no les sería posible continuar largo tiempo siendo súbditos de dos monarcas, sino que tendrían precisión al fin de abandonar su antiguo patrimonio o sus nuevas adquisiciones⁶⁷⁵. Por otra parte, les parecían incontestables los derechos de Roberto a este ducado y también muy plausibles sus pretensiones al trono; por lo cual deseaban que aquel príncipe los hubiese reunido ambos en su persona; también la comparación de las calidades de uno y otro hermano era un motivo más para dar la preferencia al mayor. Éste era valiente, franco, sincero, generoso, y hasta sus mismos defectos, que eran la indolencia y una extremada llaneza, le hacían más agradable a aquellos imperiosos barones, que afectaban amor a la independencia y no podían tolerar una administración severa en su soberano. El rey, aunque no menos valiente que su hermano, era violento, altivo, tiránico y parecía dispuesto a gobernar su pueblo más bien por el temor y la opresión que por medio

671 William Malm. p. 120. M. París, p. 110.

672 Crón. Saj. p. 192. Brompton, p. 983

673 William Malm. p. 120. M. París, p. 10.

674 Hoveden, p. 461.

675 Order Vital p. 666.

del amor⁶⁷⁶. Celosos Odo el obispo de Bayeux y Roberto, conde de Montaña, hermanos del conquistador por parte de madre, del crédito de Lanfranc, notablemente aumentado por el último servicio que acababa de hacer a su discípulo, hicieron valer todas aquellas razones a sus partidarios, y los empeñaron en una conspiración formal para destronar al rey⁶⁷⁷. Comunicaron su proyecto a Eustaquio, conde de Boulogne, a Roger, conde de Shrewsbury y de Arundel, a Roberto de Belesma su hijo mayor, a Guillermo obispo de Durham, a Roberto de Maubray, a Roger Bigod, a Hugo de Grantmesnil, y no les costó dificultad hacer que todos aquellos próceres entrasen en su bandería. Retiráronse, pues, los conjurados a sus castillos y se dieron prisa a hacer sus preparativos, y esperando ser apoyados por un fuerte ejército de Normandía, principiaron las hostilidades en muchos puntos⁶⁷⁸.

Conoció el rey lo peligroso de su situación y procuró ganar el afecto de los ingleses; y como aquel pueblo tan abatido entonces, que no podía ya aspirar a recobrar su antigua libertad sino esperar cuando más algún alivio en la tiranía de los príncipes normandos, se declaró por sus intereses con el mayor celo, bajo la vaga promesa de ser bien tratado y con el permiso de cazar en los bosques del rey⁶⁷⁹, no tardó Guillermo en hallarse en estado de sostener la campaña; y como conocía el peligro de la dilación, marchó al instante a Kent, donde se habían apoderado sus tíos de los fuertes de Peveusey y Rochester. Uno y otro los tomó el rey por hambre, habiendo conseguido el conde de Chester, Guillermo de Warene y Roberto Fitz-Hamon, que perdonase la vida a los rebeldes; pero confiscó sus bienes y los desterró del reino⁶⁸⁰. Este triunfo aceleró sus negociaciones con Roger, conde de Shrewsbury, que se separó de los confederados⁶⁸¹. Como su formidable escuadra, auxiliada con la negligencia de Roberto, impidió la llegada de los socorros de Normandía⁶⁸², todos los demás rebeldes se hallaron sin otro recurso que la fuga o la sumisión. Algunos de ellos fueron perdonados, pero la mayor parte tuvo que sufrir la confiscación de sus bienes, con que gratificó el rey a los barones normandos que le habían permanecido leales⁶⁸³.

1089. Una vez libre del peligro con que le amenazaba aquella rebelión, no pensó siquiera Guillermo en cumplir su promesa a los ingleses, y se vieron estos expuestos a la misma opresión que habían sufrido en tiempo del Conquistador, o más bien arreciada con el carácter violento y fogoso del monarca reinante. No tardó éste en dar más libre curso a su tiranía con la muerte de Lanfranc, prelado que había tenido tanto ascendiente sobre él, y todas las clases del estado tuvieron motivos de queja contra su administración ilegal y arbitraria⁶⁸⁴. Hasta los privilegios mismos de la iglesia, que entonces se miraban como tan sagrados, no se vieron libres de sus usurpaciones⁶⁸⁵, antes bien se apoderaba de las temporalidades de los obispos y de todas las abadías vacantes difiriendo su reemplazo para gozar más largo tiempo de sus rentas. Distrajo también muchas tierras pertenecientes a la iglesia para dárselas a sus capitanes y privados, y vendió, por decirlo así, a pública subasta las mitras y los beneficios que caían a su disposición. Por más que los eclesiásticos y a su imitación todo el pueblo murmurasen contra tales atentados, todo el mundo se contenía por el temor a la autoridad de Guillermo, que se había redoblado con el aborto de la última revuelta, y nadie turbaba la tranquilidad general de Inglaterra.

676 William Malm. p. 120. Order Vital, p. 666.

677 Hoveden, p. 461. Simeón Dunelm. p. 214. Diceto, p. 469.

678 Crón. Saj. p. 193. Hoved, p. 461.

679 Crón. Saj. p. 194. W. Malm. p. 120. H. Hunting. p. 372.

680 Crón. Saj. p. 195. Order Vital, p. 68.

681 W. Malm. p. 120. M. París, p. 10.

682 Crón. Saj. p. 194. W. Malm. p. 121. Ann. Waverl. p. 186.

683 H. Hunting. p. 372.

684 W. Malm. p. 122 y 123.

685 Eadmer, p. 14. M. París, p. 10.

Invasión en Normandía

1090. Disfrutaba, pues, el rey de tan gran seguridad, que se consideró en estado de perturbar la de su hermano en la posesión de Normandía, donde la débil y relajada administración de este príncipe había dado aliento a los barones normandos para conducirse con independencia en sus respectivos gobiernos, en términos que sus mutuas enemistades y aun hostilidades abiertas hacían de todo el ducado un teatro de violencias y demasías⁶⁸⁶. Supo ganar Guillermo a dos de aquellos barones facciosos, que fueron Walter y Odo, los cuales le entregaron las fortalezas de San Valory y de Albemarle⁶⁸⁷. No tardaron otros muchos en imitar su ejemplo, y aunque el rey Felipe de Francia, naturalmente obligado a proteger a su vasallo, hizo algunos esfuerzos en su favor, no tardó tampoco en dejarse ganar él también con presentes magníficos y consintió en permanecer neutral⁶⁸⁸. Había tenido el duque de Normandía bastantes razones para temer los amaños de su hermano Enrique, quien no había heredado nada de cuanto pertenecía a su padre sino una parte de su caudal, del cual dio a Roberto la suma de tres mil marcos en el tiempo en que éste hacía sus preparativos contra Inglaterra. En cambio de aquel modesto socorro fue puesto Enrique en posesión de Cotentin, que comprendía cerca de la tercera parte de Normandía⁶⁸⁹; pero llegó a hacerse sospechoso a Roberto, que le mandó prender, y sin embargo, cuando llegó el caso de verse amenazado de una invasión de parte del rey de Inglaterra, temiendo que se reuniesen contra él los dos hermanos, se reconcilió con Enrique, le puso en libertad, y le hizo interesar en socorrerle contra sus súbditos rebeldes. Un vecino muy rico de Rouen, llamado Conan, había entrado en una conspiración por la cual se había comprometido a entregar aquella ciudad a Guillermo; pero descubrió Enrique la trama, y echando mano al traidor le condujo a una torre muy elevada y le precipitó de ella con sus propias manos⁶⁹⁰.

Presentóse el rey en Normandía al frente de su ejército, y las cosas, parecían llegar al último extremo entre él y el duque, cuando la nobleza, que estaba comprometida en ambos partidos pero estrechamente unida en intereses y alianzas, interpuso su mediación con los príncipes y los atrajo a un acomodamiento. La principal ventaja que Guillermo sacó de aquel tratado fue que se le cediese la propiedad del territorio de Eu, las ciudades de Aumale, Fescamp y otras plazas; pero prometió por su parte ayudar a su hermano a sujetar el Maine, que se había rebelado, y restablecer en sus bienes de Inglaterra a los barones normandos que se veían despojados por haberse declarado en favor de Roberto. También estipularon los dos hermanos que, a falta de sucesión de una y otra parte, el superviviente había de heredar los estados del que muriese sin hijos. Doce barones de los más poderosos de cada lado salieron fiadores del tratado y juraron emplear todo su poder en asegurar su ejecución⁶⁹¹: rara prueba de la gran independencia y autoridad de que gozaba entonces la nobleza!

Descontento el príncipe Enrique de que en aquel tratado de paz se tuviese tan poca cuenta con sus intereses, se retiró al monte de San Miguel, famosa fortaleza situada en las costas de Normandía, desde donde hizo excursiones contra todo el país inmediato⁶⁹², por lo cual Roberto y Guillermo reunieron sus tropas y le sitiaron. Estaban ya próximos a reducirle por la falta de agua, que le tenía reducido al último trance, cuando sabiendo Roberto lo que sufría con aquella privación, le permitió que se surtiese de agua y aun le envió algunas barricas de vino para su mesa. Guillermo desaprobó aquella generosidad tan fuera del caso y se lo dijo claro a Roberto, el cual le respondió: «pues qué, ¿había yo de sufrir que mi hermano muriese de sed? ¿Dónde encontraríamos otro si este nos faltase?»⁶⁹³ También ejerció el rey algún acto de generosidad durante aquel sitio, por más que tal virtud fuese muy ajena de su condición, y fue que habiendo montado un día a caballo para ir solo

686 Order Vital, p. 672.

687 Crón. Saj. p. 196. W. Malm. p. 121.

688 Crón. Saj. p. 196. W. Malm. p. 121.

689 Tomas Rubd. p. 263. Will. Geinet. p. 293.

690 Order Vital, p. 690.

691 Crón. Saj. p. 197. Will. Malm. p. 121. Hoveden. p. 462.

692 Crón. Mail.

693 W. Malm. p. 121. Tom. Gudberne, p. 164.

a observar la fortaleza, le acometieron dos soldados enemigos y le desmontaron: uno de ellos tenía ya el brazo levantado para atravesarle con su espada, cuando el rey le gritó con tono firme «Detente, bribón, que yo soy el rey de Inglaterra.» En efecto se contuvo el soldado con mucho respeto y le ayudó a levantarse; con lo cual conmovido Guillermo le recompensó magníficamente y le tomó a su servicio⁶⁹⁴. Pocos días después se vio precisado el príncipe Enrique a capitular, y encontrándose entonces despojado de cuanto tenía, anduvo errante por diferentes comarcas, seguido de un corto número de personas y expuesto muchas veces a los apuros de la indigencia.

1091. Las únicas calamidades de aquellos tiempos eran las que ocasionaba la discordia intestina y continua de los barones, pues las guerras públicas que fueron cortas y lánguidas, ni produjeron mucho derramamiento de sangre ni tampoco sucesos memorables. A esta guerra de Normandía que se acabó muy pronto sucedieron las hostilidades en Escocia, que fueron algo más duraderas, y en ellas mandó Roberto el ejército de su hermano, obligando a Malcolm a solicitar la paz y rendir homenaje a la corona de Inglaterra⁶⁹⁵. No duró mucho por cierto aquella paz, porque dos años después (1093), levantó Malcolm tropas y cayó sobre Inglaterra, arrasó el Northumberland, y sitió luego a Anwik, donde encontró el fin de sus triunfos y el suyo propio, pues habiéndole sorprendido una partida de las tropas del conde de Mowbray, hubo una acción reñida en que pereció aquel príncipe⁶⁹⁶. Este suceso interrumpió por algún tiempo el orden de sucesión a la corona de Escocia, pues aunque Malcolm dejaba dos hijos legítimos, se apoderó del trono su hermano Donald, bajo pretexto de la tierna edad de los príncipes, pero le conservó poco tiempo en el trono porque conspiró contra él Duncan, hijo natural del difunto rey, y auxiliado con algunos socorros que le envió Guillermo, se hizo dueño del reino⁶⁹⁷.

Otras nuevas turbulencias se suscitaron en Normandía, porque el carácter franco, ingenuo y perezoso de Roberto era poco a propósito para resistir al genio avaro e interesado de Guillermo, que, orgulloso con su poder, aspiraba siempre a usurpar las posesiones de su hermano y sublevar a los turbulentos barones contra él⁶⁹⁸. Pasó pues el rey a Normandía para sostener a sus partidarios en 1094, después de ordenar una leva de veinte mil hombres de Inglaterra, haciéndoles marchar hacia las costas como si estuviesen prontos a embarcarse. Allí Ralph Flambard, ministro y principal instrumento de las extorsiones de aquel príncipe, exigió diez chelines de cada uno de ellos, en vez del servicio militar y los despidió a todos a sus respectivas provincias⁶⁹⁹. Empleó Guillermo con tanta destreza aquel dinero, que sacó más partido de él que el que hubiera sacado de su mismo ejército, porque comprometió al rey de Francia con nuevos regalos⁷⁰⁰ a que cesase de proteger a Roberto, y corrompió la fidelidad de muchos barones normandos que abandonaron el servicio de su soberano⁷⁰¹: repelió fácilmente a sus nuevos enemigos, pero no pudo hacer notables progresos en su país por estar defendido con sus ásperas montañas. Algo más importante pareció una conspiración de sus propios barones que fue descubierta en 1095, y llamó toda su atención. Estaba a su cabeza Roberto de Mowbray, conde de Northumberland, y había hecho entrar en ella al conde de Eu, Ricardo de Tunbrige, a Roger de Lacey, y a otros muchos, llevando por objeto destronar al rey y coronaren su lugar a Esteban, conde de Anmale, sobrino de Guillermo el Conquistador⁷⁰². La celeridad del rey previno los efectos de la conspiración, desconcertando a los que la habían formado, y aunque Mowbray se defendió algún tiempo, al fin fue cogido prisionero, se le confiscaron sus bienes y se le encerró en una prisión donde murió tres años después⁷⁰³. El conde de Eu negó haber tomado parte en la conspiración, y para justificarse (1096) se batió contra Godofredo

694 W. Malm. p. 121. Tom. Gudberne, p. 263.

695 Crón. Saj. p. 198. H. Hunting. p. 462.

696 Crón. Saj. p. 199. Will. Hening. p. 464

697 Crón. Saj. p. 199. Hoveden, p. 463.

698 Crón. Saj. p. 201. H. Hunting. p. 373. M. París, p. 12.

699 Crón. Saj. p. 101. Aun. Waverl. p. 139.

700 Hoveden, p. 64.

701 Crón. Saj. p. 201 Will. Hening. p. 465.

702 Hoveden, p. 465. Simeon Dunelm, p. 221.

703 Crón. Saj. p. 202 y 203. Will. Halm. p. 124

Bainard, su acusador, en Windsor, en presencia de la corte⁷⁰⁴; pero quedó vencido en el combate y en consecuencia del mal resultado de la prueba, se le condenó a ser castrado y le sacaron además los ojos. Supúsose que se trataba con mayor rigor a Guillermo de Alderi, otro de los conjurados, condenándole a morir ahorcado⁷⁰⁵.

Las cruzadas

Mas todo el bullicio de aquellas insignificantes guerras y ligeros disturbios se perdía en el estrépito de las cruzadas, que eran las que tenían fija la atención de Europa, y ocupan todavía los ánimos, a pesar de que ya pasaron, como el monumento más extraordinario y duradero que la locura humana ha erigido jamás en ninguna edad o nación. Después que Mahoma, valiéndose de soñadas revelaciones, hubo reunido bajo su mando a los árabes dispersos, salieron aquellos pueblos de sus desiertos, y animados del celo de su nueva religión y aguerridos con el vigor de su nuevo gobierno, trastornaron el imperio de Oriente, que tocaba ya a su decadencia tanto por falta de disciplina militar, como por la del gobierno civil, de suerte que aquellos señalaron por doquiera sus huellas con sus victorias. Una de sus primeras conquistas fue la de Jerusalén, y los cristianos tuvieron la pesadumbre de ver el santo sepulcro y los demás lugares célebres por la presencia de su divino Fundador caer en poder de los infieles. Los árabes o sarracenos, exclusivamente dedicados a sus empresas militares, que en pocos años extendieron su imperio desde las orillas del Ganges hasta el estrecho de Gibraltar, no tenían tiempo para entretenerse en disputas teológicas, y aunque el *Alcorán*, que es la regla primitiva de su fe, contiene algunos preceptos violentos, no estaban, infestados aquellos guerreros del espíritu de superstición ni de persecución como el de los especulativos griegos que andaban continuamente sutilizando acerca de los diferentes artículos de su sistema religioso. Por tanto los árabes no perturbaron la fervorosa piedad de la multitud de peregrinos que acudían diariamente a Jerusalén, sino que mediante un ligero tributo que se les exigía, les era permitido visitar el santo sepulcro, cumplir sus votos y volverse en paz; pero los turcomanos y turcos, que era una tribu de tártaros que había abrazado el mahometismo, habiendo echado de la Siria a los sarracenos y apoderándose de Jerusalén en 1065, hicieron más difíciles y peligrosas las peregrinaciones de los cristianos, porque las costumbres bárbaras de aquellos hombres y su gobierno poco consolidado exponían a los peregrinos a ser insultados a sufrir vejaciones y saqueos insoportables. Cansados estos piadosos viajeros de tan duros sufrimientos, esparcían sus clamores por toda la cristiandad, ya indignada contra los infieles, que profanaban con su presencia la Tierra santa y se burlaban de los santos misterios en aquellos mismos sitios en que se habían cumplido. Entre las vastas ideas que había abrigado Gregorio VII, había sido una la de coaligar a todos los cristianos occidentales contra los mahometanos; pero fueron tantos los enemigos que le suscitó este atentado contra la autoridad civil de los príncipes, y se hizo tan sospechoso su plan, que no le fue posible ejecutarlo. Estaba reservada esta obra para un instrumento más humilde, a quien la obscuridad de su estado no exponía a envidia alguna, y cuya extravagancia tenía cierta analogía con las preocupaciones de aquellos tiempos.

Pedro, comúnmente apellidado el Ermitaño, natural de Amiens en la Picardía, había hecho la peregrinación de Jerusalén, y conmovido profundamente de los peligros que acompañaban entonces aquel acto de piedad, e indignado mucho más de la opresión en que yacían los cristianos de Oriente, concibió el atrevido y, según todas las apariencias, impracticable proyecto, de conducir al Asia de los confines del Occidente un ejército capaz de subyugar aquellas naciones guerreras y poderosas, que tenían bajo su tiránico dominio a la Tierra santa⁷⁰⁶. Comunicó sus miras a Martino II, que ocupaba entonces la silla pontificia, el cual aunque conocía las ventajas que una guerra religiosa

704 W. Malm. p. 124. Hoveden p. 465.

705 Crón. Saj. p. 204.

706 Gul. Tirius lib. I, cap. 2. M. París, p. 17.

podía proporcionar al jefe de la religión y miraba el carácter fanático de Pedro como un agente poderoso para realizar tal empresa, no quiso comprometer su autoridad antes de tener alguna certeza del logro⁷⁰⁷. Principió por convocar un concilio en Plasencia donde se reunieron cuatro mil eclesiásticos y treinta mil seglares; mas como no había sala donde cupiese tal multitud de gente, fue preciso celebrar aquella asamblea en el campo. El papa y el mismo Pedro hablaron con energía de la triste situación de sus hermanos de Oriente, y pintaron con colores muy vivos los ultrajes que recibía el nombre cristiano mientras que la Ciudad santa permanecía en manos de los infieles. Estaban ya los ánimos tan felizmente dispuestos, que al oír aquella imagen prorrumpió la multitud en un grito general pidiendo la guerra, como si hubiese sido arrancado por un instinto sobrenatural, alistándose a un mismo tiempo todos los miembros de la asamblea para una expedición que tenían por meritoria para con Dios y con la religión.

Por más que la Italia pudiese abrazar este proyecto con el celo más vivo, creyó juiciosamente Martino que para asegurar el éxito era necesario que las demás naciones adoptasen el mismo empeño, sobre todo aquellas más poderosas y guerreras. Para eso exhortó a Pedro a que recorriese las principales ciudades y viese a los soberanos de la cristiandad, y citó otro concilio en Clermont de Aubernia⁷⁰⁸. Estaba ya tan esparcida la fama de aquel grande y piadoso designio, que los prelados de primer orden, los grandes y los príncipes se presentaron en aquel concilio, y cuando el papa y el ermitaño renovaron sus patéticas exhortaciones, como si toda la asamblea cediese a una inspiración repentina y no a impresiones anteriormente adquiridas, gritó a una voz: *¡Dios lo quiere. Dios lo quiere!* Fueron tan memorables estas palabras y se tuvieron por tan de origen divino que se las destinó a ser el grito de guerra en las batallas y la señal de las futuras proezas de los cruzados⁷⁰⁹. Toda especie de gentes y estados corrió con entusiasmo a las armas, y escogieron aquellos devotos combatientes una señal exterior para distinguirse, lo cual era muy importante. La señal de la cruz, objeto de particular veneración para los cristianos, y que causaba horror a los infieles, sirvió de distintivo de aquella santa unión, y así se la colocaron en el hombro derecho todos los que se alistaron en aquella sagrada milicia⁷¹⁰.

Estaba sepultada entonces la Europa en las profundas tinieblas de la ignorancia y superstición, por lo cual habían tomado los eclesiásticos un ascendiente extraordinario en los ánimos. Poco contenidos los pueblos por el honor y menos por las leyes, abandonados a los mayores crímenes y desorden, no conocían otros medios de expiarlos que los que les imponían sus pastores, y era muy fácil presentar la guerra santa como el equivalente de todas las penitencias⁷¹¹, y la compensación de todos los actos injustos; pero en lugar de aquella superstición pueril y dominante, también se había propagado universalmente el espíritu belicoso, por más que no estuviese dirigido por la teoría del arte militar y por una exacta disciplina, y que era la pasión general de las naciones gobernadas por leyes feudales. Todos los grandes señores tenían derecho de paz y guerra, y estaban sin cesar cometiendo hostilidades unos contra otros, sirviendo los campos de teatro para las violencias y las más enormes atrocidades. Las ciudades todavía débiles, pobres y sin murallas estaban expuestas a todo género de insultos, y cada ciudadano tenía precisión de proveer a su propia seguridad o por si mismo o por medio de alianzas particulares: el valor solo era entonces el que daba consideración y respeto. Cuando todas las supersticiones particulares se reunieron en un grande objeto común, tomaron igual dirección las luchas intestinas, y excitada la Europa por sus dos pasiones más fuertes, perdió, digámoslo así, su natural estado y se precipitó en masa hacia Oriente.

Todas las clases de los diferentes estados que miraban las cruzadas como el único camino para el cielo, se alistaron bajo aquella sagrada bandera, y estaban impacientes por abrirse camino a mano armada para la Ciudad santa, y nobles y plebeyos y artesanos y hasta los clérigos⁷¹² hicieron escribir

707 Gal. Tirios, lib. IV, cap. 13.

708 Conc. tom. X. Conc. de Clermont. M. París, p. 16. Math. West. p. 22.

709 Histor. belli sacri, tom. I. Musai Italici.

710 Histor. belli sacri, tom. I. Musai Italici. Order Vital, p. 721.

711 Order Vital, p. 729.

712 Order Vital, p. 720.

sus nombres en aquella inmensa lista; en términos que el que hubiera pensado en dispensarse de servir en una empresa tan meritoria hubiera sido tenido por impío, y lo que todavía era peor, por cobarde⁷¹³. Los ancianos y enfermos contribuyeron a lo menos con dinero u otras cosas útiles a la expedición, y muchos de ellos, poco satisfechos todavía con el mérito de las contribuciones, servían en persona, resuellos a lo menos a ir a espirar, si era posible, a la vista de aquella ciudad donde su Salvador había muerto por ellos. Hasta las mujeres, disfrazando su sexo con una armadura y olvidando fácilmente el pudor, siguieron al ejército y se prostituyeron sin recato alguno⁷¹⁴. Los mayores malvados eran los primeros a entrar voluntariamente en un servicio que miraban como la absolucón de sus delitos, lo cual ocasionó que durante aquella guerra otras personas acostumbradas al vicio, estimuladas por el ejemplo y obligadas de la necesidad, cometieron los más espantosos desórdenes. Llegó a ser tan prodigiosa la multitud de los cruzados, que los jefes más prudentes, como Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia, Raimundo, conde de Tolosa, Godofredo de Buillón, príncipe del Brabante y Esteban, conde de Blois⁷¹⁵, temieron que la inmensidad misma del armamento fuese un obstáculo para el objeto, y así despidieron a una porción no disciplinada, que no bajó, según algunos, de 300 mil hombres, y la enviaron delante con Pedro el Ermiiño y con Walter el *Moneyless*, es decir, el pobre⁷¹⁶. Este destacamento tomó el camino de Constantinopla atravesando la Hungría y la Bulgaria, y contando con que el cielo proveería por medio de algún milagro a su subsistencia durante la marcha, no se cuidó de hacer provisiones, de suerte que no tardaron aquellos desgraciados en verse en la precisión de buscar por medio del pillaje aquello mismo que tan en vano habían esperado de una protección sobrenatural. Furiosos los habitantes de las comarcas que iban atravesando, de los estragos que hacía aquella gente, se juntaron, se armaron, los atacaron y los sacrificaron sin resistencia; pero otros ejércitos más disciplinados los seguían de cerca, y marcharon derechos a Constantinopla, donde se les pasó revista en las llanuras del Asia, resultando un número total de 700 mil combatientes⁷¹⁷.

En medio de esta universal y contagiosa locura que se había propagado por toda Europa, y en particular por Francia y Alemania, ninguno echaba en olvido sus intereses actuales, porque tanto los que marchaban a la expedición como los que se quedaban en su país, todos contaban igualmente sacar partido de las circunstancias en favor de su ambición o de su avaricia. La mayor parte de los nobles que se habían cruzado habían sido seducidos por el espíritu caballeresco del siglo, y esperaban hacer grandes caudales en el Oriente, que era entonces el centro de las artes y del comercio. Embargados con aquellos planes quiméricos, fueron vendiendo a vil precio sus antiguos castillos y patrimonios que ya no tenían valor a sus ojos, mientras que los príncipes poderosos que permanecieron en sus estados no sólo gozaron de paz en ellos ocupando fuera la índole inquieta y marcial de sus súbditos, sino que encontraron la ocasión de reunir a su corona muchos feudos considerables, ya comprándolos, ya heredándolos de los ausentes: el mismo papa supo distraer la atención de los cruzados contra los infieles haciéndoles ocupar su celo contra sus propios enemigos, a quienes hacia pasar por tan culpables como a los del mismo Cristo. Los conventos y demás asociaciones religiosas compraban las posesiones de cualquiera que quería venderlas para buscar fortuna en el Asia, y como ordinariamente se les confiaban las contribuciones de los fieles, solían emplear en aquellas compras el dinero destinado a los gastos de la guerra contra los turcos⁷¹⁸. Pero a nadie aprovechó unió aquel furor epidémico de los cruzados como al rey de Inglaterra, que se mantuvo extraño a toda comunicación con aquellos guerreros fanáticos e ilusos.

713 Will. Malm. p. 133.

714 Vertot. hist. de los Caball. de Malta, tom. I. p. 46.

715 Simeón Dunelm. p. 222.

716 M. París, p. 17.

717 M. París, p. 20 y 21.

718 Fra Paolo, hist. della benef. eccles. p. 128.

Adquisición de Normandía

Roberto, duque de Normandía, llevado de su natural valor y de su carácter novelesco, había sido uno de los primeros a alistarse en las cruzadas; pero como siempre andaba escaso de dinero aquel príncipe, conoció que le era imposible presentarse en ellas con el lustre correspondiente a su calidad y nombre al frente de sus numerosos súbditos, que tan entusiasmados como él estaban resueltos a seguirle al Asia. Determinóse, pues, a hipotecar o más bien a vender sus estados que no tenía talento para gobernar, y se los ofreció a su hermano Guillermo por la mezquina suma de diez mil marcos⁷¹⁹. Inmediatamente se formalizó el trato sacando el rey el dinero de sus súbditos a fuerza de extorsiones, y tanto que hasta los mismos conventos se vieron precisados a vender la plata para pagar su contingente⁷²⁰; y se le puso en posesión de la Normandía y del Maine, de donde salió Roberto seguido de una magnífica comitiva para la Tierra santa, donde creía conquistar a un tiempo su gloria y su salvación.

Lo escaso de la suma que recibió y la dificultad con que la reunió Guillermo, son dos circunstancias que bastan por sí solas para refutar el cálculo adoptado por los historiadores acerca de las enormes rentas de Guillermo el Conquistador. ¿Podrá nadie persuadirse a que Roberto hubiese puesto en manos de su avariento hermano una soberanía tan considerable por una suma, que según este cálculo, no ascendía siquiera a las rentas de su padre durante una semana? ¿Y que el rey de Inglaterra no pudiese pagarla sin oprimir a sus súbditos? Convienen todos en que Guillermo era tan económico como rapaz, y a pesar de eso no había en su tesorería cuando murió mas de 60 mil libras esterlinas, que representaban su renta de dos meses. Esta es otra refutación evidente de aquel exagerado cálculo.

La manía de las cruzadas durante aquel siglo dominó menos en Inglaterra que en los reinos inmediatos, probablemente porque los normandos que se habían fijado allí después de la conquista, no tuvieron por tan asegurados sus establecimientos, que pudiesen abandonarlos para ir a tan grandes distancias en busca de aventuras. El rey, estando detenido por su propio interés, no se había dejado llevar de aquel ardor universal, y su ejemplo contuvo los progresos que hubiera podido hacer entre sus súbditos. Como generalmente se le acusa de ser un impío declarado⁷²¹ y como su genio era naturalmente epigramático⁷²², es verosímil que ridiculizase la caballería errante de los cruzados. Se cita como un ejemplo de su irreligiosidad que recibió una vez sesenta marcos de un judío, cuyo hijo mayor había abjurado el judaísmo, con el solo fin de que le hiciese volver a su creencia, y que empleó para ello las amenazas y los ruegos; pero que manteniéndose firme el joven converso, envió el príncipe a buscar a su padre y le dijo que no habiendo podido conseguir su intento, no podía en conciencia retener la suma, pero que al mismo tiempo habiendo hecho por su parte cuanto le era posible, era muy justo que se le pagase su trabajo, y por lo tanto se guardaría la mitad del dinero⁷²³. También se cuenta que otro día mandó llamar a su presencia a unos sabios teólogos y a unos rabinos muy hábiles, mandándoles que discutiesen los dogmas de su religión en presencia suya, ofreciéndoles ser perfectamente neutral en la controversia, y que si la fuerza de las razones llegaba a convencerle en favor de alguna de ellas, abrazaría la que le pareciese fundada en mejores razones que su rival⁷²⁴. Si esta anécdota es cierta ¿hay mucha apariencia de que Guillermo no quería más que divertirse enzarzando a los dos controversistas y riéndose de ellos; pero deben admitirse con mucha circunspección estas hablillas que cuentan los frailes para desacreditar más y más a aquel príncipe. Basta que tuviese la desgracia de ponerse mal con los eclesiásticos y particularmente con Anselmo, conocido con el nombre de San Anselmo, arzobispo de Canterbury, para que su memoria haya sido proscrita por los escritores de su especie.

719 W. Malm. p 125. Crón. Tomas Wykes. p. 24.

720 Eadmer, p. 15. Will. Malm. p. 123.

721 Malm. p. 122.

722 Will Malm. p. 122.

723 Eadmer. p. 47.

724 W. Malmes, p. 123.

Desavenencias con el primado Anselmo

Después de la muerte de Lanfranc se apoderó el rey durante algunos años de las rentas del arzobispado de Canterbury, como también de las de otras sillas vacantes, pero durante el curso de una peligrosa enfermedad que le acometió tuvo algunos remordimientos, y los eclesiásticos le hicieron creer que estaba en peligro de condenación eterna sino expiaba antes de morir sus impiedades y sacrilegios⁷²⁵; por lo cual resolvió nombrar inmediatamente un arzobispo de Canterbury, y para eso mandó llamar a Anselmo, natural del Piamonte, que era abad de Bec, en Normandía, y tenía mucha fama de sabio y de piadoso. El abad rehusó aquella dignidad, y echándose a los pies del rey, le suplicó con lágrimas que hiciese otra elección⁷²⁶; mas cuando vio que el rey se obstinaba en que había de aceptar el báculo, cerró la mano con tal fuerza que los asistentes se vieron precisados a abrísela con violencia y colocar en ella aquel signo de una dignidad espiritual⁷²⁷. No bien hubo Guillermo recuperado su salud, cuando volvieron a dominarle sus pasiones y se entregó de nuevo a sus acostumbradas demasías, aprisionando de nuevo a muchas personas a quienes había mandado poner en libertad durante su acceso de devoción, y continuó usurpándolos beneficios eclesiásticos, vendiendo con menos disimulo que antes las dignidades espirituales y reteniendo una gran parte de las rentas del arzobispado de Canterbury⁷²⁸; pero encontró en Anselmo una constante oposición, cual era de esperar de la fastuosa humildad que había manifestado este prelado al aceptar la mitra.

Era tanto más temible aquella resistencia cuanto mayor era la reputación de santidad que había adquirido en Inglaterra por su celo contra los abusos y sobre todo contra el lujo y los vanos adornos. Era entonces uso en casi toda Europa llevar, así los hombres como las mujeres, zapatos larguísimos que remataban en punta afilada en forma de pico de pájaro, o cualquiera otra, con tal que estuviese encorvada hacia fuera, y muchas veces iba sostenida de la rodilla con una cadenilla de oro⁷²⁹. Los eclesiásticos se escandalizaron de aquel adorno, y supusieron que era querer desmentir a la Escritura, donde se dice que ninguno puede aumentar un codo a su estatura, declamando con vehemencia contra los zapatos puntiagudos, y hasta se reunieron muchos sínodos que los prohibieron absolutamente. Pero son tales las inconsecuencias del espíritu humano, que aunque el clero tuviese entonces poder para trastornar los tronos y enviar sobre un millón de hombres con un simple mandato a los desiertos del Asia, no pudo conseguir nada contra la punta de los zapatos. Lejos de ceder a los ataques que se les dieron y contra toda la esencia de los usos que es el ser caprichosos y variables, aquel se mantuvo durante muchos siglos, y si el clero no hubiese tomado el partido de abandonar la persecución es seguro que duraría todavía en Europa.

Algo más feliz fue Anselmo contra otra usanza que no le agradaba y que sin duda estaría menos arraigada, y fue la de los cabellos largos y rizados que llevaban los cortesanos, contra la cual no sólo predicó violentamente, sino que rehusó la ceniza un miércoles santo a cuantos se presentaron con semejante ornato. Tomó tanto ascendiente su elocuencia sobre los ánimos, que todos los jóvenes renunciaron a tal gala, y no volvieron a presentarse sino con el pelo liso y corto según lo recomendaba el primado en sus sermones. El célebre historiador de Anselmo, que fue su compañero y secretario, pondera mucho aquel esfuerzo de su piedad y celo⁷³⁰.

Luego que Guillermo volvió a la irreligión juntamente con la salud, tuvo varias desavenencias con aquel austero prelado. Habíase suscitado en aquel tiempo un cisma en la Iglesia con ocasión de Urbano y Clemente, que ambos pretendían la tiara⁷³¹; y como Anselmo, en calidad de abad de Bec, había ya reconocido al primero, tuvo el atrevimiento de querer que se le reconociese en Inglaterra

725 Eadmer, p. 17.

726 Eadmer, p. 18.

727 H. Hunting, p. 375. Mat. París, p. 12. Diceto, p. 494.

728 Eadmer p. 19 y 43.

729 Order Vital, p. 982.

730 Eadmer, p. 23.

731 Hoveden, p. 465.

sin consentimiento del rey⁷³²; pero Guillermo, siguiendo el ejemplo de su padre, había prohibido a sus súbditos tomarse aquella libertad antes que él se hubiese explicado, y así se irritó de la audacia de Anselmo y convocó un sínodo en Rockingham con intención de deponerle: pero los sufragáneos de aquel prelado declararon que sin la autoridad del soberano pontífice no se consideraban con facultad de imponer semejante castigo a su primado⁷³³. Ocurrieron después otros motivos para que el rey se declarase por Urbano, y Anselmo recibió de él el palio, de modo que ya parecía haberse calmado aquella desavenencia entre Guillermo y el primado⁷³⁴, cuando ocurrió otro motivo de disturbio que volvió a enemistarlos. Se estaba preparando el rey para una expedición contra los de Gales, y para ella intimó al arzobispo que le aprontase su contingente de tropas; mas este mirando aquella demanda como un vejamen contra la Iglesia, y no atreviéndose por otra parte a desairarla, envió sus soldados tan pobremente equipados, que el rey se indignó de ello y le amenazó con todos los efectos de su cólera⁷³⁵. Por otra parte Anselmo insistía con el monarca en que le restituyese todas las rentas del arzobispado de Canterbury, y sobre ello llevó su causa hasta Roma⁷³⁶, llegando a tal extremo aquellos negocios, que el primado, no teniéndose por seguro en el reino, pidió permiso para retirarse de él, con cuyo motivo se le confiscaron las temporalidades⁷³⁷; pero Urbano que le consideraba como un mártir, le recibió con grandes consideraciones y amenazó a Guillermo con que vengaría al primado y a la iglesia con una sentencia de excomunión contra él. Anselmo asistió al concilio de Bari, donde se terminó la disputa de las iglesias griega y latina sobre la procedencia del Espíritu Santo⁷³⁸, y también se decidió el derecho de nombrar para las dignidades eclesiásticas, declarando que pertenecía sólo al clero; se pronunciaron censuras contra todo eclesiástico que prestase homenaje de su silla o de su beneficio a los legos, y contra todo lego que le exigiese⁷³⁹. Consistía el ceremonial del homenaje, según las prácticas feudales, en que el vasallo se hincase de rodillas, pusiese ambas manos cruzadas en las de su superior, y en aquella postura le jurase fidelidad⁷⁴⁰; pero el concilio tuvo por cosa execrable que unas manos puras, que podían crear a Dios y ofrecerle en sacrificio de expiación por la salvación del género humano, se pusiesen en una actitud tan humillante entre las manos profanas acostumbradas no sólo a la rapiña y a la sangre, de que solían estar teñidas, sino manchadas también día y noche con tactos obscenos⁷⁴¹. Tales eran los sublimes racionios de aquel siglo, los cuales no pueden pasarse en silencio sin omitir la parte mas instructiva de la historia, pero que apenas pueden referirse con la decencia y gravedad convenientes.

1097. Con la cesión de la Normandía y del Maine, se habían agrandado mucho las posesiones del rey, pero no se aumentaba su poder a causa de la continua fermentación de sus provincias, del carácter revoltoso de sus barones y de la vecindad del rey de Francia que los sostenía en todas sus revueltas. El mismo Helie, señor de la Fleche, pequeña ciudad del Anjou, no dejó de darle inquietudes, e intentó aquel monarca varios esfuerzos antes de poder arrollar a un baroncillo cuyo principal apoyo consistía en el afecto de los habitantes del Maine. Sin embargo tuvo Guillermo la fortuna de hacerle prisionero en un encuentro, pero habiéndole puesto en libertad a ruegos del rey de Francia y del conde de Anjou, continuó expuesta la provincia del Maine a los manejos y excursiones de aquel señor tan díscolo. Los habitantes de Mans le introdujeron en su ciudad, y sitió a la guarnición que estaba encerrada en la ciudadela (1099). Estaba Guillermo cazando en el Nuevo Bosque cuando vinieron a darle la noticia de aquel desafuero, y enfurecido con ella volvió las riendas de su caballo y marchó a galope a Dormouth, que está en la orilla del mar, jurando que no había de parar hasta vengarse. Estaba el tiempo tan cubierto y tempestuoso que los marineros le

732 Eadmer, p. 23.

733 Hoveden, p. 463.

734 Eadmer, p. 25. M. París, p. 13 Diceto, p. 494.

735 Eadmer, p. 30.

736 Diceto, p. 495.

737 Eadmer, p. 23 y 37.

738 Eadmer, p. 49.

739 M. París, p. 14.

740 Spelman du Cange en la palabra *Homagium*.

741 Will. Hening, p. 467. Flor Wigorn, p. 649.

aseguraron que había mucho peligro en embarcarse; pero el príncipe se lanzó en el buque y les mandó que diesen a la vela, diciéndoles que no había oído nunca que se hubiese ahogado un rey⁷⁴². Gracias a esta energía y celeridad libertó la ciudad de Mans del peligro que la amenazaba, persiguió a Helie hasta su propio territorio y sitió a Majol, pequeño castillo situado en aquella parte; pero una herida que recibió Guillermo en el asalto (1100), le obligó a levantar el sitio y volverse a Inglaterra.

Muerte

Parece admirable la debilidad de los más grandes monarcas durante este siglo en sus expediciones militares contra sus más próximos vecinos, sobre todo cuando se considera el prodigioso número de tropas que hasta los príncipes menos poderosos, que ayudaban el entusiasmo del pueblo, estaban en estado de reunir y llevar a las más arriesgadas empresas en las comarcas tan lejanas del Asia. Guillermo, conde de Poitiers y duque de Guyena, inflamado del deseo de gloria y no desalentado por las desgracias de los primeros cruzados, se había puesto al frente de una multitud inmensa, que algunos historiadores hacen ascender al número de 60 mil hombres de caballería y mucho mayor de infantería⁷⁴³, y se proponía llevarlos a la Tierra santa, contra los infieles. Faltóle dinero para concluir los preparativos necesarios y propuso a Guillermo hipotecarle sus estados por una suma determinada, sin reflexionar en qué manos tan avaras los comprometía⁷⁴⁴. Aceptó el rey la oferta, y ya tenía preparadas una escuadra y un ejército para escoltar el dinero e ir a tomar posesión de las ricas provincias de la Guyena y el Poitou, cuando un accidente desgraciado puso fin a su vida y a sus ambiciosos proyectos (2 de agosto).

Estaba cazando, única diversión y realmente la principal ocupación también de los príncipes que reinaban en aquellos tiempos groseros en que eran tan poco comunes los goces de la sociedad, y en que las bellas artes ofrecían pocos objetos dignos de atención: había acompañado al rey un gentilhomme francés, llamado Walter Tyrrel, muy afamado por su destreza en disparar el arco; hallábanse en el Bosque Nuevo, entreteniéndose en su cacería, y acababa apenas Guillermo de apearse de su caballo, cuando impaciente Tyrrel de mostrar su habilidad, disparó una flecha contra un cuervo que de repente se le presentó; mas habiendo la flecha tropezado en un árbol, rechazó en él y fue a herir en el pecho al rey, que murió inmediatamente de su herida⁷⁴⁵. Tyrrel, sin decir a nadie una palabra, metió espuelas al caballo, y se fue a la orilla del mar, donde se embarcó para Francia y se alistó con los cruzados que salían para Jerusalén; imponiéndose él mismo aquella penitencia en expiación de su involuntario crimen. Hallaron el cadáver de Guillermo tendido en el bosque unos aldeanos, y se le enterró sin pompa ni ceremonia en Winchester, porque sus cortesanos no se esmeraron en hacer las últimas exequias a un señor tan poco querido de todos ellos, y sólo se ocuparon en lo que más les interesaba, que era la elección de su sucesor.

Carácter de Guillermo el Rojo

La memoria de este monarca ha llegado hasta nosotros manchada con odiosos colores por escritores eclesiásticos que estaban muy irritados contra él; pero por muy exagerados que sean sus cuadros, ofrece pocas razones la conducta de aquel príncipe para tomar empeño en su favor. Parece que fue monarca violento y tiránico, vecino pérfido, peligroso y siempre pronto a usurpar lo que no le pertenecía, y en fin pariente duro y nada generoso. Fue a un mismo tiempo avaro y pródigo en la administración de su hacienda, y dado que tuviese algunas prendas para reinar, siempre se dejó

742 W. Malm. p. 124. H. Hunting. p. 378.

743 W. Malm. p. 149. Ascendía el total, según Order Vital. p. 789, a 300.000 hombres.

744 Will. Malm. p. 117.

745 Will. Malm, p. 126. H. Hunting. p. 378.

dominar bastante de sus pasiones para que aquellas pudieran traslucirse. Su política fue conforme a su carácter, esto es, la de querer señorearse de todo, y cuando esta política está sostenida, como lo estaba en él, por el valor y la firmeza, surte siempre mejores efectos en los tiempos de revueltas que la más extensa previsión y los más refinados artificios.

Los monumentos que quedan de este príncipe en Inglaterra son la Torre, la sala de Westminster y el puente de Londres; y la expedición más brillante de su reinado fue la de enviar a Edgar Atheling, tres años antes de su muerte, a Escocia con un pequeño ejército para restablecer en el trono al príncipe Edgar, heredero legítimo por ser hijo de Malcolm y de Margarita, hermana de Edgar Atheling, y salió muy bien aquella empresa⁷⁴⁶. Llamó por entonces mucho la atención que Ricardo, hermano mayor de Guillermo el Rojo, hubiese perecido accidentalmente en el Bosque Nuevo, igualmente que su sobrino Ricardo, el hijo natural del duque Roberto; de modo que cuando se supo la muerte del rey en aquel mismo sitio, se levantó un grito general contra Guillermo el Conquistador por la violencia que cometió echando a todos los habitantes de aquel extenso terreno sólo para dar rienda a sus placeres, creyendo todos que el cielo vengador señalaba su justicia en el mismo lugar, regándole con sangre de su posteridad⁷⁴⁷. Fue muerto Guillermo a los trece años de reinado y cerca de los cuarenta de edad, sin dejar sucesión alguna legítima porque nunca fue casado⁷⁴⁸. A los once años de su reinado, hizo Magno, rey de Noruega, un desembarco en la isla de Anglesea, pero fue rechazado por Hugo, conde de Shrewsbury⁷⁴⁹; y esta fue la última empresa de las naciones del norte contra Inglaterra.

746 Crón. Saj. p. 206. Will Malm. p. 122. Hoveden, p 466.

747 Hoveden, p. 468. Flor. Wigom p. 649.

748 Will Malm. p. 127.

749 Simeon Dunelm, p. 223.

VI. Enrique I—1100

Las cruzadas

Después que se reunieron los cruzados en las orillas del Bósforo opuestas a Constantinopla, principiaron sus operaciones; pero no tardaron en encontrar dificultades que les había ocultado su celo, y que hubiera sido casi imposible vencer por más que se hubiesen previsto. El emperador griego, Alejo Commene, que había pedido socorro a los cristianos occidentales contra los turcos, esperaba aunque con muchas dudas que a lo menos le enviarían algunas tropas que obrasen bajo sus órdenes para hallarse en estado de rechazar al enemigo; pero se quedó admirado al ver cubiertos sus estados de tal multitud de soldados desentrenados, que diciéndose amigos suyos, no por eso dejaban de insultar a sus súbditos por que no eran guerreros, después de aborrecerlos por herejes. Valióse de todas las arterias de la política, en que era sumamente diestro, para apartar de sí aquel torrente, y al paso que empleaba las protestas, los halagos y los favores con los jefes cruzados, miraba secretamente a aquellos orgullosos aliados como más temibles para él que los enemigos declarados que amenazaban su imperio. Cuando los cruzados desembarcaron en el Asia, lo cual no dejó de ser difícil, entabló Alejo Commene una negociación con Solimán, emperador de los turcos, y empleó todos los recursos de su ingenio, de su poder y situación para desconcertar los proyectos de los latinos y disgustarlos de nuevas emigraciones. A esto se agregaron los desórdenes inseparables de una multitud indócil que no obedecía a un solo general, sino que había sido conducida por diferentes caudillos tan independientes como intratables, sin ninguna idea de disciplina militar y por consiguiente enemigos de la autoridad civil y de toda especie de sumisión.

Iban muriendo por miles los cruzados, ya por escasez de mantenimientos, ya por exceso de cansancio, ya por influjo del clima, ya bajo el hierro de los enemigos y falta de concierto en las operaciones militares, lo cual hubiera bastado para apagar todo ardor guerrero en gentes que hubieran hecho la guerra por causas menos poderosas que las suyas. Sin embargo de eso, era tal su celo y valor, y tal el influjo de sus irresistibles fuerzas, que siempre hacían algún progreso hacia el importante fin de sus empresas. Después de un sitio muy tenaz se apoderaron de Nicea, que era la capital del imperio turco; derrotaron a Solimán en dos batallas generales; se hicieron dueños de Antioquía y libertaron del todo aquellas comarcas del dominio de los sarracenos. Recobró su primera autoridad en Jerusalén el sultán de Egipto, cuya alianza solicitaron los cruzados cuando cayó el imperio turco, y entonces les envió a decir por sus embajadores que si iban desarmados a aquella ciudad podrían libremente cumplir su voto, y que todos los peregrinos cristianos que en adelante visitasen el santo sepulcro serían tan bien tratados como sus predecesores. Desechóse esta oferta y se intimó al sultán que evacuase la Ciudad santa abandonándola a los cristianos, y no habiendo aceptado la proposición, principiaron los cruzados el sitio de Jerusalén mirándole como el término de sus trabajos. Con los muchos destacamentos que habían tenido que dejar los cruzados y con los desastres que habían sufrido, quedaba reducido su número a veinte mil hombres de infantería y mil y quinientos caballos; pero eran formidables por su valor y por la experiencia que habían adquirido, sirviéndoles de lección sus primeras calamidades para plegarse a la obediencia.

Al cabo de cinco semanas de sitio, tomaron a Jerusalén por asalto, y llevados de una mezcla de celo y ferocidad, pasaron a cuchillo a la guarnición y a todos los habitantes, sin que alcanzasen perdón ni la valiente resistencia ni la más humilde sumisión. Ni el sexo ni la edad pudieron abrir puertas a la clemencia, y el mismo puñal que atravesaba el pecho de la madre acababa con el hijo tierno, en términos que diez mil personas que se habían rendido voluntariamente y a quienes se

había ofrecido cuartel, fueron sacrificadas a sangre fría⁷⁵⁰. Las calles de Jerusalén estaban sembradas de cadáveres⁷⁵¹; y cuando todos sus enemigos estaban rendidos o degollados, caminaron triunfantes los cruzados al santo sepulcro con grandes muestras de humildad y contrición. Entonces dejaron sus armas teñidas todavía en sangre, y fueron inclinados y con la cabeza y los pies desnudos al monumento sagrado, donde cantaron himnos al divino Redentor, cuya agonía y muerte habían consumado su salvación; y reanimada su devoción al aspecto de los santos lugares donde había padecido, de tal suerte se amortiguó su furor, que empezaron a derramar lágrimas y dieron muestras sensibles de la más tierna piedad⁷⁵²; ¡tal es la inconsecuencia de la humana naturaleza, y tal la facilidad con que suele amalgamar las más afeminadas supersticiones con un valor heroico y una bárbara ferocidad!

Aconteció este gran suceso el día 5 de julio del año último del oncenno siglo, en el cual los príncipes cristianos y demás señores que iban con ellos, después de haber elegido rey de Jerusalén a Godofredo de Buillón, principiaron a establecerse con sus conquistas. Algunos dieron la vuelta a Europa para gozar en sus hogares de la gloria que habían adquirido en aquella tumultuosa y santa expedición. Entre estos últimos estaba Roberto, duque de Normandía, que habiendo hecho más sacrificios que nadie al celo de las cruzadas, se había distinguido constantemente por un valor intrépido⁷⁵³, un carácter afable y una generosidad sin límites que le ganó el corazón de los soldados, como la prenda que más brilla en un príncipe que sigue la carrera de las armas. Al pasar por Italia, hizo conocimiento con Sibila, hija del conde de Conversana, de quien se enamoró perdidamente⁷⁵⁴, y tanto para gozar de los halagos de aquella nueva pasión, como por disfrutar descanso y placeres, después de tan duras campañas, permaneció un año entero en aquel delicioso país. En vano le estaban aguardando con impaciencia sus amigos del norte para darle la corona de Inglaterra, a que tenía un indisputable derecho por su nacimiento, por la fama que había adquirido en las cruzadas y por el tratado anteriormente ajustado con el difunto rey su hermano.

Advenimiento de Enrique a la corona

El príncipe Enrique estaba cazando en el mismo Bosque Nuevo donde acababa de ser muerto el rey Guillermo, cuando se le comunicó la noticia de esta desgracia, y al momento conoció la ventaja que podía sacar de aquella ocasión, para lo cual acudió sin detenerse a Winchester con la intención de apoderarse del tesoro real, como medio el más necesario para facilitar el éxito de sus designios sobre la corona. Apenas se presentó allí, cuando Guillermo de Breteuil, a cuyo cargo estaba el tesoro, y que también formaba parte de la cacería, acudió por su lado y se opuso a los proyectos del príncipe, diciéndole que aquel tesoro, igualmente que la corona, pertenecían a su hermano mayor, a quien desde aquel mismo instante reconocía por su nuevo soberano, y estaba resuelto a guardar fidelidad a pesar de cuantas pretensiones se suscitasen. Furioso Enrique con la resistencia de Breteuil, echó mano a la espada y le amenazó de muerte si insistía en desobedecerle; y como al mismo tiempo iban llegando los demás criados del difunto rey que engrosaban el partido del príncipe, se vio precisado Breteuil a ceder a aquella violencia⁷⁵⁵.

No perdió Enrique un momento en apoderarse de los caudales y marchar a Londres, donde juntó algunos de los grandes y prelados del reino, a quienes con política, con habilidad y con dádivas había atraído a su partido, y estos le eligieron, o más bien le saludaron como rey, con lo cual tomó al instante las riendas del gobierno, y tres días después de la muerte de su hermano, fue

750 Vertot, tom. I. p. 57.

751 M. París, p. 34. Order Vital, p. 736.

752 Id. Id.

753 M. París, p. 35. Will. Heming. p. 467.

754 Will. Malm, p. 155. Gul. Gemet p. 299.

755 Order Vital, p. 782.

coronado solemnemente por Mauricio, obispo de Londres, a quien se persuadió que oficiase⁷⁵⁶ en aquella ocasión. Así fue como el valor y presteza de este príncipe le hicieron dueño del trono, sin que se encontrase nadie que tuviese vigor ni honradez para tomar la defensa del heredero ausente, antes bien todos se acobardaron, y la posesión actual pasó a ser un título suficiente para Enrique sin embargo de ser un usurpador. Los barones y el pueblo tuvieron que condescender con pretensiones que ni se comprendían ni podían justificarse, pero que una vez establecidas era imposible combatir sin exponerse a los inconvenientes y peligros de una guerra civil.

Como no se le ocultaba a Enrique que una corona usurpada contra todas las reglas de la justicia no podía estar muy segura en sus sienes, resolvió afirmarla ganando el amor de sus súbditos a lo menos con lisonjeras protestas; y así no solamente se comprometió por el juramento ordinario de la coronación a mantener las leyes y la justicia, sino que otorgó una carta en que se corregían todos los abusos administrativos de que se habían quejado bajo los reinados de su padre y de su hermano⁷⁵⁷. Por ella prometió que a la muerte de los obispos y abades no se apoderaría de las rentas de las mitras y abadías durante la vacante, sino que todo quedaría para el sucesor, y no arrendaría ni vendería ningún beneficio eclesiástico. Después de haber hecho aquellas importantes concesiones a la iglesia, enumerábanse en la carta los abusos civiles que se proponía corregir; y así prometió que a la muerte de los condes, barones o terratenientes militares serían puestos en posesión sus herederos de todos los bienes pagando un módico tributo a la corona, sin estar expuestos a las exorbitantes exacciones que habían sufrido en los últimos años; se despojó de la noble custodia o tutela de los menores y mandó que se les nombrasen tutores que fuesen responsables de su administración; prometió no disponer de la mano de ninguna heredera para casarla sino con la aprobación de todos los barones; consintió en que si un barón quería conceder su hija, hermana, sobrina o parienta en matrimonio a cualquiera, no tuviese necesidad más que de consultar al rey, quien se obligaba a no vender su consentimiento, ni aun a rehusarle a menos de que el esposo propuesto fuese un enemigo suyo. Dejaba a sus barones y a sus vasallos militares la libertad de legar por testamento sus bienes muebles o raíces, y si se descuidaban en testar, prometía que sus herederos les sucederían sin que nadie les perturbase; renunció al derecho que podía cobrar sobre las monedas, y a imponer contribuciones arbitrarias sobre los caseríos y cortijos que los barones retenían en su poder⁷⁵⁸. Dio algunas esperanzas vagas de moderar las multas, concedió una amnistía general, y perdonó todas las sumas que se debían a la corona, exigiendo que los barones hiciesen lo mismo con sus vasallos, y prometió que en adelante se observarían con vigor todas las leyes de Eduardo. A esto se redujeron en sustancia los principales artículos de aquella famosa carta⁷⁵⁹.

Para darle mayor autenticidad, mandó Enrique que se depositase una copia de ella en algunas abadías de diferentes provincias; como si desease que estuviera a la vista de todo el mundo para servir perpetuamente de regla y coto a su administración; pero lo cierto es, que después de firmada, no se volvió a acordar durante su reinado de observar ninguna de sus cláusulas, antes por el contrario quedó tan en olvido y desprecio, que en el siguiente siglo, cuando los barones que habían conservado una idea confusa de ella quisieron que sirviese de modelo para la gran carta que exigían del rey Juan, no se pudo encontrar más que una copia en todo el reino; pero lo que es los abusos que Enrique se proponía destruir con ella, continuaron en toda su extensión, y la autoridad real no experimentó cortapisa alguna. Jamás llegó a fijarse aquel importante punto del tributo que habían de pagar los herederos hasta que llegó la época de la *Carta Magna*⁷⁶⁰, y es evidente que la promesa general hecha por Enrique de contentarse con un reconocimiento justo y legítimo, debió especificarse en la carta con toda precisión para que no quedase defraudada la seguridad de sus

756 Crón. Saj. p. 208. Order Vital, p. 785.

757 Crón. Saj. p. 203. Simeón Dunelm. 225.

758 Véase el Apéndice, 11.

759 M. París, p. 38 Hoveden, p. 468.

760 Glanville, 1. 2. cap. 36. Lo que se llama tributo o reconocimiento en las leyes de Guillermo el Conquistador, conservadas por Ingulfo, parece haber sido el *heriot*, es decir el mejor mueble, el mejor caballo, buey, etc., supuesto que ni estos reconocimientos ni otras cargas algunas eran conocidas en tiempo de Eduardo el Confesor.

súbditos. Así es que se perpetuó la opresión de la custodia noble y el derecho de disponer de las pupilas, casándolas de propia autoridad hasta los tiempos de Carlos II. Parece ser, según se explica Glanville⁷⁶¹, el famoso justicia de Enrique II, que entonces luego que moría alguno sin hacer testamento, cosa muy frecuente en un tiempo en que apenas había quien supiese escribir, el rey o el señor del feudo pretendía apoderarse de todos los muebles del difunto, y privar de aquella parte de la herencia hasta a los mismos hijos, señal cierta de un gobierno arbitrario y tiránico

En efecto, eran en aquellos tiempos tan desenfrenados los normandos que se habían establecido en Inglaterra, que se les podía mirar como incapaces de reducirse a una libertad verdadera y regular. Esta exige leyes e instituciones tan bien combinadas, miras tan extensas, sentimientos de honor tan sublimes, tanto espíritu de subordinación, tal sacrificio de los intereses privados al bien general y vínculos tan estrechos con el orden público, que sólo puede ser resultado de una gran reflexión y de una larga experiencia, necesitándose muchos siglos para formar un gobierno legal y estable. Unos pueblos tan indiferentes a los derechos de su soberano que aguantaban se invirtiese el orden de sucesión y que el hijo segundo usurpase el puesto del primogénito a quien ellos estimaban, y que no tenía otra culpa que la de hallarse ausente, no debían esperar que el usurpador tomase en cuenta sus privilegios ni permitiese que se pusieran trabas a su autoridad renunciando él mismo a todo lo que era de su interés o de su gusto. En efecto, ellos tenían en sus manos armas capaces de impedir que se afirmase el despotismo, y se hallaban en estado de transmitir a su posteridad el poder necesario para que esta adquiriese la verdadera libertad, si era razonable, pero su carácter turbulento les hizo hacer tan mal uso de sus armas, y abusaron tan frecuentemente de ellas, que más bien perturbaron la ejecución de la justicia que estorbaron la opresión y la violencia. Conociendo el príncipe que le costaba mayor dificultad mantener las leyes que violarlas, no tardó en tomar su propia voluntad por regla suprema y única de gobierno, considerando en todas las ocasiones más bien el poder que los derechos de aquellos a quienes se proponía mortificar. Hasta la forma misma de la carta de Enrique prueba que los barones normandos (porque estos estaban más interesados en ella que los ingleses) ignoraban absolutamente la naturaleza de una monarquía templada, y que de ningún modo eran a propósito para concurrir con su soberano a regir los resortes de aquella máquina. Aquel acto de su absoluto poder no fue efecto más que de su bondad, se ven en él artículos que sujetan a los otros como también a él mismo, y por consecuencia no es obra propia de quien no está revestido del poder legislativo en términos de no poder revocar sus concesiones cuando se le antoje.

Para hacerse todavía más agradable al pueblo, mandó Enrique degradar y llevar a la cárcel a Ralph Flambard, obispo de Durham, que había sido el principal instrumento de las vejaciones de su hermano⁷⁶²; pero esta acción fue seguida de otra que violaba directamente su propia carta y era muy mal pronóstico de la sinceridad de sus intenciones. Cinco años conservó el obispado de Durham apropiándose todas las rentas durante la vacante; al mismo tiempo que noticioso del gran crédito que había adquirido Anselmo en Inglaterra por su reputación de virtud y por las persecuciones que había sufrido bajo el dominio de Guillermo, le envió repetidos mensajes a León, donde residía aquel prelado, instándole a que volviese a tomar posesión de sus dignidades⁷⁶³. A su llegada le propuso que renovara el homenaje de su arzobispado que había prestado al difunto rey y que jamás había rehusado ningún obispo inglés, pero Anselmo, que había adoptado otros sentimientos con su permanencia en Roma, rehusó positivamente lo que se exigía de él, alegando en apoyo de su resistencia los decretos del concilio de Bari, a que había asistido, y añadió que lejos de prestar homenaje de la dignidad espiritual, no quería alternar con ningún eclesiástico que diese esta señal de sumisión, o que recibiese la investidura de manos de un lego. Enrique, que meditaba en su delicada situación convertir en provecho propio el respeto y amor que el pueblo profesaba a

761 Lib. 7. cap. 16. Esta práctica era contraria a las leyes de Eduardo, ratificadas por Guillermo el Conquistador, como nos dice Ingulfo en la p. 91; pero entonces tenían poca fuerza las leyes y todo se gobernaba por la violencia y el poder.

762 Crón. Saj. p. 208. Will. Malm., p. 156.

763 Crón. Saj. p. 208. Ord. Vital, p. 783. Mat. París, p. 39. T. Rudb. p. 273.

Anselmo, no se atrevió a indisponerse con aquel prelado ni insistir en la demanda⁷⁶⁴; antes bien se limitó a dejar por entonces la cuestión indecisa y a despachar mensajeros a Roma para acomodar aquella diferencia con el papa y obtener que confirmase los usos y costumbres de Inglaterra.

Casamiento de este príncipe

Sobrevino inmediatamente después un negocio importante en que el rey se vio obligado a recurrir a la autoridad de Anselmo. Matilde, hija de Malcolm III, rey de Escocia, y sobrina de Edgar Atheling, había sido llevada a Inglaterra después de la muerte de su padre y durante las revoluciones del gobierno escocés, educándola cerca de su tía Cristina en el monasterio de Rumsey. Propúsose Enrique casarse con esta princesa, pero como ya había llevado el velo, aunque nunca hubiese profesado, se suscitaron algunas dudas sobre la validez de aquel noviciado y le importaba mucho al rey no ofender ninguna de las piadosas preocupaciones de sus súbditos. Examinó Anselmo este escrúpulo en un concilio de prelados y de nobles que convocó en Lambeth, donde se probó que Matilde había tomado el hábito no con intención de abrazar la vida religiosa, sino sólo por la costumbre general de las doncellas inglesas de ponerse a cubierto de los brutales insultos de los normandos vistiendo un hábito⁷⁶⁵ que aun en medio de la licencia de aquellos tiempos era respetado. Sabía muy bien el concilio que ni aun las princesas tenían otro medio de poner su castidad al abrigo de las violencias, y así tuvo por suficiente aquella razón y pronunció que Matilde era libre para casarse⁷⁶⁶. Celebró sus bodas con el rey el mismo Anselmo con toda la pompa y solemnidad posibles⁷⁶⁷, y no hubo acto alguno de cuantos ejerció Enrique durante su reinado, que más le cautivase el amor de sus súbditos ingleses. Aunque Matilde no fuese heredera de la casa sajona mientras que vivían su tío y sus hermanos, la nación inglesa reverenciaba en ella la sangre que corría por sus venas, pues aunque aquella nación llegó antes de la conquista a una especie de indiferencia por la antigua casa real, había sufrido tan cruelmente con la tiranía de los normandos, que ya echaba de menos su antigua libertad, y esperaba obtener una administración más templada y equitativa luego que la sangre de sus príncipes naturales estuviese unida con la de los nuevos soberanos⁷⁶⁸.

El duque Roberto hace una invasión en Inglaterra

Mas a pesar de que la prudencia y política de Enrique hubieran bastado con el tiempo para asegurarle la corona, estuvo para desconcertarse todo con la repentina invasión de Roberto, que llegó a Normandía un mes después de la muerte de Guillermo. Tomó posesión de aquel ducado sin resistencia alguna e hizo inmediatamente sus preparativos para recobrar el trono de que tan injustamente se le había privado durante su ausencia. Favorecía mucho sus pretensiones la gran reputación que había adquirido en Oriente, y los barones normandos temiendo las consecuencias que podría traer la separación del ducado y el reino, manifestaron el mismo descontento que el que habían mostrado al advenimiento de Guillermo el Rojo; y así Roberto de Belesme, conde de Shrewsbury y de Arundel, Guillermo de Warena, conde de Surrey, Arnulfo de Montgomery, Walter Giffard, Roberto de Pontefract, Roberto de Mallet, Ivo de Grantmesnil y otros muchos de la primera nobleza⁷⁶⁹, le instaron a que hiciese una tentativa sobre Inglaterra, y prometieron unirse a él con

764 Will. Malm. p. 225.

765 Eadmer, p. 57.

766 Id. Id.

767 Hoveden, p. 168.

768 M. París, p. 40.

769 Order Vital, p. 785.

todas sus fuerzas apenas desembarcase. Hasta los mismos marineros prevenidos en su favor por la popularidad que le había granjeado su alta reputación, le llevaron la mayor parte de una escuadra que se había equipado para oponerse a su paso⁷⁷⁰. En medio de tal peligro, e inquieto Enrique por su vida, no menos que por su corona, intentó prevalecerse de la supersticiosa índole de sus súbditos, para apagar sus sentimientos de justicia; hizo la corte a Anselmo, fingiendo que acataba su piedad y sabiduría, consultándole en aquellas arduas circunstancias y siguiendo al parecer su dictamen en los consejos; prometió no infringir jamás los privilegios eclesiásticos, afectó una gran adhesión a la corte de Roma y un firme propósito de obedecer implícitamente los decretos de los concilios y la voluntad del sumo pontífice.

Por medio de estas contemplaciones y protestas conquistó aquel príncipe toda la confianza del primado, cuyo influjo y autoridad en el pueblo y entre los barones podían serle muy útiles en las presentes circunstancias, y Anselmo no tuvo el menor escrúpulo en asegurar a los grandes de la sinceridad del rey cuando se comprometía a abandonar el gobierno opresivo y tiránico que habían seguido su padre y hermano⁷⁷¹; recorrió las filas del ejército y recomendó a los soldados la defensa de su príncipe, la obligación del juramento de fidelidad que habían prestado, y les presagió el gobierno más feliz bajo un rey tan justo y tan prudente⁷⁷². Unido este expediente con el influjo de los condes de Warwic y Mellent, de Roger Rigot, Ricardo de Redvers y Roberto Fitz-Hamon, barones muy poderosos, que siempre habían seguido el partido del rey⁷⁷³, mantuvieron al ejército en sus intereses, y así marchó con todas las apariencias de suma unión y firmeza contra Roberto, que acababa de desembarcar con sus tropas en Portsmouth.

Acomodamiento con él

Estuvieron a la vista los dos ejércitos durante algunos días sin venir a las manos y los dos príncipes, igualmente cuidadosos de un choque que podía ser tan decisivo, aceptaron voluntariamente la mediación de Anselmo y de otros grandes que se ofrecieron a acomodarlos. Después de algunas negociaciones, se convino en que Roberto desistiese de sus derechos al trono de Inglaterra y recibiese en indemnización una pensión anual de tres mil marcos; que si alguno de los dos príncipes moría sin posteridad, el otro sucedería en los estados; que los parciales de ambos partidos serían absueltos y restablecidos en sus posesiones, ya en Normandía, ya en Inglaterra, y que ni Enrique ni Roberto excitarían, ni recibirían, ni protegerían a los enemigos del uno o del otro⁷⁷⁴.

Mas sin embargo de ser este tratado tan favorable a Enrique, fue el primero en violarlo (1102), pues aunque de hecho restableció en sus bienes a los partidarios de Roberto, había resuelto secretamente que estos magnates tan poderosos y tan poco leales y afectos a su persona, que, tanto deseo tenían de perturbar su gobierno y tanta habilidad para conseguirlo, gozasen por poco tiempo de su grandeza y opulencia. Empezó con el conde de Shrewsbury, quien después de haber sido observado algún tiempo por unos espías, fue acusado, y se le hicieron cuarenta y cinco cargos. Conociendo aquel inquieto prócer, por una parte su crimen, y por otra, las prevenciones de sus jueces y el poder de su acusador, recurrió a las armas para su defensa; pero la destreza y actividad de Enrique no tardaron en reducirlo, y se le desterró del reino confiscándosele además sus cuantiosos bienes⁷⁷⁵. Su ruina se llevó tras de sí las de sus dos hermanos Arnulfo Montgomery y Roger de Lancaster. Roberto de Pontefract y Roberto de Mallet, que se habían distinguido entre los más celosos partidarios del duque de Normandía, tampoco tardaron en ser perseguidos y

770 Crón. Saj. p. 209. Hoveden, p. 469. M. París, p. 40.

771 Will. Malm. p. 225.

772 Eadmer, p. 50. Will. Malm. p. 156.

773 Order Vital, p 783.

774 Cron. Saj. p. 209. Will. Malm. p. 156.

775 Crón. Saj. p. 210. Hoveden, p. 409.

condenados⁷⁷⁶. La víctima inmediata a ellos fue Guillermo de Warena, y hasta el conde de Cornualles (1103), Guillermo, hijo del conde de Mortagne, tío del rey, habiendo dado lugar a ciertas sospechas, perdió las inmensas adquisiciones que su familia había hecho en Inglaterra⁷⁷⁷. Por más que la conducta violenta y tiránica de aquellos grandes señores normandos diese sobrado motivo para éstas y aun más severas sentencias, todo el mundo vio o conjeturó por lo menos, que su verdadero delito no era ciertamente el de las vejaciones que se les achacaban sino su afición a Roberto; por lo cual éste, al ver el mal trato que se daba a sus amigos, se determinó a pasar a Inglaterra, y se quejó amargamente a su hermano de la infracción del tratado: pero fue tan mal recibido, que llegó a temer por su libertad, y tuvo a dicha obtener el permiso de retirarse del reino a costa de renunciar a la pensión que le había prometido en el último acomodamiento⁷⁷⁸.

Ataque de la Normandía

Aquel indiscreto viaje de Roberto tuvo para él otras más crueles consecuencias, porque si su valor y franqueza de ánimo le habían ganado todos los corazones, apenas volvió a ejercer su autoridad y gustó las delicias de la paz, cuando parece que desapareció todo el vigor de su alma y llegó a ser un objeto de desprecio para todos aquellos que rodeaban su persona o dependían inmediatamente de él. A un mismo tiempo entregado a los más disolutos placeres y a las más minuciosas prácticas de devoción, descuidó tanto la hacienda y el gobierno general de sus estados, que sus criados le fueron robando no sólo todo el dinero, sino también hasta sus propios vestidos, cometiendo además todo linaje de extorsiones sobre sus miserables súbditos, a quienes dejaba sin defensa⁷⁷⁹. Los barones a quienes sólo era capaz de contener una administración severa, oprimían horriblemente a sus vasallos, y siempre estaban armados unos contra otros, de modo que toda la Normandía no fue durante aquel débil reinado mas que un teatro continuo de alborotos, escándalos y rapiñas⁷⁸⁰. Últimamente los normandos llegaron a envidiar las ventajas del gobierno regular que el usurpador Enrique había establecido en Inglaterra, y recurrieron a su protección para que hiciese cesar los desórdenes que los abrumaban, súplica que le sirvió de pretexto para mezclarse en los asuntos de Normandía⁷⁸¹; mas en lugar de emplear su mediación para que el gobierno de su hermano llegase a ser respetable, y remediar las quejas de los normandos, sólo pensó Enrique en formarse un partido y aumentarle a fuerza de dádivas, manejos e insinuaciones. Luego que se aseguró, durante el viaje que hizo a aquel ducado, de que la nobleza estaba más dispuesta a pasar bajo su dominio que a permanecer fiel a su soberano legítimo empleó los medios más rigurosos y despóticos para levantar un grueso ejército y cuantiosas sumas de dinero en Inglaterra⁷⁸², con las cuales volvió el año siguiente a Normandía en estado de hacerse dueño de ella, por la fuerza o por corrupción, y principió por ocupar a Bayeux aprovechándose de una tempestad después de un obstinado sitio (1105). Los habitantes de Caen le abrieron las puertas de la ciudad; pero no sucedió así en Falaise. donde fue rechazado y tuvo precisión de levantar el sitio por estar muy adelantada la estación; con lo que se volvió a su reino después de haber asegurado a sus partidarios que continuaría apoyándolos y protegiéndolos.

776 Crón. Saj. p. 212. Will. Malm. p. 157.

777 Crón. Saj. p. 212. Will. Malm. p. 157.

778 Id ... Id.... M. París, p. 40.

779 Order Vital, p. 814 y 815.

780 Will. Malm. p. 154 y 157. Gul. Gemet. p. 298.

781 Eadmer, p. 83

782 H. Hunting p. 879. M. París, p. 43.

Conquista de esta provincia

Al año siguiente (1106), abrió la campaña con el sitio de Tenchebray, y ya no quedó duda de que sus preparativos y los progresos que hacia llevaban por objeto la usurpación de toda la Normandía, lo cual hizo despertar por fin a Roberto de su letargo, y auxiliado por el conde de Mortagne y por Roberto de Belesme, enemigos implacables del rey, levantó un ejército considerable y se acercó al enemigo, resuelto a terminar aquellas diferencias en una batalla decisiva. Este era el papel que realmente le convenía, y así fue que su ejemplo reanimó de tal modo a las tropas normandas que hicieron replegar el ejército inglés, y cuando ya tocaban al momento de la victoria, echó a huir el conde de Belesme, lo cual introdujo el desorden, y a él se siguió una derrota completa. Además de los muchos que sacrificó Enrique en el campo de batalla, hizo cerca de diez mil prisioneros, y entre ellos al mismo duque Roberto y a los principales barones que habían defendido sus intereses⁷⁸³. A esta victoria se siguió la rendición de toda la provincia, pues Rouen se entregó inmediatamente, y después de algunas negociaciones abrió Falaise sus puertas, quedando con esto no sólo dueño de una fortaleza importante, sino también de la persona del príncipe Guillermo, hijo y único heredero de Roberto. Juntó el rey los estados de Normandía, y habiendo recibido el pleito homenaje de todos los vasallos de aquel ducado, arregló el gobierno, revocó todas las donaciones hechas a su hermano, desmanteló los castillos nuevamente construidos, y se volvió triunfante a sus estados llevándose consigo al duque en calidad de prisionero de guerra. Este desgraciado príncipe fue encerrado por toda su vida en una prisión que se prolongó por espacio de 28 años, y murió en el castillo de Cardiff en la provincia de Glamor-Ganshire: ¡feliz si, no perdiendo su libertad, hubiera renunciado a un poder que no sabía ejercer ni conservar! Confióse la custodia del príncipe Guillermo a Helie de Saint-Saen, que se había casado con una hija natural de Roberto. Aquel magnate, más escrupuloso o delicado con las leyes del honor de lo que entonces se acostumbraba, desempeñó su cargo de confianza con tanto celo como fidelidad. Otro de los ilustres prisioneros hechos en la batalla de Tenchebray⁷⁸⁴ fue Edgar Atheling, que había seguido a Roberto a la expedición de Jerusalén y vivido siempre con él en Normandía, después de su vuelta. Enrique le dio la libertad y le señaló una pensión, con la cual se retiró de la corte y vivió en Inglaterra hasta una extremada vejez olvidado de todo el mundo. Distinguióse este príncipe por su valor personal, pero nada prueba mejor su medianía bajo todos aspectos que el haber vivido sosegado y muerto en paz durante el reinado de tantos usurpadores crueles y desconfiados, a pesar de ser amado de los ingleses y de que él era el único que tenía un derecho legítimo al trono.

Continuación de las desavenencias con el primado Anselmo

Poco tiempo después de concluida la conquista de Normandía y arreglado el gobierno de aquella provincia (1107), terminó el rey una desavenencia que subsistía hacia mucho tiempo entre él y el papa sobre el artículo de las investiduras de los beneficios eclesiásticos, y aunque tuvo que abandonar de resultas de ella ciertos derechos antiguos de la corona, escapó menos mal que otros muchos príncipes, que en aquellos tiempos tuvieron la desgracia de entrar en contestaciones con la silla apostólica. Se había visto precisado el rey a principios de su reinado a hacer la corte a Anselmo, y los frutos que sacó de la amistad de aquel prelado pudieron probarle hasta donde llegaba el fanatismo del pueblo y qué ascendiente habían adquirido sobre su ánimo los eclesiásticos. Había notado Enrique al advenimiento de su hermano Guillermo el Rojo que, a pesar del derecho de primogenitura de Roberto y de la inclinación de casi todos los barones en su favor, el crédito solo de Lanfranc había decidido la suerte de la corona; y siendo el caso en que él se encontraba todavía menos favorable, demostraba con mayor evidencia el excesivo influjo y autoridad del clero en la

783 Eadmer, p. 90. Crón. Saj. p. 224.

784 Crón. Saj. p. 214.

nación; mas a pesar de estos recientes ejemplos, y sin dejar de estar persuadido de la necesidad de no irritar a un cuerpo tan formidable, todavía lo estaba mucho más de que exigía su propio interés que conservase la antigua prerrogativa de la corona de disponer de las dignidades de la iglesia que eran de tanta importancia en el estado, y reprimir la independencia a que visiblemente aspiraban los eclesiásticos. Para esto no dejaba de contrariarlo aquella elección que en un acceso de penitencia había hecho Guillermo de Anselmo; tanto más, cuanto mayor era la celebridad que había adquirido este último por su piedad, celo y austeridad de costumbres. Por más que sus prácticas monacales de devoción y sus mezquinas ideas no anunciaban un hombre de estado ni un profundo conocimiento del mundo, por lo mismo era mucho más peligroso estando dirigido por hombres más políticos que él, y adquiriría mayor imperio entre el supersticioso populacho: pero en nada sobresalió tanto la prudencia y habilidad del rey como en el modo con que manejó aquel negocio tan delicado en que a cada paso se veía expuesto a comprometer su corona por salvar su más preciosa joya⁷⁸⁵.

No bien hubo vuelto Anselmo de su destierro, cuando ya se suscitó una contestación entre él y Enrique por haber rehusado la prestación del homenaje; pero este último transigió con las circunstancias prometiendo enviar a Roma un embajador que conferenciase sobre el asunto con Pascual II, que era el papa reinante a la sazón. Volvió el enviado, como verosíblemente se había previsto, con una repulsa absoluta de las pretensiones del rey⁷⁸⁶, apoyada con razones análogas al espíritu de aquellos tiempos. Citaba Pascual la sagrada Escritura para probar que Jesucristo era la puerta, de donde infería que todos los eclesiásticos debían entrar por ella en la iglesia, y no por los magistrados civiles ni por otro profano lego⁷⁸⁷. «Es cosa monstruosa», añadía el sumo pontífice, «que un hijo pretenda engendrar a su padre o un hombre crear a su Dios. Los sacerdotes son llamados dioses en la Escritura como que son los vicarios de Dios; ¿y querríais por vuestra abominable pretensión, darles la investidura y arrogaros el derecho de crearlos?»⁷⁸⁸

Por convincentes que fuesen estas citas de los libros sagrados, no persuadieron a Enrique de que debía ceder una prerrogativa tan importante, y es muy posible que este príncipe instruido y capaz de reflexión, creyó que el absurdo del hombre creando a su Dios, aun suponiendo que los sacerdotes fuesen dioses, no era decoroso en boca del sumo pontífice; pero como deseaba el rey evitar o por lo menos diferir un rompimiento con la iglesia, persuadió al primado que tal vez se llegaría a un acuerdo volviendo a principiar las negociaciones. Para ello envió Enrique tres obispos a Roma, mientras que Anselmo por su lado despachó dos personas de su confianza a fin de asegurarse de las intenciones del santo padre⁷⁸⁹. Pascual volvió a escribir cartas tan positivas como arrogantes al rey y al primado, reprendiendo al primero de que al atribuirse el derecho de investidura cometía una especie de adulterio espiritual con la iglesia, que era la esposa de Jesucristo y que no podía permitirse semejante trato con otro que con su esposo⁷⁹⁰, y al segundo, que la pretensión del rey de conferir los beneficios era un manantial de simonía, observación muy bien fundada por cierto en aquellos tiempos⁷⁹¹.

No discurrió entonces Enrique otro expediente que el de ocultar la carta que había recibido y sobornar a los tres obispos para que afirmasen bajo su palabra episcopal que el papa les había asegurado a solas de sus intenciones favorables a Enrique, y así aseguraron que Pascual permitía a este príncipe ejercer su prerrogativa y conceder las investiduras, pero que no se atrevía a darle este permiso por escrito porque no sirviese de ejemplar a los demás príncipes que se creerían

785 Eadmer, p. 56.

786 Will. Malm. p. 225.

787 Eadmer, p. 60. Esta materia se halla mas pro funda mente tratada en W. Malm. p. 163.

788 Dice Eadmer en la p. 61: «Yo sospecho que este texto de la Escritura es una pura invención del santo padre, porque no he podido encontrarle en los libros sagrados. Sin embargo pasó en aquel tiempo como una autoridad sacrosanta y se citó frecuentemente por los eclesiásticos como fundamento de su autoridad.» Véase la Epíst. de santo Tomás, p. 169.

789 Eadmer, pág. 62. Will. Malm. pág. 225.

790 Eadmer, pág. 63.

791 Id. pág. 64 y 66.

autorizados para arrogarse el mismo privilegio⁷⁹². Los dos frailes enviados por Anselmo le protestaron que todo aquello era una fábula, pero su testimonio no pudo contrapesar el de los tres obispos, y por lo tanto el rey procedió a nombrar para las mitras de Herefort y de Salisbury, como si hubiese ganado el pleito, y dio la investidura a los nuevos obispos en la forma acostumbrada⁷⁹³. Anselmo que tenía muy buenas razones secretas para no dar crédito a los embajadores del rey, no sólo rehusó consagrar a los prelados nombrados por este príncipe, sino que rompió toda comunicación con ellos, y entonces se vieron tan apurados que devolvieron las insignias de su dignidad⁷⁹⁴. Esta contestación continuó agriándose cada día más, y el rey, a pesar de toda la moderación de su carácter, dejó escapar algunas amenazas contra todo el que se opusiese a que él ejerciera las antiguas prerrogativas de su corona, y Anselmo cansado ya de su situación desagradable y peligrosa, pidió permiso para irse a Roma a someter aquel asunto al sumo pontífice⁷⁹⁵. Enrique muy satisfecho de libertarse sin violencia de un adversario tan inflexible, le concedió al instante el permiso, y en efecto marchó el primado siguiéndole hasta la orilla del mar una multitud no sólo de eclesiásticos y frailes, sino también de gentes de toda especie que se declaraban con aquel acto en favor del prelado y contra su soberano, mirando aquel viaje como la señal de haberse perdido la fe y la verdadera religión en el reino⁷⁹⁶. A pesar de eso el rey no dejó de confiscarle las temporalidades, y envió a Guillermo de Warelwast a negociar con Pascual para ajustar aquel delicado negocio⁷⁹⁷.

Díjole el ministro inglés al papa que su amo estaba resuelto a perder primero su corona que desistir del derecho de investiduras. «Y yo, respondió Pascual, perderé primero mi cabeza que permitir que las conserve.»⁷⁹⁸ Mandó Enrique que se le advirtiese secretamente a Anselmo que de ningún modo pensase en volver, a menos que estuviese resuelto a conformarse con las leyes y usos del reino, con lo cual el prelado fijó su residencia en León de Francia⁷⁹⁹, esperando que el rey se vería precisado a abandonar por fin el punto que se litigaba. Poco tiempo después obtuvo el primado permiso para volver a su abadía de Bec en Normandía; y Enrique le devolvió las rentas de su arzobispado tratándole con el mayor respeto, y hasta tuvo con él diferentes conferencias para procurar ablandar su resistencia y decidirle a que se sometiese⁸⁰⁰. Entretanto el pueblo inglés, persuadido de que todas las dificultades estaban allanadas, principiaba a murmurar del primado por tan larga ausencia de su rebaño, y diariamente recibía cartas de Anselmo de sus partidarios que le instaban a que apresurase su vuelta, so pena, decían, de que todo sentimiento de cristianismo y de piedad llegase a desaparecer por falta de sus cuidados paternales. Predominaban en Inglaterra las más extrañas costumbres; perdido enteramente el miedo a la severidad del prelado, la sodomía y el uso de las melenas largas habían vuelto a arraigarse en los hombres de todos los estados, y estos y otros espantosos desórdenes se propagaban abiertamente en todas partes sin vergüenza ni temor del castigo⁸⁰¹.

Por largo tiempo ha dado materia a la admiración la política de la corte de Roma, y los que sólo juzgan de las cosas por el resultado, han prodigado los mayores elogios a la rara prudencia que sin auxilio de las armas ha sabido conducir a una potencia tan flaca en sus principios a formar una monarquía universal y casi absoluta en toda Europa; pero no es fácil de comprender y no parece natural una sabiduría hereditaria en tantos hombres diferentes en edad, temperamento e interés que han ocupado sucesivamente la silla pontifical, sino suponiendo que han empleado la ignorancia y superstición de los pueblos; y ésta es una palanca tan grosera, tan eficaz y tan poco susceptible de

792 Id. pág. 65. Will. Malm. pág. 235.

793 Eadmer, pág. 66. W. Malmes, pág. 225. Hoveden, pág. 469. Simeon Dunelm, pág. 328.

794 Hoveden, pág. 470. Crón. Abbat. Sancti Petri de Borgo, pág. 59. Flor Wigorn. pág. 631

795 Eadmer. pág. 70.

796 Eadmer, pág. 71.

797 Eadmer, pág. 73

798 Id.... Id.... Will. Malm. Pág. 226. Mat. París, pág. 40.

799 Eadmer, pág. 75.

800 Hoveden, pág. 471.

801 Eadmer, pág. 81.

accidentes que coarten su acción, que siempre surte su efecto aun en las manos más torpes. Apenas hay indiscreción que sea capaz de impedir su resultado; y así es que mientras la corte de Roma, estaba entregada a los más vergonzosos desórdenes y destrozada por cismas y facciones, no por eso dejaba el poder de la iglesia de hacer progresos diarios en Europa. Tan ventajosa le fue la temeridad de Gregorio como la circunspección de Pascual. Muy frecuentemente se veía el clero en el caso de necesitar apoyo contra la violencia de los príncipes o contra la severidad de las leyes, y le acomodaba mucho tener un jefe extranjero que, estándole a cubierto de la autoridad civil, pudiese ejercer libremente la de toda la iglesia para defender las propiedades y privilegios antiguos o usurpados que los eclesiásticos habían adquirido en algunas particulares comarcas. Los monjes siempre prontos a sustraerse de la dependencia de sus diocesanos, mostraban un celo todavía más ardiente en favor de la tiara, y el pueblo estúpido carecía de saber y de argumentos que oponer a las pretensiones más exageradas; de modo que las cosas más absurdas eran las que ofrecían menos dudas, y los medios más criminales se encontraban santificados desde luego que parecían llevar por objeto la devoción. Dábase por supuesto que la fe de los tratados no ligaba a nadie con tal que los soñados intereses de Dios pidiesen que se violara: las antiguas leyes y costumbres de los estados perdían su fuerza contra un derecho que se llamaba divino, y las más impudentes mentiras eran recibidas como monumentos auténticos de la antigüedad. Se ensalzaba a los campeones de la iglesia como si fuesen unos héroes, cuando eran felices, y se les honraba como mártires cuando no les salían bien sus temeridades: de esta manera todo se convertía en provecho de las usurpaciones clericales. El mismo Pascual se encontraba muy apurado durante el curso de las contestaciones sobre las investiduras, y se vio obligado por las circunstancias a observar una conducta que hubiera perdido irremisiblemente a cualquier soberano temporal en una situación semejante. El emperador Enrique V se apoderó de su persona y le obligó por un tratado formal a que le reconociese con derecho para conceder las investiduras sobre las cuales se había disputado largo tiempo,⁸⁰² y para añadir mayor solemnidad a este convenio, comulgaron juntos el papa y el emperador de una misma hostia que se partió por la mitad. Se pronunciaron públicamente las más terribles imprecaciones contra cualquiera de los dos que infringiese el tratado; mas apenas se vio libre Pascual, cuando retractó todas las concesiones y excomulgó al emperador. De aquí resultó verse a su vez aquel monarca reducido a someterse a las condiciones que se le impusieron, y precisado al fin a renunciar a sus pretensiones que no pudo reclamar jamás⁸⁰³.

Poco faltó para que el rey de Inglaterra cayese en una desgracia semejante a la del emperador, porque Pascual ya había excomulgado al conde de Mellent y a los demás ministros de Enrique que sostenían la causa de su amo⁸⁰⁴; y cada día le amenazaba con que le trataría del mismo modo, advirtiéndole que si suspendía los golpes, era solo por darle tiempo para que los evitase con la sumisión. Los descontentos aguardaban con impaciencia la ocasión de conspirar y de rebelarse contra el gobierno⁸⁰⁵, y los mayores amigos del rey temían un suceso que había de comprometer su religión con su lealtad. Su hermana la condesa de Blois, princesa sumamente piadosa, se estremecía del peligro en que iba a verse la salvación de su hermano⁸⁰⁶, y por otro lado Enrique parecía resuelto a aventurarlo todo antes que renunciar a una prerrogativa tan importante de que habían gozado todos sus predecesores, siendo además muy verosímil que su prudencia y habilidad sabrían defender sus derechos y adquirir la superioridad en aquel litigio; pero mientras que Pascual y Enrique se acometían mutuamente como las olas irritadas, llegó el momento en que fue fácil conciliarlos y hallar un término medio que pudiese convenir a sus encontrados intereses.

802 Will. Malm, pág. 167.

803 Fra Paolo, sup. benef. celestas, pág. 112. Crón. Abbat Sancti Petri de Burgo, pág. 65 Simeón Dunelm. pág. 253.

804 Eadmer, pág. 79.

805 Eadmer, pág. 80.

806 Id. pág. 79.

Compromiso firmado con él

Antes que los obispos tomasen posesión de su dignidad, era antigua costumbre que se sujetasen a dos ceremonias, que eran las de recibir de su soberano un anillo y un cayado, como símbolos de su oficio pastoral, y esto es lo que se llamaba la *investidura*, y luego rendían a su príncipe las sumisiones prescritas a sus vasallos por las leyes feudales, y esto se llamaba el *homenaje*. Como el rey podía a su arbitrio rehusar o conceder la investidura y recibir el homenaje, por más que el cabildo hubiese obtenido, por algunos cánones, a mediados del siglo, el derecho de elección, sólo el soberano poseía en realidad la facultad de elegir los prelados. Urbano II había igualmente despojado a los legos de los derechos de investidura y homenaje⁸⁰⁷, sin haber podido jamás los emperadores conseguir, ni por armas ni por negociaciones, que se admitiese alguna distinción entre estos dos derechos tan diferentes entre sí. De cualquier modo que se representase esta intervención de los profanos legos, siempre se decía que era impía y abominable, como que la iglesia aspiraba abiertamente a una independencia absoluta de los estados; pero Enrique había puesto a la Inglaterra y la Normandía en tal situación de tuerza, que daba el mayor peso a sus negociaciones, y Pascual se contentó por el pronto con el derecho que se le había cedido de dar investiduras en virtud de las cuales se suponía conferida la dignidad espiritual de los obispados, pero consintió en que los obispos rindiesen homenaje al rey por las posesiones temporales y sus privilegios⁸⁰⁸. El pontífice se alegró de haber hecho aquella adquisición lisonjeándose de que con el tiempo invadiría el todo; y el rey, anhelando salir de tan mal paso, se contentó con salvar una parte de su autoridad, aunque fuese la menos importante, en la elección de los prelados.

Después que hubo terminado aquella desavenencia principal, ya no fue difícil ajustar las demás diferencias; y así el papa permitió a Anselmo que comunicase con los obispos que habían recibido la investidura de la corona, con solo exigir de ellos algún acto de sumisión por la irregularidad de su pasada conducta⁸⁰⁹. También le concedió facultad para reformar todos los demás desórdenes que, según decía, podían nacer en una nación tan bárbara⁸¹⁰, pues tal era la idea que el papa tenía de los ingleses.

Durante el curso de aquellos altercados, se celebró un sínodo en Westminster, donde el rey, que no pensaba más que en su asunto principal, consintió que pasasen muchos cánones de menor importancia, aunque tendiesen a favorecer las usurpaciones del clero. Se prohibió el matrimonio a los sacerdotes, punto de disciplina que siempre fue muy difícil de establecer. También se prohibió a los legos que se casasen dentro de séptimo grado de afinidad⁸¹¹; prohibición muy ingeniosamente discurrida para aumentar las rentas del papa con el producto de las dispensas o de los divorcios que concediese, porque como entonces era muy poco común el arte de escribir, y los registros de las parroquias no se llevaban con exactitud, casi no se podían averiguar los grados de afinidad aun entre las gentes de alto nacimiento; de modo que todo el que tuviere bastante dinero para hacer disolver su matrimonio, no tenía más que alegar el pretexto de que su mujer era parienta suya en el grado prohibido por los cánones. También hizo el mismo sínodo un estatuto que prohibía a los legos llevar el pelo largo⁸¹², y era tal la aversión que tenía el clero a aquella usanza, que no se limitaba sólo a Inglaterra, pues cuando el rey fue a Normandía antes de conquistar aquella provincia, el obispo de Seez le suplicó con instancias, en una arenga formal, que retornase diferentes abusos del gobierno y obligase a los pueblos a que se cortasen el pelo de un modo decente. Aunque Enrique no estuviese en manera alguna dispuesto a ceder sus prerrogativas a la iglesia, no tuvo reparo en cortarse el pelo según se le había prescrito y obligó a todos sus cortesanos a que imitasen su

807 Id. pág. 91. W. Malm. pág. 163.

808 Eamer, pág. 91. W. Malm. pág. 163. Crón. Dunst. pág. 21. Brompton. pág. 1000. Wilkins, pág. 303.

809 Eamer, pág. 87.

810 Id. p. 91.

811 Id pág. 67. Spelm. Conc. tom. II. pág. 22.

812 Id pág 68.

ejemplo⁸¹³.

Guerras extranjeras

El principal objeto de la ambición de Enrique había sido la adquisición de la Normandía, porque aquella provincia, antiguo patrimonio de su casa, era el único territorio que, estando en su poder, le daba peso y consideración en el continente; pero aquella adquisición llegó a ser para este príncipe un manantial de vivas inquietudes pues le metió en muchas guerras y le obligó a recargar a sus súbditos ingleses con impuestos arbitrarios e insoportables, según refieren todos los historiadores de aquel tiempo⁸¹⁴. No tenía más de seis años su sobrino Guillermo cuando se le confió a la custodia de Helie de Saint-Saen, y es verosímil que la intención de Enrique al entregar aquel depósito en manos de un hombre de tal probidad, fuese evitar toda maligna sospecha si ocurría algún accidente que comprometiese la vida de aquel príncipe; pero no tardó en arrepentirse de aquella elección, y cuando quiso apoderarse de la persona de su pupilo en 1110, Helie se lo ocultó llevándole precipitadamente a la corte de Foulco, conde de Anjou, quien le dio asilo⁸¹⁵; y a medida que el joven príncipe iba avanzando en la edad de la razón, se desenvolvían en él prendas dignas de su nacimiento. Recorrió muchas cortes de Europa, y excitó al mismo tiempo en el corazón de varios soberanos un tierno interés por sus desgracias y una viva indignación contra su tío, que le había despojado injustamente de sus herencias. Reinaba entonces en Francia Luis el Gordo, hijo de Felipe, bizarro y generoso príncipe que habiéndose visto precisado, durante la vida de su padre, a refugiarse en Inglaterra para sustraerse de las persecuciones de su madrastra Bertrudis, había sido protegido por Enrique y se había hecho muy su amigo; pero se rompieron aquellos vínculos apenas subió Luis al trono, porque los intereses de este monarca eran tan opuestos a los del inglés, y estaba tan convencido de lo que debía temer de la reunión de la Normandía con la Inglaterra, que se unió con los condes de Anjou y de Flandes para molestar a Enrique, en términos que éste tuvo que pasar a su ducado, donde residió dos años ocupado en defender sus estados del continente. Encendida la guerra entre estos príncipes, no por eso produjo ningún suceso memorable ni dio de sí más que escaramuzas en las fronteras, cosa muy propia de la debilidad de los soberanos de aquel tiempo, cuando sus súbditos no eran movidos por algunas circunstancias esenciales y urgentes. Cuando Enrique concedió la mano de su hijo mayor Guillermo a la hija de Foulco⁸¹⁶, separó a este príncipe de sus confederados y les obligó a venir a un acomodamiento; mas aquella paz no fue de larga duración; y entretanto Guillermo, sobrino de Enrique, se retiró cerca de Balduino, conde de Flandes, que le tomó bajo su protección. El rey de Francia, excitado por otros motivos, se unió a su partido, y volvió a encenderse una nueva guerra en Normandía donde, como en la precedente, no ocurrió cosa notable. Al fin, en 1113, muerto Balduino en una acción cerca de Eu, tuvo Enrique algún descanso y se puso en estado de combatir contra los demás enemigos con más ventaja⁸¹⁷.

Covencido Luis de que no podía despojar al rey de la Normandía por fuerza de armas, recurrió al peligroso expediente de hacer intervenir la potestad espiritual, dando a los eclesiásticos un pretexto más para mezclarse en los negocios de los príncipes. Llevó al joven Guillermo al concilio general que el papa Calixto II había reunido en Reims, y él mismo le presentó quejándose de la usurpación injusta y manifiesta de Enrique; imploró la asistencia de la iglesia para restituir la soberanía usurpada al heredero legítimo, y declamó contra la crueldad de tener preso a un príncipe tan valiente como Roberto, que era uno de los más célebres y considerables cruzados, por cuyo título estaba bajo la protección inmediata de la santa Sede⁸¹⁸. Sabía Enrique defender los derechos

813 Order Vital, pág. 816.

814 Eadmer, pág. 85. Crón. Saj. pág. 211.

815 Order Vital, pág. 887.

816 Crón. Saj. pág. 221. Will. Malm. pág. 160.

817 Crón. Saj. pág. 222. H. Hunting. pág. 380.

818 Order Vital, pág. 858.

de su corona juntamente con vigor y con habilidad: había enviado los obispos ingleses al concilio (1119), pero con la advertencia de que si el papa y los eclesiásticos aventuraban algunas pretensiones contrarias a su autoridad, estaba muy resuelto a conservar las leyes y prácticas de Inglaterra, y a mantener ilesas las prerrogativas que le habían transmitido sus antecesores. «Id», dijo a los preladados, «salud al papa de mi parte, escuchad sus preceptos apostólicos; pero guardaos de traer a mi reino alguna de esas nuevas invenciones.» Sin embargo, considerando este príncipe que era más fácil para él eludir los esfuerzos de Calixto que contrarrestarle a viva fuerza, mandó a sus embajadores que trataran de ganarle como también a sus favoritos con regalos y promesas; y en efecto, apenas se puso en práctica esta instrucción, ya el concilio no volvió a escuchar las quejas del príncipe normando sino con la mayor frialdad, y el soberano pontífice convino de resultas de una conferencia que tuvo aquel verano con Enrique, en que éste era sin comparación el más elocuente y persuasivo de cuantos príncipes había conocido.

No mejor éxito que sus manejos tuvieron las operaciones militares de Luis, pues habiendo formado el proyecto de sorprender a Noyon, fue advertido Enrique de aquel designio, marchó al socorro de la plaza y atacó súbitamente a los franceses en Brenneville al tiempo que ellos avanzaban para embestirla. Trabóse una recia batalla en que Guillermo, el hijo de Roberto, se condujo con mucha intrepidez; el mismo rey fue herido en la cabeza por un bizarro capitán normando, llamado Crispin, que se había unido a la fortuna de Guillermo⁸¹⁹; pero el monarca, más estimulado que aturdido del golpe, derribó a su enemigo, y de tal suerte animó a sus tropas con el ejemplo, que pusieron en derrota a los franceses, y estuvieron a pique de hacer prisionero a su rey. No fue ciertamente esta una batalla importante sino por la clase de las personas que se distinguieron en ella, habiendo combatido novecientos caballos de una y otra parte, y habiendo muerto sólo tres; los demás estuvieron defendidos con las pesadas armaduras que se usaban entonces⁸²⁰. Poco tiempo después se reconciliaron los dos reyes, el de Francia y el de Inglaterra, y quedaron del todo descuidados los intereses del joven Guillermo.

Muerte del príncipe Guillermo

Mas no tardó en contrapesar la prosperidad de Enrique en sus negocios públicos la desgracia que le sucedió en su familia (1120). Tenía su único hijo Guillermo diez y ocho años de edad, y recelando el rey su padre que con la misma facilidad con que el había usurpado la corona, podría una revolución semejante arrebatarla a sus descendientes, había tomado la precaución de hacerle reconocer por los estados del reino⁸²¹, y llevólo a Normandía a que recibiese el homenaje de los barones de aquel ducado. Cuando se volvió a Inglaterra salió de Harfleur, y ayudado de un viento favorable no tardó en perder de vista la orilla: el príncipe se había quedado atrás por algún accidente, y entretanto los marineros y hasta el capitán mismo Tomas Fitz-Stephens, se entretuvieron en beber, de modo que teniendo las cabezas calientes y en el desorden en que se hallaban por querer atropellarse y alcanzar al rey, tocaron en la punta de una roca y el navío se hizo pedazos⁸²². Saltó el príncipe en una chalupa, e iba ya ganando trecho cuando oyó los gritos de la condesa de Perche, su hermana natural, y compadecido de ella mandó a los marineros que volviesen al navío para procurar salvarla; mas fue tanta la multitud que entonces se agolpó en la chalupa, que se fue a fondo, y Guillermo pereció con toda su comitiva⁸²³. Mas de ciento y cuarenta jóvenes de las primeras casas de Inglaterra y de Normandía fueron envueltos en aquel desastre, y el único que tuvo la fortuna de evitar la muerte fue un carnicero de Rouen⁸²⁴ que se agarró al mástil del navío y al día

819 H. Hunting, pág. 381. M. París, pág. 47.

820 Order Vital, pág. 854.

821 Will. Malm. pág. 865.

822 Order Vital, pág. 866.

823 Will Malm. Pág. 105. H. Hunting pág. 381

824 Simeón Dunelm. pág. 242. Alur. Beverl. pág. 148.

siguiente por la mañana le encontraron unos pescadores. También el capitán Fitz-Stephens se había asido del mismo mástil, pero habiendo sabido por el carnicero que había perecido el príncipe Guillermo, dijo que no quería sobrevivirle y se precipitó en el mar⁸²⁵. Tres días estuvo esperando Enrique que su hijo habría sido arrojado a alguna playa remota de Inglaterra; pero cuando le trajeron noticias ciertas de su pérdida, le dio un desmayo, y se notó que desde aquel fatal suceso no volvió jamás a sonreírse aquel monarca, ni a mostrar su ordinaria alegría⁸²⁶.

Esta muerte de Guillermo puede considerarse bajo algunos conceptos, como un infortunio para los ingleses, porque fue la causa inmediata de las guerras civiles que asolaron el país después de la muerte del rey; pero sin embargo, no puede menos de observarse que el joven príncipe tenía una violenta aversión contra los naturales del país, y aun se le había oído decir que cuando reinase los había de uncir al arado y convertirlos en bestias de carga. Había recibido estas prevenciones de su padre, a pesar del artificio con que solía felicitarle de haber nacido en Inglaterra⁸²⁷, mas en la realidad siempre mostró durante su gobierno, preocupaciones muy contrarias a los ingleses. Jamás permitió que aspirasen a las dignidades civiles y eclesiásticas, y cualquier extranjero, por ignorante que fuese, estaba seguro de ser preferido en la competencia⁸²⁸. Como los ingleses no habían perturbado al gobierno hacia cincuenta años, al ver esta antipatía tan tenaz de parte de un príncipe tan moderado como astuto, parece probable que aquel pueblo era todavía grosero y bárbaro en comparación de los normandos, y se forma una idea poco ventajosa de las costumbres de los anglosajones.

Segundo casamiento del rey

No habiendo dejado hijos el príncipe Guillermo, hallábase entonces el rey sin posteridad legítima, excepto su hija Matilde, que en 1110 había concedido al emperador Enrique V, aunque no tenía ella a la sazón mas que ocho años⁸²⁹, y la había enviado a educar a Alemania⁸³⁰; mas como la ausencia de esta princesa y su enlace con una casa extranjera, exponían la sucesión de Enrique, que entonces se hallaba viudo, pensó en volverse a casar (1121) con la esperanza de tener hijos varones. Pretendió y obtuvo pues a Adelaida, princesa joven y de amables prendas hija de Godofredo, duque de Lovaina, y sobrina del papa Calixto⁸³¹, pero no le dio sucesión, y el príncipe que tenía más derecho a disputarle la herencia y aun la posesión actual de la corona se vio en la expectativa de derribar a su vez un rival que le había privado de todos sus bienes patrimoniales. Continuaba Guillermo, el hijo del duque Roberto, siendo protegido en la corte de Luis el Gordo, y como se había roto la alianza de Enrique con Foulco, conde de Anjou con la muerte del hijo de aquel monarca, se unió el conde al partido del príncipe despojado, le dio su hija en matrimonio y le ayudó a fomentar alborotos en Normandía: pero Enrique encontró medios de separarle nuevamente de aquella confederación, formando con él vínculos mas estrechos e importantes para la casa del conde. Habiendo muerto sin hijos el emperador, yerno del rey de Inglaterra (1127), dispuso Enrique

825 Order Vital, pág. 868.

826 Hoveden. pág. 476. Order Vital, pág. 869.

827 Gul. Neub. lib. I. cap. 3.

828 Eadmer, pág. 110.

829 Crón. Saj. pág. 215. Will. Malm. pág. 166.

830 Según las prácticas feudales tenía Enrique derecho de levantar un impuesto sobre el pueblo para casar a su hija mayor, y a este efecto impuso tres chelines por cada hyde en toda Inglaterra. H. Hunting pág. 379. Algunos historiadores como Brady, pág. 270, y Tirrel, tomo XI, pág. 182, hacen ascender inconsideradamente esta suma a más de 800 mil lib. esterl. de nuestra moneda actual: pero no es posible que pasase de 135 mil. Cinco hydes y algunas veces menos componían el feudo de un caballero, de los cuales había cerca de 600 en Inglaterra, y por consecuencia había también cerca de 300 mil hydes de tierra. Ahora, pues, computando a tres chelines por cada hyde, debía ascender la suma a 45 mil lib esterl. de aquel tiempo o a 135 mil de nuestra moneda actual. Véase a Rodhorne pág. 257. En tiempo de los sajones no se contaban en Inglaterra mas que 243.600 hydes.

831 Crón. Saj. pág. 250. Will. Malm. pág. 175.

segunda vez de su hija, la dio en matrimonio a Godofredo, hijo mayor del conde de Anjou y procuró asegurarla la sucesión haciendo que la reconociesen por heredera de todos sus estados, y obligando a la nobleza de Inglaterra y de Normandía a que prestase juramento de fidelidad a aquella princesa. Lisonjeábase Enrique de que la elección de aquel esposo sería más agradable a todos sus súbditos que lo había sido la del emperador, por cuanto los libertaba del temor de caer bajo el dominio de un potentado poderoso y lejano que hubiera podido sujetarlos y reducir su país a ser una mera provincia de sus estados; pero los barones se irritaron de que una medida tan importante al interés nacional se hubiese tomado sin consultarlos⁸³², y Enrique tenía ya una experiencia muy patente de su carácter turbulento para no recelar los efectos de su resentimiento. Parecía verosímil que el partido de su sobrino engrosase el número de los descontentos, y el aumento de poderío que este príncipe heredó poco tiempo después (1128), hacia más peligrosas sus pretensiones; porque habiendo sido asesinado Carlos, conde de Flandes, durante la celebración del servicio divino. inmediatamente Luis el Gordo puso a Guillermo en posesión de aquel condado a que tenía derecho por su abuela Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador⁸³³; pero sobrevivió poco el nuevo conde a este feliz suceso que parecía abrirle las puertas a una brillante carrera, pues fue muerto en una escaramuza donde combatió contra el Landgrave de Alsacia su competidor por Flandes, y su muerte libertó por el pronto a Enrique de sus temores⁸³⁴.

El mayor mérito del reinado de este monarca consiste en la profunda tranquilidad que estableció y mantuvo en todos sus estados durante la mayor parte de su gobierno⁸³⁵; pues supo contener en su deber a los barones facciosos, y cuantas tentativas hicieron sus vecinos contra él le hallaron siempre tan bien preparado, que no les quedó gana de proseguirlas ni renovarlas. Con el designio de reprimir las incursiones de los de Gales, trasladó entre ellos en 1111 algunos flamencos, que situó en el Pembrokeshire, donde por largo tiempo conservaron un idioma, usos y costumbres diferentes de los de sus vecinos⁸³⁶. Aunque su gobierno tenía todos los visos de despótico en Inglaterra, era juicioso y prudente, como que nunca hubo príncipe que pusiese mayor cuidado en corregir los abusos, y sobre esto citan particularmente los historiadores los de proveeduría o abasto, que se esforzó en moderar y corregir. Los terratenientes de los dominios de la corona estaban obligados entonces a surtir gratis a la corte de todas las provisiones necesarias a la vida, como igualmente del acarreo cuando el rey se trasladaba a algunas de sus provincias; pero llegaron a ser tan onerosas estas exacciones, y se sacaban con tal libertinaje, que los colonos se veían precisados a abandonar sus habitaciones luego que oían decir que se acercaba la corte, como si fuese un cuerpo de enemigos que iba a caer sobre ellos⁸³⁷, y se refugiaban en los bosques para poner sus personas y efectos a cubierto de los insultos de la comitiva del rey. Enrique prohibió aquellas exacciones tan enormes y castigó a los que se hicieron culpables en ellas nada menos que con la amputación de una mano, una pierna, u otro miembro⁸³⁸; pero la prerrogativa era perpetua y ninguno de los remedios que él le oponía podía ser más que momentáneo, así como el rigor de sus castigos sólo probaba al pueblo la ferocidad del gobierno de aquellos tiempos y el pronto retorno de los mismos abusos.

El objeto más importante y delicado que ocupó la prudencia del rey era defenderse de las usurpaciones de la corte de Roma y poner en salvo las libertades de la iglesia anglicana. En 1101 envió allí el papa al arzobispo de Viena, Guy, en calidad de legado, y aunque fuese el primero que, hacía muchos años, se había presentado con aquel carácter, y por lo mismo causase mayor sorpresa al rey⁸³⁹, éste se hallaba entonces en los principios de su reinado y recargadísimo de negocios y

832 Will. Malm. pág. 175. Los Anales de Waverly, pág. 150, dicen que el rey pidió y obtuvo el consentimiento de todos los barones.

833 Crón. Saj. pág. 231.

834 Id. Id.

835 Gul. Gemet. pág. 30.

836 Will. Malm. pág. 158. Brompton, pág. 1003.

837 Eadmer, pág. 94. Crón. Saj. pág. 212.

838 Eadmer, pág. 94.

839 Eadmer, pág. 58.

cuidados, por lo cual se creyó obligado a tolerar aquel atentado; pero en 1116, luego que supo que venía Anselmo, abad de san Subas con igual comisión, le dio orden para que no entrase en sus dominios⁸⁴⁰. El papa Calixto, que tampoco se hallaba muy sosegado, porque tenía que combatir las pretensiones del antipapa Gregorio, prometió que en adelante no volvería a enviar legado alguno a Inglaterra a menos que el rey mismo lo pidiese⁸⁴¹; mas a pesar de esta oferta, apenas se vio el papa sin competidor, cuando confirió una nueva comisión al cardenal de Crema para que fuese a desempeñarla en aquel reino. Inquieto entonces Enrique por los amaños e intentonas de su sobrino, se vio precisado a consentir en la legación⁸⁴²; y el cardenal convocó un concilio en Londres, donde entre otros cánones se decretaron las penas más severas contra el matrimonio de los clérigos⁸⁴³. Declaró el cardenal en una arenga pública que era un crimen imperdonable en cualquier sacerdote ponerse a consagrar el cuerpo de Cristo inmediatamente después de salir de la cama de una prostituta, porque tal era el decente dictado que daba a las esposas de los eclesiásticos; mas a la noche siguiente sucedió que unos empleados de policía, al hacer su ronda nocturna, sorprendieron al mismo cardenal en la cama con una ramera en una casa de mancebía⁸⁴⁴. Fue tamo lo que ridiculizó aquel incidente a su Eminencia, que tuvo que salir pronto del reino: el concilio se disolvió y los cánones contra los casamientos de los eclesiásticos se ejecutaron con más rigor que nunca.

Para evitar en lo sucesivo aquellas alternativas de concesiones y usurpaciones del papa, envió Enrique a Guillermo, arzobispo a la sazón de Canterbury, a hacer representaciones a la corte de Roma contra aquellos abusos y reconocer definitivamente las libertades de la iglesia anglicana⁸⁴⁵. Era máxima común de todos los soberanos pontífices que cuando les salían mal algunas de sus pretensiones, concedían a los príncipes o a los estados los derechos que aquellas potencias habían disfrutado siempre y no les habían podido arrebatarse. Con este método aguardaban tiempos más favorables para volver a recuperar lo que habían concedido, y pretendían que el magistrado civil no estaba en posesión de tal o cual porción de autoridad sino en virtud de una indulgencia especial de la santa Sede. Con arreglo a aquella política, viendo el papa que la nación francesa no estaba en disposición de aguantar que él concediese las investiduras en ella, había concedido una bula para que el rey las diese: de la misma manera se manejó su santidad para eludir las quejas del rey de Inglaterra, nombrando al arzobispo de Canterbury legado suyo, y renovando de tiempo en tiempo su comisión con lo cual pretendía que los derechos que este prelado ejercía como metropolitano emanaban enteramente de la indulgencia de la silla apostólica. Los reyes de Inglaterra y particularmente Enrique se tuvieron por muy dichosos con evitar aquellas peligrosas contestaciones a costa de disimular en silencio aquella pretensión de Roma⁸⁴⁶.

840 Hoveden, pág. 474.

841 Eadmer, pág. 125, 137 y 138.

842 Crón. Saj pág. 229.

843 Spelm. Conc. tom. II. pág. 34.

844 Hoveden, pág. 478. M. París, pág. 48. Math. West. aun. 1125. H. Hunting. pág. 382. Se observará que este último escritor que era eclesiástico, así como los demás, se excusó de atreverse a hablar con tanta libertad de los padres de la iglesia; pero añade que era tan notorio el hecho, que no era posible ocultarlo.

845 Crón. Saj. pág. 234.

846 Los legados *a latere*, como los llamaban, eran una especie de diputados revestidos con la autoridad del papa en todas las provincias del círculo de su comisión y ellos procuraban extenderla y ejercerla cuanto podían. Nombraban para todos los beneficios vacantes; convocaban sínodos, procuraban mantener los privilegios clericales que nunca se podían proteger plenamente sin usurpar algo de la autoridad civil. Si encontraban alguna concurrencia u oposición entre las dos potestades, siempre se sentaba como principio que debía ceder la autoridad civil, y cualquiera acción que tuviere la menor relación con el poder espiritual, como matrimonios, testamentos o juramentos obligatorios, se abocaba al tribunal espiritual, y no podía discutirse ante ningún magistrado civil. Tales eran las leyes establecidas por la Iglesia, que en todas partes donde se enviaba un legado de Roma era seguro que mantendría los derechos del papa con el mayor vigor: pero era una ventaja para el rey que lo fuese el arzobispo de Canterbury, porque las relaciones de este prelado con el reino le inclinaban a moderar el ejercicio de sus funciones.

Su muerte

13. Como la Inglaterra gozaba entonces (1131) de una profunda paz, escogió Enrique aquel momento para pasar a Normandía, donde le llamaba su afición a aquella provincia y su ternura por su hija la emperatriz Matilde, que siempre había sido su ídolo. Poco tiempo después (1132), parió aquella princesa un niño a quien se puso por nombre Enrique, y el rey, para asegurar más y más su sucesión a Matilde, hizo que toda la nobleza de Inglaterra y Normandía renovase el juramento de fidelidad que ya le habían prestado⁸⁴⁷. Con el júbilo de aquel acontecimiento y la satisfacción de ver a su hija que le dio sucesivamente otros dos nietos, estuvo contentísimo en Normandía⁸⁴⁸, y parecía resuelto a permanecer allí toda su vida, cuando una incursión de los galeses le obligó a pensar en dar la vuelta a Inglaterra. Estando haciendo los preparativos para el viaje, le acometió de repente una enfermedad (1.º de diciembre de 1135), en san Dionisio-le-Forment causada por una indigestión de lamprea, cuya comida era más de su gusto que de su provecho⁸⁴⁹, y murió a los sesenta y siete años de edad, y treinta y cinco de reinado, dejando por su testamento heredera a su hija Matilde de todos sus estados, sin hacer mención alguna de su esposo Godofredo, de quien había recibido muchos motivos de queja⁸⁵⁰.

Su carácter.

Fue este príncipe uno de los más cumplidos de cuantos han ocupado el trono de Inglaterra, pues poseyó todas las prendas del entendimiento y del cuerpo, naturales y adquiridas, que convenían a su dignidad. Era de presencia varonil y de porte muy agraciado, con ojos vivos, serenos y penetrantes; tenía mucha afabilidad en sus modales, que templaban el respeto con que se acercaban a su dignidad los que eran admitidos al honor de hablarle; aunque algunas veces tenía salidas alegres, jamás excedían los límites de la prudencia ni caían en una familiaridad indecente con sus cortesanos. Aun cuando hubiese nacido en condición privada, habría bastado la superioridad de su elocuencia y de su juicio para darle ascendiente sobre los demás hombres, y su valor personal le hubiera hecho respetar sin necesidad de la astucia ni de la política. Se había adquirido el sobrenombre de *Beau-Clerc*, literalmente *lindo clérigo*, es decir, *sabio*⁸⁵¹, o el *estudiante* por sus progresos en la literatura, pero aquella aplicación a los estudios sedentarios no le impedía la vigilancia y actividad en la administración. Aunque lo que se llamaba saber en aquel siglo fuese más a propósito para extraviar la razón humana que para perfeccionarla, el buen juicio de aquel príncipe le hizo evitar la pedantería y la superstición que tanto dominaban entonces a los hombres de estudios. Su corazón era tan propenso al resentimiento como a la amistad⁸⁵², y a pesar de ser tan vasta su ambición, hubiera podido parecer razonable y moderado si su conducta con su hermano y con su sobrino no hubiesen demostrado que era hombre demasiado dispuesto a sacrificar todo sentimiento de justicia y humanidad. Verdad es que la total incapacidad de Roberto para el gobierno le dio un pretexto para apoderarse de Inglaterra y Normandía, y cuando por violencia y usurpación se dan los primeros pasos, no tarda un príncipe en concluir su criminal carrera entregándose a excesos que una reflexión más prudente y unos principios más sanos le hubieran hecho desechar con indignación.

El rey Enrique amó con pasión a las mujeres, y según refieren los historiadores, tuvo por lo

847 Will. Malm. pág. 177.

848 H. Hunting, pág. 315.

849 H. Hunting, pág. 385. M. París, pág. 50.

850 Will. Malm. pág. 178.

851 Tal es en efecto una de las antiguas acepciones de la voz *Clerc* en francés, y *clérigo* en castellano: así Lorenzo Segura de Astorga, en el *Alejandro* (copla 1.638), llama a Apeles clérigo: Cuerno era Apelles clérigo bien letrado. Beau clerlc pudiera traducirse libremente *Gran doctor*, o *Pico de oro*. (N. del T.)

852 Order Vital, pág. 805.

menos trece hijos naturales, siete varones y seis hembras⁸⁵³. También la caza fue una de sus diversiones favoritas, y usó de gran rigor contra los que se atrevieron a cazar en los bosques de la corona, que él aumentó mucho durante su reinado⁸⁵⁴ a pesar de que ya eran inmensos. La acción de matar un ciervo era castigada como la muerte de un hombre, y además mandaba el rey mutilar a todos los perros que se encontraban en las inmediaciones de sus bosques. Algunas veces privaba a sus súbditos hasta de cazar en sus propias tierras, y aun les cortaba sus bosques, pero en todos los demás puntos hacía justicia y justicia rigurosa, que es la máxima más segura que pueden seguir los príncipes. Por de contado en aquel reinado se impuso la pena capital por robos⁸⁵⁵, y se castigó severísimamente a los monederos falsos que eran muy frecuentes entonces y habían alterado mucho las monedas⁸⁵⁶. Mas de cincuenta de estos últimos fueron ahorcados o mutilados a un tiempo, y a pesar del modo arbitrario con que fueron impuestos estos castigos, el pueblo los vio ejecutar con agrado, porque le importaban más sus intereses actuales que la estricta observancia de las leyes. Hay un código que lleva el nombre de Enrique I, pero los mejores anticuarios están acordes en que no es suyo, aunque no puede negarse que es una recopilación muy antigua y muy útil para darnos a conocer las costumbres y usos de aquellos tiempos. En ella se ve que se hacía diferencia entre los ingleses y los normandos con mucha ventaja de estos últimos⁸⁵⁷. Todavía continuaron por mucho tiempo los pactos de familia, origen de tantas muertes, y las venganzas privadas permitidas por las leyes sajonas, y tardaron mucho en ser declaradas ilícitas.⁸⁵⁸

Entre las leyes promulgadas cuando el advenimiento del rey al trono, es notable el haberse establecido la reunión de los tribunales civiles y eclesiásticos, como en la época sajona; pero aquella ley, como los artículos de su carta, quedaron sin efecto, probablemente por oposición del arzobispo Anselmo.

Cuando Enrique subió al trono otorgó también una carta en Londres que parece haber sido el primer paso hacia la emancipación de aquella ciudad, pues por ella estaban autorizados los habitantes a tomar los arrendamientos de Middelsex en 600 libras esterlinas cada año, elegir sus propios alcaldes y magistrados y litigar en el tribunal de la corona. Estaban exentos del *scot* (escote) del *danegelt*, de los juicios por combate y del alojamiento para la comitiva del rey, cuyas prerrogativas y la confirmación de los privilegios de sus tribunales de *hustings*, *wardmotes* y *common-halls*, como igualmente la libertad de la caza en los bosques de Middlesex y Surrey, formaban los principales artículos de la tal carta⁸⁵⁹.

Se dice⁸⁶⁰ que este príncipe, por bondad con sus terratenientes, convirtió en dinero las rentas de sus haciendas, que antes se pagaban en frutos, lo que hizo por ser más fácil de aquel modo efectuar los pagos en la tesorería; pero la suma escasez del dinero hacía difícil aquella conmutación, mientras que los mantenimientos no tuvieran que enviarse a distantes puntos del reino. Esto explica por qué los reyes de Inglaterra mudaban tan a menudo de residencia, llevándose consigo su corte de una a otra parte, y comiéndose al paso los frutos de sus haciendas.

853 Gul. Gemet. t. 8. cap. 29.

854 Will. Malm. pág. 179.

855 Simeón Dunelm pág. 231. Brompton, pág. 100. Flor Wigorn. pág. 658.

856 Simeón Dunelm, pág. 281.

857 Leges Henr. I. §. 18, 75.

858 Leges Henr. I. §. 82.

859 Lambardi Archaionomia ex edit. Twisden. Wilkins. pág. 235.

860 Dial, de Scaccario, lib. I. cap. 7.

VII. Esteban—1135

Advenimiento de Esteban a la corona

Mientras estuvo en progreso la ley feudal, permaneció la sucesión de los varones en los feudos mucho antes que se restableciese la de las hembras; porque siendo considerados los estados más bien como propiedades, no se transmitían sino a quienes pudieran servir en los ejércitos y desempeñar en persona los deberes y condiciones que originalmente formaban la base del gobierno, pero después que por una serie de derechos hereditarios en una misma familia, durante muchas generaciones, se aniquilaron, por decirlo así, aquellas ideas primitivas, fue poco a poco admitiéndose a las hembras a la posesión de las propiedades feudales. La misma revolución de principios que les proporcionó la herencia de los bienes particulares, fue introduciendo naturalmente el uso de llamarlas a la sucesión de los estados. A falta de heredero varón, parece que no debía encontrarse competidor a la sucesión de la emperatriz Matilde a las coronas de Inglaterra y Normandía, y más habiendo hecho Enrique que todos los vasallos de una y otra corona le prestasen juramento de fidelidad, nunca pudo el rey presumir que hiciesen traición así al derecho hereditario de su hija como a sus reiterados juramentos; pero el modo irregular con que él mismo había usurpado la corona bastaba para convencerle de que sus súbditos no eran capaces de conformarse a una regla estricta de gobierno; y como por otra parte había tantos ejemplos de esta especie que parecían autorizar nuevas usurpaciones, tenía motivos para temer en su propia familia alguna tentativa contra los derechos de su hija, que tanto trabajo le había costado establecer.

Adelaida hija de Guillermo el Conquistador, casada con Esteban, conde de Blois, había tenido de él varios hijos, de los cuales los dos más jóvenes, que eran Esteban y Enrique, habían sido convidados por el difunto rey a pasar a Inglaterra, donde los colmó de favores y mercedes, como hacía generalmente con todos los que acertaban a agradarle y merecer su estimación. Enrique por estar ligado a la carrera eclesiástica, obtuvo la abadía de Glastonbury y el obispado de Winchester, y aunque ya por sí mismas eran muy considerables estas dignidades, todavía consiguió Esteban de la liberalidad de su tío otros establecimientos más sólidos y verdaderos⁸⁶¹. Le había casado el rey con Matilde, hija y única heredera de Eustaquio, conde de Boulogne, que le llevó en dote no solo aquella soberanía feudal en Francia, mas también posesiones inmensas en Inglaterra, que al tiempo del repartimiento de tierras de aquel reino, había conferido Guillermo el Conquistador a la casa de Boulogne. Adquiría además Esteban por aquel enlace una nueva alianza con la casa de Inglaterra, porque María, madre de su mujer, era hermana de David, rey de Escocia, y de Matilde primera mujer de Enrique y madre de la emperatriz. Persuadido el rey de que daba mucha fuerza a su casa con el engrandecimiento de Esteban, le complació en enriquecerle con nuevos donadíos, y le adjudicó la confiscación de las muchas tierras de Roberto de Mallet, en Inglaterra, y la de los bienes del conde de Mortagne en Normandía. Esteban manifestó el mayor reconocimiento mostrando una adhesión sin límites a su tío, y estuvo tan en favor de Matilde, que cuando los barones juraron fidelidad a esta princesa, disputó a Roberto, conde de Gloucester e hijo natural de Enrique, el honor de ser admitido con preferencia a prestar aquel testimonio de su celo⁸⁶². Al mismo tiempo se esforzó por todos los medios posibles en cautivar el afecto de la nación inglesa, a cuyo logro contribuían mucho las virtudes que aparentaba. En efecto ganó el afecto de la nobleza por su valor, actividad y firmeza, y el del pueblo, particularmente el de Londres, por su generosidad y afable trato, cuya

861 Gul. Neul., pág. 360. Brompton, pág. 1025.

862 Will. Malm. 219.

última prenda era entonces rarísima entre las gentes de su clase⁸⁶³. Aunque no se atreviese Esteban por el pronto a aventurar pasos más atrevidos para llegar a la grandeza a que aspiraba, porque temía la desconfianza de un príncipe tan penetrante como Enrique, siempre esperó que a fuerza de acumular riquezas y crédito podría un día con el cariño del pueblo abrirse el camino del trono.

Mas no bien hubo espirado Enrique cuando Esteban, olvidando los deberes de la gratitud y fidelidad, y cerrando los ojos a su propio peligro, dio rienda suelta a su criminal ambición. Contó con que sin haber preparado antes ninguna batería, la celeridad sola de sus pasos y la osadía de la empresa triunfarían por sí mismas de la débil adhesión de los normandos e ingleses de aquel siglo a las leyes y derecho de su soberano. Se apresuró pues a marchar a Inglaterra, donde los habitantes de Duvres y los de Canterbury le cerraron sus puertas por estar ya enterados de su designio, pero él, sin detenerse, pasó a Londres donde alguna gentualla del populacho, excitada por sus emisarios y por el afecto general que le tenían, le saludaron inmediatamente rey. Fue su primer cuidado asegurarse la voluntad del clero, y procediendo al instante a su coronación, ponerse en posesión del trono de que se lisonjaba que no le apearián con facilidad. En aquella ocasión le fue muy útil su hermano el obispo de Winchester que supo ganarle a Roger, obispo de Salisbury⁸⁶⁴, el cual debía su prodigioso adelantamiento a las bondades del difunto rey, y que no conservó la menor gratitud a la familia de aquel príncipe, uniéndose con el obispo de Winchester y solicitando a Guillermo, arzobispo de Canterbury para que coronase a Esteban: mas el primado, que como todos los demás, estaba ligado por el juramento de fidelidad que había prestado a Matilde, rehusó hacer aquella ceremonia⁸⁶⁵, si bien se venció su resistencia valiéndose de un medio tan deshonesto como todos los que se emplearon en aquella gran revolución. Hugo Bigot, el mayordomo mayor de palacio, afirmó en presencia del primado que al tiempo de morir le había confiado Enrique que estaba muy descontento de la emperatriz su hija, y que quería que el conde de Boulogne heredase todos sus estados⁸⁶⁶. Sea que Guillermo creyese o fingiese creer el dicho de Bigot, lo cierto es que consagró y coronó a Esteban (dic. 22), con cuya sagrada ceremonia y sin tener el menor derecho hereditario, y aun sin consentimiento de la nobleza y del pueblo que supliesen esta falta, quedó autorizado aquel príncipe para empuñar las riendas del estado. Muy pocos fueron los barones que asistieron a su consagración⁸⁶⁷, pero tampoco hubo quien se opusiese a ella por más injusta y notoria que fuese la usurpación. Un cierto sentimiento religioso, ordinariamente poco eficaz para fortificar los deberes de la sociedad civil cuando degenera en superstición, sobrepujó entonces a los multiplicados juramentos que se habían prestado a Matilde, y sometió el pueblo a un príncipe sin otro título que el apoyo del clero y haber recibido la unción real de manos del primado⁸⁶⁸.

Para más afirmar su vacilante trono, otorgó Esteban una carta a sus súbditos en que hacía las promesas más liberales a todas las órdenes del estado, como por ejemplo, al clero, de proveer prontamente todos los beneficios vacantes y no ocupar jamás las temporalidades durante las interinidades; a la nobleza, que no la inquietaría sobre el derecho de caza en los bosques de su posesión, y al pueblo que suprimiría el impuesto del *danegelt* y volvería a poner en vigor las leyes de Eduardo⁸⁶⁹. Tenía el difunto rey un tesoro considerable en Winchester, que ascendía a cien mil libras esterlinas⁸⁷⁰ del cual se apoderó Esteban para emplear contra la familia de Enrique la misma precaución que había tomado aquel príncipe para asegurar su grandeza y su fuerza; que es el resultado más común entre los que emplean la política de atesorar. Con aquel socorro compró el usurpador la docilidad cuando no el apego de los principales del clero y la nobleza; pero no

863 Will. Malm, pág. 179. Gest. Stepli. pág. 928.

864 H. Hunting. pág. 386. Gul. Neul. pág. 360 y 362.

865 Gest Stepli. pág. 929.

866 Mat. París, pág. 51. Diceto, pág. 505. Crón. Dunstan, pág. 29.

867 Brompton, pág. 1023.

868 Era tanta la importancia que se daba en otro tiempo a la ceremonia de la consagración, que los monjes escritores no daban nunca el título de rey a ningún príncipe mientras que no estuviese coronado, por más que estuviese en posesión del trono y hubiese ejercido los derechos de la soberanía.

869 Will. Malm. pág. 179. Hoveden, pág. 482.

870 Will. Malm. pág. 179.

fiándose todavía en aquella frágil seguridad, sacó del continente y sobre todo de la Bretaña y de Flandes un gran número de aquellos soldados indisciplinados y vagamundos que tanto abundaban por efecto de la mala policía general de los gobiernos turbulentos de Europa⁸⁷¹. De esta manera erizó Esteban su trono con las puntas de las espadas de aquellos soldados mercenarios, y mendigando al mismo tiempo las armas de la religión para imponer respeto a los descontentos se proporcionó una bula de Roma que ratificaba su elección. Viendo el papa aquel príncipe en posesión de la corona, se la concedió tanto más prontamente cuanto más celebraba que se hubiese acudido a su autoridad en las contestaciones civiles⁸⁷².

Tan desgraciados eran Matilde y su esposo Godofredo en la Normandía como lo habían sido en Inglaterra, porque la nobleza normanda siempre animada de un odio hereditario contra los Angevinos, imploró la asistencia de Teobaldo (1136), conde de Blois y hermano de Esteban⁸⁷³; pero cuando los grandes señores normandos llegaron a saber que Esteban se había posesionado de la corona de Inglaterra, la mayor parte de ellos deseosos de que, como en otro tiempo, continuase el ducado formando parte del reino, transfirieron su afecto a aquel monarca y le pusieron en posesión del gobierno⁸⁷⁴. Luis el Mozo, que reinaba entonces en Francia, aceptó el homenaje de Eustaquio, hijo mayor de Esteban por lo respectivo a la Normandía, y a fin de estrechar más su unión con aquella casa, le concedió su hija en casamiento⁸⁷⁵. El conde de Blois renunció a todas sus pretensiones por una pensión de dos mil marcos, y el mismo Godofredo se vio en la precisión de consentir en una tregua de dos años, con condición de que el rey le pagaría anualmente cinco mil libras esterlinas hasta su expiración⁸⁷⁶. Esteban, que pasó a Normandía, terminó por sí mismo todos aquellos convenios y se volvió a Inglaterra inmediatamente después.

El conde de Gloucester, Roberto, hijo natural del difunto rey, era un hombre diestro y lleno de honradez, y como había abrazado con calor los intereses de su hermana Matilde y manifestaba un celo ardiente por mantener la sucesión de la corona en la línea directa, sus manejos y resistencia eran principalmente lo que inquietaba al rey temiendo una nueva revolución en su gobierno. Cuando aquel señor supo el advenimiento de Esteban, hallóse muy apurado sobre las medidas que había de tomar en aquella crítica circunstancia; porque la obligación de jurar fidelidad al usurpador le parecía muy vergonzosa después de haber hecho el mismo juramento a Matilde; pero rehusar esta prenda de su obediencia al soberano actual era lo mismo que desterrarse de Inglaterra y ponerse en estado de no poder servir de nada a la familia real ni contribuir a su restauración⁸⁷⁷. Ofreció a Esteban que le prestaría homenaje, pero con la expresa condición de que este monarca mantendría todo lo que había estipulado y no se apoderaría jamás de los derechos y dignidades de Roberto. Bien conoció Esteban que aquella reserva tan poco usada y tan poco respetuosa de parte de un súbdito sólo serviría de pretexto para rebelarse a la primera ocasión favorable; pero sin embargo, a trueque de no malquistarse con el gran número de amigos y criaturas que tenía aquel señor, no tuvo reparo en admitir su homenaje en aquellos términos⁸⁷⁸. Este peligroso ejemplo fue imitado por los eclesiásticos, que apenas se dignaban tolerar que se les tuviese por súbditos, y añadieron al juramento de fidelidad, que no se consideraban ligados por él sino mientras el rey protegiese las enmiendas y disciplina de la Iglesia⁸⁷⁹. También los barones exigieron en premio de su sumisión condiciones más contrarias a la paz pública y a la autoridad real. Muchos de ellos pidieron que se les permitiera fortificar sus castillos y ponerse en estado de defensa, a cuya exorbitante demanda tuvo que acceder el rey⁸⁸⁰. Inmediatamente se cubrió la Inglaterra de fortalezas, donde los grandes

871 Will. Malm. pág. 179.

872 Hagulstad, pág. 289 y 313.

873 Order Vitalis, pág. 902. M. París, pág. 51

874 Order Vitalis, pág. 913.

875 Hoveden, pág. 482. Gervas, pág. 1350

876 M. París, pág. 52.

877 Will. Malm. pág. 179.

878 Will. Malm. pág. 179.

879 Will. Malm. pág. 180.

880 Frivet pág. 19. Gul. Neul. pág. 371. Crón. Heming. pág. 487.

pusieron a sus vasallos de guarnición, o bien a aquellos voluntarios aventureros que venían a ofrecérseles de todas partes. El pueblo fue vejado y saqueado para pagar la manutención de las tropas, y empezaron a estallar sin rebozo las disensiones particulares que con tanto trabajo habían reprimido las leyes, de modo que el reino se convirtió en un teatro continuo de muertes, saqueos y devastaciones. Por todas partes se declararon los grandes una guerra furiosa y se arrogaron los barones el derecho de acuñar moneda y ejercer una autoridad soberana sin apelación⁸⁸¹. Como la nobleza inferior y el pueblo no encontraban protección en las leyes durante aquella total disolución del gobierno, se vieron precisados por su propia seguridad a hacer la corte a los más poderosos magnates de su inmediación, y a comprar su apoyo sujetándose a sus exacciones y favoreciendo sus rapiñas en perjuicio de otros. La construcción de un castillo venía a ser la causa inmediata de que se construyesen otros muchos, y aun los señores que no estuvieron autorizados por el rey se autorizaron a sí mismos por propia seguridad y se pusieron sobre el mismo pie que sus vecinos, que comúnmente eran sus enemigos o sus rivales. Entonces se desplegó con todos sus excesos el poder aristocrático, que tan opresivo es en los gobiernos feudales, sin que pudiera oponérseles dique alguno durante el reinado de un príncipe, que a pesar de su vigor y habilidad, se veía precisado a tolerar en los demás la misma violencia con que él había usurpado el trono sin tener el menor título para ello.

Guerra con Escocia

Pero no era hombre Esteban para sufrir mucho tiempo aquellas usurpaciones sin hacer algunos esfuerzos para recobrar su autoridad. Como él experimentaba una justa resistencia a las prerrogativas verdaderamente legales de su corona y sólo se trataba de coartarlas, así él también se vio tentado de no reconocer otra regla de conducta que su propio poder, y se resolvió a violar todas las concesiones que le habían arrancado a su advenimiento al trono y a no respetar en adelante los privilegios antiguos y confirmados de sus súbditos⁸⁸². Las tropas mercenarias, que eran su principal apoyo, subsistieron del pillaje después de haber agotado su tesoro, y en todo el reino resonaron las quejas más bien fundadas contra la administración. El conde de Gloucester, que ya había formado un plan de revolución con sus amigos (1137), se retiró del otro lado del mar, envió un cartel de desafío al rey, renunció solemnemente a su obediencia y le echó en cara no haber cumplido ninguna de las condiciones con que se le había prestado el juramento de fidelidad⁸⁸³. David, rey de Escocia, se presentó al frente de un ejército para apoyar los derechos de su sobrina, y penetrando en el Yorkshire en 1138, arrasó la provincia con la mayor barbarie⁸⁸⁴. El exceso de su crueldad irritó a la nobleza del norte, que con más moderación se hubiera tal vez unido a él, y así tomaron las armas Guillermo, conde de Albemarle, Guillermo Piercy, Roberto de Bries, Roger de Mowbray, Iberto Lacy y Walter l'Espece, barones muy poderosos en aquellas comarcas, y se fueron a acampar a North-Allerton para esperar al enemigo. Allí se dio una famosa batalla (agosto 22) llamada del Estandarte, por un gran crucifijo que los ingleses habían colocado sobre un carro y le conducían en medio del ejército como una bandera⁸⁸⁵. Derrotaron al rey de Escocia, e hicieron en sus tropas una horrible carnicería. Poco faltó para que el mismo príncipe y su hijo cayesen en poder de los ingleses, cuya victoria impuso tanto respeto a los descontentos de Inglaterra, que habría afirmado a Esteban en el trono si este, embriagado con su prosperidad, no se hubiese metido en contestaciones con el clero, cuya corporación era tan temible entonces, que ningún rey podía presentarse con fuerzas iguales contra ella.

Aunque en aquellos remotos tiempos el poder de la Iglesia debilitaba la autoridad de la corona

881 Brompton, pág. 1035.

882 Will. Malm pág. 180. M. París, pág. 51.

883 Will. Malm. pág. 180.

884 H. Hunting. pág. 388. Hoved. pág. 402.

885 Crón. Saj. pág. 241. H. Hunting. pág. 388.

e interrumpía el curso de las leyes, no se sabe de cierto si en medio de aquellos siglos tempestuosos era o no una ventaja que tuviese sus límites la fuerza de la espada, bien sea que estuviese en manos del príncipe o de la nobleza, y si era necesario que se enseñase a los hombres a respetar algunos principios; pero por desgracia con la menor ocasión obraban los prelados ni más ni menos que los grandes, haciendo uso de las fuerzas militares contra su soberano o sus vecinos, con lo cual aumentaban los desórdenes que era de su obligación reprimir. El obispo de Salisbury, a ejemplo de la nobleza, había construido dos fuertes castillos, el uno en Sherborne y el otro en Devizes, y aun abierto los cimientos de otro en Malmesbury. Su sobrino Alejandro, obispo de Lincoln, también había construido una fortaleza en Newark; y entonces convencido Esteban por la experiencia de los grandes inconvenientes de tantas ciudadelas, resolvió principiar por derribar las del clero, que por su estado debía tener menos derecho que los barones a estas plazas de seguridad solo propias de las gentes de guerra⁸⁸⁶. Tomó pues por pretexto una reyerta que se había suscitado entre los criados del obispo de Salisbury con los del conde de Bretaña (1139), e hizo prender a aquel prelado y al obispo de Lincoln, obligándoles con amenazas a que le entregasen las dos plazas fuertes que acababan de construir.⁸⁸⁷

Enrique, obispo de Winchester y hermano del rey, fundado en una comisión de legado del papa, concibió el proyecto de erigirse en soberano eclesiástico y ser tan poderoso como el soberano civil: así fue que sin consideración del estrecho parentesco que le unía a Esteban, resolvió vengar los privilegios de la Iglesia, que según él, se habían violado abiertamente en aquella ocasión. Convocó un sínodo en Wesmunster (agosto, 30) y allí se quejó del impío atentado que se había atrevido a cometer el rey contra las inmunidades de las dignidades eclesiásticas, sin aguardar la sentencia de un tribunal espiritual, que era el único que podía juzgarlos y condenarlos legítimamente en caso de que fuera reprehensible su conducta⁸⁸⁸. El sínodo tuvo el atrevimiento de citar al rey a que compareciese en su presencia a justificarse de las providencias que había tomado⁸⁸⁹. Esteban, en lugar de castigar aquella temeridad, envió a litigar y defender su causa ante aquella asamblea a Aubrey de Veré, el cual acusó a los dos prelados de traición y sedición; pero el síndico rehusó juzgarlos, y ni aun quiso examinar su conducta ínterin no les fuesen devueltos los castillos de que se les había desposeído⁸⁹⁰. El obispo de Salisbury apeló al papa, y sin duda que este negocio hubiera llegado al último extremo de encono entre la corona y la mitra, si el rey y sus partidarios no hubiesen recurrido a las amenazas y mostrándose dispuestos a emplear los soldados contra aquellos rebeldes⁸⁹¹.

Revuelta en favor de Matilde

Al paso que este altercado, junto con otros muchos, aumentaba el descontento del pueblo, la emperatriz por su parte aprovechando la ocasión, y excitada por el mismo legado, pasó a Inglaterra (sept. 22), con Roberto, conde de Gloucester, seguida de ciento cuarenta caballeros⁸⁹². Fijó su residencia en el castillo de Arundel, cuyas puertas le abrió Adelaida, reina viuda que acababa de casarse en segundas nupcias con Guillermo de Albini, conde de Sussex. Desde allí, por medio de sus emisarios excitó a sus partidarios a que se sublevaran en todas las provincias; mas Adelaida, que esperaba que su suegra viniese con fuerzas mucho más considerables, no tardó en asustarse del peligro a que ella misma se exponía en recibirla⁸⁹³. Matilde para tranquilizarla, se trasladó por de

886 Gul. Neubr. pág. 362.

887 Crón. Saj. pág. 288. Will. Malm. pág. 181.

888 Will. Malm. pág. 180.

889 Will. Malm. M. París, pág. 53.

890 Will. Malm. pág. 185.

891 Will. Malm. pág. 185.

892 Will. Malm. pág. 183.

893 Will. Malm. pág. 184.

pronto a Bristol, que pertenecía a su hermano Roberto⁸⁹⁴, y de allí a Gloucester, donde estaba bajo la protección de Milo, hidalgo muy valiente de aquella provincia, que había entrado en sus intereses. Poco tiempo después se declararon por ella Godofredo Talbot, Guillermo Mohun, Ralph Lovel, Guillermo Fitz-John, Guillermo Fitz-Alan, Paganell y otros muchos barones; de suerte que su partido, ya generalmente bien mirado en el reino, cada día fue tomando nuevas fuerzas contra el de su adversario⁸⁹⁵.

Si hubiésemos de referir todos los sucesos militares que cuentan los historiadores contemporáneos mas respetables, fácil sería extender la historia de este reinado hasta llenar un grueso volumen; pero la mayor parte de ellos son tan poco memorables de suyo y tan confusos por lo que hace a las épocas y lugares, que ni instruirían ni divertirían al lector. Baste decir que en todos los puntos se encendió la guerra, y que ya que la nobleza sediciosa había sacudido en gran parte el yugo del gobierno, pretextando entonces la causa pública, redobló sus demasías con furor, destrozando su propio seno con las implacables venganzas que ejercieron los grandes unos contra otros, y oprimiendo al pueblo sin consideración alguna. Los castillos de aquellos señores vinieron a servir de madriguera a una multitud de bandidos que, haciendo salidas día y noche, saqueaban los campos, las aldeas y hasta las ciudades, y atormentaban a los desgraciados que cogían para saber donde tenían el dinero, los reducían a la esclavitud y en consecuencia los vendían y pegaban fuego a sus casas después de haberlas saqueado. Su misma cólera perjudicaba a su avaricia pues destruían neciamente lo que hubiera podido enriquecerlos. Bien pronto les obligó la necesidad a tratar los bienes y personas de los eclesiásticos lo mismo que a los demás habitantes del reino, a pesar del respeto con que anteriormente eran mirados. Las tierras quedaron incultas, los instrumentos de labranza rotos o abandonados, a lo cual se siguió una hambre horrible, por efecto natural de aquellos desórdenes, quedando los unos y los otros reducidos a la más espantosa miseria⁸⁹⁶.

Esteban es cogido prisionero

Después de muchas negociaciones y tratados inútiles que ni siquiera interrumpían aquellas ruinosas hostilidades, ocurrió un suceso que parecía (1140) deber poner término a las calamidades públicas. Ralph, conde de Chester, y su hermano uterino Guillermo de Roumara, partidarios ambos de Matilde, habían sorprendido el castillo de Lincoln⁸⁹⁷; pero los ciudadanos, que eran más afectos a Esteban, le llamaron a su socorro, y este príncipe sitió la plaza con esperanza de tomarla por asalto o por hambre. Acudió por su parte el conde de Gloucester con un ejército para socorrer a sus amigos, e informado Esteban de su llegada, se adelantó hacia él con intención de presentar la batalla, y después de un choque violento (febrero 2, 1141) las dos alas del ejército real fueron puestas en fuga, y rodeado el rey de enemigos después de haber hecho prodigios de valor, se vio abrumado por el número y obligado a rendirse prisionero⁸⁹⁸. Lleváronle a Gloucester, y aunque al principio se le trató con humanidad, poco tiempo después se le encerró en una prisión por ciertas sospechas y se le cargó de cadenas⁸⁹⁹.

Muy abatido quedó el partido de Esteban con la prisión de su jefe, y de todas partes se iban presentando los barones a rendir homenaje a Matilde; pero en medio de su prosperidad no se disimulaba aquella princesa que, mientras no obtuviese la confianza del clero, serían poco seguros sus triunfos; y como la conducta ambigua del legado sólo probaba el designio de humillar a su hermano y no el de perderle del todo, empleó Matilde todos los recursos para fijarle en sus intereses. Tuvo con él una conferencia en una llanura cerca de Winchester (marzo, 2) en la cual le

894 Gest. Steph. Pág. 947. Gervas. pág. 1346.

895 Order Vital, pág 917. M. París, pág. 52.

896 Crón. Saj. pág. 238. Will. Malm. pág. 185.

897 Order Vital, pág. 921.

898 Gul. Neul. pág. 363 Ana. Waverly, pág. 154.

899 Crón. Saj. Pág. 24. Will. Malm. pág. 187.

prometió con juramento que si quería reconocerla por soberana en virtud del derecho que tenía como única descendiente del difunto rey, y renovar el juramento de fidelidad que ya anteriormente le había prestado como todo el reino, le pondría al frente de la administración en reconocimiento de sus servicios, y le dejaría disponer a su arbitrio de todos los obispados y abadías que quedasen vacantes. Salieron fiadores de esta promesa el conde Roberto, hermano de Matilde, Briant Fitz-Count, Milo de Gloucester y otros señores⁹⁰⁰, y el prelado se comprometió por su parte a lo que se exigía de él, pero siempre con la condición que la emperatriz le cumpliría su palabra. En consecuencia la acompañó a Winchester y la condujo en procesión a la catedral con la mayor solemnidad, en presencia de muchos obispos y abades, pronunciando grandes maldiciones contra cualquiera que se decidiese contra ella y muchas bendiciones en favor de los que la bendijesen; dio la absolución a los súbditos que consintiesen en obedecerla y excomulgó a los que le fuesen rebeldes⁹⁰¹. Inmediatamente después llegó a la corte Teobaldo, arzobispo de Canterbury y prestó juramento de fidelidad a la princesa.⁹⁰²

Matilde coronada

Para asegurarse todavía mas el afecto de los eclesiásticos, quiso Matilde recibir la corona de sus manos, en lugar de reunir los estados del reino, formalidad que hubiera sido prescrita por las constituciones del estado, si estas hubiesen sido fijas y respetadas, contentándose la emperatriz con que el legado reuniese un consejo eclesiástico, donde fuesen reconocidos y confirmados sus derechos al trono. Dijo el legado en un discurso que pronunció en presencia de aquella asamblea, que se le había permitido a su hermano Esteban reinar durante la ausencia de Matilde; que antes de subir al trono había aquel príncipe seducido al clero con pomposas promesas de honrar y exaltar a la Iglesia, mantener vigentes las leyes y reformar los abusos; pero que confesaba con dolor que Esteban había fallado en todo a sus compromisos; que estaba perturbada la paz pública; que cada día se cometían impunemente toda especie de crímenes; que se aprisionaba a los obispos y se les obligaba a ceder todas sus propiedades, que se vendían las abadías a pública subasta; que se saqueaban las iglesias y se autorizaban o ejercían por la misma administración los más grandes desórdenes; que para poner remedio a todo, ya había él intimado al rey que compareciese en un concilio de obispos, mas que en lugar de atraerle por aquel medio a la reforma de su conducta, sólo había conseguido ofenderle y exasperarle; pero que aquel príncipe, en medio de sus extravíos, era hermano suyo y el objeto de su cariño; si bien se creía obligado a sacrificar sus intereses a los de su padre celestial que tanto despreciaba Esteban, .y así lo entregaba en manos de sus enemigos; que el derecho de elegir y consagrar a los reyes pertenecía al clero, para lo cual había convocado aquella asamblea; y que después de haber invocado la divina asistencia, nombraba a Matilde reina de Inglaterra, como única descendiente de Enrique, su último soberano. Todos los miembros del consejo se apresuraron a dar señal con sus aclamaciones de que prestaban o afectaban prestar su consentimiento a aquella elección.⁹⁰³

Los únicos legos que fueron admitidos en aquella asamblea fueron los diputados de Londres, y aun a estos se les recomendó que no expusiesen su dictamen, sino que se sometiesen a los decretos que allí se expidiesen. Sin embargo no se contentaron los diputados con hacer un papel tan pasivo, sino que solicitaron con instancia que se sacase al rey de la prisión; mas el legado les respondió que era indecoroso que unos ciudadanos de Londres, mirados en Inglaterra como de nivel con la nobleza, se asociasen al partido de los barones, tamo más cuanto ellos habían abandonado a su señor en el combate y tratado además con desprecio a la santa Iglesia⁹⁰⁴. No eran en vano las

900 Id. Id.

901 Crón. Saj. pág. 242, Contin. de Flor. Wigorn. pág. 76.

902 Will. Malm. pág. 187.

903 Will. Malm. pág. 188. Este juicioso autor estaba presente en las conferencias.

904 Will. Malm. pág 188.

pretensiones que se arrogaban entonces los ciudadanos de Londres, si es cierto lo que dice Fitz-Stephen, autor contemporáneo, de que aquella ciudad podía entonces poner en campaña 80 mil combatientes⁹⁰⁵.

Mas a pesar de su poder y su celo en favor de Esteban, tuvo aquella ciudad que someterse a Matilde, cuya autoridad apoyada en la prudente conducta del conde Roberto pareció ya establecida en todo el reino. A la desventaja natural de su sexo que debilitaba su imperio en un pueblo inquieto y belicoso, añadía esta princesa la de tener un carácter altanero, duro e imperioso⁹⁰⁶, sin acertar jamás a templar con un aire afable la aspereza de una negativa. La reina, esposa de Esteban, ayudada de algunos grandes de la corte, solicitó la libertad de su esposo, y prometió a Matilde que con esta condición renunciaría a la corona y se retiraría a un convento⁹⁰⁷: al mismo tiempo que el legado pidió que su sobrino Eustaquio pudiese heredar la Borgoña y otros bienes patrimoniales de su padre⁹⁰⁸. Los ciudadanos de Londres presentaron una súplica para obtener el restablecimiento de las leyes de Eduardo, en vez de las del rey Enrique, cuya opresión decían no poder soportar⁹⁰⁹; pero la emperatriz rehusó todas estas mercedes con no menos altanería que despotismo.

Esteban sacado de su prisión y luego restablecido en el trono

El legado, que verosímelmente no había sido nunca un sincero partidario suyo, se aprovechó de la mala impresión que había dejado una conducta tan imperiosa, y fomentó secretamente el espíritu de rebelión en Londres, donde se fraguó una conspiración para apoderarse de la persona de la emperatriz, que sólo pudo escaparse con una precipitada fuga⁹¹⁰. Refugióse en Winchester, donde el legado, queriendo salvar las apariencias, y esperar una ocasión mas oportuna, la siguió inmediatamente para perderla: mas luego que hubo reunido toda su gente, se reunió abiertamente con ella a los habitantes de Londres y a las tropas mercenarias de Esteban que todavía no habían evacuado el reino, y sitió a Matilde en Winchester⁹¹¹. Vivamente apretada esta princesa por la escasez de víveres, salió furtivamente de la ciudad; pero habiéndola acompañado su hermano Roberto, cayó este en poder de sus enemigos⁹¹². Por más que aquel príncipe fuese un mero súbdito, era tan importante en el partido de su hermana como Esteban podía serlo en el suyo, y ella conoció muy bastante la necesidad que tenía de él para no consentir en el canje de los dos prisioneros con iguales condiciones⁹¹³: lo cual hizo que volviese a encenderse la guerra civil con más fuerza que nunca.

Continuación de las guerras civiles

Viendo el conde Roberto en 1142, que los sucesos de uno y otro bando se equilibraban casi siempre, pasó a Normandía, que se había sometido al conde de Anjou durante la prisión de Esteban, y persuadió a Godofredo a que permitiera que su hijo mayor Enrique, mozo de grandes esperanzas, se trasladase a Inglaterra para ponerse al frente de los partidarios de Matilde⁹¹⁴: sin embargo este

905 Pág. 4. Para que esto fuese verosímil necesitaba tener entonces Londres 400 mil habitantes, es decir, doble de los que tenía a la muerte de Isabel, y esto no es creíble.

906 Gul. Neulr. pág. 363. Crón. Abb. S. Petri de Borgo, pág. 7.

907 Contin. Flor. Wigorn. pág. 677.

908 Ibidem.

909 Id. id.

910 Crón. Saj. pág. 242. Will. Malm. pág. 189.

911 Trivet pág. 10.

912 Crón. Saj. pág. 242. Hoveden, pág. 468.

913 Crón. Saj. pág. 242. M. París, pág. 54.

914 Crón. Saj. pág. 779.

expediente no produjo nada decisivo. Esteban tomó a Oxford después de un largo sitio (1143) fue derrotado en Wilton⁹¹⁵ por Roberto, y la emperatriz a pesar de su valor varonil, fastidiada ya de las vicisitudes de la fortuna e inquieta por los peligros que la cercaban no menos que a su familia, se retiró en fin a Normandía (1146) dejando a su hermano Roberto el gobierno de los negocios, pero la muerte de aquel príncipe tan valiente y tan leal, ocurrida poco tiempo después, hubiera sido muy fatal a los intereses de aquella princesa, si los sucesos que sobrevinieron no hubieran interrumpido el curso de la nueva prosperidad de Esteban. Conociendo este príncipe que los castillos edificadas por los grandes de su propio partido animaban el espíritu de independencia y eran poco menos temibles que los que estaban en poder del enemigo, procuró que se le entregasen y con ello se enajenó el afecto de la mayor parte de aquellos magnates⁹¹⁶. Lo mismo le sucedió con la artillería de la Iglesia, que su hermano había puesto de su parte, pues se pasó al partido contrario. Exaltado a la silla pontificia Eugenio III, retiró la comisión de legado al obispo de Winchester para dársela a Teobaldo, arzobispo de Canterbury, enemigo y rival de aquel prelado. Habiendo convocado el pontífice un concilio general en Reims, en la Champaña, en vez de dejar a la iglesia de Inglaterra la libre elección de sus diputados, según era costumbre, nombró cinco obispos ingleses para que la representaran, y exigió que fuesen inmediatamente al concilio; mas Esteban, que a pesar de sus presentes apuros, era muy celoso de los derechos de su corona, prohibió a los obispos que se moviesen⁹¹⁷; y el papa (1147), convencido de sus ventajas en cualquier contestación con un príncipe a quien se disputaba la corona, tomó venganza poniendo en entredicho a todo el partido de Esteban⁹¹⁸. Con semejante sentencia, que hasta entonces era desconocida en Inglaterra, quedaron suspendidos los oficios divinos y cesaron todas las funciones religiosas, excepto el bautismo de los niños y la absolución de los moribundos. Creció mucho más el descontento de los realistas cuando se vieron en tal situación, comparándola con las bendiciones de la Iglesia que llovían sobre el partido de Matilde, y al fin se vio precisado Esteban a someterse a la autoridad de la santa Sede por liberrar a los suyos del oprobio de pasar por excomulgados⁹¹⁹.

Al cabo la debilidad de los dos partidos (1148) mas bien que la disminución de su odio recíproco, puso fin al estruendo de las armas en Inglaterra, y no encontrando ya Roger de Mowbray, Guillermo de Warena y otros grandes del reino en que ocupar su valor, se alistaron en una nueva cruzada que predicó a la sazón San Bernardo, a pesar de los reveses y desgracias de las precedentes⁹²⁰, pero bien pronto acaeció un suceso que amenazó volver a encender la guerra en Inglaterra, y fue que el príncipe Enrique, habiendo cumplido los diez y seis años, deseó el honor de ser armado caballero, ceremonia a que entonces se sometía tres veces todo noble antes que pudiese llevar las armas, que se miraba como necesaria en los más grandes príncipes. Propuso el príncipe a David, rey de Escocia, hermano de su abuela, que le diese el abrazo de padrino, y para ello atravesó la Inglaterra con una comitiva magnífica, acompañado de un gran número de sus partidarios⁹²¹. Permaneció algún tiempo con el rey de Escocia, hizo algunas incursiones en Inglaterra para lucir su destreza y vigor en todos los ejercicios corporales, su valor en la guerra y su prudencia en todas las ocasiones, reanimó las esperanzas de su partido y desarrolló el germen de las grandes cualidades que manifestó luego cuando subió al trono.

Inmediatamente después de su vuelta a Normandía (1150) se le dio la investidura de este ducado con consentimiento de Matilde⁹²², y a la muerte de su padre Godofredo, ocurrida el año después, tomó posesión del Anjou y del Maine, y contrajo un enlace que al mismo tiempo que aumentaba su poderío le hizo mucho más temible a su rival. Leonor, hija y heredera de Guillermo,

915 Gest. Steph. pág. 960. Trivet. Pág. 11.

916 Crón. Saj. pág. 242.

917 Epist. Sti. Thom. pág. 225.

918 Crón. Will. Thorn. pág. 1807.

919 Epist. Sti. Thom. pág. 226.

920 Hagulst. pág. 275 y 276.

921 Hoveden, pág. 490. Gul. Neul, pág. 378.

922 Math. West. pág. 243.

duque de Guyena y conde del Poitou, había estado casada diez y seis años con Luis VII, rey de Francia, y le había acompañado a una cruzada en que mandaba las tropas cristianas contra los infieles; pero aquella princesa perdió allí la ternura de su esposo, y aun se sospechó que había tenido algún trato amoroso con un sarraceno, por lo que Luis, más delicado que político, consiguió divorciarse con ella, y le devolvió las ricas provincias que había reunido a su corona con aquel casamiento⁹²³. No fue tan escrupuloso Enrique ni por la desproporción de edades ni por los rumores esparcidos sobre la aventura de la princesa, antes bien solicitó y obtuvo su mano casándose con ella seis semanas después de su divorcio (1152), y entró en posesión de todo lo que le llevó en dote⁹²⁴. Fue tal el efecto que produjo en Inglaterra el lustre que recibió con aquellas vastas adquisiciones y la perspectiva de su naciente fortuna, que cuando Esteban quiso hacer que se consagrara a su hijo Eustaquio para asegurarle la corona, rehusó el arzobispo de Canterbury prestarse a la ceremonia y se huyó del reino para evitar la cólera y la venganza del rey⁹²⁵.

Transacción entre Esteban y el príncipe Enrique; y muerte del rey

Noticioso Enrique de aquellas disposiciones del pueblo, hizo una invasión en Inglaterra en 1153, consiguió algunos triunfos sobre Esteban en Malmesbury, y se apoderó de esta plaza, desde la cual se adelantó a llevar socorros a Walingford a donde se acercaba el rey con un ejército superior para poner sitio a la plaza⁹²⁶. De día en día se esperaba que hubiese una acción decisiva, cuando los grandes de ambos partidos previendo con horror las consecuencias sangrientas y fatales que iban a resultar, interpusieron su mediación, y entablaron una negociación con los dos príncipes rivales. Facilitó mucho este tratado la muerte de Eustaquio que acaeció en aquel intervalo⁹²⁷, y por fin se ajustó un acomodamiento, por el cual se convino en que Esteban poseería la corona durante su vida; que se administraría la justicia en su nombre aun en las provincias sujetas a Enrique; que a la muerte del rey sucedería este príncipe en el reino de Inglaterra, y Guillermo, el hijo de Esteban, en el condado de Boulogne y en los demás bienes patrimoniales de su padre⁹²⁸. Después que todos los barones salieron fiadores de la observancia de aquel tratado, y prestaron homenaje a Enrique como heredero de la corona, evacuó el reino, y al año siguiente falleció Esteban (el 25 de octubre de 1154), de una enfermedad que se le llevó en pocos días, habiendo prevenido su muerte las desconfianzas y disensiones que verosímilmente hubieran sido inseparables de una situación tan delicada.

Había sufrido la Inglaterra grandes calamidades durante el reinado de aquel monarca, pero por lo que respecta a su carácter, y dejando a parte la injusticia de su usurpación, no parece haber mucho de qué acusarle, antes por el contrario, es de creer que si hubiese tenido derechos legítimos a la corona, era muy capaz de aumentar la felicidad y prosperidad de sus súbditos⁹²⁹. Industriouso, activo y valiente en sumo grado, no carecía de habilidad para los negocios, y sobre todo para hacerse querer, no habiendo manifestado en medio de su crítica situación ni crueldades ni venganzas⁹³⁰. Ciertamente que no le proporcionó la dignidad real ni felicidad ni descanso, y a pesar de que la situación de Inglaterra impidiese que los estados vecinos sacasen ventajas permanentes de los alborotos que pasaban en ella, no por eso dejaron de destrozarla cruelmente las guerras intestinas y los desórdenes de la nobleza y de la plebe. Estos fueron también causa de los progresos que hicieron las usurpaciones de la curia romana, a punto de llegar a ser muy frecuentes las

923 Trivet. pág. 21.

924 M. París, pág. 59. Crón. Heming. pág. 489.

925 H. Hunting, pág. 395.

926 Gervas. pág. 1367.

927 Trivet. pág. 22. Gul. Neulr. Pág. 379.

928 Crón. Saj. pág. 348. Crón. Norm. pág. 989.

929 Will. Malm. pág. 180.

930 M. París, pág. 51. Hugul. pág. 312.

apelaciones al papa en todas las desavenencias eclesiásticas, no obstante la rigurosa prohibición de las leyes⁹³¹.

931 H. Hunting, pág. 395.

VIII. Enrique II—1135

Estado de Europa

No eran conocidas en los antiguos tiempos esas confederaciones por medio de las cuales están hoy los potentados de Europa unidos al mismo tiempo y opuestos entre sí, en términos que aunque ocasionen alguna centella de discordia, tienen por lo menos la ventaja de impedir que cada uno en particular experimente revoluciones violentas que le subyuguen. Era entonces mucho menos complicada en cada reino la teoría de los negocios políticos extranjeros, y estaban estos mucho menos envueltos en el misterio. El comercio no había enlazado en aquellos tiempos las naciones distantes con una cadena tan estrecha como en el día; y las guerras, que solían terminarse en una sola campaña o tal vez con una sola batalla, se resentían poco de los movimientos de los estados lejanos; siendo tan imperfecta la comunicación entre los diversos reinos y tan profunda la ignorancia de sus fuerzas respectivas, les era casi imposible a la mayor parte de ellos combinar proyecto alguno ni intentar ningún esfuerzo; sobre todo, daban tanta ocupación la índole revoltosa y la especie de independencia de los barones y grandes vasallos de cada estado, que el monarca se veía precisado a fijar más principalmente su atención en su sistema de gobierno interior que en lo que pasaba entre sus vecinos. La religión sola y no la política fue quien extendió las miradas de los príncipes hacia fuera, bien fuese que las dirigiesen hacia la Tierra santa, cuya conquista y defensa se miraban como punto de honra y objeto de interés, bien negociasen en la corte de Roma, a quien habían abandonado la dirección de los negocios eclesiásticos y que usurpaba por días mayor autoridad de la que querían dejarla tomar.

Antes que el duque de Normandía hiciese la conquista de Inglaterra, estaba esta isla tan separada del resto del mundo por su política como por su situación. Fuera de las excursiones de los piratas daneses, no tenían los ingleses, felizmente confinados en su casa, ni enemigos ni aliados en el continente, ni tuvieron relaciones con los reyes y grandes vasallos de Francia, sino con ocasión de los estados que poseía Guillermo allí antes de la conquista. Mientras que las pretensiones opuestas del papa y del emperador en Italia ocasionaban una correspondencia continua entre ella y la Alemania, los dos grandes monarcas de Francia e Inglaterra formaban en otra parte de Europa un sistema totalmente separado, y conducían sus guerras y sus negociaciones sin contradicción ni auxilio de las demás naciones.

Estado de Francia

Cuando ya empezó a decaer la raza carlovingia, la nobleza de Francia, abusando en todas las provincias de la debilidad del soberano y viéndose precisada a defenderse por sí misma de las piraterías de los normandos, usurpaba en los negocios civiles y militares una autoridad casi independiente y había reducido la del rey a los límites más estrechos. Cuando subió al trono Hugo Capeto, añadió algún poder a la dignidad real, agregando un feudo a su corona; pero este feudo, aunque considerable para un súbdito particular, no era tan fecundo en fuerza para un príncipe que se hallaba a la cabeza de un estado tan vasto. París, Orleans, Etampes, Compiègne y algunas otras plazas esparcidas por las provincias septentrionales formaban el total de los dominios del rey, mientras que en todo lo restante del reino su autoridad era más bien nominal que efectiva. Estaban acostumbrados los vasallos de la corona y tenían derecho a hacerse la guerra unos a otros sin

permiso del soberano, y lo que es más, a tornar las armas contra el mismo cuando se les figuraba que tenían motivos de queja, ejercían la autoridad soberana y sin apelación sobre sus terratenientes y demás vasallos inferiores; los celos que tenían todos ellos de la autoridad real era un vínculo que los unía contra la menor tentativa que se hiciese un perjuicio de sus enormes privilegios, y como algunos de aquellos señores habían llegado al grado de poder de unos grandes príncipes, siempre encontraba en ellos la nobleza de segundo orden una protección inmediata y efectiva. Además de las seis dignidades de par (*pairies*) eclesiásticas, cuyas prerrogativas unidas con las demás inmunidades de la iglesia estorbaban mucho la ejecución general de la justicia, había además otras seis dignidades de par legas, que eran la Borgoña, la Normandía, la Guyena, Flandes, Tolosa y la Champaña, que formaban unas soberanías muy extensas y poderosas; mas aunque los pares y los barones combinados pudiesen en alguna ocasión reunir fuerzas considerables, sin embargo era muy difícil poner aquella gran máquina en movimiento y casi imposible conservar armonía en todas sus partes. Sólo el sentimiento del común interés podía tenerlos unidos durante algún tiempo con su soberano contra un enemigo común; pero si el rey quería dirigir aquellas mismas fuerzas contra alguno de sus vasallos que se hubiese rebelado, aquel mismo sentimiento del común interés los inducía a todos a abrazar la causa del faccioso y oponerse en su favor a las pretensiones del rey. Luis el Gordo marchó una vez hacia las fronteras contra los alemanes al frente de un ejército de 200 mil hombres, y a pesar de eso un señor de poca importancia, que lo era de Corbeil, de Puiset y de Couci, fue capaz de desafiarle y mantener guerra abierta contra él.

Mucho más extensa era la autoridad del monarca inglés en su reino y mucho mayor la desproporción entre él y sus más poderosos vasallos; así como su señorío era mucho más vasto guardando comparación con la grandeza de su estado. Estaba acostumbrado a levantar impuestos arbitrarios sobre sus súbditos, y sus tribunales judiciales ejercían su autoridad en todas las partes de su reino. Podía abrumar con sus sentencias bien o mal dadas a cualquier barón culpable, pues aunque las instituciones feudales tendiesen en su reino como en todos los demás a favorecer la aristocracia y por consiguiente a reprimir la monarquía, exigían en Inglaterra, según su constitución actual, una gran combinación de los vasallos para que pudiesen ponerse en estado de resistir a su señor feudal; y hasta entonces no se había elevado ningún señor a tanto poder que pudiese hacer solo la guerra al rey ni proteger a los barones inferiores.

Mientras que eran tales las diferentes situaciones de Francia e Inglaterra con tantas ventajas de esta última, podía parecer peligroso el advenimiento de Enrique II; príncipe muy diestro y poseedor de muchas ricas provincias en el continente; y no sólo peligroso sino también fatal a la monarquía francesa y capaz de romper el equilibrio entre los dos estados. Heredaba por su padre el Anjou, la Turena y el Maine, y por su madre era señor de la Normandía, así como por su mujer, de la Guyena, el Poitou, la Saintonge, la Aubernia, el Perigord, el Angumois y el Limosin. Poco tiempo después agregó la Bretaña a todos sus otros estados, sobre cuya provincia tenía ya el derecho de señorío en tiempo de la primera cesión de la Normandía a Bollo el danés por Carlos el Simple en honor de aquel formidable guerrero. Estas provincias componían una tercera parte de la monarquía francesa y eran muy superiores en extensión y opulencia a las demás comarcas sujetas al dominio inmediato del rey. Era el vasallo más poderoso que su señor feudal, y venía a renovarse en ventaja suya la misma situación en que se había encontrado Hugo Capeto para poder derribar del trono a los príncipes Carlovingios: y luego que se añadió también la Inglaterra a tantas provincias, temió justamente el rey de Francia que se verificase en aquella ocasión algún gran desastre para él o para su casa; pero sucedió precisamente lo contrario, y fue que aquella circunstancia misma, al parecer tan formidable, salvó la raza de los Capetos y la elevó al colmo de grandeza de que goza en el día.

La autoridad limitada del príncipe en las constituciones feudales estorbó al rey de Inglaterra hacer un uso ventajoso de las fuerzas de los estados reunidos en su cabeza; porque las diferentes partes de aquel todo, distantes entre sí, diferentes en usos, leves y costumbres, nunca pudieron cimentarse de modo que llegasen a formar un cuerpo de monarquía. De aquí resultó que al cabo de poco tiempo vino a ser este príncipe una especie de extranjero para sus posesiones francesas, no

sólo distantes, mas también encontradas en intereses, y sus propios súbditos del continente vieron que les tenía mas cuenta obedecer a su señor superior que vivía a su inmediación y era reconocido por jefe de la nación. Este se hallaba siempre en estado de invadirlos, al paso que su jefe inmediato solía estar demasiado distante para protegerlos, y cada desorden que ocurría en alguna porción de sus estados tan dispersos, proporcionaba nuevas ventajas contra él. También los demás vasallos poderosos de la corona de Francia se alegraban mucho de la expulsión de los ingleses, y no les animaba el mismo celo que hubieran manifestado en favor de otro compañero suyo, igual con ellos en esfera, a quien se hubiese intentado oprimir. Por este medio podía mas fácilmente el rey de Francia conquistar las provincias dependientes de la Inglaterra, que subyugar a un duque de Normandía o de la Guyena. o a un conde de Anjou, del Maine o del Poitou. Luego que hubo reducido aquellos vastos territorios. que hacían parte del cuerpo de la monarquía, tuvo mucha mayor facilidad en reunir después a su corona los demás grandes feudos que todavía quedaban separados e independientes.

Mas como no podían preverse consecuencias tan importantes por la humana prudencia, vio con asombro el rey de Francia la naciente grandeza de la casa de Anjou o de Plantagenet, y para entorpecer sus progresos había permanecido siempre estrechamente unido con Esteban y procurado auxiliar la fortuna tan aventurada de aquel temerario usurpador: pero cuando le cogió la muerte era ya demasiado tarde para oponerse a que le sucediera Enrique, ni para impedir los convenios que con consentimiento unánime de la nación, había celebrado con su predecesor. Cansados los ingleses de guerras civiles y de los horrores que habían traído consigo durante tantos años, repugnaban violar el juramento que habían hecho y excluir de la corona al heredero legítimo⁹³². La mayor parte de las fortalezas mas considerables estaban en manos de sus partidarios, y toda la nación era testigo de las grandes calidades de este príncipe⁹³³ y podía compararlas con el mediano talento de Guillermo, el hijo de Esteban; y últimamente no se ignoraba tampoco las muchas posesiones que Enrique disfrutaba ya, y no les disgustaba a los ingleses ver tantas soberanías extranjeras anexas a su corona, todo lo cual hizo que no tuviesen la menor intención de oponerse. El mismo Enrique, persuadido de las ventajas de su actual situación, no tenía la menor impaciencia por llegar a Inglaterra y hacer respetar sus derechos. Estaba sitiando un castillo en las fronteras de Normandía cuando le llegó la noticia de la muerte de Esteban, y tomó a punto de honra no abandonar su operación mientras no estuviese concluida. Entonces salió para Inglaterra donde fue recibido con aclamaciones de todas las órdenes del estado, quienes le prestaron juramento de fidelidad y obediencia con el mayor gusto.

Primeros actos del gobierno de Enrique

Los primeros actos de la administración de Enrique (1155) correspondieron a la alta idea que se tenía de su vigor y habilidad, y presagiaron el restablecimiento de la justicia y el reposo de que por tanto tiempo había estado privado el reino. Licenció a todas las tropas mercenarias que habían cometido tantos desórdenes en la nación y despidió a su jefe Guillermo de Ypres, que había sido el mayor amigo y confidente de Esteban⁹³⁴: revocó todas las donaciones hechas por su antecesor, y aun aquellas que la necesidad había arrancado a la emperatriz Matilde⁹³⁵. Habiendo renunciado aquella princesa sus derechos en favor de Enrique, no hizo la menor oposición a unas providencias tan necesarias para el sostén de la dignidad de la corona. Arregló el título de la moneda, que se había alterado mucho durante el precedente reinado, y tomó precauciones para que no se repitiera este abuso⁹³⁶. Fue riguroso en la ejecución de la justicia, atento a extirpar las violencias y los robos, y para restablecer el vigor de las leyes mandó que todas las fortalezas nuevamente construidas, que

932 M. París, pág. 65.

933 Gul. Neubr., pág. 381.

934 Fitz-Steph. pág. 15. M. París, pág. 65.

935 Neubr. Pág. 382.

936 Hoveden, pág. 491.

habían servido de asilo a los bandidos y rebeldes, fuesen demolidas⁹³⁷. Tuvo anuncios de que el conde de Albemarle, Hugo de Mortimer, y Roger, el hijo de Miles de Gloucester, se disponían a resistir a estos prudentes reglamentos; pero apenas se acercó el rey con su ejército, volvieron a su deber⁹³⁸.

Luego que se restablecieron en Inglaterra la tranquilidad y el buen orden, marchó Enrique (1156) contra su hermano Godofredo, que durante su ausencia había hecho una irrupción en el Anjou y el Maine y reclamaba pretensiones sobre estas provincias, habiéndose apoderado ya de la mayor parte de ellas⁹³⁹; pero apenas se presentó el rey, los pueblos mismos entraron en su obediencia, y Godofredo abandonó sus derechos por una pensión anual de mil libras esterlinas y se fue a tomar posesión del país de Nantes que los habitantes pusieron en sus manos después de haber echado de allí al príncipe Hoel⁹⁴⁰. Enrique se volvió a Inglaterra al año siguiente, y unas nuevas incursiones de los galeses le pusieron en la precisión de ir a castigarlos en su propia tierra, pero lo árido y montañoso del país le hizo sufrir una escasez extremada y aun le expuso a los mayores peligros. Comprometida su vanguardia en un desfiladero estrecho, fue puesta en derrota, y Enrique de Essex, alférez mayor hereditario del reino, arrojó el estandarte, apeló a la fuga y esparció la voz de que había muerto el rey. La verdad es que si este príncipe no se hubiese mostrado inmediatamente a sus tropas y conduciéndolas con el mayor valor a la pelea, aquel incidente hubiera ocasionado la ruina total del ejército⁹⁴¹. Mas no quedó impune la falta de Essex. antes bien Roberto de Monforte la tomó por fundamento de una acusación envidiosa contra él, y en consecuencia se le confiscaron sus bienes y se le encerró en un convento⁹⁴². La sumisión de los galeses les proporcionó un acomodamiento con la Inglaterra.

El genio marcial de los príncipes de aquel siglo los animaba para ponerse al frente de sus ejércitos hasta en las más frívolas expediciones; así como la flaqueza de su autoridad los reducía comúnmente a no atreverse en la ocasión a confiar el mando de ellos a sus generales. Godofredo, hermano del rey, murió casi al momento después de haber tomado posesión de Nantes (1158), y aunque no tuviese otros derechos sobre aquel país más que la sumisión voluntaria o la elección de sus habitantes que se entregaron a él dos años antes, reclamó Enrique su territorio como por derecho de sucesión, y marchó allí para sostener sus pretensiones con las armas en la mano. Conan, duque o conde de Bretaña, porque los historiadores dan indiferentemente a aquellos príncipes uno y otro título, pretendía que Nantes se había separado recientemente de su principado por una rebelión, y que esta ciudad le pertenecía de derecho. Enrique, con el objeto de evitar que tomase parte en la disputa el rey Luis de Francia, fue a hacerle una visita, y tantos fueron los agasajos y los cumplidos que le prodigó, que resultó una estrecha alianza entre los dos. Convinieron en desposar al joven Enrique, heredero de Inglaterra, con Margarita de Francia, aunque el primero apenas tenía seis años y la princesa estaba todavía en la cuna⁹⁴³. Asegurado entonces Enrique de que nada tenía que recelar por este lado, se adelantó a Bretaña con su ejército, y no viéndose Conan en estado de resistirle le abandonó el condado de Nantes. Mayores ventajas supo sacar la habilidad de este monarca de aquel acontecimiento, porque cansado Conan del carácter inquieto de sus súbditos, deseó proporcionarse el apoyo de tan gran rey, y para ello ofreció la mano de su hija única, que aun era niña, a

937 Id. id. Fitz-Steph. pág. 13. M. París, pág. 65.

938 Neubr. pág. 382. Crón. Will. Heming. pág. 491.

939 Guillermo de Newbridge en la pág. 383, que copian todos los historiadores, asegura que Godofredo tenía en efecto ciertos derechos a los condados del Maine y el Anjou. Pretende que el conde Godofredo su padre le había dejado aquella provincia por un testamento secreto, y mandado que su cadáver quedase insepulto hasta que Enrique hubiese jurado obedecer su última voluntad, y en efecto así lo juró Enrique sin saber lo que contraría: pero además de que esta historia es poco verosímil, tiene un cierto colorido monacal y no está apoyada por ningún otro escritor, mas antes contradicha por algunos, particularmente por el monje de Marmoutier, que podía saber la verdad mejor que Newbridge. Véase Vita Gaufr. duc. Norm. pág. 103.

940 Brompton. pág. 104

941 Neubr. pág. 383.

942 M. París, pág. 70.

943 M. París, pág. 68. Math. West. pág. 248. Trivet, pág. 35.

Godofredo, tercer hijo de Enrique, de edad igualmente tierna. Siete años después murió el duque de Bretaña, y Enrique, bajo pretexto de tutoría de su hijo y de su nuera, se puso en posesión del principado incorporándole con sus demás estados⁹⁴⁴.

1159. Tenía el rey la perspectiva de hacer todavía adquisiciones más importantes, y su carácter activo no le dejó perder ninguna ocasión. Felipa, duquesa de la Guyena y madre de la reina Leonor, era hija única de Guillermo IV, conde de Tolosa, y debía heredar su soberanía si este príncipe, deseando conservarla en la raza masculina de su casa, no hubiese transferido la propiedad a Raimundo de San Gil, su hermano, por medio de una venta que por entonces se tuvo por simulada y colusoria. Por medio de este contrato vino a ser el título de conde de Tolosa un objeto de contestación entre los herederos varones y hembras, que ambos se apoderaron de él alternativamente, según les eran favorables las circunstancias. Poseíale Alfonso, hijo de Raimundo, cuando Enrique quiso hacer revivir las pretensiones de su esposa, y no pudo menos aquel señor de implorar la protección del rey de Francia, que en buena política estaba interesado en impedir el nuevo engrandecimiento del monarca inglés. Y aunque ya Luis, durante su matrimonio con Leonor, había sostenido la justicia de los derechos de esta princesa y pedido la posesión del condado⁹⁴⁵, cambiaron sus sentimientos conforme a sus intereses, y se decidió a defender con todo su poder y fuerzas las pretensiones de Alfonso. Conoció Enrique que le era indispensable defender las suyas contra unos adversarios tan poderosos, y que solo un ejército formidable podía dar un verdadero apoyo a las razones que en vano había alegado en sus manifiestos.

Los ejércitos compuestos de vasallos obligados a servir por las leyes feudales eran por lo común muy difíciles de manejar y muy mal disciplinados, ya por causa de su misma independencia, ya porque los grados superiores no se conferían ni por la elección del soberano ni por la experiencia y capacidad de los oficiales. Cada barón mandaba la tropa de sus propios vasallos y su clase se medía por la extensión de sus posesiones, de modo que un príncipe tenía por su nacimiento derecho al mando en jefe; y como además no estaban obligados los vasallos militares a servir más que cuarenta días a su costa, resultaba que las expediciones lejanas, después de serles muy gravosas, eran de muy poca utilidad al príncipe que reclamaba sus servicios. Convencido Enrique de estos inconvenientes, levantó en sus estados de Normandía y en otras provincias distantes de Tolosa una suma de dinero en lugar del contingente de tropas y este equivalente fue mucho más ventajoso a sus vasallos de Inglaterra. Impuso pues una contribución de tres libras sobre cada feudo de caballería, cuya condición aunque inusitada, pues era acaso el primer ejemplo que presentaba la historia, fue aceptada con mucho gusto por los terratenientes militares⁹⁴⁶. Con este dinero juntó Enrique un ejército mucho más sumiso a sus órdenes, y cuyo servicio era mucho más duradero. Auxiliado por Berenguer, conde de Barcelona, y por Trincaval, conde de Nimes, a quienes había atraído a su partido, invadió el condado de Tolosa después de haber tomado a Verdun, a Castelnaud y otras plazas y ya sitiaba la capital con apariencias de igual éxito, cuando Luis adelantándose al principal cuerpo de su ejército se metió en persona en la ciudad con un corto refuerzo. Algunos de los ministros de Enrique le aconsejaban que continuase el sitio para coger prisionero al rey de Francia y hacerse con ello dueño de las condiciones de un acomodamiento; pero bien fuese que este príncipe creyera que le convenía más mantener los principios feudales sobre que estribaba la seguridad de sus soberanías extranjeras, o que realmente tuviese aquel exceso de respeto a su señor, declaró que no atacaría ya una plaza que el rey de Francia defendía en persona, y levantó inmediatamente el sitio⁹⁴⁷. En seguida marchó a Normandía para proteger aquella provincia donde el conde de Dreux había entrado a mano armada a instigación de Luis el Joven su hermano, y entonces se declaró abiertamente la guerra entre los dos monarcas, pero no produjo acontecimiento alguno memorable, sino que se suspendió por un armisticio y se terminó por un tratado de paz, aunque sin restablecerse por ella la confianza ni la buena inteligencia entre los dos príncipes rivales. Se había confiado de

944 Hoveden, pág. 517. Neubr. pág. 396.

945 Neubr. pág. 387. Crón. Will. Heming. pág. 494,

946 Fitz-Steph. pág. 22. Diceto, pág. 351.

947 Hoveden, pág. 492. Neubr. pág. 400.

común acuerdo a los templarios la fortaleza de Gisors, que formaba parte del dote de Margarita de Francia, con condición de entregársela a Enrique después de la celebración de las bodas de aquella princesa; pero impaciente Enrique por encontrar un pretexto para exigir la entrega de la plaza, hizo que se solemnizasen los esponsales aunque los dos esposos eran todavía niños⁹⁴⁸, y comprometió al gran maestro (1160) del Temple a fuerza de regalos, según se dijo, a que le pusiese en posesión de Gisors. Indignado Luis de aquella infidelidad del gran maestro, desterró a los templarios de su reino (1161) y hubiera vuelto a principiar la guerra sobre ello con el rey de Inglaterra, sin la mediación y autoridad del papa Alejandro III que expelido de Roma por el antipapa Víctor IV, residía entonces en Francia. Es de observar para que se forme idea del imperio que los pontífices romanos ejercían en aquellos tiempos, que habiéndose encontrado los dos reyes el año precedente con el papa en el castillo de Torcí, a orillas del Loira, fueron tales los testimonios de respeto que le dieron, que ambos a dos echaron pie a tierra para tomar cada uno por su lado la brida del caballo de su Santidad y le fueron escoltando en aquella forma hasta el castillo⁹⁴⁹.

1162. Inmediatamente que Enrique hubo arreglado sus diferencias con Luis por la mediación del papa, se volvió a Inglaterra, donde principió una empresa, que por más fundada que estuviese en sana política, y por más bien dirigida que fuese, le causó las mayores inquietudes y le puso en gran peligro, terminándose con menoscabo de sus intereses y de su gloria.

Altercados entre la potestad civil y eclesiástica

Las usurpaciones del clero que a los principios habían sido lentas y medidas, eran entonces tan rápidas y se llevaban a tal exceso, que las contestaciones entre las potestades real y pontificia llegaban en la realidad a ser un estado de crisis en Inglaterra, donde era indispensable decidir quien era el soberano del reino, si el rey o los clérigos y particularmente el arzobispo de Canterbury⁹⁵⁰. El carácter ambicioso de Enrique, que tantas inquietudes causaba a sus vecinos, no era de temple para aguantar por mucho tiempo los atentados de sus súbditos contra su autoridad, y como nada abre tanto los ojos de los hombres como lo que toca a sus intereses, estaba muy distante aquel príncipe de caer en las miserables supersticiones que tenían embaucados a sus súbditos. Desde el principio de su reinado había dado muestras en la administración de sus estados del continente, no menos que en Inglaterra, de su firme designio de reprimir las usurpaciones de la potestad eclesiástica sobre la suya, y de conservar ilesas las prerrogativas que le habían transmitido sus predecesores. Durante el cisma de los dos papas Alejandro y Víctor se había contentado por algún tiempo con permanecer neutral; pero cuando supo que el arzobispo de Rouen y el obispo de Mans habían reconocido a Alejandro por su propia autoridad, se indignó tanto, que a pesar de las deferencias que había tenido con el arzobispo, a causa de su mucha edad, mandó al instante derribar la casa de este prelado y la del obispo de Rouen⁹⁵¹. Sólo después de haber examinado la cuestión bajo sus diferentes aspectos como se consideran ordinariamente en los consejos de los príncipes, fue cuando consintió en que Alejandro ejerciese los derechos de la santa Sede en todos sus estados. El carácter pacífico de Teobaldo, arzobispo de Canterbury, su respetable ancianidad y el mérito de su resistencia a coronar a Eustaquio, hijo de Esteban, habían impedido a Enrique durante la vida de aquel prelado, tomar

948 Diceto, pág. 552 Brompton, pág. 1450.

949 Trivet, pág. 43.

950 Fitz-Steph., pág. 27.

951 Fitz-Steph. pág. 16. Esta conducta parece violenta; pero era adecuada al espíritu de gobierno que dominaba entonces. Godofredo, el padre de Enrique, aunque pasa por un príncipe muy moderado, le había dejado un ejemplo de severidad mucho más excesiva. Cuando se hizo dueño de la Normandía, el cabildo de Seez tuvo la osadía de proceder sin su consentimiento a la elección de un obispo por lo cual el príncipe condenó a éste y a todos los canónigos a sufrir una operación tan cruel como vergonzosa, e hizo que le trajesen en una palangana las pruebas de la ejecución de sus órdenes. Fitz-Steph. pág. 44. Durante la guerra de Tolosa impuso Enrique una contribución arbitraria y crecida sobre todas las iglesias de sus estados. Véase la Epist. Sti. Thomae pág. 252.

providencia alguna contra las muchas usurpaciones del clero de Inglaterra; pero luego que murió, resolvió Enrique obrar con mas vigor y actividad⁹⁵²; y a fin de disminuir los obstáculos que pudiesen hallar sus intenciones, dio el arzobispado vacante a su canciller Becket, con cuya docilidad creía poder contar sin recelo (3 de julio).

Tomás Becket, arzobispo de Canterbury

Tomás Becket, el primer hombre de origen inglés, que por espacio de un siglo desde la conquista normanda había ascendido a un empleo de consideración, había nacido de honrados padres en la ciudad de Londres, y como era igualmente diestro que capaz, supo captarse el afecto del arzobispo Teobaldo⁹⁵³, que le protegió y colocó de manera, que con los beneficios de aquel prelado pudo viajar y formarse. Pasó a Italia y se detuvo en Bolonia, donde estudió el derecho civil y canónico⁹⁵⁴, y fue tanto lo que perfeccionó sus conocimientos, que a su vuelta le confirió su protector el arcedianato de Canterbury, destino de confianza y tan honroso como lucrativo⁹⁵⁵: luego se valió de él Teobaldo para negociar algunos asuntos en Roma, y al advenimiento de Enrique a la corona, fue recomendado a este príncipe como persona digna de los primeros destinos⁹⁵⁶. Enrique, que le estaba agradecido por haber sostenido la firmeza del arzobispo, cuyo apoyo le había allanado la senda del trono, estaba muy prevenido en su favor, y cuando le trató más de cerca, vio que sus luces y habilidad merecían su confianza, por lo que le elevó muy pronto al empleo de canciller que era una de las primeras dignidades civiles del reino. En aquel tiempo no sólo tenía el canciller a su cargo la custodia del gran sello del estado, mas también el goce de todos los obispados y abadías vacantes; era tutor nato de todos los menores y pupilos vasallos del rey; administraba todas las baronías que heredaba la corona; tenía derecho de entrada en el consejo, aun sin ser llamado; y como ejercía al mismo tiempo las órdenes, comisiones y patentes, era una especie de primer ministro que entendía en todos los negocios importantes⁹⁵⁷.

Después que Becket obtuvo aquel destino, creció su valimiento cada día más, y se le nombró preboste de Beverley, deán de Hastings y gobernador de la Torre. Se le concedieron los honores de Eye y Berklam, que eran unas extensas baronías que habían recaído en la corona por derecho de herencia de sus poseedores ausentes, y para colmo de su grandeza, se le confirió la educación del príncipe Enrique, primogénito del rey, y heredero de la monarquía⁹⁵⁸. Fueron desde entonces tales la pompa de su comitiva, el lujo de sus trenes y muebles, la suntuosidad de su mesa y la magnificencia con que derramaba sus beneficios, que no sólo era correspondiente a la dignidad de su esfera y de sus riquezas, sino que sobrepujaba a cuanto se había visto hasta aquel tiempo en Inglaterra en materia de fausto. Según nos refiere su secretario e historiador Fitz-Stephen⁹⁵⁹, estaban sus habitaciones cubiertas durante el invierno de paja fresca o de heno, y en el verano de juncos verdes o de hojas para que los caballeros que venían a hacerle la corte y que muchas veces eran tantos que no cabían en la mesa, evitasen manchar sus ricos vestidos sentándose en el suelo⁹⁶⁰. Estaban en su servicio personal muchos caballeros, y los más grandes barones tenían a mucha honra comer con él, siendo su casa un modelo de educación para los jóvenes de la más alta nobleza, y aun el mismo rey se dignaba visitarle muy a menudo y asistir a sus saraos. Como su modo de vivir era tan espléndido

952 Fitz-Steph. pág. 28.

953 Histor. quadripartita, pág. 6. M. París, pág. 69.

954 Fitz-Steph. pág. 12.

955 Hist. quadr. pág. 6. M. París, pág. 69.

956 Brompton, pág. 1057.

957 Fitz-Steph. pág. 13.

958 Fitz-Steph. Pág. 15.

959 Id. Id.

960 John Baldwin tenía el arrendamiento del caserío de Oterasfee en Aylesbury, con la obligación de dar la paja necesaria para el cuarto de dormir de S. M.; es decir, en verano yerbas y dos gansos grises; en invierno paja y tres anguilas tres veces al año si el rey iba tres veces a Aylesbury. Madox, pág. 247.

y opulento, todas sus ocupaciones y diversiones lo eran igualmente, pues no creía incompatible con su carácter de diácono el espíritu caballeresco, y así empleaba todas sus horas de recreo en la caza de altanería, en el juego o en el manejo de caballos. Expuso su persona en muchas expediciones militares⁹⁶¹ y equipó y condujo a su costa setecientos caballos al servicio del rey en la guerra de Normandía, mantuvo 40 días mil y doscientos caballeros y cuatro mil personas empleadas en los equipajes⁹⁶². Últimamente en una embajada que se le dio para Francia, pasmó a aquella corte con el número y magnificencia de sus criados.

No solamente confiaba Enrique los negocios más importantes a la dirección de Becket sino que le honraba además con una intimidad particular en términos de no poder pasarse sin él en ninguna de sus distracciones⁹⁶³. Sobre esto cita Fitz-Stephen un hecho que por ser una pintura de las costumbres del siglo merece recordarse aquí. Un día en que atravesaban el rey y el canciller por las calles de Londres, notaron un mendigo que estaba temblando de frío, y al verle dijo Enrique: «¿No sería una obra de caridad dar un vestido de abrigo a este pobre hombre en una estación tan rigurosa?» «Seguramente, respondió el canciller, y V. M. hace muy bien en proponerse estas buenas acciones.» «Pues bien, dijo el rey, yo quiero que le tenga inmediatamente», y cogiendo los faldones del traje del canciller, tiró con todas sus fuerzas y aunque éste lo resistió algún tanto, en términos de que iban ambos a perder los estribos, cediendo Becket a una sacudida violenta, soltó el vestido y el rey se le dio al mendigo, quien no conociendo la clase de las personas que hacían aquella obra de caridad, se quedó sorprendido de tal regalo.⁹⁶⁴

Becket, que también había sabido ganar el afecto de su amo con su complacencia y buen humor y que le era tan útil por su notoria habilidad, pareció al monarca el hombre más a propósito para suceder a Teobaldo en la silla episcopal que había quedado vacante por muerte del primado. Sabía muy bien el canciller la intención que tenía el rey⁹⁶⁵ de suprimir o por lo menos cercenar los privilegios eclesiásticos, reduciéndolos a sus antiguos límites., y como Enrique le suponía dispuesto a favorecer sus miras, no se detuvo en enviar la orden para elegirle arzobispo de Canterbury⁹⁶⁶; pero esta resolución que se expidió contra el dictamen de Matilde y de algunos de los ministros⁹⁶⁷, redundó muy en desgracia de aquel príncipe, y jamás hubo soberano dotado de tanta penetración que conociese tan mal el genio y carácter de su ministro, si hemos de juzgar por los resultados.

Apenas fue instalado Becket en aquella eminente dignidad que le constituía durante su vida la segunda persona del estado y le daba facilidades para aspirar a ser la primera, cuando repentinamente cambió de humor y de conducta⁹⁶⁸. Procuró adquirir reputación de santidad, de que le habían privado a la vista del pueblo sus ocupaciones y su vida fastuosa; y sin consultar al rey sobre el paso que iba a dar, le envió su dimisión de canciller⁹⁶⁹, afectando por única causa que ya en adelante debía renunciar a los negocios del mundo para entregarse enteramente al ejercicio de sus funciones sagradas; pero en la realidad para romper todas sus relaciones con Enrique y hacerle sentir que como primado de Inglaterra era ya un personaje muy distinto. Sólo en su comitiva y criados conservó la antigua pompa que había tenido, y que le servía para imponer respeto al vulgo; mas en cuanto a su persona, tomó las apariencias de la mayor austeridad y todo el aspecto de una mortificación rígida, estando bien seguro de que aquella exterioridad tan diferente de la antigua, conduciría tan bien y aun mejor al mismo fin. Púsose pues un cilicio sobre la carne procurando que se supiera por el cuidado mismo con que fingía ocultarlo⁹⁷⁰, y lo mudaba tan raras veces que no

961 Fitz-Steph. pág. 23.

962 Fitz-Steph. pág. 19, 20, 22 y 23.

963 Id. pág. 16.

964 Id. pág. 16.

965 Id. pág. 17.

966 Id. pág. 25. Epist. S. Thom. pág. 212.

967 Id. pág. 167.

968 M. París, pág. 69. Neubr. pág. 139.

969 Fitz-Steph. pág. 24. Trivet, pág. 42.

970 Hist. quadr. pág. 17 y 18. Hoved. pág. 520.

tardó en parecer tan sucio como un mendigo⁹⁷¹. Redujo su ordinario sustento a pan y agua, mezclada para mayor mortificación con yerbas amargas⁹⁷²; se ensangrentaba las espaldas con frecuentes disciplinas y lavaba diariamente, a imitación de Jesucristo, los pies a trece pobres dándoles después crecidas limosnas⁹⁷³. Ganó el afecto de los frailes haciendo regalos a los conventos y hospitales, y cualquiera que hacía profesión de devoto, era admitido a su trato y se volvía atónito y edificado en vista de la humildad, fervor y mortificaciones del santo primado. Parecía estar perpetuamente ocupado en rezar oraciones y hacer lecturas piadosas, o en recorrer obras de religión; y su aspecto no anunciaba otra cosa que gravedad, recogimiento y devoción interna; pero las personas perspicaces veían claramente que estaba meditando algún gran designio, y que toda aquella ostentación de su carácter, se dirigía hacia un objeto nuevo y más peligroso.

Reyerta entre el rey y el prelado.

No aguardó Becket la ejecución del plan que él sabía muy bien que había formado Enrique contra la potestad eclesiástica, antes bien tomó la iniciativa procurando intimidar a su rey con la osadía e intrepidez de sus pretensiones. Intimó al conde de Clare que restituyese la baronía de Tumbridge (1163) que desde la conquista había permanecido en la casa de aquel señor, y anteriormente pertenecía al arzobispado de Canterbury, por lo que la reclamaba el primado en razón de no haberse podido enajenar, según los cánones, por sus predecesores. Era el conde Clare no sólo un hombre de nacimiento ilustre y de inmensas riquezas, mas estaba también emparentado con las principales familias del reino, y su hermana, que era una hermosura sin igual, había aumentado su crédito entre la nobleza, diciéndose que había llegado a subyugar el corazón del rey. Así, no podía Becket dar mayor prueba de que su resolución era sostener con vigor los derechos reales o imaginarios de su silla, que atacando a un hombre tan poderoso en el estado y tan favorecido en la corte⁹⁷⁴.

Guillermo de Eynsford, uno de los vasallos militares de la corona, era patrono de un beneficio dependiente de un feudo que procedía del arzobispado de Canterbury, y Becket sin consideración a los derechos de Guillermo, presentó para aquel beneficio, bajo un pretexto ilegal y nuevo, a un tal Laurencio, que inmediatamente fue expelido por Eynsford. Apenas lo supo el primado cuando constituyéndose a sí mismo juez y parte, según la práctica de los tribunales eclesiásticos, fulminó precipitadamente una sentencia de excomuniación contra Eynsford. Este caballero se quejó al rey haciéndole presente que con arreglo a la ley establecida por Guillermo el Conquistador, y nunca derogada después por sus sucesores, cualquiera que poseyese tierras *in capite* de la corona, no debía estar sujeto a esa terrible sentencia sin que el soberano hubiese prestado su consentimiento para ella⁹⁷⁵. Enrique que ya había roto entonces toda comunicación personal con Becket, le envió orden de absolver a Guillermo Eynsford; pero el primado se contentó con responder que no le competía al rey decidir a quien se debía absolver o excomulgar⁹⁷⁶. Fueron necesarias muchas súplicas y no pocas amenazas para que Becket al fin condescendiese de muy mala gana.

Por más desengañado que ya estuviese Enrique de lo mal que había hecho en elevar a Becket a la primacía, no desistió de su designio primitivo de cercenar las pretensiones del clero, porque no solamente era dueño absoluto de sus vastos estados, sino que el vigor de su gobierno y su no interrumpida prosperidad habían aumentado la gloria de su reinado, mucho más que en tiempo de sus predecesores⁹⁷⁷. Por otra parte, el poder de la santa silla se hallaba debilitado con un cisma que

971 Fitz-Steph. pág. 42.

972 Hoved. pág. 520.

973 Fitz-Steph. pág. 25. Hist. quadr. pág. 19.

974 Fitz-Steph. pág. 28. Gervas. pág. 1384.

975 M. París, pág. 70.

976 Fitz-Steph. pág. 28.

977 Epist. S. Thom. pág. 130.

tenía dividida toda la Europa, y conocía juiciosamente que sí dejaba escapar aquella ocasión favorable, no tardaría la superstición dominante en el pueblo en exponer a la corona a sufrir las leyes de la mitra.

Mucho contribuye la unión de las potestades civil y eclesiástica a mantener la paz y buen orden entre las naciones civilizadas, y previene aquellas usurpaciones recíprocas que llegan a ser tanto más peligrosas cuanto no puede haber juez que sea competente en última instancia entre las dos rivales. Poco importa que el magistrado supremo que reúne los dos poderes en su mano sea llamado príncipe o prelado, porque siempre el peso de los bienes temporales prevalece en la balanza sobre los intereses espirituales en la opinión de los hombres, y hace que se dé más importancia a la autoridad civil, llegando a impedir con el tiempo el triunfo de las groseras imposturas y persecuciones fanáticas, que en todas las falsas religiones son el principal fundamento de la autoridad de los sacerdotes; pero mientras dura el progreso de las usurpaciones eclesiásticas, suele la resistencia de la autoridad civil ocasionar en el estado una fermentación convulsiva, y por eso debe el príncipe no descuidarse por su propio interés y por el del pueblo en poner una barrera que no pueda saltar el poder del clero, rival insidioso y temible de la suprema autoridad. Hasta entonces se había desatendido en Inglaterra tomar aquella precaución tanto como en los demás países católicos, y atendida la crisis actual, era del todo indispensable. Ocupaba entonces el trono un soberano de exquisita habilidad, al mismo tiempo que se hallaba revestido de la primacía un prelado de carácter inflexible e intrépido, de suerte que las dos potestades contendientes parecían estar armadas con todas sus fuerzas, y era de esperar algún acontecimiento extraordinario con su choque.

Entre otras invenciones propias para sacar el dinero a las conciencias timoratas, había inculcado el clero la necesidad de las penitencias para expiar los pecados, e introducido la práctica de redimirlos con gruesas cantidades, en forma de conmutación de penas. De esta manera los pecados del pueblo se habían convertido en una renta para los clérigos, y el rey calculó que sacaban más dinero de sus súbditos con esta superchería que el que importaban todas las contribuciones e impuestos para el erario público⁹⁷⁸. A fin de aliviarlos de aquellas imposiciones tan crecidas como arbitrarias, exigió Enrique que concurriera un empleado civil nombrado por él a las sesiones de los tribunales eclesiásticos, y fuese necesario su consentimiento para que se impusiesen multas a los pecadores.

Los eclesiásticos de aquel siglo habían sacudido el yugo de la potestad soberana y pretendían abiertamente que estaban exentos por derecho de los tribunales seculares en materia criminal: poco a poco fueron extendiendo aquella excepción hasta en las causas civiles y no podían imponérselos otras penas que las canónicas. Es de advertir que como el clero se había multiplicado tanto en Inglaterra, muchos de sus individuos pertenecían a un populacho corrompido y se familiarizaban fácilmente con los más horrendos crímenes, de suerte que los asesinatos, los robos, los adulterios y los raptos se cometían casi diariamente por eclesiásticos, y llegó a comprobarse con datos auténticos que habían sido autores de más de cien muertes desde el advenimiento del rey a la corona, sin que se les hubiese inquietado en manera alguna por la justicia, y que las órdenes sagradas habían llegado a ser un título de protección para todos los desacatos⁹⁷⁹. Sucedió pues que un clérigo del Worcestershire corrompió a la hija de un caballero y asesinó al padre de aquella infeliz, cosa que suscitó una indignación general, y habiendo llegado la nueva del crimen a oídos del príncipe, quiso este poner remedio a un abuso tan palpable. Mandó que el eclesiástico fuese entregado al brazo secular, y recibiese el castigo que merecía⁹⁸⁰; pero Becket reclamó las inmunidades de la Iglesia y llevó al reo a la cárcel eclesiástica para libertarle de los ministros del rey, y sostuvo que no debía sufrir otra pena que la degradación. Enrique se limitó a pedir que luego que aquel malvado fuese degradado, se le juzgase por la autoridad civil, a lo cual opuso el primado que sería una cosa inicua juzgar dos veces a un hombre por el mismo delito⁹⁸¹.

978 Fitz-Steph., pág. 52.

979 Neubr., pág. 394-

980 Fitz-Steph., pág. 33. Hist. Quadr., pág. 32

981 Fitz-Steph., pág. 29. Hist. Quadr., pág. 33.

Aprovechándose Enrique de la ventaja que le proporcionaba una causa tan justa, resolvió atacar al clero sobre otros muchos privilegios que habían llegado a un exceso intolerable y terminar de una vez todas las disputas que cada día se iban multiplicando entre las jurisdicciones civil y eclesiástica. Convocó, pues, una asamblea de todos los prelados de Inglaterra y les hizo esta pregunta lacónica, si querían o no someterse a las leyes y antiguas prácticas del reino. Los obispos respondieron unánimemente que sí, y que consentían en ellas, salvos los derechos de la iglesia: respuesta capciosa con la cual creían eludir una pregunta tan perentoria, y reservarse la facultad de reclamar sus pretensiones en circunstancias más favorables. Enrique descubrió el artificio, y se irritó mucho más, saliéndose de la asamblea con muestras del mayor enojo, e intimó al prelado que inmediatamente le entregase las insignias de honor y los castillos de Eye y de Berkham⁹⁸². Asustados los obispos con aquella señal de cólera, aguardaban otros efectos todavía más terribles del resentimiento del príncipe; sólo Becket permaneció insensible, y fue necesaria la mediación de Felipe, legado del papa y la del abad de Eleemosina, que temieron un rompimiento con tan poderoso monarca en ocasión tan inoportuna, para que el primado cediese y retractase la cláusula ilusoria e hiciese una promesa absoluta de observar las antiguas prácticas.⁹⁸³

Pero no estaba Enrique todavía satisfecho con una declaración hecha en términos tan generales, y resolvió antes que fuese demasiado tarde, definir puntualmente a que se reducían aquellas prácticas a que quería se conformasen, y poner un dique contra las usurpaciones clericales antes que acabaran de consolidarse y pudieran los eclesiásticos invocar, como ya lo habían hecho, la antigua posesión en su favor como título de autoridad sagrada. Ya entonces se manifestaban al descubierto las pretensiones de la Iglesia, y después de un progreso insensible de muchos siglos, parecía ya tiempo de quitarse la máscara, como que varios concilios, cuyos cánones pasaban por infalibles e irrevocables, habían especificado positivamente aquellos privilegios e inmunidades tan evidentemente opuestos y tan formidables para los soberanos. Juzgó pues Enrique ser de toda necesidad especificar él mismo con igual precisión los límites de la potestad civil, oponer las prácticas legales a los decretos de la Iglesia, y deslindar exactamente los límites de las dos jurisdicciones rivales. Con esta intención convocó un concilio general de la nobleza y prelados del reino en Clarendon, al que sometió aquella grande e importante decisión (25 de enero 1164).

Constituciones de Clarendon

Todos los barones eran del partido del rey, bien fuese por estar convencidos de las razones en que se apoyaba, o por respeto a su autoridad superior: los obispos se vieron dominados por la liga formada contra ellos, y así hubieron de pasar sin oposición las siguientes leyes llamadas comúnmente las Constituciones de Clarendon. Se determinó que todas las causas relativas al derecho de patronato y presentación para las iglesias se decidirían en los tribunales civiles o que no se concederían nunca perpetuamente las iglesias dependientes de los dominios del rey sin su consentimiento; que los eclesiásticos acusados de cualquier crimen, serían juzgados por los tribunales civiles; que ninguno, y particularmente en el alto clero, pudiese salir del reino sin permiso del rey; que en adelante no se obligaría a las personas excomulgadas a dar fianza de que no abandonarían el lugar de su residencia; que los legos no podrían ser juzgados por tribunales espirituales a menos de no intervenir un promotor fiscal y testigos jurídicos; que ninguno de los terratenientes de la corona pudiese ser excomulgado ni sus tierras puestas en entredicho sino con expreso permiso del rey; que en las causas eclesiásticas todas las apelaciones subirían desde el arcediano al obispo, desde este al primado y desde el primado al rey, sin que pudiesen pasar más adelante a no ser que lo permitiese la corona; que si se suscitaban algunas contestaciones entre un lego y un eclesiástico sobre alguna tierra enajenada y se disputase sobre si esa tierra era feudo lego

982 Fitz-Steph., pág. 31.

983 Hist. Quadr., pág. 35. Gervas., pág. 1385.

o eclesiástico, una junta de doce jurisconsultos decidiría a que clase pertenecía; y que si era un feudo lego, sería juzgada la causa en definitiva por los tribunales civiles; que ningún habitante de los dominios de la corona podría ser excomulgado por no haber comparecido ante los tribunales eclesiásticos hasta que el juez principal del pueblo de su residencia, después de consultado, se creyese con derecho a emplear la autoridad civil y a que se diese satisfacción a la Iglesia; que los arzobispos, obispos y otras dignidades espirituales serían considerados como barones del reino, con todos sus privilegios y cargas anejas, estando obligados a servir al rey en sus grandes consejos, asistiendo a la vista de todas las causas hasta que se fallase sentencia de muerte o de mutilación contra los culpados; que las rentas de las sillas vacantes pertenecerán al rey; que los cabildos de aquellas iglesias a quienes quisiese reunir el rey, tendrían asiento en su capilla hasta que hubiesen hecho la elección con su consentimiento, y que el obispo prestaría homenaje a la corona; que si algún barón o terrateniente *in capite* rehusase someterse a los tribunales eclesiásticos, el rey empleará su autoridad para obligarle; que si alguno de ellos fallaba al juramento de obediencia al rey, los preladados apoyarían a este con sus censuras para reducirle; que todos los efectos confiscados en beneficio del rey no serían custodiados en las iglesias ni en sus dependencias; que el clero no podría pretender en adelante el derecho de exigir por su propia autoridad el pago de una deuda contraída por promesa o juramento, sino que dejaría estas y otras discusiones al juicio de los tribunales civiles; últimamente que el hijo de un villano no podría ser elevado a la cléricatura sin el consentimiento de su señor⁹⁸⁴.

Estos diez y seis artículos tenían por objeto suprimir los principales abusos introducidos en los negocios eclesiásticos y poner un dique sólido a las usurpaciones de la Iglesia, cuyo acrecentamiento diario amenazaba aniquilar del todo la autoridad civil. Mandó pues, Enrique escribir y redactar estos artículos en un código para evitar en adelante toda disputa sobre ellos, y así al mismo tiempo que abolía tantas disposiciones eclesiásticas en una asamblea civil y nacional, establecía plenamente la superioridad de la legislación sobre todos los decretos de los papas o los cánones de los concilios, y ganaba una señalada victoria sobre el clero; pero como no podía dudar aquel príncipe que los obispos abatidos en aquel momento por el partido más fuerte de los barones unidos con el rey, se aprovecharían de la primera ocasión favorable para reclamar contra la autoridad que tales constituciones había dictado, exigió que todos pusiesen su sello en ellas y firmasen una promesa de guardarlas. Ni siquiera uno de ellos se atrevió a resistir aquella orden, excepto Becket, y por más que le suplicaron los condes de Cornualles y de Leicester, que eran los dos señores mas grandes del reino, se negó constantemente a obedecer: últimamente Ricardo de Hastings, gran prior de los templarios de Inglaterra, se echó a sus pies y le pidió con lágrimas en los ojos que si aun le quedaba alguna consideración por su propia seguridad y por los intereses de la Iglesia, no irritase al rey con una oposición inútil, haciéndole ver el peligro de atraerse la indignación de tan gran monarca firmemente resuelto a conseguir aquella prueba de obediencia y determinado a vengarse de cualquiera que no se sujetase a ella⁹⁸⁵. Viéndose Becket abandonado de todo el mundo y hasta de sus propios colegas, se halló en la precisión de ceder a lo que se le exigía de un modo tan terminante, y puso su sello en las constituciones prometiendo lealmente, de buena fe y sin fraude ni reserva⁹⁸⁶ observarlas, de lo que prestó juramento⁹⁸⁷. Entonces creyendo el rey que ya tenía definitivamente la superioridad en aquella empresa, envió las constituciones al papa Alejandro que residía actualmente en Francia, pidiendo su ratificación; pero el pontífice que conoció que aquellas leyes tendían directamente a sustraer la Inglaterra de la dependencia de la santa sede, las condenó, abrogó y anuló con términos los más expresivos⁹⁸⁸. Sólo seis artículos de los menos importantes fueron ratificados y eso por amor de la paz.

Cuando Becket conoció que podía encontrar apoyo para su resistencia, afectó el mayor dolor

984 Hist. Quadr., pág. 163. M. París, pág. 70 y 71. Spelm. Conc., tomo I, pág. 63.

985 Hist. quadr. pág. 38. Hoveden, pág. 493.

986 Fitz-Steph. pág. 35.

987 Fitz-Steph. pág. 45. Hist. quadr. pág. 39. Gervas. Pág. 1386.

988 Fitz-Steph pág. 35.

de haber tenido la flaqueza de ceder al rey contra el grito de su conciencia, y procuró atraer a todos los obispos a una especie de confederación para mantener sus comunes pretensiones y los privilegios eclesiásticos que tan esencialmente interesaban, según él decía, a la majestad de Dios. Redobló sus austeridades para castigarse de su criminal complacencia⁹⁸⁹, y proporcionó sus azotes a la enormidad de su supuesta falta; se impuso a sí mismo entredicho de todas las funciones episcopales hasta que hubiese obtenido la absolución del papa, que por cierto no se hizo esperar mucho tiempo⁹⁹⁰. Enterado Enrique de las actuales disposiciones del primado, prometió vengarse de aquel refractario, e intentó mortificarle por medio de aquella misma autoridad que Becket hacía tanto mérito en sostener. Solicitó el rey del papa que le enviase una comisión de legado para sus estados; pero el papa, no menos astuto que el rey, añadió al concedérsela la cláusula de que no le autorizaba para emprender nada en perjuicio del arzobispo de Canterbury⁹⁹¹, mas viendo el rey a que vendría a reducirse aquella autoridad tan ingeniosamente limitada, le devolvió la comisión con el mismo propio que la había traído⁹⁹².

Entretanto el primado, que continuaba expuesto a la cólera del rey, intentó dos veces salir secretamente del reino y una y otra vez fue detenido por vientos contrarios⁹⁹³. No tardó Enrique en hacerle sentir los efectos de una obstinación que le parecía tan criminal, y así excitó a Juan mariscal del tesoro, a perseguir a Becket en el tribunal arzobispal con motivo de algunas tierras dependientes del señorío de Pageham, y apelar luego al tribunal del rey para obtener justicia⁹⁹⁴. El día señalado para la vista de esta causa, envió el primado cuatro caballeros que en su nombre hiciesen presentes algunas irregularidades que se habían cometido en la apelación y a excusarle al mismo tiempo de no comparecer en persona por estar enfermo. Esta pequeña falta, si tal puede llamarse, se interpretó como una prueba del desprecio que hacía del tribunal, y se amenazó a los cuatro caballeros con llevarlos a la cárcel por haber engañado al tribunal, mas al fin evitaron esta pena con bastante dificultad⁹⁹⁵. Determinado Enrique a perseguir a Becket con todo rigor, convocó un gran consejo en Northampton, a quien se propuso hacer instrumento de su venganza contra el inflexible prelado.

El rey había elevado a Becket desde una condición oscura a los mayores empleos, le había honrado con su particular amistad y confiándole el cuidado de coadyuvar a su proyecto favorito contra el clero, mas cuando vio aquel príncipe que su criatura se había convertido de repente en adversario suyo el más implacable, al mismo tiempo que todo se plegaba a su voluntad soberana, fue tal la rabia que le causó ver defraudada su esperanza y una ingratitude tan visible, que su furor pasó los límites de un justo resentimiento: así se notó en aquella persecución más pasión que equidad y más encono del que exigía la sana política⁹⁹⁶. Sin embargo los barones que asistieron al consejo pronunciaron la sentencia que quiso Enrique, y hasta los mismos obispos, que sin duda favorecían a Becket y le miraban como mártir de sus privilegios, no por eso dejaron de votar contra él. En vano pretendía que su oficialidad se había conducido con regularidad y justicia en el juicio de la causa del mariscal, cuya iniquidad estaba probada por el informe del *sheriff*; en vano también se justificó del cargo de desprecio al tribunal real con que se le argüía, antes por el contrario en el hecho mismo de enviar cuatro caballeros para excusar su ausencia daba bien a entender que reconocía su autoridad; en vano hizo valer que para ejecutar las órdenes del rey, comparecía actualmente en persona y estaba pronto a probar su buen derecho contra el mariscal y someter su conducta al examen de sus jueces; en vano hizo la observación de que si era una falta no comparecer en el tiempo prefijado, las leyes no la castigaban sino con penas muy leves; que siendo su domicilio Kent, donde estaba situado su palacio arzobispal, ellas mismas le autorizaban a esperar

989 Hist. quadr. pág. 40 y 41. Hovedeu, pág 493.

990 Gervas, pág. 1388. Packer, pág 203.

991 Epist. S. Tbom. pág. 15 y 14.

992 Hoveden, pág. 498. Gervas. pág. 1388.

993 Fitz-Steph. pág. 35. Hist. quadr. pág. 42.

994 Hoveden, pág. 494.

995 Fitz-Steph. pág. 394.

996 Neubr pág 36.

más indulgencia que la ordinaria en cuanto a la multa que debiera de imponérsele⁹⁹⁷; a pesar de tal defensa fue condenado como culpable de irreverencia hacia el tribunal del rey, y por haber faltado al juramento de obediencia que había prestado a su soberano, a la confiscación de sus bienes y castillos⁹⁹⁸, y para hacer más señalado el triunfo sobre la Iglesia, se obligó a Enrique, obispo de Winchester, que tanto crédito había gozado bajo el reinado precedente, a que pronunciase él mismo la sentencia contra el primado⁹⁹⁹. Sometióse éste al decreto, y todos los primados excepto Gilberto, obispo de Londres que creyó hacer la corte al rey singularizándose, se constituyeron fiadores suyos¹⁰⁰⁰. Es notable que en aquel consejo votaron muchos barones normandos, de lo cual parece inferirse con mucha probabilidad que este uso se observaba en otras asambleas de igual clase posteriormente a la conquista, porque el historiador contemporáneo que nos ha transmitido estos pormenores habla de esta circunstancia sin llamar la atención sobre ella¹⁰⁰¹. El mismo Becket en todas las representaciones que hizo luego sobre la severidad con que había sido tratado, no funda queja alguna sobre una irregularidad que hoy nos parecería manifiesta y que prueba la poca uniformidad que había entonces en el gobierno y en la constitución del estado.

Todavía no quedó contento el rey con aquella sentencia, por rigurosa que fuese, antes bien al siguiente día envió a pedir a Becket la suma de trescientas libras esterlinas que había cobrado el primado por los sueldos de Eye y Berkham mientras había estado en posesión de ellos. Después de haber contestado que él no estaba obligado a responder a aquella demanda porque no estaba comprendida en la intimación que se le había hecho, y después de observar que había gastado mucho más de esta suma en reparar los castillos y el palacio real de Londres, añadió Becket que sin embargo de todo no era su ánimo que el dinero pudiese servir de motivo para una contestación con su soberano y dio inmediatamente seguridades para el efecto¹⁰⁰². En la siguiente asamblea, pidió el rey quinientos marcos que aseguró haber prestado a Becket durante la guerra de Tolosa¹⁰⁰³, y otra suma igual de que el príncipe había respondido por él en el juego. Inmediatamente después de haber intentado aquellas dos acciones, instauró otra más importante y le intimó que diese cuenta de su administración mientras había sido canciller, así como de las rentas de todos los obispados y abadías vacantes y baronías que había administrado¹⁰⁰⁴. Representó el prelado que aquella demanda era imprevista, y que no estaba preparado para responder a ella, pero prometió que si se le concedía un término regular respondería de todos aquellos objetos. El rey insistió en que se le diesen seguridades y el primado suplicó al tribunal que le permitiese consultar a sus sufragáneos en un negocio tan grave¹⁰⁰⁵.

Por lo que sabemos del carácter de Enrique y de su vigilancia en todos los asuntos, es verosímil que cuando elevó a Becket al arzobispado de Canterbury estaba bien satisfecho de la administración de aquel favorito en el primer empleo que le había conferido; y por más que aquel prelado hubiese gastado mucho más de lo que daban de sí aquellos destinos, el rey sabía muy bien que aquel gasto no era reprobable y que la mayor parte se había empleado en su servicio¹⁰⁰⁶. Ya habían transcurrido dos años desde que Becket devolvió los sellos, sin que nadie le hubiese inquietado ni preguntado nada, y sólo cuando llegó el caso de la disputa sobre los privilegios eclesiásticos, se suscitó aquella pretensión de pedirle unas cuentas tan embrolladas, y eso ante un tribunal que acababa de manifestar sin disimulo su intención de oprimirle y perderle. No era posible que el primado encontrase fianzas para una suma tan exorbitante y tan incierta, que según el parecer

997 Fitz-Steph. pág. 37 y 42.

998 Hist. quadr. pág. 47. Hoveden, pág. 494.

999 Fitz-Steph. Pág. 37.

1000 Id. Id.

1001 Fitz-Steph. pág 36.

1002 Fitz-Steph. pág. 38.

1003 Hist. quadr. pág. 47.

1004 Hoveden, pág. 494. Diceto, pág. 437.

1005 Fitz-Steph. pág. 38.

1006 Hoveden, pág. 495

del rey, ascendía a 44 mil marcos¹⁰⁰⁷; y así los sufragáneos se vieron muy apurados para dar consejo en negocio tan arduo, y sólo el obispo de Winchester le sugirió ofrecer dos mil marcos con tal que en adelante no se le volviese a molestar; pero el rey no quiso admitir la oferta¹⁰⁰⁸. Algunos prelados le aconsejaron que renunciase su mitra en cambio de un finiquito general, y otros fueron de dictamen que se entregase a la misericordia de su señor¹⁰⁰⁹; pero cuanto más rigurosa era esta persecución, más se robustecía su valor para sostenerla sin debilidad, y así se determinó a hacer frente a todos sus enemigos, y descansando en la santidad de su carácter, unir su causa con la de Dios y la religión aguardando tranquilamente los últimos esfuerzos de la indignación del rey.

Después de haber pasado algunos días en deliberar, se fue Becket a la iglesia y celebró una misa, cuyo introito había mandado antes que principiase por estas palabras, *los príncipes se han levantado y han hablado contra mí*; pasaje consagrado a la festividad del mártir san Esteban, a quien se comparaba el primado tácitamente como que padecía por amor a la verdad¹⁰¹⁰. Desde allí se trasladó al palacio vestido con sus ornamentos pontificales, y luego que llegó a las puertas tomó el báculo y le llevó alzado delante de su persona como para que le sirviese de salvaguardia, y de esta manera siguió hasta la habitación del rey¹⁰¹¹. Hallábase este príncipe en un gabinete retirado, y al ver el aparato con que el primado parecía amenazarlos a él y a su corte con alguna sentencia de excomuniación, envió a algunos prelados a que le hiciesen presente la osadía de semejante paso. Estos le echaron en cara haberles arrastrado con su ejemplo a firmar las constituciones de Clarendon, y querer cuando ya era tarde, sacudir toda subordinación a la potestad civil y envolverlos en el crimen de violar las leyes establecidas con su consentimiento y ratificadas con sus firmas¹⁰¹². Respondió Becket que en efecto él había firmado las constituciones de Clarendon *lealmente, de buena fe y sin fraude ni reserva*; pero que siempre quedaba entendido en estas palabras, *salvos los derechos de la Iglesia*, y supuesto que él estaba ligado con la causa de Dios y de su Iglesia, no debía jamás estarlo por ningún otro juramento ni compromiso; que si ellos habían errado en renunciar los privilegios eclesiásticos, el mejor modo de expiar aquella culpa era retractar su promesa, que en semejante caso no podía ser obligatoria: que no debían reconocer en tales materias otra autoridad que la del papa, y que el pontífice había anulado solemnemente las tales constituciones y absuelto del juramento a los que habían jurado observarlas, que estaba probada hasta la evidencia, la resolución de oprimir a la iglesia, principiando a formarse la tempestad sobre su cabeza, puesto que por una falta tan ligera de suyo e imputada falsamente, se había visto tiránicamente condenado a una pena rigurosa; que después se le había suscitado un proceso inaudito sobre el cual no podía esperar justicia alguna; que en fin se miraba como una víctima elegida para preparar con su pérdida la próxima abrogación de todas las inmunidades del clero; que él prohibía terminantemente a todos los obispos sus sufragáneos que asistiesen a la actuación de semejante causa, ni que diesen su voto a ninguna sentencia contra él; que desde luego ponía su persona y su mitra bajo la protección del soberano pontífice y apelaba a su Santidad de todas las penas que quisiesen imponerle sus inicuos jueces; que por terrible que fuese la indignación de un monarca tan poderoso como Enrique, su espada solo podía matar el cuerpo, al paso que la de la iglesia, confiada en manos del primado, podía matar el alma y precipitar al indócil en las eternas llamas del infierno¹⁰¹³.

Destierro de Becket

Las apelaciones al papa aun en causas eclesiásticas, habían sido abolidas por las

1007 Epist. S. Thom. pág. 315.

1008 Fitz-Steph. pág. 39.

1009 Id. Id. Gervas. pág. 1890.

1010 Hist. quadr. pág. 53. Hoveden, pág. 494.

1011 Fitz-Steph. pág. 40.

1012 Fitz-Steph. pág. 85

1013 Fitz-Steph. pág. 42, 44, 45 y 46. Hist. quadr. pág. 57. Hoveden, pág. 495.

constituciones de Clarendon y venían a ser un nuevo crimen por la ley, pero una apelación en materia civil, cual era la demanda del rey contra Becket, era una osadía enteramente nueva, sin ejemplo y que tendía directamente a trastornar el gobierno. No se podía encontrar ni sombra de excusa sino en las apariencias de la resolución en que se suponía al rey y al gran consejo de consumir injustamente, pero con formas legales, la ruina del inflexible primado. Encontrando entonces Enrique un pretexto mejor para justificar los efectos de su resentimiento, hubiera sin duda llevado las cosas al último rigor; pero Becket no le dejó tiempo para perseguirle, sino que rehusando escuchar la sentencia que los barones, separados de los obispos, y unidos con algunos *sheriffs* y barones de segundo orden, habían pronunciado¹⁰¹⁴, se salió del palacio, pidió permiso al rey para retirarse de Northampton; y habiéndole negado el rey, se escapó furtivamente, anduvo errante algún tiempo disfrazado, y al fin se embarcó para Gravelines a donde llegó sin contratiempo alguno¹⁰¹⁵.

La injusta y violenta persecución ejercida contra Becket solo servía para inclinar al pueblo en su favor, y hacerle olvidar su primera ingratitud, la violación de sus promesas y juramentos, y la enormidad de los privilegios eclesiásticos de que se había declarado campeón. Otras razones hubo también que le daban consideración y apoyo en los países extranjeros; y así Felipe, conde de Flandes¹⁰¹⁶, y Luis rey de Francia¹⁰¹⁷, celosos de la grandeza de Enrique, se alegraban de suscitarle tropiezos y no paraban la consideración en que la causa actual era la de todos los soberanos, sino que afectaban compadecerse mucho del prelado expatriado. El mismo Luis le honró con una visita en Soissons, donde le había convidado a que fijase su residencia¹⁰¹⁸; mas el papa, como más inmediatamente interesado en apoyarle, recibió muy mal una embajada magnífica que le envió Enrique para acusar al primado, mientras que el pontífice le estaba colmando de distinciones en Sens, a donde se había dirigido para justificar su conducta al pie del trono pontificio¹⁰¹⁹. El rey se vengó con secuestrar las rentas del arzobispado de Canterbury y con observar una conducta que hubiera sido mirada como tiránica a estar entonces mejor deslindadas las prerrogativas de la autoridad real. Desterró a todos los parientes y criados del primado hasta el número de 400¹⁰²⁰, obligándolos antes de salir a prestar juramento de que irían inmediatamente a reunirse con su amo¹⁰²¹, pero semejante conducta, lejos de acelerar la ruina de Becket. como se proponía Enrique, produjo un efecto contrario a lo que deseaba. Al instante que aquellos desterrados atravesaron el mar; los absolvió el papa de su juramento y los distribuyó por diferentes conventos de Francia y de Flandes. También fijó la residencia de Becket en el monasterio de Pontigni¹⁰²², donde vivió durante algunos años con bastante esplendor, parte con una pensión que se le señaló sobre las rentas de aquella abadía y parte con los beneficios del monarca francés.

1165. Para hacer todavía más la corte al papa Alejandro, renunció Becket en sus manos el arzobispado de Canterbury para el cual pretendía no haber sido canónicamente elegido por un simple mandado del rey¹⁰²³; y Alejandro recompensó aquella deferencia a su autoridad, dándole de nuevo la investidura de aquella dignidad y arrogándose el derecho de anular por una bula la sentencia que el gran consejo había pronunciado contra el primado. Después de haber intentado en vano proporcionarse una conferencia con el papa que había salido para Roma., a donde le llamaba

1014 Fitz-Steph. pág. 46. Se supone que este historiador quiere hablar de los vasallos más considerables de los principales barones; mas estos vasallos no tenían derecho de asiento en el gran consejo, y sólo el admitirlos era ya una irregularidad palpable, sobre la cual sin embargo no reclamó Becket en ninguna de sus representaciones. Esta es una nueva prueba de cuán poco arraigadas estaban entonces las constituciones.

1015 Hist. quadr. pág. 60, 63 y 64. Hoveden, pág. 495.

1016 Epist. S. Thom. Pág. 35.

1017 Id pág. 36 y 37.

1018 Hist. quadr. pág. 76.

1019 Fitz-Steph. pág. 51. Hist. quadr. pág. 72, 73 y 77.

1020 Epist. S. Thom. pág. 766.

1021 Fitz-Steph. pág. 51 y 52. Hist. quadr. pág. 82.

1022 M. París, pág. 72.

1023 Fitz-Steph. pág. 51 y 52. Hist. quadr. pág. 79.

la feliz situación de sus negocios, tomó Enrique precauciones contra el rompimiento que se preparaba entre su reino y la santa Sede; y así envió edictos a todos sus ministros de justicia (1166) prohibiendo bajo penas severas toda apelación al papa o al arzobispo; prohibiendo igualmente que nadie recibiese orden de uno ni otro, ni recurrir en caso alguno a su autoridad, declarando traidor a cualquiera que publicase en su nombre entredicho en su reino; imponiendo contra los eclesiásticos seculares que se hiciesen culpables en este punto la pena de perder los ojos o su calidad de hombres; contra los regulares, la de cortarles los pies, y contra los legos la pena de muerte; amenazando con la confiscación de sus bienes y el destierro a las personas o familias que obedeciesen tales entredichos; y últimamente obligando a todos sus súbditos a que jurasen obedecer estas decisiones¹⁰²⁴. Importaban muchísimo estos edictos no sólo por interesarse en ellos las propiedades y la vida de sus súbditos, sino porque en el momento cambiaban la religión nacional rompiendo toda comunicación con Roma; y sin embargo pasaron por sola la autoridad del rey y como emanados enteramente de su voluntad suprema.

En la primitiva iglesia estaba la potestad espiritual subordinada en gran parte a la autoridad civil, pero era tal la independencia que había ido adquiriendo por un progreso insensible que ya no se contentaba con la igualdad. Aunque eran muy difíciles de determinar los límites de aquella jurisdicción, no hubiera sido imposible con un poco de moderación por ambas partes que hubiese podido el gobierno mantenerse en aquel estado de imperfección e irregularidad inseparables de todas las instituciones humanas; pero como la ignorancia del siglo servía maravillosamente a los eclesiásticos para aumentar diariamente sus privilegios y establecer máximas totalmente contrarias al gobierno civil¹⁰²⁵, creyó Enrique que ya había llegado el tiempo de poner coto a sus pretensiones y arreglar formalmente en un gran consejo la autoridad que correspondía al soberano y que él estaba bien resuelto a mantener. Para este efecto se vio precisado a recurrir a las antiguas prácticas¹⁰²⁶ que principiaban a ser abolidas por un uso contrario y encontraban los mayores obstáculos en las opiniones dominantes y en el modo de pensar de su tiempo. Estaba pues la regla por un lado y la autoridad por otro; de manera que si los ingleses se hubiesen guiado por su propia conciencia en vez de guiarse por sus intereses actuales, la disputa se hubiera decidido muy pronto contra Enrique por la deserción de sus súbditos. Para acelerar este resultado, preconizaba Becket en todas partes las violencias que había sufrido¹⁰²⁷, comparándose a Jesucristo, condenado como él por un tribunal de legos¹⁰²⁸, y a la sazón crucificado de nuevo por la opresión en que yacía su Iglesia, y así sentaba como principio incontestable que su causa era la causa de Dios¹⁰²⁹; y enarbolando el estandarte de defensor del patrimonio de la divinidad, pretendía ser padre espiritual del rey y de todo el pueblo de Inglaterra¹⁰³⁰. Hasta se atrevió a decir a Enrique que los reyes no reinaban más que por autorización de la iglesia¹⁰³¹, y aunque por su parte hubiese roto el velo más aun que Enrique por la suya, todavía el voto general de los eclesiásticos parecía asegurarle el triunfo en el combate¹⁰³². Sin embargo, atento siempre el rey a conservar en sus manos el poder temporal y a aprovechar las ocasiones de emplearle, suspendió el pago del penique de S. Pedro¹⁰³³, dio algunos pasos para unirse con el emperador Federico Barbarroja que estaba entonces en guerra con el papa Alejandro¹⁰³⁴, manifestó alguna inclinación a reconocer al antipapa Pascual III, protegido por el emperador¹⁰³⁵, y procuró por

1024 Hist. quadr. pág. 88 y 167. Hoveden, pág. 496. M. París. 73.

1025 ¿Quis dubitet, le decía Becket al rey, sacerdotes Christi regum et principum omniumque fidelium patres el magistros censerit? Epist. S. Thomae, pág. 87 y 148.

1026 Fitz-Steph. pág. 34. Hoveden, pág. 518.

1027 Fitz-Steph. pág. 58.

1028 Epist. S. Thom., pág. 63, 105 y 194.

1029 Ibidem. pág. 29, 30, 81 y 226.

1030 Fitz-Steph. pág. 46.

1031 Apend. de Brady, n.º 58. Epist. S. Thom. pág. 94

1032 Id. pág. 268 y 611.

1033 Id. pág. 219.

1034 Hist. quadr. pág. 88.

1035 Epist. S. Thom. pág. 106, 111 y 112.

medio de todos estos expedientes asustar al atrevido pero prudente pontífice, contra quien parecía querer llegar a los últimos rigores.

Empero el carácter violento de Becket, más aun que la naturaleza del altercado, impidió que los negocios permaneciesen largo tiempo en equilibrio entre las partes contrincantes, porque enardecido aquel prelado por espíritu de venganza, y embriagado con la gloria que recogía de su situación, llevó las cosas a una crisis decisiva. Publicó una censura por la cual excomulgaba nominativamente a los principales ministros del rey, y en general a todos los que favoreciesen u observasen las constituciones de Clarendon¹⁰³⁶; abrogó y anuló las dichas constituciones, absolvió del juramento a cualquiera que hubiese jurado conformarse con ellas y anunció que solo suspendía los rayos espirituales sobre la cabeza de Enrique para dejarle tiempo de evitar el golpe con un pronto arrepentimiento¹⁰³⁷.

Era tan desgraciada la situación de Enrique, que no podía recurrir a otros medios para libertar a sus ministros de tan terrible censura sino apelando al mismo papa, que era lo mismo que ponerse a la merced de un tribunal, cuya autoridad se había propuesto reducir precisamente en el artículo de apelaciones, y que sabía, a no dudar, que estaba enteramente decidido por su adversario¹⁰³⁸. Por otra parte este mismo expediente no podía ser eficaz por mucho tiempo; porque Becket había conseguido del papa una comisión de legado en Inglaterra¹⁰³⁹, y en virtud de aquella potestad, que no admitía apelación alguna¹⁰⁴⁰, intimó a los obispos de Londres, Salisbury y otros que le apoyasen, y mandó que en el espacio de dos meses fuesen reinstalados en sus beneficios todos los eclesiásticos que habían sido despojados de ellos¹⁰⁴¹. Entretanto Juan de Oxford, agente del rey en Roma, tuvo habilidad para conseguir la suspensión de aquella sentencia¹⁰⁴², dando tales esperanzas al pontífice de una reconciliación próxima entre el rey y Becket, que se enviaron dos legados, a saber, Guillermo de Pavía y Otón, a Normandía, donde se hallaba entonces Enrique, y se esforzaron en preparar los caminos para aquel acomodamiento¹⁰⁴³; pero eran demasiado opuestas las pretensiones de las dos partes para que fuese posible; como que el rey pedía que fuesen ratificadas todas las constituciones de Clarendon¹⁰⁴⁴; Becket, que ante todas cosas fuesen restablecidos en sus bienes y empleos él y todos sus partidarios¹⁰⁴⁵; y como los legados no tenían facultad para pronunciar juicio definitivo sobre uno y otro objeto, la negociación se redujo a nada¹⁰⁴⁶. El cardenal de Pavía, que estaba enteramente de parte del rey, procuraba también alargarla para ganar tiempo de ablandar al papa dándole cuenta de la conducta de aquel príncipe y procurando excitar la indulgencia posible de la corte de Roma. El crédito de aquel cardenal fue lo que proporcionó al rey en aquel mismo tiempo una dispensa para que se casase su tercer hijo Godofredo con la heredera de Bretaña, gracia que escandalizó mucho a Becket y a su protector el rey de Francia en razón de los perjuicios que estaba irrogando Enrique a la iglesia.

No menos embrolladas y confusas de lo que lo eran entonces las relaciones entre la corona y la mitra, lo eran los límites de la autoridad y dependencia entre un príncipe y sus vasallos, a causa de la poca claridad de la ley feudal; de suerte que todas o las más de las disputas que entonces ocasionaron tantas guerras, hubieran podido terminarse con un simple pleito ante un tribunal civil que hubiese tenido la fuerza necesaria para hacer ejecutar sus sentencias. Hallándose Enrique en el caso de ventilar una de estas diferencias con el conde de Auvèrnia, vasallo del duque de Guyena, había invadido el territorio del conde, quien accedió a la protección del rey de Francia, su señor

1036 Hoveden, pág. 506.

1037 Fitz-Steph. pág. 45.

1038 Epist. S. Thom. Pág. 166, 202, 203 y 254.

1039 Fitz-Steph. pág. 55.

1040 Epist. S. Thom. pág. 218.

1041 Id. pág. 182, 183, 218, 219 y 259.

1042 Id. pág. 403, 404 y 428.

1043 Id. pág. 309.

1044 Hoveden, pág. 517.

1045 M. París, pág. 74.

1046 Gervas. pág. 1043.

soberano, y encendió una guerra entre los dos monarcas: pero esta guerra fue, según costumbre, tan débil en sus operaciones como frívola en su causa y en su objeto, y después de haber ocasionado algunas tropelías de una y otra parte¹⁰⁴⁷ y algunos alzamientos de los barones del Poitou y de la Guyena, terminó con una paz, cuyas condiciones fueron desventajosas a Enrique y probaron que las contestaciones de aquel príncipe con la iglesia le habían hecho perder la superioridad que había tenido hasta entonces sobre la Francia, lo cual fue para él un nuevo motivo de buscar un acomodamiento.

Así el papa como el rey principiaron a convencerse de que en la situación actual de los negocios, ninguno de ellos podía aspirar a una victoria decisiva, y que más tenían que temer que no que esperar de la duración de su desavenencia; pues aunque Enrique hubiese afirmado su autoridad con el rigor de su administración en todos sus estados, podía titubear su trono con sola una sentencia de excomunión. Por más que la Inglaterra estuviese por su situación más defendida que otros estados de las preocupaciones supersticiosas, no sucedía lo mismo a las demás posesiones del continente que se hallaban en contacto inmediato con sus vecinos y expuestas a continuas revueltas y convulsiones¹⁰⁴⁸. Por tanto, no podía Enrique lisonjearse con razón de que el papa llegase nunca a reconocer formalmente las constituciones de Clarendon, porque con ellas solas quedaban aniquiladas todas las pretensiones de la santa Sede sobre Inglaterra. y se daba un ejemplo a las demás potencias, las cuales no tardarían en seguirle y adquirir igual independencia¹⁰⁴⁹; y por otra parte, el papa Alejandro, siempre en guerra con el emperador Federico (1168), tenía motivos para temer que Enrique se reuniera con su enemigo antes que abandonar unos derechos de tanta importancia¹⁰⁵⁰. Como hasta entonces no había producido gran efecto el ensayo que había hecho Becket de las armas espirituales¹⁰⁵¹, y todo había permanecido sosegado en los estados del rey, nada se tenía por imposible a la vigilancia y capacidad de tan gran monarca; por eso y por la disposición en que se hallaban los ánimos de una y otra parte, por efecto de las circunstancias, se hicieron frecuentes tentativas de acomodamiento: mas como los dos adversarios sabían muy bien que era imposible terminar por entonces los artículos esenciales de la disputa, conservaban una desconfianza recíproca y continua, temiendo perder la menor ventaja en la negociación¹⁰⁵².

Habiendo recibido los nuncios Graciano y Viriano una comisión para que procurasen conciliar las partes, tuvieron o una entrevista con el rey en Domfront, en Normandía¹⁰⁵³, y después que ya parecían ajustadas todas las diferencias, ofreció Enrique firmar el tratado añadiendo un *salvos los derechos de la corona*¹⁰⁵⁴, cuya adición dio tantas sospechas a Becket, que al fin llegó a ser infructuosa la negociación, y se renovaron las excomuniones contra los ministros de la corte de Inglaterra. Volvióse a entablar otra en Montmirail en presencia del rey de Francia y de los prelados franceses, en la cual Becket, a ejemplo de Enrique, prometió someterse con tal que se añadiese la cláusula *salvo el honor de Dios y de las libertades de la Iglesia*¹⁰⁵⁵, la cual por la misma razón desagradó mucho al rey e hizo abortar el tratado. Igualmente se rompió otra tercera conferencia (1169) celebrada bajo la misma mediación por la obstinación de Becket en insistir en la misma reserva. Últimamente se verificó la cuarta conferencia en que se convino en todos los términos; pero cuando Becket esperaba ser presentado al rey y recibir el ósculo de paz que los príncipes acostumbraban entonces a conceder y era mirado como prenda segura de una reconciliación sincera, rehusó Enrique dárselo al primado¹⁰⁵⁶ bajo pretexto de que en un arrebató de cólera, había hecho voto de no darle jamás esta señal de amistad. Bastó esta miserable disputa de fórmula en unos

1047 Hoveden, pág. 517. M. París, pág. 175. Diceto pág. 547.

1048 Epist. S. Thom. Pág. 250.

1049 Ibid. pág. 276.

1050 Fitz-Steph. pág 55. Hist. quadr. Pág. 75.

1051 Epist. S. Thom. pág. 241 y 254.

1052 M. París, pág. 85.

1053 Ibid. pág. 78.

1054 Rimer. tomo I. pág. 29.

1055 Fitz-Steph. pág. 58. Hist. quadr. pág. 95.

1056 Ibid. pág. 102. M. París, pág. 82.

ánimos tan acalorados para desbaratar la conclusión del tratado; y por más que quiso el papa desvanecer la dificultad absolviendo a Enrique de aquel voto indiscreto¹⁰⁵⁷, no pudo jamás reducir a aquel príncipe a separarse de la resolución tomada.

En una de aquellas conferencias a que se hallaba presente el rey de Francia, le dijo Enrique: «Muchos reyes ha habido en Inglaterra, de los cuales unos han sido más poderosos que yo y otros menos: también ha habido muchos arzobispos de Canterbury, hombres santos y prudentes, dignos de toda clase de respeto; pues ahora bien, con tal que Becket se conduzca conmigo con la misma sumisión con que el más grande de sus predecesores se condujo con el menor de los míos, se acabó toda disputa entre nosotros.»¹⁰⁵⁸ Fue tanta la impresión que hizo en Luis una proposición tan moderada y la oferta que hizo Enrique de someter su causa a la decisión del francés, que no pudo dejar de condenar al primado y entibiarse mucho con él durante algún tiempo, pero su animosidad común contra Enrique no tardó en restablecer su buena inteligencia¹⁰⁵⁹.

Acomodamiento con Becket

Al fin se ajustaron todas las dificultades entre las partes. (22 de julio de 1170), y el rey permitió a Becket que volviese a Inglaterra con condiciones que pudieran mirarse como honrosas y ventajosas a aquel prelado. No se le obligó a abandonar ninguno de los derechos de la iglesia, ni renunciar a ninguna de las pretensiones que habían originado el fondo de la disputa. Se convino un olvidar todas aquellas cuestiones, y en que se restablecería a Becket y a todos sus parciales en sus beneficios y dignidades, sin que hiciesen otro acto alguno de sumisión¹⁰⁶⁰; que hasta los poseedores de beneficios dependientes del arzobispado de Canterbury, que pudiesen haber sido promovidos durante la ausencia del primado, fuesen expulsos, y que Becket los reemplazase con quien quisiera¹⁰⁶¹; mas en cambio de aquellas concesiones que tanto ofendían el honor y dignidad de la corona, sólo obtuvo Enrique la ventaja de que fuesen absueltos sus ministros de la excomunión fulminada contra ellos y prevenir el entredicho que estaba preparado contra todos sus estados, si no se hubiesen aceptado aquellas condiciones¹⁰⁶². Fácil era de comprender hasta que punto temía un suceso semejante, cuando un príncipe tan altivo se sometía a un tratado tan vergonzoso por sólo libertarse de él.

Vuelta de Becket

Pero ni aun así consiguió la tranquilidad momentánea que se había propuesto adquirir, pues durante el calor de las discusiones con Becket y cuando todos los días se estaba temiendo un entredicho en sus estados, y tal vez una excomunión contra su persona, había creído el rey que era prudente asociar a su hijo Enrique a la corona y hacerle consagrar por manos de Roger, arzobispo de York¹⁰⁶³. Con aquella precaución aseguraba el derecho hereditario de aquel príncipe, que, atendidas las irregularidades anteriores sobre este artículo, se podía mirar como incierto; y por lo menos conservaba en el trono algún miembro de su familia en caso de que la sentencia de excomunión que temía se verificase, apartase a sus súbditos de la obediencia¹⁰⁶⁴. Por más secretamente que se hubiese manejado aquel negocio, y por más prisa que se hubiesen dado para su

1057 Fitz-Steph. pág. 68.

1058 Hist. quadr. pág. 95 Gervas. pág. 1405.

1059 Hist. quadr. pág. 99 y 100.

1060 Gervas., pág. 1443.

1061 Fitz-Steph. pág. 68 y 69. Hoveden, pág. 520.

1062 Hist. quadr. pág. 104.

1063 Hist. quadr. pág. 102 y 103.

1064 Fitz-Steph. pág. 65. P. Daniel, tomo, I. pág. 1247.

ejecución, no tardó en saberlo Beckel, y tan fogoso para oponerse a todas las providencias de Enrique como celoso del derecho exclusivo que pretendía tener como arzobispo de Canterbury de officiar en la coronación de los príncipes, había prohibido a todos los prelados de Inglaterra asistir a aquella ceremonia¹⁰⁶⁵, y héchose apoyar por un breve del papa para el mismo efecto¹⁰⁶⁶. Además consiguió del rey de Francia que protestase contra la coronación del joven Enrique, a menos que no fuese coronada al mismo tiempo la princesa hija de este monarca. Era opinión dominante en aquel siglo, así como otras supersticiones muy acreditadas, el mirar la consagración real como esencial para el ejercicio de la autoridad soberana¹⁰⁶⁷, y así parecía natural que el rey de Francia ocupado en el establecimiento de su hija¹⁰⁶⁸, y Becket celoso de las prerrogativas de su propia dignidad, pidiesen alguna satisfacción a Enrique sobre punto tan importante¹⁰⁶⁹. Enrique se excusó respecto de Luis de no haber hecho coronar a Margarita, con el secreto que había sido indispensable para conducir aquel negocio, y prometió que se renovarí­a la ceremonia en la persona del príncipe y la princesa¹⁰⁷⁰. Después le aseguró a Becket que no sólo Roger y los demás obispos repararían con su sumisión el ultraje aparente que se había hecho a la mitra de Canterbury, sino que para mayor satisfacción recobraría el prelado sus derechos oficiando en aquella segunda coronación. Becket, naturalmente orgulloso y ensoberbecido con el poder de la iglesia y con la victoria que había conseguido sobre su soberano, no se dio por contento con aquella compensación voluntaria y se propuso tomar en serio la injuria que pretendía haber recibido en términos de vengarse de todos sus enemigos.

A su llegada a Inglaterra, encontró al arzobispo de York y a los obispos de Londres y de Salisbury que iban a reunirse con el rey en Normandía, y notificó al arzobispo la sentencia de suspensión y a los otros dos obispos la de excomuni­ón, que había pronunciado contra ellos a instancias del papa¹⁰⁷¹. Habiendo sabido esta nueva osadía del primado, Reginaldo de Warena y Gervasio de Cornhill, dos jueces examinadores que iban dando la vuelta por la provincia de Kent, le preguntaron si trataba de volver a poner otra vez el reino a fuego y a sangre¹⁰⁷²; pero Becket, sin hacer caso de aquella reconvención, continuó su camino para ir a tomar posesión de su diócesis con toda la ostentación imaginable. En efecto, fue recibido con gritos y aclamaciones del pueblo, así en Rochester como en todas las ciudades de su tránsito¹⁰⁷³: luego que se acercó al arrabal de Southwark salieron el clero, los legos y gentes de todas clases y edades a recibirle, y celebraron su entrada triunfante con himnos y canciones¹⁰⁷⁴. Aunque estuviese obligado por las órdenes del joven príncipe que residía en Voodstok a volverse a su diócesis, vio que no se había engañado cuando contaba con la excesiva veneración del pueblo a su persona y dignidad: por tanto continuó con más intrepidez que nunca lanzando rayos espirituales y fulminó sentencia de excomuni­ón contra Roberto de Broc¹⁰⁷⁵, Nigel de Sackville y otros muchos prelados y ministros de los más considerables que habían asistido a la coronación del joven príncipe y tenido parte en las últimas persecuciones del clero. Estos violentos procedimientos, por los cuales declaraba la guerra al mismo rey, se atribuyen generalmente al carácter violento de Becket; pero como este prelado era notoriamente entendido, no debemos atribuirlos a solo su vehemencia y furor, sino a que conociendo cuales eran las intenciones de Enrique, había querido prevenir su ejecución con aquellos ataques tan osados como imprevistos.

Acababa el rey de convencerse por la experiencia que había hecho de las disposiciones de sus súbditos de que su empresa era demasiado atrevida en querer que prevaleciesen las constituciones de Clarendon, deslindar todos los ramos de la autoridad real, y arrancar de la iglesia de Inglaterra

1065 Hist. quadr. pág. 102 y 103.

1066 Hist. quadr. pág. 165. Epist. S. Thom. pág. 682.

1067 Epist. S. Thom. pág. 708.

1068 Brompton, pág. 1061.

1069 Gervas. pág. 1408.

1070 Hoveden, pág. 518.

1071 Epist. S. Thom. pág. 803 y 810.

1072 Fitz-Steph. pág. 73.

1073 Hist. quadr. pág. 118. Beaulieu, Vida de S. Tom. pág. 397.

1074 Fitz-Steph. pág. 73.

1075 Hoveden, pág. 518. Diceto, pág. 555.

así como del mismo papa una confesión formal de sus disputadas prerrogativas. Desengañado del mal efecto de su propia violencia en la tentativa de anonadar y subyugar al inflexible prelado, no estaba descontento de poder desenmarañar el hilo de su mal urdida trama, de que tantas ventajas habían sacado sus enemigos, y salir de apuros con una conducta ambigua, que era el triunfo mayor a que podían aspirar los soberanos de entonces en sus contestaciones con la corte de Roma: aunque resuelto a cesar en la persecución de Becket, siempre se reservaba el derecho de mantener que las constituciones de Clarendon, primitivo fundamento de la contienda, eran no solo las prácticas antiguas del reino, mas también leyes actuales.. Aunque no ignoraba que en la apelación del clero al papa se calificaban de impías en sí mismas y estaban abrogadas por sentencia del soberano pontífice, con todo eso se proponía afirmarlas a pesar de sus clamores¹⁰⁷⁶, y fiarse en su habilidad y en el curso de los sucesos de aquella peligrosa resolución. Esperaba que seis años de destierro habrían enseñado a Becket a tener mayor moderación en su resistencia, sobre todo luego que estuviese bien satisfecho el orgullo de aquel prelado con su restablecimiento: por lo menos contaba con que si se suscitaba alguna nueva tempestad, su causa sería más favorable y sostendría con más superioridad las prácticas antiguas e incontestables del reino contra las usurpaciones del clero una vez que ya tenía al primado en su poder¹⁰⁷⁷; pero Becket estaba muy determinado a no hacer traición a las inmunidades eclesiásticas con su complacencia¹⁰⁷⁸, y temiendo la profunda política de un príncipe que al fin conseguiría su objeto si no estaba muy atento a impedirlo, se propuso aprovecharse de la ventaja que por entonces tenía sobre él, y desconcertar a fuerza de rigor y vehemencia todas las precauciones que él pudiese tomar. Bien seguro el prelado del apoyo de Roma, no veía gran peligro que temer, y aun cuando lo hubiese, sobrepujaba en él a todo temor el ansia de gloria y de celebridad¹⁰⁷⁹.

Su asesinato

Cuando los prelados excomulgados y suspendidos llegaron a Bayeux, donde residía entonces el rey, y se quejaron de los violentos proceder de Becket¹⁰⁸⁰, conoció inmediatamente Enrique las consecuencias que eran de temer y vio que estaba trastornado su plan de operaciones, pues no podía menos de volver a encenderse de un modo decisivo la contienda entre el poder civil y el espiritual que él había suscitado a los principios y adormecido luego con sus últimas negociaciones¹⁰⁸¹. Díjole imprudentemente el arzobispo de York que mientras viviese Becket no tenía que esperar gozar de paz ni de sosiego alguno¹⁰⁸², y llevado Enrique de un raptó de cólera, dijo en alta voz que bastante desgracia tenía en ver que por falta de celo hacia su persona le dejaban sus amigos expuesto por tanto tiempo a los insultos de un prelado tan injusto como imperioso¹⁰⁸³. Oídas aquellas expresiones por cuatro caballeros que estaban presentes; Reginaldo Fitz-Urse, Guillermo de Tracy, Hugo de Moreville y Ricardo Brito, las interpretaron como una orden tácita de deshacerse de Becket, y habiendo conferenciado a solas sobre esta idea, juraron vengar a su señor y se retiraron secretamente de la corte¹⁰⁸⁴. Por algunas expresiones que soltaron antes de salir se sospechó el intento que llevaban, y aunque el rey les despachó un expreso prohibiéndoles que atentasen contra la persona del primado¹⁰⁸⁵, llegaron demasiado tarde sus órdenes para prevenir aquella fatal

1076 Epist. S. Thom. Pág. 837 y 839.

1077 Fitz-Steph., pág. 65.

(i) Hist quadr. pág. 115.

1078 Epist. S. Thom. pág. 345.

1079 Fitz-Steph. pág. 74.

1080 Epist. S. Thom. pág. 818 y 848.

1081 Ibid. pág. 1119.

1082 Fitz-Steph. pág. 78.

1083 Gervas. Pág. 1414.

1084 M. París, pág. 86.

1085 Hist. quadr. pág. 144.

resolución. Aunque los cuatro asesinos tomaron cada uno diferente camino, llegaron casi al mismo tiempo a Saltwoode, cerca de Canterbury¹⁰⁸⁶, de donde pasaron precipitadamente al palacio arzobispal, después de haber reunido algunas personas de confianza¹⁰⁸⁷. Encontraron al primado casi solo, porque confiado en la santidad de su carácter, no tenía sino muy pocos criados, y aunque se atrevieron a hacerle algunas reconvenções y amenazas, no se dejó sobrecoger del temor, y sin tomar precaución alguna contra ellos, se fue inmediatamente a vísperas a la iglesia de S. Benito. Fuéronse ellos detrás de él y le acometieron junto al altar (29 de diciembre), dándole muchos golpes en la cabeza que se la abrieron por diferentes partes, y se retiraron sin obstáculo¹⁰⁸⁸.

Tal fue el trágico fin de Tomás Beckel, prelado de un carácter el más intrépido e inflexible que ha existido jamás, capaz de encubrir a los ojos del mundo y probablemente de disimularse a sí mismo las empresas del orgullo y de la ambición bajo las apariencias de santidad y de celo por la piedad y la religión; personaje ciertamente extraordinario si hubiera permanecido en su primer empleo y dirigido la vehemencia de su carácter al cuidado de mantener las leyes de la justicia en lugar de adoptar las preocupaciones de la época, y de sacrificar sus obligaciones personales y los vínculos de la sociedad general, a otros que él miraba, o afectaba mirar, como superiores a todas las consideraciones políticas. Cualquiera que conozca el espíritu de aquel siglo, no podrá dudar con razón de la buena fe del prelado, porque era tan dominante la superstición, que alucinaba a cuantos no se tomaban el trabajo de raciocinar, y mucho más a los que por interés, por honor o por ambición se miraban como empeñados en sostenerla. La miserable literatura de aquellos tiempos no conducía a otro objeto, pues apenas se vislumbraban algunos destellos de sano juicio por entre las densas nubes de la ignorancia, o lo que todavía es peor, por entre las ilusiones de la ciencia pervertida, que semejantes a unos vapores groseros obscurecían el sol y tenían envuelta a la naturaleza entera. Los pocos que se preservaban del contagio general sólo debían aquella dicha a unos principios de que podían gloriarse, pues si permanecía libre su entendimiento, era más bien debido a su falta total de instrucción que al progreso de sus conocimientos. En todas las escuelas predominaba la locura no menos que en las iglesias, y sus súbditos se cubrían con el manto de filósofos y vestían las insignias de las dignidades eclesiásticas. Entre la inmensa colección de cartas que llevan el nombre de santo Tomás, se ve en todos los sectarios de aquel ambicioso prelado, no menos que en él mismo, una convicción completa y absoluta de la razón y piedad de su propio partido, como igualmente el mayor desprecio a todos sus antagonistas. La misma afectación y estilo pomposo emplean cuando se escriben unos a otros que cuando componen manifiestos para el público, y el mismo espíritu de venganza, de violencia y ambición que acompañaba a su conducta, en lugar de formar indicios contra su hipocresía, es la prueba más segura de su sincero apego a una causa que tanto lisonjeaba las pasiones dominantes.

Pesadumbre y sumisión del rey

A las primeras noticias que se dieron a Enrique de las violencias de Becket después de su vuelta, se proponía contenerlas, y aun había tomado algunas providencias para ello; pero la relación de la muerte de aquel prelado le puso en la mayor consternación, como quien comprendía todas las funestas consecuencias que eran de esperar de un suceso tan imprevisto. Un arzobispo de notoria santidad, asesinado delante del altar, en el ejercicio de sus sagradas funciones, por causa de su celo en defender los privilegios eclesiásticos, no podía menos de llegar a los últimos honores del martirio, al paso que su asesino sería clasificado entre los tiranos más sanguinarios que jamás han merecido el odio y la execración del linaje humano. Preveía Enrique que los entredichos y excomuniones, armas tan terribles de suyo, tendrían doble fuerza cuando se empleasen en una causa

1086 Fitz-Steph., pág. 78 y 79

1087 Gervas. pág. 1414.

1088 Hoveden, pág. 520.

tan propia para conmover las humanas pasiones y tan particularmente acomodada al género de elocuencia de los predicadores y declamadores populares.

En vano intentaría defender su inocencia asegurando que había ignorado el hecho, porque ya se le tendría por sobradamente culpable con sólo que la Iglesia le declarase tal; y su complicidad en el martirio de Becket, pasando a ser una opinión religiosa, sería recibida con tanto crédito como un artículo de fe. Estas reflexiones causaron al rey el más vivo dolor, y como tenía interés en disculparse de la menor sospecha, no trató de ocultarle¹⁰⁸⁹, sino antes bien se encerró en la soledad y no quiso siquiera ver la luz del sol, rehusando todo alimento durante tres días; y recelando sus cortesanos los peligrosos efectos de su desesperación, se vieron obligados a forzar su retiro. Procuraron darle todos los consuelos que pudo sugerirles su celo, le instaron a que tomase alimento, y le rogaron que pensara en precaverse de las consecuencias que con tanta razón había temido de la muerte del prelado.

El punto más importante para Enrique era convencer al papa de su inocencia, o más bien persuadir a su Santidad de que sacaría mayores ventajas de la sumisión de Inglaterra que de proceder con rigor contra el reino. Pasaron inmediatamente a Roma (1171) el arzobispo de Rouen, los obispos de Worcester, de Evreux y otros cinco de menos nombradía¹⁰⁹⁰, y se les mandó que hiciesen la mayor diligencia; pero mientras que el nombre y autoridad de aquella corte hacía temblar las comarcas más lejanas de Europa, sepultadas en la ignorancia y sin saber nada de su conducta ni de su carácter, el papa era tan poco reverenciado en sus propios estados, que los enemigos rodeaban las puertas de la capital y hasta se atrevían a querer reformar su gobierno. Aquellos embajadores que iban desde uno de los confines de Europa a presentarle las más humildes y bajas sumisiones del mayor potentado del mundo que se conocía en aquel siglo, tuvieron no pocas dificultades que vencer antes de llegar hasta el soberano pontífice para arrojarse a sus pies. Convinieron al fin en que Ricardo Barre se adelantaría y correría solo los riesgos de aquel paso¹⁰⁹¹ para prevenir las consecuencias que eran de recelar si se difería dar satisfacción a su Santidad. Cuando llegó supo que Alejandro estaba ya animado de la más viva indignación contra el rey; que los partidarios de Becket le instaban todos los días a que tomase venganza y que el rey de Francia le había exhortado a fulminar la más terrible sentencia contra la Inglaterra¹⁰⁹², y que el sacro colegio no oía pronunciar el nombre de Enrique sino con horror y execración¹⁰⁹³. Acercábase el jueves santo, día en que el papa acostumbraba a dictar maldiciones anuales contra sus enemigos, y se esperaba que Enrique recibiría todo el fuego de aquella artillería sagrada, que se asestarían todos sus tiros contra él, y que sería comprendido solemnemente en el número de los maldecidos por el santo padre¹⁰⁹⁴: pero Barre encontró medio de apaciguarle y de apartarle de una conducta que, en caso de no surtir todo el efecto que se deseaba, no era de fácil reparación para lo sucesivo. Publicóse pues el anatema sólo en general contra todos los autores, fautores o cómplices en la muerte de Becket¹⁰⁹⁵, y luego el abad de Valasse, los arcedianos de Salisbury y de Lisieux y los demás embajadores de Enrique que no tardaron en llegar, no sólo atestiguaron la inocencia de su príncipe, sino que hicieron juramento en presencia del consistorio reunido, de que sometería este negocio a la decisión del papa y obedecería cuanto su Santidad exigiese de él¹⁰⁹⁶. Así fue como se apartó diestramente el rayo, y fueron nombrados legados los cardenales Alberto y Teodino, con orden de que pasasen a Normandía para examinar aquella causa¹⁰⁹⁷. Aunque las posesiones de Enrique en el continente habían sido ya declaradas en entredicho por el arzobispo de Sens, gran partidario de Becket y

1089 Ipod. Neust. pág. 147. M. París, pág. 87.

1090 Hoveden, pág. 52.

1091 Hoveden, pág. 526.

1092 Ibid. pág. 525. Spelm. conc. tomo II, pág. 89.

1093 Hoveden, pág. 526.

1094 Ibid. pág. 527. Diceto, pág. 556.

1095 Gervas. pág. 1419.

1096 Diceto, pág. 557.

1097 Hoveden, pág. 523. Spelm. conc. tomo II, pág. 90.

legado del papa en Francia¹⁰⁹⁸, la esperanza en que se estaba de que aquel príncipe se disculparía de haber tomado parte en el asesinato del primado tenía suspensos a todos e impidió el peligroso efecto de aquella sentencia.

Por más que el furor del clero se hubiese felizmente alejado de Enrique, no por eso dejaba de ponderar los méritos del mártir y aclamarle superior al común de las víctimas de la fe, que en diferentes siglos cimentaron con su sangre los muros de la casa del Señor. En efecto, los demás santos sólo habían dado testimonio por sus sufrimientos a los dogmas del cristianismo; pero Becket había sacrificado su vida al poder y privilegios de la iglesia, y este mérito particular militaba en su favor y no en vano para hacer que se honrase convenientemente su memoria. Hiciéronse infinitos panegíricos de sus virtudes, y todavía fueron más numerosos, más extravagantes y más impudenteramente atestiguados los milagros consumados por sus cenizas, que cuantos se habían atribuido a los mártires y confesores celebrados anteriormente. Dos años después de su muerte, le canonizó el papa Alejandro¹⁰⁹⁹; se celebró un solemne jubileo en honor suyo; se colocó su cadáver en una caja magnífica, enriquecida con las ofrendas de toda la cristiandad; se hicieron peregrinaciones para implorar su intercesión con el Altísimo, y en solo un año fueron en Canterbury más de cien mil peregrinos a rendir homenaje a su sepultura. Triste lección será para los que tanto anhelan la fama tan justamente llamada *la última flaqueza de las almas grandes*, el considerar que ni el más sabio legislador, ni el más sublime ingenio, por más que hayan reformado o ilustrado al mundo, jamás podrán obtener un tributo de alabanzas semejante al que se prodigaba a un supuesto santo, cuya conducta había solido ser odiosa o muy despreciable en su origen, y cuya habilidad sólo se había empleado en objetos perniciosos al linaje humano. Sólo los conquistadores, esa plaga de la humanidad no menos digna de nuestro aborrecimiento, pueden aspirar al mismo grado de gloria y celebridad.

Antes de concluir el artículo de Tomás Becket, no será inútil hacer la observación de que el rey, durante su desavenencia con aquel prelado, estuvo más atento que nunca a manifestar su celo por la religión y a evitar todas las apariencias de descuido en este punto. Consintió en que se impusiese en su reino una contribución para la libertad de la Tierra santa, amenazada entonces por el famoso Saladino: esta contribución era de dos peniques por libra esterlina en el primer año, y de uno durante los cuatro siguientes¹¹⁰⁰. Casi todos los príncipes de Europa sufrieron este impuesto sobre sus súbditos y se le dio el nombre de *impuesto Saladino*.

Casi en la misma época llegaron de Alemania cerca de treinta herejes de ambos sexos bajo la dirección de un tal Gerardo, sin que ninguno de aquellos infelices ignorantes supiese dar razón de su doctrina; pero al mismo tiempo se declaraban prontos a sacrificar la vida por la opinión de su maestro. El único prosélito que hicieron en Inglaterra fue una mujer tan ignorante como ellos, y sin embargo dieron tanto que temer al clero, que se les entregó al brazo secular, se les marcó en la frente con un hierro incandescente y fueron azotados por todas las calles de la ciudad. Aquellos desgraciados mostraban regocijarse en su suplicio y cantaban entretanto: *Benditos seáis vosotros cuando los hombres os aborrecen y os persiguen*. Después de su castigo se los expulsó casi desnudos en el rigor del invierno, y perecieron de frío y hambre sin que nadie se atreviese ni quisiese darles el menor socorro. Ignoramos cuales fuesen las opiniones de aquellos pobres cuitados, porque sería imprudente referirse a lo que aseguran los eclesiásticos de que negaban la eficacia de los sacramentos y la unidad de la iglesia. Es verosímil que los puntos en que se apartaban de la ortodoxia fuesen menos importantes; pero es cierto que fueron los primeros a quienes se castigó en Inglaterra por causa de herejía¹¹⁰¹.

Luego que Enrique cesó de considerarse inmediatamente expuesto a los rayos del Vaticano, emprendió una expedición contra Irlanda, cuyo proyecto había formado hacía mucho tiempo y por medio del cual se prometía recobrar su crédito, no poco menoscabado con lo ocurrido últimamente

1098 Epist. S. Thom pág. 880

1099 Epist. S. Thom. pág. 880. Diceto, pág. 569

1100 Crón. Gervas. Pág. 1398. M. París, pág. 74.

1101 Neubr. Pág. 391. M. París, pág. 74. Heming, pág. 494.

entre él y la jerarquía.

IX. Enrique II (continuación)

Estado de Irlanda

Así como la Bretaña fue primitivamente poblada por las Galias, así probablemente la Irlanda lo fue por la Bretaña, y parece que los pobladores de todos aquellos países fueron colonias de los celtas, cuyo origen asciende a una antigüedad desconocida a la historia y a la tradición. Desde los principios los irlandeses habían estado sumergidos en las más profundas tinieblas de la barbarie y de la ignorancia. Como los romanos, por quienes se civilizaron todas las naciones occidentales, no los habían ni conquistado, ni siquiera invadido, perseveraron en el estado de sociedad más grosero e informe, y no se distinguían más que por aquellos vicios a que está sujeta la naturaleza humana mientras no la corrige la educación o la reprimen las leyes. Los pequeños principados en que estaba dividida la Irlanda ejercían rapiñas y perpetuas violencias unos contra otros. La incierta sucesión de sus príncipes era un perenne e inagotable manantial de disturbios intestinos: el derecho de cada uno de aquellos soberanos no se fundaba ordinariamente más que en el asesinato de su predecesor; el valor y la fuerza, aunque mancillados en notorios crímenes, eran más honrados que las virtudes pacíficas, y aquellos feroces pueblos desconocían casi enteramente las artes más sencillas de la vida, y hasta la labranza y toda especie de agricultura. Habían sufrido las invasiones de los daneses y de los otros pueblos del norte, pero aquellas invasiones, que sumergieron a tantos otros pueblos de Europa en la barbarie, debían más bien sacar de ella a los irlandeses, más bárbaros todavía que sus enemigos, y en efecto las únicas ciudades que existían en Irlanda habían sido edificadas a lo largo de las costas por los piratas de Noruega y Dinamarca. Los demás moradores no se ocupaban más que en el pastoreo en el país llano, se refugiaban en sus selvas y sus pantanos al menor peligro que los amenazaba, y siempre divididos por sus mutuas animosidades, cuidaban mucho más de hacerse daño recíprocamente que de velar por el interés común o aun particular.

Bajo el reinado de Enrique II, además de muchas pequeñas tribus, había en Irlanda cinco soberanías principales, Munster, Leinster, Meath, Ulster y Connaught. Como era costumbre que uno u otro de aquellos soberanos reasumiese el mando sobre todos en tiempo de guerra, casi siempre había algún príncipe que parecía ser monarca de Irlanda. Roderick o Rodrigo O' Connor, rey de Connaught, estaba entonces revestido de aquella dignidad,¹¹⁰² pero su autoridad, poco respetada aun en su propio territorio, no era capaz de avasallar a aquellos pueblos hasta el punto de hacerles tomar unánimemente medidas para el establecimiento del orden, o para su defensa común contra el enemigo extranjero. Habíase despertado la ambición de Enrique, desde el principio de su reinado, a la idea de las ventajas que hallaría en subyugar la Irlanda, y sólo le faltaba un pretexto para atacar a una nación que, siempre confinada en su isla, nunca había dado motivo alguno de queja a sus vecinos. Recurrió, pues el rey a Roma, que se arrogaba el derecho de disponer de los reinos y de los imperios, no previendo las contiendas que tendría algún día que sostener contra la santa sede; y por ventajas presentes, o mas bien imaginarias, contribuyó a sancionar unas pretensiones que ya habían llegado a ser peligrosas para todos los soberanos. Adriano III, que ocupaba entonces la silla pontificia, era inglés de nacimiento, y dispuesto ya por esta razón a ayudar a Enrique, fácilmente le persuadieron que obrase como señor del mundo, y sometiese, sin gastos ni riesgo, una grande isla a su jurisdicción espiritual. Varios misioneros de Bretaña habían en otro tiempo convertido imperfectamente a los irlandeses al cristianismo, y, cosa que el papa miraba como la prueba más segura de la falta de su conversión, seguían las opiniones de sus primeros catequistas, y no

1102 Hoveden, pág. 527.

reconocían a la santa sede ninguna preeminencia. Adriano, en 1156, expidió en conformidad una bula a favor de Enrique, en la cual después de elogiar los afanes que siempre se había tomado aquel príncipe por extender la Iglesia de Dios sobre la tierra, y para aumentar el número de los santos y de los elegidos en el cielo, representa el intento de subyugar la Irlanda como una consecuencia de aquel piadoso celo; considera la atención del rey en solicitar primero la sanción de la silla apostólica, como la más segura prenda del triunfo, establece como punto incontestable, que todos los reinos cristianos pertenecen al patrimonio de San Pedro; reconoce que es de su deber difundir entre ellos las semillas del Evangelio que podrán, en el postrero día, fructificar en beneficio de su salvación eterna, y exhorta al rey a apoderarse de Irlanda para extirpar de aquel suelo los vicios y la corrupción. y obligar a los moradores a pagar anualmente un penique por cada casa a la silla de Roma; da al príncipe inglés todo derecho y toda autoridad sobre aquella isla, y manda a los isleños que le obedezcan como a su soberano; concede en fin plenos poderes a todos los piadosos instrumentos que Enrique crea necesario emplear en una empresa consagrada a la gloria de Dios y al bien de las almas¹¹⁰³. Enrique, sin embargo, aunque armado de aquella autoridad, no empezó todavía la ejecución de su proyecto, por hallarse retenido en el continente por asuntos más urgentes y preferir aguardar circunstancias más favorables.

Dermot Macmorrogh, rey de Leinster, se había hecho tan odioso a sus vasallos por el exceso de su tiranía, que aprovecharon con ardor la primera ocasión de sacudir un yugo cuyo peso no podían ya soportar. Hubíase enamorado aquel príncipe de Dovergilda, esposa de Ororico, rey de Breffny, y aprovechándose de la ausencia de su marido que, precisado a ir a visitar una de sus provincias lejanas, había creído dejar en seguridad a la reina en una isla rodeada de pantanos, Dermot la atacó de improviso y robó a la princesa¹¹⁰⁴. Esta fechoría, aunque bastante familiar a los irlandeses, y aun considerada por ellos como una prueba de galantería y destreza¹¹⁰⁵, irritó en el más alto punto al esposo ultrajado: Ororico emprendió vengarse, reunió sus fuerzas, las aumentó con la alianza de Rodrigo, rey de Connaught, entró en los estados de Dermot y le echó de ellos. Recurrió el príncipe despojado a Enrique, que se hallaba entonces en Guyena, imploró su asistencia para recobrar el trono, y le ofreció, en caso de triunfo, poner a su reino en vasallaje de la corona de Inglaterra. Enrique, que ya había vuelto sus miras a la adquisición de Irlanda, se apresuró a aceptar aquella oferta, pero como se hallaba entonces ocupado por la rebelión de sus súbditos franceses y por su contienda con el santo padre, difirió arriesgarse a una nueva empresa: el único auxilio que pudo dar a Dermot fue unas cartas patentes en virtud de las cuales permitía a sus vasallos ayudar al príncipe irlandés a recobrar sus dominios¹¹⁰⁶. Dermot, autorizado por aquellas cartas, pasó a Bristol, y después de haber intentado algún tiempo en vano alistar aventureros del país para aquella expedición, ajustó al fin un tratado con Ricardo, apellidado Strongbow, conde de Strigul. Este gran señor, descendiente de la ilustre casa de Clare, había disipado su caudal en dispendiosos placeres. y no teniendo ya nada que perder, estaba pronto a emprenderlo todo, y así dio su palabra de socorrer a Dermot, a condición de que este príncipe le concedería la mano de su hija Eva, y le declararía heredero de sus estados¹¹⁰⁷. Mientras Ricardo reunía sus tropas, Dermot fue al país de Gales, se abocó allí con Roberto Fitz-Stephens, gobernador de Abertivi, y Mauricio Fitz-Gerald, y a ambos los empeñó en su servicio para la invasión de Irlanda. Seguro de tales auxilios, volvióse a su país, y escondiéndose en el monasterio de Ferner, que había fundado (porque aquel bergante fue también fundador de monasterios), hizo todos sus preparativos para recibir a sus aliados ingleses¹¹⁰⁸.

1103 Mat. París, pág. 67. Girald. Camb. Spcl, conc. tomo II. pág. 51. Rymer tomo 1. pág. 15.

1104 Girald. Camb. Pág. 760.

1105 Spencer tomo VI.

1106 Girald. Camb. pág. 760.

1107 Girald. Camb. Pág. 761.

1108 Id.

Conquista de esta isla

Pronto estuvieron listas las tropas de Fitz-Stephens, quien desembarcó en Irlanda con treinta caballeros, sesenta escuderos, y trescientos arqueros: este pequeño escuadrón, compuesto de hombres valientes bastante bien disciplinados, y completamente armados, cosa casi inaudita en Irlanda, esparció la mayor consternación entre aquellos pueblos bárbaros, que se creyeron a punto de una revolución terrible. Agregósele a poco Mauricio de Pendergast, al frente de diez caballeros y sesenta arqueros, con cuyo refuerzo pudo Fitz Stephens sitiar a Wexford, pueblo habitado por los daneses, y después de haber ganado una batalla, se apoderó de la plaza¹¹⁰⁹. Inmediatamente después llegó Fitz-Gerald, seguido de diez caballeros, treinta escuderos, y cien arqueros¹¹¹⁰, y habiéndosele agregado los primeros aventureros, hallóse con fuerzas a que nada podía resistir en Irlanda. Roderico, el monarca en jefe de aquella isla, fue derrotado en varios encuentros; el príncipe de Ossory se sometió y dio rehenes para seguridad de su futura conducta, y Dermot, poco satisfecho todavía de verse restablecido en su reino de Leinster, proyectó destronar a Roderico, y aspiró al dominio general de la isla.

Para llevar adelante sus nuevas miras, despachó un correo al conde de Strigul, e intimándole que cumpliera su promesa, le manifestó las ventajas que les haría obtener en aquel momento un refuerzo de tropas inglesas. Ricardo, poco contento de la vaga libertad que había dado Enrique a sus vasallos para alistarse en aquella expedición, pasó a verle a Normandía, y no habiendo obtenido tampoco entonces más que una licencia fría y ambigua, se preparó a ejecutar su proyecto. Envió primeramente a Raimundo, gentilhombre de su comitiva, con diez caballeros y setenta arqueros, aportaron cerca de Waterford y derrotaron un cuerpo de tres mil irlandeses que osó embestirlos¹¹¹¹; y como dos días después fue Ricardo en persona, acompañado de doscientos caballos y cien arqueros, estas tropas reunidas a los ingleses victoriosos, se apoderaron de Waterford, y marcharon sobre Dublín, que tomaron por asalto, de lo que se vengó Roderico haciendo degollar al hijo de Dermot, que le había sido entregado en rehenes. Ricardo se casó con Eva, y dueño, poco después, del reino de Leinster, por muerte de Dermot, dispúsose a extender su dominio sobre toda Irlanda. Roderico y los otros príncipes irlandeses, inquietos en vista de su peligro común, unieron sus fuerzas y sitiaron a Dublín con un ejército de treinta mil hombres, pero el conde Ricardo hizo una salida imprevista al frente de noventa caballeros y de sus comitivas, puso en derrota a aquel numeroso ejército, le echó del campo de batalla y le persiguió haciendo en él gran matanza. Desde entonces nadie en Irlanda osó resistirse a los ingleses¹¹¹².

Receloso Enrique de los progresos que hacían sus vasallos, los llamó a todos a Inglaterra, e hizo sus preparativos para invadir en persona Irlanda¹¹¹³; pero Ricardo y los otros voluntarios hallaron medio de sosegarle, haciéndole las más humildes sumisiones, y ofreciéndole rendir pleito homenaje a su corona de todas sus adquisiciones¹¹¹⁴. Desembarcó el rey en Irlanda al frente de quinientos caballeros, amén de los demás soldados, y halló a los irlandeses tan desalentados por sus últimos reveses, que mientras penetraba en la isla no tuvo otra ocupación que la de recibir el homenaje de sus nuevos vasallos- Dejó a casi todos los *chieftains*, o príncipes irlandeses en posesión de sus antiguos territorios, dio algunas tierras a los aventureros ingleses, honró con el cargo de senescal de Irlanda al conde Ricardo, y después de una residencia de pocos meses, se volvió triunfante a Inglaterra. Con estos insignificantes triunfos que apenas merecían referirse a no ser por la importancia de la conquista, quedó subyugada y unida la Irlanda al reino de Inglaterra.

La pobreza del comercio y de la industria en aquellos remotos tiempos imposibilitaba a los príncipes sostener ejércitos regulares capaces de contener en el deber a los países conquistados.

1109 Id. pág. 761 y 762.

1110 Id. pág. 766.

1111 Id. pág. 767.

1112 Girald. Camb. pág. 713.

1113 Id. pág. 770.

1114 Id. pág. 775.

Todavía podían menos proveer a aquel gasto la barbarie y suma pobreza de Irlanda: el único expediente que había entonces para hacer conquistas duraderas o para conservarlas, era llevar a los países vencidos nuevos habitantes, establecerlos en todos los empleos que dan autoridad, repartir entre ellos las tierras, y transformar de esta suerte a los naturales de un país en un pueblo nuevo. Solo merced a esta política habían logrado los antiguos conquistadores arrojados del norte, y últimamente el duque de Normandía, establecer su dominio, y erigir sobre sólidos cimientos reinos que pudieron transmitir a su posteridad; pero el estado actual de Irlanda hacía tan poco agradable la residencia en aquel país a los ingleses, que sólo aquellos que nada absolutamente poseían podían dejarse persuadir¹¹¹⁵. En vez de civilizar las groseras costumbres de los naturales adoptáronlas ellos insensiblemente y abandonaron las de su nación. También se consideró necesario dar una autoridad absoluta y militar a jefes que mandaban un puñado de hombres establecidos en medio de una multitud enemiga, y al cabo de poco tiempo las leyes y la equidad llegaron a ser tan desconocidas en las colonias de ingleses, como lo habían sido siempre en las tribus irlandesas. Erigiéronse palatinados en favor de los nuevos aventureros a quienes se hizo independientes; los naturales, amedrentados más bien que enteramente domados, conservaron toda su animosidad contra sus vencedores, los efectos de su rencor provocaron represalias, y merced a todas estas causas reunidas, los irlandeses continuaron siempre toscos e intratables en el transcurso de cuatro siglos. Hasta fines del reinado de Isabel no se subyugó enteramente a la Irlanda, y sólo bajo el sucesor de esta princesa pudo esperarse hacer útil aquella conquista para la nación inglesa.

Reconciliación del rey con la corte de Roma

La fácil y pronta sumisión de los irlandeses nada dejaba ya que hacer a Enrique en su isla, pero todavía contribuyó a sacarle de ella otro incidente de la mayor importancia para sus intereses y su seguridad. Los dos legados Alberto y Teodino, a quienes se había cometido el examen de su conducta en el asunto del asesinato del arzobispo Becket, habían llegado a Normandía, e impacientes por la tardanza del rey le escribieron cartas llenas de amenazas si difería comparecer ante su presencia¹¹¹⁶, con lo que aceleró su regreso y tuvo con ellos en Savigny una conferencia, en la que fueron tan exorbitantes las primeras exigencias de los prelados, que rompió la negociación, y los amenazó con volverse a Irlanda, desafiándolos a que intentasen cosa alguna contra él. Conocieron entonces los legados que ya había pasado el momento de prevalecerse en ventaja propia de aquel trágico suceso, que si se hubiera perseguido con calor en un principio con entredichos y excomuniones, hubiera puesto a todo el reino en combustión; pero como el tiempo que, por buena dicha, había ganado Enrique, había contribuido a sosegar los ánimos, el asesinato del prelado no podía ya tener la misma influencia sobre ellos como cuando estaba reciente. Como por días esperaba el clero un acomodamiento con el rey, no se había opuesto a los esfuerzos que hicieron los partidarios de Enrique para justificar a este príncipe en la opinión pública, difundiendo por el pueblo la voz de que no había tenido ninguna participación en aquel crimen y de que ignoraba la resolución de los asesinos, con lo que se hallaron los legados en la precisión de rebajar mucho de sus pretensiones, y el rey fue bastante feliz para ajustar su reconciliación con la Iglesia.

Juró sobre las reliquias que lejos de haber decretado o deseado la muerte del arzobispo, se había afligido profundamente al saberla; pero como el calor con que se había opuesto a la conducta del prelado podía haber dado ocasión a su muerte, estipuló las siguientes condiciones en expiación de su culpa. Prometió perdonar a todos los que habían sido desterrados como parciales de Becket, y restablecerlos en sus beneficios; volver al arzobispado de Canterbury todas sus antiguas posesiones; dar una suma de dinero a la orden de los templarios, suficiente para el sostén de doscientos caballeros, durante un año, en la Tierra Santa; cruzarse él personalmente en la próxima Navidad, y

1115 Brompton, pág. 1069. Gul. Nenbr. pág. 403.

1116 Girald. Camb. pág. 778.

si el papa lo exigía, servir tres años contra los infieles, o en España o en Palestina; no volver a insistir sobre la observancia de cualesquiera prácticas derogatorias de los privilegios eclesiásticos, como se había intentado en su tiempo; no oponerse a las apelaciones a la corte de Roma, en las causas eclesiásticas, y contentarse con exigir de los eclesiásticos que saliesen del reino para proveer a sus apelaciones, las convenientes seguridades de que nada emprenderían contra los derechos de su corona¹¹¹⁷. Después de haber firmado estos convenios, fue absuelto Enrique por los legados, quienes le confirmaron el don que le había hecho Adriano de la Irlanda¹¹¹⁸, y nada prueba mejor la suma habilidad de aquel monarca, que el haber sabido salir de tan peligroso paso con condiciones tan blandas. Siempre había sostenido el rey, que las constituciones de Clarendon no contenían más que las antiguas prácticas del reino, y a pesar de los artículos de su reconciliación, siempre estaba en libertad de llevar adelante sus pretensiones sobre este punto, pues aunque es verdad que, en virtud de su tratado, las apelaciones a Roma eran lícitas, también, por el mismo, le quedaba el derecho de exigir de las partes seguridades suficientes, y podía extender sus demandas, sobre este particular, cuanto quisiese, y claro está que de él solo dependía privar a su Santidad de las ventajas que se proponía sacar de aquella aparente concesión: en suma, las constituciones de Clarendon seguían siempre siendo leyes del reino. Tan ajenos estaban el soberano pontífice y sus legados de que pudiese tener límites legales la autoridad del rey que, satisfechos de verle abandonar en aquel tratado uno de los principales artículos de las constituciones de Clarendon, no pidieron la ratificación de los estados de Inglaterra.

Desembarazado Enrique de aquellos peligrosos altercados con los eclesiásticos y con la corte de Roma, parecía haber llegado a la cima de la grandeza y de la felicidad humana, y ser tan feliz en su situación doméstica como en su gobierno político; una numerosa prole de hijos e hijas daba realce y apoyo a su corona, alejaba el peligro de una sucesión incierta, y reprimía todas las pretensiones de la nobleza ambiciosa. La precaución que había tenido aquel príncipe de establecer a diferentes ramas de su familia, era la más a propósito para ahuyentar toda envidia entre los hermanos, y perpetuar la grandeza de su casa. Había designado a Enrique, su hijo primogénito, para sucederle en el reino de Inglaterra, el ducado de Normandía, los condados de Anjou, Maine y Turena, provincias contiguas y que, por este medio, podían apoyarse mutuamente contra las revueltas intestinas y las invasiones extranjeras; Ricardo, su hijo segundo, tenía por infantazgo el ducado de Guyena y el condado de Poitou; Godofredo, el tercero, había heredado por su mujer el ducado de Bretaña; y la nueva conquista de Irlanda estaba reservada para formar el heredamiento de Juan, su cuarto hijo. Había además Enrique negociado en favor de este joven príncipe un casamiento con Adelaida, hija única de Humberto, conde de Saboya y de Moriena, que debía llevar en dote considerables tierras en el Piamonte, la Saboya, la Bresa y el Delfinado¹¹¹⁹; pero tanta elevación excitó la inquietud y la envidia de todos sus vecinos, quienes hicieron a aquellos mismos hijos cuya fortuna había labrado con tan paternal desvelo, artífices y fautores de las pesadumbres que amargaron lo restante de su vida y opusieron mil obstáculos a su gobierno.

El príncipe Enrique, que frisaba ya en la edad viril, pronto empezó a desplegar su animosa índole y manifestar que aspiraba a la independencia: valiente, ambicioso, liberal, espléndido y afable, ostentaba con vistoso alarde estas brillantes prendas que tanto realzan la juventud, que anuncian tan alta fortuna, pero que son también presagios de las más grandes calamidades¹¹²⁰ cuando no las templan la sensatez de la edad madura. Cuéntase que cuando fue consagrado aquel príncipe, su padre, para dar más majestad a la ceremonia, le sirvió a la mesa como uno de sus oficiales, y le hizo notar que jamás rey alguno había sido servido más regiamente. «Nada tiene de extraño», dijo el joven Enrique a uno de sus cortesanos, «que el hijo de un conde sirva al hijo de un rey.» Estas expresiones que podían pasar por una broma o tal vez por un cumplimiento indirecto a su padre, se consideraron sin embargo como el síntoma de un carácter ambicioso, y pronto su

1117 Mat. París, pág. 88. Benedict. Abbas. pág.34. Hoveden. pág 529. Diceto, pág. 561. Crón. Gervas. pág. 1422.

1118 Brompton, pág. 1071. lib Nig. Scac. pág. 847.

1119 Ipod. Neustria, pág. 448. Benedict. Abbas, pág. 38.

1120 Crón. Gervase, pág. 1463.

conducta justificó esta conjetura.

Rebelión del joven Enrique, y de sus hermanos.

Con arreglo a la promesa hecha al papa y al rey de Francia, Enrique consintió en que su hijo fuese coronado de nuevo por manos del arzobispo de Rouen, y asoció a la princesa Margarita, esposa del joven príncipe, a la ceremonia¹¹²¹. Permióle en seguida (1173) que fuese a París a visitar a su suegro, quien aprovechó aquella ocasión para inspirar a su yerno los sentimientos de ambición a que ya propendía él demasiado¹¹²². Aunque desde que la raza de los Capetos había ascendido al solio, era uso constante en Francia coronar al hijo en vida del padre, sin que por eso resultase ningún repartimiento de la autoridad real, Luis persuadió a su yerno que, por aquella ceremonia, considerada entonces como tan importante, había adquirido un derecho al ejercicio de la soberanía, y que el rey su padre no podía, sin injusticia, dejar de cederle sus estados, o a lo menos una parte de ellos. A consecuencia de esta extravagante idea, el joven Enrique, a su regreso, pidió al rey que le entregase o el reino de Inglaterra o el ducado de Normandía; mostróse muy descontento de la repulsa de su padre, habló de él con sumo desacato, y poco tiempo después, como lo había concertado con Luis, pasó furtivamente a París, donde le sostuvo y protegió el monarca francés.

Mientras que Enrique cuidadoso de aquel suceso, contaba con manejos difíciles de desentrañar y acaso con una guerra que, cualquiera que fuera su resultado, no podía menos de afligirle e inquietarle mucho, recibió la noticia de una nueva desgracia muy propia para causarle el más vivo dolor. La reina Leonor, cuyas liviandades habían dado ocasión a su divorcio con su primer marido, no atormentaba menos al segundo con sus celos, llevando de esta suerte al extremo en diferentes periodos de su vida todas las flaquezas de su sexo. Comunicó su descontento contra Enrique a sus dos hijos menores, Godofredo y Ricardo, y les persuadió que tenían derecho para exigir también la posesión inmediata de los estados que les había asignado, excitándolos a retirarse secretamente a Francia, donde también ella pensaba refugiarse, a cuyo intento se había disfrazado ya de hombre, cuando fue presa y encerrada por orden del rey. De esta suerte vio Europa con asombro, por una parte, al mejor y más indulgente de los padres y de los maridos en guerra con toda su familia, y por otra a tres hijos llegados apenas a la edad de la adolescencia, exigir de un monarca en todo el vigor de la edad y en el colmo de su gloria que se destronase a sí mismo en su favor, y a varios príncipes sostenerlos sin vergüenza en aquellas absurdas y desnaturalizadas pretensiones.

Reducido a una situación tan desagradable y peligrosa, recurrió Enrique a la corte de Roma. A pesar de los inconvenientes que veía en la intervención de la autoridad eclesiástica en los asuntos temporales, dirigióse al papa, como a su Señor superior, para que excomulgase a sus enemigos, a fin de que aquellas censuras redujesen a la obediencia a unos hijos rebeldes a quienes le hubiera sido harto doloroso castigar con el rigor de la ley¹¹²³. Alejandro, contentísimo de hallar tan favorable ocasión para ejercer su potestad, concedió las bulas que le pedía el rey, pero pronto se vio que aquellas armas espirituales no tenían la misma eficacia que cuando las empleaba la Iglesia en su propia causa, y que el clero no se daba mucha prisa a apoyar una sentencia, cuyo principal objeto no era el interés directo de los eclesiásticos. Después de haber dado aquel humillante paso, tuvo el rey que tomar las armas y que costear aquellas especies de tropas mercenarias, recurso ordinario de los tiranos, y que rara vez habían servido a un monarca tan justo y prudente como él.

La debilidad del gobierno en todos los estados de Europa, las guerras particulares entre los

1121 Hoveden, pág. 529. Trivet, pág. 58.—Parece por lo que dice Madox en la historia del Exchequer, que los trajes de seda eran conocidos en Inglaterra, y que el vestido de la coronación del joven Enrique y de la reina costó más de 87 libras de moneda de aquel tiempo.

1122 Girald. Camb. pág. 782.

1123 Epist. Petr. Bles. Epist. 136, in Biblioth. Patr. tomo XXIV, pág. 1048. Estas fueron sus palabras. *Vestrae jurisdictionis est regnum Angliae et quantum ad feudatorii juris obligationem vobis duntavat obnoxius teneor.* Las mismas expresiones se hallan en Rymer, tomo I. pág. 35, y en Trivet, tomo I. pág. 62.

grandes señores vecinos, la imposibilidad de aplicar con mano firme la ejecución general de las leyes, habían alentado a una multitud de bandidos a turbar el sosiego público, a infestar los caminos, a saquear los campos, a despreciar todos los esfuerzos de la autoridad civil, y aun las excomuniones de la Iglesia fulminadas contra ellos¹¹²⁴: numerosas cuadrillas de aquellos vagamundos se alistaban ya al servicio de un príncipe o de un barón, ya al de otro; muchas veces guerreaban por su propio respeto, y de un modo independiente, capitaneados por los jefes que ellos mismos se elegían: los habitantes industriosos y pacíficos, reducidos a la indigencia por las rapiñas de aquellos bandoleros, tenían por precisión con frecuencia que darse a los mismos desórdenes que ellos para proporcionarse su sustento: de esta suerte una guerra intestina y continua, tan funesta a la industria como al buen orden, desgarraba el corazón de los reinos¹¹²⁵. Diéronse varios nombres a aquellos malhechores a veces el de *brabanzones*, y a veces el de *routiers* o *cottreaux*, pero los historiadores no están de acuerdo sobre el motivo porque se les daban estos dictados. Formaban entre sí una especie de asociación o de gobierno, que no era en realidad más que una liga contra el género humano. Los más grandes monarcas se avergonzaban de recurrir a su asistencia en caso de necesidad, y como con la costumbre de guerrear habían adquirido experiencia, vigor y arrojo, componían generalmente la parte más formidable de los ejércitos que decidían las desavenencias políticas de los príncipes. Los enemigos de Enrique¹¹²⁶ tenían muchos de ellos a soldada entre sus tropas; pero el mucho dinero que había allegado aquel monarca le puso en estado de tomar a su servicio mayor número todavía de aquellos aventureros, y la situación de sus negocios llegó a ser tal que fueron los únicos cuerpos con cuya fidelidad pudo contar. Los barones irritados del freno que oponía a su licencia, cansados de una administración vigilante y firme, preferían tener por señores a unos príncipes mozos, sin experiencia de los negocios públicos, indolentes en su conducta y pródigos en sus dádivas¹¹²⁷. Como el rey había asegurado a sus hijos la sucesión en cada provincia particular de sus dominios nada veían que temer los grandes en adherirse al príncipe que debía ser algún día su soberano. Excitada por estos motivos, la mayor parte de la nobleza normanda se había adherido al joven Enrique; la de Bretaña y Gascuña parecía dispuesta a tomar el partido de Godofredo y de Ricardo. Después de haber fermentado sordamente, los rencores de la nobleza inglesa empezaban a estallar, y en especialidad los condes de Leicester y de Chester acababan de declararse abiertamente contra el rey. Veinte mil brabanzones, algunas tropas que este príncipe sacó de Irlanda y un corto número de barones de una fidelidad a toda prueba fueron, pues, las únicas fuerzas con que se propuso hacer frente a sus enemigos.

Luis, a fin de unir más estrechamente a los confederados, convocó en París una asamblea de grandes vasallos de su corona, les hizo aprobar las medidas que tomaba y jurar que sostendrían el partido del joven Enrique. En cambio este príncipe se obligó igualmente a no abandonar nunca a sus aliados franceses, y habiendo hecho acuñar un gran sello nuevo, les distribuyó liberalmente en virtud de patentes la mayor parte de los territorios que esperaba conquistar sobre su padre. Felipe, conde de Flandes, Mateo, conde de Boulogne su hermano, Tibaldo, conde de Blois, Enrique, conde de Eu, aguijonados por una parte por los celos que les inspiraban el poder y la ambición del rey de Inglaterra, y seducidos, por otra, por las ventajas que podrían sacar del carácter inconsiderado y de las continuas necesidades de su hijo, se declararon abiertamente en favor del último. Guillermo, rey de Escocia, entró también en aquella gran confederación, y se acordó el plan de una invasión general de las diferentes partes de los vastos estados del rey.

Rompieron los condes de Flandes y de Boulogne las hostilidades por las fronteras de Normandía: sitiaron la ciudad de Aumale, que les fue entregada por la perfidia del mismo conde de aquel título, quien se rindió prisionero y, so pretexto de pagar de aquel modo su rescate, abrió las puertas de todas sus otras fortalezas. Fueron en seguida los dos condes a poner asedio a Drincourt, y se apoderaron de esta plaza, pero el conde de Boulogne fue mortalmente herido en uno de los

1124 Gul. Neubr, pág. 413.

1125 Crón. Gervase, pág. 1461.

1126 Petr. Bles. Epist. 47.

1127 Diceto, pág. 570.

ataques, y este suceso interrumpió los progresos del ejército flamenco.

Guerras e insurrecciones

El rey de Francia vigorosamente ayudado por sus vasallos, reunió por otra parte un formidable ejército, compuesto de siete mil caballeros, de sus comitivas a caballo, y de un número proporcionado de peones: llevó consigo al joven Enrique, y sitió a Verneuil, que Hugo de Beauchamp y Hugo de Lacy, que mandaban juntos la plaza, defendieron valerosamente. Después de un mes de sitio, la guarnición por falta de mantenimientos tuvo que capitular, obligándose, si no recibía socorro en el término de tres días, a entregar la ciudad y retirarse a la ciudadela. Al ir a cumplirse el plazo, asomó Enrique con su ejército por las alturas que dominan a Verneuil, y Luis, temiendo ser atacado, envió al arzobispo de Sens, y al conde de Blois al campamento de los ingleses a pedir una conferencia para el día siguiente a fin de ajustar una paz general, y terminar las desavenencias entre Enrique y sus hijos. El rey, que deseaba mucho avenirse con ellos, y que no temía ninguna traición, accedió a la propuesta, pero Luis, ateniéndose literalmente a los términos de la capitulación hecha anteriormente con la guarnición, intimóle a la mañana siguiente que entregase la plaza, le prendió fuego y empezó a retirarse con su ejército. Enrique, indignado de aquel artificio, cayó vigorosamente sobre la retaguardia de los franceses, la derrotó, causó en ella gran destrozo, e hizo algunos prisioneros. Como ya había cumplido entonces el tiempo del servicio del ejército francés, aquellas tropas se dispersaron por sí mismas, pasando cada cual a su provincia, y dejaron a Enrique en libertad para hacer frente a sus demás enemigos.

Toda la nobleza de Bretaña, excitada por el conde de Chester, y Raoul de Fougères, había tomado las armas, pero cortó sus progresos un cuerpo de brabanzones que, después de la retirada de Luis, envió el monarca contra ella. Trabóse la batalla entre ambos ejércitos cerca de Dol, y en ella fueron batidos los rebeldes; mil y quinientos de los suyos perecieron en el campo de batalla, y los dos caudillos Chester y Fougères, tuvieron que refugiarse en Dol: inmediatamente Enrique puso sitio a la plaza, y la atacó con tal energía que obligó al gobernador y la guarnición a rendirse prisioneros de guerra. Merced a estas vigorosas operaciones y a aquellos felices triunfos, el fuego de la rebelión quedó enteramente apagado en Bretaña; y el rey, no menos afortunado en las demás provincias, concedió gustoso una conferencia a Luis, con la esperanza de que sus enemigos, viendo frustrados todos sus esfuerzos, consentirían en terminar las hostilidades bajo condiciones razonables.

Reuniéronse los dos monarcas entre Trie y Gisor, y en aquella entrevista tuvo Enrique la mortificación de ver a sus tres hijos entre el séquito de su mortal enemigo. Como Luis no tenía otro pretexto para hacer la guerra más que el de sostener sus pretensiones, Enrique hizo proposiciones tan ventajosas, que sus hijos hubieran debido quedar corridos de su ingratitude con tan magnánimo príncipe, y que eran tales que sólo su ternura paternal podía arrancárselas¹¹²⁸. Únicamente insistió en reservarse la autoridad soberana sobre todos sus estados, pero ofreció al joven Enrique la mitad de las rentas de Inglaterra, con algunas plazas de seguridad en el reino; o si prefería residir en Normandía, la mitad de las rentas de aquel ducado con todas las de Anjou. Lo mismo propuso a Ricardo, por la Guyena; prometió ceder toda la Bretaña a Godofredo, y si aquellas concesiones no eran todavía suficientes, convino en añadir a ellas todo lo que quisiesen exigir de él los legados del papa, presentes a aquella entrevista¹¹²⁹. También había sido admitido a ella el conde de Leicester, y ya fuese que le sacase de sí la impetuosidad de su condición, ya que quisiese romper bruscamente una conferencia que cubría de confusión a los aliados, ello fue que de repente prorrumpió en las más insultantes reconvenciones contra Enrique, y aun echó mano a la empuñadura de su espada como si hubiera querido atentar a la vida de aquel monarca. Este desafuero puso en desorden la

1128 Hoveden, pág. 539.

1129 Hoveden, pág. 536. Brompton, pág. 1088.

asamblea que se separó sin ajustar el tratado¹¹³⁰.

Las principales esperanzas de los enemigos de Enrique estribaron entonces en el estado de los negocios en Inglaterra, donde su autoridad corría los mayores riesgos. Uno de los pactos del joven Enrique con los confederados extranjeros era que pondrían las ciudades de Kent, Duvres y todas las demás plazas fuertes en manos del conde de Flandes¹¹³¹. El amor del bien público y el espíritu nacional tenían tan poco dominio sobre los grandes señores ingleses, cada cual estaba tan exclusivamente entregado al cuidado de su propio provecho y del engrandecimiento de su familia, que a pesar del peligro de ceder aquellas importantes plazas, pérdida que hubiera arrastrado en pos de sí la ruina total del reino, casi todos habían prometido rebelarse para apoyar las pretensiones de aquel príncipe. Consistía entonces el principal recurso del rey en el apoyo de la Iglesia y de los obispos, con quienes estaba en buena armonía, ya porque el papa y los eclesiásticos se avergonzaron de envilecer su carácter protegiendo una rebelión tan contraria a la naturaleza, ya hubiesen quedado satisfechos del modo como había expiado el rey el asesinato de Becket y sus primeros desacatos contra las inmunidades de la Iglesia. El rey sin embargo no había abandonado en aquella reconciliación ninguno de los derechos importantes de su corona, y conservaba siempre prudentemente la misma desconfianza de la corte de Roma; no admitía al legado en Inglaterra sin hacerle jurar antes que nada atentaría contra las prerrogativas reales; y había obligado a los monjes de Canterbury, que pretendían tener derecho a proveer a su elección la silla vacante por muerte de Becket, a elegir a Roger, prior de Duvres en lugar de aquel turbulento prelado¹¹³².

Guerra con Escocia

Entretanto el rey de Escocia hizo una irrupción en el Northumberland, y lo taló completamente; Ricardo de Lacy, a quien Enrique había dejado la regencia, le obligó a retirarse a sus estados, y ajustó con él una suspensión de armas, que puso a Lacy en estado de trasladarse hacia el mediodía con su ejército para oponerse a una invasión del conde de Leicester, al frente de una considerable hueste de flamencos, en la provincia de Suffolk. Habíase unido a los flamencos Hugo Bigod, que los hizo dueños de su castillo de Framlingham; de allí, marchando hacia el corazón del reino, donde esperaban ser sostenidos por el conde de Leicester, encontraron a Lacy que, ayudado por Humphry Bohun, gobernador de la provincia, y por los condes de Arundel, de Gloucester y de Cornualles, se había adelantado hasta Farnham para rechazar a los enemigos con un ejército inferior en número, pero superior en denuedo. Las tropas flamencas, compuestas en gran parte de tejedores y otros artesanos (pues empezaban a la sazón a establecerse en Flandes diferentes fábricas) se desbandaron a la primera embestida; diez mil hombres fueron pasados a cuchillo; el conde de Leicester quedó hecho prisionero, y los demás tuvieron a buena dicha que se les permitiese, en virtud de su pacto, volverse a su país.

Penitencia de Enrique por el asesinato de Becket

No abatió a los descontentos aquel revés; sostenidos por la alianza de tantos príncipes extranjeros, y alentados por los propios hijos de su soberano, determináronse a perseverar en su empresa. El conde de Ferrars, Roger de Mowbray, Architel de Mallory, Ricardo de Morreville, Hamo de Mascia, y muchos amigos de los condes de Leicester y de Chester, tomaron las armas (1174); la fidelidad de los condes de Clare y de Gloucester se hizo sospechosa, y el regente, aunque apoyado con los auxilios de Godofredo, obispo de Lincoln, hijo natural del rey y de la hermosa

1130 Hoveden, pág. 536.

1131 Id pág 533. Brompton, pág. 1084. Gal. Neubr. pág. 508

1132 Hoveden, pag. 537.

Rosmunda, se sostuvo con dificultad contra tantos enemigos declarados y ocultos que por todas partes le embestían. Para aumentar todavía los apuros con una nueva atención, el rey de Escocia, cumplida la tregua, cayó sobre las provincias del norte con un ejército de ochenta mil hombres¹¹³³, que aunque indisciplinados, sin orden, y más aptos para talar un país que para sostener una guerra regular, no dejaron de poner en gran cuidado al gobierno, atendida la disposición facciosa y turbulenta de todo el reino.

Enrique, para quien el vencer a sus enemigos de Francia había sido cosa facilísima, y que había puesto sus fronteras en estado de defensa, veía entonces el verdadero peligro en el suelo mismo de Inglaterra, por lo que se determinó a sosegar a los descontentos con su presencia, o a reducirlos con su valor y su prudencia. Volvióse, pues, a su reino, y desembarcó en Southampton (8 de julio), pero conociendo el dominio de la superstición sobre el ánimo del pueblo, apresuróse a pasar a Canterbury a dar satisfacción a las cenizas de Tomás Becket, y a humillarse delante de su enemigo muerto. Llegado que hubo a vista de la iglesia de Canterbury, apeóse de su caballo, encaminóse a ella descalzo, se prosternó delante de la urna del Santo, ayunó e hizo oración un día entero, pasó la noche junto a las reliquias, y no satisfecho aun con aquella hipócrita devoción hacia un hombre cuya violencia e ingratitud habían por tanto tiempo conturbado su reino, y que había sido el blanco de su mas encarnizado odio, sometióse a una penitencia todavía más singular y humillante: reunió el cabildo de los frailes, se despojó de sus vestidos en presencia de aquellos reverendos, puso unas disciplinas en mano de cada uno de ellos, y presentó sus espaldas desnudas a los azotes que tuvieron a bien irle aplicando sucesivamente. Al día siguiente recibió la absolución y partió para Londres, después de haber recibido la agradable nueva de una gran victoria que sus capitanes acababan de alcanzar sobre los escoceses el día mismo en que fue absuelto, ocurrencia que se consideró como la prenda de su reconciliación con el cielo y con Tomás Becket.

Guillermo, rey de Escocia, derrotado y hecho prisionero

Guillermo, rey de Escocia, aunque rechazado de delante del castillo de Prudhow, y otras plazas fortificadas, no por eso había dejado de talar despiadadamente las provincias septentrionales, pero al acercarse Ralph de Glanville, famoso jurisconsulto, ayudado por Bernardo de Baliol, Roberto Stuteville, Odonell de Umfreville, Guillermo de Vesci, y otros barones de las provincias del norte, igualmente que por el valeroso obispo de Lincoln, Guillermo, tuvo por acertado retirarse más cerca de su país y sentó sus reales en Alnwick. Tuvo allí la imprudencia de debilitar en extremo su ejército, enviando numerosos destacamentos a talar las cercanías, creyéndose a cubierto de todo ataque; pero Glanville, noticioso de la posición de aquel príncipe, hizo hacer una marcha forzada a sus tropas hasta Newcastle, donde no les dejó más que el tiempo preciso para descansar, y prosiguió su camino, al caer la tarde para Alnwick: más de treinta millas anduvo aquella noche, y a favor de una densa niebla llegó por la mañana (13 de julio) sin ser visto junto al campamento de los escoceses. Entonces, sin que le intimidara la multitud de los enemigos, empezó el ataque con su caballería, poco numerosa, pero de un arrojo a toda prueba. Tan seguro se creía Guillermo, que al principio tomó a los ingleses por un escuadrón de los suyos que volvía al campamento; y aunque la vista de las enseñas le sacó de su error, no entró en batalla más que con cien caballos, a lo más, persuadido que el numeroso ejército que tenía bajo sus órdenes, llegaría siempre a tiempo para socorrerle: pero al primer choque, fue derribado de su caballo y cogido prisionero. Las tropas noticiosas de aquel desastre, huyeron despavoridas por todos lados con la mayor precipitación, y habiéndose declarado entre ellas la discordia antes de que pudieran volverse a su país, tuvieron entre sí sangrientas refriegas, y más hombres murieron a impulso de sus propias armas que a manos del enemigo.

Aquella grande e importante victoria fue al cabo decisiva en favor de Enrique, y abatió

1133 Heming, pág. 501.

enteramente el ardor de los ingleses rebeldes. El obispo de Durham que se preparaba a la rebelión, se sometió; Hugo Bigod, no obstante el refuerzo que había recibido de los flamencos, tuvo que rendir todos sus castillos, y entregarse a la misericordia del rey, ningún otro recurso les quedó tampoco al conde de Ferrars y a Roger de Mowbray. Siguiendo en breve su ejemplo los rebeldes de un orden inferior, toda Inglaterra quedó pacificada al cabo de pocas semanas; y como parecía que el rey estaba bajo la inmediata protección del cielo, la osadía de resistirle fue considerada como una impiedad. El clero exaltó de nuevo los méritos y la poderosa intercesión de Becket; y en vez de oponerse a aquella superstición, Enrique tuvo la desfachatez de apoyarse en la supuesta benevolencia de aquel santo, y de acreditar una opinión tan favorable a sus intereses¹¹³⁴.

Noticioso el joven Enrique, en el momento en que iba a embarcarse en Gravelines con el conde de Flandes y un ejército considerable, de que todos sus partidarios de Inglaterra habían vuelto a su deber, abandonó su proyecto, y se unió con el rey de Francia que, durante la ausencia del rey Enrique, había invadido la Normandía, y puesto sitio a Rouen¹¹³⁵, vigorosamente defendida por sus habitantes¹¹³⁶. Desesperanzado Luis de apoderarse de la ciudad a viva fuerza, probó a sorprenderla con un estratagema que, en aquellos tiempos de superstición, no le hizo honor; proclamó en su campamento una suspensión de armas, so pretexto de celebrar la festividad de San Lorenzo, pero en realidad para aprovecharse de la confianza de los sitiados. Tuvieron estos la imprudencia de llevarla hasta el punto de no poner centinelas en las puertas; mas afortunadamente para ellos, habiendo subido algunos sacerdotes al campanario donde estaba la campana de rebato, observaron cierto movimiento en el campamento de los franceses, tocaron la campana y avisaron a los habitantes que volaron todos a sus puestos. Apenas oyeron los franceses el toque de rebato, se dieron prisa a subir al asalto, y ya habían escalado las murallas en varios puntos, pero los sitiados los repelieron con tal vigor, que tuvieron que retirarse con mucha pérdida¹¹³⁷. Al día siguiente, Enrique, que había acudido a la defensa de su ducado, pasó el puente en triunfo, y entró en Ruan a la vista del ejército francés. Hallóse entonces esta ciudad perfectamente segura, y el rey, para hacer alarde de su confianza y dar en cara a Luis, mandó abrir las puertas, que estaban tapiadas, y se preparó a dar alcance al enemigo. Salió Luis de su peligrosa situación mediante una nueva perfidia, menos disculpable que la primera: propuso una conferencia para ajustar las condiciones de la paz general, a la que sabía que Enrique estaba muy dispuesto a prestarse, y mientras le entretenía con vanas promesas, se retiró con su ejército a su reino.

Reconciliación de Enrique con sus hijos

Conocióse, sin embargo por ambas partes la necesidad de un acomodamiento. Enrique no podía soportar por más tiempo ver a sus tres hijos en manos de sus enemigos, y Luis temía que aquel monarca, victorioso en todas partes, colmado de gloria y dueño absoluto de sus estados, se vengase en fin de los peligros y de las zozobras que le habían ocasionado las armas y más aun los manejos de la Francia, durante los altercados con Becket, y con sus propios hijos. Después de un armisticio, acordóse tener una conferencia cerca de Tours, en la que Enrique concedió a sus hijos condiciones mucho menos favorables que las que había ofrecido la primera vez, y recibió sus sumisiones. Las más importantes mercedes que obtuvieron entonces de él fueron algunas pensiones que les asignó, algunas plazas para su residencia, y una amnistía para todos sus parciales, a quienes restableció en sus bienes y dignidades¹¹³⁸.

De todos los que habían abrazado el injusto partido de los jóvenes príncipes, el rey de Escocía

1134 Hoveden, pág. 539.

1135 Brompton, pág. 1096.

1136 Diceto, pág. 578.

1137 Brompton, pág. 1036. Gul. Neubr. pág. 411. Heming. pág. 503.

1138 Rymer, tomo I pág. 35.—Benedict Abbas, pág. 88.—Hoveden, pág. 540. Diceto, pág. 583. Brompton, pág. 1098. Heming. pág. 505.—Crón. Dunst. Pág. 36.

fue el que más cara pagó aquella imprudencia. Enrique volvió la libertad sin rescate a novecientos caballeros, pero a Guillermo le costó la antigua independencia de su corona. Obligóse a rendir homenaje al rey de Inglaterra, como al señor ligio de la Escocia y de todas sus demás posesiones; prometió que todos los barones y toda la nobleza de aquel reino rendirían también homenaje a aquel monarca, que los obispos le jurarían fidelidad; que todos se comprometían por juramento a tomar su partido contra su propio soberano, si este último faltaba a sus promesas, y que las fortalezas de Edimburgo, de Sterling, de Berwich, de Roxburgh y de Jedburgh quedarían en manos de Enrique hasta el entero cumplimiento de todos aquellos artículos¹¹³⁹. Este duro y humillante tratado se ejecutó con todo rigor (10 agosto 1175). Apenas Guillermo estuvo en libertad, llevó a todos sus barones, prelados y abades a la catedral de York, donde rindieron homenaje a Enrique, y le reconocieron a él y a sus sucesores por su señor feudal¹¹⁴⁰. Todavía llevó más allá el monarca inglés el rigor de las condiciones que había exigido, obligando al rey y a los estados de Escocia a hacerle una cesión perpetua de las fortalezas de Berwick y de Roxburgh, y a consentir en que el castillo de Edimburgo quedase en sus manos durante un tiempo limitado: este fue el primer ascendiente notable que tuvo Inglaterra sobre Escocia, y en efecto la primera transacción importante que se verificó entre aquellos dos reinos. Pocos príncipes han tenido la dicha de adquirir un considerable predominio sobre una potencia inferior y vecina, con tan poca violencia e injusticia como lo hizo Enrique con el rey de Escocia, a quien había hecho prisionero en una batalla, y que temerariamente se había empeñado en una guerra en la que todos los vecinos del monarca inglés, y hasta su propia familia, se habían coligado contra él sin provocación¹¹⁴¹.

Equidad de la administración del rey

Fuera ya contra toda esperanza y con honor, de una posición en la que había vacilado su trono, dedicóse Enrique por espacio de muchos años a hacer florecer la justicia y las leyes, tomando al mismo tiempo medidas para precaverse de los peligros que los pasados disturbios de sus estados, o las instituciones políticas de su siglo hacían inevitables. La extensión de sus previsiones sobre este punto prueba un ingenio tan vasto y fecundo que debe colocarle en la categoría de los legisladores, y los reglamentos que hizo abrazaron la felicidad futura, como la felicidad presente de su reino.

1176. Estableció penas severas contra los ladrones, los asesinos, los monederos falsos y los incendiarios; mandó que estos crímenes fuesen castigados con la amputación de la mano derecha y del pie derecho¹¹⁴². Sin duda aquellos castigos se consideraban más rigurosos que la muerte; la conmutación de pena afflictiva en pena pecuniaria, que tenía una falsa apariencia de lenidad, había ido poco a poco cayendo en desuso, y parece que quedó totalmente abolida por la severidad de aquellas leyes. Todavía subsistían los juicios supersticiosos por la prueba del agua, aunque la Iglesia¹¹⁴³ los había condenado; pero Enrique mandó que todo hombre acusado de homicidio o de alguna grave felonía, por deposición judicial y atestiguada con juramento de los caballeros o de los diputados de la provincia, fuese, aunque le justificase la prueba, desterrado del reino¹¹⁴⁴.

Todos los pasos hacia la razón y el sano juicio son lentos y graduales. Aunque Enrique conocía cuán absurda era la prueba del duelo, o del combate, no se atrevió a abolirla; sólo permitió a cualquiera de las dos partes que lo solicitase, que pudiese ser juzgada por un tribunal de doce terratenientes libres¹¹⁴⁵. Este método de juzgar parece que fue muy antiguo en Inglaterra, y las leyes

1139 Mat. París, pág. 91.

1140 Benedict. Abbas. pág. 113.

1141 Algunos historiadores escoceses dicen que Guillermo pagó además 100.000 libras de rescate, pero esto es increíble.

1142 Benedict Abbas, pág. 132. Hoveden, pág. 549.

1143 Seld. Spicil ad Eadm., pág. 204.

1144 Benedict Abbas, pág. 132.

1145 Glanv. Lib. II, cap. 7.

del rey Alfredo le prescribían, pero la índole bárbara y fogosa de los siglos posteriores a aquel príncipe acreditó más la prueba del combate, que había llegado a ser el modo general de decidir todas las contestaciones importantes, y jamás lo ha abolido en Inglaterra ley alguna, hallándose un ejemplo de su aplicación hasta bajo el reinado de Isabel; pero la institución restablecida en vigor por Enrique, reconocida en fin por más razonable y conveniente a un pueblo civilizado, fue prevaleciendo poco a poco.

El repartimiento de Inglaterra en cuatro divisiones, y el establecimiento de los jueces ambulantes destinados a visitarlas a épocas fijas, y sentar su audiencia en cada una de ellas, para fallar las causas de los particulares, fue otro decreto importante de aquel príncipe, que tendía directamente a atajar la tiranía de los barones, y a proteger a la nobleza inferior y al pueblo en sus propiedades¹¹⁴⁶. Aquellos jueces se sacaron de la corporación de los prelados o de la alta nobleza, y podían, independientemente de la autoridad que tenían en virtud de la comisión del rey, dar, con su consideración personal, peso y crédito a las leyes.

Para que todavía hallase menos obstáculos la ejecución de la justicia, puso particular empeño en hacer demoler todas las nuevas fortalezas construidas por la nobleza, así en Inglaterra como en sus demás posesiones, y no permitió que ninguna quedase en manos sospechosas¹¹⁴⁷.

Pero temeroso de que aquella demolición de las fortalezas expusiese la seguridad del reino, hizo el rey reglamentos de armas en virtud de los cuales todos sus vasallos tuvieron obligación de proveerse de todas las cosas necesarias a su propia defensa y a la del estado. Todo hombre que poseía un feudo noble, es decir, la extensión de tierra suficiente para el sostén de un jinete armado, recibió orden de tener una cota de malla, un yelmo, un escudo y una lanza. Todo hombre libre que poseía en bienes el valor de diez y seis marcos debía igualmente estar armado; todo el que tenía diez, se proveía de una gorguera de hierro, de un almete del mismo metal, de una lanza y de un *wambais*, es decir, de una especie de coraza de lana torcida, o de estopa, o de alguna otra materia¹¹⁴⁸. Parece que el arte de tirar al arco, en que los ingleses fueron más adelante tan célebres, no se cultivaba mucho todavía entre ellos y que se servían principalmente de la lanza en las batallas.

El clero y los legos estaban respectivamente entonces en una posición tan singular, que parece incompatible, no sólo con un gobierno civilizado, mas también con toda especie de gobierno. Si un eclesiástico cometía un homicidio, no se le podía castigar mas que con la degradación; si era muerto, su homicida no sufría otra pena más que la excomunión y las censuras espirituales, de modo que el crimen quedaba expiado con penitencias y actos de sumisión¹¹⁴⁹, de donde resultó que los asesinos de Tomás Becket, aunque culpables de una acción atroz y más escandalosa todavía en aquellos tiempos que en otros cualesquiera, vivieron pacíficamente en sus casas sin que les molestase ni aun el mismo Enrique, a quien el honor y el interés movían igualmente a castigar un crimen que miraba, o afectaba mirar en todas ocasiones con el mayor horror. Sólo cuando todos huyeron de ellos como de unos hombres excomulgados, tomaron el partido de ir a Roma a echarse a los pies del papa y a someterse a la penitencia que les impuso, hecho lo cual volvieron sin que nadie los molestara al goce de sus bienes y dignidades, y aun parece que recobraron la consideración pública; pero como en virtud de las constituciones de Clarendon, que el rey procuraba siempre mantener¹¹⁵⁰ vigentes, había sujetado a los eclesiásticos a ser juzgados por el magistrado civil, era justo que fuesen protegidos por el poder a que se los sometía; así se decidió que la causa de todo asesino de un eclesiástico se vería delante del juez secular, en presencia del obispo o de su oficial, y que, además del castigo ordinario del homicidio, se le condenaría a la confiscación de sus tierras, de sus castillos y de todos sus bienes¹¹⁵¹.

Hizo además el rey una ley muy equitativa para que los bienes de un vasallo no fuesen

1146 Hoveden, pág. 590.

1147 Benedict Abbas, pág. 202.—Diceto, pág. 585.

1148 Benedict. Abbas, pág. 305.

1149 Petr. Bles, epist. 73.

1150 Crón. Gerv. pág. 1433.

1151 Diceto. pág. 592.

embargados por el acreedor de su señor, a menos de que hubiese salido fiador de la deuda, pero también para que las rentas debidas por los vasallos se pagasen a los acreedores del señor, en vez de pagarse al señor mismo. Es de observar que esta ley pasó en un concilio que congregó el rey en Verneuil, compuesto de algunos prelados y barones de Inglaterra, de Normandía, de Poitou, de Anjou, del Maine, de Turena y de Bretaña, y que por consiguiente fue aplicable a estas diferentes provincias¹¹⁵², aunque totalmente separadas entre sí¹¹⁵³, prueba evidente de la singularidad del antiguo gobierno feudal y del despotismo a que se acercaba el poder real en algunas ocasiones, al paso que en otras los reyes no tenían casi ningún poder. Bastábale a un príncipe tan temido y respetado como Enrique obtener la apariencia de un consentimiento general a todo decreto equitativo y justo que proponía para que llegase a ser en el acto una ley constante a la que todo el mundo se sometía; pero si el príncipe era aborrecido y despreciado, si los nobles que le apoyaban tenían poco crédito, si la efervescencia de los tiempos disponía a los pueblos a dudar de la equidad de sus decretos, el consejo más numeroso y auténtico no tenía ninguna autoridad; el estado caía en desorden y en confusión, no quedaba ninguna idea de constitución regular y la fuerza y la violencia lo decidían todo.

Los triunfos de Enrique en las guerras que había sostenido no animaban a sus vecinos a intentar nuevas empresas contra él, y los objetos que tuvo que tratar con ellos en lo restante de su reinado fueron poco importantes. La Escocia permaneció en el estado de sujeción feudal a que la había reducido, y no volvió a molestarle; envió a Juan, su cuarto hijo, a Irlanda, para completar la conquista de aquella isla, pero la incapacidad y la petulancia de aquel príncipe desagradaron de tal modo a los *chieftains* irlandeses, que el rey su padre tuvo en breve que quitarle el mando¹¹⁵⁴. El rey de Francia, movido por un impulso de devoción supersticiosa, pero más sincera que la de Enrique, hizo una peregrinación al sepulcro de Becket, para obtener por su intercesión la cura de su hijo Felipe: probablemente aquel monarca creía tener derechos al favor de aquel santo, a causa de su primera intimidación, y sin duda esperaba que su protegido en la tierra no olvidaría en el trono de gloria en que se hallaba sentado en el cielo a su antiguo amigo y bienhechor; y los frailes conociendo que el honor de su santo estaba interesado en aquella curación, cuidaron de publicar que las preces de Luis habían sido escuchadas y que el joven príncipe había recobrado su salud. Poco tiempo después, tuvo el monarca francés un ataque de apoplejía que le privó del uso de sus facultades intelectuales, y Felipe, aunque no contaba a la sazón mas que diez y seis años se encargó de los cuidados de la administración hasta la muerte de su padre, que no tardó en franquearle la senda del trono, en el que fue el monarca más hábil y grande que gobernó a la Francia desde los tiempos de Carlomagno. Sin embargo la superioridad de años y de experiencia que tenía Enrique, moderando su propia ambición, le dio un ascendiente tal sobre Felipe, que durante mucho tiempo no hubo entre ellos ninguna rivalidad peligrosa. El rey de Inglaterra en vez de abusar de sus ventajas, empleó su mediación para sosegar las desavenencias que se habían suscitado en la familia real de Francia, y logró ajustar una reconciliación entre Felipe, su madre y sus tíos. Mal pagó estos servicios el joven monarca, pues no bien hubo llegado a la edad viril, fomentó todas las discordias intestinas de la familia real de Inglaterra y alentó a los hijos de Enrique en su conducta ingrata y rebelde con su padre.

Muerte del príncipe Enrique

El joven Enrique, tan impaciente como incapaz de gobernar, pidió de nuevo al rey que le cediese la Normandía (1180), y habiéndosela negado, refugióse con la princesa su esposa en la corte

1152 Los reyes de Inglaterra, después de la conquista de Irlanda, solían llamar a los barones y otros representantes de este país al parlamento de Inglaterra. Caseof Ireland, de Molineux, pág. 64, 65, 66.

1153 Spelman pone en duda si la ley fue también extensiva a Inglaterra.

1154 Benedict. Abbas, pág. 437, etc.

de Francia; pero no hallando a Felipe dispuesto a emprender una guerra únicamente en su favor, aceptó las ofertas de acomodamiento que le hizo su padre y se sometió. Era desgracia particular de la suerte de Enrique que no pudiese este príncipe estar a cubierto un instante de las criminales empresas de sus hijos sino merced a sus discordias y mutuos rencores, que causaban en su familia y en sus estados grandes disturbios y agitaciones. Ricardo, a quien había hecho dueño de la Guyena, después de haber señalado su valor y disposiciones militares reprimiendo las rebeliones de sus barones sublevados, se negó a obedecer las órdenes de su padre y a rendir homenaje de aquel ducado a su hermano mayor; por lo que Enrique y Godofredo unieron sus armas e invadieron las posesiones de Ricardo¹¹⁵⁵. Logró el rey con mucho trabajo sosegar aquellas desavenencias, pero inmediatamente después supo que su hijo primogénito había entrado en una conspiración contra él, y se preparaba a empuñar las armas. Mientras llevaba adelante aquel hijo rebelde sus criminales intentos (1183), cogióle una terrible calentura en Martel, castillo inmediato a la Turena, adonde se había retirado a fraguar sus inicuos planes, y conociendo que se acercaba su muerte, arrepintióse en fin de su negra conducta con su padre. Despachó un correo al rey, que no estaba distante, para asegurarle del dolor que le causaban sus culpas, e implorar de él la merced de una visita para que tuviese la satisfacción de recibir su perdón antes de exhalar el postrer suspiro. Enrique, que hartas veces había hecho experiencia de la ingratitud y de la violencia de su hijo, temió que aquella enfermedad no fuese más que un ardid para atraerle a alguna celada, y no osó ponerse en sus manos; pero cuando poco después supo su muerte (11 de junio) y las muestras de un sincero arrepentimiento que había dado, aquel buen príncipe quedó penetrado del más profundo dolor; tres veces se desmayó, se echó en cara la dureza de la negativa con que había afligido a su hijo moribundo, y se desesperó de haberle privado de la última ocasión de expiar sus culpas y de explayar su alma en el pecho de un padre enternecido¹¹⁵⁶. El príncipe Enrique murió a los veintiocho años de edad.

La conducta de los hijos que le quedaban al rey no era bastante satisfactoria para consolarle de aquella pérdida. Como el príncipe Enrique no había dejado ninguna posteridad, Ricardo su hermano pasaba a ser el heredero presuntivo, y el rey contaba que Juan, el tercero y más querido de sus hijos, tendría por heredamiento la Guyena; pero Ricardo se opuso a ello, huyó a aquel ducado y aun hizo preparativos para declarar la guerra a su padre y a su hermano Godofredo que estaba entonces en posesión de la Bretaña. Enrique envió a la reina su esposa, heredera de aquel ducado, a intimar a Ricardo la orden de entregar aquella provincia a su legítima soberana; y ya fuese que temiera Ricardo que los gascones se rebelasen en favor de aquella princesa, ya que conservase algún respeto hacia ella, obedeció y se volvió sosegadamente a la corte. No bien se apaciguó esta contienda, cuando Godofredo, el más vicioso tal vez de los desgraciados hijos de Enrique, se entregó de nuevo a la violencia de su condición, pidió descaradamente que se agregase el Anjou a su soberanía de Bretaña, y habiéndoselo negado el rey, huyó a la corte de Francia y levantó tropas contra su padre¹¹⁵⁷, pero pronto libertó a Enrique de aquella nueva tempestad la muerte del príncipe rebelde (1185), que fue muerto en un torneo en París¹¹⁵⁸. La viuda de Godofredo, poco después de haber perdido a su marido, parió un hijo que se llamó Arturo, y a quien se dio el ducado de Bretaña bajo la tutela de su abuelo paterno, que como duque de Normandía, era señor superior de aquella provincia. Felipe alegó también algún tiempo sus derechos a aquella tutela como señor feudal, pero tuvo que hacerlos ceder a la inclinación de los bretones que prefirieron el gobierno de Enrique.

1155 Ipod. Neustria, pág. 451.—Benedict. Abbas, pág. 383.—Diceto, pág. 617.

1156 Benedict. Abbas, pág. 393.—Hoveden, pág. 621.—Trivet, tomo I, pág. 84.

1157 Gul. Neubr., pág. 421.

1158 Benedict. Abbas, pág. 451.

Cruzadas

La rivalidad de aquellos dos poderosos príncipes y todos sus intereses de segundo orden, parecieron disiparse para dejar el campo libre al general anhelo de libertar la Tierra santa, y expulsar de ella a los sarracenos. Habían tenido aquellos infieles que ceder a la inundación de los cristianos en tiempo de la primera cruzada, pero apenas pasó el torrente, se reanimaron, y atacando por todas partes los establecimientos de los europeos, redujéronlos a los mayores conflictos, y les obligaron a pedir socorro a los cristianos de Occidente. Una segunda cruzada hecha bajo el mando supremo del emperador Conrado y de Luis VII, rey de Francia, y en la que perecieron más de doscientos mil hombres, no les dio más que una asistencia pasajera; aquellos príncipes, después de haber perdido ejércitos tan formidables, y visto segar la flor de la nobleza de sus estados, volvieron a Europa con poca gloria; pero aquellos repetidos desastres, que habían desangrado al Occidente y agotado sus tesoros, no eran todavía suficientes para curar los ánimos de la manía de aquellas piadosas proezas; un nuevo incidente aterró la devorante llama del celo de los eclesiásticos y de los aventureros militares del país latino. Saladino, príncipe generoso, bizarro y prudente, subió al trono de Egipto, y empezó a extender sus conquistas por todo el Oriente, y como los establecimientos de los cruzados en Palestina oponían un obstáculo a los progresos de sus armas, dirigió todos los esfuerzos de su política y de su valor a subyugar aquel territorio estrecho y árido, pero importante para él. Aquel soldán, hábil en aprovecharse de las disensiones de los cristianos, habiendo sobornado secretamente al conde de Trípoli, general de sus ejércitos, atacó sus fronteras con tropas numerosas, y favorecido por la perfidia de aquel conde, alcanzó en Tiberíades una completa victoria, que aniquiló completamente las fuerzas del reino de Jerusalén, ya muy enflaquecido. (1187). Hasta la misma Ciudad santa cayó en sus manos después de una débil resistencia; sometió casi enteramente el reino de Antioquía y, salvo algunas ciudades marítimas, nada importante les quedó a los cristianos de aquellas conquistas tan ponderadas que, cerca de un siglo antes, habían costado los mayores esfuerzos a toda Europa¹¹⁵⁹.

Consternados quedaron los cristianos occidentales al recibir aquella tristísima nueva, y aun se dice que el papa Urbano III murió de la pesadumbre que tuvo con ella. Gregorio VIII, su sucesor, empleó el poco tiempo que duró su pontificado en excitar a todos los cristianos que reconocían su autoridad a volar a las armas; el grito general era que los que no arrancaban a los infieles la herencia de Dios sobre la tierra, y no libertaban de la esclavitud un suelo consagrado por las pisadas del Salvador, se hacían indignos de poseer ninguna herencia en el cielo. Guillermo, arzobispo de Tiro, habiendo preparado una conferencia entre Enrique y Felipe, cerca de Gisors (21 de enero, 1188) insistió sobre aquellos poderosos motivos, hizo una patética descripción del lastimoso estado de los cristianos orientales, y empleó todos los medios que podían acalorar las pasiones dominantes de aquel siglo, es decir la superstición y el amor a la gloria¹¹⁶⁰. Inmediatamente se cruzaron los dos monarcas, y sus más principales vasallos imitaron su ejemplo¹¹⁶¹. Como el emperador Federico 1 entró en la misma confederación, las esperanzas de triunfo parecieron bastante fundadas, y fue general la confianza de que una empresa que se había malogrado bajo la dirección de capitanes independientes y flacos príncipes, podría al fin lograrse con los esfuerzos reunidos de tan poderosos y hábiles monarcas.

Los reyes de Francia y de Inglaterra, levantaron un impuesto del diezmo de los bienes muebles sobre todos los que no abandonaban sus hogares por la santa expedición¹¹⁶²; pero como se eximió de aquella talla el clero regular, el secular aspiró al mismo privilegio, y pretendió no tener obligación más que de ayudar a los cruzados con sus oraciones, y no sin mucho trabajo se logró vencer su resistencia, tanto más extemporánea en él, cuanto había sido el principal motor de las

1159 Mat. París, pág. 100.

1160 Benedict. Abbas, pág. 531.

1161 Gul. Neubr. pág. 435.

1162 Id. pág. 498.

cruzadas¹¹⁶³. Aquella repugnancia de los eclesiásticos es acaso una prueba de que el entusiasmo que al principio habían inspirado al pueblo las cruzadas, se había entibiado mucho con el tiempo y los reveses, y de que aquel frenesí no se sostenía ya más que por la índole guerrera y la sed de nombradía que subsistían aun en los grandes monarcas.

Rebelión del príncipe Ricardo

Pero antes de que pudiese ponerse en movimiento aquella inmensa máquina, había que vencer una multitud de obstáculos. Felipe, celoso del poder de Enrique, se ligó secretamente con el joven Ricardo. Diestro en manejar el carácter impaciente y ambicioso de aquel joven príncipe, persuadióle que prefiriese al cuidado de sostener y ensanchar el reino que debía heredar algún día la ventaja actual de adquirir poderío e independencia conturbándolo y desmembrándolo. Para dar un pretexto a las hostilidades entre los dos reyes, taló Ricardo de improviso las tierras de Raimundo, conde de Tolosa, quien inmediatamente fue a quejarse ante el rey de Francia, su señor feudal (1189). Felipe pidió satisfacción a Enrique, pero la única respuesta que obtuvo fue que Ricardo había confesado al arzobispo de Dublín que el insulto dirigido contra el conde de Tolosa había sido concertado con el rey de Francia y hecho bajo su protección. Felipe, que hubiera debido quedar confundido y humillado al ver descubiertos sus manejos, siguió su primer plan, y entró las provincias de Berri y de Auvernia, siempre so color de vengar a Raimundo¹¹⁶⁴. Enrique en represalias, hizo una correría por las fronteras de Francia e incendió la ciudad de Dreux. Como aquella guerra que imposibilitaba el proyecto de las cruzadas, daba un grande escándalo, resolvieron los dos reyes reconciliarse, y a este efecto tuvieron una conferencia en el sitio acostumbrado entre Gisors y Trie; pero se separaron más encarnizados que nunca, y Felipe manifestó su enojo haciendo cortar el olmo¹¹⁶⁵ bajo cuya copa solían celebrarse las conferencias, como si hubiera renunciado a toda vía de pacificación, y quisiera hacer una guerra a muerte al rey de Inglaterra; con todo, sus propios vasallos rehusaron servir bajo sus órdenes para una guerra tan injusta¹¹⁶⁶, y tuvo que solicitar una entrevista con Enrique y ofrecerle las condiciones de la paz; estas acabaron de abrir los ojos al rey de Inglaterra, y le probaron la perfidia de su hijo y su secreta alianza con Felipe, de la que hasta entonces no había tenido más que sospechas. El rey de Francia pedía que Ricardo fuese coronado rey de Inglaterra en vida de su padre; que se le invitiese con todas las soberanías que poseía Enrique en el continente, y que se casase inmediatamente con Alix, hermana de Felipe, con la que ya estaba desposado y que habían llevado a Inglaterra¹¹⁶⁷; pero Enrique estaba tan escarmentado de los funestos efectos que había producido la coronación de su hijo primogénito, y la alianza de aquel príncipe con la casa real de Francia, que desechó aquellas proposiciones. Ricardo, a consecuencia de sus secretos pactos con Felipe, consumó su rebelión¹¹⁶⁸, rindió homenaje a aquel príncipe por todas las posesiones que tenía Enrique en feudo de la corona de Francia, y recibió de sus manos la investidura como si fuera ya su legítimo propietario. Algunos historiadores aseguran que Enrique se había enamorado de la joven Alix, y que esta fue una razón más que le movió a rehusar las condiciones que le habían propuesto; pero tantos otros motivos justos y bien fundados legitimaban su conducta en aquella ocasión, que no es necesario suponerle uno de semejante naturaleza, que hacen poco probable además la prudencia y la avanzada edad de aquel gran príncipe.

El cardenal Albano, legado del papa, quedó tan descontento de aquellos multiplicados obstáculos opuestos a la ejecución de la cruzada, que excomulgó a Ricardo como principal origen de la discordia; pero aquellas sentencias de excomunió, tan poderosas a veces en aquellos tiempos

1163 Petr. Bles, epist. 112.

1164 Benedict. Abbas, pág. 508.

1165 Id. pág. 517 y 532.

1166 Id. pág. 519.

1167 Id. pág. 521.—Hoveden, pág. 652.

1168 Brompton, pág. 1149.

cuando el clero las preparaba y sostenía con celo, no produjeron ningún efecto en aquella circunstancia. Los principales barones del Poitou, de Guyena, de Normandía y de Anjou, adictos al joven príncipe, y viendo que había recibido la investidura de su señor feudal, se declararon en su favor e hicieron correrías por las tierras de todos los que sostenían el partido de Enrique. Este monarca, molesto por las diarias rebeliones de sus vasallos y temiendo que su disposición a sublevarse produjese efectos todavía más desastrosos, recurrió de nuevo a la autoridad del soberano pontífice, y excitó al cardenal Anagni, que había sucedido a Albano en calidad de legado, a amenazar a Felipe con poner en entredicho todos sus estados; pero Felipe, tan firme como hábil, despreció aquellas amenazas, y respondió que no le compelia al papa mezclarse en las desavenencias de los príncipes, y aun menos en las que podían suscitarse entre él y sus vasallos rebeldes: hasta tuvo la osadía de acusar al legado de haberse dejado sobornar por los regalos de Enrique¹¹⁶⁹ y de obrar en aquel asunto con interesada parcialidad. Ricardo, más violento todavía, desenvainó su espada contra Anagni, y le hubiera atravesado con ella a no haberle contenido las personas presentes a aquella escena¹¹⁷⁰.

Viose entonces precisado el rey de Inglaterra a defender sus estados con las armas, y, en una posición tan desventajosa, a entrar en guerra con la Francia y con su hijo primogénito, príncipe célebre por su valor. La Ferté-Bernard fue la primera plaza que cayó en manos del enemigo; la ciudad de Mans fue luego tomada por asalto, y Enrique, que se había metido en ella, logró escaparse a duras penas¹¹⁷¹: Amboise, Chaumont y Chateau-du-Loir abrieron sus puertas apenas se presentaron Felipe y Ricardo. Pusieron sitio a Tours, y el rey, que se había retirado a Saumur, y que diariamente veía ejemplos de la cobardía o de la perfidia de sus gobernadores, se esperaba a ver malograrse todas sus operaciones. Mientras se hallaba en este estado de abatimiento, el duque de Borgoña, el conde de Flandes y el arzobispo de Reims, ofrecieron su mediación para negociar la paz, y como Enrique recibiese por entonces la noticia de la toma de Tours, que acababa de arruinar sus asuntos, cayó en un desaliento tal, que aceptó las rigurosas condiciones que querían imponerle. Consintió en el casamiento de Ricardo con Alix, permitió que este príncipe recibiese el homenaje y el juramento de fidelidad de los ingleses y de todos sus demás vasallos de las provincias de Ultramar, convino en pagar veinte mil marcos de plata al rey de Francia para indemnizarle de los gastos de la guerra, consintió en que sus barones le hiciesen observar este tratado por la fuerza, en caso de que quisiese violarle, y se obligasen a unirse entonces a Felipe y a Ricardo contra él; en fin, prometió una amnistía a todos sus vasallos que habían abrazado el partido de Ricardo¹¹⁷².

Muerte y carácter de Enrique

Pero la mortificación que causaron estos desventajosos y humillantes artículos a Enrique, acostumbrado a imponer la ley en casi todos los tratados, no fue la más amarga que experimentó. Cuando pidió la lista de los barones a quienes se había obligado a perdonar su liga con Ricardo, quedó admirado de ver a su frente el nombre de su segundo hijo Juan¹¹⁷³, de aquel hijo que había sido siempre su favorito, cuyos intereses había tomado tan a pechos, y cuyo ascendiente sobre él había dado a Ricardo no poca envidia¹¹⁷⁴. El desgraciado padre, abrumado ya bajo el peso de tantas pesadumbres, manifestó la más violenta desesperación al descubrir aquel nuevo motivo de acerbo dolor, y entonces maldijo el día en que había nacido, y pronunció contra sus ingratos y rebeldes hijos una maldición que jamás se le pudo hacer retractar¹¹⁷⁵: cuanto más sensible y tierna era su

1169 Mat. París, pág. 104.—Hoveden, pág. 652.

1170 Id. pág. 104.

1171 Id. pág. 105.—Benedict. Abbas, pág. 543.

1172 Mat. París. pág. 106.—Hoveden, pág. 653.

1173 Hoveden, pág. 654.

1174 Benedict. Abbas, pág. 541.

1175 Hoveden, pág. 654.

alma, más le indignaba la cruel ingratitud con que sus cuatro hijos habían pagado sucesivamente sus paternas desvelos. Este último golpe, rompiendo el único vínculo que le unía a la vida, agotó sus fuerzas y le ocasionó una calentura lenta, de que murió poco tiempo después, el día 6 de julio, en el castillo de Chinon, cerca de Saumur. Su hijo natural, Godofredo, el único que le fue fiel, siguió su cuerpo a la abadía de Fontevrault, en cuya iglesia fue expuesto. Al día siguiente, Ricardo fue a tributar los últimos deberes a su padre, y como a pesar de su criminal conducta, no estaba enteramente desprovisto de buenos sentimientos naturales, sintióse a su vista penetrado de horror y de arrepentimiento. En su presencia, brotó de repente la sangre por la boca y las narices del cadáver¹¹⁷⁶, y al verlo, cediendo a una preocupación vulgar, exclamó Ricardo dolorosamente que él era el asesino de su padre, y reconoció gimiendo, pero demasiado tarde, que su desnaturalizada conducta había precipitado en la tumba al desventurado monarca¹¹⁷⁷.

Así murió a los cincuenta y ocho años de su edad, y a los treinta y cinco de su reinado, el príncipe más grande de su siglo en punto a justicia, a virtud y a habilidad, y por la extensión de sus dominios, el más poderoso de cuantos habían ocupado hasta entonces el trono de Inglaterra. Su carácter, ya se le examine en su vida privada, ya en su vida pública, casi no tenía tacha; y parece que aquel rey reunió todas las perfecciones del cuerpo y del alma que constituyen un hombre amable y digno de aprecio. Era de mediana estatura, robusto y bien proporcionado: su fisionomía era franca y muy viva, su conversación amena e interesante, su elocución fácil, persuasiva y siempre adecuada al objeto y al momento. Amaba la paz, pero poseía el arte de la guerra, y desplegaba en ella tanto valor como talento; sabía, en fin, ser previsor sin timidez, severo en la ejecución de la justicia, sin exceso de rigor, y moderado sin afectación. Conservó su salud, y por medio de una vida muy sobria y de frecuentes ejercicios, sobre todo el de la caza, se preservó del exceso de obesidad de que parecía amenazado. Cuando le quedaban algunos ratos de holgura, los consagraba gustoso a conversaciones con sabios o a la lectura, y cultivó por medio del estudio sus disposiciones naturales más que ningún otro príncipe de su tiempo. Sus afectos, igualmente que sus enemistades, eran vivos y duraderos; y sin embargo, su larga experiencia de la ingratitud y de la mala fe de los hombres no pudo destruir la sensibilidad de su corazón, que le disponía a disfrutar de los encantos de la amistad y los placeres de la sociedad. Varios autores, sus contemporáneos¹¹⁷⁸, nos han dado su retrato, y en los rasgos más notables, parece que tuvo una gran semejanza con su abuelo materno Enrique I, salvo que la ambición, la pasión dominante en ambos, no empleó siempre en el primero medios honrados para llegar a sus fines, y aun le sugirió algunos muy criminales que ocasionaron crímenes mayores todavía, de que por dicha estuvo constantemente exenta la conducta de su nieto.

Varios sucesos de su reinado

Este príncipe, como casi todos sus predecesores de la casa de Normandía, excepto Esteban, pasó más tiempo en sus estados del continente que en su reino. Cuando iba a Francia, hacía que le siguiese la nobleza inglesa, y cuando volvía a Inglaterra, llevaba consigo la nobleza francesa; ambas naciones tenían igual parte en el gobierno, y en muchas ocasiones, parece que la legislación fue la misma para ambas. Como el rey y los barones de Inglaterra eran oriundos de Francia, las costumbres francesas tomaron ascendiente y se consideraron como modelos que era preciso seguir. Todos los adelantos extranjeros, cualesquiera que fuesen, en la literatura, la civilización, la urbanidad, las leyes o las artes, parecían entonces en gran parte trasplantados a Inglaterra, y esta nación no era inferior, en todas las cosas de elegancia y primor, a ninguna de las naciones sus vecinas en el continente. A lo que tenían de más grosero, pero también de más sensato las

1176 Benedict. Abbad, pág. 547.—Brompton, pág. 1151.

1177 Mat. París, pág. 107.

1178 Petr. Bles, epist. 46, 47, in Bibl. Patr. tomo XXIV, pág. 985, 986, etc. Girald. Camb. pág. 783, etc.

costumbres y los principios de los sajones, sucedieron los afectados refinamientos de la caballería y las sutilezas de la filosofía escolástica; las ideas feudales del gobierno civil y los sentimientos de la religión romana se habían apoderado absolutamente del pueblo: las unas disminuían en cierto modo en los barones la sumisión debida a los soberanos; las otras aumentaban entre el clero la adhesión entusiasta a la autoridad del papa. Las familias de Normandía, o de los demás países, establecidas en Inglaterra, habían echado en esta nación profundas raíces, y desde el momento en que formaron un solo cuerpo con el pueblo que, al principio, habían oprimido y despreciado, imagináronse que la protección de la corona no les era ya necesaria para gozar de su hacienda, y cesaron de mirar sus feudos como inseguros y dependientes: aspiraron a la misma libertad que veían en sus antiguos compatriotas del continente, y desearon reducir las exorbitantes prerrogativas y la administración despótica que las necesidades de la guerra y las violencias inseparables de una época de conquista, les habían obligado en otro tiempo a apoyar en su soberano. El recuerdo, vivo todavía entre los ingleses, de un gobierno más igual entre los príncipes sajones propagaba también el amor a la libertad, y excitaba a los barones a desear más independencia para sí personalmente y a favorecer el mismo espíritu en el pueblo; y pronto aquella resolución, encerrada primitivamente en los corazones, produjo violentas convulsiones en el estado, de donde se siguió una evidente alteración en el sistema del gobierno.

La historia de todos los reyes de Inglaterra anteriores a Enrique II, después de la conquista, ofrece pruebas evidentes de los desórdenes que acarrea el gobierno feudal, de la licencia de los barones, de su espíritu de rebelión contra el príncipe y las leyes, y de sus recíprocos rencores. La conducta de la nobleza en los estados que poseían aquellos monarcas allende el mar suministra acaso ejemplos más notables de aquellos disturbios, y la historia de Francia, por espacio de muchos siglos, casi no contiene más que acontecimientos de esa naturaleza. Mientras duró aquel gobierno violento, las ciudades no pudieron ser ni muchas, ni muy populosas; y aunque siempre eran el principal centro de la ley y de la libertad, una multitud de hechos parecen probar que su policía era tan relajada, tan irregular, que se hallaban expuestas a los mismos desórdenes que afligían generalmente a las poblaciones rurales. Véase con frecuencia en Londres a los hijos y a los parientes de los ciudadanos más considerables, formar entre sí una confederación reprobada por las leyes, a veces en número de más de cien individuos precipitarse sobre las casas ricas para saquearlas, robar y asesinar a los transeúntes y cometer con impunidad las mayores atrocidades: tanto peligro había en salir por las calles de noche, que los vecinos no se atrevían a dejar sus casas después del anochecer, como si hubieran temido las incursiones de un enemigo público. Habiendo sido asesinado el hermano del conde de Ferrars por una cuadrilla de aquellos bandoleros nocturnos, la muerte de un personaje tan importante hizo mucha más sensación que las de otros mil de inferior calidad, e irritó tanto al rey que juró vengarla sobre los culpables. En efecto, desde aquel momento fue más riguroso en la ejecución de las leyes¹¹⁷⁹.

Los historiadores refieren otro hecho que prueba de qué demasías eran capaces aquellos malhechores, y con cuanta impudencia robaban. Queriendo una de sus cuadrillas forzar la casa de un hombre opulento, con intención de saquearla, abrió brecha en la pared a martillazos; y ya habían penetrado por ella con espada en mano, cuando el dueño, armado de punta en blanco y sostenido por sus leales servidores, se presentó a ellos, en actitud de defenderse: cortó la mano derecha al primero de aquellos bandidos que se le puso delante, e hizo una resistencia tan vigorosa que sus vecinos tuvieron tiempo para reunirse y acudir en su auxilio. El hombre que perdió la mano en la refriega fue cogido, y persuadido, con promesa de perdón, a delatar a sus cómplices, resultó que se hallaba entre ellos un tal Juan Senex, de una de las mejores y más ricas familias de Londres: quedó convicto por la prueba del agua, y aunque ofreció quinientos marcos para rescatar su vida, el rey rehusó aquella suma y le mandó ahorcar¹¹⁸⁰. Parece, por un estatuto de Eduardo I, que aquellos desórdenes no se reprimieron enteramente bajo su reinado; entonces, todo el que salía de su casa

1179 Benedict. Abbas, pág. 196.

1180 Id. pág. 197, 198.

después del toque de oraciones¹¹⁸¹ armado o sin llevar un farol¹¹⁸², era castigado. Por el preámbulo de esta ley, vemos que de noche como de día, había continuas quimeras en las calles de Londres.

La integridad de Enrique en la administración de la justicia, le había valido una tan alta reputación sobre este punto, que hasta los príncipes de los países lejanos le tomaban por árbitro de sus querellas, y se sometían a sus decisiones. Don Sancho, rey de Navarra, habiendo tenido algunas desavenencias con D. Alfonso, rey de Castilla, consintió en que este príncipe, aunque yerno de Enrique, le eligiese por juez, y ambas partes pusieron cada cual tres castillos en tercera mano, como prenda del cumplimiento de su fallo. Quiso Enrique que su gran consejo examinase la causa, y pronunció en seguida su sentencia, a la que accedieron los dos monarcas. Cada uno de ellos había enviado un campeón a la corte de Inglaterra para sostener sus derechos con las armas, en caso de que Enrique eligiese la vía del duelo¹¹⁸³.

Aquel monarca abolió tan positivamente el absurdo y bárbaro uso de confiscar los buques que naufragaban en las costas, que con tal que quedase un hombre o un animal vivo en la nave, se les devolvía a los propietarios con todo el cargamento¹¹⁸⁴.

El reinado de Enrique fue notable por una innovación que sus sucesores llevaron todavía más adelante, y que tuvo importantísimas resultas para el gobierno. Veía aquel príncipe con desagrado el género de fuerzas militares establecidas por las instituciones feudales, y que, muy onerosas para los vasallos, hacían sin embargo muy pocos servicios al soberano: los barones o los terratenientes militares salían tarde a campaña, no estaban obligados a servir más que cuarenta días, sus operaciones se hacían sin inteligencia y sin orden, y llevaban a los campamentos la misma falta de subordinación y el mismo espíritu de independencia que los caracterizaba en su gobierno civil. Enrique introdujo el uso de hacerlos contribuir con su bolsillo, en vez de hacerlo con su persona, para formar sus ejércitos, y levantaba impuestos sobre sus baronías y sus feudos en vez de sacar a campaña a sus vasallos. La historia del *Exchequer* (Tesoro) habla de aquellas contribuciones en el segundo, quinto y décimo año del reinado de aquel príncipe¹¹⁸⁵; otros escritores citan otros dos ejemplos más¹¹⁸⁶. Luego que el rey se aseguró de esta suerte la posesión de cierta suma, hizo un convenio con algunos de aquellos aventureros que abundaban entonces en Europa, quienes le hallaron soldados del mismo temple que ellos, que se obligaron a servirle durante un tiempo especificado: sus ejércitos fueron así mucho menos numerosos, pero más útiles que cuando se componían de todos los vasallos de su corona. Las instituciones feudales empezaron a relajarse; los reyes fueron más codiciosos de dinero cuando el dinero fue el nervio de su poder; los barones, no viendo ya término a las exacciones que sufrían, tomaron las armas para defender sus propiedades, y como la misma causa produjo con corta diferencia los mismos efectos en los diferentes países de Europa, las diferentes coronas perdieron o ganaron autoridad, según los diversos azares que corrieron en aquella especie de transacciones.

Enrique fue también el primero que levantó un impuesto sobre los bienes muebles o personales de sus súbditos nobles o plebeyos. Su celo por las guerras de la Tierra santa hizo que se sometiesen a aquella innovación, y una vez dado el ejemplo, aquel impuesto fue bajo los reinados siguientes, el modelo ordinario de las contribuciones destinadas a proveer a las necesidades de la corona. El impuesto del *Danegelt*, tan generalmente odioso a la nación, se suprimió bajo aquel reinado.

Era costumbre de los reyes de Inglaterra repetir la ceremonia de su coronación tres veces al año, es decir en las épocas de la asamblea de los estados que se reunía en las grandes fiestas. Enrique, después de los primeros años de su reinado, renunció a aquella ceremonia tan dispendiosa

1181 *Curfew*, por corrupción de *couvre feu* (cubre-fuego). Era un toque para indicar la hora a que se había de apagar la lumbre en las casas (N. del T.)

1182 Observaciones sobre los antiguos estatutos, pág. 216.

1183 Rymer, tomo IV. pág. 43.—Benedict. Abbas, pág. 172.—Diceto, pág. 597.

1184 Rymer, tomo I, pág. 36.

1185 Madox, pág. 635, 437.

1186 Tyrrel, tomo II, pág. 466.

como superflua, y ninguno de sus sucesores restableció semejante uso. Consideróse como un grande acto de moderación de parte de aquel príncipe haber mitigado los rigores de las leyes sobre caza y montes, y el no haber castigado varias infracciones que ocurrieron más que con multas, prisiones u otros castigos más moderados, en lugar de la pena capital.

Ya que vamos reuniendo algunos hechos sueltos que manifiestan el espíritu de aquel siglo, y que no podían entrar en el cuerpo de la historia, no estará de más recordar aquí la contienda de Roger, arzobispo de York, con Ricardo, arzobispo de Canterbury. Podemos juzgar de la habitual violencia de los militares, y en general de los legos, por la de los mismos eclesiásticos, viendo a que desafueros eran capaces de dejarse arrastrar. El cardenal Haguezun, enviado a Inglaterra en calidad de legado, en 1176, convocó una asamblea del clero en Londres, y como los dos arzobispos pretendieron sentarse a la derecha del legado, esta cuestión de precedencia suscitó entre ellos una disputa. Los frailes y los clientes del arzobispo Ricardo cayeron sobre Roger en presencia del cardenal y del sínodo, le tiraron al suelo, le patearon muy a su sabor y le dieron tantos golpes, que medio muerto se lo llevaron de allí los suyos libertándole, no sin trabajo, del furor de sus contrarios. El arzobispo de Canterbury tuvo que dar una crecida suma al legado para obtener que se echase tierra sobre aquel escándalo¹¹⁸⁷.

Cuenta Giraldo Cambrensis que los frailes y el prior de san Swithin fueron un día a echarse a los pies del rey, quejándose con muchas lágrimas y dolientes lamentos de que el obispo de Winchester, que era también su abad, les había cercenado tres platos de su mesa.—«¿Cuántos os han dejado?» preguntó Enrique.—«Diez solamente», respondieron los desconsolados frailes.—«Nunca he tenido yo en la mía más de tres», exclamó el rey, «y mando a vuestro obispo que os reduzca al mismo número»¹¹⁸⁸.

No dejó Enrique más que dos hijos legítimos: Ricardo que le sucedió, y Juan, que no heredó ningún infantazgo, aunque muchas veces había tenido su padre intención de asegurarle alguna porción de sus vastos estados: de aquí le vino el apodo de Juan *Sin-Tierra* con que comúnmente se le designa. Dejó también Enrique tres hijas legítimas, Matilde, que nació en 1156, y casó con Enrique, duque de Sajonia; Leonor, que nació en 1162, y casó con Alfonso, rey de Castilla, y Juana, que nació en 1165, y estuvo casada con Guillermo rey de Sicilia¹¹⁸⁹.

Los antiguos historiadores dicen que Enrique fue muy dado a mujeres, y hablan de dos hijos naturales que tuvo de Rosmunda, hija de lord Clifford; uno, Ricardo Larga-Espada, así llamado a causa de una de desmesurada longitud que llevaba habitualmente, casó con Ela, hija y heredera del conde de Salisbury; el otro, llamado Godofredo, fue primeramente obispo de Lincoln y luego arzobispo de York: todas las demás circunstancias de la vida de Rosmunda parecen puramente fabulosas.

1187 Benedict. Abbas, pág. 138, 139.

1188 Anglia Sacra, tomo II. cap. 5.

1189 Diceto, pág. 616.

X. Ricardo I—1189

Preparativos del rey para la cruzada

Constante fue el arrepentimiento que tuvo Ricardo de su criminal conducta con su padre, e influyó mucho en la elección que hizo de sus ministros y criados de su casa cuando ascendió al trono. Los que habían favorecido su rebelión, en vez de poseer, como esperaban, el favor y confianza del nuevo rey, cayeron en su desgracia y nunca recibieron de él más que señales de odio y de desprecio; pero por el contrario, los ministros fieles de Enrique que se habían opuesto vigorosamente a la tentativa de sus hijos, fueron recibidos por Ricardo con brazos abiertos, y conservados en sus destinos, que habían desempeñado honradamente bajo su primer monarca y señor¹¹⁹⁰. Esta prudente conducta podía ser el resultado de la reflexión, pero en un príncipe como Ricardo, siempre tan arrebatado por sus pasiones, y tan indócil a las exigencias de la política, atribuyóse generalmente a un principio más virtuoso y laudable.

Para reparar con uno de los autores de su vida las ofensas que había hecho al otro, el primer cuidado de Enrique fue poner en libertad a la reina viuda, aprisionada hacía mucho tiempo, y confiarle el gobierno de Inglaterra, hasta que pudiese él volver al reino. Su liberalidad con su hermano Juan, rayó en los límites de la profusión y de la imprudencia, pues no solo le dio el condado de Mortagne en Normandía, le señaló una pensión de cuatro mil marcos al año, le hizo casarse con Avisa, hija del Conde de Gloucester que le llevaba en dote y en esperanza los inmensos bienes de aquella casa, mas aumentó con otros beneficios y concesiones el rico infantazgo que le había destinado el rey difunto. Abandonóle todas las tierras de Guillermo Peverell, que se habían incorporado a la corona, púsole en posesión de ocho castillos con todos los bosques, derechos y honores anejos a ellos; le cedió seis condados, Cornualles, Devon, Sommerset, Nottingham, Dorset, Lancastre y Derby, y procurando a fuerza de favores contener en su obligación a aquel vicioso príncipe, le puso más en estado de lo que debiera de separarse de ella cuando quisiese.

Más dominado por el amor a la gloria que por la superstición, el rey, desde el principio de su reinado, obró en todo cual si el único objeto de su gobierno hubiera sido socorrer a la Tierra santa, y arrebatarse a Jerusalén del poder de los sarracenos; y habiéndose difundido a sus vasallos aquel celo contra los infieles, manifestóse particularmente el día de su coronación en Londres, y les hizo mirar una cruzada como una expedición lucrativa y casi sin peligro. Según las ideas de aquel tiempo, el préstamo del dinero a interés pasaba por usura, y llevaba esta odiosa denominación, pero a pesar de todo, las necesidades comunes mantenían su uso. Aquella especie de tráfico estaba en todas partes, y casi exclusivamente, en manos de los judíos, que reputados ya infames por su religión, y no teniendo honra que perder, elegían sin vergüenza una profesión aborrecible en sí misma, por los rigores de toda especie que hacía ejercer, y a veces también por las picardías y las extorsiones que ocasionaba. La industria y la economía de aquel pueblo le habían puesto en posesión de casi todo el metálico que la desidia y el despilfarro de los ingleses, igualmente que de las demás naciones europeas, les proporcionaban la ocasión de prestar a crecido interés. Los frailes, en sus escritos, echan en cara a Enrique II como una mancha en su preciosa y equitativa administración el haber protegido con particular empeño a aquella raza maldita contra todo linaje de ultrajes y de insultos; pero el celo de Ricardo dio en breve al pueblo un pretexto para manifestar su odio contra los judíos.

El rey expidió un edicto que les prohibía presentarse en la coronación, y como algunos de ellos le llevaron un presente considerable en nombre de todos, atreviéronse en favor de aquel

¹¹⁹⁰ Hoveden, pág. 655. Benedict. Abbas, pág. 547. Mat. París, pág. 107.

magnífico don a acercarse al salón donde estaba comiendo el monarca. Los espectadores los vieron y los insultaron; los infelices diputados huyeron; el pueblo los persiguió, y habiéndose extendido la voz de que el rey había mandado matar a todos los judíos, en el instante mismo ejecutó el populacho una orden tan grata para él, sobre todos los que cayeron en sus manos. Los que no habían salido a la calle, estuvieron expuestos a los mismos peligros: el pueblo, impulsado por el fanatismo y la codicia, forzó sus casas y las saqueó después de haber matado a los propietarios, pegando fuego a todas las que halló bien defendidas y barreadas las puertas, y abriéndose luego paso por entre las llamas para robar y matar. La licencia que reinaba en Londres y que la autoridad del soberano reprimía a duras penas, tomó entonces terrible vuelo y continuó todos los desórdenes: los ciudadanos más ricos, aunque cristianos, vieron a su vez atacadas y saqueadas sus casas, y no cesó en fin aquella espantosa anarquía, hasta que los mismos que la promovían se hartaron de sangre y de latrocinios; sin embargo, cuando el rey autorizó al justicia mayor, Glanville, a hacer pesquisas para averiguar los nombres de los fautores de aquellos crímenes, resultaron comprometidos tantos vecinos principales, que se creyó prudente abandonar la causa, y pocas personas fueron castigadas por tantos horrores. No se concentraron estos en solo Londres; los habitantes de los otros pueblos de Inglaterra oyeron hablar de aquella matanza de los judíos, y siguieron el bárbaro ejemplo de la capital. Quinientos de aquellos desdichados se habían retirado al Castillo de York para ponerse en salvo, mas viendo que no podían defenderse, degollaron con sus propias manos a sus mujeres y a sus hijos, arrojaron aquellos sangrientos cadáveres al populacho por cima de las murallas, pegaron fuego al edificio, y perecieron entre las llamas. Todos los nobles de las cercanías que eran deudores de los judíos, fueron a la catedral, donde estaban depositados sus billetes, y delante del altar mayor, hicieron una hoguera con todos aquellos papeles. El compilador de los Anales de Waverley, refiriendo estos sucesos, bendice al Altísimo por aquel acto de justicia contra una raza impía¹¹⁹¹.

La situación de Inglaterra en aquellos remotos tiempos en que el pueblo era poco rico, y en que aun no se había creado el crédito público, no permitía a los soberanos sostener los gastos de una larga guerra, ni aun en las fronteras; con más motivo hallaban todavía menos recursos legítimos para soportar el dispendio de expediciones tan lejanas como las de Palestina, inspiradas más bien por el frenesí popular, que por las miras de una política sensata. No ignoraba pues Ricardo que era menester que llevase consigo todo el dinero de que podía tener necesidad, y que el apartamiento y la pobreza de su reino, no permitían que le siguiesen enviando los auxilios que indispensablemente había de exigir una guerra tan peligrosa. Había hallado en las arcas de su padre más de cien mil marcos, y desatendiendo todo otro interés que no fuese el de la gloria presente, sólo pensó en aumentar aquella suma por todos los medios posibles, por contrarios que fuesen al bien público, o peligrosos para la autoridad real. Enajenó las rentas y los dominios de la corona, y los cargos y los empleos de confianza, los que daban más poder y aun los de moneros y sheriffs¹¹⁹², antes tan importantes, llegaron a ser venales. La dignidad de justicia mayor, de la que dependía enteramente la ejecución de las leyes, se vendió por la suma de mil marcos a ruego de Puzas, obispo de Durham, quien compró también de por vida el Condado de Northumberland¹¹⁹³. Muchos cruzados que se arrepintieron de su voto compraron la libertad de no cumplirlo, y con esta condición, Ricardo, más escaso de dinero que de hombres, les dispensó gustoso de la obligación de seguirle. Ansioso por adquirir aquella gloriosa nombradía que sólo la guerra contra los infieles proporcionaba entonces, aquel príncipe cerró los ojos a toda otra consideración, y cuando sus ministros más ilustrados le representaron los inconvenientes que debían resultar de aquella disipación de las rentas y de las fuerzas de la corona, él respondió que vendería la misma ciudad de Londres si pudiera hallar un comprador.¹¹⁹⁴ La venta que hizo por la módica suma de diez mil marcos del vasallaje de Escocia, y de las fortalezas de Roxburgh y de Berwick, una de las más bellas adquisiciones de su padre en el transcurso de un reinado victorioso; en fin, su aceptación del homenaje de Guillermo, sobre el

1191 Colec. de Gall, tomo III. pág. 165.

1192 El sheriff tenía antiguamente la administración de la justicia y de las rentas del rey en la provincia.

1193 Mat. París, pág. 109.

1194 W. Heming. pág. 519.

antiguo pie, es decir, solamente por las posesiones que tenía aquel príncipe en Inglaterra, prueban en efecto que todo interés desaparecía a su vista ante el de las cruzadas¹¹⁹⁵. Púsose a contribución a los ingleses de todo estado y condición; empleáronse las amenazas contra el inocente y contra el culpado para sacarles dinero, y cuando faltaban pretextos contra los ricos, el rey los obligaba, por el temor de desagradarle, a prestarle sumas que sabía muy bien que nunca podría devolverles.

A pesar de todo lo que sacrificaba al triunfo de la guerra santa, su conducta era tan poco edificante, que Fulco, cura de Neuilly, celoso predicador de la Cruzada, y como tal autorizado a decir verdades duras, le avisó atrevidamente que se corrigiese de aquéllos vicios notorios, el orgullo, la avaricia y la lujuria, que llamaba las tres hijas favoritas del rey. «Vuestro consejo es bueno», respondió Ricardo, «y por tanto doy la primera a los templarios, la segunda a los benedictinos, y la tercera a mis prelados.»

Receloso de los disturbios que pudieran ocurrir en Inglaterra durante su ausencia, exigió que el príncipe Juan y Godofredo, arzobispo de York, su hermano natural, le prometiesen y confirmasen su palabra con juramento de no entrar en el reino hasta su vuelta; sin embargo, juzgó acertado antes de su partida retractar esta prohibición. Dejó la administración en manos de Hugo, obispo de Durham y de Longchamp, obispo de Ely, a quien nombró justicia mayor y regente del reino. Este último era normando, de oscuro nacimiento y de carácter arrebatado. Su maña y sus manejos le habían hecho alcanzar la privanza del rey, quien le dio los sellos y obtuvo del Papa que le concediese una comisión de legado, a fin de que reuniendo toda especie de autoridad en su persona, pudiese asegurar mejor la tranquilidad pública. Toda la juventud fogosa y animada de un carácter bélico, acudía con entusiasmo al lado del rey, y éste manifestaba la más viva impaciencia por ilustrarse en Asia, adonde le llamaban sus inclinaciones y sus empeños no menos que los correos del rey de Francia, próximo a embarcarse para aquella expedición.

El Emperador Federico, príncipe tan recomendable por sus altas prendas, como por su valor, había partido ya para Palestina al frente de ciento cincuenta mil hombres reclutados en Alemania y en todos los estados septentrionales. Después de haber vencido todos los obstáculos que oponían a su tránsito los artificios de los griegos y las fuerzas de los infieles, había penetrado ya hasta las fronteras de la Siria, cuando habiéndose bañado un día en las frías aguas del Cidmo, durante los más recios calores del verano, le atacó una enfermedad mortal que puso fin a su vida y a su temeraria empresa¹¹⁹⁶. Su ejército, bajo el mando de su hijo Conrado, llegó a Palestina, pero tan diezmado por las fatigas, el hambre, las enfermedades y el acero de los enemigos, que escasamente ascendía al número de ocho mil hombres, y nada pudo hacer para oponerse a los progresos del poder, el valor y la táctica de Saladino. Las muchas calamidades que habían sufrido aquellos cruzados demostraron a los reyes de Francia y de Inglaterra la necesidad de probar otro camino para pasar a la Tierra santa, por lo que resolvieron conducir a ella sus tropas por mar, llevar consigo todas las provisiones necesarias, y por medio de sus fuerzas marítimas, conservar una comunicación libre con sus propios estados y las partes occidentales de Europa. El primer punto de reunión se designó en los llanos de Tezelay y en los confines de la Borgoña¹¹⁹⁷. Cuando Felipe y Ricardo llegaron allí (29 de junio 1190), sus ejércitos ascendían al número de cien mil hombres¹¹⁹⁸, fuerzas que debían ser invencibles, estando, como lo estaban, animadas por la gloria y la religión, capitaneadas por dos monarcas guerreros, y provistos de todos los objetos que podían suministrar sus diferentes estados, si no las hacían vanas su mala dirección o los insuperables obstáculos de la naturaleza.

1195 Hoveden, pág. 662. Rymer, tomo I, pág. 64. Mat. West. pág. 257.

1196 Benedict. Abbas, pág. 556.

1197 Hoveden, pág. 660.

1198 Vinisauf, pág. 305.

Embárcase el rey para la Tierra Santa

Reiteráronse en aquella entrevista los reyes de Francia y de Inglaterra las protestas de su mutua amistad, diéronse palabra de no intentar cosa alguna sobre sus mutuos estados durante la cruzada, recibieron respectivamente el mismo juramento de sus barones y prelados, y se sometieron los primeros a la pena de los entredichos y de las excomuniones, si violaban algún día aquel público y solemne empeño. En seguida se separaron: Felipe tomó el camino de Génova, y Ricardo el de Marsella, con intento de reunirse a sus escuadras que, cada cual en particular, habían recibido orden de acudir a aquellos puertos. Dieron la vela el 14 de setiembre, y poco tiempo después ambos tuvieron, de resultas de las tempestades, que arribar a Mesina donde pasaron el invierno. Este incidente dio ocasión a la discordia que se suscitó entre aquellos príncipes, y que tan funesta fue al resultado de su empresa.

Ricardo y Felipe, rivales en poder por la situación y la extensión de sus estados, lo eran también personalmente, por su edad, sus inclinaciones y su amor a la gloria. Estos motivos de emulación que, si se hubieran empleado contra el enemigo común, hubieran producido memorables hazañas, no tardaron en dividir, en aquel peligroso momento de solaz, a aquellos dos monarcas tan orgullosos. Igualmente altivos, ambiciosos, intrépidos e inflexibles, uno y otro se irritaban al menor asomo de injuria, y no podían doblegarse a aquellas mutuas condescendencias capaces de ahuyentar los motivos de queja que inevitablemente ocurrían entre ellos. Ricardo, candoroso, franco, sin malicia, imprudente y fogoso, se ponía en descubierto en todas ocasiones de un modo que favorecía los designios de su antagonista; y este, previsor, interesado y pérfido, nunca dejaba de aprovecharse de ello. De esta suerte tanto las analogías como las oposiciones de sus genios contribuyeron igualmente a imposibilitarles el perseverar en aquella armonía tan esencial al logro de su expedición.

Transacciones en Sicilia

El difunto rey de Sicilia y de Nápoles, Guillermo II, que había estado casado con Juana, hermana de Ricardo y había muerto sin dejar hijos, había legado sus estados a Constanza, hermana de su padre, y única descendiente legítima de Roger, el primer soberano de aquella isla que había sido honrado con el título de rey. Constanza, con la esperanza de tan rica herencia, se había casado con Enrique VI, el emperador reinante a la sazón¹¹⁹⁹, pero Tancredo, hermano natural de Constanza, se había ganado tan sólidamente el partido de la nobleza, que aprovechándose de la ausencia de Enrique, usurpó el trono a que debía ascender su hermana, y se conservaba en él con la fuerza de las armas contra todos los ataques de los mesineses¹²⁰⁰. La proximidad de los cruzados le inquietó naturalmente a causa de su situación, y dudó de quien debía temer más la presencia, o del monarca francés o del rey de Inglaterra. Felipe estaba empeñado en una estrecha alianza con el emperador, competidor de Tancredo; Ricardo estaba resentido de los rigores usados con la reina viuda de Sicilia y de Nápoles, a quien el monarca siciliano tenía confinada en Palermo, porque se había opuesto a su usurpación. En medio de aquellos peligros iguales, Tancredo, que los conocía, resolvió hacer diestramente la corte a aquellos dos temibles príncipes, y logró hacerse amigo de ambos. Tuvo el arte de persuadir a Felipe que no le estaría bien interrumpir su empresa contra los infieles con tentativas hostiles contra un príncipe cristiano, puso en libertad a la reina Juana, y aun halló medio de contraer alianza con el rey Ricardo, quien estipuló en el tratado casar a su hijo Arturo, el joven duque de Bretaña, con una de las hijas de Tancredo¹²⁰¹; pero antes que se ajustasen aquellos amistosos convenios, Ricardo, desconfiando juntamente de aquel príncipe y de los habitantes de

1199 Benedict. Abbas, pág. 580.

1200 Hoveden, pág. 663.

1201 Hoveden. pág 676, 677.

Mesina, estableció su cuartel en los arrabales, se apoderó de una fortaleza que dominaba la ensenada, y estuvo muy sobre la defensiva. También los mesineses se recelaban de él, y diariamente había choques e insultos entre ellos y los ingleses. Felipe, que había acuartelado sus tropas en la ciudad (3 de octubre), quiso hacerse mediador de aquellas desavenencias, y tuvo sobre este punto una conferencia con Ricardo. Mientras se celebraba en campo raso la entrevista de los dos reyes (4 de octubre) y discutían estos entre sí el caso, un cuerpo de sicilianos pareció avanzar hacia ellos, por lo que Ricardo les salió al encuentro para averiguar la causa de aquel movimiento extraordinario¹²⁰². Los ingleses, ufanos con su superioridad, inflamados por su inveterado rencor, y no buscando más que un pretexto para satisfacerle, cayeron sobre los mesineses, los fueron acosando hasta la ciudad, en la que entraron en tropel con ellos. Impidió el rey a sus tropas que atropellasen a los moradores pacíficos, pero mandó que en señal de la victoria, se tremolasen sobre las murallas las banderas de Inglaterra. Felipe, que miraba aquella ciudad como su cuartel real, indignóse en vista de aquel insulto y mandó a algunos de sus soldados que arrancasen las banderas; Ricardo se apresuró a informarle con altivez de que estaba pronto a hacer quitar aquel objeto de discordia, pero que no consentiría que nadie osase insultarle, y que si el rey de Francia se obstinaba en hacerle aquella injuria, no lo conseguiría sino después de haber derramado arroyos de sangre. Satisfecho con aquella especie de sumisión, revocó Felipe sus órdenes¹²⁰³, pero aquel pique apaciguado en apariencia, dejó siempre gérmenes de despecho y resentimiento en el corazón de los dos monarcas.

Tancredo, que por su propia seguridad deseaba enconar sus desavenencias, se valió de un artificio, cuyos resultados hubieran podido llegar a ser más funestos todavía. Enseñó a Ricardo una carta (1191) firmada por el rey de Francia, que decía haberle sido entregada por el duque de Borgoña, en la que Felipe mostraba desear que Tancredo cayese sobre el real de los ingleses, y prometía su ayuda para pasarlos a cuchillo, como a enemigos comunes. El inconsiderado Ricardo dio oídos a aquella delación, pero fue demasiado franco para disimular su enojo a Felipe, que desconoció formalmente la tal carta, y acusó al príncipe siciliano de haberla inventado: con esta explicación, Ricardo quedó o mostró quedar satisfecho¹²⁰⁴.

Para evitar que en lo sucesivo se multiplicasen entre ellos aquellas desconfianzas y aquellos motivos de acrimonia, propúsose prevenir toda futura contienda por medio de un solemne tratado, en el que se ajustarían en cuanto posible fuese todos los puntos capaces de ocasionar nuevas rencillas, pero este expediente suscitó una nueva que podía llegar a ser más peligrosa que ninguna de las anteriores, en la que estaba profundamente interesado el honor mismo de la casa de Felipe. Cuando Ricardo, en todos los tratados hechos con Enrique II, había insistido expresamente sobre que se le permitiese efectuar su enlace con Alix de Francia, sólo buscaba una negativa con que autorizar su rebelión, pues ningún deseo tenía de dividir su lecho con una princesa sospechada de tener trato criminal con el padre de su futuro marido; y desde el momento en que subió al trono, no volvió a hablar de semejante casamiento, y aun tomó disposiciones para casarse con Berenguela, hija de Don Sancho, rey de Navarra, de la que se había enamorado durante su residencia en Guyena¹²⁰⁵. Por días se aguardaba a la reina Leonor con aquella princesa en Mesina¹²⁰⁶, y cuando Felipe renovó sus instancias para que se celebrase la boda de su hermana Alix con Ricardo, no tuvo éste más remedio que declarar positivamente sus nuevas intenciones. Hoveden y otros historiadores¹²⁰⁷ aseguran que presentó pruebas tan convincentes de la fragilidad de Alix, y aun del nacimiento de un hijo que había tenido de Enrique II, que Felipe desistió de su demanda y tomó el partido de sepultar en el olvido la vergüenza de su familia. Es seguro, por el tratado mismo, que todavía se conserva¹²⁰⁸, que cualesquiera que fuesen los motivos del monarca francés, consintió en

1202 Benedict. Abbas, pág. 608.

1203 Hoveden, pág. 674.

1204 Hoveden, pág. 688. Benedict. Abbas, pág. 642, 643. Brompton, pág. 1195.

1205 Vinisuf, pág. 316.

1206 Mat. París, pág. 112.

1207 Hoveden, pág. 688.

1208 Rymer, tomo I. pág. 69. Crón, de Dunst. Pág. 44.

que Ricardo diese su mano a Berenguela, y habiendo ajustado todas las demás discusiones con aquel príncipe, se embarcó al punto para la Tierra santa. Ricardo aguardó algún tiempo la llegada de su madre y de su futura esposa, y apenas llegaron dividió su armada en dos escuadras y se dio a la vela para ejecutar su gran proyecto. La reina Leonor volvió a Inglaterra, pero Berenguela y la reina viuda de Sicilia, hermana del rey, le siguieron en su expedición¹²⁰⁹.

Una furiosa tempestad dispersó la armada inglesa en las aguas de Mesina; la escuadra en que estaban embarcadas las dos princesas fue arrojada a las costas de Chipre (12 de abril), y algunas naves encallaron en aquella isla, cerca de Limiso. Isaac, príncipe de Chipre, que se arrogaba el pomposo título de emperador, las saqueó, hizo cautivos a los marineros y pasajeros, y a pesar de la interesante y peligrosa situación de las dos princesas, no les permitió entrar en el puerto: pero poco tiempo después llegó Ricardo y tomó una terrible venganza de aquella barbarie. Desembarcó sus tropas, derrotó al tirano, que salió a cortar el paso, tomó a Limiso por asalto, alcanzó al siguiente día una gran victoria, obligó a Isaac a rendirse a discreción e instaló gobernadores en aquella isla. El príncipe griego, encerrado en una prisión y cubierto de cadenas, se quejó de que le tratasen con tan poco miramiento, y Ricardo mandó que le pusiesen cadenas de plata, distinción que lisonjeó no poco al emperador, quien dio por ello las gracias a Ricardo¹²¹⁰. Allí fue donde el rey se casó con Berenguela (12 de mayo); inmediatamente después, esta princesa se embarcó de nuevo y llevó consigo a Palestina a la hija de Isaac, rival peligrosa, a quien se sospechó de haberle robado el corazón de su voluble esposo, pues tales eran el libertinaje y habituales descarríos de los héroes empeñados en aquella piadosa expedición.

Llegada del rey a Palestina

Llegó cabalmente a punto el ejército inglés para participar de la gloria del sitio de Acre, o Ptolemaida, atacada hacía más de dos años por las fuerzas reunidas de los cruzados en Palestina, y que Saladino defendía con todos sus esfuerzos. Los restos del ejército alemán, capitaneado por el emperador Federico, y las muchedumbres de cruzados con que el Occidente inundaba sin cesar la Tierra santa, habían puesto al rey de Jerusalén en estado de acometer aquella importante empresa¹²¹¹; pero como Saladino había puesto en la plaza una numerosa guarnición al mando de Caracos, su maestro en el arte de la guerra, y los sitiados además hostilizaban al enemigo con continuas salidas, el sitio se había prolongado y las fuerzas de los cristianos habían disminuido considerablemente. Inspiró a éstos nuevo ardor la llegada de Felipe y de Ricardo, y obrando de acuerdo ambos príncipes y repartiéndose el honor y el peligro de cada acción, hicieron esperar en fin una victoria decisiva.

El orden con que se convinieron en llevar adelante el sitio fue el siguiente: cuando el monarca francés atacaba la ciudad, Ricardo guardaba la trinchera; cuando al día siguiente el príncipe inglés dirigía el asalto, Felipe a su vez cuidaba de atender a la seguridad de los sitiadores. La emulación entre los dos reyes antagonistas y las dos naciones rivales produjo extraordinarios actos de valor; Ricardo en particular, animado de un arrojo más impetuoso que Felipe, y más conforme a la índole novelesca de aquel siglo, atrajo sobre sí la atención universal, y se granjeó una brillante reputación; pero no duró mucho su buena armonía, y pronto se presentaron ocasiones de discordia entre aquellos dos altaneros príncipes.

1209 Benedict. Abbas, pág. 644.

1210 Id., pág. 650. Anal. Waverl., pág. 164.

1211 Vinisauf, pág. 269, 271 y 279.

Estado de Palestina

Habiendo terminado en una mujer la rama de la casa de Bouillón, colocada en el trono de Jerusalén, Fulco, conde de Anjou, abuelo de Enrique II, rey de Inglaterra, se casó con la heredera de aquel reino y se le transmitió a la rama segunda de su casa; y como aquella casa no tenía ya más descendientes que Sibila e Isabel, Guido de Lusignan se casó con la mayor de aquellas princesas, cuyos derechos ejercía, aunque con la invasión de Saladino perdió el reino. Los cruzados le reconocían siempre por rey de Jerusalén¹²¹², pero como Sibila murió sin hijos, durante el sitio de Acre, Isabel, su hermana segunda, hizo valer sus pretensiones a aquel vano título, e intimó a Lusignan que se le cediese a Conrado, marqués de Montferrat, su marido. Lusignan sostuvo que el carácter de rey era indeleble, y que no se le podía despojar de él, y recurrió a la protección de Ricardo, a quien decidió antes de salir de Chipre a abrazar su causa¹²¹³. No fue necesario más para decidir a Felipe por el partido de Conrado. Las miras opuestas de aquellos grandes monarcas introdujeron el desorden y la disensión en el ejército cristiano, y retardaron todas sus operaciones. Los templarios, los genoveses y los alemanes, se declararon por Felipe y Conrado; mientras que los pisanos, los flamencos y los caballeros de S. Juan, abrazaron la causa de Ricardo y de Lusignan; pero a pesar de estas disputas, los sarracenos, reducidos en fin al último apuro, se rindieron prisioneros de guerra (12 de julio), y por salvar sus vidas, concedieron en la capitulación varias ventajas a los cruzados, y entre ellas se estipuló que pondrían en libertad a los prisioneros cristianos y entregarían la verdadera cruz¹²¹⁴. Tal fue el feliz éxito de aquella grande empresa, que por tanto tiempo había cautivado la atención de Europa y Asia, y costado trescientos mil hombres.

Sin embargo, en vez de llevar adelante sus conquistas, y sacar de esclavitud a la Tierra santa, Felipe, cansado del ascendiente que Ricardo afectaba, y realmente había adquirido, sobre él, atento además a otros intereses que reclamaban su presencia en Europa, declaró su resolución de volverse a Francia, y coloreó su deserción con el pretexto de su mala salud; dejó empero a Ricardo diez mil hombres de sus tropas, bajo el mando del duque de Borgoña, y juró nuevamente de no cometer jamás hostilidad alguna contra los estados de aquel monarca durante su ausencia, aunque esto no le impidió solicitar del Papa Celestino III, apenas llegó a Italia, que le relevase de su juramento, y a pesar de que se le negó aquella solicitud, no por eso dejó de seguir de un modo más misterioso un proyecto que satisfacía juntamente su venganza y su ambición, y que favorecía la situación presente de Inglaterra.

Desórdenes en Inglaterra

Inmediatamente después que Ricardo se puso en camino para la Tierra santa, los dos prelados a quienes había establecido regentes del reino se desavinieron entre sí y pusieron todo el estado en combustión. Longchamp, de carácter naturalmente presuntuoso, engreído con el favor de su amo, armado de la autoridad de legado, no podía sufrir ninguna igualdad entre el obispo de Durham y él, y llevó la osadía hasta el punto de hacer prender a su colega y de arrancarle una cesión del condado de Northumberland y sus otras dignidades por precio de su libertad¹²¹⁵. El rey, noticioso de aquellas disensiones, mandó en cartas que escribió desde Marsella, que se restableciese al obispo en todos sus empleos; pero Longchamp tuvo la osadía de desobedecer so pretexto de que estaba mejor instruido que nadie de las secretas intenciones del rey¹²¹⁶, y continuó gobernando solo el reino,

1212 Vinisauf, p4g. 281.

1213 Trivet, pág 134, Vinisauf, pág. 342.

1214 Aquella verdadera Cruz se perdió en la batalla de Tiberíades, a la que la llevaron los cruzados. Bigort, autor de aquella época, dice que después de aquellos desastres, todos los niños que nacían en toda la cristiandad tenían sólo 20 o 22 dientes en vez de 30 o 32 que tenían antes, pág. 14.

1215 Hoveden, pág 665. Knyghton, pág. 2405.

1216 W. Heming, pág 528.

tratando a la nobleza con la mayor arrogancia, y haciendo alarde de su poder y de sus grandes riquezas, con la más indecente ostentación. Nunca iba sin una guardia de mil quinientos hombres de aquellas tropas mercenarias e indisciplinadas que infestaban entonces todos los estados, su comitiva era la de un soberano en punto a magnificencia, y cuando visitando las diferentes provincias del reino, se hospedaba en algún monasterio, su séquito, en el que tenían a mucha honra ser admitidos los nobles y los caballeros, devoraba (dicen los historiadores) en una noche las rentas de muchos años¹²¹⁷. El rey detenido en Palestina más tiempo de lo que creía el orgulloso prelado, habiendo tenido noticia de aquella excesiva ostentación, superior aun a lo que autorizaban en los eclesiásticos las preocupaciones de aquel siglo, informado de su insolente y tiránico comportamiento como ministro, juzgó conveniente poner coto a su autoridad, y envió nuevas órdenes nombrando a Walter, arzobispo de Rouen, a Guillermo Mareschal, conde de Strigul, a Godofredo Fitz-Peter, a Guillermo Briewere y a Hugo Bardolf, consejeros de Longchamp, a quien prohibió que tomase ninguna medida importante sin consultarlos, y sin su previa aprobación; pero el regente había inspirado con su violenta conducta un temor tan general, que el arzobispo de Rouen y el conde de Strigul no se atrevieron siquiera a presentarle las órdenes que habían recibido del rey; y Longchamp siguió conservando su autoridad ilimitada sobre la nación. Sin embargo, cuando abusó de ella hasta el punto de hacer encarcelar a Godofredo, arzobispo de York, que se había opuesto a sus designios, aquel atentado a los privilegios eclesiásticos, excitó una fermentación tan universal, que el príncipe Juan, descontento ya de tener tan poca participación en los negocios, y personalmente resentido de Longchamp, tomó sobre sí la responsabilidad de congregar en Reading un consejo general, compuesto de la nobleza y de los prelados del reino, y de intimar al ministro que acudiese a él a dar cuenta de su conducta. No se atrevió Longchamp a presentarse ante aquel tribunal, y se encerró en la torre de Londres, donde se creyó más seguro; pero pronto tuvo que rendir aquella fortaleza, de donde se escapó, y pasó el mar disfrazado de mujer.

Destituyósele de su empleo de canciller y del de justicia mayor, que se dio al arzobispo de Rouen, prelado de prudencia y moderación conocidas; empero la comisión de legado, que Celestino III había renovado a Longchamp, le dejó siempre, a pesar de su ausencia, grande autoridad en el reino, le dio ocasión para poner tropiezos al gobierno, y favoreció las miras del rey de Francia, que espiaba todas las ocasiones de arruinar los estados de Ricardo. El primer proyecto de Felipe fue invadir abiertamente la Normandía (1192); pero como la nobleza francesa se negó a seguirle en una expedición contra un país que había jurado proteger; y como el papa, tutor general en cierto modo de todos los príncipes cruzados, le amenazó con las censuras eclesiásticas, tuvo que renunciar a su empresa, y así no empleó contra Inglaterra más que los ardides de la política y los recursos de sus secretos amaños. Corrompió la fidelidad de Juan; le prometió su hermana Alix en matrimonio, y le ofreció ponerle en posesión de todas las soberanías que tenía Ricardo en el Continente; pero las amenazas de la reina Leonor, y las del consejo de Inglaterra, intimidaron a aquél turbulento príncipe, pronto ya a cruzar el mar para ejecutar sus criminales intentos.

Heroicidades del rey en Palestina

A cada instante reanimaban la envidia de Felipe las heroicas acciones de Ricardo en Oriente, que comparadas con su retirada, daban doble lustre a su rival. Aquel bajo sentimiento le impulsó a procurar obscurecer la fama que no había podido igualar, y por tanto aprovechó todas las ocasiones de difundir las más inverosímiles calumnias contra el rey de Inglaterra. Había un reyezuelo en Asia, vulgarmente llamado el *Viejo de la Montaña*, que se había granjeado un dominio tal sobre el ánimo de sus fanáticos vasallos, que le obedecían ciegamente, y miraban el asesinato como una obra meritoria, cuando le santificaban sus órdenes: arrostraban los peligros mas evidentes y aun la muerte mas segura por obedecerlas, y se imaginaban que después de haber sacrificado su vida, las

1217 Hoveden, pág. 680. Benedict Abbae. pág. 656, 700. Brompton. Pág 1192.

más inefables delicias del cielo serían la infalible recompensa de su obediencia¹²¹⁸. Solía aquel príncipe, cuando se creía ofendido, enviar secretamente algunos de sus súbditos a su agresor, remitiéndoles el cuidado de su venganza. Amaestrados en el arte infernal de ocultar y disfrazar sus designios, ninguna precaución era suficiente para precaverse, ni aun los más poderosos, de las emboscadas de aquellos decididos y astutos sicarios. Los más grandes monarcas temían al príncipe de los Asesinos (tal era el nombre de aquel pueblo, que luego se dio a los homicidas en casi todas las lenguas europeas), y fue grande imprudencia de parte de Conrado, marqués de Montferrat, haberse atraído su cólera. Los habitantes de Tiro, que gobernaba el marqués, dieron muerte a algunos de aquellos peligrosos emisarios. El viejo de la Montaña, pidió satisfacción de aquella ofensa, pues tenía a punto de honra no insultar nunca el primero¹²¹⁹, y empleaba formalidades determinadas y constantes para exigir reparación de los ultrajes que se le hacían. Conrado trató con desprecio a los enviados: el vengativo príncipe dio la orden fatal, y dos agentes suyos disfrazados, que se habían ingerido entre los guardias del marqués, le acuchillaron públicamente en las calles de Sidon. Presos y condenados a los más atroces tormentos, aquellos miserables llevaron el fanatismo hasta el punto de hacer alarde de su crimen, en medio de su agonía, y de regocijarse de haber sido elegidos por el cielo para una causa tan justa y tan santa.

Nadie ignoraba en Palestina de qué mano había salido el golpe mortal, y jamás ninguna sospecha había recaído sobre Ricardo. Aunque este monarca sostuvo al principio el partido de Lusignan contra Conrado, pronto conoció el mal efecto que podían producir aquellas divisiones, y confirió voluntariamente el reino de Chipre al primero, a condición de que cedería a su rival todas sus pretensiones a la corona de Jerusalén¹²²⁰: el mismo Conrado, al exhalar el último suspiro, recomendó su viuda a la protección de Ricardo¹²²¹. El príncipe de los Asesinos había confesado el asesinato del marqués de Montferrat, en una relación formal enviada por él a Europa¹²²². Sin embargo, el rey de Francia creyó poder fundar la más odiosa calumnia sobre el antecedente de que Ricardo era el único que se había opuesto a la elevación de Conrado, e imputar a aquel monarca la muerte del marqués. Llenó la Europa de sus clamores sobre este punto; creó una guardia cerca de su persona, como para precaverse de un atentado semejante¹²²³, y procuró con estos artificios cubrir la infamia en que incurría, atacando los estados de un príncipe, a quien había abandonado cobardemente, y que estaba empeñado de un modo tan glorioso en una guerra generalmente considerada como la causa común de la cristiandad.

Pero las heroicas proezas de Ricardo en Palestina hacían bastante su apología: los cruzados se determinaron a abrir la campaña bajo sus órdenes con el sitio de Ascalón para asegurar el logro del de Jerusalén, y marcharon a lo largo de las costas con aquel intento. Propúsose Saladino detener su marcha, y les cortó el paso al frente de un ejército de trescientos mil hombres. Entonces se dio una de las más grandes y célebres batallas de aquel siglo, tanto por la habilidad de los generales como por el número y el valor de las tropas y la variedad de los sucesos. El ala derecha de los cristianos, mandada por Davesnes, y la izquierda por el duque de Borgoña, fueron rotas en el principio de la acción, y cuando Ricardo, que mandaba el centro, restableció el combate, atacó al enemigo con una intrepidez y una serenidad admirables, llenó los deberes de un general consumado y de un soldado valerosísimo, y no solo dio tiempo a las dos alas para rehacerse, mas alcanzó una completa victoria sobre los sarracenos, que dejaron cuarenta mil cadáveres en el campo de batalla¹²²⁴. Inmediatamente cayó Ascalón en manos de los cristianos. Otros varios asedios se llevaron a cabo con igual fortuna, y ya se hallaba Ricardo en fin delante de Jerusalén, único objeto de su empresa, cuando tuvo la mortificación de saber que era preciso renunciar a la esperanza de una próxima conquista, y pararse

1218 W. Heming, pág. 532.

1219 Rymer, tomo I, pág. 71.

1220 Vinisauf, pág. 391.

1221 Brompton, pág. 1243.

1222 Rymer, tomo I, pág. 71, Díceto, pág. 680.

1223 W. Heming, pág. 882.

1224 Hoveden, pág. 698.

en medio de su gloriosa carrera. Al principio de la expedición, animados de un vehemente entusiasmo por la guerra santa, atropellando toda consideración de interés personal, y fiados en la protección inmediata del cielo, los cruzados no veían más que fama y victorias en este mundo, y coronas de gloria inmortal en el otro; pero cuando lejos de sus hogares, las fatigas, las enfermedades, la escasez de todas las cosas necesarias a la vida y la mezcla de reveses y de triunfos inseparable de la guerra, fueron amortiguando poco a poco aquel ardor, que todo lo había despreciado en el primer arranque, todos aquellos guerreros, excepto el rey de Inglaterra, manifestaron el deseo de volverse pronto a Europa. Los alemanes y los italianos declararon que estaban resueltos a abandonar la empresa. Los franceses se mostraron todavía más firmemente resueltos a tomar el mismo partido, y el duque de Borgoña, para hacer la corte a Felipe, aprovechó todas las ocasiones de incomodar y perjudicar a Ricardo¹²²⁵. Pareció absolutamente necesario renunciar por el pronto a toda esperanza de llevar más adelante las conquistas, y hubo que contentarse con asegurar las adquisiciones de los cristianos, mediante un pacto con Saladino. Ajustó pues Ricardo una tregua, y estipuló que Acre, Jaffa y las demás ciudades marítimas de la Palestina quedarían en manos de los cruzados, y que todos los cristianos podrían ir libremente a Jerusalén sin ser molestados en manera alguna: esta tregua se ajustó por tres años, tres meses, tres días y tres horas, número misterioso, imaginado sin duda por los europeos, y sugerido por una superstición digna del objeto de la guerra.

La libertad que Saladino concedió a los cristianos de ir en romería a Jerusalén, era por su parte bien pequeño sacrificio. Las encarnizadas guerras que sostenía por defender el árido territorio de la Judea, lejos de ser en él como en los cruzados efecto de un celo religioso, no eran más que la obra de la política. La ventaja del saber, de la moderación, de la humanidad, estaba entonces enteramente del lado de los sarracenos, y su valeroso emperador en particular, desplegó durante el curso de aquella guerra un talento y una magnanimidad, que sus mismos enemigos, a pesar de ser tan devotos, no podían menos de reconocer y de admirar. Ricardo, su igual en actividad y en valor, era de condición algo más feroz, y manchó sus más gloriosas victorias con actos de crueldad. Cuando Saladino se negó a ratificar la capitulación de Acre, el rey de Inglaterra mandó que todos los prisioneros, en número de cinco mil fuesen pasados a cuchillo, de donde resultó que los sarracenos tomaron represalias sobre los prisioneros cristianos¹²²⁶ con igual crueldad. Poco después de haber ajustado aquella tregua con los cristianos, murió Saladino en Damasco: es circunstancia memorable de su muerte, que antes de expirar hizo llevar por todas las calles de la ciudad su paño mortuario, como un estandarte, precedido por un hombre que iba gritando en alta voz: *Esto es todo lo que le queda al valeroso Saladino, el vencedor del Oriente*. Mandó en su testamento que se distribuyesen limosnas a los pobres, sin distinción de judíos, de cristianos o de musulmanes.

Su regreso de Palestina y su cautividad en Alemania

Ajustada la tregua, no quedaban ya negocios importantes que debiesen detener a Ricardo en Palestina, y la noticia que recibió de los amaños de su hermano Juan y del rey de Francia, le hizo conocer que su presencia era necesaria en Europa. Como no se atrevía a atravesar la Francia, enderezó su rumbo por el mar Adriático, y habiendo naufragado cerca de Aquilea, disfrazóse en hábito de peregrino, con intención de continuar secretamente su viaje por Alemania. El gobernador de Istria le persiguió, le obligó a separarse del camino directo de Inglaterra y a pasar por Viena; pero sus gastos y liberalidades revelaron el monarca, a pesar del cuidado que ponía en ocultarse bajo una mentida apariencia, y fue preso (dic. 20), por orden de Leopoldo, duque de Austria.

Había servido este príncipe bajo el mando de Ricardo, en Acre; y resentido de algunas altiveces de aquel monarca, tuvo la poca generosidad de aprovechar aquella ocasión que se le

1225 Vinisauf, pág. 380.

1226 Hoveden, pág. 597. W. Heming, pág. 531.

presentaba para satisfacer juntamente su avaricia y su encono, y puso al rey en prisión (1193). El emperador Enrique VI, que miraba también a Ricardo como enemigo porque se había coligado con Tancredo, rey de Sicilia, despachó emisarios al duque de Austria, para pedir que le entregase su prisionero, y le prometió una suma considerable en recompensa de aquel servicio. De esta suerte, el rey de Inglaterra que llenaba el mundo entero con su fama y su gloria, se halló en el momento más crítico para sus intereses, precipitado en el fondo de un calabozo, en el corazón de Alemania¹²²⁷, cubierto de cadenas y enteramente a merced de sus enemigos, los dos hombres más viles y sórdidos de la tierra.

Consternado quedó el consejo de Inglaterra al recibir aquella terrible nueva, previendo las funestas consecuencias que debía tener aquel suceso. La reina viuda escribió al papa Celestino varias cartas consecutivas, quejándose amargamente del ultraje que se hacía a su hijo y de la impiedad de retener entre cadenas al más ilustre príncipe que había llevado jamás el estandarte de la fe a la Tierra santa, reclamando para él la protección de la santa Sede, debida al más miserable cruzado, y reprochando al soberano pontífice que, en un asunto en que la justicia, la religión y el honor de la iglesia estaban tan vivamente interesados, cuando hubiera sido digno de su Santidad trasladarse inmediatamente en persona a Alemania, los rayos del Vaticano quedaban por tanto tiempo suspendidos sobre la cabeza de los culpados¹²²⁸. No correspondió el celo de Celestino a la impaciencia de la reina madre, y por mucho tiempo estuvo reducida la regencia de Inglaterra a defenderse contra los enemigos extranjeros y domésticos..

Guerra con Francia

El rey de Francia, informado en breve por un correo del emperador, de la prisión de Ricardo, se preparó inmediatamente a aprovecharse de aquella ocurrencia, y empleó todos los medios que pudieron suministrarle la fuerza y el ardid, la guerra y los estados de su desventurado rival. Sacó de nuevo a colación la calumnia del asesinato del marqués de Montferrat, y bajo este absurdo pretexto, excitó a sus barones a violar el juramento que habían hecho de no atacar jamás, por ningún motivo, las posesiones del rey de Inglaterra durante la cruzada; hizo las más ventajosas ofertas al emperador, si quería entregarle el rey prisionero, o a lo menos tenerle en prisión perpetua; cimentó con un casamiento una estrecha alianza con el rey de Dinamarca; pidió que se le cediesen las antiguas pretensiones de los daneses sobre la corona de Inglaterra, solicitó un socorro de naves para hacerlas valer; pero la más feliz de las negociaciones de Felipe fue la que entabló con Juan. Este príncipe, hollando los lazos de la sangre y las leyes del deber, con respecto a su hermano, su rey y su bienhechor, no pensó más que en aprovecharse de las calamidades públicas: a la primera invitación de la corte de Francia, aquel traidor fue a abocarse con Felipe, e hizo un tratado, cuyo objeto era la ruina total del desgraciado Ricardo: obligóse a poner una gran parte de la Normandía en manos del monarca francés¹²²⁹, a condición de que recibiría de éste la investidura de todas las demás soberanías que poseía su hermano al otro lado de los mares, y aun hay historiadores que aseguran que Juan rindió homenaje a Felipe por la corona de Inglaterra.

A consecuencia de este tratado, entró Felipe en Normandía, y merced a la perfidia de su nuevo aliado, se apoderó sin obstáculo de varias fortalezas, como Neufchalel, Neaufle, Gisors, Passey y Yorée: sometió los condados de Eu y de Aumale, y avanzando para poner sitio a Rouen, amenazó que pasaría a cuchillo a todos los habitantes si le oponían la menor resistencia. Por fortuna Roberto, conde de Leicester, se presentó en aquel crítico momento; aquel hombre valeroso, ilustrado ya por sus proezas durante la cruzada, y más feliz que su rey, habiendo logrado volver a su patria, se encargó de defender a Rouen, y con su presencia y su ejemplo consiguió reanimar el aliento de los

1227 Crón. T. Wykes, pág. 35.

1228 Rymer. Tomo I, pág. 72, 76, etc.

1229 Rymer, tomo I, pág. 85.

consternados normandos. Felipe fue rechazado en todos los ataques, y habiéndose cumplido el plazo del servicio de sus naves, consintió en firmar una tregua con la regencia de Inglaterra, contentándose con una promesa de la suma de veinte mil marcos, en seguridad de la cual se le entregaron cuatro castillos¹²³⁰.

El príncipe Juan, que con la mira de aumentar los disturbios, había pasado a Inglaterra, fue todavía más desgraciado en su empresa, logrando solamente apoderarse de los castillos de Windsor y Walingford; pero cuando fue a Londres a reclamar la corona, como heredero de su hermano, de cuya muerte aseguraba haber recibido noticia cierta, todos los grandes se levantaron contra él y tomaron medidas para resistirle y reducirle¹²³¹. Las justicias, en particular, proveyeron tan activamente a la defensa del reino, que después de algunos esfuerzos inútiles, tuvo Juan que ajustar una tregua con ellos y que pasar a Francia antes de que expirase, lo que era confesar abiertamente su alianza con Felipe.¹²³²

Libertad del rey

Mientras esto pasaba en Inglaterra, el alma altiva e impetuosa de Ricardo tenía que devorar en Alemania todos los insultos imaginables. En nombre de su rey, los embajadores de Francia declararon aquel príncipe despojado de la calidad de vasallo de aquel reino, y todos sus feudos confiscados en provecho de su señor feudal.

Para hacer desear la libertad con más empeño a su prisionero, y determinarle a pagar un rescate más considerable, tratóle el emperador con los más duros rigores, y como al más vil de los malvados; hasta se le obligó a comparecer ante la dieta del imperio, congregada en Worms, donde Enrique le acusó de muchos crímenes, tales como haberse coligado con Tancredo, usurpador de la Sicilia; haber vuelto las armas de los cruzados contra un príncipe cristiano, y haberse apoderado de Chipre, haber insultado al duque de Austria delante de Acre, y retardado el triunfo de las armas cristianas con sus desavenencias con el rey de Francia; haber sido el autor del asesinato de Conrado, marqués de Montferrat, y en fin haber dejado a Jerusalén en manos de los infieles, ajustando una tregua con Saladino¹²³³.

Ricardo, cuya alma grande no habían logrado abatir tantos infortunios, y a quien tan frívolas y escandalosas acusaciones sólo causaban una generosa indignación, después de haber empezado por declarar que su dignidad real le dispensaba de responder delante de todo tribunal que no fuera el del Ser supremo, dijo que consentía sin embargo, por consideración a su propia gloria, en justificar su conducta en presencia de aquella augusta asamblea: hizo observar que no había tenido ninguna parte en la elevación de Tancredo, y que no se le podía hacer un cargo de haber tratado con un príncipe que estaba entonces establecido en el trono; que el rey, o más bien el tirano de Chipre, se había atraído su cólera, con los más injustos e inhumanos desafueros, y que la venganza que de ellos había tomado, no había diferido ni un solo punto la ejecución de su empresa principal; añadió que si había faltado a las consideraciones debidas al duque de Austria, aquel rapto de vivacidad, estaba ya hartado castigado; que más conveniente sería a hombres reunidos para una expedición tan santa como la cruzada, olvidar recíprocamente sus debilidades, que empeñarse en tomar una venganza implacable de tan leve ofensa; que los resultados habían demostrado suficientemente quién tenía más celo por la conquista de la Tierra santa, él, o el rey de Francia, y quién estaba más dispuesto a sacrificar a aquel grande objeto sus pasiones y sus animosidades particulares; que si toda su vida no había probado cuan incapaz era de un cobarde asesinato, y no le disculpaba de semejante sospecha a los ojos de sus enemigos, jamás se humillaría hasta el punto de hacer entonces

1230 Hoveden, pág. 730, 731.

1231 Hoveden, pág. 724.

1232 W. Heming, pág. 536.

1233 Mat. París, pág. 121. W. Heming, pág. 536.

su inútil apología, y alegar todas las pruebas que podía invocar en su favor; que con respecto a la tregua que había ajustado con Saladino, sentía en el alma que hubiese sido necesaria, pero que lejos de avergonzarse de ella, no podía menos de darse el parabién por aquel suceso que reputaba muy honroso para él, abandonado de todos, sostenido sólo por su propio denuedo y los restos de sus tropas, haber obtenido semejantes condiciones del emperador más poderoso y guerrero que produjo jamás el Oriente. Después de haberse dignado descender de esta suerte a los pormenores de su conducta, prorrumpió Ricardo en amargas reconvenciones sobre el indigno tratamiento que se le había dado a él, el defensor de la cruz, y que todavía llevaba sobre sí aquel signo venerable; a él, que en recompensa de su sangre y de los tesoros de sus vasallos, prodigados en la causa común de la cristiandad, se veía al volver a su patria, preso por príncipes cristianos, sepultado en un calabozo, cubierto de cadenas y reducido a justificarse como un particular y un malhechor; pero lo que más le afligía, prosiguió, era que así se le impedía hacer los preparativos para una nueva cruzada, que se proponía emprender apenas espirase la tregua, y libertar el sepulcro de Cristo, profanado hacía tanto tiempo por el dominio de los infieles.

Tan viva impresión produjo sobre los príncipes alemanes la vehemente elocuencia de aquel monarca, que todos a una voz clamaron contra la conducta del emperador: el papa además amenazó a Enrique con la excomunión. Aunque este príncipe había dado oídos a las proposiciones del rey de Francia y del príncipe Juan, conoció sin embargo que no podía satisfacer las vergonzosas miras de aquellos, ni las suyas propias, reteniendo por más tiempo prisionero al rey de Inglaterra, y así trató con él de su rescate, que se fijó en ciento cincuenta mil marcos; es decir, sobre 300.000 libras de nuestra moneda actual, de las cuales, cien mil debían pagarse antes de ponerle en libertad; para fianza de lo restante se dieron sesenta y siete rehenes¹²³⁴. Al mismo tiempo, y como si hubiera querido echar un velo sobre la infamia de aquel pacto, hízole don del reino de Arlés, que comprendía la Provenza, el Delfinado, Narbona y otros estados, sobre los cuales tenía el imperio antiguas pretensiones; pero el rey rehusó con mucha cordura aquel presente.

La cautividad del señor soberano era uno de los casos previstos por las enfiteusis feudales; todos los vasallos estaban obligados a contribuir para el pago del rescate. Echóse pues una contribución de veinte chelines por feudo de caballero en Inglaterra, pero como aquel impuesto se recaudaba con lentitud, y no bastaba a llenar su objeto, el celo del pueblo suplió pronto la falta. Las iglesias y los monasterios fundieron su plata, que ascendía a 30.000 marcos; los abades, los obispos y los nobles dieron una cuarta parte de sus rentas anuales. El clero parroquial abandonó una décima parte de su diezmo, y completada de esta suerte la suma necesaria, la reina Leonor y Walter, obispo de Rouen, partieron para Alemania (4 de febrero 1194), pagaron lo estipulado al emperador y al duque de Austria en Metz; dieron rehenes por lo demás y libertaron a Ricardo. Grandes peligros corría sin embargo su libertad; sabíase que Enrique había tenido parte en el asesinato del obispo de Lieja, y en un atentado de igual naturaleza contra el duque de Lovaina. Tantas acciones horribles le hacían odioso a los príncipes de Alemania, y como él lo sabía muy bien, proponíase buscar apoyo en una alianza con el rey de Francia, a cuyo fin había resuelto retener a Ricardo, el enemigo de aquel monarca en una cautividad perpetua; quedarse con el dinero que había recibido ya por su rescate, y arrancar nuevas sumas a Felipe y al príncipe Juan, que le hacían a este efecto las más considerables ofertas. Dio pues orden para que Ricardo fuese perseguido y preso; pero aquel príncipe se dio tanta prisa y se embarcó tan a tiempo en la embocadura del Escalda, que ya estaba fuera de alcance cuando llegaron a Amberes los emisarios del emperador.

Vuelta a Inglaterra

Grandísima fue la alegría de los ingleses al volver a ver a un monarca que había sufrido tantas desgracias, adquirido tanta gloria y hecho célebre a su nación hasta en los confines del Oriente a

¹²³⁴ Rymer, tomo I, pág. 84.

donde jamás había llevado su fama. Apenas llegó el rey, proporcionó a sus vasallos una ocasión de señalar públicamente su regocijo, haciéndose coronar segunda vez en Winchester, como si hubiera querido con aquella ceremonia, reinstalarse en el trono, y borrar, por decirlo así, la huella de sus cadenas. Ni siquiera se entibió la satisfacción universal cuando declaró su intento de anular las onerosas enajenaciones que la necesidad le había precisado a hacer antes de su partida para la Tierra santa. Reunió también un gran consejo, donde todos los barones opinaron por que se confiscaran las posesiones del príncipe Juan en castigo de su traición, y aun por ayudar al rey a reducir las fortalezas que quedaban en poder de los parciales de su hermano¹²³⁵. Apenas Ricardo puso en orden todas las cosas en Inglaterra, pasó a Normandía con un ejército impaciente por hacer la guerra a Felipe y vengarse de todas las injurias que de él había recibido¹²³⁶. Luego que este monarca supo que estaba en libertad el rey de Inglaterra, escribió a su confederado el príncipe Juan: «¡Ojo alerta, el diablo ha roto su cadena!»¹²³⁷

Guerra con Francia

Cuando la imaginación se representa dos soberanos tan poderosos y tan guerreros, inflamados uno contra otro por un rencor personal, irritados por recíprocos ultrajes, excitados por la rivalidad, impulsados por intereses contrarios, aguijados por el orgullo y la violencia de su carácter, su curiosidad se despierta y se espera una guerra furiosa y tenaz, señalada por los más grandes sucesos, y terminada con una sorprendente catástrofe; sin embargo, los incidentes de aquellas hostilidades fueron tan insignificantes, que el historiador más apasionado por descripciones militares se aventuraría apenas a pintar sus pormenores, prueba segura de la debilidad de los reyes de aquella época, y de la poca autoridad que tenían sobre sus indómitos vasallos. Las proezas por una y otra parte se redujeron a la toma de un castillo, a la derrota de un cuerpo de tropas rezagadas y sorprendidas, y a un choque de caballería, sin importancia alguna. Ricardo obligó a Felipe a levantar el sitio de Verneuil; tomó a Loches, pequeño pueblo de Anjou; se apoderó de Beaumont y de algunas otras plazas de segundo orden; y después de una poco brillante campaña, entablaron los dos reyes negociaciones de reconciliación. Felipe quería que si se ajustaba una paz general, les fuese prohibido a los barones de ambos bandos hacerse la guerra unos a otros; pero Ricardo respondió que este era un derecho de sus vasallos, de que no podía despojarlos. Rotas aquellas negociaciones, hubo un encuentro entre la caballería inglesa y la francesa, en Frelteval, en el que la segunda fue completamente derrotada, y se cogieron las cartas y los archivos de Francia, que comúnmente seguían la persona del rey. Felipe se desquitó de aquel desastre con una victoria que alcanzó delante de Vaudreuil, después de lo cual su propia impotencia obligó a los dos monarcas a ajustar una tregua de un año,

Durante aquella última guerra, el príncipe Juan abandonó a Felipe, se echó a los pies de su hermano, imploró su clemencia, y por mediación de la reina Leonor, obtuvo un generoso perdón. «Le perdono, dijo el rey, y espero que olvidaré tan fácilmente sus alevosías como él mi perdón.» Juan era incapaz de volver a su obligación sin mancillar aquel paso con alguna infamia. Antes de abandonar el partido de Felipe, convidó a comer a todos los oficiales de la guarnición que había puesto aquel monarca en la ciudadela de Evreux: los hizo asesinar durante el festín, cayó sobre la guarnición con el auxilio de los paisanos, la pasó a cuchillo, y entregó la plaza a su hermano.

El rey de Francia era el principal objeto del resentimiento y de la animosidad de Ricardo; la conducta de su hermano Juan, del emperador y del duque de Austria, había sido tan baja, tan ignominiosa, había inspirado una indignación tan general y los deshonoraba a tal punto, que el rey se creyó bastante vengado de ellos; y como es imposible aborrecer violentamente a los que se

1235 Hoveden, pág. 737. An. Waverl., pág. 165.

1236 Hoveden, pág. 7340.

1237 Id. pág. 739.

desprecia mucho, parece que no conservó ningún proyecto de castigarlos más. Por aquel tiempo el duque de Austria se cayó de su caballo en un torneo, y se rozó una pierna; una recia calentura que le sobrevino hizo peligroso aquel accidente. La proximidad de la muerte hizo conocer a aquel príncipe la injusticia de su proceder con el rey de Inglaterra; arrepintiéndose de ella sinceramente y mandó en su testamento que se pusiese en libertad a los ingleses que guardaba en rehenes, y que no se exigiese nada del resto de la suma estipulada por el rescate. Su hijo se mostró dispuesto a no cumplir estas últimas voluntades, pero el clero le obligó a someterse a ellas¹²³⁸ (1195). También el emperador dio muestras de amistad a Ricardo, y le ofreció un recibo de lo que todavía debía por su rescate, con tal que quisiese entrar con él en una liga contra el rey de Francia. Semejante proposición era demasiado grata al monarca inglés para que la rehusara, y aunque aquel tratado no se llevó a ejecución, sirvió para encender de nuevo la guerra entre Francia e Inglaterra, antes de cumplirse la tregua.

No fue más memorable aquella guerra que la anterior, después de haber talado respectivamente los campos, y tomándose uno a otro algunos castillos de poca importancia, los dos reyes ajustaron la paz en Louviers, y se cedieron recíprocamente algunos territorios¹²³⁹ (1196). Su impotencia de hacer la guerra había ocasionado aquella paz, y aun no habían transcurrido dos meses, cuando su mutua antipatía los empeñó en nuevas hostilidades. Ricardo creyó que podía dar un golpe mortal al poder de su enemigo, formando una alianza con los condes de Flandes, de Tolosa, de Boulogne, de Champaña y otros grandes vasallos de la corona de Francia,¹²⁴⁰ pero pronto conoció por experiencia la poca fidelidad de sus aliados, y no pudo hacer mella en un reino regido por un príncipe tan valeroso y activo como Felipe. El suceso más notable de aquella campaña fue la prisión del obispo de Beauvais, cogido prisionero en una batalla. Aquel prelado de un carácter marcial, era de la casa de Dreux, y pariente cercano de Felipe (1198). Ricardo, que le aborrecía, le mandó sepultaren un calabozo y cubrir de cadenas. Cuando el papa solicitó su libertad, y le reclamó como su hijo, el rey envió a su Santidad la cota de malla, teñida toda vía de sangre, que llevaba el prelado el día de la batalla, y respondió aludiendo a las palabras de los hijos de Jacob: *Toma una túnica que hemos encontrado; mira si es la de tu hijo o no*¹²⁴¹. Aquella guerra entre Inglaterra y Francia, empezada con tanto encarnizamiento, que más de una vez hicieron los dos reyes sacar los ojos a sus prisioneros, se interrumpió en breve con una tregua de cinco años. No bien se firmó el tratado, estuvieron a pique de empezar de nuevo las hostilidades, pero la mediación del cardenal de Santa María, legado del papa, apaciguó los ánimos¹²⁴²; y aun hubiera reducido a las partes beligerantes a ajustar una paz duradera, si la muerte de Ricardo no hubiera roto las negociaciones.

Muerte

Vidomar, vizconde de Limoges, vasallo de la corona de Inglaterra, había encontrado un tesoro (1199), del que había enviado una parte a Ricardo en forma de donativo; pero aquel príncipe, como señor superior, pretendió que le pertenecía la totalidad, y al frente de un ejército de brabanzones, sitió al vizconde en el castillo de Chalus, cerca de Limoges, para obligarle a ceder a su demanda¹²⁴³. La guarnición ofreció rendirse, pero el rey respondió, que pues se había tomado la molestia de ir en persona a atacar la plaza, quería tomarla por asalto, y hacer ahorcar en la brecha a todos los que la defendían. El mismo día (28 de marzo), Ricardo, acompañado de Marcadeo, capitán de aquellos brabanzones, se acercó al castillo para reconocerle; un ballestero llamado Beltrán de Gourdon, le apuntó, disparó su ballesta y le atravesó un hombro; el rey sin embargo mandó el ataque, tomó la plaza e hizo realmente ahorcar a toda la guarnición, excepto a Gourdon, a quien quiso reservar para

1238 Rymer, tomo I, pág. 88, 102.

1239 Rymer, tomo I, pág. 91.

1240 W. Huming, pág. 549.

1241 Gén. cap. 87. vers. 32.

1242 Rymer, tomo I, pág. 109, 110.

1243 Hoveden, pág. 791.

un suplicio más lento y cruel¹²⁴⁴.

La herida de Ricardo no era peligrosa en sí misma, pero la torpeza de un cirujano la hizo mortal, pues desgarró de tal suerte la carne al retirar la flecha, que pronto sobrevino la gangrena. Conoció aquel príncipe que se acercaba su hora, y enviando a llamar a Gourdon le dijo: «Desgraciado, ¿qué te había hecho yo para obligarte a atentar contra mi vida?»—«¿Qué me habéis hecho?» replicó con serenidad el prisionero; «habéis muerto con vuestras propias manos a mi padre y a mis dos hermanos, y queríais ahorcarme a mí; ahora estoy en vuestro poder; podéis vengaros condenándome a los más crueles tormentos; todo lo sufriré con placer, pensando que he logrado libertar al mundo de una peste como vos.»¹²⁴⁵ Ricardo, sorprendido de la sinceridad y de la firmeza de aquella respuesta, y amansado por la cercanía de la muerte, mandó poner en libertad a Gourdon, y que se le diese una suma de dinero; pero Marcadeo, sin noticia del rey, se aseguró de aquel desdichado, le hizo desollar vivo, y atar en seguida en una picota. Ricardo murió el 6 de abril en el décimo año de su reinado, y a los 42 de su edad, sin dejar sucesión.

Carácter del rey

El lado más brillante del mérito de aquel príncipe fue sin duda su alta disposición militar: ningún hombre, aun en aquel siglo caballeresco, llevó a más alto punto que él la bizarría y la intrepidez, prendas que le valieron el sobrenombre de *Corazón de León*. Amaba con pasión la gloria, y sobre todo la de las armas; y como su habilidad para la guerra era igual a su denuedo, reunía todo lo que asegura esa especie de inmortalidad. Sus odios eran violentos, su orgullo indomable; sus vasallos, igualmente que sus vecinos, tenían motivo para temer que su reinado fuese en lo sucesivo una perpetua escena de sangre y horrores. De una condición impetuosa y vehemente, distinguíase por todas las buenas y malas cualidades propias de tales genios; era leal, franco, generoso, valiente; pero vengativo, imperioso, ambicioso, altanero y cruel; más apto en fin, para deslumbrar a los hombres con empresas magníficas, que para hacerlos felices, o para aumentar su grandeza, como rey, con las combinaciones de una sabia y bien fundada política. Como las dotes militares hacen mucha impresión en el pueblo, parece que fue muy querido de sus vasallos ingleses, y se ha observado que fue el primer príncipe de la raza normanda que les mostró un afecto y un interés sincero: sin embargo no pasó en Inglaterra más que cuatro meses de su reinado. Las cruzadas le ocuparon cerca de tres años, catorce meses estuvo prisionero, y lo demás del tiempo lo empleó en hacer la guerra contra la Francia, o en prepararse a ella. La fama que había adquirido en Oriente le era tan lisonjera, que estaba resuelto, a lo que parece, a pesar de todas sus anteriores desgracias, a desangrar segunda vez su reino, y a exponerse personalmente a nuevos azares, para emprender otra expedición contra los infieles.

Varios sucesos de su reinado

Aunque los ingleses estaban ufanos con la gloria que redundaba para ellos de las proezas bélicas de Ricardo, sufrieron mucho bajo su gobierno opresivo, y en cierto modo arbitrario, de resultas de las exorbitantes contribuciones que levantó, y muchas veces sin el consentimiento de los estados, ni del gran consejo. En el nono año de su reinado echó un impuesto de cinco chelines sobre cada aranzada de tierra, y habiendo rehusado el clero su parte de la contribución, Ricardo le privó de la protección de las leyes, y mandó a los tribunales civiles que no expidiesen ninguna sentencia en favor de los eclesiásticos que intentasen demandas contra sus deudores¹²⁴⁶. Hizo sellar segunda

1244 Knyghton, pág. 2413.

1245 Hoveden, pág. 791. Brompton, pág. 1277.

1246 Hoveden. pág. 748.

vez todas las cartas que había otorgado, y obligó a las partes a pagar los derechos de aquella renovación de los sellos¹²⁴⁷. Se dice que Huberto, su justicia mayor, envió a Francia a aquel príncipe en el transcurso de dos años más de 1.100.000 marcos, a más del producto de las cargas del gobierno de Inglaterra; pero este hecho es poco creíble, a menos de que se suponga de su parte un espantoso saqueo de los dominios de la corona, lo que sin duda no hubiera podido hacer con ventaja después de la revocación de todas aquellas concesiones. Un rey en posesión de tales rentas, no hubiera sufrido catorce meses de prisión, por no pagar 150.000 marcos al emperador, ni dejado rehenes en fianza del último tercio de aquella suma. La tarifa de los géneros, durante su reinado, prueba además con evidencia que no podía echar cargas tan enormes sobre su pueblo. Una aranzada de tierra se arrendaba comúnmente en veinte chelines al año, moneda de aquel tiempo. El precio general y fijo de un buey era cuatro chelines; igualmente el de un caballo de labor; el de una vaca, un chelín; el de una oveja de lana fina, diez peniques, y de lana tosca, seis¹²⁴⁸. Parece que estos objetos no encarecieron mucho desde la época de la conquista.

Ricardo renovó las leyes de montes y plantíos, cuya severidad era extremada: todos los contraventores fueron castigados con la pérdida de los dos ojos o de un miembro, como bajo el reinado de su bisabuelo. Arregló los pesos y medidas en toda la extensión de su reino¹²⁴⁹, institución útil, cuyos resultados malogró la codicia de su sucesor, vendiendo dispensas de aquel reglamento a todo el que quiso comprarlas.

Los desórdenes de Londres, fruto de una mala policía, llegaron al más alto punto en tiempo de Ricardo, tanto que en 1196 hubo una especie de conspiración, fraguada por los malhechores, que ocasionó grandes desastres. Un cierto Guillermo Fitz-Osbert, conocido por el apodo de *Longbeard*, es decir *barba larga*, abogado de profesión, se había hecho muy amigo del populacho, y tomando su defensa en todas ocasiones, había adquirido el título de abogado o salvador de los pobres; afectaba insultar impunemente a los vecinos más considerables, con quienes vivía en estado de guerra, y que a cada instante se hallaban expuestos a sus violencias, y a las de sus viles partidarios. Diariamente se cometían nuevos asesinatos en las calles. Es fama que cincuenta y dos mil personas, por lo menos, habían formado una asociación, en virtud de la cual se obligaban a ejecutar todas las órdenes de aquel hombre peligroso; el arzobispo Huberto, justicia mayor a la sazón, emplazó a aquel sedicioso para que compareciese ante el consejo, y diese cuenta en él de su conducta; pero acudió tan bien acompañado, que nadie se atrevió a acusarle, ni a presentar prueba alguna contra él, y el primado, viendo tan impotente la autoridad de las leyes, se contentó con exigir de los ciudadanos que le diesen rehenes en seguridad de su buen comportamiento en lo sucesivo. No perdió de vista sin embargo a Guillermo Fitz-Osbert, y aprovechando la primera ocasión oportuna, intentó hacerle prender; pero el malvado, mató a uno de los ministros de justicia, y se refugió con su concubina en la iglesia de Santa María del Arco, donde se defendió con las armas en la mano: en fin, fue cogido en su retiro, juzgado y ajusticiado, con gran sentimiento del populacho, que tuvo su memoria en tan grande estima, que arrancó el cadalso, le veneró como si fuese madera de la verdadera cruz, y publicó con ardiente celo una infinidad de milagros que se le atribuyeron¹²⁵⁰. Aunque el justicia castigó a los sectarios de aquella sediciosa superstición¹²⁵¹, recibió ésta tan poco estímulo del clero, a cuyos derechos era en extremo hostil, que acabó por desaparecer del todo.

Durante las cruzadas se introdujo por primera vez en Europa el uso de las cotas de armas. Los caballeros, enteramente cubiertos de su armadura, no tenían otros medios para hacerse reconocer y distinguir en las batallas más que las divisas, grabadas en sus escudos, y andando los tiempos, la posteridad y las familias de aquellos paladines, ufanas con las piadosas y guerreras empresas de sus antecesores, han adoptado por suyas aquellas divisas.

Ricardo era muy aficionado a la poesía; todavía se conservan trovas compuestas por él, y se le

1247 Cronol. Vindic. de Prynne, tomo I, pág. 1183.

1248 Hoveden, pág. 745.

1249 M. París, pág. 109, 134.

1250 Hoveden, pág. 765. Diceto, pág. 691.

1251 Gervase, pág. 1551.

cuenta entre los poetas provenzales o *trovadores*, los primeros, entre los modernos europeos, que se han señalado con felices ensayos en aquel género.

XI. Juan—1199

Advenimiento de Juan al trono

Como el noble espíritu de libertad que animaba a los antiguos les había hecho siempre mirar el gobierno de uno solo como una especie de tiranía y de usurpación, nunca se formaron la idea de una monarquía legal y regular, e ignoraron totalmente los derechos de primogenitura y de representación en las sucesiones, derechos tan bien imaginados para conservar el orden de la de los príncipes, para preservar de los males que acarrear las discordias civiles y las usurpaciones, y para hacer más moderado el gobierno monárquico, estableciendo la seguridad del soberano reinante: la ley feudal fue la que produjo estas mudanzas. El derecho de primogenitura que introdujo desde luego estableció tal distinción entre la familia del primogénito de la casa real, y las de sus otros hermanos, que el hijo del primero sucedía a su abuelo con preferencia a sus tíos, aunque estos eran parientes más cercanos del último monarca difunto. Esta progresión de ideas, tan natural en sí misma, no se efectuó sin embargo sino muy lentamente. Verdad es que en el siglo de que hablamos, el uso de la representación empezó a introducirse, pero no incontestablemente, y todavía titubeaban los ánimos entre aquellos principios y los opuestos. Cuando Ricardo emprendió la expedición de la Tierra Santa, designó para sucederle a su hermano Arturo, duque de Bretaña, y en virtud de un auto formal, excluyó en su favor las pretensiones de su hermano Juan, más joven que Godofredo, padre de Arturo¹²⁵²; pero Juan llevó tan a mal esta disposición, que apenas tomó ascendiente sobre el ministerio inglés, destituyendo a Longchamp, canciller y justicia mayor del reino a la sazón, excitó a todos los barones ingleses a jurarle que sostendrían sus derechos a la sucesión.

Ricardo, a su vuelta, nada hizo para restablecer, o consolidar el orden que primeramente había querido prescribir, y aun cuidó en su testamento de declarar a su hermano Juan heredero de todos sus estados¹²⁵³, ya porque entonces creyese que Arturo, que no tenía más que doce años, era incapaz de defender sus derechos contra el partido del príncipe Juan, ya porque se hubiese dejado ganar por la reina Leonor, que aborrecía a Constanza, madre del joven duque, y que se recelaba de la parte que naturalmente tendría aquella princesa en los negocios bajo el reinado de su hijo. La autoridad de un testamento era muy imponente en aquella época, aun cuando se trataba de la sucesión de un reino, y Juan tenía derecho para esperar que aquel título unido a su derecho, plausible bajo otros conceptos, le aseguraría la sucesión, pero parece que el derecho de representación había hecho por aquellos tiempos más progresos en Francia que en Inglaterra, y los barones de las provincias de Ultramar, como el Anjou, el Maine y la Turena, se declararon por Arturo, y reclamaron el apoyo del rey de Francia, como su señor soberano.

Felipe, que nada deseaba tanto como una ocasión para molestar a Juan y desmembrar sus estados, entró en el bando del joven duque de Bretaña, lo tomó bajo su protección, y lo envió a educarse a París con su hijo Luis¹²⁵⁴. En aquella crítica circunstancia, Juan se dio prisa a consolidar su autoridad sobre los principales miembros de la monarquía, y después de haber enviado a Leonor al Poitou y la Guyena, provincias donde los derechos de aquella princesa eran indisputables, y donde fueron con efecto reconocidos sin oposición, fue inmediatamente a Rouen, y apenas hubo tomado posesión de la Normandía, pasó a Inglaterra. Huberto, arzobispo de Canterbury. Guillermo

1252 Hoveden, pág. 667. Mat. París, pág. 112. Crón. de Dunst., pág. 43. Rymer, tomo I, pág. 66, 68. Benedict. Abbas, pág. 619.

1253 Hoveden, pág. 791. Trivet, pág. 138.

1254 Trivet pág. 792. Mat. París, pág. 137. Mat. West. pág. 263. Knyghton, pág. 2414.

Mareschal, conde de Strigul, por otro nombre conde de Pembroke, y Godofredo Fitz-Peter, justicia mayor, tres ministros favoritos del rey difunto, estaban ya adheridos a los intereses de Juan¹²⁵⁵; lo restante de la nobleza se sometió, o reconoció los derechos de aquel príncipe, que de esta suerte ascendió sin obstáculo al trono.

El rey volvió inmediatamente a Francia para dirigir por sí mismo la guerra contra Felipe, y recobrar las provincias que se habían rebelado en favor de su sobrino Arturo. Las alianzas que este había formado con el conde de Flandes¹²⁵⁶ y otros señores franceses muy poderosos, aun que no le fuesen muy útiles, subsistían aun y pusieron a Juan en estado de hacer cara al enemigo: el obispo de Cambrai fue hecho prisionero por los franceses en una acción que hubo entre estos y los flamencos. Cuando el cardenal de Capua pidió su libertad a Felipe, este príncipe en vez de entregarle, se quejó al prelado de los débiles esfuerzos que había hecho en favor del obispo de Beauvais que se hallaba en una situación semejante. El legado manifestó su imparcialidad poniendo juntamente en entredicho el reino de Francia, y el ducado de Normandía (1200), de modo que los dos reyes tuvieron que canjear a aquellos belicosos prelados.

Nada favoreció tanto los prósperos sucesos que debía esperar Juan de aquella guerra como la inquieta y ansiosa condición de Felipe, quien se condujo en las raras provincias que se habían declarado por Arturo, con tan poca atención a los intereses de aquel príncipe, que Constanza desconfió de su intención y creyó que quería usurparlas¹²⁵⁷. Halló medio de hacer salir de París en secreto a su hijo, y le puso en manos de su tío, a quien rindió homenaje del ducado de Bretaña, considerado como un retro-feudo de la Normandía, y entregó las provincias que habían tomado las armas en su favor. Conoció Felipe en vista de aquel suceso que no debía esperar ya ningún adelantamiento contra Juan, y como su veía a la sazón amenazado de un entredicho con motivo de la irregularidad de su divorcio con Etelburga, princesa danesa, deseó hacer la paz con Inglaterra... Después de algunas conferencias inútiles, ajustáronse en fin los artículos, y aun pareció por el tratado que los dos reyes deseaban sinceramente no sólo terminar las desavenencias actuales, mas prevenir para lo sucesivo todas las causas para otras nuevas y obviar a todos los motivos de disputa que pudieran en adelante suscitarse entre ellos. Fijaron los linderos de sus territorios, aseguraron los intereses de sus vasallos, y para hacer todavía más duradera la unión, Juan dio la mano de su sobrina Blanca de Castilla, a Luis, hijo primogénito de Felipe, con las baronías de Issoudun y de Grazi, juntamente con otros feudos en el Berri por dote; nueve barones por parte del rey de Inglaterra y otros tantos por la del rey de Francia, salieron fiadores de este tratado: todos juraron que si sus soberanos quebrantaban sus artículos, se declararían contra el infractor y abrazarían la causa del príncipe ofendido; tal era la independencia que se arrogaban entonces los vasallos y que no les contestaban los soberanos¹²⁵⁸.

1255 Hoveden, pág. 793. Mat. París, pág. 137.

1256 Rymer, tomo I, pág. 114. Hoveden, pág. 714. Mat. París, pág. 138.

1257 Hoveden, pág. 795.

1258 Norman Duchesnii, pág. 1055.—Rymer, tomo I, pág. 117, 119. Hoveden. pág. 814.—Crón. Dunst., tomo I, pág. 47.

Su casamiento

Juan, seguro entonces por parte de Francia, al menos a lo que creía, se entregó todo entero a su pasión por Isabel, hija y heredera de Aymar Taillefer, conde de Angulema, por quien estaba perdido de amores. Su esposa, heredera de la casa de Gloucester, vivía aun: Isabel estaba casada también con el conde de la Marca, y aun entregada en manos de este señor, aunque atendida su mucha juventud, todavía no se había consumado su matrimonio; pero el amor de Juan atropelló por todos los obstáculos, y persuadiendo al conde de Angulema que robase su hija a su marido, divorcióse él con la reina, por frívolos pretextos, y se casó con Isabel, sin hacer el menor caso de las amenazas del papa, indignado de una conducta tan escandalosa, ni del justo enojo del conde de la Marca, que pronto halló medio de castigar a su poderoso y temerario rival.

No tenía Juan el arte de captarse la voluntad de sus barones ni por afecto ni por temor, y el conde de la Marca y el de En, su hermano, aprovechándose del general descontento contra él, excitaron conmociones en el Poitou y en Normandía (1201), y obligaron al rey a recurrir a las armas para reprimir la insurrección de sus vasallos. Llamó por tanto en su auxilio a todos los barones de Inglaterra, y les requirió que pasasen el mar bajo sus banderas y fuesen a reducir a los rebeldes, pero se convenció que su autoridad era tan poco respetada en su reino como en sus provincias del continente. Los barones ingleses respondieron unánimemente que no le servirían en aquella expedición, si no les prometía restablecer y conservar sus privilegios¹²⁵⁹, que fue el primer síntoma de una asociación regular y de un plan de libertad entre la nobleza; pero todavía no habían llegado las cosas al punto de madurez necesario para facilitar la revolución que proyectaba aquella. Juan logró desunir a los barones amenazándolos, y supo al mismo tiempo persuadir a algunos que le siguiesen a Normandía y sacar de los que no accedieron a ello una contribución de dos mareos sobre cada feudo de caballero, como precio de la ejecución de su servicio.

Las fuerzas que llevó consigo y las que se le agregaron, le hicieron muy superior a los descontentos, tanto más cuanto Felipe no daba abiertamente a estos ningún auxilio, y parecía determinado a seguir en buena armonía con Inglaterra; pero Juan, demasiado ufano con su superioridad, manifestó pretensiones que pusieron en cuidado a todos sus vasallos y acrecentaron el descontento general. Como la jurisprudencia de aquel siglo admitía que las causas discutidas en los tribunales de los señores las decidiera principalmente el duelo, llevó el príncipe en su comitiva algunos espadachines de profesión, que se aseguró en calidad de campeones destinados a pelear con los barones para terminar las contiendas que pudiera tener con ellos¹²⁶⁰, aparato que miraron como un insulto el conde de la Marca y otros señores, quienes declararon con altivez que no desenvainarían sus aceros contra semejante casta de gentes. Amenazólos el rey con su venganza, pero carecía del vigor necesario así para confiarse en la fuerza de su brazo, como para consumir su injusticia atropellando a cuantos osasen oponerse a ella.

Guerra con Francia

Aquel gobierno tan débil como violento inspiró a los barones el atrevimiento y el deseo de pasar todavía más adelante en su resistencia, y dirigiéndose al rey de Francia, se quejaron de la denegación de justicia que se les hacía en los tribunales de Juan, pidieron a Felipe, como a su señor soberano, que les protegiese, y le suplicaron que emplease su autoridad en prevenir su total ruina y la opresión que los amenazaba. Vio Felipe a la primera ojeada todas las ventajas de su posición, ejerció todo su discurso en formar grandes proyectos, interpuso su mediación en favor de los barones franceses, y empezó a hablar con altanería y tono amenazador al rey de Inglaterra (1202), quien no podía desconocer ni recusar la autoridad superior de Felipe, pero se creía con derecho para

¹²⁵⁹ Annal. Burton, pág. 262.

¹²⁶⁰ Id. Id.

hacer ante todas cosas juzgar por sus pares y en su propia corte a los magnates descontentos, y pretendía que a menos de haberse negado a oírlos de aquel modo, ninguna cuenta tenía que dar al tribunal supremo del rey de Francia¹²⁶¹: además prometió dar satisfacción a sus barones haciendo actuar judicialmente y fallar con equidad la causa pendiente entre ellos y él. Cuando aquellos magnates, a consecuencia de este empeño, pidieron salvo-conducto para pasar con seguridad a la corte de Juan, negósele al principio, luego, en vista de las reiteradas amenazas de Felipe, se le prometió, pero no cumplió su promesa. Amenazóle de nuevo el rey de Francia, y le arrancó la de entregar las fortalezas de Tillieres y de Boutavant en prenda de su nueva palabra, pero también la violó Juan; y sus enemigos, penetrados de su debilidad y de su mala fe, se afianzaron más en su intento de romper con él, contribuyendo pronto un nuevo y poderoso aliado a alentarlos en su arrogante menosprecio a tan odioso y despreciable gobierno (1203).

Viéndose ya en la edad de la adolescencia (1203), y convencido del peligroso carácter de su tío, resolvió el joven duque de Bretaña buscar juntamente su seguridad y su engrandecimiento en una estrecha unión con Felipe y los barones descontentos, a cuyo fin fue a reunirse con el ejército francés que ya había roto las hostilidades contra el rey de Inglaterra. Recibióle el monarca francés con las más vivas señales de distinción, le armó caballero, le dio en casamiento su hija María, y le invistió no sólo del ducado de Bretaña, mas también de los condados de Anjou y del Maine, que aquel príncipe había anteriormente vuelto a su tío¹²⁶². Todas las operaciones de la campaña les salieron bien a los confederados; Felipe tomó a Tillieres y a Boutavant después de una ligera resistencia: Mortemar y Lyon apenas se defendieron, y cayeron en su poder; luego bloqueó a Gournai, y abriendo las esclusas de un lago inmediato, inundó la plaza, de suerte que la guarnición tuvo que abandonarla, con lo que el monarca se apoderó de tan importante fortaleza sin desenvainar la espada. Muy rápido fue el adelantamiento de las armas francesas, y prometió resultados más considerables que los que solían tener entonces las empresas militares. Felipe no respondía a todas las insinuaciones que hacía el monarca inglés para obtener la paz, sino que era preciso que cediese sus provincias del continente a su sobrino y se ciñese a sólo el reino de Inglaterra; pero ocurrió un suceso que hizo inclinarse la balanza en favor de Juan, y le dio una superioridad decidida sobre sus enemigos.

Sediento de gloria militar, el joven Arturo había entrado en el Poitou al frente de un pequeño ejército, y al pasar por Mirebant, supo que su abuela, la reina Leonor, que siempre había sido contraria a sus pretensiones, se hallaba en aquella plaza, cuya guarnición era muy débil y cuyas fortificaciones estaban arruinadas¹²⁶³, por lo que resolvió sitiarla sin demora, y apoderarse de la reina, pero Juan, sacado de su letargo por una circunstancia tan crítica, reunió un ejército de ingleses y de brabanzones, salió de Normandía y acudió rápidamente en auxilio de su madre. Cayó sobre el campamento de Arturo, cogiendo a este príncipe desprevenido, le dispersó su ejército, hízole prisionero igualmente que al conde de la Marca, a Godofredo de Lusignan, y a las cabezas del partido de los barones rebeldes, y se volvió triunfante a Normandía¹²⁶⁴ (1.º de agosto). Felipe, que se hallaba delante de Arques, en este ducado, levantó el asedio, y se retiró al acercarse el monarca vencedor¹²⁶⁵, quien envió a la mayor parte de los prisioneros a Inglaterra y encerró a Arturo en el castillo de Falaise.

Asesinato de Arturo, duque de Bretaña

Tuvo éste en seguida una conferencia con el rey, que le hizo presente la insensatez de sus pretensiones, y le excitó a renunciar a la alianza de la Francia, que le había movido a desavenirse

1261 Philip., libro VI.

1262 Trivet, pág. 142.

1263 Ann. Waverl. pág. 167. Mat. West. pág. 264.

1264 Ann. Marg. pág. 213. Mat. West. Pág. 264.

1265 Mat. West, pág. 264.

con toda su familia; pero el animoso príncipe, realentado bajo el peso del infortunio, sostuvo la justicia de su causa, defendió sus derechos no sólo sobre las provincias francesas mas también sobre la corona de Inglaterra, y aun intimó al rey que restituyese la herencia perteneciente al hijo de su hermano primogénito¹²⁶⁶. Asombrado Juan de la noble osadía que animaba a su sobrino, aunque prisionero, y persuadido de que podría llegar a ser, con el tiempo, un enemigo formidable, resolvió ahuyentar para siempre este peligro, y nunca más volvió a oírse hablar de Arturo: sin duda los autores de tan inicua acción ocultaron cuidadosamente todas sus circunstancias, que los historiadores refieren de distintos modos, pero la explicación más probable es la siguiente. El rey, dicen, propuso a Guillermo de la Braye, uno de los comensales de su casa, que matase a Arturo, pero Guillermo respondió que era caballero y no verdugo, y se negó positivamente a tan vil complacencia, con lo que se envió a Falaise con órdenes terminantes a otro hombre menos escrupuloso. Huberto de Burgh, gentilhombre del rey, y gobernador del castillo, aparentó querer ejecutarlas por su propia mano, despachó al asesino, extendió la voz de la muerte del joven príncipe y celebró públicamente la ceremonia de sus exequias, mas viendo luego a los bretones decididos a vengar el asesinato de Arturo, y a los barones sublevados más obstinados que nunca en su rebelión, creyó necesario revelar su secreto, noticiando a todos que el duque, de Bretaña vivía y estaba bajo su custodia. Este descubrimiento perdió al joven duque; Juan le hizo trasladar al castillo de Rouen, pasó de noche a aquella ciudad, y mandó que llevasen a su prisionero ante su presencia; entonces el desgraciado Arturo, seguro del peligro que le amenazaba, y abatido en fin por la duración de sus desdichas, y por la proximidad de la muerte, se echó a los pies de su tío e imploró su misericordia, pero el bárbaro no le respondió más que clavándole un puñal en el pecho, después de lo cual ataron una piedra a su cadáver y lo arrojaron al Sena.

Grande horror causó la nueva de esta atrocidad, y desde entonces el rey, aborrecido de todos sus vasallos, no volvió a tener sobre la nobleza y sobre el pueblo más que una flaca y vacilante autoridad. Los bretones, furiosos de haber perdido el objeto de sus más caras esperanzas, declararon a Juan una guerra implacable, fijaron ellos mismos el orden de la sucesión en su gobierno, y se mostraron resueltos a vengar la muerte de su soberano. Juan había hallado medio de asegurarse de la persona de Leonor, su sobrina, hermana de Arturo, llamada vulgarmente la *Demoiselle de Bretagne* (la Infanta de Bretaña), y la hizo llevar a Inglaterra, donde la tuvo cautiva¹²⁶⁷; con lo que los bretones, perdida la esperanza de que se les devolviese aquella princesa, eligieron por su soberana a Alix, fruto de las segundas nupcias de Constanza con Guy de Thouars, y confiaron a este la administración del ducado. En tales circunstancias, Constanza, madre del príncipe asesinado, apoyada por todos los estados de Bretaña, llevó sus quejas a Felipe, como a señor ligo de aquella provincia, y pidió justicia contra Juan, manchado con la sangre de Arturo, su pariente cercano, y considerado como uno de los grandes vasallos de la corona de Francia, aunque dependiente, en realidad de Normandía. Recibió Felipe con agrado aquella demanda, e intimó a Juan que compareciese ante él, y como éste no acudiese al llamamiento. juzgósele por contumacia en el tribunal de sus pares, declaróse culpado de parricidio y felonía, y todos sus señoríos y feudos de Francia fueron confiscados en beneficio de su señor superior¹²⁶⁸.

El rey es expulsado de todas las provincias de Francia

Felipe, cuya alma activa y ambiciosa habían contenido hasta entonces o la profunda política de Enrique o la belicosa índole de Ricardo, discurrió que había llegado el momento oportuno para desquitarse de su larga sujeción, aprovechándose del reinado de un príncipe tan despreciable y aborrecido: por lo tanto formó el proyecto de expulsar a los ingleses, o mas bien a su rey, del

1266 Id. id.

1267 Trivet, pág. 145.—T. Wykel, pág. 36.—Ipod, Neustria, pág. 459.

1268 W. Heming, pág. 455.—Mat. West. pág. 264.—Knyghton, pág. 2420.

territorio francés, y de incorporar a su corona tantos considerables feudos desmembrados de ella hacía muchos años. La mayor parte de los grandes vasallos de quienes hubiera podido temer obstáculos a su proyecto no se hallaban a la sazón en estado de oponerse a él, y los demás, o le miraban con indiferencia o coadyuvaban a aquel peligroso engrandecimiento de su señor superior. Los condes de Flandes y de Blois estaban ocupados en la guerra de Palestina; el conde de Champaña, niño todavía, se hallaba en tutela; el ducado de Bretaña, exasperado con el asesinato de su soberano, favorecía con todo su poder al que se declaraba vengador de aquel malogrado príncipe; la general deserción de los vasallos de Juan facilitaba cuantas empresas quisiesen intentar contra él, y así Felipe tomó entonces varios castillos y fortalezas al otro lado del Loira, que dismanteló o en que puso guarnición; recibió en seguida las sumisiones del conde de Anjou, que abandonó el partido del rey de Inglaterra, y entregó al rey de Francia todas las plazas contenidas en el distrito de su mando; entonces el monarca separó su ejército para que descansase de las fatigas de la campaña, Juan reunió rápidamente algunas tropas y fue a sitiar a Alenzon. Felipe, cuyas fuerzas estaban dispersas, no podía reunir las a tiempo para socorrer la plaza, y se hallaba expuesto a ver oprimir a su amigo y aliado; pero la actividad y fecunda imaginación del monarca hallaron expediente con que hacer cara a tamaño apuro. Dábase entonces en Goret, en el Gatinois, un torneo al que toda la nobleza de Francia y de los países circunvecinos acudía a señalar su destreza. Felipe se presentó en él, pidió el auxilio de aquellos bizarros caballeros en el crítico trance en que se hallaba, y les indicó las llanuras de Alenzon como el más honroso campo donde podían desplegar su generosidad y denodado aliento. Ofreciéndose en efecto aquellos valientes caballeros a castigar al miserable parricida que era justamente el oprobio del carácter militar y de la caballería, y poniéndose cada cual con su séquito bajo las órdenes de Felipe, marcharon inmediatamente para ir a hacer levantar el sitio de Alenzon. Juan, noticioso de su llegada, tomó la fuga con tal precipitación, que abandonó al enemigo sus tiendas, sus máquinas y su bagaje.

Este flaco esfuerzo fue el último que hizo aquel indolente y cobarde príncipe para defender sus posesiones: permaneció en lo sucesivo quieto en Rouen en una absoluta inacción, y pasó todo su tiempo con su joven esposa, en medio de las fiestas y de los placeres, como si sus estados hubieran disfrutado de la más completa paz, y hubieran estado sus asuntos en la situación más floreciente. Si alguna vez le acontecía hablar de guerras, nunca era más que para echar baladronadas que, a los ojos de las personas sesudas, le hacían todavía más ridículo y despreciable. «No os apuréis por los franceses, decía, yo recobraré en un día lo que ellos adquieran en años.»¹²⁶⁹ Tan extraordinarias parecieron su indolencia y su estupidez, que el pueblo las atribuyó a algún poder mágico, y creyó que un sortilegio le había sumergido en aquel letargo. Los barones ingleses, cansados de perder el tiempo en semejante inacción, y de presenciar los progresos que se dejaba hacer sin resistencia a las armas francesas, desertaron sus banderas, y se retiraron secretamente a su país: nadie pensó ya en defender a un príncipe que así olvidaba su honor y sus intereses, y sus súbditos miraron la suerte que le aguardaba con la misma indiferencia a que, en tan crítica ocasión, le veían abandonarse completamente.

Mientras desatendía Juan todos los recursos domésticos que hubiera podido emplear para su seguridad, humillábase a mendigar auxilios extranjeros. Recurrió al papa Inocencio III, solicitando que interpusiese su mediación entre él y el rey de Francia, y contentísimo el soberano pontífice de hallar una ocasión para ejercer su supremacía, envió orden a Felipe para deponer las armas y ajustar la paz con el rey de Inglaterra, pero esta disposición del papa indignó a los barones franceses, quienes protestaron enérgicamente contra el poder temporal que se arrogaba, y juraron servir a su soberano hasta el último trance, contra todos sus enemigos. Felipe fomentó el ardor de la nobleza, y en vez de obedecer al breve del papa, puso sitio a Chateau-Gaillard, la más considerable fortaleza que defendía las fronteras del territorio normando (1204).

Chateau-Gaillard, situado en parte sobre una isla del Sena, y en parte sobre una roca opuesta, estaba fortificado por todos los medios que podían ofrecer el arte y la naturaleza. El difunto rey,

1269 Mat. París, pág. 146.— Mat. West. pág. 266.

penetrado de su ventajosa situación, no había perdonado desvelos ni gastos para procurar hacerle inexpugnable; y Roger de Lacy, gobernador de Chester, lo defendía al frente de una numerosa guarnición. Felipe, desesperanzado de poder apoderarse de aquella plaza por la fuerza, resolvió reducirla por hambre; y a fin de cortar toda comunicación con las comarcas vecinas, echó un puente sobre el río, mientras que al frente de su ejército le bloqueaba él por tierra. El conde de Pembroke, el hombre más capaz y valeroso que había entonces en la corte de Inglaterra formó el atrevido plan de caer de súbito sobre los trabajos de los franceses, y llevar auxilios a la plaza: marchó al efecto con cuatro mil infantes y tres mil caballos y embistió de improviso el campamento de Felipe, en medio de las tinieblas de la noche, con la más próspera fortuna. Había dejado orden para que setenta barcas subiesen el Sena y fuesen al mismo tiempo a destruir el puente, pero el viento y la marea contraria retardaron la llegada de aquellas, con lo que se desconcertó tan acertado plan de operaciones. Amaneció antes de que llegase la escuadra: Pembroke, aunque feliz al principio de la acción, fue entonces rechazado con una pérdida considerable, y así pudo el rey de Francia defenderse de aquellos nuevos agresores a quienes rechazó también. No volvió a hacer Juan ninguna tentativa para socorrer a Chateau-Gaillard después de aquel revés, y Felipe pudo holgadamente continuar el asedio. Un año entero le sostuvo Roger de Lacy con mucha firmeza, pero en fin, después de haber resistido valerosamente a las tropas de los sitiadores y soportado con paciencia los rigores del hambre, fue vencido en un asalto nocturno y hecho prisionero de guerra con toda la guarnición¹²⁷⁰. El monarca francés, que sabía estimar el valor, aun en un enemigo, trató a Roger con todas las consideraciones posibles y le dio por cárcel la ciudad de París.

Ya una vez arrollado aquel baluarte de la Normandía, toda la provincia quedó abierta a las armas de Felipe, y el rey de Inglaterra se halló en imposibilidad de defenderla por más tiempo. Hizo preparar en secreto algunas naves para huir vergonzosamente, y a fin de que los normandos no dudasen de que estaba resuelto a abandonarlos, hizo demoler las fortificaciones del Pont de l'Arche, de Moulineaux y de Monfort-l'Amery, como no se atrevía a contar con la lealtad de ninguno de los barones, a quienes creía empeñados todos en una conspiración contra él, confió el gobierno de la provincia a Arcas Martin y a Lupicario, dos brabantinos mercenarios que había tomado a su servicio. Felipe, seguro entonces de su presa, llevó adelante con vigor sus empresas sobre los normandos consternados. Sitió primeramente a Falaise, donde Lupicario, que defendía aquella plaza inexpugnable, se rindió, pasó con sus tropas al bando del rey de Francia, y dirigió hostilidades contra su antiguo señor: Caen, Coutances, Seez, Evreux y Bayeux cayeron inmediatamente después en manos de Felipe, y toda la baja Normandía quedó sometida a su dominio. Para extender sus triunfos sobre las otras partes de la provincia, Guy de Thouars, al frente de los bretones, cayó sobre todo el territorio que dependía de ella, y tomó el Monte-San-Miguel, Avranches y todas las plazas fuertes de las cercanías. Los normandos, que aborrecían el yugo de la Francia, y que se hubieran defendido hasta morir si su soberano se hubiese puesto al frente de ellos, no hallaron recursos más que en la sumisión al vencedor, y todas sus ciudades abrieron sus puertas apenas se presentó Felipe. Solo Rouen, Arques y Verneuil, resolvieron conservar su libertad, y se coligaron para prestarse una asistencia mutua.

Empezó el rey por sitiar a Rouen (1205), cuyos habitantes estaban tan encarnizados contra la Francia, que apenas vieron su ejército, se precipitaron sobre todos los franceses que se hallaban dentro de sus murallas y los asesinaron; pero cuando Felipe dio principio a sus operaciones con buena suerte, y se apoderó de todas las fortificaciones exteriores, los ciudadanos, perdida toda esperanza de evitar su justa saña, ofrecieron capitular (1.º de junio), y pidieron únicamente treinta días para informar a su soberano del peligro en que se hallaban, y darle tiempo para socorrerlos. Cumplido aquel plazo, y no llegándoles ningún auxilio, abrieron sus puertas al enemigo¹²⁷¹ y toda la provincia, imitando su ejemplo, cayó bajo el dominio del francés: de esta suerte se reunió a la corona de Francia aquel importante territorio, tres siglos después de la cesión que Carlos el Simple

1270 Trivet, pág. 144.—Gul. Britto, lib. VII.—An. Waverl, pág. 168.

1271 Trivet, pág. 147.—Ipod. Neustria, pág. 459.

hizo de él a Rollo, el primer duque. Los normandos, convencidos de que aquella reunión iba a ser definitiva, solicitaron el privilegio de ser gobernados por las leyes francesas, cosa que el rey les otorgó gustoso, haciendo algunas ligeras alteraciones a las antiguas prácticas normandas. Eran empero demasiado vastos el talento y la ambición de aquel príncipe para permitirle pararse en mitad de su carrera, y llevando sus armas victoriosas a las provincias occidentales, pronto puso bajo su dominio el Anjou, el Maine, la Turena y parte del Poitou¹²⁷²: de esta suerte adquirió la corona de Francia, bajo el reinado de un monarca tan activo y tan hábil, un grado de poderío y grandeza que con arreglo al curso ordinario de las cosas, no debía adquirir sino en muchos siglos.

Juan, llegado que hubo a Inglaterra, procuró disimular la ignominia y el baldón de su conducta, quejándose amargamente de los barones, a quienes acusó de haber sido causa de todas sus desgracias abandonándole en Normandía, y les arrancó despóticamente la séptima parte de sus bienes muebles como un castigo de su culpa¹²⁷³. Poco después, les obligó además a concederle el impuesto de dos marcos y medio sobre cada feudo de caballero, para ayudar a los gastos de una expedición a Normandía, y ni siquiera pensó en hacer de aquella suma el empleo para que la había exigido. Al año siguiente, convocó a todos los barones de su reino para servirle en la ejecución de aquel mismo proyecto, y reunió a este efecto los buques de todos los puertos de mar, pero algunos de sus ministros se opusieron a su resolución; él mismo se arrepintió de haberla formado y licenció su ejército y su escuadra, renovando sus denuestos contra los barones, a quienes echó en cara el abandono en que le dejaban. Embarcóse luego con un pequeño cuerpo de tropas, y sus vasallos creyeron que entonces estaba determinado a arrostrar los mayores riesgos por defender y recobrar sus estados, pero quedaron no poco atónitos al verle pocos días después volverse sin haber emprendido cosa alguna. Al año siguiente (1206) se alentó a dar algunos pasos más. Guy de Thouars, que gobernaba la Bretaña, receloso de los rápidos adelantamientos del rey de Francia, su aliado, prometió unirse con todas sus fuerzas al rey de Inglaterra; entonces Juan se aventuró a salir a campaña al frente de un numeroso ejército y aportó en la Rochela; en seguida marchó a Angers, que tomó y redujo a cenizas. La proximidad de Felipe y de su ejército dio al traste con toda su resolución; apresuróse a hacer proposiciones de paz, y designó un punto para tener una entrevista con su enemigo, pero en vez de respetar aquel empeño, abandonó el campo seguido de sus tropas, se embarcó en la Rochela y volvió a Inglaterra cargado de un nuevo oprobio y de una nueva desgracia. La mediación del papa le proporcionó en fin una tregua de dos años¹²⁷⁴ con el rey de Francia; perdió sucesivamente casi todas las provincias francesas; y los barones ingleses, cansados ya de tantas expediciones infructuosas y empobrecidos con arbitrarios impuestos, tuvieron a más el dolor de verse, ellos y su patria, vencidos y humillados en todas sus empresas.

En un siglo en que el valor se miraba como la primera de las virtudes, una conducta como la del rey de Inglaterra, deshonrosa en todos tiempos, debía serlo más todavía, y no podía por tanto aquel príncipe esperar en lo sucesivo ejercer sobre sus turbulentos vasallos más que una autoridad muy insegura; pero habían elevado los príncipes normandos el poder real a tan alto punto, y habían traspasado en tales términos los límites señalados por las instituciones feudales, que se necesitaba que nuevas afrentas y nuevos reveses acabasen de humillarle para que se atreviesen los barones a conspirar contra su soberano y a coartar sus exorbitantes prerrogativas. La Iglesia, que en aquellos tiempos no rehusaba entrar en batalla con los monarcas más poderosos y absolutos, sacó pronto partido de la pusilanimidad de Juan, y le impuso su yugo con todo el aparato de la arrogancia y del desprecio.

1272 Trivet, pág. 149.

1273 Mat. París, pág. 146.—Mat. West. pág. 265.

1274 Rymer, tomo I, pág. 141.

Sus desavenencias con la corte de Roma

Ocupaba entonces la silla pontificia Inocencio III (1207). Exaltado a aquella eminente dignidad a la edad de treinta y siete años, dotado de un genio vasto y emprendedor, dio aquel papa libre vuelo a su ambición e intentó acaso más resueltamente que todos sus predecesores convertir la preeminencia que le concedían todos los príncipes europeos en una autoridad real sobre ellos. La jerarquía protegida por el pontífice romano había ya extendido enormemente sus usurpaciones sobre el poder civil; pero a fin de extenderlas todavía más, y de hacerlas útiles a la corte de Roma, era preciso reducir aun a los mismos eclesiásticos bajo una monarquía absoluta y hacerlos en un todo dependientes de su jefe espiritual. A este efecto Inocencio empezó por imponer contribuciones arbitrarias sobre el clero. Desde el primer año de aquel siglo, el santo padre, aprovechándose del frenesí que animaba a todos los pueblos en favor de las cruzadas, envió por toda Europa recolectores que exigían por su orden la cuadragésima parte de las rentas eclesiásticas para socorrer a la Tierra santa, y recibían a título de donativos voluntarios un tributo semejante de los legos.¹²⁷⁵ El mismo año, Huberto, arzobispo de Canterbury, intentó otra innovación en favor del poder eclesiástico y pontificio: durante la ausencia del rey, convocó, en virtud de su autoridad de legado, un sínodo de todo el clero inglés, a pesar de la oposición de Godofredo Fitz-Peter, justicia mayor, y el gobierno guardó completo silencio sobre este atentado al poder real, el primero de su especie. Poco después se presentó una ocasión favorable que puso a un pontífice tan atrevido como lo era Inocencio en ocasión de efectuar nuevas usurpaciones sobre un príncipe tan despreciable como lo era Juan.

Había muerto el primado Huberto en 1205, y como los frailes o el cabildo de Christ-Church (iglesia de Cristo) de Canterbury, tenían derecho de votar en la elección de su arzobispo, algunos de los más jóvenes de entre ellos, espionando aquel acontecimiento, se reunieron clandestinamente la noche en que ocurrió, y sin aguardar la autorización del rey, eligieron a Reginaldo, su superior, para ocupar la silla vacante, le instalaron antes de media noche, y habiéndole recomendado el mayor sigilo, le enviaron inmediatamente a Roma a solicitar que se confirmase su elección¹²⁷⁶. Pudo más empero la vanidad de Reginaldo que su prudencia, y apenas llegó a Flandes, reveló tan indiscretamente el motivo de su viaje que pronto se tuvo noticia de él en Inglaterra¹²⁷⁷. Supo el rey con el mayor enojo la tentativa tan nueva como temeraria, hecha para proveer una silla tan importante sin su noticia y sin su permiso; no fue menos la ira de los obispos sufragáneos de Canterbury, acostumbrados a contribuir a la elección de su primado, al verse excluidos de la elección; los frailes más viejos de Christ-Church se ofendían también del procedimiento irregular de los más mozos; estos mismos se avergonzaron de su propia conducta y, descontentos de la ligereza de Reginaldo, que les había fallado a su palabra, consintieron en que su elección se considerase como nula y de ningún valor¹²⁷⁸, y todos parecieron estar de acuerdo en el intento de poner remedio a las falsas medidas que se habían tomado; pero como Juan sabía que aquel asunto se discutiría delante de un tribunal superior donde la intervención de la autoridad real en el nombramiento a los beneficios eclesiásticos era odiosa, donde la causa de los mismos obispos sufragáneos sería menos favorecida que la de los frailes, resolvió hacer de modo que la nueva elección quedase a cubierto de toda tacha. Abandonóla con esta mira al cabildo de Christ Church, y desistiendo del derecho reclamado por sus predecesores, redujóse a decir a cada uno de los individuos en particular que harían una cosa muy grata para él eligiendo por su primado a Juan de Gray, obispo de Norwich¹²⁷⁹. Eligieron con efecto por unanimidad a este prelado; y a fin de evitar toda desavenencia ulterior, hizo el rey todos sus esfuerzos para persuadir a los obispos sufragáneos que no insistiesen sobre su derecho de tomar parte en la elección; pero aquellos prelados perseveraron en sus pretensiones, y

¹²⁷⁵ Rymer, tomo I, pág. 119.

¹²⁷⁶ Mat. París, 148. Mat. West. pág. 266.

¹²⁷⁷ Id. id.

¹²⁷⁸ Mat West. pág. 266.

¹²⁷⁹ Mat. París, pág. 249. Mat. West. pág. 266.

despacharon un agente para sostenerlas en presencia del papa, mientras que el rey y el cabildo de Christ-Church enviaron doce frailes de esta orden comisionados para sostener delante del mismo tribunal el nombramiento del obispo de Norwich.

De esta suerte el papa se hallaba en el caso de tener que fallar tres causas diferentes cuyas partes se avenían en reconocerle por árbitro soberano. El derecho de los sufragáneos era tan opuesto a las máximas ordinarias de la curia, que inmediatamente fue desechado en ella: la elección de Reginaldo era tan fraudulenta y de tan evidente irregularidad que no había medio de defenderla, pero el papa dijo que aunque era nula y de ningún valor, hubiera debido primordialmente ser declarada tal por el soberano pontífice antes de que los frailes pudiesen proceder a una nueva elección, y que el nombramiento del obispo de Norwich era tan poco canónico como el de su competidor¹²⁸⁰. Tomóse, pues, ocasión de esta sutileza para introducir un ejemplo en virtud del cual la silla de Canterbury, la más importante en la Iglesia después del trono de S. Pedro, quedó en lo sucesivo a disposición de la corte de Roma.

Mientras intentaba el papa en medio de estas violentas contestaciones, despojar a los príncipes del derecho de conceder las investiduras y a los legos del de conferir los beneficios eclesiásticos, el clero, aspirando a la independencia, coadyuvaba unánimemente a sus esfuerzos y combatía por él con todo el ardor de la ambición y todo el celo del fanatismo: pero no bien aquel punto tan discutido estuvo sólidamente fijado, después de haber costado ríos de sangre y producido terribles convulsiones en casi todos los estados, cuando el jefe victorioso convirtió, como suele suceder, sus armas contra su propia facción, y quiso concentrar todo el poder únicamente en su persona. A favor de las reservas, de las provisiones, de las encomiendas y de otras invenciones de esta especie, el papa fue arrogándose poco a poco el derecho de proveer a todos los beneficios vacantes. La plenitud de su poder apostólico, que no conocía límites, llegó a suplir cuanto podía fallar en los títulos de los vasallos a quienes tenía a bien colocar. De intento se embrollaron los cánones que regían a las elecciones; suscitáronse entre los candidatos frecuentes disputas; diariamente hubo apelaciones a la curia romana, y no sólo hacia la Silla apostólica redundar en su provecho aquellas discusiones, mas, socolor de pacificar los disturbios, ejercía muchas veces la potestad de apartar a los dos competidores y nombrar a una tercera persona que podía ser más agradable a las partes contendientes.

El cardenal Langton nombrado arzobispo de Canterbury

La disputa suscitada con motivo del derecho de elegir un arzobispo de Canterbury dio a Inocencio ocasión para apropiársele, y bien penetrado de las ventajas que podía sacar de aquella circunstancia, envió a llamar a los doce frailes que le habían diputado para sostener la causa del obispo de Norwich, y les mandó, so pena de excomunión, que eligiesen por su primado al cardenal Langton, nacido en Inglaterra, pero criado en Francia y unido a la corte de Roma¹²⁸¹ así por intereses como por afecto. En vano los frailes hicieron presente a su Santidad que ningún poder habían recibido de su casa para aquel efecto, que una elección tan precipitada sin un *writ*, es decir, sin una orden del rey, sería mirada como muy irregular, y que ellos no trabajaban sino por otra persona, cuyo derecho no podían ni debían abandonar. Ninguno de ellos tuvo valor para perseverar en aquella oposición, excepto únicamente Elias de Brantefield; todos los demás, intimidados por las amenazas y la autoridad del papa, se doblegaron a sus órdenes e hicieron la elección que exigía.

Persuadido de que aquella evidente usurpación indignaría a la corte de Inglaterra, trató Inocencio de sosegar a Juan, escribiéndole una carta afectuosa; envióle cuatro anillos de oro engastados de piedras preciosas, y procuró realzar el valor de aquel presente dándole una interpretación mística: suplicó al rey que considerase seriamente la forma de los anillos, su número,

1280 Mat. París, pág. 155. Crón. de Maitr. pág. 182.

1281 Mat. París, pág. 155. Ann. Waverl. pág. 169. W. Heming, pág. 555. Knighton pág. 2415.

su materia y su color. Su forma circular era, decía, emblema de la eternidad, que no tiene ni principio ni fin, por donde Juan podía conocer que debía aspirar de los objetos terrenos a los celestes, y de las cosas temporales a las eternas. El número cuatro, que forma un cuadrado, significa la entereza del alma, que jamás alteraban la adversidad ni la prosperidad, cuando estaba apoyada en la sólida base de las cuatro virtudes cardinales; el oro, materia de aquellos anillos, siendo el más precioso de los metales, representaba la sabiduría, que es el más precioso de los dones, y justamente preferido por Salomón a las riquezas, al poder, y a todas las adquisiciones mundanas; el color verde de la esmeralda figuraba la fe, y el azul del zafiro la esperanza; el rojo del rubí la caridad y el brillo del topacio las buenas obras¹²⁸². Con estos *concetti* (conceptos) quiso Inocencio resarcir a Juan de la pérdida de la más importante prerrogativa de la corona que acababa de arrebatarse, *concetti* que probablemente admiraba el mismo soberano pontífice, porque es posible que un hombre, sobre todo en un siglo bárbaro, reúna gran capacidad para los negocios a un pésimo gusto en las letras y en las artes.

Grande fue la cólera de Juan cuando supo el atentado de la santa sede¹²⁸³ contra su autoridad, y los primeros sobre quienes descargó fue sobre los frailes de Christ Church, que halló dispuestos a sostener la elección que habían hecho sus hermanos en Roma. Envió a Fulco de Cantelupe y a Enrique de Cornhulle, dos caballeros de su comitiva, hombres de carácter arrebatado y brutal, a expulsarlos de su convento y a tomar posesión de sus rentas. Entraron aquellos caballeros espada en mano en el monasterio, mandaron al prior y a los religiosos que saliesen del reino, y los amenazaron, en caso de desobediencia, con quemarlos en su convento¹²⁸⁴. De aquellas imprudentes violencias sacó Inocencio la inducción de que Juan llevaría finalmente lo peor de la contienda, y por lo mismo persistió más en sostenerla vigorosamente: exhortó al rey a no luchar por más tiempo contra Dios y su Iglesia, a no perseguir una causa por la cual había peleado el santo mártir Becket hasta pagar con su vida la corona que su valor le había granjeado en el cielo¹²⁸⁵ —aviso indirecto dado a Juan para que se aprovechara del ejemplo de su padre, y para recordarle las preocupaciones y la constante opinión de sus vasallos con respecto a aquel mártir, cuyos méritos veneraban tan profundamente, que los consideraban como su principal gloria.

1282 Rymer, tomo I, pág. 139. Mat. París, pág. 155.

1283 Rymer, tomo I, pág. 143.

1284 Mat. París, pág. 156. Trivet, pág. 151. Ann. Waverl. pág. 169.

1285 Mat. París, pág. 157.

Entredicho del reino

Viendo el pontífice que todavía no estaba el rey bastante humildemente resignado, envió a los obispos de Londres, de Ely y de Worcester a notificarle que, si perseveraba en su desobediencia, tendría el papa que poner su reino en entredicho¹²⁸⁶. Todos los demás prelados se echaron a los pies de Juan para suplicarle, con lágrimas en los ojos, que evitase el escándalo de aquella sentencia, dando prontamente a su padre espiritual el testimonio de sumisión de recibir de su mano al primado nuevamente electo, y restableciendo al cabildo de Christ-Church en sus derechos y posesiones. Enfurecióse el rey hasta el punto de soltar las más indecentes invectivas contra los prelados; juró por los dientes de Dios (*Godis-teeth*), su juramento familiar, que si el papa osaba ejecutar la amenaza, le enviaría todos los obispos y el clero de Inglaterra, y confiscaría sus temporalidades; hasta protestó que haría sacar los ojos y cortar las narices a todos los romanos que pudiera coger en sus estados para imprimir en ellos una señal que los diferenciase de las demás naciones¹²⁸⁷. En medio de aquel vano furor, Juan se conducía tan mal con la nobleza, que nunca se atrevió a reunir los estados del reino, que, en una causa tan justa, sin duda hubieran sostenido a cualquier otro monarca, y defendido vigorosamente las leyes de la nación contra aquellas evidentes usurpaciones de la corte de Roma. Últimamente Inocencio, bien penetrado de la debilidad del rey, vibró sus rayos espirituales que por tanto tiempo había tenido suspendidos sobre su cabeza¹²⁸⁸.

Las sentencias de entredicho eran entonces el grande instrumento de las venganzas y de la política de la corte de Roma; por la falta más leve se pronunciaban contra los soberanos, y el crimen de una sola persona acarrea la ruina de muchos millones de seres a quienes de aquella suerte se arrebatava la felicidad eterna. El aparato con que se fulminaban aquellos rayos estaba combinado de modo que hiriese fuertemente los sentidos y produjese una viva impresión en el ánimo supersticioso del pueblo. De repente véase una nación privada de todo ejercicio exterior de su religión; los altares quedaban despojados de sus ornamentos; las cruces, las reliquias, las imágenes, las estatuas de los santos se bajaban al suelo; los sacerdotes se abstenían de acercarse a aquellos sagrados objetos, después de haberlos cubierto cuidadosamente, como si hasta el mismo aire se hubiese vuelto impuro y pudiese mancharlos con su impresión; cesaba en todas las iglesias el uso de las campanas, y hasta se sacaban estas de sus campanarios y se colocaban en el suelo con los instrumentos del culto; la misa se celebraba a puertas cerradas, y sólo los sacerdotes asistían a ella; los legos no participaban a ningún sacramento, excepto al bautismo que se administraba a los niños recién nacidos, y el viático a los moribundos; no se enterraba a los muertos en tierra bendita, sino en hoyos o en los campos, donde los sepultaban sin pronunciar preces por ellos, ni hacer ninguna de las ceremonias consagradas; se celebraban los casamientos en los cementerios¹²⁸⁹, y para que todas las acciones de la vida llevasen el sello de aquella terrible situación, el uso de la carne estaba vedado como en cuaresma, y todos los placeres y diversiones estaban proscritos de la sociedad. No era permitido saludarse a los que se hallaban en la calle, ni aun se podía nadie afeitarse ni dar a su persona la menor atención de decencia y aseo. Todo anunciaba la más muda tristeza y el terror de las venganzas del cielo.

Para oponer los terrores temporales a los terrores espirituales, el rey confiscó los bienes de todos los eclesiásticos que obedeciesen al entredicho¹²⁹⁰, desterró a los prelados, confinó a los frailes en sus conventos, y no les concedió sobre sus propias rentas más que lo absolutamente preciso para comer y vestirse. Con más rigor todavía trató a los parciales de Langton, y a todo el que parecía dispuesto a someterse a las órdenes de la corte de Roma. En fin, para mortificar a los eclesiásticos por el punto más sensible, y exponerlos al mismo tiempo a la mofa de las gentes, hizo meter en la

1286 Id. id.

1287 Id. id.

1288 Id. Trivet, pág. 152. Aun. Waverl. pág. 170. Mat. West. pág. 268.

1289 Crón. Dunst. tomo 1, pág. 51.

1290 Ann. Waverl. pág. 170.

cárcel a todas sus barraganas y no les volvió la libertad sino mediante crecidas multas¹²⁹¹.

Desde que, merced a los celosos esfuerzos del arzobispo Anselmo, se cumplían más exactamente en Inglaterra los cánones que prescribían el celibato al clero, todos los eclesiásticos tenían públicamente barraganas, y la corte de Roma, que ningún interés hallaba en condenar aquella relajación de costumbres, no se oponía a él sino muy flojamente. Tan dominante había llegado a ser aquel abuso que, en algunos cantones de la Suiza, antes de la reforma, las leyes no sólo permitían a los eclesiásticos jóvenes el tener concubinas, mas les mandaban expresamente que las tuviesen, para hacer desaparecer el escándalo, y en todas las partes los sacerdotes se dirigían a su ordinario para obtener al efecto una licencia formal. Comúnmente los obispos cuidaban de que aquella práctica no degenerase en licencia, y reducían al sacerdote a no tener más que una mujer, obligándole a serle fiel y a proveer a su subsistencia, igualmente que a la de sus hijos. Aunque los frutos de aquel matrimonio eran ilegítimos a los ojos de la ley, dicho comercio en sí era una especie de matrimonio inferior, cual todavía existe en Alemania entre la nobleza¹²⁹², y toda persona sincera puede considerarle como una apelación de la tiranía de las instituciones eclesiásticas y civiles a las leyes mas virtuosas y seguras de la naturaleza.

Muchos años duraron las desavenencias del rey con la corte de Roma. Algunos eclesiásticos, temerosos de los castigos, obedecían las órdenes de Juan y celebraban el servicio divino, pero lo hacían con la mayor repugnancia, y el pueblo los miraba y ellos se miraban a sí propios como traidores a sus principios, y como hombres que sacrificaban su conciencia a las consideraciones y a los intereses temporales. En medio de aquella violenta situación, el rey, para dar más lustre a su reinado, intentó diferentes expediciones militares contra Escocia, Irlanda y el país de Gales¹²⁹³, y alcanzó algunos triunfos debidos más a la debilidad de sus enemigos que a su valor y a su capacidad. Los disturbios y cuidados que continuamente le ocasionaba el descontento del clero, aumentaban la natural propensión de aquel príncipe a la tiranía, y parece que indispuso imprudentemente contra él a todas las órdenes del estado, y en especial a la nobleza, la única de quien razonablemente podía esperar auxilio y apoyo. Mancilló con sus impuros amores las casas mas principales, publicó edictos para prohibir toda caza de altanería, privando de esta suerte a la nobleza de su ordinaria ocupación y diversión favorita¹²⁹⁴; mandó que se arrancasen las cercas y zarzales de los campos inmediatos a sus bosques para que su caza de montería hallase más fácilmente sus pastos, y abrumó sin cesar a la nación con impuestos arbitrarios. No pudiendo aquel príncipe desconocer que se había atraído el odio general (1208), exigió que la nobleza le diese rehenes en prenda de su fidelidad, y los nobles tuvieron que entregarle sus hijos, sus sobrinos u otros parientes cercanos. Cuando sus agentes encargados de sus órdenes sobre este punto se presentaron en el castillo de Guillermo de Braouse, barón muy ilustre, su esposa respondió que jamás confiaría su hijo al que había asesinado a su propio sobrino teniéndole prisionero. Reprendióla el barón por haber dado una respuesta tan temeraria, y preveyendo el peligro que corría, huyó con ella y su hijo a Irlanda, donde procuró ocultarse; pero el rey descubrió el retiro de aquella desgraciada familia, hizo prender a la madre y al hijo, y los dejó morir de hambre en una cárcel. El barón tuvo la fortuna de escaparse y se refugió en Francia.

Excomuni3n del rey

La corte de Roma había imaginado astutamente una gradaci3n de anatemas, que le servía para aumentar el temor de los contumaces, para darles medios, despu3s de haber incurrido en el primero, de evitar el segundo sometiéndose, y en caso de obstinaci3n, para reanimar el horror del pueblo

1291 Mat. París, pág. 158. Ann. Waverl. pág. 170.

1292 P. Paolo, Hist. Conc. Trid. lib. I.

1293 W. Reming. pág. 556. Ipod. Neuslria pág. 460. Knyghton, pág. 2424.

1294 Mat West. pág. 268.

hacia ellos con nuevas amenazas de la cólera y de la venganza del cielo. Como la sentencia de entredicho no había producido sobre Juan el deseado efecto (1209), y como su pueblo, aunque muy descontento, había sido contenido de suerte que no se alzó contra él en rebelión abierta, esperábase aquel príncipe a una sentencia de excomunión, y tenía fundamento para creer que, a pesar de todas las precauciones, tuviese las más peligrosas resultas. Era testigo de las demás escenas de este género que pasaban entonces en Europa, donde el ilimitado poder del papa se desplegaba a sus anchas. Lejos de temer por los efectos de sus desavenencias con el rey de Inglaterra, Inocencio había excomulgado al emperador Otón sobrino de Juan¹²⁹⁵, y obligado en breve a aquel altivo y poderoso monarca a someterse a su autoridad. Publicó una cruzada contra los albigenses, especie de entusiastas que habitaban el mediodía de la Francia, y los declaró herejes porque no reconocían los derechos de la Iglesia como los otros entusiastas, y se resistían al poder y al influjo del clero; los pueblos de todas las partes de Europa, arrebatados por el espíritu de superstición y por su pasión a la guerra y las aventuras, acudían bajo las banderas del santo padre. El conde de Monforte o Mounfort, general de la cruzada, adquirió una soberanía en aquellas provincias; el conde de Tolosa, que protegía o acaso toleraba solamente a los albigenses, fue despojado de sus estados, y aquellos infelices sectarios, los hombres más inocentes y pacíficos, fueron exterminados con la más atroz barbarie. Había, pues en aquellas provincias un general y un ejército temibles por su celo y su denuedo, que de un momento a otro podían emplearse contra Juan; y después de haber tenido mucho tiempo suspendido el rayo, autorizó en fin Inocencio a los obispos de Londres, de Ely y de Worcesler, a fulminarle sobre la cabeza de aquel príncipe¹²⁹⁶. Obedecieron aquellos prelados pero los otros se negaron a publicar la sentencia en las iglesias de sus diócesis, como exigía el papa.

Apenas se tuvo noticia de la excomunión, empezaron a hacerse sentir sus efectos. Godofredo, arcediano de Norwich, que desempeñaba uno de los primeros empleos en el tribunal de la Tesorería, habiendo recibido aquella nueva en medio de una sesión, hizo observar a sus colegas el peligro que había en servir bajo las órdenes de un rey excomulgado, se levantó al instante de su asiento y salió de la sala; Juan mandó prenderlo, meterlo en una cárcel y rodearle de plomo toda la cabeza. Este tratamiento y otras crueldades pronto acabaron con la vida de Godofredo¹²⁹⁷, a quien no faltaban mas que el estado y la dignidad de Beckel para elevarlo al nivel de aquel célebre mártir. Hugo de Wells, canciller del rey, nombrado por este príncipe para el obispado de Lincoln, vacante a la sazón, solicitó permiso para ir a hacerse consagrar por el obispo de Rouen, pero apenas llegó a Francia, pasó a Pontigny, donde residía Langton, y se sometió a él como a su primado. Los obispos, viéndose expuestos igualmente a la desconfianza del rey y al odio del pueblo, fueron saliendo sucesivamente del reino, y no quedaron más que tres prelados para llenar las funciones episcopales¹²⁹⁸: muchos nobles, aterrados en vista de la tiranía de Juan, y que habían incurrido en su odio por diferentes motivos, siguieron el ejemplo de los obispos, y la mayor parte de los que quedaron en el reino fueron sospechados con justicia de haber conspirado contra él¹²⁹⁹.

Cuidadoso Juan de lo peligroso de su situación, que con prudencia, rigor y haciéndose amar de su pueblo hubiera podido prevenir, pero que ya no podían remediar todas las virtudes imaginables, deseó tener una conferencia con Langton en Duvres, y le ofreció reconocerle por primado, someterse al papa, restablecer a los eclesiásticos desterrados, y aun pagarles una suma prefijada para indemnizarlos de la confiscación de sus rentas; pero Langton, conociendo todas sus ventajas, no aceptó aquellas proposiciones de acomodamiento. Pidió que el rey hiciese una restitución entera, y diese una satisfacción auténtica a todo el clero, condición tan exorbitante que el rey, que verosímilmente no se hallaba en posibilidad de cumplirla, y que preveía que la evaluación de aquellos perjuicios ascendería a sumas inmensas, rompió finalmente la conferencia¹³⁰⁰.

1295 Mat. París, pág. 160. Trivel, pág. 154. Mat. West. pág. 269.

1296 Mat. París, pág. 159. Mat. West. pág. 270.

1297 Mat. París, pág. 159.

1298 Ann. Waverl. pág. 170. Ann. Marg. pág. 14.

1299 Mat. París, pág. 162. Mat. West. pág. 270, 271.

1300 Ann Waverl. pág. 171.

1212.—Empezaba la sentencia del santo padre por relevar a los vasallos de Juan de su juramento de fidelidad y de obediencia, y acababa declarando excomulgado a todo el que conservase relaciones con él en público o en particular, a su mesa, en su consejo, o aun en privada conversación¹³⁰¹. Pronuncióse esta sentencia con toda la solemnidad posible, y como aquel príncipe persistía en su insumisión, no quedaba mas arbitrio que fulminar contra él la sentencia de deposición, que parecía íntimamente enlazada con la anterior; pero que la iglesia romana había tenido la destreza de distinguir de ella, e Inocencio tomó el partido de dejar caer aquel último tiro de su aljaba sobre el indócil monarca. Una sentencia de aquella naturaleza necesitaba que un ejército asegurase su cumplimiento, y el pontífice, buscando un apoyo, echó en fin los ojos sobre Felipe, rey de Francia, como el más formidable brazo a que podía confiar aquel ejército, último recurso de su autoridad evangélica. Ofreció a aquel monarca, no solo la remisión de todos sus pecados y la felicidad eterna, mas también la propiedad y posesión del reino de Inglaterra, por recompensa de sus trabajos¹³⁰².

Era interés común de todos los soberanos oponerse a aquellas atrevidas pretensiones del papa, que tendían a hacerlos vasallos totalmente dependientes de la tiara, pero sin embargo, el mismo Felipe, el monarca más ilustrado de su siglo, se dejó seducir por su interés presente, y resuelto a aceptar la liberal oferta del santo padre, consolidó aquella autoridad que le hubiera derribado a él de su propio trono si hubiera querido algún día oponerse a sus usurpaciones sin límites. Levantó un numeroso ejército (1213), intimó a todos sus vasallos orden de seguirle a Rouen, reunió una escuadra de mil setecientas naves, grandes y pequeñas, en los puertos de Normandía y de Picardía, y ayudado por el fanatismo reinante y por el aprecio que generalmente se hacía de su persona, logró poner en pie fuerzas proporcionadas a la importancia de su empresa. Por otra parte, Juan llamó a todos sus vasallos militares, igualmente que a todo hombre capaz de tomar las armas, y les mandó que pasasen a Duvres para defender el reino en tan apurado trance. Entre la ¡numerable muchedumbre que acudió, eligió sesenta mil hombres, ejército invencible si hubiera estado unido por un sincero afecto a su príncipe y animado de un verdadero celo por la salvación de su patria¹³⁰³; pero el pueblo, alucinado por la superstición, miraba al rey con horror desde que el santo padre le había herido de anatema, los barones, partícipes de la misma preocupación, estaban además cansados de su gobierno tiránico; sospechábase a muchos de ellos de estar en correspondencia secreta con el enemigo, y la cobardía y la incapacidad del rey, poco propias para sacarle de tantos apuros, anunciaban los desastrosos efectos de la invasión de los franceses.

Sumisión al Papa

Pandolfo, nombrado legado por el papa, y encargado de dirigir aquella importante expedición, tuvo antes de salir de Roma una conferencia reservada con su señor, en la que le preguntó si en caso de que el rey de Inglaterra, aterrorizado por su desesperada situación, consintiese en someterse a la silla apostólica, se le concederían, sin anuencia de Felipe, algunos términos de acomodamiento¹³⁰⁴. Persuadido Inocencio de que, de todos modos, mejor partido sacaría de su reconciliación con un príncipe tan débil, que de su alianza con un monarca hábil y victorioso, que después de semejante engrandecimiento, acaso estaría demasiado engreído para tender las manos a las cadenas espirituales, explicó las condiciones con que podría Pandolfo tratar con el rey de Inglaterra. Apenas llegó el legado al norte de Francia, despachó a Juan dos caballeros templarios para pedirle una conferencia en Duvres, que pronto le fue concedida, y en ella hizo presente al príncipe con tanta vehemencia, y sin duda con colores tan verdaderos, el lamentable estado a que se hallaba reducido,

1301 Mat. París, pág 161 Mat. West pág. 270.

1302 Mat. París, pág. 162. Mat. West. pág. 271.

1303 Mal. París, pág. 16S. Mat. West pág. 271.

1304 Mat. París, pág. 163.

el descontento de sus súbditos, la secreta unión de sus vasallos contra él y el formidable armamento de la Francia, que Juan se remitió a la discreción de Pandolfo¹³⁰⁵, y suscribió a todas las condiciones que tuvo a bien imponerle (13 de mayo). Prometió entre otros artículos someterse enteramente al juicio del papa, reconocer a Langton por primado, restablecer a todos los eclesiásticos y a los legos desterrados por causa de aquella desavenencia, restituirles sus bienes e indemnizarlos de sus pérdidas; hasta consiguió sobre la marcha ocho mil libras esterlinas a cuenta de aquellas indemnizaciones, y prometió que todos los que estaban proscritos o encarcelados por haberse adherido a la causa del papa, volverían inmediatamente a entrar en favor¹³⁰⁶. Cuatro barones juraron con el rey la observancia de aquel ignominioso tratado¹³⁰⁷.

Pero todavía no había llegado a su último período el oprobio de Juan: Pandolfo exigió como primera prueba de obediencia que traspasase a la Iglesia la propiedad de su reino, y le persuadió que el único medio de desconcertar la empresa de los franceses era ponerse de aquella suerte bajo la inmediata protección de la santa sede. Juan, desfavorido en vista de su peligro presente, no se hizo ningún escrúpulo de adherir a aquella condición, y extendió una carta en la que dijo que sin estar forzado por el temor, y al contrario de su propio y libre albedrío, y por acuerdo y con consentimiento de sus barones, resignaba, para expiación de sus pecados y de los de su familia, la Inglaterra y la Irlanda a Dios, a S. Pedro, a S. Pablo, al papa Inocencio y a sus sucesores en la silla apostólica; que consentía en conservar sus estados como feudatario de la Iglesia de Roma, mediante el pago anual de mil marcos, setecientos por Inglaterra y trescientos por Irlanda; estipuló también que si él o sus sucesores osaban algún día rebelarse o infringir aquella carta, perderían todos sus derechos a aquellos estados a menos de que a la primera amonestación se arrepintiesen de su culpa¹³⁰⁸.

En consecuencia de este acuerdo, rindió Juan pleito homenaje a Pandolfo (15 de mayo), que representaba al papa, con todas las humillantes formalidades que la ley feudal prescribía a los vasallos delante de su señor ligio y superior. Compareció desarmado en presencia del legado, que estaba sentado en un trono, prosternóse a sus pies, levantó las manos cruzadas y las puso en las suyas, prestó juramento de fidelidad al soberano pontífice, y pagó una parte del tributo que reconocía deber por su reino, como patrimonio de S. Pedro. El legado, ufano con aquel triunfo supremo del sacerdocio, no pudo reprimir los impulsos de una extravagante alegría, y pisoteó el dinero que le daban como arras de la sumisión del reino, y por ofensiva que fuese aquella insolencia para todos los ingleses, ninguno de los espectadores, excepto el arzobispo Dublin, mostró echarla de ver.—El rey se degradó inútilmente con tantas bajezas, pues a pesar de todas ellas no quiso Pandolfo levantar la excomunión y el entredicho hasta que se ajustase la evaluación de los daños y perjuicios sufridos por los eclesiásticos, y se hubiese restablecido e indemnizado a estos plenamente.

Juan, reducido a una situación tan abyecta bajo un yugo extranjero, continuó mostrando la misma disposición a tiranizar a sus vasallos que había sido la causa primera de todas sus desgracias. Un cierto Pedro de Ponfret, ermitaño, había vaticinado que aquel mismo año perdería el rey su corona, y por aquella indiscreta profecía estaba desde que la hizo encarcelado en el castillo de Corte: Juan entonces resolvió castigarle como impostor. Sostuvo Pedro que su vaticinio estaba cumplido, pues aquel príncipe no poseía ya la corona independiente que ciñó en otro tiempo; pero su defensa no hizo mas que agravar su crimen, y fue arrastrado a la cola de un caballo en la ciudad de Warham y ahorcado en ella con su hijo¹³⁰⁹.

Después de haber recibido el homenaje de Juan, volvió Pandolfo a la corte de Francia a felicitar a Felipe por el éxito de su piadosa empresa y a informarle de que el rey de Inglaterra, temeroso de las armas francesas, y reconociendo su crimen, había vuelto a la obediencia de la santa

1305 Mat. West. pág. 271.

1306 Rymer, tomo I, pág. 166. Mat. París, pág. 163. Annal. Burt. Pág. 268.

1307 Rymer, tomo I, pág. 170. Mat. París, pág. 165.

1308 Rymer, tomo I, pág. 176. Mat. París, pág. 165.

1309 Mat. París, pág. 165. Crón. Dunst. tomo I, pág. 56.

sede y aun consentido en rendir homenaje de sus estados al papa; por lo tanto, que habiendo hecho de su reino una parte del patrimonio de S. Pedro, era ya imposible a todo príncipe cristiano atacarle sin la más manifiesta y evidente impiedad¹³¹⁰. Furioso Felipe al saber esta nueva, prorrumpió en reconvenciones sobre que habiendo, a instigación del papa, emprendido una expedición que le costaba mas de 60.000 libras esterlinas, se veía defraudado del fruto de su proyecto, en el momento en que su triunfo era indudable; quejábse de que todos los gastos habían pesado sobre él, al paso que Inocencio sólo recogía todas las ventajas, y amenazó con no ser por más tiempo ciego instrumento de aquellos hipócritas pretextos. Habiendo reunido a sus vasallos, informóles del perjuicio que se le causaba, pintó con vivos colores la conducta fraudulenta e interesada del papa, y les pidió su ayuda para proseguir su empresa sobre Inglaterra; porque, a pesar de todas las prohibiciones y amenazas del legado, estaba, dijo, resuelto a llevarla a cabo. No eran los barones franceses menos ignorantes y supersticiosos que los ingleses; pero ¡cuánto no depende la influencia de los principios religiosos de la situación actual de los ánimos! Todos prometieron seguir a su príncipe en la expedición proyectada, y resolvieron no dejarse arrebatar la gloria y las riquezas que de ella se prometían: sólo el conde de Flandes, de quien Juan se había asegurado mediante un tratado secreto, se declaró contra la injusticia y la impiedad de aquella guerra y retiró sus tropas¹³¹¹; pero Felipe, no queriendo dejar a sus espaldas un enemigo tan poderoso, empezó por dirigir sus armas contra los estados de aquel príncipe. Estaba entretanto la escuadra inglesa reunida bajo las órdenes del conde de Salisbury, hermano natural del rey; y aunque inferior en número, recibió orden de atacar a las naves francesas en sus puertos, expedición de que Salisbury salió tan airoso, que apresó trescientas y destruyó otras ciento¹³¹². Felipe, viendo que era imposible evitar que cayesen las demás en manos del enemigo, las hizo prender fuego, con lo que se redujo a no poder llevar más adelante su proyecto de conquista.

Juan, satisfecho de su seguridad presente, insensible a sus pasadas desgracias, quedó tan engreído con aquel triunfo, que nada menos se propuso que invadir la Francia a su vez, y recobrar todas las provincias que antiguamente le habían arrebatado las armas victoriosas de Felipe. Comunicó su intento a los barones reunidos ya para la defensa del reino; pero la nobleza inglesa despreciaba no menos que aborrecía a su soberano, y como no se prometía ninguna esperanza de una empresa dirigida por semejante jefe, los barones alegaron que ya estaba cumplido el plazo de su servicio; que todas sus provisiones estaban ya consumidas y con estos pretextos rehusaron ayudar a Juan¹³¹³. Sin embargo este príncipe, constante en su resolución, se embarcó solamente con un puñado de hombres de su comitiva, y enderezó el rumbo a Jersey, con la insensata idea de que los barones se avergonzarían de quedarse atrás y le seguirían al instante¹³¹⁴, pero viendo frustrada su esperanza, volvióse a Inglaterra, levantó algunas tropas, y amenazó a la nobleza con que castigaría su desertión y desobediencia. El arzobispo de Canterbury, secretamente ligado con los grandes, interpuso su autoridad en aquella ocasión, prohibió categóricamente al rey que intentase semejante empresa, y le amenazó a su vez con que renovaríase la excomunión si osaba declarar la guerra a ninguno de sus vasallos antes que se levantase la sentencia de entredicho que pesaba sobre el reino¹³¹⁵.

La Iglesia había revocado los varios anatemas pronunciados contra Juan, así como los había ido fulminando sucesivamente. Al recibir su homenaje, y admitiéndole en calidad de vasallo, anuló su deposición, y de nuevo se hallaron los súbditos de aquel príncipe sujetos por su juramento de fidelidad: entonces los prelados desterrados y Langton a su cabeza volvieron como en triunfo. Apenas supo el rey que se acercaban, salió a recibirlos, y echándose a sus plantas, les conjuró

1310 Trivet, pág. 160.

1311 Mat. París, pág. 166.

1312 Id. Crón. Dunst. Tomo I, pág. 59. Trivet, pág. 157.

1313 Mat. París, pág. 166.

1314 Id.

1315 Mat. París, pág. 167.

llorando que tuviesen compasión de él y del reino de Inglaterra¹³¹⁶. El primado, viendo aquellas señales de un sincero arrepentimiento, llevó a Juan al cabildo de Winchester (20 de julio), y le dictó la fórmula de un juramento, en virtud del cual juraba de nuevo obediencia y fidelidad a Inocencio y a sus sucesores; prometía amar, amparar, y defender a la santa Iglesia y al clero; se comprometía a hacer vigentes las buenas leyes de sus predecesores, particularmente las de San Eduardo, igualmente que revocar las malas, y manifestaba, en fin, un firme propósito de mantener la justicia en sus estados¹³¹⁷; en seguida le dio el primado la absolución con las formalidades necesarias, y le admitió a la honra de comer a su mesa, con gran satisfacción del pueblo.

Todavía subsistía sin embargo la sentencia de entredicho sobre el reino; un nuevo legado, Nicolás, obispo de Frascati, pasó a Inglaterra en lugar de Pandolfo, y anunció que la intención del papa era no levantar jamás aquella sentencia, hasta que se le hiciese al clero una entera restitución de todo lo que se le había arrebatado igualmente que una amplia reparación de todos los daños que había sufrido; solamente permitió que se celebrase en voz baja la misa en las iglesias; entretanto que se ajustaba la evaluación de daños y perjuicios a satisfacción de las partes. Nombráronse algunos barones, para entender en las reclamaciones, y Juan quedó asombrado de la enormidad de las sumas a que hacia ascender el clero aquella evaluación. Sólo los frailes de Canterbury pidieron veinte mil marcos de plata; el obispo de Lincoln, veinte y tres mil; y el rey pareciéndole exorbitantes aquellas reclamaciones, ofreció al clero la suma de cien mil marcos para desquitarse de una vez. Desechó el clero la oferta con desdén; pero el papa, queriendo favorecer a su nuevo vasallo, que le juraba fidelidad con tanto celo y pagaba tan regularmente el tributo estipulado, dio orden a su legado de rematar por cuarenta mil marcos, siendo el resultado de aquella operación, que los obispos y los abades más ricos, recibieron indemnizaciones más crecidas de lo que tenían derecho a exigir, y que el clero inferior soportó sus pérdidas por entero. Luego que se hubo levantado la sentencia de entredicho, el rey reiteró del modo más solemne, y por medio de una nueva carta, señalada con el gran sello de oro, el homenaje y el juramento de obediencia a la santa sede.

1214. Una vez terminado aquel grave asunto, el rey como si ya no debiera esperarse más que a victorias y conquistas, partió para el Poitou, provincia todavía sometida a su autoridad¹³¹⁸ y llevó la guerra a los estados de Felipe. Sitió un castillo cerca de Angers; pero habiéndose acercado el príncipe Luis, hijo de Felipe, tuvo que levantar el asedio con tanta precipitación, que abandonó sus tiendas de campaña, sus máquinas, su bagaje, y se volvió ignominiosamente a Inglaterra. Poco más o menos, hacia la misma época, tuvo noticia de la grande y decisiva victoria conseguida por el monarca francés en Bouvine sobre el emperador Otón, que había penetrado en Francia al frente de ciento cincuenta mil alemanes, victorias, cuyos frutos eran inmortalizar el nombre de Felipe y consolidar perfectamente la seguridad de su reino. No podía ya pues Juan pensar en lo sucesivo más que en gobernar pacíficamente a sus vasallos, y su íntima unión con el papa, que se proponía conservar a toda costa, le aseguraba a su parecer los medios de conseguirlo, pero todavía le esperaba el último y el más cruel de sus reveses, pues no parecía sino que estaba destinado a recorrer él círculo de las más grandes humillaciones que jamás reservó la suerte a ningún monarca.

Descontento de los barones

El gobierno feudal, introducido en Inglaterra por Guillermo, el Conquistador, había cercenado considerablemente las libertades ya imperfectas de que gozaban los anglosajones, bajo el cetro de sus antiguos soberanos. El pueblo se hallaba reducido al estado de vasallaje, bajo el rey o bajo los barones, y aun la mayor parte, al estado de servidumbre. La necesidad de confiar un poder muy extenso a un príncipe obligaba a conservar un gobierno militar sobre una nación vencida, obligó

1316 Mat. París, pág. 166. Ann. Waverl., pág. 178.

1317 Id.

1318 La reina Leonor murió en 1203 o 1204.

también a los barones normandos a someterse entonces a una autoridad más absoluta y más rigurosa que la que comúnmente estaba a la sazón establecida sobre la nobleza en los otros gobiernos feudales. Una vez elevadas a aquella altura las prerrogativas de la corona, no fue ya fácil reducirlas, y durante el transcurso de ciento cincuenta años, la nación tuvo que gemir bajo una tiranía desconocida, a lo menos en aquel grado, en todos los reinos fundados por los conquistadores septentrionales. Enrique I había otorgado a los ingleses una constitución bastante favorable en cierto modo a sus libertades, para determinarlos a preferirlo a su hermano primogénito Roberto. Esteban la había renovado, Enrique II la había confirmado, pero las concesiones de todos aquellos príncipes nunca habían tenido efecto, y ellos y sus sucesores continuaron ejerciendo aquella misma autoridad sin límites, o a lo menos irregular. Afortunadamente las fuerzas militares estuvieron siempre en manos de la nobleza y del pueblo; la nación podía siempre, coligándose, vengar sus privilegios, y no era posible que el carácter, la conducta y la situación de Juan, dejasen de producir aquel general levantamiento contra él. Igualmente odioso y despreciable en su vida pública y privada, ofendía a los barones con sus altanerías, deshonoraba a sus familias con sus licenciosos amoríos, los irritaba con su tiranía, y descontentaba a todas las órdenes del estado con sus rapiñas y continuos impuestos¹³¹⁹. La solicitud que habían hecho todos los barones para el restablecimiento de sus privilegios manifestaba ya el efecto de un gobierno tan injusto, y cuando Juan se reconcilió con el papa, sacrificando la independencia del reino, miráronle sus vasallos bajo un punto de vista tan desfavorable, que creyeron poder con honor y seguridad insistir en sus pretensiones.

Pero nada favoreció tanto aquella confederación de los grandes contra el rey, como la connivencia de Langton, arzobispo de Canterbury, cuya memoria, a pesar de que impuso a su nación una palpable usurpación de la corte de Roma, debe ser perpetuamente venerada entre los ingleses. Ya animase a aquel prelado su natural magnanimidad, y su amor al bien público, ya conservase animosidad contra Juan, porque mucho tiempo había sido este príncipe contrario a su elección, ya creyese que el acrecentamiento de la libertad del pueblo contribuiría a aumentar y a asegurar los privilegios de la Iglesia, lo cierto es que concibió el plan de reformar el gobierno, y que preparó los medios de consumar aquella gran revolución, insertando las singulares cláusulas, arriba mencionadas, en el juramento que dictó al rey, antes de absolverle de la sentencia de excomunión. Poco tiempo después, tuvo una conferencia reservada en Londres con algunos de los principales barones; enseñóles una copia de la carta de Enrique I, que dijo haber hallado en un monasterio, y los exhortó con empeño a insistir en que se renovase y observase. Los barones juraron que antes perderían las vidas que desistir de una demanda tan razonable¹³²⁰. Desde aquel momento empezó a extenderse la liga de la nobleza, y casi todos los barones de Inglaterra entraron en ella. Convocó Langton una asamblea más numerosa en San Edmonsbury (1.º de noviembre) bajo pretexto de un acto de devoción, en la que presentó también la antigua carta de Enrique; reiteró sus exhortaciones para que los barones llevasen adelante aquel empeño con vigor y unanimidad; les pintó con los más vivos colores la tiranía que los avasallaba hacia tanto tiempo, añadiendo que ya había llegado el momento de quebrantarla enteramente para ellos y para su posteridad¹³²¹. Inflamados por su elocuencia, excitados por el resentimiento de las injurias que habían recibido, y alentados en vista de su poder y de su número, juraron los grandes solemnemente delante del altar mayor, vivir estrechamente unidos entre sí; persistir en reclamar el restablecimiento de la carta, y hacer una guerra eterna al rey hasta que la otorgase¹³²². Convinieron en que después de la fiesta de Navidad presentarían al rey en corporación su solicitud, y se separaron prometiéndose ponerse en estado de defensa, levantar tropas, comprar armas, y hacer en sus castillos todos los acopios necesarios.

Acudieron todos los barones a Londres el día señalado (6 de enero, 1215) y pidieron que el rey, a consecuencia de su propio juramento, hecho en manos del primado, no menos que en atención a la equidad de sus derechos, tuviese a bien reponer en vigor la carta de Enrique I, y confirmar las

1319 Crón. Mailr., pág. 188. T. Wykes, pág. 36. Ann. Waverl., pág. 181. W. Heming, pág. 557.

1320 Mat. París, pág. 167.

1321 Mat. París, pág. 175.

1322 Id. pág. 176.

leyes de San Eduardo. Sobrecogido el rey en vista de una solicitud, hecha con tanto calor y unanimidad, por un cuerpo tan poderoso como el de la nobleza reunida, pidió un plazo; prometió dar por las fiestas de Pascua una respuesta positiva, y ofreció la fianza del arzobispo de Canterbury, del obispo de Ely, y del conde mariscal de Pembroke, en prenda de su palabra¹³²³. Consintieron en ello los barones, y se retiraron pacíficamente a sus castillos.

Durante aquel intervalo, el rey, con el fin de subyugar o de desunir la liga de sus barones, procuró apoyarse en el poder eclesiástico, cuyo ascendiente le habían probado de un modo tan fatal sus recientes infortunios. Otorgó una carta al clero (15 de enero), en virtud de la cual le abandonaba para siempre la importante prerrogativa que su padre y todos sus antecesores habían disputado tan valerosamente, la del derecho de elección (*congé d'elire*) para los obispados o beneficios vacantes, reservándose solo la potestad de dar la autorización de elegir y de confirmar el nombramiento, declarando que, aun dado que se pusiese en ella algún impedimento, no por eso dejaría de ser considerada como justa y valedera¹³²⁴. Hizo voto de llevar un ejército contra los infieles a Palestina, y se cruzó con la esperanza de obtener de la Iglesia la misma protección que ofrecía a todos los que contrataban aquel sacrosanto empeño¹³²⁵; además envió a Roma a su agente Guillermo Mauclere, para apelar al papa de la osadía de sus barones, y proporcionarse una sentencia favorable de aquel temido tribunal¹³²⁶. No olvidaron por su parte los barones procurar poner al papa en sus intereses, para lo que le despacharon a Eustaquio de Vescey, encrgado de instruirle de sus motivos, como a su señor feudal, y de suplicarle que interpusiese su autoridad con el rey, y le obligase a restablecer y confirmar los privilegios tan justos e incontestables que reclamaban¹³²⁷.

Supo Inocencio con disgusto los disturbios que se suscitaban en Inglaterra, y se inclinó bastante a favorecer los intereses de Juan, pues no esperaba extender y conservar la superioridad que acababa de adquirir sobre aquel reino, sino sosteniendo a un príncipe tan despreciable, tan envilecido, que siempre estaba pronto a sacrificarlo todo a su seguridad presente. Preveía el soberano pontífice que si la administración caía en manos de aquellos altivos y valerosos barones, vengarían el honor, la independencia, la libertad de la nación, con el mismo ardor con que a la sazón defendían su propia causa. Escribió pues a los prelados, a la nobleza y al mismo rey, exhortando a los primeros a emplear su mediación para poner en paz a las partes contendientes, y terminar las discordias civiles; manifestaba a los barones, cuánto desaprobaba su conducta, cuando osaban arrancar con la fuerza, concesiones que desagradaban a su soberano; en fin, aconsejaba a Juan que tratase a la nobleza con indulgencia y bondad, y le concediese todas las solicitudes que parecieran justas y puestas en razón¹³²⁸.

Fácilmente conocieron, los barones, por el tono de aquellas cartas, que tendrían al papa por adversario, lo mismo que al rey, pues ya habían pasado las cosas demasiado adelante para que retrocediesen, y sus pasiones estaban a tal punto exaltadas, que la misma superstición no tenía ya poder para moderarlas; conocían además, que cuando no coadyuvase el clero de Inglaterra al efecto de los rayos del Vaticano, este efecto no sería muy terrible para ellos, y bien conocían que los prelados más considerables, igualmente que el clero inferior, celebraban altamente su conducta. No sólo el alto clero del reino estaba animado del amor nacional a las leyes y a las libertades, de cuyos beneficios esperaba participar, mas tenía además otros motivos para mirar con alguna tibieza los intereses de la sede apostólica. Por sus últimas usurpaciones, el pontífice romano parecía querer aprovecharse sólo de las ventajas adquiridas por la victoria que a su costa y riesgo propio, aun que bajo sus estandartes, habían en todas partes alcanzado los eclesiásticos sobre la potestad civil. El papa se arrogaba una autoridad despótica sobre todas las iglesias, y trataba con desdén sus prácticas particulares, sus privilegios e inmunidades; su poder de dispensar se extendía hasta sobre los

1323 Mat. París, pág. 176. Mat. West. Pág. 273.

1324 Rymer, tomo 1, pág. 197.

1325 Rymer, t. I, p. 200. Trivet, p. 162. T. Wykes, p. S7. Mat. West. p. 278.

1326 Rymer, tomo I, pág. 184.

1327 Id. Id. pág. 184.

1328 Id. Id. pág. 196, 197.

concilios generales; la administración de la Iglesia se hallaba totalmente concentrada en la curia romana, y sólo por aquel canal se obtenían todos los beneficios: el clero provincial conocía muy bien que era preciso poner coto a tan vastas pretensiones. Proveyendo el gran número de sillars que habían quedado vacantes en Inglaterra durante un entredicho de seis años, el legado Nicolás se había conducido del modo más arbitrario, tanto más cuanto al conferir las dignidades, no había tenido cuenta alguna, con el mérito personal, ni con la calidad, ni con la inclinación de los coladores, ni con las prácticas del país. Las iglesias inglesas estaban generalmente descontentas: el mismo Langton, a pesar de que debía su elevación a una usurpación de la santa sede, no bien estuvo instalado en aquel eminente puesto, cuando codiciando los privilegios que le pertenecían, se unió a sus feligreses para recuperarlos. Aun que aquellas causas no abrían sino muy lentamente los ojos de los hombres, no dejaron de producir su efecto; pusieron límites a las usurpaciones del papa; paróse desde luego el flujo y luego volvió a subir contra el soberano pontífice; no de otro modo puede explicarse, como un pueblo tan inclinado a la superstición, tan sumergido en la ignorancia, o más bien en una falsa erudición, hubiera podido evitar el caer enteramente en la esclavitud de la corte de Roma.

Su rebelión

Hacia el momento en que llegaron a Inglaterra las cartas del papa, y al acercarse las fiestas de Pascua, plazo que había tomado el rey para responder a la solicitud de la nobleza, reuniéronse en Stamford los barones descontentos, como habían acordado, acompañados de más de dos mil caballeros, amén de sus clientes, y de una muchedumbre de personas de inferior estado; y ufanos con sus fuerzas, adelantáronse en cuerpo hasta Brackley a quince millas de Oxford, donde residía la corte a la sazón. Diputó el rey cerca de ellos al arzobispo de Canterbury y al conde de Pembroke, para informarse de cuales eran aquellas libertades y aquellas prerrogativas reclamadas con tanto empeño, y los barones les entregaron un pliego que contenía los principales artículos de sus pretensiones. No bien le hubo visto el rey, se enfureció sobre manera; preguntó porque no exigían también los barones que les entregase su reino, y juró que jamás les concedería unos fueros que a él le constituían en un verdadero esclavo¹³²⁹.

Apenas la nobleza confederada tuvo noticia de la negativa de Juan, eligió a Roberto Fitz-Walter por general, y le dio el título de *mariscal del ejército de Dios y de la Santa Iglesia*; hecho lo cual, empezó inmediatamente la guerra contra el rey y sitió el castillo de Nortampton por espacio de quince días, pero sin fruto¹³³⁰. Guillermo de Beauchamp, señor del castillo de Bedford, abrió voluntariamente sus puertas a los barones que avanzaron hasta Ware en el camino de Londres (24 de mayo), y desde allí mantuvieron una correspondencia seguida con los vecinos principales, que les franquearon sin obstáculo la entrada de aquella capital; llenos de confianza entonces en su superioridad, publicaron diferentes proclamas para excitar a los demás barones a unirse a ellos, amenazándoles en caso de negativa o demora con destruir sus casas y tierras¹³³¹, y para mostrarles en efecto lo que tenían que temer de las armas victoriosas de la liga, hicieron correrías en el mismo Londres, y talaron los parques y palacios del rey. Todos los barones que habían conservado hasta entonces apariencias de adhesión al partido realista, aprovecharon con alegría aquel pretexto para abrazar abiertamente el partido contrario, que siempre habían apoyado en secreto. El rey se vio abandonado en Wilsam, en el Hampshire, con siete caballeros por toda comitiva; y después de haber probado varios expedientes para evitar el golpe que le amenazaba, después de haber ofrecido remitir al papa solo la decisión de aquellas desavenencias o a ocho barones, cuatro nombrados por él, y

1329 Mat. París, pág. 176.

1330 Mat. París, pág. 177. Crón. Dunst. tomo I, pág. 71.

1331 Id. pág. 177.

cuatro por los confederados¹³³², tuvo en fin que recibir la ley de la liga y rendirse a discreción.

Magna Carta

Ajustóse una conferencia entre el rey y los barones en Runnemedede, entre Windsor y Staines (15 de junio), lugar que ha llegado a ser muy célebre por aquel gran suceso. Acampáronse los dos partidos separadamente como enemigos declarados, y después de algunos días de altercados, firmó el rey y selló el 19 de junio, con una facilidad en cierto modo sospechosa, la carta o constitución que le exigían. Aquel famoso auto, llamado comúnmente la *Gran Carta*¹³³³, otorgó o confirmó libertades y privilegios muy importantes a todas las órdenes del reino, al clero, a la nobleza y al pueblo.

Aseguróse al clero la libertad de las elecciones, confirmóse la primera carta del rey en virtud de la cual había sobreseído a su derecho real de dar la autorización para elegir y ratificar los nombramientos; todas las trabas que había puesto a las apelaciones a la curia de Roma quedaron removidas con el permiso concedido a todo hombre para salir del reino cuando quisiese, y quedó decidido que en lo sucesivo, las multas a que podría ser condenado el clero, se fijarían proporcionalmente a los bienes de patrimonio, y no a los beneficios eclesiásticos.

Los privilegios relativos a la nobleza tuvieron por objeto mitigar los rigores de la ley feudal, y determinar los puntos que aquella ley dejaba arbitrarios o dudosos, o que habían llegado a ser tales de resultas de los abusos. Fijáronse los foros de todo heredero que sucedía a un feudo militar; un conde y un barón, a cien marcos; un caballero, a cien chelines; mandó además la *Carta*, que si el heredero era menor de edad, entraría a disfrutar sus bienes a su mayor edad, sin pagar ningún censo. Según aquellos nuevos reglamentos, no le era permitido al rey vender su derecho de tutoría; solamente podía sacar un módico beneficio de los bienes de sus vasallos, confiados de esta suerte a su manejo, pero sin devastarlos ni atacar la propiedad: se le obligaba a las reparaciones de los castillos, casas, molinos, parques y estanques, si confiaba la administración de aquellas tutorías al *sheriff* o a algún otro, debía previamente exigir de ellos que diesen fianza de su buen manejo de aquellas rentas. Durante la menor edad de un barón, y mientras todavía estaba de este modo bajo la tutela del rey, y no en posesor de sus bienes, ninguna suma debida a los judíos por la sucesión abierta pagaba interés; los herederos debían contraer casamientos adecuados a su calidad, y se debía informar a sus parientes cercanos antes de efectuarse las bodas.

Una viuda entraba en el goce de su viudedad, fijado en el tercio de las rentas de su marido, sin pagar anatas: era dueña de vivir mientras quisiese en su estado de viudez, pero se necesitaba solamente que diese fianza de no contraer segundas nupcias sin el consentimiento de su señor. El rey no podía reclamar la tutela de ningún menor que tenía tierras de algún barón, en virtud de enfiteusis militar, aunque tuviese también tierras de la corona, ya en pecho, ya de cualquiera otro modo. Los *scutages*, es decir, los donativos que exigía el príncipe en ciertas ocasiones, se arreglaron a la misma tarifa que en tiempo de Enrique I: su percepción se redujo a los tres casos especificados por la ley feudal, cuando el rey estaba cautivo, cuando creaba caballero a su hijo primogénito, y cuando casaba a su hija mayor; sólo el gran consejo del reino podía imponer cualquiera otra contribución. Los prelados, los condes, los grandes barones, debían ser llamados a aquel gran consejo, cada cual en virtud de un *writ*, o llamamiento particular, y los barones de segundo orden por un aviso circular del *sheriff*. El rey no podía confiscar las tierras de un barón, por una deuda de la corona, si el deudor poseía bastantes bienes muebles y castillos para responder de la deuda. Ningún vasallo del rey estaba obligado a más servicios por su feudo de los que comportaba su enfiteusis. Los alcaides o *constables* de los castillos, no podían para la custodia de la fortaleza exigir dinero de ningún caballero que ofrecía servir en persona o enviar un reemplazante apto para aquel

1332 Rymer, tomo I, pág. 200.

1333 Comunicada, en latín y castellano en [Clásicos de Historia](#). (Nota del editor digital).

servicio; y si el caballero estaba empleado en el ejército por orden del rey, quedaba dispensado de todo otro servicio de igual naturaleza; no le era permitido a ningún caballero vender una porción de su heredad, bastante considerable para ponerle en la imposibilidad de cumplir el servicio que debía a su señor.

Tales eran los principales artículos insertos en la gran *Carta* en favor de los barones. Ciertamente que si nada más hubiera contenido, muy poco aumento hubieran recibido con ella la felicidad y la libertad de la nación, pues no hacía mas que acrecentar el poder y la independencia de un orden de hombres ya demasiado poderosos, y cuyo yugo hubiera sido todavía más oneroso para el pueblo que el de un monarca absoluto; pero los barones, que eran los únicos que arrancaban a su soberano aquella carta memorable, tuvieron también que insertar en ella algunas cláusulas muy extensas y mas ventajosas al pro-comunal, pues no podían contar con el apoyo del pueblo, sino trabajando por sus intereses al mismo tiempo que por los suyos propios, y todas las precauciones que tomaban para asegurarse personalmente una administración equitativa y libre de la justicia, tendían directamente al bien de la nación. Los siguientes artículos fueron los principales de esta especie.

Determinóse que todos los privilegios e inmunidades arriba mencionados, concedidos a los barones contra el rey, se extenderían también de los barones, a sus vasallos inferiores; el mismo rey se obligó a no autorizar jamás a un barón, por ninguna orden, a sacar subsidios de sus vasallos, salvo en los tres casos feudales. Establecióse el mismo peso y la misma medida en todo el reino, concedióse a los mercaderes la libertad de consumir todas sus transacciones mercantiles, sin estar expuestos a pagar derechos o impuestos arbitrarios; y les fue permitido, como a todo hombre libre, salir del reino y volver a él, siempre que les acomodase. A Londres y a todas las ciudades y aldeas se les conservaban sus antiguas libertades, fueros y franquicias; ni se podían exigir subsidios de ninguna especie sin el consentimiento previo del gran consejo. Ninguna ciudad ni persona, podían ser obligadas a construir o reparar los puentes, a menos de que les obligasen a ello antiguos estatutos. No se podían repartir los bienes de todo hombre libre, sino con arreglo al tenor de su testamento; y si moría *ab intestato*, sus herederos entraban en posesión de ellos. No era permitido a ningún oficial de la corona embargar a nadie caballos, carros o leña, sin consentimiento del propietario.

Los tribunales de justicia del rey debían fijarse en un punto permanente, y no seguir, como antes, su persona; debían ser accesibles a todos, y no podían vender, rehusar o diferir la justicia a cualquiera que la pidiese. Todos los años debía haber visitas judiciales (*circuits*) en todo el reino. Los juzgados inferiores, la audiencia del condado, la visita del *sheriff* y la sala del señorío (*court-leet*), se reunirían en plazos y sitios determinados. Quitábase a los *sheriffs* el privilegio de entender en los pleitos de la corona; igualmente se les prohibió encausar a nadie por meros rumores, por sospechas, y sólo se les dejó la facultad de hacerlo previa la deposición de testigos fidedignos: ningún hombre libre podía ser preso, encarcelado, desposeído de sus terrazgos libras y franquicias, proscrito, desterrado, insultado, ofendido de ninguna suerte, en su persona o hacienda, sino mediante un juicio legal de sus pares, o en virtud de la ley del país. Todo el que tenía que quejarse de un tratamiento contrario bajo el actual reinado, o bajo los dos reinados anteriores, debía ser restablecido en sus derechos y posesiones; ninguna persona libre podía ser condenada más que a una multa proporcionada a su culpa y a su caudal, de modo que la multa no acarrease su total ruina; ningún villano o pechero podía ser privado para el pago de una multa de sus carretas, de su arado u otros instrumentos de labranza. Este fue el único artículo que se decidió en favor de aquella clase de hombres, probablemente la más numerosa entonces en el reino.

Preciso es convenir en que los primeros artículos de la gran *Carta*, contienen correctivos y explicaciones muy razonables y justas de las leyes feudales. Tampoco se puede desconocer que los últimos abrazan todos los elementos principales de un gobierno legal, y proveen a la distribución igual de la justicia y al libre goce de la propiedad, que son los dos grandes objetos para que instituyeron los hombres la sociedad política, objetos que el pueblo tiene el derecho imprescriptible

y perpetuo de reclamar, y de los que ninguna circunstancia, ningún ejemplo, ningún estatuto o institución positiva debe apartar jamás por un solo instante su atención y su mente. Aunque relativamente a la índole del siglo, las fianzas obtenidas en virtud de aquella *Carta*, podían parecer redactadas de un modo demasiado conciso; aunque faltaba en ellas aquella claridad de pormenores, la única fianza capaz de asegurar su cumplimiento contra las sutilezas y artimañas de los letrados, sostenidos con la violencia del poder ejecutivo, el tiempo fue fijando poco a poco el sentido de todas las expresiones ambiguas. Los animosos barones que arrancaron al rey aquellas concesiones, se empeñaron en sustentarlas y siempre estuvieron con la espada desenvainada, prontos a esgrimirla contra todos los que bajo cualquier pretexto, osaban apartarse de la mente original y de la intención de aquel auto auténtico.

Fácil es ahora por el tenor de aquella carta reconocer lo que eran aquellas leyes del rey Eduardo, cuyo restablecimiento deseaba la nación inglesa, al cabo de tantas generaciones, y con tan obstinada perseverancia. Aquellas leyes formaban principalmente los últimos artículos de la gran *Carta*, y los barones, que desde el principio de aquellas fermentaciones habían pedido que se restableciesen en vigor las leyes sajonas, creían sin duda haber satisfecho bastante al pueblo, proporcionándole concesiones que comprendían los principales objetos a que aspiraban hacia tanto tiempo; pero lo que mas se debe admirar, es la prudencia y la moderación de aquella altiva nobleza, irritada por los ultrajes, inflamada por los obstáculos, y engreída con una completa victoria, alcanzada sobre su soberano, por que cabalmente, en medio de su triunfo y de su poder, fue cuando desistió voluntariamente de algunos artículos de la carta de Enrique I, que eran al principio la base de su solicitud; entre otros de la abolición del derecho de tutoría, punto tan importante, y aun se mostró atenta a no disminuir demasiado las rentas y la autoridad de la corona. Si parece por lo tanto que los barones fueron más exigentes de lo justo en otras pretensiones, no debe atribuirse más que al carácter tiránico y pérfido del rey, que tan conocido tenían por una triste experiencia, pues previeron que si no atendían de aquel modo a su seguridad, no tardaría aquel príncipe en infringir sus nuevos privilegios y retractar sus concesiones. Este solo motivo dio lugar a la adición de algunos otros artículos, exorbitantes en apariencia, pero que se creyeron necesarios para servir de baluarte y salvaguardia a la gran *Carta*.

Obligaron los barones al rey a consentir en que Londres quedase en sus manos, y se confiase la Torre al primado, hasta el 15 de agosto siguiente, o hasta la ejecución de los diferentes artículos de aquella *Carta*.¹³³⁴ Para asegurarla todavía mas, permitió el rey que los barones nombrasen veinte y cinco de entre ellos, como conservadores de las libertades públicas, y no se puso límite alguno ni a la duración, ni a la extensión de su autoridad. Si había queja de infracciones de la Carta, hechas por el rey, los justicias, los sheriffs, o los monteros, cuatro de aquellos barones, debían prevenir a su majestad que reparase la infracción, pero si no obtenían justicia sobre este punto, el consejo de los veinte y cinco tenía derecho para congregarse, y unido al gran consejo nacional, estaba autorizado a obligar al rey a observar la *Carta*; y en caso de negativa, a declararle la guerra, a apoderarse de sus castillos, y a servirse de todos los recursos de la fuerza, excepto contra su augusta persona, la de la reina su esposa, y las de sus hijos. Obligóse a todos los habitantes del reino, so pena de confiscación, a prestar juramento de obediencia a los veinte y cinco barones; los terratenientes libres de cada provincia debían elegir doce caballeros, encargados de averiguar y de dar su informe sobre todos los abusos y usos perniciosos, que necesitaban corregirse, conforme al tenor de la *Magna Charta*.¹³³⁵ Aquellos conservadores fueron los condes de Clare, de Albencarle, de Clocester, de Winchester y de Hereford; Roger-Bigod, conde de Norfolk; Roberto de Bere, conde de Osford, Guillermo, Mareschal, el mozo, Roberto Fitz-Walter, Gilberto de Clare, Eustaquio de Vescey, Guillermo de Moubray, Godofredo de Say, Roger de Monbezón, Guillermo de Huntingfield; Roberto de Ros, gobernador de Chester, Guillermo de Aubenie, Ricardo de Perci, Guillermo Malet,

¹³³⁴ Rymer, tomo I, pág. 201. Crón. Dunst, tomo I, pág. 73.

¹³³⁵ Esta parece una prueba muy sólida de que entonces no existía el estamento o Cámara de los Comunes; de otro modo los caballeros y los vecinos de las varias provincias, hubieran dado a los señores una minuta de los daños y perjuicios, cuya reparación pedían al Gobierno y no hubieran tenido necesidad de aquellas nuevas elecciones.

Juan Fitz-Robert, Guillermo de Lanvalay, Hugo de Bigod y Roger de Montfichet¹³³⁶. Mediante estos acuerdos, halláronse realmente investidos de la soberanía del reino, reinaron juntamente con el rey, o más bien fueron superiores a él en el ejercicio del poder ejecutivo; como no había en el gobierno negocio que no pudiese directa o indirectamente referirse a la seguridad o a la observancia de la gran *Carta*, apenas podía presentarse un incidente que no los pusiese en el caso de interponer legítimamente su autoridad.

Mostró Juan someterse sin reserva a todos aquellos reglamentos por más injuriosos que fuesen a la majestad real. Escribió a los *sheriffs*, que obligasen a todos sus súbditos a prestar juramento de obediencia a los veinte y cinco barones¹³³⁷. Licenció todas sus tropas extranjeras, y anunció que en lo sucesivo su administración se pondría en un nuevo pie, y sería muy favorable a la libertad y a la independencia de su pueblo; pero su objeto era solo disimular, hasta que hallase una ocasión propicia para anular todas aquellas concesiones. Los daños y ultrajes que anteriormente había recibido del papa y del rey de Francia, como emanados de su superior o de su igual, no parecían haberle dejado impresiones profundas; pero el reconocimiento de su sujeción entera y perpetua bajo el yugo de sus rebeldes vasallos, llenaba su alma de amargura, y estaba resuelto a todo trance a sacudir tan infames cadenas¹³³⁸. Hízose taciturno, adusto y reservado: evitó el trato con sus cortesanos y los grandes de su reino, y se retiró a la isla de Wight, como si hubiera querido ocultar su confusión; pero en aquel retiro meditaba una cruel venganza de sus enemigos¹³³⁹. Envió en secreto sus agentes a los países extranjeros para enganchar soldados y tomar a su servicio a los rapaces brabantones, con el cebo del pillaje de Inglaterra, y del repartimiento de las confiscaciones, pena en que habían incurrido tantos poderosos barones, rebelándose a mano armada contra él¹³⁴⁰. Despachó también un correo a Roma, para comunicar al papa la gran *Carta*, que le habían obligado a firmar, y para quejarse ante aquel sagrado tribunal de la violencia que se le había hecho¹³⁴¹.

Considerándose como señor soberano del reino de Inglaterra, subió de punto la cólera de Inocencio contra la osadía de los barones, que admitiendo las apelaciones a su autoridad, se habían atrevido, sin embargo, sin aguardar su consentimiento, a imponer semejantes leyes a un príncipe, de quien sabían que estaba bajo la inmediata protección de la santa sede, desde que había resignado su corona y su independencia en manos del soberano pontífice. Expidió, pues, una bula, en la que en virtud de su pleno poder apostólico, y de la autoridad que Dios le había dado de fundar y derribar los reinos, anulaba toda la *Carta*, como injusta en sí misma, arrancada con la fuerza, y derogatoria de la dignidad inherente a la cátedra del príncipe de los apóstoles; prohibió a los barones que exigiesen su ejecución, y mandó al mismo rey que no tuviese ninguna cuenta con ella, relevó a este príncipe y a sus vasallos de todos los juramentos con que los habían forzado a empeñarse, y fulminó una sentencia de excomunión contra todo el que perseverase en sostener pretensiones tan inicuas y contrarias a la fidelidad debida al soberano.¹³⁴²

Renovación de las guerras civiles

El rey, a quien llegaron al mismo tiempo que esta bula, auxilios extranjeros, se aventuró a quitarse la mascarilla, y bajo la sanción del decreto del papa, revocó todas las libertades que acababa de conceder a sus súbditos, y que solemnemente había jurado observar; pero experimentó que en aquella ocasión, las armas espirituales tenían menos eficacia de lo que debía esperar, después de haberlas hallado tan terribles contra él. El primado se atrevió a desobedecer al papa, negándose a

1336 Mat. París, pág. 181.

1337 Mat. París, pág. 182.

1338 Id. pág. 183.

1339 Mat. París, pág. 183.

1340 Mat. París, pág. 183. Crón. Dunst, tomo I, pág. 72 Crón. Mailk, pág. 188.

1341 Mat. París, pág. 183. Crón. Dunst, tomo I, pág. 73.

1342 Rymer, tomo I, pag. 203, 205, 208. Mat. París, pág. 184, 185, 187.

fulminar la excomunión contra los barones; aunque fue citado a la corte de Roma, para asistir al concilio general, reunido en ella; aunque se le suspendió de sus funciones episcopales, para castigarle por su desobediencia al papa, y por sus misteriosas correspondencias con los enemigos del rey¹³⁴³; aunque se lanzó un nuevo anatema contra los principales barones nominativamente¹³⁴⁴, no por eso halló Juan a la nobleza, al pueblo, y aun al clero de su reino, menos resueltos a defender sus privilegios, ni menos unidos que antes contra él. La espada de sus extranjeros mercenarios fue el único apoyo con que pudo contar para restablecer su autoridad.

Parece que después de haber obtenido la gran *Carta*, los barones se habían dormido en una imprudente seguridad, y no habían tomado ninguna medida eficaz, en caso de introducción de tropas extranjeras, para poder reunir oportunamente sus ejércitos: así los primeros triunfos fueron del rey. Empezó este por sitiar el castillo de Rochester, que Guillermo de Aubenie, al frente de ciento cuarenta caballeros y de sus comitivas, defendió tan obstinadamente, que no pudo ser reducido sino por hambre. Irritado de aquella resistencia, quiso Juan hacer ahorcar al gobernador y a toda la guarnición, pero Guillermo de Mauleon le hizo presente que aquello sería exponerse al peligro de crueles represalias, y el rey, calmado por esta reflexión, se contentó con vengarse de aquel bárbaro modo, solamente en los prisioneros de inferior calidad¹³⁴⁵. La prisión de Guillermo de Aubenie, el mejor capitán que había entre los barones coligados, fue una pérdida irreparable para su partido, y desde aquel momento, ninguna operación regular se opuso ya a los progresos de las armas reales. Las tropas mercenarias, naturalmente ávidas y feroces, y excitadas además por un príncipe cruel y enfurecido, cayeron sobre las tierras, los cortijos, las casas, los parques de la nobleza, y sembraron la desolación por todo el reino. No se veían en los campos más que las llamas de los pueblos y de los castillos incendiados, la consternación y la miseria de los habitantes, los tormentos que los soldados agotaban en ellos, para hacerles revelar el sitio donde tenían escondidos sus haberes, y las represalias no menos bárbaras, cometidas por los barones y sus parciales, en los dominios de la corona, y en los bienes de todos los realistas. Atravesando la Inglaterra, de uno a otro confín, desde Duvres hasta Berwick, todo lo entró el rey a fuego y sangre; mirando como país enemigo toda tierra que no le pertenecía inmediatamente, tratólas con inaudito rigor. Los nobles de las provincias septentrionales, en particular, se habían mostrado los más fogosos en el recobro de las libertades nacionales, y divididos en un cuerpo aparte, ni siquiera habían quedado satisfechos con las concesiones acordadas por la gran carta; y así, convencidos de que no debían esperar ninguna misericordia del rey, huyeron, al acercarse este, con sus mujeres y sus hijos, y fueron a comprar la protección de Alejandro, el joven rey de Escocia, rindiéndole pleito homenaje.

El príncipe Luis llamado a Inglaterra

Los barones, reducidos a aquel crítico trance, y amenazados de perder su libertad, sus haciendas y la vida, emplearon un remedio tan desesperado como su situación: dirigiéronse a la corte de Francia, y ofrecieron reconocer a Luis, hijo de Felipe, por su soberano, a condición de que los protegería contra su irritado príncipe (1216). Aunque el derecho de defensa natural, único derecho absolutamente indestructible, hubiera podido en cierto modo legitimar su intento de querer deponer a su rey, coloráronle con otra apariencia, y disimularon delante de Felipe una pretensión odiosa a todos los soberanos, y que siempre suena mal en sus oídos. Pretendieron que Juan era inhábil para suceder a la corona, atendida la sentencia de proscripción (*attainder*) dada contra él, durante el reinado de su hermano, a pesar de que aquella sentencia fue anulada, y de que Ricardo en su testamento nombró a aquel príncipe sucesor. Sostuvieron además que ya había sido depuesto legalmente por los pares de Francia, a causa de la muerte de su sobrino, aunque aquella sentencia no

1343 Mat. París, pág. 189.

1344 Rymer, tomo I, pág. 200. Mat. París, pág. 192.

1345 Mat. París, pág. 187.

debía sin duda tener efecto más que con respecto a sus posesiones francesas, las únicas que dependían de aquella corona. Atestiguaron, pero sobre más sólidos fundamentos, que él se había desposeído a sí mismo, rindiendo homenaje de su reino al papa, cambiando la naturaleza de su soberanía, y avasallando una corona independiente bajo el yugo de una potencia extranjera. Como Blanca de Castilla, esposa de Luis, descendía por su madre de Enrique II, aseguraron, aunque otros muchos príncipes la precedían en el orden de sucesión, que no la quebrantaban eligiendo rey a su esposo.

Muy tentado estaba Felipe de alzarse con la rica presa que se le ofrecía. El legado del papa le amenazó con entredichos y excomuniones, si invadía el patrimonio de san Pedro, o atacaba a un príncipe, a quien la santa sede había tomado bajo su inmediata protección¹³⁴⁶; pero como Felipe estaba seguro de la obediencia de sus vasallos, su piedad se doblegaba a la fuerza de las cosas, y tanto menospreciaba entonces las censuras del pontífice romano, cuanto había manifestado respetarlas en otro tiempo. Su principal escrúpulo sólo estribaba en cierta inquietud sobre el grado de fidelidad que podía esperar de los barones ingleses, en su nuevo empeño, y sobre el peligro de confiar su hijo y su heredero a hombres a quienes el capricho o la necesidad, podían mover a ajustar la paz con su soberano natural, sacrificando una prenda tan preciosa. Exigió, pues, de los barones veinte y cinco rehenes de las más grandes casas de Inglaterra¹³⁴⁷; y tomada esta precaución, empezó por enviar un pequeño ejército en auxilio de los confederados, y luego fuerzas más numerosas, capitaneadas por el mismo Luis.

Muerte del rey

El primer efecto de la presencia de este joven príncipe en Inglaterra fue la deserción de las tropas extranjeras de Juan, que levantadas la mayor parte en Flandes y otras provincias de Francia, rehusaron militar contra el heredero del monarca francés¹³⁴⁸. Los gascones y los potevinos, súbditos todavía de Juan, fueron los únicos que se quedaron en su partido, pero eran demasiado débiles para conservar la superioridad que habían tenido durante la campaña sobre los barones con federados. Varios señores de distinción, como los condes de Salisbury, de Arundel, de Warena, de Oxford, de Albemarle, y Guillermo Mareschal el mozo, abandonaron los intereses de Juan, y diariamente caían sus castillos en poder de sus enemigos. Duvres fue la única plaza que el valor y la lealtad de Huberto de Burgh, su gobernador, libertaron de las armas triunfantes de Luis.¹³⁴⁹ Tenían los barones la triste perspectiva de salirse en fin con su proyecto de sustraerse a la tiranía de su propio rey, imponiéndose a sí mismos y a su patria un yugo extranjero; pero la unión entre las noblezas inglesa y francesa no duró mucho.

La imprudencia con que Luis manifestaba en todas ocasiones su predilección a los segundos, aumentaba los celos, de que era tan natural que los otros fuesen todavía más susceptibles en las circunstancias en que se hallaban¹³⁵⁰. Dícese también que el vizconde de Melun, uno de los cortesanos de aquel príncipe, habiendo caído enfermo en Londres, y conociendo que se acercaba su muerte, envió a buscar a algunos barones ingleses, amigos suyos; les avisó el peligro que corrían, y les reveló la intención en que estaba Luis de exterminarlos, a ellos y a sus familias, como traidores a su soberano, y de dar sus bienes y sus dignidades a sus vasallos naturales, sobre cuya fidelidad podía contar más razonablemente¹³⁵¹. Esta historia, verdadera o falsa, se difundió y se acreditó, y otras circunstancias la hicieron tan verosímil, que causó un perjuicio inmenso a los intereses de

1346 Mat. París, pág. 194. Mat. West. pág. 275.

1347 Mat. París, pág. 195. Crón. Dunst., tomo I, pág. 74.

1348 Mat. París, pág. 195.

1349 Mat. París, pág. 198.

1350 W. Heming, pág. 159

1351 Mat. París, pág. 199.

Luis. El conde de Salisbury y otros grandes volvieron a abrazar la causa de Juan¹³⁵²; y como los hombres mudan fácilmente de partido en las guerras civiles, sobre todo cuando su crédito está fundado sobre una autoridad hereditaria e independiente, y no se deriva de la opinión y del favor del pueblo, el príncipe francés tuvo ocasión para temer un próximo revés de la fortuna.

Reunía el rey un ejército considerable, con intención de decidir la suerte de su corona en una batalla campal, pero pasando de Lynne a Lincolnshire, tomó su camino a lo largo de la orilla del mar, inundada todavía por la subida de la marea, y no habiendo elegido un momento oportuno para aquella marcha, perdió en la inundación todo su bagaje, sus carros, su tesoro, y las preseas de la corona. La pesadumbre que le causó aquel desastre y la idea del triste estado de sus negocios, acabaron de destruir su salud, ya muy achacosa. Llegó al castillo de Newark, donde tuvo que detenerse; y tanto progresó su enfermedad, que al cabo de pocos días puso término a su vida: murió el 17 de octubre a los cuarenta y nueve años de su edad, y diez y ocho de su reinado, libertando a la nación del peligro con que igualmente la amenazaban su triunfo o su derrota.

Carácter del rey

El carácter de este príncipe, no forma más que un conjunto de bajos y miserables vicios, tan funestos para él como para su pueblo. La cobardía, la indolencia, la insensatez, la ligereza, la licencia, la ingratitud, la tiranía y la crueldad se manifestaron con tanta evidencia en los varios sucesos de su vida, que no es posible sospechar que los antiguos historiadores recargasen de intento su retrato de odiosos colores con injustas preocupaciones; es difícil decidir en qué casos su conducta fue más criminal, con su padre, sus hermanos, su sobrino o sus vasallos, y aun si no superó a todos sus crímenes con respecto a ellos, la bajeza de sus tratados con el rey de Francia, el papa y los barones. Los estados en cuya posesión le puso la muerte de su padre, eran más dilatados de lo que lo habían sido nunca, desde su tiempo, bajo ningún monarca inglés; pero empezó por perder con su mala conducta las florecientes provincias francesas, antiguo patrimonio de su casa, luego subyugó al reino al vergonzoso vasallaje de la corte de Roma, y vio las prerrogativas de su corona coartadas por la ley, y más todavía por las facciones; últimamente, murió cuando iba a ser expulsado por una potencia extranjera, y reducido a acabar sus días en una prisión, o a sustraerse con la fuga al alcance de sus enemigos.

Tan vivas eran las prevenciones contra aquel príncipe, que se creyó que había enviado una embajada al Miramamolín de Marruecos para comprar la protección de este soberano, ofreciéndole abjurar el cristianismo, y hacerse musulmán. Aunque Mateo París¹³⁵³ refiere esta anécdota, apoyándose en autoridades bastante plausibles, es de todo punto improbable en sí misma, pero todo se puede creer de la insensatez y de la corrupción de Juan.

Los frailes le echan en cara sin rebozo su impiedad, y aun su incredulidad, y citan por ejemplo, que habiendo cogido un día un ciervo muy gordo, exclamó: «¡Qué repleto y de buen año está este animal! Juraría sin embargo que jamás ha oído misa.»¹³⁵⁴ Esta chanza sobre la habitual obesidad de los eclesiásticos, contribuyó más a hacerle pasar entre ellos por ateo, que sus más enormes crímenes e iniquidades.

Dejó Juan dos hijos legítimos: Enrique, de nueve años, que nació el primero de octubre de mil doscientos siete, y Ricardo que nació el seis de enero de mil doscientos nueve. Tuvo también tres hijas; Juana, casada después con Alejandro, rey de Escocia; Leonor, que casó en primeras nupcias con Mareschal el mozo, conde de Pembroke, y en segundas con Simón de Montfort, conde de Leicester; e Isabel, que fue esposa del emperador Federico segundo. La madre de todos sus hijos fue Isabel de Angulema, su segunda mujer. Tuvo muchos hijos naturales, pero ninguno se ha dado a

1352 Crón. Dunst., tomo I, pág. 78.

1353 Pág. 169.

1354 Mat. París, pág. 170.

conocer particularmente.

El rey Juan, fue el primero que en el nono año de su reinado, dio en virtud de una carta, a la ciudad de Londres, el derecho de elegir anualmente un corregidor entre sus vecinos. El cargo de corregidor era entonces de por vida. Juan concedió también a la ciudad (*the city*) el derecho de elegir y de destituir a su arbitrio a sus *sheriffs*, y anualmente a los individuos de su consejo común. El puente de Londres se acabó bajo su reinado; el primer puente era de madera; la emperatriz Maud fue la primera que hizo construir en Inglaterra un puente de piedra.

Apéndice II.

Gobierno feudal y costumbres de los anglo-normandos

Origen de la ley feudal

La ley feudal es el principal fundamento del gobierno político, y de la jurisprudencia que los normandos establecieron en Inglaterra. Nuestro argumento exige que nos formemos de ella una idea clara, para explicar el estado del reino, igualmente que el de todos los de Europa que, durante aquellos tiempos, se gobernaron con instituciones semejantes. Conozco, con sentimiento mío, que tendré que repetir muchas observaciones y reflexiones hechas ya por otros¹³⁵⁵; pero como todo libro debe, según advierte un grande historiador¹³⁵⁶, ser en sí mismo lo más completo posible, y no remitir nunca al lector, en las cosas esenciales, a otros libros, necesario será trazar aquí un plan compendiado de aquella prodigiosa máquina que, por espacio de muchos siglos, conservó una mezcla de libertad y de opresión, de orden y de anarquía, de estabilidad y de revoluciones, que jamás se había visto en ningún otro siglo ni en ninguna otra parte del mundo.

Luego que las naciones septentrionales subyugaron las provincias del imperio romano, tuvieron por precisión que establecer un sistema de gobierno capaz de asegurar sus conquistas, de evitar las rebeliones de los nuevos súbditos que residieron en aquellas provincias, y de impedir las incursiones que las otras tribus podían intentar para arrebatarles las nuevas adquisiciones. El cambio de circunstancias hizo que se separasen en esto de las instituciones que siempre habían seguido mientras vivieron en las selvas de la Germania; sin embargo era natural que conservasen en sus actuales establecimientos aquellas de sus antiguas prácticas que podían adaptarse a su nueva situación.

Como los diferentes gobiernos germanos eran mas bien confederaciones de guerreros independientes, que no sociedades sujetas a un orden, civil, su principal fuerza estribaba en varias asociaciones inferiores y voluntarias que formaban diferentes personas, bajo el mando de un caudillo o *chieftain*, y que era punto de honra mantener con inviolable fidelidad. La gloria del caudillo consistía en el número, el valor y el grado de adhesión de sus clientes; el deber de estos era seguir al caudillo en todas las expediciones militares, participar de sus peligros, lidiar y morir a su lado, y mirar su gloria o su favor como suficiente recompensa de sus servicios¹³⁵⁷. El mismo príncipe no era más que un gran *chieftain* elegido entre sus iguales por la superioridad de su valor o de su nobleza, y que recibía todo su poder de la asociación voluntaria o de la adhesión de los otros caudillos.

Cuando una tribu de germanos, gobernada por estas ideas, y conducida por estos principios, subyugaba un vasto territorio, sucedía que a pesar de la necesidad en que se hallaba de vivir en estado de guerra, no podía ni quedar unida en un cuerpo, ni acuartelarse en diferentes guarniciones, y que sus costumbres y sus instituciones, la impedían usar de los expedientes ordinarios que hubiera empleado en semejante caso una nación civilizada. La ignorancia de aquellos pueblos en materias de hacienda, y acaso las devastaciones inseparables de unas conquistas hechas con tanta violencia, les imposibilitaban de levantar impuestos suficientes para el pago de sus numerosos ejércitos: además, su odio a la subordinación, y su apego a los placeres campestres, hacían que la vida del campamento o de la guarnición, prolongada en tiempo de paz, les era dura e insoportable. Apoderábanse, pues, de una porción de las tierras conquistadas, la que conceptuaban necesaria,

¹³⁵⁵ *El Espíritu de las Leyes* [de Montesquieu]. *Historia de Escocia* del Dr. Robertson.

¹³⁵⁶ Padre Paolo, *Hist. Conc. Trid.*

¹³⁵⁷ Tacit. de Mor. Germ.

asignaban luego una parte de ella para sostener la dignidad de su príncipe y del gobierno, y distribuían las demás, bajo el título de feudos, a los caudillos, y estos, a su vez, hacían un nuevo repartimiento de su lote entre sus clientes o protegidos (*retainers*). La condición expresa de todas aquellas donaciones era que se podían revocar a voluntad, y que el poseedor estaría obligado mientras las disfrutase, a vivir siempre pronto a entrar en campaña para la defensa de la nación. Aunque aquellos conquistadores se separaban inmediatamente después para ir a gozar de sus nuevas adquisiciones, su carácter belicoso los hacía ser exactos y prontos en cumplir su obligación, y en efecto, se reunían a la primera alarma. Su habitual adhesión a su *chieftain* los disponía gustosos a someterse a sus órdenes, de modo que siempre estaban en pie fuerzas regulares, aunque escondidas, prontas a defender en toda ocasión el interés y el honor de la comunidad.

No se crea que todas las tierras conquistadas estaban ocupadas por los conquistadores venidos del norte, ni que la totalidad de las tierras ocupadas estaba sujeta a aquellos servicios militares: la historia de todas las naciones del continente refuta esta suposición. La idea misma que nos da el historiador romano de las costumbres de los germanos puede convencernos de que aquel pueblo altanero no se hubiera contentado con una subsistencia tan incierta, ni hubiera peleado por proporcionarse establecimientos precarios, de que podía privarle, de un momento a otro, la voluntad de su soberano. Aunque los *chieftains* septentrionales aceptaban tierras que por considerarse como una paga militar, se les podían quitar al arbitrio del rey o del general, también tomaban posesión de otras tierras, hereditarias e independientes, que los ponían en estado de conservar su nueva libertad, y de sostener sin las mercedes de la corte, la dignidad de su clase y el lustre de sus casas.

Sus progresos

Pero hay una gran diferencia para los resultados, entre el goce de una soldada cualquiera, y la posesión de tierras asignadas con la condición del servicio militar. El pago de la primera por semanas, por meses o por años, recuerda siempre la idea de un beneficio voluntario del príncipe, y hace al soldado tener presente que no es más que momentánea; pero el apego tan fácil de adquirir hacia una cierta porción de tierra que se ocupa, produce poco a poco la idea de algo parecido a la propiedad, y hace olvidar al poseedor su situación dependiente y la condición con que aceptó primitivamente aquella dádiva. Pareció justo que el que había sembrado y cultivado un campo pudiese recoger su cosecha; de esta suerte los feudos, que en el origen no eran más que una posesión pasajera, llegaron a ser una posesión anual. Un hombre que había empleado su dinero en construir, plantar o hacer otras mejoras, esperaba naturalmente recoger el fruto de su trabajo o de su gasto; por esto los feudos se concedieron luego por cierto número de años. Hubiera sido muy duro expulsar de sus posesiones a un hombre que siempre había cumplido su deber y satisfecho a las condiciones con que las había recibido originalmente; de aquí tomaron pie los *chieftains*, andando los tiempos, para pedir el goce de sus tierras feudales por toda su vida. Tomóse en consideración que un hombre arriesgaría más valerosamente su vida en los combates, si estaba seguro de que su familia heredaría sus posesiones y no quedaría expuesta con su muerte a los tristes efectos de la indigencia; por esto se hicieron los feudos hereditarios en las familias, y pasaron durante un siglo del padre al hijo, al nieto, luego a los hermanos y últimamente a los parientes más lejanos¹³⁵⁸. La idea de la propiedad fue sucediendo lentamente a la de la paga militar, y cada siglo trajo alguna adición sensible a la estabilidad de los feudos y de las enfiteusis.

En todas aquellas adquisiciones sucesivas, el jefe o caudillo contaba con el apoyo de sus vasallos. Estos originalmente habían contraído con él estrechos lazos, que se estrechaban cada día más con una serie constante de favores recíprocos, y con la amistad que pueden engendrar la vecindad y la dependencia: de aquí resultaba que estaban prontos a servir a su caudillo contra todos sus enemigos, y le prestaban gustosos en sus contiendas particulares, la misma obediencia que le

1358 Lib. Feud., lib. I, tit. 1.

debían como vasallos, en las guerras extranjeras. Mientras trabajaba él diariamente en asegurarse la posesión de su feudo superior, ellos esperaban hallar la misma ventaja con respecto a sus feudos subordinados, y a consecuencia de este interés personal, se oponían con celo a la intrusión de un nuevo señor, que podía propender a trasladar, como tenía derecho para hacerlo, la posesión de sus tierras a sus propios favoritos y a sus clientes. Así fue como la autoridad del soberano se debilitó gradualmente; cada noble, fortificado en su territorio con el amor de sus vasallos, se hizo demasiado poderoso para ser expulsado por una orden emanada del trono, y consolidó con la ley lo que al principio había adquirido por usurpación.

Durante aquel precario estado del poder supremo, pronto se conoció la diferencia que había entre las porciones de tierras sujetas a las obligaciones feudales, y las que estaban poseídas en virtud de un título libre o alodial. Aunque al principio estas últimas posesiones se considerasen como infinitamente preferibles a las otras, las mudanzas progresivas que se introdujeron en la ley pública y particular, pronto hicieron que se mirasen como muy inferiores a las primeras. Los poseedores de un territorio feudal, unidos por una subordinación regular bajo el mando de un jefe, y por la mutua adhesión de los vasallos, tenían la misma ventaja sobre los propietarios de los demás, que tiene un ejército bien disciplinado sobre una muchedumbre dispersa, y podían cometer con impunidad todas las hostilidades que querían sobre sus flacos vecinos. Apresuráronse todos, pues, a buscar aquella protección que hallaban tan necesaria; todo propietario alodial puso sus posesiones en manos del rey o de algún señor respetado por su poder o su valor, y las recibió de él en seguida con la condición de los servicios feudales¹³⁵⁹, y aunque el vasallaje era bajo ciertos conceptos una carga pesada, el nuevo vasallo quedaba ampliamente indemnizado de la independencia que perdía en cuanto se hallaba unido a los propietarios vecinos, y colocado bajo la salvaguardia de un *chieftain* poderoso. De este modo la decadencia del gobierno político ocasionó necesariamente la extensión del feudal: los reinos de Europa se dividieron universalmente en baronías, y estas baronías en feudos inferiores; la adhesión de los vasallos a su jefe que formaba en un principio una parte esencial de las costumbres germanas, se sostuvo por las mismas causas que la habían originado, la necesidad de un apoyo mutuo, y el comercio continuo de ventajas y de servicios entre el jefe y los individuos.

Pero todavía había otra circunstancia que daba fuerza a aquellas dependencias feudales, y que tendía a unir a los vasallos a su señor superior con un nudo indisoluble. Los conquistadores septentrionales, igualmente que los primeros griegos y los primeros romanos, habían adoptado una política necesariamente común a todas las naciones cuya civilización está poco adelantada: en todas partes unían la jurisprudencia civil con el poder militar. La ley en aquellos principios no era una ciencia embrollada; componíase más bien de máximas de equidad, siempre al alcance del juicio común, que no de principios sutiles y numerosos, aplicados a una multitud de casos, a fuerza de raciocinios profundos sacados de la analogía. Un capitán encanecido en los campamentos estaba en el caso de terminar todas las discusiones legales que podían suscitarse en el distrito cometido a su mando, y era muy natural que todos se sometiesen gustosos y sin réplica a la decisión de un hombre a quien se respetaba y se tenía costumbre de obedecer. El provecho que le resultaba de los castigos, entonces casi siempre pecuniarios, era también un motivo para que desease ejercer la autoridad judicial; y cuando su feudo pasó a ser hereditario, aquella autoridad, una de sus pertenencias esenciales, se transmitió igualmente a sus sucesores. Los condes y los demás magistrados, cuyo poder era puramente jurídico, quisieron también, a imitación de los señores feudales, a quienes se parecían bajo tantos otros conceptos, hacer perpetua y hereditaria su dignidad, y en la decadencia del poder real, fácilmente lo consiguieron. De este modo la vasta máquina de la subordinación feudal llegó a ser enteramente sólida y sencilla, y formó por doquiera una parte esencial de la constitución política: los normandos y los demás barones que siguieron la fortuna de Guillermo estaban ya tan acostumbrados a ella que escasamente tenían una noción de ninguna otra especie de

1359 Marculf. Form. 47. apud Lindenbr. pág. 1258.

gobierno civil¹³⁶⁰.

Como los sajones que conquistaron la Inglaterra exterminaron a los antiguos moradores, y se hallaron defendidos por el mar de las embestidas de nuevos conquistadores, les fue menos necesario mantenerse en estado de guerra; la cantidad de tierras que anejaron a los oficios públicos, parece que fueron de poco valor, y por esta razón se conservaron más tiempo en su situación primitiva, y siempre las poseyeron precariamente los hombres a quien se confiaban aquellos oficios. Estas condiciones, demasiado sujetas a mudanzas, no podían satisfacer a los barones normandos, cuyas posesiones eran más independientes y cuya jurisdicción era más extensa en su propio país, y así cuando hizo su nueva distribución de las tierras, Guillermo tuvo que copiar las enfiteusis que eran entonces universales en el continente. La Inglaterra llegó a ser de repente un reino feudal¹³⁶¹, y recibió todas las ventajas y quedó expuesta a todos los inconvenientes propios de esta especie de policía civil.

Gobierno feudal de Inglaterra

Según los principios de la ley feudal, el rey era el señor supremo de la propiedad territorial: todos los poseedores que gozaban de los frutos o de las rentas de ciertas porciones de tierra, recibían de él sus privilegios mediata o inmediatamente, y su propiedad se miraba en cierto modo como condicional¹³⁶². Las tierras se consideraban siempre como una especie de beneficios, conforme a la idea primitiva de la propiedad feudal: el vasallo, en retribución de las tierras que ocupaba debía un servicio arreglado a su barón, como el barón debía uno semejante a la corona por las que había recibido de ella. El vasallo estaba obligado a defender a su barón en tiempo de guerra, y el barón a pelear al frente de sus vasallos por la defensa del rey y del reino; pero además de aquellos servicios militares, que no eran más que accidentales, había también foros civiles más constantes y más continuos que les estaban impuestos.

Los pueblos del norte no imaginaban que un hombre criado en el sentimiento del honor y ejercitado en las armas, pudiese ser gobernado sin su consentimiento por la voluntad absoluta de otro: tampoco creían que la administración de la justicia pudiese ser ejercida por la opinión particular de un magistrado supremo, sin el concurso de algunas otras personas que tuviesen interés en oponerse a sus decisiones inicuas o arbitrarias. Cuando el rey conceptuaba necesario pedir algunos servicios a sus barones o sus principales terratenientes, fuera de los servicios arreglados por las enfiteusis, estaba por consiguiente obligado a reunirlos para obtener su consentimiento; cuando era preciso ajustar algunas desavenencias entre los mismos barones, la cuestión debía discutirse en su presencia, y decidirse con arreglo a su opinión o su parecer. Los servicios civiles de los antiguos barones consistían principalmente en estas dos funciones, la de consentir, y la de opinar, que abrazaban todos los incidentes considerables del gobierno. Los barones miraban aquellos servicios bajo dos aspectos; por un lado, como su principal privilegio, por otro, como una pesada carga. Consideraban, en general, como la mayor seguridad de sus posesiones y de sus dignidades, que ningún negocio importante pudiese decidirse sin su consentimiento y su dictamen; pero también como no reportaban ningún sueldo de su servicio en el consejo, y como estaban expuestos a inconvenientes y a gastos considerables por la obligación de ausentarse de sus tierras, todos se dispensaban con gusto de cada ocasión particular de ejercer aquel derecho; cada cual deseaba ser convocado rara vez, y que otros lo fuesen en su lugar. Por otra parte el rey solía tener mucho empeño, por varias razones, en que la asamblea regular o accidental de los barones, estuviese completa; aquel servicio era la prenda más esencial de su subordinación a la corona, y los arrancaba

1360 Las ideas del gobierno feudal estaban tan arraigadas que los mismos jurisconsultos, en aquella época, no podían formarse noción de ninguna otra constitución. *Regnum*, dice Bracton, lib. II, cap. 34, *quod ex comitibus et baronibus dicitur esse constitum*.

1361 Coke, *Codim. on Lit.* pág. 1. 2. ad Sect. 1.

1362 Somner of Gavelk. pág. 109. Smith, de Rep. lib. III. cap. 10.

a la especie de independencia que afectaban en sus castillos y en sus casas: además, cuando la asamblea era poco numerosa, sus decisiones tenían menos peso, y no siempre las seguía tan dócilmente toda la comunidad.

Lo mismo les sucedía a los barones en sus asambleas inferiores que al rey en el consejo supremo de la nación. Tenían obligación de reunir a sus vasallos para decidir a pluralidad de votos, todas las cuestiones relativas a la baronía; aquellos vasallos tenían asiento con su jefe para juzgar todos los pleitos civiles o criminales que ocurrían en los límites de su jurisdicción: estaban obligados a litigar y a hallarse en el juzgado de su barón; y como sus enfiteusis eran militares, y por consiguiente honrosas, los admitía a su trato y los recibía en la clase de sus amigos. De esta suerte un reino no se consideraba más que como una gran baronía, y una baronía se consideraba como un pequeño reino. Los barones eran iguales entre sí en el consejo nacional, y por decirlo así, colegas del rey; sus vasallos eran iguales unos a otros en el juzgado de la baronía, y por decirlo así, colegas de su barón¹³⁶³.

Pero por muy adelante que fuese aquella paridad, por el curso natural de las cosas, los vasallos en las constituciones feudales llegaron a estar más subordinados a los barones que éstos al rey, y aquella naturaleza de gobierno tenía una tendencia directa y necesaria a acrecentar el poder de la nobleza. El gran *chieftain*, residiendo en su quinta o en su castillo, que comúnmente le era permitido fortificar, perdía en gran parte, sus relaciones personales con el príncipe, y añadía diariamente nuevas fuerzas a su autoridad sobre los vasallos de la baronía. Los avezaba a todos los ejercicios militares; su hospitalidad los convidaba a vivir en su castillo y a participar de los placeres de la sociedad; los solaces poco interrumpidos de sus vasallos hacían que continuamente se uniesen a su comitiva, y siempre les permitían asociarse a sus placeres campestres; no tenían otro medio de lisonjear su ambición más que figurar en su séquito; su favor y su apoyo eran para ellos el colmo del honor; su enojo con ellos los exponía al desprecio y a la ignominia; sentían a cada instante la necesidad de su protección, ya en las disputas que se suscitaban entre ellos, ya, lo que era más importante, contra las correrías y diarias hostilidades de los otros barones vecinos. Durante las guerras generales, el soberano, que marchaba al frente de sus ejércitos y era el supremo protector del Estado, adquiría siempre algún aumento de autoridad, que perdía durante los intervalos de paz y descanso, pero una policía relajada, inherente a las constituciones feudales, mantenía una perpetua, aunque secreta, división entre los diferentes miembros del estado, y los vasallos no tenían otros medios de precaverse de las hostilidades, a que continuamente se hallaban expuestos, que adherirse estrechamente a su jefe y someterse a su dependencia.

Si el gobierno feudal era tan poco favorable a la verdadera libertad, aun de los vasallos militares, todavía más destruía la independencia y la seguridad de los otros miembros del estado, es decir, de lo que en el sentido propio, llamamos el pueblo. Casi todos eran siervos, y estaban absolutamente reducidos a su condición de esclavos. Los demás habitantes de los campos pagaban sus rentas en servicios exigidos casi arbitrariamente, y no podían esperar ninguna justicia, en el juzgado de las baronías, de las vejaciones que les hacían sufrir unos señores que se creían con derecho para oprimirlos y tiranizarlos. Las ciudades situadas o en los dominios del rey o en las tierras de los grandes barones, estaban casi enteramente sujetas a la voluntad absoluta de su señor: la escasez del comercio hacía pobres y miserables a sus habitantes, y las instituciones políticas estaban en un todo combinadas para perpetuar aquella indigencia. Los barones y la nobleza de segundo orden, no conociendo más que la abundancia y la hospitalidad rústica, no fomentaban las artes, ni hacían consumo alguno de los objetos más primorosos que podían ofrecer las fábricas. Toda profesión que no fuese la de las armas era despreciada, y si algunos comerciantes o artífices llegaban a la opulencia con su industria y su frugalidad, estaban por lo mismo más expuestos a ser víctimas de la envidia y de la rapacidad de los nobles militares.

La reunión de aquellas diferentes causas dio a los gobiernos feudales una tendencia tan decidida hacia la aristocracia, que la autoridad real padeció con ella gran menoscabo en todos los

1363 Du Cange, Gloss. in verbo Par. Cujac. Commu. in Lib. Feud. lib I. tit. pág. 18. Spel. Gloss. in verbo.

estados de Europa. Lejos de temer el incremento del poder monárquico, más bien se debe esperar ver en todas partes a la comunidad pulverizarse, por decirlo así, en un número muy crecido de baronías independientes; y perder la unión política que la cimentaba en un principio; y en efecto, el resultado ha correspondido comúnmente a esta esperanza en las monarquías electivas. Los barones ganando terreno cada vez que el trono quedaba vacante, se elevaban casi a un estado de soberanía, y sacrificaban igualmente a su engrandecimiento los derechos de la corona y las libertades del pueblo, pero las monarquías hereditarias tenían un principio de autoridad que no se destruyó tan fácilmente, y muchas causas conservaron siempre una parte de él en manos del rey.

El barón de la primera clase nunca podía perder enteramente de vista los principios de la constitución feudal que le obligaban, como vasallo, a la sumisión y a la fidelidad con respecto a su príncipe, porque a cada momento estaba precisado a recurrir a aquellos mismos principios para exigir la sumisión y la fidelidad de sus propios vasallos. Los barones de segundo orden, conociendo que la ruina de la autoridad real los dejaría expuestos sin apoyo a los insultos y a las hostilidades de vecinos más poderosos que ellos, sostenían los derechos de la corona, y favorecían la ejecución de las leyes justas y generales. El pueblo tenía también un interés mayor para desear la grandeza del soberano; y el rey, que sufría de resultas de las convulsiones interiores de sus estados y de la opresión que ejercía la alta nobleza, y que miraba además a los grandes como a rivales suyos, afectaba a título de magistrado legal, el saludable oficio de tutor general o de protector de los comunes. Amén de las prerrogativas que le concedía la ley, sus vastos dominios y el considerable número de sus *retainers*, le hacían ser en un sentido, el primer barón de su reino; y cuando estaba personalmente dotado de valor y de capacidad, pues muchas veces su situación tenía necesidad de estas dotes, conseguía generalmente conservar su autoridad, y sostener su supremacía como cabeza del estado, y como la principal fuente de las leyes y de la justicia.

Otra circunstancia que los puso a cubierto de las usurpaciones de la nobleza favoreció a los primeros reyes de la raza de Normandía, y era la de que mandaban ejércitos conquistadores, obligados a estar siempre prontos a pelear, y a someterse a la mayor subordinación a las órdenes de su jefe, para hallarse en fuerzas contra la rebelión de los numerosos naturales del país a quienes habían despojado de todas sus haciendas y de todos sus privilegios; pero aunque esta circunstancia sostuvo la autoridad de Guillermo y de sus inmediatos sucesores, aunque les dio un poder muy absoluto, perdió su influencia, apenas los barones normandos empezaron a formar cuerpo con la nación, a asegurarse sus posesiones y a poner los medios de consolidar sus derechos sobre sus vasallos, sus terratenientes y sus esclavos. Las inmensas donaciones con que Guillermo el Conquistador recompensó a sus principales capitanes afianzaron más y más su independencia y los hicieron formidables a su soberano mismo.

Por ejemplo, a Hugo de Abrincis, hijo de su hermana, le dio toda la provincia de Chester, que erigió en palatinado, y cuya propiedad hizo a aquel prócer casi independiente de la corona¹³⁶⁴. Roberto conde de Mortaña, recibió 973 feudos o señoríos; Alan conde de Bretaña y de Richemond 442; Odo obispo de Bayeux 439¹³⁶⁵; Godofredo¹³⁶⁶ obispo de Cotanza 280; Walter Giffard, conde de Buckingham 107; Guillermo de Warena 298, además de 28 pueblos o aldeas en la provincia de Yorkshire; Fodeney 81; Roger Bigod 123; Roberto conde de Eu 119; Roger Mortimer 132, sin contar muchas aldeas; Roberto de Stafford 130; Walter de Eurus, conde de Salisbury 46; Godofredo de Mandeville 118; Ricardo de Clare 171; Hugo de Beauchamp 47; Balduino de Ridvers 164; Enrique de Ferrars 222; Guillermo de Percy 119¹³⁶⁷; normando de Arcy 33¹³⁶⁸. Enrique Spelman calcula que en la vasta provincia de Norfolk no había arriba de 66 propietarios de tierras en tiempo

1364 Camd. in Cheshire: Spel. Gloss. in verbo Comes Palatinus.

1365 Hist. de Brady, pág. 198, 200.

1366 Order Vital.

1367 Dugdale's Baronage, from Domesday Book. tomo I, pág. 60 y siguientes.

1368 Tomo I, pág. 369. Es de notar que esta familia es la única entre las descendientes de los barones del Conquistador que subsiste todavía entre los pares. Lord Holderness es el heredero de esta familia.

de Guillermo el Conquistador¹³⁶⁹.

Hombres tan poderosos como príncipes por la inmensidad de sus rentas y la extensión de su jurisdicción no podían vivir avasallados mucho tiempo, y así el gran conde de Warena, cuando se le mandó bajo uno de los reinados siguientes, que presentase sus derechos a las tierras que poseía, desenvainó su espada y la mostró como su título, añadiendo que Guillermo el Bastardo no había conquistado solo su reino, sino que los barones, y entre otros uno de sus antecesores, se habían asociado a él en aquella empresa¹³⁷⁰.

El Parlamento feudal

El supremo poder legislativo de Inglaterra residía en el rey y en el gran consejo; es decir, en la asamblea que luego se denominó parlamento. No es dudoso que los arzobispos, los obispos y los abades más considerables eran miembros necesarios de aquel consejo, en el que tenían asiento por dos títulos: por prescripción, como habiendo disfrutado siempre aquel privilegio durante toda la época de los sajones, y desde el primer establecimiento del cristianismo; y por su derecho de baronía, como tenientes del rey *in capite* por servicio militar. Nunca estos dos títulos se distinguieron bien en los prelados. Cuando las usurpaciones de la iglesia llegaron a punto que los obispos creyeron poder afectar un dominio separado, y mirar su asistencia al parlamento como una degradación de su dignidad episcopal, el rey insistió en que siendo barones, estaban obligados en virtud de los principios generales de la ley feudal, a servirle en su gran consejo¹³⁷¹. Todavía quedaban sin embargo algunos usos que, al parecer, hacían que no se derivase su título más que de la antigua posesión; por ejemplo, cuando un obispo quedaba electo, tomaba asiento en el parlamento antes de que el rey le hubiese puesto en posesión de lo temporal, es decir, de las rentas que le pertenecían como par del reino; y durante la vacancia de una silla, el curador de lo espiritual, es decir de las rentas del obispo como obispo, era convocado a aquella asamblea lo mismo que todos los prelados.

Los barones formaban otra parte constituyente del gran consejo de la nación. Estos habían recibido sus tierras inmediatamente de la corona por enfiteusis militares; ocupaban el primer puesto en el estado, y tenían derecho a ser consultados en todas las deliberaciones públicas. Eran vasallos inmediatos de la corona, y debían a título de servicio, su presencia en el tribunal soberano de su señor supremo. Toda resolución tomada sin su consentimiento no podía menos de ejecutarse mal; ninguna decisión de las desavenencias o de los pleitos que ocurrían entre ellos era válida, a menos de que la corporación entera hubiese dado su voto y su dictamen. La dignidad de *earl* o de conde era oficial y territorial igualmente que hereditaria, y como todos los condes eran también barones, se los consideraba como vasallos militares de la corona, y bajo este título se los admitía en el consejo general, del cual formaban la más honrada y poderosa porción.

Otra clase había de terratenientes inmediatos y militares de la corona, tan numerosa y acaso más que la de los barones; tales eran los terratenientes *in capite* por servicio de caballeros. La enfiteusis de estos aunque fuesen inferiores en poder o en propiedad, no era menos honrosa que la de los otros. Una baronía se componía generalmente de varios feudos de caballeros o feudos nobles, y aunque parece que su número no estaba exactamente determinado, componía por lo menos cincuenta hydes de tierra¹³⁷². Con tal que un hombre tuviese por el rey uno o dos de aquellos feudos solamente, siempre era su vasallo inmediato, y como tal tenía derecho para asistir a los consejos

1369 Spel. Gloss. in verbo Domesday.

1370 Dugd. Bar. Tomo I. pág. 79. Ibid. origines juridicales, pág. 13.

1371 Spel. Glon. in verbo Baro.

1372 Cuatro hides formaban un feudo de caballero: el censo de una baronía era doce veces mayor que el de un feudo de caballero, de donde podemos conjeturar su valor ordinario. Spel. Gloss. ii verbo Foedum. Había en Inglaterra 243.600 hides, y 60.215 feudos de caballero, de donde resulta con evidencia que tocaban a poco más de cuatro hides por cada feudo de caballero.

generales; pero como el ejercicio de este derecho era una carga harto pesada para todo el que no gozaba más que un mediano caudal, es verosímil que si era permitido a aquellos feudatarios tomar asiento en el parlamento, a lo menos no se los obligaba bajo ninguna pena, como a los barones, a asistir a él con puntualidad. Entre todos los terratenientes militares e inmediatos de la corona no ascendían al número de 700, cuando se redactó el *Domesday-Book* (libro del Domesday), y como los individuos del consejo nacional aprovechaban gustosos cualquier pretexto para dispensarse de aquel servicio, nunca las asambleas fueron demasiado numerosas para el pronto despacho de los negocios públicos.

Los Comunes

Hasta aquí, la naturaleza de un consejo general o del antiguo parlamento está definida sin inseguridad ni contradicciones: la única cuestión indecisa parece ser si, desde los primeros tiempos, los comunes, o los representantes de las provincias y de las aldeas, formaban parte necesaria del parlamento. Esta cuestión se ventiló en otro tiempo en Inglaterra con mucho calor, pero tal es la fuerza del tiempo y de la evidencia que suele sobreponerse aun al mismo espíritu de facción, y la cuestión parece en fin decidida de común acuerdo contra el partido dominante y aun por su propia confesión. En efecto, está reconocido que los comunes no fueron admitidos al gran consejo hasta algunos siglos después de la conquista, y que los terratenientes militares de la corona componían solos aquella asamblea suprema y legislativa.

Los vasallos de un barón dependían inmediatamente de él por su enfiteusis; debían formar su jurisdicción, y todos sus deberes con respecto al rey se hallaban comprendidos en la dependencia en que su señor, en virtud de su propia enfiteusis, se reconocía súbdito de su soberano y de su superior; sus tierras, que formaban parte de la baronía, estaban representadas en el parlamento por el barón mismo, que con arreglo a las ficciones de la ley feudal, pasaba por poseer su propiedad directa, y hubiera parecido irregular considerarla bajo otro aspecto. Aquellos vasallos eran con respecto al barón, lo que este y los demás barones eran con respecto al rey: los primeros eran pares de la baronía, los segundos eran pares del reino. Los vasallos tenían una calidad subordinada en su distrito; el barón gozaba de una dignidad suprema en la grande asamblea; ellos eran en cierto modo sus iguales en la baronía, así como él era casi el igual del rey en su corte; y nada repugna más evidentemente a las ideas feudales y a aquella subordinación gradual, tan esencial en aquellas antiguas instituciones, como suponer que el rey pedía el dictamen o el consentimiento de hombres de una clase y de un orden tan inferiores, y que dependían inmediatamente de un señor sirviente, interpuesto entre ellos y el trono¹³⁷³.

Si no es razonable creer que los vasallos de una baronía, aunque su enfiteusis fuese militar, noble y honrosa, eran convocados para votar en los consejos nacionales, menos lo es todavía suponer que los artesanos y habitantes de las aldeas, cuya condición era mucho más subalterna, tuviesen aquel privilegio. Parece por el *Domesday-Book* que en tiempo de la conquista, los pueblos más grandes no eran casi más que aldeas, que sus habitantes vivían en una total dependencia del rey o de los grandes señores, y que su condición era muy poco superior a la de los esclavos¹³⁷⁴; ni siquiera tenían la consistencia de la incorporación, ni formaban comunidad: no se los consideraba como un cuerpo político, y no eran realmente más que unos artesanos sometidos a una baja dependencia, y que viviendo cerca unos de otros, sin ningún vínculo civil particular, no podían tener representación en los estados del reino. Aun en Francia, donde las artes y la cultura progresaron antes que en Inglaterra, la primera corporación que se formó es de sesenta años posterior a la conquista por el duque de Normandía: Luis el Gordo fue quien imaginó la erección de aquellas

1373 Spel. Gloss. in verbo Baro.

1374 Liber homo significaba antiguamente un noble; porque apenas ningún otro era enteramente libre. Spel. Gloss. in verbo.

comunidades, para libertar al pueblo de la tiranía de los grandes, y protegerle por medio de ciertos privilegios y de una jurisdicción separada¹³⁷⁵. Un antiguo autor francés llama a las comunidades un nuevo y detestable expediente para proporcionar la libertad a los esclavos y alentarles a sacudir el dominio de sus amos¹³⁷⁶. La famosa carta, que así se llama, que otorgó el Conquistador a la ciudad de Londres, aunque lo hizo en tiempos en que afectaba mansedumbre y bondad, no es mas que una patente de protección, una declaración de que los ciudadanos no deben ser tratados como esclavos¹³⁷⁷. En virtud de la ley feudal inglesa, le estaba prohibido a un señor superior casar a su pupila con un plebeyo o un villano¹³⁷⁸: por tan parecidas entre sí y por tan inferiores a la alta nobleza y a la hidalguía pasaban aquellas dos condiciones. No sólo los grandes y los ricos-hombres tenían la ventaja del nacimiento, de las riquezas, de los privilegios y de la autoridad civil, mas la tenían exclusivamente, circunstancia que les daba una superioridad importante, en un siglo en que el estado militar era el único honroso, y cuando la negligencia en ejecutar las leyes favorecía la violencia sin rebozo y la hacía tan decisiva en todas las transacciones de la vida¹³⁷⁹.

Muy notoria es la semejanza entre todos los gobiernos feudales de Europa a todo el que está algo instruido en la historia antigua. Los que más han estudiado la antigüedad en todos los países donde nunca han embrollado la cuestión sobre la representación del estado llano las disputas de partido, concuerdan en que se tardó mucho en asociar a los comunes al poder legislativo. En Normandía particularmente, cuyas constituciones fueron sin duda el modelo de Guillermo cuando trazó su nuevo plan de gobierno para Inglaterra, los estados se componían enteramente del clero y de la nobleza: los primeros pueblos incorporados o las primeras comunidades de aquel ducado, fueron Rouen y Falaise, a quienes Felipe Augusto otorgó sus privilegios en 1207¹³⁸⁰. Todos los antiguos historiadores ingleses, cuando hablan del gran consejo de la nación, lo llaman la asamblea de los barones, de la nobleza o de los grandes: ninguna de sus expresiones, en muchos centenares de pasajes que sería fácil citar, puede sin la mayor violencia significar que los comunes fuesen miembros constituidos de aquella corporación¹³⁸¹. Si, durante doscientos años que transcurrieron entre la conquista y la última parte del reinado de Enrique III, período fecundo en banderías, revoluciones y trastornos de toda especie, la cámara de los comunes no hizo un solo acto legislativo bastante considerable para ser citado una vez por los numerosos historiadores de aquella época, los comunes no tenían sin duda ninguna importancia, y entonces ¿por qué motivo los hubiera reunido el rey? ¿Cómo suponer que unos hombres tan nullos pudiesen tener voto negativo contra el rey y los barones? Cada página de la historia de los siglos siguientes descubre su existencia, aunque esta historia no está escrita con más exactitud que la de los tiempos anteriores, sino aun acaso con menos. La *magna Carta* del rey Juan establece que no podía echarse ninguna contribución, ningún derecho sobre el campo o sobre las ciudades sin el consentimiento del gran consejo, y para mayor seguridad, hace la enumeración de las personas que tienen derecho para tomar asiento en aquella asamblea, es decir, los prelados y los terratenientes inmediatos de la corona, sin hablar en manera alguna de los comunes. Semejante autoridad es tan imponente, tan segura, tan explícita, que sólo el delirio del espíritu de facción puede haber acreditado la opinión contraria.

El ejemplo de los barones franceses fue probablemente lo primero que alentó a los ingleses a intentar hacerse más independientes de su soberano; es probable también que los pueblos y las corporaciones de Inglaterra se establecieron a imitación de los de Francia. Puede pues proponerse como una conjetura, no inverosímil, que los privilegios de los pares y la libertad de los comunes

1375 Du Cange, in verbo Commune, Communitas.

1376 Guibertus, de vita sua, lib. II. Cap. 7

1377 Stat. of Merton, 1235. cap. 6.

1378 Holinshed, tomo III. pág. 15.

1379 Madox's Barón. Angl. pág. 19.

1380 Norman. Duchesnii, pág. 1066. Du Cange, Gloss. in verbo Commune.

1381 A veces los historiadores hablan del pueblo, populus, como de una parte del parlamento, pero siempre entienden por esta voz a los legos en oposición al clero. También se encuentra alguna vez la palabra Communitas, pero siempre significa Communitas baronagii. El doctor Brady ha probado completamente estos puntos.

nacieron originalmente en este reino.

En aquellos remotos tiempos se deseaba poco tener asiento en las asambleas legislativas, cosa que se consideraba como una carga que no compensaban la honra y el provecho, proporcionalmente al afán y al gasto que ocasionaba. La única razón para instruir los consejos públicos era, por parte de los súbditos, el deseo de ponerse a cubierto de los atentados del poder arbitraria, y por parte del soberano, la poca esperanza de poder gobernar a hombres de una índole tan independiente, sin que ellos lo consintiesen y aun contribuyesen al gobierno. Empero los comunes o los habitantes de los pueblos no habían alcanzado todavía a un grado de consideración bastante elevado para atreverse a desear tener una seguridad contra su príncipe, ni para imaginar que, aun cuando estuviesen reunidos en cuerpo representativo, tendrían bastante importancia y poder para exigirlo: la única protección a que aspiraban era contra las violencias y las injusticias inmediatas de sus propios conciudadanos. Cada particular la esperaba, o de los tribunales judiciales, o de la autoridad de algún gran señor a quien le unía la ley o una libre elección. Por otra parte, el rey estaba suficientemente asegurado de la obediencia de toda la comunidad, si se proporcionaba el concurso de los nobles, y no tenía que temer que ninguna orden del Estado pudiese resistir a su autoridad reunida a la de ellos. Los subvasallos militares no podían abrigar el proyecto de resistir juntamente a su príncipe y a sus señores superiores; todavía menos podían concebir semejante idea los plebeyos y los artesanos, y así aun cuando la misma historia no dijese nada sobre este artículo, todavía tendríamos ocasión para inferir del estado conocido de la sociedad en aquellos tiempos, que los comunes nunca fueron admitidos como miembros del cuerpo legislativo.

El poder ejecutivo del gobierno anglo-normando residía en el rey. Además de las asambleas regulares del consejo nacional en las tres grandes fiestas de Navidad, Pascua y Pentecostés¹³⁸², el príncipe solía en los casos urgentes, convocar otras extraordinarias. Podía cuando lo tenía a bien, exigir el servicio de sus barones y de los vasallos de éstos, en los cuales consistían las fuerzas militares del reino, y emplearlos por espacio de cuarenta días, ya en rechazar al enemigo extranjero, ya en reducir a sus vasallos rebeldes; pero, lo que todavía era más importante, el poder judicial se hallaba enteramente y sin apelación entre sus manos, y lo ejercían oficiales y ministros elegidos por él.

Poder judicial

El plan general del gobierno anglo-normando era que el juzgado de una baronía decidiese las desavenencias que se suscitaban entre los vasallos o súbditos de aquella baronía; que el tribunal de los ciento (*hundred-court*), y el tribunal del condado (*county-court*), compuestos como en tiempo de los sajones¹³⁸³, juzgasen las desavenencias entre los vasallos de las diferentes baronías¹³⁸⁴; y que la *curia regis* o tribunal del rey, fallase entre los barones¹³⁸⁵; pero a este plan, aunque sencillo en sí, acompañaron circunstancias que, derivadas de la autoridad muy extensa que se arrogó Guillermo, contribuyeron a aumentar las prerrogativas reales, y redujeron a todas las órdenes de la comunidad a

1382 Dugd. Orig. Jurid. pág. 15. Spel. Gloss. in verbo Parliamentum.

1383 Angl. Sacra, tomo I, pág. 334. etc. Dung. Orig. Jurid. pág. 87, 29. Madox, Hist. Exch. pág. 75, 76. Spel. Gloss. in verbo Hundred.

1384 Ninguno de los gobiernos feudales de Europa tenía instituciones como el tribunal del condado, que la grande autoridad de Guillermo el Conquistador conservó de las prácticas sajonas. Todos los terratenientes libres de la provincia, aun los más grandes barones, estaban obligados a servir en él con los sheriffs y a ayudarlos en la administración de la justicia, con lo que recibían sensibles y frecuentes recordaciones de su dependencia del rey o magistrado supremo: formaban una especie de comunidad con sus colegas los barones y los terratenientes libres: se los sacaba con frecuencia de su estado individual e independiente, particular al sistema feudal, y se los hacía miembros de un cuerpo político; y acaso aquella institución de los tribunales de condado en Inglaterra produjo mayores efectos sobre el gobierno de lo que claramente han especificado los historiadores y los anticuarios. Los barones no se eximieron de aquel servicio con los sheriffs y los jueces ambulantes hasta el reinado de Enrique III.

1385 Brady, Pref. pág. 143.

una especie de dependencia y de subordinación, mientras no hubo guerra.

Muchas veces el rey tomaba asiento en su tribunal, que siempre seguía a su persona¹³⁸⁶; oía las causas y pronunciaba la sentencia¹³⁸⁷, y aunque los otros individuos opinaban también, es difícil imaginar que no fuesen de su dictamen y se opusiesen a su parecer. En su ausencia presidía aquel tribunal el justicia mayor, que era el primer magistrado del Estado, y una especie de virrey, de quien dependían todos los negocios civiles del reino¹³⁸⁸. Los otros oficiales principales de la corona el condestable (*constable*), el mariscal, el senescal, el chambelán, el tesorero y el canciller¹³⁸⁹ eran individuos de aquel tribunal, juntamente con los barones feudales que tenían a bien asistir a él, y los barones del tesoro (*exchequer*) que primeramente habían sido también barones feudales, nombrados por el rey¹³⁹⁰. Aquel tribunal, denominado a veces el tribunal del rey y a veces el tribunal del *exchequer*, entendía en todas las causas civiles y criminales, y abarcaba todos los asuntos que se reparten hoy cuatro tribunales: la cancillería, el banco del rey, los *common pleas*, (causas comunes) y el *exchequer*¹³⁹¹.

Una atribución tan extensa era en sí un gran manantial de autoridad, y hacía que la jurisdicción de aquel tribunal fuese terrible para todos los súbditos; pero las mudanzas que se hicieron en las formas judiciales poco después de la conquista, contribuyeron todavía más a aumentar su poder y las prerrogativas reales. Entre las innovaciones más considerables que Guillermo intentó y efectuó, se cuenta la introducción de la ley de Normandía en Inglaterra¹³⁹²: mandó, que todos los alegatos se hiciesen en la lengua de su país, e introdujo en la jurisprudencia inglesa todas las máximas y todos los principios que los normandos, pueblo más instruido que los ingleses, y naturalmente pleiteante, observaban en la distribución de la justicia. El conocimiento de la ley llegó entonces a ser una ciencia que al principio los normandos cultivaron exclusivamente, y que aun cuando se comunicó a los ingleses, requería tanto estudio y aplicación, que en aquellos tiempos de ignorancia, los legos eran incapaces de adquirirle: aquel conocimiento era un misterio revelado casi solo al clero y principalmente a los frailes¹³⁹³. Los grandes oficiales de la corona y los barones feudales, todos militares, se hallaron incapaces de penetrar en aquel laberinto de oscuridades, y aunque tenían derecho para ocupar un puesto en la suprema judicatura, todos los negocios en que entendía aquel tribunal los manejaban únicamente el justicia mayor y los barones jueces, nombrados por el rey, y enteramente a su disposición¹³⁹⁴. Favoreció además aquel curso de las cosas la muchedumbre de los pleitos llevados a aquel tribunal y que aumentaba diariamente con las apelaciones de todas las jurisdicciones subordinadas del reino.

En tiempo de los sajones, no se recibía ninguna apelación en el tribunal del rey, sino en los casos de negación o dilación de justicia de parte de los juzgados inferiores, y lo mismo se usaba en casi todos los reinos feudales de Europa; pero el conquistador de Inglaterra tuvo bastante poder para adquirir en ella desde luego un grado de autoridad que los monarcas franceses no alcanzaron hasta el reinado de S. Luis, cerca de doscientos años después. Guillermo autorizó a su tribunal a recibir las apelaciones de los tribunales de baronía y de condado, y de este modo llevó la administración de la justicia en última instancia a manos del soberano¹³⁹⁵; y a fin de que los gastos y las fatigas de los viajes no retrajesen a los litigantes de apelar a aquel tribunal supremo, y no los hiciesen someterse con más docilidad a los juicios de los tribunales inferiores, estableció en lo sucesivo jueces

1386 Madox, Hist. Exch. Pág. 103.

1387 Bracton, lib. III. cap. 9.

1388 Spel. Gloss. in verbo Justiciarii.

1389 Madox, Hist. Exch. pág. 27 y siguientes. Los normandos introdujeron la práctica de sellar las cartas, y al oficio de canciller estaba aneja la custodia del gran sello. Ingulf. Dugd. pág. 33, 34.

1390 Madox, Hist. Exch. pág. 134, 135. Gerv. Dorob. pág. 1387.

1391 Madox, Hist. Exch. pág. 56, 70.

1392 Dial de Scac. pág. 30. Apud Madox, Hist. Exch.

1393 W. Malmes, lib. IV. pág. 123.

1394 Dugd. Orig. Jurid. Pág. 25.

1395 Madox. Hist. Exch. pág 65.

ambulantes, que daban la vuelta por todo el reino, y fallaban todas las causas que se les sometían¹³⁹⁶: por medio de este expediente, los tribunales de las baronías se mantenían en un saludable temor, y si todavía conservaron algún influjo, no fue sino en cuanto los vasallos temieron desagradar a su señor inmediato, apelando de su jurisdicción a la del rey; pero los tribunales de condado cayeron en gran descrédito. Como los terratenientes libres desconocían los complicados principios y las formas de las nuevas leyes, los abogados fueron llevando poco a poco todas las causas a los jueces reales, y abandonaron la antigua y sencilla jurisprudencia, tan favorable para el pueblo. Así fue como las formalidades de la justicia, que por más fastidiosas y embarazosas que parezcan, se consideran necesarias para proteger la libertad en todos los Estados monárquicos, llegaron a ser, por efecto de la combinación de varias causas, muy ventajosas a la autoridad real en Inglaterra.

Rentas de la corona

El poder de los reyes de la raza normanda se apoyaba también sobre rentas inmensas, fijas, perpetuas e independientes de los súbditos. A menos de que el pueblo amotinado volase a las armas, no podía oponer ningún dique al soberano, y no tenía ninguna fianza legal de que se le administraría la justicia distributiva que le era debida. En aquellos desgraciados tiempos en que reinaba la violencia, la tiranía se armó sin rebozo con los ejemplos de opresión que ella misma había dado, y pronto los citó como un derecho que se había adquirido, y que era ilícito disputarle. Los príncipes y los ministros eran demasiado ignorantes para reconocer las ventajas anejas a una administración equitativa; no se había establecido ni concejo ni asamblea que pudiese proteger al pueblo, y que rehusando los subsidios, pudiese regular y pacíficamente recordar al rey sus deberes y asegurar la ejecución de las leyes.

El primer fondo de las rentas fijas del rey era el real patrimonio o las tierras de la corona, que comprendían no sólo un gran número de señoríos, mas también las principales ciudades del reino. La ley no dejaba al soberano la facultad de enajenar parte alguna de su patrimonio, y en el caso en que le hubiera desmembrado, permitía que en todo tiempo aquellas enajenaciones pudiesen ser revocadas por él o por sus sucesores¹³⁹⁷; pero esta ley, que en lo sucesivo hizo a la corona menos independiente, nunca se observaba con regularidad. Las tierras patrimoniales, consideradas únicamente como riquezas, eran un manantial de poderío que aumentaba aun más el influjo del rey sobre sus terratenientes y sobre los habitantes de sus ciudades; pero además de que los otros numerosos ramos de sus rentas llenaban sus arcas, daban por su misma naturaleza, una gran latitud a la autoridad arbitraria, y apoyaban la prerrogativa real, como veremos por su enumeración.

El rey no se limitaba nunca a las rentas fijas, sino que levantaba también considerables impuestos a discreción sobre los habitantes de las ciudades y del campo que vivían en sus dominios. Como toda venta a pública subasta estaba prohibida, excepto en los pueblos y en los mercados públicos¹³⁹⁸, para evitar las picardías, exigía derechos sobre todos los géneros que se vendían en ellos¹³⁹⁹. Recaudaba dos toneladas, (*hogsheads*) una delante y otra detrás del palo mayor de cada buque que llevaba vinos al reino. Todas las mercancías pagaban en su aduana una parte proporcional de su valor¹⁴⁰⁰; imponía a su arbitrio un derecho de peaje sobre todos los puentes y ríos¹⁴⁰¹, y aunque poco a poco los pueblos fueron comprando la libertad de arrendar aquellos impuestos, las rentas del rey aumentaban con aquellos convenios, en cuanto muchas veces exigía

1396 Madox, Hist. Exch. pág. 83 y siguientes.

1397 Fleta, lib. I. cap. 8. Bracton, lib. II. cap. 5.

1398 Leges Will. I. cap. 61.

1399 Madox, pág. 530.

1400 Id. pág. 529. Este autor dice un décimoquinto, pero no es fácil conciliar esta noticia con otras autoridades.

1401 Id. pág. 529.

nuevas sumas por renovar o confirmar los privilegios¹⁴⁰², teniendo de esta suerte al pueblo en perpetua dependencia.

Tal era la situación de los habitantes de los dominios realengos; y aunque los poseedores de las tierras, o terratenientes militares, estaban más protegidos por la ley y por el gran privilegio de usar armas, la naturaleza de sus enfiteusis los exponía mucho todavía a las usurpaciones de la autoridad real, y no poseían lo que llamamos en nuestro siglo una seguridad constante. Guillermo el Conquistador concedió por sus leyes que los barones no pagasen nada fuera de sus servicios arreglados¹⁴⁰³, excepto un razonable donativo para pagar su rescate, en caso de que quedase prisionero en la guerra, para armar caballero a su hijo primogénito, o para casar a su hija mayor. Lo que en estas ocasiones se entendía por un razonable donativo no estaba especificado, y en general las peticiones de la corona no observaban una prudente moderación.

El rey podía exigir que en tiempo de guerra sus vasallos sirviesen en persona, lo que comprendía a todos los propietarios de tierras; y si querían dispensarse de este servicio, tenían que darle una suma que se llamaba *scutage*. Durante algunos reinados, esta suma fue muy variable y muy arbitraria; muchas veces se levantaba sin dejar al vasallo la libertad de darla o de servir¹⁴⁰⁴, y aun era artificio muy común en los reyes suponer el proyecto de una expedición, a fin de tener pretexto para recaudar el derecho de *scutage* sobre sus terratenientes militares. El *danegelt* era otra especie de contribución, levantada sobre las tierras por los primeros reyes de la raza normanda, arbitrariamente y contra las leyes de Guillermo el Conquistador¹⁴⁰⁵. El monedaje era también un contingente general y de la misma naturaleza, echado sobre las tierras por los dos primeros reyes normandos, y abolido por la carta de Enrique I¹⁴⁰⁶: consistía en un chelín cada tres años, pagado por cada fuego, para excitar al rey a no usar de la prerrogativa que tenía de alterar las monedas. Parece en efecto por el tenor de aquella carta que si el Conquistador había eximido a sus terratenientes militares de toda especie de contingente y pecho, él y su hijo Guillermo nunca se creyeron obligados a observar esta regla, y que por el contrario, echaron impuestos a discreción sobre todas las posesiones territoriales del reino. Lo más moderado que otorgó Enrique I sobre este punto fue que las tierras que el terrateniente militar hacía valer en persona no soportarían ninguna carga, pero se reservó la facultad de imponer a los colonos. Como se sabe que la carta de Enrique no se llevó a ejecución en ninguno de sus artículos, podemos estar seguros de que aquel príncipe y sus sucesores se retractaron aun de aquella ligera indulgencia, y levantaron impuestos arbitrarios sobre todas las tierras de todos sus súbditos. Aquellos impuestos fueron a veces muy onerosos, pues Malmesbury refiere que, bajo el reinado de Guillermo el Rojo, los colonos, no pudiendo soportarlos, abandonaron la labranza, de donde resultó un hambre general¹⁴⁰⁷.

Los secuestros en beneficio del fisco regio (*the escheats*) eran también un fecundo minero de riquezas y de poder para el rey, sobre todo durante los primeros reinados que siguieron a la conquista. Las tierras de los grandes barones eran reversibles a la corona, a falta de sus descendientes, y aumentaban así continuamente las posesiones del príncipe. Verdad es que la ley le permitía enajenar las tierras que le tocaban de este modo, pero esta libertad le daba medios de enriquecer a sus favoritos y a las personas allegadas a su corte, y extender de este modo su autoridad: a veces conservaba aquellas adquisiciones entre sus dominios y poco a poco se confundían con el real patrimonio, de modo que era muy difícil distinguirlos. Esta confusión fue probablemente la causa porque adquirió el rey el derecho de enajenar sus bienes patrimoniales.

Además de las adquisiciones que proporcionaba al rey la falta de heredero en las familias, todas las confiscaciones decretadas en los casos de crímenes o de faltas de los vasallos con respecto a su señor superior remataban en provecho suyo, y eran muy frecuentes en aquellos remotos siglos.

1402 Id. pág. 275, 277, etc.

1403 Leges Will. Conq. §. 55.

1404 Gervasio de Tilbury, pág. 25.

1405 Madox, Hist. Exch pág. 475.

1406 Mat. París, pág. 38.

1407 Crón. Abb. S. Petri de Burgo, pág. 55. Knygton, pág. 2366.

Si el vasallo, después de haber sido convocado tres veces para acudir a la audiencia de su superior y prestar juramento de fidelidad, descuidaba o rehusaba obedecer, se le confiscaban sus tierras¹⁴⁰⁸; si negaba las condiciones de su enfiteusis, o no las cumplía, quedaba sujeto a la misma pena¹⁴⁰⁹; si vendía sus tierras sin licencia de su señor¹⁴¹⁰, o si las vendía sobre alguna otra enfiteusis u otro título que aquel en virtud del cual las tenía¹⁴¹¹, perdía todo derecho sobre ellas; el que entraba en los intereses de los enemigos de su señor¹⁴¹², o le abandonaba en tiempo de guerra¹⁴¹³, o vendía sus secretos¹⁴¹⁴, o corrompía a su mujer o a sus parientas cercanas¹⁴¹⁵, o siquiera se tomaba con ellas libertades indecentes¹⁴¹⁶, podía ser castigado con la confiscación de sus bienes. Los más grandes crímenes, como el rapto, el robo, el homicidio, los incendios premeditados, etc., se consideraban como actos de felonía, se interpretaban como falta de fidelidad al señor, y hacían perder al culpado la posesión de su feudo¹⁴¹⁷. Aun cuando el desleal era vasallo de un barón, aunque éste a título de señor inmediato, gozaba del beneficio de la confiscación, el rey podía apoderarse, por espacio de un año, del feudo confiscado, y tenía el derecho de talarle y destruirle, a menos de que el barón le pagase una razonable suma¹⁴¹⁸. No hemos hecho aquí la enumeración de todas las especies de felonías o de crímenes que llevaban consigo la pena de confiscación, pero hemos dicho lo bastante para probar que la posesión de los bienes feudales era antiguamente poco segura, y que nunca se perdió la idea primitiva que se había tenido de ellos considerándolos como una especie de feudo o de beneficio.

Cuando moría un barón, el rey tomaba inmediatamente posesión de su hacienda; el heredero natural estaba obligado, antes de entrar en sus derechos, a dirigirse a la corona para ser admitido a rendirle fe y homenaje por aquella hacienda, y pagaba una indemnización al rey. Al principio la ley, o a lo menos el uso, no fijó esta indemnización; muchas veces el príncipe exigía sumas inmensas y se quedaba con la hacienda hasta que se las pagaban.

Si el heredero era menor de edad, el rey disfrutaba de todas las rentas de sus tierras hasta su mayor edad, y arreglaba a su arbitrio la pensión que tenía por conveniente asignarle para su manutención y crianza: este uso se fundaba también en el principio de que un feudo era un beneficio, y de que, mientras el heredero no podía llenar personalmente los deberes del servicio militar a que estaba obligado, sus rentas debían volver a su señor, que empleaba a otro en su lugar: fácil es conocer que por este medio, una gran parte de las propiedades territoriales se hallaba continuamente en manos del príncipe, y que así tenía a todas las familias nobles en una dependencia perpetua. Cuando el rey concedía la tutela de un rico heredero a alguno, era un modo de enriquecer a un favorito o a un ministro, y si la vendía, podía sacar de ella una suma cuantiosa. Simón de Montfort dio diez mil marcos de plata a Enrique III, suma inmensa en aquellos tiempos, por la tutela de Gilberto de Umfreville¹⁴¹⁹. Godofredode Mandeville pagó al mismo príncipe 20.000 marcos, a fin de poder casarse con Isabel, condesa de Gloucester, y tomar posesión de todas sus tierras y de todos sus feudos nobles: esta suma equivaldría hoy a 300 o acaso a 400.000 libras esterlinas¹⁴²⁰.

Si la herencia recaía en una mujer, el rey tenía derecho para proponer a su pupila un marido de su clase, y si ella le rehusaba, podía confiscar su hacienda. Los barones menores de edad no

1408 Roltom. de Feud. Disp. Cap. 38, col. 886.

1409 Lib. Feud., lib. III, tit. 1. 4., lib. XXI, tit. 39.

1410 Id. lib. I, tit. 21.

1411 Id. lib. IV, tit. 44.

1412 Id. lib. III, tit. 1.

1413 Id. lib. IV, tit. 14.

1414 Id.

1415 Id. lib. I, tit. 14, 21.

1416 Id. lib. I, tit. 1.

1417 Spel. Gloss. in verbo Felonia.

1418 Id. Glanville, lib. VII, cap. 17.

1419 Madox, Hist. Exch. pág. 223.

1420 Id. pág. 322.

podían siquiera casarse sin el beneplácito del soberano, y era costumbre que comprasen de él a muy alto precio el permiso de contraer un enlace a su gusto¹⁴²¹. Ningún hombre podía disponer de su hacienda, fuese para venderla, fuese para legarla por su testamento, sin el consentimiento de su poseedor. Nunca éste era considerado como verdaderamente propietario; siempre se le miraba como una especie de usufructuario, y no podía obligar a su superior a consentir en tener por vasallo a nadie que no le fuese agradable.

Las diferentes especies de multas y las oblatas, como se las denominaba, formaban también un ramo considerable de las rentas y del poder del rey. Los antiguos asientos del tesoro, que todavía subsisten, asombran por el prodigioso número de multas legales o arbitrarias que en ellos se citan como impuestas entonces¹⁴²², no menos sorprenden las extrañas invenciones que contienen para sacar dinero al pueblo. Parece que los primeros reyes de Inglaterra imitaban absolutamente a los príncipes del Oriente, a quienes nadie podía acercarse con las manos vacías, que vendían todos sus favores, y se entrometían en todos los asuntos de sus vasallos a fin de tener pretextos para ponerlos a contribución. La justicia misma se vendía y se compraba sin recato; la misma audiencia del rey, aunque era el tribunal supremo del reino, no se abría a quien no llevaba ricos presentes al monarca; lo que pagaban las partes por obtener el despacho, las moratorias, las prorrogaciones¹⁴²³, y sin duda también la perversión de la justicia, se sentaba en los libros públicos de las rentas reales, y subsiste como un monumento de la iniquidad y de la tiranía de aquellos tiempos. Los barones del tesoro, por ejemplo, es decir, la primera nobleza del reino, no se avergonzaban de inscribir en sus asientos, entre otros artículos, que la provincia de Norfolk pagaba tal suma a fin de ser tratada con equidad¹⁴²⁴; el pueblo de Yarmouth, tal otra, a fin de que no se violase la carta que había obtenido del rey en favor de sus privilegios¹⁴²⁵; Ricardo, hijo de Gilberto, a fin de que el rey le protegiese para recobrar los créditos que tenían los judíos contra él¹⁴²⁶; Serlo, hijo de Terlavaston, a fin de que le fuese permitido defenderse en un asunto en que se le acusaba de homicidio¹⁴²⁷; Walter de Burton, para substraerse a la ley si se le acusaba de haber herido a alguno¹⁴²⁸; Roberto de Essart, a fin de poder informar si Roger el Carnicero, Wace y Humphrey le acusaban de robo y estafa por envidia y malevolencia o no¹⁴²⁹; Guillermo Buhust, a fin de que le fuese permitido hacer una sumaria para descubrir si se le acusaba con razón o con malicia de la muerte de Godwin¹⁴³⁰. He elegido estos pocos ejemplos entre un gran número de la misma especie que Madox sacó entre muchísimos conservados en los antiguos archivos del tesoro¹⁴³¹.

A veces uno de aquellos demandantes ofrecía al rey una cierta porción, como la mitad, el tercio, la cuarta parte de la suma disputada, para que a título de jefe de la justicia, consintiese en ayudarle a recuperarla. Teofania de Westland convino en dar 106 marcos de plata al rey, a fin de poder intentar demanda contra Jaime de Fughleston que le debía 212. Salomón, judío, se obligó igualmente a sacrificar la séptima parte de lo que le debía Hugo de la Hose; Nicolás Morrel prometió 60 libras esterlinas, a fin de poder hacer un embargo sobre los bienes del conde de Flandes, por la suma de 343, de la que era su acreedor, y aquellas 60 libras esterlinas debían pagarse con el primer dinero que Nicolás cobrase del conde¹⁴³².

Como el rey se atribuía una autoridad ilimitada sobre el comercio, se le compraba el permiso de comerciar o de hacer valer la industria en todos géneros. Hugo Oisel pagó 100 marcos por

1421 Id. pág. 320.

1422 Id. pág. 272

1423 Madox, Hist. Exch. pág. 274.

1424 Id. pág. 295.

1425 Id.

1426 Id. pág. 296. Pagó 200 marcos, gran suma en aquellos tiempos.

1427 Madox, Hist. Exch. pág. 296.

1428 Id.

1429 Id. pág. 298.

1430 Id. pág. 302.

1431 Id. cap. 12.

1432 Madox, Hist. Exch. pág. 312.

obtener la libertad de comerciar en Inglaterra; Nigel de Havenne dio 50 por la sociedad de comercio que había formado con Gervasio de Hanton; los habitantes de Worcester pagaron 100 chelines por adquirir el privilegio de vender y comprar paños de color, como en otro tiempo, y otras muchas ciudades pagaron igualmente por el mismo objeto. En efecto, el comercio del reino dependía hasta tal punto del rey, que creaba compañías, hacía corporaciones, establecía monopolios, donde lo tenía a bien y vendía a discreción aquellos privilegios exclusivos¹⁴³³.

Ningún lucro por mezquino que fuese, parecía indiferente al rey. Recibió diez perros de presa de Enrique, hijo de Arturo, por concederle un reconocimiento contra la condesa de Copland, con motivo de un feudo de caballero. Roger, hijo de Nicolás, dio veinte lampreas y veinte sábalos a S. M. por descubrir, por medio de una información judicial, si Gilberto, hijo de Aluredo, había entregado voluntariamente doscientos carneros a Roger, a fin de ser conservado en posesión de ciertas tierras, o si Roger le había arrancado con violencia aquellos carneros; Godofredo Fitz-Pierre, el justicia mayor, regaló dos azores de Noruega para obtener de Walter de Medina el permiso de exportar de los estados del rey cierta cantidad de queso¹⁴³⁴.

Es curioso echar una ojeada sobre los extraños asuntos en que solía mezclarse el rey, y siempre para sacar algún regalo. La esposa de Hugo de Neville prometió al rey doscientas gallinas por que se le permitiese pasar una noche con su marido, y llevó consigo dos fiadores, que respondieron cada uno por ciento; a la cuenta el marido estaría preso. El abad de Ruedford pagó diez marcos de plata porque se le permitiese edificar casas y poner guardas en su hacienda de Welhang, para seguridad de sus bosques. Hugo, arcediano de Wells, dio un tonel de vino por el derecho de transportar seiscientos cargas de trigo adonde quisiese; y Pedro de Peraris, veinte marcos por poder salar pescado, para lo que Pedro Chevalier tenía un privilegio¹⁴³⁵.

Era costumbre pagar multas considerables para atraerse la benevolencia del rey o para calmar su cólera. Bajo el reinado de Enrique II, Gilberto hijo de Fergus, pagó 919 libras esterlinas y 9 chelines por obtener el favor de aquel príncipe; Guillermo de Chataignes, mil marcos por disipar su enojo. Bajo el reinado de Enrique III, la ciudad de Londres dio hasta 20.000 libras esterlinas con el mismo fin¹⁴³⁶.

La protección y los beneficios del rey, cualesquiera que fuesen, eran venales. 20 marcos de plata le costó a Roberto Griselet proporcionarse su apoyo contra el conde de Mortaña, en cierto pleito que tuvieron. Roberto de Cundet logró, pagando treinta marcos, ponerse en paz con el obispo de Lincoln. Ralph de Brekham se aseguró de la protección del rey, a precio de un halcón que le regaló; aquella protección era un fecundo minero de provechos para S. M. Juan, hijo de Ordgar, le dio un azor de Noruega para excitarle a solicitar del rey de este país que permitiese que tomase posesión de las tierras de su hermano Godard. Ricardo de Neville pagó con 20 soberbios palafrenes el paso que el rey se dignó dar por él, solicitando de Isolda Bisel que le aceptase por esposo; aquel príncipe aceptó de Roger Fitz-Walter tres caballos de mano por ajustar su casamiento con la madre de Roger Bertram: el deán Eling pagó cien marcos por que se pusiese en libertad, sin fianza, a su concubina y a sus hijos. Otros mil ejemplos pudiéramos citar, copiando a Madox (página 332 y siguientes). Sin embargo, justo es observar que estos ridículos y peligrosos abusos reinaban en Normandía y probablemente también en todos los demás estados de Europa¹⁴³⁷, de modo que en este punto, la nación inglesa no era más bárbara que sus vecinas.

Tan conocida era aquella inicua rapacidad de los reyes normandos que cuando murió Hugo Bigod, bajo el reinado de Enrique II, el mejor y el más justo de aquellos príncipes, el hijo primogénito y la viuda de aquel magnate fueron a la corte, y poniendo, por decirlo así, la buena voluntad del rey a puja, procuraron cada uno en particular, ganarle con presentes de consideración, para obtener de él la posesión de aquella pingüe herencia. El rey fue bastante justo para decidir que

1433 Id. pág. 232.

1434 Id. pág. 326.

1435 Id. pág. 326.

1436 Madox. Hist. Exch pág. 327.

1437 Id. pág. 359.

juzgase de sus derechos el gran consejo; pero mientras se decidía el caso, no dejó de aprovecharse de todo el dinero y de todos los muebles preciosos del difunto. Pedro de Blois, escritor juicioso y bastante elegante para aquel siglo, hace una patética pintura de la venalidad de la justicia y de la opresión de los pobres bajo el reinado de Enrique, y no titubea en quejarse de aquellos abusos al mismo rey; de aquí podemos inferir cuáles serían aquellos bajo el gobierno de los príncipes malos. Los artículos de las pesquisas sobre la conducta de los *sheriffs*, que Enrique promulgó en 1170, prueban cuál era el exceso de la autoridad y de la licencia de aquellos ministros¹⁴³⁸.

Las multas o *amerciaments* por los crímenes y los delitos eran otra rama muy productiva de las rentas reales¹⁴³⁹. La mayor parte de los crímenes se expiaban con dinero; ninguna regla ni estatuto limitaba las multas que se imponían, que muchas veces arruinaban a los multados, aun por faltas muy ligeras. Las leyes de caza eran particularmente un inagotable origen de opresión. El rey poseía sesenta y ocho bosques, trece cantones de reserva, y setecientos ochenta y un parques en diferentes partes de Inglaterra¹⁴⁴⁰, y si se considera la pasión de los ingleses y de los normandos por la caza, se verá que eran otras tantas redes tendidas para cogerlos en falta, y hacerles sufrir las leyes rigurosas y arbitrarias que había tenido a bien establecer por su propia autoridad.

Pero los actos de tiranía más manifiestos fueron los que se ejercieron contra los judíos, hombres totalmente privados de la protección de las leyes, odiosos por sí mismos al pueblo fanático, y abandonados a la insaciable codicia del rey y de sus ministros. Amén de los ultrajes a que continuamente estaban expuestos, parece que en una ocasión se los encarceló a todos, y que no obtuvieron su libertad sino pagando 66.000 marcos que se les exigieron¹⁴⁴¹. En otra ocasión, el judío Isaac dio él solo 5.100 marcos¹⁴⁴², Bruno 3.000¹⁴⁴³, Jurnet 2.000, Bennet 500; otra vez, Licorica viuda de David, judío de Oxford, fue condenada a pagar 6.000 marcos, por los que salieron fiadores seis de sus compatriotas, los más ricos y considerados de Inglaterra, para sacarla de la cárcel¹⁴⁴⁴. Enrique III tomó prestados 5.000 marcos del conde de Cornualles, y le asignó el cobro de esta suma sobre todos los judíos de Inglaterra¹⁴⁴⁵. Las rentas procedentes de las rapiñas que se practicaban sobre aquella nación eran tan considerables, que había una sala particular del tesoro para percibir las¹⁴⁴⁶.

Comercio

Podemos juzgar de la escasez del comercio de los ingleses por el hecho de que los judíos, aunque tan oprimidos, todavía hallaban provecho en traficar en Inglaterra y en prestar su dinero. Como las inmensas posesiones de la nobleza, los desórdenes de la época y el estado inseguro de las propiedades feudales coartaban los progresos de la agricultura, parece que no podía haber entonces ninguna especie de industria en aquel reino¹⁴⁴⁷.

Asegura Sir Harry Spelman¹⁴⁴⁸, como una verdad incontestable, que durante los reinados de los primeros príncipes normandos, todos los edictos del rey, expedidos con el consentimiento de su consejo privado, tenían fuerza de ley; pero seguramente los barones no eran bastante dóciles para confiar un poder enteramente arbitrario y despótico en manos de su soberano. Parece solamente que las constituciones no habían fijado los límites exactos de la autoridad real, que el derecho de hacer

1438 Hoveden, Corn. Gerv. pág. 1410.

1439 Madox, cap. 14.

1440 Spel., Gloss. in verbo Foresta.

1441 Madox, Hist. Exch. pág. 151. Esto sucedió en el reinado del rey Juan.

1442 Id. pág. 151.

1443 Id. pág. 153.

1444 Id. pág. 168.

1445 Id. pág. 156.

1446 Id. cap. 7.

1447 Brody, Domesday-Book.

1448 Gloss. in verbo Juditium Dei.

declaraciones en algunas circunstancias, y de exigir que se sometiesen a ellas, derecho considerado siempre como inherente en la corona, y muy difícil de distinguir del poder legislativo; que la suma imperfección de las antiguas leyes y las graves circunstancias que con frecuencia ocurrían en un gobierno tan borrascoso, obligaban al príncipe a emplear muchas veces también los poderes ocultos de su prerrogativa; que la conformidad del pueblo le movía fácilmente a atribuirse, en los casos particulares e importantes, una autoridad a la que él mismo había renunciado en virtud de los estatutos expresos, de las cartas o de las concesiones, y que repugnaba sobre todo a la índole general de la constitución; en fin, que la vida, la libertad personal y las haciendas de todos sus vasallos estaban menos aseguradas por la ley contra su autoridad arbitraria que por las fuerzas independientes y las relaciones particulares de cada individuo. Por la misma *Carta magna* parece que no sólo Juan, aquel príncipe tan tiránico, y Ricardo aquel príncipe tan violento, mas también Enrique, su padre, bajo cuyo reinado debió haber menos abusos considerables, estaban en posesión, por su propia autoridad, y sin formas judiciales, de encarcelar, proscribir e infamar a toda persona libre del reino.

Un gran barón se consideraba a sí mismo, en aquellos remotos tiempos, como una especie de soberano en su territorio; sus cortesanos, y todos los que dependían de él, le servían con más celo y le eran más adictos de lo que solían serlo a su rey los ministros de estado y los grandes oficiales. Muchas veces el barón afectaba en su corte la pompa propia de un rey, estableciendo en ella un justicia mayor, un condestable, un mariscal, un chambelán, un senescal y un canciller, a cada uno de los cuales asignaba un ramo distinto y una autoridad particular. Generalmente era muy asiduo en el ejercicio de su jurisdicción, y se complacía tanto en aquella imagen de la soberanía, que fue necesario contener su autoridad y prohibirle, por una ley expresa, que reuniese con tanta frecuencia su tribunal. Es indudable que el ejemplo de las sórdidas y mercenarias extorsiones que el príncipe daba al barón sería puntualmente imitado por éste, y que sus favores y sus rigores, su justicia y su injusticia eran igualmente venales. Tenía la facultad, con el consentimiento del rey, de imponer pechos aun a los ciudadanos libres que vivían en su baronía, y como sus necesidades le hacían ser más rapaz, su autoridad era todavía más opresiva y tiránica que la del soberano. Siempre estaba empeñado en contiendas o confederaciones personales o hereditarias con sus vecinos; muchas veces concedía un refugio y su protección a todos los aventureros y criminales que podían coadyuvar útilmente a sus violentos planes. Era capaz, en tiempos tranquilos de impedir él solo la ejecución de la justicia en sus tierras, y coligándose con un corto número de barones descontentos, con tal que fuesen poderosos y de alta cuna, podía trastornar el reino. En suma aunque la autoridad real estaba encerrada en límites muchas veces harto estrechos, el freno que la contenía no era regular sin embargo, y con frecuencia daba origen a grandes desórdenes, pues no le formaba la libertad del pueblo, sino las fuerzas militares de muchos tiranuelos tan peligrosos para el príncipe como opresivos para los vasallos.

La Iglesia

El poder de la iglesia era otra valla contra la autoridad real, pero ocasionaba también grandes males y grandes inconvenientes. Las dignidades eclesiásticas no eran acaso tan propensas como los barones a dominar por las rápidas vías de la violencia, pero como aspiraban a una independencia absoluta, y siempre podían cubrir sus ambiciosas miras con el velo de la religión, llegaron a ser bajo ciertos conceptos, un obstáculo para el sosiego del reino y la ejecución regular de las leyes. La política de Guillermo el Conquistador merece sobre este punto alguna censura, pues aumentó la supersticiosa veneración hacia la corte de Roma a que ya se propendía demasiado en aquel siglo; rompió los lazos que en tiempo de los sajones habían conservado la unión entre el brazo clerical y el lego, prohibió a los obispos asistir a los tribunales de condado; permitió que las causas eclesiásticas no se juzgasen mas que en los tribunales espirituales, y exaltó de tal suerte el poder del clero, que de

60.215 feudos de caballeros, en que aquel monarca dividió la Inglaterra, puso hasta 28.015 bajo el dominio de la iglesia¹⁴⁴⁹.

Leyes civiles

El derecho de primogenitura se introdujo en Inglaterra con el gobierno feudal, práctica funesta en cuanto produjo y mantuvo una división desigual de las propiedades particulares, pero ventajosa bajo otro concepto en cuanto acostumbra al pueblo a una preferencia en favor del hijo primogénito y evita de esta suerte los bandos para la sucesión a la corona. Los normandos introdujeron el uso de los apellidos, que sirve para conservar el conocimiento de las familias y de las genealogías. No abolieron ninguna de las antiguas y absurdas pruebas de la cruz y del agua (*ordeal*), y aun añadieron a ellas otra no menos extravagante, la del combate singular¹⁴⁵⁰, que llegó a ser una parte de la jurisprudencia, y que se hacía con todo el orden, todo el método, devoción y solemnidad posibles¹⁴⁵¹; también parece que los normandos introdujeron las ideas de la caballería. Entre los sencillos y rústicos sajones no se halla rastro alguno de aquellas vanas imaginaciones.

Costumbres

Las instituciones feudales, elevando a los terratenientes militares a una especie de dignidad soberana, haciendo necesarios el valor y la fuerza personal, y dejando a cada caballero o barón el cuidado de su venganza o de su seguridad, dieron origen a aquella altivez militar y a aquellos principios sobre el honor que, cultivados y embellecidos por los poetas y novelistas del siglo, formaron en fin el espíritu de la caballería. Un verdadero paladín no peleaba solamente por su propia causa, mas tomaba también la defensa del inocente, del oprimido, y sobre todo de la hermosura, que consideraba especialmente bajo la custodia de su brazo vengador; el caballero descortés que desde su castillo saqueaba a los viajeros, o insultaba a las doncellas era el objeto de su perpetua indignación, y sin escrúpulo, sin formalidades, sin apelación, le mataba donde quiera que le encontraba. La suma independencia de aquellos guerreros hacía que el honor y la probidad personales eran el principal vínculo que reconocían entre sí, y las virtudes capitales de todo buen caballero, o aspirante a la gloria de serlo. El solemne aparato de los combates singulares, como establecido por la ley misma, ahuyentaba todas las ventajas de mala fe o desigualdad que pueden hallarse en las luchas, y conservaba una apariencia de cortesía entre los combatientes hasta el momento en que venían a las manos. La credulidad del siglo injertaba, por decirlo así, sobre aquel tronco la idea de los gigantes, de los encantadores, de los dragones, de los vestiglos, de los mágicos¹⁴⁵², y de una multitud de prodigios que se multiplicaron todavía más en tiempo de las cruzadas, pues los cruzados, de vuelta de unos países tan lejanos, usaban ampliamente de la libertad de embaucar con sonadas maravillas a sus crédulos oyentes. Aquellas ideas de caballería infestaron los escritos, la conversación y la conducta de los pueblos por espacio de algunos siglos; y aunque el renacimiento de las luces las disipó en gran parte, dejaron en su lugar la galantería moderna y el pundonor que todavía conservan su influjo, y son los frutos de aquellas antiguas afectaciones.

La concesión de la gran *Carta* o más bien su entero establecimiento, pues pasó un grande intervalo entre uno y otro, dio por grados ocasión a una nueva especie de gobierno, e introdujo más

1449 Spel. Gloss. in verbo Manus mortua. No creemos, como algunos, que la Iglesia poseía tierras en esta proporción, pero sí que ella y sus vasallos disfrutaban de una parte así proporcionada de la propiedad territorial.

1450 Leges Will., cap. 68.

1451 Spel. Gloss. in verbo Campus. El último caso de estos duelos ocurrió en el décimo quinto año del reinado de Isabel. ¡Tanto tiempo duró aquel absurdo uso!

1452 En estos duelos permitidos por la ley, una parte del juramento de cada campeón era que no llevaba sobre sí ninguna hierba, ningún hechizo o encantamiento que pudiese darle la victoria. Dugd. Orig. jurid. pág. 82.

orden y equidad en la administración; las escenas que presentará nuestra historia en lo sucesivo diferirán, pues, en cierto modo, de las anteriores. Sin embargo, la gran carta no establecía ni tribunales, ni magistrados, ni senados nuevos, y no abolía ninguno de los antiguos; no introdujo ninguna nueva distribución de los poderes de la comunidad y no hizo ninguna innovación en la ley pública o política del reino; solamente defendía, y eso únicamente por medio de cláusulas verbales, contra aquellos usos tiránicos que son incompatibles con un gobierno civilizado, y que si llegan a ser muy frecuentes, lo son con toda clase de gobierno. La desenfrenada licencia de los reyes, y acaso de la nobleza, se reprimió algún tanto de resultas en lo sucesivo; la libertad y la hacienda de los súbditos se hallaron algo más aseguradas. y el gobierno se acercó más al fin para el que fue instituido, es decir, a una distribución equitativa de la justicia y una protección igual para todos los ciudadanos. Los actos de violencia e iniquidad de parte del soberano, que antes sólo se miraban bajo el concepto de injurias hechas a particulares, y que no parecían peligrosas sino en proporción del número, del poder y de la clase de aquellos sobre quienes recaían, parecieron entonces, hasta cierto punto injurias públicas y transgresiones de una carta acordada para la seguridad general. De esta suerte el establecimiento de la gran carta, sin que pareciese que alteraba en ningún modo la distribución del poder político formó una especie de época en la Constitución.

XII. Enrique III—1216

A medida que se extienden y perfeccionan la mayor parte de las ciencias, adquieren métodos que facilitan su inteligencia, y empleando teoremas generales, consiguen reducir a un corto número de proporciones una infinidad de consecuencias y de principios. En este punto la historia las imita: como es una colección de hechos, y como estos se multiplican sin fin, se ve obligada a adoptar también medios de observación, para retener los sucesos principales, y pasar de corrida sobre las circunstancias minuciosas que no interesan más que en el momento en que ocurren, y a las personas que se hallan empeñadas en ellas. Nunca ha sido tan evidente esta verdad como con respecto al reinado en que vamos a entrar. ¿Qué hombre tendría paciencia para leer o escribir un largo pormenor de incidentes tan frívolos como los que llenan este reinado, y para seguir atentamente en una fastidiosa narración, que comprende el transcurso de 56 años, todos los caprichos y todas las flaquezas de un príncipe tan despreciable como Enrique III? El principal motivo que ha movido a los escritores protestantes a poner tan esmerado conato en recoger los sucesos de aquel reinado, ha sido el deseo de hacer patentes la codicia, la ambición y los artificios de la corte de Roma, y de probar que, mientras el alto clero de la Iglesia católica pretendía no tomar en consideración más que el bien de las almas, sólo pensaba realmente en enriquecerse, sin que le detuviese en la prosecución de aquel grande objeto¹⁴⁵³ ningún sentimiento de justicia o de honor; pero nadie les negaría esto a aquellos escritores, aun cuando no se apoyasen sobre una multitud de circunstancias tan fastidiosas. La conclusión que de ellas sacan resulta en efecto necesariamente de la situación misma en que se hallaba colocada la Iglesia romana con respecto a lo restante de Europa, porque, prescindiendo de que todo poder eclesiástico, como siempre puede ocultar sus operaciones bajo la capa de la santidad, y como ataca a los hombres por el lado en que no se atreven a emplear su razón, está menos expuesto a hallar resistencia que el gobierno civil; prescindiendo, digo, de esta causa general, el papa y sus cortesanos, extraños a la mayor parte de las iglesias que gobernaban, no podían tener otro objeto más que el interés presente del pillaje. Como vivían lejos de los países que ponían a contribución, los refrenaban poco la vergüenza y el remordimiento para hacer uso de todos los expedientes lucrativos que les sugería la codicia. La Inglaterra, uno de los países más distantes, como también uno de los más dispuestos a la superstición, entre los que estaban unidos a la jerarquía romana, experimentó cruelmente, hasta que se le apuró la paciencia, las influencias de aquellas causas reunidas. Muchas veces tendremos ocasión para hablar de ellas de paso, pero no emprenderemos referir escrupulosamente todos los hechos que nos han sido transmitidos, y hasta fines de aquel reinado, época en que los sucesos van siendo más memorables, no siempre observaremos exactamente un orden cronológico en esta narración.

Establecimiento del Gobierno

Muerto el rey Juan, el conde de Pembroke, como mariscal de Inglaterra, se hallaba por su empleo al frente de los ejércitos, y por consiguiente, en una época de guerras civiles y de disturbios, a la cabeza del estado. Afortunadamente para el joven monarca y para la nación, la autoridad no podía estar confiada en manos más hábiles y leales; aquel magnate, que siempre había sido muy fiel a Juan, aun en los momentos más calamitosos, resolvió sostener la autoridad del príncipe menor de edad, y no le intimidaron ni el número ni la violencia de sus enemigos. Conociendo que, con arreglo a las preocupaciones del siglo, Enrique no sería considerado como soberano mientras no fuese

¹⁴⁵³ Mat. París, pág. 623.

coronado y ungido, llevó inmediatamente al joven príncipe a Gloucester, donde los obispos de Winchester y de Bath¹⁴⁵⁴ hicieron aquella ceremonia (28 de octubre) en presencia del legado Gualo y de algunos grandes. Como el apoyo de la santa sede era necesario para sostener el vacilante trono, Enrique tuvo que jurar fidelidad al papa, y renovar el pleitohomenaje a que anteriormente había sujetado su padre la corona de Inglaterra¹⁴⁵⁵: luego, para extender la autoridad de Pembroke, y darle un título que la hiciese más regular y legal, reunióse el consejo general de los barones en Bristol (11 de noviembre) donde se le nombró regente o *protector* del reino.

A fin de conciliar todos los ánimos con el gobierno de su pupilo, otorgó Pembroke, a nombre del rey niño, una nueva carta de libertades, copiada en gran parte de las antiguas concesiones arrancadas a Juan; pero que contenía sin embargo algunas modificaciones dignas de observarse¹⁴⁵⁶. El entero privilegio de las elecciones, concedido al clero por el difunto rey, no fue confirmado, como tampoco la libertad de salir del reino sin permiso de la corte, de donde podemos conjeturar que Pembroke y los barones, celosos del poder eclesiástico, deseaban hacer revivir la pretensión del rey a dar a los frailes y a los cabildos licencias de elegir y creían necesario poner algunas cortapisas a las frecuentes apelaciones a la corte de Roma; pero lo más sorprendente es que la obligación a que se sometió el mismo Juan, de obtener el consentimiento del gran consejo antes de levantar ningún impuesto o *scutage* sobre la nación, no sólo quedó omitida, mas se declaró que aquel artículo era demasiado duro y severo, y se remitió expresamente a una futura deliberación. Es preciso observar sin embargo que aunque esta cortapisa pueda parecer una de las más importantes de toda la carta de Juan, no la consideraron así los antiguos barones, más recelosos de los actos de violencia particulares que de aquellos impuestos generales; y en efecto, parece difícil que, a menos de que fuesen evidentemente razonables y necesarios, se echasen sin el consentimiento unánime, sobre unos hombres siempre armados, y en estado de rechazar toda opresión que los molestase inmediatamente. De ello vemos una prueba en que Enrique, en el transcurso de su reinado, y mientras que daba tantos motivos de descontento a sus vasallos con sus frecuentes infracciones de la gran Carta, nunca se atrevió a levantar ninguna contribución por su sola voluntad, a pesar de los grandes apuros a que se halló reducido, sus pueblos le negaron socorros, tanto le era más fácil a aquel príncipe quebrantar la ley, cuando sólo era en detrimento de algunos particulares, que ejercer su prerrogativa, aunque reconocida, cuando el cuerpo entero de la nación estaba interesado en oponerse a ello.

Confirmó el rey aquella carta el año siguiente, con la adición de algunos artículos, para prevenir el abuso de su autoridad que hacían los sheriffs: también se añadió una carta con respecto a los montes, circunstancia muy importante en un siglo en que la caza era la más constante ocupación de la nobleza, y cuando el rey comprendía en sus bosques una porción tan considerable del reino, que gobernaba por leyes arbitrarias y particulares. Todos los bosques destinados a recreo del rey desde el tiempo de Enrique II se separaron de aquel destino, y se mandó hacer nuevas visitas para este efecto: las infracciones de las leyes de montes dejaron de envolver la pena capital, y sólo se castigaron con multas, prisiones y otros medios represivos; en fin, todos los propietarios de tierras recobraron el derecho de hacer cortas en sus montes y de usar de ellos libremente.

Así fue como aquellas famosas cartas tomaron poco a poco la forma en que siempre se han conservado desde entonces: por espacio de muchas generaciones la nación inglesa las consideró como el más sagrado antemural de la libertad y de la independencia nacionales. Como aseguraban los derechos de todas las órdenes del estado, todos fijaron en ellas ojos atentos e inquietos, y así llegaron a ser en cierto modo la base de la monarquía inglesa, y una especie de contrato original que limitaba la autoridad del rey, y garantizaba al mismo tiempo la obediencia condicional de sus vasallos. En vano se violaron muchas veces; la nobleza y el pueblo las reclamaron siempre. Como no se reputaba válido ningún acto que las violaba, aquellas cartas perdieron menos ascendiente que

1454 Mat. París, pág. 200. Hist. Croyl. cout. pág. 474. Trivet, pág. 168.

1455 Mat. París, pág. 200.

1456 Rymer, tomo I, pág. 215.

el que adquirieron con las frecuentes tentativas que hizo contra ellas por espacio de muchos siglos la autoridad real y arbitraria.

Mientras que renovando y confirmando la gran Carta, proporcionaba Pembroke tanta satisfacción y seguridad a la nación en general, dedicóse también con buen resultado a ganar los corazones en particular. Escribió en nombre de Enrique a todos los barones descontentos, y les hizo presente en sus cartas que, cualquiera que hubieran sido su desconfianza y su animosidad contra el difunto rey, debían conocer que el joven príncipe, descendiente de sus antiguos monarcas, no sucedía igualmente a los resentimientos y a los principios de su predecesor; que el desesperado expediente a que habían recurrido, llamando en su ayuda a un soberano extranjero, no había tenido. afortunadamente para ellos y para la nación, un logro completo; que todavía dependía de ellos solos, si querían volver pronto a su deber, restablecer la independencia del reino, y asegurar aquella libertad por la que habían peleado con tanto ardor; que sepultadas ya en el olvido todas las culpas pasadas de los barones, ellos por su parte debían olvidar sus quejas contra el difunto rey; que si la conducta de este príncipe era en algunos puntos reprehensible, dejaba en sí misma una buena lección y un saludable escarmiento para su hijo: que habiendo obtenido a la sazón una carta tan favorable a sus libertades, estaban interesados en probar con su conducta que aquella adquisición no era incompatible con su fidelidad y que los derechos del rey y del pueblo, lejos de ser inconciliables y opuestos, podían robustecerse y apoyarse mutuamente¹⁴⁵⁷.

Estas consideraciones, presentadas con energía por un hombre cuyo carácter de constancia y fidelidad nunca se había desmentido, tuvieron mucho influjo sobre los barones: casi todos ellos empezaron a negociar secretamente con Pembroke, y muchos volvieron desde luego francamente a la senda del deber. La desconfianza que les manifestó Luis aumentó aquella general propensión hacia Enrique, y cuando el príncipe francés negó el gobierno del castillo de Hertford a Roberto Fitz-Gualtero, que tan hostil había sido al rey difunto, y que reclamaba aquella fortaleza como su propiedad, la nobleza inglesa vio claramente que estaba excluida de todos los empleos de confianza, y que sólo los extranjeros gozaban de la del nuevo soberano, igualmente que de su afecto¹⁴⁵⁸. La excomunión que fulminó el legado contra todos los parciales de Luis no dejó también de producir grande efecto sobre los ánimos, cuyas disposiciones habían tomado un giro muy diferente, y no fue difícil hacer considerar como impía y profana una causa que ya era objeto de una invencible aversión¹⁴⁵⁹. Aunque Luis hizo un viaje a Francia, de donde sacó tropas de refresco¹⁴⁶⁰, halló a su partido todavía más debilitado a su vuelta, por la deserción de sus confederados ingleses, y vio, contra su esperanza, que la muerte de Juan le había dado un golpe decisivo. Los condes de Salisbury, de Arundel y de Warena, igualmente que Guillermo Mareschal, hijo mayor del regente, habían pasado al partido de Enrique, y toda la nobleza inglesa espionaba la ocasión de hacer lo mismo. Hallóse Pembroke tan reforzado con aquella agregación, que se aventuró a sitiar a Mount-Sorel, pero habiéndose acercado el conde de Perche y el ejército francés, abandonó su empresa y levantó el sitio¹⁴⁶¹. El conde de Perche, ufano con aquella retirada del enemigo, marchó sobre Lincoln, y habiendo entrado en la ciudad, atacó el castillo, que pronto redujo al mayor apuro. Reunió el regente sus fuerzas de diferentes cuarteles en que estaban diseminadas, para socorrer una plaza de tanta importancia, y entonces pareció tan superior a los franceses, que se encerraron en la ciudad, resueltos a ponerse a cubierto detrás de sus murallas¹⁴⁶²; pero la guarnición del castillo, habiendo recibido un refuerzo considerable, hizo una vigorosa salida sobre todos los sitiadores, mientras que el ejército inglés, obrando de acuerdo con ella, los atacó por fuera en el mismo instante, escaló los muros, y arrollando cuanto se le oponía al puso, entró en la ciudad con espada en mano: Lincoln fue entregada al saqueo y el ejército francés quedó en completa derrota. Sólo murieron el conde de

1457 Rymer, tomo I, pág. 215.

1458 Mat. París, pág. 200.

1459 Id. Mat. West, pág. 277.

1460 Crón. Dunst., tomo I, pág. 79.

1461 Mat. París, pág. 205.

1462 Cron Dunst., tomo I, pág 81.

Perche y otros dos hombros, pero muchos de los principales oficiales, y sobre cuatrocientos caballeros, fueron hechos prisioneros por los ingleses¹⁴⁶³: aquella fue la única sangre que se derramó en una acción tan importante, que decidía de la suerte de uno de los más poderosos reinos de Europa; tan malos soldados eran aquellos antiguos barones, que sin embargo no conocían más que el oficio de las armas¹⁴⁶⁴.

Llegó aquel fatal suceso a noticia del príncipe Luis mientras estaba en persona sitiando a Duvres, ciudad que Huberto de Burgh continuaba defendiendo valerosamente, y al punto se retiró hacia Londres, centro y alma de su partido: allí supo otro nuevo desastre que destruía todas sus esperanzas. Una escuadra francesa, cargada de un formidable socorro, había asomado hacia la costa de Kent, y los ingleses, bajo el mando de Felipe de Albiney, la atacaron y la dispersaron causando en ella gran destrozo. Es fama que Albiney empleó una estratagema que contribuyó a la victoria: habiendo ganado el viento sobre los franceses, cayó sobre ellos con ímpetu, y tirándoles a la cara una gran cantidad de cal viva que había llevado expresamente, los cegó a punto que no pudieron defenderse¹⁴⁶⁵.

Pacificación general

Después de aquel segundo revés de los franceses, todos los barones ingleses se dieron prisa a hacer la paz con el regente y a evitar, con una pronta sumisión, el destierro a que los exponía su rebelión. Luis, cuyas cosas se hallaban entonces en una situación desesperada, empezó a temer por la seguridad de su persona, y tuvo a dicha poder, con honrosas condiciones, retirarse de un país donde todo le era contrario: hizo, pues, la paz con Pembroke. prometió evacuar el reino, y solamente estipuló que se concedería una amnistía a los que habían seguido su partido, que se les devolverían sus bienes y dignidades, y que gozarían igualmente y sin ser molestados de las libertades concedidas al resto de la nación inglesa¹⁴⁶⁶. Así terminó felizmente aquella guerra civil, que parecía fundada sobre el odio y la rivalidad más incurables, y que amenazaba al reino con las más funestas resultas.

Las precauciones que tomó el rey de Francia en el manejo de aquel negocio son muy notables. Pretendió que su hijo había aceptado la oferta de los barones ingleses sin su consejo y contra su dictamen: los ejércitos enviados a Inglaterra se habían levantado en nombre de aquel príncipe, y cuando éste volvió a Francia para pedir socorros, su padre rehusó públicamente dárselos y aun admitirle a su presencia. Cuando el partido de Enrique recobró la primacía, y Luis se halló en peligro de caer en manos de sus enemigos, Blanca de Castilla, su esposa, y no el rey su padre, fue quien reunió tropas y equipó naves para ir a socorrerle¹⁴⁶⁷. No se emplearon todos estos artificios para satisfacer al papa, que era demasiado perspicaz para creerlos, ni para engañar al pueblo, pues eran demasiado groseros para conseguirlo, sino sólo para colorar la causa de Felipe, pues muchas veces, en los negocios públicos, prefieren los hombres que la verdad, aunque sabida por todos, esté rebozada con el velo de la decencia, que no el que aparezca con todo el cinismo de la desnudez.

Después de la expulsión de los franceses, la juiciosa y equitativa conducta del regente contribuyó a curar de raíz las heridas que habían causado las discordias intestinas. Perdonó francamente a los barones rebeldes, observó con puntualidad las condiciones de la paz que había ajustado con ellos, los restableció en sus posesiones, y procuró, con sus actos, destruir para siempre el recuerdo de todas las divisiones pasadas. El clero, que había abrazado los intereses de Luis, fue el único que sufrió de resultas de aquella revolución. Como los eclesiásticos se habían rebelado contra

1463 Mat. París, pág. 204, 205.

1464 Lingard hace observar que, en el lenguaje afectado de la época, esta victoria que aseguró la corona en las sienes del joven rey, se llamó la hermosa de Lincoln. (N. del Trad.)

1465 Id. pág. 206. Knyghton, pág. 2428.

1466 Rymer, tomo I. pág. 221.

1467 Mat. París, pág 256.

el papa, su jefe supremo, despreciando el entredicho y la excomunión, no pudo Pembroke estipular cosa alguna en su favor, y el legado Gualo se preparó a castigar su desobediencia¹⁴⁶⁸. Muchos fueron depuestos, otros suspendidos, algunos desterrados, y todos los que escaparon de aquellas diferentes penas, expiaron su ofensa pagando crecidas sumas al legado, que por este expediente allegó un tesoro inmenso.

La muerte del Protector ocasiona conmociones

Poco sobrevivió el regente a la pacificación que se debía ante todas cosas a su prudencia y su valor¹⁴⁶⁹: Pedro des Roches, obispo de Winchester, y Huberto de Burgh, justicia mayor, le sucedieron en el gobierno. Siguiéronse con preferencia los consejos de este último, y si hubiera tenido tanta autoridad como Pembroke, parecía digno, bajo todos conceptos, de reemplazar a aquel virtuoso ciudadano, pero los barones, poderosos y díscolos, habiendo ya una vez sacudido el yugo de la sumisión a su príncipe, y obtenido la extensión de sus libertades y de su independencia por medios violentos, no podían ser contenidos por el solo freno de las leyes durante una menor edad. Su insolencia y sus desórdenes eran tan nocivos para el rey como para el pueblo retenían por fuerza los castillos reales de que se habían apoderado durante la guerra, y cuya custodia les había confiado el regente¹⁴⁷⁰; usurpaban los dominios de la corona¹⁴⁷¹, oprimían a sus vasallos, atormentaban a sus más débiles vecinos, y convidaban a todos los vagamundos a entrar en su servicio y a vivir en sus tierras, donde protegían sus iniquidades y extorsiones.

Ningún magnate llevó a más alto punto que el conde de Albemarle aquellas violencias y aquel menosprecio de las leyes. Aunque fue uno de los primeros que volvieron a su obligación y contribuyó mucho a expulsar a los franceses, fomentaba con todo su poder la licencia general y cometía todos los excesos imaginables en las provincias del norte. Para reprimir aquellos desórdenes, aprovechó Huberto una ocasión de apoderarse del castillo de Rockingham, donde Albemarle había puesto de guarnición a los malhechores que tenía a soldada; pero aquel señor, en vez de someterse, formó una liga secreta con Fawkes de Breauté, Pedro de Mauleon y otros barones, fortificó el castillo de Biham para su propia seguridad, y se apoderó al mismo tiempo por sorpresa del de Fotheringay. Pandolfo, que había sucedido en la comisión de legado a Gualo, se dio prisa a emplear su autoridad para sofocar aquella rebelión, y de acuerdo con once obispos, pronunció sentencia de excomunión contra Albemarle y sus parciales¹⁴⁷². Levantóse un ejército, impusieron diez chelines de *scutage* por cada feudo de caballero sobre todos los terratenientes militares, y habiendo abandonado sucesivamente a Albemarle todos los suyos, tuvo en fin que implorar la clemencia real, que obtuvo, y con ella la gracia de ser reinstalado en todos sus bienes.

Aquella imprudente lenidad, harto común entonces, era sin duda efecto de un pacto secreto de los barones, que no podían consentir en la ruina total de uno de ellos; pero una política tan errada alentó a Fawkes de Breauté, hombre a quien Juan había sacado de una condición oscura, a perseverar en las vejaciones a que debía el acrecentamiento de su caudal, y a atropellar toda ley y toda justicia humana. Habiéndose fallado ya 35 juicios a la vez por quejas de otros tantos terratenientes libres a quienes había expulsado violentamente de sus posesiones, presentóse a mano armada en el tribunal en que se le había condenado, apoderóse del juez que había pronunciado las sentencias y le puso preso en el castillo de Bedford. Entonces declaró abiertamente la guerra al rey, y habiendo sido vencido y hecho prisionero, se le dejó la vida, pero se le confiscaron sus bienes y se le desterró del reino¹⁴⁷³.

1468 Bradys App. N.º 144.

1469 Mat. París, pág. 210.

1470 Trivet, pág. 174.

1471 Rymer, tomo I, pág. 276.

1472 Crón. Dunst., tomo I, pág. 102.

1473 Rymer, tomo I, pág. 198.

1222. Con más severidad se castigaron desórdenes menos premeditados que ocurrieron en la ciudad de Londres. Una frívola emulación entre los habitantes de esta ciudad por una parte y los de Westminster y las aldeas vecinas por otra, con ocasión de una lucha a brazo partido, cuerpo a cuerpo, excitó aquel movimiento. Uniéronse los primeros y derribaron algunas casas pertenecientes al abad de Westminster, por semejante asonada que, atendida la disposición al tumulto, tan ordinaria en aquella capital, hubiera podido considerarse como una fruslería, pareció entonces más seria a causa de algunas señales que se manifestaron de la primera parcialidad de los ciudadanos por los intereses de la Francia. En medio del bullicio, ocurriósele al populacho prorrumpir en el grito de guerra que empleaban comúnmente las tropas francesas: *Montjoie! Montjoie! Dieu nous aide et notre maitre Louis!* Hizo investigaciones el justicia sobre aquel desorden, y averiguó que había sido su factor un tal Constantino Fritz-Arnulf, quien tuvo la desfachatez de hacer la apología de su crimen en presencia de Huberto, que le juzgó con arreglo a la ley marcial, y le hizo ahorcar inmediatamente sin más forma de proceso. A algunos de los cómplices de Constantino se les cortaron los pies¹⁴⁷⁴.

Este acto de autoridad se denunció como una infracción de la gran Carta, y sin embargo el justicia, en un parlamento convocado en Oxford, (pues por aquella época empezaron a llamarse así los grandes consejos) no tuvo ninguna dificultad en confirmarla y renovarla en nombre del rey. Cuando la asamblea solicitó de la corona este favor, porque entonces una ley perdía parte de su validez si no se renovaba a menudo, Guillermo de Briewere, uno de los consejeros de la regencia, se atrevió a decir sin rebozo que, como aquellas libertades habían sido arrancadas por la fuerza, no se debían tomar en cuenta; pero el arzobispo de Canterbury le echó una reprimenda, y ni el rey ni sus principales ministros le sostuvieron¹⁴⁷⁵. Pidióse y obtúvose dos años después una nueva confirmación, por cuya merced manifestó el parlamento su gratitud al rey, concediéndole a su vez la recaudación de un quinceno sobre todos los bienes muebles del reino. Envió el rey nuevas órdenes a los sheriffs para que cuidasen de la fiel ejecución de la gran Carta, pero insertó en aquellas órdenes la cláusula notable de que toda persona que no pagase el quinceno no podía en lo sucesivo participar de los beneficios de aquellas concesiones¹⁴⁷⁶.

La humillación en que había caído entonces la corona exigía que un buen ministro pusiese tanto conato en conservar las prerrogativas reales como en asegurar la libertad pública. Dirigióse Huberto al papa, que siempre tenía grande autoridad en el reino, y a quien se consideraba como señor feudal, pura que declarase, por una bula, al rey mayor de edad y con derecho para empuñar las riendas del gobierno¹⁴⁷⁷, y a consecuencia de esta declaración, entregó el justicia en manos de Enrique las dos importantes fortalezas de la torre y del castillo de Duvres, cuya custodia se le había confiado, e intimó a los otros barones que siguiesen su ejemplo. Negáronse estos a obedecer, los condes de Chester y de Albemarle, Juan, gobernador de Chester, Juan de Lacy, Brian de l'Isle, Guillermo de Cantel y otros varios, formaron una conspiración para sorprender a Londres, y con este intento se reunieron armados en Waltham, pero hallando al rey preparado a la defensa, renunciaron a su empresa. Cuando se les mandó que acudiesen a la corte a dar cuenta de su conducta, no titubearon en presentarse y confesar su proyecto, pero protestaron al rey que no los animaba ninguna mala intención contra su persona, y que sus miras se dirigían sólo contra Huberto de Burgh, a quien estaban resueltos a destruir¹⁴⁷⁸. Parecieron los barones demasiado temibles para que se intentase castigarlos, y tan poco desanimados quedaron con el malogro de su primera empresa, que se reunieron de nuevo en Leicester para apoderarse del rey, que residía entonces en Northampton; pero este tuvo noticia de su intento y proveyó a su seguridad con una comitiva tan numerosa y tan bien armada, que no se atrevieron los barones a llevar más adelante su tentativa, y

1474 Mat. París, pág. 217 y siguientes.

1475 Mat. West, pág. 282.

1476 Clause 9. Hen. III, m. 9.

1477 Mat. París, pág. 220.

1478 Crón. Dunst. tomo I, pág. 137.

se quedaron en las cercanías, donde pasaron las fiestas de Navidad¹⁴⁷⁹. El arzobispo y los prelados, viendo que todo se disponía para una guerra civil, interpusieron su autoridad y amenazaron a los barones con excomulgarlos si persistían en retener los castillos del rey, amenaza que tuvo por fin el efecto deseado: casi todas las fortalezas fueron devueltas, aunque los barones se quejaban de que se hubiese confiado de nuevo a Huberto la custodia de los castillos que había devuelto, al paso que el rey no les confiaba la de los que le devolvían ellos. Es fama que había entonces 1.115 castillos en Inglaterra¹⁴⁸⁰.

Fuerza es confesar que la influencia de los prelados y del clero era muchas veces útilísima al pueblo. Aunque la religión de aquel siglo apenas merece otro nombre más que el de superstición, servía para reunir en corporación a unos hombres que tenían grande ascendiente sobre el pueblo, y que impedían que se disolviese el estado con las facciones y el poder independiente de la nobleza; pero lo que todavía era de una importancia infinita, es que la religión ponía una prodigiosa autoridad en manos de hombres opuestos, por su estado, a las armas y a la violencia, que templaban, empleando su mediación, la inclinación harto general hacia las empresas militares, y conservaban siempre, aun en medio de la guerra, aquellos secretos lazos sin los cuales no podría subsistir la sociedad humana.

A pesar de las fermentaciones interiores de Inglaterra y de la autoridad mal consolidada de la corona, Enrique tuvo precisión de ir a hacer la guerra a Francia, y para esta expedición empleó el quinceno que le había concedido el parlamento. Luis VIII, que había sucedido a su padre Felipe, en vez de acceder a las pretensiones de Enrique, que reclamaba la restitución de la Normandía y de las demás provincias desmembradas de Inglaterra, hizo una irrupción en Poitou, tomó a la Rochela después de un largo asedio¹⁴⁸¹, y pareció determinado a echar a los ingleses de las pocas provincias que todavía les quedaban en Francia, adonde Enrique III envió al conde de Salisbury, su tío, y a su hermano el príncipe Ricardo, a quien había concedido el condado de Cornualles, propiedad de la corona. Salisbury atajó los progresos de las armas de Luis, y mantuvo en su obligación a los vasallos potevinos y gascones, pero no hubo por ambas partes ninguna acción militar que merezca referirse, y después de una residencia de dos años en Guyena, volvió a Inglaterra el conde de Cornualles.

1227. No era este príncipe faccioso ni turbulento por carácter: su pasión dominante era atesorar dinero, y supo conseguirlo a punto de llegar a ser el príncipe más rico de la cristiandad: empero su codicia le dominó a veces hasta el grado de sugerirle actos de violencia y rebelión. Había una tierra dependiente en otro tiempo del condado de Cornualles, pero que había sido dada a Valeran de Ties antes de que Ricardo recibiese la investidura de aquel condado, y mientras todavía estaba reunido a la corona. Ricardo reclamó aquella tierra, y echó de ella con la fuerza al propietario; quejóse Valeran: el rey mandó a su hermano que se hiciese justicia y devolviese el señorío; el conde dijo que no se sometería a aquella orden hasta que hubiese decidido aquella causa contra el juicio de sus pares, pero Enrique replicó que era preciso ante todas cosas reinstalar a Valeran en posesión antes de que se sustanciase la causa y reiteró sus órdenes en este sentido¹⁴⁸². Fácil es juzgar del estado de un gobierno en que este asunto estaba a pique de encender una guerra civil. El conde de Cornualles, viendo al rey tan absoluto en su voluntad, se asoció con el joven conde de Pembroke, su cuñado, descontento también de que Enrique le había intimado la orden de devolverle algunos castillos confiados a su guarda. Los condes de Chester, de Warena, y de Gloucester, de Hereford, de Warwik y de Ferrars, todos exasperados por la misma causa, entraron en la liga de aquellos dos señores¹⁴⁸³, y reunieron un ejército, al que el rey no tuvo el poder o el valor de resistir, por lo que se vio obligado a dar satisfacción a su hermano, cediéndole objetos de

1479 Mat. París, pág. 221.

1480 Coke's Comment. on Magna Charta, cap. 7.

1481 Rymer, tomo I, pág. 169. Trivet, pág. 279.

1482 Mat. París, pág. 285.

1483 Mat. París, pág. 245.

mucho mayor importancia que la tierra que había sido la primera ocasión de su contienda¹⁴⁸⁴.

A medida que Enrique iba entrando en años, su carácter se daba a conocer cada día mejor, y probaba más y más cuán poco apto era para gobernar la turbulenta nobleza que la constitución feudal sometía a su autoridad. Moderado, humano, indulgente, hasta el exceso, nunca tuvo más que estas prendas; en todo lo demás recibía las impresiones de las personas que le rodeaban, y a quienes quería, por el pronto, con el afecto más imprudente y menos reservado. Sin vigor ni actividad, era incapaz de conducir una guerra; sin política y sin arte, no lo era menos de conservar la paz. Nadie temía su resentimiento, aunque pronto y violento, porque se sosegaba fácilmente; su amistad era tenida en poco, porque ni se fundaba en una elección madura, ni era constante. Solamente hubiera sido a propósito para ostentar la pompa del poder real en una monarquía regular, en la que sus ministros hubieran podido dirigir todos los negocios en su nombre y bajo su autoridad; pero era demasiado débil, en aquellos tiempos de tumultos y borrascas, para manejar un cetro cuyo grave peso reclamaba absolutamente una mano hábil y firme.

Destitución de Huberto de Burgh

El ministro más diestro y virtuoso que tuvo Enrique, fue Huberto Burgh¹⁴⁸⁵, hombre fidelísimo a su rey en los tiempos mas arduos y peligrosos, y que en el más alto escalón de su privanza, nunca manifestó intenciones de oprimir ni de avasallar al pueblo. La única cosa que se le puede echar en cara es la que menciona Mateo París¹⁴⁸⁶, si el hecho es cierto y si Huberto le aconsejó, que fue hacer al rey revocar y anular públicamente la carta de los montes, concesión tan razonable en sí misma y tan deseada por la nobleza y el pueblo; pero es preciso confesar que nada es menos verosímil, si se consideran las circunstancias de la época y el carácter del ministro; así es que se puede dudar que sea fundada aquella acusación, tanto más cuanto ningún otro historiador habla de ella. Mientras Huberto conservó su empleo, tuvo un ascendiente absoluto sobre Enrique, que le colmó de honores y de larguezas: no solo adquirió la propiedad de varios castillos y señoríos, mas se casó con la hermana mayor del rey de Escocia, fue creado conde de Kent, y por un favor inaudito, nombrado justicia mayor de Inglaterra por toda su vida: sin embargo, un capricho repentino de Enrique (1231) decidió la caída de aquel fiel ministro, y le expuso a las persecuciones de sus enemigos. Entre los ridículos crímenes que le achacaron, se le acusó de haber ganado el afecto del rey con sortilegios, de haber robado en el tesoro real una piedra preciosa que tenía la virtud de hacer invulnerable al que la llevaba sobre sí, y de haber enviado aquella inestimable maravilla al príncipe de Gales¹⁴⁸⁷. Los grandes, que aborrecían a Huberto a causa de su celo por recobrar las posesiones y los derechos de la corona, apenas vieron cercana su caída, animaron al rey contra él y le instaron a consumarla, y habiéndole refugiado Huberto en una iglesia, el rey mandó que le arrancasen de ella, revocó sus órdenes, las reiteró en seguida, y las hizo en fin ejecutar; pero el clero le obligó a volver a Huberto a su asilo. Poco después tuvo este ministro que entregarse en manos del rey, quien lo envió prisionero a su castillo de las Divisas; pero se escapó, fue echado del reino, volvió a él, recobró su privanza, y sin embargo nunca más quiso volverá encargarse del ministerio¹⁴⁸⁸.

El obispo de Winchester es nombrado ministro

Pedro des Roches, obispo de Winchester, le sucedió en el gobierno del monarca y del estado.

1484 Id.

1485 Ipod. Neustria, pág. 464.

1486 Pág. 282. Mat. West, pág. 216, atribuye este consejo a Pedro, obispo de Winchester.

1487 Mat. París, pág. 259.

1488 Id. pág. 259 y siguientes.

Era aquel un potevino, cuya elevación había comenzado el difunto rey, y que se distinguía no menos por sus principios de despotismo y su conducta violenta que por su valor y su habilidad. El rey Juan le había dejado con el cargo de justicia y regente del reino durante una expedición que hizo contra Francia, y su ilegal administración fue una de las principales causas de aquella liga general de los barones, que acabó por arrancar a la corona la carta de las libertades y echó los primeros cimientos de la constitución inglesa. Aunque la debilidad de Enrique le imposibilitaba de seguir las atrevidas máximas que había adoptado su padre, estaba imbuido en los mismos principios arbitrarios, y siguiendo los consejos de Pedro, llamó junto a sí a un gran número de potevinos y otros extranjeros, a quienes creía poder confiarse más seguramente que a los ingleses, y que le parecían necesarios para equilibrar el excesivo e independiente poder de la nobleza¹⁴⁸⁹: todos los empleos y todos los mandos se dieron a aquellos extranjeros, cuya codicia agotó las rentas de la corona, ya harto empobrecida¹⁴⁹⁰: oprimieron al pueblo, y su insolencia, todavía más insoportable que su crédito, les atrajo el odio y la envidia de todas las órdenes del estado¹⁴⁹¹.

1233. Formaron entre sí los barones una liga contra aquel odioso ministerio, y cesaron de presentarse en el parlamento, so pretexto de que se recelaban de los manejos de los potevinos, y cuando se les intimó de nuevo que asistiesen a aquella asamblea, respondieron que el rey debía despedir de su corte a aquellos extranjeros, pues de otro modo a él y a ellos los echarían del reino, y pondrían la corona en unas sienes más dignas de ceñirla¹⁴⁹²: tal fue el estilo en que se dirigieron a su soberano. Acudieron al fin al parlamento, pero tan bien escoltados, que parecían en estado de imponer leyes al rey y al ministro, pero Pedro des Roches halló medio de sembrar la división entre ellos, y de ganarse para su partido al conde de Cornualles, igualmente que a los condes de Lincoln y de Chester. Aquella deserción desconcertó las medidas de los otros confederados; Ricardo, que era conde mariscal por muerte de su hermano Guillermo¹⁴⁹³, fue arrojado al país de Gales: de allí se retiró a Irlanda, donde el obispo de Winchester le hizo asesinar. Confiscáronse los bienes de los barones más culpables, sin expedir ninguna sentencia legal ni ningún juicio por sus pares¹⁴⁹⁴, y se prodigaron sus despojos a los potevinos: Pedro llevó la insolencia hasta el punto de decir públicamente que los barones de Inglaterra no debían aspirar a ponerse en el mismo pie que los de Francia, ni a arrogarse los mismos privilegios, y que el monarca tenía un poder más absoluto en un país que en otro. Más razón hubiera tenido para decir que a unos hombres tan indóciles a la autoridad de las leyes no les estaba bien reclamar su protección.

Cuando el rey hallaba oposición a algún abuso de su autoridad, o se le hacía presente la de la gran Carta, solía responder: «¿Porqué he de observar una Carta desatendida por todos los grandes, los prelados y la nobleza?» Se le respondió con mucha razón: «Vos deberíais, señor, darles el ejemplo de seguirla.»¹⁴⁹⁵

Un ministerio tan violento como el del obispo de Winchester no podía durar mucho tiempo, pero su caída fue al fin obra de la Iglesia y no de los esfuerzos de la nobleza. Edmundo, primado a la sazón, fue a la corte acompañado de los demás prelados, e hizo presente al rey la odiosa administración de Pedro des Roches, el descontento del pueblo y la ruina de los negocios del estado; en seguida pidió que aquel ministro y sus hechuras fuesen depuestos, y se amenazó a Enrique con una sentencia de excomunión en caso de que resistiese. Conociendo aquel príncipe que una excomunión que tan bien se avenía con la presente disposición de los ánimos no podía menos de acarrear los más terribles efectos, tuvo que someterse: despidió a los extranjeros, compuso su consejo de ingleses¹⁴⁹⁶, y el primado, varón prudente, celoso conservador de las leyes y de la Carta

1489 Id, pág. 268.

1490 Crón. Dunst. tomo I, pág. 251.

1491 Mat. París, pág. 258.

1492 Mat. París, pág. 265.

1493 Crón. Dunst. tomo I, pág. 219.

1494 Mat. París, pág. 265.

1495 Id. pág. 609.

1496 Mat. París, pág. 271, 272.

de las libertades, tomó el timón de los negocios.

Parcialidad del rey por los extranjeros

Pero en vano se lisonjearon los ingleses de vivir mucho tiempo libres del dominio extranjero, pues habiéndose casado el rey con Leonor (14 enero 1236), hija del conde de Provenza¹⁴⁹⁷, al instante se rodeó de provenzales a quienes prodigó su afecto, y a quienes enriqueció con la más imprudente generosidad¹⁴⁹⁸. El obispo de Valencia, de la casa de Saboya, y tío materno de la reina, fue su principal ministro, y empleó todos los medios posibles de allegar riquezas para sí y para sus parientes. Pedro de Saboya, otro hermano suyo, fue creado conde de Richemond, y obtuvo la importante tutoría del conde de Warena; Bonifaz de Saboya fue elevado a la silla de Canterbury: llamóse a muchas nobles doncellas de Provenza que se casaron con los más grandes señores de Inglaterra entre los que tenía el rey bajo su tutela¹⁴⁹⁹. Como la fuente de las liberalidades del rey empezaba a cegarse, su ministro saboyano solicitó y obtuvo de la corte de Roma una bula que permitió a aquel príncipe revocar todas las antiguas donaciones, y le relevó del juramento con que las había sellado, que hasta le obligaba a aquella revocación, y representaba como nulas las concesiones hechas, atendido el perjuicio que de ellas resultaba para el pontífice romano, investido del supremo señorío del reino¹⁵⁰⁰. Los obstáculos que se oponían a aquel proyecto de anular tantos actos auténticos impidieron su ejecución; pero la nación vio a qué indignidades consentía el rey en someterse por saciar la codicia de sus favoritos extranjeros. Por el mismo tiempo hizo publicar en Inglaterra la sentencia de excomuniación fulminada contra el emperador Federico, su cuñado¹⁵⁰¹, y alegó por excusa de este indecente proceder, que siendo vasallo del papa, estaba obligado por su juramento de fidelidad, a obedecer todas las órdenes de su Santidad. Bajo aquel débil reinado, cuando algunos príncipes vecinos atacaban los estados de Enrique, éste en vez de obtener reparación por la vía de las armas, se dirigía al papa, como a su señor superior, y le suplicaba que protegiese a su vasallo¹⁵⁰².

Quejas de la nobleza

El resentimiento de la nobleza inglesa estalló sin rebozo al ver la preferencia que obtenían sobre ella los extranjeros, pero ni observaciones ni quejas pudieron determinar al rey a abandonar, ni aun a moderar su predilección hacia ellos. Cuando se pudo suponer que los provenzales y los saboyanos estaban bastante saciados de honores y de riquezas, llamó el rey a sus estados un nuevo enjambre de gentes hambrientas a quienes colmó de favores que, en buena política, debía reservar para la nobleza inglesa, la única que podía sostener y defender su gobierno. Su madre Isabel, injustamente arrebatada por el difunto rey al conde de la Marca, a quien estaba prometida, se casó con éste apenas enviudó¹⁵⁰³, y habiendo tenido de aquellas segundas nupcias cuatro hijos, Guido, Guillermo, Godofredo y Aimer, los envió a todos a Inglaterra a visitar a su hermano (1247). El buen natural de Enrique y su carácter cariñoso se conmovieron a la vista de aquellos deudos tan cercanos, y no considerando ni su propia situación ni las disposiciones de sus vasallos, los colmó de honras y de riquezas¹⁵⁰⁴. Eleváronse los murmullos contra el crédito de los gascones con tanta

1497 Rymer, tomo I, pág. 448.

1498 Mat. París, pág. 256 y siguientes.

1499 Id. pág. 484.

1500 Id. pág. 295, 301.

1501 Rymer, tomo I, pág. 383.

1502 Crón. Dunst. tomo I, pág. 150.

1503 Trivet. pág. 174.

1504 Mat. París, pág. 401.

violencia como antes contra los favoritos potevinos y saboyanos, y aquella general prevención dio a todas sus acciones una apariencia criminal. Echóseles en cara frecuentemente que infringían la gran Carta, y en efecto es más que verosímil que unos extranjeros, ignorantes de las leyes del país, y contando con el cariño sin límites de un príncipe débil, en un siglo en que en todas partes era desconocida una administración regular, tuviesen más en cuenta sus intereses presentes que no las libertades del pueblo. Dícese que los potevinos y otros extranjeros tuvieron la osadía de responder, en algunas ocasiones en que quebrantaron las leyes con sus vejaciones: «¿Qué nos importan las leyes inglesas?» Como muchas veces las palabras ofenden más que las obras, aquel desprecio declarado hacia los ingleses contribuyó mucho a aumentar el descontento universal, y desde entonces el menor acto de violencia cometido por los extranjeros pareció, no sólo un daño causado a la nación, mas también un insulto que se le hacía¹⁵⁰⁵.

No comprendo en las infracciones de la gran Carta el ejercicio arbitrario de la prerrogativa real, que exigiesen las necesidades de Enrique, y que todos sus sucesores han cometido hasta el siglo pasado, sin producir ningún descontento. Como muchas veces el parlamento le rehusaba subsidios, y aun de un modo duro e indecoroso¹⁵⁰⁶, aquel príncipe obligaba a sus vasallos más ricos, sobre todo a los ciudadanos de Londres, a prestarle dinero, y es muy natural imaginar que la misma falta de economía que le reducía a recurrir a empréstitos, le impedía ser muy puntual en los pagos¹⁵⁰⁷. Pedía además a la nobleza y a los prelados donativos gratuitos, o supuestas contribuciones voluntarias¹⁵⁰⁸, y él fue el primer rey de Inglaterra, desde la conquista, de quien puede verdaderamente decirse que estuvo bajo el yugo de la ley; también fue el primero que usó del poder de dispensar de ella, y que se sirvió, en los privilegios que otorgó y en sus patentes, de la cláusula de *no obstante*. Cuando quiso el parlamento oponerse a aquella innovación, replicó el rey que el papa daba el ejemplo de ella, y preguntó porqué no había él de imitarle, pero el abuso que hacía el papa de dispensar, violando los cánones de los concilios generales, derogando los privilegios y prácticas de todas las iglesias particulares, y usurpando los derechos de los patronos, era más propio para despertar la desconfianza del pueblo que para hacerle soportar una conducta semejante en el gobierno civil. Roger de Thurkesby, uno de los justicias del rey, sintió aquel abuso a punto de exclamar: «¿En qué tiempos vivimos? La curia civil se corrompe a imitación de la curia eclesiástica, y esta fuente envenena el río.»

La predilección y la prodigalidad del rey hacia sus parientes extranjeros, y hacia los amigos y favoritos de estos, hubieran parecido más tolerables a los ingleses, si hubiera hecho algo honroso para la nación, o si sus empresas fuera del reino hubieran proporcionado alguna gloria o alguna ventaja al soberano o al pueblo; por lo menos algún talento militar en aquel príncipe hubiera servido para inspirar respeto a sus barones y dado cierto peso a su gobierno. Declaró la guerra a Luis IX en 1242, e hizo una expedición a Guyena, a instancias del conde de la Marca, su padraastro, que le había prometido unirse a él con todas sus fuerzas, pero vio malogradas todas sus tentativas contra aquel gran monarca, fue vencido en Taillebourg, abandonado por sus aliados, despojado de lo que le quedaba en el Poitou, y tuvo que volverse vergonzosamente a Inglaterra¹⁵⁰⁹. La nobleza de Gascuña era adicta al gobierno inglés, porque un soberano tan distante la dejaba gozar de una independencia casi total. Poco tiempo después (1253), los gascones imploraron su protección contra una invasión que hacía el rey de Castilla en su país: Enrique volvió a Guyena y fue más feliz en aquella empresa, pero tanto él como sus barones ingleses se empeñaron en ella tan excesivamente, que su descontento aumentó y los hizo más temibles para el príncipe¹⁵¹⁰.

Es imposible justificar a Enrique de suma falta de economía, y de una liberalidad mal entendida. Aun antes de aquella campaña, estaba ya tan adeudado, que había tenido que vender toda

1505 Id. pág 566, 666.

1506 Id. pág. 801.

1507 Mat. París, pág. 406.

1508 Id. pág. 507.

1509 Id. pág. 393 y siguientes.

1510 Id. pág. 614.

su vajilla y todas sus joyas sin conseguir desempeñarse. Cuando le propusieron aquel expediente, preguntó donde hallaría compradores, y habiéndole respondido que los hallaría entre los ciudadanos de Londres: «Por vida mía», exclamó, «que si llevaran a la plaza el tesoro de Augusto, los ciudadanos estarían en estado de comprarle: esos bellacos que se dan el título de barones nadan en la abundancia, mientras que nosotros carecemos de todo.»¹⁵¹¹ Desde entonces se observó que titubeaba mucho menos en vejar a los habitantes de Londres¹⁵¹².

Quejas del clero

Todas las quejas que podían tener legítimamente los ingleses contra el gobierno civil durante aquel reinado, parecen todavía inferiores a lo que tuvieron que sufrir de resultas de las usurpaciones y de las tropelías de la corte de Roma. Cuando murió Langton (1228), los frailes de Christ-Church eligieron a Walter de Hemesham, uno de ellos, por su sucesor, pero como Enrique rehusó confirmar la elección, el papa la anuló a ruego suyo,¹⁵¹³ y nombró inmediatamente para el arzobispado vacante a Ricardo, canciller de Lincoln, sin aguardar a que se reuniese el cabildo para elegirle. Cuando murió Ricardo (1231), los frailes eligieron a Ralf de Neville, obispo de Chichester, y aunque Enrique quedó muy contento de aquella elección, el papa, que creyó a aquel prelado demasiado adicto a la corona, se arrogó el poder de anular su elección¹⁵¹⁴ igualmente desechó a otros dos eclesiásticos a quienes los frailes habían elegido sucesivamente, y declaró en fin que si querían nombrar a Edmundo, tesorero de la iglesia de Salisbury, confirmaría el nombramiento, y así lo hicieron. En aquellas dos ocasiones el papa tuvo la prudencia de no exaltar a aquella primacía más que a sujetos dignísimos, pero no por eso fue menos patente su intención de apoderarse así poco a poco del derecho de conferir aquella importante dignidad.

Parece sin embargo que ea aquel siglo el fundamento de las quejas generales era más bien la rapacidad que no la ambición de la santa sede. Los ministros de la corte de Roma, hallándose, por decirlo así, con un tesoro de poder allegado por sus predecesores, juzgaron que ya era tiempo de convertirle en su provecho, y prefirieron gozar de él en sus hogares a extender su autoridad sobre países lejanos donde nunca esperaban residir. Todo había llegado a ser venal en los tribunales romanos: la simonía se practicaba desembozadamente; no se obtenía favor, ni aun justicia, sino a precio de dinero; el mayor postor estaba seguro de la preferencia, sin que se tomase en cuenta ni el mérito de las personas, ni la equidad de las solicitudes; además de la ordinaria perversión del buen derecho en la decisión de los altercados, el papa se atribuía abiertamente la autoridad absoluta e ilimitada de violar o de eludir, en virtud de la plenitud de su poder apostólico, todas las reglas particulares, y cualesquiera privilegios de los patronos, de las iglesias y de los conventos. So pretexto de remediar aquellos abusos, el papa Honorio, en 1226, quejándose de la pobreza de la santa sede, como de la causa madre de aquellos abusos, pidió dos de las mejores prebendas de cada catedral, y dos porciones de frailes de cada convento, a título de renta fija y perpetua de la tiara; pero como se conoció que en efecto aquella renta no se acabaría nunca, ni tampoco cesarían con ella los abusos, su demanda fue desechada unánimemente. A cosa de tres años después, el papa pidió y obtuvo el diezmo de todas las rentas eclesiásticas, que recaudó con un rigor tiránico, exigiendo la percepción de aquel impuesto antes de que el clero hubiese cobrado sus rentas y sus diezmos, y envió a Inglaterra usureros que adelantaron dinero a crecidos intereses a los eclesiásticos, a fin de proporcionarles el medio oneroso de satisfacer al sumo pontífice. En 1240, el legado Otón, habiendo sondeado vanamente al clero en corporación, arrancó a los prelados y a los conventos separadamente, y a fuerza de amaños y de amenazas, sumas inmensas, tanto que es fama que

1511 Mat. París, pág. 501.

1512 Id. pág. 501 y siguientes.

1513 Id. pág. 244.

1514 Id. pág. 254.

cuando salió del reino se llevó más dinero del que dejó en él. Renovó esta experiencia con buen éxito cuatro años después el nuncio Martín, que llegó de Roma armado del poder de suspender y excomulgar a todo eclesiástico que se negase a pagar aquel tributo, y el rey, que sólo del papa aguardaba el apoyo de su vacilante autoridad, nunca dejó de proteger aquellas exacciones.

Durante aquella época, todos los principales beneficios del reino se confirieron a los italianos, de los cuales hizo el papa ir a Inglaterra un enjambre para este efecto: la no-residencia y la pluralidad se llevaron a un exceso intolerable. Se dice que Marsel, capellán del rey, tuvo al mismo tiempo setecientos beneficios eclesiásticos, y estos abusos llegaron a ser tan evidentes que saltaron a los ojos aun de la más ciega superstición. Irritado el populacho, arremolinóse contra los beneficiados italianos, saqueó sus cortijos, taló sus campos y los insultó personalmente donde quiera que encontró a alguno de ellos en el reino¹⁵¹⁵. Cuando los justicias averiguaron quienes eran los autores de aquellos desórdenes, resultaron tantos culpables, y de tan alta clase, que las asonadas quedaron impunes. Últimamente, cuando en 1245, Inocencio IV convocó un concilio general en Lyon, para hacer excomulgar al emperador Federico, el rey y la nobleza enviaron agentes para quejarse al concilio de la rapacidad de la corte de Roma. Entre otras quejas de la nación, hicieron presente que los beneficios de que disfrutaba el clero italiano en Inglaterra ascendían a 60.000 marcos por año¹⁵¹⁶, suma superior al total de las rentas de la corona¹⁵¹⁷. No dio el papa ninguna respuesta evasiva a aquellas representaciones; pero como se había tratado en el concilio de la sujeción feudal de Inglaterra a la santa sede, los agentes ingleses, a cuya cabeza estaba Roger Bigod, conde de Norfolk, clamaron contra aquella pretensión, e insistieron sobre que el rey no tenía derecho, sin consentimiento de sus barones, para sujetar al reino a una servidumbre tan humillante¹⁵¹⁸. En efecto los papas, temiendo exasperar los ánimos en Inglaterra, nunca volvieron a insistir mucho, a lo que parece, sobre aquella pretensión.

El revés que experimentó en el concilio de Lyon no bastó a sofrenar la codicia de Roma: Inocencio exigió las rentas de todos los beneficios vacantes, la vigésima parte de todas las rentas eclesiásticas sin excepción, el tercio de las que pasaban de cien marcos anuales, y la mitad de los poseídos por no residentes¹⁵¹⁹. Reclamó los bienes de todos los eclesiásticos muertos *ab intestato*¹⁵²⁰, pretendió que debía heredar todo el dinero ganado por usura, levantó contribuciones voluntarias sobre el pueblo; y cuando el rey, contra su costumbre ordinaria, prohibió aquellas exacciones, le amenazó con pronunciar contra él las mismas censuras que ya había fulminado contra el emperador Federico¹⁵²¹.

1255. El expediente más oneroso de cuantos empleó el papa fue el de empeñar a Enrique en la empresa de la conquista de Nápoles o de Sicilia, por el lado que se llamaba de allende el Faro, empresa de la que no sacó el rey más que deshonor y que por muchos años le acarreó grandes gastos y grandes apuros. La Iglesia romana, aprovechándose de las circunstancias favorables, había reducido al reino de Sicilia a aquel mismo estado de vasallaje feudal que aspiraba a extender sobre Inglaterra, pero que atendida la distancia y el altivo carácter de los habitantes de este último reino, no le fue posible conservar en él. Después de la muerte del emperador Federico II, la sucesión de Sicilia recayó en Coradino, nieto de aquel monarca; y Manfredo, su hijo natural, so pretexto de gobernar aquel reino durante la infancia del príncipe, formó el proyecto de usurparle para sí. El papa Inocencio IV, que había declarado la guerra al emperador Federico e intentado despojarle de sus posesiones en Italia, continuó las mismas hostilidades contra su nieto; pero los artificios y la

1515 Rymer, tomo I, pág. 323. Mat. París, pág. 255, 257.

1516 La bula de Inocencio, en Rymer, tomo I, pág. 471, dice sólo 50.000 marcos al año.

1517 Mat. París, pág. 451. Las aduanas formaban parte de las rentas de Enrique y ascendían a 6.000 libras al año; al principio no eran más que unas pequeñas sumas pagadas por los mercaderes para poder servirse de los almacenes, de las medidas, de loa pesos del rey, etc. véase la Hist. del Exchequer, por Gilbert, pág. 314.

1518 Mat. París, pág. 460.

1519 Id. pág. 480.

1520 Id. pág. 474.

1521 Id. pág. 476.

actividad de Manfredo desconcertaron todas sus operaciones, y el sumo pontífice conoció que sus propias fuerzas nunca bastarían para asegurarle el triunfo en aquella empresa. Pretendíase con derecho para disponer de la corona de Sicilia, como señor superior y como vicario de Jesucristo, a quien están sometidos todos los reinos de la tierra, y se la ofreció a Ricardo, conde de Cornualles, a quien creía en estado, por sus inmensas riquezas, de sostener las operaciones militares contra Manfredo. Como Ricardo tuvo la sensatez de rehusar un presente tan peligroso¹⁵²², el papa se dirigió al rey, cuyo carácter inconsiderado y ligero le parecía más capaz de dejarse seducir, y le propuso aquella misma corona para su segundo hijo Edmundo¹⁵²³. Enrique, deslumbrado con un don tan magnífico, y sin reflexionar sobre sus consecuencias, sin consultar ni a su hermano ni al parlamento, aceptó la insidiosa proposición del papa, y le dio un crédito ilimitado para gastar todo el dinero que conceptuase necesario para consumir la conquista de Sicilia. Inocencio, a quien su propio interés movía a hacer la guerra a Manfredo, se alegró mucho de poder sostenerla a expensas de su aliado, y la misma política siguió Alejandro IV, su sucesor en el solio pontificio. Atónito quedó Enrique al verse de repente abrumado con una inmensa deuda que le habían hecho contraer sin consultarle nunca: la suma debida ascendía ya a 135.641 marcos, sin contar los intereses¹⁵²⁴, y tenía la perspectiva, o de empeñarse nuevamente en gastos todavía mas enormes, si reembolsaba aquellos adelantos pedidos, o si rehusaba pagarlos, de incurrir en el enojo del papa, y perder la corona de Sicilia, que esperaba tener en breve la gloria de colocar en las sienes de su hijo.

Enrique pidió subsidios al parlamento, y a fin de no hallar oposición a esta demanda, cuidó de no convocar a los barones a quienes conocía por menos dóciles, pero aun aquellos mismos de quienes aguardaba mas complacencia, conociendo la red que le tendía el papa, resolvieron no prodigar sus caudales por tan quiméricos proyectos, y se apoyaron en la ausencia de sus colegas para negarse a deliberar sobre la solicitud del rey¹⁵²⁵. En aquel conflicto, el clero fue su único recurso, y como los soberanos temporal y espiritual concurrían a echar sobre el estado eclesiástico aquella carga, no pudo este resistir a aquellas dos potencias reunidas.

Publicó el papa una cruzada para la conquista de la Sicilia, y mandó que todos los que se habían cruzado contra los infieles o que habían prometido contribuciones de dinero, convirtiesen sus armas y su voto contra Manfredo, a quien representaba como un enemigo más terrible de la fe cristiana que todos los sarracenos¹⁵²⁶. Levantó el diezmo sobre todos los beneficios eclesiásticos de Inglaterra por tres años, y mandó excomulgar a todos los obispos que no pagasen puntualmente: concedió al rey los bienes de todos los eclesiásticos muertos *ab intestato*, las rentas de los beneficios vacantes, y las de todos los beneficios no residentes¹⁵²⁷; pero aquellas contribuciones, recaudadas con alguna regularidad, parecieron menos onerosas que otro impuesto arbitrario, sugerido por el obispo de Hereford, y que hubiera podido abrir la puerta a abusos intolerables y perpetuos.

Aquel prelado, que residía en la corte de Roma, como diputado de la iglesia de Inglaterra, giró letras de cambio de diferentes valores, que ascendían en suma a 150.540 marcos contra todos los obispos y abades del reino, y distribuyó aquel papel a varios comerciantes italianos, que se suponía haber adelantado sus fondos para los gastos de la guerra contra Manfredo¹⁵²⁸. Como no era nada probable que los prelados ingleses pagasen voluntariamente unas sumas exigidas de un modo tan extraordinario, el legado Rustand recibió encargo de emplear su autoridad para apremiarlos, y a este fin, reunió a los obispos y a los abades, y les comunicó las órdenes del papa y del rey. Apoderóse de la asamblea la más vehemente indignación a la nueva de aquel impuesto; el obispo de Worcester exclamó que primero perdería la vida que someterse a él; el obispo de Londres dijo que el papa y el

1522 Mat. París, pág. 610.

1523 Rymer, tomo I, pág. 502 y siguientes.

1524 Id. tomo I, pág. 587.

1525 Mat. París, pág. 614.

1526 Rymer, tomo I, pág. 547, etc.

1527 Id. Id. pág. 597.

1528 Mat. París, pág. 612.

rey eran más poderosos que él, pero que, si le arrancaban su mitra, se ceñiría un yelmo en lugar de ella¹⁵²⁹. No se arrebató menos el legado por su parte, y declaró paladinamente a la asamblea que todos los beneficios eclesiásticos pertenecían al papa, y que podía disponer de ellos, en todo o en parte, según lo tuviese por conveniente¹⁵³⁰: al cabo, los obispos y los abades amenazados de una excomuni6n que ponía todas sus rentas en manos del rey, tuvieron que acceder a aquella exacci6n, y el 6nico temperamento que se dign6 concederles el legado fue que el diezmo, en que ya habían consentido, sería recibido como a cuenta del pago de las letras, y al vencimiento de estas, pero todavía no le bastaba al papa aquel dinero. La conquista de Sicilia estaba tan distante como antes, y las peticiones de la corte de Roma no acababan: el papa era un acreedor tan impaciente, que envi6 un legado a Inglaterra a amenazar al reino con ponerle en entredicho, y al rey con la excomuni6n, si no se le pagaban inmediatamente los atrasos que pretendía que le eran bebidos¹⁵³¹. Al cabo Enrique conoci6 la superchería de que había sido vÍctima, se propuso romper sus empeños, y resolvi6 devolver al papa una corona de la que Alejandro no creía que aquel príncipe ni su familia debiesen gozar nunca¹⁵³².

El conde de Cornualles es elegido rey de Romanos

Mucho debió congratularse entonces de su previsi6n el conde de Cornualles por haber rehusado aquel fraudulento pacto con Roma, y preferido el sólido honor de ser un príncipe de la sangre real de Inglaterra, poderoso y rico, a la estéril y precaria gloria de ceñir una corona extranjera, pero no siempre tuvo bastante entereza para persistir en aquella cuerda resoluci6n. Su ambici6n y su vanidad pudieron en fin mas que su prudencia y su avaricia, y se empeñ6 en una empresa tan dispendiosa y ardua como la de su hermano, y que no prometía en verdad un éxito más seguro. Habiendo las inmensas riquezas de Ricardo fijado sobre él la atenci6n de los príncipes de Alemania, como sobre un candidato apto para ser elevado al imperio, dej6se tentar, expendió sumas considerables para facilitar su elecci6n, y logr6 ser elegido rey de los Romanos, lo que parecía asegurarle el trono imperial: en seguida pas6 a Alemania, y sac6 del reino 700.000 marcos de plata¹⁵³³, si hemos de dar crédito a algunos antiguos autores, que probablemente exageraron mucho¹⁵³⁴. Mientras le dur6 el dinero, no le faltaron amigos y partidarios, pero la codicia de los príncipes alemanes pronto le dej6 exhausto, y como no tenía en aquel paÍs ni relaciones personales, ni parientes, ni ning6n sólido cimiento de crédito, hall6se en fin con que había prodigado en un momento el fruto de la economía de toda su vida, para no proporcionarse más que un título brillante. Ni fue este el 6nico motivo de arrepentimiento que tuvo; su ausencia de Inglaterra, unida a la debilidad del gobierno de Enrique, había soltado la rienda a la índole facciosa y turbulenta de los barones ingleses, y sumergido a su patria y a su familia en las mayores calamidades.

Descontento de los barones

El éxito de la rebeli6n de los barones contra el rey Juan, prescribiendo los límites en que él y

1529 Id. pág. 614.

1530 Id. pág. 619.

1531 Rymer. tomo I. pág. 624.

1532 Id. tomo I, pág. 630.

1533 Mat. París, pág. 638. El mismo autor, pocas páginas antes, hace ascender los tesoros de Ricardo a poco más de la mitad de esta suma, pág. 634. Las disipaciones y los gastos del rey, en todo el transcurso de su reinado, según el mismo autor, ascendieron sólo a sobre 940.000 marcos, pág. 638.

1534 Las sumas que mencionan los antiguos escritores, casi todos frailes, son casi siempre improbables; pero sabemos por una autoridad infalible, las públicas reconvencciones hechas al concilio de Lyon, que las rentas del rey no llegaban a 60.000 marcos anuales: es pues imposible que su hermano hubiese tenido nunca 700.000 marcos.

sus sucesores tenían que encerrar la autoridad real, les había hecho conocer su propio poder y su importancia en el estado, al paso que había dado un peligroso ejemplo de resistencia, y el largo gobierno de menor edad que sobrevino en seguida empobreció y debilitó aquella corona que, por temor de consecuencias más tristes todavía, la nobleza colocó en fin en las sienes del joven Enrique. En la situación en que se hallaba el rey, hubieran sido necesarios el vigor y la más rara habilidad para tener a raya a los barones, o el más sostenido desvelo y la mayor circunspección para no darles ningún motivo de queja, y es preciso convenir en que aquel príncipe no era capaz de seguir ni una ni otra línea de conducta: carecía de la prudencia necesaria para tomar medidas justas, y aun de aquella especie de valor y de constancia que asegura el triunfo de las injustas. Enteramente entregado a favoritos, siempre extranjeros, les prodigaba sus módicas rentas: viendo que los barones ingleses no escrupulizaban tiranizar a sus inferiores, y que no observaban con respecto a sus vasallos las mismas reglas que habían impuesto a la corona, tampoco el escrupulizó, en su administración infringir los saludables artículos de la gran Carta, que la nobleza infringía a cada paso. Esta conducta había disminuido en extremo su autoridad en el reino, había multiplicado los murmullos contra él, y le había expuesto muchas veces a afrentas y aun a atentados peligrosos sobre sus prerrogativas. En el año 1244, cuando quiso obtener un subsidio del parlamento, los barones se quejaron de sus frecuentes infracciones de la gran Carta, y de la inutilidad de muchas representaciones que habían hecho sobre este punto, igualmente que de otras ofensas, y pidieron que se les confiase el nombramiento de justicia mayor y el del canciller, en cuyas manos residía principalmente la administración de la justicia. Si hemos de creer al historiador¹⁵³⁵ que refiere estas circunstancias, todavía habían formado un plan de nuevos límites a la potestad real, y un proyecto de liga entre sí para mantenerlos, de modo que el rey no hubiera sido más que un fantasma de soberano, y que hubieran tenido a la corona en perpetua dependencia. Enrique no quiso consentir, para satisfacerlos, más que en la renovación de la Carta, y en el permiso general de excomulgar a todos los que la violasen: tampoco recibió más subsidio que la recaudación, como *scutage*, de veinte chelines sobre cada feudo de caballero, para el casamiento de su hija mayor con el rey de Escocia, impuesto que era una condición expresa de las enfiteusis feudales.

Cuando, cuatro años después, Enrique solicitó un nuevo subsidio en pleno parlamento, se le acusó sin rebozo de haber faltado a su palabra, y de haber violado frecuentemente la Carta. Preguntósele si no se avergonzaba de esperar socorros de un pueblo al que afectaba despreciar y aborrecer, al que, en todas ocasiones, prefería a extranjeros y que gemía bajo la opresión que ejercía o dejaba ejercer sobre él: hízosele presente que no sólo degradaba a la nobleza del reino, obligándola a contraer malas alianzas con los recién venidos de los otros países, mas también que no había ninguno de sus vasallos bastante oscuro para substraerse a sus vejaciones o a las de sus ministros; que hasta los géneros que se consumían en su casa, las ropas que vestían él y sus comensales, y sobre todo, los vinos de que hacían uso, eran arrebatados con violencia a sus legítimos propietarios, sin que se los indemnizase nunca; que los comerciantes extranjeros, con gran perjuicio y con vergüenza del reino, evitaban los puertos de Inglaterra, como si estuviesen habitados por piratas, y que el comercio, sin seguridad, se hallaba absolutamente interrumpido con todas las naciones; que los tratantes, después de haber sido despojados de sus mercancías, estaban obligados a transportarlas, a sus expensas, adonde el rey tenía a bien indicarles, y experimentaban así pérdida sobre pérdida y perjuicio sobre perjuicio; que hasta los pobres pescadores, que ganaban su vida sobre las costas, eran víctimas de su rapacidad y de la de su corte; que privados de la libertad de disponer de su pesca en los mercados públicos, muchas veces preferían llevarla a país extranjero, y arrostrar los peligros del Océano, a exponerse a las rapiñas de sus proveedores; que hasta sus mismos actos de devoción escandalizaban a sus súbditos, cuando veían que una cantidad tan considerable de cirios y de magníficas lelas de seda, prodigados en inútiles procesiones, habían sido arrebatados por fuerza a aquellos a quienes realmente pertenecían tales objetos¹⁵³⁶. En el discurso de

1535 Mat. París, pág. 432.

1536 Mat. París, pág. 498.

aquella representación, en la que podemos presumir que se exageraron algún tanto los abusos del antiguo derecho de abasto, se observa una mezcla singular de tiranía real en los actos que daban ocasión a las quejas, y de libertad, o más bien de licencia aristocrática en las expresiones que emplea en ella el parlamento; pero es de advertir que esta mezcla se advierte igualmente en todos los antiguos gobiernos feudales, y una y otra fueron igualmente perjudiciales para el pueblo.

Como el rey no respondió a aquellas representaciones más que con buenas palabras y magníficas promesas, acompañadas de las más humildes sumisiones, sobre las que no podía establecerse la confianza, tantas veces burlada, no obtuvo entonces ningún subsidio del parlamento y así cuando en 1253, tuvo que volver a recurrir a él para el mismo objeto, proveyóse de un nuevo pretexto que le pareció infalible, y fue el de una cruzada, para la cual pidió socorros¹⁵³⁷. Sin embargo, el parlamento titubeó algún tiempo; el brazo eclesiástico diputó cuatro prelados, el primado y los obispos de Winchester, de Salisbury y de Carlisle, para representar al rey sus frecuentes infracciones de sus privilegios, la opresión bajo la cual gemían ellos y todo su pueblo¹⁵³⁸ y las elecciones forzadas y no canónicas de los individuos en quienes proveía las dignidades vacantes. «Verdad es eso, respondió Enrique, alguna culpa tengo sobre ese punto; os he hecho recibir por fuerza en vuestra silla, milord de Canterbury; tuve que emplear las súplicas y las amenazas para hacerlos elegir, milord de Winchester; procedí con mucha irregularidad, milores de Salisbury y de Carlisle, cuando a ambos os elevé desde la más humilde condición a las dignidades que poseéis ahora. Estoy determinado a renunciar para siempre a semejantes abusos, y también me parece conveniente que, para contribuir por vuestra parte a la reforma necesaria, empecéis por resignar vuestros obispados, y procuréis volver a ellos por vías más regulares y canónicas.»¹⁵³⁹ Sorprendidos con aquel inesperado sarcasmo, respondieron los obispos que se trataba, no de corregir los errores pasados, sino de evitar otros nuevos en lo sucesivo. El rey prometió satisfacer a todos los motivos de queja de las diferentes órdenes del estado, y a consecuencia de aquella promesa, el parlamento le concedió un subsidio de un diezmo sobre todos los beneficios eclesiásticos, y un *scutage* de tres marcos sobre cada feudo de caballero, pero como muchas veces se había hecho experiencia de la fragilidad de las palabras de aquel príncipe, el parlamento exigió que ratificase la gran Carta de un modo más auténtico y solemne que nunca. Reuniéronse todos los prelados y abades con hachas encendidas en las manos; leyóse la gran Carta en su presencia, y pronunciaron la sentencia de excomunión contra todo el que infringiese en lo sucesivo aquella ley fundamental: en seguida tiraron sus hachas al suelo, exclamando: «Ojalá que el alma de todos los que incurran en esta sentencia expida así un olor hediondo y se pudra en el infierno!» Figuró el rey en aquella ceremonia, y añadió estas palabras: «Con el ayuda de Dios, observaré todas esas cosas inviolablemente, y asilo juro en mi calidad de hombre, de cristiano, de caballero y de rey coronado y ungido»¹⁵⁴⁰; pero apenas se acabó aquella terrible ceremonia, cuando los favoritos de aquel príncipe, abusando de su debilidad, le hicieron volver a su administración arbitraria e irregular, y de esta suerte quedaban siempre eludidas y frustradas las justas esperanzas del pueblo¹⁵⁴¹.

Simón de Montfort, Conde de Leicester

Aquella conducta imprudente y contraria a las leyes dio un pretexto a Montfort, conde de Leicester, para intentar hacer innovaciones en el gobierno y arrancar el cetro de la flaca e inhábil mano que le empuñaba (1258). Aquel prócer era el hijo segundo del famoso conde Simón de Montfort que había dirigido con tanto denuedo y gloria la cruzada contra los albigenses, y cuya memoria era todavía muy preciosa a todos los fanáticos de aquel tiempo, y sobre todo a los

1537 Mat. París, pág. 518 y siguientes.

1538 Id. pág. 568.

1539 Id. pág. 579.

1540 Id. pág. 580.

1541 Mat. París, pág. 597.

eclesiásticos, a pesar de la ambición y de la crueldad que habían empañado el lustre de sus proezas. Aquella casa poseía grandes bienes en Inglaterra, pero como el primogénito tenía posesiones todavía más considerables en Francia, y no podía jurar fidelidad a dos reyes, traspasó sus derechos a Simón, su hermano segundo, que pasó a Inglaterra, rindió homenaje por las tierras que le habían tocado en suerte, y fue elevado a la dignidad de conde de Leicester. En 1238, se casó con Leonor, viuda de Guillermo, conde de Pembroke, y hermano del rey¹⁵⁴², pero el casamiento de esta princesa con un vasallo, y un vasallo extranjero, aunque hecho con el consentimiento de Enrique, indignó al conde de Cornualles y a todos los barones de Inglaterra. No tuvo al principio Leicester otro apoyo contra aquel descontento más que el favor y la autoridad del rey¹⁵⁴³, pero apenas se vio instalado en sus bienes y en sus dignidades, logró a fuerza de astucia y de maña, unirse sólidamente a la nación, y granjearse igualmente el afecto de todas las órdenes del estado, al mismo tiempo que perdió la amistad de Enrique, por ordinario efecto de la inconstancia y de la insustancialidad de aquel príncipe. Desterrósele de la corte, luego se le volvió a llamar y se le honró con el mando de la Guyena¹⁵⁴⁴, donde fue muy útil y adquirió reputación, sin que esto le impidiese ser desterrado de nuevo y de un modo que parecía irrevocable. Enrique le llamó traidor en su cara; Leicester le respondió con un solemne *mentís*, y añadió que, si no fuera su soberano, le haría en el acto arrepentirse de aquel insulto: sin embargo, aquella desavenencia se sosegó, sea por efecto del buen natural del rey, sea por su timidez, y Leicester volvió de nuevo a una especie de favor y de crédito; pero como había llegado a ser demasiado poderoso para doblegarse continuamente a las humoradas de su señor, y para ceder el paso a los otros favoritos, parecióle más provechoso captarse el afecto del pueblo y fomentar el descontento general que reinaba contra la administración. Prorrumpió en quejas sobre las infracciones de la gran Carta, las violencias cometidas contra el pueblo, la connivencia entre el rey y el papa en su tiranía y sus extorsiones, los pocos miramientos de Enrique con sus vasallos naturales y la nobleza de su reino, y aunque el mismo Montfort no era inglés, declamó más que ninguno de ellos sobre la bajeza de someterse al dominio extranjero. Hízose el idolillo de los devotos y del clero con la ostentación hipócrita de su mentida devoción; cautivó el afecto general con las apariencias de su amor al bien público, y no solo se aseguró de la adhesión de la nobleza, orden tan poderoso en el estado, con su cuidado de cultivar relaciones particulares con ella, mas también con el odio que afectó hacia los favoritos.

La desavenencia que se suscitó entre Leicester y Guillermo de Valencia, hermano de la reina, y uno de los más poderosos privados, llevó las cosas al último trance¹⁵⁴⁵, y determinó al conde a soltar el vuelo a su desmedida ambición, que escasamente habían reprimido hasta entonces el freno de las leyes y la autoridad real. Convocó misteriosamente una asamblea de los principales barones, entre los cuales figuraban en primera línea Humfrey de Bohun, gran condestable, Boger Bigod, conde mariscal, y los condes de Warwick y de Gloucester que todos, por sus familias y su inmenso caudal pertenecían a la más alta nobleza. Representó Leicester con vehemencia a aquella asamblea la necesidad de reformar el estado, y de poner la ejecución de las leyes en otras manos que aquellas cuya incapacidad estaba ya demostrada por una tan costosa experiencia: exageró la opresión en que gemían los órdenes inferiores del estado, la violación de los privilegios de la nobleza y las continuas rapiñas ejercidas sobre el clero, y para agravar la enormidad de aquella conducta, recordó la gran Carta que Enrique había ratificado tantas veces, y que se había redactado tan bien para evitar perpetuamente la repetición de aquellos intolerables abusos. Ponderó a los barones el generoso valor de sus antepasados que, a precio de su sangre, habían arrancado a la corona aquella famosa concesión, y lamentó el oprobio de una posteridad bastante degenerada para dejarse despojar de tan gran beneficio por un príncipe débil y por insolentes extranjeros; insistió sobre que ya no era posible fiarse en la vana palabra del rey y en sus muestras de sumisión, y en que la interdicción absoluta de aquel príncipe era lo único que podía poner los privilegios nacionales a cubierto de una

1542 Id. pág. 314.

1543 Id. pág. 315.

1544 Rymer, tomo I. pág. 459.

1545 Mat. París, pág. 649.

total ruina.

Estos argumentos, fundados sobre verdades evidentes, y tan análogos a las disposiciones de la asamblea, produjeron el efecto que deseaba Montfort, y los barones resolvieron atajar los males públicos apoderándose de la administración. Habiendo convocado el rey un parlamento con la esperanza de obtener un subsidio para su proyecto de conquistar la Sicilia, presentáronse los barones en la sala armados de punta en blanco y con la espada en la cintura; el rey, sorprendido en vista de aquel insólito aparato, les preguntó qué significaba y si tenían ánimo de atentar contra su libertad¹⁵⁴⁶: Roger Bigod respondió, a nombre de todos, que era, no su prisionero, sino su soberano; que hasta se proponían darle un subsidio considerable para que pudiese colocar a su hijo en el trono de Sicilia; y que solamente esperaban alguna correspondencia a aquella señal de su celo; pero que como su majestad había manifestado muchas veces a su parlamento condescendencia y dolor de sus pasados errores, sin dejar por eso de seguir comportándose del mismo modo, del que tan legítimos motivos de queja tenían los miembros de aquella corporación, era preciso en fin que se conformase a reglas más estrictas, y que confiriese la autoridad a los que deseaban y sabrían remediar las calamidades públicas. Enrique, medio seducido por la esperanza de un subsidio, y medio intimidado por la unión y el bélico aparato de los barones, accedió a su demanda, y prometió convocar otro parlamento en Oxford, para redactar en él un nuevo plan de administración y elegir las personas a quienes sería conveniente confiar la autoridad principal.

Provisiones de Oxford

Aquel parlamento, que los realistas y aun la nación denominaron luego el *parlamento loco*, atendidos los tumultos y desórdenes que ocasionó, se reunió en el día indicado (11 de junio), y como todos los barones acudieron a él acompañados de sus vasallos militares, y armados, Enrique, que no había tomado ninguna precaución contra ellos, se halló realmente prisionero en sus manos, y obligado a someterse a todas las condiciones que quisieron prescribirle. Doce barones fueron elegidos entre los ministros del rey; el parlamento eligió otros doce; diose una autoridad ilimitada a aquellos veinticuatro para reformar el gobierno, y el rey mismo juró sostener todos los decretos que creyesen acertado expedir para aquel objeto¹⁵⁴⁷: Leicester fue puesto a la cabeza de aquel consejo supremo, al cual estaba verdaderamente traspasado el poder legislativo, y aquel prócer sugirió y dirigió secretamente todas las medidas que se tomaron en él. Los primeros pasos de los individuos de aquel consejo tuvieron una apariencia especiosa, y mostraron tender al fin que afectaban proponerse con aquellas innovaciones: mandaron que cada provincia nombrase cuatro caballeros; que aquellos caballeros se informasen de los motivos justos de queja que pudieran tener sus vecinos, y asistiesen al próximo parlamento para dar cuenta en él del estado de aquellas provincias¹⁵⁴⁸: en esto aquella forma se acercaba más a nuestra constitución actual que lo que practicaban los barones bajo el reinado de Juan, cuando los caballeros tenían solamente orden de reunirse en sus provincias, y de redactar exposiciones de sus propios motivos de queja. Durante aquellas investigaciones, los veinticuatro procedieron a hacer reglamentos para corregir los abusos que se suponían de notoriedad pública; decidieron que el parlamento se reuniría tres veces al año regularmente, en los meses de febrero, de junio y de octubre; que los terratenientes libres de cada provincia elegirían todos los años, a pluralidad de votos, un nuevo sheriff¹⁵⁴⁹; que los sheriffs no tendrían facultad para multar a los barones que no acudiesen a sus tribunales, o que no acompañasen a las justicias en sus visitas; que no se confiaría la tutela de ningún heredero ni la alcaidía de ningún castillo a extranjeros-, que no se volverían a plantar vivares ni bosques nuevos, y

1546 Anales Theokeabury.

1547 Rymer, tomo I, pág. 655. Knyghton, pág. 2445.

1548 Mat. París, pág. 657.

1549 Crón. Dunst., tomo I, pág. 336.

que no sería permitido arrendar las rentas de ninguna provincia, ni de ninguna de aquellas divisiones de provincias, llamadas *hundreds*, es decir, cantón compuesto de cien señoríos. Tales fueron los reglamentos que hicieron los veinticuatro en Oxford para satisfacer las quejas del pueblo.

Pero el conde de Leicester, y sus colegas, hecho ya todo esto para contentar a la nación, en vez de seguir ocupándose en el bien público y en conceder al rey el subsidio que le habían prometido, pronto no pensaron más que en extender y perpetuar su autoridad. Excitaron de nuevo los clamores populares que se elevaban hacia mucho tiempo contra los extranjeros, y se desencadenaron contra los hermanos uterinos del rey, a quienes imputaron todos los males del estado, y a quienes Enrique no podía ya proteger. Aquellos cuatro hermanos, aterrados en visla de la tempestad que los amenazaba, huyeron con intención de salir del reino. Los barones los persiguieron sin perder un momento; Aimer, uno de los fugitivos, y que había sido elegido para la silla de Winchester, se refugió en su palacio arzobispal y dio asilo en él a los otros, pero los sitiaron con amenaza de arrancarlos por fuerza y castigarlos por sus crímenes y mala conducta. Hizo presente el rey que un asilo eclesiástico era inviolable, y tuvo a gran fortuna poder salvarlos desterrándolos de Inglaterra. Sospechóse que la reina y sus tíos habían coadyuvado en secreto a aquella persecución, igualmente que a las anteriores empresas de la nobleza, por envidia del crédito de que gozaban los hermanos del rey y que les parecía haber eclipsado el de ellos.

Usurpación de los barones

Pero la conducta ulterior de los veinticuatro bastó para abrir los ojos a todo el reino sobre sus verdaderas intenciones, y pronto probó que no tendían más que a reducir para siempre al rey y al pueblo bajo el poder arbitrario de una aristocracia absoluta, que degeneraría al cabo en anarquía o en violenta tiranía. Sostuvieron que todavía no habían redactado todos los reglamentos necesarios para reformar el estado y corregir los abusos, y que era preciso que siguiesen revestidos de sus poderes hasta que aquella grande obra quedase totalmente concluida: lo que significaba, en términos más claros, que querían gobernar perpetuamente y continuar la reforma todo el tiempo que les diese la gana. Formaron una liga entre sí, y juraron sostenerse recíprocamente a riesgo de sus haciendas y vidas; destituyeron a todos los principales oficiales de la corona, al justicia mayor, al canciller, al tesorero, y se distribuyeron aquellos empleos o se los dieron a sus hechuras: dispusieron a su arbitrio hasta de los destinos de la casa del rey, igualmente que de los gobiernos de todos los castillos, que entregaron a hombres de toda su confianza. Como todo el poder del estado se hallaba de esta suerte en manos de los veinticuatro, aventuráronse a exigir de cada ciudadano el juramento de obedecer todos sus decretos expedidos o por expedir, so pena de ser declarado enemigo del estado, todo para mayor gloria de Dios, honra de la Iglesia, servicio del rey y provecho de la nación¹⁵⁵⁰. Nadie osó resistir a aquella tiránica autoridad; el mismo príncipe Eduardo, hijo primogénito del rey, de edad entonces de diez y ocho años, y que empezaba ya a desplegar aquella alma grande y aquel varonil aliento que se admiró en el transcurso de su vida, tuvo precisión, después de alguna resistencia, de prestar el juramento en virtud del cual él y su familia quedaban en realidad despojados del poder soberano¹⁵⁵¹. El conde de Warena fue el último del reino que consintió en dar aquella señal de sumisión a los barones confederados.

Aquel consejo de los veinticuatro, poco satisfecho aun con haber usurpado la autoridad real, hizo una innovación de la más alta importancia en la constitución del parlamento. Decretó que aquella asamblea elegiría una junta de doce personas que, en los intervalos de las legislaturas, poseería la autoridad de la corporación entera, y cuando se le mandase, seguiría al rey adonde quiera que se trasladase; y tan poderosos eran los barones, que también pasó aquel reglamento. El sistema del gobierno se mudó y se estableció sobre nuevas bases, y la monarquía se dislocó

1550 Crón. Wykes, pág. 52.

1551 An. Burt., pág. 411.

totalmente sin que el rey pudiese hacer cosa alguna en favor de la antigua constitución contra aquella naciente oligarquía.

La noticia de la próxima llegada a Inglaterra del rey de los Romanos (1259), puso en cuidado a los barones, reinantes, por decirlo así, quienes temieron que el crédito y la autoridad reconocida de aquel príncipe lograsen restablecer las prerrogativas de su casa y derribar el nuevo gobierno¹⁵⁵². Enviáronle de diputado el nuevo obispo de Worcester, que le encontró en Saint-Omer, y le preguntó, en nombre de los veinticuatro, la razón de su viaje, y cuanto tiempo pensaba residir en Inglaterra; y no limitándose todavía a estas preguntas el prelado, insistió en que era preciso que Ricardo, antes de entrar en el reino, jurase observar las provisiones de Oxford. Negóse a ello el príncipe, y los barones se prepararon a resistirle, como a un enemigo público; equiparon una escuadra, levantaron un ejército, y reanimando la profunda animosidad del pueblo contra los extranjeros que tanto le habían oprimido, extendieron la voz de que Ricardo intentaba volver a poner a viva fuerza la administración en manos de sus hermanos proscriptos, y acabar con todas las precauciones que se habían tomado para asegurar la libertad nacional. El resultado fue que el rey de los Romanos tuvo que prestar el juramento que se le pedía¹⁵⁵³.

Pero a medida que los barones abusaban de su poder, perdían también el afecto público que los había ayudado a adquirirlo. Murmurábase de que unos reglamentos que se habían establecido momentáneamente para reformar el estado, parecían deber mantenerse en perpetuidad y destruir en un todo la antigua constitución. Los pueblos temieron que la autoridad de los nobles, siempre opresiva, se ejerciese sin obstáculo, una vez removido el contrapeso de la corona, y estos temores aumentaron con algunos nuevos edictos de los barones, que tendían evidentemente a asegurarles la impunidad para todas las violencias que pudieran cometer. Determinaron que las visitas de los jueces ambulantes, el único freno de la conducta arbitraria de aquel consejo, no se verificarían sino de siete en siete años, y fácil fue conocer que un remedio empleado tan raramente contra abusos de autoridad continuos sería poco eficaz, y aun de todo punto inútil¹⁵⁵⁴. El grito unánime de la nación pidió que los barones terminasen los reglamentos que habían prometido. Los caballeros de las provincias, que parece que se reunían entonces con bastante regularidad en una cámara separada, enviaron quejas contra la lentitud de las operaciones de los veinticuatro; hicieron presente que, a pesar de la exactitud del rey en cumplir todas las condiciones que se le habían exigido, todavía aquellos reformadores no habían hecho nada por el bien general, y no se habían ocupado más que en sus intereses particulares o en su afán de envilecer la corona; y aun se dirigieron al príncipe Eduardo para suplicarle que tomase los intereses de la nación y trabajase en la reforma del gobierno¹⁵⁵⁵. El príncipe respondió que aunque sólo por fuerza y contra su opinión había jurado acceder a los reglamentos de Oxford, estaba resuelto a sostener su juramento, pero hizo decir a los barones que acabasen pronto su misión y llenasen sus compromisos con el público, pues de lo contrario los haría volver a su obligación a riesgo de su vida, y derramaría hasta la última gota de su sangre por servir los intereses y satisfacer los justos deseos de la nación¹⁵⁵⁶.

Viéndose tan reciamente apremiados, publicaron en fin los veinticuatro un nuevo código de decretos para la reforma del estado¹⁵⁵⁷, pero muy burlada quedó la esperanza del pueblo cuando vio que aquellos consistían solamente en algunas mudanzas insignificantes en las leyes municipales, y todavía más, cuando los barones salieron con la pretensión de que aun no estaba acabado su trabajo y de que era menester prolongar sus poderes, a fin de llevar aquella obra a su perfección. El favor popular se había convertido al lado de la corona, y no les quedaba ya más apoyo a los veinticuatro que el crédito y los manejos de sus propias familias, que, aunque muy poderosas, no podían verosímilmente equilibrar las fuerzas reunidas del rey y del pueblo: hasta aquella misma base de la

1552 Mat. París, pág. 661.

1553 Id. Crón. T. Wykes, pág. 58.

1554 Mat. París, pág. 667. Trivet, pág. 209.

1555 An. Burt. pág. 427.

1556 Id.

1557 Id. pág. 428 y siguientes.

autoridad de los barones se debilitaba diariamente por las envidias y las discordias intestinas que los dividían. Su antigua animosidad estalló cuando llegó el momento de repartir los despojos de la corona, y la rivalidad entre los condes de Leicester y de Gloucester, los principales jefes de aquella liga, empezó a desunirla. El último, más moderado en sus pretensiones, deseaba atajar o suspender el curso de las usurpaciones de los demás, pero el primero, enfurecido con las oposiciones que hallaba en su propio partido, afectó no tomarse ya ningún interés por los negocios de Inglaterra y se retiró a Francia¹⁵⁵⁸.

El reino de Francia, el único estado que tenía algunas relaciones algo importantes con Inglaterra, estaba entonces gobernado por Luis IX, el príncipe de carácter más singular de que hace mención la historia. Supo aquel príncipe unir a la humilde y minuciosa devoción de un fraile todo el valor y toda la magnanimidad de los más grandes héroes, y, lo que todavía debe parecer más extraordinario, la justicia y la integridad del más desinteresado patriota a la blandura y la humanidad del más cumplido filósofo. Lejos de aprovecharse de las divisiones de los ingleses, o de intentar expulsar a aquellos peligrosos rivales de las provincias que todavía poseían en Francia, tuvo escrúpulos de conciencia sobre la confiscación pronunciada contra el padre de Enrique III, y aun manifestó algunas disposiciones a devolver las otras provincias: necesarias fueron, para impedir que tomase aquella imprudente resolución las representaciones de toda la nobleza de su reino, sobre el sumo peligro de semejante paso¹⁵⁵⁹, y lo que todavía tuvo más fuerza a sus ojos, sobre la justicia de castigar con una sentencia legal la felonía y la crueldad de Juan. En todas las ocasiones en que Luis se mezcló en los asuntos de Inglaterra, siempre lo hizo con intención de ajustar las desavenencias entre el rey y la nobleza: propuso a ambos partidos todos los medios de conciliación, y aun empleó su autoridad sobre el conde de Leicester, su vasallo natural, para moverle a someterse a lo que Enrique exigía de él. Hizo Luis un tratado con Inglaterra (20 de mayo), en un momento en que los desórdenes de aquel reino habían llegado a su último período, y cuando la autoridad del rey estaba totalmente aniquilada, y sin embargo, las condiciones que concedió hubieran podido, aun en una situación más floreciente, considerarse como razonables y ventajosas para los ingleses. Abandonó algunos territorios que había conquistado en Poitou y en Guyena, aseguró a Enrique la pacífica posesión de esta última provincia, convino en pagar una suma considerable a este príncipe, y sólo le pidió en cambio que hiciese a la Francia una cesión definitiva de la Normandía y de las demás provincias que no podía esperar recuperar jamás con la fuerza de las armas¹⁵⁶⁰. Ratificaron aquella cesión Enrique, sus dos hijos, dos de sus hijas, y el rey de los Romanos y sus tres hijos: sólo Leicester, henchido de una vana arrogancia, o deseoso de captarse el afecto del populacho inglés, protestó contra el acto, y reclamó los derechos¹⁵⁶¹, aunque sumamente lejanos, que podrían tocarle a la condesa su esposa. Vio Luis en aquella obstinación toda la ambición de aquel magnate, y como los barones insistían sobre que el dinero debido en virtud del tratado se pusiese a su disposición, y no a la del rey, vio también, y probablemente con dolor, el envilecimiento en que la turbulencia de sus vasallos había sumergido a aquel monarca, más extraviado por su flaqueza que por su maldad.

1261. Pero pronto cambió su situación en ventaja suya. Los barones habían gozado por espacio de tres años del poder soberano y evidentemente le habían empleado, no en reformar el estado, como habían anunciado, sino en engrandecerse ellos y sus familias. Su poca buena fe era evidente para todos, y no había en Inglaterra quien no murmurase de ella; las discusiones suscitadas entre ellos, al paso que aumentaban el mal, hacían también más fácil su remedio, y la secreta deserción del conde de Gloucester, que se pasó al partido de Enrique, pareció asegurar a este príncipe un triunfo cierto si emprendía reconquistar su autoridad: sin embargo, no se atrevió a dar paso alguno a este fin, aunque autorizado por la justicia y por la sana política, sin pedir antes a Roma la absolución de su juramento y de sus empeños¹⁵⁶².

1558 Crón. Dunst. tomo I, pág. 848.

1559 Mat. París, pág. 604.

1560 Rymer, tomo I, pág. 675.

1561 Crón. T. Wykes, pág. 53.

1562 An. Burt. pág. 389.

Estaba entonces el papa muy descontento de los barones, quienes por ganar el favor del pueblo y del clero de Inglaterra, habían echado a todos los eclesiásticos italianos, confiscado sus beneficios, y parecían resueltos a sostener las libertades y los privilegios de la iglesia de Inglaterra, privilegios en los cuales se hallaban comprendidos los derechos de patronazgo pertenecientes a sus casas. La suma aversión del clero inglés a los italianos indisponía también al soberano pontífice contra aquella orden, y por tanto la tentativa que hizo para sustraerse al poder civil debía hallar poco favor en la corte de Roma¹⁵⁶³. Hacia la misma época en que los barones destruían en Oxford las prerrogativas reales, el clero congregó un sínodo en Merton, y expidió varios decretos que no tendían menos a acrecentar su propia grandeza a expensas de la corona. Decidió que los eclesiásticos no podrían ser legítimamente juzgados por los jueces seculares, y no debían tener ninguna cuenta con las prohibiciones de los tribunales civiles; que los patronos legos no tenían el derecho de conferir los beneficios espirituales; que los magistrados estaban obligados, sin más información, a encarcelar a todos los excomulgados; en fin, que el uso antiguo, sin ninguna concesión o carta particular, era una autoridad suficiente para las posesiones y los privilegios eclesiásticos¹⁵⁶⁴. Un siglo antes, la corte de Roma hubiera apoyado estas pretensiones con más empeño que los artículos de fe más fundamentales, pues eran en sustancia los puntos principales tan sostenidos por el gran mártir Becket, cuya firmeza en defenderlos le había elevado al alto puesto que ocupaba en el martirologio romano; pero los principios habían mudado con el tiempo; el papa estaba cuidadoso de la excesiva independencia de la iglesia anglicana, que la dispensaba de tener tanta necesidad de su protección, y aun la alentaba a resistir a su autoridad, y a quejarse de la preferencia dada a los cortesanos italianos, cuyos intereses, como es fácil imaginar, eran lo que más a pechos tenía el sumo pontífice. A ruego del rey, hallóse pues dispuestísimo a anular las nuevas constituciones de aquella iglesia¹⁵⁶⁵, y al mismo tiempo relevó a aquel príncipe y a todos sus vasallos del juramento que habían hecho de observar los reglamentos de Oxford¹⁵⁶⁶.

El príncipe Eduardo

El príncipe Eduardo que, con sólo su natural penetración, aunque era tan joven, veía las prevenciones a que había dado ocasión su padre contra sí propio con su ligereza, su inconstancia y su poca exactitud en cumplir sus promesas, rehusó por mucho tiempo aprovecharse de aquella absolción: declaró que los reglamentos de Oxford, aunque poco razonables en sí mismos, y a pesar del abuso que de ellos habían hecho los barones, debían siempre ser respetados por los que habían jurado observarlos¹⁵⁶⁷, y que, no obstante la violencia que se había empleado para obligarle a prestar aquel juramento, no por eso estaba menos resuelto a cumplirlo. Con esta escrupulosa fidelidad, adquirió aquel príncipe la confianza de todos los partidos, y se halló luego en estado de recobrar enteramente la autoridad real y de llevar a cabo tantas grandes acciones en el discurso de su propio reinado y del de su padre.

La situación de Inglaterra y de la mayor parte de los reinos europeos durante aquel período era bastante singular. No había en pie ninguna fuerza militar, y sin embargo, propiamente hablando, la espada no estaba en manos del pueblo: la defensa de la comunidad estaba exclusivamente confiada a los barones. Después de haber hecho algunos esfuerzos, ya contra su propio soberano, ya contra los enemigos exteriores, como los terratenientes militares se volvían a sus casas, los ejércitos se hallaban disueltos, y no se los volvía a reunir a voluntad; así les era fácil a algunos barones que se coligaban ganar de mano al partido contrario, reunir de repente sus tropas, y salir de improviso a campaña con un ejército al que sus adversarios, aunque iguales o aun superiores a ellos en poder, no

1563 Rymer, tomo I, pág. 755.

1564 An. Burt. pág. 389.

1565 Rymer, tomo I, pág. 755.

1566 Rymer, tomo I, pág. 722. Mat. París, pág. 666. W. Heming. pág. 580. Ipod. Neustria, pág. 468.

1567 Mat. París, pág. 667.

se atrevían a hacer cara. De aquí tantas revoluciones súbitas en aquellos gobiernos; de aquí tantas victorias obtenidas sin combate por una facción sobre otra, y de aquí provenía también que la aparente supremacía de un partido rara vez era un presagio seguro de la duración de su poder y de su autoridad.

1262. Apenas recibió el rey la absolución del papa, acompañada de amenazas de excomunión contra sus adversarios, tranquilo sobre el apoyo de la Iglesia, contando con los auxilios que le habían prometido muchos de los barones más considerables y recobrado el favor popular, quitóse enteramente la mascarilla. Después de haber justificado su conducta en una proclama en la que exponía a las claras la ambición personal y la evidente mala fe de Leicester y de sus colegas, declaró que volvía a tomar las riendas del gobierno, y que estaba determinado a no ejercer en lo sucesivo la autoridad real más que para proteger a sus vasallos: destituyó a Hugo el *Dispenser* y a Nicolás de Ely, justicia mayor y canciller, nombrados por los veinticuatro, y les dio por sucesores a Felipe Basset y a Walter de Merton. Puso nueve sheriffs en todas las provincias, todos hombres estimados, colocó nuevos gobernadores en la mayor parte de los castillos, mudó todos los oficiales de su casa, convocó un parlamento (23 de abril) en el que se le devolvió y se le confirmó por aclamación su autoridad, a excepción de cinco oponentes; y los barones, después de haber hecho inútiles esfuerzos para sorprender su persona en Winchester, tuvieron que someterse a aquellos nuevos reglamentos¹⁵⁶⁸.

Para poner su conducta a cubierto de toda censura, ofreció hacer a Margarita, reina de Francia¹⁵⁶⁹, árbitra de todas las desavenencias entre él y el conde de Leicester. La conocida integridad de Luis daba gran peso a todas las decisiones emanadas de su corte, y verosíblemente Enrique esperaba que la galantería, de que se preciaban todos sus barones a fuer de buenos caballeros, los haría considerar como cosa vergonzosa el no someterse al juicio de aquella princesa. Luis merecía toda la confianza de que era objeto: con una conducta admirable, y acaso tan política como justa, continuamente interponía su mediación para pacificar las discordias civiles de los ingleses, proponía espontáneamente todos los medios que podían tranquilizar a ambos partidos, y procuraba siempre, aunque en vano, moderar con la persuasión la desenfrenada ambición del conde de Leicester, e insinuar a este magnate cuan obligado estaba a someterse sin resistencia a la autoridad de su soberano.

Guerras civiles de los barones

Ningún desaliento había inspirado a aquel artificioso y atrevido conspirador el malogro de sus pasadas tentativas. La muerte de Ricardo, conde de Gloucester (1263), su más temible rival que, antes de morir, se había reunido al partido del rey, parecía abrir una nueva carrera a su audacia y exponer al trono a nuevos embates. En vano el rey protestó que su intención era observar estrictamente la gran Carta, y aun sostener los reglamentos hechos por los veinticuatro en Oxford o posteriormente, excepto los que en un todo destruían la autoridad real: aquellos poderosos jefes, subyugados entonces por la corte, no podían renunciar tranquilamente a la esperanza de proporcionarse una entera independencia y la autoridad absoluta con que se habían lisonjeado, y de que habían disfrutado por tanto tiempo, y así muchos de ellos entraron en las miras de Leicester, entre otros el joven conde de Gloucester, que robusteció considerablemente aquella facción con el crédito y las riquezas de su familia; el mismo Enrique, hijo del rey de los Romanos, llamado comúnmente Enrique de Alemania, se unió, aunque era príncipe de la sangre, a la liga de los barones contra el rey, cabeza de su casa. Leicester, que todavía residía en Francia, formó secretamente los lazos de aquella gran conspiración y trazó el plan de todas sus operaciones.

Los príncipes de Gales, a pesar del formidable poderío de los reyes de la raza normanda,

1568 Mat. París, pág. 668.

1569 Rymer, tomo I, pág. 724.

conservaban siempre su autoridad en su propio país, y aunque muchas veces se los había obligado a pagar un tributo a la corona de Inglaterra, costaba mucho mantenerlos en la subordinación, o aun en paz. Desde la época de la conquista, apenas había habido reinado ninguno en que no hubiesen infestado las fronteras de Inglaterra con incursiones repentinas, rarísima vez dignas de mención en una historia general. Los ingleses se habían contentado siempre con repeler sus invasiones, arrojar a aquellos pueblos a sus montañas, y nunca habían llevado adelante sus triunfos sobre ellos, ni podido, aun bajo los monarcas más activos y poderosos, subyugar totalmente el país de Gales, ni siquiera reducirlo a la clase de los feudos de la corona. Esta gloria estaba reservada a Enrique III, el más débil e indolente de todos los reyes de Inglaterra.

En 1237, Lewellyn, príncipe de Gales, abrumado por los años y los achaques, más desgraciado todavía a causa de la conducta rebelde y desnaturalizada de su hijo Griffin, recurrió a la protección de Enrique, y consintió en sujetar al vasallaje de la corona de Inglaterra su principado, que por tanto tiempo se había conservado independiente, comprando su sosiego y su seguridad a aquel vergonzoso precio. David, su hijo primogénito y su heredero, renovó el mismo homenaje, y habiendo hecho prisionero a su hermano, le entregó en manos de Enrique, que le tuvo encerrado en la torre: aquel príncipe perdió la vida en una tentativa que hizo para escaparse de su prisión. Libre de un rival tan peligroso, cesó el príncipe de Gales de guardar los mismos miramientos que antes con el monarca inglés, y aun volvió a emprender las correrías que por espacio de tantos siglos estaban acostumbrados los galeses a hacer por las fronteras de Inglaterra. Sin embargo Lewellyn, hijo de Griffin, y sucesor de su tío, había tenido que rendir el homenaje que la corona de Inglaterra exigía entonces como un derecho establecido, pero se complacía en atizar las discordias civiles, sobre las cuales fundaba su seguridad presente y la esperanza de su futura independencia. Coligóse con el conde de Leicester, y reuniendo todas las fuerzas de su principado, entró en el reino a la cabeza de un ejército de 30.000 hombres, taló las tierras de Roger de Mortimer y de todos los barones del partido realista¹⁵⁷⁰, marchó al Cheshire e hizo los mismos estragos en el territorio del príncipe Eduardo. Todos los sitios por donde pasaron aquellos bárbaros quedaron arrasados, y aunque Mortimer, capitán tan experto como valiente, opuso una vigorosa resistencia, conceptuóse indispensable que el príncipe mandase en persona el ejército contra aquel formidable enemigo. Eduardo rechazó al príncipe Lewellyn, y le obligó a refugiarse en las montañas del norte del país de Gales, pero los alborotos que estallaron en breve en Inglaterra le impidieron llevar más adelante sus triunfos.

La invasión de los galeses era la señal convenida para que tomasen las armas los barones descontentos. Leicester, que llegó oculto de Francia, reunió todas las fuerzas de su bando, y se rebeló abiertamente; apoderóse del obispo de Hereford, prelado odioso al clero inferior por su adhesión a la corte de Roma¹⁵⁷¹; Simón obispo de Norwich, y Juan Mansel, fueron presos y entregados a toda la rabia del partido, porque habían publicado la bula del papa, que relevaba al rey y al reino del juramento de observar las provisiones de Oxford; además talaron con todo rigor los dominios de la corona¹⁵⁷². Como era del interés de Leicester atraer a sí con la esperanza del botín a todos los bandidos de Inglaterra, permitióles generalmente saquear a los barones del partido realista y aun a toda persona neutral, pero uno de los principales recursos de su facción era el populacho de las ciudades y particularmente de Londres. Como había ganado a los frailes y a los eclesiásticos subalternos a fuerza de hipocresía y de celo contra Roma, su crédito sobre las clases inferiores de la sociedad llegó a ser ilimitado. Tomás Fitz-Richard, corregidor de Londres, hombre disoluto y de carácter arrebatado, autorizó los desórdenes que se cometieron en la capital; declaró una guerra abierta a los principales ciudadanos, y licenció la policía que, aunque bastante mal, al cabo contenía algún tanto a aquella ciudad turbulenta. Hacia la época de la Pascua, el fanatismo, el ardor del pillaje, o lo que muchas veces influye tanto como estos motivos sobre el populacho, es decir, el

1570 Crón. Dunst. tomo I. pág. 354.

1571 Trivet, pág. 211. Mat. West. pág. 382.

1572 Id. Id.

placer de saquear y de destruir, le impulsaron a atacar a los infelices judíos, que fueron despojados, sin resistencia, de todo cuanto poseían, y acuchillados después en número de quinientos¹⁵⁷³. Los banqueros lombardos, expuestos también a la rabia del populacho, salvaron sus vidas refugiándose en las iglesias, pero todo su dinero y sus efectos fueron presa de aquella muchedumbre desenfrenada, que todavía llevó la insolencia hasta el punto de atacar durante la noche las casas de los ciudadanos más ricos, aunque ingleses, saqueó todo lo que se ofreció a su furia, y aun derramó en algunas la sangre de los propietarios. La reina, aunque defendida por la torre, asustada de un tumulto tan cercano, resolvió pasar por agua al castillo de Windsor, pero cuando ya estaba cerca del puente, el populacho se arremolinó contra ella, gritó que era preciso ahogar a aquella bruja, la llenó de improperios, le tiró huevos podridos y todo, reunió un montón de piedras para echar a pique su barca, cuando internase pasar bajo el ojo del puente, e intimidó tanto a aquella princesa que hubo de volverse a la torre¹⁵⁷⁴.

A tal exceso habían llegado la insolencia y la osadía de la facción de Leicester en todos los puntos de Inglaterra, que el rey, incapaz de resistir a ella, se vio reducido a entablar una negociación y a reconciliarse con los barones bajo condiciones muy desventajosas para él¹⁵⁷⁵; consintió (18 de julio) en confirmar de nuevo los reglamentos de Oxford, aun aquellos que destruían enteramente la autoridad real, y por segunda vez se hallaron los barones en posesión de la soberanía del reino. Restablecieron a Hugo el *Despenser* en el cargo de justicia mayor, colocaron en calidad de sheriffs en cada provincia de Inglaterra sus hechuras, apoderáronse de todas las fortalezas y de todos los castillos del rey, nombraron a todos los oficiales de su casa, convocaron un parlamento en Westminster (14 de octubre) para acabar de establecer su plan de gobierno. En él presentaron una nueva lista de veinticuatro barones, a quienes proponían confiar enteramente la administración e insistieron para que la autoridad de aquella junta continuase, no sólo durante el reinado de Enrique, mas también durante el del príncipe Eduardo.

Desgraciadamente este príncipe, el alma del partido realista, había sido hecho prisionero por Leicester, en una conferencia celebrada en Windsor¹⁵⁷⁶, antes de la reconciliación del rey con los barones. Aquel desastre, más que otra cosa alguna, fue lo que determinó a Enrique a someterse a las humillantes condiciones que le imponían; pero Eduardo, puesto en libertad en virtud del tratado, empleó su autoridad en defender las prerrogativas de su casa, y se formó un partido poderoso, aun entre los que al principio se habían declarado por los barones. Su primo, Enrique de Alemania, Roger Bigod, conde mariscal, el conde de Warena, Humfrey Bohun, conde de Hereford, Juan lord Basset, Ralf Basset, Hamond el Estrange, Roger Mortimer, Enrique de Piercy; Roberto de Brus, Roger de Lebourne, y casi todos los lores *marchers* (rayanos), como se los llamaba entonces, de las fronteras del país de Gales y de Escocia, que eran las partes más belicosas del reino, se declararon en favor de la causa del rey, y de nuevo empezaron en toda Inglaterra las hostilidades que acababan apenas de interrumpirse; pero el equilibrio de los partidos y los universales clamores del pueblo obligaron a Enrique y a los barones a abrir nuevas negociaciones de paz y por ambas partes se convino en remitir las desavenencias al arbitraje del rey de Francia¹⁵⁷⁷.

Se elige por árbitro al rey de Francia

Este virtuoso monarca, el único hombre a quien, en semejantes circunstancias, podía una nación vecina confiar tales poderes, jamás había cesado de interponer su mediación contra las facciones inglesas, y a mayor abundamiento, durante el corto intervalo de la paz, había convidado a Enrique y al conde de Leicester a pasar a París para ver de ajustar sus altercados; pero halló por una

1573 Crón. T. Wykes, pág. 59.

1574 Crón. T. Wykes, pág. 57.

1575 Crón. Dunst., tomo I, pág. 358. Trivet, pág. 211.

1576 Mat. París, pág. 669.

1577 Mat. París, pág. 668. W. Heming, pág. 580.

y otra parte un odio y una desconfianza tan vehementes, y la ambición del conde era además tan desmedida, que todos sus esfuerzos fueron inútiles; sin embargo, cuando se hizo aquella solemne apelación a su dictamen, ratificada con los juramentos y la firma de los cabezas de cada partido, no desesperó de salir adelante con su honrosa empresa. Reunió los estados de Francia en Amiens (1264) y en su presencia, igualmente que en la del rey de Inglaterra y de Pedro de Montfort, hijo de Leicester, puso a deliberación aquella gran causa. Parecióle a Luis que los reglamentos de Oxford, aun cuando no hubieran sido arrancados con la fuerza, aun cuando no fueran exagerados en sí mismos y destructores de la antigua constitución, se habían establecido expresamente como un expediente momentáneo, y no podían los barones, sin un abuso de confianza, hacerlos perpetuos: por consiguiente anuló aquellos reglamentos (23 de enero), restituyó al rey la posesión de sus castillos y la facultad de proveer a los grandes empleos, le reconoció el derecho de retener en su reino a todos los extranjeros que quisiese, y aun de concederles destinos de confianza y honores; en una palabra, restableció la autoridad real sobre el mismo pie en que estaba antes de la reunión del parlamento de Oxford; pero al paso que suprimía el monarca francés peligrosas innovaciones, y conservaba íntegras las prerrogativas de la corona de Inglaterra, no desatendía los derechos del pueblo. No sólo dispuso que se concedería una amnistía general por todas las culpas pasadas, mas declaró que no era su ánimo en manera alguna derogar con su juicio los privilegios y las libertades de que disfrutaba la nación en virtud de las antiguas concesiones o de las cartas de la corona¹⁵⁷⁸.

Renuévanse las guerras civiles

No bien se supo en Inglaterra aquel equitativo fallo determinaron Leicester y sus confederados no someterse a él y recurrir a las armas para proporcionarse con ellas condiciones más seguras y ventajosas¹⁵⁷⁹. Sin respeto a sus juramentos y a su propia firma, dio orden el atrevido rebelde a sus dos hijos, Ricardo y Pedro de Montfort, para atacar mancomunados con Roberto de Ferrars, conde de Derby, la ciudad de Worcester; mientras que Enrique y Simón de Montfort, sus otros dos hijos, sostenidos por el príncipe de Gales, talarían las tierras del conde de Mortimer. Leicester se quedó en Londres, y tomando por instrumento de sus manejos al sedicioso corregidor Fitz-Richard, que se había conservado en su empleo con violencia y contra las leyes, llevó al más alto punto en aquella capital la fermentación y el desorden. Distribuyóse por su propia autoridad el populacho en diferentes bandos, eligióse cabecillas, se dedicó a todos los ejercicios militares e insultó a todos los realistas. Para autorizar todavía más aquellos desórdenes, formóse una asociación entre la ciudad y diez y ocho grandes barones, cuyo empeño respectivo era no hacer nunca la paz con el rey sino con el consentimiento común: al frente de los que juraron perseverar en esta liga estaban los condes de Leicester, de Gloucester y de Derby, igualmente que el *Dispenser*, justicia mayor, que todos habían jurado anteriormente someterse a la decisión del monarca francés: el único pretexto con que cubrieron aquella falta de fe fue que la última parte de la sentencia que había pronunciado Luis estaba, según ellos, en contradicción con la primera, pues decían que ratificaba la Carta de las libertades, y sin embargo anulaba los reglamentos de Oxford, que sólo tendían, a lo que aseguraban ellos, a conservar aquella Carta, y sin los cuales no creían tener ninguna garantía de que sería observada.

Viendo el rey y el príncipe que la guerra civil era inevitable, se prepararon a la defensa: llamaron de todas partes a sus vasallos militares, y hallándose reforzados por Baliol, lord de Galloway, por Brus, lord de Annandale, Enrique Piercy, Juan Comin¹⁵⁸⁰, y otros barones del norte, formaron un ejército tan considerable por el número como por el valor y la experiencia. La primera empresa de los realistas fue atacar a Nortampton (3 de abril), defendida por Simón de Montfort y

1578 Rymer, tomo I, pág. 776. etc.

1579 Crón. Dunst. tomo I, pág. 363.

1580 Rymer, tomo I, pág. 772. Mat. West. pág. 385. Ipod Neustria, pág. 469.

muchos de los principales barones de aquel partido; pero habiendo Felipe Basset abierto una brecha en las murallas, tomóse la plaza por asalto, y el gobernador y la guarnición quedaron prisioneros de guerra: de allí marcharon los realistas a Leicester y a Nottingham, que les abrieron sus puertas. El príncipe Eduardo, al frente de un destacamento, pasó al condado de Derby, con intención de talar las tierras del señor de este título, y vengarse de su deslealtad, y como ambos partidos seguían el mismo sistema de guerra en toda Inglaterra, más asolado quedó el reino en un momento por la animosidad de los barones rivales, de lo que lo hubiera quedado en muchos años por enemigos extranjeros o aun domésticos, guiados por sentimientos más humanos y generosos.

El conde de Leicester, dueño de Londres y de las provincias situadas al. sudeste, puso sitio a Rochester, único pueblo que sostenía la causa del rey por aquella parte, y que defendía el conde de Warena, su gobernador, sostenido por muchos de los más ilustres y poderosos barones del partido realista. El rey y el príncipe acudieron desde Nottingham, donde tenían sus reales, en auxilio de Rochester. Al acercarse ellos, levantó Leicester el sitio, y se retiró a Londres, que miraba como el centro de su poderío, y que temía ver caer durante su ausencia en manos del rey, ya por la fuerza, ya por la connivencia de los principales vecinos, todos secretamente adictos a su soberano. Cuando Leicester se vio reforzado por un numeroso cuerpo de ciudadanos de Londres, y luego que hubo reunido de todas partes sus partidarios, creyóse bastante fuerte para dar una batalla a los realistas y decidir así de la suerte de la nación. Si ganaba la victoria, el rey, que no tenía ninguna retirada por aquel lado para sus tropas derrotadas, estaba enteramente perdido; en vez que si la fortuna se declaraba por aquel príncipe, Leicester podía fácilmente retirarse a la ciudad. Para colorar su causa, empezó por enviar emisarios a hacer proposiciones de paz a Enrique, muy sumisas en cuanto a las expresiones, pero muy duras en efecto¹⁵⁸¹. Cuando volvió el emisario con la negativa y el desafío del rey, del príncipe y del rey de los Romanos, Leicester despachó un segundo mensaje, por el cual renunciaba, por sí y a nombre de los barones confederados, a la obediencia y a la fidelidad que debía a Enrique; en seguida salió el conde de la ciudad con su ejército dividido en cuatro cuerpos: sus dos hijos, Enrique y Guy de Montfort, y Humprey de Rohun, conde de Hereford, que se había pasado a la facción de la nobleza, mandaban el primero; conducía el segundo el conde de Gloucester, con Guillermo de Montchesney y Juan Fitz-John; el tercero, compuesto de la milicia de Londres, tenía a Nicolás de Segrave a su cabeza; Leicester se había reservado el mando del cuarto. El obispo de Chichester dio la absolución general a las tropas, y prometió infaliblemente la gloria a todo el que muriese en la acción por una causa tan meritoria.

Batalla de Lewes

Leicester, gran guerrero, condujo su marcha con tanta habilidad y secreto que llegando en mitad de la noche, sorprendió a los realistas en sus cuarteles en Lewes, en la provincia de Sussex; pero la vigilancia y la actividad del príncipe Eduardo repararon en breve aquella negligencia, y sacando al ejército del rey de sus atrincheramientos, lo dividió en tres cuerpos. Acompañado del conde de Warena y Guillermo de Valencia, él conducía la vanguardia; el rey de los Romanos y su hijo tomaron el mando del cuerpo de batalla, y Enrique se puso a la retaguardia al frente de la principal nobleza (14 de mayo). Embistió Eduardo a las milicias de Londres, que habían pedido el puesto de honor en el ejército de los rebeldes, pero que, por falla de disciplina y de experiencia, eran poco capaces de resistir a las tropas aguerridas y a los bizarros caballeros que componían la división del príncipe. La de los vecinos del pueblo fue rota y echada del campo de batalla en un instante. Eduardo, arrebatado por su ardor guerrero, y sediento de vengar el insulto que habían hecho a su madre los habitantes de Londres¹⁵⁸², los persiguió acuchillándolos por espacio de cuatro millas, sin darles cuartel, y sin reflexionar en lo que sucedía entretanto en lo restante del ejército. El

1581 Mat. París, pág. 669. W. Heming. pág. 583.

1582 Mat. París, pág. 670. Crón. T. Wykes, pág. 62.

conde de Leicester, viendo a los realistas desbandados en el ardor del alcance, atacó impetuosamente, con las tropas que le quedaban, los cuerpos mandados por los dos reyes, e hizo una horrible carnicería en el del rey de los Romanos, quien tuvo que rendirse al conde de Gloucester: en seguida penetró Leicester hasta la retaguardia, donde peleaba Enrique en persona, la derrotó, le fue dando alcance hasta la ciudad de Lewes, e hizo prisionero al rey¹⁵⁸³.

De vuelta en el campo de batalla, después de haber perseguido a los londineses, quedó asombrado el príncipe Eduardo de hallarle cubierto de los cadáveres de los suyos, y más aun al saber que su padre y su tío habían sido derrotados y hechos prisioneros, y que Arundel Comyn, Brus, Hamond el Estrange, Roger Lebourne, y otros muchos grandes de su partido, estaban en manos del enemigo victorioso. El conde de Warena, Hugo Rigod, y Guillermo de Valencia, desesperados en vista de aquel desastre, huyeron precipitadamente a Pevensey, y fueron a ponerse en salvo del otro lado del mar¹⁵⁸⁴; sin embargo el príncipe, siempre impávido en medio de los mayores reveses, exhortó a sus tropas a vengar la muerte de sus amigos, a libertar a los reyes, y a arrebatarse una fácil victoria a un enemigo embriagado con su triunfo¹⁵⁸⁵; pero Eduardo halló todos los corazones helados por el temor. Leicester, temiendo alguna súbita y valerosa tentativa de su parte, le tuvo entretenido con vanas negociaciones, hasta que logró reunir sus soldados fugitivos¹⁵⁸⁶; entonces el partido realista, rodeado del ejército y de las guarniciones del enemigo, desprovisto de forrajes y de mantenimientos, privado de su soberano y de sus principales jefes, que eran los únicos que podían inspirarle el denuedo de una obstinada resistencia, quedó al parecer sin ningún recurso; por lo que Eduardo se vio reducido a recibir las condiciones que quiso imponerle Leicester, y que fueron lacónicas y duras, como era natural en la desesperada situación del príncipe. Estipuló que él y Enrique de Alemania se constituirían prisioneros en lugar de los dos reyes, por cuya libertad quedarían en rehenes; que todos los demás prisioneros de ambos bandos quedarían libres¹⁵⁸⁷; que para arreglar de un modo definitivo los términos de una reconciliación, se le suplicaría al rey de Francia que nombrase seis comisarios franceses, tres prelados y tres próceres; que estas seis personas elegirían otras dos entre sus compatriotas, que estas dos últimas nombrarían un inglés revestido, juntamente con ellas, por los dos partidos, de plenos poderes para hacer los reglamentos que conceptuasen convenientes para fijar el plan de gobierno de Inglaterra: a consecuencia de este convenio, el príncipe y el joven Enrique se entregaron en manos de Leicester, que los envió, bajo una escolta segura, al castillo de Duvres. Tales fueron las condiciones del acomodamiento, vulgarmente llamado la *Mise*, es decir el acuerdo o pacto de Lewes, antigua voz francesa que tenía esta significación, pues parece que la alta nobleza y los hidalgos de Inglaterra, que se gloriaban de su origen normando y desdeñaban la lengua de su país natal, se servían familiarmente entonces, y aun algún tiempo después, de la lengua francesa.

Apenas alcanzó Leicester aquel gran triunfo y vio a toda la familia real en su poder, violó abiertamente todos los artículos del tratado, y empezó a ejercer un dominio absoluto, o más bien tiránico, sobre el reino. El rey, libertado en apariencia, quedó su prisionero en efecto, y tuvo el dolor de ver emplear su nombre y su autoridad en todo lo que podía perjudicar a sus intereses y oprimir a sus pueblos¹⁵⁸⁸; en todas partes desarmó Leicester a los realistas, y conservó sobre las armas a sus parciales¹⁵⁸⁹; la misma conducta observó en punto a sus prisioneros, a quienes no puso en libertad, antes bien prendió a muchos que no habían sido cogidos en la batalla de Lewes; llevóse al rey consigo de pueblo en pueblo, y alegando supuestas órdenes de su majestad, obligó a todos los castillos reales a recibir una guarnición y un gobernador elegidos por él; nombró igualmente todos los oficiales de la corona y de la casa de Enrique, y en fin concentró en su persona todo el poder

1583 Id. pág. 670, Knygthon, pág. 2540.

1584 Crón. T. Wykes, pág. 63.

1585 W. Heming, pág. 584.

1586 Id.

1587 Mat. París, pág. 671. Knygthon, pág. 2451.

1588 Rymer, tomo I, pág. 790.

1589 Id. pág. 795.

civil y militar. Instituyó en las provincias una nueva especie de magistrados, revestidos de una autoridad enteramente arbitraria, bajo el nombre de conservadores de la paz¹⁵⁹⁰. Su insaciable codicia se manifestó sin rebozo a los ojos de la nación, y a tal punto la llevó que podíamos dudar de la grandeza de su ambición, o a lo menos suponerle un alma mezquina, si no tuviéramos motivos para creer que se proponía hacer servir sus inmensas riquezas de instrumento para su elevación. Apoderóse de los bienes de diez y ocho barones, como destinados a formar su parle de los despojos adquiridos en la batalla de Lewes; reservóse el rescate de todos los prisioneros, dijo con insolente ironía a los barones de su partido que debía bastarles substraerse con aquella victoria a las sentencias de confiscación y de destierro suspendidas sobre sus cabezas¹⁵⁹¹; trató al mismo conde de Gloucester de aquel modo insultante, y se guardó para sí el rescate del rey de los Romanos que, en la batalla, se había rendido a aquel magnate, como queda dicho. Enrique, hijo primogénito de Leicester, hizo un monopolio de todas las lanas de Inglaterra, el único producto estimado que daba entonces aquel país al comercio extranjero¹⁵⁹². Los habitantes de los cinco puertos tuvieron la insolencia de ejercer durante aquella disolución del gobierno la más desenfrenada piratería; embestían a las naves, de cualquiera nación que fuesen, arrojaban a los marineros al mar, y pronto con aquellas vejaciones ahuyentaron a todos los comerciantes de las costas y de los puertos de Inglaterra, con lo que todos los géneros extranjeros subieron a precios exorbitantes. Los ingleses, que no conocían todavía el arte de teñir los tejidos de lana, los usaban blancos, y sin haber recibido la última mano del fabricante, por lo que Leicester respondió a los murmullos que se elevaron con aquella ocasión que el reino podía bastarse a sí mismo y no tenía necesidad de comerciar con los extranjeros; pero luego se descubrió que aquel magnate se entendía con los piratas de los cinco puertos y cobraba el tercio de sus presas¹⁵⁹³.

No se volvió ya a pensar en la mediación del rey de Francia, artículo tan esencial del tratado de Lewes; Leicester convocó un parlamento, compuesto en su totalidad de partidarios suyos, para confirmar, con su autoridad, el poder que había usurpado con tanta violencia y de que usaba con tanta tiranía e injusticia. En él se expidió un decreto para el cual se había arrancado de antemano el consentimiento de Enrique, y en el que se decía que todo acto de la autoridad real lo ejercería un consejo compuesto de nueve personas, que serían nombradas o destituidas al arbitrio de otras tres, que eran Leicester, el conde de Gloucester y el obispo de Chichester¹⁵⁹⁴. Merced a este embrollado plan de gobierno, el cetro se hallaba realmente en manos de Leicester, pues como dirigía en un todo al obispo de Chichester, era el arbitro de las resoluciones del consejo de los tres, que podía nombrar o destituir, como queda dicho, a los individuos del consejo supremo.

Era imposible, empero, que las cosas se sostuviesen mucho tiempo en aquella extraña situación: era preciso que Leicester cayese no sin peligro, a la clase de vasallo, o que se elevase, con un peligro igual, a la de soberano, y su desmedida ambición, que no conocía ni temor ni deberes, justificaba bastante la conjetura de que su intención era esta última. Hallóse por entonces expuesto a grandes zozobras, y conoció que el más pequeño incidente podía derribar el inmenso y mal cimentado edificio que había construido. La reina, a quien su esposo había dejado fuera del reino, había levantado en los países extranjeros un ejército de aventureros dispuestos a todo, y reunido un gran número de naves con intención de hacer una invasión en Inglaterra y socorrer a su desgraciada familia. Luis, indignado de las usurpaciones y de los perjuros de Leicester, descontento de la oposición de los barones a someterse a su decisión, favoreció secretamente todos los pasos de aquella princesa, y generalmente se creyó que hacía preparativos para el mismo objeto. Reunió el gobierno en las costas un ejército inglés, en virtud de la supuesta voluntad del rey cautivo, para oponerse a aquella invasión¹⁵⁹⁵; pero Leicester debió más bien su seguridad a los vientos contrarios

1590 Rymer, tomo I, pág. 792.

1591 Knygthon, pág. 2491.

1592 Crón. T. Wykes, pág. 65.

1593 Id.

1594 Rymer, tomo I, pág. 793.

1595 Crón. Dunst., tomo I, pág. 373. Mat. West., pág. 315.

que detuvieron mucho tiempo en los puertos y dispersaron en fin la escuadra de la reina, que a la resistencia que se podría esperar de los ingleses en la situación en que se hallaban entonces.

Mas en estado se encontró de arrostrar los rayos del Vaticano que se encendieron contra él. El papa, siempre fiel a la causa del rey, envió al cardenal Guido de legado a Inglaterra, con orden de excomulgar nominativamente a los tres condes de Leicester, de Gloucester y de Norfolk, y en general a todos los que contribuían a oprimir o a retener en cautiverio a su soberano¹⁵⁹⁶. Leicester amenazó al legado con hacerle morir si ponía los pies en el reino; pero aquel cardenal, habiendo encontrado en Francia a los obispos de Winchester, de Londres y de Worcester, enviados por el gobierno para una negociación, les mandó, so pena de las censuras eclesiásticas, que llevasen a Inglaterra y publicasen su bula contra los barones. Cuando llegaron aquellos prelados a vista de las costas, embistiéronles los piratas de los cinco puertos, a quienes probablemente habían hecho saber en secreto la especie de cargamento que llevaban consigo: la bula fue rasgada y tirada al mar, lo que ofreció a aquellos artificiosos prelados un pretexto plausible para no cumplir las órdenes del legado. Apeló Leicester de aquel cardenal al papa en persona, pero el papa murió antes de que llegasen los embajadores a Roma para abogar por su causa, y estos hallaron al legado mismo de quien iban a apelar, instalado en el solio apostólico, bajo el nombre de Urbano IV. No desconcertó al atrevido conde aquel suceso, y como sabía que el afecto que le profesaban los ingleses estribaba en parte sobre su resistencia a la corte de Roma, cuyo imperio había llegado a hacerse odioso, persistió obstinadamente en la misma conducta.

Estamento de los Comunes

1265. A fin de aumentar y aprovechar su popularidad, convocó (20 de enero) un parlamento en Londres, donde sabía que su crédito era dominante, y fijó aquella asamblea sobre una base más democrática que la de ninguna de cuantas se habían celebrado desde la fundación de la monarquía inglesa. Además de los barones de su facción, y de muchos eclesiásticos que no eran terratenientes inmediatos de la corona, quiso que asistiesen a él dos caballeros de cada provincia; y, lo que es más notable, que hubiese diputados de las aldeas, que en los siglos anteriores habían parecido siempre de una condición demasiado baja para tomar asiento en el consejo nacional¹⁵⁹⁷. A aquella época se hace ascender generalmente la creación de la cámara de los comunes en Inglaterra, y ciertamente es la primera vez que hacen mención los historiadores de representantes enviados por las aldeas al parlamento. En todos los pormenores generales que los autores han dado de los antiguos parlamentos, nunca se habla más que de la nobleza y de los barones, como individuos constituyentes de aquel cuerpo, y aun en las más circunstanciadas noticias que se han publicado de las actas parlamentarias, como en el proceso de Becket, en el que los escritores contemporáneos¹⁵⁹⁸ refieren cuidadosamente los sucesos de cada día y casi de cada hora, ningún rastro se encuentra de una cámara de los comunes. Empero aunque aquella cámara tuvo un origen tan mal fundado y aun tan odioso como la usurpación de Leicester, llegó a ser, cuando la convocaron los legítimos soberanos, una de las partes más útiles y con el transcurso de los tiempos, de las más poderosas de la constitución nacional: ella fue en fin la que, por grados, salvó al reino de la tiranía aristocrática, como de la tiranía real; pero la política de Leicester, si es que se debe atribuir a aquel ambicioso tamaño beneficio, no hizo más que acelerar algunos años una institución a la que el estado de las cosas había preparado ya a la nación; de otra suerte sería inconcebible que aquel árbol plantado por una mano tan fatal, hubiera podido crecer tan vigorosamente y florecer en medio de tantas tempestades. El sistema feudal, con el cual eran incompatibles la libertad, y más aun el poder de los comunes, empezó a declinar poco a poco; el rey y el pueblo, que conocían sus inconvenientes,

1596 Rymer, tomo I, pág. 798.

1597 Rymer, tomo I, pág. 802.

1598 Fitz-Stephen, Hist. Quadrip. Hoveden, etc.

contribuyeron a favorecer el nuevo poder intermedio, que estaba más sometido que los barones a la autoridad regular de la corona, y que, al mismo tiempo, protegía los órdenes inferiores del estado.

Leicester, luego que hubo reunido un parlamento a su gusto, y fiándose en el afecto del populacho de Londres, aprovechó la ocasión de perder a los rivales que podía tener entre los más poderosos barones: hizo acusar, en nombre del rey, y prender y encarcelar, sin ninguna formalidad legal, a Roberto de Ferrars, conde de Derby¹⁵⁹⁹. Juan Gifford, amenazado del mismo tratamiento, huyó de Londres, y se refugió en las fronteras del país de Gales; el conde de Gloucester, cuyo poder e influjo habían contribuido tanto al triunfo de los barones, pero que estaba entonces indignado de la despótica y altanera conducta de Leicester, temió la autoridad dominante de su antiguo confederado, y se retiró del parlamento¹⁶⁰⁰; y aquella desunión, una vez conocida, alentó a los enemigos de Leicester y a los amigos del rey, seguros entonces de la protección de aquel poderoso magnate. Aunque Roger Mortimer, Hamond el Estrange y otros señores de las fronteras de Gales habían tenido que salir del reino, su autoridad subsistía siempre en los territorios sometidos a su jurisdicción, y todavía había otros muchos descontentos dispuestos a turbar el nuevo gobierno. Los odios inseparables de la aristocracia feudal estallaron con nueva violencia, y amenazaron sumergir de nuevo al reino en el desorden y la anarquía.

En medio de aquel conflicto, tomó el conde de Leicester un partido del que se prometía algunas ventajas por el pronto, pero que fue al cabo el origen de todas las desgracias que le sobrevinieron. El activo e intrépido príncipe Eduardo yacía en una prisión desde la fatal jornada de Lewes, y el pueblo, cuyo ídolo era, deseaba con ansia¹⁶⁰¹ que se le pusiese en libertad. Como Leicester conoció que sería difícil negarse a los deseos unánimes de la nación, trató con aquel príncipe, y le puso en libertad a condición de que mandaría a todos los de su partido que entregasen a los barones sus castillos, particularmente los que estaban situados en las fronteras de Gales, y que juraría no ausentarse del reino por espacio de tres años y no introducir en él ninguna fuerza extranjera¹⁶⁰². El mismo juramento hizo el rey, y otorgó además una carta en virtud de la cual confirmaba el convenio o la *mise* de Lewes, y aun permitía a sus vasallos tomar las armas contra él, si llegaba a intentar infringirla¹⁶⁰³; ¡tanto desdeñaba Leicester el cuidado de conservar a su soberano cautivo la menor apariencia de la majestad y del poder supremo, aunque mostraba proceder constantemente bajo su autoridad!

A consecuencia de aquel tratado, fue llevado el príncipe Eduardo a Westminster-Hall, y declarado libre por los barones (11 de marzo); pero, en vez de recobrar realmente su libertad, como en vano había esperado, conoció que todo lo que había pasado no era más que alargar su cadena; que le hacía guardar rigurosamente a la vista por sus emisarios, y que mientras que los facciosos recogían todo el fruto de su fidelidad en ejecutar el tratado, le impedían sacar de él ninguna ventaja. Como en la época de su rompimiento con los barones, Gloucester se retiró a sus tierras en las fronteras de Gales por el interés de su seguridad, Leicester le siguió con un ejército hasta Hereford¹⁶⁰⁴, continuó amenazando y negociando alternativamente y a fin de dar más peso a su causa, llevóse consigo al príncipe y al rey. Allí fue donde Eduardo concertó su fuga con Gloucester, quien le proporcionó un caballo de sin igual velocidad en la carrera, y encargó a Roger Mortimer, que había vuelto al reino, que estuviese apostado con algunos hombres a cierta distancia para recibir al príncipe y escoltarle hasta que estuviese en seguridad. Fingió Eduardo querer ir a tomar el aire con algunos hombres de la comitiva de Leicester que le custodiaban (28 de mayo), y entreteniéndose en mandar ejercicios de picadero a sus caballos en el campo, cuando creyó haberlos cansado lo bastante con aquel ardid, montó en el caballo de Gloucester, y partió como un rayo, gritando a sus guardias que ya había gozado bastante del placer de estar con ellos, y que les decía

1599 Crón. T. Wykes, pág. 68.

1600 Mat. París, pág. 671.

1601 Knygthon, pág. 2451.

1602 An. Waverl., pág. 216.

1603 Blackstone's Mag. Charta. Crón. Dunst. tomo I, pág. 378.

1604 Crón. T. Wykes, pág. 67. W. Heming. pág. 585.

adiós. Persiguiéronle ellos largo trecho sin poder alcanzarle, pero al ver a Mortimer con su gente, tuvieron que volverse atrás.

Batalla de Evesham y muerte de Leicester

Los realistas, secretamente preparados a aquel suceso, volaron al punto a las armas; el júbilo que causó la libertad de aquel valeroso príncipe, la opresión que la nación sufría indignada, la esperanza de una gran mudanza en los negocios y el apoyo del conde de Gloucester proporcionaron a Eduardo un ejército, al que Leicester no podía absolutamente resistir. Hallóse de pronto este magnate rodeado de enemigos en una remota provincia del reino, privado de toda comunicación con sus amigos por el Saverna, cuyos puentes había cortado Eduardo, y precisado a pelear por el interés de su partido, a pesar de tantas desventajas. En aquel apurado trance, escribió a su hijo, Simón de Montfort, que saliese inmediatamente de Londres y acudiese en su auxilio con sus tropas. Avanzó Simón con este intento hasta Kenilworth, y persuadido de que las fuerzas y la atención de Eduardo estaban únicamente dirigidas contra su padre, quedóse allí sin desconfianza y sin tomar precaución alguna, pero el príncipe hizo una marcha forzada, le sorprendió en su campamento, dispersó su ejército, y cogió casi sin resistencia al conde de Oxford y a otros muchos prisioneros de distinción. Leicester, ignorando la suerte de su hijo, pasó el Saverna en barcas durante la ausencia de Eduardo, y fue a acamparse en Evesham con la esperanza de que se le agregarían inmediatamente sus amigos de Londres; entonces el príncipe, atento a aprovecharse de todo momento favorable, le salió al encuentro.

(4 de agosto). Hizo avanzar Eduardo una división de su ejército por el camino que conducía a Kenilworth, con orden de llevar los estandartes arrebatados a las tropas de Simón, mientras que él, dando un rodeo con lo restante de sus fuerzas, se proponía atacar al enemigo por otro lado. Largo rato se dejó engañar Leicester con aquella estratagema, tomando la división del ejército de Eduardo por el refuerzo que aguardaba de su hijo, pero advirtiéndole en fin su error, y conociendo la superioridad y la excelente disposición de los realistas, exclamó que habían aprendido de él el arte de la guerra y añadió: «¡Dios tenga compasión de nuestras almas, porque veo a vuestros cuerpos en poder del príncipe!» Inmediatamente empezó el combate, aunque con gran desproporción entre los ejércitos. El de Leicester, habiendo vivido sin pan en las montañas del país de Gales, donde todavía era poco conocido su uso, se había debilitado mucho con las enfermedades y la desertión, y así fue que al momento le desbarataron los realistas victoriosos. No opusieron los galeses mayor resistencia; acostumbrados a una guerra de sorpresas y escaramuzas, pronto recurrieron a la fuga, y fueron perseguidos con gran mortandad de los suyos: el mismo Leicester, reducido a pedir cuartel, fue muerto en el calor de la acción con su hijo mayor Enrique, Hugo el *Despenser*, sobre ciento sesenta caballeros y otros muchos hidalgos de su partido. El anciano rey, colocado expresamente por los rebeldes en la primera fila, y no pudiendo ser reconocido por los suyos bajo la armadura que le cubría, recibió una cuchillada y estuvo en peligro de perder la vida, pero gritó: «Soy Enrique de Winchester, vuestro rey», y le dejaron: su hijo voló en su auxilio, le sacó del campo, y le puso en seguridad.

La violencia, la ingratitud, la tiranía, la rapacidad y la perfidia del conde de Leicester dan una idea muy poco favorable de su carácter moral, y hacen considerar su muerte como el suceso más feliz que en aquellas circunstancias podía ocurrir en la nación: con todo, es preciso conceder un gran talento y la apariencia de grandes virtudes a un hombre que, a pesar de su calidad de extranjero, y en un tiempo en que los extranjeros eran odiosos, había podido adquirirse un crédito tan prodigioso en el reino, y se había abierto la senda del trono hasta estar a punto de subir a él. Su habilidad en el arte de la guerra y en los misterios de la política era igualmente superior, y reunía el talento de gobernar a los hombres, al de dirigir los negocios. Aunque su ambición era ilimitada, parece que no fue más allá de su valor y de su rapacidad, y tuvo la fortuna de hacer concurrir a la

última plebe, lo mismo que a la imperiosa nobleza, al triunfo de sus interesados y peligrosos proyectos. Un príncipe más hábil y firme que Enrique hubiera podido dirigir las altas partes de aquel magnate hacia los medios de acrecentar el lustre del trono o la felicidad de la nación; pero la preponderancia que dejó adquirir a Leicester la administración inconstante y débil del rey, arruinó la autoridad real y produjo los mayores disturbios, que sin embargo al cabo conservaron y consolidaron considerablemente la libertad nacional y la constitución. Tal era el afecto que profesaba el pueblo a aquel rebelde, que, aun después de su muerte, y a pesar de que el papa le había excomulgado, se le miró como a un santo y se acreditó la opinión de que se habían efectuado muchos milagros en su sepultura¹⁶⁰⁵.

Establecimiento del Gobierno

La victoria de Evesham y la muerte de Leicester fueron decisivas en favor de los realistas, e hicieron una impresión igual, aunque muy opuesta, sobre los amigos y los enemigos en todas las provincias de Inglaterra. El rey de los Romanos recobró su libertad y lo mismo los demás prisioneros del partido real. Fitz-Richard, aquel sedicioso corregidor de Londres, que había dado muerte a cuarenta de los más ricos vecinos de aquella capital, suspendió la espada de su rigor a la nueva de aquel gran suceso; casi todos los castillos en que los barones habían puesto guarnición de su gente, se apresuraron a someterse y a abrir sus puertas al rey; sólo las islas de Axhosme y de Ely, fiadas en la fuerza de su situación, osaron defenderse, pero pronto las redujo Eduardo, lo mismo que al castillo de Duvres¹⁶⁰⁶ (1266). Adán de Gourdon, barón muy valeroso, se sostuvo algún tiempo en los bosques de Hampshire, cometió mil atrocidades en todas las cercanías, y obligó al príncipe a conducir contra él un ejército a aquella provincia; Eduardo atacó el campamento de los rebeldes, y arrebatado por su natural arrojo, saltó por cima de las trincheras, seguido de un puñado de valientes y peleó con el mismo Gourdon en singular batalla. Mucho tiempo estuvo indecisa la victoria entre aquellos dos valientes guerreros pero al cabo se declaró a favor del príncipe, que hirió a su adversario, le derribó del caballo y le hizo prisionero. No sólo le concedió Eduardo la vida, mas le presentó aquella misma noche a la reina, en Guilford, le obtuvo su perdón, le restableció en sus bienes, le admitió a su favor y le contó siempre en el número de sus más leales servidores¹⁶⁰⁷.

La extinción total de una rebelión tan considerable produce ordinariamente una revolución en el gobierno y fortalece por algún tiempo y aun extiende las prerrogativas de la corona: sin embargo en aquella ocasión la libertad nacional no hizo ningún sacrificio, y la gran Carta se conservó en todo su vigor. El rey conoció que los barones adictos a su partido, y a quienes debía exclusivamente el triunfo que acababa de conseguir, no eran menos celosos de su independencia que los del partido contrario, y parece que desde entonces se abstuvo más de ejercer aquella autoridad arbitraria que había dado un pretexto tan plausible a la rebelión. También es notable la clemencia que desplegó el rey después de su victoria: ni una gota de sangre corrió a manos del verdugo; ningún acto de proscripción se ejecutó, excepto contra la casa de Montfort; y aunque es verdad que un parlamento reunido en Winchester confiscó los bienes de todos los que habían tomado las armas contra el rey, fácilmente se transigió con ellos mediante ligeras sumas¹⁶⁰⁸, y las más crecidas, pagadas por los más culpables, no excedieron del producto de sus rentas de cinco años: el mismo conde de Derby, que, después de haber obtenido ya su perdón y haber sido reinstalado en posesión de sus haciendas, se había rebelado de nuevo, no pagó más que siete años aquella renta, y recibió además su perdón completo. La natural blandura del rey y la prudencia del príncipe templaron la aspereza del triunfo, y poco a poco restablecieron el orden entre los diversos miembros del estado, desunidos por tan

1605 Crón. de Mailr. pág. 232.

1606 Mat. París, pág. 676. W. Heming. pág. 588.

1607 Id. pág. 675.

1608 Mat. París, pág. 675.

largas guerras civiles y por tan violentos trastornos.

La ciudad de Londres, que había llevado a los últimos excesos su odio y su furor contra el rey, y que todavía parecía resuelta a defenderse cuando casi todo el reino estaba sometido, obtuvo poco después que se le devolvieran sus fueros y privilegios. Fitz-Richard, aquel corregidor culpable de tantas prevaricaciones y violencias, no sufrió más castigo que una prisión y una multa. La condesa de Leicester, hermana del rey, tan animada en perseguir a la familia real, fue desterrada del reino con sus dos hijos, Simón y Guy, que luego se mostraron muy desagradecidos a un tratamiento tan poco riguroso, asesinando cinco años después, en Viterbo, en Italia, a su primo Enrique de Alemania, en el momento mismo en que procuraba reconciliarlos con el rey¹⁶⁰⁹, y escaparon del castigo que merecía tan gran crimen refugiándose en la iglesia de los Franciscanos¹⁶¹⁰.

1267.—Los servicios del conde de Gloucester, desde que había vuelto a su obligación, habían sido tan importantes libertando al príncipe Eduardo y contribuyendo a su victoria sobre los barones rebeldes, que parecía casi imposible premiarle tan completamente como él pedía. Joven, arrogante, poderoso y descontento de la carta por habersele negado algunas demandas, encendió nuevamente el fuego de la rebelión en el reino: a instigación suya, el populacho de Londres voló a las armas, y el príncipe tuvo que reunir un ejército de 30.000 hombres para apagar aquel nuevo incendio; pero no fue entonces más severa la venganza del rey, y ni aun fue castigado el mismo Gloucester: solamente se le obligó afirmar un empeño en virtud del cual se sometía a pagar 20.000 marcos si llegaba algún día a rebelarse: ¡extraño modo de dar fuerza a las leyes y prueba incontestable de la peligrosa independencia de la nobleza de aquellos tiempos! Los grandes del reino, temiendo el peligro del ejemplo, sentían dejar que se ejecutasen las penas de confiscación y de muerte contra cualquiera de ellos, pero no podían decentemente negarse a obligarlos a cumplir los compromisos voluntarios que habían contratado.

1270. El príncipe Eduardo, viendo al reino bastante tranquilizado se dejó persuadir por su amor a la gloria, por las preocupaciones del siglo y por los vivos empeños del rey de Francia a intentar una expedición contra los infieles en la Tierra Santa¹⁶¹¹, y para ello empezó por procurar poner al estado en situación de que nada tuviese que temer por su ausencia. Como el genio revoltoso y mucho crédito del conde de Gloucester le ponían en cuidado, quiso que le acompañase en cumplimiento de un voto que aquel magnate había hecho de emprender el mismo viaje: al mismo tiempo le obligó a devolver algunas fortalezas, y a comprometerse solemnemente a no turbar la paz del reino¹⁶¹². Salió Eduardo de Inglaterra con su ejército y llegó al campamento de Luis delante de Túnez, en África, donde supo que aquel gran rey había muerto de resultas de la intemperie del clima y de las fatigas de su expedición. La debilidad, acaso la única debilidad de aquel príncipe, fue su imprudente celo por las cruzadas, pero aquel entusiasmo fue lo que principalmente le granjeó de parte del clero el dictado de Santo con que es conocido en la historia de Francia. Sucedióle su hijo Felipe, apellidado el Atrevido, príncipe de bastante mérito, pero muy inferior a su padre.

1609 Lingard refiere este trágico suceso más circunstanciadamente: «La curiosidad movió a aquel príncipe (Enrique) a visitar la ciudad de Viterbo, en compañía de los reyes de Francia y de Sicilia, para presenciar la elección del papa Clemente IV (1271 a 15 de marzo). Muy de mañana, entró en una iglesia a oír misa; luego que ésta se acabó quedóse el príncipe haciendo oración, cuando le sobrecogió de repente el sonido de una voz muy conocida que le gritaba:—Traidor Enrique, no te escaparás.—Volvió la cara y vio a sus dos primos los proscritos Simón y Guy de Montfort que se avalanzaban hacia él con espada en mano y completamente armados. El desgraciado Enrique se acogió al altar, pero no pudo salvarle la santidad del sitio de los dos eclesiásticos que se interpusieron generosamente, el uno fue asesinado y al otro le dejaron por muerto. Enrique sucumbió a sus numerosas heridas; saciaron su venganza los dos hermanos mutilando el cadáver, le arrastraron hasta la puerta de la iglesia, y montaron a caballo en triunfo bajo la protección del conde Aldobrandini, suegro de Guy. Inmediatamente el colegio de los cardenales excomulgó a los hermanos Montfort.» (N. del Trad.)

1610 Rymer, tomo I, pág. 897.

1611 Mat. París, pág. 677.

1612 Crón. T. Wykes, pág. 90.

Muerte del rey

No decayó de ánimo Eduardo con aquel suceso, y prosiguió su viaje a la Tierra Santa (1271) donde señaló su valor, realzó la gloria del nombre inglés en aquellas regiones, y derramó tanto terror entre los sarracenos, que emplearon contra él un asesino que le hirió en un brazo y pereció en aquel atentado¹⁶¹³; pero su ausencia produjo en Inglaterra todos los inconvenientes que él había temido. Las leyes cayeron en lamentable desuso; los barones oprimían al pueblo con impunidad¹⁶¹⁴; daban asilo en sus tierras a cuadrillas de bandoleros, de que se servían para talar las tierras de sus enemigos. El populacho de Londres volvía a su habitual desenfreno, y el anciano rey, incapaz de manejar las riendas de un gobierno superior a sus fuerzas, pedía con vivas instancias el regreso de su valeroso hijo¹⁶¹⁵ para que le ayudase a sostener el cetro próximo a caer de sus flacas y trémulas manos. Al fin, abrumado bajo el peso de los cuidados y de los achaques de la edad, fue debilitándose visiblemente por días y falleció en San Edmondsbury el 16 de noviembre (1272), a los sesenta y cuatro años de su edad y a los cincuenta y seis de su reinado, el más largo de cuantos ofrecen los anales de Inglaterra¹⁶¹⁶. Su hermano, el rey de los Romanos, pues jamás llegó a tener el título de emperador, había muerto sobre siete meses antes que él.

Carácter del rey

El rasgo principal del carácter de Enrique III fue su incapacidad para el gobierno, que le sometía a sus ministros y a sus favoritos y le hacía ser entre sus manos tan poco dueño de sí mismo como cuando estaba en poder de sus enemigos: de aquí provenía, más bien que de un corazón falso y pérfido, su negligencia en cumplir sus promesas. Determinábase con demasiada facilidad a sacrificar a ventajas presentes y efímeras las ventajas duraderas que le hubieran proporcionado el aprecio y la confianza de su pueblo: de aquí procedieron sus profusiones con sus favoritos, su apego a los extranjeros, la impetuosidad de su resentimiento, el pronto olvido de sus injurias y sus repentinos tránsitos de la cólera a la amistad. En vez de reducir el peligroso poder de los grandes del reino, obligándolos a observar las leyes con sus inferiores, y dándoles el ejemplo de aquella observancia, prefirió imitar su conducta, y hacer de su voluntad arbitraria, o más bien de la de sus ministros, la única norma de sus acciones. En vez de reparar con la más austera economía el desorden y los desfalcos que habían ocasionado en la hacienda las expediciones militares de su tío, las prodigalidades de su padre y las usurpaciones de la nobleza, no titubeó en recaudar dinero con exacciones irregulares, que sin enriquecerle a él, empobrecían a su pueblo, o por lo menos le descontentaban. Era seguramente el hombre menos dispuesto por la naturaleza para ser un tirano, y sin embargo se hallan bajo su reinado actos de opresión que, aunque autorizados por el ejemplo de sus predecesores, infringían sin rebozo la gran Carta, y son incompatibles con todos los principios de un buen gobierno. Podemos decir, en suma, que más habilidad, unida a las buenas disposiciones de aquel príncipe, le hubiera impedido caer en las faltas que cometió, o con calidades más malas, le hubiera hecho capaz de sostener y de defender sus fallas.

Enrique III se distinguió por su devoción, su fervor, su asiduidad al culto público: los antiguos escritores nos han transmitido con mucho elogio un dicho suyo sobre este punto. Discutiendo con Luis IX, rey de Francia, sobre que se debía preferir, si el sermón o la misa, sostuvo la superioridad de la misa, y aseguró que preferiría tener una hora de conversación con un amigo a oír veinte discursos sublimes pronunciados en su loor¹⁶¹⁷.

1613 Mat. París, pág. 678 y siguientes.

1614 Crón. Dunst., tomo I, pág. 404.

1615 Rymer, tomo I, pág. 869. Mat. París, pág. 678.

1616 Jorge III murió en el sexagésimo año de su reinado. (N. del Trad.)

1617 Valsing, Edw., pág. 43.

Dejó Enrique dos hijos, Eduardo, su sucesor, y Edmundo conde de Lancastre, y dos hijas, Margarita, reina de Escocia, y Beatriz duquesa de Bretaña. Tuvo otros cinco hijos que murieron de tierna edad.

Varios sucesos de su reinado

Las siguientes leyes son las más notables de cuantas se hicieron bajo aquel reinado. Había habido grandes disputas entre los tribunales civiles y los eclesiásticos acerca de la bastardía; el derecho común declaraba bastardos a todos los hijos nacidos antes del matrimonio, pero con arreglo al derecho canónico, el matrimonio los legitimaba. Cuando ocurrían algunas contestaciones acerca de una herencia, era uso antiguamente en los tribunales civiles que diesen orden a los tribunales espirituales para hacer las informaciones requeridas sobre la legitimidad de la persona, y nunca el obispo dejaba de responder con arreglo al derecho canónico, aunque contrario a la ley municipal del reino: por esta razón los tribunales civiles mudaron los términos de su decreto, y en vez de intimar a los tribunales espirituales que practicasen una sumaria sobre la legitimidad del individuo, redujéronse a la simple pregunta de hecho si había nacido antes o después del matrimonio. Los prelados se quejaron de esta práctica al parlamento reunido en Morton en el vigésimo año del reinado de Enrique III, y pidieron que la ley civil se hiciese conforme a la ley eclesiástica; pero toda la nobleza les dio esta memorable respuesta: *Nolumus leges Angliae mutare*, no queremos mudar las leyes de Inglaterra¹⁶¹⁸.

Después de las guerras civiles, el parlamento convocado en Marlebridge aprobó la mayor parte de los decretos redactados por los barones reformadores, y que aunque muy ventajosos a la seguridad del pueblo, todavía no habían recibido la sanción de una autoridad legal. Entre otras leyes que se hicieron allí, determinóse que las apelaciones de los juzgados de los señores inferiores se llevarían directamente a los tribunales del rey, sin pasar por los de los señores inmediatamente superiores¹⁶¹⁹; decidióse también que los acreedores de un menor no podrían exigir de él ningún interés de su dinero durante su menor edad¹⁶²⁰. Esta ley era muy razonable, porque como los bienes de los menores estaban siempre en manos de sus señores, no podían pagar intereses mientras no tenían créditos. La carta del rey Juan les concedía este alivio, que se omitió en la de Enrique III, sin que se sepa porqué, pero se renovó en el estatuto de Marlebridge. La mayor parte de los otros artículos de este estatuto tienen por objeto coartar la autoridad opresiva de los sheriffs, igualmente que las iniquidades y las violencias cometidas confiscando los rebaños y otros efectos. Los ganados y los aperos componían entonces las principales riquezas del pueblo.

En el trigésimo quinto año del reinado de Enrique III, se hizo un reglamento sobre el pan, cuyo precio se fijó, con arreglo a los diferentes valores de los granos, desde un chelín el *quarter*¹⁶²¹ hasta 7 chelines y 6 peniques¹⁶²². Estas grandes variaciones son por sí solas una prueba del mal estado en que se hallaba entonces la agricultura¹⁶²³; y aun todavía subieron los precios mucho más de lo que permitía la ley. Leemos en la crónica de Dunstable que bajo aquel reinado el trigo se vendió una vez hasta a un marco y aun a una libra esterlina el cahíz, lo que hace tres de nuestra moneda actual¹⁶²⁴. La misma ley nos prueba la poca comunicación que había entre las diferentes

1618 Estatuto de Merton, cap. 9.

1619 Estatuto de Marleb., cap. 20.

1620 Id. cap. 16.

1621 Medida inglesa, que corresponde a nuestro cahíz o cuartal, que hace ocho fanegas. (N. del Trad.)

1622 Statutes at Large, pág. 6.

1623 Vemos por las oraciones de Cicerón contra Verres, lib. III, cap. 84-92, que el precio del trigo en Sicilia era, durante la pretoria de Sacerdos, cinco dineros el modo: durante la de Verres, que le sucedió inmediatamente sólo dos sextercios, esto es, diez veces más bajo, indicio, o más bien, prueba evidente del pésimo estado de la agricultura en los tiempos antiguos.

1624 Véase también Knyghton, pág. 2444.

partes del reino, por la diferencia de los precios que tenía el mismo género en el mismo tiempo. Un cervecero, dice el mismo estatuto, puede vender dos *gallons*¹⁶²⁵ de cerveza por un penique en las ciudades, pero debe dar tres o cuatro por el mismo precio en el campo. En el día es por el contrario menos cara en los pueblos que en el campo, atendido el gran consumo de las ciudades y los considerables fondos de los cerveceros. La crónica de Dunstable observa que un año el trigo se vendió en muchos puntos a ocho chelines el cahíz, y nunca pasó de una corona (*croron*)¹⁶²⁶, en Dunstable.

Aunque el comercio estaba entonces muy decaído, parece no obstante que hizo algunos progresos desde la conquista, a lo menos si podemos juzgar del aumento del metálico por el precio del trigo. El precio medio que fijaba el estatuto entre el más alto y el más bajo del trigo era cuatro chelines y tres peniques el cahíz, lo que hace doce chelines y nueve peniques sobre el pie de nuestra moneda actual, y viene a ser cerca de la mitad del precio medio de nuestro tiempo: sin embargo el precio medio de las cabezas de ganado hasta el reinado de Ricardo era más de ocho veces inferior al de nuestros días. ¿No se debe deducir con verdad, comparando todos estos hechos, que en todas las naciones no civilizadas, los ganados, que se multiplican por sí mismos, son siempre más baratos que los granos, que exigen, para obtenerlos en abundancia, más arte y fondos de los que ellas pueden tener? Es de observar que el reglamento de Enrique sobre el trigo se copió de un reglamento del rey Juan; por consiguiente los precios de los granos y de los ganados que acabamos de cotejar, pueden considerarse como contemporáneos, y estaban sacados, no de un año particular, sino de un cómputo de los precios medios durante una serie de años. Verdad es que el precio fijado por el juzgado (*assize*) de Ricardo se destinó a servir de regla para las cuentas de los sheriffs y de los *escheators*¹⁶²⁷, y como se daban provechos considerables a aquellos oficiales, puede suponerse con bastante fundamento que el valor común de los ganados era un poco más alto; sin embargo una diferencia tan grande como la de cuatro a uno, entre los precios de los granos y de los ganados comparados a los precios de ahora, suministra importantes reflexiones sobre el estado muy diferente de la industria y de la agricultura en uno y otro tiempo.

Los intereses del dinero eran entonces tan exorbitantes como podían serlo en un siglo de barbarie, y cuando aun no se tenía casi ningún conocimiento sobre el comercio. En aquellos tiempos se hallan ejemplos de dinero prestado a cincuenta por ciento¹⁶²⁸. Existe un edicto de Felipe Augusto, expedido por entonces, que prohíbe a los judíos cobrar más de cuarenta por ciento¹⁶²⁹. Tamaños lucros movieron a los judíos a quedarse en Inglaterra, a pesar de la opresión a que el espíritu de codicia y de fanatismo dominante a la sazón los exponía continuamente. Fácil es imaginar cuán insegura era su situación bajo el gobierno de un príncipe pobre, algo sujeto en su tiranía sobre sus vasallos naturales, pero que tenía una autoridad sin límites sobre los judíos, únicos propietarios de todo el dinero del reino, y a quienes se aborrecía a causa de sus riquezas, de su religión y de su usura; y sin embargo apenas alcanza la imaginación a formarse idea de las inauditas extorsiones de que eran víctimas. En 1241 se les hicieron pagar 20.000 marcos de plata¹⁶³⁰; dos años después se les exigieron enormes sumas, y el judío Aaron de York contribuyó él solo con más de 4.000 marcos¹⁶³¹. En 1250 Enrique los oprimió de nuevo, y el mismo Aaron fue condenado a darle 30.000 marcos por habersele acusado de una falsificación¹⁶³². Una multa tan crecida, y cuyo peso parece que se le creía en estado de soportar, es más bien un indicio de su inocencia que de su crimen. En 1255, el rey pidió 8.000 marcos a los judíos, y los amenazó con mandarlos ahorcar si se negaban a obedecerle; entonces se les apuró la paciencia, y solicitaron permiso para salir del reino con todos sus efectos,

1625 Medida inglesa que hace sobre dos azumbres. (N. del Trad.)

1626 Es decir, sobre 24 reales. (Id.)

1627 Ministros de justicia que recaudan para el tesoro las rentas eventuales del rey. (Id.)

1628 Mat. París, pág. 586.

1629 Brussel, Tratado de los Feudos, tomo I, pág. 576.

1630 Mat. París, pág. 372.

1631 Id. pág. 410.

1632 Id. pág. 525.

pero el rey les respondió: «¿Como he de remediar la opresión de que os quejáis? Estoy arruinado, despojado, privado de todas mis rentas: debo más de 200.000 marcos, y si dijera 300.000 no diría de más; tengo que dar a mi hijo Eduardo 15.000 marcos anuales; no poseo un penique, y necesito dinero, de cualquier mano, de cualquier lado, de cualquier modo que venga.» Por lo tanto entregó a los judíos al conde de Cornualles, a fin de que pues ya uno de los hermanos había desollado a aquellos infelices, otro les arrancase las entrañas, para servirnos de las expresiones de un historiador¹⁶³³. El rey Juan, padre de Enrique III, pidió una vez 10.000 marcos de plata a un judío de Bristol, y como éste se los negase, mandó que le arrancasen una muela cada día hasta que consintiese en pagar aquella suma; el pobre judío se dejó sacar siete muelas y acabó por pagar¹⁶³⁴. Una contribución echada sobre los judíos, en 1213, ascendió a 60.000¹⁶³⁵ marcos, suma igual a un año de la renta total de la corona.

Para legitimar aquellas extorsiones sacóse entonces a colación en Inglaterra el absurdo e inverosímil cargo, hecho tantas veces contra los judíos, de haber crucificado a un niño, en escarnio de la pasión del Salvador. Diez y ocho infelices fueron ahorcados al mismo tiempo por aquel crimen¹⁶³⁶, aunque no era creíble que el odio de los cristianos hacia ellos, ni aun las vejaciones con que se los abrumaba, hubiesen podido excitarlos a tamaño horror; pero es bastante natural suponer que una raza expuesta a tantos ultrajes, a tantas tropelías por parte del rey y del pueblo, y que gozaba de sus riquezas con tan poca seguridad, llevase la usura a sus últimos excesos y procurarse indemnizarse de sus continuos peligros con un lucro exorbitante.

Necesariamente el comercio debe hallarse en un estado lastimoso donde es tan subido el interés del dinero, y donde los únicos que lo poseen no lo emplean más que en la usura y tienen que temer tantas rapiñas e injusticias; pero la mala policía del país era todavía otro obstáculo para todo progreso, pues hacía peligrosa toda comunicación e insegura toda propiedad. La crónica de Dunstable dice¹⁶³⁷ que, bajo aquel reinado, nadie estaba seguro en su casa, y que pueblos enteros eran saqueados por cuadrillas de bandoleros, aunque no hubiese guerra civil en el reino. En 1249, algunos años antes de la rebelión de los barones, dos mercaderes del Brabante fueron a avistarse con el rey en Winchester, y le dijeron que habían sido despojados de todo su haber por unos ladrones a quienes conocían por verlos todos los días en su corte; que aquellas mismas violencias se cometían en toda Inglaterra, y que los viajeros estaban continuamente expuestos a ser robados, maniatados, asesinados; que estos crímenes quedaban impunes, porque los mismos ministros de justicia estaban asociados con los malhechores; que ellos por su parte estaban resueltos, aunque comerciantes, a sostener sus quejas con las armas en la mano y por la vía del duelo contra aquellos bandoleros, más bien que a recurrir a la inútil protección de las leyes. Irritado el rey de aquel abuso, mandó que se nombrasen jurados para juzgar a los ladrones, pero resultó que los doce jurados, que eran unos ricos hacendados del Hampshire, estaban también de acuerdo con los culpados, por lo que al punto los absolvieron. Enrique furioso en vista de tan escandalosa prevaricación, hizo encarcelar a los jurados, los amenazó con los más severos castigos, y mandó nombrar otros doce, los cuales, temiendo la suerte de sus antecesores, fallaron en fin sentencia contra los reos. Descubrióse que varios oficiales de la casa del rey eran cómplices del robo, y su excusa fue que como no recibían ningún sueldo de su majestad, tenían que robar para mantenerse¹⁶³⁸. «Los caballeros y los escuderos», dice el Dictum de Kenelworth», que estaban entre los ladrones, si no tienen tierras, darán la mitad de sus bienes muebles, y presentarán una fianza suficiente para responder de que no volverán a turbar la paz del reino.» ¡Tales eran las costumbres de la época!

Mientras dominaban semejantes costumbres, murmurábase menos de los fraudes y de los artificios del clero, atendido que la sociedad padece mucho menos disturbio cuando se les saca el

1633 Id. pág. 606.

1634 Id. pág. 160.

1635 Madox, pág. 152.

1636 Mat. París, pág. 613.

1637 Tomo I, pág. 155.

1638 Mat. París, pág. 509.

dinero a los ciudadanos con su propio consentimiento, aunque sorprendidos a favor de ardidés y de mentiras, que cuando se los despoja de él a viva fuerza. Durante el reinado de Enrique III, el poder del papa llegó a su último período, y empezó también a declinar sensiblemente por efecto de la insaciable codicia y de las excesivas extorsiones de la corte de Roma, que le enajenaron el clero y los legos de todos los estados de Europa: la Inglaterra misma, aunque sepultada en las más profundas tinieblas de la ignorancia y de la superstición, meditaba seriamente sacudir el yugo de la santa sede¹⁶³⁹, y el soberano pontífice tuvo que recurrir a nuevos expedientes para sujetarla a él más que antes. A este efecto¹⁶⁴⁰ publicó Gregorio IX sus decretales, que no son más que una colección de imposturas favorables a la curia romana, y que consisten en los supuestos decretos de los papas de los primeros siglos¹⁶⁴¹; pero aquellas invenciones son tan groseras, y confunden tan evidentemente las lenguas, la historia, la cronología y las antigüedades, cosas más incontestablemente establecidas que todas las verdades especulativas que la misma Iglesia romana, acostumbrada a sostener con intrepidez las contradicciones y los absurdos más monstruosos, ha tenido en fin que abandonarlas a las críticas. Empero, en medio de las tinieblas del siglo trece, aquellas decretales pasaron como auténticas e incontestables; las inteligencias descarriadas en el laberinto de la falsa literatura y de la falsa filosofía de la época, no tenían para defenderse más que un débil resto de sano juicio, mirado entonces como profano e impío, y el indestructible interés personal que, así como era en los sacerdotes el único motivo que los movía a aquellas imposturas, servía también hasta cierto punto para proteger a los legos de sus usurpaciones.

Otro expediente, imaginado entonces por la iglesia de Roma para apoyar su poder, fue la institución de nuevas órdenes religiosas: los dominicos y los franciscanos sobre todo trabajaron para este resultado con todo el celo y el buen éxito que acompañan a todo lo nuevo. Eran estos más a propósito para captarse el afecto del pueblo que no las antiguas órdenes, ricas e indolentes; continuamente mantenían entre sí una especie de rivalidad provocando a porfía sus lucrativas supersticiones, y adquirían grande autoridad sobre las almas, y por consiguiente sobre los bienes de los devotos afectando amor a la pobreza y menosprecio de las riquezas. Las desavenencias que se suscitaron entre aquellas diferentes órdenes, siempre sometidas a la decisión del soberano pontífice, jamás turbaban la paz de la Iglesia, y sólo servían de aguijón a su industria para coadyuvar a la causa común. Aunque los dominicos perdían un poco del favor popular, negando la inmaculada concepción, punto en que imprudentemente habían avanzado demasiado para poder retroceder con honor, compensaron esta desventaja formándose establecimientos más sólidos, cautivando la confianza de los príncipes y de los reyes, y en fin, ejerciendo el poder que se les dio de juzgar en última instancia y de castigar la herejía. Así fue como las diferentes órdenes de religiosos llegaron a ser unas especies de milicias regulares o de guarniciones de la iglesia romana, y a pesar del

1639 Id. pág. 421.

1640 Trivet, pág. 191.

1641 He aquí el grande argumento de todos los enemigos de la autoridad papal, suponer un origen falso a las decretales de los papas. A las injurias de David Hume nos bastará oponer la autoridad del nombre de Gregorio IX, su sabiduría y su virtud reconocidas aun por los mismos filósofos (véase en la *Biografía Universal* tomo XVIII el artículo Gregorio IX), y últimamente las refutaciones mil veces victoriosas de esa clase de suposiciones. Hecha esta prevención, digamos ahora en honor de la verdad que la conducta de la corte de Roma en sus altercados con la iglesia de Inglaterra no fue menos violenta e injusta de lo que manifiesta Hume; lo mismo reconoce Goldsmith; y el mismo Lingard, en esta ocasión, tiene que sacrificar a la imparcialidad de historiador, su espíritu de partido. Su opinión en la materia es decisiva: «La historia de los tratados de Enrique con la corte de Roma, dice, nos descubre un sistema de opresión que sometía al clero inglés a las más duras exacciones por efecto de la influencia reunida de la corona y de la tiara.» Lingard explica perfectamente las exorbitantes pretensiones de los papas y sus continuas rapiñas por la dura ley de la necesidad: sólo una evidente malevolencia puede atribuirles a esos instintos ambiciosos y tiránicos que los filósofos echan en cara a la Iglesia y que tan contrarios son y han sido siempre a su espíritu de justicia, blandura y represión de las pasiones funestas al bien de la sociedad. Empeñados en guerras onerosas como príncipes temporales, los papas carecían con suma frecuencia de recursos para existir: en tales casos, creían que todas las iglesias del mundo debían contribuir al sostén de la santa sede en proporción de las necesidades de ésta, y a esta norma conformaban sus peticiones. En esto podía haber error, pero no había ciertamente la torcida intención que supone Hume. (N. del Trad.)

perjuicio que sus diversas invenciones para engañar al pueblo ocasionaban a los intereses temporales de la sociedad, y más aun a la causa de la verdadera piedad, fueron los principales sostenes de aquella formidable máquina que había construido la superstición, y hasta el renacimiento del verdadero saber, la defendieron de todo peligroso embale.

El juicio del *ordeal* fue abolido en este reinado por orden del consejo, prueba de verdadero progreso en aquel siglo¹⁶⁴².

Enrique dio una carta o privilegio a la ciudad de Newcastle, permitiendo a los habitantes beneficiar sus minas de carbón de piedra. Esta es la primera vez que se hace mención de carbón de piedra en Inglaterra.

Sabemos por Madox¹⁶⁴³ que aquel rey dio en una ocasión 100 chelines a maese Enrique, su poeta: el mismo año le dio también diez libras.

Parece por lo que dice Selden que en el año 47 de aquel reinado, ciento cincuenta barones temporales y cincuenta barones espirituales recibieron orden de dar cumplimiento al servicio debido por sus enfiteusis¹⁶⁴⁴; en el año 35 del siguiente reinado, ochenta y seis barones temporales, veinte obispos y cuarenta y ocho abades fueron emplazados a un parlamento reunido en Carlisle¹⁶⁴⁵.

1642 Rymer, tomo I, pág. 228. Spelman, pág. 326.

1643 Pág. 268.

1644 Títulos de honor, parte 2, cap. 3.

1645 Parl. Hist. tomo I, pág. 151.

XIII. Eduardo I—1272

Tan poco avezados estaban todavía los ingleses a la obediencia bajo un gobierno regular, que casi siempre, desde la conquista a la muerte de sus soberanos, habían seguido revueltas y disturbios. Considerando el consejo las recientes guerras civiles, y las animosidades que siempre dejan en pos de sí aquellas grandes convulsiones, tenía razón para temer consecuencias peligrosas de la ausencia del príncipe, hijo y sucesor de Enrique, por lo que, sin perder un momento, proclamó a Eduardo rey de Inglaterra, le juró fidelidad, y convocó los estados del reino a fin de proveer al sosiego público en aquellas graves circunstancias¹⁶⁴⁶. Walter Gifford, arzobispo de York, el conde de Cornualles, hijo de Ricardo rey de los Romanos, y el conde de Gloucester fueron nombrados regentes del reino, y entraron en el ejercicio de sus cargos, sin hallar ninguna oposición por parte del pueblo, y sin que penetrasen entre ellos bandos ni rivalidades. La alta opinión que Eduardo había dado de sí durante las últimas conmociones, su ingenio militar, sus triunfos sobre los rebeldes, su moderación pacificando el reino, le habían granjeado la admiración y el amor de todas las órdenes del estado, y nadie podía razonablemente lisonjearse de sacar partido de su ausencia, ni de producir ninguna agitación en el reino. El mismo conde de Gloucester, cuyo gran crédito y disposición turbulenta habían excitado tantas inquietudes, fue uno de los primeros en probar su obediencia, y algunos descontentos que quedaban todavía, viéndose privados de aquel jefe, tuvieron que someterse y vivir sosegados.

Acababa el príncipe Eduardo, de vuelta de la Tierra Santa, de llegar a Sicilia, cuando recibió la nueva de la muerte de su padre, por la que manifestó un vivísimo dolor. Al mismo tiempo supo que había perdido su hijo Juan, de muy tierna edad, que su esposa Leonor de Castilla había dado a luz en Acre, en Palestina, y como se mostrase mucho menos apesadumbrado con esta desgracia, y el rey de Sicilia le manifestase por ello alguna sorpresa, Eduardo respondió que se podía reparar la pérdida de un hijo, pero que la de un padre es irreparable¹⁶⁴⁷.

Prosiguió Eduardo su viaje con dirección a sus estados, pero noticioso en breve de la tranquilidad que reinaba en ellos, no se apresuró a ir a tomar posesión del trono, y pasó cerca de un año en Francia antes de volver a Inglaterra. Al atravesar la Borgoña (1273), el soberano de aquella provincia le convidó a un torneo que preparaba en Chalons, y como Eduardo sobresalía en aquellos peligrosos ejercicios bélicos, verdadera imagen de la guerra, aprovechó gustoso aquella ocasión de ganar honra en tan lucida reunión de la nobleza vecina; pero desgraciadamente la imagen se tornó realidad. Eduardo y su séquito alcanzaron tanta superioridad en las justas, que los caballeros franceses, enfurecidos con su humillación, cayeron sobre ellos con el mayor encarnizamiento, fueron rechazados, y el teatro de los juegos quedó manchado con la sangre que cortó aquella imprevista contienda¹⁶⁴⁸, que se llamó «la pequeña batalla de Chalons.»

Pasó Eduardo de Chalons a París, y rindió homenaje a Felipe por los estados que poseía en Francia¹⁶⁴⁹; de París volvió a Guyena (1274), y restableció la tranquilidad de esta provincia, donde había alguna fermentación; así hizo la mayor parte de su viaje por tierra para volver a su reino, y al pasar por Montreuil, ajustó una desavenencia entre él y Margarita, condesa de Flandes, heredera de aquel territorio¹⁶⁵⁰. Recibióle su pueblo con aclamaciones de júbilo, y coronóle solemnemente en Westminster Roberto, arzobispo de Canterbury (19 de agosto).

1646 Rumer, tomo II, pág. 1. Walsing, pág. 43. Trivet, pág. 239.

1647 Walsing, pág. 44. Trivet, pág. 240.

1648 Walsing, pág. 44. Mat. West. pág. 402.

1649 Walsing, pág. 45.

1650 Rymer, tomo II, pág. 32 y 33.

Administración civil del rey

Dedicó inmediatamente el rey su atención al bien del estado, y a corregir los desórdenes que las civiles discordias y la floja administración de su padre habían introducido en todos los ramos del gobierno. El plan general de su política fue no menos generoso que prudente: consideró a los grandes barones bajo el doble aspecto de rivales de la corona y de opresores del pueblo, y se propuso mediante una cabal distribución de la justicia, proteger los órdenes inferiores del estado y disminuir el poder arbitrario de los grandes, base principal de su peligrosa autoridad. Prescribiéndose a sí propio, como norma de su conducta, observar, salvo en las ocasiones extraordinarias, los privilegios asegurados a los barones por la gran Carta, adquirió el derecho de exigir de ellos que respetasen también los que la misma Carta concedía a sus vasallos y a sus inferiores, e hizo que toda la nobleza de segundo orden (*gentry*) y las demás clases del reino, mirasen la corona como la fuente de la justicia, y el asilo común contra la opresión. No sólo se hicieron excelentes estatutos en el parlamento convocado por él en Westminster el 16 de febrero (1275), mas Eduardo tomó sobre sí el y cuidado de vigilar la conducta de los magistrados y de los jueces, de deponer a los que le parecían negligentes o prevaricadores, de proveer a la magistratura de fuerzas suficientes para hacer ejecutar sus sentencias, de destruir radicalmente toda asociación de malhechores, y de reprimir el pillaje más disimulado que se cometía impunemente, o bajo la protección de los nobles, o a favor de la autoridad pública. Pronto mudó la faz del reino con aquella rígida administración, y el orden y la justicia sucedieron a la violencia y la opresión.

Pero en medio de aquellas acertadas instituciones y de unos planes de gobierno tan favorables al pro comunal, todavía se descubren algunos rastros de la dura severidad característica de Eduardo y de las preocupaciones del siglo. Como las diferentes especies de malhechores, los asesinos, los ladrones, los incendiarios, los raptos y los bandoleros habían llegado a ser tan numerosas y formidables, que los ministros ordinarios de la justicia, sobre todo en las provincias occidentales, no se atrevían a dar cumplimiento a las leyes contra ellas, creyó preciso el rey emplear medios extraordinarios para destruirlas en el reino, y a este fin erigió un nuevo tribunal que, en una época de libertad más regular, y cualquiera que fuese su utilidad, se hubiera mirado como un abuso de autoridad arbitraria e ilegal. Componíase aquel tribunal de comisarios autorizados a averiguar y castigar los desórdenes y los crímenes de toda especie; los ministros encargados de esta nueva comisión visitaban las provincias de Inglaterra más infestadas por aquellos males, y llenaban de terror todo el reino; su celo por establecer en él una buena policía no siempre les permitió distinguir juiciosamente al inocente del culpado; la más leve sospecha era origen de una acusación y de un proceso; la más vana presunción se admitía como prueba contra los acusados; las cárceles se llenaron de malhechores, verdaderos o supuestos; impusiéronse crecidas multas por leves faltas, y aunque su producto engrosaba el erario exhausto, tuvo a bien el rey suspender tamaños rigores, y después de haber intimidado y disipado con aquel tribunal las cuadrillas de bandidos y gente perdida que desolaban sus estados, anuló prudentemente la comisión¹⁶⁵¹ y nunca mas volvió a renovarla.

Entre los varios desórdenes que afligían al reino, el que más generales quejas excitaba era la falsificación de las monedas, y como este crimen exigía más habilidad de la que tenían los ingleses de aquel tiempo, acostumbrados a emplear principalmente la fuerza y la violencia en sus rapiñas, imputóse a los judíos¹⁶⁵² la alteración del metálico. Parece que Eduardo estaba también muy prevenido contra aquella nación, y habiéndose corroborado su mal entendido celo a favor del cristianismo con su expedición a la Tierra Santa, soltó aquel príncipe la rienda a todo el rigor de su justicia, cuando se trató de castigar a aquellos infelices: 280 fueron ahorcados de una sola vez en Londres, por monederos falsos, sin contar los muchos a quienes se castigó en las varias provincias

1651 Spel. Gloss, in verbo Trailbaston. Pero o Spelman se equivocó colocando esta comisión en el quinto año del reinado de Eduardo, o se renovó en 1305. Véase Rymer, tomo II, pág. 960. Trivet, pág. 330. Mat. West. pág. 450.

1652 Walsing, pág. 48. Heming, tomo I, pág. 6.

del reino¹⁶⁵³. Sus casas y sus tierras (pues los judíos se habían aventurado recientemente a hacer adquisiciones de esta clase), fueron vendidas y confiscadas, lo mismo que sus bienes muebles. Temeroso de que se sospechase que sus riquezas eran en todo o en parte su verdadero crimen, mandó el rey que la mitad del dinero que produjeron aquellas confiscaciones se depositase y distribuyese a los que quisiesen hacerse cristianos; pero la amargura de los ultrajes que recibían venci6 en su alma a las sugerencias de la indigencia, y pocos hubo a quienes sedujera el interés hasta el punto de abrazar la religión de sus perseguidores.

No acabaron aquí las calamidades de aquel pueblo: aunque el impuesto y las exacciones arbitrarias recaudadas sobre los judíos proporcionaban a la corona una renta constante y considerable, Eduardo, arrastrado por su celo y su codicia, resolvió poco tiempo después¹⁶⁵⁴ limpiar enteramente el reino de aquella raza aborrecida, y apoderarse de una sola vez de todo cuanto poseía como de una recompensa que creía debida a sus propios trabajos¹⁶⁵⁵: sólo les dejó el dinero necesario para que transportasen sus ajuares a otros países, donde los aguardaban nuevas persecuciones y nuevas rapiñas, pero los habitantes de los cinco puertos, imitando la bárbara hipocresía y la codicia de su soberano, arrebataron a los judíos el miserable recurso que les quedaba, y aun tiraron a muchos al mar, crimen que el rey, (que quería monopolizar en sus estados el derecho de hacer iniquidades impunemente) hizo castigar con la pena capital. Quince mil judíos, por lo menos, fueron entonces despojados y echados del reino, y desde entonces muy pocos pasaron a establecerse en Inglaterra. Como es imposible que un reino exista sin hombres que presten dinero, y como nadie lo presta sin reportar de él un interés, la usura, nombre que se daba entonces a esta especie de tráfico, se practicó en lo sucesivo por los mismos ingleses sobre sus propios conciudadanos, o por los lombardos y otros extranjeros. Es muy dudoso que el tráfico de aquellos nuevos usureros fuese tan patente e irreprochable como el de los antiguos. Una ley de Ricardo mandaba que hubiese tres copias de cada billete que se daba a los judíos, una para ser entregada en manos de un magistrado público, otra en las de una persona de cuenta, y la tercera para el prestamista; pero como el derecho canónico¹⁶⁵⁶, apoyado por la ley municipal, no permitía a los cristianos sacar un interés del dinero, es verosímil que después del destierro de los judíos, los tratos de esta naturaleza fueron más secretos y clandestinos, y que por consiguiente fue preciso pagar al prestamista el interés de su dinero, más el precio del deshonor y del peligro a que se exponía prestándolo.

La suma pobreza de la corona, aunque muy insuficiente excusa, era probablemente la causa de la extraordinaria tiranía ejercida contra los judíos, pero Eduardo empleó también medios más honrados para remediar aquel mal. Observó la más estricta economía en la administración y distribución de sus rentas; pidió al parlamento que le concediese un quinceno sobre todos los bienes muebles; el papa le permitió recaudar un diezmo sobre todas las rentas eclesiásticas por espacio de tres años; los mercaderes consintieron en el establecimiento de un impuesto perpetuo de medio marco sobre cada saca de lana exportada, y de un marco sobre cada remesa de trescientos cueros. Nombró también comisarios para averiguar todas las usurpaciones perpetradas sobre el real patrimonio, para reconocer el producto de toda clase de confiscaciones y de los derechos de tutoría, igualmente que los medios de reparar o aumentar cada ramo de sus rentas¹⁶⁵⁷. Empezaron los comisarios por abusar de su oficio en detrimento de la nobleza, y por poner oposición a los títulos de tierras transmitidas de padre a hijo por espacio de muchas generaciones. El conde de Warena, que tan señalados servicios había hecho en el reinado anterior, intimado para que presentase sus títulos de propiedad, enseñó su espada y añadió que Guillermo el Bastardo no había conquistado el reino para sí solo; que uno de sus antecesores se había asociado a aquella empresa, y que él por su parte estaba resuelto a conservar en su casa las posesiones de que había disfrutado en no disputada

1653 T. Wykes, pág. 107.

1654 En el año 1290.

1655 Walsing, pág. 54. Heming, tomo I, pág. 20.

1656 Trivet. pág. 128.

1657 An. Waveiley. pág 255.

propiedad desde aquella época. Conoció Eduardo el peligro de aquellas averiguaciones y las mandó suspender.

Conquista del país de Gales

No podía permanecer mucho tiempo en sosiego el activo espíritu del rey, y así poco tiempo después (1276) acometió una empresa más segura para él y mas provechosa para su pueblo. Lewellyn, príncipe de Gales, había tomado gran parte en todos los manejos de la facción de Monfort, había entrado en todas las conspiraciones contra la corona, había peleado muchas veces por los rebeldes, y hasta la batalla de Evesham, tan fatal al partido de estos, había apurado todos los medios de dañar al del rey y de cooperar al triunfo de los barones. Sin embargo Lewellyn había sido comprendido en el acomodamiento general ajustado con los vencidos; pero como era el más poderoso vasallo de la corona, y por tanto el más peligroso, inquieto por su situación, y temeroso de los futuros efectos del resentimiento y de la desconfianza del monarca inglés, habíase determinado a proveer a su seguridad siguiendo una correspondencia secreta con sus primeros confederados: hasta había solicitado en matrimonio a la hija del conde de Leicester, y ya estaba la doncella embarcada para ir a reunirse con él, cuando fue apresada su nave en la travesía cerca de las islas de Scilly, y a ella se la llevó a la corte de Inglaterra¹⁶⁵⁸. Aumentó este incidente la recíproca desconfianza de Eduardo y Lewellyn; este último, cuando se le intimó que acudiese a rendir vasallaje al nuevo rey, temió ponerse en manos de un enemigo, quiso obtener un salvoconducto de Eduardo, insistió para que se le diesen en rehenes un hijo de este príncipe y otros grandes señores, y pidió que interinamente se pusiese en libertad a su esposa¹⁶⁵⁹. Eduardo, arregladas ya de todo punto las cosas del estado, se alegró de tener aquella ocasión de ejercer su autoridad y de subyugar enteramente el principado de Gales, por lo cual rehusó todo lo que pedía Lewellyn, excepto un salvo conducto, le intimó nuevamente que acudiese a cumplir su obligación de vasallo, levantó un ejército para reducirle a la obediencia, obtuvo del parlamento el nuevo socorro de un quinceno y marchó contra el enemigo, con la seguridad de acabar con él (1277). Además de la gran desproporción de fuerzas entre el reino y el principado, la situación interior de ambos estados estaba enteramente cambiada: las mismas disensiones intestinas que antes habían enflaquecido a Inglaterra desgarraban entonces el país de Gales, y habían penetrado hasta en la casa reinante. David y Rodrigo, hermanos de Lewellyn, despojados por él de su patrimonio, habían recurrido a la protección de Eduardo, y coadyuvaban con todo su poder, que no era poco, a los esfuerzos que hacía el inglés para subyugar su patria, con lo que no le quedaba más recurso al príncipe de Gales que la situación inaccesible de sus montañas, que por espacio de muchos siglos, habían defendido a sus abuelos contra todas las tentativas de los conquistadores sajones y normandos.

Retiróse a los altos riscos de Snowdon, resuelto a defenderse hasta el último trance; pero Eduardo, tan intrépido como, prudente, entró en aquel principado por la parte del norte con un ejército formidable, penetró hasta el corazón del país, sondeó, examinó cuidadosamente todos los caminos por donde se abría paso, se aseguró de todos los desfiladeros que dejaba a sus espaldas y alcanzó al ejército galés en su último atrincheramiento. Evitó poner a prueba el valor de un pueblo ufano con su antigua independencia y animado por su odio a sus enemigos hereditarios, y prefirió fiarse en los efectos lentos pero más seguros del hambre, para obligar a aquella indómita gente a someterse. Las sencillas y groseras costumbres de los naturales, no menos que la aridez de sus montañas, haciéndoles desatender totalmente la labranza, los habían acostumbrado a no sacar su subsistencia más que del pastoreo. Este modo de vivir los había preservado hasta entonces de las tentativas irregulares de los ingleses, pero los exponía a una ruina segura, desde el momento en que Eduardo había acometido con perseverancia y con arreglo a un plan meditado la conquista de su

1658 Walsing, pág. 46, 47. Heming, tomo I, pág. 5. Trivet, pág. 248.

1659 Rymer, tomo II, pág. 68. Walsing, pág. 46. Trivet, pág. 247.

territorio. Desprovistos de almacenes, sitiados en un rincón sin salida, ellos y sus ganados sufrieron todos los rigores del hambre.

Lewellyn, incapaz de aventurar una acción vigorosa para asegurar su independencia, tuvo que rendirse a discreción y recibir la ley del vencedor¹⁶⁶⁰. Obligóse a pagar 50.000 libras esterlinas a Eduardo (19 de noviembre), como reparación de los perjuicios ocasionados; a rendir vasallaje a la corona de Inglaterra; a permitir a todos los barones del principado de Gales, excepto a cuatro cerca de Snowdon, que prestasen juramento de fidelidad a la misma corona; a evacuar el territorio entre el Cheshire y el río de Conway; a señalar una pensión de mil marcos anuales a su hermano Rodrigo, y otra de quinientos a su hermano David, y a dar diez rehenes en prenda de su futura sumisión¹⁶⁶¹.

Luego que se ejecutaron estos artículos, excepto el del pago de la suma prometida, Eduardo perdonó al príncipe de Gales las 50.000 libras esterlinas estipuladas¹⁶⁶² por el tratado, que probablemente le hubiera sido muy difícil, si no imposible, recaudar en un país tan pobre; pero a pesar de esta indulgencia, pronto los vencidos murmuraron de las injusticias de que eran víctimas. Los ingleses, engréidos con una victoria tan fácil, y que no les había costado una gota de sangre, oprimieron a los habitantes de los cantones que se les habían abandonado; los lores *marchers*, es decir fronterizos o rayanos, cometían con impunidad todo linaje de tropelías sobre los galeses vencidos; impusieronse al mismo Lewellyn nuevas y más duras condiciones, y cuando siguió a Eduardo a Worcester, se le exigió la promesa de no conservar en su principado persona alguna malquista con el monarca inglés¹⁶⁶³. Otros insultos personales enconaron más y más la indignación de los galeses, y al cabo resolvieron estos atacar a una potencia cuya superioridad tenían ya tan conocida, mas bien que seguir soportando la insolencia de sus vencedores. El príncipe David, animado por un noble patriotismo, hizo la paz con su hermano, y prometió contribuir a la defensa de la pública libertad; los galeses volaron a las armas, y Eduardo, muy contento de tener una ocasión para completar su conquista, convocó a todos sus terratenientes militares, y marchó sobre el país de Gales con un ejército al que los habitantes no podían razonablemente esperar resistirse. La situación del terreno dio al principio alguna superioridad a los galeses sobre Lucas de Tany, uno de los generales de Eduardo, que había pasado el Menau con un destacamento¹⁶⁶⁴; pero Lewellyn, sorprendido por Mortimer, fue derrotado y muerto en la acción, en la que dos mil de los suyos fueron pasados a cuchillo¹⁶⁶⁵. David, que le sucedió en el principado, nunca pudo reunir un ejército suficiente para hacer cara a los ingleses; viose reducido a huir de monte en monte, arrojado de un escondrijo a otro, precisado a recurrir a diferentes disfraces para salvar su persona, y al cabo, vendido en su último asilo, fue entregado al enemigo. Eduardo le envió, con esposas y grillos a Shrewsbury, y le hizo formar causa judicialmente delante de todos los pares del reino, quienes condenaron a aquel príncipe soberano (1283) a ser ahorcado y descuartizado como un traidor, por el solo crimen de haber defendido con las armas en la mano la libertad de su patria y su propio poder hereditario¹⁶⁶⁶. Toda la nobleza de Gales se sometió al conquistador, quien estableció en aquel principado las leyes de Inglaterra, los sheriffs y los demás ministros de justicia de su reino. Mucho tiempo pasó antes de que se extinguiese el odio nacional, y de que llegasen ambos pueblos a unirse enteramente, pero aquella importante conquista, que en ochocientos años no había podido completarse, fue en fin llevada felizmente a cabo por los ingleses, merced a la habilidad de Eduardo I.

1284. Persuadido el rey de que nada reanimaba tanto la belicosa índole y el amor a la antigua gloria como las poéticas tradiciones del pueblo que, exornadas con los encantos de la música y de las fiestas, hacían una profunda impresión en el alma de la impetuosa juventud, mandó buscar a

1660 T. Wykes, pág. 105.

1661 Rymer, tomo II, pág. 88.

1662 Rymer, tomo II, pág. 92.

1663 Hist. de Gales, del Doctor Powell, pág. 341, 345.

1664 Walsing. pág. 50.

1665 Heming, tomo I, pág. 2. Trivel, pág. 257.

1666 T. Wykes, pág. 111. Mat. West. Pág. 411.

todos los bardos o poetas galeses, y con una política bárbara, pero no absurda, los condenó a todos a muerte¹⁶⁶⁷.

La historia ha conservado una anécdota vulgar harto bien proporcionada a la capacidad de los frailes escritores para que no la hayan estos conservado cuidadosamente. Refieren que Eduardo reunió a los galeses, les prometió darles un príncipe de costumbres irreprochables, nacido entre ellos, y que no hablase más lengua que la suya, y que, oídas las aclamaciones de júbilo y la promesa de obediencia en que prorrumpió la muchedumbre, dio aquel principado a su segundo hijo Eduardo, niño todavía, y que había nacido en Carnarvon. La muerte de su hijo primogénito Alfonso, ocurrida poco después, dejó al niño Eduardo heredero de la monarquía: el principado quedó enteramente anejo a la corona, y desde entonces dio su título a los hijos primogénitos de los reyes de Inglaterra.

1286. Tan completamente subyugada y quieta le pareció a Eduardo la provincia de Gales que, menos de dos años después de haberla conquistado, se ausentó para ir a ajustar la paz entre D. Alfonso, rey de Aragón, y Felipe el Hermoso, que acababa de suceder en el trono de Francia¹⁶⁶⁸ a su padre Felipe el Atrevido. Las desavenencias que iba a pacificar se habían suscitado con motivo del reino de Sicilia, que el papa, luego que hubo perdido sus esperanzas por parte de Inglaterra, había dado a Carlos, hermano de San Luis, y que por otros títulos reclamaba también D. Pedro, rey de Aragón, padre de D. Alfonso¹⁶⁶⁹. Eduardo llevaba los poderes de aquellos dos monarcas para arreglar las condiciones de su acomodamiento, y con efecto consiguió hacérselas adoptar a las dos partes contrarias; pero como aquel tratado no interesaba a Inglaterra, no entraremos en pormenores. Eduardo residió tres años fuera de su reino, y a su vuelta halló en él muy trastornado el orden, ya por violencias no rebozadas, ya por efecto de la corrupción de la justicia.

Tomás Chambersain, hidalgo de alguna consideración, había reunido muchos de sus asociados en Boston, en Lincolnshire, so pretexto de un torneo, ejercicio usado solamente entre la nobleza inferior (*gentry*), pero en realidad con intención de saquear la rica feria de Baston y de robar a los mercaderes. Para facilitar su proyecto, prendió fuego secretamente a la ciudad, y mientras los vecinos se ocupaban en apagarlo, precipitóse la rapaz cuadrilla sobre las tiendas y arrebató cuanto cayó en sus manos. Chambersain fue reconocido y ahorcado, pero llevó tan a punto de honra el empeño de ser fiel a sus cómplices, que jamás se logró arrancarle el nombre de ninguno de ellos, ni por dinero ni con todas las promesas posibles. Otros ejemplos de robos y violencias semejantes eran comunes en todas las provincias de Inglaterra, y sólo la circunstancia singular que acompañó a este es causa de que le hayan referido los historiadores¹⁶⁷⁰.

1289. La prevaricación de los jueces, que envenenaba las fuentes de la justicia, pareció todavía de más peligrosas consecuencias. Eduardo, animado del deseo de reprimir aquel abuso general, convocó un parlamento, en el que mandó formar causa a aquellos magistrados, y todos, excepto dos eclesiásticos, fueron convictos de peculado, condenados a una multa y destituidos de su oficio. El total de las multas que pagaron es por sí solo una prueba suficiente de su crimen, pues se recaudaron de ellos más de cien mil marcos, suma inmensa entonces, y capaz de costear la guerra más dispendiosa entre dos grandes estados. Hizo el rey en seguida prestar juramento a los nuevos jueces que se eligieron, de que no recibirían ningún presente, pero el medio que había tomado de destituir y multar a los antiguos fue el más eficaz.

Hemos llegado al momento de hablar del estado de los asuntos de Escocia, que dio origen a las operaciones más interesantes de aquel reinado y de algunos de los inmediatos siguientes. Las relaciones de este reino con Inglaterra habían producido hasta entonces tan pocos hechos importantes, así en la paz, como en la guerra, que por evitar el fastidio a los lectores, hemos omitido muchos y hemos pasado muy de corrida sobre los demás. Si, antes de este período, los escoceses

1667 Sir J. Wynne, pág. 15.

1668 Rymer, tomo II, pág. 149, 150, 174.

1669 Puede verse el pormenor de estas negociaciones en el lib. XIV, cap. 11, de la Hist. Gen. del P. Mariana. Este Don Alfonso o Don Alonso fue el III de este nombre en Aragón, hijo de Don Pedro III y de Constanza hija de Manfredo, rey de Sicilia, por quien vino a pasar este reino a la corona de Aragón. (N. del Trad.)

1670 Heming, tomo I, pág. 16, 17.

tuvieron alguna historia digna de este nombre, excepto lo poco que han recogido de algunos pasajes diseminados en los historiadores ingleses, aquellos hechos, por más minuciosos que fuesen, podrían merecer un lugar en ella, como que comprenden los únicos intereses que tuvo que ventilar la nación con los extranjeros.

Asuntos de Escocia

Aunque continuamente estuvo agitada Escocia por las facciones y los disturbios que nacen en todas las naciones bárbaras y en muchas naciones civilizadas; aunque la sucesión de sus reyes, la única parte de su historia que merece alguna confianza, se interrumpió frecuentemente con irregularidades y usurpaciones, el verdadero heredero de la casa real estaba en fin sentado en el trono, y al cabo de más de ochocientos años, el cetro de todos los príncipes escoceses que habían gobernado a la nación desde su primer establecimiento en la isla de la Gran Bretaña, cayó verosímilmente por derecho de sucesión por línea de varón, en manos de Alejandro III, que estaba casado con la hermana de Eduardo. Murió aquel Alejandro en 1286, de una caída de caballo en Kinghorn¹⁶⁷¹, sin dejar hijos varones, y sin más descendientes que Margarita, nacida de Margarita, su hija, y de Erico, rey de Noruega. Esta princesa, llamada comúnmente la *Virgen de Noruega*, aunque niña y extranjera, y a pesar de su sexo, como era no obstante legítima heredera del reino, había sido, merced a la previsión de su abuelo, reconocida por tal por los estados de Escocia¹⁶⁷². Después de la muerte de Alejandro, las precauciones tomadas de antemano para arreglar su sucesión parecieron tan acertadas y prudentes, que no ocurrió ninguna de las fermentaciones que razonablemente podían temerse. Margarita fue proclamada reina; cinco regentes: el obispo de San Andrés, el de Glasgow, los condes de Fife y de Buchan, y James, intendente de Escocia, tomaron pacíficamente la dirección de los negocios, y la joven princesa, bajo la protección de Eduardo, su tío segundo, y de Erico, su padre, pareció sólidamente instalada en el trono de Escocia.

Naturalmente el monarca inglés tendía a fundar vastos proyectos sobre aquel suceso, y habiendo recientemente, por fuerza de armas, reducido a los galeses bajo su dominio, intentó por medio del casamiento de Eduardo, su hijo mayor, con Margarita, reunir toda la isla en una sola monarquía, y ponerla así totalmente a cubierto de las convulsiones intestinas y de las embestidas de enemigos exteriores (1290). La amistad que reinaba a la sazón entre ambas naciones, y que ni aun antiguamente se había alterado con guerras violentas o importantes ultrajes, facilitaba mucho la ejecución de aquel proyecto tan favorable a la grandeza y a la felicidad de uno y otro reino. Los estados de Escocia consintieron sin dificultad en las proposiciones de Eduardo, y aun convinieron en que su joven soberana se criaría en la corte de Inglaterra; pero inquietos por la libertad y la independencia de su país, cuidaron de poner condiciones muy equitativas antes de entregarse en manos de un monarca tan poderoso y emprendedor: así estipularon que gozarían de todas sus antiguas leyes, fueros y prácticas; que en el caso de que el joven Eduardo y Margarita muriesen sin hijos, la corona de Escocia volvería, libre e independiente, al heredero natural más cercano; que los terratenientes militares de aquella corona nunca estarían obligados a salir de Escocia para ir a rendir homenaje de sus feudos al soberano de los reinos unidos, como tampoco los cabildos de las iglesias catedrales, colegiatas o conventuales para hacer elecciones; que los parlamentos convocados para los asuntos de Escocia se reunirían siempre en los límites de este reino, y que Eduardo se obligaría a observar todos estos artículos, so pena de pagar al papa 100.000 marcos, aplicables a los gastos de las guerras de la Tierra Santa¹⁶⁷³. No es posible concebir que dos naciones traten sobre un pie más igual de lo que trataron entonces Escocia e Inglaterra en todo el transcurso de aquellas negociaciones. Aunque Eduardo no consintió en el artículo concerniente a la futura independencia

1671 Heming, tomo I, pág. 29. Trivet, pág. 267.

1672 Rymer, tomo II, pág. 266.

1673 Rymer, tomo II, pág. 482.

de la corona de Escocia sino con un *salvos mis antiguos derechos*, esta reserva no causó ningún cuidado a la nobleza escocesa, porque aquellos derechos, no habiéndose casi nunca alegado hasta entonces, no habían ocasionado ningún disturbio, y porque los escoceses estaban a punto de verlos enteramente confundirse en los de su soberanía.

Competidores a la corona de Escocia

Pero aquel proyecto, tan felizmente formado y tan amigablemente conducido, se malogró por el repentino fallecimiento de la princesa de Noruega (1291), que murió en su travesía a Escocia¹⁶⁷⁴, y dejó a este reino en una situación muy crítica. Aunque la autoridad de la regencia establecida supo mantener por el momento la tranquilidad pública, la sucesión a la corona no podía menos de ser un origen de disturbios, y los regentes no podían lisonjearse con la esperanza de que una cuestión que nunca se decide sólo con razones y argumentos, se terminaría pacíficamente, mediante sus desvelos o los de los estados del reino entre tantos poderosos competidores.

Extinguida con la muerte de Margarita de Noruega la posteridad de Guillermo rey de Escocia, aquel a quien Enrique II hizo prisionero, el derecho a la corona pasaba a la rama de David, conde de Huntingdon, hermano de Guillermo, cuya rama masculina, extinguida también, dejaba la sucesión abierta a la posteridad de sus hijas. Tres había tenido el conde de Huntingdon: Margarita, casada con Alan, lord de Galloway; Isabel, esposa de Roberto Brus o Bruce, lord de Annandale, y Adama, que casó con Enrique, lord Hastings. Margarita, la mayor de las tres, dejó una hija, Devergilda, casada con Juan Baliol, que tuvo de ella un hijo del mismo nombre, uno de los candidatos actuales para la corona. Isabel, su hermana segunda, tenía de Roberto Bruce un hijo, vivo a la sazón, y que insistía también sobre sus pretensiones. Adama, la tercera, dejaba un hijo, Juan Hastings, que pretendía que el reino de Escocia, como otras herencias, era divisible entre las tres hijas del conde de Huntingdon, y que por tanto, él por su madre, tenía derecho al tercio de la sucesión. Baliol y Bruce, unidos contra Hastings, sostenían que la de la corona no podía repartirse, pero cada uno de ellos, apoyado en razones plausibles, sostenía también la validez de sus propios derechos, con exclusión de los demás. Baliol era oriundo de la rama primogénita; Bruce se acercaba un grado más al tronco común. Si solo se hubiera considerado el derecho de representación, Baliol hubiera sido el rey legítimo; si se consideraba la cercanía de parentesco con la reina difunta, Bruce debía ser preferido¹⁶⁷⁵. Los pareceres estaban divididos: toda la nobleza había tomado partido por uno o por otro; los pueblos seguían ciegamente el de sus jefes, y para complicar todavía más la situación, los dos competidores tenían sumo crédito y muchos parciales y favorecidos en Escocia. No es extraño que en una nación todavía tan tosca, y más acostumbrada al peso de las armas que al yugo de las leyes, un altercado de esta naturaleza, capaz de agitar el gobierno más legal y consolidado, y que no podía decidirse en aquel país por ningún ejemplo precedente, amenazase al reino con los más funestos trastornos.

Remisión a Eduardo

Cada siglo ha tenido su método particular para el manejo y dirección de los asuntos; los hombres, mas guiados por la práctica que por la razón, siguen sin examen las costumbres dominantes de su tiempo. El uso de aquel siglo, en los casos de altercado entre los estados y los príncipes, parece que era elegir por árbitro un príncipe extranjero, el cual decidía la cuestión, y su fallo evitaba las revueltas y calamidades siempre inseparables de la guerra, pero que se desplegaban de cien modos, y se extendían a todos los rincones de Europa por la naturaleza de los gobiernos

1674 Heming, tomo I, pág. 80. Trivet, pág. 288.

1675 Heming, tomo I, pág. 36.

feudales, Así, bajo el reinado anterior, habían procurado el rey y los barones de Inglaterra ajustar sus desavenencias domésticas sometiéndolas a la decisión del rey de Francia, y la célebre integridad de este monarca había evitado los malos efectos que naturalmente hubieran podido temerse de un arbitrio tan peligroso: así también los reyes de Francia y de Aragón, y luego otros muchos príncipes, habían sometido sus desavenencias al fallo de Eduardo. El apartamiento de sus estados, el considerable poderío de aquellos soberanos, y el poco interés que podía tener en favorecer a uno o a otro, le habían movido a desempeñar con honor el cargo de juez justo entre ellos; y por eso el parlamento de Escocia, amenazado con los estragos de una guerra civil y seducido por la alta reputación del monarca inglés, no menos que por la amistosa correspondencia que subsistía entonces entre ambos reinos, se decidió por someter la cuestión al arbitraje de Eduardo.

Fraser, obispo de San Andrés, y otros diputados fueron a notificarle la resolución del parlamento, y a solicitar de aquel príncipe que interpusiese su mediación en el inminente peligro a que se veía expuesta Escocia¹⁶⁷⁶. Lisonjeábanse los individuos del parlamento con la esperanza de que la inclinación del rey le impulsaría a atajar sus disensiones, y que apoyaría su decisión con fuerzas a que ninguno de los candidatos osaría hacer frente, t cuando uno de los partidos propuso este recurso, el otro juzgó que sería imprudencia oponerse a él; las personas neutrales creyeron que de ese modo se evitaría el peligro de una guerra civil, y nadie paró la atención en el carácter ambicioso de Eduardo y en la ruina casi segura a que debe aguardarse un estado pequeño, desgarrado por las facciones, cuando se somete así implícitamente a la voluntad de un vecino tan superior y codicioso.

Homenaje de Escocia

Demasiado fuerte era la tentación para que pudiese resistir a ella la virtud del monarca inglés, quien firmemente se propuso aprovechar una ocasión que se presentaba tan propicia, y si no crear, por lo menos hacer revivir su derecho de superioridad feudal sobre Escocia, derecho sepultado hasta entonces en la más profunda oscuridad, y que, si alguna vez se hubiera tomado en cuenta, si tan siquiera lo hubieran sospechado los barones, hubiera retraído a éstos de elegir a aquel príncipe por árbitro. Bien sabía el rey que si aquella pretensión se establecía una vez —y parecía difícil que la Escocia pudiera oponerse a ello en su situación actual—, la soberanía absoluta de aquel reino sería en breve su consecuencia necesaria, como había sucedido con el país de Gales, y que un gran vasallo, encerrado en una isla con su señor feudal, sin recursos por parte de las potencias extranjeras y sin auxilios de los otros vasallos, sus iguales, no podría conservar mucho tiempo su dominio contra los esfuerzos de un reino poderoso y favorecido por todas las sutilezas que la ley feudal suministraba a su superior.

Para conseguir el logro de aquel proyecto, muy ventajoso a Inglaterra, y acaso al fin no menos favorable a Escocia, pero sumamente injusto en sí, procuró Eduardo proveerse de pruebas de su supuesta superioridad, y en vez de buscarlas en sus propios archivos donde si su derecho hubiera sido real, se hubieran conservado numerosas actas de los homenajes rendidos por los príncipes escoceses, que eran lo único que podía darle testimonios auténticos, mandó registrar los de todos los monasterios para sacar de ellos antiguas crónicas y rancias historias escritas por ingleses, de las que hizo extractar todos los pasos que le parecieron en cierto modo favorables a sus pretensiones¹⁶⁷⁷; y sin embargo, aun en aquel escrutinio, que debía descubrir a sus propios ojos la iniquidad de su intento, se halló muy distante de ver cumplido su deseo. Empezó sus pruebas desde los tiempos de Eduardo el Antiguo, y las continuó durante las épocas siguientes de los sajones y de los normandos; pero nada presentó que fuese directamente favorable a su fin¹⁶⁷⁸: el resumen de aquellas autoridades

1676 Id, pág. 31.

1677 Walsing, tomo I, pág. 31.

1678 Rymer, tomo II, pág. 559.

durante el periodo de los sajones, despojándole del lenguaje hinchado y oscuro de los frailes, se reduce a que los escoceses habían sido algunas veces batidos por los ingleses, habían recibido la paz bajo condiciones desventajosas, hecho sumisiones a los reyes de Inglaterra, y tal vez habían caído en una especie de dependencia de una potencia tan superior y a la que no se hallaban entonces en estado de resistir. Las otras autoridades, datadas de la época de los normandos, fueron, si cabe, más vanas todavía. Verdad es que los historiadores hablan muchas veces de un homenaje rendido por el soberano de Escocia; pero ninguno dice que fuera por su reino, y muchos declaran en términos expresos que era solamente relativo a ciertos feudos que aquel monarca poseía al mediodía del Tweed¹⁶⁷⁹, así como el mismo rey de Inglaterra juraba fidelidad al de Francia por los feudos que poseía en esta nación por juro de heredad. En fin, Eduardo parece reducido a tan escandalosos recursos, que cita un pasaje de Hoveden¹⁶⁸⁰ en que dice que un rey de Escocia rindió homenaje a Inglaterra, pero le cita suprimiendo con mala fe la última parte de aquel pasaje, que explica que aquel príncipe rindió homenaje por las tierras que poseía en Inglaterra.

Cuando Guillermo, rey de Escocia, fue hecho prisionero en la batalla de Alnwick, tuvo para recobrar su libertad que prestar juramento de fidelidad al vencedor por su corona misma. Extendióse el auto en todas las formas previstas por la ley feudal, conservóse en los archivos ingleses, y todos los historiadores le mencionan; pero como aquel auto es el único de su especie, como los mismos historiadores hablan de aquella superioridad considerándola bajo el concepto de una grande adquisición hecha por las armas triunfantes de Enrique II¹⁶⁸¹, ninguna duda queda de que en todos los tiempos anteriores el reino de Escocia era en un todo libre e independiente. Sólo estuvo subyugado muy pocos años, pues Ricardo, antes de su partida para la Tierra Santa, deseoso de conciliarse la amistad de Guillermo, renunció a aquel homenaje, que expresamente confiesa haber sido arrancado por su padre, y sólo conservó el ordinario homenaje tributado por los príncipes escoceses, por las tierras que tenían en Inglaterra.

Pero aunque aquel nuevo auto hacia todavía menos dudosa la independencia de Escocia que si jamás se hubiese hecho juramento alguno de fidelidad al monarca inglés, los reyes escoceses, noticiosos del fin a que tendía su poderoso vecino, parece que conservaron por mucho tiempo alguna desconfianza sobre aquel punto, y cuando rendían el acostumbrado homenaje, evitaban cuidadosamente dar la menor ocasión a semejantes pretensiones. Cuando, en 1200, Guillermo rindió homenaje a Juan, en Lincoln, tuvo la precaución de insertar la cláusula *salva su dignidad real*¹⁶⁸². Cuando Alejandro III envió socorros a Enrique III, su suegro, durante la guerra de los barones, proporcionóse antes un reconocimiento que patentizaba que no concedía aquel auxilio más que por amistad, y no en virtud de ningún derecho reclamado por el rey de Inglaterra¹⁶⁸³; y cuando a aquel mismo príncipe se le convidó a asistir a la coronación de Eduardo I, negóse a dar este paso hasta recibir un reconocimiento semejante¹⁶⁸⁴.

Pero todas estas razones, y no podían ser más sólidas, eran una flaca barrera contra el poder de la espada. Eduardo llevó un ejército consigo para apoyar sus pruebas; adelantóse hacia las fronteras, e invitó al parlamento de Escocia y a todos los competidores a reunirse con él en el castillo de Norham, plaza situada en los márgenes meridionales del Tweed, donde se procedería a terminar el asunto sometido a su dictamen. Empero aunque aquella señal de deferencia pareciese debida a tan gran monarca, y no fuese nada mas que lo que el rey su padre y los barones ingleses habían hecho en circunstancias semejantes, con Luis IX rey de Francia, Eduardo, atento a no inspirar recelos, y resuelto a no descubrir sus miras hasta que fuese demasiado tarde para

1679 Hoveden, pág. 492, 662. Mat. París, pág. 109.

1680 Pág. 662.

1681 Gul. Neubr. lib. II. cap. 4. Knyghton, pág. 2392.

1682 Hoveden, pág. 811.

1683 Rymer, tomo II, pág. 844.

1684 Id. tomo II, pág. 210, 845. Es indudable que el homenaje tributado por los reyes de Escocia no era por su corona, sino sólo por alguna porción de territorio, y todos los argumentos que algunos autores modernos han alegado en contra son vanos.

contrarrestarlas, envió pliegos a los barones escoceses en que reconocía que, aunque pasasen entonces las fronteras, este paso no formaría precedente ni autorizaría a los reyes de Inglaterra a exigir en lo sucesivo semejante sumisión si llegaba el caso¹⁶⁸⁵. Luego que toda la nación escocesa se hubo de aquella suerte puesto sin desconfianza en poder de aquel príncipe, abrió las conferencias (10 de mayo) en Norham, e informó al parlamento, por boca de Roger el Brabanzón, su justicia mayor, de que había ido a aquel sitio para decidir sobre la validez de los derechos a la corona de Escocia entre los competidores; que se proponía hacer la más recta justicia a todas las partes, y que estaba autorizado a juzgarlas, no en virtud de la elección que habían hecho de él para árbitro, sino en calidad de señor superior y ligio del reino¹⁶⁸⁶;—y en consecuencia presentó las pruebas de aquella superioridad, que sostuvo ser incontestables, y pidió que fuesen reconocidas, petición superflua si el hecho era ya patente, y que probaba cuán persuadido estaba Eduardo de que sus títulos eran defectuosos. Atónito quedó el parlamento de Escocia en vista de aquella nueva pretensión, y no respondió a ella más que con un tético silencio; pero el rey, para conservar la apariencia de un modo de proceder libre y regular, excitó a los individuos de aquella asamblea a volverse a su país, a deliberar sobre su derecho, a examinar sus pruebas, a proponer sus objeciones y en fin a comunicarle su última resolución. Indicó una llanura en Upsettleton, en las orillas septentrionales del Tweed, para que se concertasen en ella a aquel efecto.

Cuando estuvieron reunidos en aquel punto los barones escoceses, a pesar de la indignación de que llenaron sus pechos la injusticia de aquella imprevista pretensión y el fraude con que había sido manejada, halláronse reducidos a una situación en que no les era posible defender la antigua libertad y la independencia de su patria. El rey de Inglaterra, guerrero y político, al frente de un formidable ejército estaba acampado a muy corta distancia, y separado solamente de ellos por un río vadeable en muchos puntos; algunos podían en verdad substraerse a aquella crítica posición con una rápida fuga, pero ¿qué esperanza podían tener de libertar al reino de las próximas empresas de Eduardo? Sin cabeza, sin unión entre sí, adictos cada cual a diferentes competidores, cuyos títulos habían sometido imprudentemente a la decisión de un usurpador extranjero, y reducidos por aquel paso a depender totalmente de él, no podían esperarse, con su resistencia, más que a forjar para ellos y para su posteridad las cadenas de la más dura servidumbre. Sin embargo, a pesar de la desesperada situación de sus asuntos, los barones escoceses, según refiere Walsingham¹⁶⁸⁷, uno de los mejores historiadores de aquella época, tuvieron el valor de responder que, hasta que tuviesen un rey, no podían tomar ninguna resolución sobre un punto tan importante; el Diario del rey Eduardo dice que nada contestaron¹⁶⁸⁸, lo que tal vez significa que no dieron ninguna respuesta directa ni hicieron ninguna particular objeción a la pretensión de Eduardo, y con esta solución, es imposible conciliar el diario con lo que dice el historiador. El rey, interpretando su silencio como un tácito consentimiento, se dirigió a los varios pretendientes a la corona, y exigió que antes de que él pronunciase su fallo, reconociesen ellos su superioridad.

Es evidente, por la genealogía de la casa real de Escocia, que no había más que dos cuestiones que discutir en el artículo de la sucesión: la cuestión entre Baliol y Bruce por una parte, y lord Haslings solo por la otra, concerniente a la repartición de la corona; y luego, la cuestión entre Baliol y Bruce, relativa a la validez de sus respectivos derechos, y suponiendo la corona indivisible Sin embargo, en aquella ocasión salieron a campaña otros nueve pretendientes; Juan Comyn, o Cummin, lord de Badenoch; Florencio, conde de Holanda; Patricio Dunbar, conde de La Marca;

1685 Rymer, tomo II, pág. 539, 845. Walsing, pág. 56.

1686 Rymer, tomo II, pág. 543. Es de notar que el canciller inglés habló al parlamento de Escocia en francés, que fue la lengua de que todas las partes se sirvieron en aquella ocasión. Los grandes señores escoceses, igualmente que casi todos los barones ingleses eran de origen francés, y menospreciaban la lengua y los usos de su isla. Sería difícil dar razón del establecimiento de tantas familias de Francia en Escocia (los Bruce, los Baliol, los Somerville etc. etc.) que no se sostenían en ella, como en Inglaterra, con la fuerza de la espada: pero la superioridad del menor grado de urbanidad y de saber sobre la ignorancia y la barbarie general es prodigiosa.

1687 Pág. 56. Mat. West, pág. 456. Hemingford dice, tomo I, pág. 33, que el rey amenazó violentamente a los barones escoceses, y los obligó a obedecer, o a lo menos a callar.

1688 Rymer, tomo II, pág. 548.

Guillermo de Vescey; Roberto de Pynkeny; Nicolás de Soules; Patricio Galydisy; Roger de Mandeville y Roberto de Ross, sin contar al rey de Noruega, que también se presentó como heredero de su hija Margarita¹⁶⁸⁹. Algunos de aquellos competidores descendían de las más distantes ramas de la casa real, y aun los había que descendían de ramas ilegítimas, y como ninguna tenía la menor sombra de derechos reales, es bastante natural suponer que Eduardo los había estimulado secretamente a entrar en competencia con el fin de sembrar más divisiones entre la nobleza escocesa, de embrollar más y más la cuestión, y de poder entre tan crecido número de candidatos, elegir el más dócil a su voluntad.

Pero todos se le mostraron igualmente dóciles¹⁶⁹⁰. Roberto Bruce fue el primero que reconoció el derecho de superioridad que reclamaba Eduardo sobre Escocia, y aun había previsto tan de antemano las pretensiones de aquel príncipe, que en su petición, en la que sentaba sus títulos hereditarios, habíase dirigido a él primeramente como al señor ligio del reino, paso que no dio ningún otro pretendiente¹⁶⁹¹: sin embargo, no hubo ninguno que no mostrase reconocerle gustoso como tal, apenas lo pidió; aunque Baliol, temeroso de disgustar a la nación escocesa, cuidó de ausentarse durante los primeros días, y fue el último en dar su reconocimiento¹⁶⁹². Deliberó en seguida Eduardo sobre el modo de proceder a la discusión de aquel arduo asunto: decidió que Baliol y todos los de su clase elegirían cuarenta comisarios, y que Bruce y los suyos nombrarían otros cuarenta; el rey les agregó veinticuatro ingleses, y mandó que los ciento y cuatro comisarios examinasen la causa maduramente y le presentasen su informe¹⁶⁹³, y él prometió dar al año siguiente su determinación. Dijo que durante aquel intervalo era menester que entregasen todas las fortalezas en sus manos, para que estuviese en situación de poner al verdadero heredero en posesión de la corona; y los estados, lo mismo que los competidores, consintieron en esta exorbitante demanda¹⁶⁹⁴. Los gobernadores de todos los castillos le entregaron también sus mandos en el acto, excepto Umfreville, conde de Angus, que se negó, a menos de que le autorizaran a ello el parlamento y todos los pretendientes, a entregar sus fortalezas a un árbitro tan imperioso, y que había dado a Escocia tantos y tan justos motivos de desconfianza¹⁶⁹⁵. Antes de que se separase aquella asamblea, que acababa de imprimir a la nación una mancha tan vergonzosa, todos los prelados y barones presentes juraron fidelidad a Eduardo, y este príncipe nombró comisarios para recibir el juramento de los otros barones y de todas las demás personas de distinción de Escocia¹⁶⁹⁶.

Eduardo, terminada ya definitivamente, a lo que creía, aquella importante adquisición, dejó a los comisarios reunirse en Berwick y examinar los títulos de los pretendientes a aquella precaria corona, de la que aquel príncipe consentía que disfrutase algún tiempo el legítimo heredero. Dirigióse Eduardo hacia el mediodía para asistir a las exequias de la reina Leonor, su madre, y para ajustar algunas desavenencias que se habían suscitado entre la principal nobleza. Gilberto, conde de Gloucester, el más poderoso barón del reino, se había casado con la hija del rey, y envanecido con aquella alianza, y mas aun con sus propios recursos, su crédito y sus inmensas riquezas que, en su concepto, le hacían superior a las leyes, permitió a sus bailes y a sus vasallos cometer tropelías en las tierras de Humfrey Bohun, conde de Hereford. Tomó este represalias, y volvió insulto por insulto; pero no era ya aquel reinado uno de aquellos en que podía quedar impune una conducta tan ilegal: Eduardo hizo pronunciar una sentencia contra los dos condes, los mandó encarcelar y no les volvió la libertad sino después de haber exigido una multa de 1.000 marcos a Hereford y de 10.000 a su yerno.

1689 Walsing. pág. 58.

1690 Rymer, tomo II, pág. 529. 545.

1691 Id. pág. 577, 579.

1692 Id. pág. 546.

1693 Rymer, tomo II, pág. 555, 556.

1694 Id. pág. 529.

1695 Id. pág. 531.

1696 Id. pág. 573.

Decisión de Eduardo en favor de Baliol

Durante aquel intervalo (1292), los títulos de Juan Baliol y de Roberto Bruce, que parecían los más legítimos entre los de todos los aspirantes a la corona, eran el objeto de la atención universal no menos que de las discusiones entre los comisarios examinadores. Eduardo, para dar más peso a la decisión que se esperaba de él, propuso a la asamblea y a todos los jurisconsultos famosos de Europa la cuestión general de saber si, en el caso de sucesión de un reino, de feudos o de otras herencias indivisibles, el derecho de una persona, descendiente de una hermana primogénita, pero en un grado más distante, era preferible al de una persona descendiente de una hermana segunda, pero en grado más cercano al tronco común. Éste era en efecto el verdadero punto de la cuestión, y el derecho de representación había adquirido tanto ascendiente en todas partes, que las respuestas que recibió el rey estuvieron unánimes por la afirmativa. Pronunció por lo tanto su fallo a favor de Baliol, y cuando Bruce, viendo frustrada su esperanza, se unió en seguida a lord Hastings para pedir un tercio del reino, que entonces ya le pareció divisible, Eduardo, aunque su ambición parecía más interesada en el repartimiento que en la unión de Escocia, falló también en favor de Baliol, quien fue puesto en posesión del trono¹⁶⁹⁷, después de haber reiterado su juramento de fidelidad a Inglaterra. Entregaronsele todas las plazas¹⁶⁹⁸, y la conducta de Eduardo en las lentas formalidades que observó para la discusión de aquel caso, y en la equidad de su fallo, fue de todo punto irreprochable.

1293.— Si el rey no hubiera tenido otras miras más que la de establecer su superioridad sobre Escocia, aun que la injusticia de esta pretensión era evidente y la agravaba el más extraño abuso de confianza, hubiera podido consolidar aquella importante adquisición y transmitírsela a sus descendientes; pero la marcha que siguió inmediatamente después dio a conocer que, poco satisfecho con tamaña usurpación, aspiraba a la soberanía absoluta y al dominio de Escocia. En vez de ir acostumbrando poco a poco a los escoceses a su yugo, y de ejercer con moderación sus derechos de superioridad, fomentó todas las apelaciones a Inglaterra, y exigió que el rey Juan, intimado a comparecer en seis ocasiones diferentes, se trasladase en persona a Londres¹⁶⁹⁹; le negó el privilegio de defender su causa por procurador, y le obligó a presentarse en la sala de su parlamento, como un mero particular¹⁷⁰⁰. Aquellos humillantes servicios habían sido hasta entonces totalmente desconocidos a un rey de Escocia, aunque son, en virtud de la ley feudal, la consecuencia necesaria del vasallaje; y como no había ejemplar de que anteriormente un soberano de aquel territorio se hubiese sometido a aquel tratamiento, Eduardo, si todavía hubiese quedado alguna duda, debió convencerse, por aquella sola circunstancia, de que su derecho no era más que una usurpación¹⁷⁰¹. Evidentemente su intención era irritar a Baliol con aquellas indignidades, excitarle a la rebelión, y arrebatarle el dominio de su estado, como para castigar su traición y alevosía; así fue que Baliol, a pesar de la blandura y de la flexibilidad de su condición, volvió a Escocia corrido del paso que había tenido que dar, y resuelto a todo trance a recobrar su libertad. La guerra que poco después se declaró entre Inglaterra y Francia le ofreció una ocasión favorable para ejecutar su proyecto.

Guerra con Francia

Las violencias, los robos, los desórdenes tan comunes durante aquel siglo, no eran obra únicamente de la licencia de los barones y de sus protegidos en tierra, el mar estaba igualmente

1697 Rymer, tomo II, pág. 590, 591, 595, 600.

1698 Id. pág. 590.

1699 Id. pág. 603 y siguientes.

1700 Ryley, Placit. Parl. pág. 152, 153.

1701 Rymer, tomo II, pág. 535.

infestado de piratas. La flaca ejecución de las leyes aseguraba la impunidad a todas las órdenes del estado: una sed general de rapiña y de venganza, sostenida por un falso pundonor, animaba también a los comerciantes y a los marineros; a la menor provocación se tomaban la justicia por sus manos, usando al punto de represalias contra sus agresores. Encontrándose un buque inglés y un buque normando a la vista de la costa, cerca de Bayona, y como ambos tenían necesidad de agua fresca, enviaron sus lanchas a tierra; ocurrió que ambas tripulaciones llegaron al mismo tiempo al mismo manantial, con lo que se suscitó entre ellas una disputa sobre quien tendría la preferencia; un normando echó mano a la espada y quiso atravesar con ella a un inglés, quien, asiendo a brazo partido a su contrario, le tiró al suelo; dicese que este último cayó sobre su propia espada y se mató¹⁷⁰². Esta simple quimera, esta chispa de discordia entre dos marineros encendió una guerra sangrienta entre ambas naciones y envolvió en la contienda a una gran parte de Europa. Los marineros del buque normando llevaron sus quejas al rey de Francia; y Felipe, sin averiguar la verdad, sin pedir ninguna satisfacción, les mandó que tomasen represalias, y no volviesen a hablarle de semejante asunto¹⁷⁰³. Los normandos, que habían andado más prudentes de lo que solían dirigiéndose a la corte para obtener reparación de su insulto, no necesitaron más que aquella autorización para entregarse a la violencia: apoderáronse de un buque inglés, colgaron de la verga entre perros a varios hombres de la tripulación en presencia de sus compañeros¹⁷⁰⁴, encargaron a estos que fuesen a decir a sus compatriotas que aquella justicia se hacía para vengar la sangre del normando muerto en Bayona, y soltaron en seguida la nave. Furiosos los marineros de los cinco Puertos con una acción tan bárbara y acompañada de insultos premeditados y generales, no se quejaron al rey, no pidieron justicia, pero se la tomaron por sí mismos, cometiendo semejantes atrocidades sobre todos los buques franceses sin distinción. Los franceses, irritados por sus pérdidas, embistieron a su vez todos los buques de los vasallos de Eduardo, ingleses o gascones, y pronto el mar se convirtió en un teatro de piratería entre ambas naciones. Los soberanos, sin favorecer ni reprimir las violencias de sus vasallos, las miraron con indiferencia; los ingleses formaron asociaciones particulares con los marineros irlandeses y holandeses; los franceses, por su parte, se coligaron con los flamencos y los genoveses¹⁷⁰⁵, y por días se fue enconando y haciendo cada vez mas feroz la animosidad de los dos pueblos. Una flota de doscientas velas normandas que navegaba con rumbo al mediodía para traficar en vinos y otros géneros, apresó a su paso cuantos buques ingleses encontró, ahorcó a sus marineros y se apoderó de todos sus cargamentos. Los vecinos de los puertos de mar de Inglaterra, noticiosos de este suceso, armaron una escuadra de sesenta velas, y aguardaron al enemigo a su regreso; después de un reñido combate, pusieronle en completa derrota, echaron a pique, incendiaron o apresaron casi todas las naves¹⁷⁰⁶, y no dieron cuartel a nadie: es fama que los franceses perdieron en aquella ocasión 15.000 hombres, hecho que se explica por la circunstancia de que la flota normanda llevaba a su bordo un considerable cuerpo de tropas de mediodía.

Había llegado a ser demasiado seria la contienda para que siguieran desentendiéndose de ella los soberanos a quienes interesaba. Pidió Felipe a la corte de Inglaterra reparación del ultraje recibido y restitución de las naves apresadas, con cuyo motivo envió Eduardo al obispo de Londres a la corte de Francia para ajustar la desavenencia entre ambos reyes. Empezó el prelado por decir que los tribunales ingleses estaban abiertos a todo el mundo, y que si algún francés tenía alguna demanda que intentar, podía recurrir a la protección de las leyes y proveerse en justicia¹⁷⁰⁷; luego ofreció varios medios de ajustar aquel negocio, o por el ministerio de árbitros particulares, o por una entrevista personal con el rey de Francia, o sometiéndole a la decisión del papa o del sacro colegio,

1702 Walsing, pág. 58. Heming, tomo I, pág. 39.

1703 Walsing, pág. 58.

1704 Heming, tomo I, pág. 40. Mat. West, pág. 419.

1705 Heming, tomo I, pág. 40.

1706 Walsing, pág. 60.

1707 Trivet, pág. 275.

o solamente de algunos cardenales autorizados al intento por ambas partes¹⁷⁰⁸. Los franceses, más descontentos sin duda por que habían sido hasta entonces los más perjudicados en aquellas contiendas, rehusaron todos estos medios: uno y otro partido siguieron confiscando la naves y sus cargamentos; los gascones llevaren adelante sus saqueos en las costas orientales de Francia, y los ingleses volvieron a no dar cuartel a ninguna embarcación que asomaba por el canal; Felipe intimó a Eduardo que compareciese, como duque de Guyena, en el tribunal de sus pares, en París, para dar cuenta de aquellos desafueros; y Eduardo, recelando alguna empresa sobre aquella provincia, envió a Juan Saint-John, hábil capitán, a Burdeos, con orden de ponerla en estado de defensa¹⁷⁰⁹.

1294.—Sin embargo, a fin de evitar un rompimiento definitivo entre las dos naciones, envió Eduardo su hermano Edmundo, conde de Lancaster, a París, pues como este príncipe estaba casado con la reina de Navarra, madre de Juana, reina de Francia, parecía, en razón de esta alianza, más propio que nadie para pacificar aquellos altercados. Afectó Juana querer interponer su mediación; la reina viuda aparentó las mismas disposiciones conciliadoras, y estas dos princesas dijeron a Edmundo que lo más difícil que había que acomodar en aquel caso era el punto de honra con respecto a Felipe, que este príncipe se creía ofendido por las violencias cometidas por sus subvasallos en Guyena; pero que si una vez consentía Eduardo en que tomase posesión de esta provincia, el monarca francés consideraría su honor suficientemente reparado, se obligaría a devolvérsela inmediatamente, y se contentaría después con una ligerísima satisfacción por lo tocante a los demás ultrajes. Consultóse a Eduardo sobre esta proposición, y como se hallaba en vísperas de emprender una guerra con Escocia, y como ésta le parecía el objeto más importante en que debía ocuparse, aquel político príncipe, obcecado por su deseo de subyugar a los escoceses, se dejó engañar por el grosero artificio de la corte de Francia¹⁷¹⁰. Envío orden a su hermano para que firmase y cumplierse aquel tratado con las dos reinas; Felipe prometió solemnemente observar por su parte con toda puntualidad sus condiciones, y en consecuencia se revocó la intimación hecha a Eduardo de comparecer ante el tribunal de sus pares; pero no bien se vio el monarca francés en posesión de la Guyena, cuando emplazó de nuevo al rey de Inglaterra y le hizo condenar por contumacia. Entonces, en virtud de una sentencia formal, la Guyena fue confiscada y aneja a la corona de Francia¹⁷¹¹.

Tanto mas irritó a Eduardo el haber caído en la misma red que había tendido a los escoceses, cuanto estaba corrido de haberse dejado burlar tan completamente por la corte de Francia. Convencido de las sumas dificultades que tendría que vencer para recuperar la Gascuña, donde no se había reservado ni una sola plaza, procuró compensar aquella pérdida formando alianzas con varios príncipes de Europa, a quienes propuso atacar a la Francia por todos lados para dividir sus fuerzas. Adolfo de Nassau, rey de los romanos; Amadeo, conde de Saboya; el arzobispo de Colonia; los condes de Güeldres y de Luxemburgo; el duque de Brabante y el conde de Barre, que se habían casado con sus dos hijas Margarita y Leonor, trataron con él sobre aquel plan¹⁷¹²; pero aquellos aliados fueron una carga que Eduardo sobrellevó a duras penas con sus escasas rentas, y que al cabo le fue inútil, pues obtuvo muchos más triunfos en Guyena, a donde envió un ejército inglés, reclutado en las cárceles de las que sacó al efecto millares de bandoleros y asesinos; ¡tan envilecido y degenerado de lo que fue durante el vigor del gobierno feudal estaba ya entonces el oficio de las armas!

1295. Retuvieron al rey en Inglaterra, primero los vientos contrarios¹⁷¹³, luego el temor de una invasión de parte de los escoceses, últimamente una rebelión de los galeses, a quienes castigó y subyugó de nuevo¹⁷¹⁴. Mandaba el ejército que había enviado a Guyena su sobrino Juan de Bretaña,

1708 Id.

1709 Trivet, pág. 276.

1710 Rymer, tomo II, pág. 619, 620.

1711 Id.

1712 Heming, tomo I, pág. 51.

1713 Crón. Dunst. tomo II, pág. 622.

1714 Walsing, pág. 62.

conde de Richemond, quien tenía a sus órdenes a Saint John, Tibetot, de Veré y otros buenos capitanes¹⁷¹⁵; apoderóse de las ciudades de Bayona, Bourg, Blaye, Rions, Saint-Severe y otras plazas, con lo que rodeaba a Burdeos y le cortaba toda comunicación por mar y tierra. La preferencia que daba la nobleza de Gascuña al gobierno inglés facilitaba aquellas conquistas y anunciaba todavía mayores triunfos, pero el mal comportamiento de algunos capitanes hizo perder en breve aquellas ventajas. El hermano de Felipe, Carlos de Valois, que mandaba los ejércitos franceses, había sitiado a Povensac, pequeña fortaleza inmediata a Rions, y obligado al gobernador Giffart a capitular: los artículos de la capitulación, aunque en suma favorables a los ingleses, dejaban a todos los gascones prisioneros a discreción, y Carlos hizo ahorcar a más de cincuenta de ellos por rebeldes, política con que intimidó a aquellos pueblos, y los apartó irreconciliablemente de los ingleses¹⁷¹⁶. Atacó en seguida aquel príncipe a Rions, donde mandaba en persona el conde de Richemond, y como la plaza no se podía defender, sacó el general inglés sus tropas a la playa con intención de embarcarse con la mayor parte del ejército. Irritados los gascones, cayeron sobre su retaguardia, y al mismo tiempo abrieron sus puertas a los franceses que se apoderaron de la plaza, y cogieron varios prisioneros de distinción. Hugo de Veré, hijo del conde de Oxford, defendió más vigorosamente a Saint-Severe, pero al cabo tuvo que capitular. Poco satisfecho todavía de sus triunfos en Gascuña, el rey de Francia amenazó a la misma Inglaterra, y sus tropas hicieron una súbita tentativa sobre Duvres, que tomaron e incendiaron¹⁷¹⁷, pero tuvieron que retirarse poco después. Para dividir aun más las fuerzas inglesas, y empeñar a Eduardo en una guerra más importante y peligrosa, contrajo secreta alianza con Juan Baliol, rey de Escocia, y éste fue el principio de aquella estrecha unión que los intereses y las mutuas necesidades de las naciones francesa y escocesa mantuvieron por tanto tiempo entre ambas. Juan cimentó aquella alianza estipulando el convenio del casamiento de su hijo primogénito con la hija de Carlos de Valois¹⁷¹⁸.

Digresión relativa a la Constitución del Parlamento

Los gastos en que tantas guerras que sustentar y tantos preparativos que hacer empeñaban a Eduardo, unidos al desorden que insensiblemente se había deslizado en la situación general de las cosas, obligando a aquel príncipe a recurrir con frecuencia al parlamento para obtener subsidios, introdujeron a las órdenes inferiores del estado en los consejos públicos y echaron los cimientos de una grande e importante revolución en el gobierno.

Aunque nada era más contrario a la cultura de las artes de la paz, y al mantenimiento de la paz misma, que la larga subordinación del vasallaje desde el rey hasta el último hidalgo, y por consiguiente la esclavitud del pueblo bajo, males inseparables del sistema feudal, jamás aquel sistema logró poner al estado en un pie de guerra respetable, ni darle el libre ejercicio de sus fuerzas para su propia defensa, y menos todavía para atacar a un enemigo público. Los terratenientes militares, poco acostumbrados a obedecer, sin ninguna experiencia de la guerra, ocupaban en las tropas el puesto que les asignaba su nacimiento, y no su mérito o su antigüedad, componían un ejército sin disciplina, por consiguiente muy débil, y durante los pocos días que sus enfiteusis los obligaban a servir, solían ser más formidables a su propio príncipe que la potencia extranjera contra la cual se los había reunido. Poco a poco llegaron los soberanos a punto de renunciar al empleo de aquel embarazoso ejército, tan dispuesto a volverse contra la mano que quería dirigirle, substituyeron al servicio militar contribuciones de dinero, y se proporcionaron tropas mediante un contrato que hacían con capitanes particulares (tales como aquellos que los italianos llamaban *condottieri*), y que licenciaban al fin de la guerra¹⁷¹⁹. Muchas veces los barones y los caballeros

1715 Trivet, pág. 279.

1716 Heming, tomo I, pág. 49.

1717 Trivet, pág. 284.

1718 Rymer, tomo II, pág. 680 y siguientes.

1719 Compendio de Colton, pág. 11.

formaban aquella especie de pactos con su príncipe, completaban los cuerpos que se obligaban a suministrar con la autoridad que tenían sobre sus propios vasallos y terratenientes y con la multitud de gente perdida que hallaban en sus tierras, y que aprovechaba gustosísima una ocasión de saciar sus naturales instintos de guerra y latrocinio.

Mientras de esta suerte se reunieron fuerzas, el antiguo y gótico modo de convocar a la gente de guerra se desatendió y cayó en gran decadencia. Aunque Guillermo el conquistador dividió todas las tierras de Inglaterra en 60.000 feudos de caballeros, su número disminuyó tan sensiblemente en fuerza de varios artificios, que al cabo el rey, llevando a ejecución la ley feudal, no pudo reunir más que una pequeñísima parte de las antiguas fuerzas del reino. Era ardid bastante común en los enfiteutas militares del rey o de un gran barón, transferir sus tierras a la iglesia, y recobrarlas mediante una nueva enfiteusis llamada *frank-almoigne*, es decir, limosna franca, que no los sujetaba a ningún servicio¹⁷²⁰. Habíase hecho una ley contra este abuso, pero probablemente había cundido mucho antes de que aquella se observara, y sin duda nunca le corrigió enteramente el nuevo estatuto, que como la mayor parte de las leyes de aquel siglo, se ejecutaba con suma tibieza, a lo que podemos inferir, por el magistrado contra los intereses perpetuos de tantas personas. Cuando el condestable y el mariscal pasaban revista a las tropas, muchas veces recibían, por exceso de precipitación, o por falta de buenos informes, el contingente de un barón por menos feudos de caballeros de los que debía. Un ejemplo de esta especie dado una vez era sostenido como valedero contra el derecho del rey, y al fin llegaba a ser una razón para disminuir el servicio prescrito por la enfiteusis feudal¹⁷²¹. Los archivos de los feudos de caballeros se custodiaban con muy poro orden, y no se tenía ningún cuidado de examinarlos atentamente antes de reunir las tropas en campaña¹⁷²²: cuando se abría ésta, ya era tarde para pensar en revolver pergaminos, y el servicio se aceptaba sobre el pie que quería el vasallo, desde que las varias subdivisiones y reuniones de propiedades habían envuelto en suma oscuridad la naturaleza y la extensión de su enfiteusis¹⁷²³. Fácil es discurrir cuan ardua empresa solía apurar discusiones de esta especie con cada persona en particular, pues que el número de los feudos militares pertenecientes a la iglesia misma, cuyas propiedades estaban muy bien deslindadas, y no eran enajenables, dio ocasión a altercados. Hallamos sobre este punto que, cuando se le impuso al obispo de Durham a razón de setenta feudos de caballeros que poseía, para la contribución echada con motivo del casamiento de la hija de Enrique II con el duque de Sajonia, el prelado sólo reconoció diez, desentendiéndose de los otros sesenta¹⁷²⁴. No sabemos cómo terminó aquella discusión, pero si se hubiera tratado de un armamento para defender el reino, verosímilmente el servicio del obispo hubiera sido recibido sin obstáculo sobre el pie de diez feudos, y esta cuota hubiera servido de base para lo sucesivo. Los *scutages* pecuniarios disminuyeron, pues, tanto como los servicios militares¹⁷²⁵; fue preciso discurrir otros medios de llenar las arcas del tesoro y de tener ejércitos: una nueva situación produjo nuevas leyes y nuevas instituciones, y las grandes mudanzas que se efectuaron en la hacienda y en las fuerzas militares de la corona, no menos que en las propiedades particulares, fueron el origen de innovaciones semejantes en todos los ramos de la legislación o del gobierno civil.

Los inmensos territorios que Guillermo el conquistador dio a sus barones y a sus capitanes no permanecieron mucho tiempo enteros e indivisibles. Poco a poco las propiedades territoriales fueron repartiéndose entre muchas manos: aquellas vastas baronías se subdividieron, o en razón de

1720 Madox, *Baronía Anglica*, pág. 111.

1721 Id. pág. 115.

1722 Sólo sabemos de Enrique II que se tomase este trabajo, y el libro de asientos llamado *Liber Niger Scaccarii* fue su resultado.

1723 Madox, *Baronía Anglica*, pág. 116.

1724 Id. pág. 121.

1725 Para pagar la suma de 100.000 marcos por rescate del rey Ricardo, se impusieron 20 chelines sobre cada feudo de caballero. Si los feudos hubiesen estado sobre el mismo pie en que los estableció Guillermo el Conquistador, el *scutage* hubiera ascendido a 90.000 marcos, lo que se acercaba a la suma pedida, pero vemos que para completarla se crearon otros muchos impuestos muy onerosos al pueblo, prueba segura de que se habían deslizado muchos fraudes y abusos en las escrituras de los feudos de caballeros.

las legítimas concedidas a los hijos segundos, o por reparticiones entre coherederos, o por ventas o por reversiones al rey, quien enriquecía a un gran número de sus cortesanos distribuyéndoselas en más pequeñas porciones. Aquellas posesiones mal reducidas exigían más economía, confinaban a los propietarios en sus propios hogares, y por lo tanto tenían más elementos para conservarse mucho tiempo reunidas: de aquí resultaba también que la clase de los caballeros y de los barones inferiores iba siendo por días más numerosa, y empezaba a formar una orden muy respetable en el estado. Como todos eran vasallos inmediatos de la corona, en virtud de su enfiteusis militar, todos tenían, con arreglo a los principios de la ley feudal, tanto derecho como los grandes para tomar asiento en el consejo general o nacional. Este derecho, mirado como un privilegio de que los propietarios no querían desprenderse totalmente, se consideraba también como un pesado gravamen con que no hubieran querido cargarse más que en ocasiones extraordinarias: de aquí provino que la carta del rey Juan determinó que mientras que los grandes barones serían convocados al consejo general por un *writ* (orden) particular, los barones de la segunda clase, en la que estaban comprendidos los caballeros, serían convocados solamente por una citación general del sheriff. La distinción entre los grandes barones y los barones inferiores, como entre, el rico y el pobre, no estaba exactamente determinada, antes bien, cosa muy conforme a la índole poco previsora de aquel siglo y a la sencillez del antiguo gobierno, se dejaba casi a la discreción del rey y de sus ministros. El príncipe podía a su arbitrio intimar a un barón, por un *writ* particular, que acudiese a hacer su servicio en una asamblea del parlamento, y no llamarle luego a otras; jamás la inseguridad de ser o de no ser convocado se miraba como ofensiva¹⁷²⁶; el convocado nunca dejaba de obedecer, pero en otras ocasiones prefería eximirse del servicio: como se le reconocía como formando parte de la clase de los grandes barones, no le causaba ninguna sorpresa tomar asiento en el gran consejo. ya acudiese por su propia voluntad, ya le llamase una orden expresa del rey. Los barones por *writ* empezaron pues poco a poco a mezclarse con los barones por enfiteusis; pero Campden nos dice¹⁷²⁷, citando un antiguo manuscrito, que ya no existe, que después de la batalla de Evesham, se hizo una ley positiva que prohibía a todo barón entrar en el parlamento sin ser invitado a ello por una convocación particular, de modo que en lo sucesivo todos los barones de Inglaterra conservaron su derecho de asiento no más que en virtud del *writ*, y con efecto quedó abolido aquel importante privilegio de sus enfiteusis. Solamente sucedió que en las grandes casas a que por espacio de algún tiempo se habían enviado regularmente los *writs*, se miraba el no envío como un desaire y aun como una injuria.

La orden de los condes (*earls*), es decir de los barones de más alta clase, se alteró gradualmente lo mismo con corta diferencia. La dignidad de conde, como la de barón, era antiguamente territorial y oficial¹⁷²⁸; un conde ejercía una jurisdicción en su condado, aplicaba el tercio de las multas a su provecho, y era juntamente magistrado militar y civil. Aunque, desde la conquista de los normandos, su autoridad era hereditaria en Inglaterra, el título estaba tan íntimamente enlazado al empleo que, cuando quería el rey crear un nuevo conde, era preciso que erigiese cierto territorio en condado, y que se lo diese en seguida a la persona a quien quería titular y a sus descendientes¹⁷²⁹; pero como los sheriffs, substitutos de los condes, eran de nombramiento real, y el rey los destituía a su arbitrio, hallólos más bajo su dependencia, y procuró hacer caer en sus manos toda la jurisdicción y la autoridad del cargo. El sheriff estaba a la cabeza de la hacienda y recaudaba todas las rentas del rey en el condado; imponía a su arbitrio la talla sobre los habitantes del real patrimonio; generalmente se le confiaba la administración de las tutelas y muchas veces la de las reversiones a la corona por cualquier motivo; presidía en los juzgados inferiores, de modo que aunque realmente era inferior al conde en dignidad, pronto se le consideró, por efecto de aquella unión del poder judicial y fiscal en sus manos, y de la confianza que tenía el rey en él, como

1726 West, Investigaciones sobre el modo de crear los pares, pág. 45 y siguientes.

1727 Brit. pág. 122.

1728 Spel. Gloss. in voce Comes.

1729 Ensayos sobre las antigüedades británicas. Sin embargo parece que este uso fue más familiar en Escocia y en los reinos del continente que en Inglaterra.

muy superior en autoridad, a tal punto que dominaba al conde en su propia jurisdicción¹⁷³⁰: hasta llegó a ser costumbre, al crear un conde, señalarle un salario fijo, que era comúnmente de sobre 20 libras esterlinas anuales, en lugar de su tercio de las multas: la disminución de su poder seguía a la de sus provechos, y la dignidad de conde, en vez de ser territorial y oficial, degeneró en personal y titular. Tales fueron las considerables innovaciones que ya se habían hecho o que diariamente se hacían en la cámara de los pares, es decir en el parlamento, por que parece que antiguamente no había otra cámara.

Aunque la introducción por *writ* de los barones y de los condes titulares dio algún incremento a la autoridad real, otras causas neutralizaban este efecto y tendían por el contrario mucho más eficazmente a disminuir el poder del soberano. El olvido en que había caído en gran parte la milicia feudal casi había hecho olvidar también a los barones su dependencia de la corona. Desde que se redujo el número de los feudos de caballeros, el rey no recibía una indemnización proporcionada cuando levantaba *scutages* sobre ellos o trocaba su servicio por dinero; la enajenación de las tierras de la corona le había empobrecido mucho, y sobre todo la concesión de la gran Carta había estrechado los límites de su autoridad, y le hacía más difícil y peligroso todo acto de poder arbitrario. Era muy natural que en semejante situación quisiese el rey adherirse los barones de segundo orden y los caballeros, de quienes nada tenía que temer, y que expuestos a ser oprimidos por sus vecinos demasiado poderosos, buscaban una protección legal a la sombra del trono; y así deseó que aquella nobleza inferior tuviese asiento en el parlamento, donde le servía de contrapeso para las resoluciones turbulentas de los grandes. Exigir un servicio regular de todos sus barones y caballeros hubiera acarreado confusión en el consejo nacional, y para ellos hubiera llegado a ser una sujeción onerosa, no convocar más que a cierto número de ellos en virtud de un *writ*, aunque este uso hubiera tenido un buen efecto, no era llenar totalmente las miras del rey, porque los individuos no tenían más crédito que el que les daba su carácter personal, y estaban eclipsados por los nobles de la primera clase. Dispensó pues el rey a la mayor parte de los barones de segundo orden de asistir a la asamblea del parlamento, y en pago de esta indulgencia, porque entonces se miraba como una merced, exigió que eligiesen en cada provincia cierto número de entre ellos, a quienes mantendrían entre todos, y que depositarios de su confianza, representarían a la corporación entera. Ya varias veces se había practicado este expediente bajo el reinado de Enrique III¹⁷³¹, y más aun y con más regularidad bajo el de Eduardo I. El número de los diputados de cada provincia variaba al arbitrio del príncipe¹⁷³²: aquellos diputados tomaban asiento entre los demás pares, en atención a que por sus enfiteusis pertenecían a aquella orden¹⁷³³. Su intrusión en aquella cámara pareció apenas una innovación, y aunque fácilmente podía el rey señorearse de las resoluciones de todo el parlamento, determinando como tenía a bien el número de aquellos representantes, no se hizo mucho caso de esta circunstancia en un siglo en que la fuerza dominaba a las leyes, y en que una resolución, tomada a pluralidad de votos en una asamblea legal, no se ejecutaba si la minoría, aunque más poderosa que la mayoría, se oponía a ello.

Todavía resultaban otras consecuencias importantes de la disminución y del no uso de la antigua milicia feudal. Los gastos del rey para alistar y sostener tropas a cada nueva empresa que tenía que acometer, excedían a lo que podían dar de sí sus módicas rentas y como los *scutages* que aceptaba de sus terratenientes militares, en lugar de su servicio personal, se habían reducido a nada, sólo le quedaban recursos en los socorros voluntarios que le concedían el parlamento y el clero, y en la talla que imponía a los pueblos y habitantes del real patrimonio. El año anterior, Eduardo no pudo exigir menos del sexto de los bienes muebles de los legos, y de la mitad de todos los beneficios eclesiásticos¹⁷³⁴, para hacer su expedición al Poitú y reprimir la rebelión de los galeses. Esta

1730 Hay algunos ejemplos de príncipes de la sangre real que aceptaron el oficio de sheriff. Spel. in voce Vicecomes.

1731 Rot. Claus. 88. Enrique III. m. 7 y 12. d., como también en el Rol. Claus. 42. Enrique III, m. 1. d. prefacio de Prynne al Compendio de Cotton.

1732 Respuesta de Brady a Petyt, sobre las escrituras, pág. 151.

1733 Tratado de los burgos, de Brady, Apéndice, N.º 13.

1734 Id. pág. 81. Ryley, pág. 462.

desagradable situación, en la que era probable que se hallarían con frecuencia él y sus sucesores, le hizo pensar seriamente en buscar algún nuevo medio capaz de sacarle de ella, y en convocar en el parlamento a los representantes de todas las villas y aldeas. Este período, que corresponde al vigésimo tercio año de su reinado, parece ser la época real y verdadera de la institución de la cámara o estamento de los comunes, y la primera vislumbre del gobierno popular en Inglaterra, porque los representantes de las provincias eran solamente los diputados de los barones de segundo orden y de la nobleza inferior, y el ejemplo precedente de los representantes de las villas y aldeas, convocados por el conde de Leicesler, por considerarse como un acto de violenta usurpación, no se había seguido en los parlamentos siguientes, y si otras circunstancias no hubieran ocasionado la necesidad de seguirlo, verosímilmente más bien hubiera echado por tierra que acreditado aquella mudanza.

Muchos años hacía que, a imitación de los demás príncipes de Europa, los reyes de Inglaterra habían adoptado la saludable política de estimular y proteger a las clases inferiores y las más industriosas del estado, a quienes hallaban más dispuestas a obedecer a las leyes y a los magistrados civiles, y cuyos ingeniosos trabajos producían los objetos necesarios para embellecer la paz y sostener la guerra. Aunque todavía las poblaciones rurales estaban abandonadas a sus imperiosos señores, muchas veces se intentó dar más libertad y seguridad a los ciudadanos, y ponerlos en situación de gozar sin zozobra del fruto de su industria. Erigiéronse, en virtud de cédulas expresas, villas y lugares en las tierras del patrimonio real, y se les concedió la libertad de comercio; permitiósse a sus vecinos arrendar a renta fija los derechos y los peajes a que estaban obligados¹⁷³⁵, y a elegir sus propios magistrados: estos magistrados les administraron justicia sin obligarlos a recurrir al sheriff o al tribunal del condado, y el pueblo, a favor de estos equitativos privilegios, fue lentamente adquiriendo alguna sombra de independencia¹⁷³⁶. Esto no obstante, el rey se reservó el derecho de imponer la talla u otros impuestos sobre aquellas villas, a discreción¹⁷³⁷, y aunque su pobreza y las prácticas del siglo hacían que aquellas demandas fuesen raras y moderadas, una autoridad tan ilimitada ponía trabas al comercio y era de todo punto incompatible con los principios de un gobierno libre; pero cuando las multiplicadas necesidades de la corona exigieron subsidios más considerables, el rey, autorizado por su prerrogativa para exigirlos, no se halló con bastante poder para hacer ejecutar sus edictos, y juzgó que era necesario, antes de imponer contribuciones, allanar las sendas para dar este paso, y asegurarse con antelación del consentimiento de las villas por medio de solicitudes, ruegos y aun rigores. Pronto se palparon los inconvenientes que había en tratar de tales asuntos con cada villa en particular; y Eduardo comprendió que el mejor medio y más expedito para obtener subsidios era reunir a los diputados de todas las villas, exponerles las necesidades del estado, discutir estos objetos en su presencia y solicitar su consentimiento a las demandas del soberano: por esta razón hacía despachar *writs* u órdenes a los sheriffs para que enviasen al parlamento, amén de dos caballeros de la provincia, dos diputados de cada villa o aldea de su condado¹⁷³⁸ con poderes suficientes de su comunidad para acceder en nombre de ésta a lo que él y su consejo requerían de ella. «Porque es la regla más equitativa», dice en el preámbulo de aquel *writ*, «que lo que interesa a todos sea aprobado por todos, y que se repela el peligro común con esfuerzos reunidos»¹⁷³⁹ —noble principio que revelaba en el rey un alma grande, y que echó los cimientos de un gobierno justo y libre.

Después que los *aldermen*, es decir, los magistrados, y el consejo en comunidad, habían

1735 Madox, Firma Burgi, pág. 21.

1736 Brady, tratado de los burgos, Apéndice, N.º 1, 2, 8.

1737 El rey podía no sólo echar tallas a los habitantes de su patrimonio, mas también conceder a diferentes barones el derecho de hacer lo mismo con los habitantes de los suyos. Véase Respuesta de Brady a Petyt, pág. 118. Madox, Hist. del Exch. pág. 518.

1738 Estos *writs* se enviaban a unas 120 ciudades y aldeas.

1739 Brady, Trat. de los burgos, pág. 25. Se han conservado los *writs* de los parlamentos inmediatamente precedentes; y en ellos se requiere la presencia de los caballeros, pero no se cuentan las aldeas, lo que prueba que aquel mismo año fue el primero en que se introdujo tal costumbre.

procedido a aquellas elecciones, los diputados elegidos daban fianza de su puntualidad en acudir al parlamento; las villas que los diputaban aprontaban lo necesario para sus gastos, y tan distantes estaban de la pretensión de creerse legisladores, carácter muy superior a su clase y estado¹⁷⁴⁰, que nada era más desagradable a las villas que elegir representantes del pueblo, y a estos representantes que el ser elegidos para una comisión estéril que no podía reportarles honra ni provecho¹⁷⁴¹. No componían, propiamente hablando, una parte esencial del parlamento, y se reunían separadamente de los barones y de los caballeros¹⁷⁴², que se desdeñaban de confundirse con unos hombres de tan inferior calidad. Apenas aquellos diputados habían dado a las contribuciones el consentimiento que se les pedía, ya estaba despachada su comisión, y se separaban, aun cuando el parlamento continuase reunido para discutir los intereses nacionales¹⁷⁴³. Como debían ser realmente vecinos del lugar que los enviaba, cuando en algunos lugares no hallaba el sheriff personas bastante racionales o bastante ricas para encargarse de aquel servicio, tomábase con frecuencia la libertad de omitir en su informe a aquellos pueblos; estos le agradecían su indulgencia, y la corte, que recaudaba sin distinción sobre todas las poblaciones la contribución votada por la mayoría de los diputados, la miraba con absoluta indiferencia¹⁷⁴⁴.

Sin embargo la unión de los representantes de los pueblos fue poco a poco dando cada vez más peso a la orden entera: en recompensa de los subsidios que concedían, fuéronse acostumbrando a presentar solicitudes al soberano para que reformase abusos particulares de que se decían quejosos con razón. A medida que se multiplicaron las peticiones del rey, las solicitudes de los diputados fueron siendo más frecuentes e importantes; el rey conoció que era difícil rechazar las súplicas de unos hombres que le habían sostenido en el trono con sus donadíos, y a cuya asistencia podía tener que recurrir en breve; pero, a pesar de todo, los comunes continuaban como antes en una categoría muy inferior a la de legisladores¹⁷⁴⁵. Aunque sus peticiones recibiesen una aprobación verbal del rey, no eran más que los primeros gérmenes de las leyes, luego se confiaba a los jueces el cuidado de redactar su tenor; y el trono, añadiéndoles la sanción de su autoridad, a veces aun sin el consentimiento de la nobleza, les daba toda la validez necesaria. Todavía no estaba bastante ilustrado el siglo para que se conociese el peligro de aquellas irregularidades; a nadie le parecía mal que el soberano, cediendo al deseo de una de las clases del estado, expidiese una declaración que sólo interesaba a aquella clase; los reyes sus predecesores habían poseído por tanto tiempo casi todo el poder legislativo, que continuando ejerciéndole de aquel modo, tan moderado en apariencia, no excitaban ningún descontento; pero el tiempo y la experiencia hicieron poco a poco abrir los ojos a la nación y corrigieron tamaños abusos. Conocióse que no se podía establecer ninguna ley para una de las clases del reino sin interesar a todas las demás, y que la fuerza y la eficacia de las leyes dependían absolutamente de los términos que se empleaban al redactarlas por escrito. La cámara de los pares, la clase más poderosa del estado, esperó pues, con razón que se pediría expresamente su aprobación para todos los decretos públicos¹⁷⁴⁶, y bajo el reinado de Enrique V, los comunes pidieron que no se extendiese ninguna ley por su propia petición, a menos de que ellos mismos y no los jueces redactasen los estatutos, y de que hubieran pasado en su propio estamento en forma de

1740 Reliquia Spel. pág. 64.

1741 Brady, Trat. de los burgos, pág. 59, 60.

1742 Id. pág. 37, 38. de las escrituras, y Apéndice, pág. 19. Véase también su Apéndice a su respuesta a Petyt, y su Glosario in verbo *Communitas regni*, p. 33.

1743 Ryley, Placit. Parl. pág. 241, 242. etc.

1744 Brady Trat. de los burgos, pág. 52. de las escrituras. De esto se halla un ejemplo hasta bajo el reinado de Eduardo III, cuando este príncipe nombró a todos los diputados. Hasta el reinado de Ricardo II no se privó a los sheriffs de la facultad de omitir a los burgos o aldeas a su antojo.

1745 Véase el prefacio de la edición que ha dado Ruffhead de los Estatutos. Pág. 7, y también el prefacio de Prynne. al *Comp. de Cotton*.

1746 En los ejemplos que trae el *Comp. de Cotton* en que el rey parece que responde directamente a las peticiones de los comunes, probablemente no hacía más que ejercer su derecho de regir los asuntos con sus edictos o proclamas; pero no sabemos que el rey hiciese alguna ley constante y general, a solicitud de los comunes, sin consentimiento de los pares. Más probable es que estos pudiesen hacer leyes, sin auxilio de los comunes.

bill o decreto¹⁷⁴⁷.

Pero como las mismas causas que habían producido un repartimiento de las propiedades continuaban produciendo sus necesarios efectos, el número de los caballeros y de los barones de segundo orden (*the gentry*) aumentó perpetuamente y cayó todavía más debajo de la alta nobleza. La igualdad de las enfiteusis se perdió en la grande inferioridad de poder o de propiedades territoriales; la cámara de los representantes de las provincias se separó por grados de la de los pares y formó una orden distinta en el estado¹⁷⁴⁸. Entretanto los progresos del comercio acrecentaron las riquezas y la consideración particular de los plebeyos; las frecuentes peticiones de la corona les proporcionaron también más importancia en la república, y como se asemejaban a los caballeros de las provincias en una circunstancia de suma entidad, cual era la de representar corporaciones particulares del estado, pareció entonces conveniente reunidos en el mismo estamento y confundir sus derechos y privilegios¹⁷⁴⁹; de esta suerte el estado llano, es decir, los comunes, llegó en fin a su forma actual. Como los hidalgos de las provincias no se hicieron en lo sucesivo ningún escrúpulo de presentarse a título de diputados de las villas y aldeas, la distinción entre los individuos desapareció totalmente, y así adquirió la cámara baja un grande incremento de autoridad e importancia en el reino. Sin embargo, el oficio del estado llano era todavía muy diferente del que luego ha ejercido tan en beneficio del pueblo: en vez de atacar y de querer reducir la autoridad del rey, propendía naturalmente a adherirse a él, como a la fuente de las leyes y de la justicia y a sostenerle contra el poder de la aristocracia, que oprimía al pueblo y molestaba al soberano en la ejecución de las leyes. El rey, a su vez, protegía a una clase de hombres tan útiles y tan poco peligrosos, y también los pares por consiguiente hubieron de guardarle alguna consideración; por este medio el estado llano, tan deprimido antiguamente en Inglaterra, lo mismo que en las demás naciones de Europa, fue elevándose por grados a su importancia actual, y sus adelantamientos hicieron florecer en el reino el comercio y las artes, resultados necesarios de la igualdad y de la libertad¹⁷⁵⁰.

Lo que prueba suficientemente que el principio de la cámara de los plebeyos, es decir, de los verdaderos comunes, no era un efecto de la casualidad, sino que nacía de la necesidad de la situación presente, es que Eduardo, al mismo tiempo, convocó a los diputados del clero inferior, los primeros de aquella clase que se habían visto nunca en Inglaterra¹⁷⁵¹, y exigió de ellos que impusiesen sus contribuciones sobre sus constituyentes para el servicio público: es de advenir que antiguamente los beneficios eclesiásticos no soportaban ninguna de las cargas del estado; verdad es que el papa había recientemente levantado frecuentes impuestos sobre ellos, y concedido algunas veces al soberano esta facultad¹⁷⁵²; el mismo Eduardo había levantado el año anterior, con apremio y violencia, una contribución muy rigurosa de la mitad de sus rentas; pero como este ejemplo era peligroso, y no podía reiterarse fácilmente en un gobierno en que, cuando se trataba de una resolución extraordinaria, se necesitaba el consentimiento de los vasallos, Eduardo tuvo por más acertado y prudente reunir una cámara baja de convocación, es decir, del clero, exponerle sus necesidades y pedirle subsidios. Sin embargo, encontró muchas dificultades: ya fuese que el clero se creyese la corporación más independiente del estado, ya que estuviese cansado de los exorbitantes impuestos con que anteriormente le habían abrumado, negóse a acceder a la petición que le hizo el rey de un quinto de sus bienes muebles: sólo después de una segunda asamblea, viendo a los eclesiásticos insistir en su negativa, se contentó con un diezmo. Los barones y los caballeros le

1747 Respuesta de Brady a Petyt, pág. 85. de las escrituras.

1748 Comp. de Cotton. pág. 18.

1749 Era muy conforme a las máximas de todos los gobiernos feudales que cada orden del estado diese su consentimiento a los actos en que estaba más inmediatamente interesada, y como todavía no se tenía una idea clara de un sistema político, era frecuente no consultar en tales ocasiones a los otras órdenes del estado.

1750 Madox, en su Hist. del Exch. ha impugnado con sólidas razones la opinión de que los representantes de los burgos precedieron al año cuadragésimo nono del reinado de Enrique III, opinión fundada en una petición de la aldea de Saint-Albaus, citada por Selden, Petyt, Brady, Tyrrel y otros, y presentada al parlamento en tiempo de Eduardo II: pero esa petición nada prueba en realidad, si se examina bien.

1751 Estado de la Iglesia de Inglaterra, por el arzobispo Wate, pág. 235.

1752 An. Waverl. pág. 278. Wykes, pág. 99, 120.

otorgaron sin titubear un oncenno, y los plebeyos, un séptimo; pero el clero se resistió siempre a reunirse en virtud de *writ* del rey, temiendo que pareciese que con semejante acto de obediencia reconocía el poder temporal. Acordóse en fin que el rey dirigiría su despacho o *writ* al arzobispo; que, en consecuencia, este convocaría al clero, el cual, pareciendo entonces que obedecía a su superior espiritual, no titubeó en acudir a la convocación: con todo, este arbitrio fue causa de que los eclesiásticos se reunieron en dos cámaras separadas bajo la presidencia de sus diferentes arzobispos, y no formaron un solo brazo, como en los demás países de Europa y como primeramente deseaba el rey¹⁷⁵³. Vamos ahora a anudar el hilo de nuestra narración.

Guerra con Escocia

No se le ocultaron a Eduardo los motivos de descontento que había dado al rey de Escocia, y noticioso de la disposición de este pueblo y proveyendo todo lo que tenía que temer de un resentimiento tan fundado, empleó los subsidios que le concedieron sus vasallos en hacer preparativos contra las hostilidades de su vecino del lado del norte (1296): mientras se ocupaba en ellos, recibió la nueva del pacto ajustado entre Juan y Felipe, y aunque muy apurado con el doble peso de las dos guerras que le amenazaban con Francia y Escocia, resolvió no alentar a sus enemigos con una conducta tímida, ni cediendo a sus esfuerzos reunidos. Intimó a Juan que cumpliera la obligación de un vasallo, y le enviase socorros para oponerse a una invasión de los franceses, de que estaba amenazado; luego pidió que las fortalezas de Berwick, de Jedborough y de Roxborough fuesen entregadas en sus manos para su seguridad durante la guerra¹⁷⁵⁴, y citó a Juan para comparecer en el parlamento de Inglaterra, que debía reunirse en Newcastle, y cuando todas estas demandas sucesivas fueron negadas, marchó hacia el norte con 30.000 infantes y 4.000 caballos para castigar a su vasallo rebelde.

Los escoceses, que contaban poco con el valor y capacidad de su príncipe, le eligieron un consejo de doce próceres, a quienes confiaron realmente el ejercicio de la soberanía¹⁷⁵⁵, y que pusieron a la nación en el mejor estado de defensa posible en medio de la crisis actual de los negocios públicos: un formidable ejército de 40.000 peones, aunque sostenido sólo por 500 caballos, se adelantó hacia las fronteras. Después de una inútil tentativa sobre Carlisle, marchó hacia las provincias orientales que Eduardo se disponía a embestir; pero algunos de los más grandes señores escoceses, los dos Robertos Bruce, padre e hijo, y los condes de March y de Angus, previendo la ruina de su patria en aquella fatal reunión de divisiones intestinas y de una invasión extranjera, procuraron captarse la benevolencia de Eduardo mediante una pronta sumisión. El rey, alentado por aquel favorable suceso, adelantó su ejército en el país enemigo, y atravesó el Tweed sin obstáculo en Coldstream (28 de noviembre), donde recibió un correo de Juan por el que este príncipe, habiendo obtenido del papa Celestino, para sí y para su nación, la dispensa de sus primeros juramentos, le enviaba pliegos en que se retractaba del homenaje que había rendido a Inglaterra, y provocaba a Eduardo a una guerra de igual a igual¹⁷⁵⁶. Mal sostuvieron aquella bravata las operaciones militares de los escoceses; la fortaleza de Berwick fue tomada por asalto, y el gobernador, Sir Guillermo Douglas, quedó prisionero: sobre 7.000 hombres de la guarnición fueron pasados a cuchillo; y Eduardo, ufano con tan gran victoria, envió al conde de Warena con 12.000 hombres a sitiar a Dumbar, defendida por la flor de la nobleza escocesa.

1753 Gilbert, Hist. Exch. pág. 51, 54.

1754 Rymer, tomo II, pág. 692.

1755 Heming, tomo I, pág. 75.

1756 Rymer, tomo II, pág. 607.

Sumisión de Escocia

Los escoceses, conociendo la importancia de aquella plaza, cuya toma abría el país al enemigo, se adelantaron con su ejército, al mando de los condes de Buchan, de Lenox y de Marre, para socorrerla, y el de Warena, poco temeroso de la superioridad numérica, del enemigo, salió de su campamento en orden de batalla y los atacó vigorosamente (27 de abril). Cuanto más numerosas son las tropas indisciplinadas, tanto más expuestas están a un terror pánico al menor revés; así fue que pronto rompió Warena a los enemigos, los echó del campo de batalla e hizo en ellos horrenda matanza: es fama que la pérdida de los escoceses ascendió a 20.000 hombres; al día siguiente el castillo de Dumbar se rindió con toda su guarnición a Eduardo, quien, después de la batalla, hizo avanzar el cuerpo principal de los ingleses, seguro de salir siempre victorioso de todas sus empresas.

James, gran maestre (*steward*) de Escocia, abandonó el castillo de Roxborough, y aquel prócer de quien desciende la casa real de Estuardo, tuvo además que jurar fidelidad al rey de Inglaterra. Los castillos de Edimburgo y de Stirling abrieron sus puertas al vencedor, después de una flaca resistencia, y en un momento subyugaron los ingleses todas las provincias meridionales de Escocia. Para ponerse mejor en estado de reducir las provincias del norte, defendidas por su inaccesible situación, pidió Eduardo un considerable refuerzo de galeses y de irlandeses, que acostumbrados a las guerras de bandería, eran más a propósito para perseguir a los escoceses fugitivos en los repuestos recodos de sus lagos y de sus montañas; pero tantos desastres habían abatido el natural brío de la nación; el débil y medroso Baliol, descontento de sus vasallos, e intimado por los ingleses, abandonó todos los recursos que aun en aquel último trance hubieran podido encontrar sus pueblos: apresuróse a someterse a Eduardo, mostró el más vivo arrepentimiento de haber faltado a la lealtad debida a su señor feudal, e hizo una solemne e irrevocable entrega de su corona en manos del monarca vencedor¹⁷⁵⁷. Continuó Eduardo penetrando por las provincias septentrionales hasta Aberdeen y Elgin, sin encontrar un solo enemigo; ningún escocés se le presentó más que para rendirle vasallaje: los mismos montañeses, tan turbulentos de suyo, siempre dispuestos a amotinarse contra sus príncipes naturales, tan indóciles al freno de las leyes, procuraron evitar la devastación de su suelo dando al conquistador las más prontas señales de su obediencia.

Después de haber establecido en todo aquel reino una aparente tranquilidad, volvióse Eduardo con su ejército a la parte del mediodía, donde se conservaba una piedra famosa por la superstición de los escoceses, que la honraban con singular veneración: todos los reyes habían conservado la costumbre de sentarse en ella el día de su inauguración. Aseguraba una antigua tradición que la independencia del reino estribaba en la posesión de aquella piedra, y así se custodiaba en Scone como el verdadero paladión y el último recurso de la monarquía en todas sus calamidades. Eduardo se apoderó de ella y se la llevó a Inglaterra¹⁷⁵⁸, y mandó destruir todos los diplomas, todos los monumentos antiguos que podían recordar la memoria de la independencia de Escocia y refutar el derecho de superioridad que reclamaba Inglaterra. Aseguran los escoceses que destruyó también los anales que conservaban en sus monasterios; pero no es verosímil que una nación tan grosera y bárbara tuviese alguna historia cuya pérdida deba sentirse. El gran sello de Baliol fue hecho pedazos, y a este príncipe lo llevaron prisionero a Londres, en cuya torre estuvo encerrado dos años, al cabo de los cuales se sometió a un destierro voluntario en Francia, donde sin hacer la menor tentativa para recuperar su corona, murió en una condición privada. El conde de Warena quedó en Escocia con título de regente¹⁷⁵⁹; confiáronse a los ingleses los principales empleos, y Eduardo, muy persuadido de haber logrado el objeto de todos sus deseos, y de que los ardides y las violencias que había empleado contra Escocia habían sometido en fin irremisiblemente aquel reino, se volvió a

¹⁷⁵⁷ Rymer, tomo II, pág. 718. Walsing, pág. 67. Heming, pág. 99.

¹⁷⁵⁸ Walsing, pág. 68.

¹⁷⁵⁹ Rymer, tomo II, pág. 726.

Inglaterra con su ejército triunfante.

Guerra con Francia

No fue tan feliz la tentativa que hizo por entonces para recobrar la Guyena. Envió a aquella provincia un ejército de 7.000 hombres, bajo el mando de su hermano el conde de Lancaster, quien al principio obtuvo algunos triunfos sobre los franceses en Burdeos, pero poco después le atacó una enfermedad de cuyas resultas murió en Bayona, pasando entonces el mando de las tropas al conde de Lincoln, que no hizo ninguna operación importante en todo el resto de aquella campaña¹⁷⁶⁰.

En vano ensanchaba Eduardo tan considerablemente la monarquía con sus conquistas; aquel activo y ambicioso príncipe no podía quedar satisfecho mientras no volviese a la posesión de la Guyena, antiguo patrimonio de su casa, de que le habían despojado los artificios del monarca francés. Como el apartamiento de aquella provincia hacía que fuesen inseguros y flacos todos los esfuerzos de Eduardo para recuperarla, propúsose atacar a la Francia por un lado más vulnerable. A consecuencia de este proyecto, casó a su hija Isabel con Juan, conde de Holanda, hizo al mismo tiempo un tratado de alianza con Guy, conde de Flandes, estipuló dar a este príncipe la suma de 75.000 libras esterlinas y concertó unir sus fuerzas con las de ambos para atacar a Felipe, su enemigo común¹⁷⁶¹. No dudó que cuando, al frente de las tropas inglesas, flamencas y holandesas, reforzadas con sus aliados de Alemania, a quienes había prometido o entregado considerables sumas, se presentase en las fronteras de Francia y amenazase a la misma capital, Felipe tendría en fin forzosamente que abandonar sus adquisiciones y comprar la paz con la restitución de la Guyena; pero, para poner aquella gran máquina en movimiento, era necesario que concediese el parlamento grandes subsidios. Los barones y los caballeros consintieron sin mucha dificultad en hacer a Eduardo el nuevo donativo de un doceavo sobre todos sus efectos muebles, y las villas de un octavo; el poder casi ilimitado del rey sobre estas últimas le ponía en estado de hacerles soportar la más pesada porción de aquella carga. Sin embargo, las preocupaciones que parece que siempre conservó aquel príncipe contra los eclesiásticos, a causa de su antiguo celo a favor de la facción de Montfort, le determinó a echarles las más duras contribuciones, y les exigió el quinto de sus bienes muebles, pero encontró oposiciones a aquella recaudación que, por algún tiempo, desconcertaron sus medidas y le obligaron a emplear medios cuyos peligrosos inconvenientes para él experimentó, y que hubieran perdido a la mayor parte de sus predecesores si se hubieran hallado en el mismo caso.

Disensiones con el clero

Bonifacio VIII, sucesor de Celestino V en la silla pontificia, era hombre de un carácter singularmente soberbio y arrojado. Aunque no tenía aquella austeridad de costumbres, habitual compañera de la ambición entre sus semejantes, estaba resuelto a no ceder un ápice de la autoridad de la tiara y de su dominio sobre la potestad temporal. Persuadido de que oprimiendo a la Iglesia en toda la cristiandad, sus inmediatos predecesores se habían enajenado en extremo la voluntad del clero, convencido de que habían dado al magistrado civil un pretexto para poner también a contribución las rentas eclesiásticas, intentó recuperar el primitivo carácter de soberano pontífice y establecerse como el protector común de la orden jerárquica contra quien quiera que osase atentar a sus privilegios. Publicó, con esta mira, y desde el principio de su pontificado, una bula general prohibiendo a todos los príncipes levantar, sin su consentimiento, ninguna contribución sobre el clero, y a todo eclesiástico someterse a tales impuestos, so pena de excomunión para unos y otros en

¹⁷⁶⁰ Heming, tomo I, pág. 72, 74.

¹⁷⁶¹ Rymer, tomo II, pág. 761. Walsing. pág. 68.

caso de desobediencia¹⁷⁶². Dícese que aquella importante bula se expidió a solicitud de Roberto de Winchelsey, arzobispo de Canterbury, quien se proponía oponerla como un antemural a las violentas extorsiones que había sufrido la Iglesia por parte de Eduardo, y a las mayores todavía que hacían temer para lo sucesivo las continuas necesidades de aquel príncipe. Por consiguiente, cuando se le pidió al clero el quinto de sus efectos muebles, impuesto más oneroso sin duda que el quinto de sus rentas, porque generalmente sus tierras estaban abastecidas de ganados y las cultivaban sus siervos; escudóse con la bula de Bonifacio e interesó a las conciencias en su oposición a obedecer¹⁷⁶³.

Aguantó el rey al principio aquella resistencia: pero después de haber hecho cerrar todas las trojes y todas las granjas de los eclesiásticos, después de haber prohibido que se les pagase renta alguna, convocó un nuevo sínodo para conferenciar acerca de su solicitud. El primado, poco intimidado por aquellas señales de la entereza de Eduardo, respondió categóricamente a aquel príncipe que el clero debía obediencia a dos soberanos, uno espiritual y otro temporal, pero que su obligación le ligaba mucho más estrechamente al primero que al último, y que no podía ejecutar las órdenes de su majestad (pues como tales en cierto modo se miraban entonces las solicitudes de la corona) cuando se hallaban en contradicción con las prohibiciones expresas del soberano pontífice¹⁷⁶⁴.

1297. Ya sabía el clero, amaestrado por muchas repetidas pruebas, que Eduardo usaba muy pocos miramientos con aquellos numerosos privilegios tan decantados; el príncipe se había apoderado anteriormente, de un modo bastante arbitrario, de todo el dinero y de toda la plata que poseían los conventos, y había aplicado su uso al servicio público¹⁷⁶⁵, y así no podían menos los eclesiásticos de esperarse a ser tratados todavía mas rigurosamente con ocasión de una negativa tan dura y fundada sobre tan peligrosos principios. En vez de dirigirse al papa para que retirase su bula, resolvió el rey valerse del poder que tenía en sus manos, y dijo a los eclesiásticos que, pues que no querían soportar las cargas del gobierno, eran indignos de recibir de él ningún beneficio, y que por consiguiente los declaraba privados de la protección de las leyes, e inmediatamente se ejecutó esta vigorosa resolución¹⁷⁶⁶. Envióse orden a todos los jueces de no recibir causa alguna llevada ante ellos por el clero, de ver y de fallar todas las causas en que los eclesiásticos por el contrario fuesen demandados y reos, de hacer justicia a todos contra ellos y de no hacérsela a ellos contra nadie¹⁷⁶⁷, con lo que pronto se hallaron los eclesiásticos en la situación más miserable: no podían, por falta de subsistencias, quedarse en sus propias casas ni en sus conventos; si salían para buscar recursos o apoyo, los ladrones les robaban sus cabalgaduras, los despojaban de sus vestidos y los insultaban sin que pudiesen obtener en ningún tribunal reparación de aquellas tropelías: el mismo primado fue atacado en un camino real, y se vio reducido, después de haberle robado cuanto llevaba, a retirarse con un solo criado a casa de un pobre clérigo de aldea¹⁷⁶⁸. El rey era espectador indiferente de todos aquellos desafueros, y sin emplear su gente en perseguir directamente a los sacerdotes, lo que hubiera parecido odioso y tiránico, tomó una completa venganza del tesón con que se le habían opuesto. En vano fulminó el arzobispo una excomunión general contra todo el que atacase a los eclesiásticos en sus personas o haciendas; ningún caso se hizo de ella: Eduardo tuvo la satisfacción de ver al pueblo constituirse voluntariamente en instrumento de su justicia contra ellos, y acostumbrarse a sacudir el profundo respeto con que siempre había mirado a aquella orden sagrada, que le avasallaba y le oprimía hacia tanto tiempo¹⁷⁶⁹.

Tan severo tratamiento abatió en fin la firmeza del clero. No sólo la provincia de York, más

1762 Rymer, tomo II, pág. 706.

1763 Heming, tomo I, pág. 107.

1764 Id.

1765 Walsing, pág. 65.

1766 Id. pág. 69.

1767 Mat. West. pág. 429.

1768 Heming, tomo I, pág. 109.

1769 Es menester estar enteramente obcecado por la falsa filosofía del autor para no reconocer la iniquidad de la conducta del rey en este caso. Lingard y Goldsmith hablan de ella con la execración que merece, y aun el mismo Hume parece como que se retracta más adelante de la especie de aprobación que le da aquí. (N. del Trad.)

amenazada por su situación de las empresas que podían temerse por parte de los escoceses, concedió voluntariamente al rey un quinto de todos sus efectos muebles; mas también los obispos de Salisbury, de Ely y algunos otros hicieron un acomodamiento para el clero secular en sus diócesis, conviniendo en pagar, no el quinto pedido, porque esto hubiera sido un acto de desobediencia a la bula de Bonifacio, sino en depositar una suma equivalente en una iglesia que se les indicase, y adonde los oficiales del rey irían a recogerla¹⁷⁷⁰. Varios conventos en particular, y muchos eclesiásticos dieron de buena voluntad aquella misma contribución, y volvieron a entrar bajo la protección del trono¹⁷⁷¹: los que no se hallaron con bastante dinero contante, empeñaron sus tierras. Apenas hubo un solo eclesiástico en el reino que se mostrase dispuesto, por sostener los fueros de su corporación, a sufrir aquella nueva especie de martirio, la más fastidiosa, la más lenta de todas, la más dura para el orgullo espiritual, y que la Iglesia no recompensaba con aquella espléndida corona que con tanta ostentación tenía suspendida ante los ojos de sus partidarios entusiastas.

Medidas arbitrarias

Pero como el dinero concedido por el parlamento, aunque considerable, no bastaba para las necesidades del rey, y como las recaudaciones por acomodamiento con el clero, eran muy lentas, Eduardo, para proporcionarse más subsidios, tuvo que ejercer su autoridad arbitraria y extender una mano opresiva sobre todos los órdenes del estado. Limitó a los tratantes la cantidad de lanas que les permitía exportar, y al mismo tiempo los obligó a pagarle un derecho de cuarenta chelines por saca, lo que se calcula que debía ser más del tercio de su valor¹⁷⁷². Apoderóse de lo restante de las lanas, igualmente que de todos los cueros del reino, y dispuso en provecho suyo de aquellos géneros¹⁷⁷³; intimó a los sheriffs de cada provincia que le suministrasen dos mil cuartales de trigo y otros tantos de cebada, que les permitió tomar donde los encontrasen; los ganados y las demás vituallas necesarias para el mantenimiento de su ejército se acopiaron sin el consentimiento de sus dueños¹⁷⁷⁴, y aunque prometió tomar en consideración más adelante aquellos suministros, no pareció probable que un príncipe que tan mal se sujetaba al imperio de las leyes, pudiese nunca, en medio de sus continuas necesidades, salir airoso de tantos empeños. No mostró el rey más respeto a los principios de la ley feudal en virtud de la cual eran poseídas por sus dueños todas las tierras del reino; para engrosar su ejército y ponerse en estado de sostener los grandes esfuerzos que se proponía hacer contra Francia, exigió el servicio de todo hacendado que poseyese veinte libras esterlinas de renta, aunque no dependiese inmediatamente de la corona, ni estuviese obligado por su enfiteusis a ningún foro de aquella especie¹⁷⁷⁵.

Estos actos de violencia y despotismo excitaron murmullos en todos los órdenes del estado, a pesar del respeto que generalmente inspiraba la persona del rey, y no tardaron algunos magnates, tan celosos de sus propios privilegios como de la libertad nacional, en autorizar aquellas quejas. Había reunido Eduardo en la costa un ejército que se proponía enviar a Gascuña, mientras él dirigía en persona otro ataque por la frontera de Flandes: destinaba el mando de aquel ejército al condestable Humfrey Bohun, conde de Hereford, y al gran mariscal de Inglaterra, Roger Bigod, conde de Norfolk; pero estos dos poderosos señores se negaron a obedecer, y declararon que la obligación de sus empleos era seguir su persona en la guerra, con cuyo motivo medió un altercado muy vivo entre ellos; y el rey, montado en cólera, exclamó dirigiéndose al condestable: «Vive Dios, conde, que iréis adonde os mando, o moriréis ahorcado.—Vive Dios, señor, respondió Hereford,

1770 Id.

1771 Crón. Dunst. tomo II, pág. 654.

1772 Walsing, pág. 69. Trivet, pág. 296.

1773 Heming, tomo I, pág. 52, 110.

1774 Id., pág. 111.

1775 Walsing, pág. 69

que ni iré adonde me mandáis, ni moriré ahorcado»;¹⁷⁷⁶ e inmediatamente salió con el gran mariscal y más de otros treinta barones de la principal nobleza.

Viendo aquella oposición, abandonó el rey el proyecto de una expedición a Guyena, y reunió las tropas que se proponía llevar en persona a Flandes; pero los dos condes, exasperados aun con su primera disputa, y alentados por la impunidad, alegaron que nunca sus antecesores habían servido en aquel país, y se negaron a pasar revista al ejército, como era su obligación por sus destinos¹⁷⁷⁷. Eduardo, considerando que era preciso entonces obrar con prudencia, en vez de despojar a los dos condes de sus dignidades, que poseían por derecho hereditario, se limitó a nombrar a Tomás de Berkeley y a Godofredo de Geineville, para ejercer en aquella ocasión los cargos de gran condestable y gran mariscal¹⁷⁷⁸. Procuró reconciliarse con la Iglesia, restableció en su privanza al primado¹⁷⁷⁹, le nombró, juntamente con Reginaldo de Grey, tutor del príncipe, a quien se proponía dejar por regente del reino durante su ausencia, y reunió una gran parte de la nobleza en Westminster-Hall, donde se dignó hacer la apología de su pasada conducta: habló largamente de las necesidades presentes de la corona, de su escasez de recursos, y de la indispensable obligación, así por interés como por honor, de sostener a sus aliados: prometió, si volvía con vida al reino, corregir todos los abusos, reponer en vigor las leyes e indemnizar a todos sus vasallos, de las pérdidas que habían experimentado; pidió al auditorio que diese tregua entretanto a sus animosidades, que no le juzgase sino sobre su futura conducta y, en fin, que le permaneciese fiel, o si moría en aquella guerra, que conservase su obediencia al príncipe su hijo y su sucesor¹⁷⁸⁰.

Ciertamente había en el conjunto de las fundadas quejas de los grandes y del pueblo bastantes materias combustibles para haber encendido en otro tiempo una guerra civil en Inglaterra, pero el vigor y la habilidad de Eduardo pusieron a raya todas las ambiciones: su destreza en pararse a la orilla del precipicio y en retractarse en sazón de las imprudencias a que le habían arrastrado su impetuoso carácter y sus principios sobre la autoridad arbitraria, libertó a la nación de tan gran calamidad. Los dos condes descontentos no se atrevieron a soltar la rienda a su resentimiento, y se limitaron a dirigir una representación al rey en Winchelsea, cuando estuvo a punto de embarcarse para Flandes. Quejábanse en ella de los ataques dados a la gran Carta y a la de los montes; del violento rapto de los trigos, cueros, ganados, y sobre todo de las lanas, mercancías que estimaban en la mitad del valor de las tierras del reino; de la contribución arbitraria de cuarenta chelines por saca, sobre la pequeña cantidad de aquellas lanas que se les había permitido a los tratantes exportar; en fin, pedían una pronta reforma de todos aquellos abusos¹⁷⁸¹. El rey respondió que no hallándose ya a su lado la mayor parte de su consejo, no podía deliberar sobre puntos de tanta importancia¹⁷⁸².

Pero el condestable, el gran mariscal y los barones de su bando resolvieron aprovecharse de la ausencia de Eduardo para obtener un consentimiento formal a todas sus demandas. Cuando se les intimó que acudiesen al parlamento reunido en Londres, fueron escoltados por un considerable cuerpo de infantería y de caballería; y, antes de entrar en la ciudad, exigieron que se entregasen las puertas a las gentes de su comitiva¹⁷⁸³. El primado, que los favorecía secretamente en todas sus pretensiones, exhortó al parlamento a consentir en ello, con lo que juntamente se hicieron dueños de la persona del joven príncipe y de las deliberaciones de la asamblea. Sus solicitudes, sin embargo, fueron muy moderadas, y aun lo bastante para probar la pureza de sus intenciones en todos sus pasos anteriores: sólo insistieron sobre que se confirmasen solemnemente las dos cartas; sobre que se añadiese en ellas una cláusula que pusiese para siempre a la nación a cubierto de toda especie de contribuciones impuestas sin el beneplácito del parlamento, y sobre que a ellos y a sus parciales,

1776 Heming, tomo I, pág. 112.

1777 Rimer, tomo II, pág. 783.

1778 Mat. West., pág. 430.

1779 Heming, tomo I, pág. 113.

1780 Id. pág. 114.

1781 Walsing, pág. 72.

1782 Id.

1783 Heming, tomo II, pág. 138.

que se habían negado a seguir al rey a Flandes se les perdonase aquella resistencia y se los restableciese en favor¹⁷⁸⁴. Accedieron el príncipe de Gales y su consejo a aquellas condiciones, y enviaron las cartas al rey, a Flandes, para que las confirmase. Durísimo se le hacía a Eduardo preparar con su propia mano, por decirlo así, con aquella condescendencia, las trabas que temía que había de hallar en lo sucesivo su autoridad arbitraria, y así difirió tres días, bajo diferentes pretextos, contestar a los diputados; pero le hicieron presentes las peligrosas consecuencias que podía tener su repulsa, y se vio en fin precisado, después de mucho resistir, a poner su sello en las cartas y en la cláusula que le despojaba del poder que hasta entonces se había atribuido de imponer al pueblo contribuciones arbitrarias¹⁷⁸⁵.

Para terminar de una vez la narración de lo que ocurrió en aquella interesante transacción para hacer confirmar las cartas, referiremos sucintamente los sucesos posteriores relativos a ella. Noticiosos el condestable y el gran mariscal de que el rey había dado su sanción a aquellos actos, quedaron satisfechos, y no sólo dejaron de turbar al gobierno, mas ayudaron a la regencia con todo su poder contra los escoceses que habían tomado las armas, y sacudido el yugo de Inglaterra¹⁷⁸⁶, empero como aquellos dos magnates estaban persuadidos de que el más leve pretexto bastaría a Eduardo para hacerle retractar aquellas leyes que aborrecía, y que, a pesar de las frecuentes confirmaciones que habían recibido de él y del parlamento, y de haber estado reconocidas durante tres reinados, no parecía que habían recibido aun suficiente validez, pidieron que el rey las confirmase de nuevo a su regreso a Inglaterra, a fin de que no pudiese en lo sucesivo alegar que se hallaba en país extranjero cuando las había sellado la primera vez¹⁷⁸⁷. Pareció, en efecto, que habían juzgado bien del carácter y de las intenciones del rey, pues difirió aquella confirmación lo más que pudo, y cuando el temor de las resultas le obligó a ceder, añadió expresamente un *salvas su dignidad y su prerrogativa real*, que, en suma, enervaba toda la fuerza de aquellas cartas¹⁷⁸⁸. Retiráronse los dos condes del parlamento muy irritados, y, en otra ocasión, el rey tuvo que ceder al pueblo, y sin ningún subterfugio, la confirmación absoluta y clara de aquellas leyes tan queridas¹⁷⁸⁹, y aun todavía se tomaron más rigurosas precauciones para asegurar los fueros nacionales: decidióse que se elegirían tres caballeros en cada provincia, autorizados a multar y encarcelar a todo el que quebrantase o violase las cartas¹⁷⁹⁰. Esta precaución, de que pronto se dejó de hacer uso, porque era demasiado subversiva de la prerrogativa real, prueba el amor que tenían los ingleses de aquel siglo a la libertad, y su desconfianza fundadísima del carácter absoluto de Eduardo.

No se completó la obra sin embargo enteramente con aquellas medidas. Para llevar a ejecución la carta de montes, era necesario efectuar nuevas visitas de los bosques reales, para fijar sus límites, y separar de ellos todas las tierras que, por usurpación, se les habían agregado. También mostró Eduardo repugnancia a consentir en aquella razonable pretensión, y sólo después de muchas dilaciones por su parte, y de numerosas solicitudes y aun amenazas de guerra y de violencia por la de los barones¹⁷⁹¹, se hizo la visita de los bosques, y demarcó exactamente sus límites en cada provincia el tribunal de los jurados¹⁷⁹². Si el activo y ambicioso carácter del rey no le hubiera suscitado tantos enemigos extranjeros, y si no se hubiera visto en la precisión de recurrir con tanta frecuencia a la ayuda de sus vasallos, es verosímil que jamás se le hubieran arrancado aquellas concesiones.

Pero, mientras que después de tan felices esfuerzos, los ingleses se daban el parabién de haber

1784 Walsing, pág. 73.

1785 Id., pág. 74.

1786 Heming, tomo I, pág. 148.

1787 Id. pág. 159.

1788 Id. pág. 167, 168.

1789 Id. pág. 168.

1790 Id. pag 170.

1791 Walsing, pág. 80. Leemos en Tyrrel, tomo II, pág. 145, de la Crónica de Saint-Albans, que los barones, poco satisfechos con la ejecución de la carta de los bosques, impusieron a Eduardo condiciones tan duras como las que había recibido su padre del conde de Leicester; pero ningún otro historiador menciona esta particularidad.

1792 Heming, tomo 1, pág. 171.

asegurado sus fueros, quedaron muy sorprendidos en 1305 al saber que Eduardo se había dirigido secretamente a Roma, y obtenido de aquella corte mercenaria que le relevara de sus juramentos y empeños tantas veces reiterados de observar las cartas. Algunos historiadores ha habido bastante crédulos¹⁷⁹³ para persuadirse de que no dio aquel peligroso paso más que con la mira de adquirir el mérito de otorgar voluntariamente una nueva confirmación de aquellas cartas, lo que hizo poco tiempo después; confirmación en efecto inatacable y que sus sucesores no podían nunca anular, so pretexto de que había sido forzada; pero, además de que aquel acto hubiera sido más laudable sino hubiera solicitado el rey semejante absolución, toda su conducta prueba que era poco susceptible de tal refinamiento de patriotismo, y el mismo documento en que aquel príncipe confirma de nuevo las cartas, justifica una conjetura muy opuesta, pues aunque las ratifica, en general, se autoriza con la bula del papa para anular la visita de los bosques, que se había hecho con tanto esmero y puntualidad, y para reservarse el derecho, en caso de circunstancias favorables, de extender sus límites, como antiguamente, a su arbitrio. Si no hizo uso de este derecho, sólo debemos inferir de aquí que no se presentaron aquellas circunstancias, favorables.

Así fue como al cabo de cosa de un siglo de debates, siempre acompañados de exageradas desconfianzas, y muchas veces de públicos alborotos, quedó en fin establecida la gran Carta, y como la nación inglesa, a fuerza de perseverancia, tuvo la gloria de arrancar aquella concesión al más hábil, guerrero y ambicioso de todos sus soberanos¹⁷⁹⁴. Cuéntanse más de treinta confirmaciones de aquel acto, pedidas en diferentes tiempos a varios reyes, y concedidas en pleno parlamento; precaución que, al paso que manifiesta una especie de ignorancia de la verdadera naturaleza de la ley y del gobierno, prueba también en el pueblo un loable celo por la conservación de los fueros nacionales, y la suma inquietud en que le tenía el temor de que los ejemplos de infracción, una vez tolerados, se invocasen como un derecho adquirido para infringirlos. Vemos en consecuencia que, a pesar de las prácticas arbitrarias que se introdujeron y que casi llegaron a adquirir fuerza de ley, jamás en lo sucesivo se contesto formalmente la validez de la gran Carta, y siempre se miró aquella concesión como la base del gobierno inglés, y la regla segura sobre la cual se examinaba y decidía la autoridad de todas las prácticas. La jurisdicción de la cámara estrellada (*the star-chamber*), la ley marcial, las prisiones de orden del consejo privado y otros rigores de esta especie, aunque usados hacía muchos siglos, casi nunca fueron reconocidos por los ingleses como partes de su constitución: el amor con que miraba la nación su libertad venció siempre a todos los ejemplos y aun a todas las razones políticas. El ejercicio de aquellos diversos poderes, después de haber sido largo tiempo origen de los secretos murmullos del pueblo, fue al cabo solemnemente abolido por la autoridad legislativa, como ilegal o a lo menos, como opresivo.

Volviendo ahora al momento de que nos ha separado la narración de lo relativo a las cartas, aunque la impaciencia que tenía el rey de presentarse en Flandes al frente de su ejército le hizo atropellar toda consideración, ya de los descontentos intestinos, ya de la fermentación que se observaba entre los escoceses, tantos obstáculos retardaron su embarco, que perdió la ocasión favorable de salir a campaña y la abrió demasiado tarde para alcanzar ningún triunfo sobre el enemigo. El rey de Francia, aprovechándose de la ausencia de Eduardo, había entrado en los Países Bajos, había derrotado a los flamencos en la batalla de Furnes, se había apoderado de Lille, de Saint-Omer, de Courtray y de Ypres, y parecía en estado de tomar una completa venganza del conde de Flandes, su vasallo rebelde; pero Eduardo, cuyo ejército ascendía a 60.000 hombres¹⁷⁹⁵, atajó en breve la brillante carrera de sus victorias. Felipe, viendo ya apurados todo los flacos recursos de su reino, temió un revés de fortuna y una invasión de los ingleses en Francia: por otra parte, el monarca inglés, viéndose frustrado del socorro de Adolfo, rey de los Romanos, que había comprado a muy alto precio, y llamado a Inglaterra por intereses urgentes, deseaba terminar bajo condiciones

1793 Brady, tomo II, pág. 86.

1794 Es de observar sin embargo que el rey nunca perdonó a los principales fautores de aquel negocio, y que halló medio en lo sucesivo de obligar al condestable y al mariscal a hacerle dimisión de sus empleos. Al primero se le devolvió el suyo, pero el de gran mariscal pasó a Tomás de Brotherton, hijo segundo del rey.

1795 Heming, tomo I, pág. 146.

honrosas una guerra que solo servía para separar sus fuerzas de más importantes empresas. Esta disposición de ambos reyes produjo en breve una suspensión de hostilidades entre ellos por espacio de dos años, y a uno y otro los movió a someter su contienda al arbitraje de Bonifacio (1298).

Paz con Francia

Fue este uno de los últimos soberanos pontífices que ejercieron su autoridad sobre la jurisdicción temporal de los príncipes. Las exorbitantes pretensiones que el feliz ejemplo de sus predecesores le había impulsado a sostener no eran ya de sazón, y le metieron en tan crueles apuros y les siguió una catástrofe tan terrible, que sus sucesores fueron desistiendo de ellas disimuladamente, aunque nunca las han abandonado del todo. Eduardo y Felipe, recelosos ambos igualmente del poder que se atribuían los papas, cuidaron de insertar en el convenio en que acordaban remitir sus disposiciones a Bonifacio, que éste sería árbitro de ellas por espontánea elección de ellos, como hubiera podido serlo cualquiera otra persona, y no en virtud de ningún derecho anexo a la dignidad pontificia. Disimuló el papa el desaire que creía ver en aquella reserva, y pronunció su fallo al que ambos se sometieron¹⁷⁹⁶: redujo a aquellos príncipes a convenir en cimentar su unión con dos enlaces, el de Eduardo, que se hallaba viudo a la sazón, con Margarita, hermana de Felipe, y el del príncipe de Gales, con Isabel, hija de aquel monarca¹⁷⁹⁷. Consintió también Felipe en devolver a los ingleses la Guyena, que no tenía, en efecto, ningún derecho para conservar, pero insistió en que los escoceses, y Baliol, su soberano, fuesen, como aliados suyos, comprendidos en aquel tratado, y se volviese la libertad a este príncipe cautivo. Al cabo de muchas contestaciones sobre este punto, terminóse su desavenencia con los mutuos sacrificios que se hicieron; Eduardo prometió abandonar a su aliado, el conde de Flandes, a condición de que Felipe haría lo mismo con su aliado el rey de Escocia; la expectativa de conquistar aquellos dos países, cuya situación hacía tan ventajosa su adquisición para uno y otro reino, prevaleció sobre toda otra consideración, y aunque al fin quedó burlada la esperanza de ambos monarcas, la conducta era consiguiente a los principios de una política interesada. Aquel fue el primer ensayo que hicieron los escoceses de la alianza francesa, y fue en todo conforme a lo que siempre debe esperar una potencia pequeña cuando se une ciegamente a la fortuna de otra mayor: aquel desventurado pueblo, empeñado entonces en una lucha gloriosa, pero desigual, por la defensa de su libertad, se vio totalmente abandonado por un aliado en quien fundaba su última esperanza, a merced de un imperioso conquistador.

Rebelión de Escocia

A pesar de que Inglaterra, lo mismo que los demás países de Europa, se hallaba, en su antiguo estado, muy mal dispuesta para hacer conquistas, y peor todavía para conservarlas, era Escocia tan inferior en fuerzas, y estaba tan mal situada para recibir auxilios de fuera, que no es extraño que un monarca ambicioso echase los ojos sobre una adquisición tan tentadora, que podía aumentar la seguridad y la extensión de su propio reino; pero los instrumentos de que se valió Eduardo para conservar su dominio sobre el reino septentrional no fueron felices, ni obraron con la prudencia y mesura que hubieran sido necesarias para hacer llevadero a Escocia el yugo que sufría con indecible repugnancia. Warena se retiró a Inglaterra, a donde le llamaba el cuidado de restablecer su quebrantada salud; dejó la administración enteramente a cargo de Omesby, nombrado justicia de Escocia, y de Cressingham que ocupaba el empleo de tesorero, con muy pocas tropas para proteger la precaria autoridad de aquellos ministros. El último no tenía otro pensamiento que el de allegar

¹⁷⁹⁶ Rymer, tomo II, pág. 817.

¹⁷⁹⁷ Id. pág. 823.

dineros a fuerza de rapiñas e injusticias; el primero se señalaba por el rigor de su condición, y uno y otro, tratando a los escoceses como a un pueblo conquistado, les hicieron conocer harto pronto la dura servidumbre en que habían caído. Cuando Eduardo exigió que todos los propietarios de tierras le prestasen juramento de fidelidad, todo el que rehusó o difirió aquella muestra de sumisión fue declarado fuera de la protección de las leyes, encarcelado y castigado sin compasión, de donde resultó que los más nobles y generosos pechos de la nación se ulceraron hasta el más alto punto contra el gobierno inglés¹⁷⁹⁸.

Vivía entonces Guillermo Wallace, hombre no muy rico, pero descendiente de una antigua casa, en la parte occidental de Escocia, a quien su valor impulsó a formar e hizo en fin capaz de llevar a cabo la desesperada empresa de libertar a su patria del dominio de los extranjeros. Aquel hombre, cuyas proezas merecen una justa admiración, pero que las tradiciones de sus compatriotas han exagerado mucho, provocado por la insolencia de un oficial inglés, le dio muerte, y expuesto por aquella aventura a los rigores de la administración, refugióse en los bosques, y se ofreció a capitanear a todos aquellos a quienes sus crímenes, su mala suerte o su odio declarado a los ingleses habían reducido a la misma vida errante y perseguida. Reunía Wallace a una prodigiosa fuerza física un alma heroica, el más noble desinterés y una increíble constancia para soportar el hambre, las fatigas y todos los rigores de la intemperie, con lo que pronto adquirió sobre aquellos desesperados fugitivos la autoridad a que tan acreedor le hacían sus virtudes. Empezando por ligeras tentativas, en que siempre fue feliz, fuese arriesgando por grados a más importantes empresas, y no señaló menos su prudencia en la buena dirección de su gente que su denuedo en hostigar sin tregua al enemigo. Su gran conocimiento del terreno le facilitaba, cuando se veía perseguido, retirarse a los pantanos, las selvas y las montañas, y reuniendo su gente, asomaba de improviso por otro punto, y sorprendía, derrotaba y pasaba a cuchillo a los ingleses desprevenidos. Por días la fama de las nuevas hazañas derramaba tanto júbilo entre sus compatriotas como terror entre sus enemigos; todo el que anhelaba gloria militar deseaba asociarse a la suya; su bizarría, siempre coronada por la victoria, parecía vengar a la nación escocesa de la ignominia de que se había cubierto con su vergonzosa sumisión a los ingleses, y aunque ninguna persona de cierta distinción osase todavía unirse al partido de Wallace, el nuevo caudillo había adquirido aquella confianza general y aquella universal adhesión que la nobleza de la sangre y las riquezas no pueden proporcionar por sí solas.

Después de haber con varias brillantes expediciones elevado el brío de la gente hasta el punto de imitar el suyo, resolvió Wallace dar al gobierno inglés un golpe decisivo, concertando con los suyos el proyecto de atacar a Ormesby en Scone, y castigar todas las violencias y toda la tiranía de que se había hecho culpable. Noticioso de aquel plan el justicia mayor, huyó precipitadamente a Inglaterra y todos los oficiales ingleses siguieron su ejemplo: este acto de cobardía reanimó el aliento de los escoceses, que en todas partes tomaron las armas: muchos de los principales barones, y entre otros Sir Guillermo Douglas¹⁷⁹⁹, protegieron abiertamente el partido de Wallace; Roberto Bruce le favoreció en secreto, y los escoceses, sacudiendo sus cadenas, se prepararon a defender, con un esfuerzo unánime, aquella libertad que tan inopinadamente acababan de arrancar de manos de sus opresores.

Empero Warena, habiendo reunido en el norte de Inglaterra un ejército de 40.000 hombres, se dispuso a restablecer su autoridad: procuró, con la rapidez de sus aprestos y de sus marchas, reparar su primera negligencia que había dado a los escoceses tiempo y medios de substraerse al dominio inglés, y entrando repentinamente en Annandale, alcanzó a los enemigos en Irvine antes de que sus fuerzas estuviesen enteramente reunidas y se hallasen en buen estado de defensa. Gran parte de la nobleza escocesa, amedrentada en vista de una posición tan crítica, se sometió a los ingleses, renovó su juramento de fidelidad, prometió entregar rehenes para seguridad de su futura conducta y recibió el perdón de su rebeldía¹⁸⁰⁰. Algunos magnates, que todavía no se habían declarado, como el gran

1798 Walsing, pág. 70.

1799 Walsing, pág. 70.

1800 Heming, tomo I. pág. 121, 122.

maestre de Escocia y el conde de Lenox, se unieron al ejército inglés, aunque con repugnancia, y aguardaron una ocasión favorable de sostener la causa de sus desgraciados compatriotas; pero el ascendiente de Wallace sobre sus tropas, más consolidado todavía con la ausencia de los grandes, le afianzó obstinadamente en perseverar en su generoso intento. Demasiado débil sin embargo para aventurar una batalla, marchó hacia el norte, con ánimo de dar largas a la guerra y sacar partido de la situación de aquel país árido y montuoso. Cuando avanzó Warena a Stirling, halló a Wallace acampado en Cambuskenneth, en la orilla opuesta del Forth, y aguijoneado continuamente el general inglés por el impaciente Cressingham, a quien animaba contra los escoceses un odio personal y juntamente nacional¹⁸⁰¹, se preparó a atacarlos en aquella posición que Wallace, tan prudente como valeroso, había elegido hábilmente para su ejército¹⁸⁰². A pesar de las representaciones de Sir Ricardo Lundy, descendiente de una ilustre casa escocesa, pero sinceramente adicto a Inglaterra, hizo Warena a sus tropas pasar el Forth por un puente; mas pronto se convenció, por una desastrosa experiencia, del mal partido que había tomado. Dejó Wallace pasar aquel puente a cierto número de ingleses, cayó sobre ellos antes de que se hubiesen formado totalmente, los derrotó, precipitó en el río a gran parte de ellos, que se ahogaron, acuchilló intrépidamente a los demás y alcanzó una completa victoria¹⁸⁰³: entre los muertos se encontró al mismo Cressingham, cuya memoria era tan odiosa a los escoceses, que desollaron su cadáver e hicieron cinchas y sillas de montar con su pellejo¹⁸⁰⁴. Warena, viendo consternado al resto de su ejército con aquel desastre, tuvo de nuevo que evacuar el reino y se volvió a Inglaterra: los castillos de Roxborough y de Berwick, mal fortificados y flacamente defendidos, cayeron poco después en poder de los escoceses.

Wallace, universalmente acatado como libertador de su patria, recibió, por unánime aclamación de sus tropas, el título de regente del reino durante la cautividad de Baliol; y como los furores de la guerra unidos al rigor de la estación habían causado un hambre en Escocia, alentó a su ejército a pasar a Inglaterra para subsistir a expensas del enemigo y vengarse tomando represalias. Los escoceses, a quienes nada parecía imposible bajo el mando de tan valiente caudillo, respondieron con entusiasmo a su proposición: Wallace cayó en el rigor del invierno sobre las provincias del norte, las entró a sangre y fuego, las taló sin obstáculo, penetró hasta el obispado de Durham, y se volvió a su patria cargado de botín y cubierto de gloria¹⁸⁰⁵. Los disturbios que la rebelde conducta del condestable y del mariscal ocasionaba en Inglaterra impidieron a este reino unir fuerzas suficientes para rechazar al enemigo y le hicieron sufrir aquel desastre y aquella afrenta.

Eduardo, que acababa de ajustar una tregua con Francia, recibió en Flandes la noticia de aquel suceso, y aceleró su regreso con la esperanza de que su valor y su actividad no sólo borrarían la ignominia de tan gran revés, mas lograrían recuperar la importante conquista de Escocia, que siempre había mirado como la acción más gloriosa de su reinado y la adquisición más útil para el reino. Acalló los murmullos de su pueblo con concesiones y promesas, volvió a los vecinos de Londres el derecho de elegir sus magistrados, derecho de que se los había privado en los últimos años del reinado de su padre, mandó formar una cuenta puntual de la cantidad de trigo y otros géneros arrebatados violentamente a los propietarios antes de su partida, como si hubiera querido abonarles su valor¹⁸⁰⁶, y afectando en público estar resuelto a confirmar y observar las cartas, volvió a captarse la confianza de la nobleza descontenta. Luego que hubo conseguido, con esta hábil conducta, hacerse enteramente dueño de la voluntad de sus vasallos, puso en pie todas las fuerzas militares de Inglaterra, de Gales y de Irlanda y marchó al frente de un ejército de sobre 100.000 hombres hacia las fronteras septentrionales.

1801 Heming, tomo I, pág. 127.

1802 11 de septiembre, 1297.

1803 Walsing, pág. 73.

1804 Heming, tomo I, pág. 130.

1805 Id. pág. 131, 133.

1806 Rymer, tomo II, pág. 813.

Sólo la más estrecha unión podía poner a los escoceses en estado de resistir una sola campaña a una invasión tan formidable; pero como se hallaban privados de su rey, a quién, aun cuando estaba en medio de ellos, despreciaban altamente, y que no les había dejado ningún motivo de amor a él o su familia, las facciones, las desconfianzas, las animosidades inevitables en tales casos se suscitaron entre los grandes, y rompieron la buena armonía de todo punto necesaria a sus deliberaciones. La elevación de Wallace, aunque debida a un mérito tan superior y a tan incontestables servicios, fue objeto de la envidia de la alta nobleza, que se irritó de verse subordinada a un mero hidalgo, y más aun de la gloria y de la fama que se había adquirido: el mismo Wallace, noticioso de la envidia que inspiraba, y temiendo que aquellas discordias intestinas acarreasen la ruina de su patria, renunció voluntariamente la regencia, y sólo conservó el mando del cuerpo de tropas que, acostumbrado a la victoria bajo sus banderas, se negó a servir bajo otro general. La principal autoridad cayó en manos del gran maestre de Escocia y de Cummin de Badenock, personas de ilustre cuna, a quienes los grandes *chieftains* consentían más gustosos en obedecer. Reunieron sus fuerzas aquellos dos generales, fijaron su campamento en Falkirk, y se propusieron aguardar allí a que los atacasen los ingleses. Wallace mandaba un tercer cuerpo: colocáronse los piqueros en el frente del ejército, y temiendo la superioridad de la caballería inglesa se procuró fortificar el campamento con empalizadas sujetas con cuerdas, se llenaron de arqueros los intervalos entre las tres divisiones¹⁸⁰⁷, y en este orden se prepararon los escoceses a la embestida del enemigo.

Batalla de Falkirk

Cuando llegó Eduardo a la vista de los escoceses, el 22 de julio (1298) consideró con júbilo aquella cercana ocasión que se le ofrecía de terminar de una vez la guerra; dividió también su ejército en tres cuerpos, y le condujo al ataque. Los arqueros ingleses, que empezaban entonces a sobrepasar a los de las demás naciones, arrollaron al principio de la acción a los arqueros escoceses, hicieron llover en seguida sus dardos sobre los piqueros embarazados en sus trincheras, los pusieron en desorden, e hicieron más impetuoso y seguro el choque de los piqueros ingleses y de la caballería. El ejército escocés fue enteramente roto y arrojado del campo de batalla, sufriendo una espantosa carnicería, que los historiadores, más guiados por las abultadas relaciones del vulgo que por la verosimilitud de las cosas, evalúan en la pérdida de 50 a 60.000 hombres¹⁸⁰⁸: lo que no admite duda es que jamás experimentaron los escoceses otra tan grande y que más amagase a su nación con una inevitable ruina.

En medio de aquella derrota general, logró Wallace a fuerza de serenidad y firmeza contener a sus tropas, de modo que se retiró en buen orden detrás del Carron, y marchó sin ser molestado por las orillas de aquel riachuelo que le protegía del alcance del enemigo. El joven Bruce, que ya había dado pruebas de su genio emprendedor, pero que hasta entonces había militado al servicio de los ingleses, asomó por la orilla opuesta, distinguió al general escocés, tanto por la majestad de su continente como por la intrépida actividad de su conducta, le llamó y le pidió conferenciar con él un momento: hízole presentes los peligros y la inutilidad de la empresa en que se había empeñado; procuró persuadirle que doblégase en fin su inflexible esfuerzo bajo el ascendiente de una fortuna y de una potencia superiores; insistió sobre la desigualdad de la lucha entre un estado débil, huérfano de su rey, desgarrado por discordias intestinas, y una nación poderosa, regida por el monarca más hábil y guerrero de su siglo, y provisto de todos los recursos posibles, ya para dar largas a la guerra, ya para llevarla adelante con vigor: añadió que si el patriotismo era el único motivo de la perseverancia de Wallace, sólo conseguiría con ella prolongar los males de su nación; que, si le llevaba la mira de su engrandecimiento particular, si la ambición era su móvil, debía considerar que, aun cuando Eduardo retirase su ejército, la experiencia de lo pasado probaba suficientemente que

1807 Walsing, pág. 75.

1808 Walsing, pág. 76. Mat. West. pág. 431, dice 40.000.

tantos grandes señores, ufanos con su alta stirpe, jamás se someterían al mérito personal, y que lejos de admirar su superioridad, la miraban como injuriosa para ellos.

Respondió Wallace a aquellas exhortaciones que, si hasta entonces había obrado sólo como defensor de su país natal era únicamente porque ningún segundo competidor, o lo que todavía hubiera preferido, ningún jefe había querido alzarse con aquel honroso título; que toda la alta nobleza debía sonrojarse de ello, y particularmente el mismo Bruce, que reuniendo el mérito personal al lustre de un gran nombre, había abandonado un puesto glorioso al que le llamaban imperiosamente la naturaleza y la fortuna; que, al mando de semejante caudillo, los escoceses, unidos y obrando de común acuerdo, hubieran arrojado las principales dificultades que a la sazón hallaban invencibles; pero que, a pesar de sus pérdidas, todavía podían esperar resistirse al poderío y a la habilidad de Eduardo; que el mismo cielo no ofrecería jamás a la virtud o a la ambición un premio más digno de excitarlas que reuniendo en un solo objeto, como hacía entonces, la adquisición de una corona y el honor de salvar a la patria de una ignominiosa servidumbre; que los intereses de su país, semejantes a los de un valiente, no pudiendo hallarse nunca en el sacrificio de la libertad, estaba resuelto a prolongar cuanto posible fuese, no sus males, sino su independencia, y que deseaba que su vida y la existencia de la nación terminasen juntas, cuando no hubiera más medio de conservarlas que recibir cadenas de un insolente vencedor. Tan heroicos sentimientos, aunque expresados por un enemigo armado, hablaron al alma generosa de Bruce, y aquel magnánimo ardor cundió del pecho de un héroe al de otro: Bruce se arrepintió de sus empeños con Eduardo, abrió los ojos a la honrosa perspectiva que acababa de descubrirle Wallace, y resolvió interiormente aprovechar la primera ocasión favorable que se le presentase para abrazar la causa de su patria oprimida, por más desesperada que estuviese¹⁸⁰⁹.

Sumisión de Escocia, nuevo levantamiento de este reino, y nueva sumisión

A pesar de aquella gran victoria de Eduardo, no estaba enteramente consumada la sumisión de Escocia. Después de haber reducido todas las provincias meridionales, el ejército inglés tuvo que retirarse por falta de mantenimientos (1299), y dejar a las provincias del norte en manos de los naturales del país. Los escoceses, tan furiosos con su última derrota como enojados con sus pasados triunfos, se obstinaban en disputar su libertad, pero hartos convencidos de la inferioridad de sus fuerzas, entablaron negociaciones con las cortes extranjeras para ver de proporcionarse socorros. Desechó Felipe las solicitudes de los embajadores escoceses, pero en la corte de Roma fueron más felices: Bonifacio, contentísimo de tener aquella ocasión de ejercer su autoridad, escribió a Eduardo exhortándole a que cesase de oprimir a Escocia (1300), y expuso circunstanciadamente todas las pruebas, tales cuales sin duda se las habían alegado los escoceses, de la antigua independencia de aquel reino¹⁸¹⁰, y entre otras la ya anteriormente citada, del tratado que el mismo Eduardo había ajustado para el casamiento de su hijo con la heredera de Escocia, tratado absurdo si aquel monarca hubiera sido en efecto señor superior del reino, y hubiera tenido, en virtud de la ley feudal, el derecho de casar a su pupila. Recordaba además el santo padre otros muchos hechos terminantes, todos sabidos por Eduardo, particularmente el del homenaje de Alejandro, cuando este príncipe declaró paladina y expresamente que juraba fidelidad, no por su corona, sino por las tierras que tenía en vasallaje de Inglaterra. La carta del papa hubiera podido pasar por muy razonable, si no hubiera hecho mención su santidad de su propio derecho de señorío feudal sobre Escocia, derecho de que jamás se había oído hablar, y que con tono de absoluta confianza establecía como pleno, cabal y fundado en la más remota antigüedad. El estilo afirmativo le había servido mucho, igualmente que a sus predecesores, en los altercados espirituales, pero hasta entonces jamás

1809 Todos los escritores escoceses refieren esta anécdota, pero Trivet y Hemingford, autores de suma autoridad, concuerdan en decir que Bruce no estaba entonces en el ejército de Eduardo.

1810 Rymer, tomo II, pág. 844.

se había abusado de él con tanto descaro en ninguna cuestión civil.

1301. La respuesta de Eduardo a Bonifacio contiene particularidades tan singulares como notables¹⁸¹¹. En ella prueba aquel príncipe la superioridad de Inglaterra con hechos históricos desde los tiempos de Bruto el Troyano, quien es fama que fundó el primero la monarquía inglesa en tiempo de Elías y de Samuel; apoya esta aserción en todos los sucesos que ocurrieron en aquella isla antes de la llegada de los romanos, y después de haber ponderado pomposamente la extensión de dominio y las heroicas victorias del rey Arturo, se digna en fin descender al siglo de Eduardo el antiguo, y data su derecho a la superioridad, del discurso de aquel príncipe a los estados de Escocia; asegura como un hecho «notorio y confirmado por los anales de la antigüedad», que los monarcas ingleses confirieron muchas veces el reino de Escocia a sus propios vasallos, destronado a aquellos reyes vasallos, cuando estaban quejosos de su deslealtad, y dispuesto de su corona para otros; hace fastuoso alarde del homenaje, sin restricción, que rindió Guillermo a Enrique II, pero no habla ni de la supresión formal de aquel auto arrancado con violencia, ni de la renuncia que hizo Ricardo a toda reclamación semejante para lo sucesivo. Eduardo empieza su respuesta tomando por testigo al Ser supremo, que sondea los corazones, de la íntima persuasión en que está de la equidad de su demanda; y ciento cuatro barones, reunidos en el parlamento de Lincoln, le apoyaron, certificando al papa en un escrito sellado con el sello de sus armas, la validez de aquellas pretensiones¹⁸¹²; sin embargo tomaron al mismo tiempo la precaución de advertir a Bonifacio que, aunque sustanciaban aquel negocio delante de él, no le consideraban como su juez; que la corona de Inglaterra era libre y soberana; que habían jurado sustentar sus prerrogativas y que no permitirían que el mismo rey, aun cuando tal fuese su intención, abandonase su independencia.

1302. Este olvido casi total de la justicia y de la verdad que se ve en las transacciones entre los estados, es un mal universal e inveterado, y una de las más copiosas fuentes de las calamidades del linaje humano: aun es dudoso si, en muchas ocasiones, los príncipes que de esa suerte han sacrificado su integridad a su política, no han experimentado al fin que entendieron mal sus verdaderos intereses. Como pocos monarcas han tenido, para violar los principios de la equidad, objetos de tentación tan seductores como los de Eduardo en sus discusiones con Escocia, pocos también las han violado con menos escrúpulo y miramientos que él. Sin embargo hasta entonces sus progresos habían sido precarios y poco importantes-, y apenas los escoceses tomaron las armas con brío y se endurecieron a las fatigas de la guerra, empezaron a parecer formidables aun a aquel príncipe ambicioso y guerrero. Eligieron por su regente a Juan Cummin, y poco contentos con conservar a viva fuerza su independencia en las provincias septentrionales, hicieron incursiones en las del mediodía, que Eduardo creía haber subyugado enteramente. Juan de Segrave, a quien había dejado mandando en Escocia, marchó contra ellos al frente de un ejército, se acampó cerca de Edimburgo, en Roslin (24 de febrero 1303), dividió su gente en tres cuerpos, y los envió a proveerse de forrajes y vituallas en las cercanías. El regente y sir Simón Fraser sorprendieron a uno de aquellos destacamentos, cargaron sobre él, le rompieron en un momento y le pasaron casi todo a cuchillo; los pocos que escaparon se replegaron en su fuga sobre la segunda división y le anunciaron que se acercaba el enemigo. Volaron los soldados a sus banderas y marcharon sin demora para vengar el desastre de los suyos; los escoceses, ufanos con el triunfo que acababan de alcanzar, cayeron impetuosamente sobre ellos; los ingleses, animados por la sed de venganza, los recibieron con el más firme denuedo: pero al cabo la victoria, largo tiempo indecisa, se declaró por los escoceses, que rompieron aquella segunda división, y la hicieron replegarse sobre la tercera que acudía a paso redoblado para sostenerla. Gran número de escoceses habían quedado tendidos en el campo en los dos primeros encuentros; la mayor parte estaban heridos, y todos en extremo cansados de un combate tan largo, pero embriagados no obstante con sus victorias, e inflamados de nuevo entusiasmo, rehacen sus filas, arman con los despojos mismos de los enemigos muertos a todas las gentes del séquito del campamento, y caen con furioso brío sobre los ingleses consternados. Aquel

1811 Id. pág. 863.

1812 Id. pág. 873.

instante decidió la suerte de la jornada, cuyo honor no hubieran disputado mucho tiempo los escoceses si hubieran hallado una resistencia más tenaz: los ingleses huyeron del campo de batalla habiendo perdido tres batallas en solo un día¹⁸¹³. La fama de aquellas insignes proezas, sostenida por las favorables disposiciones del pueblo, hizo en breve al regente dueño de todas las fortalezas de las provincias meridionales y redujo a Eduardo a emprender de nuevo la conquista del reino.

Preparóse con efecto aquel príncipe con su vigor y habilidad habituales; equipó una escuadra considerable, reunió un numeroso ejército y se presentó en las fronteras de Escocia con fuerza a cuyo choque no podía esperar el enemigo resistirse en campo raso. La escuadra inglesa seguía al ejército costearlo, y le aseguraba mantenimientos, mientras que la vigilancia del rey le ponía a cubierto de toda sorpresa. Merced a tan prudente disposición, marchó victoriosamente de un confín al otro del reino, taló el país llano, se apoderó de todas las fortalezas¹⁸¹⁴, recibió las sumisiones de toda la nobleza, y aun la del regente Cummin: el castillo de Brechin, defendido por Sir Tomás Maule, fue el que opuso una resistencia más obstinada: aquella plaza no abrió sus puertas hasta después de haber perdido a su valiente gobernador, cuya muerte desalentó a la guarnición, y la obligó a sufrir la suerte de lo restante de Escocia. Aunque Wallace siguió al ejército inglés en su marcha, halló pocas ocasiones de señalar aquel heroico valor que tan terrible le había hecho otras veces al enemigo.

1304. Eduardo, terminada su conquista, que le ocupó cerca de dos años, empezó una obra más difícil, la de pacificar el país, establecer una nueva forma de gobierno y hacer duradera aquella adquisición para la corona de Inglaterra. Parece que trató con el mayor rigor a los naturales del país; anuló todas las leyes y prácticas escocesas¹⁸¹⁵, procuró sustituirles las leyes inglesas, arrasó o destruyó los varios monumentos que quedaban de los tiempos antiguos; todos los documentos, todas las historias que se salvaron de sus primeras pesquisas, fueron entonces quemados o dispersados, y se empeñó en fin con excesiva precipitación en abolir el nombre escocés para fundir enteramente aquel pueblo en el de Inglaterra.

1305. Miraba sin embargo aquel príncipe como poco segura su conquista predilecta mientras viviese Wallace, y guiado por la venganza y la política, puso todo su conato en descubrir su retiro y apoderarse de su persona, hasta que al cabo aquel intrépido guerrero que, en medio de la esclavitud de su patria, se obstinaba por conservar su libertad, fue vendido por Sir Juan Monteith, su amigo, a quien había noticiado el lugar en que estaba escondido, y entregado en manos de Eduardo. Éste, a quien su propio valor y magnanimidad hubieran movido en otra ocasión a respetar las mismas virtudes en un enemigo, irritado de algunas violencias que había cometido Wallace durante los furores de la guerra, resolvió intimidar a los escoceses con un grande ejemplo de severidad, y mandó que aquel valiente fuese llevado a Londres cubierto de cadenas (23 de agosto), juzgado como traidor y rebelde, aunque nunca se había sometido ni había jurado fidelidad a Inglaterra, y ajusticiado en Tower-Hill. ¡Tal fue la indigna suerte de un héroe que, en el transcurso de muchos años, había defendido la libertad de su patria con la bizarría, la prudencia y la constancia más gloriosas contra el enemigo público, contra el tirano opresor que pugnaba por subyugarla!

Roberto Bruce

Pero la bárbara política de Eduardo no logró su objeto; los escoceses, descontentos ya de las innovaciones que hacía a mano armada un conquistador en sus leyes y gobierno, se indignaron todavía más al ver el injusto y cruel trato que acababa de recibir Wallace. Apagada con su sangre la envidia de que había sido objeto en vida, mirósele universalmente como el héroe de Escocia y el protector de su agonizante independencia; el pueblo, enfurecido, pareció dispuesto a rebelarse

1813 Heming, tomo I, pág. 197.

1814 Id. pág. 205.

1815 Ryley, pag. 506.

contra los ingleses, y pronto se presentó un caudillo más afortunado que lo condujo a la libertad, a la gloria y a la venganza.

Roberto Bruce, nieto de aquel otro Roberto, uno de los competidores a la corona de Escocia, había sucedido a las pretensiones de su abuelo y de su padre; y la muerte de Juan Baliol, que ocurrió en Francia hacia la misma época, unida a la cautividad de Eduardo, hijo único de aquel príncipe, parecía abrir una brillante carrera a la ambición y al carácter emprendedor de aquel joven magnate. Había visto que, cuando el derecho al trono se había extinguido con los varones de la antigua casa real, los escoceses se habían dividido en dos bandos casi iguales en favor de las casas de Bruce y de Baliol, y que todos los sucesos ocurridos después no habían servido más que para desprenderlos de la segunda. Juan, imposibilitado por su natural ineptitud de protegerlos contra sus enemigos, había cedido cobardemente su corona al vencedor, y reiterado aquella cesión después de haber recobrado su libertad, de modo que no sólo parecía voluntaria, mas contenía también expresiones muy injuriosas para sus antiguos vasallos, a quienes calificaba, en aquel documento de traidores, malvados y rebeldes con quienes, decía, no quería conservar relación ninguna¹⁸¹⁶. En efecto, durante todo el tiempo que duró su destierro, había sido fiel a aquella resolución, y su hijo, prisionero, no parecía hallarse en situación de hacer revivir unos derechos formalmente abandonados por su familia. Esperó pues, Bruce que los escoceses, expuestos por tanto tiempo a la servidumbre por falta de un jefe que supiese libertarlos de ella, volarían unánimes bajo sus estandartes y le colocarían en un trono vacante al que tenía tan especiosas pretensiones. Su ardiente imaginación, estimulada por el fuego de la juventud y por su impetuoso valor, sólo le representó la gloria de aquella empresa, o no le hizo considerar sus dificultades más que como el origen de una gloria más brillante. La opresión y los males de que había visto abrumados a sus compatriotas durante una lucha desigual, las derrotas y los varios desastres que habían experimentado, fueron para él motivos determinantes para socorrerlos y ponerlos a su vez en ocasión de humillar a sus insolentes vencedores. Refieren con mucha variedad los historiadores las circunstancias del primer paso que dio Bruce a aquel efecto, pero creemos deber seguir la relación de los cronistas escoceses, no porque su autoridad tenga en general tanto peso como la de los ingleses, sino porque es preciso suponerlos a veces mejor instruidos de los hechos que tan de cerca interesan a su nación.

1306. Después de haber abrigado mucho tiempo en su pecho el proyecto de libertar a su patria de la esclavitud, aventuróse en fin Bruce a franquearse con Juan Cummin, poderoso magnate con quien estaba íntimamente amistado. Hallóle, como esperaba, animado de los mismos sentimientos que él, y no necesitó emplear ninguna retórica para persuadirle que se sustrajese, apenas se le presentase la ocasión, al dominio que había usurpado Inglaterra sobre su nación; pero cuando Bruce, que seguía a Eduardo a Londres, salió de Escocia, Cummin, ya fuera que hubiese disimulado con él, ya que en su ausencia hubiese reflexionado más fríamente sobre el peligro de una empresa tan atrevida, resolvió expiar la culpa que había cometido consintiendo en aquella conspiración, revelándosela al rey de Inglaterra. No mandó este prender inmediatamente a Bruce, porque meditaba asegurarse al mismo tiempo de sus tres hermanos que residían en Escocia, y se contentó con rodearle de espías y hacer observar cuidadosamente todos sus pasos. Un señor de la corte, íntimo amigo de Bruce, noticioso del peligro que corría, pero no atreviéndose, en medio de tantos ojos abiertos sobre él, a hablarle en secreto, discurrió un expediente para avisarle que se pusiese en salvo, que fue enviarle con un criado un par de espuelas doradas y un bolsillo lleno de oro como si se los volviera después de habérselos pedido prestados, dejando a la sagacidad de su amigo el cuidado de penetrar el misterio de aquel don. Pensó al instante Bruce en escaparse, y como el suelo estaba entonces cubierto de nieve, es fama que tuvo la precaución de hacer clavar las herraduras de sus caballos en el sentido contrario al en que se ponen habitualmente para engañar a los que quisiesen seguir sus huellas por los campos, llegó al cabo de pocos días a Dumfries, en Annandale, donde tenía su familia la mejor parte de sus bienes, y halló felizmente reunidos gran número de caballeros escoceses, y entre otros a Cummin, su primer asociado.

1816 Hist. de Brady, tomo II, Apend. n.º 27.

Asombrados quedaron aquellos caballeros de la llegada de Bruce (10 de febrero), y más aun cuando les declaró el objeto de su viaje. Aseguróles que iba a vivir o a morir con ellos por la salvación de su patria; que esperaba con su auxilio restaurar el nombre escocés y lavar el baldón con que lo habían manchado hacía tanto tiempo los ultrajes de sus imperiosos tiranos; que el sacrificio que se había hecho de los derechos de su casa era la primera injuria que había preparado la servidumbre en que había caído la nación; que recobrándolos, cosa a que estaba firmemente resuelto, abría a sus compatriotas la dulce perspectiva de recobrar también su independencia hereditaria, que un injusto usurpador les había arrebatado; que todos sus pasados desastres eran obra de su desunión; que pronto serían tan terribles como antiguamente a sus enemigos, si querían en fin seguir en los combates a su legítimo príncipe, que no veía ningún medio entre la muerte y la victoria; que sus montañas y su valor, que habían salvado su libertad de todos los esfuerzos del imperio romano por espacio de tantos siglos, bastarían aun, si querían imitar a sus generosos antepasados, para resistir con fortuna al tirano inglés; que, si era deshonoroso para hombres en posesión de la más antigua independencia que se conocía en Europa, someterse a señores extranjeros, era fatal recibir con este título a los que estaban irritados por una larga resistencia, inflamados por el odio nacional, y que jamás creerían asegurada su usurpación sino exterminando a toda la antigua nobleza y aun a todos los antiguos pobladores del país; que más conveniente les era a los escoceses, reducidos a aquel último trance, perecer todos juntos como valientes, con las armas en la mano, que temer mucho tiempo y experimentar en fin la suerte del desventurado Wallace, cuyas virtudes, valor y patriotismo habían recibido su recompensa de manos de un verdugo inglés.

El fuego con que pronunció Bruce aquel discurso, los magnánimos sentimientos que contenía y lo inesperado de aquella enérgica declaración, sostenida con la lozanía de su juventud y su firme continente, hicieron una profunda impresión en el alma de sus oyentes y reanimaron la llama de la indignación y de la venganza que devoraba sus pechos. Todos los nobles escoceses manifestaron unánimemente su resolución de hacer los últimos esfuerzos por libertar a su patria, sostener el valor de Bruce, y consolidar sus propios derechos y los de él contra sus comunes opresores; sólo Cummin, que había concertado secretamente sus medidas con el rey, se opuso a aquella resolución general, hizo presente cuan formidables eran las fuerzas de Inglaterra, dirigidas por un príncipe dotado de un vigor y de un talento extraordinario, y procuró intimidar a los que le escuchaban con la imagen de su perdición segura si violaban de nuevo el juramento de fidelidad y obediencia que habían hecho a Eduardo victorioso¹⁸¹⁷. Bruce, noticioso ya de su perfidia, previendo que la oposición de un magnate tan poderoso haría malograrse el plan que acababan de combinar su amor a la gloria y su ambición, tomó de repente un partido decisivo; arrebatado por su resentimiento, y guiado por la política, siguió a Cummin cuando se separó la asamblea, le atacó en los claustros de los *Gray Friars* (hermanos Grises), por donde pasaba, le atravesó de parte a parte con su espada y le dejó allí por muerto. Sir Tomás Kirkpatric, amigo de Bruce, le preguntó un momento después «Si había muerto el traidor.» «Créolo así», respondió Bruce. «¿Y es ocasión ésta, exclamó Kirkpatric, para contentarse con una mera conjetura? Voy a asegurarme de él»; y esto diciendo, desenvainó su daga, se llegó a Cummin y le traspasó el corazón. Aquella acción de Bruce y de sus parciales que nuestras costumbres actuales reprueban con justicia, se consideró entonces como la obra de un esfuerzo varonil y de una sana política. La casa de Kirkpatric tomó y usó siempre por empresa en el escudo de sus armas una mano armada con un puñal ensangrentado con este mote: *I will secure him* (voy a asegurarme de él), expresión de que se había servido como queda dicho, al consumir aquel asesinato.

Tercera rebelión de Escocia y muerte del rey

La muerte de Cummin fue la señal de la conspiración de los nobles de Escocia, a quienes no

1817 Mat. West., pág. 453.

quedaba más recurso que sacudir el yugo de Inglaterra o perecer en aquella tentativa. Despertóse repentinamente el espíritu nacional: Bruce, volando a todas partes, excitó a sus partidarios a tomar las armas, atacó con buena suerte a varios cuerpos dispersos de tropas inglesas, se apoderó de varios castillos, se hizo reconocer por rey de la mayor parte del reino, y fue coronado y ungido solemnemente en la abadía de Scone por el obispo de San Andrés, que había abrazado con celo su causa. De nuevo fueron los ingleses expulsados de Escocia, excepto los que se encerraron en las fortalezas de que eran todavía dueños, y Eduardo se halló con que después de haber subyugado dos veces y derrotado muchas a los escoceses, tenía que volver a emprender de nuevo su conquista. Poco desconcertado por aquellos imprevistos contratiempos, envió a Escocia a Aymer de Valence con fuerzas considerables para atajar los progresos de los rebeldes, y con efecto aquel general cayó de improviso sobre Bruce en Methven, en el Perthshire, desbandó su ejército y acabó por derrotarle completamente¹⁸¹⁸. Bruce peleó con un valor heroico; tres veces le mataron los caballos que montaba, tres veces logró desasirse de entre sus enemigos, pero al cabo tuvo que ceder a la fortuna y que retirarse con un puñado de gente a las islas occidentales. Eduardo mandó ajusticiar por traidores y rebeldes¹⁸¹⁹ al conde de Athole, a Sir Simón Fraser y a Sir Cristóbal Seton (1307), que habían caído prisioneros, y no satisfecho con aquellos actos de rigor, antes bien jurando tomar una implacable venganza de toda la nación escocesa, cuyo odio a su gobierno le parecía incurable, reunió un numeroso ejército, se preparó a pasar las fronteras, seguro del triunfo de sus armas y determinado a sacrificar a su cólera a los escoceses consternados, cuando cayó repentinamente enfermo y murió cerca de Carlisle. Al exhalar el postrer suspiro, el día 7 de julio, recomendó a su hijo y sucesor que llevase adelante su empresa y no dejase nunca respirar a Escocia hasta haberla subyugado definitivamente. Espiró a los sesenta y nueve años de edad y treinta y cinco de su reinado, aborrecido de sus vecinos, pero muy respetado y querido de sus vasallos.

Su carácter

Las empresas que llevó a cabo y los proyectos que concibió y dejó casi ejecutados, estuvieron mejor combinados, fueron más hábilmente dirigidos y reportaron más verdadera utilidad a su reino que cuanto habían hecho sus predecesores a hicieron sus sucesores. Volvió a la autoridad del gobierno el vigor que debía tener y que había relajado la debilidad de su padre; sostuvo las leyes contra todos los esfuerzos de los barones facciosos, reunió totalmente a su corona el principado de Gales y tomó las más acertadas precauciones y las medidas más sensatas para reducir a Escocia al mismo punto. Aunque la equidad de esta última empresa pueda con razón parecer dudosa, las circunstancias en que se hallaban los dos reinos prometían un triunfo tan seguro, había una ventaja común tan evidente en unir la isla entera bajo el dominio de un solo príncipe, que los que consideran la razón de estado como la regla principal que deben consultar los reyes, no juzgarán con gran rigor aquella parte de su conducta; empero cualesquiera cargos que se hagan a su integridad, siempre será Eduardo el dechado de un monarca político y guerrero. Tenía destreza, penetración, valor, vigilancia y osadía; era económico en todos los objetos de dispendio inútil; sabía abrir los tesoros públicos en las ocasiones oportunas; castigaba a los criminales con severidad; trataba con afabilidad y dulzura a los criados de su casa y a sus cortesanos. Tenía una presencia majestuosa, era diestro en todos los ejercicios corporales y bastante bien proporcionado, a excepción de las piernas, que eran muy largas y delgadas: pero era en suma, tan propio para cautivar la voluntad del pueblo con sus dotes exteriores como la aprobación de las personas sesudas con las dotes más preciosas de su alma.

1818 Walsing, pág. 91.

1819 Heming, tomo I, pág. 223.

Varios sucesos de su reinado

La principal ventaja que reportó el pueblo inglés y continua reportando todavía del reinado de aquel gran príncipe, fue la corrección, la extensión, la reforma y el establecimiento de las leyes que Eduardo mantuvo vigentes y dejó muy perfeccionadas a la posteridad; porque las obras de los buenos legisladores subsisten ordinariamente, al paso que las adquisiciones de los conquistadores perecen casi siempre con ellos. Aquel trabajo granjeó con justicia a Eduardo el sobrenombre de Justiniano inglés. No sólo giran los numerosos estatutos que se hicieron bajo su reinado sobre los principales puntos de la jurisprudencia, y según el dictamen de Sir Eduardo Coke¹⁸²⁰, merecen el nombre de establecimientos, en cuanto han llegado a ser leyes más constantes y duraderas que ninguna de las que se han hecho después, mas el orden regular de su administración dio ocasión de aclarar y rectificar el derecho común, enseñó a los jueces un método más seguro de fundar sus juicios y a los abogados a ser más puntuales y explícitos en sus alegatos. Sir Mateo Hale ha observado la súbita mejora de las leyes de Inglaterra durante aquel reinado, y asegura que hasta su tiempo no se había hecho en ellas ninguna adición importante¹⁸²¹. Eduardo fijó la jurisdicción de los diferentes tribunales, y estableció oficio de juez de paz; se abstuvo del abuso harto común hasta su tiempo de interrumpir la ejecución de la justicia con cédulas del consejo privado¹⁸²²; reprimió los robos y los desórdenes¹⁸²³; fomentó el comercio proporcionando a los tratantes facilidades para hacerse pagar lo que se les debía¹⁸²⁴, y dio en fin nuevo aspecto a los negocios con el vigor y la prudencia de su gobierno, pero no bien empezaron las leyes a establecer sólidamente su imperio, cuando se empezó también a observar el abuso que se hizo de aquel precioso beneficio. En vez de las antiguas asociaciones que se formaban para cometer desafueros y robar en todas partes impunemente, hubo otras nuevas para sostenerse recíprocamente en los pleitos, y hubo que remediar este escándalo con una disposición formal del parlamento¹⁸²⁵.

Efectuóse bajo aquel reinado una mudanza considerable en la ejecución de las leyes; el rey abolió el cargo de justicia mayor, que tenía a su parecer demasiada autoridad, y que miraba como temible para la misma corona¹⁸²⁶; acabó de dividir el tribunal del tesoro (*exchequer*) en cuatro juzgados diferentes que entendían cada cual en los asuntos de su atribución, sin depender de ningún magistrado; y como los abogados, a favor de sus habituales artimañas, inventaron un modo de llevar los pleitos de un juzgado a otro, estos llegaron a ser rivales entre sí, y se sirvieron mutuamente de freno, lo que tendió mucho a perfeccionar la práctica de la ley en Inglaterra.

Pero aunque parece indudable que Eduardo fue durante todo su reinado amigo de las leyes y de la justicia, no puede decirse que fuese enemigo del poder arbitrario, del que perpetró no pocos actos que hubieran ocasionado murmullos bajo un gobierno más regular y legal que lo era entonces el de Inglaterra, y que, aun en su tiempo, produjeron a veces un descontento general. Los abusos de su autoridad como el despojar a los judíos de sus bienes y desterrarlos, poner a todo el clero fuera de la protección de las leyes, embargar todas las lanas y todos los cueros del reino, imponer tallas mucho más considerables sobre la primera de estas mercancías, erigir la nueva e ilegal comisión del *Trail-Baston*, robar todo el dinero y vajilla de plata de los monasterios y de las iglesias, aun antes de sus desavenencias con el clero, sujetar a todo hombre poseedor de veinte libras esterlinas de renta al servicio militar, sin que le obligase a ello su enfiteusis; la visible repugnancia que mostró siempre a

1820 Instituto, pág. 156.

1821 Hist. de la ley inglesa, pág. 158, 163.

1822 Articulo supercart., cap. 6. Eduardo hizo una ley sobre este punto, pero es muy dudoso que la observase nunca: estamos seguros de que pocos sucesores suyos la observaron. La multitud de aquellas cédulas de protección fue un motivo de quejas para los comunes, el tercer año del reinado de Eduardo II. Véase Ryley, pág. 525. El estatuto de Northampton, decretado en el segundo año del reinado de Eduardo III declaró ilegal esta práctica, pero continuó, como otros muchos abusos, y hasta se hallan ejemplos de ella en el reinado de Isabel.

1823 Estatuto de Winton.

1824 Estatuto de Acton Burnel.

1825 Estatuto de los conspiradores.

1826 Spel. Gloss. in verbo Justiciarius.

confirmar la gran Carta, como si la ratificación de sus predecesores no le hubiera dado ya un carácter de validez; la cláusula capciosa que insertó en su confirmación; las dispensas del juramento de observar aquella Carta que obtuvo luego del papa; las contribuciones arbitrarias que decretó, aun posteriormente al estatuto, o mas bien a la carta en virtud de la cual renunciaba a aquella prerrogativa, son otras tantas pruebas de su carácter absoluto, y manifiestan hasta qué punto debemos andar cautos en encarecer su amor a la justicia. Cuidó, es verdad, de que sus vasallos se la hiciesen unos a otros, pero quiso conservarse siempre las manos libres en todos sustratos, ya con ellos, ya con sus vecinos.

Antes del reinado de Eduardo, el principal tropiezo al libre curso de la justicia estribaba en el excesivo poder de los grandes barones; pero como el carácter y la habilidad de aquel monarca eran perfectamente adecuados a las circunstancias, tuvo a raya a aquellos tiranuelos y supo reprimir la licencia de su conducta, lo que fue el grande objeto de su atención y de sus conatos. Sin embargo, se dejó persuadir imprudentemente a otorgarles una merced que no podía menos de extender y consolidar su peligrosa autoridad, cual fue expedir un estatuto por el cual se les permitió vincular sus tierras, lo que necesariamente tendía a conservar las propiedades enteras en las grandes casas, y les dejaba todos los medios de aumentarlas y adquirir otras nuevas¹⁸²⁷.

Diferente sistema siguió con respecto a la Iglesia, y parece que él fue el primer príncipe cristiano que expidió un estatuto de manos muertas, e impidió al clero, en virtud de una ley positiva, hacer nuevas adquisiciones de tierras que los cánones eclesiásticos le prohibían enajenar. Esta diferencia establecida entre la nobleza y los eclesiásticos, nos mueve a conjeturar que sólo por casualidad expidió Eduardo el estatuto de manos muertas, y que su único objeto era conservar el número de los feudos de caballero, y preservar a los señores superiores del peligro de ser defraudados de las tutorías, casamientos, tomas de posesión y otros emolumentos lucrativos anejos a las enfiteusis feudales; tal es en efecto la razón que se halla expresada en el estatuto mismo, y la que verosímilmente le dio origen. El autor de los Anales de Waverley atribuye principalmente aquel acto a la inquietud del rey por sostener las fuerzas militares del reino, pero añade que aquel príncipe se equivocaba en su cálculo, y que las oraciones de Moisés contribuyeron mucho más a la derrota de los amalecitas que las armas de Israel¹⁸²⁸.

Eduardo fue muy vigilante en oponerse a las usurpaciones de la Iglesia; salvo su ardor por las cruzadas, de que jamás se curó, parece ser que en todo lo demás fue muy poco dado a la superstición, vicio dominante de las almas débiles, pero la pasión de las cruzadas no era realmente en aquel siglo más que el amor a la gloria. Como el papa se sintió algo más coartado en su antiguo uso de saquear las diferentes iglesias de Europa imponiéndoles contribuciones, permitió a los generales de las diferentes órdenes, que residían en Roma, que las echasen a los conventos sometidos a su jurisdicción, Eduardo tuvo que promulgar una ley contra este nuevo abuso. Era práctica también de la corte de Roma nombrar para los beneficios antes de que estuviesen vacantes, y también atajó el rey aquel nuevo origen de injusticias.

El tributo anual de mil marcos a que, al rendir homenaje al papa, había sometido el rey Juan a Inglaterra, se había pagado siempre puntualmente desde su tiempo, aunque negando con firmeza el vasallaje, si bien el temor de ocasionar un rompimiento no había permitido que se insistiese mucho sobre este punto. Aquel pago se hacía bajo el nuevo nombre de *censo*, en vez del de tributo. Parece que Eduardo nunca soltó aquella suma sin gran repugnancia, en una ocasión dejó acumularse seis años de atrasos¹⁸²⁹, y en otra siete¹⁸³⁰, antes de pagar; pero como entonces los soberanos tenían continuamente necesidad de estar bien con el papa, ya para obtener dispensa de casamiento, ya para otras mercedes, siempre la corte de Roma halló medio, más tarde o más temprano, de cobrar aquel dinero. La recaudación de las primicias era también una nueva invención puesta en uso bajo aquel reinado, a favor de la cual su santidad recurría con frecuencia al bolsillo de los fieles, y parecía ser

1827 Brady. tratado de los burgos, pág. 25. de las escrituras.

1828 Pág. 234. Véase también Mat. West. pág. 409.

1829 Rymer, tomo II, pág. 77, 107.

1830 Id. pág. 862.

que el rey dio ocasión a ello imprudentemente.

Cuatro hijos varones tuvo de su mujer Leonor de Castilla, pero Eduardo II, su heredero y sucesor, fue el único de aquellas primeras nupcias que le sobrevivió; también tuvo de aquella once hijas, que casi todas murieron niñas. De las que vivieron, Juana casó primeramente con el conde de Gloucester, y luego con Ralf de Monthermer; Margarita con Juan, duque de Brabante; Isabel casó en primeras nupcias con Juan, conde de Holanda, y en segundas con el conde de Hereford; María entró monja en Ambresbury. De su segunda mujer, Margarita de Francia, tuvo Eduardo dos hijos y una hija: Tomás, creado conde de Norfolk y mariscal de Inglaterra, y Edmundo, creado conde de Kent por Eduardo II; la princesa murió de tierna edad.

Bajo el reinado precedente, las contribuciones consistían en *scutages* y en partes proporcionales de los bienes muebles, cuya recaudación acordaba el parlamento; bajo el de Eduardo se renunció a los *scutages*; y la cotización fue el método principal que se siguió para percibir la otra especie de impuesto. En el cuarto año de su reinado, obtuvo aquel rey un quinceno; en el quinto, un doceavo; en el oncenno, un decimotercio sobre los legos, y un vigésimo sobre el clero; en el décimo octavo, un quinceno; en el vigésimo segundo, un diezmo sobre los legos, un séptimo sobre la ciudad de Londres y otras ciudades incorporadas, y la mitad sobre los beneficios eclesiásticos; en el vigésimo tercio, un oncenno sobre los barones y caballeros, un diezmo sobre el clero, un séptimo sobre la clase llana; en el vigésimo cuarto, un doceavo sobre los barones y caballeros, un octavo sobre el estado llano, y nada sobre el clero, atendida la prohibición del papa; en el vigésimo quinto, un octavo sobre los legos, un diezmo sobre el clero de Canterbury, un quinto sobre el de York; en el vigésimo nono, un quinceno sobre los legos, por haber confirmado las visitas de los bosques, y nada del clero; en el trigésimo-tercero, primeramente un vigésimo sobre los barones y caballeros, un vigésimo sobre el estado llano, y luego un quinceno sobre todos sus vasallos; y en el trigésimo cuarto, un trigésimo también general para la ceremonia de la recepción de su hijo caballero.

Aquellas contribuciones eran moderadas, pero también se le concedían de cuando en cuando derechos sobre la exportación y la importación: el más crecido se imponía generalmente sobre la lana. El *poundage*, o sea el chelín por libra esterlina, no se concedió regular mente a los reyes por toda su vida hasta los tiempo de Enrique V.

En 1296 tuvo primer origen la famosa sociedad mercantil denominada los Mercaderes Aventureros, instituida principalmente con la mira de fomentar las fábricas de paños y el comercio de estos, particularmente con Amsterdam¹⁸³¹.

Eduardo otorgó una carta o declaración de protección y privilegios a favor de los mercaderes extranjeros que llevaban géneros al reino, y les nombró un justicia especial residente en Londres, imponiéndoles al mismo tiempo el pago de ciertos derechos sobre los ya anteriormente establecidos, entre otros el de dos chelines por cada pipa de vino importada, y el de cuarenta peniques por cada saca de lana exportada.

En el año 1303 fue robado el tesoro y a nada menos ascendió el desfalco que a la enorme suma de 160.000 libras esterlinas¹⁸³². Imputóse aquel robo al abad y a los frailes de Westminster, pero salieron absueltos. No parece que el rey llegó nunca a descubrir a los verdaderos reos, aunque su indignación recayó principalmente sobre la sociedad de los mercaderes lombardos, y particularmente sobre los Frescobaldi, opulentos Florentinos.

Habiendo recaudado el papa en 1307 mucho dinero en Inglaterra, el rey mandó al nuncio que no lo exportase en metálico, sino en letras de cambio¹⁸³³, prueba de lo poco que se entendía entonces de comercio.

1831 Hist. del Comercio de Anderson, tomo I, pág. 137.

1832 Rymer, tomo II, pág. 330.

1833 Rymer, tomo II, pág. 1092.

XIV. Eduardo II—1307

Debilidad del rey

Las prevenciones esparcidas por Inglaterra en favor del joven Eduardo disminuyeron el justo sentimiento que debía causar la pérdida del gran monarca que había ocupado últimamente el trono; y así se apresuraron todos a prestarle juramento de fidelidad con la mayor alegría. Tenía este príncipe veinte y tres años de edad, una presencia agradable, un carácter muy suave, y jamás se habían notado en él propensiones al vicio, todo lo cual anunciaba felicidad y sosiego bajo su gobierno; pero desde el primer acto de su reinado se disiparon tan lisonjeras esperanzas, y se vio cuán poco a propósito era para mantenerse en la peligrosa situación en que se hallaban los reyes de Inglaterra por el carácter bullicioso del pueblo y por la forma inconstante de la constitución del estado. Por más que el infatigable Roberto Bruce hubiese visto disipado su ejército, y hallándose reducido él mismo a refugiarse en las islas septentrionales, no por eso se estuvo quieto mucho tiempo, sino que desde antes de la muerte del rey salió de su retiro, reunió de nuevo su ejército, y abriendo la campaña consiguió por sorpresa una ventaja importante sobre Aymer de Valence, general de las tropas inglesas¹⁸³⁴. Había llegado a ser tan poderoso, que no hubiera sido de desdeñar para el joven rey la gloria de someterle, cosa no muy difícil atendidos los grandes preparativos que su padre le había dejado prontos; mas Eduardo en vez de seguir un plan tan digno de excitar su emulación, no hizo más que presentarse en Escocia, y tan enemigo de toda aplicación seria a los negocios como incapaz de manejarlos, se volvió inmediatamente y licenció el ejército. Al ver sólo este rasgo de conducta conocieron ya los grandes del reino que la autoridad real había caído en manos muy flacas y que podían con impunidad hacerle frente.

Honores prodigados a Pedro Gavaston

Las primeras providencias que tomó en seguida Eduardo les proporcionaron la tentación de atacar unas prerrogativas que no les imponían respeto. Un tal Pedro Gavaston, cuyo padre era un caballero gascón muy considerado en su país, y que habiendo hecho buenos servicios al difunto rey había obtenido en recompensa un buen empleo para su hijo en la servidumbre del príncipe de Gales, no tardó en ser el favorito de su amo a costa de complacencias y de proporcionarle diversiones inocentes, aunque frívolas, que lisonjeaban demasiado el gusto y la poca capacidad del príncipe. Era Gavaston un mancebo de los más aventajados por su presencia y buen talle, y había adquirido suma destreza en todos los ejercicios juveniles y héchose muy célebre por la vivacidad y natural donaire que caracterizan a los de su país natal. Con tales prendas no le fue difícil adquirir tanto ascendiente sobre el joven Eduardo, cuyo carácter era sencillo y propenso a la amistad, que el difunto rey, inquieto por las consecuencias de aquella naciente privanza, tuvo por conveniente desterrarlo del reino, y aun exigió de su hijo, antes de morir, la promesa de no llamarle jamás¹⁸³⁵; pero no bien se vio Eduardo dueño de su voluntad, cuando mandó volver a Gavaston, y antes que llegara le nombró conde de Cornualles, cuyos estados habían recaído en la corona por muerte de Edmundo, hijo de Ricardo, rey de los Romanos¹⁸³⁶. Poco satisfecho todavía con haberle enriquecido dándole tierras

1834 Trivet, pág. 346.

1835 Walsing, pág. 93. Ipod. Neustr. pág. 499.

1836 Rymer, tomo II, pág. 1. Heming, tomo I, pág. 243.

inmensas que antes bastaron para patrimonio de un príncipe de la sangre, le colmó diariamente de honores y donadíos nuevos, le casó con su sobrina, que era hermana del conde de Gloucester¹⁸³⁷, y parecía no apreciar el supremo poder sino en cuanto le ponía en situación de elevar el objeto de su afecto a la cima de la grandeza.

Descontento de los barones

Indignados los soberbios barones de la extraordinaria fortuna del privado, cuyo nacimiento despreciaban a pesar de que era noble, no disimularon su descontento ni tardaron en descubrir en el carácter y conducta del hombre a quien aborrecían razones para justificar su odio: mas él, en vez de desarmar a la envidia a fuerza de moderación y modestia, se entregó a la más inconsiderada ostentación, y parecía no hallar otro deleite en el favor que el de eclipsar y mortificar a sus rivales. Se hizo insolente, vano, altivo, pródigo y avaro, fastidioso hasta el extremo, y tanto se desvaneció con su poder que ya creyó su crédito tan asegurado en el reino como lo estaba su imperio en el corazón del monarca, con lo que no cuidó de hacerse partidarios capaces de apoyar su repentina y mal asegurada grandeza. En los torneos se preciaba de sobrepujar en destreza a todos los señores ingleses, y en las conversaciones se divertía en burlarse de ellos con epigramas y sarcasmos. Así se iba engrosando de día en día el número de sus enemigos, y no le faltaba mucho tiempo para cimentar su unión y hacerla tan fatal para su amo como para sí mismo¹⁸³⁸.

Tuvo que hacer el rey un viaje a Francia para rendir el homenaje del ducado de Guyena y casarse con Isabel, con quien tenía contraídos esponsales hacía mucho tiempo, aunque por un accidente imprevisto se había dilatado hasta entonces la consumación del matrimonio¹⁸³⁹. Dejó a Gavaston por regente del reino¹⁸⁴⁰ con facultades más extensas que las que se conceden ordinariamente¹⁸⁴¹, y a su vuelta con la reina continuó prodigando el favorito todas las muestras de inconsiderado afecto de que tanto murmuraban el pueblo y los grandes. Era Isabel de condición naturalmente imperiosa y astuta, y como no tardó en conocer que el limitado entendimiento de su esposo y su índole demasiado dócil tenían necesidad de alguno que le gobernase, creyó que ella misma y no otro debía encargarse de aquella comisión, empezando desde entonces su odio contra el temerario privado, cuyo crédito se oponía a sus intentos: miró pues como una gran ventaja el que la nobleza formase un bando contra Gavaston, quien no pudiendo ignorar la aversión con que le miraba la reina, tenía un placer en irritarla cada día mas con nuevos ultrajes.

1308. El vasallo más poderoso y rico que había entonces en Inglaterra era Tomás, conde de Lancaster, primo hermano del rey y primer príncipe de la sangre, pues poseía por su parte y poco tiempo después por la de su esposa, heredera de la casa de Lincoln, nada menos que seis condados con grande extensión de territorio, y todos los derechos anejos en aquel tiempo a este género de propiedades. Era de suyo turbulento y faccioso, y detestaba al favorito cuyo crédito eclipsaba el suyo, y así se puso al frente de los barones que meditaban la ruina del insolente extranjero. Todos se comprometieron por juramento a trabajar de consuno en su expulsión, y los dos bandos enemigos principiaron a ponerse en estado de defensa uno con otro, desplegándose entonces la desenfrenada licencia del siglo; de suerte que no se oía hablar de otra cosa más que de saqueos y violencias atroces, preludio ordinario de las guerras civiles. La autoridad soberana, despreciada en manos del rey y aborrecida en las de Gavaston, llegó a ser impotente para asegurar la ejecución de las leyes y la pública tranquilidad, que no tardó en desaparecer del todo. Convocóse un parlamento en Westminster, donde Lancaster y su partido se presentaron acompañados de una numerosa comitiva de gente armada, y se atrevieron a dar la ley a su soberano: pidieron que Gavaston fuese desterrado

1837 Heming, pág. 247. Ipod. Neustr. pág. 500.

1838 T. de la More, pág. 598. Walsing, pág. 97.

1839 T. de la More, pág. 595.

1840 Rymer, tomo III, pág. 7.

1841 Apend. de Brady, n.º 49.

del reino, exigiendo que jurase no volver a poner los pies en él, e instaron a los obispos, siempre prontos a mezclarse en los asuntos civiles, a que le declarasen excomulgado si no se retiraba inmediatamente¹⁸⁴². Viose precisado Eduardo a consentir en todas estas condiciones, y hasta en el momento mismo de conformarse con ellas no pudo menos de manifestar su ternura en favor de su privado, pues en lugar de enviarle a su patria como se esperaba, para que no causase sospechas, le nombró teniente suyo en Irlanda¹⁸⁴³, le acompañó hasta Bristol¹⁸⁴⁴, y antes de separarse de él, le concedió tierras considerables así en Gascuña como en Inglaterra¹⁸⁴⁵. Gavaston, que no carecía de valor ni de prendas militares, se condujo bizarramente en su gobierno contra los irlandeses rebeldes, a quienes subyugó¹⁸⁴⁶.

Entre tanto el rey, menos ofendido del modo irregular y violento con que se le había obligado a sacrificar a su favorito, que afligido por su ausencia, hizo cuanto pudo por atenuar la oposición de la nobleza a su regreso, como si el principal objeto de su gobierno consistiera en triunfar sobre este punto. Confirióse a Lancaster el importante cargo hereditario de gran maestre, y se procuró ganar a Lincoln, su cuñado, con otros beneficios; se calmó al conde de Warena a fuerza de bondades, regalos y promesas, y no estando ya, como antes, a la vista la insolencia de Gavaston, cesó por grados la irritación general, con lo cual creyendo Eduardo que los ánimos estaban bastante bien dispuestos, solicitó de la corte de Roma y obtuvo en favor del desterrado la dispensa del juramento que había hecho de no volver a presentarse en Inglaterra¹⁸⁴⁷. Pasó el rey a Chester a esperar a Gavaston para cuando volviese de Irlanda, se arrojó en sus brazos al verle, con indecible alegría, habiendo antes obtenido un acta del parlamento por la cual se le autorizaba para restablecerle en sus empleos, y ya no conoció límites en su extravagante cariño. El mismo Gavaston, olvidando sus pasados reveses y ciego sobre la causa de ellos, volvió a su insolente ostentación y se hizo más que nunca aborrecible a los grandes del reino.

Dieron estos primeramente muestras de su animosidad ausentándose del parlamento; pero cuando vieron que esto no producía efecto alguno, se propusieron emplear remedios más activos y seguros, pues aunque realmente apenas hubiese cargo racional que hacer al privado, sino algún despilfarro en la hacienda, y aunque todos los actos de mala administración que se echaban en cara al rey y a su favorito fuesen de tal naturaleza que apenas mereciesen una crítica jocosa cuanto menos una conmoción general, con todo eso era tal la disposición de los ánimos y de los tiempos que dieron sobrado motivo u los barones para poder cambiar la constitución y el gobierno civil. Presentáronse en el parlamento (7 de febrero), contra toda regla y a pesar de la prohibición del rey, escoltados de mucha gente armada, y haciéndose dueños de la asamblea, presentaron un memorial equivalente a una orden para pedir que Eduardo les entregase toda la autoridad de la corona y del parlamento. En consecuencia se vio aquel príncipe obligado a firmar una comisión (16 de marzo) por la cual autorizaba a los prelados y barones a nombrar doce personas que hasta el día de San Miguel del año siguiente tuviesen la facultad de expedir decretos para la administración de su reino, y también reglamentos para su propia casa; consentía en que estos decretos y reglamentos tuviesen en adelante fuerza de ley; permitía que aquellos *ordenadores* se uniesen entre sí y sus amigos a fin de asegurar su puntual observancia, todo para mayor honra y gloria de Dios, en bien de la tranquilidad de la Iglesia y para mayor honor y provecho del rey y del estado¹⁸⁴⁸. Firmaron los barones una declaración en que reconocían no deber aquellas concesiones más que a la libre y espontánea voluntad de Eduardo, prometieron que aquello no serviría de ejemplar, y se comprometieron a cuidar de que las facultades de los magnates elegidos para trabajar en la reforma,

1842 Trivet, Cont., pág. 5.

1843 Rymer, tomo III, pág. 80.

1844 Ibid. pág. 92. Marimuth, pág. 39.

1845 Rymer, tomo III, pág. 87.

1846 Huming, tomo I, pág. 248.

1847 Rymer, tomo III, pág. 167.

1848 Apend. de Brady N.º 50.

espirasen en el término señalado¹⁸⁴⁹.

1311. Formó pues la junta de los doce las deseadas leyes, y al año siguiente se presentaron al rey y al parlamento para que las confirmasen; y en verdad que muchas de ellas eran bastante útiles y tenían por objeto la ejecución regular de la justicia, como por ejemplo la que mandaba que los sheriffs fuesen elegidos entre los nobles y tuviesen ciertos bienes patrimoniales; la que abolía el uso de expedir órdenes del consejo privado para suspender el curso de la justicia; la que restringía los abusos de la proveeduría o de los abastecedores; la que prohibía la alteración de la moneda; la que excluía a los extranjeros de los arrendamientos del real patrimonio; la que mandaba que todos los pagos se hiciesen puntualmente en la tesorería; la que revocaba todas las donaciones y enajenaciones que había hecho últimamente la corona, y la que disponía que se indemnizase a las partes que hubiesen sido demasiado perjudicadas y vejadas por sentencias excesivamente rigurosas; pero lo que más desagradó a Eduardo fue el artículo concerniente a la separación de sus perniciosos consejeros, en el cual se veían excluidas nominalmente muchas personas de ejercer ningún empleo importante y lucrativo; el mismo Gavaston fue desterrado perpetuamente de los dominios del rey conminándole, en caso de desobediencia, con la pena de ser declarado enemigo público. Se nombró para los empleos a otras personas más al agrado de los barones y se mandó que en adelante el cuerpo de barones que tenía asiento en el parlamento dispondría de todos los destinos de consideración que vacasen en la casa del rey, en la magistratura, en el ramo de hacienda y en el ejército, y que su majestad dejaría de tener la facultad de hacer la guerra y reunir sus vasallos militares sin el concurso de la nobleza.

Era tal la debilidad del carácter de Eduardo y eran tales los apuros de su situación, que habiendo tenido la flaqueza de nombrar una comisión tan lata para los barones, tuvo también la de sancionar en el parlamento semejantes disposiciones; pero por un efecto de aquella misma debilidad hizo una protesta secreta, en que declaró que, supuesto que la comisión no se había nombrado más que para tomar medidas ventajosas al rey y al reino, todo artículo que perjudicase al uno o al otro sería considerado como no ratificado ni confirmado¹⁸⁵⁰. En efecto, no era de extrañar que formase la firme resolución de revocar unos reglamentos a que se le había precisado a suscribir, aunque anonadaban la autoridad real, y sobre todo que le arrebataban un favorito a quien por una ceguedad sin ejemplo amaba más que a todo el género humano y prefería a sus intereses y a su reposo.

Asesinato de Gavaston

Luego que Eduardo llegó a York y se vio libre del temor con que le había oprimido el poder de los barones, llamó cerca de sí a Gavaston que se había retirado a Flandes, y habiendo declarado su destierro contrario a las leyes y prácticas del reino¹⁸⁵¹, le restableció en la antigua privanza.

Irritados sobre manera los barones con tal suceso, conocieron lo que tenían que temer del odio de un favorito tan poderoso, y viendo que era inevitable su ruina o la de ellos, renovaron su primera liga contra él (1312). El conde de Lancaster era peligrosa cabeza de aquella alianza, en la que entraron también con mucho calor Guy, conde de Warwick, Humfrey Bohun, conde de Hereford y condestable, y Aymar de Valence, conde de Pembroke; hasta el mismo conde de Warena abandonó el partido del rey que había seguido hasta entonces y se alistó entre los descontentos¹⁸⁵²; y como también se asoció a ellos Roberto de Winchelsey, arzobispo de Canterbury, arrastró consigo al clero y por consiguiente al pueblo a que se declarasen contra el rey y el privado. Era entonces tan excesivo el poder de la alta nobleza, que era imposible resistir a una conspiración tan general, y así el primero que tomó las armas fue el conde de Lancaster que marchó inmediatamente a York, de

1849 Id. N.º 51.

1850 Placit. de Ryley. Parl. pág. 540 y 541.

1851 Apend. de Brady N.º 55. Walsing. pág 98.

1852 Trivet, Cont. pág. 4.

donde ya había salido el rey para Newcastle¹⁸⁵³ y lo fue persiguiendo hasta este pueblo; pero el príncipe había tenido tiempo para huir a Tinmouth, donde se embarcó con Gavaston dando la vela para Scarborough. Dejó a su favorito en aquella fortaleza, que si hubiese estado municionada pasaba por intomable, y él se adelantó hacia York esperando poder levantar un ejército con que hacer frente a sus enemigos. Los de la liga enviaron a Pembroke a sitiar el castillo de Scarborough; y Gavaston, convencido del mal estado de la guarnición, tomó el partido de capitular (19 de mayo), y se rindió prisionero de guerra¹⁸⁵⁴, estipulando que permanecería dos meses en poder de Pembroke, durante cuyo tiempo se procuraría por una y otra parte convenir en un acomodamiento general, y que si las condiciones propuestas por los barones no fuesen aceptadas, sería restituido el castillo en el mismo estado en que se hallaba, y que el conde de Pembroke y Enrique Piercy hipotecarían todas sus tierras como fianza de la ejecución de aquel tratado¹⁸⁵⁵. Una vez dueño Pembroke de la persona de aquel enemigo público, le llevó al castillo de Edington, donde bajo pretexto de otros negocios le dejó con una reducida guardia.¹⁸⁵⁶ Entonces Warwick, probablemente de acuerdo con Pembroke, atacó el castillo, que no quiso defender la guarnición, antes bien abandonó a Gavaston, que fue conducido al castillo de Warwick. Allí se presentaron inmediatamente los condes de Lancaster, de Hereford y de Arundel¹⁸⁵⁷, y sin consideración a las leyes militares, ni a la capitulación hecha, le mandaron cortar la cabeza por mano del verdugo¹⁸⁵⁸ el día 1.º de julio.

Estaba el rey retirado hacia el norte de Berwick cuando supo la noticia del suplicio de Gavaston, y se enfureció tanto como era de esperar de la especie de idolatría con que le había amado, jurando tomar venganza de todos los grandes que habían tenido parte en aquella sangrienta catástrofe, e hizo preparativos de guerra en todas las provincias de Inglaterra; pero aquel príncipe, más capaz de perseverancia en sus amistades que en sus resentimientos, dio oídos a proposiciones de acomodamiento, perdonó a los barones todo cuanto habían hecho, y como estipularon estos que se arrojarían públicamente a sus pies para pedirle aquel perdón, se apaciguó de tal modo con aquella vana apariencia de sumisión que pareció haber olvidado de buena fe todas sus precedentes alevosías: mas a pesar de su irregular conducta, siempre prestaban una atención inquieta a la conservación de las leyes y requirieron el establecimiento de los decretos que habían redactado a los principios como prenda necesaria para su seguridad. Respondió Eduardo que consentía en hacer una libre confirmación de ellos: exceptuando los que perjudicaban directamente a las prerrogativas de su corona, y ellos se dieron entonces por satisfechos con aquella respuesta. Después de la muerte de Gavaston, ya era el rey mucho mejor mirado del público, y como las leyes sobre que se insistía eran muy semejantes a las que en otro tiempo se arrancaron de Enrique III, cuyas consecuencias fueron tan funestas, hubo menos vehemencia en solicitarlas de la parte de la nobleza y del pueblo. Parecían estar más sosegados los ánimos y se iba ya apagando la animosidad de las facciones en términos, que reunida la Inglaterra bajo su soberano, era muy capaz, según el dictamen general, de pedir cuentas a sus enemigos y en particular a los escoceses, cuyos progresos excitaban una general indignación.

Guerra con Escocia

Luego que Eduardo salió de Escocía, abandonó también Roberto Bruce sus fortalezas donde había conservado sus pocas tropas a cubierto, y supliendo la cortedad del número con la superioridad del valor y la destreza, había conseguido grandes ventajas sobretodos sus enemigos, así de fuera como interiores, y echado de sus montañas a lord Argyle y al caudillo de los

1853 Walsing. pág. 101.

1854 Id. pág. 401.

1855 Rymer, tomo I, pág. 324.

1856 T. de la More. pág. 593.

1857 Dugd. Barón, tomo II, pág. 44.

1858 Walsing. pág. 101. T. de la More, pág 598. Trivet. Cont. pág. 9.

Macdowals, apoderándose de todo el país alto. Desde allí había atacado con buen éxito a los Cummins en las llanuras de las costas del norte, y tomado los castillos de Inverness, Forfax y Brachin, dilatando diariamente sus conquistas, y lo que aun era mas importante, conciliando el espíritu de la nobleza escocesa con su dominio, y fortificando su ejército con una multitud de capitanes valientes que se habían enriquecido con los despojos del enemigo. Sir James Douglas, en quien dio principio la grandeza y la fama de aquel linaje de héroes, le ayudó en todas sus empresas, y también se distinguía mucho Eduardo Bruce, hermano de Roberto; de suerte que disipado el terror al poderío inglés por la conducta pusilánime del rey, no había escocés, por cobarde que fuese, que no esperara recobrar su antigua libertad; y todo el reino, menos algunas plazas fuertes que no podía atacar Roberto, estaba sujeto a su administración.

En aquel estado de cosas había tenido por conveniente Eduardo conceder una tregua a la Escocia, de la cual se aprovechó muy bien Roberto para afirmar su autoridad y remontar la máquina de su gobierno algo destornillada con tantas facciones y tan largas guerras. No fue muy duradero el intervalo ni bien observada la tregua por ambos lados, sino que se rompió abiertamente y volvió a encenderse la guerra con más furor que nunca, y no contento Roberto con mantenerse en la defensiva, intentó algunas incursiones felices en Inglaterra, manteniendo a sus soldados con el saqueo del país y enseñándoles a despreciar el valor militar de una nación que los había hecho temblar por tanto tiempo: mas al fin salió Eduardo de su letargo, y llevó un ejército a Escocia, donde Roberto, no queriendo aventurarse contra fuerzas tan superiores, se volvió a retirar a sus montañas. Avanzó el rey hasta más allá de Edimburgo: pero hallándose falto de víveres y mal sostenido por los barones ingleses que se ocupaban entonces en redactar sus decretos, se vio precisado a volver a sus estados sin haber conseguido ventaja alguna sobre el enemigo. Con la aparente reunión de todos los partidos de Inglaterra, después de la muerte de Gavaston, parecía haber adquirido el reino su fuerza natural y abiórtose de nuevo la perspectiva de sujetar a la Escocia y concluir felizmente una guerra en que tan comprometidos estaban los intereses y las pasiones de la nación.

1314. Reunió Eduardo tropas de todas partes para acabar con un solo golpe aquella importante empresa, y convocó no sólo a sus belicosos vasallos de la Gascuña, mas también hizo levas en Flandes y en otros países extranjeros, llamando a los vagamundos irlandeses para que tomasen parte en su expedición como en una presa segura, y les asoció un cuerpo de galeses atraído por los mismos motivos. Puestas ya en pie todas las fuerzas militares de su reino, marchó hacia las fronteras al frente de un ejército de cien mil hombres, según los escritores escoceses, aunque verosímilmente muy inferior a este número¹⁸⁵⁹.

El ejército de Roberto no pasaba de treinta mil combatientes, aunque eran a la verdad soldados aguerridos, determinados por su situación desesperada a vencer o morir, acostumbrados a todas las vicisitudes de la suerte, y que mandados por un jefe como el suyo podían ser formidables al ejército mas numeroso y mejor pertrechado. Había ya mucho tiempo que Eduardo Bruce estaba sitiando el castillo de Stirling, que después del de Berwick era el único que poseían los ingleses, y Felipe de Mowbray, gobernador de aquella fortaleza, se había visto reducido a capitular después de una defensa tenaz y prometido que si para un día señalado, que estaba ya muy inmediato, no era socorrido, abriría las puertas al enemigo¹⁸⁶⁰. Persuadido Roberto de que aquel era el punto donde debía esperar a los ingleses, eligió su campo de batalla con todo el arte y prudencia imaginables, e hizo los preparativos necesarios para recibirlos. Se apostó en Bannockburn, cerca de dos millas de Stirling, donde tenía una montaña a su derecha y unos pantanos a su izquierda, y no contento con haber tomado aquellas precauciones para evitar ser rodeado por el ejército inglés, que era más numeroso que el suyo, previó lo que tendría que temer de la fuerza superior de la caballería enemiga y pensó en defenderse de ella. Mandó abrir profundos fosos a las orillas de un arroyo que defendía

1859 Leemos en Rymer, tomo III, pág. 181: El estado de la infantería reunida de todas partes en Inglaterra y en el país de Gales no asciende más que a 21.540 hombres. Por tanto no es verosímil que la totalidad del ejército pudiese aproximarse al número que se pretende.

1860 Rymer, tomo I, pág. 481.

su frente, y poniendo en ellos estacas aguzadas los hizo cubrir de yerbas y césped¹⁸⁶¹. Por la tarde se presentaron los ingleses, y hubo al llegar una escaramuza entre dos cuerpos de caballería, donde Roberto, que mandaba el suyo, empeñó un combate singular con Enrique de Bohun, de la familia de Hereford, a quien abrió la cabeza de un hachazo hasta la barba, en presencia de los dos ejércitos, y el escuadrón inglés huyó precipitadamente hacia el cuerpo principal de batalla.

Batalla de Bannockburn

Animados los escoceses con aquel suceso, y ufanos con el valor de su príncipe, se prometieron un éxito feliz para la jornada del día siguiente (25 de junio), al paso que los ingleses, fiándose en su número y engreídos todavía con los pasados triunfos, esperaban con impaciencia la ocasión de vengarse del revés que acababan de sufrir; tanto que a pesar de ser tan corta la noche en aquella estación y en aquel clima, todavía les pareció perezosa para el ardor de los diversos combatientes. Formó Eduardo su ejército en batalla al romper el alba y avanzó hacia los escoceses; pero el conde de Gloucester, su sobrino, que mandaba el ala izquierda de la caballería, arrebatado por el ímpetu de su juvenil arrojo, se precipitó sin precaución para dar principio a la batalla y cayó en la celada de las estacas dispuestas por Bruce¹⁸⁶². Fue pues derrotado aquel cuerpo de caballería, y el mismo Gloucester atropellado y muerto, con lo cual cargando Sir James Douglas al frente de la caballería escocesa, no dio tiempo para que se reuniese la enemiga, la echó del campo de batalla haciendo en ella una tremenda carnicería y persiguiéndola a la vista de toda la línea de infantería. Mientras que el ejército inglés se asombraba al ver aquel principio tan funesto de la jornada y por lo general tan decisivo, avistó otro cuerpo de enemigos que asomaba por las alturas de la izquierda marchando a paso lento, como con intención de cortarle, y aquel aspecto redobló sus temores. Era sólo un tropel de gentes al servicio del ejército, a quienes Roberto había mandado asomarse con algún aparato guerrero para que a cierta distancia tuviese una apariencia formidable; pero la estratagema produjo todo el efecto deseado ocasionando un terror pánico en los ingleses, quienes inmediatamente arrojaron las armas y echaron a huir: por espacio de ocho millas se les fue persiguiendo y acuchillando hasta que llegaron a Berwick. Los escoceses, además del inmenso botín que recogieron, hicieron una multitud de prisioneros de distinción, y entre ellos más de cuatrocientos nobles, a quienes Roberto trató con mucha humanidad¹⁸⁶³, y cuyo rescate aumentó notablemente las riquezas del ejército victorioso. El mismo rey tuvo no pocas dificultades para escapar y refugiarse en Dunbar, cuyas puertas le abrió el conde de la Marca, y desde allí se fue por mar a Berwick.

Tal fue la grande y decisiva batalla de Bannockburn, que aseguró la independencia de la Escocia, afirmó el trono de Bruce en aquel reino, y que puede mirarse como el mayor revés que sufrió la monarquía inglesa después de la conquista. Por lo que hace al número de los muertos, siempre es dudoso en tales ocasiones por lo mucho que le exageran los vencedores; pero cualquiera que él fuese, lo cierto es que aquella derrota abatió de tal manera el ánimo de los ingleses, que se observó durante muchos años que ninguna superioridad de número fue bastante para excitarlos a hacer frente a los escoceses¹⁸⁶⁴. Para sacar partido de su actual supremacía, cayó Roberto sobre Inglaterra, y arrasó sin que nadie se le opusiera todas las provincias septentrionales; sitió a Carlisle, a quien salvó el valor de Sir Andrew Harcla, gobernador de aquella plaza; pero fue más feliz en Berwick tomándola por asalto¹⁸⁶⁵. Con tan continuada prosperidad se alentó a esperar nuevas conquistas mas importantes en Inglaterra, y envió a su hermano Eduardo a Irlanda con un ejército

1861 T. de la More. pág. 594.

1862 Id. pág. 596.

1863 Ipod. Neustr. pág. 501.

1864 Walsing. pág. 106.

1865 T. de la More. pág. 504. Murimuth, pág. 53.

de 6.000 hombres, donde tomó el título de rey de aquel país (1315)¹⁸⁶⁶. Poco tiempo después le siguió allí Roberto con fuerzas más considerables, y como era tan horrible como absurda la opresión que sufrían los irlandeses bajo el dominio inglés, se arrojaron gustosos en manos de los escoceses, a quienes miraban como libertadores; pero un hambre cruel que asoló la Irlanda y la Gran Bretaña, vino a reducir el ejército a los últimos apuros, y obligó a Roberto a conducirlo a su país en un estado lastimoso. También su hermano, después de haber experimentado varias revoluciones de fortuna, fue por último derrotado y muerto cerca de Dundalk por un cuerpo de ingleses mandados por lord Bermingham¹⁸⁶⁷, y así se disiparon como el humo todos aquellos proyectos demasiado vastos para las fuerzas de la nación Escocesa.

No solamente tenía Eduardo que sostener la invasión de los escoceses y la rebelión de los irlandeses, sino también la revuelta de los galeses¹⁸⁶⁸; y más aun las facciones de la nobleza de Inglaterra, que atenta siempre a aprovecharse de las calamidades públicas, insultaba sus desgracias y procuraba afirmar su propia independencia sobre las ruinas del trono. Lancaster y los barones de su partido que habían rehusado seguir al príncipe en su expedición de Escocia, luego que le vieron volver tan humillado, principiaron a insistir en la ejecución de los decretos sosteniendo su validez, y fue tal la miserable situación del rey, que hubo de suscribir a todo cuanto quisieron. Dispuso Lancaster del ministerio¹⁸⁶⁹ y se le puso al frente del consejo; se declaró que todos los empleos se proveerían de tiempo en tiempo a pluralidad de votos por el parlamento, o por mejor decir, a gusto de los pares¹⁸⁷⁰, y bajo este nuevo plan de gobierno procuró la nación ponerse en menos mal estado de defensa contra los escoceses: pero lejos de afligirse la facción de los grandes por los peligrosos progresos de aquellos pueblos, fundó por el contrario la base de su futura grandeza en la debilidad y desastres de la corona. Hasta se llegó a sospechar con mucha verosimilitud del mismo Lancaster que seguía correspondencia secreta con el rey de Escocia, e impedía que se intentase empresa alguna ni se realizase ningún plan de operaciones, sin embargo de corresponderle a él el mando de los ejércitos ingleses.

Todos los estados europeos, y sobre todo Inglaterra, ignoraban entonces lo que era ese empleo de primer ministro, tan bien conocido hoy en todas las monarquías regulares; y el pueblo no podía formarse idea de que un hombre, sin salir de la clase de súbdito, tuviese la autoridad de un soberano, aliviase al príncipe del peso de los negocios, supliese su falta de experiencia o de capacidad, y sostuviese todos los derechos de la corona sin envilecer a la alta nobleza por la sumisión que manifestase a su autoridad momentánea. Eduardo, que había nacido sin disposición alguna para manejar por sí mismo las riendas del gobierno, no tenía vicio alguno, pero era por desgracia incapaz de toda aplicación seria, conocía sus propios defectos y deseaba absolutamente ser gobernado; mas sin embargo, todos los favoritos que eligió fueron mirados como unos simples súbditos demasiado elevados sobre su clase y estado, envidiados de los grandes, malquistos del pueblo por su carácter y conducta, y todo su crédito con el rey y en el reino fue considerado como una usurpación. Así, a menos que este príncipe tomase el peligroso partido de renunciar su autoridad y depositarla en manos del conde de Lancaster o de algunos otros poderosos señores, no podía prometerse paz y sosiego en el trono.

Hugo el Despenser

Después de la muerte de Gavaston, el principal favorito del rey fue Hugo el Despenser o Spenser, joven inglés de nacimiento, y de una casa ilustre y antigua¹⁸⁷¹. Reunía en su persona todas

1866 Trivet, Cont. pág. 28.

1867 Rymer, tomo V, pág. 767 y 777. Walsing. pág. 5

1868 Rymer, tomo III, pág. 553.

1869 Ryley, pág. 560.

1870 Brady, tomo II, pág. 1. 2 de los registros.

1871 Dugd. Barón, tomo I, pág. 389.

las prendas exteriores que bastaban para seducir el débil corazón de Eduardo; pero le faltaba la moderación y prudencia necesarias para atenuar la envidia de los grandes y guiarse en medio de los peligros a que le exponía su favor. Su padre, que llevaba el mismo nombre, también tenía parte en su crédito, y cierto que aquel anciano tan venerable por sus años como por sus antiguos servicios, prudencia, valor, integridad, luces y experiencia, hubiera podido suplir las calidades que fallaban a su hijo y a su rey, si hubiese sido otra la disposición de los ánimos¹⁸⁷²: pero apenas hubo Eduardo dado a entender su preferencia en favor del joven Spenser, cuando el turbulento Lancaster y la mayor parte de los demás señores empezaron a mirarle como rival suyo, le detestaron y conspiraron su pérdida¹⁸⁷³. Por de pronto anunciaron su descontento retirándose del parlamento, y no tardaron en pasar a mayores demostraciones contra el objeto de su odio.

Revueltas intestinas

El rey, cuyas bondades con sus privados no tenían límites, había casado a Spenser con su sobrina, una de las herederas del conde de Gloucester que fue muerto en Bannockburn, con lo cual, entrando el favorito en aquella opulenta familia, había heredado inmensas posesiones en las fronteras del país de Gales¹⁸⁷⁴. Ansioso de engrandecerse en aquellas comarcas, es fama que cometió grandes injusticias contra los barones de Audley y de Ammory, que también estaban casados con dos hermanas de su mujer. Había además en las cercanías otro barón llamado Guillermo de Braonse, señor de Gower, quien habiendo cedido sus tierras a Juan de Mowbray, su yerno, había vinculado, en el caso de que este señor muriese sin posteridad, la baronía de Gower en el conde de Hereford. Apenas murió el suegro de Mowbray, púsose este en posesión de su herencia sin pasar por la formalidad de reconocer el feudo. Spenser, que codiciaba aquella baronía, persuadió al rey a que aplicase la ley feudal con todo rigor, y se apoderase de Gower como perteneciente a la corona en virtud del derecho de confiscación, y que le regalase aquella baronía¹⁸⁷⁵. Este negocio que debió haber sido asunto de un pleito ordinario, bastó para encender una guerra civil en el reino (1321), y los condes de Lancaster y de Hereford corrieron a las armas, seguidos de Andley y de Ammory con todas sus fuerzas, de Roger de Mortimer, de Roger de Clifford y otros muchos antagonistas de Spenser, que por diferentes razones engrosaron su partido. Luego que su ejército estuvo en estado de imponer respeto, despacharon un correo al rey para requerirle de su parte que despidiese o mandase prender al joven Spenser, y en caso de negativa, para decir a su majestad que renunciaban a su obediencia y sabrían vengarse de su ministro por su propia autoridad. Apenas dieron tiempo para esperar respuesta, sino que penetraron por las tierras de Spenser, las robaron y arrasaron, mataron a los criados, se llevaron los ganados y quemaron las casas¹⁸⁷⁶. Desde allí pasaron a las tierras de su padre, cuyo mérito parecía que habían respetado hasta entonces, y cometieron en ellas las mismas demasías. Después de haber redactado y firmado una especie de asociación entre ellos¹⁸⁷⁷, marcharon a Londres con sus tropas, se detuvieron en las inmediaciones de aquella ciudad y pidieron al rey el destierro de los dos Spenser: uno y otro estaban ausentes; el padre fuera del reino, el hijo en el mar, y ambos empleados en diferentes comisiones. Respondió el rey que el juramento que había hecho al tiempo de su coronación de observar las leyes no le permitía acceder a una demanda tan injusta como la de condenar a dos hombres a quienes no se acusaba de crimen alguno y que no estaban en situación de justificarse¹⁸⁷⁸: ¿pero de que servían la razón y la equidad contra unas gentes que tenían en su mano la fuerza y que siendo ya culpables de rebelión, no veían

1872 T. de la More. pág. 594

1873 Walsing. pág. 115. T. de la More. pág. 595.

1874 Trivet. Cont. pág. 28.

1875 Monach. Malmes.

1876 Marimuth, pág. 55.

1877 Tyrrel tomo I, pág. 280 de los registros de C. C. Canterbury.

1878 Walsing. pág. 114.

otro medio de seguridad que el triunfo mismo de su osadía? Entraron en Londres seguidos de numerosos soldados, y presentándose en el parlamento, que estaba a la sazón reunido, formularon una acusación contra los Spenser sin tomarse siquiera el trabajo de probar un solo artículo, y arrancaron a fuerza de amenazas y violencias una sentencia de destierro perpetuo de aquellos ministros y confiscación de sus bienes¹⁸⁷⁹. Votaron solo los pares legos, porque aunque los comunes formaban entonces parte del parlamento, gozaban todavía de tan poca consideración, que no se les pidió siquiera su consentimiento, despreciándose hasta el dictamen de los prelados en aquella época de turbulencias y desafueros. La única señal que dieron los barones de deferencia a las leyes fue exigir una amnistía por sus irregulares procedimientos¹⁸⁸⁰, obtenida la cual licenciaron su ejército y se retiraron en seguridad según creían a sus respectivos castillos.

Este acto de violencia que se vio precisado a tolerar Eduardo hizo tan despreciable su persona y autoridad, que nadie se creyó ya obligado a respetarlas, tanto que viéndose poco después precisada la reina a pasar por el castillo de Leeds, que pertenecía a Lord Badlesmere en la provincia de Kent, deseó descansar allí una noche; pero le rehusaron la entrada, y habiéndose presentado a la puerta algunos criados de su comitiva se les dio allí muerte¹⁸⁸¹. Un insulto tan brutal a una princesa que siempre había procurado vivir en buena inteligencia con los barones y que tenía tanto odio como ellos al joven Spenser, desagradó a todos los partidos, y creyó el rey que sin excitar una desconfianza general podría reunir algunas tropas para castigar al ofensor. En efecto no fue socorrido Badlesmere, y el rey tomó satisfacción¹⁸⁸²; pero habiendo levantado nuevas tropas y tomado sus medidas con los pocos amigos fieles que le quedaban en Inglaterra, se aventuró a quitarse la máscara, atacar a todos sus enemigos, llamar a los dos Spenser, y anular la sentencia que los proscribía, como ilegal, injusta, contraria al tenor de la gran Carta, expedida sin el consentimiento de los prelados y arrancada violentamente a él y a los pares¹⁸⁸³. Ninguno de los dos partidos hizo mención, como se ve, de la cámara de los comunes.

Suplicio del Conde de Lancaster

Así tomó el rey la iniciativa sobre los barones sus adversarios (1322), ventaja que era casi siempre decisiva en aquellos tiempos. Aceleró su marcha hacia las fronteras del país de Gales, que era el centro del poder de sus enemigos, y los sorprendió totalmente desprovistos de defensa. Muchos barones, que habitaban aquellas comarcas, procuraron aplacarle con su sumisión¹⁸⁸⁴; pero él se apoderó de sus personas y castillos, y Lancaster, para evitar la ruina total de su partido, convocó a todos sus vasallos y partidarios, declaró su alianza con la Escocia, cosa que ya se sospechaba hacía mucho tiempo, recibió un refuerzo de aquel reino, conducido por Randolpho, conde de Murray y por sir James Douglas¹⁸⁸⁵, y habiéndosele agregado el conde de Hereford, se adelantó con todas sus fuerzas contra el rey, el cual estaba al frente de treinta mil hombres y era muy superior a los confederados. Lancaster asentó su ejército en Burton, a orillas del Trent, y se esforzó en defender los pasos de aquel río¹⁸⁸⁶; pero no habiendo podido conseguirlo por falta de conocimientos militares y aun tal vez por la de valor personal, huyó precipitadamente hacia las provincias del Norte con la esperanza de que se le reunirían allí sus aliados los escoceses¹⁸⁸⁷. Fuele persiguiendo el rey, y su ejército disminuyó diariamente hasta su llegada a Boroughbridge, donde encontró a Sir Andrew

1879 Colee, de Totle, pág. 2 y 50.

1880 Ibid. pág. 2 y 54.

1881 Rymer, tomo III, pág. 89. Walsing. pág. 114 y 115.

1882 Id. Id.

1883 Rymer, tomo I, pág. 907. T. de la More, pág. 595.

1884 Walsing. pág. 115. Morimuth, pág. 57.

1885 Rymer. tomo III, pág. 958.

1886 Walsing. pág. 115.

1887 Ipod. Neustr. pág. 504.

Harcla, que estaba apostado con algunas fuerzas del otro lado del río y muy dispuesto a disputarle el paso. En vano intentó forzar aquel obstáculo, porque el conde de Hereford fue muerto en la acción, el ejército de los rebeldes se desanimó enteramente (16 de marzo) y Lancaster quedó tan consternado que no supo tomar disposiciones ni para la fuga ni para la defensa; Harcla se apoderó de su persona¹⁸⁸⁸ sin esfuerzo alguno y le condujo a la presencia de Eduardo. Eran tan poco respetadas las leyes por una y otra parte en aquellos tempestuosos tiempos, que aun cuando se podían seguir sin inconveniente, lo tenían por inútil los vencedores; y así Lancaster, que indudablemente era culpable de rebelión y había sido cogido con las armas en la mano contra su soberano, en lugar de ser juzgado con arreglo a las leyes de su país, que expresamente pronunciaban la pena de muerte por semejante crimen, lo fue por una comisión militar¹⁸⁸⁹, y se le ajustició inmediatamente. Eduardo, que de suyo era poco vengativo, cedió en aquella ocasión al deseo de vengarse de Lancaster mandando tratar a aquel rebelde con la misma ignominia que él había mandado usar contra Gavaston; y así se le puso un vestido grosero, se le montó sobre un rocín sin brida, se le puso una caperuza, y en aquella situación ridícula le entregaron a la befa del populacho, y llevándole a un montecillo inmediato a Pomfret, que era uno de sus castillos, le cortaron la cabeza¹⁸⁹⁰ (23 de marzo).

Así pereció Tomás, conde de Lancaster, primer príncipe de la sangre y uno de los más poderosos barones que ha habido jamás en Inglaterra. Al ver su conducta pública, ya se deja conocer la violencia e inquietud de su carácter, y no parece que fuese más pura su conducta privada¹⁸⁹¹, tanto más detestable cuanto se valió de la hipocresía para ganar el afecto de los frailes y del populacho¹⁸⁹². Después se formó causa a Badlesmere, Giffard, Barret, Cheyney, Fleming y sobre otros diez y ocho cómplices principales que fueron ajusticiados¹⁸⁹³; se aprisionó a muchos, y otros atravesaron el mar para refugiarse en países extrajeros, y sus despojos sirvieron de recompensa a algunos comensales de palacio. A Harcla se le dio el condado de Carlisle¹⁸⁹⁴ con sus ricas posesiones, en premio de sus servicios, pero no tardó tampoco en perder la vida por haber seguido una correspondencia péfida con el rey de Escocia¹⁸⁹⁵; la mayor parte de aquellas inmensas confiscaciones pasaron a poder del joven Spenser, cuya avaricia era insaciable¹⁸⁹⁶. No dejó esto de discontentar a muchos barones que eran adictos al partido del rey, y se reanimó mucho más la envidia contra el favorito, cuyo carácter naturalmente irritable y osado, excitó de nuevo a que se cometiesen diversos actos de violencia¹⁸⁹⁷. Redobló el odio del pueblo contra él, y todos los parientes de los barones y gentiles hombres proscritos juraron tomar venganza; de suerte que en medio de una tranquilidad aparente en el reino, aquel odio contra Spenser y el desprecio con que era mirado el rey daban pábulo a una fermentación oculta y peligrosa que siempre origina futuras revueltas y convulsiones.

No era de esperaren aquella situación ventaja alguna en las guerras exteriores, y así después de algunas tentativas infructuosas que hizo Eduardo contra Escocia, creyó indispensable firmar una tregua de trece años con aquel reino para terminar todas las hostilidades¹⁸⁹⁸. Aunque todavía no fuesen reconocidos en aquel tratado los derechos de Roberto, se contentó este príncipe con asegurar la posesión de su corona durante un espacio tan considerable de tiempo. A la verdad él había sabido rechazar con valor los ataques de la Inglaterra, llevado la guerra con ventajas al reino de Irlanda, rechazado con desdén la autoridad del papa que pretendía obligarle a hacer la paz contra su gusto, y

1888 T. de la More, pág. 596. Walsing, pág. 116.

1889 Tyrrel. tomo II, pág. 291 de los registros.

1890 Golecc. de Leland, tomo I, pág. 668.

1891 Knighton, pág. 2540.

1892 Hidgen lib. VII. cap. 42.

1893 T. de la More, pág. 596.

1894 Rymer, tomo III, pág. 945. Walsing. pág. 118.

1895 Rymer, tomo III, pág. 988, 994 y 999.

1896 Dugd. tomo I, pág. 398.

1897 Dugd. tomo I, pág. 395. T. de la More, pág. 597.

1898 Rymer, tomo V, pág. 1021.

su trono estaba tan afirmado en el afecto de sus súbditos como en la fuerza de las armas; sin embargo, no dejaba de tener justas inquietudes mientras se viese precisado a sostener la guerra contra un estado que, a pesar de sus actuales turbulencias, era siempre una potencia harto superior en riquezas y población para dejar de intimidarle. Por otra parte aquella tregua convenía también a la Inglaterra por las circunstancias en que se hallaba de verse amenazada de un rompimiento con la Francia.

1324. Muerto Felipe el Hermoso rey de Francia en 1315, había dejado la corona a su hijo Luis *Hutin*, quien habiendo muerto después de un reinado muy corto sin dejar sucesión masculina, tuvo por sucesor a Felipe el Largo, a quien poco tiempo después sucedió Carlos el Hermoso, que era el más joven de sus tres hermanos. Tenía este monarca algunos motivos de queja contra los ministros de Eduardo en Guyena; y como en aquella extraña forma de soberanía establecida por la ley feudal no había árbitro ni juez alguno equitativo que decidiese las desavenencias entre el señor y el vasallo, parece que Carlos tuvo el deseo de aprovecharse de la debilidad del rey de Inglaterra y confiscar todas sus posesiones del continente¹⁸⁹⁹. Después que apuró Eduardo todos los medios de conciliación enviando al conde de Kent, su hermano, de embajador a Francia, obtuvo la reina Isabel permiso para pasar a París y procurar acomodar el asunto con su hermano Carlos¹⁹⁰⁰; pero mientras que ella negociaba, entaldó Carlos la nueva pretensión, cuya justicia no podía disputársele, de que pasase el mismo Eduardo a su corte a rendir en persona el homenaje de vasallo que debía a la corona de Francia por los feudos que en ella poseía¹⁹⁰¹. Ofrecía no pocas dificultades este paso, porque el joven Spenser, que era quien gobernaba absolutamente al rey, no había podido evitar varios resentimientos de la reina, cuya ambición aspiraba al mismo ascendiente, y aunque esta artificiosa princesa hubiese disimulado al partir de Inglaterra su odio al favorito, le constaban a él demasiado sus verdaderos sentimientos para querer seguir a su amo a París y presentarse en una corte donde el crédito de Isabel le exponía a muchos insultos cuando no a peligros. No eran menores sus dudas sobre permitir al rey que hiciese solo el viaje, temiendo que aquel dócil príncipe pasase al dominio de otro durante su ausencia; así como recelaba lo que podría ocurrir en Inglaterra, donde era generalmente aborrecido, si le faltaba la protección del rey. Mientras que estas dudas multiplicaban las dificultades y dilaciones (1325), propuso Isabel que Eduardo cediese la soberanía de la Guyena a su hijo, que tenía a la sazón trece años, y que el príncipe fuese entonces a prestar el homenaje que todo vasallo debe a su señor¹⁹⁰². Pareció muy propio este arbitrio para allanar todos los obstáculos, y se aceptó inmediatamente con aplauso del mismo Spenser; en consecuencia pasó el joven Eduardo a Francia, y no se conoció el precipicio oculto en aquella trama ni nadie lo sospechó siquiera en el consejo de Inglaterra.

Conspiración contra el rey

Cuando llegó la reina a Francia, encontró allí una multitud de ingleses refugiados, restos de la facción de Lancaster. y no tardó el odio común contra Spenser en formar cierta correspondencia y amistad secreta entre ellos y la princesa. Entre los ingleses se hallaba el joven Roberto Mortimer, barón muy poderoso en las fronteras del país de Gales, y obligado antiguamente, como otros muchos, a someterse al rey; luego después fue condenado a muerte por crimen de alta traición pero se le hizo la merced de conmutarle la pena en una prisión perpetua en la torre de Londres. Tuvo la fortuna de escaparse y pasar a Francia¹⁹⁰³, y encontrándose uno de los más grandes señores del partido vencido y uno de los más enconados contra Spenser, no había hallado gran dificultad en ser admitido a besar los pies a la reina. Las prendas personales de Mortimer y su natural despejo

1899 Rymer, tomo IV, pág. 74 y 98. T. de la More, pág. 596.

1900 Hymer, pág. 40. Murimuth, pág. 68.

1901 T. de la More pág. 596. Walsing. pág. 117.

1902 Rymer, tomo I, pág. 163, 164 y 165.

1903 Rymer, tomo IV, pág 7, 8 y 20. T. de la More. pág. 596.

cautivaron prontamente el ánimo de aquella princesa, y llegó a ser su confidente y consejero íntimo para todo, pasando las cosas a punto de que por él sacrificó todo sentimiento de honor y fidelidad a su esposo¹⁹⁰⁴. Desde entonces, odiando al príncipe a quien acababa de ultrajar y a quien no había estimado jamás, tomó parte en la conspiración de Mortimer, se hizo dueña de la persona del joven Eduardo, heredero del reino de Inglaterra, y resolvió la ruina del rey y del favorito. Obtuvo de su hermano Carlos que se asociase a tan criminal proyecto, y cada día se iba poblando la corte de Isabel con nuevos barones ingleses desterrados. Mortimer vivía con ella en una familiaridad evidente, y seguía una correspondencia misteriosa con el partido de los descontentos de Inglaterra, de modo que cuando llegó a saber el rey todas aquellas particularidades y la instó con empeño a que volviese prontamente con su hijo, ella declaró sin rebozo que no volvería jamás a poner los pies en Inglaterra hasta que Spenser fuese desterrado para siempre de su presencia y consejo, declaración que le granjeó el amor del pueblo inglés y a ella le sirvió de decente velo para ocultar la perfidia de su conducta.

Insurrecciones

Procuró Eduardo ponerse en estado de defensa¹⁹⁰⁵; pero además de las dificultades que ocasionaban su natural indolencia, su limitado discurso y su poca autoridad, no le era tampoco fácil en la actual situación del reino y de la hacienda pública mantener unas fuerzas regulares que estuviesen siempre prontas a rechazar una invasión que se ignoraba cuando y sobre qué punto se haría. Todos sus esfuerzos eran impotentes para hacer frente a todos los conjurados de fuera y de adentro, cuyos manejos corrompían hasta su propia familia. Su hermano el conde de Kent, príncipe virtuoso pero débil, que se hallaba entonces en París, se dejó comprometer imprudentemente por su cuñada y por el rey de Francia, su primo hermano, a que favoreciese la proyectada invasión, haciéndosele creer que sólo se trataba de la expulsión de los Spenser. Persuadió al conde de Norfolk, su hermano mayor, a entrar en el mismo proyecto, y por lo que hace al hermano y heredero del difunto conde de Lancaster, tenía demasiadas razones de aborrecer a aquellos ministros para que dejase de contribuir gustoso a su ruina. También aplaudieron las medidas de la reina Walter de Reynel, arzobispo de Canterbury, y otros muchos prelados; así como la mayor parte de los grandes barones, celosos de la autoridad del favorito, estaban prontos a tomar las armas, y el pueblo mismo se iba disponiendo en igual sentido con las calumnias mezcladas con algunas verdades que se procuraban esparcir diestramente, por manera que sólo faltaba para dirigir aquella tempestad tan artificiosamente preparada contra la cabeza del infeliz Eduardo, la presencia de la reina y del príncipe apoyada con algún cuerpo de tropas extranjeras capaz de ponerlos a cubierto de una tentativa contra sus personas.

1326. Aunque Carlos apoyaba y protegía la facción de los enemigos del monarca inglés, hubiera sido muy vergonzoso para él prestar abiertamente su apoyo a la reina y al príncipe contra la autoridad sagrada de un esposo y de un padre, y así se vio precisada Isabel a mendigar la alianza de algún otro soberano de cuyos estados pudiese sacar socorros para consumir el atentado. Con esta intención obligó a su hijo Eduardo, que se hallaba en una edad demasiado tierna para conocer las consecuencias del paso que se le hacía dar, a desposarse con Felipa, hija del conde de Holanda y de Henaut¹⁹⁰⁶. Por medio de la declarada asistencia de este príncipe y de la protección secreta del rey de Francia, alistó como unos tres mil hombres a su servicio, dio a la vela en el puerto de Dort y desembarcó sin accidente ni obstáculo en la costa de Suffolk (24 de setiembre). Iba acompañándola el conde de Kent, y otros dos príncipes de la sangre, que fueron el conde de Norfolk y el hermano del conde de Lancaster, se le reunieron con todas sus gentes, apenas puso el pie en tierra. Acudieron

1904 Rymer, pág. 598. Murimuth, pág. 65.

1905 Rymer, tomo IV, pág. 184, 188 y 225.

1906 T. de la More, pág. 598.

a ayudarla con doble refuerzo tres prelados, que fueron el obispo de Ely, el de Lincoln y el de Hereford, llevando consigo sus vasallos e incorporándose ellos mismos en su partido a que daba importancia su carácter¹⁹⁰⁷. El mismo Roberto de Wateville, a quien el rey había enviado contra ella para oponerse a sus proyectos en la provincia de Suffolk, hizo traición a los intereses de su amo y se pasó con sus tropas del lado de Isabel. Para que su causa fuese más favorable, publicó un nuevo manifiesto de que su designio no era otro que libertar al rey y al reino de la tiranía de los Spenser y del canciller Baldoc, hechura suya¹⁹⁰⁸, pretextos que sedujeron al populacho, y los barones se consideraron a cubierto de la proscripción y de la confiscación viendo al príncipe de Gales en el ejército de su madre. El rey, débil e irresoluto, entregado a los consejos de unos ministros generalmente odiosos al pueblo, se encontró sin medios para resistir al torrente que con incontrastable violencia caía sobre él.

Después de procurar en vano despertar algunos sentimientos de fidelidad en los ciudadanos de Londres¹⁹⁰⁹, salió Eduardo para las provincias occidentales donde esperaba encontrar más recursos; pero apenas descubrió su debilidad con sólo abandonar aquella ciudad, cuando el populacho se declaró enfurecido contra él y sus ministros. Degolló y saqueó a todos cuantos le eran sospechosos, prendió al obispo de Exeter, prelado virtuoso y firme en cumplir su obligación, y cuando atravesaba por las calles, le cortaron la cabeza los amotinados y echaron su cadáver al río¹⁹¹⁰: se apoderaron por sorpresa de la Torre, y se comprometió la canalla por medio de una asociación formal a no dar cuartel a nadie de cuantos se atreviesen a resistir a Isabel o al príncipe de Gales¹⁹¹¹. Pronto se comunicó este mismo espíritu de sedición a todas las demás provincias de Inglaterra, y acabó de consternar a las pocas personas adictas al rey que persistían todavía en permanecerle fieles.

El conde de Kent, auxiliado con el refuerzo que mandaba Juan de Hainault, persiguió vivamente a Eduardo hasta Bristol; y no encontrando este príncipe a sus súbditos tan bien dispuestos en su favor como había creído, pasó a la provincia de Gales, donde se le figuraba que le querían más y creía que no había penetrado el contagio general que sublevaba a todos los ingleses¹⁹¹². Dejó por gobernador del castillo de Bristol al viejo Spenser, a quien poco antes había creado conde de Winchester; pero la guarnición se amotinó contra él y le entregó en manos de sus enemigos. Inmediatamente, y sin forma alguna de proceso, fue aquel venerable anciano, de edad de cerca de noventa años, condenado a muerte por los mismos barones rebeldes: le colgaron de una horca, fue descuartizado su cuerpo y echado a los perros¹⁹¹³: sólo su cabeza fue llevada a Winchester, que era el pueblo de donde llevaba el nombre, plantada en una pica y expuesta a los insultos del populacho.

Engañado el rey de nuevo en sus esperanzas de socorro de parte de los de Gales, se embarcó para Irlanda; pero los vientos contrarios, que le empujaban hacia la costa, le obligaron a ocultarse en las montañas del país, donde no tardó en ser descubierto y preso, y se confió su custodia al conde de Lancaster, confinándole en el castillo de Kenilworth. También su favorito el joven Spenser cayó en poder de sus enemigos, y fue ajusticiado como su padre, sin ninguna forma legal¹⁹¹⁴. El conde de Arundel, casi el único de su clase que todavía era fiel a su soberano, pereció de la misma manera a instancias de Mortimer; y si no se atrevieron a condenar tan ligeramente a muerte al canciller Baldoc, fue porque era sacerdote; pero le condujeron a la casa que tenía en Londres el obispo de Hereford, donde sin duda habían previsto sus enemigos que el populacho no le dejaría llegar con seguridad: efectivamente, se arrojaron los amotinados sobre él, le golpearon cruelmente y le llevaron arrastrando a la cárcel de Newgate, donde espiró poco después de resultas del mal trato que

1907 Walsing, pág. 125. Ipod Neustr, pág. 507.

1908 Ibid pág. 508.

1909 Walsing, pág. 123.

1910 Walsing, pág. 124. T. de la More. pág. 509.

1911 Walsing, pág. 114.

1912 Murimuth, pág. 67.

1913 Colecc. de Leland. tomo I, pág. 675.

1914 Froissard, tomo I, cap. 15. Ipod. Neustr. pág. 508.

había recibido¹⁹¹⁵. Hasta aquella veneración con que ordinariamente se miraba el carácter sacerdotal y todas las demás consideraciones de justicia, cedieron en aquella ocasión a la rabia de que estaba animado el pueblo.

El rey es destronado

La reina, como diestra en aprovecharse de la embriaguez general, convocó en nombre del rey un parlamento en Westminster, y siendo ya omnipotente así por el ejército que tenía a sus órdenes como por el crédito de sus partidarios entre los barones interesados en dar el último golpe contra su soberano y cubrir con él todas sus traiciones, no dudó tampoco verse apoyada por la furia popular, que es el instrumento más poderoso y más difícil de reprimir. Presentóse una acusación contra el rey (13 de enero) en la cual, a pesar de estar redactada por sus más encarnizados enemigos, no se le echaba en cara otra cosa más que su poco entendimiento y sus desgracias, porque ni la malignidad más ingeniosa había podido encontrar crímenes que achacar a aquel desdichado príncipe. Se le acusó de que era incapaz de reinar, de que malgastaba el tiempo en vanos placeres, de que descuidaba los negocios públicos, dejándose gobernar por malos ministros, de haber perdido por su falta el reino de Escocia y una parte de la Guyena; y con el fin de aumentar los cargos nacionales, se comprendió entre ellos la muerte de algunos barones y la prisión de algunos prelados convencidos de alta traición¹⁹¹⁶. En vano se hubiera querido invocar entre el tumulto de las armas y la efervescencia del pueblo el imperio de las leyes y la razón; y así, por unanimidad del parlamento, fue depuesto el rey, declarado el príncipe su hijo regente del reino, y colocado en el trono por su partido¹⁹¹⁷; enviando una diputación a Eduardo que continuaba en Kenilworth pidiéndole la renuncia de su corona, cuyo acto le arrancaron a fuerza de amenazas.

El rey encarcelado y muerto

Pero era imposible que por más corrompido que se hallase el pueblo por la barbarie del siglo, y por más que le hubiesen inflamado los fuegos de las facciones, pudiese ser siempre insensible a la voz de la naturaleza; porque una esposa que sucesivamente había abandonado, atacado y últimamente destronado a su esposo; que se había servido de su propio hijo como de un instrumento para perder a su padre; que bajo pretextos acababa de sublevar a la nación contra su soberano y de deshonorarla excitando excesos de crueldad; reunía en sí circunstancias tan odiosas de suyo y presentaba un cuadro de tantos crímenes reunidos, que no se necesitaba más que un momento de reflexión para abrir los ojos de los ingleses y hacerlos que detestasen la infracción de todos los deberes públicos y privados de que se habían hecho culpables. Aumentóse mucho la aversión general contra la reina luego que se esparcieron las sospechas, y después se adquirió la certidumbre, de su impuro trato con Mortimer. Ni bastaron para deslumbrar al pueblo las hipócritas lágrimas que derramó públicamente por la desgraciada suerte de su esposo¹⁹¹⁸, pues hasta los más estúpidos y ciegos partidarios de aquella princesa conocieron su falsía e impudencia.

Al paso que se acrecentaba el odio contra ella, iba inspirando compasión y afecto el monarca destronado, víctima de los extravíos y ambición de su esposa, pues se llegó a conocer que todas las faltas de su conducta, sobradamente exageradas por la facción enemiga, eran efecto inevitable de la debilidad de su carácter y no de una depravación voluntaria. El conde de Leicester, a la sazón conde de Lancaster, a quien se había confiado la guarda de su persona, no tardó en penetrarse de estos

1915 Walsing, pág. 126. Murimuth, pág. 68.

1916 Knighton, pág. 2765 y 2766. Apend. de Brady N.º 72.

1917 Rymer, tomo IV, pág. 137. Walsing, pág. 125.

1918 Walsing, pág. 126.

sentimientos generosos, y principió a tratar a su prisionero con dulzura y humanidad, tanto que llegó a sospechase que tenía intenciones aun más honrosas en su favor. Esto hizo que se le quitase la comisión de guardarle, y se confió a lord Berkeley, a Mautravers y a Gournay, con orden de que vigilasen alternativamente sobre él por meses de servicio. Mientras que el príncipe estuvo en manos de Berkeley, recibió el buen trato y consideraciones debidas a su clase y a sus desgracias, pero cuando llegó el turno de Mautravers y de Gournay, se portaron con él tan indignamente como si hubiese sido su proyecto hacerle perder el juicio, y valerse de las penas y aflicciones para abreviar su vida, con el solo fin de evitar otros arbitrios más violentos y peligrosos¹⁹¹⁹. Cuéntase que un día en que iba Eduardo a afeitarse, mandaron llevarle para este efecto agua fría y sucia cogida en un barranco, y habiendo pedido el rey otra agua, se la negaron, lo cual le arrancó lágrimas, y sintiéndolas correr por sus mejillas, se contentó con exclamar que a despecho de la insolencia con que se le trataba, iba a ser afeitado con agua pura y caliente¹⁹²⁰.

Empero como tales medios de acabar con la vida del monarca pareciesen demasiado lentos al impaciente Moriimer, envió secretamente orden a los dos vigilantes que le estaban vendidos, de acelerar el fin de aquel príncipe, y los malvados procuraron que fuese el más bárbaro y cruel que pudieron imaginar. Se aprovecharon de una temporada en que Berkeley había caído enfermo estando de guardia, y se presentaron en Berkeley-Castle (castillo de Berkeley) el 21 de setiembre. Cogieron al rey y le tendieron en su cama, donde le sujetaron con una mesa que pusieron encima: entonces le introdujeron un hierro incandescente en las entrañas por medio de un cuerno, y aunque aquella precaución impidiese que quedaran señales exteriores de la inaudita atrocidad ejercida en su persona, todos los guardias y criados del castillo adivinaron aquella acción horrible por los espantosos alaridos que daba el monarca moribundo¹⁹²¹.

Gournay y Mautravers fueron un objeto de execración universal, y cuando se verificó después la revolución en que cayeron sus protectores, tuvieron que buscar asilo entre los extranjeros. Gournay fue preso en Marsella poco tiempo después, entregado al Senescal de Guyena y embarcado en un buque para llevarle a Inglaterra; pero se le cortó la cabeza en el mar, a instancias secretas, según se dijo, de algunos grandes y prelados ingleses, que estaban interesados en que no descubriese a sus cómplices¹⁹²². Mautravers se ocultó durante muchos años en Alemania; pero habiendo encontrado medios de hacer algunos servicios a Eduardo III, se aventuró a ponerse en su presencia, fue a echarse a sus pies, imploró su misericordia y obtuvo perdón¹⁹²³.

Su carácter

No es posible tener idea de un hombre más sencillo e inocente que el desdichado rey cuya trágica muerte acabamos de referir, ni tampoco de un príncipe menos capaz de gobernar al pueblo revoltoso y feroz sobre que reinaba. Viose precisado a descargar en otros el peso de su administración que no sabía ni quería llevar: la misma indolencia y falta de penetración presidió a la elección de sus ministros y favoritos, que no siempre fueron los más dignos de su confianza. Los grandes del reino, naturalmente sediciosos y muy contentos con su debilidad, por más que se quejasen de ella, insultaban su persona bajo pretexto de atacar a sus ministros y usurpaban su autoridad; y como el populacho ignoraba la causa de sus males, echaba la culpa al rey y aumentaba los desórdenes públicos con facciones y violencias. En vano se había reclamado la protección de las leyes, cuya voz siempre débil en aquellos tiempos, no podía ser escuchada entre el estruendo de las armas; y cuando ni el mismo soberano podía defenderse con ellas, mucho menos lo podría cualquier otro individuo del pueblo. Estaba enteramente desquiciada la máquina del gobierno, y los súbditos,

1919 T. de la More, pág. 602.

1920 Compendio de Cotton, pág. 8.

1921 Walsing. pág. 127. Ipod. Neustr. pág. 509.

1922 Hist. anonim. pág. 290. Walsing. pág. 128.

1923 Compend. de Cotton, pág. 66 y 81. Rymer, tomo V, pág. 600.

en lugar de lamentar las costumbres de su siglo y los vicios de su constitución contra los que hubiera debido estar armada una mano mas firme y diestra, imputaban todas las faltas al soberano porque era el que empuñaba las riendas del estado.

Pero por más inevitables que sean estos errados juicios cuando están recientes los sucesos, no deja de ser vergonzoso que los historiadores modernos caigan en la misma ilusión pensando que todos los antiguos reyes cuyo reinado fue desastroso fueron unos tiranos, y que las sediciones populares no tuvieron otro origen que los ataques dados por el soberano a las libertades y privilegios de la nación. Por bueno y grande que fuese un rey en aquellos remotos siglos, no estaba a cubierto de las facciones y revueltas, como vemos en el ejemplo del reinado de Enrique II, que no se empleó en otra cosa más que en apagarlas y reprimirlas, más fácilmente en verdad, como resulta de la historia de aquel periodo, de lo que hubiera hecho un príncipe mediano. Compárense los reinados de ambos Eduardos I y II, y se verá que el padre atentó muchas veces con la fuerza contra las libertades de sus vasallos; los grandes le resistieron y se vio precisado, o por lo menos conoció que era preciso ceder prudentemente a las circunstancias y rebajar sus pretensiones; pero como temían su valor y habilidad, se contentaron con un razonable pacto, y no apuraron más sus ventajas contra él; mas la flaqueza y debilidad de su hijo, no su violencia, ocasionaron los desórdenes y el trastorno de las leyes del reino y de las máximas de gobierno. La sola tentativa de restablecerlas vino a ser un crimen imperdonable, y nada pudo saciar la rabia desenfrenada de la nobleza sino la deposición y el desastroso fin del mismo rey. Fácil es de conocer que cuando la constitución de un estado depende tanto del mérito personal del soberano, necesariamente ha de ser en muchas de sus partes un gobierno arbitrario e ilegal: pero echar siempre la culpa sin distinción al príncipe de todos los desórdenes que ocurren, es un error peligroso en política porque prepara una apología perpetua a la traición y a las revueltas; como si la inquietud de los grandes y la furia del pueblo no fuesen males accesorios de la sociedad humana, lo mismo que la tiranía de los príncipes, y como si no debieran unos y otros reprimirse igualmente en toda constitución bien arreglada.

Varios sucesos de su reinado.

Mientras pasaban en Inglaterra tan abominables escenas, servía la Francia de teatro a otras atrocidades no menos bárbaras y todavía más manifiestas y deliberadas. Durante el primer fervor de las cruzadas, se había fundado la orden de los caballeros templarios, que reunía en sí las dos cualidades más gratas al pueblo que son el valor y la devoción, y a fuerza de ejercitar una y otra en la más popular de todas las expediciones, es decir, en la de la defensa de la Tierra Santa, había llegado rápidamente aquella orden al más alto grado de poder, y adquirido a costa de la piedad de los fieles vastas posesiones en todas las comarcas de Europa, y especialmente en Francia. Unidas tantas riquezas al ordinario efecto del tiempo, se había relajado poco a poco la austeridad de sus virtudes y entibiándose mucho el entusiasmo popular a que debía la orden su consideración. Instruidos por experiencia propia de las fatigas y peligros que ocasionaban aquellas infructuosas campañas de Oriente, prefirieron los templarios gozar tranquilamente en Europa de su opulencia, y como todos ellos eran hombres de consideración, criados según el uso de su tiempo y sin ningún conocimiento literario, despreciaban la vida monacal y se entregaron totalmente a los placeres de la mesa, la caza y los galanteos. Sus rivales los caballeros de San Juan de Jerusalén debían a su propia pobreza no haber caído en la misma corrupción, y continuaban distinguiéndose contra los infieles y heredando la popularidad que los otros habían perdido a fuerza de lujo e indolencia: pero aunque sin duda contribuyeron estas causas a desacreditar una orden tan respetada y tan célebre, lo que verdaderamente decidió su destrucción fue el carácter vengativo y cruel de Felipe el Hermoso.

Enojado este príncipe por razones particulares con algunos de los principales templarios, resolvió satisfacer a un tiempo su venganza y su avaricia hundiéndolos a todos bajo las ruinas de la orden entera. Por la simple denuncia de dos caballeros que estaban condenados por sus superiores a

una prisión perpetua por sus vicios y libertinaje, mandó Felipe prender en el mismo día a todos los templarios de Francia, y les imputó crímenes tan enormes y tan absurdos que ellos mismos bastaban para desvanecer toda la acusación. No solamente se achacaban a aquellos infelices muertes, robos y los más repugnantes y odiosos vicios de la naturaleza, sino que se pretendía que a todos cuantos recibían en su orden los obligaban a renegar de Jesucristo, escupir la cruz¹⁹²⁴ y adorar en su lugar una cabeza dorada que se guardaba secretamente en una de sus casas de Marsella. Se dijo que iniciaban a todos sus candidatos en ceremonias tan torpes e infames, que sólo podían servir para degradar la orden a sus ojos y destruir para siempre la autoridad de sus superiores sobre ellos¹⁹²⁵. A más de cien de aquellos desgraciados se les dio tormento para arrancarles la confesión de sus crímenes, y los más obstinados de entre ellos perecieron a manos de sus verdugos. Muchos por obtener alguna tregua en su dolor, confesaron todo cuanto se quiso; a otros se les atribuyeron declaraciones falsas¹⁹²⁶; y Felipe, como si se les hubiese convencido de todos los cargos de la acusación, les confiscó en provecho suyo todos sus tesoros; mas apenas estuvieron curados los templarios a quienes se había dado tormento, cuando prefiriendo una muerte cruel a la ignominia de vivir deshonorados, se retractaron de su confesión, clamando contra la impostura, y citaron todas las acciones gloriosas que habían hecho en todo tiempo como la apología más segura de sus costumbres. Furioso con esta retractación el desapiadado tirano que los perseguía, y creyendo interesado su honor en llevar adelante las cosas hasta el último trance, condenó a cincuenta de ellos a ser marcados con un hierro incandescente y a sufrir después el suplicio del fuego en la capital, como herejes relapsos¹⁹²⁷. Otros muchos perecieron de la misma manera en otras partes del reino, y cuando observó Felipe que la perseverancia de aquellas desgraciadas víctimas en sostener su inocencia hasta el último suspiro, hacia una impresión profunda en los espectadores, procuró abatir tanta constancia con nuevas inhumanidades. Jacobo de Molay, gran maestro de la orden, y otro gran dignidad de ella, hermano del soberano del Delfinado, fueron conducidos a un cadalso que se había preparado en frente de la catedral de París, y allí se les ofreció la alternativa de su perdón si convenían en los crímenes que se les imputaban, al mismo tiempo que se les mostraba el brasero preparado para su suplicio en caso de obstinación; mas aquellos valientes perseveraron en lavarse a sí mismos y a su orden de los horrores y de las infamias que se les achacaban, y fueron inmediatamente arrojados a las llamas por mano del verdugo¹⁹²⁸.

Prestó su ministerio a tan bárbara injusticia el papa Clemente V., que era hechura de Felipe el Hermoso, y residía entonces en Francia; y sin examinar testigo alguno ni hacer la menor información sobre la certeza de los hechos, por sola la plenitud de su autoridad apostólica, abolió la orden entera. Fueron encarcelados los templarios que andaban esparcidos por Europa, examinándose cuidadosamente su conducta, y no cesó de oprimirlos y perseguirlos el crédito de sus enemigos; pero excepto en Francia, no se encontró en parte alguna la más ligera huella de los crímenes que se les habían achacado¹⁹²⁹. La Inglaterra suministró testimonios muy aventajados de su moral y devoción, pero como ya estaba abolida la orden, se distribuyó a los caballeros en diferentes conventos, y sus posesiones fueron transferidas por orden del papa a la de San Juan de Jerusalén¹⁹³⁰.

Pasemos ahora a otros sucesos particulares del tiempo de Eduardo II. Padeció el reino de Inglaterra bajo aquel reinado una hambre espantosa que duró muchos años, porque los fríos y las continuas lluvias no sólo destruían las cosechas, sino que ocasionaban la muerte de los ganados e hicieron subir todos los comestibles a precios exorbitantes¹⁹³¹. En 1315 procuró el parlamento

1924 Rymer, tomo III, pág. 81 y 101.

1925 Se decía que al entrar en la orden besaban a todos los caballeros presentes en la boca, en el ombligo y en el ano.

Dupuis, pág. 15 y 16. Walsing, pág. 99

1926 Hist. de los Caball. de Malta por Vertot, tomo II, pág. 127, 130. etc.

1927 Id. tomo II, pág. 152. Trivet Cont., pág. 8.

1928 Vertot, tomo II, pág. 142.

1929 El lector puede consultar por lo tocante a la extinción de esta famosa orden en España el cap. 10 del lib. XV de Mariana, por no citar las muchas obras que tratan del mismo asunto. (N. del Trad.)

1930 Rymer, tomo III, pág. 823 y 956.

1931 Trivet, Cont., pág. 17 y 18.

moderarlos, sin reflexionar que era inútil semejante tentativa, y que si se pudiera disminuir la carestía de los víveres por otro medio que el de la abundancia, nada habría más perjudicial al bien público. Cuando la cosecha de un año, por ejemplo, es insuficiente para más de nueve meses, el único medio de hacer que alcance para doce es levantar el precio a fin de disminuir el consumo, y obligar al pueblo a economizar en la cantidad hasta otro año mejor; pero en la realidad el aumento de los precios es una consecuencia necesaria de la escasez, y cuando el gobierno quiere impedirle, no hace más que aumentar el mal entorpeciendo el comercio. En consecuencia de este principio, el parlamento revocó al año siguiente los decretos inútiles y funestos que había expedido¹⁹³².

No dejan de ser notables los precios fijados por el parlamento, porque señalaba dos libras esterlinas y ocho chelines por el mejor buey si no estaba alimentado con grano; pero si lo estaba debía valer tres libras y doce chelines. Un cerdo cebado de dos años, diez chelines; un carnero con su vellón, una corona; sin él, tres chelines y seis peniques; un ganso cebado, siete peniques y medio; un capón bien cebado, seis peniques; una gallina cebada, tres peniques, y lo mismo por dos pollos; cuatro pichones, tres peniques, y lo mismo por dos docenas de huevos¹⁹³³. Si consideramos estos precios, hallaremos que en aquel tiempo de escasez debía venderse la carne por orden del parlamento tres veces más barata que lo que ordinariamente vale hoy; las aves algo más baratas, porque siendo miradas en la actualidad como un manjar delicado, sube algo más en proporción: pero en los distritos de Escocia y de Irlanda donde no son más estimadas las comidas más finas, están las aves sobre el mismo pie, cuando no más baratas, que la vaca de la carnicería. Pero la consecuencia que sacaría yo del cotejo de estos precios es todavía más importante, porque supongo que los que fijó el parlamento eran inferiores a los corrientes en aquellos tiempos de hambre y mortandad de ganados, y que estos géneros, en lugar de quedar en un tercio, ascenderían ciertamente a la mitad del valor actual; mas era tal la escasez, que el trigo se vendía algunas veces a cuatro libras esterlinas y diez chelines el cahíz¹⁹³⁴ y por lo común a tres libras¹⁹³⁵, lo cual equivale al doble del precio común actual, y es una prueba sin réplica del miserable estado en que se hallaba entonces la agricultura. Ya hemos dicho que el precio medio del trigo durante aquel período equivalía a la mitad de su valor en nuestro tiempo, al paso que el precio medio del ganado no llegaba siquiera a la octava parte; y ahora encontramos la misma desproporción inmensa en los años de escasez; de lo cual se debe inferir que el cultivo del trigo era una especie de manufactura de que sólo pocas gentes podían sacar partido, y es de discurrir que las otras manufacturas más refinadas producían mucho más de lo que dan actualmente. Por lo menos tenemos la demostración de ello en el reinado de Enrique VII, considerando los precios que tenían la escarlata y otros paños anchos por acuerdo del parlamento; pues era muy común en aquellos tiempos que los príncipes y grandes señores contasen entre sus bienes, como objetos de gran importancia, sus camas de terciopelo y sus vestidos de seda, de la misma manera que sus tierras y sus casas de campo¹⁹³⁶. En la lista de las alhajas y vajillas que habían pertenecido al famoso Gavaston y que el rey sacó de manos del conde de Lancaster después de la muerte de aquel favorito, se encuentran apuntados unos cinturones recamados de oro, camisas bordadas y justillos de seda¹⁹³⁷. Luego se intercaló entre los cargos de acusación contra aquel rico y poderoso conde al formarle causa, el haberse apropiado algunos de estos efectos. La ignorancia de aquellos tiempos en las artes mecánicas y particularmente en la agricultura es una prueba evidente de que la población era poco numerosa.

En efecto estaba atrasadísima toda especie de comercio y fábricas, y el único país entre los septentrionales de Europa donde hubiesen hecho algún progreso era la provincia de Flandes. Cuando Eduardo instaba a Roberto, conde de Flandes, a que prohibiese el comercio de sus estados con los escoceses, a quienes llamaba aquel príncipe sus súbditos rebeldes, y decía que estaban

1932 Walsing. pág. 407.

1933 Rot. parl. 7. Eduardo II. núm. 35 y 36. Ipod. Neustr. pág. 502.

1934 Murimuth, pág. 48. Walsing. pág. 108. dice que subió hasta 10 libras.

1935 Ipod. Neustr. pág. 502.

1936 Dugdale.

1937 Rymer, tomo III, pág. 388.

excomulgados por el papa, respondió Roberto que la Flandes debía ser mirada como un país neutral, libre y abierto para todas las naciones¹⁹³⁸.

También contiene muchas particularidades curiosas la solicitud presentada al parlamento por Spenser el padre, pidiendo justicia contra las tropelías cometidas en sus tierras por los barones, porque son una pintura de las costumbres del siglo¹⁹³⁹. Asegura en ella que le habían arrasado sesenta y tres solares, y calcula el daño en 46.000 libras esterlinas, lo cual corresponde a 138.000 de nuestra moneda actual. Entre otros efectos perdidos por él cuenta veinte y ocho mil ovejas, mil bueyes y terneras, mil y doscientas vacas con su cría de dos años, quinientos sesenta caballos de acarreo, dos mil cerdos y seiscientas lonjas de tocino, ochenta bueyes y seiscientos carneros salados, diez toneles de cidra, armas para doscientos hombres y otros pertrechos y municiones de guerra. La consecuencia que se debe sacar de todo este pormenor es que Spenser, así como todos los demás barones, beneficiaban ellos mismos la mayor parte de sus tierras, las cuales eran regidas por capataces o mayordomos, y cultivadas por los villanos. Sin duda no se arrendaba ninguna o muy pocas, y sus productos se consumían en hospitalidad rústica por el mismo señor o por sus oficiales. Este mantenía un gran número de gente ociosa a soldada: aquellos hombres se llamaban *retainers*, estaban siempre prontos a cometer toda especie de desórdenes y maldades que se exigían de ellos, para lo cual vivían en las tierras del señor, quien los tenía constantemente a su disposición. En lugar de recurrir a los tribunales judiciales cuando ocurría algún altercado, se hacían los próceres justicia por su mano con fuerza armada. Los grandes señores eran unos pequeños soberanos que creían hacer mucho con sujetarse a ciertos reglamentos, pero no tanto se acomodaban a gobernarse por la ley municipal como por una especie de ley nacional bastante informe. El modo con que vemos que trataban a los favoritos y ministros del rey prueba cual sería el trato de los unos con los otros. Un partido que se queja de la conducta arbitraria de los ministros parece que debería afectar un gran respeto a las leyes y constitución del estado, conservando a lo menos las apariencias de la equidad en su conducta, en vez de que al contrario cuando estaban descontentos los barones, se presentaban en tumulto en el parlamento, seguidos de gente armada, obligaban al rey a recibir la ley de su capricho, y sin forma alguna de proceso, ni oír testigos, ni alegar pruebas sino la de la notoriedad de los hechos, decretaban el destierro o la proscripción del ministro, salvo a que en la revolución inmediata aquel mismo acto se tornase contra ellos por los mismos medios. En aquellos tiempos de turbulencia, el parlamento no era más que el órgano del más fuerte, y aunque los miembros que le componían pareciesen gozar de una gran independencia, realmente no tenían ninguna verdadera libertad, y la seguridad de cada uno estaba menos apoyada en la protección de las leyes que en el poder particular suyo o de sus confederados. Sin ser absoluta la autoridad del monarca, era muy irregular supuesto que el torrente de una facción podía con facilidad apoderarse de ella o abatirla. Influían sobre su conducta mil consideraciones de interés o de venganza, de odio o de amistad, de esperanzas o de temores, y en medio de tantos motores diversos, ordinariamente no ejercían sobre él sino un imperio momentáneo la equidad, la fe y la justicia. Ninguno se atrevía a concebir siquiera el proyecto de oponerse a la autoridad reinante, como no se creyese en estado de resistir a fuerza abierta y presentar la batalla al soberano o al partido que ejercía el poder.

Antes de terminar la historia de este reinado, no puedo dispensarme de hacer otra observación, sacada del pormenor que presentó el viejo Spenser de las pérdidas que había sufrido, y especialmente sobre la gran cantidad de carnes saladas que se conservaban en su casa, esto es, 600 cerdos, 80 bueyes y 600 carneros. Es preciso considerar que los robos de que se quejaba no habían ocurrido más que en las inmediaciones del mes de junio o mediados de mayo, según dice el memorial; y es de conjeturar cuánta debía ser la inmensidad de las provisiones de esta especie a entrada del invierno; y se infiere también cual era el miserable estado de la agricultura, supuesto que en aquella estación no se podía proveer al mantenimiento de los bueyes aun en un clima tan templado como el mediodía de Inglaterra, porque Spenser no poseía más que un señorío en el norte,

1938 Ibid. pág. 770.

1939 Hist. de Brady. tomo I, pág. 145. de claus. 15. Eduardo II M. 14 al dorso.

que era el de Yorkshire. Como no había más que muy pocas o ninguna cerca, sino acaso para las alimañas, ningún prado artificial, poco heno y ningún otro recurso para alimentar los rebaños, se veían precisados así los barones como el pueblo a matar y salar sus provisiones de invierno antes que el ganado enflaqueciese en los pastos comunes, precaución que todavía está en uso respecto de los bueyes en las comarcas menos cultivadas de Escocia. La salazón del carnero es un arbitrio miserable, y por eso se ha abandonado en todas partes hace mucho tiempo. Por más triviales que parezcan estas observaciones, se pueden sacar de ellas consecuencias muy importantes para conocer la economía doméstica y el modo de vivir de aquellos tiempos.

Los alborotos, las guerras exteriores, las disensiones intestinas y sobre todo el hambre que asolaba el reino, obligaron a muchos nobles a despedir gran número de aquellos *retainers* que tenían a soldada, con lo cual aumentaron de tal manera los robos y las cuadrillas de salteadores que no había lugar seguro contra ellos¹⁹⁴⁰, pues se reunían en bandos semejantes a ejércitos y recorrían todo el país. Hasta dos cardenales y legados del papa que llevaban una comitiva numerosa, fueron robados y despojados completamente en los caminos reales¹⁹⁴¹.

Entre otras ideas extravagantes de aquel siglo se creía que las personas acometidas de lepra, enfermedad que era muy común entonces, estaban de acuerdo con los sarracenos para envenenar todas las fuentes y manantiales, y por solo el bárbaro fin de deshacerse de aquellos infelices que les eran gravosos, se condenó a muchos de ellos a ser quemados vivos sin más que esta quimérica acusación. Igual suplicio sufrieron muchos judíos complicados en la misma causa, y por supuesto se les confiscaron sus bienes¹⁹⁴².

Stowe, en su descripción de Londres nos ofrece un curioso ejemplo de la hospitalidad de los nobles en aquel siglo; está sacado de las memorias del tesorero o mayordomo de Tomás, conde de Lancaster, y comprende el gasto de este señor durante el año 1313, que no fue un año de hambre. Por el pan, la leche y la cocina, 3.405 libras esterlinas; por 369 pipas de vino tinto y 2 de vino blanco, 104 libras esterlinas, etc.; total, 7.309 libras esterlinas, lo que corresponde a 22.000 libras esterlinas de nuestra moneda actual, y atendida la baratura de los géneros, a cerca de 100.000 libras esterlinas.

He visto un manuscrito francés que contiene el asiento de algunos gastos privados del rey; en él hay entre otros un artículo, de una corona pagada a uno por haber hecho reír al rey. A juzgar por los tristes sucesos de aquel reinado, no debía ser cosa fácil conseguirlo.

Dejó Eduardo II cuatro hijos, dos hembras y dos varones, siendo el mayor de estos su sucesor; el segundo fue creado conde de Cornualles, y murió joven en Perth. Juana casó más adelante con David Bruce, rey de Escocia; y Leonor con Reginaldo, conde de Güeldres.

1940 Ipod. Neustr. pág. 502. Walsing. pág. 107.

1941 Ipod. Neustr. pág. 503. T. de la More. Pág. 594. Trivel Cont. pág. 22.

1942 Ipod. Neustr. pág. 504.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serví († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*

- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Nafragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarreal, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*

- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
 221 *El Corán*
 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
 215 *Textos de Historia de España*
 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
 190 Tomás Moro, *Utopía*
 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
 187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
 179 Platón, *La república*
 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
 173 Aristóteles, *La política*

- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*

- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*

- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española (2 tomos)*
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente (3 tomos)*
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles (3 tomos)*
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación (3 tomos)*
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*

- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclano, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España (9 tomos)*
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España (3 tomos)*